IMPRENTA
LIBRERIA
17093
~~12652~~

PATROLOGÍA

Ó SEA

INTRODUCCION HISTÓRICA Y CRÍTICA

AL ESTUDIO DE

LOS SANTOS PADRES,

por

D. MIGUEL YUS,

Licenciado en Sagrada Teología,
Rector y Catedrático de Sagrada Escritura del Seminario de Tudela.

Quod credunt, credo; quod tenent, teneo;
quod docent, doceo; quod prædicant, prædico.
(S. AGUSTIN: *Contra Juliano*, lib. I, n.º 20.

ENTRADA
11 NOV. 87
REGISTRO FÓLIO

MADRID.
LIBRERÍA DE D. MIGUEL OLAMENDI,
Calle de la Paz, núm. 6.

1872.

MADRID, 1872.—Imprenta de D. Antonio Perez Dubrull, Jesus del Valle, 15.

AL EXCMO. É ILLMO. SR.

D. COSME MARRODAN Y RUBIO,

OBISPO DE TARAZONA

Y ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE LA DIÓCESIS DE TUDELA, ETC. ETC.

Excmo. Sr.: Para que este libro mereciese la honra de llevar al frente el nombre de V. E., que tan profundos estudios ha hecho sobre los Santos Padres, deberia reunir condiciones que no están al alcance de mis fuerzas, aunque las solicita mi deseo. Sin embargo, la bondad de V. E. me decide y alienta á dedicarle mi primer trabajo literario.

Dígnese, pues, V. E. admitir el libro que le ofrezco, en testimonio de mi profundo agradecimiento.

Excmo. é Illmo. Sr.

B. E. A. de V. E.

Su más atento servidor y capellan,

MIGUEL YUS.

CENSURA.

Por encargo del M. Iltre. Sr. Gobernador eclesiástico de esta diócesis he leido y examinado atentamente el libro que lleva por título: *Introduccion histórica y crítica al estudio de los Santos Padres*, que ha escrito y desea publicar D. Miguel Yus, Rector y catedrático de Sagrada Escritura de este Seminario Conciliar; y despues de haber sujetado toda la obra á una justa y severa crítica, por creerla íntimamente relacionada con el dogma, la moral, la disciplina y la historia de nuestra sagrada Religion, no puedo menos de declarar que no se encuentra en ella error alguno contrario á la fe y buenas costumbres.

Esto me bastaba para aprobar la obra antes citada; pero no puedo dejar de añadir, en elogio justamente debido á su autor, que este no solo ha logrado hacer altamente interesante la lectura de su libro, por la claridad y precision con que espone la doctrina católica, y por el órden y método que ha sabido establecer en ella, sino que tambien estimula de una manera particular á buscar las riquezas que se encuentran en la antigüedad eclesiástica, presentando al efecto un análisis detallado de las obras de los Santos Padres, los rasgos principales de su vida, el carácter y estilo de sus escritos, añadiendo ademas las fuentes y auxiliares para completar su estudio; y esto con tal abundancia, que al mismo tiempo que alivian al lector en ésta clase de trabajos, manifiestan la gran laboriosidad de su autor. Puede, por lo tanto, afirmarse que su autor ha conseguido su objeto de generalizar el conocimiento de los Santos Padres, y llenado un vacío que se echaba de ver en el estudio de la Patrología.

Por estas razones, no solo creo no haber inconveniente en que se publique la obra, sino que recomiendo sobremanera su lectura, y que se preste á su autor el apoyo á que su ímprobo trabajo le ha hecho justamente acreedor.

Tudela 1.° de Agosto de 1872.

Ldo. Isidoro Elvira.

APROBACION.

D. JOSÉ RAMON GARCÍA, PRESBÍTERO,

LICENCIADO EN DERECHO CANÓNICO Y SAGRADA TEOLOGÍA, CANÓNIGO DOCTORAL DE ESTA SANTA IGLESIA, GOBERNADOR, PROVISOR Y VICARIO GENERAL DE ELLA Y SU OBISPADO, POR EL EXCMO. É ILLMO. SR. D. COSME MARRODAN Y RUBIO, ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE ESTA DIÓCESIS Y OBISPADO DE TARAZONA, ETC.

Por la presente, y por lo que á Nos toca, damos nuestra licencia para que pueda imprimirse el libro titulado *Introduccion histórica y crítica al estudio de los Santos Padres*, escrito por D. Miguel Yus, Rector de nuestro Seminario Conciliar, mediante que de nuestra órden ha sido examinado, y no solo no contiene cosa alguna contraria á la fe católica y buenas costumbres, sino que antes bien merece, á juicio del censor, proteccion y aprecio, por llenar el vacío que se sentia en el estudio de los Santos Padres, y por su gran importancia para los que se dedican á las ciencias sagradas.

TUDELA 5 de Agosto de 1872.

LDO. JOSÉ RAMON GARCÍA.

Por mandado de S. S.,

JOSÉ MARÍA GARCÍA,
Secretario.

PRÓLOGO.

El estudio de los escritos de los Santos Padres, tan necesario para la ciencia sagrada y literaria, como útil y conveniente para la direccion de las almas, ofrece dificultades que no á todos les es dado superar, pues por una parte no es fácil que todos puedan adquirir sus obras ni dedicarse á su lectura, y por otra los que se han consagrado á ilustrarlas, unos, como Dupin y Ceillier, han escrito muchos volúmenes, y de tanto coste, que no están al alcance de los más; y otros, como Tobenz y Busse, son tan concisos, que apenas se encuentra en ellos más que un catálogo de obras, que fatiga al lector en vez de ilustrarle.

De aquí ha nacido la necesidad, generalmente reconocida, de un libro ni escesivamente estenso ni demasiado lacónico, donde se hiciese la biografía de todos los Padres y el análisis de todos sus escritos; donde se indicasen las mejores ediciones de sus obras, y las fuentes y auxiliares para completar su estudio; y donde apareciesen en perspectiva, digámoslo así, todo lo que la Religion y las letras deben á los Santos Padres.

El deseo de satisfacer esta necesidad en lo que estuviera de mi parte, y el juicio de personas muy conocidas por sus estudios eclesiásticos, me han movido á publicar este trabajo. ¡Ojalá que sea de alguna utilidad para los que se dedican á las ciencias sagradas! ¿Qué mejor recompensa pudiera

apetecer por esas mal trazadas líneas, aunque escritas con el mejor deseo?

No me propongo, sin embargo, decir nada nuevo, pues todo se encuentra esparcido en los libros que he consultado. Mi único objeto al escribir la *Introduccion histórica y crítica al estudio de los Santos Padres*, ha sido para manifestar al lector los preciosos tesoros que encierran sus numerosas obras; más para estimularle á buscarlas por sí mismo, que con la pretension de satisfacerle con mi trabajo.

Ahora, á fin de prepararle en cierto modo á visitar la magnífica galería de personajes cuyos retratos y escritos, más ó menos minuciosamente delineados, segun su dignidad é importancia, verá presentarse ante su vista, preciso será circunscribirme á unas pocas pinceladas, que bosquejen el plan que me he propuesto desarrollar.

Conociendo la necesidad de hacer una division clara y exacta en el estudio de la Patrología, he tratado, en primer lugar, de su objeto general, y despues de su objeto particular.

En la primera division me ha parecido conveniente determinar quiénes son los Padres de la Iglesia, cuál es su autoridad, objeto sobre que versa, y su importancia; y ademas, señalar el uso de la crítica en el estudio de los Santos Padres, los criterios para distinguir sus obras genuinas de las apócrifas, los auxiliares para su inteligencia, el uso que de los Padres puede hacerse, la eleccion de sus mejores escritos, las reglas para su lectura, y las condiciones en los que han de leerlos.

En la segunda division presento la biografía de cada uno de los Padres y el análisis de todas sus obras; y despues de poner á su frente las fuentes, auxiliares y mejores ediciones, concluyo fijando su carácter y estilo, y sacando de los Padres de los seis primeros siglos algunos puntos de doctrina ca-

lica, para que se vea la falta de razon de los protestantes al acusar á la Iglesia de enseñar dogmas que no fueron conocidos en los antiguos tiempos.

Tambien hago mencion de los escritores eclesiásticos más notables, colocándolos generalmente al fin de cada siglo; y solo cuando la serie histórica lo exigia, los he puesto entre los Padres, pero tratando siempre brevemente de su vida y escritos.

A fin de procurar la mayor claridad, he dividido el período de los Padres en tres épocas, como otras tantas formas bajo las cuales pueden considerarse: la primera abraza desde el siglo I al III; la segunda desde el IV al V, y la tercera desde el VI al XIII, subdividiendo esta última en dos secciones: una que comprende los Padres de sus cuatro primeros siglos, y otra los de los tres restantes; presentando ademas al principio de cada uno de los siglos la idea general y carácter de los Padres que vivieron en él, escepto en la tercera época, en la que solo se hace de las dos secciones que la constituyen.

Habrá quizás algunos que hubieran deseado que la obra se hubiese escrito en latin; pero esto, que por un lado facilitaba mi trabajo, por cuanto las fuentes que he consultado han sido latinas en su mayor parte, destruia por otro mi principal objeto, que es generalizar el conocimiento de los escritos de los Padres. Ademas, otros antes que yo han escrito en la misma lengua obras de igual clase.

Tampoco faltará quien tenga por escesivas las notas que acompañan al testo; pero nuestro siglo no se convence fácilmente de lo que no se le demuestra, ni cree al escritor cuando no indica las fuentes donde ha bebido; y hay necesidad de sacrificar algo á esas exigencias de la época.

Estoy muy lejos de presumir haber acertado en todo, siendo la materia de suyo tan vasta y espinosa, y muy su-

perior á mis débiles fuerzas. Por otra parte, las circunstancias en que me hallo han hecho más difícil esta empresa, privándome de muchos auxilios que me hubieran sido provechosos para este fin. Nunca, sin embargo, podrá igualar mi agradecimiento á la generosidad de algunos amigos, que liberalmente me han franqueado el uso de sus libros; pero estos no podian proveerme suficientemente para una obra de esta naturaleza. Muchos libros que aquí no se encuentran he tenido necesidad de traerlos de otras partes, ó pasar personalmente á consultarlos: muchos datos que me era imposible adquirir aquí, los he procurado saber por cartas; y no he omitido medio alguno para hacer esta obra más acreedora á ver la luz pública.

Conozco, á pesar de todo, que muchos me llamarán temerario, en vista de un plan tan vasto, aun antes de leer mi obra; y otros, despues de haberla leido, me pondrán con más razon la misma nota: no procuraré esponer razones que justifiquen mi atrevimiento, y diré solamente que, *in magnis voluisse, sat est.*

De lo que no puedo prescindir, como sacerdote y como católico, es de manifestar que no quisiera haber escrito cosa alguna que menoscabase en lo más mínimo la fe, que tengo la obligacion de creer y defender. No hay, pues, para qué decir que mi primer cuidado ha sido someter esta obra á la censura de la autoridad eclesiástica, dispuesto á enmendar, corregir ó variar lo que me hubiese señalado como digno de variacion, correccion ó enmienda, y sin cuya garantía jamás me hubiera atrevido á publicar este trabajo, que, aun así y todo, necesita, en muchos conceptos, de la benevolencia de sus lectores.

Tudela, *Festividad de San Jorge*, 23 de Abril de 1872.

Miguel Yus.

PATROLOGÍA

Ó SEA

INTRODUCCION HISTÓRICA Y CRÍTICA

AL ESTUDIO DE

LOS SANTOS PADRES.

CAPÍTULO ÚNICO.

PRELIMINARES.

ARTÍCULO PRIMERO.

Definicion, objeto é importancia de la Patrología.

Patrología es la ciencia que trata de las cosas necesarias para el buen uso de los Santos Padres en el estudio de la Teología.

No debe confundirse la Patrología ni con la Patrística, que es la que saca y metodiza la doctrina que contienen los escritos de los Santos Padres pertenecientes á la fe, á la moral y á la disciplina, ni tampoco con la historia literaria de los Santos Padres, pues esta trata de la vida y escritos de algunos ó de todos los escritores cristianos desde el principio de la Iglesia hasta nuestros dias.

El objeto de la Patrología puede ser general y particular. El objeto general es manifestar la autoridad de los Santos Padres en las cuestiones teológicas, distinguir las obras verdaderas de las dudosas y de las falsas, remover las dificultades que se encuentran en sus escritos, y dar á conocer las reglas que se han de emplear para facilitar el uso de los Santos Padres.

El objeto particular de la Patrología es referir la vida de los Santos Padres, en cuanto sea conveniente para la inteligencia de sus escritos; enumerar detalladamente todas sus obras, y determinar con exactitud el argumento de cada una.

Naturalmente se desprende de todo lo dicho la gran im-

portancia que tiene el estudio de la Patrología para el teólogo; pues si los que han de adelantar en las artes y las ciencias deben consultar á los hombres que más se han distinguido en ellas, como el orador á Demóstenes y Ciceron, y el filósofo á Platon y Aristóteles, con mucha más razon deberá el teólogo acudir á los Santos Padres, que tan profundos conocimientos tenian de las ciencias divinas. Ademas, la Sagrada Escritura y la tradicion son las fuentes de la verdad revelada; y como la primera no puede ser interpretada contra el consentimiento de los Santos Padres (1), y de la segunda ellos son los testigos autorizados, se deduce que no puede darse un paso en la ciencia teológica sin conocer los escritos de los Santos Padres.

Por otra parte, la Patrología nos da á conocer el celo y la elocuencia, la erudicion y la fuerza con que los primeros maestros de la Religion defendieron y propagaron la doctrina de Jesucristo, y nos suministra argumentos poderosos en apoyo y defensa de nuestra fe.

Los Santos Padres, por su remotísima antigüedad, tocan algunos con sus manos el orígen mismo de la tradicion, que habian oido á los Apóstoles y discípulos de Jesucristo; y, por lo tanto, su testimonio es de una fuerza irresistible para confundir á los protestantes y á los jansenistas, que hace tres siglos vienen gritando sacrílegamente contra lo que llaman *corrupcion del espíritu primitivo*.

Los Santos Padres eran hombres de muchísima ciencia, y no podian fácilmente ser engañados; tenian una gran virtud, y no podian engañar; poseian una heróica fortaleza, y no podian, ni admitir ninguna doctrina por temor, ni esponerla sin conviccion. Aun humanamente hablando, no hay ningun escritor antiguo que merezca tanto respeto como los Santos Padres. Como historiadores, como teólogos, como moralistas y aun como filósofos en muchas ocasiones, tienen los Santos Padres infinitamente más prestigio que los sabios más ponderados de la antigüedad gentílica. Platon desaparece cuando se le pone al lado de San Agustin, y el mismo Aristóteles no es nada cuando se le compara con San Isidoro de Sevilla.

Dios es el centro de todas sus ideas y de todos sus sentimientos; sumergidos en la misma luz de la Divinidad, y anegados, digámoslo así, en su amor, su doctrina es un destello sublime del cielo; leyéndolos se comprende que su mision es esencialmente divina, y que enseñan por órden del mismo Dios.

Los Santos Padres, en fin, están iniciados, por su pene-

(1) Conc. de Trento, ses. 4.ª

trante ingenio y su profundo estudio, en toda la ciencia sagrada, y son los maestros del teólogo, trazándole la ancha senda que debe seguir.

ARTÍCULO II.

Historia de la Patrología.

No vamos á enumerar aquí ni los escritos que tratan de la autoridad de los Santos Padres, ni los que se ocupan en las reglas de crítica para su lectura, y de los auxiliares para su buen uso, ni reseñaremos tampoco los autores que desde muy antiguo escribieron de la *Historia literaria* de los Santos Padres, limitándonos á mencionar aquellos que escribieron estrictamente de Patrología, esto es, los que reunieron en un solo tratado su objeto general y particular.

Esta parte de la Teología tiene un orígen muy reciente, y no se estiende más allá del siglo XVIII, pues hasta ese tiempo, cuando se trataba de la autoridad de los Padres, ó de las reglas y auxiliares para su buen uso, no se escribia un tratado separado, sino que se hacia esto al escribir acerca de las cuestiones teológicas, ó en los que se llaman *lugares teológicos*, y tambien en las *ediciones* de las obras de los Santos Padres.

Un libro solamente merece mencionarse de los publicados antes de ese tiempo: el de Natal Aragonense, titulado *El mejor método para leer los escritos de los Padres* (1). De la vida y escritos de cada uno escribieron muchos en obras voluminosas, como se verá en otro lugar.

El orígen de la Patrología propiamente dicha se debe á los teólogos austriacos, que, estimulados por la comision imperial deputada al efecto, consagraron sus plumas á esta clase de trabajos. El primero que trató de esta materia fue Guillermo Wilhelm, profesor de la Universidad de Friburgo, en su obra de *Patrología para uso de los académicos*, impresa en 1775. A este siguieron poco despues B. Schleichert, benedictino y profesor de la Universidad de Praga; D. Tobenz, profesor de la Universidad de Viena, y Macario de San Elías, carmelita descalzo y profesor de la Universidad de Brescia.

Todos estos, sin embargo, aunque dotados de mucha erudicion, no llenaron completamente el objeto, pues refieren con laconismo la vida de los Padres, y solo hicieron un índice de sus obras, sin ocuparse de su argumento. Mayor

(1) Este libro se vertió del latin al español en Madrid, 1864.

alabanza merece Est. Wiest, profesor de Teología en Ingolstad.

A principios de este siglo escribieron unos opúsculos de poca importancia J. B. Lang y Ant. Vinter, y á esta época pertenecen otros dos tratados poco voluminosos, escrito uno por Locherer y otro por Annegarn: el primero, aunque católico, es poco afecto á muchas instituciones católicas, y debe leerse con desconfianza.

La obra que merece una mencion particular por su reconocido mérito es la *Biblioteca Patrística*, de Permaneder. En ella hay cosas muy útiles, ya pertenecientes al objeto general de la Patrología, ya al particular; pero no trata más que de los tres primeros siglos. Abraza á la vez la Patrología y la Patrística, y ademas de los Padres, trata de los escritores cristianos. Finalmente, José Fessler ha publicado su obra de *Instituciones de Patrología*, notable por más de un concepto; pero no alcanza más que hasta el siglo VI inclusive.

Hay otros muchos tratados que llevan el nombre de *Patrología*, pero no se ocupan ni de la autoridad, ni del uso, ni de los auxiliares, ni de la crítica en el estudio de los Padres; y los hay tambien que tratan de la historia literaria de los escritores cristianos, siendo muy notable entre estos Moehler; pero ni unos ni otros pertenecen propiamente á la Patrología.

OBJETO GENERAL DE LA PATROLOGIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

NOCIONES GENERALES DE LOS SANTOS PADRES Y DEMAS ESCRITORES ECLESIÁSTICOS.

ARTÍCULO PRIMERO.

1. Providencia divina en la propagacion y conservacion de la doctrina católica.

La accion divina y humana concurren á propagar y conservar la doctrina católica, como dice el Concilio VII general con estas palabras: «La doctrina está fortalecida tanto por el Espíritu Santo como por las tradiciones eclesiásticas (1).»

Dios otorgó en el principio del mundo la revelacion á nuestros primeros padres, que la trasmitieron á sus descendientes; pero estos se fueron poco á poco separando de ella, y el Señor tuvo que renovarla en Noé. No fueron, sin embargo, más cuidadosos los hombres despues del diluvio, y Dios eligió para sí al pueblo hebreo, con objeto de que fuera el depositario de la verdad revelada, á cuyos Patriarcas manifestó muchas veces sus designios. Despues mandó á Moisés que consignara la tradicion en sus libros, y desde entonces, y sucesivamente, el Señor envió profetas á su pueblo, no menos para que no se alterase la tradicion, que para anunciarles otras verdades.

Cuando vino la plenitud de los tiempos, apareció nuestro Divino Salvador, y despues de haber predicado su celestial doctrina, encargó á los Apóstoles que la anunciasen por todo el mundo. Por algunos años propagaron el Evangelio de viva voz; pero luego los mismos Apóstoles y dos de sus

(1) Mansi: tomo XIII, col. 408.

discípulos, inspirados por el Espíritu Santo, escribieron la vida de Jesus, los Hechos Apostólicos, y algunos puntos de doctrina, segun lo exigia la oportunidad y lo pedian las circunstancias; mas no por eso dejaron de instruir á los pueblos con su predicacion, pues sus escritos no contenian todo lo que el Señor les habia revelado.

El ejemplo de los Apóstoles lo siguieron sus inmediatos sucesores, los que solo escribieron cuando la necesidad de la Iglesia reclamaba sus escritos; y entonces lo hacian consignando muchos puntos de los que abrazaba la tradicion divina. De manera que jamás tomaron la pluma para dar á conocer sus talentos, y sí solo para defender la fe y la disciplina de la Iglesia y refutar á sus enemigos, ya esponiendo el sentido de las Santas Escrituras, ya oponiendo á sus novedades la tradicion divina.

Los Padres están providencialmente repartidos en todas épocas, para que en ningun tiempo quede sin defensa la verdad; y siempre que algun error aparecia ó venia á falsear las verdaderas creencias, al punto se presentaban los Padres con sus escritos para refutarlo, y de la lucha sacaba la Iglesia un nuevo triunfo. A pesar de que los dogmas cristianos no pueden aumentarse ni disminuirse porque todos se contienen en la Sagrada Escritura ó en la tradicion, sin embargo adquirian mayor claridad, y la doctrina de la Iglesia se iba sucesivamente desarrollando con los escritos de los Santos Padres.

ARTÍCULO II.

Diferentes clases de escritores de la Iglesia.

Dos clases hay de escritores de la Iglesia: unos que son inspirados por el Espíritu Santo, y otros que no lo son. Estos últimos suelen llamarse simplemente escritores eclesiásticos, en sentido lato. Se da este nombre, y en el mismo sentido, á todos aquellos varones de eminente doctrina que perseverando siempre, ó por algun tiempo, en la comunion de la Iglesia, escribieron sobre la fe, la moral ó la disciplina: entre estos, unos se llaman Padres, y otros Doctores de la Iglesia; pero en un *sentido estricto* se da el nombre de escritores eclesiásticos á todos aquellos que, esceptuados los Padres, ilustraron la Iglesia con sus escritos. De estos se deben distinguir los *escritores cristianos*, que en un *sentido lato* son todos aquellos, tanto católicos como herejes, que escribieron sobre la Religion cristiana. Pero en un sentido más estricto, solo se da este nombre á los que, separados de la comunion de la Iglesia, pero cristianos, deja-

ron algunos escritos católicos. La Patrología, sin embargo, no se refiere directamente á los escritores eclesiásticos tomados en un *sentido estricto*, ni á los escritores cristianos tomados en igual sentido, sino únicamente á los Santos Padres.

ARTÍCULO III.

Santos Padres.

Se llama Padre á todo aquel que de algun modo da la vida á otro. De dos maneras puede considerarse la vida en el hombre: la del cuerpo, que resulta de la union de este con el espíritu, y la vida del alma, que consiste en la union con Dios. Así como la vida es doble, así tambien lo es la generacion: la una da la vida del cuerpo y del espíritu; la otra la del alma. De aquí se desprende que ademas de los padres que nos dieron, ayudados de Dios, la vida del cuerpo y del espíritu, llamemos tambien con ese nombre á aquellos á quienes debemos, por el socorro de Dios, la vida del alma, que se comunica por la fe y por el bautismo; aunque más principalmente damos este dictado á los que nos instruyeron en la doctrina de la Iglesia (1). El que es ilustrado con la palabra, se llama hijo del que le enseñó, y este, padre ó maestro de aquel (2). Este es tambien el lenguaje de la Santa Escritura, usado por San Pablo en su carta primera á los de Corinto, á quienes habia convertido á la fe, donde dice: *Vos ut filios meos charissimos moneo; nam si decem milia pedagogorum habeatis in Christo, sed non multos Patres; nam in Christo Jesu per Evangelium ego, vos genui* (3). Padres, pues, de la Iglesia son aquellos que la ilustraron con sus escritos, y á los cuales ella venera como tales.

Para que el título de Padre de la Iglesia no se prodigue indistintamente á todos los que en los antiguos tiempos se distinguieron por sus escritos, deberá tenerse presente que solo merecen este nombre aquellos á quienes la Iglesia ha declarado espresamente tales, ó la práctica constante los ha consagrado como testigos y maestros de la doctrina cristiana. Son, pues, Santos Padres aquellos escritores eclesiásticos eminentes en ciencia y santidad declarados por la Iglesia como testigos de la doctrina predicada por Jesucristo y los Apóstoles, y conservada en la Iglesia.

Así como á la Iglesia pertenece determinar quiénes son

---

1) San Juan Crisóstomo: serm. de Santa Ana, tomo I.
(2) San Ireneo: *De Her.*, lib. IV, cap. XLI, núm. 2.
(3) 1.ª ad Cor., vers. 14 y 15.

los autores inspirados, y fijar el cánon de los libros sagrados, á ella tambien corresponde declarar quiénes son los verdaderos testigos y maestros de la doctrina revelada. «La Iglesia, dice el Papa San Hormidas (1), instituida por el Espíritu Santo, siempre ha usado del derecho de recibir la autoridad de los Padres.» Y el Concilio segundo de Nicea añade (2) «que no todos los escritores eclesiásticos se han de considerar como testigos de la doctrina, sino solamente los Padres aprobados (3).»

De igual prerogativa usa la Iglesia no admitiendo en el número de los Padres á muchos antiguos escritores eclesiásticos y cristianos, aunque se distinguieron por sus escelentes escritos, como fueron: Tertuliano, Clemente de Alejandría, Orígenes, Lactancio y Eusebio de Cesárea, y algunos de estos fueron ademas rechazados, como Tertuliano, Lactancio y Eusebio de Cesárea. A otros de quienes no estaba suficientemente enterada no los consideró como Padres hasta despues de un maduro exámen. Por donde se ve que la Iglesia es la única que tuvo y tiene el derecho de declarar quiénes son los Padres, y jamás reconoce á los que ella no aprueba (4).

ARTÍCULO IV.

Condiciones necesarias para la declaracion de los Santos Padres.

La Iglesia católica no obra ciegamente en la eleccion de los Padres, sino que les exige las condiciones siguientes:

Primera. *Doctrina católica y erudicion.* Los Santos Padres, por su cargo, deben enseñar á toda la Iglesia, que les considera como sus maestros, y por lo tanto les exige su doctrina, la misma que recibieron de los Apóstoles y de sus sucesores: y perseverando en la comunion de la Iglesia, la han predicado con tanta claridad, que la Iglesia pueda fácilmente dar su juicio acerca de su ortodoxia. Así es que aquellos que han sido una vez aprobados por la Iglesia, jamás han sido acusados por ella de herejía, ni ha consentido que otros los acusen (5). Ademas, si los escritos de los Padres han de ser las fuentes donde beban los fieles la doctrina verdadera, es necesario que contengan puras sus aguas; pues

(1) Epist. 70.—Mansi: tomo VIII, col. 499.

(2) Mansi: tomo X, col. 1,157.

(3) Segun el P. Martin Gerbert, los hebreos, los griegos y los romanos dieron el título de *Padres* á algunos de sus doctores.

(4) Fessler: tomo I, pág. 22.

(5) Conc. Niceno II, ses. 6.—Mansi: tomo XIII, col. 291.

de otro modo, lejos de encontrar en ellos la salud y la vida, sacarian el veneno y la muerte.

Respecto á la erudicion que se requiere en los Santos Padres, se ha de distinguir entre la sagrada y la profana. La primera consiste en el conocimiento claro y completo de la doctrina de la fe y de las costumbres revelada por Jesucristo. La segunda se ocupa en las otras ciencias, que todas pueden ser auxiliares de aquella. La forma esterior es igual para ambas, y solo se diferencia en cuanto al fondo ó á la materia; de modo que muchos Padres que vinieron á la Iglesia instruidos en las ciencias profanas, conservaron la forma de su erudicion, y aun la utilizaron en defensa de la verdad revelada; pero no así la materia, que ni en poco ni en mucho puede mezclarse con la ciencia sagrada, de suyo completa é invariable. Así, pues, la erudicion profana puede ser útil al Padre, pero de ninguna manera necesaria. La erudicion sagrada, por el contrario, como no es otra cosa que la doctrina enseñada por Jesucristo, perfecta en cuanto al fondo y la forma, se deduce que es absolutamente necesaria al Padre, porque todo lo que quiera enseñar se encuentra en la revelacion divina.

Segunda. *Santidad de vida.* Así como los Padres naturales deben formar el corazon de sus hijos no menos con la palabra que con el ejemplo, así tambien los Padres de la Iglesia, no solo deben alimentar á los fieles con la doctrina de sus escritos, sino ademas con el ejemplo de sus virtudes, para que su instruccion pueda ser completa, y los conduzca á la salvacion, término de sus desvelos. Este ejemplo lo da el Divino Salvador, que es el primero y más santo de los Doctores, cuyas obras precedian á su enseñanza. *Cæpit Jesus facere et docere* (1). Y en el oficio de los Doctores, la Iglesia les aplica estas palabras de San Mateo: *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona.* Y más adelante: *Qui fecerit et docuerit hic magnus vocabitur* (2). Por donde se ve cuán necesaria es la santidad en los Padres de la Iglesia. La Iglesia siempre reconoció la necesidad de la union entre la santidad y la erudicion; de tal manera, que nunca ha creido que esta sin aquella pudiera elevarse á gran altura, pues solo en la gracia del Espíritu Santo se puede conseguir la santidad y alcanzar la ciencia sagrada; y donde Él no obra, ni se llega á la santidad, ni se posee la sabiduría. *Initium sapientiæ timor Domini.*

Tercera y última. *Antigüedad.* Del mismo modo que en las cosas naturales es necesario que el padre preceda al hijo,

(1) Act. Apost., I, 1.
(2) San Mateo, cap. V, vers. 16 y 19.

y que sea antes que él, así tambien en la generacion espiritual el Padre de la Iglesia, que en cierto modo le da su ser perfecto, desenvolviendo la doctrina con sus escritos, es necesario que le preceda en este desarrollo (1). Sin embargo, desde el principio de la Iglesia algunos Obispos y presbíteros notables por su ciencia y su santidad, aun antes de morir ó poco despues de su muerte, se contaban ya en el número de los Santos Padres; y la Iglesia lo aprobaba, siempre que le constasen su pureza de doctrina y santidad. Pero ya hace mucho tiempo que está cerrado el período de los Santos Padres, y ninguno lleva ese nombre desde el siglo XII, en que vivió San Bernardo, á quien se le da el título de *último Santo Padre* (2). Por lo que se dice que el tiempo de los Santos Padres se estiende hasta la época de los escolásticos. Sin embargo, Santo Tomás y San Buenaventura, del siglo XIII, son los que hasta hoy cierran propiamente el período de los Santos Padres; y San Pio V declaró al primero, y Sixto V al segundo, Doctores de la Iglesia. A pesar de que los Obispos y presbíteros son los que tienen la mision en la Iglesia, no obstante, de la definicion que de los Padres hemos dado resulta que pueden serlo los legos, y de hecho lo es San Próspero de Aquitania.

ARTÍCULO V.

Criterio para conocer los Santos Padres.

Si la aprobacion de la Iglesia es la que constituye los Santos Padres, y sin ella ninguno puede llevar ese título, es muy conveniente saber cómo se hace esta aprobacion, para lo cual se atenderá á las siguientes reglas:

1.ª Que los Romanos Pontífices los reconozcan en documentos públicos propuestos á la Iglesia, ó cuando tratan cosas de fe.

2.ª Que los Concilios los citen con especialidad y les den este nombre.

3.ª Que se propongan á la veneracion de los fieles en el Martirologio romano.

4.ª Que sus escritos hayan sido leidos en las iglesias públicamente despues de las Divinas Escrituras, hasta que el Concilio de Laodicea prohibió esta costumbre.

5.ª Que haya sido citado por algun Padre de los más notables en sus disputas teológicas.

---

(1) Anato: *De Patribus*, pág. 7.

(2) Mabilon: Prefacio á las obras de este Padre.

ARTÍCULO VI.

Doctores de la Iglesia.

Los Doctores de la Iglesia son entre los Santos Padres los más notables. La Iglesia militante, no solo celebra con regocijo la memoria de los Santos, sino que tambien venera y distingue aquellos que con sus escritos y ejemplos la ilustraron. Del mismo modo que en aquella gran casa del padre de familia hay muchas habitaciones, y en medio de esa variedad todos gozan de la gloria, así tambien en la Iglesia católica, que es imágen de la celestial Jerusalen, se guardan esas sagradas gerarquías. Entre los coros, pues, de Apóstoles, Profetas y Mártires, brilla con insigne resplandor el órden de los Doctores, que el Apóstol enumera en su carta primera á los de Corinto (1). Estos son de quienes dice la divina Sabiduría: *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt* (2). De estos tambien habla el ángel á Daniel con estas palabras (3): *Qui autem docti fuerint fulgebunt quasi splendor firmamenti; et qui ad justitiam erudiunt multos quasi stellæ in perpetuas æternitates.*

En todos los tiempos es útil y saludable la ciencia de los Doctores; pero lo es de una manera particular cuando los herejes y los impíos perturban la Iglesia con sus sofismas, sembrando la zizaña en el fértil campo del Señor. De no haber acudido los Doctores con la luz de sus escritos á defender la fe, hubieran sido inmensos los daños causados por los errores.

Los Doctores, cuya edad no está determinada por límite alguno, son declarados por la Iglesia como tales por su admirable doctrina y su insigne santidad. Las condiciones, pues, que han de reunir para su declaracion son las siguientes:

1.ª Santidad.
2.ª Eminente doctrina.
3.ª Espresa declaracion de la Iglesia. Esta puede hacerse, ó por una Constitucion especial, ó concediendo su rezo para toda la Iglesia. Todo lo que se dice de los Santos Padres conviene tambien de una manera particular á los Doctores de la Iglesia.

---

(1) 1.ª ad Cor., XII, 28 y 29.
(2) Eccl., cap. XXIV, vers. 31.
(3) Dan., XII, 3.

CAPÍTULO II.

DE LA AUTORIDAD DE LOS SANTOS PADRES.

ARTÍCULO PRIMERO.

Qué cosa sea la autoridad de los Santos Padres, qué errores hay acerca de ella, y cuál es la verdadera doctrina.

La autoridad es una fuerza moral inherente á las personas ó á ciertas palabras, por la cual nos movemos á creer y á obrar, sin pensar las razones en que se apoyan sus aserciones, ni las que militan en contra de ellas. Esta autoridad puede ser de tres maneras: *grande*, *muy grande*, y *absoluta*. De la autoridad *grande* nace la probabilidad, y no es lícito separarse de ella, si no viene otra mayor, ó alguna razon muy fuerte en contrario. De la autoridad *muy grande* procede la probabilidad en el más alto grado, y seria temerario no seguirla, á no concurrir la autoridad *absoluta*. De la autoridad *absoluta* nace la certidumbre, de la cual nunca será lícito separarse. Se tendrá la primera cuando algunos Santos Padres, al tratar acerca de los dogmas, no lo hacen como testigos de la tradicion, sino que esponen sus propios conceptos para defenderlos, ó con sus razones refutan las objeciones de los herejes. La segunda, cuando algunos Padres hablan en materias de fe, como testigos de la tradicion. La tercera se tendrá cuando todos convienen entre sí, sin que haya uno que contradiga, á pesar de la diferencia de tiempos y lugares. Acerca de la autoridad de los Santos Padres han errado, unos por esceso, otros por defecto. Los primeros han igualado la autoridad de los Santos Padres á la de los Profetas y demas escritores inspirados, y sus escritos á la Sagrada Escritura. Esta opinion, aunque seguida por algunos católicos desde el siglo III, no puede de ningun modo sostenerse (1). Los segundos solo reconocen los escritos de los Santos Padres como documentos antiguos, y no como pruebas de la verdad revelada. Este error es de los protestantes, que, rechazando la tradicion, rechazan tambien á sus autorizados testigos. Entre estos dos errores está la verdadera doctrina de la Iglesia, que, siguiendo á Melchor Cano (2), establece

(1) Belarmino: *De las controversias de la fe cristiana.*

(2) En los *Lugares teológicos*, lib. VII, cap. III.

la autoridad de los Santos Padres en las conclusiones siguientes:

Primera conclusion. La autoridad de los Santos Padres, sean muchos ó pocos, no suministra argumentos ciertos cuando se aplica á cosas que pueden conocerse por la luz natural. En este caso sus palabras no tienen más prestigio que el valor de sus razones. Esto quiere decir que cuando los Santos Padres hablan de literatura ó escriben, v. gr., la historia profana, sus palabras, siempre muy respetables, no tienen en este caso infalibilidad ninguna.

Segunda. La autoridad de uno ó dos Santos Padres, aun en las cosas que pertenecen á la fe y á las ciencias sagradas, suministra un argumento probable, pero no firme y decisivo. Despreciarlo seria imprudente; considerarlo como absolutamente cierto equivaldria á faltar á la prudencia.

Esta conclusion nos enseña que los Santos Padres son depositarios infalibles de la tradicion en su conjunto; pero no en cada uno de los Santos aisladamente considerados.

Tercera. La autoridad de nuestros Santos Padres, habiendo algunos que la contradigan, no puede suministrar al teólogo argumentos firmes.

Esta conclusion no es más que una consecuencia de la que precede. La certeza no puede encontrarse en el testimonio de muchos Padres, cuando hay algunos que contradicen su testimonio.

Cuarta. La autoridad de todos los Santos Padres en asuntos que no pertenecen á la fe, forma un argumento probable, pero no cierto.

Esto quiere decir pura y simplemente que Dios no ha revelado á nadie las cosas que se refieren á las ciencias meramente humanas. Todos los Santos Padres podian haberse equivocado admitiendo el sistema astronómico de Ptolomeo, como hoy podemos nosotros equivocarnos admitiendo el sistema de Copérnico, sin que por esto pierda nada la Religion. En asuntos puramente humanos, ajenos á la fe, Dios no ha prometido á nadie su infalibilidad.

Quinta. En la esposicion de las Sagradas Escrituras, la comun sentencia de todos los Santos Padres debe considerarse como un argumento certísimo para confirmar las aserciones teológicas. El Concilio Tridentino, en la sesion 4.ª, decretó que «nadie osara interpretar los Libros Santos: *contra eum sensum quem tenuit et tenet Sancta Mater Ecclesia cujus est judicare de vero sensu, et interpretatione Scripturarum Sanctarum, aut etiam contra unanimem consensum Patrum.*»

Se ve, pues, que en la interpretacion de las Sagradas Escrituras, no solo es ciertísimo argumento de la comun sen-

tencia de los Padres, sino que de ningun modo podemos contradecirla.

Sesta. «Todos los Santos Padres no pueden errar en un dogma de fe.» Esto es evidente. Dios ha hecho á los Padres testigos de su tradicion, y es imposible que falte la verdad en los labios de los hombres á quienes Dios ha escogido para que den testimonio de su doctrina.

ARTÍCULO II.

Motivos poderosos en que se apoya la autoridad de los Padres.

Para establecer rectamente la autoridad de los Santos Padres conviene saber de dónde se deriva, ó en qué fundamentos se apoya, que no son otros que los siguientes:

Primero. *La santidad.* Se requiere en el testigo fiel y en el maestro de la tradicion un conocimiento profundo de los dogmas y leyes divinas, y para esto los más á propósito fueron los Santos Padres, por sus grandes virtudes y por los dones celestiales que para ello recibian; pues para conocer la ciencia sagrada es necesario reunir, á un ingenio no vulgar, la continua oracion, un ánimo libre de malos deseos, un sincero amor á Dios, y un religioso temor, piedad, humildad y otras virtudes que en tan alto grado tuvieron aquellos. Por eso dice San Fulgencio de Ruspe (1): «Que la misericordia de Dios iluminó á los Santos Padres para que creyesen, y luego los instruyó espiritualmente para que enseñasen.» San Gerónimo (2): «Que los Doctores, no tanto enseñan ellos, cuanto Dios, que es su director.» Y San Leon añade (3): «Que estos santos varones, llenos de temor de Dios, no se hubieran atrevido ni á cambiar, ni á adulterar, ni á corromper el depósito de la fe confiado á su custodia.»

Segundo. *Erudicion sagrada.* Los Santos Padres á quienes damos este glorioso nombre, ó nacieron en la Iglesia católica y fueron educados desde su infancia en la doctrina ortodoxa, ó entraron despues en la comunion de la Iglesia, que los alimentó con la leche de su fe, y por sus adelantos en la perfeccion, como dice Adrian I (4), merecieron unos sólidos alimentos. Tanto aquellos como estos, de hijos de la Iglesia y nutridos en su doctrina, pasaron á ser Padres, para que ellos la enseñasen á otros (5). Y para decirlo de una vez,

---

(1) *De verit. prædest. et grat.*, lib. 1, núm. 33.
(2) Coment. in ep. ad Galatas.
(3) Ep. 82.
(4) Ep. 1.ª—Mansi: tomo XIII, col. 867.
(5) S. Agust.: *Contra Juliano*, lib. 1, n.º 31.

lo que encontraron en la Iglesia, guardaron; lo que aprendieron, enseñaron; lo que los Padres recibieron, esto legaron á sus hijos (1). Estando ademas dotados de un talento profundo, y teniendo un gran conocimiento de las ciencias humanas, no es de estrañar que conociesen los dogmas en cuanto al hombre le es permitido, y que con su razon los aclarasen y defendiesen contra sus enemigos.

Tercero. *Aprobacion de la Iglesia.* Aunque no es pequeña la diferencia que hay entre la santidad y erudicion de los varones eclesiásticos de quienes conservamos algunos escritos, sin embargo, á la Iglesia pertenece declarar los que pueden seguirse sin peligro en las cosas que pertenecen á la fe y á las costumbres. A cualquiera le puede suceder elegir guias falsos y ciegos Maestros; pero la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, ni puede elegir á los unos, ni recomendar los otros á los fieles, pues de otro modo ella misma correria gran riesgo de caer en el error y espondria á gran peligro la salvacion del rebaño encargado á su custodia. Por esta razon dice Santo Tomás (2) que la doctrina de los Doctores recibe su autoridad de la Iglesia, por lo que se ha de estar mejor por la autoridad de la Iglesia que por la de San Agustin y San Gerónimo ó cualquiera otro Doctor. Aquellos á quienes la Iglesia concede autoridad, desde luego la tienen grande, pues, declarada ortodoxa su doctrina, da completa seguridad para que todos la sigan.

Cuarto. *Consentimiento de los Padres.* Adoctrinados los Santos Padres en la misma fe que la Iglesia, enseñan y predican lo mismo que ella, sin que la diferencia de tiempos y diversidad de lugares turbe su armonía; antes bien son semejantes á las liras, que, á pesar de sus muchas y variadas cuerdas, como dice Teodoreto (3), producen, sin embargo, solamente sonidos acordes. Es, pues, señal clara y ciertísima de la verdad de su doctrina que todos convengan entre sí, y que jamás se opongan á sus mayores. Los Santos y los defensores de la verdad, dice San Atanasio (4), convienen entre sí, y nunca están en desacuerdo. Por esto añade tan justamente Tertuliano, atendiendo á la condicion humana: *Quod apud multos invenitur unum, non est erratum, sed traditum* (5).

Cada uno de los Santos Padres, aunque son dignos de gran consideracion, no obstante pueden errar, como lo prue-

(1) S. Agust.: lib. II, n.º 34.
(2) 2. 2. q. 10. art. 12.
(3) T. Eramiste Dig. 3.º, tomo IV, pág. 154.
(4) Decreto de Nicea, núm. 4.
(5) *De præscript.*, cap. XXVIII.

ba el ejemplo de San Cipriano; pero no así cuando están reunidos, porque entonces, como dice San Agustin (1) y el Concilio II de Nicea (2), representan á la Iglesia, á quien se la ha prometido la estabilidad de la fe. Puede decirse en cierto modo que los Padres esceden en autoridad al Concilio general (3), pues reunidos en este los Obispos de todo el orbe, no seria fácil que reuniesen tanta santidad y erudicion, ni gozasen de tanta libertad como la que tuvieron los Padres; porque estos no vivieron en una época determinada, sino que son de todos los tiempos, y son los hombres más santos, más sabios y más independientes. De donde bien se puede asegurar que el peso de la autoridad de los Santos Padres reside verdaderamente en su unánime conformidad con la fe de la Iglesia; y por lo tanto, hablando con propiedad, no usamos de la autoridad de los Padres para confirmar las verdades católicas, sino de la autoridad de la misma Iglesia y de la tradicion, de que ellos son verdaderos testigos. Todo lo que los Padres enseñan de comun consentimiento, ya reunidos en Concilio, ya en sus escritos, se ha de conservar y creer como divinamente revelado, como dice Vicente de Lerins (4). Esta ha sido la práctica constante de la Iglesia, y siempre que se ha declarado algun dogma desde el Concilio I de Nicea en el año 325, hasta el del Vaticano de 1870, se ha apoyado en el testimonio unánime de los Santos Padres.

Si se pregunta qué consentimiento se requiere en los Santos Padres, podrá responderse que lo habrá verdadero si todos, ó al menos el mayor número, clara y constantemente establecen alguna cosa en el mismo sentido. Tambien será suficiente cuando algun Padre de los más notables afirme espresamente alguna cosa y los demas no le contradicen hablando de lo mismo, porque entonces se puede decir que aquel es su parecer; pues si en algun negocio grave los antiguos erraban, al punto se presentaban otros que se oponian, como dice Vicente de Lerins (5). «Si oyésemos, añade Belarmino (6), que todos, ó casi todos los Padres, con un corazon y una fe, dicen lo mismo, ¿quién se atreverá á dudar que esa es la verdad, confirmada con testimonio tan acorde?»

(1) *Contra Julian.*, lib. I, núm. 37.
(2) Mansi: tomo XIII, col. 192.
(3) Esto se entiende antes de la definicion.
(4) *Commonitorio*, cap. III.
(5) *Commonitorio*, cap. II.
(6) *De la palabra de Dios no escrita*, lib. IV, cap. III.

ARTÍCULO III.

De la autoridad de cada Padre en particular y de sus diversos grados.

De lo dicho se desprende que la autoridad de los Santos Padres se apoya en su santidad, en su erudicion sagrada y en la aprobacion de la Iglesia; pero como ni la santidad ni la erudicion los pone á cubierto de todo error, como lo prueba el ejemplo de San Cipriano en la cuestion del Bautismo dado por los herejes, conviene saber si la aprobacion de la Iglesia, sin la cual ninguno puede contarse en el número de los Santos Padres, es garantía segura de que en sus escritos no hay error alguno, y por consiguiente qué diferencia existe entre los aprobados y los que no lo están.

Cuando la Iglesia aprueba los libros de los Santos Padres, nos da la seguridad de que aquellos escritores, que han vivido en tan diferentes tiempos y paises, estuvieron siempre en la comunion y fe de la Iglesia; y, como dice el Concilio romano del tiempo de Gelasio (1), jamás se separaron ni de su fe ni de su predicacion, y participaron, por la gracia de Dios, de su comunion hasta el fin de su vida.

Esta misma aprobacion nos ofrece la certidumbre de que los escritores eclesiásticos, que ademas de su santidad sobresalieron por su erudicion sagrada y por su ciencia, enseñaron mientras vivieron á toda la Iglesia, y aun despues de muertos continuaron esta obra.

La ciencia que la Iglesia recomienda con su aprobacion, abraza dos puntos:

1.° Cuando proponen lo que Jesucristo enseñó y la Iglesia ha conservado siempre.

2.° Si la doctrina cristiana así aceptada la desenvuelven y esplican profunda y sabiamente, no solo para defenderla contra los herejes, sino tambien para hacerla más creible. La aprobacion, pues, de la Iglesia se estiende á todo esto en general, es decir, á la doctrina que proponen los Padres como enseñada por Jesucristo y los Apóstoles, y á los argumentos de que se valieron para esplicarla, pero sin asegurar que no hayan cometido algun error, y que sean fuertes y valederas todas sus razones. Sin embargo, en esa misma erudicion sagrada los Padres son aprobados como testigos de la doctrina de la Iglesia, y tienen gran autoridad, aun considerados separadamente, cuando espresamente atestiguan la fe recibida de Jesucristo y de los Apóstoles. Para conocer si

(1) Mansi: tomo VIII, col. 148.

los Santos Padres proponen la doctrina de la Iglesia y no sus propias opiniones, se atenderá á las reglas siguientes (1):

1.ª Cuando usan de las palabras «creemos y confesamos que Jesucristo lo enseñó y la Iglesia lo conserva.»

2.ª Cuando, apenas nacida una herejía, la condenan como contraria á la doctrina de la Iglesia.

3.ª y última. Cuando en sus homilías ó catequésis instruyen al pueblo en las verdades reveladas. En estos casos los Santos Padres tienen mucha autoridad, y deben leerse con suma reverencia; pero en cuanto son hombres, con criterio y discrecion, porque, de no proceder así, es muy posible seguir las propias opiniones más bien que las doctrinas de los Padres, ó fundar sobre estas nuevos errores. Con razon, pues, Alejandro VIII condenó la siguiente proposicion: «En donde alguno encontrare la doctrina de San Agustin claramente establecida, la podrá conservar y enseñar absolutamente, sin consideracion á ninguna Bula pontificia.» Si esto se dice hablando de San Agustin, con mucha más razon se entiende de cualquiera otro Padre; y si al leer los Santos Padres se han de tener presentes las Bulas pontificias, con igual motivo se ha de atender á las definiciones, y sentido de la Iglesia, pues, como dice Santo Tomás (2), mejor se ha de estar por la autoridad de la Iglesia, que por la de San Agustin, de San Gerónimo ó cualquiera de los Doctores.

Cuando en algun Padre se encuentra alguna cosa contraria á la fe católica, nunca se le dará la preferencia sobre los demas que dicen lo contrario; y si su doctrina solo parece contraria á la práctica de la Iglesia, se verá si se la puede conciliar sin violencia: y de no ser esto posible, se confesará ingenuamente que el Padre erró en aquella materia. Difícilmente se encontrará para el caso presente una regla más á propósito que la contenida en estas palabras de San Agustin (3): «Si encontrases en mis escritos la verdad, consérvala y atribúyelo á la Iglesia; si el error, recházalo y atribúyelo á mí, que soy hombre; y lo que sea dudoso, créelo hasta que se decida si debe rechazarse por erróneo ó retenerse como verdadero.»

«Peligroso es, dice San Gerónimo (4), juzgar el mérito de los Santos Padres de la Iglesia y preferir uno ú otro; y sin embargo, no todos tienen igual grado de autoridad, aunque todos gozan de la aprobacion de la Iglesia, pues esta es más

(1) P. Maran: *Pref. á las obras de San Justino*, pág. 2, cap. XIII.
(2) 2. 2. q. 10, art. 12.
(3) *De vera Relig.*, n.º 20.
(4) Comentario 5 Daniel, cap. IX, vers. 24.

especial en algunos, y las circunstancias dan á otros mayor autoridad.»

La tendrán, pues, mayor:

1.° Aquellos que brillaron con más santidad y erudicion, y adquirieron una estimacion especial en la Iglesia, entre los cuales están los Doctores.

2.° Aquellos que vivieron en relacion con los Obispos de su tiempo, á quienes dirigieron sus cartas, ó fueron discípulos de los Apóstoles.

3.° Aquellos que emplearon todos sus esfuerzos refutando alguna herejía ó defendiendo algun dogma, y cuyos escritos nada dejan que desear en esas cuestiones.

4.° Aquellos que sucedieron inmediatamente á los Apóstoles en sus iglesias ú ocuparon las sillas principales.

5.° Aquellos á quienes los demas Padres prefieren, ó la Iglesia colma de alabanzas.

6.° Aquellos cuya doctrina ha sido aprobada por medio de Obispos ortodoxos.

7.° Tambien se aumenta la autoridad de cada Padre cuando dos ó más convienen en una misma cosa.

8.° y último. Tienen una autoridad irrefragable, y pueden seguirse como reglas de fe, aquellos Padres cuyos escritos han sido aprobados en algun Concilio general.

CAPÍTULO III.

DEL OBJETO SOBRE QUE VERSA LA AUTORIDAD DE LOS PADRES.

ARTÍCULO PRIMERO.

Autoridad de los Santos Padres en las cuestiones de fe y moral.

Todavía falta que tratar del objeto á que se estiende la autoridad de los Santos Padres, para dar más fácilmente solucion á las muchas cuestiones que en esta materia pueden suscitarse. La doctrina revelada abraza no menos lo que se ha de creer que lo que se ha de obrar, y por esto debe ilustrar el entendimiento para que reciba las verdades de fe, y mover la voluntad para ejecutar los actos de esta misma fe. Así lo dice nuestro Salvador cuando mandó á los Apóstoles predicar su Evangelio con estas palabras (1): «Id á enseñar á todas las gentes;» esto es, las verdades de fe. Y más adelante añade: «Enseñadlos á observar todas las cosas.» Donde claramente se alude á los preceptos morales.

En efecto: así como toda la Sagrada Escritura escita, aumenta y perfecciona la piedad, del mismo modo sucede con toda la doctrina revelada; por cuya razon comprende lo que el hombre ha de creer y ha de obrar para conseguir su último fin. Ahora bien: si los Santos Padres son los testigos de la doctrina revelada, su autoridad, que la Iglesia nos garantiza, se estiende á todo lo que aquella abraza. Ademas, la autoridad de los Santos Padres no es otra cosa que la autoridad de la Iglesia, pues cuando convienen todos, esta la hace con su aprobacion obligatoria á los fieles; por donde se ve que la autoridad de los Padres representa á la misma Iglesia, y como esta nunca define sino lo que se ha de creer y obrar (2), resulta que la autoridad de los Santos Padres abraza los mismos puntos.

Los Padres, cuando tratan cosas estrañas á la Religion, se han de considerar como escritores particulares; y aunque siempre es respetable su autoridad, sin embargo, solo es maestra segura de la verdad en lo perteneciente á la fe y á

---

(1) San Mateo, cap. XXVIII, vers. 19.

(2) *De la moderacion de los ingenios.* Muratori: lib. I, cap. XIII.

las costumbres. Establecido esto, conviene tener presente, para fijar debidamente la autoridad de los Padres, las reglas siguientes:

1.ª El consentimiento de los Padres, al menos moral, en las cosas pertenecientes á la fe y á las costumbres, tiene autoridad cierta y absoluta.

Cualquiera puede buscar en el consentimiento de los Padres la verdadera doctrina, si fiel y cuidadosamente estudia y medita los monumentos antiguos; y aunque nunca estará cierto de haber entendido las palabras de los Padres sin peligro de error, sin embargo, donde vea la evidencia moral, mientras la Iglesia no enseñe otra cosa, deberá seguir la doctrina que cree reune el testimonio unánime de los Padres. Esto será bastante para que los fieles admitan aquellas verdades; pero no se hacen evidentes y decididamente ciertas hasta que la Iglesia no las declara como dogmas. De manera que no es lícito separarse del unánime consentimiento de los Padres, aun antes de ser definidos los dogmas, pues en sus escritos se encuentra la tradicion divina.

2.ª Tienen la misma autoridad los escritos de los Santos Padres que han sido aprobados y espresamente señalados como regla de fe (1).

3.ª Los escritos de cada uno de los Padres en las cosas que pertenecen á la fe, tienen generalmente gran autoridad, y algunas veces suma, pero no cierta y absoluta; pues aunque cada uno presta su apoyo á la verdad, no lo dan firme, y solo será mayor la de aquel en quien se reunan los motivos que la aumentan (2).

De aquí se sigue que cada uno de los Padres merece gran consideracion, y seria temeridad separarse de su autoridad; y cuanto mayor sea esta, mayores razones se exigen para no seguirla. Debe tambien tenerse presente que cuando en las cuestiones teológicas no se citan más que uno ó más testimonios, ó muchos de un mismo Padre, estos no dan un argumento sólido y divinamente cierto de la verdad.

4.ª La autoridad de los Santos Padres no se estiende á las ciencias profanas y artes humanas que no están relacionadas con la ciencia revelada.

De modo que los Padres, cuando tratan de historia, geografía, filosofía, astronomía, física y matemáticas, tendrán tanta autoridad cuanta sea la fuerza de sus razones, ya porque estas ciencias no las abraza directamente la ciencia revelada, ya tambien porque los Padres, al sentar en ellas sus opiniones, han seguido las de los autores profanos y aun gentiles, espuestos á muchos errores, como ellos confiesan.

(1) Santo Tomás: libro de *Las Sentencias*, dist. 14, art. 2.º

(2) Véase lo que hemos dicho en los capítulos anteriores.

ARTÍCULO II.

Autoridad de los Santos Padres en la esposicion de Sagrada Escritura.

La Sagrada Escritura, escrita en tiempos tan remotos y en circunstancias tan distintas á las nuestras, cuya lengua primitiva pocos conocen, y cuyo argumento trata de las cosas divinas, y por consiguiente difíciles, necesita de intérprete para encontrar el verdadero sentido de sus palabras. La esperiencia de diez y nueve siglos confirma esta verdad, pues todos los errores contra la fe han tenido orígen en su mala interpretacion, como dice San Ireneo (1). «La Iglesia católica, depositaria de la doctrina revelada, es tambien intérprete de la Sagrada Escritura, y á ella solo pertenece la esposicion de su verdadero sentido.» Los Padres, sin embargo, cuando están todos conformes, ó al menos su mayor parte, representan á la misma Iglesia, y la Iglesia en la sucesion de los siglos consulta á los Padres de épocas anteriores para la esposicion de la Sagrada Escritura, como claramente lo espresa el Concilio general de Viena (2). De aquí se sigue que el unánime consentimiento de los Padres en la interpretacion de la Sagrada Escritura tiene la misma autoridad que la Iglesia, como lo hallamos confirmado en los mismos Padres, en los Romanos Pontífices y los Concilios. Así San Ireneo (3) dice que los presbíteros, esto es, los Obispos, «nos esponen sin peligro la Sagrada Escritura.» En el mismo sentido se espresa San Leon, Papa, diciendo (4) «no es lícito saber otra cosa de las Sagradas Escrituras, que lo que los Apóstoles y Santos Padres enseñaron.» El Concilio de Trento (5) añade «que ninguno, fiado en su prudencia, se atreva á interpretar la Sagrada Escritura contra el unánime consentimiento de los Padres.»

De aquí se desprenden muchas cosas acerca de la autoridad de los Padres en la Sagrada Escritura, y que pueden abrazarse en las reglas siguientes:

1.ª Al intérprete católico no le es lícito esponer la Sagrada Escritura contra el consentimiento de los Padres.

Donde no haya este consentimiento, aunque algun Padre se ocupe del sentido de un testo, sin embargo, el espositor católico podrá darle otro, siempre que tenga razones fuertes en su apoyo.

---

(1) *Contra las herejías*, lib. I, cap. IX.
(2) Clementina *De Summa Trinit.*
(3) *Contra las herejías*, lib. IV, cap. XXVI.
(4) Ep. 82.
(5) Ses. 4.ª

2.ª Que este consentimiento ha de recaer sobre las cosas pertenecientes á la fe, á las costumbres y edificacion de la doctrina cristiana.

La mente del Concilio de Trento no fue el comprender las ciencias profanas, dejando en esto en plena libertad al espositor; sino solo las cosas pertenecientes á la doctrina de la Iglesia. De este modo la Iglesia, á la vez que atiende á la unidad de la fe, deja un campo latísimo al exégeta.

3.ª No solo se han de consultar las obras exegéticas de los Padres, sino tambien las dogmáticas, las morales y las de polémica, en las cuales muchas veces se encuentran espuestos lugares de la Sagrada Escritura pertenecientes á la fe y á la moral.

4.ª En los escritos exegéticos de los Padres se ha de distinguir, cuando esponen el sentido de la Iglesia, que generalmente lo indican, de cuando hablan en su propio nombre, y tambien de cuando refieren las opiniones de los herejes (1).

En el primer lugar, su autoridad es muy grande; en el segundo será menor, y segun los fundamentos en que se apoyen: distinta naturalmente ha de ser en el último caso, por la diversidad de materia.

5.ª Aquellos Padres tendrán más autoridad en la esposicion de la Sagrada Escritura, cuya santidad y erudicion fueran mayores, y cuyos escritos en esta parte hayan merecido la aprobacion especial de la Iglesia, como los de San Gerónimo y de San Juan Crisóstomo.

De modo que el espositor católico está obligado á interpretar la Sagrada Escritura «segun el unánime consentimiento de los Padres;» pero como rara vez y en pocos casos se encuentra esta unanimidad, es preciso tener sumo cuidado para no interpretarla contra el consentimiento de los Padres, en las cosas de fe y de costumbres; porque en todo lo demas, como hemos dicho, la Iglesia deja en libertad al espositor y puede aprovechar en ella toda su erudicion, huyendo, no obstante, de las novedades peligrosas y del espíritu de singularidad, reprensible siempre, y más todavía en materias de Religion.

ARTÍCULO III.

Autoridad de los Santos Padres en ascética y pastoral.

Para fijar debidamente la autoridad de los Santos Padres en estas dos partes de la Teología, conviene distinguir lo que constituye los principios dogmáticos y morales, de todo

(1) San Gerónimo: *Contra Rufino*, lib. 1, núm. 16.

aquello que trata de los medios y modo de llegar á la virtud y á la santidad, de predicar la palabra de Dios, de administrar las cosas sagradas, y de dirigir las almas á la salvacion eterna.

En cuanto á los principios, como no son otra cosa que los mismos dogmas y la moral cristiana, se deberán buscar en los Santos Padres, y en esta parte su autoridad en ascética y pastoral es la misma que tienen en las cosas de fe y de costumbres, como antes hemos dicho. En cuanto á los medios, ó estos por su naturaleza tratan de la Religion cristiana, ó se apoyan en principios psicológicos, ó solo dependen de las circunstancias. En el primer caso, ó sea en el modo de adquirir la perfeccion cristiana, que por su naturaleza brota de la misma Religion, la autoridad de los Padres tiene que ser muy grande. Estas cosas son consecuencias naturales de la esposicion de los dogmas y de la moral, y cuanto más profundamente se conocen, y con cuanto más juicio se poseen, mejor y más perfectamente se percibe lo que de ellos puede deducirse para servir de norma en la vida espiritual de cada uno, y para promover la perfeccion en los otros. Aquellos que han encontrado todo esto y luego lo han practicado, ó han unido á la contemplacion la vida activa, deberán gozar de gran autoridad.

Los Padres, pues que todos ellos se encuentran en este caso, y cuyo mayor número tuvieron el cargo pastoral, con razon deben tener suma autoridad en esta parte.

En cuanto al segundo lugar, su autoridad no es tanta, sin dejar por eso de ser grande; pues aunque en la psicología especulativa no todos fuesen muy versados, lo eran en su parte práctica, es decir, en lo que aquella ejerce su accion inmediata. En cuanto al tercer lugar, ó sea acerca de las circunstancias esternas de que dependen la ascética y la pastoral, debe tenerse presente si aquellas son iguales á las nuestras, ó son distintas. En el primer caso, será grande la autoridad de los Padres; pero en el segundo, se atenderá á lo que dicte la prudencia, pues muchos Padres trataron puntos sobre los cuales no habia recaido todavía la definicion de la Iglesia, y de otros es casi seguro que hubieran hablado de otro modo si hubiesen vivido en distintos tiempos.

Lo que queda dicho acerca de la autoridad de los Santos Padres en ascética y pastoral, se puede tambien aplicar al derecho canónico.

CAPÍTULO IV.

IMPORTANCIA DE LA AUTORIDAD DE LOS PADRES.

ARTÍCULO PRIMERO.

Los Santos Padres con relacion á la Escritura y á la Iglesia.

Para que mejor se comprenda la importancia de la autoridad de los Santos Padres, no será exagerado que la comparemos con la autoridad de la Sagrada Escritura; pues tanto en esta como en los Santos Padres se encuentra la verdad revelada, y la Iglesia acude á estas dos fuentes para definir sus dogmas. Ademas, la Iglesia, á la vez que fija el cánon de los libros sagrados, se reserva la aprobacion de los Santos Padres, y no menos interpreta el sentido de aquellos que el de los escritos de estos; porque, como dice el Concilio de Trento (1), «así como á ella pertenece juzgar del verdadero sentido é interpretar la Sagrada Escritura, así tambien consta por la práctica constante que á ella solo toca enseñar la doctrina de la fe contenida en los testimonios de los Padres. Pero si bien hay algo de comun entre la Escritura y los Santos Padres, sin embargo, no es pequeña la diferencia que existe entre ambos, pues los autores de la Escritura son inspirados, y no así los Santos Padres; y por consiguiente, á todas las palabras de aquellos va unida la certidumbre y la verdad, lo que no sucede con las de estos. Esto no obstante, son superiores bajo otro concepto, pues ademas de que ellos esplanan, prueban y defienden lo contenido en las Sagradas Escrituras, sus escritos abrazan otras verdades que pertenecen á la fe, y que no se contienen en aquella.

La Iglesia, instituida por Jesucristo para enseñar la verdad, recibió los escritos de manos de los Apóstoles y de sus discípulos, y tambien los de los Padres, y ella decide si aquellos son inspirados, y si estos se han de considerar como de los verdaderos Padres. Finalmente, cuando se trata de alguna cuestion oscura, ó perteneciente á la fe, la Iglesia, antes de proponerla á los fieles, consulta no menos á la Sagrada Escritura que á los Padres; y por aquella y por el consentimiento unánime de estos declara la verdad (2). De esto

(1) Ses. 4.ª

(2) San Agustin: *lib. á Cresdicio*, núm. 39.

resulta que cuando se define algun dogma no se revela nada nuevo, sino que se publica lo que en la Sagrada Escritura y en los Santos Padres se contiene, y de lo que la Iglesia es depositaria y administradora infalible: de manera que como depositaria nada puede añadir á lo que se le ha encomendado; pero como administradora puede sacar de su depósito las verdades segun la Divina Providencia lo dispone y las circunstancias lo exigen. No se diga por eso que la Iglesia es superior á la Escritura ó á los Padres, pues ella es regida por el mismo espíritu que inspiró los libros sagrados y reveló las verdades de que los Padres son testigos: del mismo modo que los ministros de un príncipe no se dicen superiores á la ley, aunque se les ha concedido la autoridad para interpretarla y hacerla cumplir.

La Iglesia ademas, con suma reverencia y gran cuidado, indaga el sentido verdadero de los escritos de los Padres, y no de otro modo estrae y establece su unánime consentimiento que si pidiese el parecer de todos los Obispos en una cuestion de fe. La Iglesia, pues, fue instituida por Dios y dotada de la infalibilidad por el Espíritu Santo; en las cosas de fe y de moral, ella estudia y respeta la Sagrada Escritura como libro divino, y oye y consulta á los Santos Padres como á sus maestros; y la verdad que saca de estas dos fuentes, asistida del Espíritu Santo, la propone con absoluta autoridad á los fieles para que crean y obren conforme á ella.

ARTÍCULO II.

Respuesta á las objeciones que se hacen á la autoridad de los Santos Padres.

Falta solamente para terminar esta materia defender la autoridad de los Padres en las cuestiones teológicas, contra las objeciones de los protestantes.

Dicen, en primer lugar, que los Padres son hombres, y como tales falibles. No puede negarse el antecedente, pero sí la consecuencia. El testimonio de los Padres es humano en cuanto es de ellos; no así en cuanto es la fe de la Iglesia. Del mismo modo que los diplomas reales no tienen la autoridad, aunque estén escritos por los ministros, si carecen de la firma real, así tambien los testimonios de los Padres esceden los límites humanos, no por sí, sino en cuanto tienen el sello de la Iglesia, cuya doctrina esponen. No debe olvidarse que los Padres se pueden considerar como testigos de la tradicion y como apologistas de la fe. Como testigos, son un canal purísimo por el cual se trasmite sin mancha la predicacion de los Apóstoles y la doctrina de Jesucristo.

Como apologistas, son filósofos ó teólogos, buscan argumentos, defienden la verdad, arguyen contra el error, y emplean, en fin, en daño del mal todos los recursos de su ingenio. Como testigos, los Santos Padres dicen lo que han oido, y lo que han oido es la verdad. Como apologistas, como defensores de la verdad, eligen el método que les parece más oportuno; y en lo que atañe á la eleccion de sus argumentos, se puede dejar de seguirlos ó imitarlos, pero no despreciarlos.

Oponen, en segundo lugar, que siendo los Padres falibles separadamente, como todos reconocen, deben serlo tambien cuando todos están reunidos.

No es menos falsa la consecuencia de este argumento, que absurdo es el error que contienen sus palabras; pues ademas de ser moralmente imposible que todos yerren, Jesucristo, no á cada uno en particular, sino á todos con la Iglesia, ha prometido la infalibilidad, y no podria ser infalible la Iglesia sin que lo sea tambien el consentimiento unánime de los Padres, en cuyo testimonio funda sus decisiones.

Dicen, en tercer lugar, que es muy difícil saber cuándo hay consentimiento unánime, y por lo tanto su autoridad de nada aprovecha.

No es verdad que no se sepa en qué ocasiones están unánimes los Padres, pues este consentimiento no se ha de tomar matemáticamente, sino moralmente, esto es, que todos los que de alguna cosa se ocupan, convengan en ella; ó, como dice el Cardenal Du Perron: «El consentimiento unánime se tendrá cuando los Padres de cada una de las naciones convengan de modo que ninguno que haya sido siempre católico disienta.» Véase ademas lo que se ha dicho en el capítulo segundo (1).

«Pero se han perdido muchas obras, añaden, y otras están viciadas, y por consiguiente es muy difícil saber cuándo hay unánime consentimiento entre los Padres.» No negaremos que se hayan perdido algunas obras, y otras estén viciadas; pero sí que de las que nos quedan no pueda encontrarse el consentimiento de los Padres acerca de las verdades reveladas; por otra parte, Dios vela por su Iglesia y le ha prometido su asistencia; y como esta sigue el unánime consentimiento de los Padres, ha cuidado de que no pereciesen las que necesitaba para confirmar la fe. Respecto á las viciadas, solo diremos que no son todas, ni mucho menos, y para estas está la crítica, que las corrige y las restablece á su testo primitivo.

«No siendo, insisten los protestantes, hereje el que niega

(1) Annato: *De Sanctis Eccl. Patribus*, pág. 13.

lo afirmado por los Padres, se sigue naturalmente que su autoridad no es infalible.» No afirmaremos que sea hereje formalmente, porque para ello se necesita la definicion de la Iglesia; pero sí que es un temerario, pues se separa de la doctrina de la Iglesia, que es la que representan los Padres.

Nos dicen tambien «que los Padres han errado alguna vez en materias de fe, y que estando á veces discordes, no pueden ser guias seguros en materias dogmáticas.» No puede sostenerse, en verdad, que no haya algunos errores en los escritos de los Santos Padres, aun en materias de fe; pero los errores ó el error de algun Padre en particular no destruyen el consentimiento que existe entre ellos en otros puntos, pues ni la Iglesia adopta cada una de sus opiniones, tomadas separadamente, ni el católico está obligado á seguirlos, como ya se ha visto en el cap. II. Si se observa alguna diferencia entre los Padres acerca de la fe, esta, ó resulta del error de un Padre en particular, ó podrá consistir en la manera de espresarse; pero nunca sucederá que todos ó el mayor número estén en desacuerdo en puntos dogmáticos.

«Por último, los Santos Padres, dicen los protestantes, deprimen muchas veces no menos su autoridad que la de los otros Padres; por consiguiente, si ellos no creian en ella, no hay razon para que creamos nosotros.» A esto solo vamos á decir que los Padres, al obrar así, ó lo hacian llevados de su modestia (y cuando se ocupaban de otros, su juicio recaia sobre hombres instruidos, pero no aprobados por la Iglesia como Padres), ó era en cuestiones que no pertenecian á la fe.

No insistimos en otras objeciones que se hacen á los Padres, porque ya con lo que llevamos dicho, ya tambien con lo que se dirá más adelante, creemos que se podrá contestar satisfactoriamente á todos ellos.

CAPÍTULO V.

NECESIDAD DE LA CRÍTICA EN EL ESTUDIO DE LOS PADRES.

ARTÍCULO PRIMERO.

Idea y necesidad de la crítica en el estudio de la Patrología.

La autoridad de los Santos Padres, de la que hemos tratado hasta aquí, solamente conviene á los que propiamente se les da este nombre; del mismo modo, pues, solo los escritos que verdaderamente pertenecen á los Padres, y que no han sufrido ninguna alteracion, pueden gozar de autoridad. De esto se desprende cuán conveniente sea que tengamos principios seguros, con los cuales podamos conocer los escritos que pertenecen á los Padres, y que no han sido adulterados, puesto que solo de estos es lícito deducir los argumentos ciertos. Cuando á los escritos verdaderos de los Padres se han mezclado los falsos, ha resultado un gravísimo mal para la Teología; pues ha sucedido alguna vez que mientras se creia estar leyendo algun escrito de los Padres, bien considerada la cosa, se vió que pertenecia á algun oscuro monge, ó, lo que todavía era peor, á algun hereje; de aquí, como dice Felló Oxoniense, no podia menos de oscurecerse la fe, mancharse la moral, perturbarse la tradicion, y hacerse dudosa la historia (1). Por cuya razon se ha de poner gran cuidado en no mezclar las obras verdaderas de los Padres con los escritos de los falsarios. Los medios para evitar este mal, en cuanto sea posible, los encontraremos en la crítica. No ignoramos que muchos, al oir el nombre de crítica, se horrorizan; que muchas veces ha sido mirada con desconfianza, y que hasta hoy se suele considerar por algunos como ciencia peligrosa. Esta desconfianza es ciertamente motivada por el abuso que se ha hecho de ella. Pero el abuso no ha de prevalecer contra el uso, ni hacer que este sea rechazado, y ninguna persona verdaderamente instruida duda de que la crítica, bien dirigida y aplicada, no sea el medio más propio para encontrar la autenticidad de los escritos de los Santos Padres (2). Así es que siempre se ha re-

(1) Prefacio á las obras de San Cipriano.

(2) Mabilon: *Estudios monásticos*, parte 2.ª, cap. XIII.—G. Cavé: *Historia literaria de los escritores eclesiásticos.*—Permaneder, tomo I, pár. 38.

conocido de hecho su necesidad, aunque las obras teóricas de crítica fuesen desconocidas en los tiempos antiguos.

La crítica en general es la ciencia que enseña á discernir lo verdadero de lo falso: su fin es encontrar la verdad, y manifestar la falsedad para evitarla. En todas las ciencias humanas puede tener lugar la crítica, y segun el objeto de que se ocupa, recibirá el nombre; aquí solamente se trata de la crítica que podemos llamar literaria, por cuyo nombre se entiende la ciencia que enseña á distinguir las genuinas producciones literarias de las que no lo son. Así, pues, la crítica literaria de los Santos Padres debe fijar los principios por los cuales se pueda juzgar qué obras pertenecen á cada uno, cuáles se les atribuyen falsamente, cuáles están incorruptas, y cuáles, en fin, han sido adulteradas, y en qué consiste esta adulteracion.

Las obras que llevan el nombre del autor á quien comunmente se atribuyen, se llaman *genuinas;* las que no son de él, *supuestas* ó *espurias*. Cuando las razones son de igual fuerza, tanto para considerarlas genuinas como supuestas, entonces se llamarán *dudosas*. Las obras que han sufrido alguna alteracion sustancial, ó sea en el argumento, se dirán *corrompidas* ó *adulteradas;* se podrán llamar *interpoladas* cuando se ha añadido alguna cosa que no ha podido ser puesta por el autor, y *mutiladas* si falta algo de lo puesto por él. Las obras, en fin, en las cuales no ocurre ninguno de estos defectos, se llaman *íntegras*.

Aquí no puede tratarse de la crítica que se ocupa de las obras mutiladas ó interpoladas: para esto se podrán consultar las mejores ediciones.

ARTÍCULO II.

Fundamentos de la crítica.

Para proceder con acierto al tratar de la crítica, conviene tener presente todo lo que puede contribuir á distinguir los libros falsos de los verdaderos. Algunos Santos Padres, dejándose llevar de la humildad, se ocultaban bajo el pseudónimo de un nombre apelativo al publicar sus obras, como se sabe de Vicente de Lerins, que escribió su *Commonitorio* con el nombre de *El Peregrino* (1); y otros no las entregaban comunmente á los que tenian el oficio de copiarlas, sino que lo hacian á sus familiares, que las copiaban con sumo cuidado, y aun ellos mismos escribian algunos ejemplares. No era fácil á los copiantes corromper los libros, porque el frau-

(1) Gennadio: *De escritores eclesiásticos*, cap. LXIV.

de podia descubrirse con solo compararlos con otros ejemplares, y entonces nadie les hubiera entregado sus libros, lo que no convenia mucho á los que no tenian otro modo de vivir. Esto no obstante, los Padres, deseosos de que las copias se hiciesen con diligencia, así lo suplicaban en el principio de sus obras (1). Ademas de esto, los autógrafos se guardaban con suma solicitud en los archivos públicos de las iglesias á quienes se habian dirigido, ó en aquellas de donde procedian; y otros estaban depositados en las iglesias principales, para leerlos en las reuniones de los fieles, y con ellos se comparaban las copias. Tambien algunos Padres, de igual época ó poco posteriores, al ocuparse de la misma materia, citaban los escritos de otros; y alguna vez, para facilitar el estudio, formaban el catálogo de los escritores, tanto de su tiempo como de épocas anteriores; otras, los mismos autores ponian el índice de sus escritos al fin de las obras, como lo hace San Agustin en el libro de sus *Retractaciones*.

Donde falten estos indicios ciertos, habrá seguramente otros, con los cuales podrá la crítica sentar sus fundamentos, ya tomándolos de la materia, ya de la forma de los mismos escritos: así, pues, lo que se contiene en los libros debe convenir necesariamente con el autor y con el tiempo en que se escribieron. En los sucesos históricos hay cosas pertenecientes á épocas muy remotas, otras que principian á conocerse en la que vive el autor, y algunas que ni en esta ni en aquella se conocian todavía. Estas circunstancias deben convenir con el argumento del libro, y sobre todo en los que tratan de los dogmas, en cuya esplicacion, segun las épocas, se usan ciertas espresiones, y hasta se añaden palabras que antes no se conocian. Esto que se dice al hablar de los dogmas, conviene mucho más á la disciplina de la Iglesia, que por su misma naturaleza está sujeta á mutacion, mayormente cuando hasta las opiniones llevan, por lo general, impreso el sello del tiempo en que se sostenian.

No se atenderá menos á la materia que á la forma del libro; pues del mismo modo que cada hombre tiene su aire propio, su semblante, su color, su voz y otras señales particulares que le distinguen de los demas, así tambien cada uno de los Padres tiene sus propiedades, que nunca, ó rara vez, convienen á otros; cada uno forma á su manera los períodos, tiene su estilo en el discurso, su manera de hablar, su método, y otras muchas cosas que le son propias. Tambien las diferentes edades de la Iglesia, con sus diversos conocimientos humanos, dan variedad á la forma esterior

(1) Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. v, cap. xx.

del discurso. A todo esto es preciso, pues, atender para formar un juicio cierto en las cuestiones de crítica.

ARTÍCULO III.

Causas de la suposicion y corrupcion de las obras de los Santos Padres.

Las causas de donde tienen orígen la adulteracion y corrupcion de las obras de los Santos Padres se pueden reducir á seis clases:

La primera y más antigua es la *malicia* de los herejes. Estos, que jamás admiten el axioma católico de que en las cosas de fe lo nuevo no es verdadero, someten á sus opiniones las fuentes de la verdad revelada, esto es, la Escritura y los Santos Padres, para cuyo fin se valen de muchos medios: la Escritura la interpretan y corrompen segun su espíritu privado, y los libros de los Santos Padres los desfiguran para confirmar sus errores. Al principio de la Iglesia supusieron muchos libros falsos de los Apóstoles y de los discípulos del Señor, de donde nacieron tantos evangelios apócrifos y tantas actas y epístolas falsas; despues tambien esparcieron muchas obras falsas de los Santos Padres, para engañar á los católicos con el nombre ilustre que daban á sus escritos (1), y cuando esto no era posible, aumentaban en ellos con impía mano lo que favorecia á sus errores, ó quitaban lo que les perjudicaba, como lo hicieron los arrianos con la carta de San Ignacio, mártir (2), de cuya triste suerte no se libraron los Libros Sagrados (3). Los herejes son siempre lo mismo; cambian sus errores: su índole y su modo de obrar no se mudan (4).

La segunda causa fue el engaño y la malicia de algunos copiantes. Muchos, por una torpe ganancia, mezclaban y reunian varios lugares de los Santos Padres, y las homilías ó libros así formados los atribuian á algun Padre insigne, para poderlos vender con más facilidad y á más alto precio; otros quitaban á una obra el principio y el fin, y con un nombre ilustre la publicaban nuevamente; otros, por último, no se tomaban este trabajo, y publicaban sin ninguna variacion, ó cambiando solo algunos períodos con otro nombre, los trabajos de algun escritor oscuro. De estas malas ma-

(1) Rufino: *De la corrupcion de las obras de Orígenes*, tomo IV.

(2) Eusebio: *Hist. Eccles.*, lib. IV, cap. XXIII.

(3) Euseb., lugar citado.

(4) Para que se vea, en pocas palabras, la temeridad de los falsarios, sirva de ejemplo Hiobo Gastio, quien, en la publicacion del libro de Pascasio, segun N. Mamesani, cambió las palabras que favorecian su secta. En lugar de *sacerdote*, ponia «*mtnistro* de la palabra de Cristo;» por *altar*, «*mesa* del Señor;» en vez de *consagracion*, «*bendicion*;» en lugar de *penitencia*, «*reconocimiento* del pecado,» etc. (Véase el índice á la Biblioteca de los Padres.)

ñas se encuentran ejemplos en los apéndices á las obras de San Atanasio, de San Basilio, de San Agustin, y de otros Padres.

La tercera la ocasionaron la ignorancia y el descuido de algunos copiantes. Esto sucedia de diferentes maneras: los copiantes, por la semejanza de materias, ponian en un mismo volúmen los libros de diferentes autores; los impresores más tarde, ya por no encontrar los títulos puestos, ya por haberse borrado, lo atribuian todo á aquel que aparecia al frente del volúmen, ó, guiados de meras conjeturas, no sabiendo el nombre del autor, ó teniendo buenas razones, les dieron el nombre de algun Padre. Tambien se daba motivo á estos cambios de nombre cuando algun autor escribia en forma de diálogo, en que entraban diferentes personas, cuando habia ambigüedad en el título ó semejanza de los nombres; y, por último, en las homilías de diferentes Padres que se incluian en los libros de las iglesias, y aunque estaban separadas, algunas veces se mezclaban, y era fácil que se olvidase ó confundiese á sus autores.

La cuarta la hallamos en la temeridad de algunos, y en querer hacer gala otros de erudicion. Muchos escritores, especialmente los griegos, con no poco ingenio en verdad, viendo que no alcanzaban mucha fama, y que sus escritos no serian más afortunados, para conseguir que fueran leidos daban á sus escritos el nombre de algun Padre; otros, por hacer alarde de erudicion, cambiaban los nombres de los autores; y si las obras carecian de él, les daban el que mejor les parecia.

La quinta se halla en la ciega piedad de ciertos hombres. Pensaban algunos que merecian bien de la Iglesia si falsificaban monumentos eclesiásticos en favor de la Religion, y á este propósito componian libros con el nombre de algun Padre, para refutar mejor alguna herejía (1). Pero este piadoso y ciego celo lo condenó siempre la Iglesia, como dice San Gerónimo (2).

La sesta y última causa la dieron aquellos, que, sin otro fin que el de engañar, se ejercitaban imitando el estilo de los Santos Padres, llegando algunos á publicar obras de San Cipriano, San Ambrosio y San Agustin.

Ademas de esto, debe tenerse presente que la sospecha de suposicion cae generalmente sobre las obras que por su naturaleza son más fáciles de fingir y adulterar, como son las homilías, los tratados breves sobre moral y ascética, y

(1) Tillemont: *Mem.*, tomo XIII, art. 354.
(2) *De scriptor. eccli.*, cap. VII.

las obras de esposicion de la Sagrada Escritura, en cuyos trabajos se han ocupado muchos Padres. Están menos espuestas á ese peligro las que tratan de la fe ó de dogma, y tambien los libros que tratan de historia ó disciplina, ó de polémica, cuando esta corresponde á época determinada, y muchas de las cartas, porque esta clase de obras se copiaban con más diligencia y se guardaban con mayor solicitud.

CAPÍTULO VI.

CRITERIOS PARA CONOCER LAS OBRAS DE LOS SANTOS PADRES.

ARTÍCULO PRIMERO.

Principios positivos de la crítica.

Por lo que dejamos dicho en el capítulo anterior se comprenderá la necesidad de establecer ciertos criterios para distinguir de algun modo si una obra es genuina ó es falsa. A los criterios que prueban la genuinidad de los escritos de los Padres llamamos principios positivos, y á los que manifiestan la falsedad, negativos. Entre los primeros, obtiene el primer lugar el *Título de los Códices*. Los escritores, por lo comun, al publicar sus obras, ponian al frente su nombre, que despues los copiantes no omitian generalmente.

En este punto debemos tener presente la siguiente regla: La obra se considerará de aquel cuyo nombre, como autor, está inscrito en los antiguos códices. Pero como muchas veces la inscripcion se ha viciado por las causas espuestas en el capítulo anterior, esta regla admite sus escepciones, que no se han de presumir anticipadamente, sino que se han de probar con solidez. Esta regla, pues, se robustece si el códice es muy antiguo y reune las mejores notas (1); si el nombre lo ha puesto el mismo autor; si muchos códices y de diversas familias llevan el mismo nombre; si todos unánimes lo atribuyen á un autor, y, por último, si no hay motivo alguno para la falsificacion, como, por ejemplo, cuando el nombre inscrito en el códice no sobresale por su celebridad. Los códices, así comparados, no hay duda que allanan el camino para distinguir las obras de cada uno de los Padres.

El segundo principio se ha de poner en los *testimonios de los antiguos*. Saber si una obra es de este ó aquel autor es cuestion de hecho, y por lo tanto con testimonios debe resolverse. Uno de estos lo dará el mismo autor ú otros escritores de aquella época, ó poco posteriores. Esos testimonios, ó se referirán á los títulos de los libros, ó atribuirán la obra á su autor con palabras terminantes. Así que, la prueba ciertísima para distinguir los escritos verdaderos de los falsos,

(1) Tres son especialmente las que se exigen en los códices: 1.ª, que sea antiguo y próximo al tiempo del autógrafo; 2.ª, que esté tomado de los mejores, y 3.ª, que esté espurgado de los defectos.

será cuando conste ó no en los índices formados por el mismo autor. No pocas veces dejaron los Padres estos catálogos, como San Agustin en su libro de las *Retractaciones* y San Gerónimo en el *Catálogo de Varones eclesiásticos*.

Ademas, los Santos Padres, muchas veces en libros de cuya genuinidad no se duda, hacen mencion de otras obras escritas por ellos, de donde se deriva un argumento sólido en su favor. De igual certidumbre gozan algunos escritores antiguos. Esta autoridad será mayor si el testigo de cuyas obras da testimonio es del mismo tiempo que el Padre, si fue su amigo ó discípulo, como dice San Gerónimo (1), y, finalmente, si, á pesar de ser posterior, pudo por su erudicion sacar aquellas noticias de la antigüedad cristiana. La fuerza de este testimonio se aumenta cuando se citan los lugares de aquella obra, ya en cuanto á las palabras, ya en cuanto al sentido. Pero se tendrá un argumento ciertísimo si desde la aparicion del libro hasta una época muy posterior existe una serie de testimonios que señalan al verdadero autor.

Segun esto, la segunda regla será cuando la obra se atribuya á algun Padre, ó por su mismo autor, ó por algun otro escritor antiguo, que pudo tener noticia cierta de ella, y no pudo fácilmente engañarse: esta será razon suficiente y cierta para probar que la obra pertenece á este ó aquel Padre. Este argumento toma mayor fuerza cuando muchos escritores del mismo tiempo que el Padre, ó poco posteriores, lo confirman, citando lugares de su obra, y, por último, si están acordes los varones ilustres de los siglos posteriores.

En esta parte tendrán mucha autoridad: Eusebio de Cesárea, que refiere con mucha diligencia, en su *Historia eclesiástica*, los escritos de los que le precedieron; San Gerónimo, en su libro *De escritores eclesiásticos*, en el cual siguió á Eusebio hasta el siglo III, y continuó hasta el fin del IV; Gennadio, que vivió á fines del V, y agregó á estos todos los escritores hasta su tiempo. San Isidoro de Sevilla, que continuó esta historia hasta el año 610, y á quien siguió en el mismo siglo VII San Ildefonso de Toledo. En el siglo XII, Honorio de Autun: á fines del siglo XIII, Enrique Gandabense, y, por último, Juan Tritemio, de la Orden de San Benito, que estendió esta historia hasta el año 1500. Ademas de las obras de Facundo Hermianense, Obispo de Africa, que vivió á mitad del siglo VI, y de Lorenzo Bizantino, que vivió por los años 600, en cuyas obras se citan muchos escritos de los Padres, tenemos al tristemente célebre Focio, Patriarca de Constantinopla, que vivió á fines del siglo IX, y en su biblioteca enumera las obras de los Santos Padres, espone su argumento y

(1) *Catálogo de Varones ilustres*, capítulos 103 y siguientes.

emite su juicio sobre ellas, y tambien San Juan Damasceno en su obra *Paralela sacra*.

Con respecto á las obras de los Padres que tratan de la esposicion de la Sagrada Escritura, todo lo que de ellas se sabia á principios del siglo VI lo consignó Marco Aurelio Casiodoro en su libro titulado *La institucion de las divinas letras*, y tambien Balbulo, que vivió á principios del siglo X, en su obra de *Varones ilustres*. Tambien de algunos Concilios se pueden sacar testimonios en favor de algunas obras de los Santos Padres, pues las citaban muchas veces con el nombre del autor, y á este propósito se podrán consultar el de Efeso, Calcedonia, III de Constantinopla, Niceno II, el de Florencia y el particular tenido en Roma el año 649, en tiempo de Martin I. A esto tambien puede añadirse las cartas de los Romanos Pontífices. De todos estos monumentos podrá sacar mucha utilidad la crítica, ya cuando citan alguno de sus lugares, ya tambien cuando nombran los escritos.

Finalmente, estas pruebas se confirman por la semejanza que existe entre la materia, método y estilo de la obra de que se duda, y las que se reconocen como ciertas de algun Padre, y tambien por la conformidad en el argumento con la índole, talento, patria y oficio, vida y circunstancias del autor á quien se quiere atribuir; pero esta semejanza y conformidad no constituyen sino un argumento probable, y no puede llegar nunca á la certidumbre.

ARTÍCULO II.

Principios negativos de la crítica.

Del mismo modo que los principios positivos tienen principalmente dos bases, á saber, los testimonios antiguos, tomados, ya del título que llevan los códices, ya de la semejanza ó conformidad con alguna obra del mismo autor, así tambien los principios negativos parten de dos puntos: 1.°, de la contradiccion que resulta entre la obra y el autor á quien se atribuye, y la edad en que se dice se escribió; y 2.°, de la falta de testimonios ó pruebas.

Primeramente la contradiccion que hay entre una obra y el autor á quien se atribuye, y el tiempo en que se escribió, dan un argumento cierto para juzgar la obra como espuria, ó al menos como dudosa ó interpolada. Esta contradiccion debe ser cierta, y tan notable, que no se pueda resolver fácilmente y con solidez, porque ningun hombre docto y prudente en cosas graves se contradice comunmente: si existe, pues, esa contradiccion, hay suficiente motivo para rechazar la obra en que se encuentra. Son muchas las contradic-

ciones que pueden hallarse, pero no todas tienen igual fuerza. Las siguientes son de las principales:

1.ª La obra en que se hace mencion de personas y de cosas de las cuales consta que pertenecen á épocas posteriores á ella, se ha de tener por espuria, ó al menos interpolada.

Se entiende aquí por cosas los acontecimientos ó hechos históricos, los ritos y ceremonias, las controversias y herejías nacidas despues, y, por último, las palabras nuevas, ó de nueva significacion, que desde luego se conoce son de épocas posteriores (1).

Algunos críticos afirman que la historia de los dogmas (2) ofrece un criterio para distinguir las obras espurias; pero como todos los dogmas fueron depositados en la Iglesia, y hasta algunas de las palabras con las cuales los da más tarde á conocer, resulta que tanto de aquellos como de estas (3) pueden encontrarse vestigios aun antes de la definicion. Este criterio, pues, solo podrá tener lugar cuando se tratan los dogmas en forma polémica, como si fuera por vez primera, y se sabe que anteriormente se habian tratado del mismo modo.

2.ª La diferencia notable entre el carácter ó estilo de una obra, de aquel que tiene el Padre á quien se atribuye, es prueba cierta de que la obra es espuria. Con el nombre de carácter se entiende todo aquello que es propio del autor, ó de la época en que vivió, como la eleccion de las materias y su disposicion; su talento, su índole y sus circunstancias especiales; su lengua, su patria, su educacion y sus ocupaciones, etc. Se entiende por estilo, no solo la materia de sus escritos y palabras, sino tambien el contesto del discurso y las figuras que acostumbra usar. Las pequeñas diferencias que se noten en los escritos no serán prueba suficiente para negar á un Padre una obra, pues en poco tiempo puede haber cambio en el estilo, y tambien podrán influir en esto la materia de que trata y los oyentes á quienes se dirigen.

Las pequeñas diferencias podrán crear solamente alguna sospecha, pero no bastarán á declarar espuria ó dudosa una obra, si no hay ademas otras razones. Para que haya diferencia notable de carácter y de estilo se requiere, por una parte,

(1) En este último caso están las constituciones apostólicas.

(2) Hablando con toda propiedad, el dogma no tiene historia: revelado en toda su integridad, no ha esperimentado las trasformaciones sucesivas de las obras del hombre. Mas si se quiere significar sencillamente con este título cómo la esplicacion subjetiva, la inteligencia y la definicion más esplícita de la verdad han progresado con los siglos, en este caso nada tiene de censurable, aun cuando el nombre haya sido mal elegido y esplicado.

(3) *Omousion* estaba en uso en la Iglesia antes de Arrio, segun San Atanasio en su decreto de Nicea, núm. 25.

completa contradiccion entre el autor y su época; y, por otra, entre esta y la obra. La prueba tomada de la diversidad de carácter y de estilo tiene generalmente lugar en las homilías de los Padres. Para poder juzgar con algun acierto en materia tan complicada, falta fijar una regla, que fue ya conocida de San Gerónimo (1), á saber:

3.ª La obra cuyo carácter y estilo diste mucho del carácter y estilo de la edad á que se refiere, se ha de tener por espuria, ó al menos por dudosa.

El segundo principio para distinguir las obras genuinas de las espurias es *la falta de testimonios*. Estos son de dos maneras: testimonios tomados de los mismos códices, ó testimonios de los autores antiguos. Acerca de ellos se dan las reglas siguientes:

1.ª Si los códices, en todos los que se han podido reunir, no presentan el nombre del autor, ó es diferente de aquel que tienen los publicados, la obra será espuria.

2.ª Si de los códices manuscritos, unos dan el nombre á un autor, y otros á otro, la obra será dudosa. Se podrá, no obstante, encontrar el verdadero autor acudiendo á otros criterios, como examinando cuidadosamente qué códices son más antiguos y de mejores notas.

3.ª Si el autor en alguna obra indudable, ó alguno de los antiguos que sea fidedigno, citan pasajes de una obra que no se encuentra en la que hoy existe, ni en cuanto al sentido, ni en cuanto á las palabras, será la obra, ó plenamente espuria, ó corrompida; á no ser que haya señales de haber existido dos ediciones de las cuales alguna haya sido corregida por el autor, ó razones suficientes para esplicar estos defectos.

4.ª Si una obra se atribuye á un Padre y despues de muchos siglos, y á pesar de haber tenido ocasion oportuna, no la citan los antiguos ni en general ni en particular, la obra será espuria, ó al menos dudosa.

Llaman los críticos á esto argumento negativo; pero se ha de aplicar con sumo cuidado, porque del silencio de algunos nada se sigue. Así, ni Focio ni San Juan Damasceno pueden engendrar esta duda, pues no fue su intencion escribir de todas las obras de los Padres, y el mismo San Gerónimo, en el prólogo á su libro de *Varones ilustres*, dice que no tuvo noticia de muchos escritores eclesiásticos, ni de sus obras, y de otros solo habló en general. Tampoco por la omision de los autores antiguos que no se ocuparon exprofeso de los escritores se podrá inferir la falsedad de las obras, si no hay otros y más sólidos criterios.

---

(1) *Varones ilustres*, cap. LVIII.

ARTÍCULO III.

Reglas principales que se han de observar en el uso de la crítica.

Para hacer uso recto y legítimo de estos principios se ha de observar cierto órden, y se deben tomar las precauciones siguientes:

1.ª Para fijar el verdadero autor de una obra, ante todo se han de consultar los códices más antiguos, se ha de ver qué autor señalan, y ademas se atenderá el número, concordancia ó discordancia de ellos.

2.ª Se observará si las cosas que contiene la obra convienen al autor y á la época en que se coloca, ó si la contradicen.

3.ª Si hay contradiccion, se procederá con más cuidado, y de no existir alguna razon muy fuerte, la obra no se declarará espuria. Tambien se tendrá presente no seguir algun cálculo cronológico menos cierto, y por él desechar la obra, y, por último, no se la declarará espuria por alguna pequeña diferencia en el estilo (1).

4.ª Debe traerse en apoyo los testimonios de los antiguos, por los cuales pueda encontrarse el verdadero autor; y si hay una serie de testigos que convienen en indicar uno mismo, entonces no se dudará de que la obra le pertenece.

Si todas estas condiciones se reunen, se podrá señalar sin dificultad el autor de cualquiera obra. Por cuya razon, si algunos manuscritos, dignos de aprecio, sobre todo aquellos que están más próximos al autor, se atribuyen á uno sin que nadie lo contradiga; si el estilo fuese siempre conforme con las obras del mismo autor y conviniese tambien en los principios y en las opiniones; si los escritores contemporáneos, ó poco posteriores, asignan como autor á uno determinadamente; si no hay en la obra hecho alguno que no convenga con la historia de aquella época, entonces y en todos estos casos ninguna duda puede haber para atribuir la obra á tal autor.

5.ª Para desempeñar bien este cargo son convenientes algunas disposiciones naturales; principalmente es muy necesaria la sagacidad, gravedad y mucha prudencia, con cuyos medios todo se deberá pesar, no menos los testimonios que las conjeturas, guardando ademas método para que cada cosa se coloque por su órden y se auxilien mutuamente.

6.ª Es ademas necesario que el censor imparcial de al-

(1) Así lo hizo Erasmo de Roterdam con las obras de San Basilio y de San Juan Crisóstomo.

guna obra posea á fondo las materias por las cuales ha de resolver la cuestion: así, de los códices sobre los cuales ha de emitir su juicio, deberá saber la edad y familia á que pertenecen: sobre los hechos históricos por cuyas circunstancias ha de fallar acerca de una obra, tendrá que conocer la historia de aquel tiempo; y si por el carácter y estilo del autor ha de juzgar de ella, conviene que sepa la lengua en que está escrita, y que esté muy versado en todas las del mismo autor.

7.ª Ademas de las dotes naturales y del estudio, se necesita recta intencion y tener por móvil único la verdad; no estar prevenido en contra de los Padres; no deleitarse en encontrar faltas en sus obras, y, por último, no dejarse llevar de ingeniosas conjeturas, ni hacer alarde de un espíritu inconsiderado de duda, desechando por leves razones lo que todos reconocen.

8.ª Por último, se ha de guardar tambien de no dejarse llevar de un celo exagerado hácia los Padres, atribuyéndoles obras que no les pertenecen, así como tampoco por un nimio y escesivo prurito de crítica les niegue las que verdaderamente son suyas. En el primer caso se puede favorecer á los herejes, apoyando sus errores con la autoridad de algun Padre; y en el segundo se perjudica á los católicos, privándoles de medios para defender la verdad.

CAPÍTULO VII.

AUXILIARES PARA ENTENDER RECTAMENTE Á LOS PADRES.

ARTÍCULO PRIMERO.

Causas de la oscuridad y dificultad en la lectura de los Santos Padres.

Consta de lo dicho hasta aquí quiénes merecen propiamente el nombre de Padres, y cuánta es su autoridad en cuestiones teológicas, ya la de cada uno en particular, ya cuando convienen todos en un mismo punto. Ademas se han fijado los principios por los cuales puede juzgarse qué escritos tienen esta autoridad, ó qué obras de los Padres son genuinas, y cuáles espurias. Pero falta ahora tratar del sentido en que deben entenderse los escritos de los Padres, es decir, de averiguar cuál es el que el autor se propuso llevar al ánimo de sus lectores. Muchas son las causas que dan orígen á la oscuridad y dificultad en la lectura de los Santos Padres. A tres clases, sin embargo, se pueden reducir: unas que vienen de la materia de sus escritos, que por su sublimidad apenas puede percibirla el entendimiento humano; de tal suerte, que hasta ellos mismos, á pesar de su talento, temian tratarla, como dice San Atanasio (1): otras tienen su orígen en la forma esterna de sus obras, como son las lenguas en que las escribieron, muertas hoy y sabidas de pocos; el método, su manera de argumentar, algunas veces siguiendo cierto sistema filosófico y ciertos giros que con frecuencia empleaban, ya por autorizarlo la época, ya por su genio especial, ó ya tambien por el poco cuidado que tomaban en usar palabras poco exactas antes de que se hubiese fijado su verdadero sentido; pues sabido es que cuando las herejías no habian nacido, no se exigia un lenguaje tan preciso como despues; y, finalmente, algunas circunstancias esternas que concurren en sus escritos, como son las citas históricas, y cuando alegan contra sus adversarios sus propios errores. Apenas, pues, se podrán entender algunos escritos cuando no se sepa en qué tiempo, con qué ocasion, por quién, á quién ó contra quién fueron escritos. Estas dificultades se aumentan muy particularmente en los escritos polémicos y en las cartas de los Padres.

---

(1) En la muerte de Arrio, núm. 5.

ARTÍCULO II.

Auxiliares profanos para resolver las dificultades en la lectura de los Santos Padres.

Para resolver estas dificultades hay muchos medios, de los cuales á unos llamamos auxiliares profanos, tomados de las artes y ciencias profanas; y á otros auxiliares sagrados, porque se toman de las ciencias eclesiásticas.

De los primeros hablaremos en este capítulo, y en el siguiente de los segundos.

CONOCIMIENTO DE LAS LENGUAS, Y EN PARTICULAR DE LA GRIEGA, LATINA Y SIRIACA.

El que quiera emplearse con aprovechamiento en la lectura de los Padres, deberá, entre otras cosas, estar instruido en algunas lenguas antiguas, y conocer, no solo el significado de las palabras, sino tambien su índole, para poder comprender el sentido que encierra el escrito. El estudio de las lenguas griega, latina y siríaca será de gran utilidad, pues en alguna de estas escribieron todos los Padres. Toda lengua tiene cosas que le son propias, y que no son fáciles de espresar bien en otra, ya porque falten palabras equivalentes, ya porque carezcan de la energía necesaria para darles todo su sentido, ya porque su estilo elegante y limpio se oscurezca al pasar á otra, como reconoce San Gerónimo en la traduccion del *Cronicon* de Eusebio (1). A las dificultades que nacen de la diversa índole de las lenguas hay que añadir la no pequeña de poder encontrar un intérprete que pueda llenar todas las condiciones que se requieren. El traductor deberá conocer perfectamente su lengua y la del autor que traduce, todo el valor de las palabras, su elegancia y delicadeza, y que despues de adquirido este conocimiento se ejercite mucho. Ademas de esto, necesita saber el argumento del autor, y tal vez tenga que recurrir á las fuentes de donde aquel saca su doctrina. Es preciso que conozca las ciencias con las cuales el autor adornó su obra. El traductor, en fin, debe estar dotado de un juicio firme, de un talento claro, y que de tal modo se confunda con el autor, que parezcan los dos una sola persona.

En vista de esto, ya no sorprende que haya tan pocas traducciones buenas, pues aun entre aquellos que tienen condiciones para hacerlas, unos se pegan demasiado á la letra, mientras que otros apenas se atienen al sentido. En

(1) Tomo VIII, páginas 1.ª y siguientes.

medio de tantas dificultades para hacer una buena traduccion, y siendo muchos los vicios que tienen algunas de ellas, se hace necesario conocer algunas lenguas.

1.° *La lengua griega.* Los Padres griegos, especialmente los del siglo IV, estudiaron en Atenas, donde florecian las ciencias y se hablaba con suma elegancia, como se ve en los escritos de San Atanasio, San Basilio y San Gregorio Nacianceno; si bien algunos escribieron con menos pureza, como San Epifanio. Se necesita, pues, el conocimiento de esta lengua en toda su pureza, y para ello convendrá mucho estudiarla en las obras de Homero y de Platon. Ademas deberá conocerse el modo de hablar que usa la version de los Setenta, y los griegos del Nuevo Testamento, porque los Padres, empapados en su estilo con la lectura de estos libros, frecuentemente lo mezclan en sus escritos. Finalmente, no se despreciará el griego que contienen los monumentos eclesiásticos, pues cuando se definia alguna verdad, venia á espresarla una nueva palabra, ó á las ya usadas se les daba nuevas significaciones. Tambien se consultarán las traducciones latinas en aquellos lugares que ofrezcan alguna duda, y en esto será preciso seguir un medio entre el no preferir las traducciones al original, ni tampoco despreciarlas.

2.° *El estudio de la lengua latina.* El conocimiento del latin es muy necesario para la lectura de los Santos Padres. Esta lengua, en el tiempo que el cristianismo se posesionó de Roma, estaba ya en decadencia, y cuando las primeras obras se escribieron en la Iglesia cristiana á fines del siglo II, ya habia perdido mucho de su pureza y elegancia. El primero que usó de esta lengua en materias eclesiásticas fue Tertuliano, en quien tiene orígen la latinidad cristiana; la cultivó primeramente en Africa, y como la palabra en este pais es muy vehemente, de aquí que su modo de hablar sea áspero y desigual. Ademas, otros al escribir el latin, como San Hilario, imitaban las propiedades de la lengua griega, como dice San Gerónimo (1). A esto hay que añadir que los Padres, con el uso constante de las versiones latinas de la Sagrada Escritura, adquirian su estilo poco elegante, y lo mezclaban á sus escritos. Muchas veces tambien, siguiendo la costumbre de su tiempo, escribian con suma libertad, sin cuidarse de la elegancia de la lengua, y solo atendian á la mayor instruccion del pueblo, posponiendo las reglas gramaticales á los preceptos de la caridad, y hasta tenian por indigno, como dice San Gregorio Magno (2), que las palabras del oráculo

(1) Ep. 58, núm. 10.
(2) *Ep. ad Leandrum*, cap. v, que va unida á su libro de *Los Morales*.

celeste se sujetasen á las reglas de Donato. No se avergonzaban, pues, de usar palabras bárbaras, cuando al esponer la fe la falta de otras más propias les obligaba. Algunos, sin embargo, y entre ellos San Gerónimo, á quien Erasmo compara con Ciceron, hablaron el latin con gran pureza y elegancia; de manera que para entender los escritos de los Padres latinos se requiere el estudio del latin, como se halla en Ciceron, conocer esa lengua en su decadencia, y tambien la usada en los escritos eclesiásticos. Para conseguir esto convendrá mucho la lectura frecuente en las obras de Tertuliano. Es indudable, pues, que el estudio del griego y latin juntamente es muy necesario para entender las obras de los Padres, que, escritas en griego en su principio, hoy están traducidas al latin, y en cuyas traducciones abundan los grecismos y llevan impreso el sello de aquella lengua, como sucede en el principio de la carta de San Bernabé, en las del Pastor Hermas y en la notable obra de San Ireneo contra las herejías; y si el griego se ignora, nunca se conseguirá el sentido del autor.

3.° *Conocimiento de la lengua siríaca.* Tambien es muy conveniente esta lengua para entender los escritos de San Efren, pues las traducciones de su obra distan mucho de la energía que tienen sus palabras en el original, por la diferencia que hay entre las lenguas semíticas y la lengua latina; pero donde más se nota esto es en los himnos. La lengua hebrea es poco necesaria para la lectura de los Padres, porque á escepcion de San Gerónimo, San Epifanio, San Bernabé y acaso San Justino, los demas Padres apenas la conocian, y cuando se ven obligados á interpretar algun nombre siguen á Filon, á Orígenes, y á San Gerónimo en su libro de los nombres hebreos.

ARTÍCULO III.

Continuacion de los auxiliares profanos.

CONOCIMIENTO DE OTRAS CIENCIAS PROFANAS, COMO LA MITOLOGÍA, LA HISTORIA Y LA FILOSOFÍA.

Ademas del conocimiento de las lenguas, se requiere para entender el sentido de los Padres el estudio de las ciencias profanas, y principalmente de la filosofía antigua, de la mitología y de la historia universal.

Ninguno se libra fácilmente del influjo que la primera edad, la manera de vivir y de pensar por mucho tiempo, y las relaciones esternas con la sociedad, ejercen sobre el hombre. Ahora bien: siendo muchos los Padres que antes de abrazar el cristianismo siguieron alguno de los sistemas filosóficos de los paganos, no podian menos de conservar algo de lo que por tanto tiempo habia formado su segunda naturaleza, si bien rechazaron todo lo que era contrario á la Religion cristiana. Por otra parte, habia en aquella filosofía algunas cosas verdaderas y útiles, que podian retener y aun aprovechar en beneficio del cristianismo. Así es que no faltan señales de estos estudios filosóficos en algunos escritos de los Santos Padres. Sucedia tambien que las distinciones sutiles de Aristóteles daban armas á los enemigos de la fe, especialmente á los arrianos, para usarlas contra los católicos. Los Padres que refutaron á estos herejes, como San Gregorio Nacianceno y San Basilio, no hubieran podido rechazar sus argumentos sin el conocimiento de esta filosofía; de donde se deduce que para entender á los Padres es preciso ese estudio, á cuyo fin son muy convenientes los *Diálogos* de Platon y las *Categorías* de Aristóteles.

Los Santos Padres frecuentemente tambien, antes que el paganismo hubiera muerto, lo atacaban de varios modos, ya presentando el culto de los dioses como vergonzoso, ya ridiculizando sus fábulas. Las obras, pues, como las apologías que hablan de estas cosas, no se entenderán fácilmente sin el conocimiento de la mitología griega y latina. A este propósito se podrán consultar Homero y Hesiodo, á quienes se considera como los teólogos de los gentiles, y tambien á Ciceron, en su libro *De la naturaleza de los dioses*, y en general á los principales filósofos y poetas griegos y romanos; y entre los Padres, á San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo, San Leon Magno, San Paulino y San Gregorio Magno.

Por último, tambien se requiere el conocimiento de la historia profana, ya porque los Padres se refieren á la historia con frecuencia, ya porque se ocupan muchas veces de la de su tiempo, y ya tambien porque aluden en sus escritos á los acontecimientos pasados. Para este fin se podrá leer, entre los griegos á Herodoto, y entre los latinos á Ammiano Marcelino. Entre los cristianos podrá consultarse á Eusebio de Cesárea en su *Cronicon*, á San Gerónimo, á Próspero de Aquitania, á San Gregorio de Tours, y á otros varios.

Dos son ademas los ojos de la historia: la cronología y la geografía. De aquella trataron sabiamente el P. Petavio, Usserio y Fr. Antonio Pagi, y su utilidad para el estudio

de los Padres no hay necesidad de encarecerla. Lo mismo puede decirse de la geografía, pues que, ademas de describir los lugares en donde figuraron los Padres y los que ellos mencionan en sus escritos, hace la descripcion del imperio romano y de las demarcaciones eclesiásticas antiguas, y describe otras muchas cosas de suma utilidad para la inteligencia de los escritos de los Padres. Se ve, pues, que no puede menos de reconocerse la importancia de estas ciencias para el estudio de la Patrología.

CAPÍTULO VIII.

AUXILIARES SAGRADOS PARA ENTENDER LOS ESCRITOS DE LOS SANTOS PADRES.

ARTÍCULO PRIMERO.

Conocimiento de la sagrada Teología.

Entre los auxiliares sagrados para la inteligencia de los escritos de los Padres, obtiene el primer lugar el conocimiento de la Teología dogmática y moral.

Las verdades de fe y de moral, con las esplicaciones de los Padres y con las definiciones hechas por la Iglesia en el trascurso de los tiempos, han adquirido suma claridad, de manera que su idea está más determinada; se han añadido definiciones y distinciones convenientes, y los argumentos con que se defienden son más sólidos y están mejor presentados que lo habian hecho los Padres de épocas anteriores. Con ayuda, pues, de la Teología se podrá suplir lo que falta en algunos Padres antiguos; así como tambien en aquellas cosas que por su sublimidad son difíciles de entender, podrá con su método hacerlas más comprensibles. Ademas, en las cosas oscuras y dudosas ayudará mucho la Teología para saber en qué sentido deben tomarse muchos testos de los Padres, y para esplicar otros, pues con motivo de la disciplina del arcano, que duró en la Iglesia hasta el siglo VI, los Padres tratan de algunas materias con oscuridad, á fin de que no las entendiesen aquellos que no estaban bautizados.

La Teología nos enseña tambien qué cosas hay opinables en la Iglesia, y sobre qué puntos principalmente versan las polémicas entre los católicos y los cismáticos griegos y aun los protestantes, y con ella se podrá juzgar lo que los Padres dicen en estos puntos. Finalmente, en los escritos de los Santos Padres pueden encontrarse algunos errores, y para conocerlos y evitarlos aprovechará sobremanera la Teología, así como tambien para no suponerles opiniones que nunca sostuvieron. Pero este conocimiento se hace más necesario para entender aquellas obras que por su materia entrañan mayor dificultad, como son las que tratan de la gracia y del libre albedrío, y de la predestinacion, pues sin el

auxilio de la Teología no será fácil entender á San Agustin, á San Próspero y á San Fulgencio.

ARTÍCULO II.

Conocimiento de la Sagrada Escritura.

Convencidos los Padres de que la Sagrada Escritura es la palabra de Dios y una de las fuentes de la verdad revelada, se ocupaban constantemente en su lectura. Algunos, para satisfacer las necesidades de la Iglesia, las de los fieles y aun las suyas propias, se dedicaban á esponer el sentido de los libros sagrados, y adoctrinados con ese estudio, adquirieron tal conocimiento, que en todos sus libros usaban las palabras y los pensamientos del sagrado testo; unas veces citando á la letra períodos enteros, otras atendiendo al sentido más que á las palabras, ya indicando más bien que citando sus sentencias, ya tambien reuniendo los pasajes que tienen afinidad. Pocos Padres se valieron del original hebreo en sus estudios; los griegos usaban para el Antiguo Testamento de la version Alejandrina, y para el Nuevo de los originales griegos ó de las primeras versiones; los latinos tenian muchas, pero de la *Itala* hicieron más frecuente uso, hasta que fue adoptada la version de San Gerónimo. Siendo, pues, tanto y tan variado el uso que de la Sagrada Escritura han hecho los Padres, se sigue necesariamente la necesidad de su estudio, para que al punto se conozcan los lugares á que se refieren, y se comprenda el sentido que dan á sus palabras, y para saber ademas las maneras que tienen de interpretarla. De este modo se confirman las diferentes esposiciones. Finalmente, hasta para la misma crítica de los Padres es conveniente saber de qué versiones hicieron uso al escribir sus libros, por cuyas razones nunca se recomendará bastante, para la *Patrología* con especialidad, la version del Antiguo Testamento hecha por los Setenta, porque ademas de los Padres griegos la usaron algunos latinos, y para el Nuevo Testamento las versiones griegas y la *Itala*, aquellas de suma utilidad para las apologías y otras polémicas, como el diálogo de San Justino con Trifon.

ARTÍCULO III.

Conocimiento de la historia eclesiástica.

Muy conveniente es la historia eclesiástica al que se dedica al estudio de las obras de los Padres. Relátanos claramente los hechos ocurridos en la Iglesia, tanto los favora-

bles como los que le son adversos, á donde los Padres se refieren frecuentemente en sus escritos: danos cuenta de la gerarquía eclesiástica y su régimen, y nos habla de los ritos y ceremonias de todos los tiempos y paises, con las vicisitudes y variaciones que han sufrido, segun las diversas circunstancias. Muchas de estas cosas las tratan los Padres en sus escritos, segun convenia á su propósito, y no se entenderán fácilmente sin el estudio de la historia eclesiástica. Ademas conviene saber las diversas circunstancias de los tiempos, esto es, la política, las ideas que dominaban, para que se comprendan las acciones de los Padres en su ministerio pastoral; y para entenderlos en las cuestiones de fe importa sobremanera saber los enemigos contra quienes combatieron. Todos sus esfuerzos y todos sus escritos se dirigian, ya contra los que pervertian con sus errores la pureza de la fe, ya contra los que rompian el vínculo de unidad y caridad de la Iglesia, de donde se sigue la necesidad de conocer los errores de los primeros tiempos para entender á los Santos Padres.

La historia eclesiástica nos da noticia de todos los Concilios, no menos de aquellos defendidos por los Padres, que de los que impugnaron como seudo-concilios. Estas noticias son muy útiles para la inteligencia de los escritos polémicos y de las cartas, pues generalmente no se encuentran en otras obras de los Santos Padres. A este propósito pueden consultarse, ademas de las crónicas que ya hemos citado en otra parte como fuentes de la historia, á Eusebio de Cesárea, á Sócrates, á Sozomeno, á Teodoreto, á Evagrio, á Teoreto Lector, á Rufino de Aquilea, á Sulpicio Severo y á otros, y tambien á los escritores de la historia bizantina. Entre los modernos se podrán consultar, por los que se dedican al estudio de la *Patrología*, el Cardenal Baronio con la crítica de Pagi, y á Filemon. Y entre otros más modernos á Th. Ralher Kan, por su aguda y estensa esposicion de tôdas las herejías, á F. L. Stolberg, y á su continuador Kerz.

La historia de los Concilios, conveniente para el estudio de la Patrología, se encuentra en la historia eclesiástica; y como á ella recurre como á sus fuentes, se deberá tambien conocer.

ARTÍCULO IV.

Conocimiento de la vida de los Padres y de los escritores que de ellos han tratado.

Si la historia eclesiástica en general es necesaria para el estudio de la *Patrología*, no lo es menos la historia de la

vida de los Padres y del conocimiento de los escritores que de ellos han tratado. Es muy importante saber el tiempo en que vivieron los Padres, para que las noticias que toman de la historia se comprendan, no sea que, confundiendo el tiempo en que vivieron, no se entienda lo que dicen respecto de las costumbres, disciplina y liturgia de su época. No es menos conveniente conocer su patria y el pais en que vivieron, porque de un modo espresan sus conceptos los alejandrinos, y de otro distinto los africanos, y unos errores se estendieron en Oriente y otros en Occidente, y los Padres de aquellos paises tuvieron que salir respectivamente á su encuentro. Tambien es muy conveniente determinar las circunstancias esternas de los Padres, las cuales dan mucha luz, especialmente para los lugares oscuros. Importa, pues, mucho saber su carácter, su genio, su educacion, su trato, su empleo antes de su conversion á la fe, sus amistades en la primera edad, su paso al cristianismo y sus hechos más importantes en este estado de su vida: la noticia de los maestros que les enseñaron las ciencias profanas y eclesiásticas, á quiénes siguió cada uno de ellos, á qué obras fue más aficionado, y qué errores impugnó.

Tambien será útil saber los estudios á que se dedicó en su nuevo estado, los cargos que desempeñó en la Iglesia, y, últimamente, un conocimiento profundo de las controversias en que tomó parte y las causas donde aquellas tuvieron orígen, todo con una colocacion conveniente, sin la cual no se podrá saber qué órden cronológico corresponde especialmente á las cartas. Ademas de este conocimiento esterior de los Padres, se requiere la noticia de los trabajos literarios que dejaron.

Antes de principiar la lectura de los Padres, es muy conveniente establecer: 1.°, qué escritos pertenecen á cada uno de los Padres, con qué ocasion y con qué propósito y método los escribieron: 2.°, á qué clase de lectores los dirigieron: 3.°, en qué edad, si en la juventud ó en la vejez: 4.°, si los escribieron con calma ó apresuradamente, y si estaban acomodados al estilo de los que los leian: 5.° y último, saber qué obras se han perdido. De todas estas cosas y de otras muchas se dará conocimiento en la vida y escritos de los Padres cuando se trate del objeto particular de la Patrología.

Con mucha estension y con mucho esmero han tratado de esto mismo los autores de la historia literaria de los escritores eclesiásticos, y será conveniente citar aquí algunos, aunque no sea más que como noticias bibliográficas. En el siglo XVI el Cardenal Belarmino, en su obra de escritores eclesiásticos. En ella refiere las vidas de los Padres, los escritos de cada uno, y emite sobre ellos su juicio. Felipe Labbe la

adicionó y corrigió con su *Disertacion filológica é histórica*. Despues de estos escribieron ampliamente de la misma materia Elías Dupin (1) y R. Ceillier (2): uno y otro describen cuidadosamente la vida de los Padres, y pesan con esmero las cosas dudosas. Enumeran sus escritos, manifiestan el tiempo, la ocasion y el fin que se propusieron; analizan el argumento de sus obras, forman sobre ellas su juicio, y juzgan tambien de las ediciones de cada una en particular, y de todas en general. El primero no es un guia muy seguro, pues fiado en la seguridad de su talento, sienta opiniones peligrosas, y defiende muchas veces el error. El segundo es el mejor de todos los que escribieron hasta su tiempo, y aun hoy puede ser de mucha utilidad. A estos muy bien puede juntarse, por su talento y erudicion, Nicolás Nonny, que en el mismo tiempo publicaba en latin (3) su *Apparatus ad bibliothecam maximam* de los antiguos Padres y escritores eclesiásticos. Todo lo que pertenece á la doctrina de los Padres y á sus escritos lo examina en sus *Disertaciones críticas*. Sensible es que una obra tan notable no se estienda más que hasta principios del siglo IV. Tambien tratan de los tres primeros siglos las obras de Plácido Sprenger, Godofredo, Sumper y Adelardo Mochler. Los dos primeros, siguiendo á los que les habian precedido en estas materias, añadieron cosas muy importantes, y la obra de Sumper es sumamente útil. El segundo se ocupa en los escritos y doctrinas de todos los Padres, con gran talento y elegancia, y distingue ademas las épocas en que vivieron cada uno de aquellos. No se puede omitir aquí al P. Domingo Schram, que hizo el análisis de las obras de los Padres. Su obra llega hasta fines del siglo IV, y se estiende hasta San Epifanio y San Teófilo de Alejandría entre los Padres griegos, y entre los latinos hasta San Ambrosio inclusive. Apunta en su obra los escritos de cada uno de los Padres; distingue las obras genuinas de las apócrifas y de las dudosas; enumera las ediciones que se han hecho de las obras de los Padres y su argumento. Esplica, finalmente, y aclara las dificultades que en ellas se encuentran. Hay algunas obras más que merecen mencionarse, como la biblioteca portátil de Tricalet y la recientemente publicada por Fessler, y tambien la de D. Atilano Melguizo; pero hay otras que por su laconismo apenas pueden ser citadas, como las de Busse, C. Caillau, Anato y D. Miguel Sanchez.

---

(1) En su Biblioteca de los autores eclesiásticos, publicada en 1686.

(2) En su *Historia general de los autores sagrados y eclesiásticos* en 1729. Los dos escribieron en francés.

(3) Lyon, 1694.

Tambien algunos protestantes escribieron obras de esta clase, y entre ellos merecen citarse Casimiro Oudin, adicto á la reforma; Guillermo Cavé, anglicano, y J. A. Fabricio, luterano. Oudin publicó un comentario amplísimo de los escritores eclesiásticos hasta el año 1460, con muchas disertaciones, en que examina diferentes opúsculos de los escritores antiguos más notables. Pero, como monge apóstata, se ensaña frecuentemente con la Iglesia católica, y debe leerse con prevencion. Cavé hace la historia literaria de los escritores eclesiásticos; trata de su vida, de sus hechos, de sus escritos genuinos, dudosos, supuestos, perdidos, inéditos, de los fragmentos y de las ediciones hasta el año 1517. Por último, Fabricio, en su triple bibioteca, á saber, griega, latina y de media y baja latinidad, puede ser de mucho provecho por su vasta erudicion. Aunque en estas obras comunmente se abrazan los escritos griegos y latinos, sin embargo, refiere con sumo cuidado los escritos de cada uno, y enumera las ediciones y los códices manuscritos.

No se debe concluir esta relacion sin referir los nombres de Schoenemann y Baehr, y tambien Butler, que se dedicó á escribir las vidas de los Santos Padres; pero ademas abrazó los escritos de cada uno, su argumento y las mejores ediciones.

CAPÍTULO IX.

CONTINUACION DE LOS AUXILIARES SAGRADOS.

ARTÍCULO PRIMERO.

De las mejores ediciones.

El conocimiento de las mejores ediciones de las obras de los Padres constituye un auxiliar, que en cierto modo abraza todos los otros y suple sus defectos. Una edicion se dice *mejor* (1) relativamente á otra del mismo Padre, cuando distingue con cuidado y fundamento las obras genuinas de las espurias ó dudosas; cuando representa con exactitud, en cuanto es posible, el testo original, y cuando resuelve las dificultades que hay en él, y añade alguna cosa para encontrar más fácilmente el sentido del autor.

Entre las ediciones que existen de los Santos Padres, obtienen el primer lugar las publicadas en Francia desde mitad del siglo XVII hasta fines del XVIII por los monges benedictinos y por los de la congregacion de San Mauro; sin embargo, no puede negarse que ni todos los Santos Padres fueron publicados por estos monges, ni que todos se consagrasen á este trabajo con igual talento y resultado, pues sucedió muchas veces que, ya en uno, ya en otro Padre, algunos particulares publicaron ediciones que merecieron el aplauso de los hombres más eruditos.

Para apreciar las ediciones de los Santos Padres se ha de atender principalmente al *testo;* en él, en primer lugar, se desea que esté sin enmiendas, bien ordenado, purgado de las faltas y anotado con las obras inéditas; y lo segundo que se busca son los trabajos del editor, las disertaciones, anotaciones y observaciones añadidas al testo para aclararlo. Serán, pues, los caractéres principales con los cuales se conozcan las mejores ediciones, cuando el testo, en cuanto sea permitido, represente con exactitud al autógrafo. Esta primera ventaja se obtendrá reuniendo los códices de todas partes, examinándolos con cuidado, describiendo la edad y

(1) En las ediciones, el comprador debe atender á tres cosas: 1.ª, á la tipografía; 2.ª, al mejor testo, y 3.ª, á la facilidad de su adquisicion.

escelencia de cada uno; que los hombres instruidos hagan el paralelo entre ellos, y despues de todo esto formen su juicio. No solo debe el testo estar restablecido en su pureza é integridad primitiva en las mejores ediciones, sino tambien espurgado de las faltas tipográficas; en lo que llevan muchas ventajas las ediciones de la Congregacion de San Mauro, hechas en Paris, á las impresas en Venecia por la misma Congregacion. El órden que siguen los editores en las mejores ediciones, ó se acomoda á la materia de los libros, ó al tiempo en que se escribieron, de tal modo, que siguen la semejanza del argumento; así, los que tratan de iguales materias, dogmáticas ó morales, se reunen por clases, y en cada una las obras por el órden cronológico en que se escribieron. Este órden es más necesario en los sermones y cartas de los Santos Padres.

En las mejores ediciones deben estar separadas las obras genuinas de las espurias ó dudosas, ya colocando estas al fin de las genuinas, ya al concluir cada uno de los tomos. Tambien deben encontrarse en ellas todas las obras inéditas de que se tenga noticia, y que se hallan dispersas en muchas colecciones. Las obras se dividen en estas colecciones por capítulos, para mayor comodidad del lector, y para que más fácilmente encuentre los lugares citados. Al márgen se ponen ciertas indicaciones, que hacen más espedita la lectura del libro, y tambien los documentos notables pertenecientes á la fe, á la moral, á la disciplina é historia eclesiástica, y en los Padres griegos los testos que alegan de las versiones latinas, y en los latinos los que citan de los griegos. En las mejores ediciones, ademas de las notas que pueden dar luz á la crítica, se encuentran otras muchas cosas en las observaciones preliminares, que sirven para resolver las dificultades que se pueden hacer, tomadas de la historia sagrada y profana, de la cronología y geografía, y á veces se notan tambien los errores de los Padres. Las cosas que merecen mayor exámen las tratan en los prólogos y en disertaciones separadas. Tambien discuten acerca de las obras perdidas, y se indican sus vestigios en cuanto es posible: se enumeran los códices de que hizo uso el editor; se refieren su edad y su importancia, las ediciones anteriores con sus escelencias y sus defectos, y la relacion histórica de cómo se publicó la obra, y sobre todo se fija el órden cronológico de las cartas, y se discuten los principales puntos de la doctrina católica, concluyendo por esponer, en último término, el argumento de cada una de las obras.

En las dudosas y espurias, se hace lo mismo, aunque brevemente. Llevan estas ediciones dos índices; uno de los testos de la Sagrada Escritura, y otro alfabético de las

cosas que abraza la obra, y en alguna se esplican las voces nuevas y propias del autor.

ARTÍCULO II.

Colecciones de las obras de los Santos Padres.

Despues de lo que se ha dicho de las ediciones de los Padres en general, convendrá añadir algo de las colecciones de sus obras, á las cuales se dan varios títulos. Estas se suelen dividir de varios modos, por razon de la materia y el tiempo. Se dicen universales las que contienen testimonios de todos los Padres y escritores eclesiásticos de todos los tiempos, y comprenden ademas todas las partes de la Teología; y particulares, las que solo contienen los documentos que pertenecen á algunas de sus partes, ó tratan de una época determinada (1). Por razon de la lengua se llaman greco-latinas, ó latinas solamente: las primeras son más apreciadas. A pesar de la utilidad que se reporta de las colecciones, ya mayores, ya menores, sin embargo, duermen generalmente tranquilas entre el polvo de las bibliotecas, sin tener comercio con el mundo literario, aunque, á decir verdad, no es del todo inmerecido este abandono, pues tienen sus defectos, como el de facilitar poco el estudio muchas de ellas, á la vez que son poco exactas. Esto no obstante, citaremos aquí algunas, para que se les consulte si conviene. En volúmen es la mayor la *Biblioteca máxima* de los Padres y antiguos escritores, que se publicó en Lyon en 1677, en veintisiete tomos en folio. Es escelente, y la recomienda mucho Andrés Gallandi en la biblioteca de los Padres y escritores, que publicó en catorce tomos en el siglo pasado. En esta coleccion se presentan al estudioso todos los documentos de la antigüedad eclesiástica, de tal modo, que lo que falta en las colecciones que llaman mayores, lo reune y lo ordena cronológicamente. Están tambien en esta biblioteca los Padres menores, con muy pocas escepciones, cuyas mejores ediciones alguna vez aumenta y corrige en notas y disertaciones; y la version latina frente á la griega está hecha con sumo esmero. Entre las colecciones menores, en las que se dan á luz muchos monumentos inéditos de los Padres, y son ilustrados otros en notas y disertaciones, gozan de gran reputacion las publicadas por hombres tan eruditos como Enrique Canisio, L. Dacherio, J. B. Catelerio, Et. Balucio Gravio, J. Mabilon, Sirmondo, Muratori y Montancon, y casi en nuestros dias el Cardenal Augusto Cayo, y otros muchos á quienes cita Valhc.

(1) Como las que tratan de los Padres apostólicos.

Entre las colecciones que por razon del tiempo se llaman *particulares*, merecen mencionarse las que comprenden los Padres apostólicos, y las colecciones de los Padres del segundo siglo, que escribieron en griego sus apologías. Tambien debe hacerse mencion de las colecciones que son fáciles de adquirir, pues aunque carecen de las cualidades que tienen las ediciones, son útiles para los que principian el estudio de los Padres. La primera entre estas colecciones lleva por título *Opera SS. PP. polemica*. En ellas se contienen todas las apologías del siglo II, y las obras de Clemente de Alejandría y Orígenes, y de los Padres latinos Tertuliano, San Cipriano, Arnobio, Materno, Optato de Milevi, San Hilario Piptaviense, este último con notas y disertaciones. La segunda es igual á esta, y se titula *Biblioteca elegida* de los Santos Padres latinos. Esta comprende las mal llamadas *Recogniciones* de San Clemente Romano, las obras de Tertuliano, de San Cipriano y de San Ambrosio, el libro de los *Oficios* y su *Hexameron*, y últimamente las obras de Lactancio.

CAPÍTULO X.

DEL USO DE LOS PADRES.

ARTÍCULO PRIMERO.

12 *Del uso público de los Santos Padres.*

Fijada ya la autoridad de los Padres; conocidos los medios para distinguir las obras genuinas de las falsas, é indicados tambien los auxiliares necesarios para entenderlas, falta consignar el uso que se ha de hacer de los Santos Padres. Para proceder con método en esta materia se ha de atender á cuatro cosas: 1.ª Qué uso puede y debe hacerse de los Santos Padres. 2.ª Qué obras de los Santos Padres se pueden elegir para el uso particular. 3.ª Qué reglas se han de observar en la lectura de los Santos Padres. Y, por último, 4.ª, qué condiciones se requieren en el que ha de leer sus obras. Para mayor claridad se tratarán estas cuestiones en otros tantos capítulos, pero con la pequeña diferencia que la primera se dividirá en dos. Indicado esto, pasaremos á tratar del uso público de los Santos Padres.

Si consideramos el doble carácter que tienen los Santos Padres, el uso que de ellos puede hacerse se distingue en público y privado. El primero se hace, ó por toda la Iglesia docente reunida en Concilio, ó por el Romano Pontífice, *Padre* y *Doctor* infalible de todos cuando habla *ex cathedra*. El segundo, por los particulares, especialmente por los hombres instruidos y por los clérigos. El uso público pertenece á la fe, á las costumbres y á la disciplina, cuando la Iglesia ó su Cabeza consulta á su tradicion divina, depositada en los escritos de los Padres, y su fin principal es asegurar con plena certidumbre, con los escritos de los Padres, los dogmas, para proponerlos á la fe de los fieles. Pero como solo por el unánime consentimiento se puede probar con argumento cierto la verdad divinamente revelada, se sigue de aquí que en el uso público de los Padres se ha de buscar el parecer de todos ó del mayor número, acerca de los dogmas controvertidos, antes de dar el fallo. En el uso público que

hace la Iglesia ó el Pontífice, está el auxilio divino que da á sus decisiones el carácter de infalibles (1).

ARTÍCULO II.

Del uso particular y dogmático de los Santos Padres.

El uso que los particulares pueden hacer de los Padres es múltiple; pero principalmente sirve para confirmar los dogmas, para reformar las costumbres y para encontrar el sentido verdadero de la Escritura, por cuya razon se divide en dogmático, moral y exegético.

El uso dogmático puede tambien considerarse de varias maneras, en razon á que los particulares pueden en las obras de los Padres investigar y aprender la verdad, aun antes de ser declarada por la Iglesia; pero este uso apenas puede hacerse sino por aquellos que son sumamente instruidos y están muy empapados en la doctrina de la Iglesia y en los escritos de los Santos Padres, como fue San Agustin, quien en su primero y segundo libro *Contra Juliano*, con suma elevacion desempeñó este cargo; los demas se retraen modestamente, y con razon, de tanto trabajo y de tantas dificultades. Sin embargo, los particulares pueden leer las obras de los Padres para confirmarse en las verdades de fe, y si encontrasen que estaban unánimes en algun punto no definido, todavía no podrian desecharlo sin nota de temeridad. Ni son de poca utilidad sus escritos, ya para confirmar el ánimo en la fe, ya para prevenirlo contra los errores de los herejes. Ademas, las obras de los Padres dan á conocer los dogmas que constituyen el fundamento de la salvacion del hombre, y en ellas se encuentran espuestos al alcance de todos. Con su uso tambien se podrán aprovechar los argumentos y razones de que ellos se valieron en sus polémicas; y, por último, leyendo los escritos de los Padres se sabrá con qué clase de armas podremos rechazar á los enemigos de la fe.

ARTÍCULO III.

Del uso de los Santos Padres en moral, ascética y pastoral.

Más frecuente será el uso que los particulares podrán hacer de las obras de los Padres para la Teología moral que para la dogmática. Y en verdad, los Padres, siguiendo el ejemplo de Jesucristo y de los Apóstoles, y apoyados las más veces en las palabras y sentencias de la Sagrada Escritura,

(1) Muratori, lib. I, cap. XIX.

sembraban sus obras de instrucciones morales, como de otras tantas flores, poniendo todo su cuidado en reducir estas reglas á sentencias concisas, sólidas y elegantes, para que al mismo tiempo que se recordaban más fácilmente, moviesen con frecuencia el espíritu. Tambien esponian con palabras elocuentes y eficaces los medios más á propósito para mover la voluntad á practicar la virtud y aborrecer el vicio. Ademas, muchos Padres escribieron tratados especiales acerca de algunas virtudes, para instruir en ellos á los fieles, y exhortarlos á su práctica: como de la virginidad, de la oracion, de la paciencia y de la misericordia para con los pobres. Frecuentemente en las homilías y sermones de los Padres recomiendan tambien alguna de las virtudes, ó afean alguno de los vicios. Alguna vez las instrucciones dirigidas al pueblo las escribian con alguna pequeña variacion, como acostumbraba hacerlo San Ambrosio: tambien proponian á sus oyentes alguna de las historias del Antiguo Testamento, como la de Abraham, José y Moisés, mezclándolas con reflexiones morales para instruirlos, al mismo tiempo que los deleitaban; y, por último, en la esposicion de la Sagrada Escritura, muchos Padres siguieron constantemente el sentido moral, y han dejado una completa instruccion, como se ve en el libro de *Los Morales*, de San Gregorio Magno, que están fundados sobre el libro de Job. De todo esto, como se ve, podrá hacer un gran uso el lector particular en las obras de los Padres.

Al propio tiempo se puede hacer un uso grande para la ascética; pues ellos, ya imitando á sus maestros, ya con su propia esperiencia, adelantaron mucho en la carrera de los Santos, y con frecuencia en sus escritos esponen varios medios, y hasta el mejor método para vencer los vicios, evitar los pecados, disminuir los defectos, practicar la virtud y llegar á la perfecta santidad. Y así como los Padres enseñaban copiosamente en sus escritos por qué medios cada uno podia alcanzar la santidad, así tambien enseñaron á promoverla, conservarla y aumentarla en otros. Con su vida, ademas, y con sus continuas instrucciones, conducian á los fieles á la virtud, de donde puede tomarse el uso *pastoral*. Por las homilías y sermones de los Padres se puede comprender el enlace de las verdades entre sí, y aprender el modo de presentarlas á la capacidad de los fieles, y hasta los argumentos para defenderlas. Sin embargo, como algunas cosas eran solo convenientes en las circunstancias en que se hallaban los Padres, no debemos aplicar sin discrecion todo lo que ellos dicen en nuestros sermones, ni tampoco todas las sentencias y partes de sus discursos podremos emplear en nuestro uso, sino que cada uno con su trabajo y talento las

acomodará á su carácter y á las circunstancias en que se halla. Otro es tambien el cargo pastoral, á saber: dirigir las almas con seguridad por las dificultades del siglo hasta la vida eterna; á cuyo fin aprovecharán mucho los escritos de los Padres. En sus cartas especialmente se encuentra un inmenso tesoro de preceptos, principios y reglas, de los cuales se podrá usar para la direccion de las almas, no solo en los casos ordinarios, en los cuales los Padres daban la norma de la vida que debian llevar los Obispos y demas clérigos en el desempeño de su sagrado ministerio, sino tambien para los casos difíciles en que es necesario el consejo de los Padres. Para todo esto es muy conveniente el uso de sus obras.

CAPÍTULO XI.

CONTINUACION DEL USO DE LOS SANTOS PADRES.

ARTÍCULO PRIMERO.

Del uso de los Padres en exegética.

Antes de tratar del uso que en exégesis puede hacerse de los Padres, conviene notar algunas cosas acerca del modo que tienen los mismos de interpretar la Sagrada Escritura. Tres son las clases de interpretacion que usan los Padres, á saber: literal, moral y alegórica ó mística. Toda esposicion moral que se hace de las Sagradas Escrituras se refiere á las costumbres: la alegórica puede y debe servir para esplicar los signos de los dogmas cristianos, ya pertenecientes á Jesucristo ó á la obra de su Redencion, ya del alma cristiana considerada en esta vida ó en la patria celestial: la interpretacion literal indica lo que significan las palabras, sin escluir por eso la interpretacion moral y alegórica, antes bien abraza las dos en cierto modo, pues, señalando lo que se contiene en la Sagrada Escritura, enseña al mismo tiempo las conclusiones morales que de allí se derivan mediata ó inmediatamente, y qué verdades cristianas están figuradas en sus diversos lugares. Los Padres no despreciaron ninguna de estas interpretaciones: y aunque algunos prefirieron una ú otra, muchos tambien abrazaron todas. Generalmente los Padres siguieron más el sentido moral, sin escluir por eso el literal, á escepcion de Orígenes, que no puede propiamente colocarse en el número de los Padres; y aun afirman que el sentido literal es la base sobre la cual debe fundarse la interpretacion moral y alegórica.

Los Padres, en su mayor número, siguieron estrictamente el sentido literal en las obras dogmáticas y polémicas, aun aquellos que más inclinacion sentian por las alegorías, como se ve en las obras de San Cirilo de Alejandría. Pero como sus interpretaciones, propiamente tales, las destinaban al uso práctico, de aquí la frecuencia de esponer el sentido moral y alegórico; y en verdad, todos los que siguieron la espo-

sicion moral, á no ser algunos casos particulares en que se desviaron de la verdad, generalmente marcharon por el verdadero camino, y sus tareas merecieron gran alabanza, puesto que en la misma Escritura se contienen con palabras terminantes muchas reglas de moral, y los mismos dogmas por su propia naturaleza fomentan las costumbres, y toda la historia bíblica se dirige á ese fin. Ademas, el mismo San Pablo (1) señala las principales partes de esta interpretacion.

La esposicion alegórica, objeto hoy de tantas críticas, puede considerarse de dos maneras: ya como interpretacion de la Sagrada Escritura, propiamente tal, ya como ilustracion de las verdades de la fe cristiana. Bajo el primer respecto, la interpretacion alegórica tiene un lugar especial en la esplanacion del sentido de la Sagrada Escritura del Antiguo Testamento, cuyo fin era Jesucristo, como dice San Pablo (2), y muchas verdades cristianas estaban prefiguradas en él, como añade el mismo Apóstol (3). Es verdad que al sentar estas conclusiones pueden escederse los justos límites; por eso se ha de tener presente, al juzgar á los Padres, que para esto Jesucristo lo llenaba todo, y por eso lo veian en todos los lugares del Antiguo Testamento; pero si algunos se escedieron demasiado en el sentido alegórico, la exégesis moderna, frecuentemente seca y estéril, lo deprime más de lo justo, y para ser razonable deberia formar una opinion más equitativa de los Padres; pues el sentido literal contiene tambien el alegórico, como lo indica San Pablo en los lugares citados. Aun cuando la esposicion alegórica no se considere como interpretacion propiamente tal, no puede rechazarse por completamente estéril, por cuya razon se deben reparar dos cosas en ella, á saber: *el signo* y *las cosas que significa*.

Se significan las verdades de la fe cristiana, se bosquejan é ilustran en varias partes por palabras, por sentencias y por narraciones simbólicas de la Sagrada Escritura, como otros tantos signos á que se unen, á manera de semejanzas y de figuras. Las verdades, así propuestas, son notables las más veces, y se entienden y se graban mejor, y los signos para espresarlas son los más á propósito. Algunos Padres, como San Agustin, en el cap. I del *Génesis*, en la esposicion alegórica, ofrecen ideas muy elevadas acerca de los dogmas, que en los tratados especiales no se hubieran atrevido á emitir, ó tal vez no se les presentaria ocasion oportuna. De manera que la esposicion moral y alegórica de los Padres aprovecha

(1) 1.ª ad Cor., 10 y 11; 2.ª ad Timot., cap. III, vers. 16 y 17.
(2) A los Rom., cap. X, vers. 4.
(3) 1.ª ad Cor., cap. X; ad Gal., cap. IV; ad Hebr., cap. IX.

mucho para el uso práctico, pues por ellas las costumbres se representan, se ilustran y aun proponen las verdades más sublimes que se hallan en la Sagrada Escritura (1).

Generalmente la esposicion de la Sagrada Escritura de cada uno de los Padres se podrá seguir cuando está hecha con madurez, como sucede siempre en las obras exegéticas, y tambien en las dogmáticas y polémicas, aunque no todo lo que dicen se ha de recibir sin discrecion; pero donde los Padres manifiestan el sentido de la Escritura, sin aplicar cuidadosamente las reglas hermenéuticas, ó cuando presentan varias interpretaciones para que el lector elija lo que más le agrade, el intérprete recibirá con reverencia la esposicion del Padre, pero la sujetará al exámen para ver si la ha de rechazar ó admitir. Los Padres merecen esta consideracion, porque ellos han dejado en sus esposiciones la mayor parte de las cosas que los modernos intérpretes presentan como nuevas, cuando solo les pertenece la forma. Los Padres consignaron en sus esposiciones, ó lo que aprendieron de los Apóstoles ó de sus inmediatos sucesores, ó lo que con su gran talento y su continua meditacion en las Sagradas Escrituras encontraron, mediante la gracia divina. Muchos, es verdad, no sabian la lengua hebrea, ni otras semíticas; pero este defecto lo suplian con otros medios de que nosotros carecemos, y ademas, como esponen con preferencia el Nuevo Testamento, necesitaban poco de ellas. Pero cuando un Padre declara que el lugar espuesto es la doctrina de la Iglesia, entonces la esposicion merece mucho respeto, y no será lícito separarse de ella sin graves razones; y cuando, por último, todos convienen en una esposicion que pertenece á la fe ó á las costumbres, el espositor sabrá que allí debe inclinar su cabeza y seguir el parecer de los Padres.

ARTÍCULO II.

De los varios modos de esponer los Padres la Sagrada Escritura.

Las obras exegéticas de los Padres son de varias clases, segun el fin que ellos se proponian. A tres, sin embargo, pueden reducirse: *Comentarios*, *Homilías* y otros trabajos. En los comentarios ilustran testo por testo el sentido literal y alegórico de la Sagrada Escritura. Estos trabajos no se conocian en la Iglesia antes del siglo III, pues en los tiempos que siguieron inmediatamente á Jesucristo y á los Apóstoles,

(1) San Agustin, epíst. 55, núm. 21.

conservándose viva la significacion de los libros santos, especialmente del Nuevo Testamento, no era necesaria esta esposicion para refutar á los enemigos de la fe; pero despues de haber pasado algun tiempo, y cuando la Escritura fue para muchos letra muerta más bien que palabra viva, entonces fue necesario que la ciencia exegética hiciera las veces de mediadora, y las cosas que antes eran á todos conocidas, necesitaban que se espusieran con claridad para poder entender los divinos oráculos. San Gerónimo es el primero, entre los Padres, que escribió muchos comentarios, tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento, y sentó la siguiente regla, que es muy digna de conocerse: «El deber, dice, de todo intérprete es poner las opiniones de los espositores, entre las cuales el lector elegirá la que le parezca más conveniente para encontrar el verdadero sentido de la Sagrada Escritura (1).»

La segunda clase ó género de esposicion usada frecuentemente por los Padres, la constituyen las *Homilías sobre todos los libros de la Sagrada Escritura*. En una serie no interrumpida de discursos dirigidos al pueblo se desenvolvia el argumento de alguno de ellos. Se seguirá, las más veces, en esta clase de trabajos el sentido literal, brevemente espuesto, y con más estension el moral y alegórico; porque, como dice San Agustin (2), los Padres estaban persuadidos de que si se atendia solamente á lo que significaban las palabras, poca ó ninguna utilidad se sacaria de la Sagrada Escritura para la edificacion de los fieles; por cuya razon, para evitar este mal, y á fin de fijar en el ánimo de los fieles los preceptos de la fe y los de la moral, muchos de los Padres desde el siglo III esponian algun libro de la Sagrada Escritura, esplicando cada una de sus partes en sus sermones, para que el pueblo se instruyese más fácilmente. En estas homilías alguna vez se esponia el sentido literal, como lo hizo San Basilio, en sus nueve sobre el *Génesis;* pero frecuentemente dominaba el sentido moral y alegórico, como se ve en San Juan Crisóstomo, que unió al sentido literal el moral. A San Gregorio Magno le agradó más el sentido alegórico, y San Ambrosio esplana el moral y el alegórico. Ademas, esta clase de interpretacion la siguieron los Padres en la esposicion de los Salmos y del Nuevo Testamento.

La tercera clase de esposicion la forman diversos trabajos, que no es fácil comprender bajo un solo nombre, entre los cuales se encuentran las homilías destinadas á ilustrar un lugar de la Sagrada Escritura, como lo hicieron Orígenes

(1) *Contra Rufino*, lib. I, núm. 16.
(2) Sermon 40.

y San Gerónimo (1), y San Agustin (2), aunque unos y otros con diversos nombres. Tambien pertenecen á esta clase los *Prefacios ó sumarios en varios libros de la Escritura*, y últimamente las *Respuestas de los Padres á cuestiones de los libros santos*, como se encuentran en muchos libros de San Gerónimo y en las cartas de San Isidoro Polisiota.

ARTÍCULO III.

De los auxiliares para el uso exegético de los Padres, y de las *Cadenas*.

Con respecto á los auxiliares para el uso exegético, con razon pueden mencionarse aquí las obras exegéticas de aquellos escritores que, despues de los Padres, incluyeron en sus comentarios los trabajos de estos, perdidos hoy muchos de ellos. Entre estos escritores se hallan Procopio, Gaceo, Teofilato, Ecumenio y Eutimio Tigabeno; y entre los latinos el V. Beda. A los auxiliares pertenecen tambien los *Indices* de los lugares de la Sagrada Escritura, que van unidos á las mejores ediciones, en los que si bien no se encuentran los lugares más importantes que los Padres esponen en las obras no exegéticas, son muy convenientes, y en ellos se encuentra mucha erudicion.

Por último, debe hacerse mencion de aquellos trabajos exegéticos que llevan el nombre de *Cadenas*, que no es otra cosa que la esposicion seguida de un libro de la Sagrada Escritura, hecha con diversos Padres, de tal modo, que cada uno de los versículos se ilustra con la interpretacion de algun Padre, citando su nombre y sus mismas palabras. Ya es antigua en la Iglesia esta manera de esponer los libros sagrados, tomando lo mejor de las esposiciones, y no solo de aquellos que trataron la materia exprofeso, sino que tambien se servian de las obras que convenian á su propósito. Estos colectores hacian uso principalmente de los primeros que se ocuparon en la esposicion de la Sagrada Escritura, como de Orígenes, San Juan Crisóstomo y Teodoreto. Esta clase de obras, como hemos dicho, aparece desde muy temprano en la Iglesia, si bien no se conocian con el mismo nombre. Se puede, pues, contar entre los autores de esta clase de trabajos á Casiodoro en el siglo v, que se sirvió principalmente de San Agustin. En el siglo vi está Primario, que se valió

(1) San Gerónimo: *De los nombres hebreos.*
(2) *De las locuciones*, libro vii.

del mismo Padre y de San Gerónimo. En el siglo VIII á San Juan Damasceno, que tomó de San Juan Crisóstomo y de Teodoreto. En este mismo siglo está el V. Beda, que á las observaciones de los demas añadió las suyas. En el siglo IX Raban, en el siglo XI Lanfranco, y en el XIII Santo Tomás de Aquino, que hizo uso de más de ochenta autores, entre griegos y latinos.

La conveniencia de estas obras es notoria, pues en pocos volúmenes se halla reunida la doctrina de muchos autores, en su mayor número perdidos, y que sin estos no hubieran venido hasta nosotros. Sin embargo, como dice Huet (1), no debe tenerse mucha confianza en esta clase de trabajos, especialmente de los griegos, pues no puede negarse que algunos modernos han publicado con el nombre de algun Padre estas obras, y no son muy dignos de fe. De tres maneras acostumbran imponerse á la credulidad de sus lectores: ya cambiando los nombres de los autores; ya tomando lugares de muchos y fundiéndolos en uno; ya interpolando, difundiendo y contrayendo los testimonios, y no refiriendo las palabras propias, como era justo, por cuya razon recomiendan los eruditos que se lean con cuidado.

Muchas cadenas de esta clase se han publicado, y aunque el mayor número se encuentran olvidadas entre el polvo de las bibliotecas, sin embargo, citaremos aquí la *Cadena* en donde se hallan los libros de Moisés, Josué, Jueces, Rut y Reyes; la cadena del libro de Job, la de Cordari, esposicion de los Padres á los Salmos, y la cadena de los Padres griegos y latinos sobre Jeremías y sus lamentaciones, y el libro de Baruch. No queremos citar otras muchas, porque nos parece molesto; el que desee ver más, puede consultar á Fessler en el cap. IV de sus instituciones, Patrología, y el Diccionario enciclopédico de la Teología (2).

(1) Prefacio de Orígenes.
(2) En la palabra *Cadenas*.

CAPÍTULO XII.

ELECCION DE LAS OBRAS DE LOS PADRES.

ARTÍCULO PRIMERO.

Qué obras de los Padres se han de elegir para Teología dogmática.

De poco serviria conocer el uso que debe hacerse de los Padres en cada una de las materias teológicas, si no se sabe en qué obras las han tratado con más lucidez; pues siendo tan grande su número que apenas es bastante la vida del hombre para leer las que se ocupan en una ciencia determinada, seria muy difícil elegir entre ellas la mejor; por cuya razon es muy conveniente conocer las obras que son más á propósito en algunas materias. Hay entre las obras de los Padres muchas convenientes para todos, ya porque tratan brevemente la doctrina perteneciente á la fe, ya porque se pueden adquirir fácilmente, ya tambien porque esponen ciertos dogmas fundamentales con gran solidez, como las que se ocupan de la tradicion y de la Iglesia. De esto tratan Vicente de Lerins, en su *Commonitorio contra los herejes;* San Cipriano, *De la unidad de la Iglesia*; San Cirilo de Jerusalen, en su *Catequexis*, en que esplica todo el símbolo de los Apóstoles; San Agustin, en el *Euquiridion de las tres virtudes de fe, esperanza y caridad;* San Epifanio, en la *Esposicion de la fe*, y San Gregorio Niseno, que propone los dogmas en forma especulativa. Muchas de estas obras, sin emplear mucho tiempo y sin un gran estudio, pueden leerlas todos con grandísimo fruto.

Hay otras obras dogmáticas de los Padres que es conveniente conocer, y en las cuales se encuentra con suma claridad todo lo que se desee saber acerca de algunos dogmas. Así, las pruebas de la verdad de la Religion católica se hallarán en los apologistas, tanto de los primeros siglos como de los siguientes, á saber: Tertuliano, San Cipriano, Orígenes, San Atanasio, contra los gentiles; de la *Encarnacion*, San Juan Crisóstomo, en el libro de San Babil, y contra los gentiles; San Agustin, en *La Ciudad de Dios*, y en algunas

obras contra los *Maniqueos;* San Cirilo de Alejandría, contra el Emperador Juliano, y ademas todas las obras escritas contra los judíos por San Justino, San Cipriano, San Juan Crisóstomo y San Agustin.

El que desee conocer á fondo todos los argumentos y pruebas sobre el misterio de la Santísima Trinidad, consulte las obras de San Atanasio, San Hilario, San Gregorio Nacianceno y Niseno, San Basilio y San Cirilo de Alejandría, San Agustin y San Fulgencio. De la Providencia escribe San Juan Crisóstomo. El misterio de la Encarnacion lo esponen y prueban cuanto es posible al hombre, ayudado de la gracia, San Atanasio, San Cirilo de Alejandría y San Leon el Magno. Finalmente, de la gracia de Dios, la libertad humana, del pecado original y sus consecuencias y del misterio de la predestinacion, tratan, sobre todos, San Agustin, San Próspero y San Fulgencio.

Con respecto á los Sacramentos de la Iglesia, los Padres no los tratan espresamente; á escepcion del Bautismo, Eucaristía y Penitencia, de los demas solo hablan incidentalmente en algunos pasajes de sus obras. Para el conocimiento de aquellos Sacramentos son muy recomendables San Agustin en sus obras contra los donatistas y del Bautismo; San Ambrosio, en el libro de los misterios; San Paciano, en sus libros y tratados; San Fulgencio, del perdon de los pecados; San Cirilo de Jerusalen, en sus cinco *Catequesis mistagógicas*, y por último Tertuliano, en sus libros del Bautismo y Penitencia.

Sobre la resurreccion de los muertos pueden consultarse con mucho fruto San Juan Crisóstomo y San Ambrosio. Ninguna otra de las verdades que pertenecen á la *Escatología*, ó sea de los Novísimos, se hallan tratadas espresamente por los Padres, aunque en general lo hacen muchos, como San Gregorio Niseno en su gran Catecismo, y tambien en sermones, como San Efren, siro.

ARTÍCULO II.

Qué obras morales y ascéticas se han de elegir de los Padres.

Siendo grande el número de obras morales y ascéticas de los Padres, y no habiendo dejado ninguno de tratar de la moral, se debe hacer cuidadosamente la distincion de las obras, para no confundirse con el peso de tanto trabajo. Así, pues, el que pasa del estudio de la Sagrada Escritura al de los Padres, por la semejanza que hay entre una y otra materia, se le debe recomendar la lectura de los apostólicos,

especialmente San Clemente Romano, que usa un estilo llano y fácil y casi bíblico. A estos, y en lugar preferente, deben agregarse tres obras muy semejantes, á saber: los tres libros de los *Testimonios* de San Cipriano, los *Morales* de San Basilio, y el *Espejo*, de San Agustin, todos los cuales están mezclados con sentencias morales de la Sagrada Escritura.

El que desee despues empaparse en la doctrina moral de un solo Padre, estudie, entre los griegos, á San Juan Crisóstomo, y entre los latinos, á San Gregorio el Magno, en sus morales sobre Job. Tambien son dignos de aprecio San Efren, siro, San Nilo y San Clímaco. Hay ademas otras obras morales de los Padres que pueden promover de una manera particular la santidad en los sacerdotes católicos, y deben recomendarse para todos los clérigos; á este número pertenecen las *Confesiones* de San Agustin, el libro de los *Ministros* de San Ambrosio, el libro del *Sacerdocio* de San Juan Crisóstomo, con el sermon sobre el sacerdocio por San Efren, San Gregorio Nacianceno en su *Apologético*, por su fuga, y San Gregorio el Magno en su *Regla pastoral* y en su *Carta XXV* del primer libro. A todos estos se les pueden unir las Cartas de San Gerónimo, en las que, con un estilo admirable, se dan escelentes preceptos de moral, y los tratados morales de San Gregorio Niseno. Ademas son muchas las obras de los Padres en donde se trata de cada una de las virtudes y de los vicios, á cuyo fin pueden consultarse San Cipriano, San Basilio, San Gregorio Niseno, San Ambrosio, y especialmente San Agustin en muchas cartas y tratados. Entre las homilías de los Padres se han de elegir, de los griegos, las de San Basilio, San Juan Crisóstomo, especialmente sus veintiuna al pueblo de Antioquía, San Efren y San Gregorio Nacianceno; y de los latinos, los de San Agustin, San Leon el Magno, San Máximo de Tours y San Gregorio el Magno. Este último usa mucho de las alegorías, en lo que hoy no puede imitarse; pero en lo demas es un predicador admirable de la palabra divina.

Finalmente, para desempeñar bien el cargo pastoral y para instruirse en las mejores reglas, ademas de las obras recomendadas á los clérigos, conviene leer las epístolas de los Padres, donde se encuentra un tesoro de prudencia pastoral; pero para conseguir todo el fruto es necesario buscar las mejores ediciones, donde se hallen colocadas por órden cronológico, sin cuya circunstancia no se podrá obtener su verdadero sentido, pues en ellas se encuentran aclaraciones que facilitan su inteligencia.

ARTÍCULO III.

Qué obras de los Padres se han de elegir en exegética.

Los que quieran esponer la Sagrada Escritura deben, en primer lugar, saber los principios por los cuales aquellos hicieron la interpretacion de los libros divinos. Para instruirse acerca de la introduccion general, ó sea en la hermenéutica, se han de consultar los libros de doctrina cristiana de San Agustin, los prefacios de San Gerónimo, su carta á Paulino, y tambien la obra dudosa de San Atanasio que lleva por título *Sinopsis de la Sagrada Escritura*. Ademas, para el sentido literal aprovechará mucho entre los griegos San Basilio, y entre los latinos San Gerónimo. El sentido moral se buscará en San Juan Crisóstomo, San Agustin y San Gregorio Magno; y en cuanto al sentido alegórico, en que Orígenes se escede más de una vez, se podrá consultar á San Gregorio Niseno, San Atanasio, San Cirilo de Alejandría, San Epifanio, San Agustin y San Gregorio Magno.

Indicaremos brevemente qué Padres se han distinguido en la esposicion de cada uno de los libros sagrados, á fin de que se aprovechen los que se dedican á esta clase de estudios. San Cirilo de Alejandría, en la esposicion del sentido alegórico del *Pentateuco*; San Juan Crisóstomo, en el sentido moral del *Génesis*; el *Exámeron*, ó sea la obra de la creacion, de San Basilio; San Gregorio Niseno y San Ambrosio. En Job, *Los Morales* de San Gregorio Magno; en los Salmos de David, San Hilario, San Ambrosio, San Gerónimo, San Agustin y tambien San Basilio y San Juan Crisóstomo. A estos deben anteponerse San Atanasio en su carta á Marcelino sobre la inscripcion de los Salmos, y San Gregorio Niseno en su tratado sobre el mismo asunto. En el *Eclesiástico* presentan el sentido moral San Gregorio Taumaturgo, San Gregorio Niseno en sus homilías, y San Gerónimo en sus *Comentarios*. En el *Cantar de los Cantares*, San Gregorio Niseno, aunque no todo, lo espone alegóricamente. En parte de Isaías están San Basilio y San Cirilo de Alejandría; en parte de Ezequiel, San Gregorio Magno; en Daniel, San Juan Crisóstomo, y en todos los profetas menores, San Gerónimo.

Antes que el espositor interprete el Nuevo Testamento ha de leer entre todos á San Agustin, en su célebre obra del consentimiento de los Evangelios, por ser muy conveniente para resolver muchas dificultades y conciliar aparentes con-

tradicciones. El Evangelio de San Mateo lo esponen en el sentido literal San Gerónimo y San Juan Crisóstomo, y en el alegórico, San Hilario. El de San Lúcas, en el sentido moral y alegórico, lo espone San Ambrosio. Para el Evangelio de San Juan pueden consultarse San Juan Crisóstomo, San Cirilo de Alejandría y San Agustin. En los *Hechos de los Apóstoles* las homilías de San Juan Crisóstomo. En las cartas de San Pablo, San Juan Crisóstomo, y San Agustin en la carta á los romanos y á los de Galacia. El sentido literal de las cartas á los gálatas, efesios, Tito y Filemon, lo espuso San Gerónimo. De las epístolas católicas San Agustin espuso admirablemente la primera de San Juan.

De todas estas obras, cada uno elegirá la que crea más conveniente á su propósito, ya respecto de un sentido, ya de otro. El que quiera con los trabajos de los Padres esponer algunos de los libros de la Sagrada Escritura, ó todos si para ello se siente con fuerzas, no solo deberá ver las obras indicadas, sino que necesita tambien los comentarios, y otros trabajos menores, y las colecciones posteriores, para que pueda sacar de ellas toda la erudicion patrística posible en esplanacion de la Sagrada Escritura.

ARTÍCULO IV.

De las colecciones de los Padres donde se contienen sus obras más notables.

Existen colecciones de algunas obras de los Padres, en donde están ordenadas las materias, y destinadas á un fin práctico para los sacerdotes y demas personas dedicadas al estudio de la sagrada Teología. Estas colecciones, cuando se destinan al uso de las escuelas, son poco voluminosas y de poco precio, y se llaman *Chresthomatiæ patristicæ*. Es muy conveniente para el uso de los eclesiásticos la titulada (1) *Teología universal de los antiguos Padres*, que consta de tres partes: en la primera trata de los dogmas católicos; en la segunda, de los Sacramentos, y en la tercera, de moral. Semejante á esta, pero menos estensa, son las *Instituciones teológicas* de los antiguos Padres, que, aunque brevemente, esponen con brillantez la Teología.

Hay otras muchas colecciones muy recomendables, como la titulada *Opera selecta ex scriptis Patrum*. Esta coleccion

(1) Publicada por Angel Cigeri en Florencia, 1701.

tiene ademas el *Commonitorio*, de Vicente de Lerins, y algunas obras prácticas de San Agustin y de San Gregorio el Magno. Tambien hay colecciones compuestas de los escritos de un solo Padre; así las han formado de San Agustin, eligiendo sus obras de la gracia, del libre albedrío y de la predestinacion de los Santos, y de San Juan Crisóstomo, con sus tratados, homilías y cartas. Finalmente, merecen mencionarse, por la buena eleccion de materias, las de L. Iscurbiehl y J. Royaardt.

CAPÍTULO XIII.

DE LAS REGLAS QUE SE REQUIEREN PARA LA LECTURA DE LOS PADRES.

Muchas de las reglas que se necesitan para el buen uso de los Padres las hemos indicado ya; pero será conveniente reunir aquí, siquiera sea brevemente, las más principales. Ademas de saber distinguir las obras genuinas, y entre estas elegir las más convenientes, y conocer los auxiliares para su uso, de todo lo cual se ha dado cuenta anteriormente, hay otras cosas que merecen mirarse con atencion, ya para comprender la fuerza de las palabras y el significado de las frases, ya para entender el sentido y concepto de los largos discursos.

Para comprender, pues, las palabras y el significado de las frases, se deben tener presentes las reglas siguientes:

1.ª Los Padres acostumbran muchas veces á servirse de las palabras y modo de hablar de la Sagrada Escritura.

2.ª Sabiendo los Padres con el Apóstol (1) que ellos se debian á los sabios no menos que á los ignorantes, y que no escribian para alcanzar gloria humana, cuando trataban de la Religion lo hacian para que los entendiesen todos, por cuya razon usan de la manera de hablar más familiar, de modo que las palabras de los Padres deben tomarse en el sentido más natural y obvio. Con esto se esplica tambien por qué el pueblo oia entonces sin escándalo lo que ahora no puede decirse delante de personas ilustradas.

3.ª Como en el lenguaje popular no se encuentran á veces palabras para hablar con exactitud de ciencias y de filosofía, se ven precisados á tomarlas de los filósofos, como lo hizo San Agustin, que al definir al hombre le llamó criatura justa y santa, segun Platon.

4.ª En el uso de muchas palabras los Padres atienden menos á su comun acepcion que á la significacion que le dan los adversarios con quienes disputan.

5.ª Debe tenerse presente que unos Padres toman en un

---

(2) A los romanos, cap. I, vers. 14.

sentido unas palabras, y otros en sentido contrario, y convendrá saber cuál es el uso que les dan unos y otros en sus obras.

6.ª Son muy á propósito algunas espresiones y locuciones que se encuentran en las obras de los Padres para determinar los dogmas, y se conoce fácilmente si estas se escribieron despues de las herejías que ellos combatieron, y despues de los Concilios tenidos con el mismo motivo; pues antes que aquellas hubieran nacido no se detenian á resolver las dificultades, esponiendo brevemente su parecer y la doctrina de la Iglesia, y á veces lo hacian con poco cuidado, no temiendo que hubiera quien los contradijese.

7.ª Las locuciones duras, anticuadas y poco á propósito de los Padres, no se han de corregir ó enmendar, ni menos suprimir por temor al error, sino que se han de tomar con reserva y reverencia.

8.ª La locucion absoluta debe distinguirse de la figurada, la propia de la metafórica; las espresiones y los símiles, muy frecuentes en los Padres, se han de tomar en cuanto ayudan para la inteligencia de la materia.

No es suficiente comprender la fuerza de las palabras y de las frases; es menester ademas entender todo el contesto del discurso, á cuyo fin se tendrán presentes las siguientes reglas:

1.ª Considerando atentamente todo el contesto, se comprenderá fácilmente el sentido que intentan los Padres, como sucede con San Agustin cuando habla de Concilios plenarios contra los donatistas, que no indica por eso que fuesen generales.

2.ª Se ha de atender al fin que el Padre se propuso en toda la obra, y el sentido verdadero será aquel que mejor convenga al objeto que el autor se propuso en su escrito.

3.ª Se ha de tener presente á quién ó contra quién escriben los Padres, y en qué circunstancias lo hacen; si hablan de los misterios á los cristianos ó á los judíos y paganos; si se dirigen al pueblo sencillo ó á los sabios; qué edad tenian, y cuál fue el motivo que los impulsó á escribir.

4.ª Cuando ocurra algun lugar difícil, no se han de esponer los claros por los oscuros, sino que estos se esplicarán con aquellos; y aun cuando no hubiera más que uno muy patente, por él se esplicarian los demas, siempre que este sea el fundamento de la doctrina del autor. Por otra parte, la doctrina de un Padre se ha de tomar de aquellos lugares en los cuales la trató espresamente.

5.ª Alguna vez los Padres, al esponer un testo, ó al tratar de algun dogma, lo hacen con tal copia de datos, que parece que se inclinan al lado opuesto, para lo cual se debe-

rán reunir los testos y ver si están en contradiccion, y en qué sentido.

6.ª Se ha de considerar, cuando los Padres proponen alguna doctrina, si lo hacen en forma dudosa ó rechazando á sus contrarios, ó si la presentan como dogmática y revelada.

7.ª Se ha de tener presente si esponen la doctrina en forma oratoria, ó resolviendo alguna cuestion: en el primer caso, no tendrán sus palabras la fuerza del segundo.

8.ª Los lugares dudosos ú oscuros que no puedan esplicarse con otros escritos del mismo Padre, se podrán hacer con Padres de la misma época, ó con la doctrina de la Iglesia, de quien fueron maestros, si se puede realizar sin violencia.

9.ª Que no se atienda menos al sentido que á las palabras, como reprendia San Gerónimo á Rufino.

10. Cuando se encuentren dos Padres en oposicion, no culpe á ninguno, escuse á todos, y trate de conciliarlos, si es posible, y si no, alabe la Providencia divina, que lo consiente para que con esta oposicion brille mejor la verdad.

CAPÍTULO XIV.

DEL LECTOR DE LOS PADRES.

ARTÍCULO PRIMERO.

Qué circunstancias se requieren en el lector de los Santos Padres.

Se equivocará mucho el que crea que solo los grandes talentos pueden leer las obras de los Padres; pues así como la Iglesia en absoluto no niega á nadie la lectura de la Sagrada Escritura, aunque sea de escaso entendimiento, así tampoco lo priva á los que quieran registrar las obras de los Padres. Hay, es verdad, muchas cosas en sus escritos difíciles de comprender; pero son muchas más las sencillas y las que se pueden entender sin gran dificultad, como sucede con las homilías dirigidas al pueblo, los escritos ascéticos y morales, y alguna vez tambien los dogmáticos, especialmente aquellos que se destinaban para los poco instruidos ó para los monges que en los primeros tiempos eran legos, que deseaban instruirse sólidamente en las verdades de la fe. Generalmente, pues, puede asegurarse que los Padres son más fáciles de entender que la Sagrada Escritura. Ademas, así como en otras ciencias los hombres de poco talento, auxiliados de su razon y de libros elementales, aprenden lo que les es útil, así tambien en la lectura de los Padres el que no cuenta con un gran talento deberá hacer uso de las obras más fáciles; y leyéndolas mucho y con ayuda de los auxiliares de que se ha hablado, podrá comprender lo necesario.

Ademas del suficiente ingenio se requiere para la lectura útil y provechosa de los Padres un espíritu amante de la verdad, libre de preocupaciones contra ellos, y adicto sinceramente al principio de la fe católica. Léanse, pues, los Padres con el fin de conocer mejor, de amar más y de abrazar con mayor fuerza las verdades católicas, y la verdad se presentará al punto á su entendimiento. Por el contrario, cuando se profesan opiniones contrarias y existen preocupaciones, estas, á manera de nubes, oscurecen la inteligencia, que no permite llegar á su razon la luz de la verdad.

En fin, el ánimo debe estar adicto al principio de la fe católica, en el cual está el fundamento de la verdad revelada, del cual brota toda verdad y con el cual se conoce el error, por cuya razon el que está firme en ese principio atiende fácilmente en los Padres cada una de sus aserciones y distinguirá lo verdadero de lo falso; de otro modo, podria seguir á los que yerran, guiados equivocadamente por la autoridad de los Padres. Ademas, el lector de los Padres deberá tener presente todos los auxiliares que facilitan su inteligencia, y sobre todo que estudie la Sagrada Escritura, sin cuyo conocimiento poco fruto sacará de su lectura.

Los Santos Padres tenian un gran conocimiento de los libros sagrados, cuyas palabras usan con frecuencia, de cuyas sentencias se aprovechan, cuyos ejemplos citan, cuyos argumentos y comparaciones repiten, y cuyo espíritu, en fin, respiran; por cuyo motivo el estudio de la Sagrada Escritura deberá ser familiar al que quiera entender los Padres (1); de manera que todos los esfuerzos del teólogo se dirigirán á nutrir su alma con su lectura y meditacion. Pero no confie demasiado en sí propio, sino que, ayudado por los mismos Padres y del Espíritu Santo, estudie la tradicion, más que para beneficio propio, para provecho de los fieles.

A esos dotes naturales y á estas ciencias adquiridas debe unirse tambien el trabajo continuo, para formar en nosotros el espíritu de los Padres, y hacer nuestras, en cuanto sea posible, sus palabras y sus sentencias. El estudio de los Padres ofrece un campo vastísimo y muchas delicias espirituales; tantas, que la vida le faltará antes que el deleite al que se dedique á su lectura. Finalmente, para la lectura de los Padres es necesario el auxilio del Espíritu Santo; del mismo modo que este Santo Espíritu asistia á los Padres cuando escribian sus libros, así tambien les es indispensable su auxilio á los que se dedican á su lectura, sin cuya gracia nada bueno se obtendrá en órden á la vida eterna.

ARTÍCULO II.

Cómo se han de leer los Padres para sacar mucha y duradera utilidad.

A fin de que no se pierda el fruto de la lectura de los Padres, antes bien para que su utilidad sea duradera, convendrá tener presente:

1.° Los escritos de los Padres se deben leer con

(1) Natal Argonense: *De optima methodo legendi PP.*, part. 2.ª, cap. x.

atencion, frecuencia y moderacion, de manera que se evite el pasar de una cosa á otra antes de comprender perfectamente la primera. No se puede fijar, es verdad, las veces que se ha de leer un libro; pero no hay duda que será conveniente no dejarlo de la mano hasta entenderlo en todas sus partes (1); y á no ser que trate de cosas difíciles y con mucha estension, con leerlo tres veces será bastante: la primera para ver de qué se ocupa y con qué método, la segunda para analizarlo y examinarlo con exactitud, y la tercera para que su doctrina, su método y su modo de raciocinar de tal modo se hagan suyos, que pueda enseñarlos á otros, si fuera necesario. Tambien se recomienda la moderacion, porque la demasiada lectura suele oprimir la memoria; y aun cuando al principio se recuerda, al fin del libro se olvida todo casi por completo.

2.° Antes de fallar sobre la doctrina de un Padre conviene desmenuzar por completo los principios de sus obras (2); pues el que por algunos testos arrancados de acá y allá pretendiese fijar la doctrina de algun Padre, caeria imprudentemente en gravísimos errores, y atribuiria á los Padres cosas en las que ni siquiera habian pensado.

3.° Se debe procurar, para utilidad de todos los que lean los Padres, ayudar la fragilidad de la memoria. Apenas habrá uno que no se queje de la debilidad de esta facultad. Para fortalecerla, pues, en lo que sea posible, y aumentar con artificios sus naturales fuerzas, recomiendan los hombres eruditos que se escriba, no solo lo más notable que se encuentra en los libros, sino tambien los propios pensamientos, porque despues se buscará en vano lo que nos hemos negado á escribir. Hay diferentes medios de venir en socorro de la memoria.

1.° Cuando se hace algun análisis, ó se compendia una obra de un Padre, se procura presentar todo su argumento en una rápida mirada, ó al menos el fin principal del libro; se anotan los principales puntos de que trata; se indican los argumentos, y, finalmente, se pone con brevedad la serie de sus pensamientos. Con el auxilio, pues, de estos compendios, fácilmente se recordará el argumento principal del libro. Se deberá, por lo tanto, para utilizar la lectura, estractar el libro que se lee.

2.° Es muy conveniente tener un libro para anotar los testos más notables de los Padres. Siempre que se lee la obra de algun Padre, se encuentran cosas muy convenientes, ya para probar algun dogma, ya para reformar las cos-

(1) Quintiliano: *Institut. orat.*, lib. x, cap. i; y Plinio, lib. vii, cap. ix: *Qui optime monet multum legendum, esse non multa.*

(2) San Hilario: *De Synodis*, núm. 6.

tumbres. Cuando todas estas cosas están anotadas, con una simple mirada que se les dirija se recuerdan. El libro podrá estar dispuesto de este modo: se divide por las letras del alfabeto, procurando que quede un número suficiente de hojas para cada letra, y en cada una de ellas se van anotando las cosas más notables que se encuentran en los libros.

3.° Puede tambien el lector de los Padres fijarse en el libro que le ha servido de testo en sus estudios, y con unas hojas en blanco al fin de cada tratado, apuntar en ellas los testos de los Padres que correspondan á aquella materia.

4.° Para la Escritura, se podrá tener un libro con tantas hojas como capítulos tiene ella, y en cada una se va apuntando todo lo que se encuentra en los Padres respecto á exegética, y despues de algunos años se tendria un completo comentario de los libros sagrados.

FIN DEL OBJETO PARTICULAR DE LA PATROLOGÍA.

ÉPOCA PRIMERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

PADRES APOSTÓLICOS. ESTILO Y CARÁCTER DE SUS ESCRITOS.

Se da este nombre á los sucesores de los Apóstoles que ocuparon las Sillas fundadas por ellos (1). En un sentido más estricto se llaman así los discípulos de los Apóstoles, que trasmitieron en sus escritos pura é íntegra su doctrina, instruyeron á los fieles en la fe y en la moral, y combatieron sus errores, que ya comenzaban á desvirtuar la doctrina del Salvador, y las enseñanzas inspiradas por sus Apóstoles; y de este modo se les distingue de los demas escritores, á quienes se da el nombre general de autores eclesiásticos.

De los Padres apostólicos unos pertenecen al siglo I, y otros al II. Se dividen ademas en tres clases: unos que se cuentan en el número de Padres apostólicos con toda propiedad, como San Clemente Romano, San Ignacio y San Policarpo: otros que se les puede colocar entre ellos, pero solo con cierta duda, como San Bernabé, San Hermas, y el autor anónimo de la carta á Diognetes; y los hay tambien á quienes de ningun modo corresponde ese título, como San Dionisio Areopagita, y Papías. Los Padres apostólicos siguieron las huellas de los Apóstoles, tanto predicando como escribiendo: estaban imbuidos en sus mismas creencias, tenian su mismo espíritu, y de ellos habian recibido la mision de enseñar, siendo finalmente las mismas las circunstancias que les rodeaban. Estos Padres escribieron las relaciones históricas de los Apóstoles, grabaron en los fieles los preceptos evangélicos, y uno de ellos consignó sus visiones acerca del estado futuro de la Iglesia.

En los Padres apostólicos se encuentran los mismos géneros de literatura: el primero, y más antiguo por cierto,

(1) Diccionario enciclopédico de la Teología: *Padres apostólicos*

que nos ofrecen, es el de las Actas de los Mártires, escritas para celebrar las alabanzas del Señor y la fortaleza de estos héroes de la Cruz: literatura sublime, jamás vista anteriormente, y que el mundo antiguo estaba muy lejos de presumir (1). El segundo son las cartas que, siguiendo el ejemplo de los Apóstoles, dirigian á las iglesias para fortalecer á los fieles en la fe, ó para instruirlos en la moral. Así como los Padres apostólicos trataban las mismas materias que los Apóstoles, usaban tambien como ellos de la lengua griega, y se valian del mismo estilo sencillo y lleno de candor que parece ser el característico de la Escritura. En sus obras se ven ya vestigios de las luchas con los gentiles, judíos y herejes; pero ellos se valen más de la autoridad que de la ciencia, y quieren más enseñar con los efectos brillantes del cristianismo, que no demostrar la vanidad de los cultos paganos.

El desden con que algunos miran los escritos de los Padres apostólicos es por demas injusto. Quisieron los primeros doctores del mundo católico dar á conocer el Evangelio haciendo uso de una diccion desembarazada y natural, pero que no por esto carece de elevacion, de energía y de bellezas oratorias de primer órden. Teniendo en cuenta los consejos que habian recibido, no espusieron el éxito de la predicacion fiándolo al raciocinio y á los atractivos de un lenguaje estudiado. Llenos de celo por la santificacion de los fieles, dieron la ley al espíritu, de donde no se borrará jamás; y la dieron de tal manera, que testimonios quedan de haber sido convencida la falsedad, y rebatido el error constantemente. En ellos todo era sólido y verdadero, armonizando de un modo digno de ser imitado la elevacion del asunto con la sencilla manera de esponerlo, sin que sobresaliese el ingenio sobre la santidad del corazon, ni fuese la forma el principal atractivo de sus peroraciones y consejos (2).

Los escritos de los Padres apostólicos son en general obras de circunstancias provocadas por los acontecimientos, y por consiguiente están lejos de presentar una teoría completa de las verdades de la Religion cristiana (3). Con razon, pues, dice Mochler que el cristianismo no se presentaba como el resultado de investigaciones científicas en la historia del género humano, lo cual sirve para esplicar la escasez de documentos escritos que de este su primer período conocemos. Todas las grandes cuestiones de filosofía, al menos en cuanto á la credibilidad y á la vida, habian quedado com-

(1) Las Actas de los Mártires, aunque documentos brillantes en la antigüedad cristiana, no pertenecen al estudio de la Patrología.

(2) Bravo y Tudela: *Hist. de la Eloc.*, tomo I, pág. 173.

3) Diccionario enciclopédico, palabra *Padres apostólicos*.

pleta y satisfactoriamente resueltas para los cristianos con la palabra del Hijo de Dios; no se trataba por de pronto, ni podia tratarse, de hacer aplicaciones directas é inmediatas del cristianismo á la ciencia, sino á la vida; no se trataba de crear exprofeso una escuela, una ciencia cristiana, sino de regular la vida por el modelo y enseñanza del Divino Maestro. Allí, como en toda sociedad naciente, la organizacion de la vida interesaba más que las especulaciones de la filosofía. Por donde se esplica que los primeros escritos de los discípulos de Jesus y de sus contemporáneos tengan la forma adecuada á la sencillez de las relaciones de la sociedad que iban constituyendo, que es la forma epistolar. Bueno será, empero, observar con el mismo Mochler que en el pequeño número de escritos que, procedentes del primer período del cristianismo, han llegado hasta nosotros, se contienen ya como en gérmen las principales formas bajo las cuales habia de venir más tarde el desarrollo de la actividad científica.

En las cartas ó epístolas de San Clemente Romano vemos el primer desarrollo de la ciencia que dió nacimiento al derecho canónico. En las de San Ignacio, las primeras huellas de una apología de la Iglesia contra los herejes; en la de San Bernabé, un ensayo dogmático especulativo; en el libro del *Pastor*, la primera tentativa de una moral cristiana; en la epístola á Diognetes, la forma de la apología contra los que no eran cristianos; en fin, en las actas del martirio de San Ignacio, la obra histórica más antigua (1).

Tales son, en ceñido resúmen, el estilo y carácter de los Padres apostólicos, los cuales, juntamente con los libros canónicos de la Sagrada Escritura del Nuevo Testamento, son como el gérmen y raiz de la ciencia cristiana, que tantos dias de esplendor y grandeza habia de dar á la Iglesia, y tantos y nunca bastante encarecidos beneficios habia de derramar sobre el mundo (2).

Espuestos en general los escritos de los Santos Padres apostólicos, pasaremos á tratar de cada uno en particular, y segun la division que de ellos hemos hecho.

---

(1) Mochler: *Patrologia*, tom. I, parte primera.
(2) Comin: *Literatura católica*, tom. II, pag 160.

CAPÍTULO II.

SAN CLEMENTE ROMANO.

FUENTES. San Ireneo: *Contra las herejías*, lib. III, cap. III. —Clemente de Alejandría: *Strom.*, lib. IV, cap. XVII.—Eusebio Ces.: *Historia Eclesiástica*, lib. III, capítulos XV, XVI y XXXVIII.—San Gerónimo: *Acerca de los escritores eclesiásticos*, cap. XV.

AUXILIARES. Lumper: *Historia crítica de la vida y escritos de los Padres.*—Mochler: *Diccionario Enciclopédico*, y Anastasio el Bibliotecario en las *Vidas de los Romanos Pontífices*.

EDICIONES. La de Patricio Junio, Biblioteca de Lóndres en Oxford, 1633. La de Gallandi, Biblioteca de los antiguos Padres, tomo I. Las dos cartas á las vírgenes se publicaron en Amsterdam en 1719.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Clemente.

San Clemente, el más antiguo de los Padres, nació en Roma de una familia senatorial (1); fue discípulo de los Apóstoles (2), y principalmente de San Pedro, de quien escuchó la doctrina divina, de que siempre se manifestó muy observante. San Pablo (3) le nombró su coadjutor, y más adelante ocupó la Silla de Roma el tercero de los Pontífices, habiendo sido ordenado por el mismo San Pedro (4). En su pontificado surgieron algunas divisiones entre los fieles de la Iglesia de Corinto, á quienes dirigió una notabilísima carta, que todavía existe, en que les recomienda la paz y la concordia, teniendo la satisfaccion de ver felizmente terminado aquel negocio. Dividió la ciudad de Roma en siete distritos, y puso

(1) Esta es la opinion más comun; sin embargo, algunos le han creido de Filipos. (Véase el *Diccionario enciclopédico.)*

(2) San Ireneo, lib. III, cap. III.

(3) A los Filipenses, cap. IV, vers. 3.

(4) Algunos le colocan inmediatamente despues de San Pedro. (Véase el *Diccionario enciclopédico de la Teología.)*

en ellos otros tantos notarios para que escribieran las actas de los mártires; y despues de haber dirigido la Iglesia por nueve años, padeció el martirio el año 100 de la Era cristiana (1).

ARTÍCULO II.

Escritos auténticos de San Clemente.

No hay de San Clemente más que un escrito auténtico, que es la carta primera á los de Corinto. San Clemente la dirigió en nombre de la Iglesia Romana para restablecer la paz y la union en la comunidad de Corinto, agitada por disensiones intestinas. San Ireneo (2), Eusebio (3) y otros Padres de la Iglesia muy antiguos, y hasta el mismo San Policarpo, conocian ya esta carta, de tal modo estimada, que por más de setenta años se leyó durante el oficio divino como uno de los libros de la Sagrada Escritura.

Se perdió totalmente durante la Edad Media, y hasta el siglo XVII no se volvió á encontrar el único manuscrito que aun existia. En 1628 fue cuando Cirilo Lucaris, Patriarca de Constantinopla, regaló á Carlos I, Rey de Inglaterra, un antiquísimo manuscrito de los Setenta, y el Nuevo Testamento en griego, procedente al menos de 450 años despues de Jesucristo, y conocido con el nombre de *Codex Alexandrinus*. Del exámen atento que se hizo en Lóndres de este manuscrito resultó hallarse la carta perdida por tanto tiempo de San Clemente á los corintios, con un fragmento que tenia la inscripcion griega, apenas legible, de *Segunda carta de Clemente*.

ARTÍCULO III.

Ocasion, propósito, argumento, carácter, estilo y doctrina de la carta de San Clemente.

Habiéndose promovido una gran discordia en la Iglesia de Corinto contra los presbíteros, algunos fieles imploraron la intervencion de la Iglesia romana para componer sus diferencias, y San Clemente les envió á Claudio, Efebo, Valerio, Víctor y Fortunato, para calmar los ánimos y restablecer la pureza de la doctrina católica, escribiendo con este motivo

(1) Las actas que refieren su martirio en el Quersoneso Táurico, con los milagros que allí se mencionan, merecen poca fe. Fessler, en la nota, pág. 159, tomo I.

(2) *Contra las herejías*, lib. III, cap. III.

(3) *Historia eclesiástica*, lib. III, cap. XVI y XXXVIII.

su carta. Todos los que han tratado acerca de ella le han tributado los mayores elogios, no menos por la claridad de sus ideas que por la elegancia y pureza de estilo que la distingue. Fue escrita hácia el año 96 de la Era cristiana, concluida la persecucion de Domiciano (1).

En esta carta, despues de describir elocuentemente, desde el cap. I hasta el XII, el estado de la Iglesia de Corinto, tan floreciente antes del cisma, y despues por la emulacion y la envidia tan infeliz y desgraciada, les pone á la vista los muchos males que les han de sobrevenir si no permanecen en la fe y en la obediencia, exhortándoles ademas á la penitencia. Desde el cap. XIII al XXII pasa á considerar como otra causa de la division la soberbia y el lujo, y les exhorta á la humildad y á la sumision, y á que conserven la paz necesaria para estirpar la raiz del mal. Del XXIII al XXXVI les dice que todo esto exige fe en Jesucristo, que ha de venir segunda vez, y dará á cada uno su merecido; y entonces será la resurreccion de la carne (la que prueba con estension), y á esta seguirá la retribucion de nuestras obras; que para alcanzarla debemos unirnos á Jesucristo por la fe, ejercitarnos en toda clase de buenas obras, y sobre todo practicar la humildad, la sumision, la paz y la concordia; y les vuelve á exhortar á la práctica de estas virtudes, manifestándoles que su ejercicio se concilia con la humildad. Desde el cap. XXXVII al XLIII inculca la necesidad de la sumision para que vuelva entre ellos la concordia; y les hace ver que Dios ha puesto en la Iglesia un sacerdocio, como antes lo habia puesto en la Sinagoga, y que el que se oponga á este órden no escapará de su juicio. Desde el XLIV al LIV reprende á los católicos que habian cometido este crímen, y exhortándoles á la humildad y á la penitencia, les dice que para adquirir estas virtudes se necesita la *caridad*, de cuya virtud hace grandes elogios. Finalmente, desde el LV al LIX les ruega que pidan á Dios por él; y añadiendo algunas breves exhortaciones acomodadas á su situacion, les desea la paz y todos los bienes espirituales.

Con respecto al carácter de esta carta, toda ella respira el sabor del Evangelio, y su estilo es el que más se acerca al del Nuevo Testamento. Sus ideas y sus palabras son tomadas de San Pablo. Esta semejanza dió motivo á que se creyera á San Clemente intérprete y aun autor de la carta á los hebreos. Ademas, todo lo que en ella se encuentra conviene

(1) Hay quien la coloca al terminar la persecucion de Trajano, apoyado en argumentos internos que prueban poco; mientras que nuestra opinion se apoya en los testimonios antiguos de la tradicion de la Iglesia Romana. Fessler, nota 3.ª, pág. 160, y el *Diccionario enciclopédico*, palabra *San Clemente*.

con aquella edad primitiva á que se refiere, y revela claramente que su autor ha sido un varon apostólico.

DOGMAS QUE SE CONTIENEN EN SU CARTA.

1.° Ademas de la fe, se necesita para la justificacion la caridad. Cap. L.

2.° Las buenas obras son posibles, necesarias y meritorias. Capítulos XXXIII y XXXIV.

3.° Es necesaria la confesion. Cap. LI.

4.° Hay una gerarquía eclesiástica en la Iglesia, de ordenacion divina. Cap. XLIV.

ARTÍCULO IV.

Obras dudosas y espurias de San Clemente.

1.° Entre los escritos dudosos se encuentra el fragmento que hemos citado más arriba de la pretendida *segunda carta* de San Clemente. Su estilo y lenguaje son enteramente distintos de los de la primera; y toda la antigüedad cristiana ignora completamente la existencia de ella. Cuando se estendió por primera vez en tiempo de Eusebio (1), á principios del siglo IV, no alcanzó ninguna autoridad, precisamente porque no la habian conocido los antiguos.

En estos últimos tiempos el Dr. Schroegler (2) ha emitido la opinion de que este fragmento fue redactado por un ebionita hácia fines del siglo II; pero esta suposicion es tan arbitraria como la hipótesis de Wocher, que la atribuye á Dionisio, Obispo de Corinto (hácia el año 170 despues de Jesucristo). Mochler ha hecho observar con mucha más razon que, segun el testimonio de Anastasio el Bibliotecario (*Question* 96), han sido atribuidas á Clemente varias homilías, y que el fragmento en cuestion podia proceder muy bien de ellas (3). De todos modos esta carta indica una gran antigüedad.

El fragmento trata de la escelencia de Jesucristo Dios, y de los grandes bienes que nos han venido de la Redencion y vocacion cristiana, y exhorta á dar gracias á Dios, las que referiremos dignamente á El si confesamos á Jesucristo nuestro Redentor. Despues manifiesta que para hacer esto dignamente es preciso despreciar el mundo, abrazando la fe

(1) *Historia eclesiástica*, lib. III, cap. XXXVIII.
(2) *Siglo postero-apostólico*, tomo I, pág. 18.
(3) Conf. Hefelé. Proleg.

y la voluntad de Dios en Jesucristo, y no abandonándole en el combate; no caer en el pecado, hacer penitencia, y volver con más fervor al ejercicio de la virtud, por la esperanza de la recompensa que se nos ofrece. Así que, toda la carta es una exhortacion á la perfeccion cristiana (1).

2.° Tambien pertenecen á las obras dudosas las dos cartas *á vírgenes* de ambos sexos. Estas cartas, escritas probablemente en griego, ya no existen más que en una antigua traduccion siríaca, que el sabio crítico Wetstein ha trasladado al latin. San Epifanio y San Gerónimo hablan de cartas de San Clemente sobre la *virginidad*; los demas escritores antiguos no las nombran. Su estilo es conforme al de su carta primera á los de Corinto, y presenta las mismas sentencias, el mismo método é iguales ejemplos: aparecen en ellas las costumbres de los siglos apostólicos, la sencillez, la modestia, la frugalidad, y nada hay que no convenga con el siglo I, en que vivió San Clemente. Ademas, los Padres, al recomendar la virginidad, citan casi siempre sus sentencias y sus ejemplos (2).

El argumento de la *Carta primera*, desde el cap. I al IV, se reduce á manifestar que la virginidad debe ir unida y adornar á todas las virtudes. En el V espone las incomodidades y enemigos de esta virtud, y enseña á vencerlos. Desde el cap. VI al IX hace el elogio de la misma, elevando sobre todos á aquellos que son verdaderamente vírgenes en el cuerpo y en el espíritu; desde el cap. X al XII pasa á referir varios abusos, los que reprende fuertemente, y describe los peligros de la vida ociosa; y en el XIII y último concluye con una exhortacion á la vida perfecta.

En la *segunda carta*, desde el cap. I al VI, presenta su ejemplo á los que se dedican á predicar el Evangelio, y manifiesta la prudencia que debe tenerse en la eleccion de la casa en donde han de hospedarse, y en las conversaciones con las mujeres y con los gentiles. Desde el cap. VII al XV confirma con ejemplos sus aserciones. En el cap. XVI concluye con una exhortacion á la virtud.

Entre las obras espurias que se atribuyen á San Clemente, figuran:

1.° Ocho libros de los *Cánones y Constituciones de los Apóstoles*. Bajo este título se encuentran en literatura eclesiástica estos dos escritos apócrifos, distintos en la forma y en el fondo, y que sin embargo están reunidos en los manuscritos antiguos y en las colecciones más modernas. Históricamente aparecen en el siglo IV, y su contenido prueba

(1) Focio: Cod. 123.
(2) San Gerónimo contra Joviniano, libro I, núm. 12; y San Epifanio, herejía 30.

que no son obra de los Apóstoles ni de San Clemente: el Papa Gelasio I los llamó apócrifos (1).

2.° La liturgia de San Clemente no es más que una porcion del octavo libro de las *Constituciones apostólicas*.

3.° Las *Recogniciones* en siete libros, en los cuales se refieren las conversaciones de San Pedro con Simon Mago, y el reconocimiento hecho por San Clemente de su *padre* y *hermanos*, de donde les viene el nombre.

4.° Las diez y nueve homilías que comunmente se llaman *Clementinas*, y que con las *Recogniciones* son los libros más raros de la antigüedad cristiana. Estas homilías no son otra cosa que una novela *religioso-didáctica*, la más antigua que existe, la cual, sin embargo, no quiere pasar por una obra de imaginacion, sino que pretende ser la verdad.

5.° El *Compendio de los hechos de San Pedro*. Es una obra de igual clase.

6.° *Cinco cartas*, de las cuales dos están dirigidas á Santiago el Menor; las otras tres á diferentes personas; pero son manifiestamente apócrifas y están llenas de errores. Ademas hay siete fragmentos de cartas de San Clemente, que se hallan en Gallandi, tomo I, pág. 44, y diez fragmentos de otras tantas cartas, que están en Jacobson, tomo I, página 251.

(1) Distinc. 15, cap. III.

CAPÍTULO III.

SAN IGNACIO MÁRTIR.

FUENTES. El *Martirio de San Ignacio* en las ediciones de los Padres apostólicos de Gallandi, Ruinart y otros.—Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. III, capítulos XXII y XXXVI.—San Gerónimo: *Varones ilustres*, y San Juan Crisóstomo en la homilía sobre San Ignacio.

AUXILIARES. Lumper: *Historia crítica de los Padres*, ses. 2.ª y 3.ª—Mochler: *Patrología*.—Permanerer: *Biblioteca Patrística*.—Fessler: *Instituciones de Patrología*, y Dupin, tomo I, pág. 57, *Bibliot.*

EDICIONES. La de J. B. Coteler en la obra titulada *Padres apostólicos*, impresa en Paris en 1672; en Amsterdam en 1679, con las Disertaciones de Pearson, y la de Rusel en Lóndres en 1746.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Ignacio Mártir.

San Ignacio, por sobrenombre *Teóforo*, que significa *el que lleva á Dios*, fue discípulo de San Juan y San Pedro, y el tercer Obispo de Antioquía despues de este Apóstol (1). Durante la persecucion de Domiciano gobernó su Iglesia con mucho celo; á pesar de los peligros y de la dificultad de las circunstancias, pudo atender á todo, y á manera de una luz celestial iluminaba á sus fieles con la esposicion de la Sagrada Escritura. Durante la persecucion de Trajano, fue condenado por este Emperador á las fieras, y llevado preso á Roma. A pesar del rigor y de la vigilancia con que se le custodiaba por los soldados, dirigia sus amonestaciones á los fieles de las ciudades por donde atravesaba, no solo para que se guardasen de los herejes, si es que tambien para que se adhiriesen fuertemente á las tradiciones de los Apóstoles.

(1) San Gerónimo coloca á San Pedro el primero, á Evodio despues, y luego á San Ignacio; pero otros, apoyados con San Juan Crisóstomo, ponen á este inmediatamente despues de San Pedro.

Cuando llegó á Smirna, donde se hallaba de Obispo San Policarpo, que habia sido su condiscípulo, dirigió algunas cartas á las Iglesias que le habian saludado á su paso por medio de los Obispos, presbíteros y diáconos, pagándoles de este modo la deuda de gratitud contraida con ellas.

Así lo hizo á las de Efeso, Magnesia, Trales y á los romanos. En esta última suplica que no se opongan á sus deseos de sufrir el martirio y de unirse á Dios; y conociendo que los romanos no cesaban de orar para alcanzar su libertad, les dice: «Vuestra caridad y vuestra compasion pueden perjudicarme; á vosotros os será fácil conseguir lo que pedís; pero á mí, ¿me será posible llegar á Dios si vuestra ternura no lo consiente hoy? Os suplico, pues, de nuevo que no useis conmigo de benevolencia. Permitid que me haga pasto de las fieras, y consiga por ellas á mi Dios. ¡Ojalá, continúa, goce de las bestias que me están preparadas; yo las azuzaré para que cuanto antes vengan á mí (1)!» Desde Smirna fue á Truades, y desde allí escribió á Filadelfia y á Smirna, y en particular á San Policarpo. Llegado á Roma, y antes que le condujesen al *Anfiteatro*, rogó á Jesucristo por las Iglesias y por el término de la persecucion, y tambien por la union y caridad entre los fieles. Cuando oyó rugir á los leones, deseoso de padecer, decia: «Trigo soy de Dios; debo, pues, ser molido entre sus dientes, para llegar á ser un pan puro de Cristo.» Murió el año 107 (2), destrozado por los dientes de los leones, que no dejaron de su cuerpo otra cosa que los huesos más duros. «Estuvimos presentes, dicen los autores de sus Actas (3), á esta muerte heróica; pero no pudimos menos de verter un torrente de lágrimas, pidiendo toda la noche al Señor que sostuviese nuestra debilidad.» Sus restos fueron llevados á Antioquía, como tesoro legado á su Iglesia; despues se volvieron á Roma y se colocaron en la iglesia de San Clemente, junto al cuerpo de este Papa y mártir.

ARTÍCULO II.

Autenticidad, ocasion, objeto, argumento, carácter, estilo y doctrina de los escritos de San Ignacio.

En los últimos meses de su vida escribió San Ignacio siete cartas, cuatro desde Smirna, y tres desde Truades,

(1) Toda la carta es bellísima, y de estas últimas palabras hace San Juan Crisóstomo una homilía.

(2) Hay algunos que ponen su muerte en el año 116, fundados en la historia de aquel tiempo, pero sin ningun testimonio antiguo, mientras que la otra opinion cuenta entre estos las actas genuinas, San Gerónimo y otros Padres.

(3) Filon, diácono de Cilicia, y Agatoples, de Siria.

como ya hemos visto. Existen dos ejemplares en griego de estas cartas, uno breve y legítimo, y otro muy largo é interpolado. Las primeras cartas son muy cortas, y consta que fueron escritas por San Ignacio, pues se encuentran citadas y alegadas por los escritores antiguos (1), como propias de San Ignacio. Reunen ademas los caractéres que los antiguos atribuyeron á las cartas de San Ignacio, y convienen perfectamente con el tiempo y el ingenio de este Santo (2).

Las cartas de San Ignacio están llenas de rasgos sublimes, de pensamientos vigorosos, de imágenes vivas, y sobre todo inspiradas por un espíritu tan tierno y fervoroso, que no se pueden leer sin esperimentar una profunda emocion. La semejanza que hay entre el argumento de las cartas á los de Efeso, Magnesia, Trales, Filadelfia y Smirna, nos obliga á esponerlo á la vez.

Luego que estas iglesias supieron que San Ignacio, Obispo de Siria, era conducido á Roma para darle muerte por una causa comun á ellos, le mandaron sus legados para que le saludasen en su travesía. El, aunque por su gran humildad no se creia digno de escribirles, lo hace, sin embargo, impulsado por su caridad, para prevenirlos contra los peligros que les amenazaban. En la carta á los de Trales, cap. VIII, y en la de Efeso, cap. X, les manifiesta cómo deben conducirse con los gentiles para ganarlos á Jesucristo; les amonesta que no vuelvan al judaismo, con cuyo motivo compara esta religion con el cristianismo, y espone su mutua relacion. Trata con mucha estension del modo de guardarse de las *herejías*, porque cualquiera de ellas, dice, separa de la unidad; y advierte que se han de huir todas, pero con especialidad la de los *Docetas*, contra la cual prueba la verdad de la carne de Cristo y su divinidad; inculca ademas contra los mismos herejes los principales misterios de nuestra fe, á saber: la virginidad de María y su parto, la venida del Salvador, su Pasion, su muerte y su resurreccion. Finalmente, en todas las cartas enseña á evitar la herejía, viviendo siempre unidos en union interna y esterna con el Obispo, que ha sido ordenado por Cristo y por el Espíritu Santo para gobernar la Casa del Gran Padre de familias. La necesidad de esta union la prueba admirablemente, diciendo: «Uno es Jesucristo, que salió de un Padre y volvió á El, y con El persevera.» (Carta á los de Magnesia, cap. VII.) Cada uno de los cristianos, mientras obra el bien, es miembro de Cristo (Efeso, cap. IV), llamado por su pasion (Trales, cap. XI). Cada una, pues, de las iglesias constituye un cuerpo pequeño (Smirna, cap. XI),

(1) San Policarpo, en su carta á los de Filipos, cap. XIII.—San Ireneo: *Contra los herejes*, libro V, cap. XXVIII.

(2) Pearson, en su defensa, parte 2.ª

que el Obispo visiblemente (Efeso, cap. I) y Jesucristo invisiblemente gobiernan (Rom., cap. IX); pero que toda la Iglesia católica está íntimamente unida á Jesucristo (Efeso, capítulo V), formando un gran cuerpo (Smirna, capítulos I y VIII), cuya cabeza es Jesucristo (Trales, cap. XI), y lo preside la Iglesia romana. (Inscripcion en la carta á los romanos.) Esta Iglesia católica (Smirna, cap. VIII) recibió de Dios el don incorruptible de la infabilidad (Efeso, cap. XVII), y el que de ella se separa sufrirá la condenacion eterna. (Magnesia, capítulo X, y Filadelfia, cap. III.) Esta unidad, que se manifiesta esteriormente en la fiel obediencia á los Obispos, presbíteros y diáconos, y en la participacion de un mismo culto divino, constituyen, segun San Ignacio, la *unidad de fé*, que se enlaza necesaria y estrechamente con la caridad, siendo aquella principio y esta fin de la vida eterna, y las dos unidas las que forman el cristiano perfecto. En esta sumision al Obispo, y en esta comun participacion del culto divino, de la fe y de la caridad, les amonesta San Ignacio repetidas veces que permanezcan constantemente unidos, y recomienda su iglesia y su persona á sus oraciones.

En la *Carta á los Romanos* trata principalmente de tres cosas, á saber: desprecio del mundo y las cosas de la tierra: manifiesta su ardiente deseo de dar su sangre por Jesucristo, y de unirse con Dios. Este tema le repite sin cesar, pero siempre bajo nuevas y elegantes formas, y por último suplica á los fieles de Roma que no pidan su libertad.

En la *Carta á San Policarpo* manifiesta su alegría porque Dios se ha dignado concederle el placer de verle, y le instruye acerca de la buena conversacion, y del modo de desempeñar el episcopado; especialmente le enseña cómo se ha de conducir en general con los súbditos, y en particular con las viudas y los criados, y cómo debe ejercer el culto público, qué preceptos debe dar á los célibes, á los maridos, á las mujeres, y últimamente por qué motivos se han de celebrar los matrimonios. Despues, dirigiéndose al pueblo, le da varias reglas para bien vivir, y le recomienda que obedezca á los Obispos, presbíteros y diáconos, y que haga todas las cosas en union y caridad con el Obispo, para mayor gloria de Dios.

Cada una de estas siete cartas está llena de saludables preceptos y útiles exhortaciones, siendo muy dignas de la piedad y uncion de un Obispo cristiano y mártir. En ellas se ve claramente que este Santo Obispo estaba poseido de un celo divino por la salvacion de las almas, por la observancia de la ley, y por la conservacion de la doctrina cristiana; por cuya razon merecen la admiracion de las almas piadosas, pues todas sus páginas se hallan llenas de amor de Dios y

del prójimo. Su estilo, sentencioso y conciso, alguna vez es notable, aunque otras se echa de menos en él la pureza y elegancia de la lengua griega, lo que nadie estrañará si tiene presente que San Ignacio era natural de Siria.

DOGMAS PRINCIPALES QUE CONTIENEN SUS ESCRITOS.

1.° *Que la fe no es bastante para alcanzar la salvacion.* «La fe es el principio, pero la caridad es el fin de la verdadera vida cristiana.» (Ef., cap. III, 14.)

2.° Sobre la *Real presencia* dice: «Los herejes se abstienen de la *Eucaristía*, porque no confiesan que es la carne de nuestro Salvador.» (Smirn., cap. VII.)

3.° Sobre la *Gerarquía de ordenacion divina* dice: «Segun enseña el Espíritu Santo, se debe obedecer al Obispo, al presbítero y al diácono.» (Filadel., cap. VII.)

CAPÍTULO IV.

SAN POLICARPO.

FUENTES. Martirio de San Policarpo, en la edicion de los Padres apostólicos, citado en el capítulo anterior.—San Ireneo: *Contra las herejías*, lib. III, cap. III.—Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. III, cap. XXXVI.—San Gerónimo: *Varones ilustres*, cap. XVII.

AUXILIARES. Gallandi: *Biblioteca de los Padres*, tomo I.—Lumper, part. 1.ª, disert. 8.ª de los *Padres apostólicos*.—Mochler: *Patrología*.—Permaneder: *Biblioteca Patrística*.—Fessler: *De Patrología*, y Ceillier, tomo I, cap. III.

EDICIONES. La de Jac Faber Stapulense, en Paris, 1458; y Jac Userio, en Lóndres, 1647.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Policarpo.

San Policarpo, discípulo del Apóstol San Juan, y ordenado por él Obispo de Smirna, fue el *príncipe* de todas las iglesias del Asia, pues tuvo por maestros á algunos de los Apóstoles y á muchos discípulos del Señor, y trató familiarmente á San Juan, por cuya razon refiere frecuentemente sus palabras y milagros, y la doctrina del Salvador, que habia aprendido de los que la habian oido de sus labios divinos (1). Deseoso de instruirse en algunos puntos de disciplina, y de fijar el tiempo en que debia celebrarse la Pascua de Resurreccion, fue á Roma en tiempo de Antonino Pio, para consultar al Papa San Aniceto, manifestándole que él habia recibido del Evangelista San Juan la costumbre de celebrar la Pascua el dia 14 del mes de Nisan. El Papa, no viendo entonces los peligros que nacieron despues, permitió á San Policarpo que siguiese con aquella costumbre. En Roma encontró ademas muchos cristianos seducidos por Marcion y Valentino, á quienes sacó del error, y les recomendó que

(1) San Ireneo, en Eusebio, lib. V, cap. XX.

huyesen de aquellos herejes como de serpientes venenosas. Despachado de sus negocios, volvió á Smirna, donde el apostólico y profético doctor y Padre de los cristianos, como le llama San Ireneo (1), fue llevado al *Anfiteatro;* y preguntado á presencia de todo el pueblo si renunciaba á Jesucristo, respondió: *Ochenta y seis años hace que le sirvo sin haber recibido agravio alguno. ¿Cómo es posible que en este momento injurie á mi Rey y al Autor de mi felicidad?* Poco despues, encendida la hoguera en que habia de morir, penetró lleno de alegría, entonando alabanzas al Señor, por entre sus llamas, que respetaron su cuerpo. Entonces los verdugos le atravesaron con sus espadas, en el año 147, ó, como otros quieren en 167 (2). La relacion que se conserva de su martirio es una de las más interesantes, y concluye de esta manera: «Recogimos de entre las cenizas de la hoguera los huesos de Policarpo, más preciosos que la pedrería y el oro, y los colocamos en un lugar oculto, donde el Señor nos concederá la gracia de reunirnos á celebrar su martirio y recordar á todos los que le han precedido para disponer á los que le han de seguir (3).» Así se unia, dice un historiador ilustre, la veneracion de la muerte á la esperanza de la vida.

ARTÍCULO II.

Autenticidad, motivo, objeto, argumento, carácter, estilo y doctrina de los escritos de San Policarpo.

San Policarpo escribió muchas cartas con exhortaciones dirigidas á las iglesias vecinas del Asia y á muchos fieles. De todas estas solo ha llegado hasta nosotros la *carta á los de Filipos*, que reune todos los caractéres internos y esternos por donde puede constar su autenticidad, y por lo tanto sin ninguna duda puede tenerse por genuina. Los antiguos escritores tambien la nombran, entre los cuales están San Ireneo (4), Eusebio (5) y San Gerónimo (6); y entre los modernos, Focio (7) y Jacobson (8).

Fue escrita poco despues del martirio de San Ignacio, y su objeto es darles algunas instrucciones y precaverlos contra la astucia de los herejes. En esta carta alaba primera-

(1) En Eusebio, lib. IV, cap. XXIV.
(2) Lumper: Primera parte, pág. 341, y Pagi, *De Crit.*
(3) Precioso testimonio para probar el culto de las reliquias de los Santos.
(4) *Contra las herejías*, lib. III, cap. III.
(5) *Historia eclesiástica*, lib. IV, cap. XIV.
(6) *Varones ilustres*, cap. XVII.
(7) Cod. 126.
(8) Tom. II, pág. 511.

mente la fe de los de Filipos, y se les recomienda encarecidamente. Despues les da varios preceptos, enseñándoles por qué medios han de alcanzar la perfeccion cristiana, no solo practicando la virtud y las buenas obras, sino tambien huyendo los vicios, y con especialidad la avaricia. Les enseña cómo se han de instruir á sí mismos, á sus esposas é hijos; manifiesta cómo han de vivir los diáconos, las vírgenes, y por último los presbíteros, y que se guarden de la herejía, sobre todo de la de los *Docetas;* y á fin de que se libren de este peligro, les dice que permanezcan en la *doctrina* enseñada desde el *principio*, y tambien en la vigilancia, el ayuno, la oracion y la humildad. Les recomienda que imiten la paciencia de Jesucristo en los trabajos, para promover la gloria de Dios y conseguir la debida recompensa. Finalmente, les exhorta á que conserven la fe, la caridad, la mansedumbre, la mutua sumision, y que se ejerciten en todo género de virtudes. Habiendo el presbítero Valente, de Filipos, caido en un gran pecado, les amonesta que no se dejen llevar por el mal ejemplo, y les advierte lo que deben hacer si se arrepiente, como parece. Por último concluye su carta con una brillante salutacion, en que les desea toda clase de bienes. Esta carta, llena de avisos saludables, tomados de la Sagrada Escritura, está escrita con mucha pureza y sencillez, como dice Focio (1), siendo de una grande belleza el retrato que hace de un buen *pastor*.

ENTRE LOS DOGMAS QUE CONTIENE, ESTÁ EL SIGUIENTE.

Acerca de las buenas obras, dice: «Si hacemos una vida digna de Jesucristo, reinaremos con El, si al mismo tiempo tenemos fe.»

Existen además cinco fragmentos de *Respuestas epistolares* de San Policarpo. Víctor Capuano tradujo estos fragmentos del griego al latin á mitad del siglo VIII, y los mezcló en su cadena de los cuatro Evangelios. Acerca de la autenticidad de estos fragmentos, son varios los pareceres de los sabios: unos, como Gallandi (2) y Lumper (3), los tienen por genuinos, y juzgan que son contestaciones que solia dar San Policarpo, no tanto para los presentes, como dirigidas á los ausentes, y que despues fueron escritas, ó por los que las recibieron, ó por aquellos que las oyeron. Por otra parte, presentan los caractéres de aquel tiempo, y tienen el mismo aire de sencillez que la carta de San Policarpo.

(1) Cod. 126.

(2) Gallandi, tomo I, pág. 314, y Jacobson, *Obras de los Padres apostólicos*, tomo II, pág. 513.

(3) Parte primera, pág. 347.

CAPÍTULO V.

CARTA DE SAN BERNABÉ (1).

FUENTES. Clemente de Alejandría: *Stromat.*, lib. II, cap. XX.—Orígenes: *Contra Celso*, lib. I, núm. 63.—Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. III, cap. XXV.—San Gerónimo: *Varones ilustres*, núm. 6.

AUXILIARES. Gallandi: *Bibliot.*, tomo I. Proleg., cap. III. —Lumper, part. 1.ª, sec. 3.ª, pág. 149.—Hefelé. Proleg. en las *Obras de los Padres apostólicos.—Diccionario enciclopédico de la Teología.*—Fessler, tomo I, pág. 181.

EDICIONES. La de H. Menardo, ó mejor la de L. Daquery, Paris, 1645, y por el mismo otra en Amsterdam en 1646. (Véanse ademas los auxiliares citados.)

ARTÍCULO PRIMERO.

Autor y autenticidad de la carta que lleva el nombre de San Bernabé.

Entre los varones apostólicos que miramos como pertenecientes al segundo rango, está San Bernabé, bajo cuyo nombre la antigüedad cristiana nos ha conservado una carta escrita en griego y dividida en veinte capítulos. Parece que esta carta se estravió el siglo III, y se la tenia por completamente perdida, cuando en el siglo XVII la descubrió el P. Sirmond, Jesuita, en un antiguo manuscrito. Siendo tan distinto el juicio que los antiguos y los modernos han formado acerca de esta carta, debemos discutir dos puntos: 1.°, quién sea su autor, y 2.°, cuál haya sido su autoridad en la Iglesia desde los tiempos antiguos.

Clemente de Alejandría (2), á fines del siglo II, es el primero que hace mencion de esta carta, y constantemente la atribuye á San Bernabé. Orígenes siguió el juicio de su maestro. Pero debe notarse que tanto Clemente como Orígenes tienen muchas veces por genuinos los libros espurios,

(1) No escribimos su vida, por creerse, con mucho fundamento, que la carta no es suya.

(2) Pedagog., lib. II, cap. X.

por cuya razon su testimonio á favor de la autenticidad de esta carta pierde mucha fuerza; tanto más, cuanto que Clemente combate algunas de sus afirmaciones, si bien entonces calla el nombre del autor (1). Eusebio (2) la coloca entre los libros controvertidos, y San Gerónimo (3) dice: «que Barnabas de Chipre, que tambien se llama José el Levita, ordenado apóstol de los gentiles con San Pablo, escribió una carta para la instruccion de la Iglesia, que se lee entre las *Escrituras* apócrifas.

Hay, sin embargo, muchas y graves razones que la hacen dudosa: estas consisten en la índole interna del escrito, pues se encuentran algunas cosas que con dificultad se pueden conciliar con las circunstancias de aquellos tiempos, como son lo que refiere de fábulas increibles acerca de la naturaleza de ciertos animales; el asegurar que todos los siríacos y sacerdotes de los ídolos están circuncidados, y los errores y detalles equivocados que contiene respecto á los usos y ritos de los indios (4). De todo esto resulta que no es posible lo escribiese San Bernabé, sino más bien algun escritor del tiempo de los Apóstoles que llevaba el mismo nombre, pues se acostumbraba tomar el de algun Apóstol, lo que es bastante probable, así como tambien que debió ser judío helenista del siglo II.

Esta carta fue escrita despues de la toma de Jerusalen, como consta de su cap. XVI y antes de concluir el siglo II, y de varios indicios internos se puede colegir que corresponde á fines del siglo I ó principios del II (5), mientras que San Bernabé consta haber muerto hácia el año 62.

En cuanto á la autoridad de esta carta, algunos maestros de la Iglesia de Alejandría, como Clemente y Orígenes, aunque no de un modo absoluto, la contaron entre los escritos canónicos. Eusebio nos hace dudar de su autenticidad, y San Gerónimo la pone entre las *Escrituras* apócrifas; esto es, no canónicas, pero que se leian para la instruccion de las Iglesias. La Iglesia católica ni la aprueba ni la rechaza. Conviene, sin embargo, confesar que es digna de gran veneracion, tanto por el aprecio y estimacion de que gozó en otro tiempo entre muchos escritores, como por su mérito y la utilidad que resulta de ella para la Iglesia.

Su estilo no tiene el sabor de la majestad apostólica, aunque la materia es acomodada á la índole de los primitivos tiempos de la Iglesia: ademas, si se la compara con

(1) Pedagog.: lugar citado.
(2) *Historia eclesiástica*, lib. III, cap. XXV.
(3) *Varones ilustres*: cap. VI.
(4) *Diccionario enciclopédico de Teología.*
(5) Hefelé: Proleg., pág. 12.

otros escritos de los Apóstoles, puede merecer alguna consideracion; pues aunque no goza de completa é indudable *autoridad*, como de Padre apostólico por su antigüedad, y como perteneciente á la primitiva Iglesia, adquiere mucho valor.

ARTÍCULO II.

Argumento de la carta titulada de San Bernabé.

Esta carta está escrita, como se desprende del contesto, para uso de los cristianos convertidos del judaismo, adheridos fuertemente á su antigua ley. Creyendo estos que podrian retener la ley mosáica juntamente con el Evangelio, el autor de la carta les prueba con muchos testos, y por multitud de figuras de la Escritura, que la antigua ley estaba derogada, y que le habia sucedido el Evangelio. Esta carta, en la cual existen rasgos de inspiracion y elocuencia, se divide en dos partes: la primera es *didáctica*; la segunda *parenética*: la una encaminada á demostrar que los tiempos de la ley antigua habian pasado, y con ellos las ceremonias y ritos mosáicos, y en la otra se deducen enseñanzas provechosas para los fieles de la encarnacion y muerte del Salvador. La primera comprende XVII capítulos, y la segunda concluye con el XXI. En el capítulo I, el autor, despues de hecha la salutacion á los que dirige la carta, alaba su fe, su caridad y otros dones del Espíritu Santo, de que ellos están adornados: confiesa que se ha movido á escribirles para que su fe y su sabiduría sean más perfectas, y les manifiesta que Dios comunicó su espíritu á los Profetas para que anunciasen que la nueva alianza principiaria en la encarnacion de su Hijo. Colocado en este terreno, demuestra que la ley mosáica, cuya letra encadenó en otro tiempo á los judíos, y cuya observancia tan solo fue agradable á Dios en cuanto penetraban su espíritu, ahora en el Nuevo Testamento es abrogada en su letra, quedando como ley vigente su espíritu. Por igual motivo en los capítulos II y III dice que los sacrificios y los ayunos fueron abolidos; en el IV enseña que la ley antigua fue rota, para que le sucediese la evangélica, que es más perfecta, la misma que bosqueja admirablemente. En el V y VI dice que toda la ley anunciaba al Mesías, y que si penetramos su espíritu, encontraremos los preceptos para el bien obrar; así es que los Profetas predicen todo lo que se relaciona con la vida y muerte del Salvador. En el VII y VIII manifiesta que los ritos y ceremonias antiguos, y especialmente la observancia del dia de la Propiciacion, representaban la Pasion y muerte de Jesus, con las

que se hizo la redencion del género humano. En el IX y X esplica el espíritu de la ley antigua acerca de la circuncision y de los alimentos prohibidos y permitidos, con relacion á la reforma de nuestras costumbres. En el XI da la razon por qué el bautismo y la cruz están prefigurados en la ley antigua. Desde el XII hasta el XIV dice que el que murió en la cruz es verdadero Dios, que hizo su alianza, no con los judíos, sino con los cristianos. Finalmente, manifiesta que la celebracion del sábado era de muy alta significacion; que el templo de Jerusalen se destruyó para no levantarse jamás, y que en los corazones de los cristianos se elevan nuevos templos al Señor.

En la segunda parte de esta carta, desde el cap. XVIII al XXI, se dan advertencias saludables y preceptos útiles, y dice que se ofrecen al hombre dos caminos: el primero se llama la luz, y lo guardan los ángeles buenos: el segundo es el de las tinieblas, y está bajo la custodia de los demonios. En la esplanacion de esto hace presente lo que el cristiano debe obrar y lo que ha de huir para llegar felizmente á la futura resurreccion.

En esta carta se encuentra una prueba clara de cuán antigua es en la Iglesia la interpretacion *moral*, *alegórica* y *anagógica* de la Sagrada Escritura. Los Padres posteriores, en sus disputas con los judíos, se refieren frecuentemente á esta carta. El testo griego es áspero y oscuro; la antigua traduccion latina es bárbara y descuidada, y ademas es imperfecta y está mutilada al final; pero tiene su valor, pues le debemos el principio, con algunas enmiendas del griego (1). Conviene tener presente que de esta carta, que se atribuye á San Bernabé, se puede sacar un argumento muy fuerte contra la herejía de los *unitarios*, pues en ella se establece terminantemente la doctrina católica acerca de la *preexistencia* del Hijo de Dios y de su *consubstancialidad* con el Padre. No trata con menos claridad acerca de la Redencion y sus frutos.

(1) Fessler: *Patrología, Instituciones de Patrología*, tomo I.

CAPÍTULO VI.

SAN HERMÁS.

FUENTES. San Ireneo: *Contra los herejes*, lib. IV, cap. XX. —Clemente de Alejandría, Tertuliano y Orígenes, citados por Gallandi, tomo I, pág. 51.—Eusebio: *Historia eclesiástica*, libro III, capítulos III y XXV.—San Gerónimo: *Varones ilustres*, cap. X.

AUXILIARES. Coteler, de *El Pastor* de Hermás en las *Obras de los Padres apostólicos*, vol. I, pág. 73.—Pearson: *Vindicacion de San Ignacio*, part. 1.ª, cap. XL.—Gallandi: *Biblioteca*, tomo I, proleg., cap. II.—Lumper, part. 1.ª, seccion 2.ª —Hefelé: *Obras de los Padres apostólicos*, proleg., y Fessler, tomo I, pár. 63.

EDICIONES. La principal se hizo en Paris en 1513, bajo la direccion de J. Fabricio Estapulense. Otra de Coteler en las *Obras de los Padres apostólicos*, y la de Oxford, revisada y anotada en 1685.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Hermás.

San Hermás, cristiano de los primeros siglos, si hemos de creer á Orígenes, Eusebio, San Gerónimo y otros escritores antiguos, fue discípulo de los Apóstoles, y el mismo de quien habla San Pablo á los romanos, cuando les dice: «Saludad á Asyncrito, á Felegonte, á *Hermás*, á Patrobas, á Hermés y á los hermanos que están con ellos.» Se cree generalmente que Hermás era lego, aun cuando los griegos le elevan al obispado de Filipos, en Macedonia, ó Filippópolis, en Tracia. Otros pretenden que fue únicamente promovido al sacerdocio, sin obtener ninguna dignidad. Aunque griego de nacion, segun Lecuy y algunos otros autores, habitaba la Italia, y verosímilmente en Roma, puesto que San Pablo le nombra en la carta dirigida á sus hermanos de aquella ciudad. No falta quien, como el abate Feller, le crea natural de la misma Roma, y de una familia distinguida.

Era casado, y tuvo hijos que le causaron acerbos pesares por su mala conducta; pero al fin sus consejos y su constancia, propia de un buen padre, pudieron hacerlos volver al camino de la virtud (1).

ARTÍCULO II.

Escritos de San Hermás.

Hermás compuso un libro titulado *El Pastor,* siendo un ángel el que habla, bajo la figura de un hijo de la montaña. Aquí nacen dos cuestiones: primera, quién sea el autor del libro; y segunda, cuánta sea su autoridad. Acerca del autor hay dos opiniones, y una y otra tienen argumentos sólidos. La primera se apoya en la autoridad de los antiguos escritores de la Iglesia, como Orígenes, Eusebio y San Gerónimo (2), y aunque no lo ponen fuera de duda, dicen que el autor es Hermás, el mismo á quien San Pablo saluda en su carta á los romanos. La segunda opinion sostiene que el autor de la carta es Hermes, hermano del Papa Pio I, y parece apoyarse en algunos documentos antiguos de la Iglesia romana (3), los cuales no son, sin embargo, tan ciertos que merezcan completo asentimiento; mucho más si se tiene presente que la autoridad que se saca de los antiguos catálogos de los Pontífices se debilita en cuanto afirman que en el libro de Hermes se encuentra el precepto divino de la celebracion de la Pascua en domingo, y en el de Hermás, titulado *El Pastor*, no se hace mencion de esto. Por los indicios esternos ninguna de las dos opiniones adquiere más probabilidad, como no sea en favor de la primera.

Con respecto á la autoridad de este libro, consta que muchos de los antiguos, especialmente entre los Padres griegos y escritores eclesiásticos, lo tuvieron en gran aprecio, y lo colocaban casi en el número de las Escrituras canónicas (4); y no es menos cierto que se leia en otro tiempo en las iglesias griegas como muy útil para los que debian instruirse en los elementos de la Religion cristiana. Cualquiera que fuera, sin embargo, el aprecio en que los griegos tenian este libro, confiesan que no era recibido por toda la Iglesia como Escritura divina; y á pesar de sus múltiples alabanzas, no

(1) Biografía universal, palabra *Hermás*.
(2) Orígenes: *Coment. epist. ad Romanos*, lib. x, cap. xvi —Eusebio, lib. iii, cap. iii. —San Gerónimo: *Varones ilustres*, cap. x.
(3) Anastasio el bibliotecario: *Vida de los Papas*.
(4) Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. iii, cap. iii.

disimulan que muchos los desechaban del cánon sagrado (1). Entre los latinos era casi desconocido este libro (2), y el Papa Gelasio lo pone entre los apócrifos (3), no porque juzgase que contenia malas doctrinas (4), sino porque no pertenecia al cánon de la Escritura, y por lo tanto carecia de la autoridad de esta. Así, pues, la opinion más comun en la Iglesia antigua, y que más se aproxima á la verdad, parece ser la que cree que este libro es muy útil para formar las costumbres de los recien convertidos. Y ciertamente esta utilidad se deja ver apenas se considera el fin que se propuso su autor, que no fue otro que dar algunas reglas para que los hombres hagan penitencia, y sigan constantemente la virtud; y exhorta ademas á la fortaleza para resistir á las persecuciones.

Este libro parece que fue escrito á fines del siglo I, ó mitad del II, ya que se atribuya al Hermás saludado por San Pablo, ó al Hermes, hermano del Papa Pio I. Es más probable, sin embargo, que se escribió á fines del siglo I, no menos porque San Ireneo lo alaba como Escritura sagrada en el año 180, como tambien por algunos indicios internos que convienen más con este tiempo (5).

ARTÍCULO III.

Argumento del libro de Hermás.

Este libro se titula *El Pastor*, porque el autor refiere que se le apareció un ángel en traje de pastor, cubierto con una capa blanca, con el morral al hombro y el cayado en la mano, y afirma ademas que recibió de él los avisos referidos en su escrito (6). Toda la obra está escrita en forma de *diálogo*, y dividida en tres libros: el primero contiene cuatro *visiones*; el segundo doce *preceptos*, y el tercero diez *semejanzas*. En la primera y segunda vision se le aparece una mujer venerable, que representa á la Iglesia, y le reprende por haber dado entrada á los malos pensamientos y por su negligencia en corregir los pecados de su mujer y de sus hijos; le enseña lo que deben hacer para obtener el perdon, y con este motivo habla de la penitencia, de la inocencia y

(1) Gallandi: *Biblioteca*, tomo I, pág. 51.
(2) San Gerónimo: *Varones ilustres*, cap. X.
(3) Mansi, tomo VIII, col. 167.
(4) Sobre el juicio de este libro véase á Belarmino, *Varones ilustres*.
(5) Segun algunos escritores, parece que se habla en él de la persecucion de Neron como pasada, y de la de Domiciano como presente.
(6) Libro II, proemio.

del candor. En la tercera vision, la misma mujer indica á Hermás una torre edificada con muchas y variadas piedras; le describe toda su construccion, y por fin le descubre por qué razon esta torre es la figura de la Iglesia. En la cuarta y última vision, Hermás ve un monstruo horrible, figura de las desdichas y aflicciones que sobrevendrán á los Santos; pero una hermosa vírgen, que representa á la Iglesia, le enseña por qué medios se puede vencer á la bestia.

El ángel, en traje de pastor, se aparece á Hermás, y le habla en los libros II y III. En el primer precepto del libro II trata de varias virtudes y vicios; recomienda la fe en un solo Dios, su temor santo, la abstinencia, la victoria contra la concupiscencia, la sencillez y la obediencia. En el precepto segundo advierte que se huya de la detraccion y de la envidia, é inculca la caridad para con los pobres. En el precepto tercero recomienda la veracidad, y prohibe la mentira. En el cuarto le manda el ángel que guarde la castidad; y preguntado acerca de si es lícito abandonar la mujer adúltera, enseña cosas admirables sobre la indisolubilidad del matrimonio, y de la penitencia. En el quinto le da saludables avisos para ejecutar la paciencia y dominar la ira. En el sesto, á fin de que se mueva pronto y alegremente á practicar los preceptos que le da, le enseña los dos caminos del hombre, y los dos ángeles, el uno bueno y el otro malo, que le inspiran, y describe los diversos efectos que producen. En el sétimo recomienda mucho el temor de Dios, que divide en dos clases; pero rechaza el temor del demonio. En el octavo manda abstenerse de las cosas malas, y recomienda se practiquen las buenas. En el noveno ordena que se arroje de sí la duda y que se tenga confianza para poder agradar á Dios, y esplica las condiciones de esta. En el décimo dice que la tristeza mundana es hermana de la duda y de la ira, y despues de esponer el enlace de estos dos vicios, manda que se deseche, y que en su lugar se ponga la alegría. En el undécimo recomienda que se huya del espíritu terrenal, que viene del diablo, y que se adquiera el espíritu divino, y da varias reglas para la discrecion de espíritus. En el duodécimo y último trata de la doble concupiscencia, y manda resistir á la mala y seguir á la buena para agradar á Dios. El ángel instruye á Hermás para luchar con ventaja con el demonio.

En el libro III se dan muchos preceptos morales, sirviéndose para ello de alegorías. Así en la primera, bajo la semejanza de dos ciudades, una visible y otra invisible, enseña á que se aparte el ánimo de las cosas de la tierra, y que se eleve á consideraciones celestiales. En la segunda estimula al rico á ejercer la caridad con el pobre, con la

semejanza del olmo y de la vid; en la tercera y cuarta los justos y los pecadores se comparan en este mundo con los árboles secos, y los mismos en el futuro con los árboles en parte secos y en parte frondosos, para hacer ver que así como el árbol verde no se distingue del seco en el invierno, sino en el verano, así el justo no se distingue del pecador sino en el juicio final. En la quinta se da la razon del ayuno, y por qué motivo debe procurarse más la formacion del espíritu que la del cuerpo para agradar á Dios, sirviéndose de la semejanza del siervo fiel, que trabajó en la viña más de lo que se le habia mandado. En la sesta, sétima y octava, bajo la semejanza de dos pastores de distintos rebaños, se esplican muchas condiciones de hombres, ya de aquellos que desertaron de la fe, ya de los que hacen una vida penitente; esplica lo que son voluntades perversas, las penas que sufrirán, y qué cosa sea hacer penitencia. En la novena, con la semejanza de doce montes y la construccion de la torre que representa la Iglesia, describe con latitud todo lo que á ella pertenece. En la décima concluye el ángel encargando á Hermás que haga penitencia, que mueva á otros á hacerla, que anuncie las grandezas de Dios, y que se emplee en la beneficencia con los pobres.

ARTÍCULO IV.

Carácter, estilo y doctrina de San Hermás.

El autor al escribir las visiones debia hallarse en Italia y no muy lejos de Roma, como lo indican las razones internas del libro; y está fuera de duda que se escribió este primero en griego, siendo muy sensible que por la injuria de los tiempos haya perecido, de tal modo, que solo quedan algunos fragmentos en las obras de los Padres griegos, si bien se conserva la traduccion latina muy antigua, aunque de autor desconocido.

El libro de San Hermás está escrito en un estilo sencillo, y la version latina no es más elegante que el autógrafo, pues tiene un latin bárbaro y poco esmerado. Ademas, Hermás se propone imitar el estilo del Profeta Zacarías, que juzgó era el más á propósito para tratar la doctrina cristiana y mover los corazones de los hombres, aunque no consiguió escribir su obra en aquel estilo singular.

DOGMAS PRINCIPALES QUE CONTIENE.

1.° Acerca del mérito de las buenas obras, dice: «Que la duda no conseguirá nada con todas las obras que haga, pues es espíritu terrenal y diabólico.» Libro I, precepto 11.

2.° Sobre las obras de supererogacion, dice: «Guarda los mandamientos, y serás probado; si ademas de esto añadieses alguna cosa buena, conseguirás mayor dignidad y serás más honrado delante de Dios que lo eras antes.» Libro III, semejanza 3.ª

3.° Acerca de la indisolubilidad del matrimonio, dice: «El varon deje á la mujer (adúltera) y el varon por sí mismo (el célibe) permanezca; porque si dejase á la mujer y se casase con otra, pecaria. Esto es igual en el hombre que en la mujer.» Libro II, precepto 4.°

CAPÍTULO VII.

CARTA Á DIOGNETES.

AUXILIARES. Gallandi: *Biblioteca*, tomo I, Proleg., capítulo XI.—Lumper, parte 1.ª, sec. 4.ª—Naurny, tomo I, libro II, disert. 2.ª, parte 2.ª, cap. II.—Tillemont, tomo II.—Prudencio Marani: *Prefacio á las obras de San Justino*.—Hefelé: Proleg.—Otto: *Comentario sobre la carta á Diognetes*, publicada en Jena en 1845, y Fessler, *Patrología*.

EDICIONES. El primero que publicó esta carta fue Enrique Estéfano, en griego y latin, en Paris, en 1592. Prudencio Marani, 1742. Gallandi: *Biblioteca de los antiguos Padres*, tomo I, pág. 320, y Hefelé, *Obras de los Padres apostólicos*, pág. 300.

ARTÍCULO PRIMERO.

Dudas acerca de la autenticidad de la carta á Diognetes.

Con razon se coloca la *Carta á Diognetes* entre los monumentos dudosos de los Padres apostólicos, y con mucho más motivo cuando nada dicen de ella los antiguos; y hasta que en el siglo XVI comenzó á publicarse entre las obras de San Justino, no se encuentra de ella la más pequeña noticia. Pero como el manuscrito griego lleva el nombre de San Justino, se creyó por algun tiempo que este Padre era su autor. Tillemont (1) fue el primero que suscitó dudas acerca de esto, y su parecer se ha estendido entre los patrólogos de estos dos últimos siglos. Otto de Jena es el único que en estos últimos tiempos ha sostenido lo contrario; pero la diversidad de estilo, el diferente juicio que su autor emite sobre el judaismo y sobre los dioses del paganismo, y el que nadie haya colocado este escrito entre los de San Justino, serán siempre motivos poderosos para probar que no pertenece á este Padre (2). Tampoco está determinado el

(1) *Memorias para la historia eclesiástica*, tomo II.

(2) Algunos la han creido tambien de San Clemente; otros la atribuyen á Polon, de quien habla San Pablo en la 1.ª ad Corint. (Véase Lumper, tomo I, pág. 183.)

tiempo en que debe colocarse; admítese generalmente que debió ser en una época muy cercana al siglo apostólico, y los indicios internos la colocan á fines del I, ó principios del II, pues se nota en ella la misma prevencion hácia el judaismo que en las cartas de San Ignacio y en las de San Bernabé, lo cual se adapta perfectamente con las ideas de principios del siglo II. No se puede, sin embargo, colocar entre las obras genuinas, aunque su antigüedad é importancia son grandes. Tampoco se sabe nada de la persona de Diognetes, á quien va dirigida. Resulta simplemente de la carta que era pagano y un personaje distinguido; pero no hay motivos suficientes para creer que fuese el preceptor de Marco Aurelio, como han creido algunos.

ARTÍCULO II.

Motivo, objeto y argumento de esta carta.

Deseando Diognetes conocer el cristianismo, propone á un amigo tres cuestiones, que dan lugar á la carta, y cuya solucion forma todo su argumento. En primer lugar, le pregunta: ¿Por qué los cristianos, discípulos de una Religion nueva, desprecian la religion gentílica y judía? En segundo lugar le dice: ¿Cuál es el fraternal amor que liga á los cristianos unos con otros? Y en tercer lugar desea saber por qué la Religion ha venido tan tarde, y por qué no ha sido anunciada más pronto.—Respondiendo el autor de la carta á la primera cuestion, describe desde el cap. I al IV inclusive la locura de los griegos, que dan honores divinos á dioses fabricados de madera, de piedra y de metal; y hace ver admirablemente la vanidad del culto pagano, ya se le considere en su esencia, ya en su forma. Despues ataca la demencia de los judíos, quienes, á pesar de servir al Dios verdadero, lo hacen de tal modo, como si fuese indigno de sus adoraciones, creyendo que alcanzarán su justificacion con la observancia escrupulosa de las ceremonias legales, como la circuncision y sus múltiples sacrificios. En el cap. V pasa á dar solucion á la segunda cuestion, y espone la esencia interna teorética y práctica de la doctrina del cristianismo, por la cual los cristianos desprecian el mundo y la vida. Aquí pinta con vivos colores la candidez de las costumbres cristianas, que indican el genio verdaderamente apostólico y divino, sobre todo en su gran paciencia para sufrir la persecucion. En el VI hace ver la sublimidad de la doctrina cristiana; presenta sus frutos y los resultados por ella obtenidos, y que redundan en beneficio de todos, con el contacto

de los cristianos, pues ellos son al mundo lo que el alma al cuerpo. En el VII afirma que esta doctrina no ha venido de los hombres, sino del mismo Dios, que envió al Verbo divino al mundo, y la grabó en los corazones de los hombres; que no se sirvió del ministerio de los ángeles para traer la salvacion, sino de su propio Hijo Rey y Dios, por quien hizo todas las cosas; y que no le envió terrible en su majestad, sino humilde y clemente para llamar y salvar á los hombres. En el VIII demuestra que solo por El tenemos la verdadera nocion de Dios, acerca de lo cual tanto han errado los filósofos: espone ademas que á Dios se conoce por la fe, á la cual solamente se le ha concedido verle; y en pocas palabras presenta los atributos de Dios y la economía que existe en los impenetrables misterios de la Redencion. Desde el cap. IX al XII responde á la tercera cuestion. Aquí describe la corrupcion moral del hombre, y cómo este conocimiento de la humana corrupcion era la causa por la cual Dios retardaba su redencion hasta que los hombres llegasen á tal estado de miseria, que conociesen la necesidad de un auxilio superior, y Dios lo dió en su Hijo en el tiempo determinado en su alta sabiduría. Con este motivo describe con rasgos brillantes la necesidad y la estension de la Redencion, en la cual encontramos todo lo que deseamos. Manifiesta, por último, los muchos beneficios que vienen al hombre por la fe, y recomienda la caridad de Dios, sin la que no gozaremos de la bienaventuranza, y luego esplica en qué consiste imitar á Dios, lo que no se consigue sino por la gracia divina. Por último, despues de hablar estensamente de todo esto, enseña que la vida llena de virtudes viene de la fe, y que el verdadero conocimiento nace de la vida buena.

ARTÍCULO III.

Carácter y estilo de la carta.

Aunque esta carta no tiene autor conocido, y no puede contarse entre las obras de los Padres apostólicos, merece, sin embargo, mucho aprecio, porque su autor trata, ilustra y defiende muchas cosas pertenecientes á la fe. En cuanto á su carácter, esta carta ofrece la transicion del segundo grado de la literatura cristiana al tercero (1). La forma epistolar va desapareciendo; se presenta apenas al principio de ella, mientras que en el resto permanece constantemente la forma

(1) Esto considerando las Actas de los mártires como el primer género de literatura cristiana.

del tratado teológico, si bien dividido y perfectamente combinado. Ademas, este escrito no es puramente parenético, pues se eleva y llega á tratar científicamente las cuestiones más importantes de la Teología. De este modo se toca á la época de las apologías, y á las obras científicas de los siglos II y III. Su estilo es claro, vigoroso, y se acerca á la diccion clásica. Toda la carta está escrita con suma elegancia; su autor se remonta á gran altura, y á veces tiene una cierta pretension que no carece de encantos (1).

(1) *Diccionario enciclopédico de Teología.*

CAPÍTULO VIII.

SAN DIONISIO AREOPAGITA.

AUXILIARES. Obras de San Dionisio Areopagita. Ed. B. Corderio: Venecia, 1755.—F. Labbe: *De escritores eclesiásticos*, pág. 27.—Naurny: *Apparat.*, tomo I.—Tillemont, tomo II.—Ceillier, tomo XV.—J. Sirmond: *De los dos Dionisios.*—J. Launoy: *Juicio sobre los libros de San Dionisio.*—Lumper, partida 1.ª, sec. 11.—Dupin, tomo I, *Diccionario enciclopédico de Teología.*

EDICIONES. La de B. Corderio en griego y latin, Paris, 1613, y en Amsterdam, 1634; la de Florencia en 1516, publicada por Junté; la del P. Lanseti, Paris, 1644, y otra en Venecia en 1755.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Dionisio.

Hay algunos varones apostólicos á quienes, ó se les atribuyen varios escritos sin fundamento alguno, ó cuyas obras genuinas se han perdido. Entre los primeros es digno de mencion San Dionisio, y entre los segundos está Papías, de los cuales hablaremos en este capítulo, concluyendo con ellos la tercera clase de Padres apostólicos.

San Dionisio Areopagita es llamado así por las funciones que ejercia en Atenas como miembro presidente del Areópago (1). No se puede admitir la opinion de Cesáreo (2), que le presenta como Tracio. Siguiendo el ejemplo de San Juan Crisóstomo, Máximo dice que Atenas fue el lugar de su nacimiento, y este parece ha sido adoptado por la mayor parte de los escritores. De todos modos Dionisio se hallaba en Atenas cuando fue convertido por la elocuencia de San Pablo (3), y llevado desde las tinieblas del paganismo á la claridad de la vida cristiana (4), hasta que en la persecucion de

(1) Asterim., orac. 8 ª, Bibliot. Lugd., tomo V.
(2) Dialog. 2.
(3) Act., cap. XVII, vers. 22.
(4) Act., cap. XVII, vers. 34.

Domiciano sufrió el martirio. Se han suscitado muchas controversias en todo lo relativo á su vida, y por mucho tiempo y por muchos escritores se ha creido que este fue el primer Obispo de Paris. Entre otros está Baronio (1); pero, á pesar de este y de otros defensores notables, semejante opinion ha sido victoriosamente refutada, y hoy abandonada por la mayor parte de los sabios. Los infatigables historiadores de las antigüedades de Francia, el P. Sirmond (2), Launoy (3), y, sobre todos, los continuadores de la grandiosa obra titulada *Acta Sanctorum* (4), apoyándose en datos que se encuentran en los antiguos, como Sulpicio Severo, Eusebio y Gregorio de Tours, han demostrado completamente la imposibilidad de esta tradicion en otros tiempos admitida, y han puesto fuera de duda que San Dionisio, honrado como primer Obispo de Paris y Patrono de Francia, no es el Areopagita, sino otro Dionisio que contribuyó en gran manera en el siglo III á la conversion de las Galias, y que murió durante la persecucion de Decio.

ARTÍCULO II.

Obras que se atribuyen á San Dionisio Areopagita, y argumento de cada una.

Corren con el nombre de San Dionisio las obras siguientes: 1.ª, *De la Gerarquía celestial*: 2.ª, *De la Gerarquía eclesiástica*: 3.ª, *De los nombres divinos*: 4.ª, *De la Teología mística*; y 5.ª, *Diez cartas*. A estas cartas se ha añadido la undécima en la *Biblioteca máxima de los Padres*; pero presenta tantas señales de falsedad, que claramente se ve que está escrita por distinto autor.

El argumento de estas obras es como sigue: 1.° El libro *De la Gerarquía celestial* es propiamente un tratado de Teología acerca de los ángeles, en que se describe y esplica su naturaleza, sus nombres, sus diversos oficios, las imágenes corpóreas con que se les representa en la Sagrada Escritura, y se enumeran los nueve órdenes de que consta la gerarquía celestial. 2.° El libro *De la Gerarquía Eclesiástica*, despues de presentar el enlace que tiene con el libro anterior, y la relacion de la gerarquía eclesiástica con la celestial, trata por artículos del Bautismo y de la Eucaristía, de la bendicion del Oleo Sagrado de la ordenacion, de los ministros de la Iglesia y de la solemne profesion religiosa. A esto añade las

(1) *Anales eclesiásticos*, año 98.
(2) *De los dos Dionisios*, cap. VIII.
(3) *Observaciones á la vida de Dionisio Areopagita*, pág. 403.
(4) Tomo IV de Octubre, pág. 703.

ceremonias con que se entierra á los muertos, y diserta sobre el bautismo de los niños. 3.° En el libro *De los Nombres divinos* se esplican admirablemente los nombres que Dios se da en la Sagrada Escritura, y por los cuales llegamos al conocimiento de las cosas divinas. 4.° En el libro *De la Teología mística* se considera á Dios como el objeto de nuestro conocimiento y de nuestro amor, con el cual nos podemos unir en esta vida, con una union inefable y en cierto modo sublime, pero superior á la capacidad humana. Y 5.° Las *Cartas* presentan un argumento casi semejante al de la Teología mística.

ARTÍCULO III.

Fundamento en que se apoya la duda acerca de la autenticidad de estos libros.

Estos escritos, que pasaron por obras de los tiempos apostólicos, obtuvieron gran crédito en el siglo VI, en cuya época fueron citados por primera vez por los severianos en una conferencia que estos monofisitas tuvieron con los Obispos católicos en Constantinopla (año 532). Estas obras, en que se encuentran los principios y la terminología de Platon, han servido de base á la Teología mística. Los escolios de J. Scipolitano en el siglo VI, y los de Máximo en el VII, contribuyeron á difundirlas. Su conocimiento no pasó á Occidente hasta el siglo IX, en que el Emperador griego Miguel Balbo mandó por embajada una de sus copias á Ludovico Pio. Este monarca las hizo traducir al latin, pero esta traduccion era pesada y oscura. Scoto Erigena dispuso otra mejor por indicacion de Cárlos el Calvo. Así fue cómo el misticismo fue ganando en Occidente el terreno que desde mucho tiempo tenia adquirido en Oriente.

Mientras mayor influencia obtenian estos libros, más importante iba haciéndose el saber lo que habia respecto de su autenticidad. Aunque fuera esta muy dudosa y existiesen graves y numerosos motivos de sospecha, no fueron examinados seriamente, y su autenticidad no fue discutida hasta los tiempos modernos. Pero en el siglo XVII una serie de sabios como Nicolás de Naurny (1), Dupin (2), Tillemont (3) y otros, demostraron por investigaciones sólidas, y guiados de una sana crítica, que eran apócrifos, y los atribuyeron á un autor anónimo del siglo IV ó V. Así cayó la antigua autoridad de estos libros. Lo que hay de más contrario á la autenticidad de estos escritos, es por una parte el silen-

(1) *Apparat. Bibliot.*, tomo I.
(2) *Bibliot. Sanctorum ecclesiasticorum.*
(3) *Memorias á la Historia eclesiástica*, 12.

cio absoluto de todos los autores antiguos sin escepcion, y por otra ciertas opiniones emitidas en ellos, y que de ninguna manera podian pertenecer á un hombre de los tiempos apostólicos, y, en fin, algunos pormenores sobre instituciones y hechos que pertenecen á siglos posteriores, segun los testimonios más seguros de la historia. Por lo demas, desde el siglo VI, y en el mismo momento de su aparicion, la voz de los teólogos ortodoxos se elevó contra su autenticidad (1), y únicamente los herejes fueron los que la sostuvieron por interes (2).

Su estilo no es sencillo como el de los discípulos de los Apóstoles, sino sublime y elevado: las voces usadas al principio de la Iglesia las desprecia su autor, y pone en su lugar otras nuevas y mas pomposas, siendo esto causa muchas veces de oscuridad. Sin embargo, no se puede desconocer que estas obras contienen muchas cosas escelentes, y que aclaran ciertos puntos de la antigüedad eclesiástica.

(1) Naurny, lugar citado.
(2) *Diccionario enciclopédico de Teología.*

CAPÍTULO IX.

SAN PAPÍAS.

AUXILIARES. Gallandi: *Biblioteca*, tomo I, proleg., cap. X. —Sprenger: Siglo II, disert. 5.ª—Lumper, parte 1.ª, sec. 11.
EDICIONES. La de Gravio, en Oxford, 1714.—Ronth: *Reliquias sagradas*, en Oxford, 1814.—Gallandi: *Biblioteca*, tomo I, página 316.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Papías.

San Papías, Obispo de Hierápolis, en Frigia, fue discípulo de San Juan y compañero de San Policarpo (1), varon elocuente y erudito, y muy instruido en la Sagrada Escritura. Eusebio (2) lo pone entre los primeros sucesores de los Apóstoles: vivió por los años 120, segun el mismo Eusebio (3), y padeció el martirio en el mismo tiempo que San Policarpo.

ARTÍCULO II.

Escritos de San Papías.

Escribió cinco volúmenes, que tituló *Esplanacion de las palabras del Señor*. Por sus escritos aparece cuán solícito investigador era de las tradiciones apostólicas, no menos que de su conservacion, aunque en muchas cosas fue demasiado crédulo, y entendió mal las palabras del Señor, dando lugar al error de los *Milenarios*, que fueron los primeros en sostener (4). A pesar de esto, es sensible que su obra, á que tanta autoridad dieron los antiguos, haya perecido casi por completo, pues solo quedan de ella diez fragmentos, que manifiestan claramente el interes de los primeros cristianos en aprender, recoger y conservar las tradiciones divinas, como se ve en el primero de los restos indicados. Los demas tratan acerca de los milagros obrados en aquella edad, del orígen del Evangelio de San Márcos, de la lengua en que fue escrito el de San Mateo, del reino milenario, de la horrible muerte de Judas Iscariote, y, finalmente, de las cuatro Marías de que habla el Evangelio, y de los hermanos del Señor.

(1) San Ireneo: *Contra los herejes*, lib. V, cap. XXXIII.
(2) *Historia eclesiástica*, lib. III, cap. XXXVI.
(3) Cronicon.
(4) San Ireneo, en Eusebio, lib. III, cap. XXXIX.

PADRES DEL SIGLO II.

CAPÍTULO PRIMERO.

IDEA GENERAL Y CARÁCTER DE LOS PADRES DEL SIGLO II.

La historia, al mismo tiempo que nos presenta la magnífica epopeya de los gloriosos hechos de los mártires, que representan el triunfo de la idea sobre la fuerza, y de la fe sobre la incredulidad, nos ofrece en este tiempo el espectáculo sorprendente de una lucha gloriosa contra todos los elementos que constituian la civilizacion pagana. A la cuchilla del verdugo, á los potros y á las cadenas que sufrian los cristianos, vino á unirse bien pronto la calumnia y el desprecio. Hombres, como dice Bossuet, que practicaban virtudes tan superiores al hombre mismo, fueron tachados de vicios que causan horror á la naturaleza. Acusábase de incestuosos á aquellos que hacian de la castidad sus delicias; decíase que comian sus propios hijos aquellos que eran benéficos para con sus mismos perseguidores; y á los mejores súbditos del Estado se les tenia como enemigos del imperio.

Los defensores de la Iglesia calumniada se levantan á protestar contra los medios inicuos que se emplean para combatirla; esponen su doctrina, refutan los supuestos argumentos que contra ella se oponen, y no satisfechos con esto, atacan á las divinidades gentílicas y demuestran la multitud de errores en que se apoya el gentilismo. Era preciso que se dijera á los hombres de Estado, á los llamados filósofos y á los pueblos coligados contra la verdad, lo que significaba la doctrina del Evangelio, de dónde venian y á dónde iban los que la practicaban; que se hiciera, en fin, la *Apología* de la Religion, y la *Apología* se hizo de una manera sublime, digna de fijar nuestra atencion por algunos momentos.

Teniendo que contestar á los cargos políticos que se les hacian, la primera especie de *Apología* que tuvieron que emplear los cristianos fue una verdadera defensa jurídica. Tan monstruosas acusaciones reclamaban una justificacion pública, y una defensa clara y perentoria, presentando la simple esposicion de la vida, doctrina y costumbres de los

cristianos. Esta tendencia, más bien política y judicial que teológica, es la que se observa en las apologías más antiguas. Así se defendieron especialmente aquellos de entre los cristianos que habian sido instruidos en las letras humanas, ó en la jurisprudencia de Roma; así lo hizo el autor de la carta á Diognetes, refutando á la vez las calumnias y las falsas acusaciones de los paganos, y justificando á los cristianos, describiendo su vida con una sencillez inimitable (1). A este siguió un gran número de apologistas, ya para manifestar la escelencia de la Religion cristiana y la pureza de costumbres de los que la profesaban, ya tambien para inclinar el ánimo de los Emperadores á su favor y moverles á que hiciesen cesar la persecucion.

Es de notar en este sitio una coincidencia de gran significacion: precisamente en la época en que florecen los panegiristas paganos, aparecen los apologistas de la Religion. Cuando una elocuencia servil tiende á persuadir á los Emperadores que su poder no tiene límites, en este momento la palabra cristiana les enseña, de una manera digna, severa é independiente, que sobre las arbitrariedades de los hombres están el poder y la voluntad de Dios.

Más tarde, de la defensa jurídica de la Religion cristiana pasaron los apologistas á combatir el culto pagano, cuya falsedad demostraron, tanto con argumentos sagrados como profanos, y hasta con sus mismos poetas hicieron ver lo indigno de sus dioses y lo ridículo de sus mitologías. Despues de combatir la religion pagana, los apologistas afirman la fe de los cristianos; esponen los principales dogmas de la nueva Religion, que justifican y prueban con argumentos tomados del Antiguo Testamento y de los oráculos de los gentiles; luego hacen una relacion de lo que pasa en sus inocentes asambleas, y piden que se les conceda, como á todos los ciudadanos, la proteccion, puesto que ninguno cumple mejor que ellos las leyes del imperio.

De estos apologistas hay nueve en este siglo, cuyas obras ó fragmentos existen todavía, ó al menos sus nombres son de todos conocidos, entre los cuales el de San Justino es el más notable.

Pero los Padres de este siglo no combatieron solamente á los gentiles; tuvieron ademas que refutar á los judíos. Despues de la destruccion de Jerusalen, ó, por mejor decir, cuando en tiempo de Adriano fueron arrojados de la Judea y dispersados por el mundo, los doctores cristianos creyeron llegado el momento de trabajar en su conversion; comenzaron á probarles que el tiempo de la antigua ley estaba cumplido,

(1) Alzog: *Historia eclesiástica*, tomo I.

y que el *Anunciado* á todas las gentes ya habia venido. Los argumentos contra ellos los tomaban de los libros del Antiguo Testamento, que los judíos tenian por divinos; pero era preciso ademas oponerles una sólida y verdadera interpretacion, y en esto, despues de la carta atribuida á San Bernabé, el que más se distinguió fue tambien San Justino. Otros Padres escribieron tratados para refutar las herejías de esta época, pues se sentia la necesidad de hacer frente á unos enemigos que, cubiertos con el nombre de cristianos, mezclaban las doctrinas de la Iglesia con los sistemas orientales, y pretendian crear un cristianismo nuevo. Los principales errores de estos herejes, llamados *Gnósticos*, porque se gloriaban de conocer ellos solos las cosas divinas, consistian en sustituir el misterio de la Santísima Trinidad y la creacion de los ángeles por los *Æones*, emanaciones de cierto númen incomprensible, que representaban bajo ciertas figuras: para la creacion admitian el *Dualismo*, y la atribuian al principio inferior y enemigo, llamado *Demiurgo*, que formó el mundo de una materia eterna. La desigualdad de los hombres no la ponian en el pecado original, sino en una mezcla de luz y de tinieblas de que suponian compuesto al hombre. El Antiguo Testamento lo atribuian al *Demiurgo*, y como tal lo rechazaban: acerca de Jesucristo, mientras que unos le consideraban como puro hombre, á quien se habia unido un *æon* desde el bautismo hasta la muerte, y abandonándole despues habia quedado reducido á puro hombre, otros decian que era solo un *æon* revestido de apariencias humanas. Dividian ademas los hombres en tres clases: la primera compuesta de espirituales; á ella pertenecian los *gnósticos*, únicos que debian salvarse; la segunda era de los católicos, llamados *psyquicos*, ó carnales, que podian salvarse, y la tercera la de los *hylicos*, ó perversos, para quienes no habia esperanza de salvacion. El matrimonio lo desechaban muchos, otros lo admitian como un mal necesario, pocos vivian en la continencia, y los más toleraban toda clase de escesos carnales. Esperaban el fin de todas las cosas, y entonces creian que el alma y el cuerpo volverian á la fuente de donde habian salido; pero no admitian la resurreccion de los cuerpos. Los Padres de este siglo refutaron éstos errores, entre los cuales está San Ireneo, y tambien algunos escritores eclesiásticos del III. De aquí se desprende claramente la razon por qué los escritos que se publican en esta época contra estos enemigos de la Iglesia toman la forma de tratados, pues las epístolas no podian llenar las condiciones de la refutacion. La lengua en que se escribian era la griega, aunque poco culta, pues la latina no se usaba todavía para las cosas eclesiásticas.

CAPÍTULO II.

SAN JUSTINO.

FUENTES. Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. II, cap. XIII, y lib. IV, cap. VIII y siguientes.—San Gerónimo: *Varones ilustres*, cap. XXIII.—Focio: *Biblioteca*, cod. 125 y 234.—Los escritos del mismo Santo y las actas de su martirio, por Ruinart.

AUXILIARES. Gallandi: *Biblioteca*, tomo I, proleg., capítulos XVII y XIX.—Lumper: part. 2.ª, sec. 2.ª de la pág. 48 á 316.—Dupin, tomo I.—P. Maran: *Prefacio á las obras de San Justino*; y Fessler, tomo I.

EDICIONES. Las mejores son las de Roberto Estéfano, en griego, edicion de Paris, 1551. La de Comelin, en griego, y con traduccion latina, en 1593. La del P. Maran, en Paris, 1742. Y la de Migne en nuestros dias.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Justino.

San Justino, mártir, sabio y valiente apologista de la Religion, y poco distante del tiempo de los Apóstoles, segun San Metodio (1), nació en Siquen, ó Naplusa, en Siria, á principios del siglo II (2). Fue educado en los errores de la idolatría, y cultivó su privilegiada inteligencia con el estudio de las bellas artes: en estremo aficionado á la filosofía, se dedicó con preferencia á conocer las diferentes sectas que dividian las escuelas, deseoso de hallar en alguna de ellas la verdad; su alma predispuesta á los grandes afectos, su espíritu ávido de verse satisfecho, recorrió la dilatada serie de los esfuerzos del hombre para reconquistar por sí mismo lo que perdió el dia de su caida, y el Santo nos revela en su *Diálogo con Trifon* cuán estériles halló los delirios de la vanidad con que tantos otros se habian satisfecho: ni los *estóicos* con su indiferencia, ni los *peripatéticos* con su soberbia y

(1) San Metodio, en Focio. Cod. 234.

(2) No se fija el año, por no haber encontrado conformidad en los autores que hemos consultado, y varían entre el año 103 y 118.

avaricia, ni los *pitagóricos* con su confusa nomenclatura para llegar á la contemplacion del *Ser*, ni los *platónicos*, cuya doctrina más se aproximaba al parecer á la verdad, pudieron fijar definitivamente la atencion de San Justino. Llegó un momento solemne en la vida del Santo: un anciano, cuyo nombre ha callado la historia (1), ofrece ante su vista un nuevo dogma, una creencia llena de sencillez y sublimidad, y determina para siempre el rumbo de sus ideas, la norma de su conducta, el fondo de sus sentimientos y de sus creencias. El anciano entabla con San Justino una conversacion filosófica, y principiando por la definicion de la filosofía, recorre todas las verdades que abrazaba la doctrina de Platon; pone ante sus ojos todos sus defectos, y luego pasa á demostrarle los misterios de nuestra fe, que ni los filósofos conocieron, ni la razon humana hubiera jamás alcanzado sin la revelacion de los *Profetas*, á quienes presenta con este motivo como más antiguos que los filósofos, y prueba su inspiracion por los milagros que acompañaban á sus profecías y por la santidad de su doctrina, y cuyo fin era manifestar á Dios Criador y á su Hijo Unigénito. Le recomienda ademas que medite en estas cosas, y pida á Dios su inteligencia. La impresion que en el ánimo de San Justino hizo esta conversacion, la lectura de las Sagradas Escrituras, la constancia de los mártires (2) y sus oraciones á Dios, le movieron á abandonar las sectas filosóficas y á abrazar el cristianismo sin temor alguno (3), conservando, sin embargo, su capa de filósofo (4). San Justino viajó mucho (5); recorrió la Península italiana, permaneció mucho tiempo en Egipto, y conocia perfectamente el Asia menor. Sus estudios filosóficos le hacian temible á todos los sofistas, y su virtud llenaba de prestigio y de autoridad sus palabras; añádase á esto sus conocimientos en las Sagradas Escrituras y el valor de su sencilla y poderosa elocuencia, y se comprenderá que San Justino era el más á propósito para refutar á los judíos, gentiles y herejes. Dos veces estuvo en Roma; la segunda fundó escuela, y se dedicó á enseñar y defender la doctrina cristiana. Allí resistió al hereje Marcion, y antes habia escrito ya contra todas las herejías (6). En Éfeso venció en una disputa al judío Trifon, y no temió poner su nombre al frente

(1) Tillemont cree que fue un ángel: Memor., art. 4.º, pág. 351. Otros, por el contrario, dicen que fue San Policarpo, fundados en el *Diálogo con Trifon*, cap. VIII.

(2) Apología 2.ª, cap. XII.

(3) *Diálogo con Trifon*, cap. CXX.

(4) Era el distintivo de los filósofos y de los que vivian con cierta austeridad. (Tertuliano, acerca de *los palios*, cap. VI.)

(5) Sanchez: *De los Santos Padres*.

(6) Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. IV, cap. XI.

de sus dos apologías, dirigidas á los Emperadores en favor de los cristianos. Todo esto le atrajo el odio de los gentiles, y principalmente el de Crescencio, filósofo cínico, que fue su más encarnizado enemigo. Le acusó como cristiano, y logró que fuese condenado á muerte. San Justino recibió el martirio con admirable resignacion, hácia el año 167 de la Era cristiana (1), siendo Emperador Marco Aurelio, y Rústico prefecto de Roma.

ARTÍCULO II.

Clasificacion de las obras de San Justino. Su primera apología.

Las obras de San Justino son muy notables. Eusebio (2) hace un brillante elogio del ingenio, de la sabiduría y sana crítica de San Justino, y añade que puede sacarse mucha utilidad de la lectura de sus libros. Estos son muchos, entre los cuales los hay genuinos, dudosos, y no pocos que se han perdido (3). Á los genuinos pertenecen dos *Apologías* y el *Diálogo con Trifon*.

Primera Apología.

Entre las obras genuinas ocupa el primer lugar la *Apología mayor*, ó sea la primera, escrita en Roma (4) por los años 139 ó 150 de nuestra Era, y dedicada al Emperador Antonino Pio, á sus colegas Marco Aurelio y Lucio Vero, y al Senado romano, pidiendo en ella que se escribiese en los registros públicos, como se hizo (5). Todos los escritores antiguos y modernos la han reconocido por genuina (6). Las calumnias inventadas contra los cristianos dieron ocasion á San Justino para escribir su primera Apología y defenderlos de la acusacion de *ateismo* y de enemigos de las leyes y perturbadores de la paz pública. Esta Apología, la más larga, atrevida y completa, la dividió su mismo autor en dos partes. En la primera, que comprende desde el núm. 1 hasta el 12 inclusive, defiende á los cristianos de la injusta é inicua persecucion que sufren, y hace ver á los Empera-

(1) San Gerónimo: *Varones ilustres*, cap. XXIII, y Eusebio, lib. IV, cap. XVI.

(2) *Historia eclesiástica*, lib. IV, cap. XVII.

(3) Como sus volúmenes contra Marcion, su tratado contra las herejías, su libro contra los herejes y otro de la salmodia cristiana, y ademas otro del alma. (Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. IV, cap. XVIII.)

(4) Eusebio, lib. IV, cap. XI.

(5) Apolog. 2.ª, números 4, 6 y 8.

(6) Fessler, tomo I, pág. 210.

dores que la justicia que representan exige que no se castigue á los cristianos por su nombre, pues no tienen otro crímen. A este propósito prueba, en primer lugar, que no son *ateos*, aunque no dan culto á los dioses falsos; que no son *demonios*, pues adoran á Dios *Padre*, á Dios *Hijo* y á Dios *Espíritu Santo*, Criador de todas las cosas, Autor de la *Fe* y remunerador de la inmortalidad.

En segundo lugar, dice que no merecen el castigo por no seguir el culto de los dioses, y antes bien obran cuerdamente, puesto que la idolatría trae su orígen de los demonios, y nada hay más absurdo que esta religion. En tercer lugar, manifiesta que no son enemigos del imperio; y aunque no aspiran á reinar en este mundo, su doctrina no se opone por esto á la paz y tranquilidad de la república, pues todos cumplen con fidelidad sus deberes de súbditos, y ruegan por la salud de sus Emperadores.

En la segunda parte, desde el núm. 13 hasta el 68, demuestra la verdad de la Religion cristiana y su escelencia sobre la pagana, y exhorta á todos los que aman la verdad á que abracen esta Religion. En el núm. 13 la recomienda á los gentiles como verdadera y razonable; en el 14 prueba su verdad por los efectos que causa en los que la abrazan, y con este motivo describe el cambio que obra la fe en la vida y costumbre de los cristianos. Desde el número 15 al 16 lo hace por la escelencia de la moral que Jesucristo enseñó á los hombres, y con esta ocasion menciona los insignes preceptos del Salvador acerca de la castidad, de la paciencia, del amor á los hombres, de la obediencia á los magistrados, de la obligacion de pagar los tributos, etc. Desde el 17 al 19 lo prueba por la escelencia de la doctrina especulativa de Jesucristo, á cuyo fin trae la recompensa futura, la inmortalidad del alma y la resurreccion de los muertos como doctrina cristiana. Desde el 20 al 21 por la semejanza que hay entre la doctrina y las opiniones de los filósofos, aunque estos solo de lejos é imperfectamente la vieron. Desde el 22 al 23, despues de haber demostrado suficientemente la verdad de la Religion, prueba que solo los cristianos carecen de libertad, mientras que la tienen los cultos más absurdos y hasta las mismas herejías, y que la causa de esta injusticia es el odio del demonio á la *verdad*. Desde el 27 al 29 hace resaltar la verdad de la Religion cristiana, poniendo á la vista de los gentiles el horroroso ejemplo que ofrecian al mundo con la mutilacion y esposicion de sus niños, acciones reprobadas por la Religion cristiana. Despues de haber preparado así los ánimos de los gentiles, pasa á otro órden de pruebas, y presenta, desde el núm. 30 al 53, el misterio de la Encarnacion como fundamento de la doctrina

cristiana, y lo demuestra, no con milagros, que los paganos pudieran atribuir á la magia, sino con verdaderos prodigios y con profecías que habian anunciado mucho tiempo antes todas las circunstancias de la vida del Salvador, lo que no hubieran hecho sin estar inspirados por Dios; concluyendo con la prueba sacada de los milagros de Jesucristo, de la propagacion del cristianismo por todo el mundo, de la reprobacion de los judíos y de la vocacion de los gentiles. Desde el 54 al 60, para confirmar esta demostracion, manifiesta cuán fútil es la doctrina de los paganos si se compara con la de los cristianos, á pesar de que el demonio ha tratado en todos los tiempos de imitarla. Luego, desde el 61 hasta el 67, con el fin de que la verdad y la inocencia de los cristianos resplandezcan más todavía, espone el culto católico y las ceremonias del bautismo, que procuraban imitar los demonios con las aspersiones y baños sagrados. Despues habla de la manera de consagrar la Eucaristía, y por último refiere lo que pasa en las reuniones de los fieles. En el número 68 pone fin á su Apología con una súplica al Emperador. En esta obra se advierte una gran libertad en el hablar, pero sin temeridad, y mucha deferencia hácia el Emperador, pero sin lisonja; de este modo el Santo mártir defiende la causa de todos, y los que buscan la verdad pueden ver en este notable monumento de la antigüedad la doctrina, las costumbres y los hábitos de los primeros cristianos.

ARTÍCULO III.

Segunda Apología.

Esta *Apología*, más corta que la primera, fue dirigida á los Emperadores A. Pio, M. Aurelio y L. Vero, por los años 161 y 166 (1), y tuvo el mismo motivo que aquella, y ademas la persecucion suscitada por M. Aurelio. Su autenticidad nunca se ha puesto en duda, y todos los antiguos la reconocen como de San Justino. Esta *Apología*, más filosófica que la primera, y que viene á ser una comparacion entre el paganismo y el cristianismo, se puede considerar como el apéndice y complemento de aquella, que entonces se conservaba en los archivos públicos. En el núm. 1.° y 2.° pinta la triste condicion de los cristianos. En el 3.° ataca al filósofo Crescente, el enemigo más encarnizado de los cristianos. En el 4.° se hace cargo por segunda vez de la obje-

(1) Eusebio, libro IV, cap. XVI.—San Gerónimo: *Varones ilustres*, cap. XXIII.

cion que los paganos presentaban á los cristianos; á saber: «Que debian darse la muerte para gozar antes de su Dios,» y les responde: «Que esto no les es lícito; pero que ninguno de ellos negará la *fé*, aun á vista de los mayores tormentos.» Desde el 5.° al 13 presenta otra objecion, que dice así: «Siendo Dios vuestro protector, ¿por qué permite que seais atormentados?» San Justino les contesta que Dios permite estos males para que se haga más visible la verdad de la Religion, y se estiende ademas sobre el *libre albedrío* y las *recompensas de la vida futura*.

Ninguna de estas Apologías fue coronada de un éxito inmediato, pues ambas causaron la prision y muerte de su generoso autor (1).

ARTÍCULO IV.

El *Diálogo con Trifon*.

No satisfecho San Justino con haber atacado á los gentiles y defendido á los cristianos de las calumnias que les levantaban, pensó ademas en atraer á los judíos á la Religion cristiana. A este propósito escribió, despues de la primera *Apología*, el *Diálogo con Trifon*, resultado de la disputa que por espacio de dos dias tuvo en Efeso con este célebre judío (2), y que más tarde consignó por escrito, como lo habia prometido al mismo Trifon y á sus compañeros (3). La autoridad de los antiguos atribuye este *Diálogo* á San Justino, y todas las cosas que en él se contienen apoyan este parecer (4). Desde el núm. 1.° al 9.° da la razon de esta disputa tenida con Trifon contra los judíos, á quien refiere su conversion al cristianismo. En el 10, Trifon le objeta que los cristianos no observan la ley de Moisés dada por Dios, y por consiguiente mal pueden esperar una salvacion que les prometia un hombre muerto en un patíbulo, y que de todos modos debian separarse de los gentiles. Desde el núm. 11 al 47, contestando San Justino á la primera dificultad, prueba que la ley antigua fue abrogada por la nueva; y para persuadir á los judíos de esta verdad, divide en tres clases los preceptos de la ley antigua: unos, dados para la celebracion del culto de Dios y la observancia de la justicia; pero estos para que se cumplan, no segun la letra, sino segun el espíritu; lo cual pertenece á los cristianos, que colocan la justicia, no

(1) *Diccionario enciclopédico de Teología.*
(2) Eusebio, lib. IV, cap. XVIII.
(3) *Diálogo con Trifon*, núm. 80.
(4) Eusebio, libro IV, cap. XVIII.—San Gerónimo: *Varones ilustres*, lugar citado.

en la observancia de algunos ritos esteriores, sino en la fe y en las buenas obras, que, haciéndolas con la gracia de Dios, alcanzarán la vida eterna: otros preceptos fueron dados por la dureza de sus corazones, y para separarlos de la idolatría, pero estos ya no son necesarios; otros, en fin, pertenecen al misterio ó encarnacion de Jesucristo, que como Dios habia de ser adorado por los hombres, y como hombre habia de padecer en la *Cruz*, pues así estaba prefigurado en la ley antigua y anunciado por los Profetas. Por último, demuestra que toda la ley antigua terminaba en la venida del *Mesías*. Desde el 48 al 108 San Justino pasa á la segunda objecion; á saber: que no es creible ni conviene con el Antiguo Testamento que el *Mesías* sea Dios, ni Dios-Hombre, ni nacido de una Vírgen, y menos todavía que hubiera de sufrir tan ignominiosa muerte, pues Moisés habia dicho: «Maldito el que pende de la cruz.» Para resolver estas dificultades, San Justino advierte que es preciso distinguir dos venidas en el Mesías, una como despreciable y pasible, realizada ya; y la otra gloriosa, cuando venga como *Juez;* y luego prueba, por la profecía de Jacob, que ya está cumplida; que Jesus es el Mesías prometido por Dios. Entonces, interpelado por Trifon, demuestra, por las *Teofanías* del Antiguo Testamento, que el Hijo de Dios antes de los tiempos existia con el Padre, como verdadero Dios, distinto del Padre en la persona, encarnado y nacido por la voluntad de Dios, no como los demas hombres, sino de una Vírgen, como anunció Isaías. Despues hace ver que el Mesías habia de morir en una cruz, pues así estaba figurado en la ley de Moisés y anunciado en el salmo XXI. Indica tambien que la Resurreccion estaba anunciada por los Profetas. Desde el 109 al 140, San Justino trata de la tercera objecion, que dice así: «¿Por qué los cristianos no se separan de los gentiles?» Destrúyela haciendo ver que Jesus es el Mesías prometido como Salvador del mundo, y que todos los que creen en *El*, de cualquier pais que sean, pertenecen al pueblo de Dios y se hacen acreedores á sus bendiciones. Declara ademas que la redencion adquirida por la sangre de Jesus no es patrimonio de un solo pueblo, sino de todos, y que esto, así como la reprobacion de los judíos, estaba anunciado por los Profetas. Por último, pone fin á su libro con una exhortacion para la conversion de los judíos.

Este *Diálogo*, por la solidez con que trata muchos dogmas cristianos, fue tenido siempre en gran aprecio, especialmente en aquellos lugares donde trata acerca de las profecías que se refieren al Salvador.

ARTÍCULO V.

Obras dudosas y supuestas de San Justino.

Estas obras son de tal naturaleza, que si bien pueden ser de este Santo, sin embargo, los testimonios de los antiguos que se las atribuyen, ó son dudosos, ó tienen poco valor. Por otra parte, si se atiende á que el estilo, la manera de raciocinar y las sentencias que contienen en nada se parecen á las obras genuinas de este Padre, no será una temeridad negar que sean suyas.

Las dudosas son las siguientes:

1.ª *El discurso á los griegos.* Es una breve esposicion de las razones que le movieron á hacerse cristiano, y con ellas procura atraer á los gentiles á la Religion cristiana. Estas razones son: los crímenes y las torpezas tan perniciosas á las costumbres, que Homero y Hesiodo, teólogos paganos, refieren de sus dioses y de sus héroes, y la pureza y escelencia del cristianismo; poniendo fin á su oracion con una exhortacion á los gentiles para que abracen la Religion cristiana (1).

2.ª *La exhortacion á los gentiles*, cuyo fin es hacer ver que el conocimiento de la Religion verdadera no se ha de buscar en los escritos de los griegos, sino en los Profetas. Lo divide en dos partes: en la primera, desde el número 1 al 13, San Justino demuestra que nada se puede conocer acerca de la verdadera Religion por los escritos de los griegos, tanto poetas como filósofos, pues están en desacuerdo; y prueba ademas que los maestros de los griegos son más modernos que los de los cristianos, y que Moisés, más antiguo que todos ellos, recibió de Dios la Religion. En la segunda parte, desde el número 14 al 38, manifiesta que si conocieron alguna verdad los escritores griegos, como Homero y otros, esta servirá en favor de la Religion cristiana, pues ellos la tomaron de los hebreos, como la unidad de Dios, que es el fundamento de la Religion verdadera (2).

3.ª *El tratado de la monarquía.* En él demuestra San Justino que no hay más que un solo Dios, justo *Juez* de todos los hombres, y que deben los gentiles dejar sus divinidades y genios, y reconocer al Dios inmutable (3).

---

(1) Para su autenticidad, véase P. Maran: *Prefacio*, parte 3.ª, cap. II, y Mochler, tomo I.

(2) Acerca de la autenticidad de este libro véase á Tillemont, tomo II; Lumper, parte 2.ª, pág. 101, y Mochler, lugar citado.

(3) Véase P. Maran: *Prefacio*, parte 3.ª, cap. II, y Lumper, lugar citado.

4.ª No sin fundamento se coloca aquí el llamado *Fragmento de la resurreccion*, que contiene algunos argumentos claros acerca de ella, y forma un opúsculo completo, pues tiene su exordio y conclusion (1).

Obras supuestas.

Entre las obras supuestas dignas de mencionarse, están: 1.°, la *Carta á Zena y Sereno;* 2.°, *Esposicion de la recta confesion*, que algunos la tienen por la *Esposicion* de la fe nestoriana, y los antiguos la conocian con el título del *Libro tercero de la Trinidad* de San Justino (2); 3.°, *Cuestiones y respuestas* á los ortodoxos, en cuya obra hay errores muy peligrosos; 4.°, *Cuestiones* de los cristianos con los griegos, y de estos con aquellos; 5.° y último, *Refutacion* de algunos dogmas de los orientales.

Todas estas obras tuvieron su orígen en el siglo v (3).

ARTÍCULO VI.

Doctrina, carácter y estilo de San Justino.

Hay muchos testimonios de la fe católica en los escritos de San Justino, y de ellos citaremos aquí algunos:

1.° Reconoce terminantemente el libre albedrío, rechaza la predestinacion absoluta al infierno, y pone la justificacion en la verdadera remision de los pecados. (*Diálogo con Trifon*, número 141.)

2.° Sobre el mérito de las buenas obras dice: «Es una necesidad imprescindible que aquellos que obran el bien reciban el premio, y los que el mal, el castigo.» (Apología 1.ª, número 43.)

3.° Enseña la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía. (Apología 1.ª, núm. 66.)

4.° Declara que la Eucaristía es tambien sacrificio. (*Diálogo con Trifon*, núm. 117.)

Esto no obstante, en algunos puntos se separó de la verdad, lo que no se estrañará si se tiene presente que muchos dogmas estaban sin definir, y que la infalibilidad no se ha prometido á ningun Padre en particular, como este no sea el Romano Pontífice. Así, pues, ademas de sus errores acerca

(1) Maran, anotacion en la 2.ª parte.
(2) Maran, lugar citado.
(3) Lumper, parte 2.ª, pág. 111, y Mochler, tomo 1.

del *chiliasmo*, ó sea de los milenarios, del comercio carnal de los ángeles con las mujeres, y de retardar el castigo de los demonios, errores todos que fueron muy comunes á otros Padres (1), hay algunas otras cosas en sus obras que necesitan de benigna interpretacion, como lo que dice de la *creacion*, del *culto* de los ángeles y de los astros, de la *salvacion* de los gentiles que han vivido segun la razon, del *estado* de las almas hasta el dia del juicio, y del juramento prohibido totalmente á los cristianos (2). Algunos han dicho que San Justino negó la divinidad del Verbo, y que su doctrina acerca de la Trinidad la tomó de Platon; pero estos no han considerado bien la doctrina de este Padre, pues enseña terminantemente que el Verbo es Dios, y que es distinto del Padre, aunque no separado, lo que está muy lejos de la doctrina de Platon (3).

Su manera de escribir, cuando se dirige á los gentiles, es muy vehemente. Persuadido de la bondad de su causa, busca solo la gloria de Dios, el amor á la verdad, el sentimiento del derecho y el respeto de la justicia. El gran mérito de sus Apologías está más bien en el fondo que en la forma de sus discursos; son el imperio de la razon por la razon, y hasta sobre la misma razon. En sus disputas con los judíos tiene cierta gracia, propia del diálogo, pero en todos sus escritos es oscuro el enlace de sus ideas, y sus digresiones estravían al lector, y sin gran atencion no es fácil seguirlo. Sus afirmaciones, unas veces las prueba con argumentos demasiado fuertes para lo que reclama la importancia del asunto, y otras, por el contrario, se vale de débiles razonamientos. Estaba muy instruido en los libros de Moisés y los Profetas, y de aquí que haya en sus obras tantas citas de la Sagrada Escritura. Su estilo ofrece el carácter misto que la lengua griega habia ido tomando cada vez más desde la época de Alejandro Magno: no se eleva habitualmente más allá del tono de la conversacion y del lenguaje popular, y escribe, en general, de un modo incorrecto (4).

(1) P. Maran: *Pref.*, part. 2.ª, cap. XIII.
(2) P. Maran, lugar citado, y Lumper, pág. 261, parte 2.ª
(3) P. Maran: *Pref.*, part. 2.ª, cap. I.
(4) Fócio: Cod. 125.—Smith, tomo I, pág. 208.

CAPÍTULO III.

SAN IRENEO.

FUENTES. Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. v, cap. IV y siguientes.—San Gerónimo: *Varones ilustres*, cap. XXXV.—San Gregorio de Tours: *Historia de los francos*, lib. I, cap. 27.

AUXILIARES. R. Massueti: *Tres Disertaciones de San Ireneo.*—H. Dowell: *Disertacion de San Ireneo.*—E. Grabé: *Proleg. á las obras de San Ireneo.*—Tillemont: *Memorias*, tomo III, pág. 77.—Lumper, tomo III; y Fessler, tomo I, pág. 74.

EDICIONES. La de Erasmo de Roterdam, en Basilea, 1526.—La de Fr. Fernandencio, en Colonia, 1594.—La de Grabio, en Oxford, 1701.—La de la Congregacion de San Mauro, en Paris, 1710, y en nuestros dias la de Migne.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Ireneo.

San Ireneo, instruido por los discípulos del Apóstol San Juan en la fe cristiana, fue tenido por los antiguos como uno de los primeros testigos de la doctrina apostólica (1). Nació á principios del siglo II, y verosímilmente en Asia donde tuvo por maestro á San Policarpo. No se dedicó solamente al estudio de las sagradas letras, sino que tambien procuró instruirse en las ciencias profanas, como se ve por las citas que hay tomadas en sus obras de los filósofos y poetas antiguos (2), pues juzgaba que podia sacarse de ellas mucha ventaja para defender la religion y refutar, no solo á los gentiles, sino tambien á los herejes, como dice Tertuliano (3). Su virtud, sin embargo, le hacia más digno de respeto que su vasto saber y su enérgica elocuencia. Es probable que San Policarpo le enviase á las Galias hácia el año 157, pues en Lyon fue ordenado de presbítero por el Obispo Potino (4). En la persecucion de Marco Aurelio, que tantos mártires causó en

(1) San Gerónimo en Isaías, cap. LXIV, vers. IV.
(2) Tertuliano contra Valentines, cap. V.
(3) *Testimonio del alma*, cap. I.
(4) San Gregorio de Tours: *Historia de los francos*.

las Galias, murió el Obispo Potino. San Ireneo fue entonces enviado á Roma por los confesores que se hallaban en las cárceles, para que tratase con el Pontífice Eleuterio de las cuestiones suscitadas en la Iglesia de las Galias sobre las profecías de Meontano. Recomendado al Papa por las cartas de sus hermanos, fue ordenado por él y nombrado Obispo de Lyon en lugar de Potino, el año 177 (1). En poco tiempo convirtió San Ireneo á la fe á toda la ciudad, é iluminó con su doctrina á todos los celtas, mereciendo por esto ser llamado la luz de los galos (2). Los errores de los *gnósticos* habian aparecido en Oriente bastante tiempo antes de esta época, y temiendo San Ireneo su propagacion por las Galias, á fin de poner á cubierto su iglesia de su maléfica influencia, no cesó de advertir á los fieles el peligro, sirviéndose para ello no menos de la palabra que de los escritos (3).

Habiéndose agitado de nuevo la cuestion de la *Pascua* entre el Pontífice San Víctor y Polícrates de Efeso con algunos Obispos más del Asia Menor, el Pontífice amenazó á los asiáticos con la excomunion, si no se conformaban con la costumbre seguida por la Iglesia Romana y por el mayor número de iglesias particulares, de celebrar la Pascua el domingo siguiente á la luna 14 del mes de Nisan (4). San Ireneo, que con otros Obispos occidentales juzgaba demasiado severa la pena, escribió con este motivo al Papa en nombre de todas las iglesias de las Galias, recomendando con mucho respeto al Pontífice que no rompiese la unidad con aquellas iglesias, y que fuera clemente con ellas, pues seguian una costumbre antigua, que consideraban perteneciente á la disciplina. Iguales cartas dirigió á otros muchos Obispos (5). Es muy probable que el Pontífice se movió por sus razones, pues á pesar de seguir los asiáticos con su costumbre de celebrar la Pascua el mismo dia de la luna 14, no llegó á turbarse la paz entre ellos y el Pontífice; de manera que á la prudencia y caridad de San Ireneo parece se debió que no se suscitase un cisma. No tuvo menos interes en instruir en la doctrina cristiana á sus discípulos San Hipólito, Cayo y otros muchos que despues tanto bien hicieron á la Iglesia (6). Por último, lleno de gloria y cargado de años, padeció el martirio en la persecucion de Septimio Severo el año 202 (7).

---

(1) Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. v, cap. III.

(2) San Gregorio de Tours, lib. I, cap. XXVII.

(3) Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. v, cap. XX.

(4) O sea el primer domingo despues del plenilunio que sigue al dia 20 de Marzo.

(5) Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. v, cap. XXIII.

(6) Focio: Cod. 121.

(7) Algunos han dudado de su martirio, pero San Gerónimo y San Gregorio de Tours, en los lugares citados, con otros muchos, lo consideran como mártir.

ARTÍCULO II.

Escritos de San Ireneo. Cinco libros contra los herejes.

San Ireneo dejó muchos testimonios de su talento, piedad y celo en defensa de la fe católica (1); pero ninguno ha sido mirado con tanto aprecio por todos, ni ha sido citado con más frecuencia, como la importante obra en cinco libros contra los herejes. En el título puesto por su autor se leia la siguiente inscripcion: *Detestio et eversio falso cognominate agnitionis;* pero posteriormente se le llamó *Libro contra las herejías*, con cuyo nombre lo distinguen Eusebio y otros escritores (2).

Dos fueron los motivos que impulsaron á San Ireneo á escribir esta obra: el primero fue el deseo de complacer á un amigo, que le suplicaba esplicase la doctrina de Valentino y que diese armas para hacer frente á sus errores; el segundo lo dieron los herejes marcosianos, descendientes de Valentino, que trataban de introducirse entre los celtas, ó sea entre los paises cercanos al Ródano, teniendo que salir á su encuentro para sofocar el mal en su orígen, tanto más grave cuanto que predicaban sus errores con cierta apariencia de piedad. De aquí que sean dos los objetos de su obra: primero, destruir las doctrinas ocultas de los *gnósticos*, desde Simon Mago hasta Taciano; segundo, destruirlas y refutarlas sólidamente. Contra el primero escribe en todo su primer libro, y refiere todas las doctrinas de los valentinianos y los *gnósticos*. Del segundo trata en los cuatro libros siguientes, en donde combate sus errores, no menos con argumentos tomados de la razon que con testimonios de la Escritura y tradiciones. No se ha convenido todavía si estos libros se escribieron á un mismo tiempo ó por intervalos, aunque esto último parece lo más probable, escribiendo unos en el Pontificado de Eleuterio y otros en el del Papa Víctor, hácia los años 152, ó poco antes (3). La autenticidad de esta obra está probada por el testimonio de los antiguos y por sus indicios internos (4). Fue escrita en griego, pero á nosotros solo ha llegado la traduccion latina, pues el testo griego, que fue tenido en tanto aprecio por los antiguos, se ha per-

(1) Los antiguos citan muchos escritos de este Padre, tales como el de la monarquía contra Blasso y Florino de Ogdnade, del cisma, y varias cartas, pero solo quedan fragmentos. Eusebio, lib. v, cap. xx.

(2) *Historia eclesiástica*, lib. III, cap. XXIII.

(3) Eusebio, lib. III, cap. v.

(4) Mochler, tomo I.

dido, y hoy solo se conservan en él algunos fragmentos en los escritos de Eusebio, San Epifanio y Teodoreto. Los críticos están divididos acerca del autor de dicha traduccion: Natal Alejandro cree que no fue hecha por el mismo San Ireneo, apoyándose en el silencio de los antiguos (1); pero Barruel y Ardent sostienen lo contrario, apoyándose en que San Ireneo debió tener interes en traducir su obra para que la entendiesen sus diocesanos (2).

ARTÍCULO III.

Argumento de la obra de San Ireneo contra las herejías.

En el lib. I, desde el cap. I al IX, espone con claridad los errores de los gnósticos, tomados de sus mismas fuentes, en cuyo trabajo otros antes que él se habian ocupado, aunque con resultado escaso. Principia por los valentinianos, por hallarse en su doctrina, como en una sentina inmunda, todas las infamias de los herejes, desde Simon Mago; por cuya razon se detiene en ella y la describe minuciosamente, pues juzga que, una vez refutada esta, las otras no se podrán fácilmente sostener. Por lo tanto, refiere las opiniones de los gnósticos acerca de Dios, de las emanaciones de los *æones* y de su mutua relacion, de la creacion del mundo visible, y de la formacion del hombre, á quien dividian en tres clases: *hylicos*, ó materiales; *psíquicos*, ó intermedios, y *gnósticos*, ó perfectos. Luego trata de su doctrina moral, del fin de todas las cosas, y por último de sus impíos dogmas acerca del Salvador. En el cap. X, despues de proponer la unidad de la fe católica en toda la Iglesia como criterio cierto y necesario de la verdad, desde el XI al XXI principia la refutacion, y les opone en primer lugar, como la señal del error de los herejes, la discrepancia y contrariedad que hay entre ellos, y principalmente entre Valentino y Márcos; y en segundo lugar, desde el cap. XXII al XXXI, les hace ver las impuras fuentes de donde han sacado sus errores, para deducir contra ellos las palabras del Evangelio: *Por el árbol se conoce el fruto*.

En el lib. II, con argumentos tomados de la razon, destruye las ficciones de los gnósticos, y principalmente las de Valentino. Desde el cap. I al XI prueba que un solo Dios es el Criador del mundo, sin que necesitase del auxilio de algun *ángel* ó *demiurgo*. Desde el cap. XII al XIX demuestra que la

(1) *Historia eclesiástica*, siglo II.
(2) D. Miguel Sanchez: *Santos Padres*, pág. 41.

emanacion de los *æones* es imposible, así como tambien todo lo que los gnósticos refieren de la naturaleza, número y diversos oficios de estos *æones*. Desde el XX al XXVIII hace ver que los argumentos que toman de los *números, letras, sílabas y parábolas de la Sagrada Escritura* en defensa de sus sueños, son frívolos, y espone admirablemente á continuacion la necesidad de creer para conocer muchas cosas que pertenecen á la razon humana, á la que tambien señala sus límites en lo que pertenece á las divinas. Desde el XXIX al XXX, como los gnósticos alegaban sus milagros, apoderándose de este argumento les manifiesta que sus pretendidos milagros carecian del carácter de los cuales se distinguen los verdaderos milagros de los falsos. Desde el XXXII al XXXIV demuestra que la doctrina de los gnósticos acerca de la naturaleza espiritual, del fin de todas las cosas y su error acerca de la resurreccion, no se podian sostener ante la recta razon.

Despues de refutar en este libro á los valentinianos con sus propias doctrinas y con argumentos tomados de la razon, en los libros siguientes les opone la *tradicion divina* y la Sagrada Escritura.

En el lib. III, desde el cap. I al IV, manifiesta que hay dos fuentes de la verdad revelada por Dios, á saber: 1.ª, la *tradicion,* que llega hasta nosotros por los Apóstoles, adoctrinados por la misma *Verdad,* y llenos del Espíritu Santo, guardada por la sucesion en los Obispos, en las iglesias y principalmente en la romana; y 2.ª, la Sagrada Escritura, divinamente inspirada. De donde concluye que solamente á la Iglesia católica, fiel guardadora de la doctrina apostólica, se ha de pedir la verdad, y que ella confiesa á un Dios omnipotente, Criador del cielo y de la tierra, y á su Hijo Jesucristo. Desde el cap. V al XV pasa al argumento tomado de las divinas Escrituras, y despues de manifestar, que ni Jesucristo ni los Apóstoles se acomodaron á las opiniones de sus oyentes, prueba con el Antiguo y Nuevo Testamento que no hay más que un Dios, anunciado por los Profetas y por los Evangelios, Criador del cielo y de la tierra y de todo lo que hay en ellos, el mismo á quien los cristianos adoran y aman con toda su alma. Desde el XVI al XXV pone fin á este libro, demostrando con los escritos de los Apóstoles y con los vaticinios de los Profetas que Jesucristo es uno, Hijo Unigénito de Dios, que fue verdaderamente hecho hombre, y que padeció y murió por nuestra redencion. Y, por último, dice que Jesus es Dios y Hombre juntamente y Salvador del género humano, con cuyo motivo diserta acerca de la Redencion y sus frutos, del pecado original y de la providencia divina.

En el lib. IV, desde el cap. I al VIII, prueba que el mismo Dios que crió el cielo y la tierra, el que fue anunciado en la ley de Moisés y de los Profetas, es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Desde el IX al XXV pasa á resolver las dificultades que oponian los gnósticos, tomadas de la índole del Antiguo Testamento. San Ireneo les hace ver que no porque haya dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, se han de admitir dos diversos dioses, á saber: el Dios superior, y el otro que ellos llaman *demiurgo*, pues el autor de los dos es uno mismo, y tiene ademas el mismo fin y un mismo propósito. Despues les prueba la sabia economía con que Dios ha procedido en beneficio del género humano, y que todo lo que contienen los dos Testamentos se dirige á la unidad, pues en el Antiguo estaba latente el Nuevo. En el XXVI añade que estas cosas solo las entienden los cristianos, porque oyen con obediencia el magisterio de la Iglesia, en donde solamente se halla el don de la verdad, y la que sin peligro alguno espone la Sagrada Escritura. Luego propone la verdadera doctrina acerca de Dios-Padre y de Dios-Hijo, y la autenticidad del Antiguo Testamento. Desde el XXVII al XXVIII manifiesta que nada se infiere contra la autoridad del Antiguo Testamento porque se refieran en él los vicios de algunos hombres. Desde el XXIX al XXXI prueba que Dios es su autor, sin que por eso lo sea de los pecados que cometieron los hombres que figuran en él. Desde el XXXII al XXXVI se levanta contra las pretensiones de los gnósticos, que se llamaban á sí mismos espirituales, y por naturaleza perfectos, y en una notable discusion manifiesta quiénes sean los verdaderamente espirituales, y en qué consiste el verdadero conocimiento. Desde el XXXVII al XL concluye probando que Dios es el único bueno por su naturaleza, y que sapientísimamente ha dado á cada uno el libre albedrío y la facultad de discernir lo bueno de lo malo, para que los hombres llegasen libremente á una perfeccion relativa.

En el lib. V, desde el cap. I al XXII, manifiesta de qué modo es el mismo Dios-Padre el que crió el mundo, el que dió la ley á Moisés, el que envió á los Profetas, y el que últimamente dió á su propio Hijo para la salud del hombre, que él mismo habia criado, y prueba claramente la resurreccion de los muertos y la renovacion del alma por el misterio de la Encarnacion. Desde el XXIII al XXIV habla del demonio, enemigo de la salvacion del hombre, cuya naturaleza defiende. Desde el XXV al XXXI espone la economía de la salvacion del hombre, término y consumacion de todas las cosas. Desde el XXXII al XXXVI concluye su obra, dejando sentada su opinion acerca del reino milenario (1).

1) Estos últimos capítulos, desde el XXXII al XXXVI, faltan en algunos códices. Tal vez los quitaron para que no defendiese alguno con ellos el error del reino milenario.

ARTÍCULO IV.

Importancia de esta obra.

Despues de hecho el análisis de la notable obra de San Ireneo, será conveniente conocer el juicio que le ha merecido á un escritor católico de nuestros dias (1). Bajo dos puntos de vista, dice, es interesante el estudio de la única obra que nos ha quedado del Obispo de Lyon, que es la que escribió en cinco libros *adversus hæreses*.

En primer lugar, porque siendo el gnosticismo una de las fases del panteismo, y habiéndole refutado enérgica y victoriosamente San Ireneo, como quiera que aquel absurdo sistema es el error dominante en nuestros tiempos, interesa ese estudio para conocer su filiacion, y una de sus más importantes manifestaciones y tendencias.

En segundo lugar, porque los libros *adversus hæreses* abrazan toda la economía del dogma cristiano, y los puntos ó fundamentos cardinales de la filosofía: Dios y su naturaleza, la creacion, el hombre hecho á imágen y semejanza de su Dios, á quien San Ireneo supone, como la mayor parte de los escritores católicos de su tiempo, compuesto de espíritu, alma y cuerpo, si bien no admitian en el hombre más que dos solas sustancias. De este modo se comprueba, desde su orígen, la unidad de la filosofía cristiana.

San Ireneo combatió las herejías gnósticas, así bajo el aspecto del dogma como de la historia, bajo el punto de la filosofía, y muy particularmente de la tradicion católica. Abraza en el conjunto de su esposicion el Nuevo y Antiguo Testamento y todos y cada uno de los principales dogmas cristianos, desde la *nocion de Dios*, Uno y Trino, hasta la resurreccion de la carne, con el cual armoniza hábilmente la naturaleza del hombre como ser inteligente y libre. Ninguno de los escritores que le precedieron supo arrancar de la tradicion en la Iglesia pruebas tan luminosas y eficaces contra los herejes. Dícese ciertamente que los combatió bajo el punto de la filosofía, no solo en el concepto de que presentó el gnosticismo como una derivacion de la filosofía pagana, y dió á su obra el giro propio de la literatura griega, sino tambien, y con más particularidad, porque se observa fácilmente su tendencia á sistematizar la refutacion y la esposicion que forman el objeto de su trabajo y sus esfuerzos por constituir un cuerpo científico de doctrina.

---

(1) D. B. Comin: *Historia de la literatura del siglo* XIX, tom. II, pág. 164.

Por aquí se echa de ver, concluye el mismo autor, cómo el cristianismo iba tomando el carácter filosófico que hacia necesario y le imprimia la lucha incesante con el *paganismo* y las *herejías*, merced á la vasta instruccion de los Santos Padres, entre los cuales conviene la crítica en señalar muy distinguido puesto al esclarecido Obispo de Lyon.

ARTÍCULO V.

Doctrina, carácter y estilo de San Ireneo.

Los cinco libros contra las herejías, tan apreciados en todos los tiempos, contienen los principales puntos de nuestra fe, los que referimos sumariamente, en gracia de la brevedad.

1.° Consigna el primado de la Iglesia Romana, fundado por San Pedro y San Pablo: lib. III, cap. III, núm. 2.

2.° Enseña qué cosa sea la justificacion, segun la Iglesia católica: lib. V, cap. III, núm. 1.°

3.° El aumento de la justificacion recibida: lib. V, cap. II, números 1 y 2.

4.° Que las obras buenas son necesarias para que no se pierda la justificacion: lib. IV, cap. XXXVI, núm. 6, y lib. V, cap. IX, núm. 3.

5.° La naturaleza y necesidad de las buenas obras: lib. V, cap. XI, núm. 10.

6.° Y por último, reconoce en el sacramento de la Eucaristía la presencia real de Jesucristo, y lo tiene por verdadero *Sacrificio*: lib. IV, cap. XVII, núm. 5.°

En esta obra se ven unidas la viveza de un talento perspicaz y sublime, con la firmeza de los juicios; la abundancia de argumentos, con la facilidad en proponerlos, y la fuerza del raciocinio, con la destreza en confundir á los adversarios. Se encuentran ademas suavizadas las asperezas que nacen de los argumentos intrincados, y los lugares oscuros reciben abundante luz por medio de comparaciones elegantes, que brotan espontáneamente del asunto. En fin, el ánimo se recrea alguna vez agradablemente con la sal de su gracia y con sus chistes, al mismo tiempo que eleva el alma á Dios con sus frecuentes resplandores.

A pesar de esto, la obra por tantos títulos escelente contiene algunos errores y opiniones particulares que no se pueden sostener, pues en ella se dice que los ángeles fueron criados de una materia sutilísima, y que de la misma se componian las almas humanas: que las almas de los justos no pasan á gozar de Dios inmediatamente despues de la

muerte del cuerpo; y que antes de ir al cielo hacen tres paradas: la primera, en un lugar inaccesible, y allí se detienen hasta el dia del juicio; la segunda en Jérusalen restaurada, y la tercera en el cielo, donde gozarán de la vista de Dios Padre por toda una eternidad (1). Tambien tiene algunas opiniones raras acerca de los ángeles y de los primeros padres, de quienes dice que no fueron criados en edad adulta, y que antes de su madurez fueron unidos en matrimonio; y acerca de la edad del Salvador opinaba que habia pasado de los cuarenta años. Otras muchas cosas hay que necesitan de benigna interpretacion, como cuando dice: *Todos los justos tienen el órden sacerdotal* (2).

Las razones que usa algunas veces son *ad hominem*, y tomadas de los principios y profesion de sus adversarios, que solo tienen fuerza contra ellos, especialmente cuando esplica *las parábolas*, con las cuales más bien oscurece la verdad que la ilustra (3), como son las que trae para probar el reino milenario y la edad del Salvador. En sus raciocinios suele ser tan duro contra el error, como severo contra los herejes contumaces. El mismo Santo dice que si los herejes se quejan de la energía de sus palabras, es porque les toca en lo que más les hiere, que son sus vicios y el veneno de su orgullo.

El testo griego, como ya se ha dicho, está perdido; pero á juzgar por los fragmentos que quedan y por el testimonio de San Gerónimo (4), se ve que era su estilo elegante, limpio y grave; pero el de la version es bárbaro, áspero y desaliñado, lleno de solecismos y grecismos, y en algunas partes espresa mal el sentido del autor. Este mismo desaliño aumenta la dificultad del argumento, pero esto no debe retraer de la lectura de tan admirable obra. Si alguno lee hasta el fin el primer libro sin retroceder ante sus asperezas, puede estar seguro que obtendrá el fruto de su trabajo, y ya no tendrá dificultad alguna en entender los otros libros. Hay algunos fragmentos de otras obras de San Ireneo hoy perdidas, ya ciertas, ya inciertas, y se encuentran en la edicion de Venecia, parte 1.ª, pág. 339. Acerca de otros cuatro fragmentos más encontrados en la biblioteca de Turin, véase á Lumper, parte 2.ª, pág. 39.

---

(1) Lumper, parte 3.ª, pág. 600.
(2) Massuet., disert. 3.ª
(3) Focio: Cod. 120.
(4) Ef., 75, p. 3.

CAPÍTULO IV.

ESCRITORES ECLESIÁSTICOS DEL SIGLO II.

ARTÍCULO PRIMERO.

Escritores apologistas.

San Cuadrato, San Arístides, Meliton de Sardis, San Apolinar, Milcíades, Taciano, Atenágoras, San Teófilo y Hermias.

Aunque la palabra *apologista*, tomada en un sentido lato, se aplica á todos los teólogos que han escrito en defensa de la Religion cristiana, sin embargo, en un sentido más estricto se emplea para designar á los escritores que vivieron en el tiempo de la *gran lucha* del cristianismo con el gentilismo, y cuyos escritos forman una categoría especial en la literatura patrológica. En la enumeracion que vamos á presentar solo nos limitaremos á estos últimos, concretándonos por ahora á los escritores del siglo II; pues, siguiendo el juicio de un escritor católico (1), consideramos tambien como apologistas á todos los Padres de este y del III.

Muchos son los que en este siglo, unos antes y otros despues que San Justino, escribieron sus apologías en favor de los cristianos, de las cuales algunas se han perdido hace mucho tiempo, y otras pertenecen á escritores que la Iglesia no reconoce por Santos Padres, y de consiguiente no tienen tanta autoridad como las de San Justino. Segun esta division, trataremos de ellos separadamente.

Escritores que pertenecen á la primera clase.

San Cuadrato, San Arístides, Meliton de Sardis, San Apolinar y Milcíades.

San Cuadrato, discípulo de los Apóstoles y Obispo de Atenas, despues de haber reunido su Iglesia, dispersa por

(1) Bravo y Tudela: *Historia de la elocuencia.*

la persecucion suscitada en tiempo de Adriano, dirigió á este Emperador un libro en defensa de la Religion cristiana, lleno de tan fuertes razonamientos, que hicieron cesar la persecucion, como dice Eusebio (1).

San Arístides, elocuente filósofo de Atenas en el mismo tiempo que Cuadrado, escribió su *Apologético* al Emperador Adriano, apoyando su defensa en favor de los cristianos en los testimonios de los filósofos paganos (2).

Despues de San Justino están Meliton, Obispo de Sardis, que, ademas de otras obras, dirigió un libro á M. Aurelio en defensa del cristianismo, hácia el año 170 (3); Claudio Apolinar, Obispo de Hierápolis, en Frigia, en el mismo tiempo que el anterior escribió su Apología en notable estilo á Marco Aurelio, y ademas cinco libros contra los gentiles y otras obras de varios asuntos (4).

A estos se les puede unir Milcíades, Obispo cristiano del Asia Menor, que escribió *dos libros contra los gentiles* y dirigió su *Apologético* á los Emperadores Marco Aurelio y Lucio Cómmodo (5).

Escritores que pertenecen á la segunda clase.

Taciano, Atenágoras, San Teófilo y Hermias.

Taciano de Siria fue discípulo de San Justino, y educado como este en los errores del paganismo. Despues de haber viajado mucho, fue á Roma y se hizo cristiano. Su elocuencia, llena de energía y erudicion, hizo mucho bien á la Iglesia, hasta que, por una retropulsion poco comun, renacieron en él las ideas platónicas y dió orígen á la secta de los *encratitas*. Escribió muchos libros, pero solo ha llegado hasta nosotros la *Oracion contra los gentiles* (6), que compuso en Roma y pronunció públicamente cuando todavía era cristiano. En ella demuestra la escelencia y antigüedad de la Religion cristiana. Está escrita con agudeza y salpicada de dichos punzantes contra los gentiles, y dividida en dos partes. En la primera, desde el núm. 1 al 30, espone los dogmas cristianos con mucha claridad, y enseña lo que los cristianos creian acerca de Dios y su Verbo, de la creacion del mundo, de la resurreccion de los muertos, de

(1) Lib. III, cap. XXXVII de la *Historia eclesiástica*.
(2) Eusebio, lib. IV, cap. III.
(3) Eusebio, lib. IV, cap. XXVI.
(4) Eusebio, lib. IV, capítulos XXVI y XXVII.
(5) Eusebio, lib. V, cap. XVII.
(6) San Ireneo: *Contra las herejías*, lib. I, cap. XXVIII.

la caida del hombre y la manera de repararla, demostrando ademas estas verdades con las doctrinas de los gentiles. En la segunda parte, desde el núm. 31 al 42, prueba que la filosofía cristiana es más antigua que la griega, aduciendo el ejemplo de Moisés y de Homero. Esta *Oracion*, aunque revela una erudicion poco comun y su estilo es elegante, carece, sin embargo, de método; pues, á imitacion de su maestro, se pierde muchas veces en largas digresiones.

Atenágoras, filósofo ateniense, de cuya vida apenas tenemos noticia por el silencio que guardan los antiguos, pues solo San Metodio (1) habla de él, y Felipe Sideta, autor griego del siglo v, el cual dice que fue el primero que presidió la escuela de Alejandría, y que escribió su apología á los Emperadores M. Aurelio y Cómmodo, titulada *Legacion en favor de los cristianos,* hácia el año 177. En ella, desde el núm. 1 al 30, rechaza los crímenes que se atribuian á los cristianos de Atenas. Del 31 al 34 se ocupa de los nefandos crímenes conocidos con el nombre de *Bodas de Edipo*, y en el núm. 36 de las *cenas Thiesteas* (2), todo lo cual lo va refutando separadamente, y al final espone la doctrina de los cristianos acerca de un solo Dios, y declara por qué no ofrecen sacrificios cruentos y por qué rechazan el culto de los ídolos, cerrando ademas con sus raciocinios todas las salidas á los sofismas de los gentiles.

Atenágoras se parece mucho á San Justino, pero le es superior en la pureza de la frase y en la habilidad para captarse la benevolencia de sus oyentes (3). No hace tanto uso de la Escritura como San Justino para probar los dogmas cristianos, pues conociendo que las razones filosóficas gustan más á los gentiles, demuestra con ellas la unidad de Dios y la locura del culto pagano. Más tarde, como suplemento á su apología, escribió la célebre obra acerca de la *Resurreccion de los muertos*, que dividió acertadamente en dos partes: en la primera, desde el núm. 1 al 10, destruye las prevenciones y refuta las objeciones que hacian los gentiles contra esa verdad; y en la segunda, desde el núm. 11 al 25, confirma con argumentos la creencia cristiana. En una y otra parte prueba la posibilidad de la *resurreccion* con demostraciones sólidas, tomadas de la razon, y las espone con un órden tan claro, que difícilmente se encontrará esta materia mejor tratada en ninguno de los escritores antiguos.

San Teófilo nació en Atenas y abrazó el cristianismo persuadido de sus escelencias, y á mitad del siglo II fue

(1) En San Epifanio, herejía 64.
(2) Alusiones á la mitología pagana, y actos de gran inmoralidad.
(3) Mochler, tomo I.

elevado á la cátedra de Antioquía. Escribió muchas obras, pero solo han llegado hasta nosotros *tres libros apologéticos* á Antolico (1), y murió tranquilamente en su Silla hácia el año 186. Sus tres libros á su amigo Antolico contienen un tratado acerca de la fe, y son un prontuario completo de erudicion sagrada y profana. En el primer libro, Teófilo trata de probar á Antolico que la Religion cristiana es la verdadera, y falsa y supersticiosa la pagana; y á fin de quitar á su amigo algunos escrúpulos, le hace comprender que los cristianos, aunque no tienen simulacros visibles, no dejan por eso de ver á Dios de algun modo, esto es, por la fe, y que despues lo verán cara á cara. En el libro II prueba que no es insensata la doctrina cristiana, y luego presenta los absurdos del paganismo, comparándolos con las verdades del Antiguo Testamento. En el tercero y último le hace patente que los cristianos no cometen los crímenes de que les acusan, y que su Religion no es tan moderna como creen sus enemigos. Sus razones son fuertes y concluyentes, y su estilo es vivo, limado y adornado de bellos pensamientos.

Hermias, filósofo. Aunque la tradicion no ha conservado las particularidades de su vida ni el tiempo de su nacimiento, segun la opinion de los mejores críticos se le debe colocar en el siglo II. Escribió una obra titulada *Los filósofos burlados. Irrisio gentilium philosophorum.* Es una muestra inequívoca del talento y sana crítica de su autor. En ella prueba la falsedad de la filosofía pagana por las contradicciones en que incurren los filósofos. Sus picantes chistes contra los pretendidos reformadores de la antigüedad son una prueba evidente, segun Bergier, de que los conocia bien y sabia los medios de destruir su importancia. Ceillier considera la refutacion de Hermias como una obra maestra. Houtteville la compara, por lo animada, á los diálogos con Luciano, y, por último, un escritor moderno (2) nos habla de ella con gran entusiasmo. «No creo, dice, que sea posible encontrar en otro idioma un escrito que reuna á tanta claridad y precision, tanta vivacidad y finura, tanta gracia y oportunidad, tanta brillantez é interes.»

Hermias hace pasar ante su vista á todos los filósofos del paganismo: con un sobrenombre siempre oportuno, los caracteriza magistralmente: las figuras retratadas de un solo golpe, con un solo rasgo, no permanecen mudas: hablan, esponen sus ideas respecto de Dios, del alma humana

(1) Los que hoy existen son tenidos por apócrifos, segun Lumper, parte tercera, pág. 146.

(2) Bravo y Tudela: *Historia de la elocuencia.*

y otros principios fundamentales; y sabe colocar tan hábilmente los personajes de esta grotesca galería, que unos á otros se aniquilan, se destruyen, sin darse cuenta de tan estráño proceder y singular conducta. Esto es un rasgo de habilidad suma en una época en la cual se apelaba á todos los medios, incluso el ridículo, para mortificar á los cristianos.

ARTÍCULO II.

De otros Padres y escritores eclesiásticos del siglo II.

Falta ahora que digamos algo y brevemente acerca de otros Padres de este siglo, cuyos escritos se han perdido, y de algunos escritores que, aunque notables por su erudicion y piedad, no se pueden incluir en el número de aquellos.

1.° Entre los Santos Padres de este siglo, cuyas obras se han perdido y solo conocemos por algunos fragmentos, merece mencionarse San Dionisio de Corinto, Obispo de esta iglesia, hácia el año 170, varon de gran erudicion y elocuencia, que no limitó su celo á su ciudad, sino que dirigió sus cartas á muchos Obispos de otros paises. Solo nos quedan algunos fragmentos de las ocho cartas que dirigió á varias iglesias, y que Eusebio llama *Epístolas católicas*. Esta pérdida es muy deplorable, pues lo poco que conocemos de estas cartas, segun Eusebio (1), hace presentir todo lo que por medio de ellas hubiéramos sabido sobre la fe, la situacion interior y la vida de la Iglesia en aquellos tiempos.

La primera de estas cartas se dirige á los lacedemonios; en ella ensalza el valor de la fe, de la paz y de la union. En la carta á los atenienses deplora los efectos de la pérdida de la fe y de las costumbres cristianas. En efecto: la persecucion de Adriano habia tenido funestas consecuencias entre los atenienses, inmediatamente despues del martirio de los Obispos Publio y Cuadrato, cuyo celo y energía son encomiados por Dionisio, que sostenia todavía solo el ánimo de aquella iglesia quebrantada. En su carta á los cristianos de Nicomedia, en Bithinia, Dionisio quiere precaverlos contra la herejía de Marcion, y los anima á perseverar en la doctrina apostólica. La carta dirigida á la iglesia de Grotina, en Creta, y á las demas comunidades de aquella isla, encomia la perseverancia y piedad del Obispo Felipe y sus ovejas, y les pone en guardia contra la deslealtad y ardides de los herejes. La que dirige á los amastecios y demas fieles del Ponto,

(1) *Historia eclesiástica*, libro IV, cap. XXIII.

citando al Obispo Palma, fue escrita á indicacion de Bachilides y de Elpistus. Dionisio esplica en ella varios pasajes de la Escritura; da preceptos relativos al matrimonio y á la virginidad, y aconseja se trate suavemente á todos los penitentes que cayeran en la herejía de Montano, ó que cometieran cualquiera otra falta. En una carta á los gnoscios exhorta al Obispo Pinítus á que no imponga á su pueblo la continencia como una obligacion absoluta, como lo hacian los gnósticos ó los montanistas. En otra carta da gracias á la Iglesia romana y al Papa Sotero por las limosnas mandadas para los pobres de Corinto, y alaba la generosidad manifestada en todos los tiempos por los romanos, y que Sotero aplicaba asaz felizmente. Despues manda que se lea siempre, segun la antigua costumbre, la carta dirigida por San Clemente desde Roma á los corintios: dice luego que los dos príncipes de la Iglesia fueron á Corinto, enseñaron y se volvieron á Italia, en donde encontraron juntos el martirio y la muerte. En fin, la octava carta, llena de instrucciones morales, se dirige á una cristiana llamada Crisófora. Se puede juzgar del crédito que Dionisio gozaba fuera de su diócesis por sus amargas quejas contra los herejes que falsificaban sus cartas, añadiéndolas unas veces, y mutilándolas otras, con el fin de propagar sus erróneas doctrinas, autorizándolas con su nombre. «No es admirable, dice al terminar, que los herejes mutilen los libros sagrados, cuando alteran libros de mucho menos valor.» La Iglesia griega celebra el aniversario de San Dionisio el 29 de Setiembre. La romana, que ignora este martirio, le honra, sin embargo, como Santo, y celebra su memoria el 9 de Abril (1).

A este se pueden juntar San Felipe, Obispo de Grotina, en Creta, y San Pínito *(Pinítus)*, Obispo de Gnosia, en la misma isla; San Apolonio, senador romano, que escribió un notable libro; San Serapion, Obispo de Antioquía, y San Teófilo, Obispo de Cesárea, en Palestina, cuyas obras fueron en otro tiempo muy alabadas (2).

2.° Ademas de San Ireneo, otros Padres y escritores eclesiásticos escribieron contra los gnósticos, como Agripa Cástor, Musano, Modesto, Rodon y Máximo (3). Contra la herejía de Montano escribió un estenso libro á fines de este siglo otro Apolonio.

3.° Por último, no puede pasarse en silencio á San Egesipo, próximo á los tiempos apostólicos, que desde el Oriente vino á Roma, y tuvo relaciones con los hombres más ilustres

(1) *Diccionario enciclopédico de Teología.*
(2) Eusebio, libro IV, cap. XXIII y XXV.
(3) Eusebio, libro IV, cap. VII; y libro V, cap. XIII.

de su tiempo. Buscó con diligencia el orígen de las iglesias y la sucesion de los Obispos, y murió el año 180. Escribió probablemente en Roma la *Historia de los hechos eclesiásticos*, abrazando en cinco libros toda la historia hasta su tiempo (1).

No podemos terminar este capítulo sin hacer notar que una de las mayores pruebas que pueden citarse en favor del cristianismo es la conversion de estos grandes talentos y de estas superiores inteligencias de que venimos ocupándonos. Procediendo de las filas de los filósofos más célebres, educados en las escuelas más acreditadas, aceptan sin vacilar una gran mision: llenos de asombro primero, de entusiasmo despues, desafian sin temor la adulacion y la tiranía, y hasta con su misma sangre atestiguan la doctrina que defienden.

Los ilustres tránsfugas del paganismo y las escuelas filosóficas, nombre con que Henry designa á los *Apologistas*, no son los ignorantes y oscuros discípulos de las antiguas creencias. La erudicion prodigiosa que revelan sus escritos; la fuerza de sus razonamientos, el conocimiento perfecto de cuanto hasta entonces se sabia, se enseñaba y se practicaba, alejarian de ellos esa acusacion si alguien, para desprestigiarlos, la lanzara imprudentemente, ó sostuviese temerario. Todo les es familiar: la filosofía con sus sistemas, el paganismo con sus absurdos y el cristianismo con su unidad y perfecta economía. Obran con tanta lealtad, que no se abstienen de revelarnos los argumentos y las violencias que contra ellos se emplean; presentan el *pro* y el *contra*, bien persuadidos de poder triunfar de sus contemporáneos y de las generaciones futuras, que habian de combatir sus escritos con insensatez.

(1) Mochler: *Patrolog.*, tomo I.

PADRES DEL SIGLO III.

CAPÍTULO PRIMERO.

IDEA GENERAL Y CARÁCTER DE LOS PADRES DEL SIGLO III.

Los Emperadores romanos de este siglo, temerosos del número, siempre creciente, de cristianos, publicaron contra ellos sus edictos; y, aunque los dejaron por algun tiempo en paz, volvieron á perseguirlos despues con mayor encarnizamiento.

Los filósofos gentiles, á quienes no se ocultaba que el progreso del cristianismo era debido en gran parte á las demostraciones que los *Apologistas* habian hecho de esta Religion, trataron de presentar el paganismo como una ciencia filosófica y conforme á la razon. Entonces los cristianos, conociendo que se perderia el fruto de sus *apologías* si no animaban en ellas á los fieles para sufrir el martirio, á la vez que combatian las pretensiones del paganismo, se vieron precisados á dar á sus escritos este doble carácter, y pudieron hacerlo tanto más fácilmente, cuanto que ya no era necesario defender su inocencia.

La Apología se hizo todavía más científica en este siglo que en el anterior, cuando los Doctores católicos tuvieron que recurrir á la investigacion de los principios filosóficos, que sirven de base á la Religion cristiana, para refutar á los filósofos Celso y Porfirio. Por otra parte, la decadencia del imperio, haciéndose cada vez más evidente, acusó al cristianismo de ser la causa de su ruina; pero los cristianos contestaron á tan injusto cargo con una doble Apología, una en el sentido rigurosamente científico que acabamos de presentar, y otra con argumentos político-morales, que refutaban completamente la última acusacion.

Algunos cristianos refutaron el judaismo con el objeto de atraer á sus sectarios á la Iglesia católica, valiéndose de los

mismos argumentos que habian usado los escritores anteriores. En este siglo hubo tambien muchas sectas que adulteraron las creencias cristianas. Los gnósticos, atacados tan vigorosamente por San Ireneo, marchaban apresuradamente á su ruina. Los maniqueos propagaban en silencio sus errores acerca del orígen del mal y de los dos *principios*. Los montanistas, cuyo error cardinal consistia en sostener que la moral evangélica no era término de la perfeccion, tuvieron una vida corta. Los antitrinitarios, únicos que sobresalian entonces, tuvieron en este siglo muchos autores, tales como Práxeas, Sabelio y Pablo de Samósata, los cuales no admitian más que una persona en Dios, la cual obró los misterios de la Encarnacion y Redencion. Finalmente, despues de la persecucion de Decio, en la cual muchos cristianos faltaron á la fe, y á quienes se conoce con el nombre de *lapsos*, se suscitó la herejía de Novaciano, y el cisma y herejía á la vez de Novato y Feliciano. El primero cayó en el error por un escesivo rigor con los *lapsos*, y el segundo por su condescendencia con ellos. Los dos, sin embargo, se unieron para combatir á la Iglesia, á pesar de sus opuestos errores, pretendiendo romper su unidad y poner límites á la autoridad concedida por Jesucristo á su Iglesia para perdonar los pecados. Contra estos errores se levantó en la iglesia de Cartago San Cipriano.

En ese tiempo se escribieron tratados acerca de las virtudes cristianas, que las circunstancias de los tiempos hacian muy convenientes, pues las doctrinas de los herejes habian pervertido mucho las buenas costumbres. A estos escritos hay que añadir los trabajos de los Padres en la Sagrada Escritura, dirigidos para dar algunas reglas acerca de su interpretacion, y para contrarestar las adulteraciones introducidas en ella por los gnósticos. Esta necesidad se sentia más en el siglo III que en cualquier otro, porque la inteligencia inmediata de la Sagrada Escritura habia quedado interrumpida durante el siglo II, y algunas cosas antes muy claras principiaban á oscurecerse, y era preciso escribir las lecciones de los primeros maestros para entenderlas y esplicarlas debidamente. Los espositores de este siglo consideraban con especialidad en la Sagrada Escritura el dogma y la moral, y con frecuencia se dejaban llevar de las alegorías, cuidándose apenas de la letra, pues en aquella época era todavía bastante conocido el sentido literal, y no se necesitaba de interpretacion.

Tambien existian ya escuelas cristianas, que necesariamente habian de arrastrar una vida algun tanto precaria, merced á las persecuciones y á los edictos de proscripcion. Pero el paganismo habia elegido la ciudad de Alejandría por

principal y más estenso teatro donde desenvolver todos los recursos de su ciencia. Allí enseñaban los sabios representantes del paganismo; allí acudia la juventud á nutrir su inteligencia y á beber las aguas poco limpias de la antigua ciencia; allí habia puesto toda su consideracion el Estado en favor de los estudios griegos. Pues bien: allí precisamente establecieron los sabios cristianos el centro culminante de su noble magisterio, de sus nuevas, magníficas y contrariadas enseñanzas; allí dieron sus elocuentes lecciones Atenágoras, Panteno, Clemente, Orígenes, San Dionisio, Pedro el Mártir y cien otros Santos y sabios (año 170 á 312); allí se desenvolvieron en ancho espacio los estudios religiosos, los filosóficos, los exegéticos, y aun los históricos propiamente tales; y allí, por último, puede decirse que la *gnoxis* cristiana tomó carta de naturaleza y asiento preferente en la asamblea augusta de las ciencias divinas y humanas.

El movimiento científico de esta época alcanzaba á todos: los gentiles, acostumbrados á la filosofía, buscaban en la Religion cristiana la ciencia; los gnósticos, traspasando la fe, se gloriaban de poseer la sabiduría; y los maestros cristianos, especialmente en Alejandría, para satisfacer esta necesidad científica principiaron á juntar la ciencia con la fe, acomodando á la doctrina cristiana las verdades que encontraban en la filosofía pagana, y usando las mismas formas de demostracion que los filósofos griegos.

Seguíase ya entonces un sistema de instruccion muy conveniente. La *dialéctica* servia de preparacion para enseñar á pensar sólida y rigurosamente; á esta seguian la física, la geometría y astronomía. Como consecuencia práctica se unia á estos conocimientos la ética. Despues se pasaba al estudio del *Ser infinito*, y una vez probada la posibilidad y el hecho de la revelacion, y la insuficiencia de la razon para llegar á ella por sí sola, se entraba en el estudio de las Sagradas Escrituras.

Todo esto, como se ha dicho, se ensayó en Alejandría, pero terminó con poca felicidad, pues los que lo fomentaron y dieron en cierto modo el tipo á la Iglesia oriental, aunque testigos antiguos de la fe, no son, sin embargo, del todo dignos de ella, y la Iglesia no los reconoce como Padres. Tambien en este tiempo comenzó en Africa á usarse en los escritos eclesiásticos la lengua latina, siendo Tertuliano quien la empleó el primero y quien bosquejó en sus escritos la idea de los Padres occidentales (1). Este escritor trata

(1) En Tertuliano se alaba el ingenio, no al hereje. San Gerónimo: *Contra Rufino*, libro III, núm. 27.

frecuentemente de materias prácticas, por estar más en armonía con el carácter de los romanos y el de la provincia africana, y tambien porque se acomoda mejor al genio é índole de la lengua latina.

Aunque Tertuliano, Clemente de Alejandría y Orígenes no pertenecen al número de los Padres de la Iglesia, por su gran importancia merecen que se trate de ellos, como lo haremos en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO II.

TERTULIANO.

FUENTES. Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. II, cap. II. —San Gerónimo: *Varones ilustres*, cap. LIII.—San Agustin: *De las herejías*, cap. LXXXVI.—Vicente de Lerins: *Commonitorio*, cap. XVIII, y las mismas obras de Tertuliano.

AUXILIARES. J. Pamelio, en la vida de Tertuliano que va unida á la edicion de sus obras.—Tillemont, tomo III, pág. 196. —Dupin, tomo I, pág. 126.—R. Ceillier, tomo II, pág. 374.—Lumper, part. 4.ª, pág. 14.—Mochler, tomo I; y Fessler, tomo I, pág. 245.

EDICIONES. La de Beato Renato, en Basilea, año 1521.—La de J. Panselio, Antuerpia, 1579.—La de N. Rigalio, en Venecia, 1744, y la de Migne. Hay otras, de algunas obras en particular, como las de los libros del Bautismo, de Penitencia, en Amsterdam; la del Apologético de la Penitencia y Exhortacion al martirio, hecha en español, Madrid, 1657.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de Tertuliano.

Quinto Septimio Florente Tertuliano, natural de Cartago, nació entre los años 150 al 160 (1). Su padre fue un centurion romano, de quien recibió una educacion pagana, y el cual le dedicó al estudio de las ciencias. Poseia un talento muy claro, una imaginacion brillante y una energía admirable en sus raciocinios. Su carácter era tenaz y vigoroso, y su elocuencia irresistible. En todo era más inclinado al rigor que á la indulgencia. Era severo consigo mismo, y queria serlo con todo el mundo. Sus costumbres eran puras, su fe exaltada, y su moral sumamente rígida. Desde su juventud se distinguió como abogado y profesor de retórica. Ambos títulos eran suficientes para conseguir las mayores distinciones; pero Tertuliano, lleno de asombro en vista del herois-

(1) Las circunstancias de su vida son muy inciertas: Fessler, tomo I, nota 2.ª, pagina 245.

mo de los cristianos, prefirió abrazar esta creencia sublime y consagrarse enteramente á su defensa. Convertido al cristianismo hácia el año 190, estudió con profundidad las ciencias sagradas, y fue ordenado de sacerdote estando todavía casado (1). Su celo y su elocuencia, convirtiéndolo en espanto de los gentiles, le granjearon inmensa autoridad entre los fieles. Habia leido mucho á San Justino y á San Ireneo, y amplificó con admirable éxito sus principales argumentos. Tertuliano, sin embargo, á la edad de cuarenta años empañó todas sus glorias con una horrorosa apostasía, cayendo el año 200 en el error de Montano (2), cuyos delirios, no solo abrazó, sino que aumentó con otros nuevos, dejando así un triste ejemplo del hombre que pone la confianza en sí mismo. Murió de avanzada edad sin reconciliarse con la Iglesia, por los años 220, ó 245, como otros dicen. Sus discípulos continuaron enseñando sus errores hasta el tiempo de San Agustin, en cuyo tiempo quedaron estinguidos casi por completo.

ARTÍCULO II.

Division de las obras de Tertuliano. Sus obras apologéticas.

Las obras de Tertuliano se pueden dividir en apologéticas, morales, y escritos dirigidos contra la Iglesia católica.

Obras apologéticas.

Las obras apologéticas son de tres clases: 1.ª, las escritas contra los gentiles: 2.ª, contra los judíos; y 3.ª, contra los herejes.

A la primera clase pertenecen:

1.° *El Apologético.*

Entre las obras escritas en defensa de la Religion cristiana contra los gentiles, sobresale este libro, en el cual Tertuliano se escede á sí mismo en la elegancia de su estilo, en la fuerza de sus argumentos y en su variada erudicion. No se contenta con escribir de toda la ciencia de su tiempo, sino que defiende ademas admirablemente la causa de la Iglesia. Esta obra abraza cincuenta capítulos. En los tres capítulos primeros se lamenta de la arbitrariedad con que son perseguidos los cristianos, y de la injusticia con que se

(1) Unos creen que fue presbítero de Roma, y otros de la iglesia de Cartago.

(2) Acerca de las causas de su caida véase el P. Corbinian, cuestion 4.ª, y Tillemont, art. 7.°

les condena, bastando para ello el que lleven el nombre de cristianos, y omitiendo en este caso todas las formas judiciales. En el cap. IV examina Tertuliano las leyes que autorizan la persecucion, y demuestra que no son justas ni convenientes, y que deben reformarse, así como se reforman tambien todos los dias otras leyes del imperio. Hace notar en el V que los Emperadores rectos y justicieros dejaban en paz á los cristianos, y solo aquellos que eran tenidos por los mismos romanos como malvados y perversos, eran los que los perseguian. En el VI descubre la hipocresía de los perseguidores romanos, que manifestaban mover la persecucion llevados tan solamente de su celo y amor á las leyes del imperio, siendo así que quebrantaban y despreciaban cualquiera ley cuando así les convenia. Desde el VII hasta el IX hace ver que los delitos ocultos que se imputaban á los cristianos, cuales eran, en primer lugar, los sacrificios humanos, eran falsos, y reta á todos sus perseguidores á que presenten una sola prueba de tan horrorosa acusacion. «La verdad es, dice, que se nos imputan á nosotros los crímenes que cometen nuestros mismos acusadores. En la misma Roma teneis un dios Júpiter, cuyos altares se riegan con la sangre de los hombres sacrificados en su honor. Vosotros, pues, sois, y no los cristianos, los reos de los sacrificios humanos. Del X al XII hace ver la falsedad de los dioses de los gentiles, y demuestra que es un absurdo atribuir la divinidad, ya á la materia inerte, ya á los hombres que murieron; deduciendo de aquí que los cristianos no pueden con justicia ser condenados por no adorar los ídolos. Del XII al XV echa en cara á los gentiles el escarnio que hacen de sus mismos dioses, colmándolos de ignominia en los espectáculos, suponiéndolos reos de intrigas bochornosas y crímenes abominables. En el XVI se queja de que, acostumbrados los gentiles á tratar con poco respeto á sus dioses, se hayan atrevido igualmente á burlarse del Dios de los cristianos, pintándolo en figura humana con cabeza de asno. Rechaza despues algunas ideas atribuidas falsamente á los cristianos respecto á la divinidad, y afirma en el XVII que los cristianos adoran á un solo Dios verdadero. Desde el cap. XVIII hasta el XXI habla de los milagros y profecías, y de los libros del Antiguo Testamento, cuya autenticidad no puede ser ni aun puesta en duda, teniendo en cuenta que la confiesan los mismos judíos, tan encarnizados enemigos de los cristianos, y que se conserva todavía en el templo de Serapis, con el original hebreo, la traduccion hecha por órden de Ptolomeo Filadelfo. En el cap. XXI habla de Cristo Nuestro Salvador; en el XXII y XXIII señala el orígen de las falsas religiones, esplica la naturaleza de los malos espíritus, y demuestra cuántos esfuerzos hacian estos por perder á los

hombres. Desde el XXIV al XXVIII va refiriendo lo que son los demonios, cómo ellos mismos confiesan que no son dioses, y concluye refutando el absurdo error de los que creen que la grandeza del imperio romano era debida á la proteccion de los dioses. En el XXX rechaza el cargo que se dirigia á los cristianos considerándolos como enemigos de los Emperadores, y dice que si bien los cristianos no le adoran porque saben no es *Dios*, pero que ruegan por su persona á Dios eterno y verdadero. Del XXXI al XXXIV cita los preceptos de Dios, que nos mandan orar por las legítimas potestades, obedecer sus leyes, y no conspirar nunca contra ellos. En el XXXV dice que los cristianos, no solo honran á los Emperadores mejor que los gentiles, sino que les son más fieles; y en el XXXVI añade que los cristianos tienen obligacion de amar al Emperador y á todos los hombres; y en el capítulo XXXVII concluye diciendo que fácilmente podian los cristianos, que son la inmensa mayoría del imperio, vengarse de sus perseguidores, y sin embargo no lo hacian. En el XXXVIII y XXXIX habla de las reuniones de los cristianos, y asegura que en ellas no se conspira contra el Emperador, que solo se piensa en la paz y en la obediencia, en la virtud y en la oracion. En el XL rechaza la absurda acusacion de que los cristianos eran la causa de las calamidades que sobrevenian al imperio y al mundo; y en el XLI devuelve esta misma acusacion á los gentiles, diciéndoles que ellos eran los que traian al mundo tantos males, por el desprecio que hacian del verdadero Dios. En el cap. XLII califica de absurda la acusacion contra los cristianos de que sean inútiles para la riqueza pública, puesto que cultivan los campos, se ejercitan en las artes y se dedican al comercio. En el XLIII declara que, lejos de argüir falta en los cristianos la acusacion del capítulo anterior, les honra, por el contrario, en gran manera, por la calidad de las personas que hacen uso de ella; pues, en efecto, los que se quejan de que los cristianos no les dan que hacer, son los asesinos, los envenenadores, los magos, los astrólogos, y todos estos podian decir con verdad que nunca se veian solicitados por los cristianos. En el XLIV sostiene que nadie pierde más que el imperio dando muerte á los cristianos, puesto que, como dice en el XLV, solamente en estos se halla la inocencia de la vida. En el XLVI dice que las virtudes de los cristianos no deben atribuirse á la influencia de la filosofía, porque los filósofos, añade, no han conocido á Dios, ni la moral de Dios, como la conocen ellos por la gracia de Jesucristo, demostrando en el XLVII que toda la sabiduría procede de la Sagrada Escritura. Por último, despues de quejarse en el cap. XLVIII y XLIX de que, á pesar de no dañar los cristianos á nadie, son, sin embargo, odiados

y perseguidos por todo el mundo; y despues de rechazar en el L y último la absurda calumnia de los que creen que los cristianos tienen amor á la persecucion, concluye Tertuliano su brillante Apología con las siguientes palabras: «Nosotros aceptamos la muerte como se acepta la guerra. Vosotros ensalzais á Escévola, á Régulo, á Empedocles y Caton porque han muerto por la patria, por el imperio, por la ciencia y por la amistad; y sin embargo, llamais locos á los cristianos porque aceptan el martirio por amor á Jesucristo. Pero, atormentadnos cuanto querais, la sangre de los cristianos es una semilla fecunda. Mientras vosotros nos condenais, Dios nos bendice.»

2.° *Los dos libros á las naciones.* Estos libros tienen el mismo argumento, pero con distinto y mejor órden.

3.° El *Breve tratado del testimonio del alma*, en donde prueba elegantemente que el alma conoce naturalmente la existencia de un solo Dios, la recompensa de la otra vida y su inmortalidad, y concluye afirmando que el alma es naturalmente cristiana.

4.° *El libro á Escapula, procónsul de Africa.* Este libro es una defensa de la libertad del culto divino y una exhortacion al procónsul para inducirlo á mitigar la dureza con que trataba á los cristianos, presentándole el ejemplo de algunos gobernadores que los habian protegido á pesar de los edictos de los Emperadores.

A la segunda clase de sus apologías solo pertenece *El libro contra los judíos.* En él espone la relacion que hay entre los judíos y los gentiles, entre la ley natural y la de Moisés y el Evangelio. Despues prueba que Jesucristo es el Mesías prometido, y que todos los vaticinios de los Profetas se han cumplido en Él, y concluye diciendo que los judíos no lo han conocido porque confundieron su primera venida con la segunda.

La tercera clase la constituyen:

1.° *El libro de las prescripciones contra los herejes.* En esta obra, verdaderamente notable, prueba la verdad de la fe conservada en la Iglesia católica desde los Apóstoles por una tradicion nunca interrumpida, y manifiesta que los herejes deben ser despreciados, pues no presentan este criterio de verdad, haciéndoles ver que su orígen es reciente, mientras que los católicos enseñan lo mismo que los Apóstoles. Esta obra puede presentarse como modelo de escritos forenses.

2.° *La obra contra Marcion*, dividida en cinco libros, que con razon se consideran como el tesoro de la Teología. En esta obra demuestra la unidad de Dios; espone la doctrina de la Iglesia acerca de la creacion y del misterio de la

Encarnacion, y trata admirablemente del Antiguo Testamento.

3.° *El libro contra Praxeas*. Una vez probada la unidad de Dios en el libro anterior contra Marcion, defiende en este libro la distincion de las tres Personas en la Trinidad (1), y espone claramente la fe de la Iglesia acerca de este misterio y el de la Encarnacion.

4.° *El libro contra Hermógenes*. En él prueba la creacion, contra este hereje, que admitia la eternidad de la materia.

5.° *El libro contra los valentinianos*, donde refuta los errores de los herejes de este nombre, en un estilo más bien mordaz y satírico, que serio.

Tiene Tertuliano algunas otras obras, en las que refuta los errores de los herejes, sin ser dirigidas á ninguno en particular. A este número pertenecen: el libro de la *Carne de Jesucristo*, en el que prueba que Jesucristo es Hijo de Dios y tomó carne, y que verdaderamente nació de la *Santísima Vírgen*: el libro de la *Resurreccion de la carne*, en donde defiende la dignidad del cuerpo humano y prueba su resurreccion: el libro del *Alma*, escrito contra los gentiles y los herejes, en donde diserta estensamente acerca de la naturaleza y propiedades del alma, de su orígen y estado despues de la muerte; y, finalmente, contra los gnósticos, que despreciaban el martirio, escribió el libro titulado *Scorpiaco*, ó sea antídoto contra las picaduras de estos herejes, semejantes á las de los escorpiones; contra quienes defiende con demasiada viveza la necesidad y escelencia del *martirio*.

ARTÍCULO III.

Escritos morales.

1.° El libro de *La Idolatría*, en el cual demuestra que no solo se comete ese crímen sacrificando á los ídolos, sino tambien de otras muchas maneras; por lo cual amonesta á los cristianos que no alternen con los gentiles, ni en los empleos, ni en los cargos, ni en los oficios.

2.° El libro de *La Corona del soldado*. En él vitupera igualmente que adornen los soldados cristianos sus cabezas con las coronas de laurel, que reciben en premio de sus victorias.

---

(1) Tertuliano es el primero que usa la palabra *Trinidad*, y lo hace en este libro, cap. II.

3.° El libro de *Los espectáculos*. En este libro se pronuncia contra los espectáculos públicos, especialmente contra los *teatros*, no menos por su orígen pagano, que por los peligros inherentes á ellos, y por las pasiones que despiertan, y ademas porque en ellos se endurecen los hombres, en vez de suavizar sus costumbres.

4.° El libro de *Los Mártires*. En él exhorta á los fieles á la constancia en la fe, y á sufrir toda clase de tormentos, antes que abandonar á Jesucristo. Todos estos libros, como se ve, tienen por objeto separar á los cristianos de la idolatría, y son muy convenientes para saber las costumbres de los primeros siglos del cristianismo.

5.° El libro del *Bautismo*. Tertuliano trata en él de la necesidad del Bautismo, y tambien del sacramento de la Confirmacion, que desde muy antiguo se consideraba como *complemento* de aquel. Escribe tambien acerca del bautismo de *San Juan y de sus efectos*, del bautismo de *sangre*, y del ministro, tiempo, lugar y preparacion para recibirlo, y ademas de la prohibicion de reiterarlo.

6.° *El libro de la Penitencia*. Trata al principio de este libro de la necesidad de la penitencia para que se perdonen los pecados, ya sean de hecho ó de voluntad. Despues distingue dos clases de penitencia: la que se hace antes del bautismo, y la de aquel que ha caido en graves culpas despues de este *sacramento;* y por último refiere los ejercicios de la pública penitencia, llamada *exomologesis*. Demuestra la necesidad de la confesion *auricular*, y advierte el gran peligro en que están los que no se sujetan á ella.

7.° *El libro de la Paciencia*. En él espone con mucha elocuencia las razones que pueden mover á los cristianos á esta virtud, y á huir del vicio contrario.

8.° *El libro de la Oracion*. En la primera parte enseña la manera de hacerla, y luego espone toda la oracion dominical. En la segunda trata de la preparacion, lugar, tiempo y eficacia de la oracion.

9.° *El libro del ornato de las mujeres*. En él recomienda la modestia en las palabras, en el gesto y en los vestidos; condena la vana pompa, el lujo y la desenvoltura, y las exhorta á la humildad y á la castidad.

10. *Los dos libros á su esposa*. Trata en ellos, en forma de testamento, lo que debe hacer si le sobrevive: así, en el primer libro la exhorta á que no contraiga segundas nupcias; en el segundo le manda que si vuelve á casarse, que lo haga con cristiano, y con este motivo describe la felicidad del matrimonio cristiano. Toda la vida doméstica de los cristianos se describe en estos libros de tal manera, que no será fácil hallar un documento antiguo que trate mejor esta

materia. Por último, en el libro de la *Capa (Pallium)* se propone demostrar los motivos que tuvo para dejar la toga y tomar aquella: está lleno este libro de erudicion, pero es de poca utilidad para un teólogo.

ARTÍCULO IV.

Escritos contra la Iglesia.

En el último lugar deben colocarse las obras que Tertuliano escribió para defender y propagar la secta de Montano. A este número pertenecen:

1.° El libro de la *fuga en la persecucion*. En él se muestra exagerado apologista del martirio, y tiene por ilícita la huida. Ademas, como montanista, trata con escesivo rigor á los que de algun modo evitan el martirio, sin recordar aquel axioma jurídico: *summum jus, summa injuria*.

2.° El libro de los *ayunos*, escrito contra los católicos llamados *psíkicos* ó *carnales*, en donde prescribe el rigor de los montanistas, y los acusa porque no se sujetaban á sus múltiples cuaresmas.

3.° El libro de la *monogamia* y el de la *Exhortacion á la castidad*, en los cuales condena en absoluto las segundas nupcias, como la fornicacion y el adulterio.

4.° El libro de la *pudicicia*, en el cual, despues de muchas alabanzas á la castidad, intenta probar que la Iglesia no tiene potestad para perdonar los pecados contra esta virtud.

5.° y último. El libro de *velar las vírgenes*, en el cual defiende obstinadamente que el rito de entrar en la iglesia con la cabeza cubierta es precepto del Espíritu Santo.

Hay otras obras que se atribuyen á Tertuliano, pero con poco fundamento (1).

ARTÍCULO V.

Carácter y estilo de Tertuliano.

Es Tertuliano en la Iglesia occidental el escritor de más enérgicas y felices espresiones, de más vivos y magnánimos arranques. Cuando se le habla de las verdades profesadas por los filósofos paganos, compara Tertuliano esos filósofos á los náufragos que la tempestad arroja por ventura al puer-

(1) Tillemont, nota 23 sobre este Padre.

to, merced á un dichoso estravío. Cuando ve cómo el hereje Marcion pretende achicar las obras de la creacion, describe Tertuliano la naturaleza con elocuentes y vigorosos rasgos en sus más minuciosas y delicadas operaciones; elévase de ella á Dios, y ostentando á su adversario una simple rosa, increpale con desprecio á que se atreva á calumniar al Criador. Impúgnase el dogma de la resurreccion de la carne, y Tertuliano ve una perpetua profecía de ese dogma en la continua sucesion del dia y de la noche, y en las periódicas y armoniosas evoluciones de la naturaleza. Examinando la ligereza con que los herejes elevan á los neófitos, á los mundanos, á los apóstatas, comprende perfectamente Tertuliano que en ninguna parte se anda más de prisa el camino de la propia elevacion que en el campo de los rebeldes, como quiera que hallarse en él constituye desde luego un mérito. En fin, si le hablais de las relaciones de Dios con el alma, y de esta con Aquel, Tertuliano afirma que el conocimiento de Dios es una dote del alma, que el alma es naturalmente cristiana. De este modo la palabra es en Tertuliano vigorosa, enérgica, invencible; rápida y poderosa su pluma; profundo, grave y atrevido el pensamiento, y todos sus escritos, en general, de impetuosa y no desigual elocuencia. Observa Mochler que mientras sirvió la causa de la verdad católica, dejó prevalecer en su estilo cierta dulzura y caridad, mas luego que, arrojándose en manos del montanismo, la combatió lastimosamente, dejose llevar de la fogosidad de su carácter, y fue satírico y verboso. Y esto se comprende bien, teniendo en cuenta que la lengua revela, por lo comun, el estado del alma, y el estilo suele ser duro ó suave, segun que el corazon respira tranquilo ó agitado.

Ese mismo impetuoso carácter, impaciente y soberbio al propio tiempo, le arrastró al montanismo. Era Tertuliano seco en sus afirmaciones, inquebrantable en sus juicios, y aficionado á las espresiones hiperbólicas. Llevábale todo esto á cierta exageracion en sus opiniones; pronunciábase enérgicamente contra los paganos, y no queria que los cristianos alternaran con ellos, ni aun en el servicio militar, ni en la enseñanza de la literatura.

A pesar de todo esto, su doctrina en general es católica, y con su entusiasmo inflama los ánimos de los que leen sus escritos, siendo ademas un depósito riquísimo de las noticias eclesiásticas de su tiempo (1).

Ya queda indicado que Tertuliano profesaba marcada aversion á todo lo que pudiera relacionarse con el paga-

(1) Comin: *Historia de la literatura del siglo* XIII, tomo II.—Lumper: *De la doctrina de Tertuliano*, parte 6.ª, cap. VI.

nismo; no hay, pues, para qué decir que odiaba la filosofía pagana. No queria contacto alguno entre la filosofía y el cristianismo, y sin embargo, á pesar de ser tan enemigo de la filosofía, es uno de los filósofos más eminentes del cristianismo en particular, y de la literatura en general.

Su estilo tiene cierta grandeza que le es propia, tiene mucha elocuencia y gravedad: es oscuro á veces, y á veces satírico, descriptivo siempre, y en general profundo y sentencioso, hasta ejercitar el ingenio y deleitar el ánimo ciertamente. Vicente de Lerins ha dicho: «Tiene tantas palabras como sentencias, tantos pensamientos como victorias (1).» Sin modelo que imitar, puesto que fue el primero que escribió en latin, Tertuliano formó en gran parte la lengua latina eclesiástica, y vino á influir poderosamente sobre la literatura de la Iglesia occidental, por lo mismo que sirvió de ejemplo á sus numerosos sucesores. El plan de sus trabajos no puede ser más oportuno é interesante; las consecuencias más decisivas vienen siempre á enlazarse con los principios más luminosos. Sus obras más elocuentes y más útiles son: *El Apologético*, *Las Prescripciones* y los tratados *Del Bautismo*, *De la Penitencia*, *De la Oracion*, y la *Exhortacion al martirio*.

(1) *Commonitorio*, lib. I, cap. I.

CAPÍTULO III.

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA.

FUENTES. Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. v, cap. xi; lib. vi, capítulo vi y siguientes.—*Preparacion evangélica*, lib. ii, cap. ii.—San Epifanio, herejía 32, núm. 6.—San Gerónimo: *Varones ilustres*, cap. xxxviii; y Focio, Cod. 109.

AUXILIARES. Vida de Clemente, por Adriano Baillet.—Nourry: *Apparatus*, tomo i, lib. iii.—Dupin, tomo i, pág. 119.—Tillemont: *Memorias*, tomo iii.—Ceillier, tomo ii.—Mochler: *Patrología*, tomo i; y Fessler, tomo i.

EDICIONES. La primera la hizo en griego el P. Victorio en Florencia, 1550; y despues en griego y en latin. La de J. Poterio, en Oxford, 1715, la cual publicó corregida en Venecia, 1757.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de Clemente de Alejandría.

Clemente de Alejandría nació hácia mitad del siglo ii en esta ciudad, ó, como quieren otros, en Atenas. De orígen pagano, y dotado de las más brillantes facultades, recorrió todos los sistemas de las escuelas griegas en busca de la verdad (1). Sus incesantes trabajos le valieron un conocimiento tan profundo en la literatura griega y egipcia, que pocos contemporáneos suyos pudieron alcanzar. Dios recompensó sus trabajos, y Clemente se hizo cristiano, sin dejar de estudiar y de meditar; solo que desde entonces ya no buscaba la verdad, y no se cuidaba más que de profundizar en ella, y de aplicar sus consecuencias.

Los conocimientos que habia adquirido, penetrando en todos los santuarios y escuchando todos los oráculos, debian servirle en adelante de armas para combatir el error y justificar la verdad revelada. A fin de perfeccionarse en la ciencia del cristianismo, continuó lo que para llegar á él habia

(1) Eusebio: *Preparacion evangélica*, lib. ii, cap. ii.

hecho; se puso, pues, á recorrer la Italia, la Grecia y el Egipto. Allí oyó á Panteno, maestro de la escuela de Alejandría, y se estableció á su lado (1). La escuela catequista de esta ciudad era entonces la primera teológica de la cristiandad, en donde se enseñaban ademas todas las ciencias. Cuando Panteno dejó su direccion el año 180, Clemente, ordenado ya de presbítero, fue nombrado para ocupar su puesto por el Obispo Alejandro (2). Su vasta erudicion, unida á una gran prudencia, le hacian un guia seguro para los paganos y cristianos que acudian á oirle. Formó muchos discípulos notables, tales como Orígenes y Alejandro de Jerusalen, que le llama *padre*, y confiesa que le debe todo lo que sabe (3).

Al estallar en el año 202 la persecucion de Septimio Severo, Clemente abandonó á Alejandría, siguiendo el precepto del Evangelio: *Si os persiguen en una ciudad, huid á otra*; pues decia que era obrar sin razon no escuchar la voz del *Maestro*, y precipitarse por sí mismo en el abismo (4). Se retiró á Capadocia; pero no por eso se entregó menos al servicio de la verdad y á la propagacion del cristianismo. No se sabe si más adelante volvió á Alejandría, ni cuándo murió (5): es probable que sucediese su muerte hácia el año 217 (6).

ARTÍCULO II.

Escritos de Clemente de Alejandría.

Entre las obras genuinas de Clemente que han llegado hasta nosotros, hay tres que tienen un mismo argumento. Habiéndose propuesto trasformar los gentiles en verdaderos cristianos, trata de persuadirles que abandonen el culto de los ídolos y abracen el cristianismo, á cuyo fin escribió su primera obra, titulada *Exhortacion á los paganos*. A esta siguió el *Pedagogo*, en el que presenta los preceptos que han de ser la norma de la vida segun el Evangelio y la recta razon. Por último escribió los *Stromatas* ó tapices, llamados

(1) Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. v, cap. xi.
(2) Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. vi, cap. vi.
(3) Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. vi, cap. xiv.
(4) Eusebio, lib. iv, cap. x.
(5) San Gerónimo: *Varones ilustres*, cap. xxxviii.
(6) Algunos autores cuentan á Clemente entre los santos; pero el Martirologio romano no le coloca en ese número, y Benedicto XIV, en su Bula *Postquam intelligimus*, del 1.º de Julio de 1748, da las razones de esta omision. Esta Bula se encuentra en el Bulario romano, tomo II, const. 54.

así por la variedad de sus materias, en cuya obra esplica los dogmas cristianos, y refuta á los gnósticos. En estas tres obras, Clemente es á un mismo tiempo *apologista*, *polémico*, *dogmático*, *moralista* y *exegético*. Tambien se cuenta entre sus obras genuinas el opúsculo titulado *Si los ricos pueden salvarse*, que estuvo perdido por mucho tiempo, y aun se quiere atribuir, si bien con poco fundamento, á Orígenes.

Ademas, tenemos con el nombre de Clemente las siguientes obras: 1.ª La *Coleccion de la doctrina de Teodoro*. 2.ª *Poemas de los escritos de los Profetas*. 3.ª *Ensayo sobre algunas Cartas canónicas*. La autenticidad de estos escritos no es absoluta. La *Hipótepoxis*, ó sea descripcion en ocho libros, contiene una breve esplicacion de toda la Escritura; tiene muchos errores, por cuya razon sin duda se la juzgó poco digna de ser recopilada, y se perdió muy pronto.

ARTÍCULO III.

Argumento de los libros genuinos.

1.° En la *Exhortacion á los paganos*, y que no forma más que un libro, desde el cap. I al V espone el orígen del paganismo; demuestra la locura de la mitología helénica y de la idolatría egipcia, la futilidad de los misterios paganos, la vanidad del naturalismo y los estravíos del panteismo filosófico: desde el VI al XII les exhorta á elevarse al Criador por medio de las criaturas, y cita algunos filósofos que lo han reconocido, y sobre todo á los Profetas que han proclamado al Dios tres veces Santo, á su Verbo y á la Iglesia fundada por El para propagar su doctrina entre los hombres. Luego los alienta con el amor de Dios hácia el género humano y con los beneficios que el cristianismo ha hecho á los hombres.

2.° *El Pedagogo* contiene tres libros, destinados á la educacion moral de los paganos que, dóciles á su exhortacion, habian abandonado la idolatría. En el lib. I manifiesta que antes que el hombre pueda reconocer la luz de la verdad, es preciso que oiga la voz de su conciencia; que el hombre puro es el único capaz de recibir la verdad de la fe, y que solo aquel que oye y obedece la voz interior de Dios está dispuesto á admitir la revelacion. Esplica despues el objeto á que se dirige la educacion cristiana, y, por último, que Jesucristo es el verdadero *Maestro* del género humano, porque, como *Dios*, nos perdona los pecados y nos fortifica con su virtud, y como *Hombre*, nos instruye con sus ejemplos. En el II esplica los oficios que pertenecen al cuerpo, y los relaciona con los principios del cristianismo, como el comer, el

beber, las diversiones, el sueño, el vestido, la belleza física, la castidad, etc., etc. En el III pasa á exhortar á que se evite el demasiado esmero en el vestido, y diserta sobre las riquezas y su buen uso. Tambien recomienda el conocimiento de sí mismo, la abnegacion y el amor á Dios y al prójimo, como compendio de todos los deberes.

Los *Stromas* forman siete libros, porque el octavo se debe considerar como poco auténtico (1). En esta obra, Clemente comienza á esponer las verdades del cristianismo, velándolas, sin embargo, de modo que solo los iniciados puedan reconocerlas. En el lib. I espone la relacion de la fe y de la filosofía con la verdad, fin único de ambas: ensalza la utilidad de la verdadera filosofía, y prueba que la filosofía de los hebreos es anterior á la de los griegos, y que Moisés es el más antiguo de los filósofos. Desde el lib. II al V manifiesta que todas las verdades se encuentran en la filosofía cristiana, y demuestra que los gentiles tomaron muchas de ellas de los judíos. Tambien refuta á los gnósticos. En los libros VI y VII hace la descripcion más brillante del cristiano perfecto, ó, como él llama, del verdadero gnóstico. Muestra cuáles deben ser la naturaleza y las cualidades de su fe, en qué bases descansa, cómo ennoblece todos los ramos de la ciencia humana, cómo se desarrolla y llega á ser la ciencia perfecta de la verdad revelada, y cómo, en fin, esta fe, en su pureza, no se encuentra más que en la Iglesia católica.

El libro VIII, si Clemente lo ha escrito, es indudable que se ha perdido. Pero tenemos todavía dos disertaciones separadas, que Clemente ha podido componer sobre materias tratadas en sus *Stromas:* la primera es un compendio de lógica, es decir, definiciones de objetos tratados en su obra, y que pueden considerarse como la clave de los *Stromas;* la segunda es el opúsculo titulado *Si los ricos pueden salvarse.* En esta prueba: primero, desde el cap. I al VI, «que el cristianismo no quita á los ricos la esperanza de la salvacion;» y segundo, desde el XXVII al XLII, «que haciendo un uso legítimo de las riquezas, pueden facilitarse el camino de la bienaventuranza.»

ARTÍCULO IV.

Estilo y carácter de Clemente de Alejandría.

Las obras de Clemente están llenas de erudicion, y en ellas se tratan admirablemente muchas verdades cristianas,

(1) Lumper, part. 4.ª, pág 114.

aunque no están libres de algunos errores (1). Clemente era adicto á la filosofía ecléctica, llevado de su amor á los estóicos y á Platon. Su estilo alguna vez es oscuro, por descuidar el método, por sus largas digresiones, y tambien por el cuidado que ponia en guardar la disciplina del arcano. Para apreciar sus obras no se debe olvidar el tiempo y las circunstancias en que fueron escritas.

Dice Mochler que Clemente de Alejandría, no solo se manifiesta el precursor significativo de la direccion cristiana dada á la ciencia, sino que en verdad trasmite á su siglo el impulso que él, á su vez, habia recibido de la Iglesia, siendo grandemente de admirar la apacible seguridad con que se presenta como escritor, y adelanta y se anticipa á sus contemporáneos en este camino enteramente nuevo (2). Las tres principales obras de Clemente vienen á formar un cuerpo de doctrina, y tienen por principal objeto la alianza de la filosofía y del cristianismo, y procura en ellas dar á la filosofía una direccion cristiana, gérmen fecundo de donde habia de salir con todo su brillante esplendor, siglos adelante, esa generosa alianza.

Para Clemente, el cristianismo es la más alta filosofía; y la ley mosáica y la filosofía griega son, con relacion al mismo, como las verdades parciales al conjunto de la verdad universal. Una y otra han servido de preparacion, bien que por diferentes maneras. Por eso la filosofía no es de suyo desestimable ni indigna de los fieles, sino, por el contrario, útil y necesaria para engrandecer el cristianismo y hacerle servir á su defensa. Asienta luego la nocion de la filosofía cristiana sobre la fe en la revelacion divina, acogiendo en su seno las diversas potencias espirituales, atravesando la esencia y llegando de este modo á la *Gnoxis*, que es el conocimiento inmutable y la contemplacion de todas las cosas en su orígen, en Dios (3).

Por donde se ve cuán vasta es la erudicion de Clemente de Alejandría, cuán profunda su inteligencia, así como el gran provecho que puede sacarse del estudio de sus obras, en las cuales se encuentran ya los primeros fundamentos de la filosofía cristiana y la más vigorosa refutacion de los errores de su tiempo; errores deleznables, que los nuestros no se han avergonzado de evocar del seno de su hediondo sepulcro.

---

(1) Nourry, tomo I, lib. III; y Lumper, part. 5.ª, pág. 428.
(2) *Patrología*, part. 3.ª, tomo II.
(3) Mochler, obra citada.

CAPÍTULO IV.

ORÍGENES.

FUENTES. San Gregorio Taumaturgo: *Oracion panegírica de Orígenes.*—Pánfilo: *Apología de Orígenes.*—Eusebio de Cesárea: *Historia eclesiástica*, lib. VI.—San Gerónimo: *Varones ilustres*, cap. LIV.—Vicente de Lerins: *Commonitorium*, cap. XVII.—Focio: Cod. 118.

AUXILIARES. P. D. Huet, en las *Obras de Orígenes*, tomo IV. —Tillemont, tomo III, pág. 494.—Dupin, tomo I, pág. 190.—R. Ceillier, tomo II, pág. 584.—Mochler: *Patrología*, tomo I. —Fessler, tomo I, pág. 259.

EDICIONES. La primera que se hizo en latin por J. Merlin, en Paris, 1512; y la segunda por Jenebrando, Paris, 1574. La mejor de todas es la del P. La Rue, en griego y en latin, Paris, 1733.

Hay otras de algunas obras en particular.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de Orígenes.

Orígenes, llamado despues Adamancio por su infatigable laboriosidad, nació en Alejandría hácia el año 185. Su padre, Leónidas, puso gran cuidado en su educacion, y desde sus primeros años le obligaba á estudiar los libros santos. Tuvo ademas por maestros á Clemente de Alejandría y á Ammonio, y en poco tiempo adquirió una gran erudicion, pues hablaba muchas lenguas, conocia toda la literatura griega y romana, y habia estudiado con profundidad toda la Sagrada Escritura, los libros de los Santos Padres, la disciplina y las tradiciones de la Iglesia. Despues del martirio de su padre enseñó públicamente la gramática, y cuando Clemente dejó la cátedra de Alejandría, Orígenes la ocupó, aunque solo tenia veinte años (1). En la persecucion de Septimio Severo, despreciando los peligros, visitaba las cárceles y exhortaba á la perseverancia á los mártires. Su principal

(1) San Gregorio Taumaturgo: *Oracion panegírica.*

ocupacion era el estudio de las ciencias sagradas, pasando el dia en la cátedra y la noche leyendo. Estaba constantemente rodeado de siete notarios, que con signos abreviados copiaban sus palabras, y de otros tantos librarios que las traducian (1), teniendo ademas conferencias con los fieles, disputas con los herejes y correspondencia con muchas iglesias. La fama de su nombre se estendia por todas partes, de tal modo, que hasta la misma Emperatriz Julia Mamea le llamó á Antioquía para oir sus lecciones, y el Emperador Filipo le pidió sus consejos. Como se veia obligado á tratar con mujeres de todas las edades, para quitar hasta los pretestos á la maledicencia, entendiendo mal las palabras del Evangelio, se hizo *eunuco*. Deseoso de visitar la Iglesia más antigua, pasó á Roma (2). Al volver á Alejandría, el Obispo Demetrio le rogó que continuase dando sus lecciones; pero hácia el año 228 fue llamado á la Acaya para que refutase á algunos herejes. En la travesía conoció á los Obispos Teotisto de Cesárea y Alejandro de Jerusalen, que le ordenaron de presbítero. A los dos años volvió á Alejandría; pero, como en su ordenacion se habia faltado á las disposiciones de la Iglesia, y en muchos de sus libros se contenian algunos errores, Demetrio reunió un concilio, en donde se le privó de la dignidad del sacerdocio, y fue desposeido de la cátedra (3). Esta condenacion la aprobó la Iglesia Romana (4). Orígenes se retiró entonces á Cesárea, y abrió una escuela, que fue muy concurrida, hasta que se vió obligado á huir en la persecucion de Decio, retirándose á Tiro: murió por los años 253 ó 254.

ARTÍCULO II.

Obras de Orígenes sobre la Sagrada Escritura.

Orígenes dejó á la posteridad innumerables testimonios de su talento en un sinnúmero de obras, muchas de las cuales ya se habian perdido en tiempo de Eusebio. San Epifanio (5) refiere que habia escrito más de seis mil volúmenes; pero San Gerónimo (6) reduce este número á la tercera parte; y aunque así sea, no se comprende cómo un solo hombre ha podido, no ya componer, ni siquiera leer tantos libros. Las

(1) Los antiguos llamaban *notarios* á los taquígrafos que escribian con notas abreviadas, de las cuales cada una equivalia á una palabra, y *librarios* á los que traducian estas notas, poniéndolas ordenadas y en forma de libros.

(2) Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. VI, cap. XIV.

(3) Focio: Cod. 118.

(4) Fessler: *Instituciones de Patrología*, pág. 261.

(5) Herej. 63, núm. 64.

(6) *Contra Rufino*, lib. II, núm. 13.

obras que todavía existen pueden dividirse en dos clases: primera, pertenecientes á la Sagrada Escritura; y segunda, á la Teología, ya especulativa, ya práctica.

Las obras que pertenecen á la Escritura, parte son críticas y parte exegéticas. A las primeras corresponde la notable obra conocida con los nombres de *Tetraplas, Hexaplas, Octaplas* y *Enneaplas*, y cuyo trabajo consiste en presentar á la vista diferentes versiones de la Escritura; teniendo Orígenes el gran mérito de haber sido el primer *políglota* que señaló el camino á Cisneros y Walton.

Las Tetraplas tienen cuatro columnas, á que corresponden otras tantas versiones, que son las de Aquila, Simaco, los Setenta y la de Teodocion.

Las Hexaplas se componian de seis columnas. En la primera se hallaba el testo hebreo, en la segunda el mismo testo hebreo con caractéres griegos. En la tercera la version de Aquila. En la cuarta la de Simaco. En la quinta la de los Setenta. Y en la sesta y última la de Teodocion.

Las Octaplas contenian ocho columnas; las seis versiones mencionadas, y ademas otras dos conocidas con el nombre de quinta y sesta version griega, y encontradas por él, la primera en Jericó, y la segunda en Nicópolis.

Las Enneaplas tenian todas estas versiones, y ademas otra griega, que se conoce con el nombre de sétima version griega.

A la segunda clase pertenecen los comentarios. Orígenes, á pesar de ser el primero que interpretó toda la Sagrada Escritura, penetró más que ningun otro antes que él en la ciencia de la esposicion, y aplicó á la Escritura sus diversos sentidos. Sus esposiciones se dividen en notas breves sobre los pasajes oscuros, en estensos comentarios sobre la moral ó el dogma de los libros santos, homilías ó discursos familiares, en los cuales con estilo sencillo ó imágenes claras procuraba esplicar al pueblo la moral, y tambien en cartas, entre las que merece mencionarse la dirigida á Julio Africano, en la que le prueba la autenticidad de la historia de Susana y la escrita á San Gregorio Taumaturgo para hacerle ver que las ciencias profanas aprovechaban mucho para la interpretacion de la Sagrada Escritura.

Segun San Epifanio (1), Orígenes espuso todos los libros de la Sagrada Escritura; y aunque se conservan muchos de sus trabajos, algunos están incompletos, y otros traducidos con poca fidelidad.

(1) Herejía 64.

ARTÍCULO III.

Obras teológicas y morales.

1.° El libro de la *oracion*. En él trata en primer lugar de la oracion en general, esponiendo su *nocion*, *eficacia*, *preparacion* y las varias clases que hay de oraciones, viniendo luego á esplicar la oracion dominical.

2.° La exhortacion al martirio. En ella es más prudente que Tertuliano, pues admite la gloria, la conveniencia y aun la necesidad del martirio, pero no condena á los que se ocultaban para evitar la persecucion.

3.° El libro de los *principios*. Es una especie de tratado filosófico-religioso, en el cual se propone Orígenes poner en armonía la filosofía con la fe, ó lograr que la filosofía no se considerase más que como un preámbulo de la revelacion. Este libro, escrito en su juventud, contiene muchos errores, aunque no podemos asegurar que todos sean de Orígenes. El original griego se ha perdido, y solo se conserva la traduccion latina, hecha con bastante libertad por Rufino.

4.° *Ocho libros contra Celso*. El motivo de esta obra fue el libro del epicúreo Celso, titulado *Discurso de la verdad*, á quien trató Orígenes de refutar. El estudio de la obra contra Celso tiene, sobre su interes histórico y literario, puesto que es la obra escrita con más detenimiento y cuidado por su autor, el triple interes de la religion, de la filosofía y de la política. Celso habia atacado el cristianismo bajo esos tres puntos de vista, y en la misma forma combate Orígenes á Celso.

Eso de acusar de oscurantismo á la Religion cristiana; eso de separar la política de la Religion y de hacer ateo al Estado, admitiendo todas las religiones como buenas ó como indiferentes; eso de atribuir á la Religion los males y desaciertos de la política, achaques comunes á muchos modernos publicistas, no es cosa nueva, bien que apenas hay error que lo sea. Celso, valiéndose de un estilo satírico y punzante, en lo cual ha sido tambien perfectamente imitado en nuestros dias, presenta al cristianismo como enemigo del gobierno, de las leyes y de todo progreso, como doctrina sombría que se alimenta de una fe ciega, que no merece la preferencia sobre otra filosofía cualquiera, y menos sobre la de Platon, y, por último, como un culto idolátrico y contradictorio.

Para apoyar esa impugnacion de la Religion de Jesus, el discípulo de Epicuro decia que el cristianismo era una aso-

ciacion revolucionaria, enemiga del gobierno, de las leyes y de las luces; que carecia de base histórica, merced á las contradicciones existentes entre el Antiguo y Nuevo Testamento entre judíos y cristianos; que el dogma de la Encarnacion era absurdo, porque coartaba la libertad divina y suponia un cambio ó trasformacion en la sustancia de Dios: que siendo todas las religiones igualmente buenas, todas debian reconocerse y auxiliarse mutuamente, menos la cristiana, á la que era preciso rechazar por razon de su intolerancia y esclusivismo: que los ministros del cristianismo eran en todo semejantes á los de Egipto, y el mismo Jesucristo habia tomado parte de su doctrina en los libros de Plâton; y, en fin, que era inconcebible cómo los cristianos rehusaban adorar á los dioses, cuando rendian á Jesucristo igual culto que á Dios, y se aproximaban de este modo al politeismo.

Orígenes refuta admirable y victoriosamente todos estos argumentos de Celso, desarrollando en la refutacion toda la profundidad de su genio y el ardor de su severa elocuencia.

El cristianismo es un hecho público incontrastable, verificado en presencia de los judíos y gentiles, confirmado por la resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo. No hay por qué vituperarle que parta de la fe, puesto que la fe es el camino más natural, más corto y más sencillo, siendo tan esencial en la esfera científica, cuanto que toda ciencia la presupone siempre. Las cuestiones suscitadas por el judaismo no amenguan en lo mas mínimo la garantía y seguridad que en su favor ofrece el cumplimiento de las profecías.

No teme el cristianismo la comparacion con la filosofía griega; no es enemigo de las luces, como lo demuestra el mejoramiento de las costumbres, llevado por su espontánea influencia al seno de la corrupcion espantosa en que el mundo yacía; no es una doctrina revolucionaria, y de no serlo constituye un elocuente testimonio el martirio diariamente arrostrado por los cristianos; la asociacion cristiana no es contraria al gobierno ni á las leyes, atendido su orígen, sus medios y su fin. El doctor católico, para vindicar su doctrina de esta acusacion, desenvuelve y pone de manifiesto el plan providencial de Dios en la historia del mundo y de los pueblos; y considerando el Estado y su legislacion bajo este último punto de vista, hace ver que, estableciendo el imperio absoluto de la Providencia, las leyes del Estado no pueden tener sino autoridad condicional, ni exigir obediencia y respeto sino en cuanto se conforman á aquella otra autoridad absoluta. Por eso la ley política debe estar subordinada á la divina; por eso el dogma de la Encarnacion tiene una significacion más alta y universal que la que Celso le supone; y hé

aquí por qué Celso, al esplicarlo é impugnarlo, falsea la libertad humana por un lado, y por otro la nocion divina.

Por último, el cristianismo adorando á Jesus no cae en contradiccion, porque Jesus, aunque diferente del Padre en cuanto á la Persona, es Dios como el Padre; y la adoracion que en su virtud se tributa, no lleva consigo idolatría, ni se parece en nada al politeismo.

Tales son, á grandes rasgos y desaliñadamente espuestos, los argumentos de Celso contra el cristianismo, y los de Orígenes en su favor. Por aquí se comprenderá obviamente cuán semejantes son los primeros ataques del racionalismo contra la doctrina cristiana á los que ahora pululan y se ensalzan como nuevos tesoros descubiertos por la razon humana contra las enseñanzas divinas.

Eusebio, al hablar de este tratado, recomienda su lectura á cuantos deseen conocer, no solo los errores de la época en que se escribió, sino de cuantos pueda inventar en todos tiempos la perversion del corazon humano; San Basilio y San Gregorio Nacianceno hacen de ella grande estima; San Gerónimo encarece su direccion; Fleuri, Huet, Tillemont, Dupin y otros autores, la recomiendan por su erudicion y por la energía con que destruye los sofismas de su adversario. Orígenes, sin embargo, se dejó influir en demasía por su aficion á la filosofía griega, y llevó hasta la exageracion su deseo de conciliar esta filosofía, y aun las doctrinas egipcias y judías, con el cristianismo. En algunos puntos Orígenes no puede dudarse (1) que se separó de la verdad. La causa principal de sus errores debe ponerse en la manera de dar solucion á las principales cuestiones de los gnósticos. Despues de haberse disputado por mucho tiempo acerca de su doctrina, la Iglesia lo declaró hereje (2). Por lo tanto, aunque se reconoce su mucha erudicion, sin embargo, se le debe leer con cuidado, para no beber el veneno á la sombra de tan grande hombre (3).

(1) Lumper, part. 9.ª, pág. 281.

(2) Concilio V general.

(3) De sus obras perdidas se conservan algunos fragmentos en Lumper, part. 9.ª, pág. 286. Las espurias son el *Diálogo contra los marcionitas*; *Comentarios en Job*, San Márcos, diez homilías, los escolios en la oracion dominical, y varios cánticos. Lumper, part. 9.ª, pág. 245.

CAPÍTULO V.

SAN HIPÓLITO.

FUENTES. Eusebio: *Historia eclesiástica*, libro VI, capítulo XX.—San Epifanio, herejía 31, núm. 33.—San Gerónimo: *Varones ilustres*, cap. LXI.—San Isidoro de Sevilla: *Etimologías*, libro VI, cap. XVII.—Focio: *Bibliot.*, Cod. 121.

AUXILIARES. Gallandi, tomo II, proleg., cap. XVIII.—G. Cuper, en las *Actas de los Santos*, tomo IV, pág. 504.—Ruinart: *Actas de los Mártires*, tomo I, pág. 383.—Ceillier, tomo II, cap. XXVII.—Lumper, part. 8.ª, páginas de la 1.ª á la 191.—J. Chimmer, *Direct. de San Hipólito.*

EDICIONES. La de J. A. Fabricio, en griego y latin, en Hamburgo, 1716, y la de Galland., *Bibliot.*, tomo II, pág. 408.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Hipólito.

San Hipólito, Obispo de Porto, puerto de Roma, en el Tíber (1), vivió en tiempo de Alejandro Severo, por los años 222 ó 235 (2): fue discípulo de San Ireneo y de Clemente de Alejandría. Anastasio el Bibliotecario le llama (3) fuente de luz, testigo fiel, y doctor santo. No solo demostró la verdad de la doctrina cristiana á los judíos y gentiles, sino que ademas procuró con suma caridad apartar á los herejes de su error. Muy versado en el estudio de la cronología, trató de fijar el tiempo de la celebracion de la Pascua, distinguiéndose tambien en la esposicion de la Sagrada Escritura, hasta servir de emulacion á Orígenes, á quien habia dado algunas lecciones para que publicase sus *Comentarios*. Por último, sufrió el martirio á mitad del siglo III (4).

---

(1) Lumper, part. 3.ª, pág. 6.—Moyne cree que era de Aden, en Arabia, denominada antes puerto romano.

(2) Eusebio, lib. VI, cap. XXI.

(3) En Galland., tomo II, pág. 469.

(4) De su muerte y tiempo en que sucedió, véase á Fabricio, *Biblioteca griega*, tomo VII, pág. 185.

ARTÍCULO II.

Escritos de San Hipólito.

San Hipólito escribió muchas obras, segun el testimonio de Eusebio, San Gerónimo, Focio, y la inscripcion que se encontró en Roma el año 1551; pero la mayor parte se han perdido, y de las que quedan apenas hay una que no se ponga en duda por los eruditos. Estas obras son:

1.ª *La demostracion del Antecristo* (1), como la llama San Gerónimo. En este libro, despues de tratar estensamente de los Profetas, prueba por la Escritura cuál es el nombre y venida del Antecristo; en dónde y cuándo ha de nacer; por qué razon se hará famoso; por qué inducirá á los hombres al error; por qué ha de ser causa de una cruel persecucion, y tambien de qué manera lo ha revelado Dios, y cómo el mundo ha de concluir con el fuego, y, por último, cuál ha de ser el reinado de los Santos con Cristo, y el suplicio eterno de los condenados.

En todo este tratado, su estilo es claro y sencillo (2), y su objeto es prevenir á los fieles contra el Antecristo (3).

2.ª *La demostracion contra los judíos*. En ella demuestra, con el salmo LXVIII, y el cap. II del libro de la Sabiduría, que todas las desgracias del pueblo hebreo tienen su orígen en el deicidio cometido por ellos.

3.ª *El libro contra los griegos*, que tambien se titula *Contra Platon*, acerca de la causa del universo; pues de él solo queda un fragmento bastante estenso en donde se trata del estado de las almas hasta la resurreccion, de la resurreccion de los cuerpos, del juicio final y de las eternas recompensas.

4.ª La obra *Contra todas las herejías*. En ella enumera 32 herejías, desde Dositeo hasta Neoto, y las refuta todas con la doctrina de San Ireneo; de modo que puede considerarse como un compendio de este Santo Padre (4). De esta obra, á escepcion de algun pequeño fragmento, queda solo

---

(1) No debe confundirse esta obra genuina con la apócrifa titulada *Del fin del mundo, del Anticristo, y la segunda venida del Señor*.

(2) Focio: Cod. 202.

(3) Siempre que se produce en el mundo una de esas funestas revoluciones por las cuales se desquician las sociedades, ó cuando se repiten los trastornos, la imaginacion de los pueblos se turba en presencia de lo desconocido, y como no descubra ningun camino, cree que el género humano está muy cerca de llegar a su última época. Poujoulat: *Historia de San Agustin*, pág. 358.

(4) Focio: Cod. 121.

la última parte, que se titula *Contra la herejía de Neoto*. Desde el núm. 1 al 8 espone la doctrina de este heresiarca, que vivió en el año 245, y refuta sus argumentos, y desde el número 9 al 18 prueba con suma solidez los misterios de la Trinidad y Encarnacion.

5.ª A estas obras debe añadirse la *Esposicion del libro de Daniel*, en donde esplana brevemente las visiones en él contenidas.

Tambien se le atribuye con bastante probabilidad una esposicion breve y elegante de la *Historia de Susana*, en la cual espone su sentido místico. Segun él, Susana representa la Iglesia, su esposo Joaquin á Jesucristo, los dos ancianos son el doble pueblo enemigo, á saber: el judío y el gentil. Ademas tiene algunos otros fragmentos de comentarios de varios libros de la Sagrada Escritura. Finalmente, tiene algunas homilías y cartas.

6.ª El libro cronológico llamado *Cánon pascual*. En él trata y resuelve muchas cuestiones cronológicas; pero como estrañas á la Teología, no merecen que nos ocupemos en esplanarlas.

Entre las obras dudosas se puede contar un sermon de la *Teofanía*, ó sea del Bautismo del Señor (1), *Los dones del Espíritu Santo* y *La Tradicion apostólica* (2).

Los libros apócrifos son: el *Cronicon de San Hipólito*, el *Tratado de los doce Apóstoles*, y otro de *los setenta y dos discípulos* (3).

---

(1) Lumper, part. 8ª, pág. 46.
(2) Ceillier, cap. I, pág. 357.
(3) Lumper, lugar citado, pág. 107.

CAPÍTULO VI.

SAN CIPRIANO.

FUENTES. Las *Cartas de este Santo*; la *Vida y muerte de San Cipriano*, por Poncio.—Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. VI, cap. XLIII.—San Gerónimo: *Varones ilustres*, cap. LXVII.

AUXILIARES.—Tillemont, tomo IV.—Ceillier, tomo III, capítulo I.—Lumper, part. II y 12.—Verttberg: *Biografía de San Cipriano* (Gotinge, 1831).—Fabre: *San Cipriano y la Iglesia de Cartago:* Paris, 1848.

EDICIONES. Las mejores son las de Balucio, 1710, y D. Prudencio Maran, benedictino de San Mauro, 1726, Paris, y la de Migne, 1844, en Paris.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Cipriano.

San Cipriano, Obispo de Cartago, nació á principios del siglo III, de una familia rica, senatorial, de aquella ciudad. La educacion que recibió en la escuela imperial de Cartago desenvolvió su gusto por la literatura clásica y el talento oratorio. Creyó que la enseñanza de la retórica era su vocacion, y, en efecto, tenia cuanto podia darle autoridad é influencia en esta carrera: nombre, fortuna, elegancia en sus maneras, y el don de la palabra. Por lo demas, las costumbres eran las de su siglo, y no traspasaban la medida ordinaria de la moralidad de las altas clases paganas. Cipriano pareció echarlo de ver, y más bien fue una necesidad de su alma elevada que una simple curiosidad lo que le hizo entrar en relaciones continuadas con un venerable sacerdote, llamado Cecilio, habitante en la misma casa que él. Cecilio le esplicó la doctrina cristiana, y le animó á que leyese la Sagrada Escritura. La palabra de verdad encontró en Cipriano un corazon afectuoso y un talento capaz de comprenderla. Una lucha interior se declaró en esta naturaleza generosa, y se terminó, despues de una larga resisten-

cia, con la derrota del hombre viejo. Convertido Cipriano, vendió sus bienes, que distribuyó á los pobres (1); se consagró á una castidad perpetua, y recibió el santo Bautismo por el año 245. Tomó, por reconocimiento á su maestro, el nombre de Cecilio. El mismo habla de su renacimiento espiritual en la carta que poco despues dirigió á Donato (2).

Cipriano se entregó con ardor al estudio de las sagradas letras y de la literatura cristiana. Escribió entonces su tratado *De Idolorum vanitate*, y sus tres libros *Testimonia adversus judeos*, en los cuales defendió con elocuencia y habilidad, aunque sin originalidad, la verdad que habia reconocido contra los enemigos del nombre cristiano, que combatian entonces el Evangelio. Leia, sobre todo, los escritos de Tertuliano (3), á quien apellidaba el maestro. *Da magistrum!* décia á sus servidores pidiendo las obras del severo africano.

El pueblo cristiano, muy contento de haber conquistado un hombre del talento de Cipriano, le designó bien pronto para el sacerdocio, y á la muerte del Obispo Donato, á pesar de la resistencia de algunos sacerdotes, le eligió unánimemente para la iglesia de Cartago, el año 248 (4). La cólera de los paganos fue igual á la alegría de la comunidad cristiana, porque aquellos sentian la pérdida, como esta presentia todo lo que ganaba. Así es que apenas la persecucion de Decio estalló hácia el año 250, cuando los paganos, ebrios de furor, se pusieron á gritar en el anfiteatro: «¡Cipriano á los leones!» El Obispo huyó, no por temor de su vida, y su muerte fue prueba de ello, sino por prudencia cristiana, como en otro tiempo Clemente de Alejandría y otros santos personajes. Aprovechó estos dias de soledad y recogimiento para adelantar en las vias de perfeccion y adquirir ese espíritu superior que tan alto le coloca entre los Doctores de la Iglesia.

En efecto: el Episcopado, digno heredero del Apostolado, despues de haber triunfado de los ataques de la herejía por la fidelidad de la fe, la inteligencia en la doctrina y la union en la disciplina, vió deslizarse en su seno un principio disolvente que partia de dos diferentes lados: de fuera, el montanismo, que á la sucesion apostólica, tan conforme á la esperiencia y á la humana naturaleza, pretendia sustituir una sucesion fundada en los dones estraordinarios del espíritu, y rechazaba la de los Obispos, como destituida de

---

1) San Gerónimo en su comentario en el libro de *Jonás*, cap. IV, vers. 6.
(2) Cap. III.
(3) San Gerónimo: *Varones ilustres*, cap. LIII.
4) Su carta quinta.

la consagracion del espíritu apostólico. De dentro, por una parte la pretension análoga al orgullo de los montanistas, que hacia decir á varios confesores y mártires escapados de la última persecucion de Decio, que los mártires tenian méritos que les permitian hacer ciertas cosas que no pertenecian más que al Obispo, y por consiguiente á la Iglesia: por otra parte, la vanidad herida de algunos sacerdotes que ofrecieron el primer ejemplo de Obispos intrusos, opuestos á los legítimamente elegidos, y que paliaban su ambicion turbulenta, segun las circunstancias, haciendo alarde tan pronto de un rigorismo escesivo como de una dulzura y condescendencia exageradas.

San Cipriano pensaba, escribia y obraba segun el siguiente principio, espuesto en la más importante de sus obras, *De Unitate Ecclesiæ:* «Prohibicion absoluta á los cristianos que en calidad de mártires se abrogaban el derecho de su jefe de recibir en la comunidad de la Iglesia á los que habian faltado á la fe durante la persecucion de Decio.»

La obra de San Cipriano, *De Lapsis,* fecundísima en investigaciones arqueológicas, trata esta materia de un modo esplícito, sólido y con calor, y muchas de las cartas del Santo Obispo se refieren al mismo asunto. Con todo, los nuevos principios de disciplina eclesiástica sostenidos por los primeros cismáticos no servian más que de capa á planes ambiciosos que alimentaban casi simultáneamente en Cartago Novato, y en Roma Novaciano, jefes ambos de un partido compuesto de sacerdotes descontentos, contra sus legítimos Prelados San Cornelio y San Cipriano.

Esta manifestacion sediciosa y llena de peligros atrajo toda la atencion del Obispo de Cartago. Del mismo modo que veia el orígen de todas las herejías y de todos los cismas en el menosprecio que se hacia del Obispo legítimo, así tambien consideraba como el más eficaz remedio para prevenir y destruir el cisma la union íntima de la corporacion de los Obispos. A esta condicion va unida la conservacion del cristianismo. Por eso puso todo en movimiento para obtener de los Obispos de Africa una declaracion unánime contra Novaciano (1), y en igual sentido obró contra Novato y sus parciales en el sínodo de Cartago del año 251. La obra ya citada *De Unitate Ecclesiæ*, y una serie de cartas, fueron el resultado de esta viva controversia, que aun no estaba enteramente apaciguada cuando el grande y Santo Obispo tuvo una ocasion estraordinaria de manifestar á su Iglesia y paganos de Cartago su heróica abnegacion: sobrevino la peste, haciendo en Cartago estragos enormes. Todo el

(1) Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. VI, cap. XLIII.

mundo huyó: no se queria cuidar á los enfermos; Cipriano invitó á los fieles á ayudarse mutuamente unos á otros, y á sacrificarse aun por los paganos, heridos como ellos por el azote. Las palabras y ejemplo del Santo Obispo despertaron su fe, y los cristianos dieron á los paganos los más irrefragables testimonios de valor y abnegacion.

Mientras el Emperador Valeriano decretaba la persecucion contra los cristianos, el sabio Obispo supo aprovechar este plazo para consolidar la paz interior de la Iglesia, reuniendo varios Concilios, que obraron eficazmente en este sentido.

Pero sucedió entonces que el que habia tan vivamente combatido por la unidad se creyó obligado á sostener una ardiente lucha contra el Jefe mismo de la Iglesia, el Papa San Estéban, con motivo de la *validez del bautismo de los herejes*.

La cuestion que se suscitó sobre si los que habian sido bautizados por los herejes lo habian sido válidamente, ó á su vuelta á la Iglesia era menester rebautizarlos, fue resuelta por la Iglesia romana y algunas otras en favor de la validez de estos bautismos, dando por motivo la práctica y la tradicion (1). No admitia San Cipriano que los herejes pudieran trasmitir lo que no tenian, esto es, la fe; que pudiesen dispensar el don del Espíritu Santo, que no los animaba; que pudiesen dar hijos á la Iglesia los que rompian el lazo de la filiacion espiritual y de la unidad eclesiástica. «Ellos han abandonado la fuente de la vida, dice, y pretenden distribuir las aguas saludables del Bautismo. Toda tradicion no es una prueba valedera; solo tiene autoridad la que está de acuerdo con el principio y orígen de la verdad. Una costumbre eclesiástica sin esta verdad, no es más que un error tradicional.» Como se ve, San Cipriano buscaba un motivo dogmático. ¿Quién podria vituperar á San Cipriano, partiendo del punto de vista desde el cual juzgaba todas las cosas, y que con él compartian muchas Iglesias de Oriente, haber creido que era un deber atraer á mejor acuerdo á su colega en el Episcopado, como en otro tiempo San Pablo habia creido hacerlo con San Pedro? Es verdad que en esta controversia San Cipriano empleó tanta pasion, que casi pudiéramos decir, con un sabio teólogo, que no se encuentra á Cipriano en Cipriano, pero se le reconoce del todo con su espíritu de paz, de dulzura y caridad evangélica en sus últimos escritos *De bono patientiæ* y *De zelo et livore*, y en sus pacíficas y benévolas relaciones con el Papa San Sixto,

(1) Prudencio Maran: *Prefacio á las obras de San Cipriano.*

sucesor de San Estéban; y si no consta que corrigió su opinion, es muy probable que lo hiciera (1).

Una carrera tan ilustre debia terminar por una muerte más gloriosa aun. Cipriano fue desterrado á Cunubis á consecuencia del edicto de persecucion publicado por Valeriano. Despues de haberle momentáneamente vuelto á la libertad, el procónsul Máximo le hizo comparecer ante su tribunal, ordenó que fuese conducido á Septi, cerca de Cartago, donde debia ponerse en ejecucion el decreto de muerte pronunciado contra él. Todo el pueblo cristiano y una multitud de paganos le acompañaron en este viaje supremo. Cipriano hizo su última oracion, se vendó él mismo los ojos, é hizo se pagaran al verdugo veinticinco piezas de oro. Los cristianos tendieron alrededor lienzos para recibir la sangre del nuevo mártir, que bien pronto corrió en abundancia, habiendo el verdugo con mano temblorosa cortado la cabeza del primer Obispo mártir de la Iglesia de Africa, el dia 14 de Setiembre del año 258 (2).

ARTÍCULO II.

Division de los escritos de San Cipriano.—Sus cartas.

Las obras de San Cipriano, aunque son muchas, pueden dividirse cómodamente en dos clases, á saber: en cartas y opúsculos. Los segundos se dividen en apologéticos y morales. Las cartas las comprendemos en siete grupos, y de ellas hablaremos en este artículo.

Las mejores ediciones traen ochenta y tres cartas, aunque solamente sesenta y seis pertenecen á San Cipriano, porque las restantes, ó son dirigidas á este Santo ó al clero de Cartago. En ellas se tratan muchas é importantes materias, como se verá por el breve exámen que vamos á hacer.

1.° La primera carta es la dirigida á su amigo Donato poco despues de su conversion; está escrita con suma elegancia, y describe admirablemente en ella lo que era antes del Bautismo y el cambio que la gracia ha obrado en él.

2.° Todas las demas cartas las escribió siendo Obispo; en ellas da á conocer su celo, ya procurando que se conserve la buena doctrina, ya velando por las buenas costumbres y la disciplina, y ya tambien estendiendo su solicitud á otras Iglesias.

3.° La caridad y celo de San Cipriano por el rebaño enco-

(1) San Agustin, Epist. 93, y *Del Bautismo*, contra Donato, lib. II, números 5 y 6.
(2) Ruinart, part. 2.ª, pág. 13.

mendado á su cuidado brilló de una manera especial durante las tres persecuciones que afligieron á la Iglesia en tiempo de Decio, Galo y Valeriano, á cuya época pertenece el mayor número de sus cartas.

4.° Las persecuciones dieron orígen á un nuevo género de cartas. Era costumbre en la Iglesia que se mitigase la penitencia, á juicio del Obispo, de los caídos que alcanzaban algun libelo de recomendacion de los mártires; pero en la persecucion de Decio hubo algunos abusos acerca de esto, ya concediéndolos en nombre de los que habian muerto, ya exigiendo la reconciliacion con la Iglesia sin penitencia alguna: de manera que no solo se relajaba con esto la disciplina eclesiástica, sino que tambien se despreciaba la autoridad de los Obispos. Con este motivo San Cipriano escribió muchas cartas, para hacer ver que si bien queria que se guardase la buena costumbre de dar los libelos, no podia consentir que se faltase á la disciplina de la Iglesia y no se respetara la autoridad de los Obispos.

5.° Algunos presbíteros y legos de la Iglesia de Cartago tomaron pretesto de la cuestion de los *lapsos* para escitar un cisma y poner un Obispo intruso. San Cipriano los separó de la comunion de la Iglesia, y con esta ocasion escribió diferentes cartas, y en particular al Romano Pontífice.

6.° Con motivo de las disidencias ocurridas en Roma á la eleccion del Pontífice San Cornelio, los descontentos nombraron primer antipapa á Novaciano, que se distinguió por su rigor contra los *lapsos*, hasta el punto de separarlos para siempre de la comunion de la Iglesia. San Cipriano, apenas tuvo noticia de la cuestion, se puso de parte del verdadero Pontífice, y escribió á muchos confesores, que seguian el partido de Novaciano, para que no destrozasen la unidad de la Iglesia, teniendo el placer de verles abandonar al cismático.

7.° Suscitada la cuestion acerca de la validez del Bautismo dado por los herejes, San Cipriano, con los demas Obispos africanos, sostuvo la negativa, y en muchas cartas y con todas sus fuerzas trató de defender su opinion.

ARTÍCULO III.

Tratados apologéticos contra gentiles y judíos.

1.° *El libro de la vanidad de los ídolos.* En este libro, que Erasmo (1) cree que no es más que un fragmento de una obra más estensa, prueba San Cipriano que los ídolos no son

(1) Edicion de las obras de San Cipriano, 1520, en Basilea.

dioses, y que bajo sus imágenes se ocultan los malos espíritus. Luego demuestra que no hay más que un Dios, criador y gobernador de todas las cosas, y enseña en una breve relacion histórica cuán verdadera es la doctrina de los cristianos, y cómo se da la salud á los que creen en él.

2.° El libro contra el sofista Demetrio. Esta obra es una escelente apología de la Religion. Los gentiles tenian la costumbre de imputar á los cristianos todos los males públicos, porque, segun decian ellos, sus dioses estaban irritados. San Cipriano les hace ver que todas las calamidades públicas eran, por el contrario, castigo del Dios verdadero contra la idolatría, la corrupcion y la crueldad de los gentiles.

3.° Tres libros de *los testimonios contra los judíos*. En ellos propone San Cipriano algunas tésis, que confirma con testimonio de la Sagrada Escritura. En el primer libro manifiesta que la reprobacion de los judíos habia sido merecida, y que en su lugar estaba el cristianismo, que se componia de hombres procedentes de todos los pueblos. Con este motivo les hace ver que sus Profetas habian cesado y que todo era nuevo en el mundo; de manera que si querian conseguir la salvacion, debian entrar en la Iglesia. En el libro II trata del misterio de la Encarnacion, y prueba que ya se cumplió, como estaba anunciado en la Sagrada Escritura, y que esto es lo primero en que deben creer. En el III pone un breve compendio de los preceptos más á propósito que se contienen en la Escritura para reforma de las costumbres, y cuya lectura recomienda mucho.

ARTÍCULO IV.

Tratados de moral y disciplina.

1.° El tratado de los *lapsos*. Este libro lo escribió poco despues de la persecucion de Decio, y antes de las cuestiones que se suscitaron con motivo de las frecuentes apostasías de algunos cristianos débiles, á quienes se llamó por eso *lapsos* ó *caidos*. Despues de tributar grandes alabanzas á los confesores, manifiesta su dolor por el gran número de caidas; señala las causas, y presenta á la vista la gravedad de ese delito. Luego se queja de los presbíteros, que los recibian á la comunion con demasiada facilidad, y por fin exhorta á los que habian tomado los libelos, á la confesion y á la penitencia.

2.° El libro de *La unidad de la Iglesia*. Esta obra fue escrita cuando estalló el cisma de Novaciano, en que tomaron parte algunos confesores de Roma, por cuyo motivo la diri-

gió á ellos, á fin de apartarlos del cisma y de la herejía. Este libro es una exhortacion á todos los fieles, y en especial á los confesores, para que no rompiesen la unidad de la Iglesia, fundada por Jesucristo sobre San Pedro, fuera de la cual no hay salvacion; que no es más que una sola, cuya unidad estaba prefigurada en la Sinagoga, haciéndole ademas ver que el diablo es el autor del cisma, como enemigo del género humano. Despues refuta las falsas razones en que se apoyan para defender la separacion, tomadas del número y calidad de las personas que seguian el cisma; y, por último, escita á los cismáticos á que vuelvan á la unidad de la Iglesia, y amonesta á los fieles á que conserven esta unidad con obras dignas de su vocacion.

3.° El libro de *La mortandad*. Este tratado es una prueba evidente de que nunca falta ni puede faltar en la Iglesia el espíritu de Tobías. Hubo en Africa una peste horrorosa; morian muchísimas personas, y los cadáveres quedaban insepultos en las casas, en los campos y aun en las calles. San Cipriano publicó entonces su libro con el objeto de escitar á los ricos para que contribuyesen con su dinero, y á los pobres para que ayudasen con su trabajo á dar sepultura á todos los cadáveres, sin distincion alguna, fuesen de cristianos ó de gentiles. San Cipriano muestra aquí cuán universal es la caridad de la Iglesia, y cuán necesaria es en todas las calamidades de la vida.

4.° La *Carta á Fortunato exhortando al martirio*. Cuando la persecucion de Valeriano amenazaba al Africa, el Obispo Fortunato rogó á San Cipriano que escribiese una exhortacion, basada en los testimonios de la Escritura, para preparar el ánimo de los fieles. San Cipriano accedió gustoso, y la escribió poco antes de su muerte. Es un libro en el cual se hallan la fe y la prudencia que aconseja Jesucristo. Tertuliano, muy severo en este punto, condenaba á los fieles que huian de la persecucion. San Cipriano, más prudente, esponiendo la doctrina de la Iglesia, condenaba á los apóstatas, sin reprobar la conducta de los que se encerraban en las catacumbas para no ser hallados por los perseguidores.

5.° El libro de *La Oracion dominical*. Despues de recomendar esta oracion y manifestar las disposiciones para orar, hace una esposicion de sus peticiones. Por último, propone á Jesucristo como modelo del que ha de orar; y aunque indica el tiempo en que se ha de hacer la oracion, dice, sin embargo, que el cristiano debe orar siempre.

6.° *El libro de las obras de misericordia*. En él recomienda la misericordia y las limosnas con ejemplos de la Sagrada Escritura, y destruye las escusas que alegan para

no hacerla. Este libro no necesita de más esplicacion. Todo está dicho con indicar que la obra es digna del título que lleva.

7.° *El libro de la paciencia.* San Cipriano distingue en él la paciencia verdadera de los cristianos, de la falsa de los filósofos. Despues recomienda esta virtud, manifiesta su necesidad, y espone los males que trae la impaciencia. Este libro fue escrito en lo más fuerte de la controversia acerca del bautismo de los herejes. Por esto admira, aun más que el título de la obra, la doctrina que contiene. Todo el mundo conocia la opinion de San Cipriano; su amor propio se hallaba sumamente interesado en esta cuestion, y sin embargo, en el mismo tiempo que llegó á Cartago la reprobacion de San Estéban, publicó San Cipriano este tratado.

8.° *El libro del celo y la envidia.* En toda la obra se trata de los males que causa la envidia, y despues de manifestar que el diablo es su autor, enseña cuánta sea su malicia interna y los efectos que causa en el envidioso y en el envidiado, y lo contrario que este vicio es al espíritu del Evangelio. Por último, para evitar sus males, exhorta á la caridad, que tiene su orígen en Dios.

9.° *El libro del ornato de las vírgenes.* Despues de alabar á las vírgenes, les dice que no se han de gloriar ni en el ornato, ni en la hermosura del cuerpo, y les exhorta á que sean castas y honestas en sus corazones.

ARTÍCULO V.

Obras dudosas y apócrifas.

Ademas de las obras genuinas de que acabamos de tratar, y que todas ellas han sido reconocidas por los antiguos como de San Cipriano, hay algunas de las cuales los eruditos dudan que sean suyas, y otras que todos consideran como apócrifas.

Las dudosas son las siguientes:

1.° *Una carta sobre la disciplina y del bien de la honestidad.* En ella su autor exhorta á guardar la honestidad, no menos por los que han contraido matrimonio que por los que guardan la castidad, á cuyo fin les propone el ejemplo de José y de Susana. El estilo de esta carta es distinto del de San Cipriano.

2.° *El libro en alabanza del martirio.* Despues de una introduccion altisonante en que es difícil comprender su sentido, el autor trata estos tres puntos: qué sea el martirio,

cuán importante es, y cuánto aprovecha. Luego escita á los confesores al valor en los tormentos.

3.° *El libro de los espectáculos.* Esta obra no es en manera alguna indigna de San Cipriano, ni por su elocuencia, ni por su vigor evangélico. En ella exhorta á los cristianos á que se aparten de los espectáculos paganos, no menos porque son idolátricos que por las torpezas que en ellos se cometen, y ademas contesta á los pretestos que alegan los concurrentes.

4.° *El tratado contra el hereje Novaciano.* En él dice que á los lapsos no se les ha de quitar la esperanza del perdon, y lo prueba con el ejemplo del Arca de Noé y con muchos testos de la Sagrada Escritura.

5.° *El libro de la exhortacion á la penitencia.* En este opúsculo se observa el mismo método que en el libro de los *Testimonios de San Cipriano*, aunque solo se trata de la tésis siguiente: «Por la penitencia se perdonan todos los pecados al que de veras se convierte á Dios.» Para demostrarlo solo se alegan testos de la Escritura.

Despues de estas obras dudosas están las apócrifas, las cuales son: 1.ª *El tratado de los jugadores.* 2.ª *De los montes Sinaí y Sion.* 3.ª *De las obras principales de Jesucristo.* 4.ª *Del celibato de los clérigos.* 5.ª *Un tratado contra los judíos.* 6.ª *El libro de la revelacion de la cabeza de San Juan.* 7.ª *Del doble martirio de Fortunato.* 8.ª *El tratado de los doce abusos del siglo.* 9.ª *La disposicion de la Cena.* 10.ª *La confesion, ó sea la penitencia de San Cipriano.* 11.ª *La doble oracion de San Cipriano.* Y 12.ª *Algunos versos*, etc. (1).

ARTÍCULO VI.

Carácter, estilo y doctrina de San Cipriano.

San Cipriano, no solo trató admirablemente los dogmas cristianos, sino que ademas procuró formar á los fieles segun la norma del Evangelio. En las materias pertenecientes á la fe, si se esceptúa la cuestion del bautismo dado por los herejes, sus escritos están libres de todo error, mereciendo que San Agustin le llame *Doctor egregio.*

Sus obras son imágen de su gran espíritu y de su noble corazon: no nos hacen penetrar en lo profundo de las teorías teológicas, pero nos manifiestan la riqueza, la economía íntima y la organizacion de la Iglesia. En esta esfera,

(1) Véase á Prudencio Maran en la *Vida de San Cipriano*, y á Lumper, part. 11, pág. 366.

más práctica que teórica, el santo doctor sabe desenvolver sus ideas con una vivacidad de sentimiento, una claridad de esposicion, una belleza de lenguaje, que recuerdan la forma de los tiempos clásicos, y que, tanto por el valor del fondo, como por los encantos del estilo, les valieron pronto gran número de lectores y de entusiastas alabanzas de Lactancio, San Gerónimo, San Agustin y San Vicente de Lerins (1).

San Cipriano es quizá el más notable de los Padres de esta época, por su elegancia en el decir: sus oraciones enseñan, agradan y persuaden, no siendo fácil discernir en cuál de estas cosas sobresaliera más.

De su doctrina citaremos aquí algunos de los puntos que se contienen en sus escritos.

1.° Ademas de sostener la doctrina de la Iglesia acerca de sus *notas, dotes y propiedades,* etc., enseña el pecado original y el bautismo de los niños. (Ep. 55.)

2.° El libre albedrío. (Ep. 55.)

3.° Que son necesarias las buenas obras, ademas de la fe. (*Tratado de la unidad de la Iglesia,* pág. 348.)

4.° El sacramento de la Confirmacion. (Ep. 73.)

5.° El de la Eucaristía. (Ep. 63, y en el *Libro de los lapsos,* pág. 333.)

6.° La confesion de los pecados. (*Libro de los lapsos.* pág. 341.)

7.° La intercesion por los difuntos. (Ep. 66.)

---

(1) *Diccionario enciclopédico de Teología.*

CAPÍTULO VII.

SAN DIONISIO DE ALEJANDRÍA.

FUENTES. Eusebio de Cesárea, libro VI, cap. XXXV, y en el libro VII.—San Atanasio: *De los decretos del Concilio de Nicea*, núm. 25.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXIX.—Focio: *Codex* 232.

AUXILIARES. Gallandi: *Bibliot.*, tomo III, proleg., cap. XI. —Ceillier, tomo III, cap. IX, pág. 241.—Ruinart, tomo I, página 396.—Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 7.°, pág. 278.—J. H. Ostermeyer: *Disertacion histórica de San Dionisio*, 1736.—El *Diccionario enciclopédico de Teología*.—Mochler: *Patrología*.

EDICIONES. Gallandi: *Bibliot.*, tomo III, página 479, y tomo XIV.—*Apéndice*, pág. 110.—D. Simon de Magistris: Roma, 1796.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Dionisio de Alejandría.

San Dionisio, Obispo de Alejandría, en Egipto, nació en esta ciudad hácia el año 190. Frecuentó primero las escuelas paganas, sin haber logrado en ellas satisfacer las necesidades de su inteligencia. Leyendo las Sagradas Escrituras fue como su ardiente sed de verdad empezó á calmarse. Mientras que su espíritu se animaba en esta lectura, tambien se animaba su corazon. Despreciando las ventajas que su nacimiento y mérito le ofrecian, renunció al paganismo, y se hizo cristiano. La escuela catequística de Alejandría le inició en la teología cristiana; Orígenes y Heraclio fueron sus maestros; y al ser este promovido á la Silla episcopal de Alejandría, Dionisio le reemplazó como catequista (1). A la muerte de Heraclio, el clero le eligió unánimemente Obispo de Alejandría.

Apenas fue promovido al Episcopado, cuando apareció el

(1) Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. VII, cap. VII.

edicto de persecucion de Decio (250). Dionisio fue desterrado al pequeño pueblo de Faboris; pero los cristianos del pais, informados de su llegada, vinieron á libertarle, y le llevaron á una soledad de la Libia, en donde permaneció seguro. Desde allí continuó dirigiendo su diócesis por cartas que llevaban animosos é intrépidos sacerdotes.

Terminada la persecucion, Dionisio volvió á Alejandría, donde supo el cisma suscitado en Roma con motivo de la cuestion de los *lapsos* y eleccion de San Cornelio. Novaciano solicitó de San Dionisio que reconociera su autoridad; pero San Dionisio rechazó al antipapa (1); y despues de haber reunido el Concilio de Alejandría para restablecer la unidad, se vió obligado á dirigir toda su solicitud hácia un error que se estendia por su diócesis, y que, sin ser nuevo, se presentaba muy amenazador. Un Obispo egipcio, llamado Nepoz, habia propuesto la doctrina de Cerinto, apoyándola en un libro titulado *Confutacion de las alegorías*. Este escrito obtuvo un éxito rápido, y ya habia producido division en algunas comunidades cristianas cuando San Dionisio, con su libro *De las promesas*, consiguió que Nepoz y sus partidarios volviesen á la fe de la Iglesia (2).

San Dionisio contribuyó tambien á apaciguar la controversia del bautismo de los herejes. Hácia la misma época, otro error despertó su solicitud. Por los años 250 y 260 esparció con estremada habilidad Sabelio su error antitrinitario; Dionisio se declaró contra él (3), y enteró al Papa Sixto II de lo que pasaba. Dionisio, combatiendo á Sabelio, habia dicho que el *Hijo* era una cosa criada, no en el sentido arriano, sino en cuanto era personalmente distinto, y algunos fieles de Roma lo acusaron al Pontífice. Este escribió á San Dionisio participándole la acusacion que pesaba sobre él, y con este motivo escribió algunos libros, y al Papa esplicando sus palabras (4).

Mientras estallaban estas luchas dogmáticas, Dionisio y su iglesia eran asaltados por otras tempestades. Valeriano, favorable en un principio á la Iglesia, se decidió á perseguir á los cristianos, instigado por su favorito Macrino. Esta persecucion alcanzó desde luego á San Dionisio, que fue desterrado á la Libia; pero el Santo Obispo tuvo el consuelo de ver nacer en derredor suyo una floreciente comunidad cristiana. Esto fue causa de trasladarlo á una region más desierta, pero más próxima á Alejandría, lo que le permitia

(1) Eusebio, lib. VI, cap. XLIV.
(2) Eusebio, lib. VII, cap. XXIV.
(3) Teodoreto: Hereg. Fab., lib. II, cap. IX.
(4) San Atanasio: *De la sentencia de San Dionisio*, pág. 13.

dirigir más familiarmente á su iglesia. A la caida de Valeriano volvió á Egipto; pero desde mucho tiempo no hacia más que cambiar un dolor por otro. Alejandría fue en el reinado de Galieno el teatro de una sangrienta guerra civil, y víctima de un azote devastador. La peste reinaba con tanto furor, que el temor habia llegado á apagar entre los habitantes paganos todo sentimiento de compasion y toda solicitud para con los enfermos. El heróico Obispo despertó el ánimo de los fieles, y la descripcion que nos hizo prueba la virtud divina que reposa en el cristianismo.

Despues del año 260, Pablo de Samósata, Obispo de Antioquía, resucitó los errores de Ebion, diciendo que Jesucristo era puro hombre, y que el nombre de *Hijo de Dios* lo tenia por sus buenas obras. San Dionisio se declaró contra este error para defender de nuevo la divinidad de Jesucristo (1), y procuró reunir un Concilio en Antioquía para condenar á Pablo. Antes que se terminase esta cuestion y de poder asistir al Concilio, murió San Dionisio el año 265 (2).

ARTÍCULO II.

Escritos de San Dionisio.

San Dionisio escribió muchas obras, segun San Basilio (3); pero la mayor parte de ellas se ha perdido. Las pocas que han llegado hasta nosotros se pueden dividir en libros y cartas. De los libros apenas queda uno íntegro, de los cuales citaremos los siguientes:

1.° Un comentario breve sobre el *Principio del Eclesiastes*. Esta esposicion, que abraza desde el cap. I hasta el versículo 11 del III, contiene unos breves *escolios*, dirigidos á ilustrar los versículos en que hay alguna dificultad, y son como una clave para la inteligencia de todo el libro.

2.° El libro *Del Martirio*, dirigido á Orígenes. Fue escrito en la persecucion de Decio. En los fragmentos que quedan desprecia los males presentes por su poca duracion, y despues presenta los ejemplos de paciencia de la Sagrada Escritura, y en particular de Nuestro Señor Redentor.

3.° Los *Libros sobre la naturaleza*. En los largos fragmentos que nos ha conservado Eusebio, se ve que van dirigidos contra los *epicúreos*, que negaban la Providencia y la creacion, atribuyéndolo todo á la fuerza de los átomos (4).

---

(1) San Epifanio, herejía 65.

(2) San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXIX.

(3) Carta 9.ª, núm. 2.

(4) La escuela *prehistórica* viene ahora presentando estos estravíos como una gran novedad científica.

Dionisio los refuta presentando á su vista el órden admirable del mundo, y sobre todo la naturaleza del hombre, y concluye manifestando que la creacion no fue un trabajo para Dios.

4.° *Dos libros de las Promesas*, escritos contra el hereje Nepoz: están llenos de erudicion. En los fragmentos que quedan del segundo libro combate á este hereje y sus errores, y pone en duda la autenticidad del *Apocalipsis*, sin que por esto rechace formalmente este libro.

5.° *Cuatro libros contra Sabelio.* En un estenso fragmento que queda de ellos demuestra contra ese hereje que la materia tiene orígen y que Dios se distingue de ella, contra lo que sostenia Hermógenes, de quien aquel habia tomado sus errores.

6.° Su *Apología al Papa San Dionisio.* Comprende cuatro libros, y en ellos espone su doctrina acerca de la Trinidad, para refutar las calumnias que le habian levantado. Desgraciadamente solo tenemos algunos fragmentos de estos libros.

De las cartas de San Dionisio, muchas se han perdido; pero otras las ha conservado Eusebio, ya enteras, ya en fragmentos, y se pueden dividir en canónicas y festales.

1.° *Cartas canónicas.* Estas son una especie de tablas, en las cuales se describen las varias clases de lapsos ó caidos, su diferente culpabilidad y la penitencia que deben hacer. Las cartas y el tratado de los lapsos son muy parecidos. Tambien existe otra carta del mismo San Dionisio, que trata de la hora en que concluye el ayuno del dia de la Pascua, concilia los Evangelistas acerca de la Resurreccion del Señor, resuelve la cuestion de si deben guardar continencia los cónyuges por mutuo consentimiento, y, finalmente, declara qué clase de inmundicia natural impide recibir la Eucaristía.

2.° *Las cartas festales* ó *pascuales.* Estas las escribió á su iglesia, ó las dirigió á algunos Obispos, acerca del dia en que ha de celebrarse la Pascua, y del tiempo en que ha de empezar el ayuno cuadragesimal. Tambien contienen algunos sermones, en los que exhorta á los fieles á celebrar la Pascua con alegría.

Las demas cartas de San Dionisio responden á las necesidades y circunstancias de su época, y son las siguientes:

1.° Siete cartas, en las cuales describe las persecuciones de su tiempo y el valor de algunos mártires de Alejandría; refiere ademas lo que á él sucedió, y se defiende por su fuga.

2.° *Cinco cartas á Novaciano* con el fin de separarlo del cisma y de refutar sus errores.

3.° *Tres cartas acerca del bautismo de los herejes*, en donde manifiesta su amor á la paz y espone al Pontífice sus dudas.

4.° *Dos cartas acerca de la reforma de costumbres.*

Finalmente, es de dudosa autenticidad la carta dirigida contra Pablo de Samósata, con las respuestas á las diez cuestiones del mismo hereje. Su autor prueba que no hay dos Cristos, y que en Cristo no habitó Dios precisamente por sus buenas obras, sino que antes de la Encarnacion vivia el Verbo Eterno, que se hizo hombre. Despues resuelve las dificultades de Pablo de Samósata tomadas de la Sagrada Escritura.

Cuando se considera, dice Mochler (1), la incesante actividad de San Dionisio, su ardor para convertir á los paganos, confirmar á los fieles, convencer á los cismáticos, su firmeza contra el error, su moderacion para con los espíritus estraviados, su amor á la Iglesia, todo su valor en el peligro, su perseverancia inquebrantable en la fe, su modestia cuando toda la cristiandad fija en él una mirada de admiracion, se comprende que su época no hizo más que pagarle una estricta deuda de justicia, llamándole *Dionisio el Grande* y el *Maestro de la Iglesia católica. Magister Ecclesiæ catholicæ.*

(1) *Patrología*, pág. 624

CAPÍTULO VIII.

SAN GREGORIO TAUMATURGO.

FUENTES. El mismo San Gregorio en su *Panegírico de Orígenes* (en Gallandi, tomo III, pág. 413).—Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. VI, cap. XXX, y en el VII, cap. XXV.—San Basilio: *Del Espíritu Santo*, núm. 74.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXV.—Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. IV, cap. XXVII.

AUXILIARES. Gallandi, tomo III, proleg., cap. IX.—Lumper, part. 13, sec. 5.ª, pág. 215.—A. J.: *Biblioteca Griega*, volúmen 7.º, pág. 249.—J. L. Boye: *Disertacion de San Gregorio*; Jena, 1709.—Mochler: *Patrología*.—El *Diccionario enciclopédico de Teología* ; y Fessler, tomo I, pág. 313.

EDICIONES. La de Ger. Boss, en Maguncia, 1604; en Paris, 1622; y más reciente que estas la que se contiene en el tomo III de las obras de Gallandi. En nuestros dias la de Migne.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Gregorio Taumaturgo.

San Gregorio, llamado antes Teodoro, y despues, por sus muchos milagros, el Taumaturgo, nació en Neo-Cesárea del Ponto de una distinguida familia pagana. El matrimonio de una hermana le llevó con Atenodoro, su hermano, á la Palestina, donde tuvieron ocasion de oir y conocer á Orígenes. Este, que desde su primera entrevista habia conocido su estraordinaria capacidad y disposicion para la virtud, no solo se constituyó en maestro de Gregorio y de su hermano, sino que ademas se hizo su infatigable custodio, y procuró, ante todo, inflamar á sus discípulos en el amor á la verdadera filosofía (1). Gregorio y Atenodoro fueron de tal manera impresionados por la luz que brillaba á sus ojos, que resolvieron abandonarlo todo, para ocuparse solamente del gran Dios á quien habian tenido la dicha de reconocer. Desgraciada-

(1) Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. VI, cap. III.

mente en 235, durante la persecucion de Maximino, viose Orígenes en la necesidad de huir á Capadocia.

Atenodoro regresó á su pais, pero Gregorio pasó á continuar sus estudios en Alejandría, como refiere San Gregorio Niseno, escitando la admiracion general, por la pureza de sus costumbres, cuando no era más que catecúmeno. Habiendo cesado la persecucion, volvió á Cesárea (235) para reanudar con Orígenes sus interrumpidos estudios. Probablemente en 239 fue cuando recibió el Bautismo, y tambien el tiempo en que se separó de Orígenes, á quien dedicó un panegírico pronunciado en público, y que se tiene como una obra maestra.

Provisto Gregorio de un tesoro de ciencia sagrada, regresó á su patria. Poco despues fue nombrado Obispo de Neo-Cesárea, á pesar de su resistencia (1). Desplegó tanto celo en su ministerio pastoral, que Dios, no solo coronó sus trabajos para que no quedase un pagano en toda su iglesia, sino tambien concediéndole el don de milagros, hasta tenerlo por un nuevo Moisés (2). A pesar de las dificultades de los tiempos, vivió tranquilamente en su iglesia hasta el año 270, en que murió (3).

ARTÍCULO II.

Escritos de San Gregorio Taumaturgo.

Cuatro son las obras reconocidas como de San Gregorio por los eruditos antiguos y modernos.

1.° *La oracion panegírica de Orígenes.* San Gregorio la escribió siendo aun muy jóven, y con el objeto de dar á su maestro una prueba de gratitud. En ella da primeramente gracias á Dios, y despues á Orígenes, por haber llegado al conocimiento de la verdad, y luego describe el método que se guardaba en las antiguas escuelas. Hace ver cómo la divina Providencia le iba señalando el camino, y cómo Orígenes le conducia por él. Finalmente, San Gregorio abraza en este libro todo lo que se puede decir de las virtudes y de los vicios. Está ademas escrito con suma elegancia, y lleno de erudicion; de manera que siempre fue tenido en mucho

(1) San Gregorio Niseno, discurso sobre la vida de este Santo.
(2) San Basilio: *Del Espíritu Santo*, núm. 74.
(3) Suidas, tomo I, pág. 498.

aprecio, y es de gran utilidad para el conocimiento de la doctrina católica (1).

2.° *La esposicion de la fe, ó sea el símbolo de la fe*, que recibió por revelacion de la Santísima Vírgen y del Evangelista San Juan, que se le aparecieron siendo ya Obispo (2), y cuyo autógrafo se conservó mucho tiempo en su iglesia. Este símbolo es una esposicion lacónica del dogma de la Santísima Trinidad, y un documento notable de la fe en este misterio.

3.° *Una metafrasis sobre el Eclesiastes.* Es muy corta, pero muy útil, como dice San Gerónimo (3). En ella espone en doce capítulos todo el libro, acomodándole á las capacidades de todos, para incitarlos á las buenas costumbres.

4.° *La carta canónica.* De todas las cartas que en otro tiempo corrian con su nombre, solo existe esta, dirigida á un Obispo del Ponto en 258, y reconocida por el Concilio Trulano *(in Trullo)*. En ella pone once cánones con importantes detalles sobre la disciplina penitenciaria, escrita con ocasion de las invasiones de los godos y escitas en el Asia, y particularmente en el Ponto, en cuya general perturbacion habia cristianos que compraban á los saqueadores su inicuo botin. Consultado San Gregorio por un Obispo del Ponto acerca de la penitencia que se debiera imponer á estos culpables, contestó en su carta á estas y análogas dificultades.

Fuera de los libros mencionados, ninguno de los que se atribuyen á este Santo es auténtico: cuéntanse entre estos los siguientes: una esposicion de la fe, cuyo autor es un apolinarista; doce anatematismos con su interpretacion; cuatro homilías, de las cuales tres son de la Vírgen, y la cuarta de la Teofanía, y la disputa acerca del alma contra Taciano (4).

---

(1) Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. IV, cap. XXVII.
(2) San Gregorio Niseno: *Oracion de San Gregorio Taumaturgo.*
(3) *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXV.
(4) Véase Lumper, part. 13, pág. 306; y Fabricio, vol. 7.°, pág. 246.

CAPÍTULO IX.

SAN METODIO.

FUENTES. San Epifanio, herejía 64.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXXXIII.—Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. VI, cap. XIII.—Focio: Cod. 162.

AUXILIARES. Leon Atlacio Diatú: *De los escritos de San Metodio*, 1656.—Ceillier, tomo IV, cap. I.—Galland., tomo III, proleg., cap. XX.—Lumper, part. 13, sec. 7.ª, cap. I.—J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, volúmen 7.°, pág. 260.

EDICIONES. La de Fr. Convefisio: Paris, 1644.—La de Leon Atlacio: Roma, 1656, y despues la de Posino: Paris, 1657. La mejor de todas es la que trae Galland. en el tomo III, pág. 670.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Metodio.

A San Metodio se le conoce tambien, segun San Gerónimo (1), con el nombre de Eudulio, seudónimo que sin duda adoptó para ocultar su nombre en su preciosa obra titulada *El festin de las diez vírgenes*. Nada se sabe de su nacimiento, que debió ser en la segunda mitad del siglo III. Del obispado de Olimpo, puerto marítimo de Licia, fue trasladado al de la ciudad de Tiro, en donde se distinguió por sus virtudes y privilegiada elocuencia. Su celo por la salvacion de las almas le atrajo el odio de los paganos. San Gerónimo refiere que sufrió el martirio en Cálcide de Grecia, por los años 312, aunque sin decir sus circunstancias.

ARTÍCULO II.

Obras de San Metodio.

Los escritos de este Padre fueron muy ponderados por los antiguos, tanto por sus certeros argumentos contra los

(1) *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXXXIII.

enemigos de la verdad, como por la claridad en la esposicion de los dogmas y el espíritu evangélico que respiraban. Las obras que han llegado íntegras hasta nosotros son las siguientes:

1.ª *El festin de las diez vírgenes*, ó sea de la castidad. En este libro siguió las huellas de Platon (1), no para manifestar su erudicion imitando su elegancia, aunque no hay duda que este escrito es más bello que el de aquel, sino más bien para dar á conocer la doctrina cristiana á los gentiles acerca de la castidad, á fin de que la abrazasen, en oposicion á lo que hizo Platon. El principal argumento de esta obra es la castidad, y hace ver que uno de los triunfos más notables que ha obtenido la filosofía cristiana sobre la griega, lo ha conseguido con esta virtud. Figúrase un convite al que asisten diez vírgenes, que hablan entre sí sobre la castidad. Despues de una elegante introduccion, que es la primera conversacion, en la segunda y tercera recomienda esta virtud por su escelencia, haciendo ver que su práctica conduce á los hombres á Dios; y para que esto no se entendiese mal, añade que la intencion de San Pablo al hablar de esta virtud no era rebajar al matrimonio, pues antes bien realzaba su dignidad, como el mismo Apóstol lo enseña, comparando esa mision con la de Cristo y su Iglesia, aunque lo posponga á la castidad en escelencia. En la cuarta manifiesta que la castidad es la causa de todos nuestros bienes, porque nada hay más eficaz para volver á los hombres al paraiso perdido y reparar de algun modo la inmortalidad, reconciliándolos con Dios. Dice en la quinta que la virginidad es la ofrenda más hermosa que puede hacer el hombre á su Criador; en la sesta que por la continencia pasa el alma á ser la esposa del Hijo de Dios y se prepara para los premios eternos, y en la sétima presenta á Jesucristo como modelo de pureza. Demuestra en la octava que las ventajas de esa virtud no se conocen tanto en esta vida como en la futura, y que su práctica no es imposible; en la novena manifiesta cuán agradable es á Dios esa virtud; en la décima dice que nada aprovecha tanto á la virtud como la castidad; y finalmente, en la undécima, *Arete* (la virtud), presidenta del convite, espone en qué consiste la verdadera virginidad, y con un magnífico himno en alabanza de esta virtud pone fin á la obra.

No hay en toda la antigüedad un escrito que dé razon mas exacta de la moral cristiana, en parangon con la gentílica, que esta obra de San Metodio, y que mejor haga ver la escelencia de la primera sobre la segunda.

---

(1) La forma esterior y el número de las personas que hablan guardan mucha semejanza, pero la materia es completamente distinta.

2.ª *La obra del libre albedrío*, dirigida contra los valentinianos y origenistas; pero de ella solo existe una tercera parte. Fue escrita en forma de *diálogo*, en que habla el hereje Valentino y un cristiano acerca de la cuestion del orígen del mal. Manifiesta en ella que el mal no es coeterno con Dios, y que El no es su autor, pues su única causa es el abuso de la libertad ó la desobediencia del hombre á su Dios, que le crió libre para que eligiera entre el bien y el mal.

3.ª *El libro de la resurreccion.* Fue escrito contra Orígenes, y la mayor parte se ha perdido. Tambien está en forma de diálogo, en donde figuran Metodio y Ausencio con los origenistas Proclo y Aglafonte, que disputan entre sí. En él se prueba contra Orígenes la resurreccion de los muertos, y se contesta á las dudas que ponian los contrarios.

4.ª *El libro de las cosas criadas.* En este libro vuelve á disputar con Orígenes, como consta por lo poco que de él nos ha conservado Focio, y en él se queja de que los dogmas cristianos se arrojen á los paganos como las margaritas á los puercos, y despues le impugna porque hace á Dios coeterno con las criaturas, y contesta á sus argumentos.

Ademas de estas obras se atribuyen á San Metodio *los libros contra Porfirio* (1). Se tienen por dudosas dos homilías: la primera de *Simeon* y de *Ana*, y la segunda sobre las palmas del Domingo de Ramos (2). Son apócrifas las revelaciones de San Metodio y su cronicon (3).

El estilo de San Metodio es agudo é ingenioso en filosofía. Cuando interpreta el sagrado códice juega con las palabras de una manera brillante, oponiendo á las alegorías de Orígenes otras alegorías más bellas; y cuando habla de cosas serias se esplica por medio de sentencias, que están salpicadas de mucha gracia.

(1) Lumper, part. 13, pág. 465.
(2) Lumper, lug. cit.
(3) Lumper, id.

CAPÍTULO X.

DE OTROS PADRES Y ESCRITORES NOTABLES DEL SIGLO III Y PRINCIPIOS DEL IV.

ARTÍCULO PRIMERO.

San Anatolio de Alejandría, San Arquelao y San Pedro de Alejandría.

En el número de los Padres de esta época merecen referirse los siguientes:

1.° *San Anatolio de Alejandría.* Vivió por los años 270, fue Obispo de Laodicea, en Siria, y ocupó un lugar distinguido entre los sabios de su tiempo. Dejó algunos escritos muy apreciables, no solo entre los hombres piadosos, sino tambien entre los filósofos; pero solo ha quedado un volúmen acerca de la Pascua, en donde trata del tiempo en que se ha de celebrar.

2.° *San Arquelao*, Obispo de Mesopotamia. Floreció por los años 277. Muy notable por su piedad y erudicion, tuvo una disputa con el hereje Manés, que despues consignó en lengua siríaca; pero en tiempo de San Gerónimo (1) ya habia de él una traduccion griega. Es muy probable que el traductor griego no nos diese de ella más que un compendio, que es todo lo que queda. Los eruditos la aprecian, sin embargo, mucho, por los datos que suministra acerca de los maniqueos.

3.° *San Pedro de Alejandría.* Este Obispo padeció el martirio en la persecucion de Diocleciano, por los años 311, y dejó algunos cánones para el uso de los que en esta persecucion habian caido en la idolatría. En ellos describe cuidadosamente las circunstancias que pueden aumentar ó disminuir la culpa. Tambien escribió un libro acerca de la divinidad, del cual nos ha dejado un compendio el Concilio de Efeso.

---

(1) *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXXII.

ARTÍCULO II.

Cayo, presbítero romano; Julio, africano; Victorino, M. Minucio Félix, Arnobio, Lactancio y Julio Materno.

En este tiempo brillaron muchos varones, ilustres por su erudicion sagrada y profana, cuyas obras en parte han llegado hasta nosotros, pero muchas se han perdido. De estos escritores, unos combatieron á los herejes, otros espusieron la Sagrada Escritura, y muchos se distinguieron por sus escritos *apologéticos* contra los gentiles. Los más notables son los siguientes:

1.° *Cayo, presbítero romano.* Vivió á principios del siglo III, y fue discípulo de San Ireneo. Tres clases de escritos le atribuyen los antiguos: 1.° *El pequeño laberinto*, contra la herejía de Artemon y Teodoreto. 2.° El diálogo contra Proclo. Y 3.° El libro de la naturaleza del universo. De todos estos libros solo quedan algunos fragmentos.

2.° *Julio Africano.* Nació en Nicópolis de Palestina por los años 230. Su principal obra es una *Cronografía* ó sea *cinco libros* de los tiempos, en los cuales refiere, por órden cronológico, los hechos ocurridos desde el principio del mundo hasta el año 220 de Jesucristo; pero ya hace mucho tiempo que se perdió. Ademas tiene una carta á Orígenes, en donde le manifiesta sus dudas acerca de la autenticidad de la historia de Susana. Orígenes le contesta y refuta sus dificultades. Tambien escribió otra carta á Arístides, en la cual trata de la diferencia que hay en los Evangelistas acerca de la genealogía del Salvador; pero de ella solo queda una pequeña parte.

3.° *San Victorino.* De orador pasó á Obispo de Petabion, en Panonia, probablemente á principios del siglo IV. Solo nos quedan de sus muchas obras el *Tratado de la Fábrica del Mundo* y los *escolios* sobre el *Apocalipsis*, en donde ilustra los puntos más difíciles de este libro.

4.° *M. Minucio Félix*, abogado romano. Floreció á principios del siglo III. Escribió un diálogo titulado *Octavio*, y lo dividió en dos partes: en la una Cecilio habla en favor de los gentiles, y Octavio en la otra. Todas las objeciones que los gentiles hacian al cristianismo se encuentran en esta obra; pero tambien se hallan las pruebas de la Religion cristiana, espuestas con mucha ingeniosidad y suma elegancia.

5.° *Commodiano*, llamado el *Gaceo*, vivió en el siglo III, y tal vez sea oriundo del Africa. Escribió un libro en verso, titulado *Instrucciones contra los dioses de los gentiles en favor de la Religion cristiana*. En él exhorta á los gentiles y judíos á que abracen esta Religion, y despues pone muy buenas reglas morales para uso de los fieles. Su estilo es duro, y en los versos no guarda las reglas del arte.

6.° *Arnobio* vivió bajo el imperio de Diocleciano: esplicó retórica en Sica (310), y escribió una obra titulada *Disputas contra los gentiles*, dividida en siete libros, en los cuales prueba principalmente que los dioses no podian irritarse, y de aquí deducia que los cristianos no podian ser causa de las calamidades del imperio, puesto que no podian ser causa de su ira. Arnobio, indirectamente, pero con una erudicion é ingenio admirables, demuestra la falsedad de la religion pagana y la verdad de la cristiana.

7.° *Lucio Cecilio Lactancio*, discípulo de Arnobio y el hombre más elocuente de su tiempo. Enseñó retórica en Nicomedia en tiempo del Emperador Diocleciano; despues fue á las Galias, y en su vejez fue maestro de Crispo, hijo de Constantino, y murió por los años 325. Sus obras son:

1.ª Siete libros de *Instituciones divinas*. En esta obra su autor dirige terribles ataques al paganismo, y ensalza la Religion cristiana, colocándola sobre las ruinas de la idolatría. En esta apología se nota, sin embargo, una grandísima diferencia entre el ataque al error pagano, que es irresistible, y la defensa de la verdad católica, en la cual no suele hallarse igual fuerza de raciocinio. Lactancio, que es un escelente modelo cuando impugna á sus adversarios, no puede ser imitado por su frecuente debilidad cuando se defiende.

2.ª *Un compendio de las instituciones divinas*, dedicado á su hermano Pentadio, en el cual presenta la misma doctrina, pero cuidando que la brevedad no engendre la oscuridad, y la estension el fastidio.

3.ª *El libro de la ira de Dios*, en el cual espone con grande estension y mucha elocuencia el orígen, la índole, la doctrina y los preceptos de la Religion cristiana. Es un escelente tratado de filosofía católica, que será siempre consultado con fruto por cuantos deseen convencerse de la infinita diferencia que existe entre las caducas doctrinas paganas enseñadas por los filósofos, y la eterna doctrina católica revelada por Jesucristo. En esta obra han querido ver algunos máximas de moral muy rígidas. Los que así opinan se fundan en la severidad con que Lactancio condena los espectáculos públicos. Sin embargo, debe tenerse en cuenta

que si puede haber algunos espectáculos públicos lícitos, los del siglo de Lactancio eran todos idolátricos, y llenos de crueldad y de impureza.

4.ª *El tratado de la obra de Dios.* Este libro es una magnífica demostracion de la divina Providencia, fundada especialmente en la maravillosa armonía que existe en las diversas partes del cuerpo humano y en las sublimes cualidades del espíritu que le anima.

5.ª *El tratado de la muerte de los perseguidores.* En este libro procura demostrar Lactancio que todos los perseguidores de la Iglesia han tenido una muerte horrible. Esta obra deberia ser traducida á todos los idiomas, y leida en todas partes. Es necesaria para todos los que se empeñan en hacer impía guerra al cielo. Estudiándola se adquiere la conviccion profunda de que todos los que luchan contra Dios son siempre confundidos, como los ángeles rebeldes. El estilo de Lactancio es el más elegante de todos los escritores eclesiásticos latinos, y con razon le han llamado el *Ciceron cristiano.* Pero aunque atacó con energía las supersticiones paganas, no espuso con igual exactitud la doctrina cristiana, por cuyo motivo debe ser leido con precaucion.

8.° y último. *Julio Firmico Materno*, que vivió por los años 340, escribió un libro titulado *Del error de las religiones profanas.* En él demuestra que las fábulas de los gentiles son torpes y absurdas, y suplica á los Emperadores cristianos que destruyan los ídolos y simulacros paganos.

FIN DE LA PRIMERA ÉPOCA.

EPOCA SEGUNDA.

CAPÍTULO ÚNICO.

IDEA GENERAL Y CARÁCTER DEL SIGLO IV.

Al principiar este siglo fueron cruelmente perseguidos los cristianos, no menos bajo el imperio de Diocleciano y Maximiano, que en el de Galerio y Maximino. Hácia el año 313 gozaron de alguna paz, pero no la tuvieron completa hasta que Constantino se vió solo en el imperio. Sus sucesores, á escepcion de Juliano, siguieron protegiendo al cristianismo; pero no por eso cesaron por completo las acusaciones contra los cristianos, á quienes atribuian la decadencia del imperio, cada vez más deplorable; de manera que algunos Padres de este siglo tuvieron que defender la Religion con argumentos político-morales, mientras que otros se burlaban de los esfuerzos de Juliano, que pretendió levantar los ídolos caidos. Una nueva lucha vino bien pronto á escitar el celo y actividad de los Padres. La herejía arriana, nacida el año 318, resucitando las supersticiones paganas, y negando la divinidad del Hijo de Dios, destruia el fundamento de la Religion cristiana. Su autor fue Arrio, presbítero de Antioquía. Alejandro, Obispo de esta ciudad, conociendo el sutil veneno de su doctrina, le amonestó, y unido con otros Obispos, viendo que persistia en su tenacidad, degradó al sacerdote innovador, y puso sobre aviso á las demas Iglesias.

No faltaron ademas en esta ocasion defensores á la Iglesia, distinguiéndose, entre otros, San Atanasio, San Basilio, los dos Gregorios (Nacianceno y Niseno), San Ambrosio y San Epifanio.

Despues de la mitad de este siglo, Macedonio, Obispo de Constantinopla, negó la divinidad del Espíritu Santo, sin hacer más que sacar las consecuencias de los principios de Arrio. Los mismos Padres que habian probado antes la divi-

nidad del Hijo, sostuvieron la del Espíritu Santo, mereciendo justamente el sobrenombre de defensores de la Trinidad.

Apolinar, discípulo de Macedonio, siguió otro camino, y negó á Cristo el alma racional, cuyas veces hacia en El la divinidad. Todos los que refutaron á los arrianos escribieron tambien contra este hereje.

Los origenistas, llamados así porque se autorizaban con los libros de Orígenes para sostener sus errores, causaron grandes perturbaciones en la Iglesia á fines de este siglo; pero es necesario distinguirlos de otros herejes del mismo nombre, de quienes hablan San Epifanio y San Agustin, que, teniendo por jefe á un tal Orígenes, decian que se podia entregar impunemente el hombre á toda clase de obscenidades.

No será fuera de propósito indicar aquí los Padres que se distinguieron en la esposicion de la Escritura, y el método que siguieron en esta época. Orígenes, no solo se dedicó á la crítica de la Sagrada Escritura, sino que tambien se dedicó á esponerla hasta la exageracion en el sentido alegórico. Filon, judío helenista, le habia precedido en este último camino, y algunos Padres y escritores, como San Ambrosio y Clemente de Alejandría, los imitaron, si bien con la debida moderacion; otros á principios de este siglo, como Hesiquio y Luciano, trabajaron por restablecer el testo sagrado á su pureza primitiva. Los herejes despreciaron la interpretacion alegórica, y se pegaron únicamente á la letra, en vez de levantar sus ojos á cosas más elevadas. Así lo hicieron Teodoro, Obispo de Heráclea; Eusebio Emiseno ó Emesano, fundador de la escuela de Antioquía; Apolinar, Obispo de Laodicea, y Diodoro, Obispo de Tarsis (1), y muy particularmente Teodoro de Monsuesta (2).

Los Padres de este siglo siguieron generalmente un medio entre la interpretacion servil de los herejes y la alegórica de Orígenes. Entre estos se hallan San Basilio, los dos Gregorios (Nacianceno y Niseno), San Hilario y San Ambrosio, que espusieron alguna parte de la Escritura y la ilustraron ademas en muchos puntos, al ocuparse del dogma y de la moral.

En la última mitad de este siglo, y á principios del v, aparecieron en las Iglesias siríaca, griega y latina varones

(1) Ceillier y otros presentan con sumo cuidado la difícil cuestion de si preparó el camino á los errores de Nestorio, y si debe considerarse como verdadero autor del nestorianismo. Entre los discípulos de Diodoro se encuentran San Juan Crisóstomo y Teodoro de Monsuesta.

(2) Esta diversa manera de esponer la Escritura se esplica por la opuesta tendencia de las escuelas de Alejandría y Antioquía; en aquella predominó la interpretacion alegórica, mientras que en esta se seguia el sentido material de la letra.

eminentes, que se dedicaron á esponer la Sagrada Escritura. Estos intérpretes consideran el Antiguo Testamento como una preparacion del Nuevo, autorizados no menos por las palabras del Evangelio, en donde se dice que Moisés y los Profetas hablaron de Cristo, que por el ejemplo de los Apóstoles, especialmente de San Pablo, quien enseñaba que el fin de toda ley es Cristo. Ademas el Señor habia dispuesto que algunos personajes del pueblo hebreo fuesen tipo de su Hijo, así como algunas ceremonias prefiguraban á las de la Iglesia. Los Padres, pues, movidos con aquellos ejemplos y estos indicios, espusieron toda la Escritura del Antiguo Testamento, y con su estudio y meditacion encontraron y esclarecieron su sentido; pero como las esposiciones se hacian generalmente para enseñanza del pueblo, se usaba más el sentido moral y alegórico que el literal, aunque siempre consideraban á este como fundamento de toda interpretacion.

Aunque estos intérpretes carecian de algunas reglas de hermenéutica, tenian, sin embargo, otros medios, que la suplian con ventaja, pues tomaban como punto de partida la doctrina de la Iglesia, áncora segura de buena interpretacion; hablaban la lengua griega en que se habia escrito casi todo el Nuevo Testamento, y para el Antiguo habian aprendido de los judíos la hebrea y las tradiciones de la Sinagoga; y por último, ellos sabian las costumbres, conocian los lugares á que se refiere la Escritura, y como más próximos á los tiempos bíblicos, entendian mejor el valor de las palabras. Esta es la razon por que no se detienen en cuestiones gramaticales y críticas, pues con una pequeña esplicacion aclaran los lugares oscuros y resuelven las cuestiones históricas. Entre los muchos Padres que se dedicaron en esta época á la esposicion de la Escritura, se encuentran San Efren, San Juan Crisóstomo y San Gerónimo.

Al terminar este siglo principió á reglamentarse la vida monástica, siendo sus maestros San Antonio y San Pacomio. Muchos Padres se educaron en los monasterios, y otros dieron saludables reglas á los monges; pero como algunos fueron poco esplícitos cuando hablaban de los consejos evangélicos, será preciso sujetar sus escritos en estos casos á los principios de la Teología moral, á fin de no imponer obligaciones que la Iglesia no prescribe.

Con objeto de que haya la claridad posible al tratar de los Padres de este siglo, se dividirán en dos secciones: 1.ª, los Padres que refutaron la herejía de Arrio en el siglo IV y principios del V, y 2.ª, los que espusieron la Sagrada Escritura en el mismo tiempo.

SECCION PRIMERA.

De los Padres que defendieron la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo en el siglo IV.

CAPÍTULO PRIMERO.

EUSEBIO DE CESÁREA (1).

FUENTES. Las obras del mismo Eusebio.—San Atanasio: *De los decretos del Sínodo de Nicea*, núm. 3.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXXXI, y en la *Apología contra Rufino*, lib. I, núm. 8.—Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. I, cap. I.—Sozomeno: *Historia eclesiástica*; y Focio: Cod. 9 y siguientes.

AUXILIARES. H. Valesio: *De la vida y escritos de Eusebio.*—Ag. Mayo: *En el prefacio de antiguos escritores.*—Ceillier, tomo IV, cap. VIII.—Fabricio: *Biblioteca griega*, volúmen 7.°, pág. 335.—J. Mochler: *De la fe de Eusebio.*—Hacuel: *De Eusebio defensor de la Religion cristiana.*

EDICIONES. No hay ninguna que reuna todas sus obras; pero son muchas de obras separadas, como las publicadas por J. Sirmond, Paris, 1653.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de Eusebio.

Eusebio de Cesárea, por sobrenombre Pánfilo (2), nació en Palestina hácia el año 270. Las obras de Orígenes fueron el estudio principal de su juventud. Ordenole de sacerdote Aga-

(1) Las mismas razones que hemos tenido para tratar de Clemente de Alejandría Orígenes y Tertuliano, son las que nos obligan á dar cabida á este escritor.

(2) Por amor á Pánfilo añadió este nombre al suyo. San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXXXI.

pio, Obispo de Cesárea, y fundó una escuela, que vino á ser célebre tiempos adelante. Habiendo sido preso su amigo Pánfilo durante la persecucion de Galerio, Eusebio le prestó todos los servicios de la más sincera amistad. Pánfilo murió mártir despues de dos años de cautiverio. Eusebio se retiró entonces al Egipto, y á su vuelta fue tambien aprisionado, pero consiguió escaparse, sin que se sepa cómo. Nada prueba lo que se dice en contra de él, de haber salvado su vida á espensas y con menoscabo de su fe.

Poco tiempo despues de la persecucion de Galerio, Eusebio fue elegido Obispo de Cesárea (314). Arrio, presbítero de Alejandría, encontró en él un protector. Eusebio escribió ademas al Obispo de Alejandría para obtener la reposicion de este: tal vez nunca creyó que el error de Arrio estaba bien probado. En el Concilio de Nicea (325) se unió á la mayoría de los Padres, y, despues de alguna resistencia, adoptó la palabra *consubstancial* (1). Asistió tambien á la reunion de Antioquía (330), en la cual el Obispo Eustacio fue depuesto violentamente, pero rehusó con firmeza la Silla de este, que se le ofrecia (2), aunque permaneció siempre unido por amistad á los Obispos arrianos. En 335 formó parte de la asamblea habida en Tiro contra San Atanasio (3); despues asistió al consejo de los Obispos arrianos reunidos en Jerusalen con ocasion de la dedicacion de una iglesia, cuyo sermon de inauguracion predicó.

Habiéndose presentado Atanasio al Emperador para quejarse de sus adversarios, Eusebio compareció tambien en la corte para defender á los Obispos arrianos. Predicó en Constantinopla, é hizo el panegírico de Constantino en el trigésimo aniversario del reinado de este príncipe. Al poco tiempo murió el Emperador. Eusebio, que habia poseido la confianza más íntima del César, sobrevivió muy poco á su ilustre protector. Fíjase su muerte con mucha probabilidad en 338 (4).

ARTÍCULO II.

Division de los escritos de Eusebio de Cesárea, y sus obras históricas.

Las obras de Eusebio se pueden dividir en tres clases, á saber: históricas, exegéticas y dogmáticas. Con estas pue-

(1) San Atanasio: *Del Sínodo de Nicea*, núm. 3.
(2) Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. I, cap. XXIV.
(3) Sozomeno: *Historia eclesiástica*, lib. II, cap. XXV; y Baronio, al año 332 al 34.
(4) Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. II, cap. IV.

den unirse las apologéticas y polémicas, que quizá pudieran formar otro cuarto grupo.

Las obras históricas son las siguientes:

1.ª *El Cronicon.* Es una estensa narracion de todos los tiempos y paises, formada con una multitud de escritos, obra de la más asombrosa erudicion y paciencia. Sin embargo, Eusebio habia encontrado ya trazado este camino por la apreciable crónica de Julio Africano. El trabajo de Eusebio se dividió en dos partes: el *Cronicon*, que incluye los principios é historias de todos los pueblos y de todos los imperios. El *Cánon crónico*, que contiene la nomenclatura de todos los Estados, de todos los Reyes y de todos los príncipes, la serie de todos los sumos sacerdotes judíos y de todos los Obispos cristianos. Eusebio escribió esta obra como anuncio de su *Preparacion evangélica*, y como base de la *Historia eclesiástica*. Su objeto en ella fue fijar el tiempo en que vivió Moisés, para deducir que nada se sabia antes de este legislador.

2.ª La *Historia eclesiástica* en diez libros, y comprende desde el principio de la Iglesia hasta el año 324 (1). Eusebio nos da en ella á conocer la serie de los Obispos de las ciudades más importantes. Nos habla de los autores eclesiásticos y de sus obras, cuya mayor parte se han perdido; cuenta la historia de las herejías, de las controversias y disputas relativas á la disciplina eclesiástica, á la vez que da detalles preciosos acerca de las persecuciones y martirio de los cristianos. Esta historia es de un valor inestimable, y el más importante monumento de la literatura cristiana de la antigüedad. Sin ella no tendríamos más que un conocimiento imperfecto y defectuoso de los tres primeros siglos del cristianismo. Eusebio indica por todas partes las fuentes de estos conocimientos: con frecuencia deja hablar á los documentos de que él saca las noticias y el conocimiento exacto de los hechos. El favor de que gozaba con el Emperador Constantino le habia abierto la puerta de todos los archivos, y habia puesto á su disposicion todos los medios que podian proporcionarle datos.

3.ª *El libro de los mártires de la Palestina.* Eusebio habia presenciado la última persecucion, en la que él mismo habia tenido que sufrir, por cuya razon la describe con gran calor y con el más vivo interes. Este tratado va unido como apéndice al octavo libro de la *Historia eclesiástica.*

4.ª *Cuatro libros de la vida de Constantino Magno.* Están escritos despues de la muerte de este Emperador. En ellos omite de propósito los actos censurables de su política y de

(1) Tal vez no pasó de ese año por no verse precisado á hablar de la condenacion de Arrio.

su vida, así como tambien todo lo que se relaciona con la herejía arriana; pero se estiende en referir lo que Constantino hizo en obsequio de la Religion cristiana, y lleva su adulacion hasta suponerle en comunicacion inmediata con la Divinidad. Con esta obra suele ir unido el *Panegírico de Constantino*, que pronunció en Constantinopla en el trigésimo aniversario del reinado de este príncipe.

ARTÍCULO III.

Obras exegéticas.

1.ª Eusebio escribió unos *Comentarios* muy eruditos sobre los 150 salmos, tenidos en mucho aprecio en otro tiempo (1); pero hoy solo se conservan 118 de ellos.

2.ª Los *Comentarios sobre el libro de Isaías*. San Gerónimo siguió esta esposicion, y casi íntegros han venido hasta nosotros. Estas dos obras sirven para tres cosas, á saber: la crítica del testo, la interpretacion literal, y la alegórica.

3.ª Los *Cánones*, ó sea diez *índices* de las armonías de los Evangelios, con una carta á Corpiano en que se esplica esta obra. Estos cánones contienen diez tablas, en las cuales, con admirable ingenio, señala por medio de números lo que se refiere á cada uno de los Evangelios; de manera que, abiertos estos, indicaban en el márgen los números de las tablas, y se sabia dónde se encontraban pasajes iguales, y en qué Evangelistas.

4.ª *Tres libros de cuestiones sobre los Evangelistas*. En ellos trata de concordar los lugares en que los Evangelistas parece que discrepan.

5.ª *El Comentario sobre el Evangelio de San Lúcas*. Lo que todavía queda de este libro sirve para conocer la manera que tenia Eusebio de esponer el Nuevo Testamento.

6.ª *De los lugares hebreos*. Este libro es una esplicacion geográfica del pais, de las ciudades y pueblos de que se hace mencion en el Antiguo Testamento. Eusebio pone ademas por órden alfabético la significacion que tenian en su tiempo (2).

ARTÍCULO IV.

Obras dogmáticas.

La tercera clase de obras que escribió Eusebio tienen por objeto la defensa de la Religion cristiana. En unas refuta las

(1) San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXXXI.

(2) San Gerónimo los tradujo á la letra y se conservan en sus obras.

objeciones de los gentiles, en otras prueba con inmensa erudicion la verdad de la Religion cristiana, y destruye los errores que oponen á la fe. A este número pertenecen:

1.° *El libro contra Hierocles*, que bajo el nombre de *Filaletes* habia escrito contra los cristianos en dos libros. Eusebio prueba hasta la evidencia cuán falsa es la comparacion que se hace de Apolonio de Thiana con Jesucristo, y despues de negar los hechos atribuidos por Filostrato á este filósofo, dice que, si fueran ciertos, serian, ó efecto de la prestidigitacion, ó de la magia.

2.° *La Preparacion evangélica*. Esta obra es la mas importante de Eusebio, en la cual reunió en quince libros pasajes de más de cuatrocientos autores, en gran parte perdidos, que sirvieron de introduccion filosófica á la ciencia del Evangelio, demostrando contra los hebreos y griegos que este no fue adoptado con temeraria credulidad, si no con sumo juicio, porque era superior en mucho á todos los sistemas gentílicos. Emplea los seis primeros libros en demostrar la vanidad de estos sistemas, y en los nueve restantes espone los motivos que indujeron á los cristianos á preferir la teología de los hebreos. En los libros I y II examina la cosmogonía de los fenicios segun Sanconiaton, la de los egipcios segun Maneton, la de los griegos segun la esponen Diodoro de Sicilia, Evemero y Clemente de Alejandría, y sostiene que la doctrina de Platon es poco superior á la vulgar. En el libro III refuta la teología alegórica de algunos filósofos, que comenzaban á dar sentidos misteriosos á las fábulas más groseras, queriéndolas aplicar á la física y á la historia natural. En el libro IV demuestra que la verdadera teología de los paganos eran las fábulas, tomadas al pie de la letra segun los poetas las proponen, y que las alegorías de los físicos no dejaban de ser una idolatría grosera, pues se adoraba con el nombre de Dios á los astros y á los elementos. Observa ademas que estos filósofos misteriosos, de los cuales el más famoso era Porfirio, con el designio de sostener la idolatría la arruinaban, pues á la vez que enseñan que solo se debe adorar á un Dios soberano, le ponen tan escelso, que todo culto esterior era indigno de ofrecérsele. Y de este modo destruian toda religion sensible entre los hombres. En el libro V impugna fuertemente los oráculos paganos, por ser los que más contribuian á mantener á los pueblos en sus antiguas supersticiones. En el libro VI impugna el error del *Hado (Fatum)*, en que los oráculos se fundan, valiéndose para esto de los filósofos que probaron que era contrario á la doctrina más cierta del libre albedrío.

Pasa despues Eusebio, en el libro VII, á tratar de los hebreos, y demuestra la escelencia de su doctrina, comparán-

dola con la de las demas naciones. Distingue á los hebreos de los judíos, entendiendo con este nombre al pueblo particular sujeto á la ley de Moisés y á todas sus ceremonias, y con el de hebreo á los fieles de todas las naciones que seguian la ley de la naturaleza y la luz de la razon. En el libro VIII se refiere á la ley de Moisés hecha para los judíos; esto es, para aquella nacion particular que habitaba en la Judea, y describe su escelencia con las espresiones de Filon, de Josefo y de otro judío célebre, llamado Aristóbulo. En los libros IX y X alega varios testimonios de autores griegos, para hacer ver que tenian noticia de los judíos y de sus historias. Observa que los mismos griegos confiesan haber recibido sus artes, letras y ciencias de los pueblos que ellos llamaban bárbaros, y en especial de los hebreos; y demuestra que Moisés y los Profetas fueron más antiguos que los filósofos griegos. En los libros XI, XII y XIII, para evidenciar más y más la razon que tuvieron los cristianos para preferir las tradiciones hebráicas á las griegas, hace ver cuánto se conforman con aquellas tradiciones los filósofos más famosos de la Grecia. Comienza por Platon, y con su autoridad manifiesta la impiedad de la teología gentílica, y la obligacion de defender la verdad, aunque sea á costa de perder la vida. En los libros XIV y XV hace ver que, si bien hay algunos filósofos cuya doctrina no se aviene con la nuestra, tampoco están acordes entre sí, é impugna á los unos con lo que dicen los otros. Se detiene con particularidad en refutar á Aristóteles, como el más peligroso, y demuestra que los cristianos han rechazado la física y demas partes de la filosofía antigua, no por ignorancia, sino por estar convencidos de su inutilidad.

3.ª *La demostracion evangelica*. Esta obra constaba de veinte libros, de los cuales se han perdido los diez últimos. En el libro I manifiesta Eusebio que los judíos están obligados á admitir y creer en el Mesías, porque sus propios doctores y profetas anuncian el cumplimiento de la ley por Cristo. Despues demuestra que la ley de Moisés no convenia sino á un solo pueblo, que habitaba en determinada provincia, y habia de sacrificar en un solo templo; lo cual seria imposible á todas las naciones. Sin embargo, añade, segun los mismos libros de los judíos, todas las naciones son llamadas á una nueva alianza, la cual, por consiguiente, no puede ser la de la ley antigua, sino la del Evangelio. En el libro II continúa demostrando la parte que tenemos en las promesas de Dios, como lo prueban las profecías de la vocacion de los gentiles, de que están llenos todos los libros sagrados. Despues añade que esta vocacion al conocimiento del verdadero Dios es una de las señales de la venida del

Mesías, así como la reprobacion de los judíos es otra, pues las dos están anunciadas en las Escrituras. En el libro III hace ver cuán superior es Jesucristo á Moisés, y se detiene á probar su divinidad, no menos por la pureza de su doctrina que por sus muchos milagros. En el libro IV trata teológicamente de la naturaleza del Verbo; demuestra que es anterior á todas las criaturas, Hijo único de Dios é infinitamente superior á todos los espíritus criados. En los seis libros siguientes espone nuestra creencia sobre la Encarnacion; y despues de haber manifestado que nuestras profecías son superiores á los oráculos de los demonios, y que los profetas del verdadero Dios son muy diferentes de los adivinos de la gentilidad, prueba nuestra doctrina por las profecías, alegando las que prenunciaron la preexistencia del Verbo divino, su encarnacion, el tiempo de su venida, y las circunstancias de su nacimiento, de su vida mortal y de su Pasion, y concluye con la esplicacion del salmo XXI.

Los diez libros perdidos trataban de las profecías concernientes á la muerte de Cristo, de su resurreccion, de la fundacion de la Iglesia, y de la propagacion del cristianismo por todo el mundo.

Las dos obras que acabamos de analizar forman un solo é idéntico trabajo, y son la apología del cristianismo más estensa y completa que apareció en la antigüedad.

4.ª Un *Compendio de profecías* concernientes á Jesucristo, que forman cuatro libros, y en otro tiempo debieron constituir parte de una obra más estensa. En ellos se refieren y esplican las profecías del Mesías, en esta forma: en el 1.°, las contenidas en los libros históricos; en el 2.°, las de los Salmos; en el 3.°, las de los Proverbios, Eclesiastes, Cantares y Job; en el 4.°, las de Isaías.

5.ª *Dos libros contra Marcelo*, Obispo de Ancira, que fue depuesto por los arrianos en el Sínodo de Constantinopla, en 336. Eusebio recibió el cargo de refutar sus errores. El Concilio de Sardica le repuso en su Silla, despues de haber probado que la doctrina de que le acusaban era ortodoxa.

6.ª *Los tres libros de teología eclesiástica*. Eusebio se esfuerza en demostrar principalmente en este libro la personalidad del Hijo y la del Padre, por creer á Marcelo imbuido en los errores de Sabelio; por esto, estos libros van unidos á los anteriores.

Ademas se le atribuyen á Eusebio catorce opúsculos, pero de ellos solo se conservan los siguientes (1): *De la fe contra Sabelio, De la Resurreccion y Ascension del Señor, De la inmu-*

(1) J. Sirmond los publicó en Paris, 1653.

tabilidad y espiritualidad de Dios, De la espiritualidad del alma humana, y *De las obras buenas y malas* (1).

El estilo de Eusebio es árido y muy poco agradable: cuando quiere elevarse es rebuscado, y resulta enfático y oscuro. Es muy difícil formar un juicio exacto acerca del carácter y fe de este Obispo. Si era en efecto arriano ó no, todavía no se ha resuelto. Nosotros nos inclinamos á la opinion que le es más favorable. Su saber era muy estenso, pero poco profundo; nunca comprendió la importancia y necesidad de la lucha de los Obispos católicos contra el arrianismo. Su vida es una mezcla de gloria y debilidad. Fue un Obispo cortesano, muy erudito, de una conducta irreprensible, pero débil, y grande amigo de la paz; y, como historiador, ha conseguido una reputacion imperecedera.

(1) Para los libros perdidos véase Fabricio, *Biblioteca griega*, tomo VII, pág. 107.

CAPÍTULO II.

SAN ATANASIO.

FUENTES. Las obras del mismo San Atanasio.—San Gregorio Nacianceno, oracion 21.—San Epifanio, herejía 68.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXXXVII.—Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. I y siguientes.—Sozomeno: *Historia eclesiástica*, en los seis primeros libros.—Teodoreto, en los cuatro primeros libros; y Focio: Cod. 32, 139, 140 y 258.

AUXILIARES. La vida de San Atanasio, que va unida á la edicion de sus obras, por Montfaucon.—H. Valesio: sobre Sócrates y Sozomeno.—Tillemont: *Memorias*, tomo VIII.—Ceillier, tomo V, cap. II.—Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 8.° pág. 171.—La biografía por Mochler titulada: *San Atanasio y la Iglesia de su tiempo*, y el *Diccionario enciclopédico de Teología*.

EDICIONES. Hasta 1601 no se conocian otras traducciones latinas que la de Nonio y la de Erasmo; la primera en Vicenzo, 1482, y la segunda en Basilea, 1527.—La de Commelini en Heidelberg, 1601.—Entre todas las ediciones posteriores, las mejores son las de Lopino, y sobre todo la de Montfaucon: Paris, 1693 al 98.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Atanasio.

San Atanasio, llamado el Grande, fue durante cincuenta años, en el siglo IV, la principal figura de la Iglesia. Una infancia oscura; una juventud grave, activa á la vez y meditativa; unas costumbres inocentes y puras, atacadas por la calumnia, triunfante por la paciencia, aparentes derrotas, pero victorias reales; una infatigable caridad, unida á una severidad inexorable contra la injusticia; una fidelidad á toda prueba al Estado, recompensada por una perpetua ingratitud; una vida heróica, llena de energía y de accion, pero tranquila, recogida, interior, hacen de Atanasio un verdadero hijo de aquella que, «vestida del sol como de un

manto, se refugia en el desierto, y allí se esconde á todos los ojos.»

El punto de vista para acertar á recorrer las diversas fases de la vida de este Santo, verdadero reflejo del espíritu de la Iglesia, es la consideracion de que él era el jefe visible de la lucha en la Iglesia contra el arrianismo, el perseverante defensor de las decisiones del primer Concilio ecuménico, y el campeon de la libertad de aquella contra el despotismo imperial.

Nació Atanasio en Egipto, cerca de Alejandría, sin que se sepa el lugar ni la fecha de su nacimiento. Parece que este no fue ni antes del 296, ni despues del 298 de Jesucristo (1). Unió los estudios de Alejandría á los ejercicios del ascetismo bajo la direccion de su amigo San Antonio; dedicándose despues á la dialéctica en los escritos de Orígenes, para prepararse á ser el azote de las sutilezas arrianas. Apenas habia salido de la infancia, cuando publicó sus discursos contra los gentiles, notables no menos por su erudicion y elegancia que por la fuerza de sus razonamientos. En 319 fue nombrado diácono de la iglesia de Alejandría, y su Obispo Alejandro le llevó consigo al Concilio de Nicea (325), donde comenzó su vida militante (2).

Al siguiente año, Alejandro le designó para sucederle (3). Elegido, no por su voluntad, sino por la del pueblo, y consagrado por los Obispos de la provincia, vió Atanasio levantarse en contra suya al partido arriano, que, unido con los melecianos, le acusó al Emperador como promovedor de desórdenes. Este le impidió que prohibiese á nadie la entrada en la iglesia; pero Atanasio hizo al príncipe comprender la verdad sobre la acusacion (4). La retractacion de Stchiras de haberle maltratado, y la comparecencia de Arsenio, Obispo meleciano, ante el Concilio, destruyeron las nuevas intrigas de los melecianos (5); pero, incansables en sus quejas, obtuvieron del Emperador la convocacion de un Concilio en Tiro (335). Este nombró una comision encargada de fiscalizar las violencias sufridas por el sacerdote Stchiras, atestiguadas falsamente por catecúmenos paganos y judíos. A pesar de la protesta de los Obispos egipcios, Atanasio fue depuesto y desterrado á Tréveris, donde fue acogido honrosamente por San Máximo y el César Constantino (6).

(1) Mochler se inclina hácia esta última fecha, que le haria Obispo antes de los treinta años, motivo que á otros autores determinó á admitir la primera. Véase Montfaucon en la *Vida de San Atanasio*.

(2) Teodoreto: *Historia eclesiástica*, lib. I, cap. VII.

(3) Sozomeno: *Historia eclesiástica*, lib. II, cap. XVII.

(4) Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. I, cap. XXVII.

(5) Sócrates, lugar citado.

(6) San Gerónimo: *Cronicon*, en el año 346.

Despues de dos años y cuatro meses, por la muerte de Constantino volvió Atanasio á Alejandría. Renovaron los arrianos sus acusaciones, llevándolas ante el Papa Julio y ante el Concilio de Antioquía (341). El Obispo fue depuesto segunda vez, bajo el pretesto de haber vuelto á ejercer sus funciones sin estar autorizado por el Concilio (1); en su lugar se eligió al capadocio Gregorio, quien á la cabeza de los arrianos armados se apoderó de la Silla episcopal; mientras que Atanasio daba una circular justificando su conducta, y se refugiaba en Roma, donde el Papa le recibió con gran deferencia, y convocó un Concilio que le absolvió (2). Sin embargo, Atanasio se vió obligado á permanecer en Roma tres años, consiguiendo la Iglesia latina de esta permanencia forzosa la introduccion de la vida monástica, apenas conocida. En el año 345 se reunió en Sárdica (Iliria) un Concilio, bajo la presidencia de Osío, Obispo de Córdoba, donde Atanasio fue absuelto, y volvió á Alejandría despues de ocho años (3).

Vencido Magencio en su sublevacion contra Constancio, Atanasio fue acusado de connivencia con el usurpador, y Constancio aprovechó la ocasion para perderle (4). San Atanasio se defendió contra estas y otras acusaciones en su Apología contra los arrianos. El Sínodo de Arlés (353) modificó sus disposiciones favorables al Obispo por las amenazas del Emperador, á las cuales Paulino, Obispo de Tréveris, resistió con riesgo de su libertad y vida. El Papa Liberio se esforzó por anular los efectos del Concilio, y sus delegados obtuvieron la convocacion de uno nuevo en Milan (355). El Emperador, que estaba presente, no pudo contener su furor, y desterró á todos los que no se declararon contra Atanasio.

El Santo Obispo veia con tranquilidad venir la tempestad que le amenazaba. Una noche de vigilia, mientras estaba reunido con sus fieles en la iglesia de Alejandría, fue invadida esta por 5,000 soldados. Atanasio escapó milagrosamente, despues de haber visto salir al último de los fieles. Refugiado en las soledades del Egipto (5), hasta donde le persiguió la furia del Emperador, aunque separado materialmente de su Iglesia, y usurpado su puesto por un tal Jorge, arriano, velaba, sin embargo, por la fe de los fieles en sus escritos. En esta época escribió sus cartas festales y la encíclica á los Obispos del Egipto y la Libia, y la apología

(1) Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. II, cap. VIII.
(2) Sozomeno, lib. III, cap. VIII.
(3) Sozomeno, lib. III, cap. XXI.
(4) Sozomeno, lib. IV, cap. I.
(5) San Gregorio Nacianceno: Orat. 21, núm. 19.

por su huida. Juliano el Apóstata, sucesor de Constancio (362), autorizó la vuelta de los Obispos desterrados para confundir á los católicos con los arrianos, y destruir á los unos por medio de los otros. Pero Atanasio, pagando su heróica resistencia con un cuarto destierro, destruyó su plan. Perseguido sobre el Nilo por los emisarios del Emperador, dirigió su nave hácia sus perseguidores, que le creian ya lejos, y se salvó, quedándose en Alejandría ó sus alrededores hasta la muerte del Apóstata Juliano (363).

Joviano, sucesor de Juliano, le protegió y permitió volver á su Silla (1); y aunque Valente, sucesor de aquel (364), le desterró de nuevo con todos los Obispos (367), le llamó, sin embargo, al cabo de algunos meses (2). Entonces pudo dedicarse con nuevo ahinco á espurgar la Iglesia de los errores de sus enemigos, arrianos y apolinaristas, siendo objeto de su viva solicitud la de Antioquía, en donde se reunió á San Basilio, Obispo de Cesárea (3). En esta época escribió su carta á los Obispos de Africa. En fin, el cielo concedió algunos años de reposo, antes de su muerte, al intrépido defensor de la fe. Vencedor de todos sus enemigos, Atanasio sobrevivió al arrianismo, que combatió durante cincuenta años, y murió en 373.

ARTÍCULO II.

Division de las obras de San Atanasio.

Los escritos de San Atanasio son numerosos, y seria difícil asignarles un órden cronológico. Mochler se sirve para caracterizarlos de los términos siguientes: «Atanasio, siempre amenazado y perseguido, escribia en medio de los peligros, dejando correr la pluma segun la ocasion, y segun que los mismos arrianos le sugerian argumentos nuevos para combatirlos, viéndose obligado á repetir en una circunstancia dada lo que ya habia sentado en un caso análogo. Tenia ademas por principio que ciertas verdades nunca se repiten bastantes veces, y las reproducia sin cesar.»

Las obras, sin embargo, se pueden clasificar en *dogmáticas*, *históricas*, *exegéticas* y *morales*. Las obras dogmáticas son de tres clases: apologéticas, contra los gentiles, contra los arrianos y contra los apolinaristas. Ademas hay algunos *fragmentos*, obras dudosas y apócrifas.

---

(1) San Gregorio Nacianceno: Orat. 21, núm. 2.
(2) Sozomeno, lib. VI, cap. XII.
(3) La correspondencia entre estos santos Obispos se ha perdido.

ARTÍCULO III.

Obras dogmáticas contra los gentiles.

Dos libros contra los gentiles (1). San Atanasio escribió estos libros siendo todavía jóven, y antes de aparecer la herejía arriana, con el propósito de concluir con las calumnias que algunos paganos dirigian contra los cristianos. El libro I lo divide en dos partes: en la primera, y desde el núm. 1 al 29, despues de manifestar que él, siendo cristiano, estaba seguro de poseer la verdad, ataca á la idolatría, cuyo orígen atribuye al pecado original, y demuestra ademas que es contraria á la razon. Para probar su orígen describe admirablemente la creacion del hombre, hecha á imágen y semejanza de Dios, su primer estado, la ley que el Señor le impuso, la libertad que le dió y el abuso que de ella hizo, y que este abuso es la única causa del mal. Luego deduce del pecado original varias consecuencias, y entre ellas pone la idolatría, y refiere sus principios, sus progresos y su necedad, pues ha deificado al hombre, atribuyendo á sus dioses la invencion de las artes. Por último, hace ver cuán fútiles son las razones con que los paganos defienden á sus dioses, y concluye afirmando que la idolatría viene del pecado y conduce á él.

En la segunda parte de este libro, desde el núm. 30 al 47, prueba que solo el Dios que adora la Religion cristiana es el verdadero. Del núm. 30 al 34 presenta la demostracion, diciendo que la existencia de un solo Dios puede ser considerada naturalmente con solo examinar nuestra propia alma, que es imágen suya; del 35 al 39, que á esta verdad nos lleva el órden admirable del universo. Despues de manifestar que es uno el Criador y gobernador del mundo, prueba, desde el 40 al 44, que este es el mismo Verbo de Dios, cuyo poder y providencia describe: en el núm. 45 añade que el que conoce al Verbo conoce tambien al Padre; y luego, como si se dirigiese á los cristianos, en los números 46 y 47 confirma todo lo dicho con la autoridad de la Sagrada Escritura, poniendo fin al libro con una elegante exhortacion.

En el segundo libro trata de la encarnacion del Verbo divino, y prueba que fue *necesaria*, *posible y digna de Dios*. Tambien este libro se puede dividir en dos partes. En la primera esplica las causas de la Encarnacion, que no son otras

(1) San Gerónimo: *De los escritores esclesiásticos*, cap. LXXXVII.

que la manifestacion de la gloria de Dios y la salvacion del hombre, y concluye diciendo que habiendo el Verbo criado el mundo, á El le correspondia reparar la caida del hombre. Del número 1 al 7 demuestra la necesidad de que el Verbo tomase nuestra propia carne de una Vírgen para salvar al género humano; desde el 8 al 10 prueba que debia sacrificar su propio cuerpo para romper el decreto fulminado contra el hombee, para que con su muerte tuviéramos nosotros vida. Desde el 11 al 16 añade que de este modo se renovaba aquella verdad de ser hechos á imágen y semejanza de Dios. Como si estuviera preocupado San Atanasio por algunas dificultades que oponian los gentiles, desde el núm. 17 al 32 manifiesta que no fue indigno de Dios hacerse hombre, ni tampoco aceptar la muerte afrentosa que sufrió, como lo prueban sus milagros y su gloriosa resurreccion.

En la segunda parte pasa á contestar á las objeciones de los judíos y gentiles. Desde el núm. 32 al 40 acusa de infidelidad á los judíos, principalmente por no reconocer el vaticinio de Daniel de las setenta semanas. Desde el 41 al 45 se dirige á los gentiles para hacerles ver que la encarnacion, ni es absurda, ni imposible. Desembarazado de estos enemigos, desde el 46 al 55 demuestra la divinidad de la Religion cristiana por sus admirables efectos; y desde el 56 al 57 pone fin á su libro, advirtiendo al lector que lea la Sagrada Escritura, para que comprenda mejor lo que acaba de decirle.

Esta obra, la primera de San Atanasio, es una de las apologías más sabiamente dispuestas: en el análisis hay siempre claridad y elevacion filosófica, notándose bien que supo apreciar en su justo valor la última fórmula de la idolatría, puesto que la invencion de las artes, atribuida á los dioses, no era otra cosa en realidad que la apoteosis del hombre; como en nuestros dias la deificacion de la razon no es otra cosa que una manera hipócrita de disculpar nuestros estravíos y oscurecer nuestra pequeñez. San Atanasio opuso al orgullo humano las dos grandes ideas de la unidad de Dios y la inmortalidad del alma humana, clave de todos los grandes principios de la filosofía católica, cuyo triunfo es tan seguro en el órden de la fe como en el de la evidencia de nuestros propios sentidos.

ARTÍCULO IV.

Obras dogmáticas de San Atanasio sobre el misterio de la Santísima Trinidad.

Entre los escritos dogmáticos de San Atanasio sobre el misterio de la Santísima Trinidad están los siguientes:

1.° *Cuatro discursos contra los arrianos* (1). Habia muchos cristianos que decian, unos por ignorancia y otros por malicia, que en la doctrina de Arrio no se contenia nada contrario á la fe, y seguian llamando cristianos á los partidarios de este heresiarca. San Atanasio les hace ver la impiedad del arrianismo, para que formen de él verdadero juicio, y lo abandonen los que hubieran sido engañados. Estos *discursos* fueron escritos desde la soledad en que se ocultaba nuestro Santo, y despues de la intrusion de Jorge en Antioquía, por los años 356. En el primer discurso, y desde el número 1 hasta el 4, se ocupa del nombre y de la novedad de la herejía arriana: desde el 5 al 9 espone la doctrina de Arrio, y le opone la de la Iglesia acerca del Hijo de Dios: desde el 11 al 29, habiendo ya llegado al fondo de la cuestion, prueba con la Escritura y con razones filosóficas que el Hijo de Dios no fue hecho de la nada, ni en el tiempo, sino que, por el contrario, es eterno y verdaderamente engendrado de la sustancia del Padre, con cuyo motivo se ocupa de la diferencia que hay entre la generacion divina y la humana, y resuelve ademas muchas sutilezas que oponian los arrianos. Finalmente, desde el núm. 30 al 53 demuestra que el Hijo fue engendrado, y no hecho, como decian los arrianos, y que es inmutable, á pesar de haberse hecho hombre.

Pero los arrianos, á fin de sostener que el Hijo era una cosa criada, citaban algunos testos de la Escritura, en dónde se dice *que fue hecho*, *que Dios hizo á Cristo*, y tambien *que crió á su sabiduría* (2). San Atanasio, sin embargo, espone su verdadero sentido desde el núm. 54 al 64 de este primer discurso y en los 17 del segundo: desde el 18 al 82 sigue esplicando el testo de los *Proverbios* que indica arriba, y prueba sólidamente que el Hijo no puede ser una cosa criada por la naturaleza misma de estas, añadiendo en qué sentido se dice en la Escritura *Primogénito de toda criatura*, y concluye disertando admirablemente del fin y necesidad de la Encarnacion. En el tercer discurso, y desde el núm. 1 al 5, espone el testo de San Juan (3), que dice así: *Ego in Pater, et Pater in me est*, y prueba que siendo dos Personas, no tienen más que una esencia. Del 6 al 9 contesta á las dificultades que se toman de los testos de la Escritura, en donde se habla que solo el Padre es Dios y que no hay más que uno: desde el 10 al 25 prueba que la unidad del Padre y del Hijo no es moral, sino natural; desde el 26 al 35, como los arrianos abusaban de algunos testos de los Evangelios que se refie-

(1) Montfaucon: *Advertencia sobre estos escritos*, núm. 2.

(2) *Hechos de los Apóstoles*, cap. II, vers. 36.—San Pablo á los hebreos, cap. I, vers. 4.—Los *Proverbios*, cap. VIII, vers. 22.

(3) Cap. XIV, vers. 11.

ren á la naturaleza humana para negar la divinidad del Hijo, San Atanasio demuestra que el fin de la Escritura en estos pasajes es manifestar que el Hijo, que siempre fue Dios, se hizo Hombre tomando carne de una Vírgen, y prueba ademas que en él hay dos naturalezas y una sola Persona: desde el 35 al 38 esplica los testos á que se refiere arriba (1). Finalmente, desde el 59 al 69 rechaza las sutilezas de los arrianos, que insistian en decir que el Hijo habia sido hecho por la voluntad del Padre, y que por lo tanto era posterior á esta voluntad. En el cuarto discurso, y desde el núm. 1 hasta el 3, presenta contra Alejandro de Ancira la mutua relacion que existe entre el Padre y el Hijo, afirmando que el Hijo no es una mera cualidad del Padre, ni otro principio que subsiste por sí, sino propiamente engendrado de la naturaleza del Padre, que subsiste por sí, distinto, pero no separado del Padre. Desde el 10 al 12 sigue diciendo que el Verbo antes de la creacion del mundo existia en el Padre. Desde el 13 al 14 prueba que la unidad de Dios no se destruia en la Trinidad. Finalmente, desde el 15 al 36 concluye diciendo que es un error distinguir entre el Verbo divino y el Hijo de Dios, pues son una misma cosa.

Esta obra es suficiente para refutar todos los argumentos de los arrianos, y, segun Focio (2), de ella sacaron sus brillantes discursos San Gregorio Nacianceno y San Basilio.

2.° *Cuatro cartas á Serapion, Obispo de Themusis* (3). Despues de los discursos contra los arrianos, y estando todavía oculto San Atanasio, supo por Serapion que habia nacido una nueva herejía, que reconociendo la divinidad del Hijo, negaba, sin embargo, la del Espíritu Santo, á quien consideraba como criatura diferente de los ángeles, no en la naturaleza, sino en la clase ó grado. Con este motivo, San Atanasio le escribió estas cartas, á pesar de la incómoda posicion en que se hallaba. En la primera *Carta*, y en el primer número, se admira de que coloquen entre las criaturas al Espíritu Santo aquellos mismos que niegan que el Hijo sea criatura, pues el Espíritu Santo es uno con el Hijo, como este lo es con el Padre: desde el 2 al 14 esplica el sentido que la Escritura da á la palabra *Espíritu*, y espone los testos de Amós (4), y de San Pablo en su primera carta á Timo-

---

(1) San Mateo, capítulos XXVII y XXVIII.—San Juan, capítulos V y VI.—San Lúcas, capítulo II.—San Márcos, cap. XIII.

(2) Cod. 140.

(3) San Serapion, segun San Gerónimo, *De los escritores eclesiásticos*, cap. XCIX, mereció por su estilo elegante que le llamasen el *Escolástico*.

(4) Cap. IV, vers. 13.

teo (1), apoderándose de este modo de las armas de sus contrarios: desde el 15 al 20 refuta algunas sutilezas de esos herejes, y señala los límites de la razon cuando se trata de las cosas divinas: desde el 21 al 27 presenta todos los testos donde la Escritura habla del Espíritu Santo, y prueba que no convienen á las criaturas los atributos que aplican á este: desde el 28 al 30 demuestra con la tradicion y con la fe en la Trinidad, la divinidad del Espíritu Santo. En la segunda *Carta* compendia, á ruegos de Serapion, la doctrina de la primera acerca de la divinidad del Verbo, para contestar fácilmente á los argumentos de los arrianos. En la tercera completa las pruebas en favor de la divinidad del Espíritu Santo. En la cuarta trata de las tres divinas Personas, de su mutua relacion y distincion.

ARTÍCULO V.

Obras dogmáticas sobre el misterio de la Encarnacion.

1.ª *El libro de la Encarnacion del Verbo de Dios contra los arrianos.* San Atanasio lo escribió en Alejandría hácia el año 365. Desde el número 1 al 8 esplica el sentido de los testos en que la Escritura habla de la humanidad del Salvador (2), y que los arrianos aplicaban á la divinidad: desde el 9 al 13 describe los efectos de la Encarnacion, y luego se propone esta tésis: *Una es la divinidad, uno es Dios en tres Personas;* la que prueba de una manera concluyente, haciendo ver que las mismas cosas que se dicen del Padre en la Escritura, convienen al Hijo y al Espíritu Santo. Desde el 20 al 22 interpreta el testo de la primera carta á los de Corinto (3) acerca de la semejanza del Hijo, y concluye disertando sobre la única Persona en Cristo, de sus dos naturalezas y voluntades, y de su oficio de Mediador.

2.ª *El libro de la Trinidad y del Espíritu Santo.* Este lo escribió por el mismo tiempo, y trata de la misma materia, pues ya se ha dicho que San Atanasio tenia por principio que ciertas verdades nunca se repiten bastantes veces.

3.ª *Dos libros de la Encarnacion contra Apolinar.* San Atanasio los escribió al fin de su vida, y despues de la muerte de Apolinar (4), y los dirigió á un amigo que habia

(1) Cap. XXI, vers. 5.

(2) San Juan, capítulos V, X, XIV y XX.—San Mateo, cap. XXVII.—San Márcos, X y XIII.—San Pablo á los gálatas, 1.—Prov., 8.

(3) Cap. XV, vers. 24 al 28.

(4) La autenticidad de estos libros se ha puesto en duda, aunque con poco fundamento. Véase á Montfaucon en sus *Advertencias*, núm. 1.

disputado con estos herejes, y refuta en ellos sus errores. En el libro I, y desde el núm. 1 al 2, enumera los errores de los apolinaristas; y luego, desde el núm. 2 al 12, pasa á rebatirlos, haciendo ver que en Cristo hay dos naturalezas, divina y humana, unidas en la Persona divina, no *moral*, sino *hipostáticamente*, y prueba la necesidad de la naturaleza humana en Cristo, por la misma índole de la Redencion. Como para formar un verdadero hombre se necesita de cuerpo y de alma, San Atanasio atribuye á Jesucristo los dos. En cuanto á la carne, demuestra que no es increada, ni traida del cielo, ni consubstancial por sí á la divinidad, ni que despues la deidad del Verbo se mudó en carne, y, por último, que era contrario á la economía de la Redencion decir que su muerte y su resurreccion habian sido aparentes. En el libro II, despues de repetir los errores de los apolinaristas en el número 1, pasa desde el 4 al 5 á probar que la carne de Cristo era verdadera, y tomada de la Santísima Vírgen: desde el 6 al 17 demuestra que Jesucristo tuvo entendimiento y voluntad humana, y que fue un hombre perfecto, pero sin pecado; esplicando, ademas, que podia y debia ser adorado.

Difícilmente se encontrará en toda la antigüedad un libro en donde esté tratado el misterio de la Encarnacion con más profundidad, á la vez que con más laconismo.

4.ª *La Carta á Epitecto, Obispo de Corinto.* Fue escrita poco antes que los *Libros contra los apolinaristas*, y ha sido con razon ponderada por los antiguos (1). Desde el núm. 1 al 3 refiere cómo Epitecto le da parte de que algunos herejes esparcian errores acerca de la Encarnacion: desde el 4 al 7 San Atanasio los refuta diciendo que el cuerpo de Cristo no era consubstancial á la deidad, sino tomado de la Vírgen María, y engendrado verdaderamente, y añade que el Verbo no se convirtió en carne y huesos, sino que existió en la carne: desde el 8 al 9 dice que el Señor no tomó un cuerpo aparente, sino real, y que por esto no hay cuaternidad en la Trinidad. Finalmente, desde el 10 al 12 increpa á los adversarios, diciéndoles que Cristo no habitó en María, como lo hizo en los Profetas, sino que fue su verdadero Hijo.

5.ª *La Carta á Adelfio, Obispo y confesor* (2). San Atanasio la escribió por los años 371 contra algunos arrianos que se burlaban de los católicos porque adoraban á Cristo, no siendo más que una criatura, y tambien contra algunos otros que decian que bien se le podia adorar, porque el Verbo hacia en El las veces de alma. En esta carta se des-

(1) Montfaucon: *Anotaciones*, tomo I, parte 2.ª, pág. 719.
(2) Montfaucon: *Anotaciones*, tomo I, parte 2.ª, pág. 727.

truye el fundamento de estos errores, enseñando que se puede adorar á Cristo, sin que por esto se diga que se adora una cosa criada, sino al Verbo hecho carne, y que la naturaleza humana no se podia separar del Verbo para adorar separadamente á este, pues se le debe adorar en la forma de siervo que habia tomado. De aquí se deduce que las herejías de Nestorio y de Eutiques estaban refutadas aun antes que naciesen.

6.ª *La Carta al filósofo Máximo*, escrita por el mismo tiempo (1). San Atanasio aprueba en esta carta lo que Máximo le habia escrito contra algunos herejes, de los cuales unos negaban que Cristo fuese Dios, otros que fuese Verbo, y creian que habia venido á cierto hombre, pero que verdaderamente no se habia hecho tal, mientras que algunos admitian esto último, pero segun las leyes ordinarias de la naturaleza. San Atanasio se detiene poco contra estos errores, y solo prueba que Cristo crucificado es Dios, y que debe ser por todos adorado.

7.ª *La gran plática sobre la fe* (2). El argumento es igual al de los discursos contra los arrianos y al libro de la Encarnacion contra Apolinar, y se considera como muy notable para refutar á los arrianos y demas herejes de aquel tiempo. Desde el núm. 1 al 13 se propone algunas tésis sobre la divinidad del Verbo y su relacion con la naturaleza humana, y las resuelve admirablemente, y desde el 14 al 33 cita algunos testos de la Escritura, ya pertenecientes á la naturaleza humana, ya á la divina, y los esplica con brevedad.

8.ª *Esposicion de la fe* (3). Es un compendio breve de su plática, en donde espone el misterio de la Trinidad y de la Encarnacion.

9.ª *La Carta al Emperador Joviano*. Este Emperador suplicó á San Atanasio que le señalase la verdadera fe de la Iglesia católica, para distinguirla de muchas doctrinas que pululaban. San Atanasio le contestó en esta carta, con el nombre de *Sínodo*, en donde no solo pone el símbolo de Nicea, sino que ademas es una completa refutacion de la herejía arriana.

ARTÍCULO VI.

Obras históricas.

Los escritos históricos de San Atanasio tienen mucha semejanza con los dogmáticos, pues, ó refieren la historia

(1) Montfaucon: *Anotaciones*, tomo I, parte 2.ª, pág. 732.
(2) Teodoreto la cita muchas veces: diálogos 1.º, 2.º y 3.º
(3) Teodoreto, lugar citado, pág. 780.

de la herejía arriana y la defensa del Concilio de Nicea, ó pertenecen á las apologías que dirigió para defender su persona, que tanto se relaciona con los acontecimientos eclesiásticos de su tiempo. Segun esto, se dividen en dos clases; á la primera pertenecen los siguientes:

1.ª *La Carta de los decretos del Concilio de Nicea.* Hallándose San Atanasio el año 352 en Alejandría, algunos arrianos, amigos de Eusebio de Cesárea, se quejaban de que el Concilio de Nicea hubiese usado palabras que no se encuentran en la Sagrada Escritura. Este fue el motivo de esta carta, en la cual San Atanasio les dice que el mismo Eusebio convino en que debia admitirse la palabra *consubstancial*, como manifiesta en su carta á los de Cesárea, y que no faltan ejemplos en los Santos Padres de haber usado de esta y de semejantes espresiones para precisar mejor la doctrina contenida en la Escritura, y por último se detiene en esplanar la voz *engendrado*, de cuyo uso se burlaban los fundadores del arrianismo.

2.ª *La Carta de la doctrina de San Dionisio de Alejandría.* En el mismo tiempo los arrianos se valian para confirmar sus errores de la doctrina de San Dionisio. San Atanasio les echa en cara su desvergüenza al apoyarse en este Padre, cuando sabian que habia esplicado las palabras que le hicieron sospechoso de sabelianismo, y ademas les prueba, con algunos escritos de San Dionisio, cuán distante estaba de ser arriano.

3.ª *Historia de los arrianos*, dirigida á los monges, que tambien lleva el título de *Carta á los solitarios*. En ella refiere los hechos de los arrianos desde su orígen hasta el año 357. Enumera sus crímenes y sus violencias, y alguna vez, suspendido el curso de la narracion, se dirige contra el Emperador Constantino, é increpa á los herejes. Esta carta carece hoy del principio, y entra en la narracion desde el Sínodo de Jerusalen tenido el año 335.

4.ª *La carta á Serapion acerca de la muerte de Arrio.* Disputando Serapion con algunos arrianos, se trató si Arrio habia muerto en la comunion de la Iglesia. Serapion dió parte á San Atanasio de esta cuestion, quien la trató con suma delicadeza, para que no se creyera que se ensañaba contra un muerto; pero procura hacer ver que la muerte súbita é inopinada de Arrio era una prueba inequívoca de que Dios reprobaba su herejía.

5.ª *La Encíclica á los Obispos.* Los arrianos habian colocado en la Silla de Alejandría á Gregorio el Capadocio, y San Atanasio se vió precisado á dejar la ciudad; pero antes de embarcarse para Roma, el año 341, escribió á todos los Obispos á fin de hacerles ver los males causados á su iglesia

por aquellos herejes y por Gregorio, y les ruega que consideren este negocio como propio suyo.

6.ª *La carta á los Obispos de Egipto y de la Libia, ó sea Encíclica contra los arrianos.* Teniendo los arrianos intencion de enviar una profesion de fe á los Obispos de esos paises, amenazándoles con el destierro si no la suscribian, San Atanasio les escribió esta carta el año 356, previniéndoles que no se dejen engañar, y les prueba ademas con testimonios de la Escritura la impiedad de la herejía arriana.

7.ª *La carta de los sínodos.* Apenas supo San Atanasio el escándalo de lo ocurrido en Rímini, se apresuró á escribir á sus amigos para prevenirlos, con cuyo motivo les dirigió esta carta, que abraza tres partes: en la primera, y desde el núm. 1 al 12, enumera fielmente lo sucedido en Rímini y en Seleucia; en la segunda, desde el 13 al 32, hace ver las variaciones de los arrianos, y enumera hasta doce fórmulas suyas, desde la Talia de Arrio; en la tercera, y desde el núm. 33 al 54, defiende contra los semiarrianos la palabra *consubstancial*; en el 55 pone fin con un apéndice, aduciendo dos testimonios pertenecientes al Concilio de Rímini.

8.ª *La carta á los Obispos africanos.* Habia muchos arrianos que presentaban el Concilio de Rímini como superior al de Nicea, y San Atanasio refiere á estos Obispos la historia del primero como suficiente para que lo rechazasen, y les esplica la palabra *consubstancial*, admitida por el de Nicea.

9.ª *El tomo ó sea la carta Encíclica á los de Antioquía.* Se le da el primer nombre á este escrito porque reune en pocas palabras todo lo que hay escrito en las cartas *sinódicas* (1).

10. *La carta á Rufiniano.* En ella enumera todos los sínodos habidos en Alejandría hasta el año 362, especialmente aquellos que tratan de recibir á los que habian caido en la idolatría.

11. *La vida de San Antonio*, escrita por los años 365. Habian rogado á San Atanasio algunos monges que escribiese la vida y milagros de San Antonio. San Atanasio satisface sus deseos, y describe ademas admirablemente la vida solitaria y sus dulzuras.

Los escritos históricos que pertenecen á su defensa personal son los siguientes:

1.° *La apología contra los arrianos.* A la muerte de Constante los arrianos propalaron nuevamente las calumnias tantas veces desmentidas. Esta apología, pues, viene á pro-

(1) Montfaucon: *Anotaciones*, tomo I, parte 2.ª, pág. 614.

bar la falsedad de las acusaciones, con una esposicion sencilla de todo lo sucedido.

2.° *La apología al Emperador Constancio.* Este Emperador habia escrito á San Atanasio para decirle que no temiera á sus enemigos, y que continuase enseñando al pueblo la piedad y la verdadera fe; pero San Atanasio temia que las acusaciones de los arrianos llegasen á hacer su efecto en el ánimo de Constancio, á cuyo fin le dirigió esta apología, contestando anticipadamente á todos los cargos.

3.° *La apología de su fuga.* Acusaban tambien á San Atanasio por haber abandonado su Iglesia, aunque fuera por librarse de la muerte; pero en esa *apología* prueba con la Sagrada Escritura que, cuando amenaza grave peligro de la vida, se puede huir para salvarla. Este escrito, notable por más de un concepto, mereció ser escuchado de boca del mismo autor en un sínodo celebrado en Alejandría el año 362.

ARTÍCULO VII.

Obras exegéticas de San Atanasio.

Todos saben que San Atanasio espuso admirablemente los pasajes de la Escritura que tienen alguna relacion con el misterio de la Santísima Trinidad, de la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo, y de la Encarnacion del Verbo; pero ademas se ocupó en otras esposiciones.

1.ª *En la carta á Marcelino.* Este se habia dedicado con todas sus fuerzas á la esposicion de la Sagrada Escritura, y muy especialmente sobre los salmos. Cuando San Atanasio lo supo, le dirigió esta carta, y le manifiesta, desde el núm. 1 al 4, que tambien él tenia predileccion por los salmos, porque en este libro se encuentra reunido todo ó la mayor parte de lo que tratan los otros. Desde el 5 al 8 le dice que tanto lo relativo á la divinidad como á la humanidad de Jesucristo se encuentra tratado en ellos. Desde el 9 al 13, que los salmos tienen de particular sobre los demas libros, que el que los recita los hace en cierto modo suyos. Desde el 14 al 26 los clasifica, ya en históricos, ya en proféticos, ya en deprecativos, ya tambien en eucarísticos. Desde el 27 al 29 da la razon por qué los salmos se cantan con melodía y cadencia; y desde el 30 al 33 manifiesta la utilidad de ellos.

2.ª *Esposiciones sobre el libro de los salmos.* En ellas presenta un compendio de todos los salmos, en que trata del sentido literal; pero cuando entra en la esposicion se ocupa más del sentido místico, aunque alguna vez habla de aquel, y tambien del fin que tuvo el Profeta.

3.ª *Argumento sobre los salmos* (1). Fue encontrado más tarde que los anteriores, y trata del órden de los salmos y de sus autores, y señala á las personas dedicadas á la piedad con qué disposiciones los han de leer.

4.ª *Interpretacion de los salmos*. En ella, ademas de la esplicacion del título de cada uno, presenta una especie de paráfrasis (2).

Los comentarios sobre el libro del Eclesiastes y de los Cantares se han perdido casi por completo (3).

ARTÍCULO VIII.

Obras morales de San Atanasio.

Ademas de la vida de San Antonio, que puede tambien colocarse entre las obras históricas, pertenecen tambien á este número:

1.ª *La carta á Draconcio*. Este era superior de unos monges, y fue elegido Obispo para un pueblo de Egipto el año 355; pero se ocultó, no tanto por temor cuanto por no creerse digno. San Atanasio en esta carta trata de disuadirle de su resolucion, y le amenaza con el juicio de Dios por no acudir á su llamamiento, presentándole ademas los ejemplos de Moisés, Elías, Eliseo y los Apóstoles, que sufrieron muchas persecuciones por defender la causa de la verdad, y le enumera muchos monges que habian abandonado el monasterio por el Episcopado. Estas consideraciones vencieron la repugnancia de Draconcio.

2.ª *La carta á Amun*. Se habia suscitado entre los monges la cuestion de las poluciones involuntarias durmiendo, y muchos sostenian que con ellas se manchaba la pureza del alma y del cuerpo. San Atanasio les dirigió esta carta para hacerles ver que no habia pecado si no existia mala voluntad, con cuyo motivo alaba el matrimonio, pero sostiene que la continencia es más escelente.

3.ª Hay ademas muchas cartas de San Atanasio, llamadas unas *exhortatorias*, dirigidas, ya para confirmar en la fe, ya sobre negocios graves de la Iglesia con motivo de las controversias de aquella época, otras *consolatorias*, para su Iglesia, y algunas *festales*, entre las cuales hay un fragmento muy apreciable que contiene el cánon de los libros sagrados.

---

(1) Montfaucon, tomo 1, part. 2.ª, pág. 801.

(2) Algunos le niegan este libro; pero lleva su nombre, y muchos se lo atribuyen. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 8.º, pág. 191.

(3) Focio: Cod. 139.

ARTÍCULO IX.

Fragmentos, obras dudosas y apócrifas de San Atanasio.

A las obras mencionadas se deben añadir algunos fragmentos, de los cuales muchos son de autoridad nada dudosa. De estos los principales son:

1.° Comentario acerca del *Cantar de los Cantares: el Evangelio de San Mateo: el de San Lúcas, y sobre el ayuno.*

2.° Ademas hay fragmentos históricos, uno *sobre Pablo de Samosata*, y otro *del crímen de Estéban de Antioquía.*

Entre las obras dudosas están:

1.ª La sinópsis de la Escritura Sagrada, cuyo autor, con mucho ingenio y erudicion, se ocupa de todo lo que hoy sirve de introduccion al estudio de la Sagrada Escritura (1).

2.ª *El libro de la virginidad.* A pesar de que la obra está llena de saludables preceptos para que pueda considerarse de San Atanasio, sin embargo, no es suya; no solo porque su estilo es distinto, sino tambien por no hallarse entre las colecciones de sus obras (2).

3.ª *Dos tratados de la Encarnacion del Verbo*, de los cuales el uno es muy breve, y el otro muy estenso.

4.ª *Los testimonios de la Escritura*, que prueban la comun esencia de las Personas de la Trinidad.

5.ª *La carta católica á todos los Obispos.*

6.ª *La refutacion de todas las hipocresías de Sabelio y Pablo de Samosata.*

7.ª *De la existencia eterna de las tres divinas Personas* (3).

8.ª *Las homilías ó discursos que corren con su nombre.*

9.ª *Discurso sobre el nacimiento de Cristo, del Sábado y de la Circuncision.*

10. *La homilía sobre la simiente de que habla San Mateo* (4), *y de la Pasion y muerte del Señor.*

De las muchas obras apócrifas solo merecen referirse:

1.ª *La disputa contra Arrio* en el Concilio de Nicea.

2.ª *La plática contra las herejías.*

3.ª *Las cuestiones contra Antioquo y su doctrina.*

4.ª *La historia de la Vírgen de Berito.*

5.ª *Muchos sermones y homilías.*

6.ª *Cinco diálogos sobre la Trinidad.*

---

(1) Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 8.°, pág. 195.

(2) Ceillier, tomo v, cap. II, art. 3.°

(3) Tillemont, tomo VIII, art. 43, cap. XII, vers. 1.° y siguientes.

(4) Véase en todas estas obras á Ceillier, tomo v, cap. II.

7.ª *Vida de Santa Sinelética.*

8.ª *Carta de San Atanasio á Liberio, y de este á San Atanasio.*

El *símbolo* conocido con el nombre de San Atanasio contiene toda la doctrina de este Santo, pero los eruditos niegan que sea suyo, y lo atribuyen comunmente á Vigilio Tapsense, que vivió en el siglo v (1).

ARTÍCULO X.

Carácter, estilo y doctrina de San Atanasio.

Era tan grande la santidad de San Atanasio, tan vasto su talento, tan universal su erudicion, y tan pura é inquebrantable su fe, que con razon se le llamó el *alma de la Iglesia* (2). San Gregorio Nacianceno nos hace un retrato de este Santo Obispo. «Elegido, dice, por sus bellas cualidades, desconoció siempre el mérito de que estaba adornado: bondadoso, agradable para con todos, nunca se le vió dominado de ira, ni sus palabras respiran jamás odio ni venganza contra sus crueles perseguidores: su fisonomía era el espejo de su alma y su espíritu, verdaderamente grandes. Era dulce en la reprension, insinuante y grave en el consejo; amonestaba como maestro, dirigia como padre, y antes de mostrar el camino que debian seguir, él lo emprendia, hasta el punto de que su virtud fue siempre humillante torcedor de sus enemigos (3). Su vida, en fin, es una serie no interrumpida de combates, pero el cielo le protege visiblemente en todos ellos.»

En sus escritos usa tres clases de argumentos, tomados de la razon, de la Escritura y de la tradicion. Entre sus obras sobresalen por la fuerza de sus pruebas *El discurso contra los paganos*; por su elocuencia, *La carta á Draconcio y la de la doctrina de San Dionisio*, y por la elegancia, *La apología de su fuga, y la dirigida á Constancio.* Los libros contra Apolinar son sumamente ingeniosos, y los que escribió contra los arrianos serán siempre prueba concluyente de la fecundidad de su ingenio y de la sublimidad de su talento.

El estilo de San Atanasio unas veces es sencillo y otras brillante, aunque en muchas ocasiones languidece. En la narracion es elevado, fácil cuando espone la fe, rápido en

(1) Montfaucon: *Diatribas sobre este símbolo.*
(2) San Gregorio Nacianceno, orat. 21.
(3) San Gregorio Nacianceno, lugar citado.

sus respuestas, y muy ingenioso para resolver las dificultades. Si se considera, dice Focio (1), la fuerza de su razonamiento, su gracejo, su viveza y su elegancia, San Atanasio es el escritor principal de su tiempo.

San Atanasio es reconocido por todos por el Padre que mejor ha tratado del misterio de la Santísima Trinidad y de la Encarnacion; pero en sus obras se ocupa ademas de otros misterios:

1.° Reconoce la tradicion como fuente de la verdad revelada. (Discurso 1.° contra los arrianos, núm. 8.)

2.° El estado de la naturaleza íntegra y el pecado original. (Discurso contra los gentiles, núm. 2.°)

3.° La justificacion por Jesucristo. (Discurso 1.° contra los arrianos, núm. 38 y siguientes.)

4.° La necesidad de las buenas obras para la salvacion. (Discurso contra los gentiles, núm. 47.)

5.° Que la gracia santificante se puede perder. (Discurso contra los arrianos, núm. 25.)

6.° La diferencia entre el sacramento de la Penitencia y el Bautismo. (Carta á Serapion, núm. 13.)

(1) Cod. 32, 139 y 140.

CAPÍTULO III.

SAN EUSTACIO.

FUENTES. San Atanasio, en la carta á los Obispos de Egipto y de Libia, núm. 8.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXXXV.—San Juan Crisóstomo, en la homilía sobre este Santo.—Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. I, cap. XXIV.—Sozomeno, id., lib. I, cap. II.—Teodoreto, idem, lib. I, cap. VII.

AUXILIARES. Gallandi, tomo IV, proleg., cap. XIV.—Ceillier, tomo IV, cap. VII.—Dupin, tomo II, pág. 46.—J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 9, cap. XVI.—G. Cavé, vol. 1, pág. 187.—Fessler: *Patrología*, tomo II, pág. 415.

EDICIONES. La de Leon Allacio contiene la disertacion y *Hexameron*: Lóndres, 1629.—Los fragmentos con la alocucion á Constancio los trae J. A. Fabricio, *Bibliot.*, vol. 9, pág. 132.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Eustacio.

San Eustacio nació en Side de Panfilia. En la persecucion de Diocleciano y de Licinio tuvo la gloria de confesar la fe, y despues fue el primero que dió la voz de alarma contra los errores de Arrio(1). Ocupó la Silla episcopal de Beroc, y más tarde pasó á la de Antioquía (2). En el año 325 asistió al Concilio de Nicea, donde combatió enérgicamente á los arrianos (3). Vencidos estos en el Concilio, prescindieron desde luego de toda discusion, y concibieron el atrevido é inicuo plan de arrojar de sus Sillas á los Obispos católicos, y reemplazarlos con arrianos; y cuando fuesen bastante numerosos, rechazar en un nuevo Concilio el Símbolo de Nicea, y sustituirlo con el suyo.

Eustacio, que sobresalia por su piedad y elocuencia, no

(1) Sozomeno: *Historia eclesiástica*, lib. II, cap. XIX.
(2) Focio: Cod. 229.
(3) Teodoreto: *Historia eclesiástica*, lib. I, cap. VII.

menos que por la belleza de su estilo (1), era particularmente odiado de los arrianos, y más todavía despues de su discusion con Eusebio de Nicomedia; así fue que no tardaron en reunir un Concilio en Antioquía, el año 329, donde le acusaron de sabelianismo, de irrespetuoso para con la madre del Emperador, y de otros crímenes. El Sínodo le depuso, á pesar de resultar falsas las acusaciones (2), y se le desterró á Tracia, poniendo en su Silla á un arriano (3). Eustacio dirigió su Iglesia desde el destierro, donde murió el año 360, como quieren unos (4), y en 337, como dicen otros (5).

ARTÍCULO II.

Escritos de San Eustacio.

San Eustacio dejó muchos escritos tenidos en gran aprecio por los antiguos, no menos por su estilo elegante que por sus graciosas esplicaciones en las materias que trata (6); pero de ellos solo se conservan los siguientes:

La disertacion sobre el Engastrymitho (7) *contra Orígenes*. En ella se trata la cuestion de si la Pitonisa de Endor, de quien habla el libro I de los Reyes, cap. XXVIII, evocó verdaderamente á Samuel. Orígenes habia sostenido la afirmativa; pero San Eustacio, despues de referir minuciosamente todas las circunstancias de esa historia, rechaza el parecer de este, y establece como cierto que el demonio no puede volver las almas á este mundo; y cree que aquella aparicion no fue otra cosa que un espectro pintado por el demonio en la fantasía de Saul. Con este motivo trata con alguna dureza á Orígenes, aunque no precisamente por su opinion respecto á la Pitonisa, sino por su método alegórico aplicado para interpretar toda la Escritura (8).

De los restantes escritos de San Eustacio solo nos quedan algunos fragmentos. Escribió:

1.° *Ocho libros contra los arrianos* (9).

---

(1) Martirologio Romano, dia 16 de Julio.
(2) Teodoreto, lib. I, cap. XXI.
(3) San Juan Crisóstomo, homilía de San Eustacio, núm. 2.
(4) San Juan Crisóstomo, lugar citado.
(5) Sozomeno, lib. VI, cap. XIII, y la nota de Valesio.
(6) Sozomeno, lib. II, cap. XIX.
(7) Acerca de la significacion de este nombre véase á Dupin, tomo II, pág. 54, y que equivale á *ventrílocuo*.
(8) Gallandi, tomo IV, proleg., cap. XIV, núm. 3.
(9) Gallandi, lugar citado.

2.° El tratado, ó sea el discurso sobre el cap. VIII, vers. 22 de los *Proverbios* (1).

3.° *El libro del alma contra los arrianos* (2).

4.° Esplanacion de las inscripciones de los salmos (3).

5.° Cartas escritas durante su destierro. Hoy apenas se encuentra una (4).

6.° Un comentario sobre el *Hexameron*, ó sea una crónica que principia en los dias de la creacion y llega hasta el tiempo de los *Jueces*, en la cual, á la vez que se refieren los hechos, hace la esposicion de ellos. Despues de perdido se ha publicado con su nombre bastante desfigurado, y sin embargo los eruditos se lo atribuyen (5).

7.° La alocucion al Emperador Constancio, que se dice fue dirigida por él (6).

---

(1) Teodoreto: *Historia eclesiástica*, lib. I, cap. VII.
(2) Teodoreto, diálogo I.
(3) Teodoreto, lugar citado.
(4) San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXXXV.
(5) P. Boschio, en las actas de los Santos.
(6) Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 9, pág. 132.

CAPÍTULO IV.

SAN CIRILO DE JERUSALEN.

FUENTES. Las obras del mismo San Cirilo.—San Epifanio: herejía 66, núm. 20.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, y en su cronicon, al año 352.—Rufino: *Historia eclesiástica*, lib. x, cap. XXIII.—Sócrates, id., lib. II, cap. XXXVIII. —Sozomeno, id., lib. IV, cap. V.—Filostrog: *Historia eclesiástica*, lib. IV, núm. 12.—Nicéforo: *Historia eclesiástica*, lib. IX, cap. XIV, y las adiciones á las obras de San Cirilo, por Touttec.

AUXILIARES. A. A. Touttec: tres disertaciones sobre la vida, escritos y doctrina de San Cirilo.—Th. Millés: prefacio en las *Obras de San Cirilo*.—Dupin, tomo II, pág. 230.—Ceillier, tomo VI, cap. XII, pág. 477.

EDICIONES. La mejor, que abraza las cinco *Catequesis mixtagógicas* en griego y latin, se publicó en Viena de Austria, 1560.—J. Prevocio fue el primero que publicó todas las *Catequesis:* Paris, 1608.—Despues Th. Millés la publicó en Oxford, 1703.—La más apreciada de todas es la de A. A. Touttec, de la Congregacion de San Mauro: Paris, 1720.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Cirilo de Jerusalen.

San Cirilo nació probablemente hácia 315, en Jerusalen ó sus inmediaciones, pasando su juventud en un santo y estudioso retiro, del cual fueron fruto sus *Catequesis*, que revelan un conocimiento exacto de la Sagrada Escritura, de los comentarios de los Santos Padres, de las opiniones de los herejes y autores profanos, y por su virtud, amor y elogios á la vida solitaria dió motivo á los escritores griegos para creerle monge. Macario, Obispo de Jerusalen, le sacó de la soledad y le ordenó de diácono (334-35) cuando apenas tenia diez y nueve ó veinte años; y Máximo, su sucesor, le elevó al sacerdocio (345), confiándole la preparacion inmediata de la más alta clase de los catecúmenos (competentes)

para la recepcion del Bautismo é iniciacion de los neófitos en los misterios del cristianismo.

Es probable que Cirilo, á la muerte de Máximo, ocupó su Silla, y ensanchando naturalmente la esfera de su autoridad, aumentó la de sus sufrimientos y disgustos, teniendo necesidad de sacar su valor de aquella grande y luminosa cruz, presagio de sus futuros padecimientos, aparecida en Jerusalen (1), de la cual habla el Emperador Constancio, é indica fue vista varias horas por todos los habitantes de la ciudad.

Sus enemigos atacaron desde luego la regularidad de su eleccion; pero el Concilio ecuménico (381) de Constantinopla la declaró perfectamente canónica, y apreció la paciencia y valor que Cirilo habia opuesto á los ataques de los arrianos (2).

Acacio, Obispo de Cesárea, disgustado con Cirilo por sus privilegios de metropolitano, ó por ciertos derechos de precedencia (3), acusábale de haber vendido los vasos sagrados y ornamentos, á imitacion de otros Santos Obispos, en tiempo de estremada penuria, y le comprometió á presentarse en una asamblea arriana (358), en la que él era acusador y juez, con objeto de deponerle, como así sucedió. Pero Cirilo, sin comparecer ante un tribunal cuya competencia no reconocia, aguardó la época de un Concilio más considerable para apelar de esta sentencia inicua, encontrando provisionalmente una caritativa hospitalidad junto á Silvano, Obispo de Tarsis, de donde su infatigable perseguidor trató de hacer que fuese despedido. Al año siguiente á la celebracion del sínodo arriano se reunieron en Seleucia más de 160 Obispos de Oriente, y comparecieron Cirilo y Acacio, trocándose los papeles, pues este fue depuesto, y aquel, previa informacion de la irregularidad de su deposicion, quedó autorizado para volver á su Silla. Sin embargo, su adversario, con sus intrigas, consiguió del Emperador Constancio convocar un Concilio en Constantinopla (360), cuyas decisiones hirieron de nuevo á Cirilo; pero en virtud de la autorizacion de Juliano, sucesor de Constancio (361), volvió á Jerusalen. El plan de Juliano de levantar al lado de esta Iglesia, madre del cristianismo, el templo de los judíos, con el cual Tito cumplió los decretos de la Providencia, fracasó como su sistema de persecucion pacífica y de pérfida tolerancia, que no duró más que su vida.

Supónese que Cirilo vivió tranquilo en el corto reinado de Joviano; mas no fue así en el de Valente, que envió al

(1) Se apareció el dia 7 de Mayo, año 351.
(2) Teodoreto: *Historia eclesiástica*, lib. II, cap. XXVI.
(3) Teodoreto, lugar citado.

destierro á todos los Obispos desterrados ya en tiempo de Constancio, donde permaneció Cirilo hasta que Graciano, sucesor suyo, entregó las iglesias á los que estaban en comunion con el Papa San Dámaso. Entonces Cirilo entró en su ciudad episcopal y pudo trabajar por el restablecimiento de la paz, por tanto tiempo turbada.

Aunque no tengamos más pormenores de la actividad de San Cirilo, las pruebas anteriores de su celo y de la caridad que le indujo á vender los vasos sagrados en provecho de los pobres, bastan para dar una idea del modo con que llenó sus deberes episcopales; así es que San Basilio (1) observó que durante su episcopado la Iglesia de Jerusalen estuvo en un estado floreciente. Habla por última vez de él la historia, mostrándole en el Concilio de Constantinopla, convocado por Teodosio, co-regente de Graciano, donde se encontraba, entre los 150 Obispos reunidos en Mayo de 381, un sobrino suyo, que sucedió á su adversario Acacio, y fue separado y vuelto á llamar como su tio, pintándolo la historia como hombre instruido y virtuoso. Generalmente se cree que murió Cirilo en el año 386, y á los 35 de su episcopado, de los cuales 16 pasó en el destierro y 10 en la Silla (2).

ARTÍCULO II.

Obras genuinas de San Cirilo de Jerusalen.

Son pocas las obras íntegras y genuinas que se conservan de este Padre, entre las cuales están las siguientes: 1.ª Veintitres catequesis. 2.ª Una homilía sobre el paralítico de la piscina. Y 3.ª La carta al Emperador Constancio sobre la aparicion de la Cruz en Jerusalen (3). De las *Catequesis* trataremos en dos artículos, dejando para otro las obras restantes.

Las veintitres catequesis son muy notables por su sencillez, estilo digno, cordial y elevado, y se dividen en dos clases: las diez y ocho primeras están dirigidas á los que han de ser *iluminados*; las cinco siguientes se llaman *mixtagógicas*, y corresponden á los que han recibido el Bautismo. Se da el nombre de *iluminados* (4) á los que en la próxima Pascua debian recibir el Bautismo y necesitaban ser ins-

(1) Epístola 4, *ad monach. lapsum.*

(2) Sozomeno, lib. VII, cap. XIV.

(3) La genuinidad de estas obras prueba Touttec con argumentos, tanto internos como esternos, disert. 2.ª, números 2 y 3.

(4) Para la esplicacion de esta palabra véase Touttec, disert. cit., núm. 24, donde distingue entre fieles y catecúmenos.

truidos antes por el Obispo ó el presbítero. Toda la Cuaresma se empleaba en esplicar estas diez y ocho catequesis en la Iglesia de la Resurreccion, en esta forma: la procatequesis, ó sea la introduccion, se tenia la primera Dominica de Cuaresma, y las restantes durante toda ella, menos los domingos y sábados; y la última catequesis se dejaba para el Sábado Santo. Las *Catequesis mixtagógicas* se dirigian á los neófitos que habian recibido despues de la Pascua en una misma noche, segun la antigua disciplina, los tres Sacramentos, á saber: el Bautismo, la Confirmacion y la Eucaristía, y eran instruidos en estos misterios en cada uno de los dias de la semana de Pascua, no siendo lícito hablar de esto á los que no estaban bautizados. Estas se tenian en el Santo Sepulcro y en un lugar llamado Anastasio, esto es, Resurreccion. Antes de empezar la esposicion de cada una de las catequesis se leia por el lector un punto de la Sagrada Escritura acomodado al argumento de aquella que se iba á tratar (1).

Las veintitres catequesis, que todas reunidas forman una sola obra, fueron pronunciadas por San Cirilo en el año 348, cuando todavía era jóven (2).

ARTÍCULO III.

Argumento de las catequesis.

A las catequesis les precede una introduccion, ó *Prochatequesis*, en donde el autor insiste en la importancia del Bautismo, y sobre las condiciones exigidas á los que lo han de recibir, á saber, pureza y sinceridad. Al mismo tiempo les da reglas de conducta con referencia á la enseñanza que reciben, á los exorcismos, al secreto que deben guardar con los no iniciados, y por último les recomienda la puntualidad á las catequesis, y que se preparen con todo género de virtudes. El Bautismo á que les prepara lo designa como el rescate de los cautivos, la muerte del pecado, el renacimiento del alma, y la entrada en el reino de Dios.

La primera catequesis es igualmente preparatoria; en ella les invita al Bautismo, haciendo ver su utilidad, y exhorta á recibirlo dignamente. En la segunda les vuelve á exhortar á la penitencia y á la confesion de los pecados, describe la malicia de este, y pone su orígen en el abuso de la libertad y en las sugestiones del demonio; señala el camino

(1) Touttee, disert. 2.ª, capítulos IV, V y VI.
(2) San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. CXII.

que puede conducir hasta Dios por una mudanza de corazon de que cita numerosos ejemplos de la Escritura. En la tercera espone la importancia y necesidad del Bautismo para la salvacion, y describe sus partes, á saber: el agua, que lava el cuerpo; la gracia, que regenera el alma, y los efectos admirables que causa en el que lo recibe. Tratados estos puntos, pasa en la cuarta á esponer sumariamente los rudimentos de nuestra fe, y procura grabar en el corazon de sus oyentes la verdadera doctrina y la necesidad de las buenas obras, y ofrece á su consideracion diez dogmas principales, á saber: acerca de Dios, de Jesucristo, de su Encarnacion, muerte, sepultura, bajada á los infiernos, Resurreccion, Ascension, y su lugar en el cielo á la derecha del Padre; del Espíritu Santo, de la naturaleza humana, esto es, de su alma y de su cuerpo, y, por último, de la resurreccion de los muertos y del juicio final. En la esposicion de estos dogmas hace ver los motivos en que se funda la fe en ellos, que no son otros que la tradicion y la Escritura. Despues de haber espuesto sumariamente los puntos principales de la fe católica, en la quinta esplica la primera palabra del símbolo de Jerusalen; esto es, *Creo*. Al hacer la esposicion recomienda la necesidad de la fe, y la distingue en dos clases. Una dogmática, por la cual el alma admite una verdad, y otra gratuita, donde obra la gracia de Jesucristo, cuya accion sobrepuja las fuerzas de la naturaleza (1). En las cuatro siguientes espone el primer artículo del Símbolo en esta forma. En la sesta prueba la unidad de Dios. En la sétima habla del Padre, con cuyo motivo dice que el Hijo es igualmente eterno. En la octava demuestra la Providencia de Dios, que se estiende á todas las cosas, contra los que admitian los dos principios. Y en la novena prueba que Dios, Padre de nuestro Salvador Jesucristo, es el Criador del mundo. El segundo artículo del Símbolo lo esplica en las dos catequesis siguientes. En la décima prueba la necesidad de creer en Jesucristo y su eternidad, y espone sus oficios de Salvador y de Sacerdote. En la undécima demuestra que Jesucristo es Hijo Unigénito y natural de Dios, y trata de la escelencia é incomprensibilidad de la generacion eterna. En las cuatro catequesis siguientes se ocupa de la humanidad de Jesucristo. En la duodécima defiende la existencia de las dos naturalezas en Jesucristo. En la décimatercera refiere las circunstancias de su Pasion. En la décimacuarta prueba la verdad de la Resurreccion, su Ascension y su lugar á la diestra del Padre. En la décimaquinta describe la segunda venida, las señales que la prece-

(1) Aquí toma la palabra *Fe* por la virtud de la *Fe*, y en otras ocasiones por el mismo Símbolo.

derán y el juicio final, y añade que el reino de Jesucristo no tendrá fin.

En la décimasesta y en la décimasétima presenta una perfecta controversia acerca del Espíritu Santo, en donde nada deja que desear, tanto acerca de la doctrina sobre la tercera Persona de la Trinidad, como sobre los efectos que causa. En la décimaoctava prueba la resurreccion de la carne, contra los gentiles, samaritanos y herejes, y esplica las dotes del cuerpo resucitado. Despues trata de la Iglesia, de su nombre, orígen y dignidad, y por último de la vida eterna, que conseguirán todos aquellos que vivan rectamente en la Iglesia.

Siguen despues las cinco *Catequesis mixtagógicas*, más breves que las anteriores, y con las cuales se instruye á los recien bautizados en los sacramentos del Bautismo, Confirmacion y Eucaristía. Las dos primeras son acerca del Bautismo. En la primera se enseñaban las ceremonias preparatorias que tienen lugar en el pórtico de la iglesia, la renuncia al diablo, y se recitaba una breve profesion de fe. En la segunda las ceremonias que acompañan al Bautismo, y su relacion con los efectos que causan en el alma, y ademas el despojo de las vestiduras, las unciones con el Santo Oleo, los exorcismos y la profesion de fe en la Trinidad, y la triple inmersion. En la tercera se trata del sacramento de la Confirmacion, de su orígen, su virtud, y las figuras que lo representaban en el Antiguo Testamento. En la cuarta de la Eucaristía, su orígen y eficacia, materia y figuras que la representaban en el Antiguo Testamento. En la quinta el sacrificio de la Misa, ó sea la liturgia.

ARTÍCULO IV.

De otras obras de San Cirilo.

1.ª *Homilía sobre el paralítico de la piscina.* San Cirilo la pronunció cuando todavía era presbítero (1). En ella esplica la parte del Evangelio de San Juan (2) en que se habla del milagro que obró el Señor con el paralítico de treinta y ocho años, sanado con una sola palabra. Refiere minuciosamente todas las circunstancias de este hecho, y las mezcla con saludables reflexiones.

2.ª *La carta al Emperador Constancio* (3). San Cirilo escribió esta carta al Emperador en el mismo dia que se vió

(1) Su autenticidad prueba Touttec en la *Advertencia á las obras de este Padre*, números 5 al 10.

(2) Cap. v, vers. 1.º-10.

(3) Sobre su autenticidad véase Touttec, lugar citado.

en Jerusalen una cruz resplandeciente. Su objeto fue, no solo dar parte al príncipe de este milagro, sino más bien inclinar con él su ánimo á la piedad.

Ademas de estas obras, escribió otras muchas, que se han perdido, y de las cuales solo quedan algunos fragmentos, pero cuya autenticidad no está suficientemente probada. De las que todavía quedan, puede verse á Touttec (1).

Tambien se le atribuyen otras muchas:

1.ª *Homilías sobre la venida del Señor.*
2.ª *Historia eclesiástica y mixtagógica.*
3.ª *Teoría de los misterios.*
4.ª Una breve *Cronología.*

Son igualmente supuestas las cartas entre San Cirilo y el Pontífice Julio, y las de San Agustin y Cirilo acerca de la muerte milagrosa de San Gerónimo (2).

ARTÍCULO V.

Carácter, estilo y doctrina de San Cirilo.

San Cirilo, admirable defensor de la tradicion apostólica, conservó y defendió la fe que habia recibido de la Iglesia de Jerusalen, la más antigua de todas. Dotado de una gracia particular para instruir al pueblo, se atrajo la benevolencia y la estimacion de los fieles (3); y aunque por algun tiempo no usó la palabra *consubstancial* al esponer el misterio de la Trinidad, sin embargo, siempre enseñó la doctrina de la Iglesia acerca de la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo (4); pero despues que San Atanasio estuvo en el Concilio de Jerusalen, y él fue elevado poco despues al Episcopado, confesó con valor la *consubstancialidad* contra los arrianos.

Sus catequesis son una breve y clara esposicion de la fe, muy dignas de aprecio, pues no ha llegado hasta nosotros un documento más importante de la antigüedad eclesiástica; por cuya causa se considera, y con razon, á San Cirilo como uno de los maestros de la Iglesia (5). En estas catequesis, como hemos podido observar, espone las verdades más importantes de nuestra fe, haciendo uso de la Escritura para refutar á los herejes, y de la razon cuando se dirige á

(1) Ediciones de las obras de San Cirilo, pág. 358.
(2) Touttec, lugar citado.
(3) Teodoreto: *Historia eclesiástica*, lib. II, cap. XXVI.
(4) Catequesis 11, 16 y 17.
(5) Concilio II de Nicea.—Mansi, tomo XIII, col. 293.

los gentiles. Manifiesta frecuentemente que se vale del sentido literal para confirmar los dogmas, aunque en ocasiones oportunas se sirve del sentido alegórico.

Su método al demostrar la fe se reduce á principiar esponiendo los errores de los contrarios, y poniendo á continuacion la doctrina de la Iglesia católica, que confirma con algunos testos de la Sagrada Escritura, y concluye refutando las objeciones. Cuando trata de los dogmas, procura mezclar las máximas morales, y trata de llevar al ánimo de sus oyentes el horror hácia las prácticas paganas. Su estilo es sencillo y familiar, fácil y comprensible, y generalmente sin adornos ni formas oratorias.

Los puntos generales de doctrina católica que abrazan los escritos de San Cirilo, ademas del Símbolo, son los siguientes:

1.° La necesidad de la preparacion del hombre para conseguir la justificacion. *(Prochatequesis*, núm. 16, y *Chatequesis* 1.ª, núm. 3.)

2.° El libre albedrío. *(Chatequesis* 4.ª, núm. 21.)

3.° Que por el pecado mortal se pierde la justificacion. *(Chatequesis* 18, núm. 20.)

4.° El sacramento de la Confirmacion. *(Chatequesis* 21, núm. 3.)

5.° El sacrificio incruento y su utilidad por los difuntos. *(Chatequesis* 23, núm. 9.)

CAPÍTULO V.

SAN HILARIO DE POITIERS.

Fuentes. Las obras del mismo San Hilario.—La vida de este Santo, por Fortunato, escrita en el siglo VI, y se halla en la edicion de las obras de San Hilario hecha en Verona.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. C. —Rufino: *Historia eclesiástica*, lib. X, cap. XXX.—Sulpicio Severo: *Historia sagrada*, lib. II.—Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. III, cap. X.—Sozomeno: *Historia eclesiástica*, lib. V, cap. XIII.

Auxiliares. J. Bolando, en las Actas de los Santos pertenecientes al 13 de Enero, tomo I, pág. 782.—Gerónimo de Prato: *Disertacion cuarta sobre Sulpicio Severo*.—Tillemont: *Memorias*, tomo VII, pág. 432.—Ceillier, tomo V, cap. I, pág. 1-150.—Schoenemaum: *Biblioteca de los Padres latinos*, tomo I, pág. 273.

Ediciones. Las más antiguas se publicaron en Paris, en 1510, por Badio Ascensio, y en Basilea, año 1532, por Erasmo de Rotterdam. La mejor de todas es la de Constant, de la Congregacion de San Mauro, Paris, 1693.—La misma se publicó, corregida, en Verona, 1730.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Hilario de Poitiers.

San Hilario nació en Poitiers á principios del siglo IV (1), de una familia muy distinguida, que le dió una educacion esmerada, aunque pagana. San Hilario tenia clara inteligencia, recta intencion, y sumo amor á la verdad. El paganismo no podia satisfacer su espíritu, y paso á paso fue llegando á la verdad, primero despreciando los placeres de los sentidos, despues entregándose á meditar sobre la Divinidad; y desde la creencia en esta, elevándose á la de un alma inmortal y de un Mediador divino, hasta que por

(1) No es fácil fijar el año de su nacimiento.

último la gracia de Dios le hizo ver la verdad en la religion cristiana (1). Su conversion arrastró á su esposa y á su hija, llamada Abra. Poco después de su bautismo fue elegido Obispo de su ciudad, y desde su elevacion al episcopado se apartó de su esposa y vivió en perpetua continencia. Hilario se mostró digno de tan alta dignidad. Los primeros pasos de su administracion pastoral se señalaron con una representacion al Emperador Constancio, exhortándole á que hiciera cesar la atroz persecucion que los católicos sufrian de parte de los arrianos, contra quienes el Santo no cesaba de combatir con valentía y acierto (2).

El Emperador habia influido en el Concilio de Milan, tenido en el año 355, para que se aboliesen los decretos del de Nicea, y se condenase á San Atanasio. San Hilario, sin temor alguno, y con la autoridad que ejercia en las Galias, separó de la comunion de la Iglesia á Saturnino, á Ursacio y Valente, autores del mal (3). Al año siguiente reunieron los herejes otro Concilio en Bezières, y su número triunfó de los católicos. San Hilario acusó en medio de aquella Asamblea á los Obispos que, serviles aduladores de la corte, conducian á la grey por el camino de la perdicion. Informado de esto el Emperador por el Obispo Saturnino, dió órden á Juliano, llamado despues el Apóstata, para que desterrara á San Hilario á la Frigia. Los Obispos de las Galias no consintieron que se eligiese otro para su Silla, ni recibir á la comunion á Saturnino (4).

El destierro no intimidó al Obispo de Poitiers, ni le hizo por eso cesar de sus deberes. Desde el fondo del desierto escribia á los demas Pastores, y les alentaba á combatir y padecer por la causa de la Iglesia. En este tiempo escribió su libro de la Trinidad, para que llegasen sus escritos donde no alcanzaba su voz (5). Tambien existen cartas que son una prueba de la grandeza de *su ánimo y del celo que le animaba*. Las dirigidas hácia el año 358 á los Obispos de las Galias, dieron lugar á su libro *De los Sínodos* (6). En él defiende los puntos controvertidos, esplica las diversas profesiones de fe que entonces corrian, y muestra alguna deferencia con los orientales, que, sin estar enteramente de acuerdo con los ortodoxos en el fondo, se acercaban más á sus prin-

---

(1) Él mismo refiere su conversion en el lib. I *De la Trinidad*, núm. 1.º-10.

(2) Los deseos de San Hilario fueron en parte satisfechos: Cod. Teod., lib. XVI, tít. II, ley 12.

(3) El P. Constant: *Vida de San Hilario.*

(4) Sulpicio Severo: *Historia sagrada*, lib. II, núm. 39.

(5) Rufino: *Historia eclesiástica*, lib. X, cap. XXXI.

(6) Constant: *Vida de San Hilario*, núm. 46.

cipios. Algunos le reprendieron por esto, y se vió precisado á defenderse en su escrito *Contra los reprensores* (1).

Tres años permaneció en el destierro; pero no fueron años perdidos para la causa de la Iglesia. Aunque no estaba presente en su diócesis ni su voz se oia en medio de su pueblo predicando la verdadera doctrina, con todo, sus escritos volaban por la cristiandad, y descubrian las astucias de los herejes. En Frigia supo que su hija estaba próxima á contraer matrimonio. Enviola el Santo una carta, en que le ponderaba tanto la preciosa joya de la virginidad, que desistió aquella de su intento.

El Emperador, á quien no detenia ningun respeto á la Iglesia, reunió un Concilio en Seleucia para destruir la fe de Nicea. Llamado San Hilario á este Concilio, defendió, como era de esperar, la fe católica. La pureza de sus doctrinas se avenia mal con transacciones y términos acomodaticios en puntos tan importantes de Religion. Hay motivos para creer que solo asistió á la primera sesion, y que, escandalizado de las impiedades que oyó, se retiró á Constantinopla. Viendo, pues, San Hilario la Religion en inminente peligro, presentó á Constancio una Memoria en defensa de la fe y de su propia conducta. «Mi destierro, le dice, no es el castigo de ningun delito, sino el efecto de la falsa relacion que os han hecho del Concilio de Bezières. Tengo en la persona de Juliano, vuestro César, un testigo de mi ultraje.» El Santo entra despues en el asunto, y le dice: «Si son tantas y tan diversas las profesiones de fe, ¿dónde puede hallarse la verdadera? *Esta es la fe de los tiempos, mas no la fe de la Iglesia.* Todos sabemos, prosigue, que desde el Concilio de Nicea no se hace otra cosa que componer fórmulas de fe.»

El mal arreciaba á cada momento. Constancio, con su carácter débil, daba nuevos bríos á la herejía. San Hilario creyó que debia como Obispo arrancar la máscara de las impiedades, y publicó su *Invectiva*, en que rebosa la ira santa que hacia sublevar su corazon con la presencia de tantos peligros. «Ya es tiempo de hablar,» así empieza. El santo Prelado suspira por los tiempos de los Decios y de los Nerones. «Entonces se combatia, dice, cara á cara, y no con un enemigo artificioso, que nos hiere cuando nos lisonjea, que confiesa á Jesucristo para negarle; que procura la unidad para aumentar la division; que edifica las paredes de las iglesias para destruir la fe. Si digo la verdad, justo es que me esprese con libertad santa y apostólica.»

Habiendo San Hilario retado á Saturnino á disputar públicamente sobre la verdad del dogma que defendian sus

(1) Constant: *Vida de San Hilario*, núm. 52.

adversarios, lejos de querer medir sus argumentos con la elocuencia del Santo, le hicieron marchar á las Galias, bajo el pretesto de que turbaba el reposo público. Despues de cuatro años de destierro regresó al fin á su ciudad episcopal. El pueblo, segun espresion de San Gerónimo, le recibió como á un vencedor. Apenas llegó, cuando reunió un sínodo, en donde hizo retractarse á los Obispos que habian suscrito el formulario de Rímini. Despues pasó á Italia, y confundió al insidioso Auxencio, sin que le detuviese el influjo que tenia en el ánimo del Emperador Valentiniano; y como premio de sus desvelos, recibió una órden que le obligaba á retirarse inmediatamente á su diócesis, donde murió el año 368, segun afirma San Gerónimo (1).

ARTÍCULO II.

Division de las obras de San Hilario.—Sus escritos polémico-dogmáticos.

Los escritos de San Hilario se pueden dividir en dos clases: unos pertenecientes á la defensa de la fe católica, y otros á la esposicion de la Sagrada Escritura. A los primeros llamaremos dogmático-polémicos, y á los segundos exegéticos.

ESCRITOS DOGMÁTICO-POLÉMICOS.

1.° *Doce libros sobre la Santísima Trinidad* (2). San Hilario los escribió en el destierro por los años de 356 á 359, en que salió de él para asistir al Concilio de Seleucia. Su objeto fue establecer la consubstancialidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo contra todos los herejes, y en particular contra los arrianos y sabelianos.

En el primer libro, San Hilario, despues de presentar las opiniones de los filósofos y la doctrina de los hebreos acerca de Dios y de la bienaventuranza, prueba que la verdadera y sublime nocion de Dios y de nuestra esperanza eterna la adquirimos muy especialmente por el Evangelio de San Juan. Luego hace observar que la razon humana no puede, sin ayuda de la fe, tener una idea tan completa de Dios, como la que le da la Sagrada Escritura, y de aquí deduce el orígen de todas las herejías, que quieren encerrar la sublime majes-

(1) Cronicon al año 372.

(2) Desde muy antiguo llevaban este título, aunque algunos tambien les daban el nombre de los *Libros contra los arrianos*, y de *Doce libros contra la fe*. Véase el P. Constant sobre estos libros, v. 2.

tad divina en los estrechos límites de su razon. Por último, presenta dos herejías en oposicion entre sí: la arriana y la sabeliana; y en una advertencia á sus lectores espone el argumento de los once libros siguientes, é invocando el auxilio divino, pone fin á su primer libro.

Los libros II y III tratan admirablemente del misterio de la Trinidad.

En el II, San Hilario prueba, con la invocacion que se hace en el Bautismo de las tres Personas de la Trinidad, la doctrina de la Iglesia católica acerca de este misterio: despues demuestra la generacion eterna del Hijo de Dios con el cap. I del Evangelio de San Juan, añadiendo luego que la Encarnacion en nada perjudica á la divinidad del Hijo, y por último trata de la dignidad divina del Espíritu Santo y de sus oficios con relacion á nosotros.

En el III, para mayor claridad de lo que deja dicho, esplica las palabras del Evangelio de San Juan (1): *Ego in Patre, et Pater in me est*, y con la nocion del Padre y del Hijo da la inteligencia de ellos en cuanto le es posible al hombre, y añade que si la razon no concibe cómo el Padre y el Hijo tienen una misma sustancia, la fe nos asegura que esto es posible á Dios, pues seria una necedad, atendiendo á la debilidad de la naturaleza humana, que los hombres no quisiesen admitir lo que la razon no puede comprender.

En el IV espone los errores arrianos, y pasa á refutarlos, primeramente con el Antiguo Testamento, y despues de hacerse cargo de los testos donde Moisés habla de un solo Dios, prueba que el legislador hebreo no niega en ellos la divinidad del Hijo, pues antes bien la confiesa muchas veces en la historia de la creacion, en la de los Patriarcas y en la suya propia, y aun predice el *Deum et Deum*, lo que confirman todos los Profetas.

En el V demuestra que las palabras *Dios Padre* y *Dios Hijo* no multiplican dos dioses, sino solamente que las dos Personas existen en una misma naturaleza divina.

En el VI prueba con el Nuevo Testamento que Jesucristo, no solo de nombre, sino verdaderamente y por naturaleza, no por adopcion, sino por nacimiento, *es Hijo Unigénito de Dios*, y lo demuestra por el testimonio que dió el Padre, por las declaraciones del Hijo, por la predicacion de los Apóstoles, por la fe de los fieles y por la confesion de los judíos y gentiles, y hasta por la de los mismos demonios.

En el VII prueba tambien con el Nuevo Testamento que Aquel que por naturaleza es verdadero Hijo de Dios, es tambien verdaderamente Dios por naturaleza, sin que por esto

(1) Cap. XIV, vers. 10.

nuestra fe se dirija á dos dioses; y concluye demostrando que Jesucristo es Dios por su nombre divino, por su nacimiento de Dios, por su naturaleza y potestad divinas.

En el VIII prueba por el mismo Testamento la unidad de naturaleza, diciendo que debe confesarse que el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre, y que esta unidad no es confusa, sino clara; no imperfecta, sino completa.

Despues de haber esplicado y probado los anteriores puntos, pasa á refutar las dificultades de los contrarios.

En el IX responde á las objeciones de los arrianos, tomadas de los Evangelios, en aquellos lugares en que aparece alguna oposicion entre Dios y Cristo; en que se dice que el Padre es mayor que el Hijo, y en donde este confiesa que no sabe cuándo será el dia del juicio, para lo cual San Hilario sienta la verdad de dos naturalezas en Jesucristo y la comunicacion de idiomas.

En el X resuelve otras dificultades, tomadas de que Jesucristo nació y fue concebido de una Vírgen, y de los dolores y padecimientos que sufrió, sin más que esponer la doctrina de la Iglesia; que no confunde las dos naturalezas, ni divide la Persona, y reconoce lo mismo á Jesucristo-Dios en el Hombre que padece, como lo reconoce Hombre en el Dios que triunfa.

En el XI se hace cargo del testo de los *Proverbios* (1), que dice *Dominus creavit me in initium viarum suarum*, y prueba que el Hijo de Dios no ha sido criado, sino engendrado desde la eternidad, y nacido verdaderamente del Padre.

En el XII y último, despues de demostrar la divinidad del Espíritu Santo, pone fin á su obra rogando á Dios que le conserve la fe que profesó en el Bautismo.

Sobresale en esta obra la claridad del talento y el buen órden. Los antiguos la tenian en mucho aprecio, y la juzgaban como la más útil para afirmarse en la fe de la Iglesia y precaverse de las astucias de los herejes.

ARTÍCULO III.

Continuacion de las obras dogmático-polémicas de San Hilario.

1.ª *El libro de los Sínodos*, ó sea *de la fe de los orientales* (2). San Hilario lo escribió en el año 359, y lo dirigió á los Obispos de la primera y de la segunda Germania, de las

(1) Cap. VIII, vers. 22. El testo, segun la Vulgata, dice: *Dominus possedit me ab initio*; pero las iglesias de España y Francia tenian otras versiones.

(2) San Gerónimo y otros hacen mencion de esta obra. (*De los escritores eclesiásticos*, cap. C.)

Galias y de la Gran-Bretaña, para que tuviesen noticia de las fórmulas de fe de los orientales, y de la que acababan de componer en Ancira, donde se habian reunido (1). En este libro, despues de congratularse por la pureza de la fe de los Obispos de las Galias, les refiere la impía fórmula de fe hecha en Sirmio, el año 357; y luego añade las de los semiarrianos, reunidos en Ancira, contra los amoneos, y las espone en sentido ortodoxo. Enumera ademas otras fórmulas, compuestas en diversas ocasiones, y despues del Concilio de Nicea, á saber: la de Antioquía, en el año 347. La del seudo concilio de Sárdica, y la de Sirmio contra Fotino, en 351, todas las cuales las afirmaban los Obispos en Ancira (2).

Despues, deseando San Hilario atraer á los que menos se separaban de la verdad, alaba á todos aquellos que conservan la fe de los Apóstoles y rechazan la que se opone á la palabra *consubstancial*, y omite todo lo que puede suavizar la palabra *semejante*.

Por último, concluye su libro poniendo una señal de la verdadera fe; diciendo que debia confesarse á Jesucristo, Hijo de Dios, no por una confesion honorífica, sino porque verdaderamente era Hijo del Padre, engendrado de su propia substancia.

2.ª *Respuesta apologética* contra los que reprendian su libro de los Sínodos. El deseo de San Hilario de atraerse á los semiarrianos, en vista de lo sucedido en Rímini, fue mal entendido, y dió lugar á este escrito, que, á pesar de ser muy breve, es utilísimo para la recta inteligencia del libro de los Sínodos, pues en él se hace ver en qué sentido es indulgente con los semiarrianos.

3.ª *Dos libros al Emperador Constancio*, y una *Invectiva* dirigida contra el mismo Emperador. El primero lo escribió para tranquilizar al Emperador, despues de la aparicion de los bárbaros en las Galias, y al mismo tiempo le exhorta á que remedie los males que ha causado á la Iglesia, y que prohiba á los jueces seculares mezclarse en las causas de los clérigos. Ya hemos visto que los deseos de San Hilario fueron en parte satisfechos. En el segundo le hace ver las diversas fórmulas de fe que venian publicando los arrianos, y que solo la de Nicea era la verdadera: muéstrale de paso la injusticia de su destierro.

En la *Invectiva* se queja del Emperador por su proteccion á los arrianos. No es posible leer sin admiracion esta obra. En ella habla San Hilario con toda la energía de un

(2) Constant: *Vida de San Hilario*, números 46 al 56.
(3) San Epif., her. 73, núm. 2.

confesor y toda la resolucion de un mártir: lo que de ella hemos copiado en su vida es una prueba de esta verdad.

4.ª *El libro contra Auxencio, Obispo de Milan.* Es más bien una carta dirigida á los católicos contra los arrianos, á quienes nombra en el prólogo, aunque en particular se dirige á Auxencio, de cuya conducta para con él se queja á los católicos (1).

5.ª *Quince fragmentos de una obra histórica.* En ella se referian los hechos del Concilio de Rímini. Habiendo los arrianos seducido á muchos, diciéndoles que el número de Obispos desterrados no era por motivos de fe, sino por su adhesion á San Atanasio, á quien no querian condenar, San Hilario quiso sacarlos de este error, demostrándoles que la herejía solo se propagaba por medio de calumnias, y que ella no se dirigia á la condenacion de un hombre, sino á la destruccion de la fe. Con este motivo hace la historia de la herejía arriana desde su orígen hasta su tiempo, y hace ver cuáles han sido siempre sus intenciones. En estos fragmentos hay noticias muy apreciables para conocer la historia de aquellos tiempos de revueltas y de intrigas.

ARTÍCULO IV.

Obras exegéticas.

1.ª *Comentarios sobre el libro de los salmos* (2). Entre las obras exegéticas de San Hilario ocupan el primer lugar estos comentarios, ya porque en ellos supo introducir los principales puntos de nuestra fe, ya tambien porque prepara el ánimo para entrar al estudio de sus demas obras. Los compuso probablemente despues de su destierro, como se infiere de sus referencias al libro de la Trinidad, y de las frecuentes reflexiones que hace sobre los arrianos. Este Padre ha sido uno de los primeros que han escrito comentarios latinos sobre la Sagrada Escritura.

Su amor al estudio fue sin duda lo que le hizo tomar los salmos como objeto de meditacion. Al esponer su sentido sigue un término medio, pues ni imita á los que no ven en ellos otra cosa que la letra, ni tampoco á los que dicen que todo se refiere á Jesucristo. San Hilario espuso con cuidado el sentido místico y moral, sin descuidar el literal, y establece como regla que los salmos no refieren precisamente

(1) Este opúsculo se recomienda con el nombre de *Elegancia.*

(2) No todos los que llevan su nombre son suyos. Gallandi: *Biblioteca*, tomo v, página 85.

lo que aconteció en su época, ni son útiles tan solo para los que vivieron entonces, sino que, por el contrario, son muy convenientes en todos los tiempos para la perfeccion. Dice ademas que muchas cosas se refieren á Cristo, á su divinidad y á su eterna generacion en el seno del Padre, mientras que otras se dirigen á la naturaleza humana ó su nacimiento, á sus obras, á su Pasion y muerte, y á su resurreccion, y que David es el tipo de Jesucristo. Tambien hace notar que en ellos se anuncia la vocacion de los gentiles y la reprobacion de los judíos. Estando San Hilario persuadido de que el hombre no puede sin el auxilio divino interpretar la Sagrada Escritura, á la vez que consultaba los mejores intérpretes, como Orígenes, pedia á Dios con la oracion su verdadero sentido (1).

En la esplanacion de los salmos sigue la antigua version latina, aunque alguna vez consulta el testo griego (2) de la version de los Setenta; primeramente, porque es *legítima* y está hecha en tiempo del pueblo judío; en segundo lugar, porque es *espiritual* y espresa con claridad los puntos dudosos, y no se pega servilmente á la letra; y tercero, porque su sentido espiritual no es debido al hombre, sino á la tradicion de Moisés. Aunque recomienda que se evite la ambigüedad del testo hebreo, sin embargo, no le acusa de viciado, y antes bien desea que se recurra á él como á la primera fuente.

Convienen los eruditos en que estos comentarios se dirigieron en forma de exhortacion al pueblo, y que despues San Hilario, con algunas variaciones, los publicó con ese título.

2.ª *Comentarios sobre el Evangelio de San Mateo.* San Hilario en esta obra no hace más que estractar á Orígenes (3). En la interpretacion presenta el estilo literal, pero pone todo su trabajo en el espiritual. El mismo Santo da la razon de esto, diciendo que, no solo en el Antiguo Testamento, sino tambien en el Nuevo, ademas de la significacion literal, hay otro sentido más elevado é interior, y que es conveniente dar á conocer ese doble sentido.

3.ª *La carta á su hija Abra* (4). San Hilario escribió esta carta desde el destierro, para aconsejar á su hija que se apartara de las vanidades y placeres del mundo, consagrando su virginidad al celestial Esposo. La incluye ademas *dos himnos*; uno para la mañana, y otro para la tarde; pero solo se conserva el primero.

---

(1) Prólogo al libro de los salmos, número 24.
(2) Lugar citado, núm. 2.
(3) San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. c, se ocupa de esta obra.
(4) Sobre su autenticidad véase el P. Constant, tomo II, pág. 523.

Ademas de estas obras, se le atribuye *una carta* ú *opúsculo* dirigida á un Obispo. En ella se trata sumariamente de la fe, y tiene por objeto la reforma de las costumbres.

Tambien se han perdido algunas otras de este Padre, de las cuales citaremos: 1.ª Un tratado sobre el libro de Job. 2.ª El libro de los himnos (1). 3.ª El libro de los misterios. 4.ª Un libro contra Dióscoro. Y 5.ª Muchas cartas (2).

ARTÍCULO V.

Carácter, estilo y doctrina de San Hilario.

San Hilario gozó de tanta autoridad en la Iglesia, que se le consideraba como la columna de la Religion católica; era naturalmente dulce, jamás se irritaba, y solo á los herejes contumaces trataba con alguna dureza. Si en su *Invectiva* á Constancio es vehemente, en el libro *De los Sínodos* es suave y templado. La crueldad del Emperador necesitaba una mano fuerte para contenerle, y la espresion de los hechos es tan amarga como verdadera. No siendo iguales las circunstancias, el libro *De los Sínodos* es del todo diferente, habiéndole censurado los intransigentes por sus tendencias conciliadoras.

La Iglesia ha considerado siempre sus obras como muy útiles, y San Gerónimo pide á la Santísima Vírgen que tome bajo su proteccion las cartas de San Atanasio y los escritos de San Hilario (3). La oscuridad que se observa alguna vez en sus obras nace principalmente de la materia sublime de que trata, y tambien porque es el primero, entre los Padres latinos, que escribió sobre el misterio de la Trinidad, y espuso las Escrituras en lengua latina, que carecia de algunas palabras para espresar bien ciertas ideas.

Su estilo es conciso y nervioso, sus espresiones nobles y enérgicas, su argumentacion sólida y contundente, y sus ideas justas y bien ordenadas. Sus descripciones son vivas y patéticas, y las imágenes muy oportunas; la impetuosidad de su locucion ha sido comparada por San Gerónimo con la rapidez del Ródano: *elocuenciæ latinæ Rhodanus;* imágen espresiva y exacta, porque, en efecto, la vigorosa dialéctica de San Hilario, alimentada con la doctrina sublime del

(1) Este Padre fue el primero que compuso himnos religiosos, segun San Isidoro de Sevilla: *De Of. eccles.*, lib. I, cap. VI.

(2) Para estos libros, véase Ceillier, tomo V, cap. I, art. 1.º

(3) Carta 107, núm. 12.

Evangelio, viva, fuerte, impetuosa en su marcha, sostenida por el acierto en los períodos y la brillante armonía de la espresion, se precipita y rueda majestuosamente, destruyendo y arrebatando tras sí todas las opiniones.

San Hilario es muy parecido á San Atanasio; da, sin embargo, á conocer en sus escritos las diferencias que separaban al genio griego del genio latino. Estos dos Padres de la Iglesia, ardientes partidarios del símbolo de Nicea, aceptan con entusiasmo su defensa, pero los medios que emplean para conseguir el triunfo son muy distintos.

Atanasio, para destruir más fácilmente la herejía, acepta el campo á que se le conduce, lucha en él con intrepidez, y sale vencedor. San Hilario no cede un solo palmo de terreno á su enemigo; lo asedia con su rígida dialéctica: afirma y no discute. Ambos de carácter altivo é inflexible, de conciencia recta, de espíritu valeroso, atacan la tiranía del poder, Hilario con sencilla firmeza, Atanasio con hábil política. En fin, su objeto es uno mismo: las consecuencias de su predicacion, el triunfo de la verdad en Oriente y en Occidente.

Bossuet dice: «Atanasio é Hilario son iguales en gloria, como fueron iguales en valor.»

Ademas de su admirable doctrina sobre el misterio de la Trinidad y de la Encarnacion, contienen sus escritos otros muchos puntos pertenecientes á la fe católica, de los cuales citaremos algunos:

1.° *La existencia de una Iglesia visible salvadora.* (Comentario ó tratado del salmo CXVIII, lib. XVI, núm. 8.)

2.° *Solo á la Iglesia católica pertenece juzgar del verdadero sentido de la Sagrada Escritura.* (Coment. sobre San Mateo, cap. XIII, núm. 1.)

3.° *Enseña, con la Iglesia católica, qué sea la justificacion.* (Coment. sobre San Mateo, cap. X, núm. 24.)

4.° *Reconoce la necesidad de las buenas obras.* (Comentario sobre San Mateo, cap. VI, núm. 5.)

5.° *La presencia de Jesucristo en la Eucaristía.* (Lib. VIII, núm. 3, sobre la Trinidad.)

6.° *El culto de las reliquias de los Santos.* (Libro contra Constancio, núm. 8.)

CAPÍTULO VI.

PRINCIPALES ESCRITORES ECLESIÁSTICOS DE ESTE TIEMPO.

Juvenco, Eusebio de Vercéli, Lucífero de Caller, Fevadio y Mario Victorino.

Muchos son los escritores que se distinguieron en este tiempo; pero de algunos solo el nombre se conserva, pues se han perdido todos sus escritos; otros, aunque no están aprobados por la Iglesia, pueden con sus obras servir al estudio del dogma y de la moral cristiana, y tambien para ilustrar la disciplina y la historia de la Iglesia.

A los primeros pertenece Reticio, Obispo de Autun, célebre en tiempo del Emperador Constantino, y tenido por San Agustin como uno de los Padres de la Iglesia. Escribió los *Comentarios sobre el Cántico de los cánticos*, y un gran volúmen contra Novaciano; pero hoy nada se conserva de sus obras (1).

Entre los segundos merecen mencionarse los siguientes:

1.° *Juvenco*, poeta español y de una familia ilustre, era presbítero, y vivió por los años 330. Fue el primero que empleó la poesía en la esposicion de la Sagrada Escritura, de cuyos trabajos existen todavía dos obras. 1.ª *Cuatro libros de Historia evangélica*. En ellos, previa invocacion del Espíritu Santo, describe en verso elegante la historia de Jesus, citando casi á la letra los cuatro Evangelios. No emplea un libro para cada Evangelista, sino que siguiendo el órden de San Mateo, presenta los hechos armonizados en cuatro libros. El Pontífice San Gelasio colma de alabanzas esta obra, y la iguala con las de los Santos Padres. Su autor ofrece un modelo de la antiquísima poesía cristiana, y distingue la interpretacion dogmática de la exegética, por donde se ve de qué modo la Iglesia hacia uso de la Escritura. 2.ª *Un libro sobre el Génesis*, cuyos cuatro primeros capítulos corrieron bajo el nombre de Tertuliano y de San Cipriano. En él refiere, en el mismo estilo que los anteriores, todo lo que se contiene en

(1) San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXXXII.

la narracion de Moisés. Tambien escribió algunas cosas *pertenecientes al órden de los Sacramentos*, cuya pérdida es muy sensible (1).

2.° *Eusebio de Vercéli*, habiendo dejado su patria, se estableció en Roma, donde fue elegido, primeramente lector, y despues Obispo de Vercéli, su patria.

Es el primero que unió en Occidente la vida clerical á la monástica. En el Concilio de Milan, tenido en el año 355, dió prueba de la fortaleza de su ánimo y de su adhesion á San Atanasio. El Emperador Constancio, sin embargo, lo desterró á la Escitia, despues á Capadocia, y últimamente á la Tebaida superior. Restituidos los Obispos á sus Sillas por el Emperador Juliano, Eusebio volvió á Italia; procuró remediar los males que los arrianos habian causado á su Iglesia, y murió lleno de méritos hácia el año 370.

Pocos son, en verdad, los monumentos literarios que nos quedan de este Santo, á saber: 1.° *Tres cartas*, de las cuales una está dirigida al Emperador Constancio antes del Concilio de Milan, otra á su Iglesia desde el destierro, y la última á Gregorio, Obispo de Granada, con motivo de haber oido la caida de Osío. En todas ellas se deja ver el celo del Obispo y el valor del generoso confesor. 2.° *Los comentarios sobre los salmos*. No son otra cosa que una traduccion al latin del libro de Eusebio de Cesárea; pero esta traduccion se ha perdido. 3.° *El código latino de los Evangelios*, escrito por el mismo San Eusebio (2), que todavía se conserva en la Iglesia mayor de Vercéli.

3.° *Lucífero de Caller (Cagliari)* (3), Obispo de la metrópoli de Cerdeña, varon de admirable constancia y de un ánimo preparado al martirio: vivió en el tiempo en que Constancio perseguia á la Iglesia. En medio de tanto trastorno en la fe, abandonando su Silla, marchó á Roma, siendo enviado por el Papa Liberio como legado al Concilio de Milan (año 355). Resistió allí con valor á los impíos; y no queriendo condenar la fe de Nicea, bajo el nombre de Atanasio, fue desterrado por el Emperador á Palestina, en donde cumplió como bueno, escribiendo libros en defensa de la fe, enviándolos al mismo Emperador. Muerto este, Lucífero, deseoso de concluir con el cisma de Antioquía, se unió á los eustacianos, y ordenó de Obispo de aquella parte al presbítero Paulino, enemigo de Melecio. Eusebio de Vercéli, que estaba en An-

(1) Ceillier, tomo IV, cap. IV.
(2) San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. XCVI.
(3) San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. XCV.

tioquía, reprobó aquella á su parecer intempestiva ordenacion, que empeoraba el mal, en vez de remediarlo. Con esto, y con los decretos del Sínodo de Alejandría para restablecer en sus Sillas á los que habiendo caido en la herejía daban muestra de arrepentimiento, se hizo más profunda la division que reinaba en sus ánimos. Lucífero se hallaba entre los descontentos; y no solo negó la comunion de la Iglesia á los que hubiesen suscrito algunas fórmulas arrianas, sino que se apartó de los que las admitian, con lo cual dió lugar y nombre al cisma peligroso de los luciferianos.

Vuelto despues de Oriente, y separado de la comunion de casi todo el orbe, gobernó por espacio de ocho años la Iglesia de Caller, y murió el año 371. Ademas de algunas cartas, de las que la historia toma datos muy importantes, y en las que se deja ver la fuerza de su carácter, tiene muchas obras de cuando todavía era católico; á saber (1):

1.ª *Dos libros en favor de San Atanasio*, cuya causa defiende con fuertes argumentos y testimonios de la Sagrada Escritura; de modo que convence con la fuerza de su ingenio que San Atanasio no podia ser condenado en justicia, y que fue depuesto por el despotismo del Emperador y la iniquidad del Concilio de Milan.

2.ª *Un libro para probar que no se debia convenir con los herejes.* En él trata la cuestion de tal manera, que prueba en su estilo grave y con ejemplos de la Sagrada Escritura que es ilícito á los Obispos comunicar con los herejes del Concilio de Milan, de cuyos fraudes é inicuos conventículos estaba cierto, añadiendo que la paz que proponia el Emperador era hija de sus siniestras intenciones.

3.ª *El libro de los reyes apóstatas.* En él propone el ejemplo de los reyes impíos, que aunque llevaron una vida pésima y aprobaron el culto de los ídolos, vivieron sin embargo largos años, y quiere manifestar á Constancio que está en un error si cree que obra bien favoreciendo á los arrianos y persiguiendo á los defensores de la fe de Nicea porque florecia su reino.

4.ª *El libro de que no deben de ser perdonados los que delinquen contra Dios.* En él esplica al Emperador por qué escribió los anteriores libros en estilo tan duro, manifestando que no pueden los Obispos disimular por temor, ni autorizar con un silencio injurioso á Dios, los errores é iniquidades de los hombres, especialmente de los herejes, pues tienen estricta obligacion de defender la fe con libertad y de rechazar toda clase de iniquidades.

(1) En el preámbulo de la *Clave historial* del P. Florez, sétima edicion (1771) y siguientes, se puede ver una curiosa disertacion probando que no fue *hereje*, sino *cismático*, y que, por desgracia, murió pertinaz.

5.° Un libro titulado: *Que se debe morir por el Hijo de Dios.* En él defiende la fe de Nicea, su conducta como legado, y la causa de Atanasio: condena los delitos de Constancio y de los arrianos, y confiesa lo hermoso que es morir por Cristo, deseando él con ardor el martirio.

En todas sus obras resplandece su ardiente celo por la Religion y por la gloria de Dios, y una increible libertad y audacia. En sus cartas manifiesta un conocimiento profundo de la Sagrada Escritura: su lenguaje, sin embargo, es desaliñado (1).

4.° *Febadio,* Obispo de Agen, en Francia, hombre notable por su piedad y doctrina, y acérrimo impugnador de los arrianos, escribió en el año 358:

1.° *Un libro contra los arrianos*, cuyo principal objeto era destruir la segunda fórmula de Sirmio. Hácia el año 360 escribió otra obra titulada:

2.° *De la fe ortodoxa contra los arrianos*, la cual lleva con menos razon el título: *De la consubstancialidad y divinidad del Hijo*, ó simplemente: *De la fe*, la que algunos atribuyen á San Gregorio Nacianceno, á San Ambrosio ó Gregorio Bético, contemporáneo de Febadio. Finalmente, es del mismo autor *El libro de la fe*, que es un compendio del precedente tratado *De la fe ortodoxa*, etc., y contiene una esposicion clara, aunque breve, de la fe católica. Los dos anteriores opúsculos prueban con elegancia y fuerza de argumentos la consubstancialidad del Padre y del Hijo, y pulverizan todos los subterfugios de los arrianos. Murió á fines del siglo IV (2).

5.° *Mario Victorino*, nacido en Africa, y apellidado por esto el *Africano*. Era muy instruido en las artes liberales, y despues de haber enseñado en Roma la retórica por muchos años y haber alcanzado tanta fama por su doctrina, que se le erigió una estatua en el Foro romano, se convirtió á la fe católica al fin de su vida, antes del año 361 (3). Se ignora el tiempo que vivió despues de su conversion. Escribió:

1.° *Cuatro libros contra Arrio,* en estilo dialéctico, pero bastante oscuro, y se deben leer con cautela, pues se encuentran en ellos algunas cosas demasiado fuertes.

Ademas escribió un opúsculo, titulado *De recipiendo,*

---

(1) De los escritos de Lucífero, véase el prefacio de Coleti, en su edicion de las obras de este Obispo.

(2) De Febadio, véase San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. CI.

(3) San Agustin en sus *Confesiones*, lib. VIII, núm. 3-5, refiere la historia de la conversion de Victorino el *Africano*, la cual, sin disputa, debe considerarse entre las más hermosas de la antigüedad cristiana.

que no es más que una recopilacion de los cuatro libros precedentes.

2.° El *Opúsculo de la generacion del Verbo divino,* en el que se impugna igualmente á los arrianos.

3.° *Tres himnos sobre la Trinidad,* cuyo verso no está perfectamente medido, sino que son, en cuanto á la forma, muy semejantes al símbolo llamado de San Atanasio; se deben leer con prevencion, y en ciertos puntos exigen una interpretacion benigna.

4.° *Dos trataditos contra los maniqueos,* de los cuales el uno se conoce con el nombre *Contra los dos principios de los maniqueos,* y el otro trata de las palabras de la Escritura: *Factum est vespere et mane dies unus,* en donde propone si el dia primero principió desde la tarde ó desde la mañana, y se inclina á lo segundo. Finalmente, dejó:

5.° *Los comentarios sobre el Apóstol,* ó sobre las cartas de San Pablo á los gálatas, á los filipenses y á los de Efeso. Tampoco debe omitirse:

6.° Su *Opúsculo sobre los físicos,* ó más bien contra los filósofos, que con argumentos naturales impugnaban la narracion de Moisés, y evangélica, la creacion del mundo de la nada, el primer pecado, la Encarnacion del Hijo de Dios y la obra de la Redencion (1).

(1) Este opúsculo es dudoso.

CAPÍTULO VII.

SAN BASILIO EL MAGNO.

FUENTES. Las obras del mismo San Basilio.—San Gregorio Nazianceno: *Oracion fúnebre de San Basilio*, ó sea la 43.—San Gregorio Niseno: *Oracion fúnebre en alabanza de su hermano Basilio.*—San Efren, siro: *Encomio de San Basilio*, tomo II, pág. 289 de sus obras.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. CXVI.—Rufino: *Historia eclesiástica*, lib. XI, cap. IX.—Sócrates, id., lib. IV, cap. XXVI.—Sozomeno, id., lib. VI, cap. XV.—Teodoreto, id., lib. IV, cap. XIX.—Filostorg, lib. VIII, núm. 11; y Focio: Cod. 137.

AUXILIARES. Prud. Moran: *Vida de San Basilio*, unida á las obras, pág. 37 y siguientes.—G. Hermant: *Vida de San Basilio y de Gregorio Nacianceno.*—Feranc. Berti: *Comentario histórico*, tomo II, pág. 807.—Feisser: *Historia de la Teología*, Roma, 1828.—Dupin, tomo II, pág. 265.—Ceillier, tomo IV, cap. VIII.—Tillemont: *Memorias*, tomo IX, cap. VIII, pág. 304; y Fessler, tomo I, pág. 471.

EDICIONES. En griego se hicieron en Basilea, 1532; en Venecia, 1535, y despues en Basilea, 1551. En latin y griego, en Paris, 1618.—Más tarde publicó todas sus obras Combefício, en Paris, 1679.—Moran, id., 1750. Esta misma se publicó en Venecia, pero solamente el testo latino (1793), en tres volúmenes.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Basilio Magno.

San Basilio nació en Cesárea, capital de Capadocia, hácia el año 330. Era el hijo mayor de una familia rica, virtuosa y considerada. Heredó de su madre Emelia la piedad, la humildad y la castidad, y su abuela Macrina le educó santamente.

Jamás olvidó la impresion profunda que produjeron en su corazon, tierno todavía, las palabras y ejemplos de estas

santas mujeres (1). Su padre, que era retórico en Neocesárea (en el Ponto), fue su primer maestro (2). Cuando hubo adquirido todos los conocimientos que pudo proporcionarle su ciudad natal, fue á concluir sus estudios á Constantinopla, y más tarde á Atenas (3). En esta última ciudad encontró á Gregorio Nacianceno, á quien ya habia conocido en Cesárea, y trabó con él una amistad duradera, á la cual se asoció más tarde un tercero, digno de ellos, el hermano de San Basilio Magno, Gregorio, Obispo de Nissa. Estos son los tres Capadocios.

Basilio y Gregorio solo conocieron dos calles en Atenas; la una conducia á la iglesia, y la otra á las escuelas públicas (4). Basilio hizo grandes progresos en gramática, en retórica y en filosofía; y como una abeja cristiana, supo absorber solo la miel de las flores de la literatura pagana.

A la edad de unos veinticinco años volvió á su patria. Cesárea y Neocesárea le brindaron á que aceptase una cátedra pública; pero tanto como se habia dedicado á la filosofía griega durante su permanencia en Atenas, otro tanto se sumergió entonces en las profundidades de la filosofía cristiana, abrazando un género de vida completamente ascético. Con el fin de estudiar de una manera práctica la ciencia de la vida, visitó durante el año 357 á 358 las colonias de los monges de la Siria, de la Palestina y del Egipto: á su vuelta distribuyó todos sus bienes á los pobres, y resolvió vivir libre de los lazos del mundo, en un lugar solitario del Ponto, cerca del pueblo de Amesi, en donde su madre y su hermana Macrina habian fundado un convento.

Allí guardó la vida severa y feliz de un solitario hasta 359. Respondiendo entonces á la invitacion de Eusebio, Obispo de Cesárea, abandonó su retiro para recibir el presbiterado, cuyas funciones desempeñó en la metrópoli de la Capadocia. Pero, segun parece, los celos de su Obispo contrariaban su amor á la paz, y le devolvieron á la soledad. Sin embargo, como el bien de la Iglesia reclamaba la vuelta de Basilio, el presbítero y el Obispo dieron prueba de grandeza de alma, y el amor á la Iglesia unió íntimamente á estos que el amor propio habia separado momentáneamente. Por entonces, y á ruegos de los monges, escribió sus *Morales*, reuniendo los preceptos morales esparcidos por los Evangelios; y poco despues los libros contra la apología de Eunomio (5). Esta era la época (364 á 378) en que el Empe-

(1) San Basilio, carta 210, núm. 1.º
(2) San Gregorio Nacianceno, orac. 43, núm. 13.
(3) Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. IV, cap. XXVI.
(4) San Gregorio Nacianceno, lug. cit., núm. 15.
(5) Maran: *Vida de San Basilio*, cap. VII, núm. 3.

rador Valente, dueño del Oriente, pretendia hacer dominar con él el arrianismo en todo el imperio, y recorrió las provincias para establecer por su influencia personal la autoridad de la herejía.

La Silla metropolitana de Cesárea era uno de los puntos más importantes de la Iglesia, y era preciso que el Emperador la conquistase á cualquier precio para el arrianismo, si queria hacer triunfar esta doctrina en la provincia. En vista de este peligro, que exigia un total olvido de sí mismo, Basilio vino á ponerse al servicio de la Iglesia, y fue el alma de la diócesis, cuyo Obispo depositó en él toda su confianza. Basilio, tan hábil como fiel, supo rechazar victoriosamente los ataques de los arrianos, é hizo de Cesárea el famoso héroe Basilio uno de los baluartes de la fe.

El espíritu de Dios habia señalado á Basilio para ser el defensor de la fe en estos tiempos peligrosos: en vano trataron los enemigos de la Iglesia de oponerse á la eleccion de Basilio, llamado por todos los fieles para ocupar el lugar de Eusebio, muerto en 370. Basilio fue elegido Obispo de Cesárea y metropolitano de Capadocia, y como tal, exarca de la diócesis del Ponto. Por su dulzura, su moderacion y su dignidad alcanzó congraciarse con sus adversarios, y mantener su diócesis en la unidad de la fe.

Valente envió al prefecto Modesto á Capadocia (372), con el fin de establecer el arrianismo gubernamentalmente, como lo habia hecho en Bithinia y en Galacia; y para esto era necesario ante todo atacar y destruir la columna de la Iglesia, Basilio. El prefecto le espresó su estrañeza de que se atreviese á tener otras creencias que las del Emperador, y le amenazó con la confiscacion, destierro y suplicio. El magnánimo Basilio respondió á las amenazas del despotismo de Bizancio con la calma de la fe, diciéndole: «¿Es esto todo lo que vos pedís? Pero todo esto no me importa nada. El que nada posee, nada tiene que perder. No hay destierro para aquel que, encontrando á Dios por todas partes, encuentra por todas partes una patria. ¿Qué pueden las torturas sobre el que casi no tiene cuerpo? La muerte me será un beneficio, porque me devolverá más pronto á Dios, aunque ya casi soy un muerto, y desde hace mucho tiempo aspiro á la tumba.»

Este lenguaje intrépido y lleno de la más admirable fe, desarmó al pretor y al Emperador mismo, que acababa de llegar á Cesárea, y se disfrutó de alguna paz en Capadocia (1). Sin embargo, los arrianos importunaron al Emperador hasta que obtuvieron el destierro del muy piadoso Obispo.

Basilio partió de noche, alejándose de su querida iglesia,

(1) Teodoreto: *Historia eclesiástica*, lib. IV, cap. XIX.

conducido por sus perseguidores, cuando el hijo del Emperador se sintió súbitamente enfermo. Valente, creyendo reconocer en esta desgracia la mano de Dios ultrajado, hizo llamar á Basilio, con cuya presencia curó al jóven príncipe (1). El Obispo pudo volver á Cesárea, sin ser atacado otra vez. Continuó combatiendo el arrianismo y conservando la Iglesia de Oriente en la fe y en la union de la Santa Sede. Por último, en este tiempo, y á instancias de su amigo Anfiloquio, Obispo de Iconio, escribió el libro *Del Espíritu Santo* (2).

Basilio no era solamente un apóstol de la fe: era un héroe de la caridad. Toda su vida estaba consagrada al bienestar material y espiritual de los que su mirada podia abarcar en su vasta provincia. En el año 368 la caridad sacerdotal de Basilio se manifestó en todo su brillo. Un hambre espantosa asolaba la provincia, y las usurpaciones agravaban la miseria. El fuego de la caridad arrancó palabras tan fuertes de los labios de Basilio al predicar á su pueblo, que inspiró á los unos la paciencia, el ánimo á los otros, la generosidad á los ricos, y aun modificó á los usureros, dando siempre y en todas partes el ejemplo por la donacion que á los pobres hizo de los bienes bastante considerables de su madre, que acababa de heredar. Podria decirse mucho acerca de su caridad, si esto fuera de nuestro propósito.

Basilio, alumbrando al mundo con la antorcha de la fe, y sirviéndole con todo el ardor de la caridad, se consumió á sí mismo. Los ejercicios permanentes del ascetismo, que nada habia podido interrumpir, le habian reducido desde algun tiempo á un estado de debilidad y estenuacion tal, que con toda verdad habia podido responder al prefecto Modesto que casi no tenia cuerpo. Esta lumbrera de la Iglesia se estinguió el 1.° de Enero de 379.

ARTÍCULO II.

Division de los escritos de San Basilio Magno.—Sus obras contra Eunomio.

Las obras de San Basilio, á pesar de ser tantas, pueden reducirse á cinco clases: 1.ª Obras dogmáticas. 2.ª, Obras exegéticas. 3.ª Ascéticas ó morales. 4.ª Homilías; y 5.ª Cartas. Las obras dogmáticas las dividiremos para mayor comodidad en dos artículos; en este trataremos de los escritos contra Eunomio, y en el siguiente contra los pneumatómacos.

---

(1) Maran: *Vida de San Basilio*, cap. xxxi, núm. 5.
(2) Maran: *Vida de San Basilio*, cap. xxx, núm. 6.

OBRAS DOGMÁTICAS CONTRA EUNOMIO.

Los cinco libros contra Eunomio, de los cuales los tres primeros pertenecen á San Basilio sin duda alguna, pero los dos últimos deben contarse entre sus obras dudosas (1). El libro apologético de Eunomio, que se propuso refutar San Basilio en esta obra, era un tratado corto, pero artificioso, y se le puede considerar dividido en tres partes: la primera, desde el núm. 1 al 11, trata del Padre: la segunda, desde el 12 al 24, del Hijo; y la tercera, en el núm. 25, del Paráclito. San Basilio lo refuta en otros tantos libros.

En el prefacio del libro I, que comprende desde el número 1 al 5, rechaza algunas aserciones de Eunomio, que decia se habia visto obligado á contestar á las calumnias de que era objeto, y manifestaba astutamente que él seguia la doctrina de los Santos Padres. Despues entra en el fondo del libro, y destruye la doctrina de Eunomio acerca del Padre, que sostenia que *Dios es incapaz de generacion*. Este hereje, para demostrar la desemejanza en cuanto á la substancia entre el Padre y el Hijo, pretende probar que la esencia ó substancia de Dios consiste en ser ingénito, ó sea que Dios no puede ser engendrado por naturaleza, y por lo tanto todo lo que es engendrado es desemejante en substancia al Padre. Sentado este principio, no es difícil comprender las consecuencias que de él saca Eunomio hasta ir á parar á estas palabras de Arrio: «Si hay ingénito, no hay hijo; y si hay hijo, no cabe que sea ingénito.»

San Basilio, desde el núm. 5 al 9, contesta detenidamente á la filosofía sofística y argumentacion de Eunomio, y pone de manifiesto sus contradicciones, especialmente respecto á las palabras *ingénito* y *génito* que constantemente emplea para designar al Padre y al Hijo; despues impugna la definicion que Eunomio da de la substancia divina, para lo cual desde el núm. 6-9 hace ver, ya por el uso de las palabras, ya por el modo de hablar de la Escritura, que el entendimiento se da alguna razon de la esencia de las cosas y las designa con varios nombres, y que esto mismo se puede hacer respecto de Dios, pues es causa de aquellas y de estos. Desde el 10 al 16 discute acerca de la naturaleza de los nombres de Dios, y los divide en dos clases: unos *afirmativos*, como bueno, santo; y otros *negativos*, como ingénito, inmutable: cada uno de los cuales nos da alguna idea de las propiedades divinas, siquiera sea imperfecta, de donde in-

(1) Prud. Maran: *Vida de San Basilio*, cap. XLIII, núm. 7.—Ceillier y otros los tienen por genuinos.

fiere San Basilio que la palabra *ingénito* no puede significar la substancia de Dios. Desde el 12 al 13 reprende la arrogancia de Eunomio, que se gloriaba de haber encontrado la substancia divina, y le demuestra que la naturaleza criada no puede esplicar la naturaleza divina. Desde el 14 al 16 dice muy acertadamente que la palabra *ingénito* indica el modo de existir, mas no la naturaleza y esencia. Desde el 17 al 18 pasa á la segunda afirmacion de Eunomio; á saber: que el ingénito no admite comparacion ni comunicacion con el génito; y prueba su falsedad por estar en oposicion con lo que enseña la Escritura. Desde el 19 al 21 San Basilio declara cómo se ha de entender en sentido ortodoxo la *comun substancia*, sin que se destruya la verdadera nocion de Dios; y quitada de Dios la nocion de *tiempo*, manifiesta que la distincion del Padre y del Hijo solo es de órden, la cual sirve para distinguir al Hijo del Padre, de quien procede, y para anteponer este á aquel en cierto modo. Desde el 22 al 23 contesta al argumento de Eunomio, que dice así: «El ingénito no puede compararse con el génito; luego necesariamente es desemejante.» San Basilio hace ver que solamente podria valer eso cuando se tratara de un ente corpóreo; y aprovechando lo que su enemigo le concede, replica: «El Hijo es incorpóreo, como el Padre, y en esto aparece ya la semejanza de ambos; mas la igualdad consiste en la identidad de poder, aunque haya alguna distincion, esto es, de *órden*.» Desde el 24 al 25 hace ver que de esta misma distincion de órden, por la cual el Padre es principio del Hijo, habla Jesus cuando dice: «Mi Padre es mayor que yo.» Desde el 26 al 27 demuestra admirablemente cuán absurdo sea decir que Dios ingénito es incomparable.

En el libro II San Basilio trata del Hijo, á quien Eunomio suponia *hecho* (no verdaderamente engendrado y eterno) y distinto del Padre en substancia, todo lo cual lo prueba de este modo: «O Dios engendró la substancia que existia, ó la que no existia antes, esto es, el Hijo.» De aquí concluia, despues de mil sofismas, que el Hijo es de distinta substancia que el Padre. Contra estas blasfemias San Basilio, desde el núm. 1 al 3, prueba que ni el nombre de cosa *criada*, ni el de cosa *hecha*, se atribuye al Hijo de Dios en la Sagrada Escritura (1). Desde el 4 al 5 demuestra tambien que generalmente los diversos nombres no significan siempre diversa substancia, sino propiedades diversas. Desde el 5 al 10 demuestra que el nombre de Hijo, y tambien el de cosa engendrada, es relativo, y por lo tanto no podia espresar la substancia por

(1) A veces se encuentran estas ó parecidas frases en la Sagrada Escritura, al tratar del misterio de la Encarnacion.

la fuerza de su naturaleza, sino solamente la habitud á ella. Desde el 11 al 13 refuta esta asercion de Eunomio: «La substancia del Hijo es engendrada, pues no existia antes de su propia constitucion;» y con argumentos especulativos demuestra la eterna union del Hijo con el Padre. Desde el número 14 al 18 prueba la misma eternidad del Hijo, no menos con el principio del Evangelio de San Juan que con aquellas palabras del Exodo (1): *Ego sum qui sum*; y ademas añade algunas cosas sobre la generacion eterna. Desde el 19 al 21 se hace cargo del vulgarísimo argumento de Eunomio, que repetia sin cesar: «Si es engendrado, en algun tiempo no existia; si existia, no es engendrado.» San Basilio le contesta estableciendo la *generacion eterna*. El Hijo ha existido siempre; el Padre siempre es causa del Hijo, y aunque el Hijo es eterno, no es ingénito; pues ingénito se dice de aquel que no tiene principio de sí mismo, y el Hijo tiene al Padre; y eterno es lo que con relacion á la existencia es anterior á todo tiempo.» Manifiesta ademas San Basilio cuánta impiedad envuelve llamar al Hijo de Dios *no existente*. Despues defiende la nocion del Padre y del Hijo en Dios, diciendo: «El padre es el que da á otro el principio de existir, segun la misma naturaleza, y el hijo el que tiene de otro por la generacion el principio de su existencia;» y, por último, inculca que solo deben aceptarse los nombres de Dios Padre y de Dios Hijo, que son los que les da la Sagrada Escritura. Desde el 22 al 24 manifiesta que la Escritura rechaza la oposicion que Eunomio ve entre el génito y el ingénito. Desde el 25 al 28 prueba cuán calumnioso es comparar la substancia del Hijo con las tinieblas. Desde el 29 al 31 refuta la última argumentacion de Eunomio, diciendo que el Dios y el Padre tienen por ley natural una naturaleza distinta del Hijo, pues la ley de la naturaleza no se puede aplicar á Dios. Desde el 32 al 34 afirma que la naturaleza divina no puede apreciarse por la de las criaturas.

En el libro III San Basilio defiende la divinidad del Espíritu Santo contra el mismo Eunomio, que decia que, así como era el tercero en el órden, era tambien de tercera naturaleza. San Basilio, desde el núm. 1 al 2, concede lo primero, pero niega lo segundo, pues el órden diverso no implica distinta naturaleza. Desde el 2 al 3 prueba que no es criatura, con los nombres de Santo Espíritu y Paráclito, que indican la majestad de la naturaleza divina. En el 4 lo prueba por la forma del Bautismo, y porque Dios habita en nosotros por medio del Espíritu Santo. En el 5, como Eunomio decia que si no era ingénito ni génito no se com-

(1) Cap. III, vers. 14.

prendia lo que era, San Basilio le hace ver que hay muchas cosas que no comprendemos, y sin embargo estamos ciertos de ellas por la fe. En el 7 esplica los testos de Amós (1) y el de San Juan (2), en que se apoyaban los contrarios.

En el libro IV repite en silogismos y dilemas todo lo que abrazan los libros I y II, y despues presenta los testos de la Escritura en que los arrianos fundan sus errores.

En el libro V trata largamente de la divinidad del Espíritu Santo, y de su consubstancialidad con el Padre y el Hijo, con cuyo motivo espone muchos testos de la Sagrada Escritura. Estos libros tienen mucha semejanza con el *Del Espíritu Santo* de este mismo Padre.

Estos dos últimos libros, aunque su estilo dista mucho de la elocuencia de San Basilio, sin embargo, es posible que se compusiesen con la doctrina de este Padre, no precisamente contra Eunomio, sino contra todos los enemigos de la Trinidad.

ARTÍCULO III.

Continuacion de las obras dogmáticas de San Basilio.

El libro del Espíritu Santo (3). San Basilio lo escribió á ruegos de San Anfiloquio, Obispo de Iconio, hácia el año 375, contra los pneumatómacos, que colocaban al Espíritu Santo entre las cosas creadas, y añadian que no debia ser glorificado con el Padre y el Hijo. En otro tiempo solian terminar en algunas iglesias las oraciones públicas con la doxologia menor (4), en esta forma: «Gloria al Padre por el Hijo, en el Espíritu Santo.» Esta costumbre dió pretesto al error de estos herejes, por cuya razon San Basilio mandó que en la Iglesia de Cesárea se dijera: *Gloria al Padre con el Hijo, juntamente con el Espíritu Santo.* Este cambio desagradó á muchos, y San Basilio, para tranquilizarlos, escribió como deseaba San Anfiloquio (5).

En el núm. 1, despues de alabar el deseo de Anfiloquio, dice que va á indagar el sentido propio y genuino de las voces y palabras que empleamos comunmente al hablar de Dios. Desde el núm. 2 al 4 indica á dónde se dirige esta disputa sofística de los herejes sobre las sílabas y preposi-

(1) Cap. IV, vers. 13.
(2) Cap. I, vers. 3.
(3) Este libro fue tenido siempre en mucho aprecio.—Mansi, tomo III, col. 505.
(4) La mayor es: «Gloria al Señor en las alturas,» etc.
(5) Maran: *Vida de San Basilio*, cap. XXX, núm. 6.

ciones. En el 5 San Basilio prueba admirablemente que estas voces: *de quien*, *por quien*, *en quien* se usan indistintamente en la Escritura al hablar del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Por donde se ve que la antigua costumbre de glorificar no daba motivo á confirmar el error de los arrianos y pneumatómacos.

No era fácil defender la nueva fórmula contra las objeciones de los adversarios; pero San Basilio lleva la persuasion á todos los que no han hecho el pacto de cerrar los ojos á la luz. Primeramente habla de la glorificacion del Hijo, de la cual decian los contrarios: «El Hijo no es *con* el Padre, sino *despues* del Padre: este es inferior al Padre; de donde se sigue que por El se da la gloria al Padre, más no *con El*; pues las palabras *con El* indican igualdad, y las palabras *por El* significan ministerio.» San Basilio destruye al punto el fundamento de esta argumentacion, manifestando que *el Hijo no es despues del Padre*, pues no puede decirse inferior al Padre ni en tiempo, ni en lugar, ni tampoco en dignidad. Sentado esto, no niega que una y otra manera de hablar del Hijo puede emplearse rectamente, con esta distincion: que las palabras *con El*, que indican propiamente en el Unigénito la majestad de su naturaleza y la escelencia de su dignidad, son más á propósito para glorificarle, y las palabras *por El*, que designan nuestra reconciliacion y union con el Padre, son más á propósito para darle gracias.

En el núm. 9 pasa á hablar de la glorificacion del Espíritu Santo, y diserta admirablemente, con la Escritura y la tradicion de los Padres, acerca de la grandeza y dignidad del Espíritu Santo y de sus operaciones, principalmente de su union con el alma humana, y de los efectos que causaba en ella. Despues, en el núm. 10, se vuelve contra los pneumatómacos, que querian separar al Espíritu Santo del Padre y del Hijo; unos por creerlo de distinta naturaleza, y otros por suponerlo de inferior dignidad, á todos los cuales refuta con la forma del Bautismo, recibida del mismo Jesucristo. En el 11, con la profesion de fe que los mismos herejes han hecho antes de recibir el Bautismo, aunque despues hayan faltado á la fe prometida. Desde el 12 al 15 resuelve las objeciones que se hacen contra el argumento que se saca de la forma del Bautismo, y con este motivo trae las figuras que lo representaban en el Antiguo Testamento, y disputa sobre sus efectos y diversas clases de Bautismo. En el 16 declara la union del Espíritu Santo con el Padre y el Hijo, la cual se verifica en la forma del Bautismo y en la profesion de nuestra fe. Ademas hace ver la escelencia de la naturaleza del Espíritu Santo, y la union inseparable con el Padre y el Hijo, por la union comun de todos. Desde el 17 al 18 prueba

que los católicos admiten en Dios tres Personas, sin que por esto dividan la naturaleza. Desde el 19 al 22 demuestra que al Espíritu Santo se le debe la misma glorificacion que al Padre y al Hijo, pues tiene idénticas operaciones, y es igualmente incomprensible al entendimiento, y está presente en todas las partes. Desde el 23 al 24 infiere esto mismo, no menos de la nocion de la glorificacion, que de la union y comunion del Espíritu Santo con el Padre y el Hijo. Desde el 25 al 28 contesta á la objecion que se funda en no encontrarse esta forma de glorificacion en la Escritura; para lo cual San Basilio demuestra que tienen igual fuerza las partículas *en* y *con*. En el 29 dice que debe admitirse sin temor alguno su fórmula. En el 30 y último pone fin á su libro con una pintura del triste estado de la Iglesia, que compara á una nave en medio de la tempestad.

El imperfecto análisis que se acaba de hacer de las obras dogmáticas de San Basilio da una idea del mérito de estos libros. En ellos se encuentra la sana doctrina espuesta con gran claridad, defendida con buen método, y ensalzada con todos los elogios de la más racional y más santa piedad. Pudiera decirse que son himnos más bien que tratados apologéticos.

ARTÍCULO IV.

Obras exegéticas de San Basilio.

San Basilio, segun Casiodoro (1), espuso toda la Sagrada Escritura: hoy, sin embargo, no se conservan más que nueve homilías sobre el *Hexameron*, y las *homilías* sobre algunos salmos. Tambien corre con su nombre un amplio é imperfecto comentario sobre el libro de Isaías; pero no está bastante probado que sea suyo.

Entre sus libros exegéticos, ninguno es tan notable como las homilías sobre el *Hexameron*. De este hablaremos, pues, en primer lugar.

1.° *Las nueve homilías sobre el Hexameron* (2). San Basilio, siendo todavía presbítero, esplanó en ellas los seis dias de la creacion, para instruccion de los fieles, y abrazan los 26 versículos primeros del primer capítulo del Génesis. La última concluye con la esplicacion de estas palabras: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.*

(1) *Instituciones de las divinas letras*, pref., tomo II, pág. 508.

(2) Estas homilías han sido muy alabadas, y el mismo San Ambrosio incluyó en sus obras mucho de lo que contienen.

Con ellas hace ver á todos la cooperacion del Padre y del Hijo en la creacion del hombre, como antes habia visto al Espíritu Santo sobre las aguas. San Basilio indica que deja para otro tratado probar en qué lleva el hombre la imágen de Dios, y en qué es participante de su semejanza, cuya promesa no logramos ver cumplida (1). En esta obra sigue estrictamente el sentido literal, y busca con cuidado el sentido de las palabras, indaga la naturaleza de las cosas, y con suma elegancia recomienda la bondad de Dios y su sabiduría; refuta varios errores, tanto de los filósofos como de los herejes; resuelve las dificultades en que incurrian acerca de la naturaleza, de la crítica y del dogma, y por último mezcla con frecuencia las instrucciones morales que brotaban naturalmente de las leyes dadas por Dios al universo.

Estos discursos sobre los seis dias de la creacion *(Hexameron)*, han conquistado á San Basilio una reputacion universal. Entre algunas inexactitudes, propias de la antigüedad, contienen gran número de nociones justas, de descripciones bellísimas y verdaderas. «Se cree leer algunas veces, dice el abate Henry (2), páginas hermosísimas, arrancadas de los *Estudios de la naturaleza:* el mismo cuidado en demostrar á Dios por medio de sus obras, la misma inteligencia, idéntica imaginacion especulativa y tierna para elevarse al orígen de sus beneficios, la misma delicadeza, la misma sensibilidad en la espresion para hacerle conocer y amar.»

2.° *Homilías sobre algunos salmos.* De estas homilías se conservan veintidos, pero solo catorce son genuinas (3). En todas estas homilías se esponen los salmos sobre que tratan, con el triple sentido de literal, moral y alegórico, y nada contienen que no sea fácil, natural, útil y agradable. El *Prólogo sobre los salmos*, en que se describe su importancia y su belleza, es muy elegante. No puede negarse que estas homilías están en algunos puntos interpoladas, pues hay en ellas trozos de la interpretacion de Eusebio de Cesárea, lo que de seguro no hizo San Basilio (4); pero con algun cuidado pueden separarse estos lugares, y quedar en toda su integridad. Debe tenerse, sin embargo, presente que la semejanza entre la esposicion de San Basilio y la de Eusebio puede reconocer por causa la fuente de donde los dos sacaron su esposicion; y se sabe que Orígenes les sirvió de mucho.

---

(1) Sin embargo, en las dos homilías acerca de la *estructura del hombre*, que hoy todos los eruditos le atribuyen, tal vez se encuentre.—Tillemont, pág. 136, lug. cit.

(2) Citado por Bravo y Tudela: *Historia de la elocuencia.*

(3) J. Garnier, tomo I, pref., núm. 39.

(4) J. Garnier, tomo I, en las obras de San Basilio, núm. 33.

ARTÍCULO V.

Obras ascéticas y morales de San Basilio.

Las obras de San Basilio, escritas para la reforma de las costumbres, llevan hoy el nombre de *ascéticas*, aunque antiguamente no se las llamase así. A este número pertenecen las siguientes:

1.ª *Tres tratados previos de ascética* (1). Son unos discursos pronunciados por San Basilio en las reuniones públicas, y no tienen ningun enlace entre sí, ni con las obras siguientes; pero no por eso están mal colocados al frente de sus obras ascéticas, porque preparan el ánimo para aceptar los consejos evangélicos que da despues. Estos son:

1.° *Previa institucion ascética*, ó sea exhortacion á los que siguen la perfeccion. En ella trata de persuadir que ellos son los soldados espirituales de Cristo, y que deben llenar todas sus obligaciones para alcanzar, como valientes guerreros, la victoria espiritual.

2.° *Discurso ascético y exhortacion de la renuncia del siglo y de la perfeccion espiritual.* San Basilio, despues de comparar la vida del mundo y la monástica, escita á seguir esta como más perfecta, presenta las ventajas del celibato y de los ejercicios religiosos, y describe los grados de perfeccion cristiana, que solo se alcanzan despues de muchos combates.

3.° *Discurso acerca de la disciplina ascética.* En él trata la manera de conducirse los monges, con cuyo motivo trae muchas reglas relativas á la vida espiritual, puestas en forma de sentencias.

Estos tratados contienen máximas escelentes de piedad y religion, y son muy útiles para comprender la verdadera doctrina y el verdadero espíritu de la Iglesia.

2.ª *Dos opúsculos*, con los cuales se forma el prólogo de su obra, titulada *Los Morales*, y son:

1.° *El proemio sobre el juicio de Dios.* San Basilio busca la causa de los males que afligian en su tiempo á la Iglesia, y la encuentra en el abandono en que dejan los hombres á Dios, queriendo más seguir su voluntad que la doctrina de nuestro Salvador. Despues presenta la malicia y efectos de esta desobediencia, y amenaza con el juicio de Dios, cuya verdad demuestra con su Sagrada Escritura, y concluye

(1) Garnier, lugar citado, tomo II, pref., párr. 9.

esplicando la doctrina de la Iglesia acerca de la Trinidad, y pasa á tratar de *Los Morales*.

2.° *El proemio acerca de la fe*. En este opúsculo deduce de la nocion de la fe y de la debilidad de la razon la necesidad de creer lo que nos enseña la Iglesia, y da á conocer el argumento de la obra siguiente.

3.ª *Los Morales*. En ellos se contienen ochenta reglas, divididas en muchos capítulos; y á escepcion de estos y de las inscripciones de aquellas, todos los demas son testos del Nuevo Testamento, con los cuales se presenta el modelo de la vida cristiana; y despues de proponer las virtudes y los vicios, trae los preceptos de la Sagrada Escritura, acomodados para toda clase de personas, edades y condiciones.

4.ª *Cincuenta y cinco reglas estensas y trescientas trece más breves*. Estas reglas abrazan todo lo que en la doctrina cristiana hay de más escelente, y están puestas en forma de diálogo. Las más estensas contienen los principios de la vida espiritual, perfectamente esplicados con las sentencias de la Sagrada Escritura. Las breves descienden á preceptos particulares.

En todas ellas se halla un tesoro precioso, útil, no solo á los monges, sino á todos los cristianos.

ARTÍCULO VI.

Homilías de San Basilio.

Veinticuatro homilías. Entre las obras genuinas de San Basilio se hallan estas homilías, reconocidas por todos como suyas (1). Para mayor claridad, las dividiremos en tres clases.

Primero en *dogmáticas*, con las cuales se unen las *exegéticas;* segundo en *morales*, y tercero, *panegíricas*. De todas trataremos brevemente.

1.° *Homilías dogmáticas y exegéticas*. Pertenece á esta clase la homilía 12, *sobre el principio del libro de los Proverbios*. En ella esplica, por mandato de su Obispo, los seis primeros versículos de ese libro. La 15, *sobre la fe*. San Basilio habla en esta de la naturaleza de Dios, y prueba ademas la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo. La 24, *contra los sabelianos y arrianos*, en la que refuta á estos herejes y compara á los primeros con los judíos, y á los segundos con los gentiles, contra todos los cuales, San Basilio opone la

(1) Garnier, lugar citado, tomo II, núm. 16.

doctrina de la Iglesia; y para satisfacer los deseos de los oyentes, defiende la divinidad del Espíritu Santo con la Escritura y la tradicion. Con estas dos homilías conviene tambien la 16, *acerca de la divinidad del Hijo y su relacion con el Padre*, lo que prueba con los dos primeros capítulos del Evangelio de San Juan. Por último la 11, *sobre el orígen del mal*. En ella manifiesta que Dios no es causa del mal, y por qué razon envia castigos á los hombres.

2.° *Las homilías morales*. En muchas de estas se tratan varios puntos de moral. En la 13, del Bautismo. San Basilio increpa en ella á los que le retardan, y dice que siempre es tiempo de recibirlo, aunque en la Pascua es el más á propósito. En otras condena los vicios y recomienda las virtudes; así en la 6.ª, 7.ª, 8.ª y 21 reprende *la avaricia de los ricos* y encarga la limosna con toda la fuerza de su ingenio. En la 10 se dirige *contra los que se irritan*, y pinta la ira y los males que de ella nacen. En la 14 habla de la embriaguez, y describe gráficamente sus perniciosos efectos. Por último, en la 20 trata de la humildad, y la considera como la fuente de todas las virtudes, y la recomienda con el ejemplo de Jesus, de los Santos y por la misma condicion del hombre. En algunas San Basilio presenta los medios para alcanzar la virtud, y los remedios para evitar el vicio. A este número pertenecen la 1.ª y 2.ª, *sobre el ayuno*, pronunciadas un dia antes de la Cuaresma. La 3.ª, *sobre la vigilancia* para evitar los malos pensamientos. La 4.ª y la 5.ª, *sobre la oracion*, donde recomienda que debemos orar siempre. Merece particular mencion la 22, *sobre la lectura de los libros de los gentiles*, porque esta la citan en su apoyo los defensores de los *clásicos*. San Basilio enseña en ella la utilidad que las letras pueden sacar con su lectura, pero recomienda que se lean con cuidado, para no beber su doctrina.

3.° *Las homilías panegíricas*. En ellas se celebran las virtudes de los Santos. Ademas de la 3.ª, que *refiere la Pasion del Señor*, están la 18, *sobre San Gordio*, que sufrió el martirio en tiempo de Licinio; la 19, *de los Cuarenta mártires*; la 23, *en alabanza del mártir Mamantes*, en donde San Basilio diserta sobre el buen pastor de la Iglesia y el mercenario. La 17, *sobre el martirio de San Barlais*, corta, pero muy elocuente.

En estas homilías se dejan ver las brillantes dotes que todos reconocen en San Basilio. Se concibe perfectamente que todo su pueblo de artistas y de obreros destinados al trabajo para ganar el sustento de cada dia, se apresurasen á oirle, olvidando su fatiga y su cansancio.

ARTÍCULO VII.

Cartas de San Basilio.

De las 365 cartas que hoy existen de San Basilio, descontando las dudosas y apócrifas, solo quedan 325 (1). Con relacion al tiempo en que se escribieron se dividen en tres clases: á la primera pertenecen las que escribió antes de ser Obispo, y son las 47 primeras; á la segunda, desde la 47 á la 291; y á la tercera, las que no se sabe cuándo fueron escritas, de las cuales muchas hay dudosas, y algunas apócrifas, y comprenden desde la 292 á la 365 (2). Para mayor claridad las clasificaremos, con relacion á la materia que tratan, en *históricas*, *dogmáticas*, *morales* y *ascéticas*; *disciplinares*, *consolatorias*, *de recomendacion* y *familiares*, de todas las cuales se tratará brevemente.

1.° *Cartas históricas.* En ellas pinta con vivos colores el estado de la Iglesia de Oriente y Occidente, y deplora los males que sufre. En unas corta las discordias que dividen á los fieles; en otras afianza la paz; ya da su parecer en casos difíciles, ya defiende la fe, ya ataca á los herejes. En fin, el argumento de todas se reduce á defender la fe ortodoxa y á procurar la paz de todas las Iglesias.

2.° *Cartas dogmáticas.* En ellas recomienda el Concilio de Nicea, combate la petulancia de Eunomio, que pretendia esplicar la substancia divina, defiende contra los sabelianos y arrianos el misterio de la Trinidad, declara la consubstancialidad del Hijo y del Espíritu Santo, y que este debe ser glorificado juntamente con el Padre y el Hijo, y demuestra tambien la verdad de la carne de Jesucristo, contra los apolinaristas.

3.° *Cartas morales y ascéticas.* San Basilio encarga en ellas que se guarde la inocencia del Bautismo, y exhorta á la perseverancia en la virtud; recomienda el amor á Dios y al prójimo, reprende el juramento por fútiles motivos, increpa á los ricos por su avaricia, y condena la supersticion. Alguna vez tambien recomienda el celibato, instruye á los Obispos en las obligaciones de su cargo, enseña á las viudas cómo han de vivir, y encarga se dé buena educacion á los hijos. Tambien describe las delicias de la soledad y de la vida monástica; manifiesta en qué consiste, y pone los deberes y oficios de los que se dedican á ella; y por último dice que es muy útil

(1) Prudencio Maran: *Vida de San Basilio*, cap. XXXIX, núm. 4.
(2) Maran, lugar citado.

recibir diariamente la Eucaristía, con cuyo motivo espone el rito de su tiempo acerca de la participacion del cuerpo de Jesucristo.

4.° *Cartas disciplinares.* Entre estas ocupan el primer lugar las tres que dirigió á San Anfiloquio. En ellas, despues de esplicar algunos puntos exegéticos y resolver algunas cuestiones morales, se propone varias clases de pecados y los grados de culpa, atendiendo á las circunstancias que la agravan ó la disminuyen, y se establece la pena canónica merecida por ellos. En otras sanciona las leyes, pone penas eclesiásticas, indica las obligaciones del Obispo, prohibe se admitan al estado eclesiástico los indignos, condena la simonía, reprende á los presbíteros que conservan en sus casas mujeres estrañas, y manda que se prive el diácono de su oficio si diere algun escándalo.

5.° *Cartas consolatorias.* Unas se dirigen á las Iglesias privadas de su Obispo y perseguidas por los arrianos, para que pongan su confianza en Dios; y otras las escribe á los particulares que han tenido alguna pérdida, para endulzarles su dolor con los consuelos de la Religion.

6.° *Cartas de recomendacion.* En ellas da á conocer su caridad y su compasion con los desgraciados. No hay una necesidad que no esté pronto á socorrer, y sus recomendaciones se multiplican en beneficio de los pueblos y de los particulares que necesitan de algun socorro.

7.° *Cartas familiares.* San Basilio escribe tambien algunas cartas de felicitacion para estrechar más con este motivo los lazos de la caridad, y son notables por su gracia y por su piedad.

En todas las cartas se dan á conocer las grandes dotes de su alma y su gran talento; pero lo que más resalta en ellas es la solicitud por las iglesias, el celo por la verdadera fe, y el deseo de la paz; una ardiente caridad para todos, y principalmente para los desgraciados, y una sorprendente humildad para con sus adversarios.

ARTÍCULO VIII.

Obras dudosas, perdidas y apócrifas de San Basilio Magno.

Ademas del IV y V libro contra Eunomio, y algunas pequeñas producciones que ya hemos citado, deben contarse entre las obras dudosas las siguientes:

1.ª *El comentario sobre diez y seis capítulos del libro de Isaías.* En él se interpretan los diez primeros capítulos de este Profeta muy estensamente, y en un estilo sencillo. Su

autor cita las versiones griegas, esplica el sentido literal, y hace reflexiones morales sacadas casi del testo: por el silencio de los antiguos, la diferençia de estilo y la semejanza con la esposicion de Eusebio sobre este Profeta, da lugar á que se tenga por dudoso. Natal-Alejandro, sin embargo (1), cree que San Basilio lo dejó inédito, y que despues se publicó con su nombre.

2.ª *Dos libros sobre el Bautismo.* Estos libros convienen en la doctrina con las obras de San Basilio; pero ninguno de los antiguos lo cita, y el estilo es diferente del de San Basilio. Tal vez este Padre, como dice Maran (2), no pudiendo escribirlo, lo encargó á otro, que lo hizo con arreglo á sus principios. De todos modos, su autor manifiesta cómo se debe recibir este Sacramento, y pone la diferencia que hay entre él y la circuncision y el bautismo de San Juan. En el segundo resuelve algunas cuestiones, y prueba que el hombre puede practicar lo que prometió en el Bautismo.

3.ª *Dos sermones ascéticos.* Estos van unidos al libro de *Los Morales* y á las reglas ascéticas de San Basilio, y en ellos trata su autor de la vida monástica. La duda acerca de su autenticidad nace de la diversidad de estilo y del silencio de los antiguos; pero las sentencias son como las de San Basilio, y los modernos los atribuyen á este Padre.

4.ª *Las cuestiones monásticas.* Consta de un prólogo y treinta y cuatro capítulos, y trata del vestido, de la comida y de los vicios que han de evitar los monges. Ninguno de los antiguos la nombra, á escepcion de Sozomeno; pero los modernos, apoyados en los motivos y razones internas, la atribuyen á San Basilio (3).

5.ª *La Epitimia*, ó sea de las penas que deben aplicarse á los monges y monjas que delinquen.

Este tratado debe ponerse tambien entre las obras dudosas de San Basilio (4).

6.ª *Algunas homilías.* Son de un estilo diferente al de San Basilio, aunque por su doctrina merecen figurar entre las obras de este Padre. Entre ellas las hay contra los calumniadores de la Santísima Trinidad, de la generacion de fe, del libre albedrío, y la *homilía sobre algunos testos de la Escritura;* y ademas tres: una, sobre el ayuno; otra, de la penitencia, y la última, del trabajo y del estudio, en donde se emplean las palabras de los *Proverbios* (5): *Ne dederis somnum oculis tuis.*

---

(1) *Historia eclesiástica*, siglo IV, cap. VI.
(2) *Vida de San Basilio*, cap. XLII.
(3) Garnier: obras de San Basilio, tomo II, núm. 34.
(4) Ceillier, tomo VI, cap. VIII.
(5) Cap. VI, vers. 4.

7.ª *Una súplica* por los amigos, enemigos y bienhechores, breve, pero muy digna de San Basilio, por su doctrina. Se hacia en el acto de recibir la Eucaristía.

Ademas de estas obras dudosas, se cuentan en este número: 1.° *Veinticuatro sermones sobre las costumbres*, reunion de las obras de San Basilio, por Simon Metafraste (1). 2.° *La liturgia*. Se pretende que tiene su orígen en San Pedro; pero la que hoy existe, segun los eruditos, está en unas partes aumentada, y en otras mutilada (2). 3.° *Dos profesiones de fe*. Estas fueron hechas en época posterior (3).

Entre las obras perdidas de que se tiene noticia, están: 1.° *El libro contra los maniqueos*. Y 2.° *El comentario sobre el libro de Job* (4).

Las apócrifas son: 1.° *El libro de la virginidad* (5). 2.° *Del consuelo en las desgracias*. 3.° *Alabanza sobre la vida solitaria*. 4.° *Amonestacion á un hijo espiritual*. El estilo y los indicios, tanto internos como esternos, prueban que estas obras no son de San Basilio (6).

ARTÍCULO IX.

Carácter, estilo y doctrina de San Basilio Magno.

San Basilio, varon esclarecido en fe y en santidad (7), mereció con justísima razon el sobrenombre de Magno, pues reunió gran erudicion y suma piedad, una singular prudencia, y una admirable humildad. Conocia todas las ciencias, tanto sagradas como profanas; era ademas elocuente orador, y leia en el corazon de los hombres. No hay autor alguno cuyos escritos persuadan é ilustren tanto como los de San Basilio, los cuales son, segun Erasmo, «un tesoro inestimable.» El acierto con que San Basilio supo esplicar el gran carácter de la ley cristiana, llamada á establecer en el mundo la igualdad social por medio de la caridad, le ha conquistado el título honrosísimo de *predicador de la limosna*. Muchas de sus homilías son verdaderos tratados contra la avaricia, la envidia y el abuso de las riquezas. El estado del mundo exigia un orador como Basilio: la uncion evangélica se revela en sus *homilías* á traves de formas apasionadas,

(1) Garnier, lugar citado, núm. 11.
(2) Advertencia á la edicion de San Mauro, tomo III, pág. 408.
(3) J. Garnier, lugar citado, tomo II, pref., núm. 59.
(4) Tillemont, cap. CXLIV, pág. 303.
(5) Tillemont, lugar citado.
(6) J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 6.°, pág. 60.
(7) Rufino Aquileg., pref. á la regla de San Basilio.

que dicen bien en la cátedra del Espíritu Santo, siempre que de ellas se sepa sacar oportunamente partido. Su lenguaje es sublime y magnífico; su estilo elegante, puro, y á propósito para persuadir. Sus discursos son naturales, lentos y sin afectacion. En ellos admiran los eruditos su grande ingenio; una singular facilidad en interpretar las Sagradas Escrituras, el gusto en las palabras y la grandeza en las sentencias; pero principalmente es muy feliz en proponer ejemplos que sirvan para esplicar perfectamente la naturaleza de las cosas, y para deducir las máximas de moral. En sus *homilías* no se encuentra ninguna palabra ociosa; sin que por eso falte lo deleitable, y están llenas de magníficos y saludables preceptos. Nada hay entre todas las obras de San Basilio, ni en toda la antigüedad eclesiástica, tan erudito y digno de leerse como sus cartas, las cuales nos dan una imágen viva de este Padre y de la Iglesia de aquel tiempo (1).

Su doctrina es pura y ortodoxa; pero donde más brilla es en la doctrina acerca del Espíritu Santo; y tiene tanta autoridad, que toda la Iglesia sigue á este Santo en este punto (2). Igualmente aprobó la Iglesia la esposicion magnífica sobre el uso de la palabra *consubstancial*, para designar todas y cada una de las Personas de la Trinidad. Finalmente, tienen tanta autoridad sus *reglas*, que sirven hoy de estatutos á todos los monasterios de la Iglesia griega, y son un dechado de la perfeccion cristiana. Con razon dice Focio (3) que los que observen sus reglas se salvan infaliblemente.

Ademas de su doctrina acerca del misterio de la Santísima Trinidad, contienen sus obras, entre otros puntos, los siguientes:

1.° Reconoce la tradicion como fuente de la verdad revelada. (Lib. VIII *Contra Eunomio*, núm. 8.)

2.° *El libre albedrío y el mérito de las buenas obras.* (Hom. 6.ª sobre el *Hexameron*, núm. 7.)

3.° *Que la observancia de los mandamientos es posible.* (Hom. 3.ª, núm. 2.)

4.° *La presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.* (*Libro del Espíritu Santo*, núm. 66.)

5.° *El sacramento de la Penitencia.* (Hom. 3.ª, núm. 4.°)

6.° *El culto de los Santos.* (Carta 137, núm. 2.)

(1) San Gregorio Nacianceno, oracion 43, núm. 66, habla de un modo semejante.

(2) Alocucion del Conc. de Cal. al Emp. Marc.—Mansi, tomo VII, col. 464.

(3) Cod. 14.

CAPÍTULO VIII.

SAN GREGORIO NACIANCENO.

FUENTES. Las obras del mismo San Gregorio.—Las cartas de San Basilio.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. CXVII.—Rufino: *Historia eclesiástica*, lib. XI, cap. IX. —Sócrates: id., lib. IV, cap. XI.—Sozomeno: lib. VI, capítulo XVII.—Teodoreto: lib. IV, cap. XXX.—Filostorg., lib. VIII, núm. 11.

AUXILIARES. El Cardenal Baronio, en la vida de San Gregorio, y notas de Papebroquio, en las *Actas de los Santos*, el 9 de Mayo.—Tillemont: *Memorias*, tomo IX.—Ceillier, tomo VII, cap. I, pág. 306.—Cavé, vol. 1.°, pág. 246. —Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 8.°, pág. 383.—Fessler: tomo I, pág. 538.

EDICIONES. Mejor que las antiguas en griego y latin es la de J. Billio, Paris, 1609, y más tarde 1630; pero la más escelente de todas es la de Clemencet, de la Congregacion de San Mauro, en dos tomos en folio; el I se publicó en Paris en 1778, y el II en 1840. Puede verse tambien á Ceillier, tomo VII, cap. I.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Gregorio Nacianceno.

San Gregorio Nacianceno, llamado el Teólogo, nació, segun Pagi, el año 330 despues de Jesucristo, ó el 326, segun otros; probablemente en Arianzo (1), pasando la mayor parte de su vida en Nacianzo, de donde tomó su nombre. Su padre era un honrado pagano de la secta hypsistariana, y despues Obispo de aquella ciudad; y su madre era la piadosa Nona, que le consagró al servicio de Dios, aun antes de nacer (2). Recibió Gregorio su instruccion, primero en Cesárea, despues en Palestina y Alejandría, y finalmente en Atenas,

(1) Concilio II de Constantinopla, sesion 5.ª

(2) San Gregorio Nacianceno: poem., lib. II, seccion 1.ª, verso 1.°

donde trabó amistad con su compatriota Basilio el Grande, estudiando á porfía la retórica, gramática, filosofía, música, matemáticas y medicina. En 356 dejó á Atenas por sustraerse á la seduccion de aquellos que deseaban que se le nombrase profesor de elocuencia; y encontrándose en Constantinopla con su hermano Cesáreo, volvieron ambos á su patria, donde Gregorio recibió el bautismo.

Como Basilio habia marchado á una casa de campo de la provincia del Ponto, donde vivia en una especie de retiro monástico, Gregorio, luego que las consideraciones de familia se lo permitieron, fue á reunirse con su amigo. En este tiempo se dice que escribieron los estractos de la obra exegética de Orígenes, conocido con el nombre de *Filocadio*, y las *Reglas monásticas*, resultado de sus trabajos comunes. Pero una carta de su padre le sacó de tal soledad. Este anciano Obispo, de corazon demasiado sencillo, habia sido arrastrado hasta el punto de firmar el sínodo arriano de Rímini, segun las órdenes del Emperador Constancio. El hijo, sin embargo, quitó el escándalo, restableció la unidad, y obligó á su padre á publicar una nueva profesion de fe perfectamente ortodoxa, y con este motivo compuso su *Discurso de la paz* (1), para quitar la escision habida en Nacianzo. Durante esta permanencia fue Gregorio ordenado precipitadamente de presbítero por su mismo padre (361), tomando de aquí pie para retirarse de nuevo á la soledad del Ponto.

El año 362 volvió Gregorio á Nacianzo, accediendo á las súplicas de su padre, quien descargó en él una gran parte de los negocios episcopales, predicando por primera vez en la Pascua de Resurreccion.

Despues de la muerte de Juliano compuso las *Invectivas*, en las que se ve la repugnancia que sentia hácia aquel Emperador. En este tiempo sirvió de pacificador entre su amigo Basilio y el Obispo Eusebio. Aquel fue elegido á la muerte de este Obispo y primado de Capadocia, y entre los dos amigos hubo un momento de desacuerdo por no haber asistido Gregorio á Cesárea, como deseaba Basilio. Este desacuerdo se aumentó por la discordia entre Basilio y Antimo, metropolitano de Tiana, sobre el obispado de la pequeña ciudad de Sasima, y de la cual, para reportar definitiva victoria, deseó Basilio que Gregorio fuese Obispo de esta ciudad, llegando por fin á consagrarle. Antimo de Tiana protestó, y sumamente disgustado Gregorio del negocio, jamás tomó posesion de Sasima, y se refugió otra vez á la soledad.

Vuelto de nuevo á este retiro por las instancias de su padre, que le hizo coadjutor, defendió con él, principalmente en

(1) San Gregorio Nacianceno, discurso 6.º

el imperio de Valente, la doctrina ortodoxa, y fue, en union con San Basilio, con quien ya se habia reconciliado, el principal apologista y propagador del dogma de Nicea. A la muerte de su hermano Cesáreo hizo su panegírico, y continuó en 374, por la muerte de su padre y súplicas que le venian de todas partes, administrando la Iglesia de Nacianzo. Para obligar á los Obispos á elegir otro, huyó al desierto de Seleucia, de donde fue llamado á Constantinopla, poniéndose al frente de la diócesis, pero sin querer ser su Obispo.

Durante el cisma meleciano perseveró defendiendo el dogma y confirmando á los fieles en la fe de Nicea, y escribió otro discurso *de la paz* para abolir el cisma, atrayéndose, por consiguiente, el odio de los adversarios, que, exacerbados, atentaron contra su vida en la iglesia de Santa Anastasia, donde oficiaba en el culto divino. En este tiempo escribió sus sermones *de teología*.

Pero á poco se estendió la fama del animoso y elocuente Obispo (1), que atrajo, entre otros estranjeros, á Evagrio del Ponto y á San Gerónimo, ambos deseosos de oirle esplicar las Escrituras.

Tambien tuvo amistad, dispensándole particular confianza (2), con el hipócrita é impostor Máximo, quien, consagrado en secreto Obispo de Constantinopla, estaba apoyado, para llevar á cabo su ambicion, por un partido y por Pedro, patriarca de Alejandría. Descubierta la intriga, hubo de abandonar la ciudad, y rechazado por el Emperador Teodosio, se dirigió á Alejandría, donde se puso en desacuerdo con su amigo Pedro. Reconciliado Gregorio con el Patriarca de Alejandría, tomó posesion de su Iglesia, y sintiéndose enfermo, trató de retirarse á la soledad para siempre; pero los fieles se lo impidieron, escribiendo por esta razon un discurso, que respira la caridad del pastor para con sus ovejas (3).

Poco despues llegó el Emperador á Constantinopla, acogió á Gregorio con benevolencia, y ordenó á los arrianos que devolviesen á los católicos todas las iglesias que poseian en Constantinopla, predicando Gregorio un sermon en accion de gracias. Con el mismo atrevimiento y franqueza que antes desempeñó Gregorio su ministerio durante la permanencia de la corte en Constantinopla, llegándolo á apreciar hasta sus mismos enemigos, á pesar de sus alevosías.

Entre tanto Teodosio convocó el segundo Concilio universal en Constantinopla, el cual, presidido por Melecio, por Gregorio, y últimamente por Nestorio, invalidó la consagra-

(1) San Gregorio Nacianceno: *De vita sua*, verso 1113-91.
(2) San Gregorio Nacianceno, lugar citado, verso 736-814.
(3) San Gregorio Nacianceno, lugar citado, verso 1036-1112.

cion de Máximo, é instituyó á Gregorio por Obispo; por lo cual esplicó en un discurso los motivos de su exaltacion al Episcopado. Durante el Concilio murió Melecio, y Gregorio hizo reconocer á Paulino, Obispo de la otra parte ortodoxa de Antioquía: pero se opusieron los miembros más jóvenes del Concilio á esta decision. Ademas, los Obispos de Macedonia y Egipto, que consideraban á Gregorio como jefe de la Iglesia de Sasima, reprobaron la eleccion de este, apoyados en el cánon 15 del Concilio de Nicea. Entonces hizo dimision, que fue aceptada por la mayor parte (1): se despidió de la Iglesia de Constantinopla con un magnífico discurso (381), y marchó al domicilio paterno de Arianza, escribiendo en esta ocasion algunas *cartas* contra los Obispos y los sínodos y *el gran poema de su vida*, para justificarse de las calumnias.

Al cabo de algun tiempo fue obligado á encargarse de la Iglesia de Nacianzo, en donde intentaban introducirse los apolinaristas, contra quienes escribió entonces dos cartas que destruian sus errores. Habiendo elegido los Obispos de la provincia, á instancias suyas, á su primo Eulalio, Obispo de Nacianzo, pudo volver á su querido retiro, y terminar sus dias en la práctica del más severo ascetismo, y de los trabajos literarios, que nunca abandonó, tomando una parte activa en los negocios generales de la Iglesia y en los de su ciudad natal, por medio de una activa correspondencia. Murió á la edad de sesenta años, hácia el 389 ó 390.

ARTÍCULO II.

Division de las obras de San Gregorio Nacianceno.—Sus discursos.

Todas las obras de este Padre se pueden reducir á tres clases: á la primera pertenecen *los discursos*; á la segunda, *las cartas*; y á la tercera, *los poemas*. De todas hablaremos sucesivamente.

DISCURSOS DE SAN GREGORIO.

Los cuarenta y cinco discursos que todavía se conservan de San Gregorio se dividen en dogmáticos, apologéticos, exegéticos, morales, festivales, panegíricos, fúnebres y ocasionales.

1.° *Discursos dogmáticos*. Entre estos ocupan el primer lugar *cinco sermones sobre la Teología* (2) contra Eunomio y

(1) San Gregorio Nacianceno, lugar citado, verso 1572-1918.
(2) San Gregorio Nacianceno les dió este nombre en su orat. 28, núm. 1.

los pneumatómacos, que pronunció en Constantinopla, y son tan notables, que le han valido el sobrenombre de *Teólogo* (1). En el primero, que puede considerarse como el prólogo de los cuatro siguientes, manifiesta que aquellos que han de hablar de Dios deberán antes purificarse en su alma y en su cuerpo: que no disputen con los gentiles, y que se acomoden á la capacidad de sus oyentes. En el segundo, despues de implorar el auxilio de la Santísima Trinidad, prueba admirablemente la existencia de Dios, y confiesa que ni el entendimiento puede comprender, ni las palabras esplicar la naturaleza divina; sin embargo, espresa ideas tan sublimes acerca de Dios y sus atributos, que se llega á comprender alguna cosa de lo que él anuncia como incomprensible, y concluye presentando el orígen de la idolatría. En el tercero y cuarto prueba la igualdad de las tres divinas Personas, responde á las dificultades que se toman de la Escritura y de la filosofía, y trata estensamente todo lo que se relaciona con la divinidad y humanidad de Jesucristo. En el quinto demuestra que el Espíritu Santo es persona divina, distinta del Padre y del Hijo, y aduce para ello la autoridad de la Escritura y de la tradicion.

2.° *Discursos apologéticos*, ó sea *Dos invectivas contra el Emperador Juliano*. El objeto de San Gregorio fue confirmar á los cristianos en la fe, destruir los errores de los gentiles, defender la Providencia divina, y hacer ver la justicia de Dios. En el primero pinta gráficamente la impiedad de Juliano y sus inicuos proyectos, y demuestra la verdad de la Religion cristiana, no menos por su índole y efectos que por la conducta del mismo Emperador, que queria fuese imitada por los paganos. En el segundo pone á la vista de todos la justicia de Dios, de la que no se libró el mismo Emperador, pues ella es la que destruye sus planes; y con este motivo refiere cómo impidió la reedificacion del templo de Jerusalen. Luego, volviéndose hácia sus oyentes: «¡Oh desengaños del mundo! les dice: murió el feroz Juliano, y de su numerosa cohorte solo le resta una turba de comediantes, que cantan en frases burlonas su apostasía y hasta su trágica muerte.» Este rasgo y otros parecidos dan derecho á comparar estos discursos de San Gregorio con las filípicas de Demóstenes.

3.° *Discursos exegéticos*. No se conserva más que uno de esta clase, en donde espone con mucha erudicion los doce versículos primeros del cap. XIX de San Mateo, y trata del divorcio y de sus causas, y enseña que el matrimonio es laudable, pero que es preferible la virginidad.

---

(1) Baronio: *Vida de San Gregorio Nacianceno*, núm. 86.

4.° *Discursos morales.* Entre estos se hallan: 1.°, *la oracion apologética de su fuga* (1). San Gregorio fue ordenado de presbítero contra su voluntad, y no creyéndose con virtud suficiente para tan alto ministerio, se retiró á una soledad del Ponto. Esta fuga era criticada: unos la tenian por imprudente, otros por un desprecio del órden recibido, y muchos, con menos caridad todavía, añadian que con esto buscaba una dignidad mayor. A su vuelta escribió esta apología, que dividió en dos partes, para demostrar que no huyó por miedo, ni volvia por ambicion é inconstancia de carácter. En la primera parte espone los motivos que tuvo para huir, que no eran otros que su amor á la soledad, y la falta de virtudes para desempeñar su nuevo cargo. En la segunda refiere que le han hecho volver: su amor á los fieles, el interes por su padre, y el temor á la desobediencia, impresionado por el ejemplo de Jonás. San Gregorio concluye considerando al sacerdote en su objeto, que es Dios, y en su fin, que es enlazar al hombre con Dios; pasa despues á las grandes cualidades de que debe estar adornado el ministro del altar, y exige de él una pureza sin mancha, ejemplos sublimes de virtud, *una perfeccion que tienda sin cesar á una perfeccion mayor.* En seguida esplica el modo de gobernar las almas, y quiere que no se confie nunca este cargo á quien de antemano no se haya preparado convenientemente. «Un defensor de la verdad, prosigue, que ha de conversar con los ángeles, identificarse con Jesucristo, reformar la criatura haciéndola digna del cielo, no es una estatua qne se levanta en un dia.» Este discurso es una verdadera apología sobre las escelencias del sacerdocio, y San Gregorio lo hizo para justificar su conducta y su retraimiento á tan alta dignidad. 2.° *Discurso sobre el amor á los pobres.* San Gregorio lo pronunció en Cesárea; en él hace la pintura de esos infelices á quienes la vergüenza no impide que se presenten á nuestros ojos llenos de harapos, porque á ello les fuerza la necesidad, y exhorta á los ricos á que alivien su triste suerte. 3.° *Tres discursos sobre la paz.* En ellos reprende fuertemente á los cristianos que den ocasion á las discordias, orígen de tantos males, y recomienda la paz.

5.° *Discursos sobre algunas festividades*, de los cuales, unos tratan del dogma, y otros de la moral, y son los siguientes: 1.° *El discurso sobre el nacimiento de Jesucristo.* En él prueba la necesidad de la Encarnacion, con cuyo motivo refiere la creacion del mundo, de los ángeles y del hombre, y la caida de este: concluye diciendo que es muy justo que se celebre el nacimiento de Cristo. 2.° *El discurso titulado*

(1) Algunos códices la titulan *Oracion del sacerdocio.*

In sancta lumina (1), ó sea sobre la Epifanía, en cuyo dia se celebra el bautismo de Jesucristo; así es que en él trata de este bautismo, y describe sus efectos; y añade que es superior á todos los misterios de los gentiles, y aun de los judíos (2). 3.° *El discurso sobre el Santo Bautismo.* Este se considera como parte del anterior, pues en él se trata del mismo Sacramento, y se manifiesta cómo es luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; luego se considera al hombre iluminado por Cristo en el bautismo, y despues se esplana este beneficio, ponderando sus efectos. 4.° *Dos discursos sobre la Pascua.* En el primero enseña cómo los cristianos deben celebrar este sublime misterio; y en el segundo, despues de poner á la vista los beneficios que Dios ha hecho al hombre, espone las ceremonias de esta festividad. 5.° *Discursos sobre el dia de Pentecostés.* Despues de algunas palabras sobre esta festividad, se ocupa en demostrar la divinidad del Espíritu Santo, y exhorta á los pneumatómacos á que crean esta verdad. 6.° *Discurso sobre la nueva Dominica*, ó sea de la *Dominica in albis.* En este discurso prueba San Gregorio, por la significacion de esta festividad, las razones que tenemos para emprender una vida nueva, y concluye con un recuerdo del mártir San Mamés.

6.° *Discursos panegíricos y fúnebres.* A este número pertenecen: 1.° Uno en alabanza de los Macabeos, en donde refiere el valor y el triunfo del anciano Eleázaro y de la madre con sus siete hijos. 2.° *De San Cipriano, mártir.* 3.° *Del Gran San Atanasio.* 4.° *De San Basilio.* 5.° *La Oracion fúnebre por su padre.* 6.° *Por su hermano Cesáreo.* 7.° *Por su hermana Gorgonia.* 8.° En alabanza de Máximo de Alejandría (3).

7.° y último. *Discursos ocasionales.* Su mayor número trata sobre puntos de su vida, principalmente de su defensa. Otros son exigidos por las circunstancias, como el *Discurso por la gran tempestad de granizo.* En él se remonta á buscar las causas de las calamidades, y las encuentra en los pecados de los hombres, y exhorta á los de Nacianzo á impetrar la misericordia de Dios por un verdadero arrepentimiento de sus culpas.

Ademas de estos discursos, Rufino (4) tradujo ocho ó diez al latin; pero su version falta en muchas ediciones: la de Colonia, sin embargo, hecha en 1690, los menciona.

---

(1) Los griegos llaman al bautismo *iluminacion.*

(2) En la oracion XXXIX, núm. 14, de San Gregorio, se prueba que este discurso no es el de la Natividad del Señor.

(3) A este discurso titularon falsamente *En alabanza del filósofo Heron.* (Véase San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. CXVII.)

(4) *Historia eclesiástica*, lib. XI, cap. IX.

Se le atribuyen tambien, pero sin fundamento alguno, una *Metáfrases sobre el libro del Eclesiastes*, que, como hemos visto, la escribió San Gregorio Taumaturgo (1); y la *Indicacion sobre Ezequiel*, que son unas breves y empalagosas observaciones, debidas á un oscuro escritor griego (2).

ARTÍCULO III.

Cartas de San Gregorio Nacianceno.

Las doscientas cuarenta y dos cartas genuinas que todavía existen de San Gregorio presentan una admirable variedad de asuntos (3), y son más notables por su erudicion y elegancia, que por su doctrina dogmática y moral: hay algunas, sin embargo, en donde se tratan estos puntos, y todas se distinguen por su laconismo. Siguiendo nuestra costumbre, las dividiremos, para mayor claridad, en *dogmáticas*, *morales*, *históricas*, *consolatorias*, *gratulatorias*, *comendaticias* y *familiares*.

1.° *Cartas dogmáticas*. Entre estas cartas sobresalen dos al *presbítero Cledonio*. En la primera, San Gregorio, despues de presentar las variaciones de las herejías y sus fraudes, prueba el dogma de la Trinidad y de la Encarnacion, contra los apolinaristas. En la segunda, da á Cledonio una profesion de fe y una regla para poder hacer frente á estos herejes. A la misma clase pertenece la *Carta á Nectario*, Patriarca de Constantinopla. San Gregorio deplora en ella los males que los herejes causan á la Iglesia, y aconseja á este Obispo que no les admita á las reuniones de los fieles; que implore contra los apolinaristas la proteccion del Emperador; y refuta ademas un libelo que estos herejes habian hecho circular. En otras cartas descubre San Gregorio el orígen de esos herejes, y refiere la disputa que tuvo con ellos, sosteniendo, con San Basilio, que el Espíritu Santo era Dios, y da á conocer su celo por el misterio de la Santísima Trinidad.

2.° *Cartas morales*. En estas San Gregorio trabaja, ya para hacer abrazar la fe, ya para confirmarla; en una exhorta al estudio de la filosofía cristiana y al desprecio de las cosas

---

(1) Véase nuestra primera época: escritos de San Gregorio Taumaturgo.

(2) Véanse estas obras en el apéndice de la edicion de los Padres de San Mauro, tomo I, pág. 863.

(3) No se cita el número á que corresponden las cartas, por ser muy embarazoso; pero esta omision se podrá suplir buscando en el índice alfabético de las obras de los Padres la materia que aquí se indica. Esta declaracion sirve para toda clase de obras.

de este mundo; y en otras á sufrir con paciencia las contradicciones y las injusticias; y en muchas se queja por los pecados que se cometen. Ademas, amonesta que las bodas se celebren con honestidad; que se evite el divorcio; hace ver en qué consiste la verdadera educacion, y escita el celo de los maestros de la juventud. Por último, encarga á un amigo suyo que consagre algun tiempo al servicio de Dios; á los hijos que cumplan con la voluntad de sus padres, y muchas veces implora el favor de los poderosos en obsequio de los pobres. Tambien tiene una carta que puede llamarse canónica, en donde demuestra que es obligatorio lo que se promete por escrito y juramento.

3.° *Cartas históricas.* Entre estas, unas se refieren á los amigos para referirles sus negocios y su amor por la soledad, y en otras se defiende de los cargos que le dirigen.

4.° *Cartas consolatorias.* San Gregorio, á imitacion de San Pablo (1), llora con los que lloran, y escribe estas cartas para consolar á sus amigos por las desgracias sufridas.

5.° *Cartas gratulatorias.* En ellas, con el mismo Apóstol, se alegra con los que están alegres, y sacando partido del motivo de su alegría, dirige en ellas el ánimo de sus amigos á consideraciones más elevadas.

6.° *Cartas de recomendacion.* En estas se deja ver la mucha caridad de San Gregorio por los desgraciados, y acerca de esta materia hay una asombrosa variedad en sus cartas.

7.° *Cartas familiares.* San Gregorio las escribe con motivo de saludar á alguno. En ellas se enlazan admirablemente la gracia y la piedad.

Ademas de estas, se encuentra en la edicion de San Mauro una carta titulada *Testamento de San Gregorio.* Muchos eruditos dudan de la autenticidad de esta carta; pero sus motivos no son muy fundados (2).

ARTÍCULO IV.

Poemas de San Gregorio.

Los poemas de San Gregorio son más notables que sus cartas, no solo por el número, sino tambien por su índole, de los cuales todavía se conservan cuatrocientos, que componen sobre diez y ocho mil versos, escritos en metro heróico, otros en elegíaco, no pocos en jámblico, y muchos en ana-

(1) En la carta á los romanos, cap. XII, vers. 15.
(2) Baronio: *Anales*, año de Jesucristo 389.

creóntico. Diversos fueron los motivos que dieron ocasion á San Gregorio para escribirlos, ya en defensa de la verdad contra los apolinaristas, que esponian sus errores en igual forma, ya para que hubiese libros con que sustituir los poetas paganos, prohibidos á los cristianos por Juliano, ya, en fin, para instruir á los jóvenes, recreando su ánimo con esta lectura agradable. Los poemas se pueden dividir cómodamente en *teológicos* é *históricos:* los teológicos pueden ser dogmáticos y morales, y los históricos, unos refieren asuntos de la vida de San Gregorio, y otros de las circunstancias de aquellos tiempos.

1.° *Poemas dogmáticos.* San Gregorio puso en verso las materias más difíciles de la Teología cristiana; pues trató en ellos de la Trinidad, de la creacion del mundo, de la providencia en su gobernacion, de los ángeles buenos y malos, de la creacion del hombre, de su primer estado y del fin para que Dios le destinó, del pecado original, de la índole del Antiguo Testamento, de la Encarnacion y de sus efectos, etc. De manera que todos los puntos que abrazan sus homilías y sus cartas los presenta en un verso elegante, para hacerlos más populares. Ademas dirige uno á un gentil llamado Nemesio, para demostrarle los errores del paganismo. A estos pueden unirse los que compuso sobre puntos de la Escritura, como del cánon de los libros sagrados, de los nombres de los doce Patriarcas, de las plagas de Egipto, sobre el Decálogo, de los milagros de Elías y Eliseo, de la concordancia de los Evangelistas en la genealogía de Jesus, de las parábolas y enigmas, y finalmente sus muchos himnos, donde celebra la majestad de Dios, la resurreccion de Jesucristo y la de todos los hombres.

2.° *Poemas morales.* La segunda clase de poemas de San Gregorio la constituyen los morales y los ascéticos. En ellos, unas veces presenta las sentencias morales y las reglas generales de la vida espiritual, y otras espone la virtud y su naturaleza; ya manifiesta cuán difícil es alcanzarla, y ya enseña que es un don de Dios.

Tambien recomienda algunas virtudes en particular, como la paciencia, la castidad, la pobreza, la misericordia para con los pobres, y el silencio. Trata ademas de todos los estados, y da para todos ellos saludables preceptos, sin olvidarse de los jóvenes que se dedican al estudio, manifestándoles cuál es el mejor método para aprovechar en él; y por último trata de la eleccion de estado, de donde hace depender nuestra felicidad. Alaba la vida de los monges y de los célibes; describe la de los solitarios, y da á las vírgenes saludables consejos. Recomienda á Ulnipiades, que va á casarse, que viva con honestidad en el matrimonio, y á

Vitaliano, que trataba á sus hijos con dureza, le escita á la piedad para con ellos.

San Gregorio, ademas de ocuparse de la virtud en sus versos, trata tambien en ellos de las malas costumbres de su tiempo. Unas veces reprende los vicios de los hombres, como la ira y la avaricia; otras se dirige contra el lujo de las mujeres, su costumbre de jurar por fútiles motivos, y reprende tambien los abusos que se cometian en los agapes. Condena dos peligrosas costumbres que ya se conocian en su época: la una consistia en que muchos, despues de haber ofrecido á Jesucristo su castidad, conservaban en sus casas mujeres consagradas al Señor, á quienes se daba el nombre de *agapetas*, ó *subintroductas (entremetidas)*: la otra era todavía más criminal, y consistia en la violacion de los sepulcros, que muchos cometian por despojar á los muertos de los adornos que llevaban.

A estos asuntos pueden juntarse los tratados en sus elegías, en donde canta la vanidad de esta vida, y que solo á Jesucristo debemos amar. En algunos versos de este género describe sus luchas, tanto internas como esternas; en otros los disgustos que ha sufrido por la envidia de sus detractores, y ofrece á Dios sus penas. Deplora ademas su enfermedad, y pide á Dios misericordia por sus pecados; unas veces se aterra con la consideracion del juicio, y otras dirige súplicas á Dios por sus beneficios. Finalmente: en muchas ocasiones se duele de la muerte de las personas que le son queridas.

3.° *Poemas históricos*. San Gregorio puso en verso los hechos más notables de su vida, para mayor gloria de Dios y provecho de las almas. A este número pertenece el *Poema de su vida*. En él refiere todo lo que habia sucedido hasta su abdicacion de la Silla de Constantinopla, mezclándolos con saludables consideraciones morales. Ademas, en unos versos completa sus hechos, ya refiriendo su promesa en el Bautismo, su conducta en Constantinopla, sus recuerdos de la Iglesia de la Resurreccion de esta ciudad, ya se dirige contra los Obispos que olvidaban su alto ministerio; é increpa á Máximo Cínico, sospechoso de apolinarismo. En otros enumera los disgustos que tuvo en la Silla de Constantinopla, y los sufridos en Nacianzo. Por último, hace mencion del silencio que guardaba durante la Cuaresma, y despues refiere las alabanzas dirigidas al Señor por su Resurreccion.

Tambien compuso muchos *epitafios*. En ellos celebró la memoria de sus padres, de sus hermanos, de San Basilio el Magno, de la madre de este, Emeliana, de su hermano Nancracio, de Macrina y Teosebia, sus hermanas, y de los amigos del mismo San Gregorio, Tespesio y Pocresio, y otros

muchos. Finalmente, tiene ademas muchos *epigramas*, en donde, ó recomienda la virtud, ó reprende el vicio, ó trae tambien máximas morales.

Se le atribuyen falsamente la *tragi-comedia* titulada *Cristo paciente* (1), y la liturgia (2).

ARTÍCULO V.

Carácter, estilo y doctrina de San Gregorio Nacianceno.

San Gregorio, llamado el *Teólogo*, fue no menos notable por su virtud que por su ciencia, mereciendo, como dice Rufino (3), se tuviese por hereje al que se oponia á su doctrina; y la divina Providencia, segun San Agato (4), reservó á este predicador infatigable para triturar á los arrianos y pneumatómacos.

Este ilustre Padre de la Iglesia aventajó á casi todos en gusto literario. Su elocuencia se alimenta con esa poesía meditabunda é ideal, en que resplandece, sin embargo, la imaginacion, y en que el aticismo se une con el fuego oriental; la delicadeza de su lenguaje purísimo, con los arrebatos desordenados de su fantasía; la autoridad del Apóstol, con el refinamiento del retórico. Si llora sobre los sepulcros, parece á Jeremías; si increpa á Juliano, se cree oir á Isaías; y su noble elocuencia se regula por modos y pensamientos delicados y finos, felizmente mezclados con ideas que conmueven (5). Fenelon halla á San Gregorio más conciso y más poético que al Crisóstomo: algunos autores encuentran los trabajos de este Santo Doctor parecidos á los de Sócrates, á quien, en efecto, demuestra algunas veces haber querido imitar; pero el Santo es superior al modelo, y hay en él inspiraciones, conceptos é ideas de un órden muy superior.

En sus discursos mezcla con frecuencia la doctrina de la Trinidad, como si quisiera, á fuerza de repetir este misterio, grabarlo en el alma de sus oyentes. En la esposicion de la Escritura sigue un término medio entre el sentido puramente literal y el de la escesiva alegoría (6). En sus cartas ha sabido reunir á la elegancia la más variada erudicion, y en sus innumerables poemas todo respira teología y piedad.

(1) Baronio: *Anales*, año 334 de Cristo, núm. 133.
(2) Renaudot: *Coleccion de liturgias*, tomo I, pág. 97.
(3) Prólogo á los libros que tradujo San Gregorio Nacianceno.
(4) En la carta al Emperador leida en el Concilio III de Constant., Act. 4.ª
(5) César Cantú: *Historia universal*, tomo II, pág. 905.
(6) San Gregorio, oracion 45, números 11 y 12.

En fin, San Gregorio es sublime y elegante en sus discursos, breve y fácil en sus cartas, y en sus poemas ameno y grave.

Entre los muchos dogmas cristianos que se hallan en las obras de San Gregorio, citaremos los siguientes:

1.° Establece en qué consiste propiamente la justificacion. (Discurso 7, núm. 15.)

2.° La necesidad y mérito de las buenas obras. (Discurso 40, núm. 45.)

3.° El sacrificio incruento del Nuevo Testamento y la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. (Discurso 45, núm. 19.)

4.° La gerarquía de derecho divino. (Discurso 2, número 3.

5.° La virginidad, como más escelente que el matrimonio. (Libro 1, serie 2.ª de los poemas.)

6.° El culto é invocacion de los Santos. (Discurso 11, número 5.)

CAPÍTULO IX.

SAN GREGORIO NISENO.

FUENTES. Las obras de este mismo Santo.—Las cartas de San Basilio y de San Gregorio Nacianceno.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. CXXVIII.—Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. IV, cap. XXVI.—Teodoreto, id., lib. IV, cap. XXX.—Focio, cod. 6 y 7.

AUXILIARES. El prefacio en la edicion á las obras de este Padre, 1638, Paris.—Papebroquio, en las *Actas de los Santos*, tomo II, pág. 4.—Tillemont: *Memorias*, tomo IX, página 561.—Ceillier, tomo VIII, cap. V.—Cavé, vol. 1, pág. 244.—Oudin, tomo I, col. 583.—Dupin, tomo II, pág. 390.—J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 9, pág. 98.—Heyns: *Disputa histórico-teológica*, Lóndres, 1835.

EDICIONES. Las primeras que se hicieron en latin fueron en Colonia, 1537; en Basilea, 1562; y Paris, 1573. La mejor, entre las latinas, es la de Paris, 1603, por Fronton Le Duc, con el apéndice de Jacobo Gretsero, Paris, 1618.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Gregorio Niseno.

San Gregorio de Nisa, hermano segundo de San Basilio, á quien llamaba padre y honraba como tal, nació en 331. Terminada su educacion, se dedicó á la enseñanza de la elocuencia, y casó con Teosebia. Despues, siendo ya *lector*, llevado de su amor á la retórica, abandonó el altar y se dedicó á esplicarla. Causando esto escándalo en los fieles, movido por las exhortaciones de sus amigos, y principalmente de San Gregorio Nacianceno (1), se retiró á la soledad, y allí llevó una vida ascética (2), componiendo en este lugar el *Libro de la Virginidad*. Poco despues de la elevacion de Basilio fue elegido Obispo de Nisa (371). A los tres años, Demóstenes, gobernador mal reputado de la provincia, le espulsó

(1) Carta 11.

(2) San Gregorio Niseno, epíst. 6. (edicion Zacagn.)

de su Silla en nombre del Emperador Valente, á cuya muerte volvió otra vez á su diócesis, haciendo en este tiempo la oracion fúnebre ante el pueblo de Cesárea, por la muerte de su hermano Basilio. Asistió al Concilio de Antioquía, congregado para poner término al cisma que dividia estos paises, y se le encargó, por parte de los Obispos, una mision en la Arabia. Gregorio desempeñó un papel importante en el Concilio de Constantinopla de 381; asistió tambien á muchos sínodos particulares celebrados en esta ciudad, pronunciando en ellos varios discursos (1). Pronunció la oracion fúnebre de Melecio de Antioquía, y se le encomendó la vigilancia de la diócesis del Ponto. En 385 hizo en Constantinopla el panegírico de la Emperatriz Flacila, esposa de Teodosio el Grande; y por último hallamos su nombre entre los de los Obispos que en 394 se reunieron en Constantinopla con motivo de la dedicacion de la Iglesia de Rufino. Se cree que murió poco despues.

ARTÍCULO II.

Division de las obras de San Gregorio Niseno.—Sus obras dogmáticas.

Los escelentes escritos de San Gregorio, dirigidos unos á la defensa de la fe, otros al pueblo, esplanando las Escrituras, muchos para reformar las costumbres, y no pocos para celebrar la memoria de ilustres personajes en virtud y dignidad, se pueden dividir en tratados dogmáticos, exegéticos, morales y ascéticos, algunos sermones y cartas.

OBRAS DOGMÁTICAS.

Entre las obras dogmáticas, á las cuales se unen las apologéticas, se encuentran las siguientes:

1.ª *El Gran Catecismo* (2). Este escelente libro, que espone la manera de convencer á los judíos y á los paganos de las verdades del cristianismo, es una especie de filosofía de la Religion, que parte del Ser divino, en quien creian los judíos y los paganos, cada cuál á su manera. Comprende cuarenta capítulos, y está dividido en tres partes, ademas del prólogo. En la primera trata de la Trinidad; en la segunda de la Encarnacion, y en la tercera de los medios de aprovechar los frutos de la Redencion, ó sea de los Sacramentos (3). San Gregorio quiere hacer comprender en este

(1) Ceillier, art. 2.º, par. 26, núm. 1.
(2) Véase Teodoreto, diálogos 2 y 3, tomo IV, pág. 39.
(3) No se ocupa de todos, porque no lo exigia así la índole de su obra.

libro la naturaleza de la Trinidad por la de Dios, y despues de probar en el prólogo la existencia de Dios contra los ateos, y la unidad contra los gentiles, demuestra en la primera parte, contra los judíos y herejes, la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo por las Sagradas Escrituras. En la segunda espone la creacion, la caida de los ángeles, la seduccion del hombre, el pecado y sus consecuencias para el género humano. Muestra cómo el amor de Dios se cierne sobre la humanidad y vela sobre ella hasta que se cumplan los tiempos señalados; porque solo el Hijo de Dios puede rescatar á los hombres, no por una palabra de omnipotencia, sino por su humillacion voluntaria; que no es indigno de Dios el humillarse, el adoptar la forma de esclavo, puesto que solo el pecado, el vicio, es una verdadera humillacion, un sufrimiento. San Gregorio demuestra principalmente que se necesita un precio para rescatar al hombre vendido á Satanás, para redimir la raza caida en la muerte, y que este precio fue la muerte de Cristo, que murió voluntariamente por el género humano. Discute tambien en detalle la cuestion de por qué Cristo no apareció inmediatamente despues de la caida del hombre en el pecado; y por qué despues de su aparicion no ha desaparecido este completamente, habiendo dejado Dios á los hombres la libre eleccion entre adoptar ó rechazar la salud. En la tercera y última parte trata especialmente de los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía; y despues de hacer ver que ninguno puede recibir el Bautismo sin tener fe en la Trinidad, termina con los novísimos, algunos de cuyos pasajes, probablemente interpolados, tienen una apariencia de origenista (1).

2.° *Doce libros ó discursos contra Eunomio* (2). Esta es la obra más estensa de San Gregorio, tenida en grande estima en la antigüedad. Eunomio habia contestado á un escrito de San Basilio, que llevaba el mismo título, en una apología que reproducia las antiguas objeciones contra el catolicismo y contra San Basilio (3). Habiendo muerto este, tomó á su cargo San Gregorio la defensa de su hermano y de la verdad. Estos doce libros están dedicados á su hermano Pedro. Todas las objeciones de los arrianos contra la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo se hallan refutadas en ellos en resúmen, por sus propias contradicciones, por la razon, la tradicion y la Escritura. El último libro era considerado

(1) Labbé, *Disertacion histórica de San Gregorio Niseno*, disculpa á este Padre de la nota de origenista.

(2) Algunos los hacen subir al número de trece. (Véase Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 9, pág. 110.)

(3) Véase San Gregorio Niseno, carta á Pedro Sebast, que va unida á estos libros.

como un libro aparte en tiempo de Focio, que enlaza toda la obra segun merece.

3.° *Tratado de la fe á Simplicio* (1). En él defiende breve pero elocuentemente la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo contra los herejes, cuyas objeciones, tomadas de la Escritura (2) y de la razon, refuta con solidez. Este tratado, como no tiene principio ni fin, se cree que es un fragmento de otro mayor.

4.° *Dos tratados contra los apolinaristas.* En el primero, que lo escribió por los años de 383, refuta un estenso libro de los apolinaristas titulado: *Demostracion de la Encarnacion divina á semejanza de la humana.* San Gregorio prueba ademas que la carne de Cristo no fue traida del cielo, ni que la divinidad ocupe el lugar del alma, y concluye proponiendo la verdadera doctrina. En el segundo, dirigido á Teófilo por los años 385, vuelve contra los apolinaristas, y les demuestra que el mismo Verbo que se apareció en otro tiempo á los Patriarcas tomó despues verdadera carne, uniéndose tan estrechamente á la naturaleza humana, que las propiedades de Dios convienen al hombre.

5.° *Tratado del alma y de la Resurreccion.* Este libro, llamado de oro por Baronio (3), es un diálogo tenido entre San Gregorio y Santa Macrina, su hermana, despues de la muerte de San Basilio. San Gregorio, concluido el Concilio de Antioquía, pasó en el año 379 á visitar á su hermana, que se hallaba enferma en el monasterio. A las pocas palabras que se dirigieron los dos hermanos, la conversacion recayó sobre la muerte de San Basilio. San Gregorio se afectó mucho con este recuerdo; pero sobreponiéndose al punto, principió entre los dos aquel notable diálogo, en donde se demuestra con razones filosóficas la Providencia divina y el destino de nuestra alma. Poco tiempo despues San Gregorio consignó por escrito este diálogo, no menos apreciable por la sublimidad de la doctrina que por lo elegante de la forma. Es muy sensible que se hayan mezclado en él algunos errores origenistas (4).

6.° *La carta ó el libro contra el Hado* (5). En él se prueba el libre albedrío del hombre; y con motivo de una admirable conversion, refiere á un amigo la disputa que tuvo en Constantinopla con un filósofo gentil, para que, dejada su supersticion, abrazase la fe cristiana; y añade que el filósofo

(1) Tambien se titula *Sobre la fe en las tres divinas Personas.*—Dupin, tomo II, pág. 396.

(2) Salmo LXXX, vers. 10.—Prov. VIII, 22, y Amós, IV, 13.

(3) *Anales*, al año 378 de la Era cristiana.

(4) San German en Focio, cod. 233.

(5) San Atanasio cita esta obra en su libro del sínodo de Nicea, cuestion 19.

trataba de demostrarle que la vida del hombre depende de la fatalidad, entendiendo por esto el influjo que las estrellas ejercen sobre nuestras acciones. San Gregorio ataca en este libro á la astrología judiciaria.

7.° *Tratado á Hierio, prefecto de Capadocia*, acerca de los niños que mueren prematuramente. San Gregorio, despues de ocuparse de esta cuestion, trata tambien de aquella otra, á saber: por qué Dios permite la muerte de algunos niños antes de llegar al uso de la razon, mientras que otros, que prevé serán criminales, tienen vida larga.

Ademas de estas obras dogmáticas, pertenecen á San Gregorio: 1.° *El discurso contra Arrio y Sabelio*. Y 2.° *El discurso contra los macedonianos* (1). Tambien se le atribuye el libro titulado *Los Testimonios*, escrito contra los judíos, en donde se prueba con el Antiguo Testamento el misterio de la Trinidad, de la Encarnacion, el nacimiento de Jesus de una Vírgen, sus milagros, su muerte, su resurreccion, la destruccion del pueblo judío, la vocacion de los gentiles, y la venida del Espíritu Santo; pero este libro está muy adulterado (2).

ARTÍCULO III.

Obras exegéticas de San Gregorio.

1.ª *El libro del Hexameron* (3). San Gregorio lo dedicó á su hermano Pedro, y está compuesto en parangon con el libro de su hermano que llevó este título; pero se le considera más propiamente como suplemento de aquel, en el cual se propuso buscar el verdadero sentido de las palabras, y con ellas probar el órden de la creacion. Se hallan ademas en él conciliadas muchas antilogias de la Sagrada Escritura.

2.ª *El libro de la creacion del hombre* (4). San Gregorio lo escribió por el mismo tiempo que el anterior, y á instancias de su hermano Pedro. En él toma el argumento donde lo dejó su hermano en el *Hexameron*, y le completa admirablemente en treinta capítulos. Despues de una corta introduccion sobre la creacion del mundo, considera al hombre en el estado de naturaleza íntegra, luego en la naturaleza caida, y por último en el de la naturaleza reintegrada, con

(1) Véase el prefacio á la edicion, páginas 6 y 7.

(2) Véase Zacagni, prefacio, núm. 17, é Hyems., lug. cit., pág. 86.

(3) Aunque no ha sido citado, las razones internas se lo atribuyen á este Padre, —Dupin, tomo II, pág. 391.

(4) Algunos lo atribuyen á Nemesio. (Véase Nicéforo, *Historia eclesiástica*, lib. XI, cap. XIX.)

cuyo motivo prueba la resurreccion universal con las Escrituras y con la razon, concluyendo con una consideracion estensa acerca del alma, y estructura del cuerpo y de sus relaciones y penetracion recíproca. «El alma, dice, es la fuerza presente en todas las partes del cuerpo, sin permanecer en ningun órgano en particular.» Está escrita con mucha ciencia y sumo tacto.

3.ª *El libro de la vida de Moisés.* San Gregorio lo escribió en la vejez, y en obsequio de su amigo el jóven y piadoso Cesáreo. En él refiere la vida del legislador hebreo, le exhorta á imitarla, y da sobre ella esplicaciones alegóricas (1).

4.ª *La carta sobre el Engastrimytho*, ó sea sobre la Pitonisa de Endor. San Gregorio, accediendo á las súplicas del Obispo Teodosio, esplanó en esta carta el cap. XXVIII del libro I de los Reyes, probando que no se apareció el alma de Samuel, sino el demonio, que tomó la forma del Profeta. Ademas resuelve en ella algunas cuestiones bíblicas, tales como que Satan, príncipe de los demonios, habia sido antes un arcángel (2).

5.ª *Dos libros sobre las inscripciones y division de los salmos* (3). San Gregorio los escribió á ruegos de un amigo; y los divide, el uno en nueve capítulos, y el otro en diez y seis. Trata el primero del objeto y del órden de la division de los salmos. Los salmos enseñan la virtud, que conduce á la bienaventuranza, y son útiles y agradables. Se dividen en cinco clases: la primera, desde el 1 al 48, aparta del vicio y exhorta á la virtud; la segunda, desde el 49 al 71, espresa el deseo de los que ya poseen alguna nocion de la virtud, y que gustan ya su dulzura; la tercera, desde el 72 al 88, describe el estado de los adelantados en la ciencia de las cosas de Dios; la cuarta, desde el 89 al 105, eleva el espíritu sobre las cosas terrenas; la quinta, desde el 106 hasta el fin, conduce hasta el último grado de la perfeccion. Es evidente que la alegoría y el espíritu le elevan aquí sobre la letra, que está solo puesta como un segundo plan.

El segundo libro esplica las inscripciones de los salmos, designadas la mayor parte como llenas de misterios, é inserta una esplicacion detallada del salmo VI.

6.ª *Ocho homilías sobre el libro del Eclesiastes.* San Gregorio busca en este libro el sentido místico, y presenta los preceptos morales como fáciles y razonables. Estos libros se recomiendan mucho por su sencillez y claridad (4).

---

(1) La autenticidad de este libro se prueba en el diálogo de Teodoreto, tomo IV, pág. 42.

(2) Sobre este libro, véase Dupin, tomo II, pág. 391.

(3) Véase J. A. Fabricio, *Biblioteca griega*, vol. 9.º, pág. 104.

(4) Dupin, tomo II, pág. 392.

7.ª *Esposicion del Cantar de los Cantares.* San Gregorio la dirigió á Olimpíades; consta de quince homilías, de las cuales la última concluye esponiendo el vers. 9.° del cap. VI. En ella hace ver que lo que se refiere en ese libro es el aparato de unas bodas; pero debe entenderse la union del alma con Dios. Conociendo, sin embargo, San Gregorio que este juicio no agradaria á muchos, advierte en el prólogo que es necesario admitir el sentido místico al esponer la Sagrada Escritura (1).

8.ª *Cinco homilías de la oracion* (2). Estos libros son muy dignos de leerse, el primero de los cuales trata de la necesidad y modo de hacer la oracion. «El que no reza, dice, se aparta de Dios.» La oracion mantiene la pureza, reprime la ira, aplaca el orgullo, hace imposible la envidia, y despierta la caridad: orar es conversar con Dios, entrever las cosas invisibles, y disfrutar anticipadamente de los bienes que nos están reservados en la patria celestial. En los cuatro siguientes espone la oracion dominical que Jesucristo enseñó en el monte á sus discípulos.

9.ª *Ocho homilías sobre las bienaventuranzas* (3). San Gregorio esplana en ellas cada una de las ocho bienaventuranzas, y ademas del sentido literal, presenta el moral y alegórico, haciendo admirables reflexiones, ilustradas con comparaciones elegantes.

Con las obras anteriores se une la dudosa, en donde se esplican las palabras siguientes de San Pablo (4): «Cuando todo le estuviere sujeto, entonces aun el mismo Hijo estará sometido á Aquel que sometió á El todas las cosas.» San Gregorio, rogado por un amigo, le da el verdadero sentido de estas palabras, y defiende la divinidad del Hijo contra los arrianos, que abusaban de ellas para confirmar sus errores. Este libro está mezclado con los errores origenistas, especialmente con aquel acerca de la salvacion de los condenados. Debe, pues, tenerse á lo menos por interpolado (5).

ARTÍCULO IV.

Obras morales y ascéticas de San Gregorio.

A esta clase pertenecen, ademas de las exegéticas, á saber: el libro de la *Vida de Moisés*, y las homilías sobre el

(1) De éste libro hace mencion el P. Adriano I, Concilio II de Nicea.

(2) Este libro lo menciona el Conc. Lat. del año 649.—Mansi, tomo x, col. 1,075.

(3) Frecuentemente se menciona por los antiguos.—Teodoreto, dial. 1.°, tomo IV, pág. 42.

(4) Cap. XV, vers. 28: 1.ª á los de Corinto.

(5) Véase Cas. Oudin, tomo I, col. 599.

Eclesiastes, el *Cantar de los Cantares* y *De la Oracion*, las siguientes:

1.ª *Tres tratados acerca de la perfeccion cristiana*. En el primero, titulado *Qué significa el nombre de perfeccion cristiana* (1), San Gregorio manifiesta á un tal Harmonio que la perfeccion cristiana consiste propiamente en imitar á Jesucristo, y espone cuán necesario sea esto, y cómo se alcanza. El segundo, *De la perfeccion, y qué debe ser el cristiano*, lo dirige al monge Olimpio, en donde le da á conocer en qué consiste la perfeccion cristiana, y las virtudes que ha de reunir el perfecto cristiano. El tercero, *Del fin de los cristianos*. Este libro es una breve instruccion, dirigida á los monges que cuestionaban acerca del fin de la piedad, y en qué consiste la perfeccion. San Gregorio les dice que se libren de los pecados; que renuncien á su propia voluntad; que practiquen la caridad y la humildad, y que sean asiduos en la oracion; y de este modo les enseña cuál es el fin de la perfeccion.

2.ª *El libro de la virginidad* (2), en veinticuatro capítulos. En ellos San Gregorio describe los privilegios de la vida virginal y las ilusiones del matrimonio, sentando que la virginidad no consiste únicamente en la pureza del cuerpo, sino que reside principalmente en el estado inmaculado del espíritu. Para alcanzar esto recomienda, entre otras cosas, que se huya de la intemperancia y de toda clase de placeres.

3.ª *Oraciones morales*. En ellas San Gregorio, ó recomienda cada una de las virtudes, ó reprende los vicios. A la primera clase pertenecen *Dos oraciones*, en que recomienda el amor á los pobres y la beneficencia. Con este motivo hace un patético paralelo entre la opulencia de los ricos y la miseria de los pobres, para escitar á los primeros á la liberalidad. A la segunda corresponden aquellas en que trata del abuso que cometian algunos retardando el Bautismo hasta el fin de la vida, y contra la fornicacion y la usura. Tambien se dirige San Gregorio contra aquellos que no querian sufrir las penas eclesiásticas, y les hace ver cuán peligroso sea despreciar las amonestaciones de la Iglesia: preséntales ademas el triste estado del alma castigada con la escomunion, y prueba la necesidad de esta pena.

4.ª *La carta canónica á Letogo, Obispo de Melitina*. En ella distingue los pecados en tres clases, conforme á las facultades del alma. Despues establece los remedios canónicos para aquellos que faltaron á la fe católica, ó que ejercie-

(1) Para este libro y los dos siguientes véase Tillemont, lug. cit., art. 18, página 611.

(2) Dupin, tomo II, pág. 397.

ron artes mágicas, y tambien para los lascivos, homicidas, ladrones, violadores de los sepulcros y los sacrílegos (1).

ARTÍCULO V.

Sermones de San Gregorio.

Ademas de los discursos morales, de que ya hemos hablado en el artículo anterior, tiene este Padre muchos sermones, que para mayor claridad dividiremos en dogmáticos, sobre las fiestas del Señor, panegíricos de los Santos, y oraciones fúnebres.

1.° *Sermones dogmáticos.* Entre estos hay uno muy notable, que se titula: *De la igualdad del Hijo y del Espíritu Santo, y de la fe de Abraham.* San Gregorio lo predicó en Constantinopla el año 383, y despues de algunas alabanzas dirigidas á aquel Patriarca por el sacrificio de su hijo, prueba que los arrianos eran peores que los filósofos de los gentiles; refuta luego sus objeciones, y declara, por último, que el Hijo es igual al Padre en cuanto á la naturaleza divina, y menor en cuanto á la humana, y que el Espíritu Santo es una Persona divina de igual substancia que el Padre y el Hijo (2).

2.° *Sermones de las fiestas del Señor.* 1.° El discurso sobre las luces, ó sea sobre la Epifanía, en cuyo dia fue bautizado Jesucristo. San Gregorio trata en él, con mucha elegancia, de la regeneracion espiritual que se consigue por el bautismo, y de sus inmensos frutos, y exhorta á los recien bautizados á llevar una vida inmaculada (3). 2.° Cinco discursos sobre la resurreccion del Señor en el dia de la Pascua, de los cuales solo tres son genuinos: el discurso primero, en el cual trata del misterio de la redencion, y refiere todas las circunstancias de la resurreccion. El tercero: en él invita á todas las gentes á celebrar la Pascua, y demuestra la necesidad de la resurreccion de la carne. El discurso cuarto: en él exhorta á celebrar con alegría la Pascua por los bienes que ha producido la resurreccion, y por los males de que nos ha librado (4).

3.° *Discurso sobre la Ascension de Jesucristo.* En él San

(1) Las dudas acerca de esta carta se desvanecen considerando que fue citada en el Concilio de Trullo, cánon 2.°—Mansi, tomo VI, col. 940.

(2) Este libro se cita frecuentemente por los antiguos.—Teodoreto, diálogo 1.° tomo IV, pág. 42.

(3) Tillemont, lugar citado. art. 13, pág. 612.

(4) Acerca de este libro véase Tillemont, lugar citado, art. 19, pág. 613.

Gregorio, despues de alabar á David por haber escrito los salmos, aplica á esta festividad el XXII y el XXIII.

4.° *Discurso sobre el dia de Pentecostés.* San Gregorio vuelve á alabar á David, y despues de hacer ver los beneficios de esta festividad, le aplica y espone el salmo XCIV (1).

5.° *Sermones panegíricos de los Santos.* San Gregorio compuso muchos, entre los cuales tenemos: 1.° Dos relativos al protomártir San Estéban (2). En el primero, despues de referir la constancia de este mártir, pasa á refutar á los arrianos y á los pneumatómacos, que pretendian confirmar sus errores con la imágen de Jesus, vista por este Santo. El segundo lo pronunció San Gregorio al dia siguiente de la fiesta de este mártir, y despues de alabarle dignamente, exhorta á que se celebre la memoria de los Apóstoles San Pedro, Santiago y San Juan. 2.° El discurso de San Teodoro, mártir, soldado de Maximiano (3). San Gregorio refiere los honores que la Iglesia tributa á los mártires y á los Santos, y el premio que disfrutan en el cielo; luego cuenta el martirio de San Teodoro, y pone fin á su discurso invocándole para que por su mediacion nos consiga la gracia de Dios. 3.° Tres oraciones de los Cuarenta mártires (4). San Gregorio refiere el martirio de estos Santos, sufrido en Sebaste, en tiempo de Licinio. El primero y el segundo forman uno solo, pues fue interrumpido por un tumulto del pueblo, y continuó al dia siguiente, y en todos pondera el valor de estos confesores de la fe. 4.° El discurso de San Efren, siro, diácono de Edesa. 5.° El discurso en alabanza de San Basilio. 6.° Discurso de San Melecio (5). San Gregorio lo pronunció en el Concilio ecuménico de Constantinopla el año 381: en él refiere su vida, que enlaza con abundantes flores retóricas.

A estos sermones pueden añadirse las oraciones fúnebres siguientes: 1.ª En los funerales de Pulqueria, hija de Teodosio y de Flacila. San Gregorio la pronunció en Constantinopla el año 384. 2.ª La de Flacila Augusta, esposa de Teodosio. Esta la pronunció á instancias del Patriarca Nectario el año 385.

Los demas discursos de San Gregorio, ó se duda que sean suyos, ó fueron añadidos por algun otro, á saber: El discurso sobre la vida de San Gregorio Taumaturgo, en que

---

(1) J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, volúmen 9.°, pág. 116.

(2) Algunos, con la autoridad de Focio, los pusieron en duda; pero otros, mejor fundados, los tienen por genuinos. Fabricio: *Biblioteca griega*, volúmen 9.°, página 116.

(3) Contra los que niegan su autenticidad, véase Natal Alejandro, *Historia eclesiástica*, siglo IV, cap. VI.

(4) Sobre estos tres discursos véase Tillemont, lugar citado, art. 17, pág. 856.

(5) Para este y los dos anteriores, véase Tillemont, lugar citado, art. 19, pág. 613.

se refiere su vida y sus portentosos milagros. San Gregorio, aunque dista un siglo de este Santo, es muy fidedigno, y los hechos que refiere pudo adquirirlos por tradicion. A esta misma clase pertenece el discurso sobre la vida de Santa Macrina, hermana de San Gregorio, que murió en el monasterio el año 379. En él se refieren la vida, las virtudes y la muerte de Santa Macrina, y con este motivo se hace mencion de muchos ritos de aquella época.

ARTÍCULO VI.

Cartas de San Gregorio.

Algunas de estas ya las hemos indicado; de manera que aquí solo hablaremos de las siguientes:

1.ª *La carta de los peregrinos á Jerusalen.* En ella reprende San Gregorio los abusos que en aquel tiempo se cometian en las peregrinaciones á los Santos Lugares.

Y 2.ª *La carta á las dos hermanas, Eustacia y Ambrosia*, y á su hija Basilisa, en donde reconoce las ventajas que pueden obtenerse para la piedad con la peregrinacion á Jerusalen, y les amonesta que permanezcan en la fe de los Padres, recibida por tradicion, y concluye quejándose de las divisiones que existen en aquella iglesia (1). Hay tambien de este Padre 21 cartas encontradas bastante tarde, de las cuales unas son *dogmáticas* y escritas para defenderse de los que le acusaban de haber abandonado la fe de Nicea y de comunicar con los marcelianos (2), con cuyo motivo confiesa la fe en la Trinidad, y busca ademas la razon mística de por qué Jesus murió y resucitó en diverso tiempo. Otras son *morales*, en donde trata de las condiciones que han de reunir los Obispos. Otras son *históricas*. En ellas participa á sus amigos no menos sus disgustos que sus alegrías, y da gracias á Dios por los beneficios que ha recibido.

Ademas de las obras genuinas, hay de este Padre algunas dudosas, y otras perdidas; de todas trataremos brevemente.

OBRAS DUDOSAS.

1.ª *El libro de la Trinidad y divinidad del Espíritu Santo*, que algunos han creido de San Basilio; pero es dudoso,

(1) Acerca de la genuinidad de esta carta diremos con Benedicto XIV (*Constitucion apostólica*, párrafo 6): «Se reconoce á San Gregorio cuando reprende los abusos, pero no al asegurar que las peregrinaciones son necesarias para la salvacion.»

(2) Eran estos partidarios de Marcelo, Obispo de Ancira, á quienes se acusaba de sabelianos.

pues muchos manuscritos, unos lo atribuyen á este Padre, y otros á San Gregorio Niseno (1). A pesar de esto, en el siglo VII se convenia en que era de este último Padre.

2.ª *El Tratado*, dedicado á su hermano Pedro, *acerca de la diferencia de las tres Personas divinas*. Este opúsculo se le atribuyó á San Basilio el Concilio de Calcedonia (2).

3.ª *La carta al monge Evagrio*, que algunos atribuyen á este Padre, pero pertenece á San Gregorio Nacianceno (3).

4.ª *El discurso sobre la Penitencia*, ó sea de la mujer pecadora, contra aquellos que juzgan duramente á los otros.

5.ª *El sermon en el principio de los ayunos*. Los dos son dudosos, segun Tillemont (4).

6.° *La Homilía sobre los Santos Pedro y Pablo*. Esta, aunque lleve su nombre, no le pertenece (5).

OBRAS PERDIDAS.

Se han perdido algunas obras de San Gregorio Niseno, segun Tillemont (6).

Ademas, el fragmento de una carta al monge Felipe, que se halla en San Juan Damasceno, en su libro contra los jacobitas, pertenece á San Gregorio Niseno, segun el testimonio de Augusto Gayo (7).

ARTÍCULO VII.

Carácter, estilo y doctrina de San Gregorio Niseno.

San Gregorio fue digno hermano de San Basilio, no menos por la integridad de su fe que por su ciencia (8), y sus escritos gozaban de tanta autoridad, que el Concilio II de Nicea le llamó *Padre de los Padres*, mereciendo ademas ser contado entre las columnas defensoras de la Iglesia (9). Sus esfuerzos se dirigian á demostrar á los fieles y á los infieles la divinidad del cristianismo, ponderándolo á sus alcances. Su espíritu, siempre inclinado á la moderacion, le hacia to-

(1) Prud. Maran: *Vida de San Basilio*, cap. XXXI.
(2) Mansi, tomo VII, col. 464.
(3) Fabricio: *Bibliot.*, vol. 9, pág. 123.
(4) Lug. cit., art. 17, pág. 608.
(5) Fabricio, vol. 9, pág. 122.
(6) Lug. cit., art. 20, pág. 615.
(7) Col. nueva de los escritores antiguos, tomo VII, pág. 131,
(8) Vicente Lirinense: *Commonitorio*, 30.
(9) Mansi, tomo XIII, col. 293.

mar habitualmente una actitud conciliadora entre los estremos, y quizá con este motivo era algunas veces, más en sus escritos que en sus acciones, condescendiente, y por esto mismo llega á ser algun tanto vago é incierto. Trató Gregorio todos los asuntos de la fe y la moral cristiana; sus obras revelan su gran talento, preciosos conocimientos, aun profanos, y una verdadera habilidad en la esposicion. Focio (1) dice de él: «Su estilo, brillante como el de un orador, y agradable al oido, está nutrido de pensamientos y lleno de imágenes.» Como escritor dogmático, se esfuerza en hacer del cristianismo una verdadera gnosis, defendiéndole contra los judíos, paganos y herejes, y sobre todo contra los arrianos, y esponiéndolo con victoriosa evidencia. Como exégeta, sigue con espíritu y originalidad el modelo alegórico de Orígenes. Como moralista, asceta y predicador, sigue la vida cristiana en todo su desenvolvimiento. Finalmente, se encuentran en sus libros algunas sentencias que parece confirman los errores de Orígenes sobre la naturaleza de las almas, y la libertad que han de alcanzar los condenados; pero es muy verosímil que estos lugares fueron añadidos por los origenistas (2).

Entre los muchos dogmas que se encuentran en sus escritos, citaremos los siguientes:

1.° Reconoce la justificacion del impío por medio de la gracia divina. (Discurso en el dia de las luces.)

2.° La necesidad de prepararse para la justificacion en los adultos. (El libro del fin de los cristianos.)

3.° El aumento de la justificacion recibida. (Idem.)

4.° El mérito de las buenas obras, y la posibilidad de cumplir los mandamientos. (Idem.)

5.° Enumera cuatro sacramentos, á saber: el Bautismo, la Confirmacion, la Eucaristía y el Orden. (Discurso en el dia de las luces.)

6.° La invocacion de los Santos y la veneracion de las reliquias. (Sermon de San Teodoro, mártir.)

---

(1) Cod. 6.

(2) J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 9, pág. 121.

CAPÍTULO X.

SAN ANFILOQUIO.

FUENTES. San Basilio: libro *Del Espíritu Santo*, núm. 1. —San Gregorio Nacianceno, lib. II de sus *Poemas*.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. CXXXIII.—Teodoreto: *Historia eclesiástica*, lib. IV, cap. XI.—Focio: códice 52.

AUXILIARES. Tillemont: *Memorias*, tomo IX, pág. 617.—Ceillier, tomo VII, cap. II, pág. 307.—Gallandi: *Biblioteca*; tomo IV, proleg., cap. VI.—Oudin, tomo II, col. 219.—J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 8.°, pág. 373.

EDICIONES. La de Combefiso, Paris, 1644: en ella reunió los fragmentos genuinos y las obras espurias.—Ademas puede verse á Gallandi: *Biblioteca*, tomo VI, pág. 457.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Anfiloquio.

San Anfiloquio, oriundo de Capadocia, despues de haber enseñado la retórica y frecuentado el foro, se retiró á la soledad y observó la vida monástica. Fue dotado de escelentes disposiciones, y se distinguió por su ardiente caridad y su modestia. San Basilio admira su humildad y su deseo de aprender, por cuya razon se unió á él con íntima familiaridad, así como tambien su amigo Gregorio. Despues de haber progresado admirablemente en la carrera de la perfeccion, marchó á Pisidia por inspiracion de Dios, y allí fue ordenado Obispo de Iconio el año 374 (1). Ademas su celo se dejó sentir, no solo en Licaonia, cuyos negocios arregló con caridad apostólica (2), sino en otras provincias, donde los Obispos estaban indecisos sobre los errores de Macedonio, con cuyo motivo reunió un sínodo, en el que escribió una carta sinódica proponiendo con toda claridad la divinidad del Espíritu Santo (3). Más tarde asistió al Concilio general de Constantinopla, siendo delegado por aquellos Padres para volver á la fe las provincias del Asia, y consiguiendo ademas, no sin algun disgusto, que el Emperador Teodosio prohibiese las reuniones de los arrianos (4). En el

(1) San Basilio, carta 150.
(2) San Basilio, carta 200.
(3) Cotelerio: *Monumentos de la Iglesia grtega*, tomo II pág. 99.
(4) Sócrates, lib. V, cap. VIII.

año 383 presidió un sínodo de 25 Obispos reunido en Sida de Panfilia contra los mesodianos, y destruyó por completo esta herejía (1). Poco despues murió por el año 394.

ARTÍCULO II.

Obras de San Anfiloquio.

Todos los eruditos convienen en que San Anfiloquio escribió muchas obras, notables por su erudicion sagrada y profana; pero han desaparecido, y solo restan fragmentos conservados por los Padres y escritores antiguos. La mayor parte de estos pertenecen á la carta dogmática dirigida á Seleuco, ó á los sermones en que esponia las palabras de la Escritura que parecian favorecer á los arrianos. En todos ellos enseña la doctrina de la Iglesia sobre la Encarnacion, las dos naturalezas y una Persona en Cristo, y prueba ademas su divinidad (2).

La Carta sinódica, que todos reconocen por genuina, es la única que está íntegra. En ella espone breve y claramente la doctrina de la Iglesia acerca del Espíritu Santo, en nombre de los Obispos con él congregados en Licaonia.

Entre sus obras dudosas se halla el *Poema á Seleuco*, cuyos versos están llenos de escelentes consejos para los jóvenes dedicados al estudio. Esta obra la atribuyen, unos á San Gregorio Nacianceno, y otros á San Anfiloquio (3).

Finalmente, se deben contar entre sus obras dudosas, ó más bien espurias, *ocho Homilías*, que llevan el nombre de San Anfiloquio. Parece probable que estas sean de un Anfiloquio más jóven que nuestro Santo, natural de Side en Panfilia, en el siglo v, ó de otro, natural de Cizico, que vivió en el siglo ix (4). A estas puede añadirse la *Homilía sobre el paralítico de la piscina*, la cual, sin ser despreciable, no parece digna de San Anfiloquio (5). Tambien lleva el nombre de este la *Vida de San Basilio Magno*, y está fuera de duda que no es suya (6). Igual juicio merece el *Tratado de que no se debe desesperar*; aunque, teniendo en cuenta el argumento y la forma, parece de este Santo.

---

(1) Teodoreto: *Historia eclesiástica*, lib. IV, cap. XI.
(2) Hállanse en la edicion de Combefiso.
(3) Tillemont: *Memorias*, art. 6, pág. 627.
(4) Tillemont, lug. cit.
(5) Suiceri: *Tesoro ecles. de Padres griegos*: Amsterdam, 1682, tomo II, pág. 347.
(6) Belarmino: *De los escritores eclesiásticos*, tomo VII de sus obras, pág. 103.

CAPÍTULO XI.

SAN EPIFANIO.

FUENTES. Las obras de este mismo Santo.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. CXIV, en el libro contra Juan de Jerusalen, y en la apología segunda contra Rufino, núm. 22.—Pallad.: *Diálogo de la Vida de San Juan Crisóstomo*, cap. XVI, pág. 150.—Sozomeno: *Historia eclesiástica*, lib. VI, cap. 32.—Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. VI, capítulo 7 y siguientes.

AUXILIARES. Papebroquio: En las *Actas de los Santos*, tomo III, pág. 36.—Tillemont: *Memorias*, tomo X, pág. 484.—Dupin, tomo II, pág. 515.—Ceillier, tomo VIII, cap. XVI.—Oudin, tomo I, col. 527.—G. Cavé, vol. 8.°, pág. 255.—Fessler: *Patrología*, tomo I, pág. 633, etc.

EDICIONES. La mejor en griego y latin de todas las obras, es la del P. Petavio, Paris, 1622, y en Colonia, en 1682. Hay ademas algunas de algunos libros en particular. Véase tambien J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 8.°, pág. 261.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Epifanio.

San Epifanio nació cerca del pueblo de Besandak, no lejos de Eleuterópolis, en Palestina, por el año 310 (1). Aun era niño cuando San Hilario introdujo en Palestina el monacato, que se propagó allí rápidamente. Epifanio, educado por los monges, se decidió á abrazar la vida monástica. Se puso en contacto con los gnósticos, que trataron de seducirle por las mujeres que les estaban asociadas, y de las que se vió obligado á huir, como José en otro tiempo de la mujer de Putifar. Despues de la permanencia de varios años en Egipto, á donde habia ido con objeto de hacerse monge, volvió á su patria, se ordenó de sacerdote, y fundó un convento, que presidió en calidad de abad durante más de treinta años. La

(1) San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. CXIV.

fama de su santa vida se esparció en Palestina y en las comarcas inmediatas, y determinó á los Obispos de Chipre á elegirle Arzobispo de Salamina el 367 (1). Epifanio conservó, á pesar de su elevacion, el traje y hábitos de monge, continuando en visitar de tiempo en tiempo su convento de Palestina. Monge fervoroso desde su juventud, modelo de austeridad y de celo, Epifanio gozó desde muy temprano de una consideracion universal. Desde que aparecia en público, el pueblo se apiñaba alrededor de él; arrancaba fragmentos de sus vestiduras para conservarlos como reliquias, besándole las manos y los pies; las madres le rogaban que bendijese á sus hijos, y se le atribuia el don de hacer milagros. Fue el único monge á quien los arrianos no osaban atacar.

Su ministerio apostólico, infatigable sobre todo con respecto á los pobres, puso á su diócesis en una situacion del todo próspera; pero habiendo querido mezclarse en asuntos de otras iglesias, su celo le llevó muchas veces más allá de la justa medida. En la época de Epifanio las imágenes religiosas comenzaban á ser admitidas en algunas iglesias. Habiendo encontrado un dia, visitando la Palestina, en una iglesia de un pueblo una cortina en que estaba pintada la imágen de Jesucristo, ó de un Santo, Epifanio fuese á ella, y arrancó la cortina, diciendo que aquel lienzo estaba mejor empleado en envolver el cadáver de un pobre (2). Por entonces, á ruego de los presbíteros y algunas personas, espuso la doctrina de la Trinidad, defendiendo principalmente la divinidad del Espíritu Santo (3). Poco despues refutó, movido de algunos monges, dos errores opuestos entre sí: el uno consistia en negar la perpetua virginidad de María; y el otro en ofrecer el pan en su nombre, tributándole honores divinos: ambos errores destruyó con una preciosa carta.

La esperiencia que de los gnósticos hiciera en Egipto, le inspiró un profundo disgusto contra sus errores, y pasando entonces Orígenes por el padre de la herejía arriana y otras muchas, se dedicó Epifanio á leer sus obras. Sin embargo, no pudiendo seguir las profundas especulaciones de este grave pensador, y hallando, en efecto, errores dogmáticos en sus escritos, vió con sentimiento que Orígenes tuviera tantos admiradores entre los cristianos y aun entre los Obispos más notables; y no calculando que podia leerse á Orígenes, y sacar de él escelentes cosas, sin adoptar sus errores, se dejó prevenir contra los que no pensaban como él sobre el particular. Llegó á tal punto, que un dia, en 394,

(1) Tillemont, art. 6, pág. 497.
(2) Carta de San Epifanio á Juan, Obispo de Jerusalen.
(3) Las cartas de San Epifanio á Ancorato, tomo II de sus obras, páginas 1 á 6.

predicó en una iglesia de Jerusalen contra Orígenes, haciendo evidentemente alusion al Obispo de Jerusalen, Juan, á quien acusaba de origenismo, lo cual determinó á este último á dirigir sin dilacion un discurso contra los antropomorfitas, entre los que designaba claramente á Epifanio. Este, asociándose á la salida de Juan contra el antropomorfismo, le pidió que se pronunciara claramente contra Orígenes. Juan rehusó: la controversia se estableció por escrito, y engendró la gran querella del origenismo.

El artificioso Obispo de Alejandría, Teófilo, que, ardiente admirador en otro tiempo de Orígenes, se habia vuelto uno de sus más violentos adversarios, supo escitar á Epifanio contra San Crisóstomo, é inducirle á reunir los Obispos de Chipre en un sínodo que prohibió la lectura de los libros de Orígenes. Pertrechado con las actas de este sínodo, fue Epifanio á Constantinopla, para asistir al Concilio que Teófilo queria reunir contra San Crisóstomo. No queriendo consentir este en la condenacion absoluta de los escritos de Orígenes, Epifanio se condujo en Constantinopla como si esta ciudad no tuviese Obispo, ó como si hubiera estado en su propia iglesia (1). San Epifanio, viendo, por los reparos que se le hicieron sobre su conducta en una diócesis ajena, que habia sido miserablemente engañado, y que se habia abusado de su credulidad, resolvió al punto dejar á Constantinopla. En el momento de embarcarse, dijo á los Obispos que le acompañaban: «Os dejo la ciudad, el palacio, el espectáculo: en cuanto á mí, me voy, y tengo prisa por irme.» El presentimiento de su muerte, que espresaba en estas palabras, se realizó, porque murió en la travesía, año de 403 (2).

ARTÍCULO II.

División de las obras de San Epifanio.—Sus escritos contra los herejes.

San Epifanio escribió principalmente para combatir á los herejes y esponer la Sagrada Escritura; por cuya razon dividiremos sus obras en dogmáticas y exegéticas, enumerando ademas dos cartas. Entre las dogmáticas están las siguientes:

1.ª *El Ancora.* San Epifanio escribió este libro por los años 374 (3); y le dió ese nombre (4), porque, á manera de áncora, debia preservar á los que vacilaran en la fe á impul-

(1) Sozomeno, lib. VIII, cap. XV.
(2) Pagi, Crítica al año 402, pág. 6, cree que murió un año antes
(3) Tillemont: *Memorias*, art. 9, pág. 505.
(4) San Juan Damasceno, carta sobre el Trisagio, núm. 25.

sos de los embates del error y las vacilaciones de la duda. Instado San Epifanio por muchos presbíteros, monges y legos de Panfilia, Pisidia y Egipto, adictos á la doctrina ortodoxa, para que les diese un compendio sólido de los puntos que abraza la fe católica, y principalmente sobre la Trinidad, les redactó este libro, no sin haberse resistido, llevado de su modestia (1). Desde el núm. 1 al 74 refiere, entre algunas digresiones, todas las herejías, y defiende contra los arrianos y pneumatómacos el misterio de la Trinidad, demostrando ademas la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo. Desde el 75 al 82 habla de los apolinaristas, y diserta admirablemente sobre la Encarnacion del Hijo de Dios. Desde el 83 al 103 prueba contra los origenistas y gentiles la resurreccion de la carne. Desde el 104 al 108 exhorta á sus lectores á que se guarden de la idolatría. Desde el 109 al 116 refuta á los maniqueos y marcionitas, que de varios modos calumniaban al Dios del Antiguo Testamento. Desde el 109 al 117 demuestra, contra los judíos, el misterio de la Encarnacion. Desde el 118 al 119 pone algunos argumentos contra los sabelianos, arrianos y pneumatómacos. Desde el 120 al 121, con una notable advertencia en que recomienda se guarde el Símbolo, y con una profesion de fe más estensa, termina su libro (2).

2.° *El Panario*, ó sea el Arca médica contra ochenta herejías (3). San Epifanio le dió ese título para indicar que reunia en un libro todos los remedios contra los venenos de las herejías. Esta obra la principió en 374, y le duró tres años. Los presbíteros Acacio y Paulo le obligaron á escribirla, haciéndole presente que debia dar mayor estension á lo que en otras ocasiones habia manifestado, para que, ademas del conocimiento de las herejías, hubiera noticia de sus doctrinas y de los medios de combatirlas. San Epifanio, accediendo á estos deseos, les espuso con cuidado, no solo los autores de las herejías y sus errores, sino tambien las respuestas á sus objeciones, para que los herejes abandonasen su error y los católicos no cayesen en él (4).

Esta obra se divide en tres libros, y estos en siete tomos, en donde se refieren ochenta herejías, de las cuales veinte son anteriores á Jesucristo, y sesenta desde este hasta San Epifanio. La palabra *herejía* la toma en un sentido lato: así es que á las sectas judías y á las escuelas filosóficas de los paganos les da ese nombre. Ademas, lo que refiere del orí-

(1) Tillemont, lugar citado, art. VIII, pág. 500.

(2) Este símbolo es el que lleva el nombre de Niceno Constantinopolitano. Cardenal Tomasi, en la edicion á este libro.

(3) Esta obra fue muy alabada por los antiguos.—Focio: cód. 229.

(4) Tillemont, lugar citado, art. 10, pág. 505.

gen de los hechos y de los errores de los herejes lo hace con naturalidad, y unas cosas las saca de testimonios ciertos, y otras las adquiere por el testimonio de hombres fidedignos, y en muchos casos indica las fuentes (1). En cada uno de los tomos en que divide su obra da una idea general de las herejías de que ha de tratar, y al fin del libro pone una *Breve esposicion de la fe católica*, demostrando toda la doctrina que abraza, con lo cual, como dice Tillemont, pone á su trabajo una corona digna (2).

San Epifanio no refiere únicamente los errores, sino que los clasifica, y los refuta con argumentos irresistibles. *El Panario* es una obra de suma utilidad para el dogma, la historia eclesiástica y la arqueología cristiana, por cuya razon será tenida siempre como un tesoro por todos los que quieran conocer los hechos de los primeros siglos del cristianismo. Algunos, sin embargo, tienen á San Epifanio por demasiado crédulo (3).

3.° *La Recapitulacion.* Este libro es un compendio del anterior, dirigido á los mismos presbíteros Acacio y Paulo, y lo representa tan fielmente, que hasta copia la carta que antes les habia escrito, al mandarles *El Panario.* Ademas tiene íntegro el último tratado del libro I, y tomo I acerca de la Encarnacion del Verbo. Siendo cierto que esta Anacefalosis reune todas las partes de *El Panario*, poco importa que sea San Epifanio ú otro su autor; siempre resultará que la palabra y la doctrina son de este Santo (4).

ARTÍCULO III.

Obras exegéticas y dos cartas de San Epifanio.

Entre las obras de San Epifanio que tratan de la esplanacion de la Sagrada Escritura, están las dos siguientes:

1.° *El libro de los pesos y medidas.* Este libro se escribió por los años 392, y está lleno de erudicion; pero al principio se halla mutilado. El objeto de San Epifanio fue dar á los fieles algunos conocimientos que les facilitaran el estudio de la Sagrada Escritura. En el núm. 1, despues de distinguir varias clases de discursos proféticos, desde el 2 al 3 esplica los signos y notas que entonces llevaban las Biblias griegas: desde el 4 al 20 trata estensamente de las versiones griegas que se han hecho del testo hebreo, y de sus auto-

(1) *Panario*, lib. I, números 1 y 2.
(2) *Memorias*, art. 11, pág. 507.
(3) Baronio: *Anales*, año de Jesucristo 375.
(4) Tillemont, lugar citado, art. 11, pág. 509.

res: en el núm. 23 presenta el catálogo de los libros del Antiguo Testamento, y divide los salmos. Despues de todo esto, pasa en el núm. 24 y último al objeto principal de su libro, que consiste en dar á conocer los pesos y medidas de que habla la Sagrada Escritura, manifestando de dónde trae su orígen cada uno, y por qué se llaman así, y cuál sea su significacion y valor. Finalmente, con motivo de tratar de los pesos, habla tambien de las monedas antiguas.

2.ª *El libro de las doce perlas*, ó sea de las que llevaba en el racional el sumo sacerdote de los judíos, segun el *Exodo* (1). San Epifanio lo escribió á ruegos de Diódoro, Obispo de Tiro, y se lo remitió juntamente con una carta, que puede servir de prólogo á este libro. En él esplica los nombres de estas piedras, los colores, especies y el órden en que estaban colocadas, y que aprovechan para la piedad, y, finalmente, á qué tribu correspondia cada una, en qué punto y en qué sitio se encontraban. Este libro, tal como hoy se encuentra, parece ser compendio de una obra más estensa.

San Epifanio, ademas de estas obras, escribió muchas cartas á los monges, á los Obispos y al mismo Romano Pontífice; pero de todas ellas solo se conservan dos, á saber:

1.ª *La carta á Juan de Jerusalen*. En ella impugna el origenismo de este Obispo; defiende la ordenacion de Paulino, y da las razones por haber rasgado el lienzo donde se hallaba pintada la imágen del Salvador.

2.ª *La carta á San Gerónimo*. Es muy corta, y en ella le alaba, así como tambien á Teófilo de Alejandría, por su celo contra los origenistas (2).

Deben contarse entre las obras dudosas de San Epifanio las dos siguientes:

1.ª *La dirigida al Fisiólogo*, con cuyo nombre parece designa á Aristóteles, que escribió *De la naturaleza é historia de los animales*. El autor de este libro refiere muchas de sus propiedades; unas son verdaderas, pero otras son poco exactas, y todas las mezcla con reflexiones morales. Las dudas sobre este libro se toman de la falta de testimonios esteriores, y del estilo, sumamente bárbaro (3).

2.ª *Un comentario sobre el Cantar de los Cantares*, mencionado en otro tiempo por Casiodoro; despues se perdió, y fue encontrado en Roma en 1750. Tambien se atribuye á Filon Carpasio (4).

---

(1) Cap. XXVIII, vers. 15 y 21.

(2) San Gerónimo, carta 51, núm. 1.

(3) Tillemont: *Memorias*, art. 14, pág. 514.

(4) Véase Tricalet: *Biblioteca Manual de los Padres y escritores*, tomo III, página 250.

Ademas de estas obras dudosas, hay tambien algunas que se le atribuyen falsamente:

1.ª *El libro de las vidas de los Profetas*. En él se refieren brevemente los hechos y la muerte de los Profetas, desde Natan hasta San Juan Bautista. Se considera espuria por las muchas falsedades que contiene, y de este modo la juzgó el P. Petavio (1).

2.ª *Ocho sermones ú homilías*, entre los cuales hay unas sobre el Domingo de Ramos, y otra sobre la sepultura de Jesus. Los críticos, y el mismo P. Petavio, aseguran que estas homilías no son de San Epifanio, sino de otro más jóven y del mismo nombre (2).

ARTÍCULO IV.

Carácter, estilo y doctrina de San Epifanio.

San Epifanio fue muy erudito, y por su virtud es uno de los Padres más notables de su tiempo; tanto, que San Gerónimo no teme llamarle *Padre de los Obispos* y *reflejo de la santidad de los antiguos* (3). Instruido en las lenguas griega, hebrea y siríaca, se dedicó al estudio de la Escritura, conociendo que ella es la fuente de la verdadera santidad y el arma más poderosa contra todos los herejes: prefirió, sin embargo, el sentido alegórico al literal (4). Los pequeños defectos que se encuentran en los asuntos históricos y cronológicos son propios de aquella época, y no impiden que sus libros sean tenidos en mucho aprecio, mereciéndole ademas el honroso título de Doctor de la Iglesia católica (5). Es tambien muy apreciable por la multitud de datos históricos y por los fragmentos de los antiguos Padres y escritores eclesiásticos que se encuentran en su *Panario*, y que sin él se hubieran perdido. Su estilo es humilde, y hasta bajo, de frase inculta y oscura; pero esto no se estrañará si se tiene en cuenta que toda su consideracion la puso en investigar la verdad, sin cuidarse de las formas. Si se compara, pues, á San Epifanio con los oradores del cristianismo oriental, no podemos concederle ni el genio de estos, ni su poder sobre la muchedumbre; pero á un vasto saber unia indudablemente la esperiencia de largos viajes, y las enseñanzas del desierto y del mundo.

(1) Prefacio á la edicion de las obras de este Padre.
(2) Tillemont: *Memorias*, art. 14, pág. 515.
(3) Apología 2.ª contra Rufino, núm. 2.º
(4) Cotelerio: *Monumentos de la Iglesia griega*, tomo I, pág. 426.
(5) Concilio de Nicea II, acta 6.ª—Mansi, tomo XIII, col. 296.

En cuanto á la doctrina, apenas se encontrará entre los antiguos Padres otro que esponga con más claridad todos los dogmas católicos, y que ataque más fuertemente á los herejes, que San Epifanio.

De los muchos dogmas que se encuentran en sus obras, solo citaremos los siguientes:

1.° Confiesa que la tradicion de la Iglesia es fuente de la verdad revelada. (Her. 61, núm. 6.)

2.° Que el hombre no perdió por el pecado original la imágen de Dios. (Her. 70, núm. 3.)

3.° La real presencia de Jesucristo en la Eucaristía. (*Ancora*, núm. 57.)

4.° Que los Obispos son superiores á los presbíteros. (Her. 75, núm. 4.)

5.° La escelencia de la virginidad. (*Esposicion de la fe católica*, núm. 21.)

6.° El culto de los Santos y la intercesion por los difuntos. (Her. 75, núm. 7.)

CAPÍTULO XII.

PRINCIPALES ESCRITORES DE LA IGLESIA GRIEGA EN ESTE TIEMPO.

ARTÍCULO PRIMERO.

Asterio, Timoteo y los dos Macarios.

Ademas de los muchos de que ya hemos hablado, y de otros que referiremos más adelante, son dignos de particular mencion:

Asterio, Obispo de Amasi, en el Ponto, el cual, siendo niño, tuvo por preceptor á un escita, notable en todo género de ciencias profanas, y especialmente en la jurisprudencia, de quien parece tomó aquel estilo popular y elegante que tanto le distinguió. Sinceramente adicto á la fe católica, notable por su elocuencia y santidad, floreció hácia fines del siglo IV, cerca del año 400, siendo contado por algunos en el número de los Padres (1). Escribió mucho, y hoy quedan todavía veinte *homilías,* que, esceptuando las escritas *contra la avaricia,* sobre la *fiesta de las kalendas,* de la *penitencia,* del *ayuno* y del *divorcio,* ó esplanan algunos lugares de la Sagrada Escritura, ó hacen las alabanzas de los Santos, como San Pedro y San Pablo, San Estéban, y del Santo mártir Focas (2).

Timoteo, Obispo de Alejandría, fue muy apreciado por su probidad, y asistió al primer Concilio de Constantinopla. Escribió, ademas de la *Historia de los monges,* hoy perdida, y una breve *Carta á Diodoro,* Obispo de Tiro, que nos conservó Facundo, las *Respuestas canónicas,* que se encuentran insertas en las cartas canónicas de los Santos Padres, y resuelven sabiamente algunas dudas de disciplina eclesiástica.

San Macario, el más viejo, descendiente de Egipto, nació por el año 300, y abrazó á los treinta años la vida monásti-

(1) Véase Focio, *Anfilogia,* cuestion 125.
(2) Focio: cod. 271, pág. 812.

ca. Despues se retiró á la soledad, fijando su residencia en Sceti, donde, despues de los combates de una vida religiosa, y colmado de gracias del cielo, fue ordenado de sacerdote á los cuarenta años. En el imperio de Valente fue desterrado por defender con firmeza la fe católica. Despues de su vuelta del destierro, murió á la edad de noventa años, por el año 390 á 391 (1). Corren con su nombre cincuenta *homilías* sobre la vida que deben llevar los cristianos. Estas homilías no son discursos dirigidos al pueblo, sino más bien exhortaciones á los religiosos, y contienen varias cuestiones y respuestas, pero les falta la forma de homilías. Tambien se le atribuyen siete *Opúsculos* que tratan de la perfeccion espiritual, de la oracion, de la paciencia y prudencia, de la elevacion del espíritu, de la caridad, y de la libertad del alma. Los opúsculos, lo mismo que las homilías, están llenos de piedad y de la ciencia del espíritu. El criterio interno pone fuera de duda que, en cuanto á la sustancia, es el mismo el autor de las homilías que el de los opúsculos; pero no sin razon se duda, principalmente por el silencio de los antiguos sobre este punto, y por los vestigios de semipelagianismo, si San Macario el Egipcio, ú otro escritor más jóven, tocado de semipelagianismo, es el verdadero autor (2). Ademas llevan su nombre *Dos cartas á los monges*, la una en griego y la otra en latin, en las cuales se recomiendan las virtudes cristianas, y especialmente la humildad (3). El estilo del autor es sencillo y natural, cual conviene á un solitario que habla de corazon, sin afectacion, sin ornato, y aun sin órden.

El otro *Macario*, más jóven, llamado el Alejandrino, ó el Ciudadano, fue discípulo de San Antonio, contemporáneo de San Macario el Egipcio, semejante en virtudes á este, y fue constituido abad de Nitria. Se conserva con su nombre un *Discurso sobre la muerte de los justos y pecadores*, esto es, á dónde van las almas cuando salen del cuerpo, y en qué estado se encuentran, el cual se lo atribuyen casi todos los eruditos. Tambien se le atribuye la *Regla de San Macario Alejandrino, abad de Nitria, á los monges*, á la cual se junta la *Carta á los monges*, del mismo autor, que contiene admirables sentencias (4).

---

(1) Palland.: *Hist. Laus.*, capítulos XIX y XX.

(2) El primer editor de las cincuenta homilías en griego y latin es J. Pico: Paris. 1559, en 8.º; y el de los opúsculos ascéticos en griego y latin es J. Posimo, en su *Tesoro ascético*.

(3) El primer editor de estas cartas fue Floss., cap. I, páginas 191 á 95.

(4) Ceillier, tomo VII, cap. VI, números 8 y 9, pág. 742.

ARTÍCULO II.

(CONTINUACION.)

Evagrio.

Evagrio, llamado *el Póntico* por ser oriundo del Ponto, fue discípulo de los dos Macarios; insigne por la ciencia de las cosas espirituales, y por su increible abstinencia. Fue arcediano de Constantinopla por el año 380. Dejando poco despues esta ciudad, visitó los Santos Lugares de Jerusalen; desde allí marchó al Egipto, y pasó el resto de la suya en el monasterio de Nitria, y últimamente en Celso, siendo notable no menos por su santidad que por su doctrina. Era hombre de inteligencia despejada, admirable elocuencia, y grande sagacidad para distinguir los pensamientos que tendian al vicio ó á la virtud. Pero como defendia á los origenistas, sufrió despues la condenacion de la Iglesia (1). Evagrio escribió muchos libros, de los cuales tradujeron al latin algunos Rufino y Gnadio: de ellos solo quedan:

1.° *El monge, ó la vida activa*, libro práctico, el cual contiene los preceptos de la vida más santa (2).

2.° *Esplicaciones de las cosas de los monges*, el cual hace en once capítulos una esplicacion de los oficios de estos.

3.° *Opúsculo de los ocho viciosos pensamientos*, el cual parece ser un compendio de la obra mayor, que antes habia intitulado: *Antídoto contra los demonios tentadores*. Este libro estaba dividido en ocho partes, segun el número de las principales tentaciones y pensamientos viciosos que atormentan al hombre; pero si se omiten los testos de la Escritura, apenas queda en esta obra nada de su autor (3).

4.° *Varias sentencias*, conducentes á la perfeccion cristiana (4). A estas pueden juntarse las *Sentencias á los que habitaban en los monasterios*, y tambien las *Sentencias á las vírgenes consagradas á Dios*, en las cuales imita acertadamente las sentencias de Salomon.

Ademas se encuentran muchos fragmentos de otros escritos de Evagrio, ya en las vidas de los Santos Padres, ya en las Cadenas y otros monumentos.

---

(1) San Gerónimo: *Coment. sobre Jeremías*, libro IV, prol., tomo IV de sus obras.
(2) Coteler.: *Monumentos de la Iglesia griega*, páginas 98-102.
(3) El primer editor de este libro, E. Bigot.
(4) Estas sentencias, con otras varias, se encontraban en las obras de San Nilo; pero ahora se atribuyen á Evagrio.—Tillemont, art. 10, pág. 368.

CAPÍTULO XIII.

SAN AMBROSIO.

FUENTES. Las obras del mismo San Ambrosio.—Paulino, diácono de Milan, en la vida de este Santo que va unida á la edicion de estas obras hecha por la Congregacion de San Mauro.—San Agustin: *Confesiones*, lib. v, núm. 23.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. CXXIV.—Rufino: *Historia eclesiástica*, lib. XI, cap. XI.—Sócrates, id., lib. IV, cap. XXX.—Sozomeno, id., lib. VI, cap. XXIV.

AUXILIARES. Baronio, en la *Vida de San Ambrosio*, que va unida á la edicion romana.—G. Hermant: *Vida de San Ambrosio*, Paris, 1678.—Tillemont: *Memorias*, tomo X, capítulo *San Ambrosio*.—Ceillier, tomo VII, cap. IV.—Dupin, tomo II, pág. 438.

EDICIONES. La de la Congregacion de San Mauro de todas sus obras: Paris, 1686.—Esta misma, reimpresa en Venecia en 1748 y en 1781; y la última la de Migne: Paris, 1845.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Ambrosio.

Nació San Ambrosio en Tréveris, por los años 340. Como descendiente de la antigua nobleza romana, recibió una educacion esmerada. De él se cuenta que, siendo niño, un enjambre de abejas, durante el sueño, vino á rodearle, entrando y saliendo de su boca, y subiendo al cielo. Muerto su padre, gobernador de las Galias, le llevó su madre á la Ciudad Eterna, donde continuó sus estudios con grande aprovechamiento. De Roma pasó á Milan, para seguir la abogacía, con su hermano Satyro, y adquirió gran reputacion por su pericia y elocuencia en la defensa de las causas. Por esta razon, Probo, hecho prefecto del pretorio por Valentiniano I, le confirió el mando de la Emilia y de la Liguria, en Italia, encargándole se portara más bien como Obispo que como juez. Tan bien observó Ambrosio este aviso (1), muy en ar-

(1) Paulino: *Vida de San Ambrosio*, números 5 y 8.

monía con sus inclinaciones, y tan grande fue el crédito que adquirió durante la administracion de su cargo, que, como es sabido, á la voz de un niño, *¡Ambrosio Obispo!* en medio de la dificultad para la eleccion del sucesor de Auxencio, que habia tiranizado la Iglesia de Milan, se unen católicos y arrianos, declarando no querer otro Obispo que á su gobernador, quien, temiendo alguna sedicion, se hallaba presente. Ambrosio hizo mucha resistencia (1); huyó dos veces, mas por fin le fue preciso aceptar: recibió el bautismo; se ordenó de presbítero, y el dia 7 de Diciembre del año 374 fue consagrado Obispo.

Italia se veia en aquel tiempo afligida por dos horrorosas plagas: el arrianismo, que perturbaba la Iglesia, y los bárbaros del Norte, que amenazaban hasta con la ruina de la sociedad. Ambrosio no cesó nunca de trabajar contra el arrianismo para restablecer la paz de la Iglesia, y de escitar el espíritu patriótico para rechazar la bárbara invasion que se venia encima. Tuvo mucho que sufrir de la Emperatriz Justina, á la que los arrianos habian seducido, quien trataba de intimidarle con el destierro y con la muerte; pero se opuso constantemente á que se concediera á los herejes una iglesia en Milan. Con este motivo predicó un sermon contra Auxencio, y en el mismo tiempo otro sobre las reliquias de los Santos Gervasio y Protasio. Entonces introdujo la costumbre de la Iglesia oriental de cantar himnos y antífonas para entretener santamente á los fieles. Consiguió del jóven Valentiniano que no concediese al prefecto Símaco, que escribió un libelo en defensa del paganismo, el permiso de restablecer el altar de la Victoria. Con esta ocasion pidió al Emperador una copia del libelo de Símaco (2) para refutarlo; é hizo esto de tal manera, que anonadó al prefecto y á todos los gentiles (3). Por este tiempo fue cuando, á ruegos del Emperador Graciano, escribió *dos libros sobre la fe;* y habiendo sabido posteriormente que se le hacian algunas objeciones, escribió los tres restantes, que con los dos anteriores forman una sola obra.

Despues del Concilio celebrado en Roma, en 382, para restablecer la union de la Iglesia, y al que asistió San Ambrosio (4), con Valeriano de Aquileya y otros muchos Obispos, tuvo aquel otro con algunos Obispos en Milan, contra el hereje Joviniano, condenado con sus adherentes, y envió al Papa Siricio una carta, en donde constaba la condenacion de

(1) Paulino: *Vida de San Ambrosio*, números 6 y 9.
(2) Carta 17.
(3) Carta 18.
(4) Teodoreto: *Historia eclesiástica*, lib. v, capítulos IX y X.

estos herejes, y el número de los Obispos congregados (1). Continuaban aun las sesiones de este Concilio, cuando llevaron á San Ambrosio la nueva del degüello de Tesalónica, mandado por Teodosio para castigar aquella ciudad de una insurreccion popular contra las tropas del Emperador. El Santo Obispo se afligió en estremo, y lleno de una santa indignacion le escribe una carta reprendiéndole con severidad, y le cerró las puertas de la iglesia, sujetándolo á penitencia pública. Toda la firmeza de carácter de este Santo Obispo para defender los derechos de la Iglesia se convertia en fuego de caridad cuando se trataba de ganar algun alma para el cielo. Ademas de algunos arrianos y otros muchos herejes, convirtió San Ambrosio al célebre Agustin, que confiesa deber su conversion á la persuasiva elocuencia del Santo (2). Y adquirió tanto crédito, y se estendió tanto la fama de su saber y elocuencia, que no es de estrañar que unos grandes señores de Persia viniesen á visitarle, para proponerle cuestiones difíciles y conocerle. Las madres no dejaban á sus hijas oir la elocuente voz de San Ambrosio, temiendo que fuesen arrastradas por su palabra á consagrar su virginidad á Cristo (3).

No se limitaba la solicitud de San Ambrosio á su propia diócesis; pues como profundo político y conciliador poderoso de su época, su deseo era procurar á las más distantes Iglesias la paz de que la suya disfrutaba. Así se le ve pedir la convocacion del Concilio de Capua para abolir el cisma de Antioquía, y hacer que cesara la disputa entre Flaviano y Evagrio. Del mismo modo dirimió en 390 la cuestion de la eleccion en el obispado de Verceli, consagrando un Obispo de Pavía.

Despues de tantas fatigas cayó enfermo, y ya no pudo visitar á Fritigilda, Reina de los marcomanos (4), á quien habia instruido por medio de una carta en forma de Catecismo, y de quien habia recibido embajadores, con presentes para su Iglesia. Proponiéndole la nobleza que pidiese á Dios la prolongacion de su vida, porque temian que á su muerte seguiria la ruina de Italia, les contestó con toda la ingenuidad de su corazon: «Entre vosotros he vivido de un modo que no debe afrentarme el vivir un poco más; pero no temo morir, pues el Señor, á quien debo dar mis cuentas, es todo bondad.» Murió el 4 de Abril del año 397.

---

(1) Carta 42 de San Ambrosio.
(2) San Agustin, en sus *Confesiones*, lib. v, números 23 y 24.
(3) San Ambrosio: libro *De las vírgenes*, números 57 y 60.
(4) Sulpicio Severo: *Historia sagrada*, libro II, núm. 48.

ARTÍCULO II.

División de las obras de San Ambrosio.—Escritos contra los arrianos.

Las muchas obras de San Ambrosio se pueden cómodamente dividir: 1.°, en dogmáticas; 2.°, en exegéticas; 3.°, en morales; 4.°, en sermones; 5.°, en cartas, y 6.°, en himnos. Las dogmáticas las consideraremos, para mayor claridad, bajo dos respectos: unas que tratan de Teología dogmática, y otras de Teología moral: cada una de estas las trataremos en dos artículos.

OBRAS DOGMÁTICAS CONTRA LOS ARRIANOS.

1.° *Cinco libros sobre la fe* (1). San Ambrosio escribió los dos primeros en el año 379, á ruegos de Graciano, dirigidos contra los arrianos, pero con el objeto de confirmar al Emperador en la fe, y forman por sí solos un argumento completo. Los tres siguientes en el año 379, para refutar todas las objeciones de aquellos herejes. En los dos primeros libros presenta muchos argumentos, aunque breves y bien dispuestos; en los otros tres, que se pueden considerar como complemento de aquellos, ya añade lo que antes habia omitido, ya se estiende sobre lo dicho, y ya, en fin, demuestra la futilidad de algunas nuevas objeciones. El órden de estos libros es como sigue: tratando de escribir acerca de la divinidad del Padre y del Hijo, en el libro I, y desde el cap. I al IV, propone en pocas palabras la doctrina de la Iglesia, y despues confiesa que está adherido á la fe de Nicea; luego prueba que en la Trinidad hay una esencia y tres Personas distintas, á cuyo fin aduce los testimonios de la Sagrada Escritura. En el V, despues de poner de manifiesto los principales errores de los arrianos, desde el VI al VII los refuta, y prueba que el Hijo no es desemejante al Padre. Desde el VIII al XIII demuestra que el Hijo de Dios es eterno, y aunque es engèndrado por el Padre, no pierde por eso la eternidad.

Desde el XIV al XVI prueba que no es criatura. En el XVII que es verdadero Hijo de Dios, y Dios verdadero: es, por lo tanto, engendrado, y no hecho. En el XVIII recomienda los decretos del Concilio de Nicea. En el XIX refuta en pocas palabras las sutilezas de Arrio, condenadas en aquel Concilio. Y en el XX y último implora el auxilio de Jesucristo-Dios para sí y

(1) Estos libros han sido siempre tenidos por auténticos.—Tillemont: *Memorias*, art. 15, pág. 109.

para el Emperador. En el libro II, y desde el capítulo I al III, despues de una introduccion elegante en que espone los varios nombres que da la Sagrada Escritura á Jesucristo, y que indican claramente su eternidad y divinidad, prueba que el Hijo de Dios es *bueno*. Desde el IV al VII, que es *omnipotente*. Desde el VIII al X, que estos dos atributos pertenecen á la nocion de Dios; y para hacerlo evidente demuestra que el Hijo no es menor al Padre, en cuanto á la divinidad, esplicando las palabras de San Juan (1): *Pater major me est*, y á pesar de asegurar *Él* que es enviado por el Padre, ni á pesar, en fin, de haberle prestado obediencia. Desde el XI al XIV hace una bella transicion, y se dirige á los arrianos, cuya salvacion le interesa, instándoles á que reconozcan á Jesucristo como Dios y Hombre, unido á una Persona, y pone á su vista lo terrible del juicio final. Desde el XV al XVI exhorta al Emperador Graciano á que abandone á los arrianos y abrace la fe católica. En el libro III, y desde el I al IV, da la razon de este nuevo escrito. Desde el V al IX repite algunas cosas de los libros anteriores, para que se entienda mejor lo que va á decir. Desde el X al XXVI, como los arrianos se apoyasen para negar la divinidad de Jesucristo en algunos testos de la Escritura, en donde se habla de un solo Dios, San Ambrosio demuestra que esas palabras se dirigen á la naturaleza divina, comun á las tres Personas. Desde el XXVII al LXXXIX, insistiendo esos herejes en decir que el Hijo era una cosa hecha, declara que Jesucristo, salva su divinidad, podia llamarse así por cuatro razones (2); pero añade que esa palabra debe usarse para designar el misterio de la Encarnacion. Desde el XC al XCI dice que no obstante el misterio de la Encarnacion, en que Jesucristo padeció y reconcilió el género humano con Dios, es verdadero Dios. Desde el XCII al CVIII añade que es el mismo el reino de los dos, única la divinidad, la dignidad y la gloria. Desde el CIX al CXXVIII, para demostrar la consubstancialidad del Padre y del Hijo, manifiesta que no puede negarse la substancia en Dios; que esta palabra no es estraña á la Escritura, y que los mismos arrianos, aunque obligados, la habian admitido; y de aquí deduce que ser el Hijo consubstancial al Padre conviene con la doctrina de la Iglesia y de la Sagrada Escritura. Desde el CXXIX al CXLII previene á los católicos contra las falsedades de los arrianos, y les exhorta á confesar la divinidad del Hijo de Dios. En el libro IV, y desde el capítulo I y II, San Ambrosio refuta á los arrianos en lo que enseñaban contra la omnipotencia del Hijo y contra su igualdad con el Padre. Desde el III al VIII contesta á las

(1) Cap. XIV, vers. 28.
(2) Como se ve por varios testos de la Escritura.

objeciones tomadas de San Pablo (1) y de San Juan (2). Desde el IX al XII demuestra que el Hijo no es menor al Padre en cuanto á la divinidad, ni por su generacion del Padre, ni á pesar de haber dicho que vivia por el Padre (3), ni tampoco en virtud de aquellas palabras: *Ego sum vitis vera, et Pater meus agricola est* (4); de todo lo cual solo se deduce que el Hijo es menor al Padre en cuanto á la naturaleza humana. En el V, y desde el capítulo I al III, habiendo negado los arrianos que el Hijo fuese una misma cosa con el Padre en cuanto á la divinidad, San Ambrosio trata de la inseparable divinidad del Padre y del Hijo. Desde el IV al VIII resuelve todas las dificultades que los arrianos tomaban de la Sagrada Escritura, ya cuando dice que el Hijo se separó del Padre (5), ya que está sentado á su derecha (6); y ya, por fin, cuando llama *Señor* al Padre (7). Desde el IX al XI, despues de contestar á la impudencia de los arrianos, que pretendian probar la diferencia entre el Padre y el Hijo con la forma del bautismo, desde el XII al XIV pasa á esponer en qué sentido deben tomarse las palabras del Apóstol (8) cuando habla de la sujecion del Hijo. Desde el XVI al XVIII reprende á los arrianos porque decian que Jesucristo no sabia cuándo tendria lugar el juicio final. En el XIX pone fin con una invocacion á la Santísima Trinidad, y una reprension severa contra la soberbia de los arrianos.

En esta preciosa obra, San Ambrosio no trae únicamente en defensa de la divinidad del Hijo argumentos de razon, sino que ademas aduce testimonios de la Sagrada Escritura, cuya fuerza presenta admirablemente. Ademas hace ver en ella, con suma claridad, la naturaleza divina y humana de Jesucristo, y contesta á las objeciones que se hacen contra la divinidad del Hijo.

ARTÍCULO III.

Continuacion de las obras dogmáticas.

1.° *Tres libros sobre el Espíritu Santo.* San Ambrosio escribió esta obra el año 381, poco despues de la anterior, y á instancia del Emperador Graciano, pudiendo considerarse

(1) 1.ª á los de Corinto, cap. XI, vers. 3.
(2) Cap. V, vers. 19.
(3) San Juan, cap. VI, vers. 58.
(4) San Juan, cap. X, vers. 12.
(5) San Juan, cap. XVII, vers. 3.
(6) San Mateo, XX, 23.
(7) San Mateo, XI, 25.
(8) En su carta 1.ª á los de Corinto, cap. XV, vers. 24.

como continuacion de aquella (1). Esta obra está llena de importantes reflexiones, y dividida en tres libros. En el I, y desde el 1 al 18, pone por exordio la historia de Gedeon, y prueba elegantemente que representa la figura del Redentor y del Espíritu Santo, derramado sobre el género humano. Desde el 18 al 54, entrando en materia, refuta á todos aquellos que decian que el Espíritu Santo debia colocarse entre las cosas criadas, y demuestra, con los testimonios de la Sagrada Escritura, que el Espíritu Santo *no puede estar entre todas las cosas, sino sobre todas las cosas;* esto es, que el Espíritu Santo está con el Padre y el Hijo, separado de las cosas criadas. Desde el 55 al 61 hace ver que, aunque se cuentan muchos espíritus, uno, sin embargo, es el espíritu de Dios, el cual tambien es el espíritu de Cristo, y se llama Espíritu de vida, de verdad y Espíritu Paráclito, y es el mismo que inspiró á los Apóstoles y Profetas. Desde el 62 al 116 prueba directamente que este único Espíritu Santo no es criatura; primeramente, porque toda criatura es mutable, y el Espíritu Santo siempre es bueno é inmutable; despues, porque toda criatura está circunscrita á ciertos límites, y el Espíritu Santo es infinito; tambien porque toda criatura existe en el tiempo, y el Espíritu Santo es eterno; finalmente, porque toda criatura puede estar sujeta al pecado, y el Espíritu Santo de ningun modo; así es que el Espíritu Santo es superior á todas las criaturas, y aun á los mismos serafines. Desde el 117 al 185 prueba ademas que el Espíritu Santo es de la misma naturaleza que el Padre y el Hijo, y lo demuestra: primero, por la conformidad de operacion, pues una es la presencia, una la gracia y una la caridad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; segundo, por la unidad de nombre, á todo lo cual añade admirables advertencias prácticas.

En el libro II, y desde el 1 al 16, despues de poner por prólogo la historia de Sanson, que aplica místicamente á Jesucristo y al Espíritu Santo, desde el 17 al 69 demuestra que el Espíritu Santo es consubstancial al Padre, porque no solo es una misma la operacion del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sino una tambien la voluntad, pues es autor con el Padre y el Hijo de otra creacion visible y espiritual; por lo tanto, se debe honrar con la adoracion debida á Dios. Desde el 70 al 100, diciendo los herejes que Dios debia ser adorado *en espíritu*, pero no con el espíritu, San Ambrosio lo refuta, y esplica el verdadero sentido de estas palabras. Desde el 101 al 119 añade que no solo es uno mismo el poder del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en la admirable

(1) Casiodoro: *Historia de las divinas letras*, cap. XVI.

creacion y regeneracion del Hombre, sino que tambien es una la voluntad, y una misma la ciencia. Desde el 120 al 158 deduce de todo lo espuesto que la revelacion en general y la inspiracion particular de los Profetas y Apóstoles, por la unidad de naturaleza en las tres Personas, es obra de la Trinidad.

En el libro III, y desde el 1 al 2, toma el argumento desde donde lo ha dejado en el libro anterior, y prueba que no solo los Profetas y los Apóstoles, sino tambien el Hijo de Dios, ha sido enviado por el Espíritu Santo; pero de esto no se ha de deducir que implica sujecion en el Hijo, pues el mismo Espíritu Santo se dice enviado por el Padre y por el Hijo. Desde el 3 al 9 manifiesta que con esto no se ha de entender otra cosa sino la unidad de la divinidad, así como tampoco cuando el Espíritu Santo se llama dedo y mano de Dios, y lo mismo se significa con las palabras que indican tristeza, ira, venganza, etc. Desde el 9 al 22, despues de esplicar todo esto, como si estuviese preocupado por las objeciones de los adversarios, prueba con la Sagrada Escritura que el Espíritu Santo es verdadero Dios, y que debe ser adorado con el Padre y con el Hijo, sin que por esto se admitan tres dioses, pues las tres divinas Personas, distintas segun la Escritura, tienen una misma naturaleza. Por último, recopilando los principales puntos de sus libros, y tratando algunos nuevamente, pone fin á su obra.

En esta obra, San Ambrosio, no solo abraza lo que antes habia dicho Didimo, sino tambien lo de San Anastasio y San Basilio; de manera que reune en ella todo lo que puede saberse acerca de la divinidad del Espíritu Santo.

2.° *El libro del misterio de la Encarnacion del Señor* (1). Suscitando los arrianos nuevas dificultades contra la divinidad del Hijo de Dios, San Ambrosio escribió este libro el año 382, por un motivo digno de ser conocido. Dos mayordomos del Emperador Graciano, que pertenecian á la secta arriana, insultaron en público á San Ambrosio, provocándole á defender la doctrina católica acerca de la Encarnacion del Verbo. Al dia siguiente, el Santo Obispo de Milan pronunció un admirable discurso acerca de este dogma; como los provocadores no habian asistido al sermon, San Ambrosio lo escribió con el fin de que pudiera serles provechoso. Desgraciadamente esto no pudo verificarse. En el mismo dia murieron los dos mayordomos de una muerte desastrosa; cayeron de un carruaje, y fueron arrastrados por los caballos. El pueblo de Milan, lleno de horror, miró su

(1) El mismo San Ambrosio le dió este título. (Véase Paulino, en la *Vida de este Santo*, núm. 28.)

inesperada muerte como un castigo del cielo por su sacrilegio.

En este libro, y desde el 1 al 4, San Ambrosio presenta la historia de Cain y Abel, y hace ver que Cain manchó su sacrificio. Desde el 5 al 12 manifiesta que la misma sentencia que Dios fulminó sobre él caerá sobre todos los herejes, cuya serie refiere hasta los apolinaristas. En el 13 exhorta á sus oyentes á que no se aparten de la doctrina de la Iglesia. Desde el 14 al 35 prueba contra los arrianos que Jesucristo es eterno y verdadero Dios. Desde el 36 al 45 pasa á tratar de la Encarnacion, y manifiesta con mucho ingenio que Jesucristo es juntamente Dios y Hombre. Desde el 46 al 76, sin nombrarlos, se dirige á los apolinaristas, y despues de refutar algunos de sus errores, presenta la doctrina verdadera acerca de la divinidad y humanidad del Salvador. Desde el 77 al 116 contesta, tanto á los herejes que atribuian á la divinidad y á la carne una misma naturaleza, como á los que negaban á Jesucristo alma racional. Hasta aquí llega el sermon de San Ambrosio; pero cuando lo escribió quiso continuarlo para resolver las objeciones nuevas que los herejes habian inventado y el Emperador le habia propuesto. Estas dificultades consistian en decir que el ingénito y el génito, esto es, el Padre y el Hijo, no eran de una misma naturaleza, y por consiguiente eran desemejantes. San Ambrosio las refuta sólidamente. Este libro, en que San Ambrosio sigue gustoso los pasos de San Atanasio y San Basilio, puede considerarse como un apéndice á los libros sobre la fe.

ARTÍCULO IV.

Obras pertenecientes á la Teología moral.

1.ª *El libro de los misterios.* San Ambrosio lo escribió por los años 387 (1), y espone en él la doctrina y ceremonias del Bautismo, la Confirmacion y la Eucaristía, sacramentos que se acostumbraban á recibir en un mismo dia. Desde el 1 al 5, despues de esplicar lo que significa la accion de abrir la boca y los oidos, los exorcismos y la bendicion de la pila, enseña al recien bautizado, que no consigue la regeneracion espiritual por la eficacia del agua, sino por la virtud del Espíritu Santo, y que la sagrada ablucion obtiene siempre su

(1) Algunos herejes, guiados por leves indicios, se lo niegan á este Padre; pero tanto los testimonios como los códices antiguos se lo atribuyen. (Véase Dupin, tomo II, pág. 472.)

efecto, sin que sea obstáculo la dignidad ó indignidad del ministro. Desde el 6 al 7 refiere cómo los que salen del Bautismo reciben del Obispo la uncion del Santo Oleo, y cómo les lava los pies; manifestando ademas el gozo de nuestra Madre la Iglesia al ver dilatarse su familia, y los efectos que causa el sacramento de la Confirmacion. Desde el 8 al 9 hace mencion de la procesion de los neófitos al altar, donde reciben la Sagrada Eucaristía; y para que puedan formar una idea de la antigüedad y escelencia de este sacramento, recuerda el sacrificio de Melquisedech, que fue su figura, así como el maná, añadiendo que de ninguna manera pueden compararse con él: despues, como si temiera que los neófitos pudiesen decirle que ellos no veian lo que les aseguraba, les trae á la memoria los milagros obrados por el Señor, especialmente el de la Encarnacion, deduciendo que nada es imposible al que todo lo puede, y concluye exhortándoles á que crean en su regeneracion.

Este libro, como se ve, tiene mucha semejanza con las catequesis mixtagógicas de San Cirilo.

2.° *Dos libros sobre la penitencia*. San Ambrosio los escribió por los años 384 contra los novacianos (1). En el libro I y en el núm. 1 prueba contra esos herejes, que los sacerdotes de la Iglesia reciben de Dios la facultad de perdonar los pecados. En el 2 demuestra esta potestad de la Iglesia. Desde el 3 al 5 presenta la misericordia de Dios para con los hombres, especialmente en el misterio de la Encarnacion, y hace ver que el perdon de los pecados no implica mutacion en Dios, pues nosotros somos los que pasamos del pecado al arrepentimiento. Desde el 6 al 8 se dirige contra los novacianos, manifestándoles que Jesucristo quiere que sus discípulos hagan lo que él hizo, y sabido es cuán benigno se mostró con los pecadores. Desde el 9 al 15 pasa á contestar á las objeciones tomadas del libro I de los Reyes (2) y de la primera carta de San Juan (3), y despues se detiene en esplicar las palabras de San Juan, que dicen: «Que no se ore por el que ha cometido el pecado mortal,» entendiendo por ellas que se sujete á penitencia al pecador, pero no que se le abandone. Desde el 16 al 17 pone fin á este libro diciendo que solo la esperanza del perdon puede mover á los hombres á hacer penitencia.

En el libro II, y en el núm. 1, despues de inculcar la ne-

(1) Los protestantes, por meras razones dogmáticas, esto es, por ver que se tratan en estos libros con suma claridad la potestad de la Iglesia para perdonar los pecados y la necesidad de confesarlos, se los niegan á este Padre; pero los testimonios internos y esternos ponen fuera de duda que son suyos.—Tillemont, art. 92, pág. 292.

(2) Cap. II, vers. 25.

(3) Cap V, vers. 16.

cesidad de la penitencia y la confesion de los pecados, desde el 2 al 4 resuelve dos objeciones de los novacianos; la primera tomada del Apóstol en su carta á los hebreos (1), donde dice que los que una vez han caido no pueden renovar la penitencia; y la segunda de San Mateo (2), cuando habla de los pecados contra el Espíritu Santo, que no se perdonan ni en este siglo ni en el futuro. Desde el 5 al 6 refiere el hecho en que San Pedro mandó á Simon Mago que hiciese penitencia y pidiese á Dios que le perdonase el pecado contra el Espíritu Santo (3): con este motivo San Ambrosio exhorta á los cristianos á la penitencia, cuyas partes esplica. Desde el 7 al 8 presenta los ejemplos de la resurreccion de Lázaro y el de la mujer pecadora como tipos de la regeneracion espiritual del pecador, y volviendo los ojos sobre sí mismo, pide á Dios le mire con misericordia. Desde el 9 al 11 pone fin á este libro esplicando las condiciones que se requieren para que la penitencia sea útil y provechosa.

ARTÍCULO V.

Dos libros sobre la muerte de su hermano Satyro.

Con razon pueden colocarse aquí estos dos libros, que se componen de los discursos que San Ambrosio pronunció en los funerales de su hermano Satyro el año 378, y que despues escribió, añadiéndoles alguna cosa. No se estrañará que pongamos este libro á continuacion de los teológico-morales, si se considera que abraza de alguna manera estas materias. En el libro I, despues de referir el amor que le unia á su hermano, y espresar el dolor que le habia causado su pérdida, describe largamente las virtudes que le adornaban, y afirma que el recuerdo de estas virtudes es todo su consuelo; concluyendo por dirigir algunas preces para su eterno descanso. El dia sétimo despues de la muerte de Satyro, San Ambrosio pronunció el segundo discurso, y desde el núm. 1 al 2 dice á sus oyentes que dispensen el dolor que habia manifestado en su primer discurso, pues esa era la condicion triste de todos los hombres. Desde el 3 al 65 procura consolarse y consolar á los demas, haciéndoles ver que la muerte es general, y que ella nos libra de los males de este mundo, y nos abre las puertas de la resurreccion eterna; con cuyo motivo espone la resurreccion de los muertos; y para hacer más

(1) Cap. VI, vers. 4-6.
(2) Cap. XII, vers. 31-32.
(3) Act. Apost., cap. VIII, vers. 21.

creible la doctrina de las Escrituras, aduce las tradiciones y fábulas de todos los pueblos. Desde el 65 al 84 continúa confirmando á sus oyentes en la fe en la resurreccion, y refiere los ejemplos de la Escritura, en que se habla de los que han vuelto á la vida. Desde el 85 al 135, despues de poner la necesidad de la resurreccion en la justicia y omnipotencia de Dios, exhorta á que se crea en la resurreccion de Jesucristo, y concluye manifestando el consuelo que resulta de la fe en la resurreccion.

ARTÍCULO VI.

Obras exegéticas de San Ambrosio.

San Ambrosio, sumamente instruido en la Sagrada Escritura, espuso en sus sermones parte de los libros sagrados, y las vidas de muchos personajes bíblicos; despues los escribió él mismo, y pueden comprenderse todos con el nombre de *Tratados sobre la Sagrada Escritura*: para mayor claridad los dividiremos en dos clases: en la primera pondremos sus esposiciones sobre algunos puntos y personajes del libro del *Genesis*; y en la segunda las esposiciones de otros libros y personajes de la Sagrada Escritura.

ESPOSICIONES SOBRE ALGUNOS PUNTOS DEL «GENESIS.»

1.ª *El Hexameron*. San Ambrosio espuso la creacion del mundo y del hombre en sentido literal y moral, en nueve sermones dirigidos al pueblo de Milan en la última semana de Cuaresma del año 389. Ahora están divididos en seis libros, y á cada uno corresponde un dia de la creacion. En ellos San Ambrosio reunió todo lo mejor que Orígenes, Hipólito, y especialmente San Basilio, habian dicho (1). No se crea por esto que les siguió servilmente, pues se separa de ellos muchas veces, y otras los aumenta.

2.ª *El libro del Paraiso*. San Ambrosio lo escribió el año 375 (2), y refiere en él qué era el Paraiso, dónde estaba colocado, qué hicieron en él nuestros primeros padres, cómo fueron tentados, cómo cayeron, cuáles han sido las consecuencias de su culpa, y qué pena les impuso el Señor. Ademas resuelve algunas cuestiones que proponian los gnósticos y los maniqueos contra el precepto impuesto por Dios, y contra la prevaricacion de Adan. Despues se detiene en algunas esposiciones alegóricas.

---

(1) San Gerónimo, carta 84, núm. 7.
(2) Tillemont: *Memorias*, art. 88, pág. 288.

3.ª *Dos libros de Cain y de Abel.* San Ambrosio los escribió en el año 375, y en ellos refiere la historia de estos dos hermanos, que mezcla con esposiciones alegóricas. Esplica sus sacrificios, y hace algunas digresiones para la reforma de las costumbres.

4.ª *El libro de Noé y del arca* (1). San Ambrosio lo escribió el año 379. Su objeto fue referir la vida de Noé, sus hechos y su diligencia en la construccion del arca. Al esponer las diferentes partes de ella, encuentra la figura del cuerpo humano, y sigue unas veces el sentido literal, y otras el alegórico.

ARTÍCULO VII.

Esposiciones sobre algunos Patriarcas.

Despues de los libros que acabamos de mencionar, tenemos siete sobre los Patriarcas, compuestos de los sermones predicados por el Santo, probablemente el año 378, durante la Cuaresma, y dirigidos á los catecúmenos. A estos hay que añadir dos más; uno *Del bien de la muerte*, y otro *De la fuga del siglo*, que tienen mucha afinidad con los anteriores.

1.º *Dos libros de Abraham.* San Ambrosio los escribió por los años 378. El primero es un elogio magnífico de Abraham, cuyas acciones y virtudes describe nuestro Santo, así para instruccion de los fieles y catecúmenos, como para confundir el orgullo de los filósofos, mostrándoles en la persona de este Patriarca el perfecto modelo del sabio que tanto habian buscado. Por esta sola razon se debe estimar el libro de San Ambrosio más que los de Platon y Jenofonte; el primero, representando en su *República* las reglas del buen gobierno, y el segundo, trazando en su *Institucion de Ciro* la imágen de un príncipe digno, sacaron de su imaginacion cuanto dijeron; pero San Ambrosio, en el elogio que hace de Abraham, solo emplea las palabras del mismo Dios, y unos hechos que no admiten duda. Las virtudes que más se ensalzan en él, son su obediencia á las órdenes de Dios, su moderacion en las diferencias con su sobrino Loth, su caridad para con los estranjeros, y su fe, que le hizo esperar contra toda esperanza. Propone á todas las madres el ejemplo de Sara, que, á pesar de su vejez, alimentó á su hijo, y les dice que este ejemplo les debe traer á la memoria la dignidad, que significa el título de madre. Ensalza las virtudes de Rebeca, y muy particularmente su pudor, que le hizo cubrirse con su velo cuando vió de lejos á Isaac.

(1) San Agustin, lib. II contra Juliano, núm. 4.

En el libro II San Ambrosio no hace otra cosa que repetir lo que habia dicho en el libro anterior de las acciones de Abraham, aplicándolas á diferentes grados de la vida interior, y á los caminos por donde el hombre, que cayó en Adan, puede levantarse de su caida y caminar á la perfeccion. Este libro solo llega á la circuncision de Abraham y á las promesas del nacimiento de Isaac.

2.° *El libro de Isaac y del alma* (1). San Ambrosio continuó en este libro la materia del anterior, y despues de manifestar que Isaac es el tipo de Jesucristo, y Rebeca de la Iglesia, con motivo del matrimonio de estos trata de la union del Verbo con el alma; mas como el alma solo imperfectamente puede llegar á esta union, San Ambrosio distingue cuatro grados para llegar á la perfeccion. Hablando de esta union del alma con el Verbo, y de la Iglesia con Jesucristo, esplica una gran parte del *Cantar de los Cantares*, haciendo una especie de paráfrasis en el sentido místico, con auxilio, segun parece, del comentario de Orígenes.

3.° *El libro del bien de la muerte* (2). Este libro tiene mucha afinidad con el anterior, y San Ambrosio distingue en él tres clases de muertes: la muerte del pecado, que mata el alma: la muerte mística, de que habla San Pablo cuando dice que hemos de morir al pecado, y vivir solamente para Dios: y la muerte natural, en la cual el alma se separa del cuerpo. La primera de estas es la que solamente se puede considerar como desgracia: la segunda como un escelente bien, y la tercera está en medio de las dos; esta es ventajosa á los justos, y la desean como un gran bien.

4.° *El libro de la fuga del siglo* (3). Este libro está lleno de sólidas y bellas instrucciones sobre la vanidad del siglo, el peligro de sus encantos, la fragilidad de nuestra naturaleza, la necesidad que tenemos de los auxilios de Dios, para vencer las malas inclinaciones y para perseverar en los buenos propósitos y elevarnos á la perfeccion. Interpretando en un sentido alegórico lo que se dice en el libro de los *Números* de las seis ciudades de refugio, halla razones para inclinar á todos, y especialmente á los ministros del altar, á huir del siglo. Mas como los ejemplos siempre hacen mejor impresion que los preceptos, propone los de los Patriarcas, en especial los de Job, Moisés y David; el de los Profetas, el de los Apóstoles, y aun del mismo Jesucristo.

5.° *Dos libros de Jacob y de la vida bienaventurada.* No

(1) San Agustin lo menciona en el lib. I contra Juliano, núm. 44.

(2) San Agustin, lib. VI contra los pelagianos, lo cita con este nombre, pero otros lo titulan *Libro* III *de los Patriarcas.*

(3) San Agustin, lib. II contra Juliano, núm. 23.

empieza San Ambrosio estos libros tratando de la materia que anuncia el título, sino que se detiene por algun tiempo en inclinar á la piedad y á la perfeccion á los neófitos, como lo habian prometido en el bautismo. La primera instruccion que les da es que tengan docilidad de espíritu, y que sigan las luces de la razon, porque aunque esta no puede arrancar la concupiscencia, no obstante, puede moderar sus estravíos. En segundo lugar, les dice que deben moderar el ardor de las pasiones, así del cuerpo como del alma, practicando la virtud de la templanza. San Ambrosio examina despues en qué consiste la felicidad del sabio, y prueba por razones generales que los mayores males no impiden su felicidad, porque su virtud le hace superior á todas las desgracias de la vida. Establecidas estas máximas en el libro I, las confirma en el II con el ejemplo del Patriarca Jacob, haciendo ver que las aflicciones y aun el destierro no le impidieron ser feliz. Con motivo de la mayor inclinacion que tenia Rebeca á Jacob sobre Esaú, aconseja á los padres que no pongan semilla de division en sus familias con las preferencias del afecto. Esto no obstante, San Ambrosio es de parecer que la madre manifieste afecto, pero que el padre obre con juicio: que es preciso que la madre se incline por su ternura á manifestar más amor al más niño, y que el padre conserve con el mayor la clase de honor que se le debe por su nacimiento, con tal de que los dos cuiden de hacer bien á todos. San Ambrosio vuelve luego al asunto principal, y prueba por los ejemplos de Eleázaro y de los Macabeos que puede ser feliz el justo en medio de las aflicciones, y concluye con un elogio dirigido á la madre de esos intrépidos jóvenes. Filon habia tratado del mismo asunto en su libro titulado: *Todo hombre bueno es libre*.

6.° *El libro del Patriarca José* (1). Al principio de este libro advierte San Ambrosio con suficiente claridad que lo escribió despues de los de Abraham, Isaac y Jacob, y á lo que parece por el mismo tiempo. Este libro se compone, como los anteriores, de sermones predicados en Milan. Despues de haber espresado en *Abraham* el modelo de una obediencia llena de fe, el de una pureza de espíritu en *Isaac*, y el de una singular paciencia en *Jacob*, le pareció que era conveniente ensalzar, entre otras muchas virtudes del Patriarca José, la castidad, por ser en la que más resplandeció; con cuyo motivo describe con todos los adornos de la elocuencia la resistencia á las solicitaciones de la mujer de Putifar. Despues sigue á este Santo Patriarca por todas las circunstan-

(1) Tillemont: *Memorias*, art. 88, pág. 290.

cias de su vida, advirtiendo la relacion que tenia con Jesucristo, cuya figura era este Patriarca.

7.° *El libro de las bendiciones de los Patriarcas* (1). Este último libro es una continuacion de los anteriores, especialmente del libro de *José*. San Ambrosio se ocupa en él de las bendiciones que Jacob dirigió á sus hijos cuando estaba próximo á morir, y despues de manifestar la utilidad de la bendicion paterna, pasa á esponerla, y la aplica en su mayor parte á Jesucristo.

ARTÍCULO VIII.

Esposiciones sobre otros personajes y libros sagrados.

1.ª *El libro de Elías y del ayuno* (2). Este libro se compone de los sermones predicados en la Cuaresma del año 396, y dirigidos á los catecúmenos. Está dividido en tres partes; la primera, que es la principal, trata del ayuno. En ella presenta San Ambrosio el ayuno bajo la idea de un combate, con el cual participamos del triunfo de la cruz, y manifiesta que por el ayuno nos enseñó Jesucristo á vencer las tentaciones del demonio, y con él hizo Elías todos los prodigios que de él nos refiere la Sagrada Escritura. Para tratar del ayuno con algun órden hace ver su antigüedad, tomándola desde la prohibicion que Dios hizo á Adan; de aquí pasa al ayuno que Moisés observó en el monte, y despues manifiesta sus ventajas con el ejemplo de la madre de Samuel, con el de los tres jóvenes del horno de Babilonia, y con el de Daniel en el lago de leones. San Ambrosio concluye esta primera parte diciendo que de poco serviria el ayuno si no fuese acompañado del temor de Dios, de la humildad, de la limosna y de la oracion. En las otras dos partes se levanta contra la intemperancia y los desórdenes que nacen de ella; exhorta á los catecúmenos á que se purifiquen cuanto antes de sus manchas con el Bautismo, y reprende á los que dilatan hasta el fin de la vida la recepcion de este sacramento.

2.ª *El libro de Nabot* (3). San Ambrosio lo escribió el año 395, en tiempo de la menor edad del Emperador Honorio, que fue una época de vejaciones para los pobres. En él refiere la parábola del rico que se propone derribar sus graneros para edificar otros mayores, y hace ver hasta dónde

(1) Tillemont: *Memorias*, art. 88, pág. 290.
(2) Edicion de San Mauro, anotacion sobre este libro.
(3) Edicion de San Mauro, anotacion á este libro.

llega su esclavitud y su miseria, pues en medio de la abundancia habla aquel infeliz el lenguaje de los pobres, y se queja de no tener lo suficiente. «Miserable, esclama San Ambrosio: ¿por qué no das á los pobres lo que piensas gastar en aumentar tus graneros? ¿No tienes bastantes graneros en el seno de los pobres, en las casas de las viudas, y en la boca de los niños?» «¿Por qué hemos de dar, decian los ricos, á los que Dios de tal suerte ha maldecido que quiere que vivan en la indigencia?» «Os engañais, responde San Ambrosio: los pobres no son malditos, porque está escrito: bienaventurados los pobres de espíritu. Lo contrario se ha dicho del rico: Aquel que oculta el trigo, será maldito de los pueblos.» Despues San Ambrosio toma la historia de Acab, que habia interrumpido, y refiere los inicuos medios que halló Jezabel para hacer culpable á Nabot y quitarle la vida; y el dolor fingido de Acab por la muerte de este pobre, y su codicia por haberse apoderado de la viña; luego advierte á los ricos que no envidien, como Acab, la heredad de sus vecinos, ni imiten á Jezabel en el modo cruel de quitársela, no sea que haciéndose culpables de los mismos delitos, merezcan los mismos castigos; antes bien, les exhorta á que usen de sus riquezas segun los deseos del que se las ha dado.

3.ª *Cuatro libros de las quejas de Job y de David.* San Ambrosio compuso estos libros el año 383, de varios sermones (1). En los dos primeros libros espone las quejas de Job y David sobre la flaqueza y miseria del hombre. Las quejas contenidas en los primeros capítulos del libro de Job, son la materia del primer libro; y del segundo, las que exhala David en los salmos XLI y XLII. Advierte aquí San Ambrosio que es gran consuelo para los que se ven afligidos el no estar en pecado y poder decir que los males que sufren no son castigo de sus culpas. Despues toca de paso el juego llamado el *ciervecillo*, que los paganos solian celebrar el primer dia de Enero. En los dos libros siguientes responde San Ambrosio á las quejas injustas de los que dicen que los impíos son felices en esta vida, valiéndose para ello de las mismas palabras del libro de Job, y de las máximas establecidas en el salmo LXXII.

4.ª *La apología de David.* San Ambrosio la compuso igualmente de sermones, y la escribió el año 384. El objeto de San Ambrosio fue vindicar la honra de este santo Rey; no le justifica de los delitos de homicidio y adulterio, por los cuales muchos fieles se escandalizaban; pero les advierte que se habia levantado prontamente de su caida, con humilde confesion de sus pecados, lo que es cosa bien rara entre

(1) Tillemont: *Memorias*, art. 90, pág. 293.

los poderosos. Luego esplica la parábola que Natan propuso á David, para darle á entender la gravedad de su culpa, y concluye diciendo: «que habiéndola llorado tan amargamente, no debemos admirarnos de que Dios se la perdonase,» y añade que no es permitido condenar como pecador al que Dios absolvió y declaró justo; y concluye diciendo que el mismo David dejó hecha su apología en el salmo L, donde llora su pecado y pide misericordia. San Ambrosio, con este motivo, espone admirablemente todo ese salmo.

5.ª *Esplicaciones sobre doce salmos de David* (1). Estas esplicaciones abrazan doce salmos, sin comprender el salmo CXVIII. Son homilías que predicó San Ambrosio en diferentes tiempos sobre ellos, sin seguir el órden del Salterio: estos son el I, XXXV, XXXVI, XXXVII, XXXVIII, XXXIX, XL, XLIII, XLV, XLVII, XLVIII y LXI. Al primer salmo precede un notable preámbulo, donde se ocupa en general de todos ellos, y en la esplanacion de los doce sigue á Orígenes, si bien se fija más en el sentido moral que en el alegórico.

6.ª *Esposicion sobre el salmo* CXVIII. San Ambrosio la escribió por los años 386 (2). Este escrito pasa generalmente por el más bello, elegante é instructivo. Parece que procuró manifestar en él lo más notable de la elocuencia y lo más brillante de los pensamientos, sentencias y espresiones. Es ajustado en la eleccion de los símiles, y más maravilloso aun en las descripciones; encanta y arrebata el espíritu con la hermosura, viveza y elegancia de sus rasgos. Allí se ven reinar por todas partes las máximas de la más sana moral, y la doctrina más sólida: una pura piedad, tierna, pero ilustrada; un celo fervoroso y una modestia rara, junto con una gran sabiduría. Se compone de veintidos sermones, de los cuales cada uno abraza ocho versículos, ó sea una letra del alfabeto hebreo. Su objeto es instruir á los cristianos en sus deberes. San Ambrosio juzgó que no podia llenar mejor su propósito que esponiendo ese precioso salmo.

7.ª *El libro de Tobías*. San Ambrosio lo compuso de diversos sermones que habia predicado en el tiempo en que se leia en la Iglesia el libro de Tobías, por los años 377, con el objeto de rebatir á los usureros. San Ambrosio refiere y comenta en este libro las virtudes de Tobías; y tomando ocasion del dinero que prestó á Gabelo, se ocupa de la injusta usura, y refuta á los que pretenden que la ley que la prohibe solo debe entenderse en favor de los pobres; pero demuestra con la Sagrada Escritura que está prohibida para toda clase de gentes. Despues convida á los usureros á otra clase

(1) Casiodoro: *Inst. de las divinas letras*, cap. IV.
(2) Ceillier, tomo VII, cap. IV.

de usura, que consiste en dar su dinero al Señor, poniéndolo en mano de los pobres, y les ofrece mayor ganancia, poniendo por fiador al Evangelio, y concluye exhortando á imitar á los dos Tobías en su exactitud en pagar á los jornaleros lo que se les debe por su trabajo.

8.ª *Esposicion del Evangelio de San Lúcas.* San Ambrosio compuso este comentario de discursos el año 387, y está dividido en diez libros (1). Despues de una introduccion elegante y general sobre los Evangelistas, pasa á conciliar la contradiccion aparente que se observa en ellos sobre la genealogía de Jesucristo; esta le da ocasion para esplicar diferentes pasajes de otros Evangelistas, pero en particular de aquellos que tienen especial dificultad, ó que contienen hechos de que no habla San Lúcas. Se detiene mucho en el sentido literal é histórico, de donde pasa al místico y moral; va mezclando las esplicaciones con escelentes reglas para la reforma de las buenas costumbres, y no pierde ocasion de rebatir las herejías de su tiempo, sobre todo la de los arrianos.

ARTÍCULO IX.

Obras morales.

Las obras morales de San Ambrosio las dividiremos en dos clases: en la primera, las que tratan de la disciplina del estado clerical; y en la segunda, sobre las vírgenes y viudas.

OBRAS DE DISCIPLINA.

Tres libros de los oficios de los ministros de la Iglesia. San Ambrosio los compuso el año 391 de sermones que habia predicado; pero temiendo que sus palabras desapareciesen con el tiempo, los escribió para que no se perdieran. Toda esta obra trata de lo *honesto* y de lo *útil*, de lo cual dedujo, como de una fuente, todos los deberes de los hombres. El órden que guarda es el siguiente: en el libro I considera lo honesto, ó sea lo que es conveniente ó decoroso; en el II lo que es útil, ó sea lo que aprovecha para la vida eterna; y en el III ambas cosas á la vez. Poniendo por introduccion el salmo XXXVIII, del que saca que el silencio es un elocuente maestro, desde el capítulo I al VI entra en materia; desde el VII al X da la razon, por qué, aunque muchos gentiles escribieron de este asunto, sin embargo, él, siguiendo los

(1) Tillemont: *Memorias*, art. 49.

principios de la Religion, vuelve á tratarlo con tanta insistencia; en el capítulo XI hace una distincion de los deberes en medianos y perfectos, diciendo que los primeros consisten en la observancia de los preceptos, y los segundos en la de los consejos del Evangelio; pone á la vista la retribucion divina por el cumplimiento de los deberes, y confiesa que esto es un doble motivo para observarlos; y desde el capítulo XVII al XXI espone los deberes de la juventud, añadiendo que deben crecer con el tiempo. Recomienda á este propósito el pudor, que describe admirablemente, y la templanza, que modera la ira. Despues desciende á la misma fuente de todas las virtudes, deduciendo de la constitucion misma de nuestra alma lo que es el decoro. «Nuestra alma, dice, tiene dos facultades principales: la primera, ó sea la razon, inquiere la verdad; la segunda, ó sea el apetito, tiene por objeto desear alguna cosa.» «El decoro, prosigue, consiste en que el pensamiento de lo bueno impere en el ánimo, y el apetito esté sujeto á la razon.» Finalmente, desde el capítulo XXII al XXIII enseña cómo se ha de conservar el decoro en las palabras y en las obras; y que para que estas sean decorosas se requieren tres cosas: primera, que el apetito obedezca á la razon; segunda, que el deseo con que se toma una cosa esté en razon directa con la importancia de la misma cosa; y tercera, que se tengan en cuenta las circunstancias de las cosas y la oportunidad del tiempo. En el capítulo XXIV ilustra estas reglas con ejemplos de los Santos del Antiguo Testamento, deduciendo por fin de ellas las cuatro virtudes cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, como norma del decoro y límite de nuestras acciones. Desde el XXV al XXXIV, despues de manifestar que estas virtudes son inseparables entre sí, las trata él separadamente; y al efecto propone en primer lugar la prudencia, que la hace consistir en el conocimiento de la verdad, y propone á continuacion lo que se necesita para esto. Divide despues la justicia que se refiere á la sociedad, en justicia propiamente tal, y en beneficencia; y subdivide esta última en benevolencia y liberalidad, exhortando últimamente á observar todas las virtudes. Desde el XXXV al XLII trata de la fortaleza, que considera como la más escelente de todas las virtudes, y dice que tiene lugar en tiempo de guerra y de combate, y en tiempo de paz: al tratar de la primera observa que esa es la verdadera fortaleza, por la cual nos vencemos á nosotros mismos y nos hacemos impasibles á los sucesos prósperos ó adversos. Desde el XLIII al L habla de la templanza, y dice que es su constitutiva el pudor, y exige que en nuestras acciones se atienda la calidad de las personas y las circunstancias que nos rodean; y con esta ocasion nos enseña á

refrenar la ira, la avaricia y toda clase de liviandades. Por fin, añadiendo algunas observaciones sobre este asunto, y representando la gravedad de los cargos de los clérigos, concluye su libro I.

En el libro II, pasando de lo decoroso á lo útil, trata desde el capítulo I al V de la vida perfecta, que tiene su orígen en lo honesto, y no consiste en esterioridades, sino en la ciencia é inocencia, ó sea en el conocimiento de la divinidad y el fruto de las buenas obras. En el capítulo VI demuestra que lo honesto y lo útil son propiamente una misma cosa, y espone abundantemente lo que es útil, diciendo que es útil á todos el ser amados por otros, el merecer la confianza de los demas, y su buena estimacion. Desde el capítulo VII al XIX dice que para atraerse el amor y la confianza de los hombres es muy necesaria la benignidad y la afabilidad; pero principalmente los consejos y los beneficios; añadiendo que en esto se debe proceder con justicia y con prudencia. Despues habla de la buena estimacion, tan útil como el amor y la confianza de los hombres; y desde el capítulo XX al XXVI propone que para alcanzarle es buena la amistad con personas de probidad, y que se debe huir de la avaricia, la prodigalidad y la adulacion; y finalmente, enseña lo que se ha de hacer en los actos de hospitalidad y largueza para promover justamente nuestra buena estimacion. Y para concluir su libro II, dirigiéndose á los clérigos, desde el capítulo XXVII al XXX les amonesta cómo deben portarse en su ministerio y en sus actos de justicia y caridad, y que antes es despreciar la estimacion de los hombres que obrar sin honestidad y decoro.

En el libro III, despues de recomendar como introduccion el retiro, en el capítulo I empieza á tratar de los oficios perfectos. A este propósito dice, desde el II al IV, que se ha de buscar en todo lo que sea útil á muchos ó á todos, y prueba esto por la naturaleza de las leyes humanas y naturales y por las divinas de ambos Testamentos. Despues, tratando el punto más elevado de la perfeccion, prueba, desde el capítulo V al XXII, que no hay cosa más grande y apetecible que lo honesto, y que se debe sacrificar á él, no solamente toda clase de utilidad, sino hasta la vida misma y la amistad; y para confirmarlo más hace ver con innumebles ejemplos que los Santos del Antiguo Testamento obraron segun la honestidad, y cómo al mismo tiempo obrando así alcanzaron utilidad; diciendo, por último, que escedieron en grandeza con mucho á los más célebres entre los romanos.

San Ambrosio se propuso imitar en estos libros á los que escribió Ciceron sobre esta misma materia; pero hizo esto con el objeto de refutar en el que más perfecto parecia de los

gentiles los falsos preceptos de la filosofía pagana, y hace ver la inmensa distancia que separa á esta de la cristiana. Se propuso ademas probar que cuanto de más grande en materia de disciplina escribieron los gentiles, está tomado de Moisés y de los Profetas. Finalmente, conviene observar que San Ambrosio no deduce los deberes tanto de los principios que propone como de los ejemplos de los Santos, que toma generalmente del Antiguo Testamento, proponiendo sus virtudes como modelo de disciplina.

ARTÍCULO X.

Libros sobre la virginidad.

A escepcion del libro de los oficios, casi todas las obras morales y ascéticas de San Ambrosio pertenecen á la virginidad, de cuya materia escribió las siguientes:

1.ª *Tres libros de las vírgenes, á su hermana Marcelina* (1). San Ambrosio los escribió el año 377, á ruegos de su hermana; se componen de sermones que antes habia predicado, y los dividió en tres libros. En el primero, y en el núm. 1, San Ambrosio se considera incapaz de hablar de un asunto tan elevado. En el núm. 2 principia su tratado con algunas palabras sobre el glorioso martirio de Santa Inés; desde el núm. 3 al 5, despues de presentar el ilustre ejemplo de esta Santa, se ocupa largamente en *la escelencia de la virginidad*, y afirma que esa virtud nos vino del cielo con el Verbo encarnado, de donde deduce que los gentiles no la conocieron, y los hebreos solo tuvieron de ella una débil sombra. Desde el 6 al 9 manifiesta que aunque solo está recomendada, es, sin embargo, más escelente que el matrimonio, con cuyo motivo compara esos dos estados entre sí, y enumera las ventajas de la virginidad. Desde el 10 al 11 pone fin á este libro describiendo el entusiasmo con que las vírgenes cristianas corren á los monasterios.

En el libro II, y desde el núm. 1 al 3, presenta las costumbres que deben adornar á las vírgenes, y lo hace por medio de ejemplos, con los cuales procura escitarlas al amor de esa virtud, y á este propósito les presenta el modelo de la Santísima Vírgen y el de Santa Tecla, Patrona de Milan. Desde el 4 al 5, despues de referir la vida y muerte de esta, hace ver cómo la sacó Dios del lugar peligroso para su virtud donde el tirano la habia encerrado.

En el libro III, y desde el 1 al 3, San Ambrosio pasa á dar

(1) Tillemont: *Memorias*, art. 12, pág. 102.

sus instrucciones á las vírgenes, y recuerda á su hermana las palabras que el Papa Liberio le dirigió el dia en que tomó el velo. En el núm. 4 añade que á la virginidad deben acompañar el ayuno, la oracion y la lectura de las vidas de los Santos. Desde el 5 al 6 se dirige á las demas vírgenes, y las exhorta á que conserven su amor al esposo Jesucristo, y les previene que huyan de los convites, y muy particularmente de los bailes. En el 7 responde á su hermana que las vírgenes que se daban la muerte por guardar su castidad no eran reprensibles, si este celo venia de Dios, y refiere á este propósito el ejemplo de Santa Pelagia.

2.ª *El libro de las viudas* (1). San Ambrosio lo escribió por el mismo tiempo que el anterior, con motivo de querer contraer segundas nupcias una viuda que tenia muchos hijos. El objeto de San Ambrosio en este libro fue disuadirla de su propósito, exhortándole á la virginidad. A este fin, desde el cap. I al VII, prueba la escelencia de la virginidad y de la viudez con el testimonio de San Pablo, y refiere los ejemplos de muchas viudas del Antiguo Testamento. Desde el VIII al XV describe las virtudes que deben adornar á las viudas, y dirigiéndose particularmente á la que da ocasion al libro, la exhorta á permanecer en ese estado.

3.ª *El libro de la virginidad.* San Ambrosio lo compuso de varios sermones el año 378, y puede considerarse como apéndice del anterior. Desde el núm. 1 al 2, en que, despues de una larga introduccion, se refiere el voto de Jepté y el sacrificio de su hija, desde el 3 al 7 se defiende de la nota de exagerado por sus alabanzas á la virginidad, con cuyo motivo trata elocuentemente de la escelencia de esta virtud, y añade que no es un estado nuevo, ni tampoco inútil ni pernicioso. Desde el 8 al 18 espone una parte del *Cantar de los Cantares*, y dice cómo han de buscar á Jesucristo, para que este á su vez las encuentre. Desde el 19 al 20, con motivo de la lectura del Evangelio que se hacia en aquel dia en que predicaba, compara á los ministros de Jesucristo que recomiendan la virginidad á las vírgenes y viudas á la prodigiosa pesca de San Pedro, y pide á Dios se la conceda abundante.

4.ª *El libro de la profesion de una vírgen y de la perpetua virginidad de María.* San Ambrosio lo escribió por los años 392, y dirigió probablemente á Eusebio, natural de Bolonia, con motivo de la toma de hábito de una nieta suya, llamada Ambrosia. Desde el cap. I al II pone por prólogo que el celibato es más escelente que el matrimonio, pero añade que para que sea agradable á Dios ha de ir acompañado del

(2) Tillemont: *Memorias*, art. 14, pág. 108.

silencio, de la caridad y de la oracion. Desde el III al V hace ver que la culpa de Eva, aunque menor que la de Adan, ha sido la causa de todos nuestros males; pero añade que por la Vírgen María se borró completamente, pues sin detrimento de su virginidad parió al mismo Dios, fuente de santidad y de justicia, y que es la primera en darnos el ejemplo de guardar la virginidad. Desde el VI al IX prueba la virginidad de María contra Bonoso, Obispo de Sárdica, con razones y argumentos tomados de la Sagrada Escritura. Desde el X al XII prueba tambien contra el mismo hereje la divinidad del Hijo de Dios. Desde el XIII al XVII exhorta á las vírgenes á la imitacion de María, y les manifiesta las virtudes que deben acompañar á la virginidad, y pone fin á su libro manifestando su afecto á la vírgen Ambrosia.

5.ª *Exhortacion á la virginidad* (1). San Ambrosio la compuso el año 393 de un sermon que predicó en Florencia, en la consagracion de una iglesia, cuando huia el tirano Eugenio. Una viuda llamada Juliana se habia consagrado á Dios, y con su ejemplo y exhortaciones hizo que sus hijos la imitasen. San Ambrosio fue rogado para que predicase en la consagracion de la iglesia edificada por la misma Juliana; el Santo accedió, y desde el cap. I al II refiere cómo se encontraron las reliquias de San Vital y Agrícola, mártires de Bolonia. Desde el III al VIII manifiesta cómo Juliana habia conseguido que sus hijos se consagrasen á la virginidad. Desde el IX al XIV enseña que las vírgenes deben emplearse en algunos ejercicios de piedad, para poder caminar á la perfeccion, todo lo cual lo confirma con algunos ejemplos. Despues promete á Juliana una recompensa en el cielo, y pide á Dios que en la iglesia que acaban de consagrar reciba propicio el sacrificio eucarístico y la oblacion que le ofrece la viuda Juliana y toda aquella familia.

ARTÍCULO XI.

Sermones de San Ambrosio.

San Ambrosio predicó muchos sermones, que despues puso en forma de libro, algunos de los cuales ya hemos referido, pero otros conservan todavía la primitiva; y de estos, ademas de los dos dedicados á su hermano Satyro, restan los siguientes:

1.º *El sermon contra Auxencio, sobre no entregar las basílicas.* Despues de la representacion enviada al Emperador Va-

(1) Tillemont, art. 73, pág. 249.

lentiniano, durante la Cuaresma del año 386, para que no accediese á los deseos de los arrianos, San Ambrosio se retiró á la Iglesia. El pueblo le estuvo guardando por algunos dias, temiendo que se lo llevasen por fuerza; y, en efecto, muy pronto se vió rodeado el templo de soldados, que si bien dejaban entrar á los que querian, impedian á todos la salida. El santo Obispo, encerrado con su pueblo, le consolaba con discursos, entre los cuales todavía se conserva el que nos ocupa. En él pinta con lúgubres colores el estado de la Iglesia, y pone á la vista de todos los crímenes de Auxencio, y concluye escitando al pueblo á que ponga su confianza en Dios.

2.° *El sermon en la traslacion de las reliquias de Santos Gervasio y Protasio.* San Ambrosio lo pronunció con motivo de haberse encontrado las reliquias de estos dos mártires; en él celebra la gloria de los Santos, refiere los milagros obrados por la intercesion de estas reliquias, y exhorta al pueblo á que acuda á la proteccion de estos dos Santos.

Tiene ademas San Ambrosio dos oraciones fúnebres, en las cuales emplea los recursos de su ingenio y todas las flores de su elocuencia.

1.° *La consolacion en la muerte de Valentiniano.* Muerto traidoramente el año 392, cuando no tenia más de veinte años de edad, y no habia recibido todavía el bautismo, San Ambrosio pronunció su oracion fúnebre en Milan; y desde el núm. 1 al 39 refiere su vida, sus virtudes y su amor al pueblo: desde el 40 al 53 se dirige á sus hermanas las princesas, y les manifiesta cómo han de espresar su dolor, y añade, para consolarlas, que su hermano habia recibido en deseo el bautismo: desde el 54 al 58 exhorta á todos sus oyentes á que rueguen á Dios por el difunto, y aplicándole algunos testos del *Cantar de los Cantares*, pone fin á su discurso.

2.° *Discurso pronunciado en los funerales de Teodosio el Grande, muerto en Milan el año* 395. A los cuarenta dias de su muerte, el César Honorio quiso que se tuviesen en Milan sus funerales antes de trasladar sus restos á Constantinopla. San Ambrosio pronunció el discurso estando presente Honorio. Desde el núm. 1 al 40 alaba las virtudes de Teodosio, cuyo premio, dice, habrá recibido en el cielo: desde el 41 al 50 refiere los Emperadores cristianos que, con escepcion de Juliano, todos habian llevado el yugo suave de Jesucristo: desde el 50 al 56, despues de las preces por el difunto, concluye su discurso con una exhortacion á Honorio.

ARTÍCULO XII.

Cartas é himnos de San Ambrosio.

Las cartas de San Ambrosio son, entre todos sus escritos, las que dan una idea más acabada de sus virtudes. En ellas se ve la solicitud pastoral por su Iglesia, y por otras muchas; su celo por la fe, su prudencia, su caridad y su espíritu, libre de las miserias de esta vida, por cuyas dotes se habia hecho el oráculo de su tiempo. San Ambrosio las reunió todas en un libro, y hoy todavía se conservan noventa y una genuinas. Para mayor claridad las dividiremos en históricas, dogmáticas, morales, bíblicas y familiares.

1.° *Cartas históricas.* San Ambrosio escribió muchas cartas á los Emperadores y á su hermana Marcelina, donde trata de todos los asuntos de aquel tiempo, y recuerda á los Emperadores la obligacion que tienen de defender la Iglesia. En otras cartas refiere sus hechos y los Concilios en que intervino para arreglar los negocios eclesiásticos.

2.° *Cartas dogmáticas.* Son pocas, pero muy notables, las que escribió contra los gentiles y los herejes. En unas espone la fe católica, y en otras hace ver la falsedad de los cultos paganos.

3.° *Cartas morales*, bajo cuyo nombre se comprenden tambien las ascéticas y pastorales. En estas, unas veces recomienda que no se retarde el bautismo; otras prueba el libre albedrío del hombre, manifiesta que las verdaderas riquezas consisten en la posesion de la sabiduría, y esplica varios testos de la Escritura. Teniendo San Ambrosio presente la fragilidad de nuestra naturaleza, se ocupa de la penitencia, y hace ver la misericordia de Dios para el pecador arrepentido. Ademas, en algunas otras cartas da reglas para los clérigos, y señala las obligaciones de los Obispos, y por último encarga que no se contraiga el matrimonio entre los próximos parientes.

4.° *Cartas bíblicas.* San Ambrosio resuelve en ellas algunas cuestiones sobre la Sagrada Escritura, como, por ejemplo, por qué el hombre fue el último ser de la creacion, por qué el Señor empleó seis dias en crear el mundo, etc.

5.° *Cartas familiares.* San Ambrosio las escribió á muchos Obispos y á amigos suyos; pero no son ni tan largas ni tan importantes como las anteriores. Sin embargo, deja ver en ellas su caridad é inmensa piedad.

San Ambrosio escribió tambien *Himnos*, cuyo argumento trata del misterio de la Santísima Trinidad, y los destinó al

uso de la Iglesia de Milan; pero se han esparcido por todo el Occidente. La mayor parte de los himnos que hay en nuestros breviarios se cree que son de este Santo. El *Te Deum*, despues de haberse disputado mucho sobre su autor, se ha convenido en que es de este Santo (1).

ARTÍCULO XIII.

Obras dudosas, perdidas y espurias.

1.ª *Seis libros sobre los Sacramentos* (2). Cada uno es un sermon, que corresponde á un dia de la semana de Pascua, en que se predicaron. En ellos el Obispo instruye á los neófitos en los sacramentos del Bautismo, Confirmacion y Eucaristía. Su autor (3) imita á San Ambrosio en su libro de los misterios.

2.ª *Segunda apología de David.* El argumento de este libro es el mismo que el de la apología de San Ambrosio. Su autor dice en su primera parte contra los gentiles, que David pecó, pagando el tributo propio á la debilidad humana; pero que se levantó con su virtud. En la segunda demuestra que el pecado no destruye las profecías que se contienen en sus salmos; y en la tercera espone los tipos que encierra el adulterio de David (4).

3.ª *El libro sobre la caida de una vírgen consagrada* (5). Este libro contiene una fuerte reprension contra una vírgen que, despues de haber consagrado su virginidad á Dios, habia caido en un gran pecado. Su autor, despues de manifestar todo lo horrible de aquel crímen, le indica el medio de repararlo, que no es otro que el de la penitencia.

Entre las obras genuinas de San Ambrosio ocupa un lugar intermedio el comentario sobre el *Cantar de los Cantares* compuesto de los escritos de este Santo en el siglo XI por un tal Guillermo (6). En iguales circunstancias se halla la *Esposicion de la fe segun el símbolo de Nicea*, pues está sacado del libro I de la fe de San Ambrosio.

San Ambrosio escribió algunas otras obras, que no han llegado hasta nosotros, á saber:

---

(1) Pagi: crítica al año 388.

(2) Segun algunos son siete los libros.

(3) Se cree que fue Máximo de Tours. Véase el Cardenal Bona, *De liturgia*, libro I, cap. VII, núm. 4.

(4) El estilo de este libro es distinto del de San Ambrosio.—Belarmino: *De los escritores eclesiásticos*, núm. 94.

(5) Dupin, tomo II, pág. 468.

(6) Dupin, tomo II, pág. 450.

1.ª *El Comentario sobre el Profeta Isaías.*
2.ª *Sermones sobre el libro de los Proverbios.*
3.ª *Homilías sobre el libro de la Sabiduría.*
4.ª *Comentario sobre los Profetas, y advertencias sobre las cartas de San Pablo.*
5.ª *El libro de Filosofía contra Platon.*
6.ª *Un opúsculo á Pantofio.*
Y 7.ª *Una carta, en forma de Catecismo, á la Reina Fritigilda* (1).

Ademas está *La Liturgia* de San Ambrosio, y que por mucho tiempo se le ha atribuido (2).

A las espurias, más que á las dudosas, pertenecen:
1.° *Los cinco libros sobre la destruccion de Jerusalen.*
2.° *La esplanacion del símbolo para los que han de ser iniciados.*
3.° *La carta al presbítero Gerónimo* (3).

Despues de estas hay otras que corren fácilmente con el nombre de San Ambrosio, á saber:
1.° *El Tratado del símbolo de los Apóstoles, ó sea de la Trinidad.*
2.° *Comentario sobre las cartas de San Pablo.*
3.° *Comentario sobre el Apocalipsis.*
4.° *Concordancia de San Mateo y San Lúcas en la genealogía de Jesucristo.*
5.° *El tratado de las cuarenta y dos mansiones de los judíos en el desierto.*
6.° *El libro del conflicto de los vicios y las virtudes á Simpliciano.*
7.° *Un opúsculo de la dignidad del hombre, y otro de la dignidad del sacerdote.*
8.° *Sermones y cartas,* que, á escepcion de las ya numeradas, todas son apócrifas.
9.° *Dos preparaciones para la Misa.*
10. *Actas del martirio de San Estéban y de los mártires Cancio, Canciano y Cancianila.*

Todas las que acabamos de mencionar, ni por el estilo, ni por las circunstancias, corresponden á San Ambrosio (4).

---

(1) Para todas estas obras véase Tillemont, *Memorias*, art. 95, pág. 304, y art. 92, pág. 298.
(2) C. Bona: *De Liturgia*, lib. I, cap. I.
(3) Estos dos opúsculos se encuentran en la edicion de Migne.
(4) Véase la edicion de Migne.

ARTÍCULO XIV.

Carácter, estilo y doctrina de San Ambrosio.

San Ambrosio, doctor fiel de la Iglesia y defensor infatigable de la verdad, ha merecido justamente los elogios de San Agustin (1), y por sus virtudes y escritos ha sido considerado como columna de la fe católica (2). Todas sus producciones están llenas, no solo de majestad, fuerza y energía, sino tambien de ornato, dulzura y uncion. En ellas esplica la Sagrada Escritura en un sentido moral y alegórico, sin descuidar por esto el sentido literal, que presenta con exactitud. Su talento se da á conocer en sus libros *De la fe* y *Del Espíritu Santo*, y no será fácil encontrar entre los Padres una obra donde se esponga con más claridad el misterio de la Santísima Trinidad; pero donde principalmente se distingue es en sus tratados morales: en ellos se ven juntos el buen gusto y la piedad.

Respecto de su originalidad, preciso es confesar que recurrió con frecuencia á los escritos de Orígenes, de San Hipólito, de Didimo, de San Basilio y de Filon; pero lo hizo apoderándose del fondo de su pensamiento, sin copiar jamás su palabras (3). Su estilo es proporcionado á los asuntos de que trata, conciso en palabras, abundante en conceptos; su locucion es suave y agradable, donde la sutileza, sin ser buscada, se hermana con la gravedad, y el ornato del lenguaje con la fuerza de la persuasion. En medio de la profundidad del talento, del raciocinio y de la erudicion, despliega el Santo Doctor una afluencia inagotable de ternura y de delicadeza, sobre todo cuando sondea las dolencias del corazon, derramando con mano cariñosa el bálsamo para curar sus heridas. Chateaubriand le llama el Fenelon de los Padres de la Iglesia, y añade que sus obras ofrecen una lectura agradable é instructiva. Su doctrina es tan conforme á la doctrina católica, que por esta sola razon algunos críticos modernos protestantes le han negado algunas de sus obras, como los libros de los Misterios, de la Penitencia y de la Virginidad. A pesar, pues, de encontrarse en las obras de San Ambrosio todos los dogmas de la Iglesia católica, siguiendo nuestra costumbre citaremos aquí algunos.

---

(1) Contra Juliano pelag., lib. II, núm. 32.
(2) San Gerónimo: *Contra Rufino*, lib. I, núm. 2.
(3) San Gerónimo, lug. cit.

1.° Enseña la justificacion como don del Espíritu Santo. (Libro I del Espíritu Santo, núm. 79.)

2.° El aumento de la justificacion recibida. (La Fe, lib. V, núm. 91.)

3.° El mérito de las buenas obras. (De los oficios, lib. I, núm. 247.)

4.° La presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. (Libro III del Espíritu Santo, núm. 79.)

5.° El sacramento de la Penitencia, la confesion de los pecados y la facultad de perdonarlos, concedida por Jesucristo solamente á los sacerdotes. (Lib. II de Penit., núm. 12.)

6.° La invocacion de los Santos. (Lib. de las viudas, número 55.)

7.° La intercesion por los difuntos. (Discurso en los funerales de Teodosio, núm. 36.)

CAPÍTULO XIV.

DE OTROS PADRES DE ESTE TIEMPO.

ARTÍCULO ÚNICO.

San Dámaso, San Siricio, San Filastrio y San Zenon.

San Dámaso, Papa, español, poeta, y muy versado en las Sagradas Escrituras, fue elegido Pontífice á la muerte de Liberio: Ursino habia sido elegido por algunos descontentos al mismo tiempo, violando los antiguos cánones de la Iglesia. Esto originó grandes conflictos, hasta llegar á correr la sangre en las calles é iglesias de Roma; pero al fin triunfó el partido de Dámaso. El decreto del Emperador Valentiniano I, por el cual el Obispo de Roma debia hacer las informaciones de los demas Obispos, y juzgarlos, vino á robustecer su autoridad. Calmados ya los ánimos, pudo volver San Dámaso los ojos hácia la Iglesia en general, que atravesaba entonces por tristes pruebas. Tuvo dos Concilios en Roma para rechazar la herejía, y en ellos condenó á los Obispos Ursacio y Valente por una parte, y por otra al Obispo arriano de Milan, Auxencio, con sus partidarios. Trabajó mucho para abolir el cisma de Antioquía, y al efecto confirmó con su autoridad el primer Concilio de Constantinopla (1), haciendo que se contase entre los ecuménicos. Tambien sostuvo á San Gerónimo en sus trabajos literarios para la version de los divinos libros. Tan importantes ocupaciones no le impidieron, sin embargo, embellecer á Roma y dejarnos algunos escritos. Estos se reducen á algunas *Cartas*, en su mayor parte *sinódicas*, y solo dos pertenecientes al estudio de la Sagrada Escritura, algunos poemas y otras composiciones poéticas. De estas últimas, muchas se han perdido, y solo existen unos cuarenta *Epigramas* en alabanza de muchos Santos. Murió el dia 10 de Diciembre del año 384, á los ochenta años de su edad.

San Siricio, Pontífice Romano, muy notable por su piedad y por su celo en defensa de la Religion, nos dejó seis ó siete

(1) Epístola 5.ª de San Cipriano, núm. 3.

Cartas, en las que no solo condena á los herejes Prisciliano, Bonoso y Joviniano, sino que se encuentran ademas saludables consejos de disciplina eclesiástica. Su célebre *Carta* á Himerio, Metropolitano de Tarragona, es la primera que se conserva en las Decretales de los Romanos Pontífices, reputadas por verdaderamente genuinas (1).

San Filastrio, que tambien llaman algunos *Filastro*, varon apostólico en sus costumbres, ilustre por su celo y por sus escritos, floreció en la última mitad del siglo IV. Ordenado de presbítero, predicó por casi todo el orbe romano, á imitacion de San Pablo, la palabra divina, siendo tanta su solicitud por la fe, y tanto el odio de los herejes, que llegaron á maltratarle. Por el año 380 fue elegido Obispo de Brescia, cuyo cargo desempeñó de un modo admirable. Murió antes del año 397. Escribió por el año 380 el *Libro de las herejías*, en el cual enumera los principales errores de cada una, aunque no siempre los refuta. Toma en un sentido lato la palabra *herejía*, y comprende bajo este nombre las sectas y errores del pueblo judío: cuenta veintiocho antes de la venida de Jesucristo, y despues de ella enumera ciento veintiocho herejías, sobre las que muchas veces nada resuelve, y contiene algunos errores cronológicos. Su estilo es humilde, y aun oscuro, y su testo está lleno de erratas, por culpa de los copiantes (2). La mejor edicion de sus obras es la del P. Gallando, en Brescia, 1738.

San Zenon, Obispo de Verona y confesor, floreció en tiempo de San Ambrosio. Oriundo de Africa, y práctico en los autores latinos, fue elegido Obispo de Verona, probablemente el año 362. Convirtió á muchos paganos á la Religion: celoso reformador de las costumbres, recomendó mucho la virginidad, y parece que fue el primero que fundó monasterios en Occidente. Impugnó con sus escritos á los arrianos, y murió hácia el año 380 (3).

Este Santo Obispo, que sobresale entre los latinos por la elegancia de su diccion, escribió noventa y tres tratados (4), unos más estensos que otros, y es el primero entre los lati-

---

(1) De la vida y escritos de San Siricio, véase Gallando, tomo VII, proleg., capítulo XIII.

(2) De San Filastrio véase San Gaudencio, en el discurso de la vida y muerte de San Filastrio.

(3) Véase Anonimo Pipiniano, en su rima de Verona.

(4) Esta voz tiene este orígen: San Cipriano dió el primero este título á los discursos pronunciados por los Obispos en las iglesias, pues solo á ellos les pertenecia tratar de los asuntos dogmáticos; pero despues se ha generalizado el nombre de *Tratados*, indicando con él toda clase de escritos eclesiásticos.

nos cuyos escritos han salido á luz completos. No debe inducir esto á creer que él preparó ó dió á luz sus escritos, sino que despues de su muerte, por la mucha estimacion de que gozaba, se recogieron sus papeles con tal diligencia, que no apareció fragmento que no juzgasen digno de publicacion. Todos sus sermones están comprendidos en dos libros: en el primero los tratados largos; y en el segundo breves (1).

Ademas de algunos comentarios de San Hilario y homilías de San Basilio, que se han colocado entre los sermones de San Zenon, se le atribuyen falsamente:

1.° El tratado de la resurreccion de Lázaro.

2.° El del martirio del Profeta Isaías, que son de Potamio, Obispo de Lisboa.

Estos, juntamente con la *Carta* de Potamio á San Atanasio, los colocaron los Ballerini como apéndice á las obras de San Zenon.

---

(1) Edicion de los hermanos Ballerini.

SECCION SEGUNDA.

De los Santos Padres que espusieron la Sagrada Escritura á fines del siglo IV y principios del V.

CAPÍTULO PRIMERO.

SAN EFREN.

FUENTES. Las obras de este Santo, y particularmente su confesion.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. CXV.—Sozomeno: *Historia eclesiástica*, lib. III, cap. XIV. —Teodoreto: id., lib. II, cap XXX.—Focio: cod. 196.

AUXILIARES. J. Assemani: *Biblioteca oriental*, tomo I, cap. VI.—J. Bolando, en las *Actas de los Santos*, al dia 1.° de Febrero.—Tillemont: *Memorias*, tomo VIII, pág. 259.—Ceillier, tomo VIII, cap. I.—J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 8.°, pág. 217.—Wiseman: *Horas siríacas*, Roma, 1828, tomo I.

EDICIONES. La de Gerardo Vossio, en latin, Roma, 1589, en tres tomos en folio; y la de J. y Est. Assemanis, y P. Benedicto, Roma, 1722, en seis tomos en folio.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Efren.

San Efren, llamado el Sirio, nació á fines del siglo III, ó á principios del IV, en Nisibe, en Mesopotamia. A causa de su larga permanencia en Edesa, fue tambien apellidado Efren de Edesa. Segun su testimonio, sus padres eran cristianos. Educado en el temor de Dios, habiendo ya recibido

el bautismo, su espíritu jóven y ardiente fue asaltado por dudas violentas sobre la Providencia. Esta se encargó de curarle; pues aunque inocente, conducido como prisionero ante el juez, en un viaje que hizo al centro de Mesopotamia, fue advertido por un sueño de que la accion de la Providencia seria evidente para él, y que en este momento expiaba una falta anterior. Vuelto en sí de sus dudas, esperimentando remordimientos, se retiró á la soledad para hacer penitencia, y se puso bajo la direccion de un santo anciano. La oracion, la meditacion, la mortificacion y el estudio de las Santas Escrituras lo elevaron rápidamente á un alto grado de perfeccion. Allí encontró, en la persona de un piadoso solitario llamado Juan, cuya biografía escribió, un amigo, con quien compartió sus santas aspiraciones. Se unió igualmente con el célebre Obispo de Nisibe, Santiago, á quien acompañó en 325 al Concilio de Nicea, y que, segun se dice, le puso de maestro de la lengua siria en la escuela fundada por él en Nisibe (1).

Sin embargo, queriendo Efren unir la vida contemplativa á la activa, abandonó la soledad, y fue á Edesa para venerar los santuarios de esta ciudad, y sobre todo las reliquias del Apóstol Santo Tomás. Esta ciudad de bendicion, como él la llama, fue el lugar de su permanencia y el teatro principal de su benéfica actividad. Formó una reunion de jóvenes, á los que enseñó á cantar los himnos que habia compuesto contra Bardesanes y Harmodio, para oponer á la magia de los cánticos heréticos la gracia y sublimidad de sus poemas inspirados. Aquí es donde pronunció esos sermones elocuentes que entusiasmaban y arrebataban todos los corazones cuando hablaba de la venida del Salvador. Aquí tambien, y en una montaña vecina, donde se retiraba algunas veces, fue donde compuso sus numerosos escritos. Aquí, en fin, es donde, en una época de hambre, señaló su tierna caridad hácia los pobres y los enfermos, sirviéndoles sin descanso, y obteniendo de todos, aun de los más endurecidos, socorros para los desgraciados, cuya causa patrocinaba de una manera irresistible. Esta virtud la ejerció en tan alto grado, que ninguno de los Padres puede comparársele (2). Del año 370 al 372 marchó de Edesa á Capadocia para visitar y conversar con el gran San Basilio (3), á cuya muerte hizo su panegírico. Murió del año 373 al 379.

---

(1) Teodoreto: *Historia eclesiástica*, lib. II, cap. XXX.
(2) Sermones 21 y 1.° contra los herejes.
(3) J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 8, pág. 231.

ARTÍCULO II.

División de las obras de San Efren.—Sus obras exegéticas.

San Efren escribió muchas obras, unas dirigidas á los monges, y otras para uso del pueblo; y todas pueden dividirse en exegéticas, dogmáticas, y morales ó ascéticas.

OBRAS EXEGÉTICAS.

San Efren acostumbra en sus escritos exegéticos á poner en primer lugar el autor del libro sagrado; luego el objeto y argumento de que trata, y despues busca el sentido literal, moral y alegórico; y aunque usa más frecuentemente el místico, sin embargo, hace notar la diferencia que tiene el sentido literal; pues, segun Wiseman (1), este Santo tenia gran cuidado de advertir á sus discípulos cuándo deja el sentido literal por el místico. En las esposiciones del *Genesis* y de Jeremías no presenta el sentido místico, y en los libros de Job y de los Profetas apenas se detiene; pero en la historia de Moisés y de José es muy estenso; y sus esposiciones, por lo general, están llenas de sentencias en un estilo poético y dramático. En sus comentarios lo más notable es el sentido literal, para el cual tenia una gran ventaja en su lengua siríaca, muy parecida á la hebrea, y más todavía á la que habló el Salvador y los Apóstoles, pudiendo de este modo esplicar fácilmente los idiotismos que se encuentran en la Escritura: por esta misma razon la version siríaca representa fielmente el original hebreo, llamada por esto *Peschito*, ó simple. Ademas, su orígen oriental y próximo á los lugares en donde pasaron los hechos que refiere la Escritura le pone en disposicion de conocer todo lo que se menciona en los libros sagrados. Cuando se dirige á los monges, su esposicion es sobre el sentido místico, por ser más á propósito para escitar la piedad, pero sin caer en las exageraciones de Orígenes. Estando, por otra parte, persuadido de que el Antiguo Testamento era una preparacion de Jesucristo y de su Iglesia en todos sus pasajes, despues de fijar el sentido literal, espone el sentido místico, que les aplica.

Dada esta idea general, dividiremos sus obras exegéticas en dos clases: comentarios y sermones.

---

(1) Estudios orientales, discurso 10, donde ademas añade que en las escuelas de Nisibe se daba un curso de introduccion á la Sagrada Escritura.

1.ª *Comentarios.* San Efren espuso todos los libros de la Sagrada Escritura, y la mayor parte de sus trabajos se conserva; pero es muy verosímil que sean compendios, más bien que sus propias obras. Los *Comentarios*, que todavía están en lengua siríaca, son los siguientes:

1.° La esposicion sobre el *Pentatheuco.*

2.° Sobre los libros de Josué, los Jueces y los cuatro de los Reyes.

3.° Sobre el libro de Job, Isaías, Jeremías y sus lamentaciones, Ezequiel y Daniel.

4.° Sobre los Profetas menores, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Miqueas, Zacarías y Malaquías.

En lengua armenia están:

1.° La esposicion sobre la armonía de los cuatro Evangelios.

2.° Comentarios sobre las cartas de San Pablo, menos la de Filemon.

2.ª *Doce sermones sobre el Paraiso.* Su argumento es á la vez exegético y dogmático. Desde el sermon 1 al 4 se describen con suma amenidad las delicias del Eden terrenal, la caida de nuestros primeros padres y sus efectos, y la salida del Paraiso. Desde el 5 al 12, despues de presentar la gloria bajo la imágen del Paraiso terrenal, pinta con vivos colores el premio que en ella tendrán los justos.

3.ª *Doce sermones exegéticos.* En ellos solo se espone algun pasaje de la Sagrada Escritura, unas veces con estension, y otras brevemente. La historia de Jonás y la resurreccion de Lázaro las trata con mucha latitud; en todos los sermones tiene siempre por objeto algun fin práctico.

ARTÍCULO III.

Idea general de las demas obras de San Efren.

San Efren, ademas de sus comentarios, escribió en siríaco muchas obras, unas dogmáticas y otras morales y ascéticas; pero el mayor número lo componen los himnos (1). Este Santo compuso versos, formados de cierto número de palabras que terminaban con cadencia, sin tener en cuenta el acento de las sílabas.

Estos versos se propagaron por el Oriente, y en ellos se contiene la mayor parte de la doctrina católica, tanto dogmática como moral. Unos se tradujeron al griego, pero otros todavía se conservan en siríaco.

En la version griega las odas ó himnos del original están

(1) Sozomeno: *Historia eclesiástica*, lib. III, cap. XVI.

convertidas en sermones ó tratados breves, y los tratados morales y ascéticos, trasformados, tambien se tradujeron al griego para uso de los monges; pero los dogmáticos permanecen en siríaco. En estas obras San Efren refuta á los gnósticos, y defiende la divinidad del Hijo contra los arrianos y eunomianos. En los himnos celebra el nacimiento del Señor de una vírgen, y en algunos la vida de los Santos del Antiguo y Nuevo Testamento. Ademas defiende el libre albedrío del hombre, da magníficos preceptos para todos los cristianos, y especialmente para los monges; y conociendo que pocos mortales dejan de sentir el peso del pecado, exhorta frecuentemente á la penitencia, poniendo á la vista la muerte, el juicio y el infierno, y tambien la hermosura de la gloria que gozan los justos. Celebra ademas en ellos la memoria de los difuntos.

ARTÍCULO IV.

Sermones dogmáticos.

Bajo este nombre comprendemos los sermones contra los herejes, contra los escudriñadores de las cosas divinas, y contra los judíos.

1.° *Cincuenta y seis sermones polémicos contra los herejes.* San Efren atribuye en estos sermones el orígen de las herejías, no menos á la envidia del demonio que á la soberbia de los hombres: y despues de refutar los errores de los gnósticos en general, lo hace en particular de los de Marcion y Bardesanes. Una vez descubierta la falsedad de todas las herejías, opone contra ellas la autoridad de la Iglesia, la cual es católica y apostólica, pues por una sucesion no interrumpida de Obispos se remonta hasta el orígen del nombre cristiano. Despues de descubrir los abusos de los herejes en la esposicion de la Escritura, pasa á refutar á los gnósticos, y dice que la doctrina de los *œones* destruye la naturaleza divina, y añade que no se pueden admitir ni dos ni muchos principios supremos, ni tampoco la eternidad de la materia, y demuestra que no hay más que un principio que crió todas las cosas, y que estas no son malas por sí mismas, sino que el mal viene de nuestra propia voluntad.

Por último, prueba que los acontecimientos humanos no son efecto de la casualidad, ni de la influencia de los astros, sino de la Providencia divina que todo lo gobierna. Despues manifiesta que Dios, bueno, justo é inmutable, es el autor del Antiguo Testamento dado á los hombres por su flaqueza, y que despues ha perfeccionado en el Nuevo todo lo que manda en aquel; y añade que el mismo que crió al hombre

es el Redentor del mundo, que tomó verdadera carne, y prometió la resurreccion futura del género humano.

2.° *Ochenta sermones contra los escudriñadores*, á los cuales hay que añadir *siete de la margarita*, ó sea *de la fe*, y tres simplemente de la fe, y casi del mismo argumento. Todos estos noventa sermones tratan de la Trinidad contra los herejes que con impía curiosidad presumian escudriñar la sublimidad de ese misterio, y la consubstancialidad de las tres divinas Personas, la generacion del Hijo y la procesion del Espíritu Santo, y no comprendiendo estos dogmas, los desechaban. San Efren prueba que la naturaleza de Dios es incomprensible aun para los mismos ángeles, y reprueba la temeridad de esos herejes que pretenden comprender á Dios cuando no conocen la naturaleza del hombre, y exhorta á que se crea en la verdad revelada. Despues de señalar de este modo el camino de la verdad y de poner límites á la razon en la investigacion de las cosas divinas, implora la gracia de Dios, y pasa á tratar del misterio de la Trinidad. Primeramente prueba la simplicidad de Dios, y luego, con la forma del Bautismo, demuestra la igualdad de las tres Personas en una sustancia; y despues de ilustrarlo con ejemplos, contesta á las objeciones de los herejes. Demuestra asimismo que el Verbo divino no es criatura, sino eterno. Luego pasa al misterio de la Encarnacion, y manifiesta su necesidad por el pecado original; ademas pone la economía de este misterio en la union de las dos naturalezas en la persona del Verbo, cuyos saludables efectos, especialmente la gracia y la Eucaristía, describe admirablemente; y prueba, por último, que la Iglesia cristiana estaba prefigurada en el Antiguo Testamento. En los *siete sermones de la margarita* considera á esa piedra preciosa en todas sus propiedades, y con no menos ingenio que elocuencia aplica sus cualidades á Jesucristo y á la Iglesia. Despues trata de la penitencia, de su necesidad y utilidad para el perdon de los pecados, y de la potestad de la Iglesia para absolverlos.

3.° *El sermon contra los judíos*. San Efren se propone convencerlos de su incredulidad, á cuyo fin cita todos los vaticinios y figuras que representaban á Jesucristo, y prueba que todos se han cumplido en él; y concluye con alabanzas dirigidas al misterio de la Encarnacion.

ARTÍCULO V.

Sermones en las fiestas del Señor y de los Santos.

Los sermones sobre las fiestas del Salvador y de los Santos ocupan un lugar intermedio con las obras dogmáti-

cas y morales. Algunos de ellos tratan del dogma, y otros de la moral, y á veces abrazan los dos argumentos. A este número pertenecen:

1.° *Trece sermones de la Natividad del Señor.* En ellos hace ver el ardiente deseo con que esperaban al Salvador los Santos del Antiguo Testamento, y da la razon por qué la noche y el dia de Navidad deben emplearse en buenas obras. Despues recuerda los beneficios que nos ha traido el misterio de la Encarnacion, y convida á todas las criaturas á celebrar el dia del nacimiento del Señor. Luego se ocupa de la Vírgen María, y la presenta en el parto y en la venida de los magos, y celebra con alabanzas su maternidad y su virginidad. Ademas de estos sermones se le atribuyen justamente el de la *Transfiguracion*, la *Pasion* y el de la *Resurreccion*, que compara con su nacimiento (1).

2.° *Sermones de los Santos.* San Efren celebró tambien los hechos de los Santos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Los Santos del Antiguo Testamento, cuyo elogio hizo, son: Noé, Abraham, Lot, Isaac, José, Elías, David y Jonás; en todos ellos propone á sus oyentes las virtudes en que cada uno brilló más.

Sus panegíricos de los Santos del Nuevo Testamento son: el de San Pedro, San Pablo, San Andrés, Santo Tomás y San Juan, y ademas San Lúcas, San Juan Bautista y San Estéban protomártir. A estos hay que añadir el elogio de todos los mártires, el de San Basilio el Grande, el del monge Abraham y el de su nieta María, y tambien el del asceta San Julian, en donde describe la vida monástica (2).

ARTÍCULO VI.

Obras morales y ascéticas.

Todos los escritos de San Efren tienen por principal objeto la reforma de las costumbres, pero de una manera especial los siguientes:

1.° *Cuatro sermones acerca del libre albedrío del hombre.* En ellos prueba la libertad del hombre no menos por la bondad y justicia de Dios en la retribucion de las buenas ó malas obras, que por el sentimiento íntimo del mismo hombre. Tambien manifiesta que aunque el libre albedrío se atenuó con el pecado original, sin embargo no se ha estinguido, si bien necesita de la gracia de Dios.

---

(1) Tillemont, lug. cit., pág. 757.

(2) Véase J. Assemani: *Biblioteca oriental*, tomo I, pág. 52.

2.° *Los sermones que propiamente se llaman morales y ascéticos*, en los cuales es donde San Efren da á conocer su piedad y su elocuencia. Todo lo que puede contribuir á la reforma de las costumbres lo presenta con tanto gusto, que arrebata á sus oyentes á seguir la perfeccion. Estos sermones, unos los dirige á los monges y otros al pueblo; pero como desea promover en todos la perfeccion, en unos y otros se hallan las mismas máximas. Hay, sin embargo, algunos que convienen más particularmente á los clérigos y monges. Segun esa division los clasificaremos en:

1.° *Sermones morales y ascéticos dirigidos al pueblo.* En ellos enseña la manera de practicar la virtud, y en ella pone la felicidad, aunque no completa, y la desgracia en el pecado. Despues se ocupa de todos los vicios y virtudes en particular, y recomienda muy especialmente el temor de Dios, unido con la confianza, la caridad, la humildad, la paciencia y la castidad, y manifiesta ademas cómo cada uno puede llegar á la perfeccion, y cómo se adquieren esas virtudes y se evitan los vicios opuestos. Teniendo presente San Efren las tentaciones del demonio, nuestra propia concupiscencia y las seducciones del mundo, exhorta al combate espiritual para luchar con ventaja contra esos enemigos, y señala las armas y los remedios para alcanzar la victoria de que depende nuestra salvacion, á cuyo propósito recomienda la vigilancia, la oracion, la meditacion en las Sagradas Escrituras, el ayuno y la huida de los placeres, y espone tambien por qué Dios no accede siempre á nuestras súplicas. Por último, exhorta á que se desprecien las vanidades del mundo y las riquezas, que se eviten las conversaciones peligrosas, y que se busque la soledad. Concluye recomendando la correccion fraterna, y enseñando el modo de hacerla.

2.° *Sermon sobre el sacerdocio.* San Efren ensalza en este discurso la dignidad sacerdotal, y describe la gran utilidad que reporta el mundo del sacerdote; manifiesta además por qué se le concede tanta potestad, y cómo debe de cumplir su alto ministerio; y exhorta al pueblo á que tenga mucho respeto á los sacerdotes.

3.° *Sermones de la vida monástica.* San Efren enseña en ellos las virtudes de la vida monástica, pone á la vista de los que quieran abandonar el mundo el ejemplo de un perfecto monge, y da consejos muy á propósito para imitarle. Describe las ocupaciones y los oficios de los monges, exhorta á evitar los peligros, y enseña las virtudes que deben adornarles. Ademas señala la relacion que debe existir entre los súbditos y el superior para que no se relaje la disciplina, y se queja de aquellos que aspiran á las dignidades.

4.° *Setenta y seis Pareneses*, ó sea *exhortaciones á la penitencia*. Considerando San Efren que el pecado es una carga pesada para el hombre, recomienda la penitencia como único remedio. A este fin considera la bondad de Dios para con el hombre, no solo en el acto de la creacion, sino muy particularmente en el misterio de la Encarnacion. Luego presenta las sugestiones del demonio, nuestra propia debilidad, y el estado miserable del pobre pecador; y conmovido con estos recuerdos, confiesa sus culpas, pide á Dios misericordia, y promete seguir una vida más perfecta. Despues, con el ejemplo de San Pablo, el de la mujer pecadora de que habla el Evangelio, y muy particularmente con el suyo propio, procura escitar á los demas á la penitencia, y á que borren sus pecados con la confesion y la caridad. Ademas, San Efren, á fin de apartar á los hombres de los vicios, les pone delante los terrores de la muerte, la severidad del juicio y los tormentos del infierno; todo lo cual lo describe con tanta viveza, que del corazon de sus oyentes se apodera un temor saludable. En estos discursos mezcla frecuentemente su dolor por los pecados cometidos, y pide á Dios perdon y misericordia. Tan grandes fueron los triunfos obtenidos por San Efren predicando de la penitencia, que ha merecido ser llamado el predicador de los novísimos.

5.° *Ochenta y cinco cánticos fúnebres*, compuestos de varias clases de metros; los ocho primeros, para los funerales de los Obispos; desde el 9 al 13, para los presbíteros y diáconos; desde el 14 al 27, para los monges; el 28, para los príncipes; el 29, para los peregrinos; el 30, para los padres de familia; el 31, para las madres; el 32 y 33, para las mujeres; del 34 al 35, para los jóvenes; del 36 al 44, para los niños; del 45 al 85 son cánticos comunes para todos los difuntos. En todos ellos San Efren celebra la memoria y las virtudes de los difuntos; ya llora su pérdida; ya exhorta á la virtud con el recuerdo del juicio; ya describe las ceremonias del rito antiguo en las exequias; ya, en fin, enseña que las oraciones y las limosnas son provechosas á los difuntos.

6.° *Su testamento*. En él refiere toda su vida, sus acciones y sus virtudes, y es un digno remate de todos sus hechos.

Entre las obras dudosas de San Efren deben referirse: *Dos sermones de la mujer pecadora* que ungió al Señor, el de las *Virtudes y pasiones*, y los *dichos de San Efren*, etc. Las espurias son: *El sermon del monge Juan*, y la *Advertencia de los discursos y palabras ociosas*, etc., etc., etc. (1).

---

(1) Véanse los prolegómenos á las obras de San Efren.

ARTÍCULO VII.

Carácter, estilo y doctrina de San Efren.

San Efren no compuso sus escritos dogmáticos para uso de los sabios, sino para utilidad del pueblo, acomodándose á su capacidad, para estirpar así enteramente los errores que habian esparcido Bardesanes, Marcion, Aecio Siro y Apolinar. Así es que sus obras generalmente presentan un estilo sencillo y popular, y las más veces en forma de poemas pone las verdades reveladas, y en ellos recomienda la sumision á la fe, atendida nuestra pequeñez y la grandeza de Dios. Sus tratados morales son superiores á los dogmáticos, pues en ellos inculca la virtud con tanto ardor y reprende los vicios con tan fuertes espresiones y tales argumentos, que ninguno de los Padres ha escitado á la virtud con más eficacia. De tal manera se apoderaba del ánimo de sus oyentes, que San Gregorio de Nisa dice á este propósito: «¿Cuál será el orgulloso que no se sienta el más humilde de los hombres leyendo sus discursos sobre la humildad? ¿Quién dejará de sentirse inflamado de un fuego santo estudiando su tratado sobre la caridad? ¿Quién no esperimentará vivos deseos de ser casto de corazon y de espíritu teniendo presentes sus admirables elogios sobre la castidad? ¿Y quién, en fin, al oir ó leer su descripcion del juicio final, ó de la última venida del Salvador, no se siente tan afectado, que crea estar en el mismo juicio, y sienta tal terror cual si oyera la sentencia condenatoria del airado Juez (1)?» Por esta razon sin duda sus escritos se recitaban en público en algunas iglesias (2), y muchos de sus versos se cantaban en la de Siria (3).

El estilo de San Efren es muy vario: en sus *Pareneses* es generalmente humilde y acomodado al pueblo: en sus sermones de la Natividad del Señor y en algunos exegéticos es más sublime: en sus composiciones métricas deleita por su gracia y dulzura, pero atiende más al fondo que á la forma. Hay, en fin, en las obras de San Efren una elocuencia natural que encanta; no es afectado, sin dejar por eso de ser sublime: sus palabras son los acentos de su alma, que se trasmiten de un corazon penetrado de amor que se comunica; un hombre, en fin, lleno de confianza, de sinceridad y

(1) *Encomio de San Efren, Siro*: tomo III, pág. 603, por San Gregorio Niseno
(2) San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. CXV.
(3) Actas siríacas, números 32 y 33.

de virtudes. Sus himnos y sermones, aunque traducidos al griego, conservan, sin embargo, algo de su nativo esplendor; pero con el trascurso y las vicisitudes del tiempo se han adulterado bastante.

En las obras de San Efren se contienen muchos puntos de la doctrina católica, entre los cuales citaremos los que siguen:

1.° Reconoce la necesidad de las buenas obras. (Sermon LXXX contra los escudriñadores.)

2.° Que Jesucristo es nuestro Redentor y Legislador. (Sermon XLVIII contra los herejes.)

3.° La transubstanciacion en el Sacramento de la Eucaristía, y el sacrificio de la nueva alianza. (*Pareneses* 74.)

4.° La confesion de los pecados y la satisfaccion. (Sermon de la Penitencia.)

5.° La intercesion por los difuntos. (Cántico fúnebre 16.)

6.° El culto de las reliquias de los Santos. (Sermon sobre el Profeta Isaías.)

CAPÍTULO II.

SAN JUAN CRISÓSTOMO.

FUENTES. Las obras de este Santo.—*El diálogo de su vida*, por Palladio, adjunto á la edicion de Montfaucon.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. CXXIX.—Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. VI.—Sozomeno, id., lib. VIII.—Teodoreto, id., lib. V.—Baronio: *Anales* al año 438.—Focio: códice 273.—San Juan Damasceno, discurso en alabanza de San Juan Crisóstomo.

AUXILIARES. G. Herman: *Vida de San Juan Crisóstomo:* Paris, 1664.—Tillemont, tomo XI.—Ceillier, tomo IX, cap. I. —J. Stieting: *Coment. Historia de San Juan Crisóstomo.*— Juan A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. VIII, pág. 454.— G. Cavé, vol. I, pág. 300.—Oudin, tomo I, pág. 687.

EDICIONES. La edicion más completa y mejor ordenada es la de Bernardo de Montfaucon, de la Congregacion de San Mauro, en 13 volúmenes en folio: Paris, 1718-38.—Las más recientes son las de los hermanos Gaume, Paris, 1835, y la del abate Migne, Paris, 1845, ambas en ocho volúmenes en 4.°

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Juan Crisóstomo.

San Juan nació en Antioquía en 344. Su padre, general de caballería en el ejército romano, murió poco despues del nacimiento de Juan. Su madre se dedicó con ardor á su mision maternal, dando una educacion esmerada á su hijo, y enviándole á estudiar la retórica con Libanio (1). Adelantó tanto en este estudio, que Libanio lo designaba como su sucesor, y se desconsolaba de que los cristianos lo hubiesen hecho suyo tan temprano. Al terminar sus estudios entró en la magistratura, que consideraba como el camino más seguro para llegar á los cargos más altos del Estado; pero no pudiendo

(1) San Juan Crisóstomo: *Del Sacerdocio*, lib. I, núm. 5.°

su sentido recto, franco y espansivo amoldarse á los medios, muchas veces desleales, de que se servian sus colegas, se retiró á la soledad (1), donde se ejercitó en las obras de la más severa penitencia y estudió con entusiasmo la Sagrada Escritura, bajo la direccion de Diodoro, despues Obispo de Tarso, y se aficionó á la exégesis, en la que tanto se distinguió. Por la debilidad de su salud volvió á Antioquía, donde el Obispo Melecio le bautizó á la edad de veintitres años, encargándole las funciones de Lector (2). Su celo, sus maneras seductoras y su talento ganáronle la voluntad del pueblo, y á la muerte de Melecio hicieron fuese elegido Obispo. Pero Juan huyó con los monges, y se ocultó en sus celdas por espacio de ocho años, que consagró á los estudios más serios y á la vida más austera. Empleó dos años esclusivamente en estudiar la Sagrada Escritura. En este retiro se desenvolvieron su vida interior, su profundo conocimiento del hombre y su vasta erudicion bíblica: allí tambien contrajo con San Basilio los lazos de una amistad íntima é indisoluble. A su vuelta á Antioquía, en 380, fue ordenado de diácono, y en 386 el Obispo Flaviano le confirió el sacerdocio. Bien pronto le encargó Flaviano toda la enseñanza de su pueblo, dándole ocasion para desplegar toda su elocuencia una sedicion ocurrida en 387. A causa de los intolerables impuestos, el pueblo se sublevó y destruyó las estatuas del Emperador Teodosio; Crisóstomo reune el pueblo en la Iglesia, y los veintiun sermones sobre las estatuas que pronunció y han llegado hasta nosotros, pudieron calmar al pueblo exasperado, é inspirarle un vivo arrepentimiento. A la muerte de Nectario, á pesar de las intrigas que empleó el ambicioso Teófilo, Obispo de Alejandría, para colocar en la Silla de Constantinopla á uno de sus partidarios, fue nombrado Crisóstomo por el Emperador Arcadio, y consagrado Arzobispo de esta ciudad el 26 de Febrero del año 397, por el mismo Teófilo. Solo á pesar suyo aceptó un cargo cuyas dificultades no ignoraba en presencia de una corte corrompida; pero una vez aceptado, se decidió á cumplirlo dignamente: poseia las cualidades necesarias para una posicion tan elevada y tan ardua. Manteníase enfrente de la corte y de los grandes en una estrema reserva y en una perfecta independencia.

Eudoxia, mujer del Emperador Arcadio, no podia sufrir la presencia de un Obispo tan vigilante y tan virtuoso como Juan. Esta confiscó los bienes de un tal Teognosto, y Crisós-

(1) Sócrates, lib. VI, cap. III.
(2) Baronio: *Anales* al año 382, núm. 72.

tomo se levantó contra esta medida. Habiendo abolido el chambelan Eutropio el derecho de asilo en las iglesias, le resistió Crisóstomo. Eudoxia, irritada contra el Arzobispo, esperaba ocasion para alejarlo de la corte, y esta se le presentó. Teófilo, que no habia renunciado al designio de elevar á uno de sus partidarios á la Sede patriarcal, se habia pronunciado contra el método de enseñanza alegórico de Orígenes, y habia mandado á los monges del desierto de Nitria que suscribiesen la condenacion de este Doctor. Resistiéronse los monges, y arrojados por Teófilo, refugiáronse en Constantinopla, y el Crisóstomo los acogió con benevolencia. Teófilo instó á Crisóstomo para que arrojase á los monges y se adhiriese á la condenacion de Orígenes; pero el Patriarca rehusó lo uno y lo otro, y esto pareció ocasion favorable á Teófilo para la realizacion de sus designios. Marchó en persona á Constantinopla, llevando consigo veintinueve Obispos de Egipto; ganó la corte, y reunió una asamblea, á la que Crisóstomo no quiso comparecer. Teófilo en este conciliábulo prescindió de lo relativo á las opiniones origenistas, y dirigió solo contra el Patriarca acusaciones graves, inventadas por el odio, respecto de su conducta. Crisóstomo, sin haber comparecido, fue condenado, y el Emperador consintió en su destierro. Sustrayéndose á la violencia, se embarcó para la Bithinia; pero el pueblo, sintiendo la pérdida de su Obispo, se sublevó, y un terremoto ocurrido á la sazon pareció justificar la sedicion. Eudoxia estaba intranquila, y Crisóstomo fue llamado por la aclamacion del pueblo; pero al cabo de dos meses fue desterrado de nuevo, y esta vez para siempre. Hé aquí con qué motivo.

Habiéndose erigido cerca de la iglesia una estatua en honor de la Emperatriz, el pueblo, en el momento de la inauguracion, se habia entregado á demostraciones de un carácter casi idolátrico. Crisóstomo condenó esta conducta del pueblo, atrayéndose así directamente el resentimiento de la Emperatriz. Esta apresuró la reunion de un sínodo, cuyos miembros eran enemigos de Crisóstomo, el cual le depuso el año 404. Fue desterrado á Cucusa, en Armenia; pero como sus enemigos no pudiesen tolerar la influencia que aun tenia en Constantinopla, manteniéndose en activa correspondencia con sus adictos, fue relegado á los confines del imperio, y no llegó al punto de su destino, pues murió en el camino, á la edad de ochenta años y nueve de su episcopado, el 14 de Setiembre del año 407.

ARTÍCULO II.

ivision de las obras de San Juan Crisóstomo.—Sus esposiciones sobre el Antiguo Testamento.

El inmenso número de obras de este Padre puede dividirse en cuatro clases: 1.ª Esposiciones de la Sagrada Escritura. 2.ª Homilías. 3.ª Opúsculos. Y 4.ª y última. Cartas.

ESPOSICIONES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

San Juan Crisóstomo no espone siempre de un mismo modo la Sagrada Escritura, pues unas veces interpreta los libros sagrados en comentarios y en homilías dirigidas al pueblo, otras esplana alguna de sus partes, ó se ocupa en un solo versículo. Para mayor claridad clasificaremos sus trabajos exegéticos en esposiciones del Antiguo y del Nuevo Testamento.

ESPOSICIONES DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

1.° *Sesenta y siete homilías sobre el Genesis*, pronunciadas en Antioquía el año 388, donde esplana todo el libro, y por su método y carácter son un ensayo de esposicion sobre un libro entero. Este trabajo lo principió en la Cuaresma, y habiéndole interrumpido durante la Semana Santa y la Pascua para dar lugar á otras homilías, lo concluyó despues de Pentecostés (1). En estas homilías se propuso principalmente esponer el sentido literal; pero en todas ellas pone alguna exhortacion moral.

2.° *Nueve sermones sobre el Genesis*. Estos los tuvo igualmente en Antioquía, en los cuales esplica algunos pasajes de este libro (2): en el 1.° las primeras palabras del *Genesis:* en el 2.° espone el vers. 26 del primer capítulo: desde el 3.° al 5.° continúa hablando del mismo versículo, y trata de la semejanza del hombre, colocándola en el dominio que tiene sobre todas las criaturas, y añade que por el pecado contrajo tres servidumbres, pero que conserva, sin embargo, la libertad. Desde el 6.° al 8.° trata del árbol de la ciencia del bien y del mal, y del precepto impuesto al primer hombre; prueba tambien que Adan, antes de gustar la fruta prohibida, tenia la ciencia del bien y del mal, á pesar de lo cual el árbol lle-

(1) Focio: cod. 172.
(2) Montfaucon: advert., pág. 644.

vaba con propiedad aquel nombre, y despues de compararlo con el árbol de la Cruz, esplica qué cosa sea el bien y el mal. Por último, da la razon por qué el Señor impuso esa ley á nuestros primeros padres, y defiende el Antiguo Testamento de las objeciones que se dirigen contra él: en el 9.° y último habla del cambio de nombre de Abraham, y esplica el de Noé.

3.° *Cinco sermones de Santa Ana*, pronunciados en Antioquía en la Pascua del año 387 (1). En ellos espone con mucha estension la vida de Santa Ana, madre de Samuel: alaba sus virtudes, principalmente su perseverancia en la oracion y su vigilancia en la educacion de su hijo, con cuyo motivo encarga á los padres el cuidado que deben tener de sus hijos.

4.° *Homilías de David y Saul*, igualmente pronunciadas en Antioquía el año 387 (2). En ellas, despues de tratar en general del amor para con el prójimo y los enemigos, pasa á inculcar los preceptos de la caridad, poniendo á la vista la historia de David y de Saul.

5.° *Homilías sobre el libro de los salmos*, pronunciadas tambien en Antioquía por los últimos dias de su permanencia en aquella ciudad (3). En esta esposicion, que debe colocarse entre sus principales obras, se ve á la vez su elocuencia y su gran talento. Tomando ocasion del argumento del salmo que se propone esplanar, recorre las virtudes y los vicios, para reprobar estos y recomendar aquellas.

6.° *Dos homilías sobre la oscuridad de las profecías*, pronunciadas en Antioquía al principio de su predicacion (4). En ellas aduce contra los anomeos *desemejantes* (5) algunas palabras del cap. LVIII, vers. 8 de Isaías. Despues enseña cómo se ha de usar de la Sagrada Escritura, y espone las causas de la oscuridad de las profecías del Antiguo Testamento.

7.° *Un comentario incompleto de Isaías* (6). Solo comprende los ocho primeros capítulos; pero en ellos espone acertadamente el sentido moral y místico de este Profeta.

8.° *Seis homilías sobre Ozías* (7). Tambien llevan el nombre de *Los Serafines*, y están fundadas sobre algunas palabras de Isaías. Estas tambien las pronunció al principio de su predicacion en Antioquía, el año 386, y en ellas esplica la

(1) Stilting: núm. 378.
(2) Tillemont: *Memorias*, art. 29, pág. 78.
(3) Montfaucon: pref., tomo V, párrafo 4.°
(4) Montfaucon: advert., pág. 167.
(5) Se dió este nombre á los puros arrianos.
(6) Stilting, núm. 484.
7 Stilting, núm. 296.

vision de Isaías del Serafin, y prueba contra los anomeos la incomprensibilidad de Dios. Despues refiere la historia del rey Ozías, con cuyo motivo trata de la soberbia y de la humildad, y ensalza la potestad y dignidad del Sacerdote.

Ademas de estos comentarios sobre el Antiguo Testamento, se le atribuye uno sobre el libro de Daniel; pero debe tenerse por dudoso, y otro titulado *Ensayo de esposicion sobre el libro de Job* (1).

ARTÍCULO III.

Esposiciones sobre el Nuevo Testamento.

1.° *Noventa homilías sobre el Evangelio de San Mateo*, pronunciadas el año 390 (2). San Juan Crisóstomo aparece aquí tan notable espositor como predicador elocuente, y son estas mucho mejores que las homilías sobre el Antiguo Testamento. En ellas espone todo este Evangelio en el sentido literal, aplicando las reglas hermenéuticas (3); presenta y examina las diversas sentencias emitidas por otros acerca de puntos oscuros, y no admite las esplicaciones que no están bien fundadas; y, por último, resuelve con habilidad las dificultades que se encuentran en los Evangelios, principalmente en los puntos en que se ve alguna discordancia entre ellos. Ademas, al final de cada una de estas homilías pone los puntos morales que más pueden contribuir á escitar á sus oyentes á la piedad; tanto, que, segun Montfaucon (4), no se encuentra un libro que contenga más preceptos morales y en que recomiende el Crisóstomo con más elocuencia las virtudes y reprenda los vicios.

2.° *Siete homilías ó sermones sobre Lázaro y el rico glotón*, tenidas en Antioquía el año 387. En las cuatro primeras espone la parábola del Evangelista San Lúcas (5), y en las restantes se apodera de alguna de sus partes, y la esplica para algun práctico fin.

3.° *Ochenta y ocho homilías sobre el Evangelio de San Juan*. En ellas esplana todo este Evangelio, y las pronunció igualmente en Antioquía el año 389. Estas homilías son más cortas que las del Evangelio de San Mateo; pero refuta admirablemente á los anomeos; y como estos herejes adulte-

(1) Galland.: *Biblioteca de los antiguos Padres*, tomo VIII, pág. 243.
(2) Tillemont, art. 142, pág. 370.
(3) Winer, crítico de la escuela más severa, reconoce el mérito de este Santo como comentador del sentido literal.
(4) Prefacio al tomo VII de las obras de este Santo.
(5) Cap. XVI, vers. 19.

raban este Evangelio, advierte á sus oyentes que se guarden de sus fraudes. Tambien espone el sentido literal, pero concluye reprendiendo los vicios y recomendando la virtud.

4.° *Cincuenta y cinco homilías sobre los hechos de los Apóstoles.* San Juan Crisóstomo las pronunció en Constantinopla el año 400.

5.° *Cuatro homilías sobre el principio de los hechos de los Apóstoles*, proferidas en Antioquía el año 388. En ellas, despues de algunos preceptos morales, manifiesta que no se deben despreciar los títulos de los libros sagrados, y enseña por qué este libro lleva esa inscripcion, y pone la diferencia que hay entre los hechos y los milagros, y demuestra la potestad y dignidad de los Apóstoles. Finalmente, busca la razon por qué entre la Pascua de Resurreccion y Pentecostés se leé en la Iglesia el libro de las Actas de los Apóstoles.

6.° *Cuatro homilías sobre el cambio de nombre.* Estas las pronunció poco despues de las anteriores. En ellas refiere la conversion de San Pablo y el cambio de su nombre. Despues se propone tratar la cuestion de la imposicion de los nombres que Dios dió alguna vez á los Santos, y cita varios ejemplos de la Escritura y los motivos por qué Saulo fue llamado despues Pablo, y por qué razon no tomó inmediatamente este nombre. Con motivo de la conversion de este Apóstol se ocupa estensamente de la gracia y del libre albedrío, y tambien de la humildad, y siempre que se le ofrece ocasion dirige sus alabanzas á San Pablo.

7.° *Treinta y dos homilías sobre la carta á los romanos*, tenidas en Antioquía el año 391.

8.° *Cuarenta y cuatro sobre la primera carta á los de Corinto.*

9.° *Treinta sobre la segunda*, todas pronunciadas en Antioquía el año 392 (1).

10. Con estas pueden juntarse *tres sobre el matrimonio*, predicadas en Constantinopla (2). San Juan Crisóstomo, tomando las palabras de la primera carta á los de Corinto (3), trata en ellas de la santidad del matrimonio, de su fin, de la mutua caridad de los cónyuges y de la fidelidad conyugal. Despues indica quiénes deben casarse, y prueba que el Matrimonio es indisoluble. No condena las segundas nupcias, pero procura disuadir de contraerlas, y reprueba el adulterio y la fornicacion.

11. *Tres homilías sobre las palabras del Apóstol en su*

(1) Tillemont, art. 143, pág. 372.
(2) Montfaucon, en la advertencia que precede á la edicion.
(3) Cap. VII, vers. 1-4.

segunda carta á los de Corinto (1). Las pronunció en Antioquía á principios del año 388 (2). En ellas trata de la fe, raiz de nuestra salvacion, y manifiesta por qué razon la fe nace en nuestros corazones y se aumenta por las buenas obras, principalmente por la limosna, que recomienda con mucha instancia. Despues prueba que es uno el autor de los dos Testamentos; esto es, Dios, que se acomodó á las circunstancias de los tiempos y de los hombres, y por lo tanto el Antiguo está en armonía con el Nuevo.

12. *El comentario sobre la carta á los gálatas.* Fue escrita en Antioquía, y no está en forma de homilía. San Juan Crisóstomo busca con cuidado las palabras del Apóstol y las esplica, y siempre que se le ofrece ocasion mezcla los preceptos morales, y refuta á los herejes.

13. *Veinticuatro homilías sobre la carta á los de Éfeso.*

14. *Quince sobre la carta á los filipenses,* pronunciadas en el año 393.

15. *Doce homilías sobre la carta á los colosenses.*

16. *Once sobre la primera carta á los de Tesalónica.*

17. *Cinco sobre la segunda carta á los de Tesalónica,* pronunciadas en Constantinopla.

18. *Diez y ocho sobre la primera carta á Timoteo.*

19. *Diez sobre la segunda carta á Timoteo.*

20. *Seis sobre la carta á Tito,* pronunciadas en Antioquía.

21. *Tres sobre la carta á Filemon*: fueron dirigidas contra los detractores de esta carta.

22. *Treinta y cuatro sobre la carta á los hebreos*, pronunciadas en Constantinopla el año 402, y publicadas despues de su muerte (3).

Entre las homilías de San Juan Crisóstomo ocupan el primer lugar las esposiciones sobre estas cartas; tienen un carácter esencialmente práctico, y su estilo es vigoroso y rápido, principalmente en la carta á los romanos.

ARTÍCULO IV.

Homilías de San Juan Crisóstomo.

Las homilías pueden dividirse en tres clases: 1.ª Dogmáticas. 2.ª Morales. Y 3.ª Ocasionales. De todas trataremos en otros tantos capítulos.

(1) Cap. IV, vers. 13.

(2) Montfaucon, lug. cit.

(3) Para todas estas homilías véanse las advertencias de Montfaucon á los tomos XI y XII de la edicion de las obras de este Padre.

HOMILÍAS DOGMÁTICAS.

1.° *Ocho homilías contra los judíos*, pronunciadas en Antioquía el año 387 con el objeto de apartar á los cristianos de los crímenes de los judíos. San Juan Crisóstomo manifiesta en ellas que las fiestas y ayunos mandados en otro tiempo al pueblo hebreo no existian ya, y por lo tanto que no era lícito observarlos; que la ley antigua estaba abrogada en cuanto al culto, pues el tiempo de su observancia habia concluido con la venida del Mesías.

Ademas dice que su templo se habia destruido para no volverse á levantar; que los sacrificios judáicos estaban suprimidos, y estinguido el sacerdocio antiguo. Despues exhorta á los cristianos á que no asistan á sus fiestas ni observen sus ceremonias, procurando atraer á los que habian sido seducidos por los judíos.

Tambien refuta á los *Cuartodecimanos*, que contra la ley de la Iglesia celebraban la Pascua segun la costumbre de los judíos, comenzando y concluyendo los ayunos de la Cuaresma antes que los demas cristianos, y les prueba la falta de razon para obrar de ese modo, y les insta á que entren en la unidad de la Iglesia.

2.° *Doce homilías contra los anómeos*, que tambien se titulan *De la incomprensibilidad de Dios*. Las diez primeras las pronunció en Antioquía el año 387, y las dos restantes en Constantinopla, luego de ascender al Episcopado. En las cinco primeras demuestra con argumentos concluyentes que la naturaleza de Dios es incomprensible á todas las criaturas, y de consiguiente es necesaria la fe para las cosas divinas. En las otras siete prueba con mucha estension que el Hijo es verdadero Dios, igual y consubstancial al Padre, y añade que las palabras y hechos del Evangelio que indican menos dignidad y poder deben entenderse de la naturaleza humana.

3.° *La homilía sobre la resurreccion de los muertos*. En ella prueba sólidamente la verdad de este dogma, y saca de él muchas consecuencias morales.

HOMILÍAS SOBRE LAS FIESTAS DEL SEÑOR.

4.° *La homilía sobre el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo*. Habiéndose establecido recientemente en Antioquía esta festividad, muchos la consideraron como nueva y jamás oida. San Juan Crisóstomo les contesta en esta homilía, dicha el año 386, y el primero de su predicacion.

que debe celebrarse el nacimiento del Señor, probando ademas que este aconteció el 25 de Diciembre.

5.° *La homilía del bautismo de Cristo y de la Epifanía.* En ella habla de dos epifanías, la primera cuando se manifestó á los Magos, y la segunda cuando venga á juzgar al mundo rodeado de majestad y de gloria. Ademas enseña la diferencia que hay entre el bautismo de los judíos y el de Jesucristo, y refiere y esplica las circunstancias que acompañaron al bautismo del Salvador.

6.° *Dos homilías sobre la traicion de Judas,* pronunciadas el juéves de la Semana Mayor. En ellas, tomando ocasion de la traicion de Judas, enseña que el hombre no se separa por necesidad del bien, y que la eleccion entre este y el mal está en su libre albedrío. Despues trata de la cena mística y de la preparacion necesaria para recibir la Eucaristía.

7.° *Dos homilías sobre la Cruz y el Ladron,* pronunciadas el Viérnes Santo. En ellas espone la gloria y la virtud de la Cruz, que abre el paraiso, é introduce en él al ladron, y tantos bienes proporciona á todos. En el mismo dia tuvo otra homilía, titulada *Del cementerio y la Cruz,* en la cual esplana la palabra *cementerio,* y luego describe la magnífica victoria alcanzada por Jesus sobre la muerte, el demonio y el infierno.

8.° *La homilía sobre la Resurreccion,* pronunciada en Antioquía el dia de la Pascua. Despues de demostrar en ella que el ayuno siempre debe continuar, y de reprender á los que durante la Cuaresma se habian embriagado, presenta los frutos de la Resurreccion de Jesucristo, y exhorta á todos á que celebren con alegría espiritual esta festividad.

9.° *La homilía sobre la Ascension del Señor.* San Juan Crisóstomo la pronunció fuera de Antioquía, en una iglesia consagrada á unos mártires. Despues de manifestar en ella el respeto que merecen las reliquias de los mártires, espone la caida del hombre, sus fatales consecuencias y su nueva regeneracion. Por último, esplica por qué los ángeles se aparecieron en la Ascension del Señor.

10. *Dos homilías sobre la Pascua de Pentecostés,* pronunciadas igualmente en Antioquía. En ellas se ocupa de la manera de celebrar las fiestas cristianas; despues refuta á los pneumatómacos, que negaban la divinidad del Espíritu Santo, y por último presenta los dones y frutos, y muy particularmente la caridad del Espíritu Santo.

HOMILÍAS EN ALABANZA DE LOS SANTOS.

11. *Siete homilías en alabanza del Apóstol San Pablo,* pronunciadas en Antioquía. En ellas, con no menos elegan-

cia que talento, ensalza al Apóstol de las gentes y le compara con los Santos del Antiguo Testamento. Luego trata de su vocacion al apostolado, de su caridad y de su celo por Jesucristo. Estas homilías prueban claramente que San Pablo era el ideal de San Juan Crisóstomo, que procuraba, estudiándolo, inspirarse con su ejemplo: en sus actos lo mismo que en sus palabras; en sus pensamientos lo mismo que en sus sufrimientos, se aproximó á su modelo por la firmeza del estilo, la nobleza de sus ideas y el calor del sentimiento.

12. *Homilías sobre algunos Santos del Antiguo Testamento*, á saber: de Job, de Eleázaro, de los siete hermanos Macabeos, y de su madre. En la primera recomienda la paciencia, y en las tres últimas la fortaleza en las persecuciones.

13. *Homilías sobre los santos mártires*. En ellas celebra en general el valor y la constancia de los mártires, y pinta con gran elocuencia la recompensa que han obtenido en el cielo.

14. *Muchas homilías en honor de algunos mártires*, en su mayor parte orientales, tales como San Ignacio mártir, San Babil, San Cilogonio, Eustaquio y Melecio; y tambien de San Luciano, Juventino Romano, Máximo, Juliano, Barlaan, Focas y los mártires egipcios, y además de Santa Pelagia, Bernice y Prosdoce, con la madre de estas, y por último de Santa Droside. Estos panegíricos reasúmen enérgicamente sus pensamientos sobre los combates, las victorias, la imitacion de los Santos, así como el culto debido á sus reliquias. En todos los discursos de este género el tono del orador es solemne é inspirado, el estilo igual, y el asunto seguido sin digresiones estrañas.

ARTÍCULO V.

(CONTINUACION.)

Homilías morales y ocasionales.

Todas las homilías de San Juan Crisóstomo tratan en cierto modo de la reforma de costumbres; pero hay algunas donde su principal argumento es moral, y entre estas pertenecen:

1.ª *Dos catequesis á los que han de ser iluminados*, predicadas en Antioquía al principiar la Cuaresma del año 387. La primera es muy parecida á la procatequesis de San Cirilo de Jerusalen, y enseña en ella á los catecúmenos lo que deben

saber antes de recibir el Bautismo; reprende á los que retardan este Sacramento hasta la muerte; esplica varios nombres del Bautismo; presenta la diferencia que hay entre este y el de los judíos, y prepara á los que han de recibirlo á resistir los ataques del demonio. En la segunda esplica los deberes de los catecúmenos, y les manifiesta las renuncias que hacen en el Bautismo. Con estas homilías va unida la de la *Penitencia*, dirigida á los recien bautizados, para exhortarlos á que resistan fuertemente á las tentaciones en lo espiritual, y les recomienda muy particularmente la continencia, á cuyo fin les presenta el ejemplo de José.

2.ª *Tres homilías sobre el diablo tentador.* En ellas San Juan Crisóstomo, despues de defender á la divina Providencia y de demostrar el libre albedrío del hombre, manifiesta que el demonio, como cobarde, no vence por la fuerza, sino que engaña con sus fraudes: que ninguno puede ser dominado por él, sino solamente aquellos que lo quieren, ya por su desidia, ya por sus malas inclinaciones, todo lo cual confirma con el ejemplo de Adan *vencido* y de Jacob *vencedor*. Ademas refuta á los que decian hubiera sido mejor destruir completamente el poder del demonio, y enseña por qué no ha sucedido así, y concluye recomendando la penitencia.

3.ª *Nueve homilías sobre la Penitencia,* predicadas, segun parece, en la Cuaresma (1). La primera es una fuerte exhortacion á la penitencia, y recomienda se huya no menos de la desesperacion que de la pereza y de la desidia. En la segunda y tercera presenta varias clases de penitencia, como la confesion, las lágrimas, la humildad, la limosna y la oracion continua. En la cuarta enseña, á los que han alcanzado el perdon de los pecados, cómo se han de conducir para no volver á caer. En la quinta y sesta exhorta al ayuno y á la guarda de los ojos. En las tres restantes espone la misericordia de Dios para con el pecador, la necesidad de la penitencia y la astucia del demonio para impedir la compuncion, y concluye reprendiendo á los cristianos por la negligencia en recibir la Eucaristía.

4.ª *Dos sermones del consuelo en la muerte.* En el primero presenta los motivos por los cuales los cristianos pueden y deben consolarse en la muerte de las personas que les son queridas; y en el segundo espone las pruebas de la resurreccion de los muertos.

5.ª En otras homilías recomienda á los cristianos *la caridad*, y con ella *el amor á nuestros enemigos*, la limosna como su fruto principal, y la oracion; en algunas pone á la

(1) Tillemont, art. 37, pág. 101.

vista la fragilidad de la vida presente, y manifiesta la manera de hacer fáciles los preceptos evangélicos. Ademas se encuentran frecuentemente en sus homilías exhortaciones á los cristianos para que asistan á la Iglesia, reciban los Sacramentos y lean la Sagrada Escritura. Habiendo en una de ellas disgustado á algunos al tratar de la necesidad de prepararse debidamente para recibir la Sagrada Eucaristía, les hizo ver en otra que no predicaba para dar gusto á los hombres; con cuyo motivo espone sus deberes y los de los oyentes, é insiste en que para recibir ese Sacramento es preciso un exámen detenido sobre nuestra conciencia, y una verdadera penitencia. Con igual celo reprende en muchas homilías los vicios, y principalmente la embriaguez, los placeres sensuales, el lujo de los ricos y la costumbre de jurar, y ademas á los que frecuentaban el circo y los teatros, por cuyas diversiones abandonaban el culto divino y se esponian á grave peligro de pecar.

HOMILÍAS OCASIONALES.

1.ª *Veintiuna sobre las estatuas*, dirigidas al pueblo de Antioquía, en la Cuaresma del año 387, por el motivo que tenemos indicado en su vida. En la primera, pronunciada en presencia de las turbas en la iglesia llamada *la Antigua*, y tomando unas palabras de San Pablo(1), habla del uso moderado del vino, y espone las causas por qué Dios permite que los justos sean afligidos. En la segunda, pronunciada siete dias despues, presenta el estado miserable que ofrecia la ciudad, y procura consolar á sus oyentes al ver el abatimiento general, manifestando su propio dolor, y convida á las islas vecinas á que les acompañen en su pena. En la tercera y cuarta los exhorta á que hagan penitencia, recomendándoles el ayuno, que no consiste solo en privarse de algunos alimentos, sino de toda obra mala; y los anima á que esperen en la embajada de su Obispo Flaviano. En la quinta y sesta, creyendo que el pueblo está más tranquilo, les hace ver las ventajas que se sacan de las aflicciones, y tomando por ejemplo á Job, les prueba que la pobreza vale más que las riquezas, y el dolor más que los placeres, procurando al mismo tiempo arrojar de ellos la tristeza y el temor. En la sétima y octava, despues de decirles que las lágrimas son útiles solo para llorar los pecados, les manifiesta que en la Escritura se encuentra el verdadero consuelo, á cuyo propósito les espone el principio del *Genesis* para que considerasen los beneficios que Dios nos habia hecho. Desde la novena á

(1) 1.ª á Timoteo, cap. v, vers. 23.

la duodécima prueba que no fue necesario que se escribiese la Escritura en el principio, pues por la tradicion se conservaba el conocimiento de Dios, su santa voluntad y otras verdades. Desde la décimatercera á la décimasétima, con motivo de los rumores esparcidos sobre los castigos que iban á caer sobre el pueblo, procura consolarlos. Desde la décimaoctava á la veinte les prueba la vanidad de las cosas de este mundo, y dirigiéndose despues á los que han de imponer el castigo, les hace ver que bastante castigados estaban, pues unos andaban errantes por los campos, y otros ocultos en las cuevas, llenos de temor y de vergüenza. En la veintiuna, despues de saberse el indulto, da gracias á Dios y al Emperador, y celebra la clemencia de este.

2.ª *Algunas homilías sobre el terremoto*, pronunciadas, unas en Antioquía y otras en Constantinopla, en las cuales hace ver la sabiduría de Dios en estas calamidades; y tomando de aquí ocasion, trata de la fragilidad de las cosas de este mundo, y exhorta á todos á la penitencia y á seguir una vida más perfecta.

3.ª *La homilía á Eutropio*. Era este un eunuco del Emperador, que habia puesto grande empeño en que se aboliese el derecho de asilo que tenian las iglesias. No pasó mucho tiempo sin que él mismo tuviera necesidad de la proteccion del templo. San Juan Crisóstomo improvisó con este motivo una notable homilía, no para insultar al afligido, sino para demostrar cuán peligroso sea el abusar del poder, y le exhorta á que haga penitencia por sus culpas pasadas.

ARTÍCULO VI.

Opúsculos dogmáticos de San Juan Crisóstomo.

Los opúsculos, unos son dogmáticos y otros morales: aquí trataremos de los primeros, y de los segundos en los dos artículos siguientes.

OPÚSCULOS DOGMÁTICOS DE SAN JUAN CRISÓSTOMO.

1.° *La demostracion de que Jesucristo es Dios, contra los judíos y gentiles*. Parece que está mutilado al final, pues solo trata contra los gentiles (1). San Juan Crisóstomo prueba en este libro que Jesucristo es Dios, con las profecías del Antiguo y Nuevo Testamento. En el núm. 1.°, despues de demostrar el poder de Jesucristo por la admirable propaga-

(1) Stilting, núm. 236.

cion de su Iglesia por todo el mundo, desde el núm. 2.° al 7.° añade que esto no fue efecto de la casualidad ó de la fuerza, sino por ordenacion divina; y á este propósito cita las antiguas profecías, en donde no solo está anunciado este acontecimiento, sino tambien todas las circunstancias de la vida de Jesucristo, la vocacion de los gentiles á la fe, y la reprobacion de los judíos. Desde el 8.° al 10 espone con mucha elegancia la gloria y virtud de la Cruz, que antes habia sido señal de ignominia. Desde el 11 al 14 pasa á las profecías del Nuevo Testamento, y demuestra que algunas ya se han cumplido, citando la propagacion del cristianismo, á pesar de las dificultades que le opone el infierno. Desde el 15 al 17 presenta la profecía de Jesucristo respecto á la destruccion de Jerusalen y su templo, y hace ver su exacto cumplimiento.

2.° *El libro sobre San Babil contra Juliano y los gentiles*, escrito en Antioquía el año 383, cuando todavía era diácono (1). Desde el núm. 1.° al 3.° prueba la verdad de la Religion católica por los milagros de Jesucristo y de los Apóstoles, y dice que los gentiles no pueden presentar milagros verdaderos en favor de su doctrina. Despues manifiesta que Jesucristo, bueno y misericordioso, no solo destruyó con su venida las vanidades de los paganos, sino que ademas quiso se aprovechasen de su obra. Luego prueba que dejó en la Iglesia la potestad de hacer milagros para que brillase la verdad, y que por unos hombres sin letras, y á pesar de los obstáculos que les ponian los príncipes, los filósofos y los sacerdotes, se propagó la Religion por todas partes. Desde el 4.° al 10 confirma todo lo dicho con la historia de San Babil, quien, por haber prohibido al Emperador Felipe la entrada en la iglesia, sufrió el martirio con admirable constancia (2). Desde el 11 al 13 refiere que el Emperador Galo trasladó sus reliquias á las inmediaciones de Dafne, donde estaba el templo de Apolo, y que despues Juliano las mandó quitar por exigirlo así el haber enmudecido el oráculo, cuando se llevó allí el cuerpo de este mártir; pero los cristianos le llevaron en triunfo á la ciudad, y la noche siguiente el templo de Apolo fue consumido por las llamas, y concluye manifestando el castigo de este Emperador. En estos dos opúsculos se prueba la divinidad de Jesucristo y la verdad de la Religion católica por las profecías y los milagros, y se presenta con mucho ingenio la mutua relacion de estas pruebas.

---

(2) Tillemont, art. 12, pág. 31.

(3) Algunos autores creen que fue al Emperador Decio á quien prohibió la entrada en la iglesia, y quien despues le hizo sufrir el martirio.

ARTÍCULO VII.

Opúsculos morales.

Los opúsculos morales de San Juan Crisóstomo se pueden dividir en tres clases, segun el tiempo en que fueron escritos. Pertenecen á la primera los que escribió siendo monge; á la segunda cuando era diácono, presbítero ú Obispo, y á la tercera los que compuso en su segundo destierro.

OPÚSCULOS MORALES ESCRITOS POR SAN JUAN CRISÓSTOMO SIENDO MONGE.

1.° *Dos libros á Teodoro.* Son propiamente exhortaciones, escritas en forma epistolar el año 373, y entre uno y otro libro media algun intervalo de tiempo, y está dedicado á su amigo Teodoro (1). Este era un jóven que á instancias de San Juan Crisóstomo habia dejado la profesion del foro y se habia consagrado á los ejercicios de la piedad con voto de continencia, uniéndose con algunos monges que vivian en la ciudad de Antioquía. No fue, sin embargo, constante en su resolucion, pues volvió á ocuparse nuevamente de los negocios, y llegó ademas á enamorarse de una jóven. San Juan Crisóstomo tuvo noticia de esto, y poseido de un gran dolor le escribió estos libros. En el primero le exhorta y suplica á que vuelva á su retiro, y haga penitencia por su pecado. A este propósito le describe las penas del infierno y las delicias de la gloria, y compara con ella la brevedad y vanidad de esta vida. Ademas le amonesta para que no desespere, y le anima á que tenga confianza, pues todavía puede, no solo reparar el mal, sino alcanzar mayor santidad, lo que demuestra con algunos ejemplos. En el segundo se hace cargo de los pretestos que alegaba Teodoro, que consistian en la obligacion de atender á los negocios de su casa. San Juan Crisóstomo le pone á la vista, tan breve como elocuentemente, los peligros del mundo y los cuidados y molestias del matrimonio, con el objeto de separarle del siglo.

2.° *Dos libros de la compuncion.* El primero, dedicado á su amigo Demetrio, y el segundo, escrito poco despues tambien á su amigo Estelequio. En ellos trata con mucha elegancia de la necesidad de la penitencia y de la compuncion, y espone los medios para conseguirla.

3.° *Tres libros contra los enemigos de la vida monástica*, que por la semejanza de materia merecen juntarse con el

(1) Stilting, lugar citado, núm. 72.

titulado *Comparacion del Rey y del monge*, escritos ambos por los años 376, cuando el Emperador Valente, muerto su hermano Valentiniano, perseguia á los cristianos, y particularmente á los monges, á quienes arrojaba de sus Sillas, los obligaba al servicio militar, y, lo que todavía es peor, los encarcelaba. San Juan Crisóstomo se hallaba entonces en el desierto, y los monges le rogaron que defendiese la vida monástica, á cuyo fin escribió estos dos libros. En el primero, y desde el núm. 1 al 6, hace ver el peligro que corren los que persiguen á los Santos y amigos de Dios, añadiendo que esos se dañan á sí mismos, lo cual demuestra con el ejemplo de los judíos, que, segun el testimonio de Josefo, sufrian tantas desgracias por haber muerto á Jesucristo y maltratado á sus Apóstoles; y prueba ademas que las buenas obras son tan necesarias para alcanzar la salvacion como la fe. Desde el 7 al 8 demuestra que los que están en el siglo no pueden llevar una vida tan pura como los que viven en la soledad, y añade que el mismo castigo que cayó sobre los judíos tendrán los que persiguen á los monges. En el segundo se dirige á un padre gentil, cuyo hijo, despues de haber abrazado la fe cristiana, se habia retirado á la soledad, y le prueba con razones y ejemplos tomados de los filósofos griegos, que aquel que todo lo desprecia es el más rico, y alcanza más brillo y poder con la virtud que el que hubiera conseguido en el siglo con las riquezas. En el libro tercero, desde el núm. 1 al 7, habla estensamente á un padre cristiano, y le advierte, con algunas razones sacadas de la naturaleza de la Religion cristiana, que no arranque al hijo de la soledad, con cuyo motivo describe admirablemente los peligros que corre la salvacion de los que viven en el siglo, y recomienda á los padres la obligacion que tienen de educar bien á sus hijos y procurarles su salvacion; y por último, manifiesta los peligros que ofrecia la ciudad de Antioquía. Desde el 8 al 12 trata de la educacion piadosa y científica, y de su mutua relacion. Desde el 13 al 20, que el monge, aunque carezca de erudicion, dice, influye mucho en la vida de las almas de los que viven en el siglo.

El opúsculo de que hemos hablado, titulado *Comparacion del Rey y del monge*, prueba elegantemente que los que se dedican á la filosofía (1), esto es, á la vida monástica, son verdaderamente Reyes, y aun más ricos y poderosos, pues son más fuertes que el Rey en la guerra, más pródigos en los beneficios, y más santos en la muerte.

---

(1) Desde el siglo IV, los Padres y escritores eclesiásticos daban el nombre de filosofía cristiana, ó simplemente de la filosofía, á la perfeccion cristiana.—Eusebio: *Historia eclesiástica*, lib. VI, cap. IX.

4.° *Tres libros al monge Stagirio, vejado por el demonio*, escritos en el monasterio, ó siendo ya diácono. Este Stagirio, amigo de Crisóstomo, de noble alcurnia, habiendo dejado el mundo, abrazó la vida monástica, pero no hizo mucho caso al principio de sus prácticas. Por permision de Dios fue atormentado fuertemente por el demonio, tanto, que algunas veces tenia pensamientos de quitarse la vida. Viendo que no conseguia, á su juicio, aplacar á Dios, se apoderó de él una gran melancolía. Para consolarlo en su dolor, San Juan Crisóstomo escribió estos tres libros, y en el primero, para aprovechar en utilidad de Stagirio aquella tristeza y abatimiento, habla elegantemente de la providencia de Dios, quien, guiado por su amor, no solo aflige á los malos, sino tambien á los buenos, pero todo para su utilidad; y para fortalecer en los hombres la fe acerca del cielo, del juicio y del infierno, en el segundo y tercero, con el fin de amenguar algun tanto el dolor de Stagirio, prueba con muchas razones y ejemplos del Antiguo y del Nuevo Testamento, desde Adan hasta San Pablo, que Dios envió grandes tribulaciones á sus más caras criaturas, pero con el fin de darles una corona de gloria más espléndida; prueba despues que se sacan inmensos bienes de las calamidades, confirmando esto con el ejemplo del mismo Stagirio, que, venciendo su negligencia, era ya uno de los más fervorosos siervos de Cristo. Finalmente, busca la razon por qué Dios nos dió una naturaleza susceptible de tristeza, y cuáles son las causas que deben entristecer al hombre. El objeto de estos libros fue presentar las miras de Dios en la felicidad aparente de los malvados, y la desgracia de los buenos. Estos, con los siete contra los judíos, son los únicos escritos de San Juan Crisóstomo que tienen un carácter apologético; sin embargo, las verdades prácticas están siempre en primer lugar.

ARTÍCULO VIII.

Opúsculos morales escritos por San Juan Crisóstomo siendo presbítero y Obispo, y en su segundo destierro.

1.° *Seis libros del Sacerdocio*, compuestos en forma de diálogo, y son, por su estilo y elocuencia, más escelentes que todos los otros escritos de San Juan Crisóstomo, y no se encuentra tampoco entre los antiguos un libro que trate más elegante y dignamente de las funciones del sacerdocio, por lo cual los eruditos de todos los tiempos han colmado de

alabanzas esta preciosa obra (1). Estos libros los escribió cuando se retiró á la soledad, ó despues, siendo ya diácono ó presbítero (2). Despues de haberse sustraido á la ordenacion episcopal, y haber inducido á su amigo Basilio con prudente disimulo á aceptar aquella dignidad, se propuso hacer la apología de su conducta, y hacer ver á los de Antioquía por qué renunció á su elevacion al Episcopado, y por qué tambien ocultó á su amigo sus intenciones; todo con el fin de que cesaran las calumnias y dicterios con que se le motejaba. Así es que en la primera parte de su apología, y desde el núm. 1 al 6, espone su grande amistad con Basilio, su fuga y la ordenacion de aquel; pero como se quejase Basilio de que habia sido engañado por Crisóstomo, este le contesta que no siempre la astucia es mala, sino que, al contrario, es á veces muy digna y laudable, probando esto con muchos ejemplos; y concluye demostrando elocuentemente que, atendidas la caridad, prudencia, y demas grandes dotes de Basilio, y á pesar de haber ocultado, sin mentir, sus propósitos, fué de gran provecho su modo de proceder á la Iglesia y á Basilio. En la segunda parte de su apología, y libro II, se propone rebatir á los que, atribuyendo á cálculo su huida, decian que habia hecho una grande injuria á los Obispos, y que solo buscaba en ella vanagloria y nombradía. A estos responde que no deben cuidarse mucho de las ofensas ajenas, y que ademas nunca pensó que huyendo ofendia á los Obispos, sino que antes bien, rehusando el Episcopado, creia honrarlo sobremanera, cerrando así la boca á la maledicencia de los hombres. En el libro III, desde el núm. 1 al 2, prueba que no lo hizo por soberbia y vanagloria, sino porque le arredraba el gran peso del cargo episcopal: del núm. 3 al 6 habla de la escelencia de la dignidad sacerdotal, fundándose sobre todo en la potestad que tienen los sacerdotes de consagrar el cuerpo y sangre de Jesucristo, de absolver los pecados y unir al hombre con Dios en el sacramento de la Penitencia y del Bautismo. Del 7 al 10 arguye con San Pablo que la escelencia del Episcopado debe ser más bien rehuida que deseada, ya por las cualidades que se requieren en un buen Obispo, y que él confiesa no tenia, ya por los inmensos peligros de que está rodeado; añadiendo que solo los hombres de gran mérito pueden desempeñarlo felizmente; pero que si no lo son, pueden ocasionar grandes daños á la Iglesia. Desde el 10 al 17 enumera las dotes necesarias en un buen Obispo, á saber: primero, no desear serlo: segundo, que tenga mucha prudencia, circunspeccion,

(1) San Isidoro Pelusiota, lib. I, cap. CLVI.
(2) Stilting, núm. 129; y Sócrates, lib. VI, cap. III.

vigilancia y fortaleza de ánimo para vencer todas las dificultades y desempeñar debidamente su cargo. Añade en el libro IV, núm. 1 al 2, que el que siendo indigno consiente en ser ordenado Obispo, es reo de un gran delito, juntamente con los que hayan sido causa de ordenarlo. Desde el 3 al 9 dice que para que la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, sea bien gobernada, es necesario, ademas del buen ejemplo, la predicacion de la palabra de Dios; de aquí infiere cuánta ciencia deberá tener un Obispo, pues está obligado á anunciar la verdad, y á refutar á los herejes é incrédulos, para lo que se requiere suma prudencia, elocuencia, dialéctica y esperiencia, todo lo cual prueba por los preceptos del Apóstol San Pablo. En el libro V espone más particularmente las condiciones del orador sagrado, á saber: fuerza en el decir, y desprecio de los aplausos; y dice que esto se consigue con mucho estudio y ejercicio, y con humildad; que debe estar libre del odio y de la envidia; que no debe temer mucho las injustas acusaciones, ni tampoco dejar de desmentirlas siempre; y finalmente, que el orador divino debe escluir todo afecto humano, y agradar solamente á Dios. En el libro VI, y num. 1, espone la gran responsabilidad que el Obispo tiene ante Dios. Del 10 al 11 prueba que es más difícil ser buen Obispo que buen monge, pues en el primero se necesita más santidad, más tacto y prudencia; está espuesto á mayores peligros, y si delinque incurre en mayores penas que el segundo. Del 12 al 19, despues de demostrar que su temor fue muy justo, dice con elegantes palabras que su espíritu está más tranquilo que si hubiera sido Obispo, con cuya ocasion describe el combate espiritual que sostuvo para negarse á aceptar aquel cargo, y concluye por consolar á su entristecido amigo Basilio. Este tratado, en que se remonta San Juan Crisóstomo de la apología personal á la importancia general del asunto, es una obra maestra, llena de ideas oportunas, de rasgos brillantes, de pensamientos profundos; máximas que despues han servido de regla constante para el buen desempeño del ministerio sacerdotal.

2.° *Un libro sobre la virginidad*, en el cual, no solo ensalza esta virtud, sino que ademas da á las vírgenes escelentes consejos para vivir en santidad: lo escribió probablemente siendo diácono (1). En él San Juan Crisóstomo, desde el núm. 1 al 11, para fijar debidamente la dignidad de la virginidad, impugna primero á los herejes que condenaban el matrimonio, y observa que con esas doctrinas, no solo les es inútil la virginidad, sino hasta perjudicial, y asegura que deprimian esta virtud los que reprobaban el matrimonio,

(1) Montfaucon, anotaciones á este libro, pág. 267.

haciendo notar que es más escelente la virginidad siendo superior al matrimonio que siendo solamente una virtud opuesta á un vicio; y con estos antecedentes, del núm. 12 al 13 la recomienda como consejo evangélico y como cosa grande, pero difícil. Despues, en el núm. 14, presenta la cuestion ¿por qué Dios instituyó el matrimonio, siendo más perfecto el celibato? ¿Por qué Dios crió á la mujer que no sirve para la procreacion? ¿Y si pereciera el género humano siendo todos los hombres vírgenes? Para resolver estas dificultades, del núm. 14 al 19 se remonta á la creacion de nuestros primeros padres en el estado de naturaleza íntegra, y enseña que si Adan hubiera perseverado en la justicia original con su esposa, hubiera vivido exento de estímulos voluptuosos, y permanecido en una perfecta virginidad; pero que los primeros hombres, violando el precepto divino, y hechos mortales y corruptibles, perdieron la gloria de la virginidad, juntamente con aquella vida felicísima, y que el pecado fue causa del matrimonio: añade despues que el género humano no se propaga por el matrimonio, sino por la bendicion de Dios, y que si los hombres no hubieran pecado, Dios hubiese propagado el género humano por otros medios desconocidos. De aquí infiere que el matrimonio, aunque hijo del pecado, no es malo en sí, sino que por la bondad de Dios está instituido para remedio de la flaqueza humana, y que más bien está para apagar la concuspiscencia que para la procreacion de los hombres. Despues increpa severamente á los que impugnan la virginidad, y esplanando el capítulo VII de la 1.ª carta á los corintios, prueba con abundantes razones que es más perfecto el celibato que el matrimonio, describiendo á este propósito las grandes incomodidades de este, y la paz y tranquilidad de aquel. Finalmente, concluye amonestando á los casados á que vivan como si no lo estuvieran, y á los célibes á que practiquen las virtudes propias de su estado virginal.

3.° *Dos libros á una jóven viuda*, escritos igualmente siendo diácono (1). Habiendo muerto Terasio, insigne por su piedad, á los cinco años de un feliz matrimonio, San Juan Crisóstomo se propuso consolar á su afligida viuda. Desde el núm. 1 al 2 pone á su vista el cuidado especial que tiene Dios de las viudas, y ensalza, con San Pablo, la honesta viudedad. Desde el 3 al 7 demuestra que no se debe llorar la muerte de los buenos, sino, al contrario, alegrarse en ella. Despues espone la inconstancia de los bienes terrenos, y la amonesta que ponga su atencion en los imperecederos,

(1) Montfaucon, observaciones previas, pág. 336.

donde descansa su esposo. Ademas le indica claramente que no contraiga segundo matrimonio, sino que permaneciendo en la viudez, piense solamente en unirse al celestial esposo. En el libro segundo (1) habla en general á las viudas jóvenes, y trabaja por persuadirlas á que permanezcan en ese estado, no porque el segundo matrimonio esté condenado, sino porque así podrán unirse más libremente á Jesucristo.

4.° *El libro de las intrusas*, escrito en Constantinopla, luego de su elevacion al Episcopado (2). Habia entonces la depravada costumbre de tener los clérigos en sus casas vírgenes consagradas á Dios, so pretesto de que vivian como hermanos, y porque decian las vírgenes que necesitaban quien las dirigiese. En el libro primero, dirigido á los clérigos, condena con vigor esta clase de sociedad, y espone los inmensos peligros á que están espuestos; pues, aun cuando no hubiese más razon que el escándalo, no infundado, de muchos, debieran disolverse tales sociedades. En el libro segundo increpa á las vírgenes regulares que admiten varones en sus casas, y dice que más vale contraer matrimonio que conservar de esa manera la virginidad, describiendo al propio tiempo las costumbres de las verdaderas vírgenes.

5.° El libro intitulado: *Ninguno es dañado sino por sí mismo*, tiene mucha relacion con el titulado: *De los que se escandalizan en las adversidades* (3). San Crisóstomo lo escribió cuando estaba desterrado, perseguido en el desierto por los bárbaros, y en la convalecencia de una grave enfermedad, para alentar á sus fieles amigos (4). En ellos muestra San Juan Crisóstomo una grandeza de ánimo que acaso no se encuentra en toda la historia. En el primero inquiere lo que es daño, y en qué cosas suele presentarse, y demuestra con varias razones y ejemplos que ni la pobreza, ni la ignorancia, ni la enfermedad, ni todas las miserias de este mundo, pueden afligir al que está ayudado de la gracia de Dios. La razon principal la toma del fin del hombre; porque este no ha sido criado para las delicias del mundo, sino para vivir con rectitud, servir á Dios y merecer la vida eterna. El libro segundo es una magnífica defensa de la Providencia, cuyos actos son buenos y laudables, aunque no aparezcan como tales á primera vista. Despues resuelve la cuestion por qué Dios permite en el mundo herejes, escándalos y toda clase de maldades; y con ejemplos de la Sagrada Escri-

(1) Este segundo libro, tenido por algunos como homilía, lleva el título particular de *No deben contraerse segundas nupcias.*

(2) El primero se titula: *Contra los que tienen vírgenes intrusas*, y el segundo: *Las vírgenes no deben vivir con los hombres.*

(3) Montfaucon, lugar citado, pág. 444 y 464.

(4) Carta cuarta, núm. 4, de San Juan Crisóstomo.

tura, y principalmente con los testimonios de las primeras persecuciones, hace ver que para los buenos todas las cosas son provechosas, y que no desconfian de Dios á pesar de todas las calamidades. Por último, concluye diciendo que sobre todo está la retribucion que al fin recibirán los buenos.

ARTÍCULO IX.

Cartas de San Juan Crisóstomo y obras dudosas, apócrifas y perdidas.

Existen todavía 232 cartas de San Crisóstomo, de las cuales, á escepcion de una, todas las escribió en su último destierro (1), y pueden dividirse cómodamente: 1.° En históricas. 2.° Consolatorias. 3.° De recomendacion. 4.° Familiares.

1.° *Cartas históricas.* A este número pertenecen las escritas al Papa Inocencio y á muchos Obispos, participándoles el estado en que se encontraban sus negocios, el lugar de su destierro, las incomodidades que le habian hecho sufrir, la paz que disfrutaba su alma á pesar de tantas tribulaciones, y las enfermedades que padecia su cuerpo. Tambien se ocupa en ellas de las necesidades de su Iglesia, y de otras muchas.

2.° *Cartas consolatorias.* Estas son muchas, y tanto por su forma elegante como por la materia de que tratan, tienen suma importancia. San Juan Crisóstomo las dirige en su mayor parte á Obispos, presbíteros, diáconos, diaconisas y á legos muy distinguidos; á unos se queja de los males que sufre la Iglesia, y á otros les suplica que miren por los desgraciados. Tambien escribe á Olimpia, diaconisa de Constantinopla, para mitigar su dolor con algunas razones y ejemplos de la Sagrada Escritura; le advierte ademas que Dios permite las tribulaciones para probar á los justos, por cuya razon deben sufrirse con alegría. En alguna de estas cartas consuela á los padres por la pérdida de algun hijo, y al prefecto de Constantinopla por la de su hermano, y tambien consuela á un jóven que estaba disgustado por los negocios domésticos.

3.° *Cartas de recomendacion.* San Juan Crisóstomo las dirige á sus amigos, á quienes ruega favorezcan á sus recomendados en todo lo que les sea posible.

4.° *Cartas familiares.* Estas son en gran número, y en ellas se deja ver su caridad y su sincera amistad: ensalza la piedad de los amigos á quienes escribe, les manifiesta su tranquilidad en medio de los padecimientos, y les da gracias

(1) Stilting, núm. 1,305.

por el interes que se toman por él. Ademas manifiesta su gratitud á los Obispos que por defender la Iglesia sufrian alguna persecucion, y los exhorta á que perseveren con valor en su buena obra. En estas cartas se encuentran muchas exhortaciones morales, ya recomendando que no se retarde el Bautismo, ya que se huya de las vanidades del mundo; ora procura la paz en los matrimonios, ora, en fin, felicita á otros por sus dignidades obtenidas.

OBRAS DUDOSAS, APÓCRIFAS Y PERDIDAS.

Entre sus obras dudosas se encuentran:

1.° *La sinopsis de la Sagrada Escritura, con la proteosia de la misma*, que le atribuyen algunos manuscritos; pero es muy verosímil que se escribió más posteriormente. 2.° El comentario sobre el libro de Daniel. 3.° El encomio de San Gregorio el Iluminador. 4.° Las homilías sobre San Baso, San Pedro, Apóstol, San Elías, Profeta, San Abraham, Patriarca, Santa Tecla y Santo Tomás, Apóstol. 5.° Seis discursos sobre el Hado y la Providencia, y dos sobre la pecadora (1). 6.° La liturgia (2). 7.° Las églogas de diversas homilías de San Juan Crisóstomo, que si bien la forma no es suya, su doctrina le pertenece. Tambien se publicaron con el nombre de *Flores de San Crisóstomo*.

Así como este Padre es el que más obras genuinas tiene entre los griegos, así tambien es á quien se le atribuye mayor número de apócrifas, muchas de las cuales se hallan en los apéndices á sus obras; pero ademas están: 1.° Siete libros del sacerdocio. 2.° El tratado contra los judíos, gentiles y herejes. 3.° El tratado de la ley natural y de la consubstancialidad de la Trinidad. 4.° Una homilía sobre Melquisedech. 5.° La homilía de los falsos profetas y doctores. 6.° Trece homilías. 7.° Una obra imperfecta sobre San Mateo (3).

ARTÍCULO X.

Carácter, estilo y doctrina de San Juan Crisóstomo.

En San Juan Crisóstomo, imágen viva de la Iglesia oriental, como San Agustin lo fue de la occidental, se reunen natural claridad en la locucion, fuerza de raciocinio, riqueza y atrevimiento de imágenes; y toda la ciencia de su

(1) Advertencias previas á estas homilías.
(2) Tillemont, art. 47.
(3) Stilting, núm. 280.

siglo, las leyes, la educacion, el estado de la milicia, del comercio, de la industria, de las ciencias, de las artes, todo, en fin, se halla consignado en sus obras. Como orador tiene cualidades eminentes. Gran conocedor de todas las maneras y giros elegantes de la lengua griega, sabia todos los modos con que puede ser dispuesta y variada una palabra. Observador concienzudo de los afectos del alma, de los estravíos de la imaginacion y de las tenacidades del espíritu; entusiasta de la dignidad del hombre, teólogo, moralista é intérprete fiel en sus formas de los preceptos de la academia y del pórtico; ora lleno de generosa indignacion para combatir los vicios, ora con compasiva ternura, alentando á los desconsolados habitantes de Antioquía, que, sublevados, temen el furor imperial; interponiendo unas veces su influencia con el César y sus emisarios para alcanzar su perdon, y otras pidiendo clemencia al pueblo, cuando iba á dar muerte al favorito que le habia tiranizado por largo tiempo, el Crisóstomo parece multiplicarse á nuestra vista.

Su estilo es ardiente y vigoroso, su espresion sencilla, clara y viva, su discurso lleno de arte y de movimiento. Su forma, es constantemente clásica, mientras que su pensamiento se lanza sublime, nuevo y atrevido más allá de las formas que le sirven sin avasallarle. Pero á estas eminentes cualidades, San Crisóstomo une los defectos de los retóricos de su tiempo. Su estilo es muchas veces desigual, recargado, rudo y ampuloso. El estudio de los escritores antiguos, especialmente de Platon y Demóstenes, hace que sus obras respiren el genio antiguo.

En cuanto á su método de exégesis, fundó con Carterio, Diodoro de Tarso, Eusebio y Doroteo un género de simple interpretacion gramatical. Antes de él habia dominado primero la interpretacion literal, que no se elevaba sobre la letra muerta: vino despues la exégesis alegórica, que, desarrollada por Orígenes, se perdia muy fácilmente en las especulaciones fantásticas, y quebrantaba la base objetiva de las verdades cristianas. San Juan Crisóstomo, en la interpretacion puramente gramatical, considera el sentido de la palabra, las cualidades de la persona que habla, el objeto de que habla, la relacion de la verdad en cuestion con otras verdades y con el conjunto de la revelacion, y las consecuencias de esta verdad para la vida moral. Su exégesis es una serie continua y corriente de sabias investigaciones y de exhortaciones prácticas, y se estiende casi sobre todo el Antiguo y Nuevo Testamento.

San Juan Crisóstomo, en fin, poseia una incesante actividad, una fuerza de persuasion increible, una noble independencia, una prudente moderacion cuando era preciso es-

perar, una voluntad firme y enérgica cuando era necesario obrar, y una presencia seductora. Su solicitud lo abrazaba todo; edificaba á los fieles por la pompa del culto y por la belleza de sus discursos; ayudaba á los pobres, á los enfermos y estranjeros, construyendo para ellos hospitales, baños y hospicios; velaba por los intereses de la Iglesia con la severa disciplina que sostenia en el clero, con los escelentes sacerdotes que formaba, con los misioneros que enviaba á Fenicia y Asia, y con la energía que desplegaba contra los arrianos, novacianos y anomeos.

«Como la causa de San Juan Crisóstomo, dice un historiador (1), era la de toda la Iglesia, los santos Pontífices de su siglo y los doctores más célebres se han disputado la honra de hacer el elogio de sus obras, y su más perfecta y entusiasta apología.»

Aunque las obras de San Juan Crisóstomo comprenden la mayor parte de los dogmas católicos, citaremos aquí los que hacen más á nuestro propósito:

1.° Admite la tradicion como fuente de la doctrina revelada. (Hom. 4.ª sobre la epístola 2.ª á los de Tesalónica.)

2.° Qué es la justificacion del hombre, y cómo se conserva. (Hom. 2.ª sobre la carta 2.ª á los de Corinto, núm. 6.)

3.° Que no es imposible la observancia de los mandamientos, y que las obras buenas son necesarias para la salvacion. (Hom. 6.ª de la Penitencia, núm. 3.)

4.° El sacramento de la Eucaristía. (Hom. 50 sobre San Mateo, núm. 2.)

5.° La intercesion por los difuntos. (Hom. 3.ª sobre la carta á los filipenses.)

6.° La invocacion de los Santos. (Hom. 8.ª contra los judíos, núm. 6.)

(1) *Diccionario enciclopédico de la Teología católica.*

CAPÍTULO III.

San Gerónimo.

Fuentes. Las obras de este Padre, y en particular el libro *De los escritores eclesiásticos*, cap. cxxxv.—Sulpicio Severo, diálogo 1.°, núm. 8.—San Próspero de Aquitania, *Cronicon*.

Auxiliares. D. Vallarsi: *Vida de San Gerónimo*.—Marsianay: *Vida de San Gerónimo*, Paris, 1706.—J. Stilting: *Comentario histórico de San Gerónimo*.—Tillemont: *Memorias*, tomo xii, páginas 1.ª á 356.—Ceillier, tomo x, cap. viii. —J. A. Fabricio: *Biblioteca latina*, tomo ii, pág. 319.

Ediciones. La de Erasmo, publicada en Basilea 1516, y anotada por los benedictinos, Paris, 1706.—La mejor de todas es la de D. Vallarsi, en Verona, 1734, en once tomos en folio; y esta misma la publicó el abate Migne, 1845.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Gerónimo.

Estridon, pequeña ciudad de la Dalmacia y la Panonia, fue el lugar del nacimiento de San Gerónimo, por los años 346. Su padre, llamado Eusebio, hombre rico, le envió á Roma, donde aprendió las buenas letras con el célebre Donato. Tuvo en su juventud algun desliz, pero hizo penitencia, y para lavar enteramente sus culpas recibió el bautismo en Roma, bajo el pontificado del Papa Liberio. Con el deseo de adelantarse en las ciencias, compuso una biblioteca, comprando libros, copiando otros de su propia mano, y suplicando á sus amigos que le trasladasen algunos (1). Era tanto el placer que hallaba en la lectura, que olvidaba el comer y el beber. Plauto y Ciceron, sobre todo, hacian sus delicias, aunque alguna vez cogia los Profetas; pero incapaz todavía de ver bien la luz, su estilo le parecia duro, indigesto, y hasta le repugnaba. Concluidos sus estudios, quiso imitar Gerónimo á los grandes hombres de la antigüedad;

(1) Como él mismo refiere en el libro *De los escritores eclesiásticos*, cap. cxxxv.

tomó el cayado de viajero, y fue á escuchar y ver de cerca á los hombres y á las cosas. Emprendió el camino de las Galias, y se detuvo en Tréveris, donde copió muchos libros de San Hilario de Poitiers: corrió ademas muchas provincias, tratando con los hombres más sabios, y registrando las mejores librerías. Lo que más atormentaba á San Gerónimo era el ardor de su alma, y una sed abrasadora de conocer y de amar: no se hallaba en su centro en las sendas trilladas por el vulgo, pues necesitaba el bullicio de Roma y sus inmensos rumores, ó el vasto silencio del desierto. Afortunadamente escogió este último, y un buque le llevó al Oriente. Detúvose por algun tiempo en Tarso para aprender los idiotismos de la lengua materna de San Pablo, esperando que esto le daria más luz para entender mejor sus cartas. Mucho tuvo que sufrir en el desierto con los recuerdos é imágenes seductoras de Roma, y para vencer estas tentaciones se imponia castigos severos, siendo uno de estos el haberse dedicado á aprender la árida lengua hebrea, teniendo por preceptor á un judío convertido. Aprendió asimismo las lenguas siríaca, arábiga y aramea, y todos los dialectos de Oriente que ayudan al conocimiento de la lengua santa.

Entre tanto, la division que habia en la Iglesia de Antioquía atormentaba sobremanera el espíritu de San Gerónimo, y no quiso reconocer á ninguno, hasta tanto que el Papa San Dámaso se declaró por Paulino, y en 377 volvió á Antioquía, donde este le ordenó de sacerdote. Por este mismo año pasó á los Santos Lugares, deteniéndose particularmente en Belen. De allí marchó á Constantinopla, con el fin de oir esplicar las Escrituras á San Gregorio Nacianceno. Aquí fue donde parece que compuso el *Tratado de los Serafines*, y tradujo la *Crónica de Eusebio*. Asistió despues al Concilio celebrado en Roma con motivo del cisma de Antioquía. Durante su permanencia en esta ciudad sirvió de consultor al Papa sobre muchos puntos de la Escritura. El fue, como dice San Gregorio Papa, el que procuró que se cantase el *Alleluia* en todo el año, y no solamente en la Pascua, y el *Gloria Patri* al fin de los salmos; corrigió los salmos segun la interpretacion de los Setenta, y el Nuevo Testamento, por órden de San Dámaso; ordenó el leccionario del oficio divino y las epístolas y evangelios que se dicen en la misa; tradujo del griego dos homilías de Orígenes (1); aquí tambien enseñó y esplicó los lugares difíciles de la Escritura á las personas piadosas; y escribió muchas cartas, siendo la más notable la que dirigió á Eustoquio. Refutó á Helvidio, discípulo de Auxencio, que negaba la perpetua virginidad de María, y

(1) San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. CXXXV.

decia ademas que la virginidad era igual al matrimonio. Pero por fin la envidia se apoderó de muchos, que llenaban de dicterios denigrantes á este Santo, el cual, cansado del bullicio del mundo, volvió á Oriente. Allí, en Belen, adoró el pesebre donde nació el Salvador; hizo algunas escursiones por la Palestina para ver por sus propios ojos los lugares de que habla la Escritura, y perfeccionarse en la lengua hebrea con los doctores más sabios entre los judíos. Examinó con ellos los códices hebreos del Antiguo Testamento, y aprendió el sentido de la Escritura segun la interpretacion de los hebreos. Ilustró con comentarios muchos libros, y espuso en una serie casi no interrumpida las cartas de San Pablo á Filemon, á los de Efeso y á Tito. Por el mismo tiempo (389) hizo unos comentarios sobre el *Eclesiastes*, tradujo en latin treinta y tres homilías de Orígenes sobre San Lúcas, y el libro de Didimo sobre el Espíritu Santo (1). Por los años 391 ó 392 comenzó á escribir los comentarios de los Profetas menores, y compuso las vidas del monge cautivo Maleo y de San Hilarion, ermitaño, y el célebre libro *De los escritores eclesiásticos* y *De los varones ilustres* (2). Por el mismo tiempo refutó el libelo de Joviniano, y ensalzó tanto la virginidad, que algunos dijeron que condenaba el matrimonio. A esta acusacion respondió con un libro apologético, que hizo inútiles todas las calumnias.

San Gerónimo habia procurado conciliar en su exégesis las ventajas de las escuelas de Alejandría y de Antioquía (3), lo cual le habia inspirado una grande admiracion por el talento interpretador de Orígenes, aunque no admitió sus ideas dogmáticas, antes bien rechazó sus errores, segun lo declaró en su controversia contra Aterbio, ardiente adversario de Orígenes. Rufino, sacerdote de Aquilea, admirador y traductor de Orígenes, insinuó en el prefacio de la traduccion del *Periarcon*, que acababa de publicar despues de haber modificado notablemente el testo original, que Gerónimo aprobaba los errores dogmáticos de Orígenes. Enemistados Rufino y Gerónimo, publicaron con este motivo numerosos escritos; y este, ademas de la apología contra aquel, se vió obligado á hacer una nueva traduccion del *Periarcon*. Pero despues de concluida esta disputa se suscitó otra, que fue de mucho provecho á la Iglesia. El comentario de San Gerónimo sobre la carta á los de Efeso no fue aprobado en todas sus partes por San Agustin. Esto dió orígen á muchas cartas de una y otra parte, pero algunas de ellas se han perdido.

(1) San Gerónimo, lugar citado.

(2) Ibid., ibid.

(3) La primera seguia más el sentido alegórico, y la segunda se pegaba servilmente á la letra.

Por el año 406 se puso á esplanar los cinco Profetas menores que le faltaban, y concluidos estos comentó á Daniel, pero solamente en los lugares difíciles: despues hizo los comentarios sobre Isaías y Ezequiel, aunque estaba muy entristecido por el castigo de los romanos. Entonces se levantó un nuevo error contra la doctrina católica. Vigilancio, de nacion francés y párroco en España, impugnó en un libro el culto de los mártires y de las reliquias. San Gerónimo refutó los errores de Vigilancio, á quien por ingeniosa ironía llamaba *Dormitancio*, en un libro y en una carta escrita á un párroco. Pero algunos años despues la herejía de Pelagio vino á causar trastornos grandes en la Iglesia. San Gerónimo combatió á este hereje, ya en una carta á Ctesifonte, ya en una obra que escribió á este propósito. Pelagio se vengó de él con todo el furor de un hereje. Favorecido secretamente por el Obispo Juan, arrojó sobre Belen y sobre los monasterios que estaban bajo la direccion de San Gerónimo una tropa de foragidos, que pasó á cuchillo á muchas personas de uno y otro sexo. San Gerónimo, sin embargo, pudo escapar de aquella desolacion de fuego y sangre. Apenas se tuvo noticia de este hecho en Roma, el Papa Inocencio I escribió para consolar á Gerónimo y recordar sus deberes al Obispo Juan (1). San Gerónimo no se intimidó por esto, y continuó refutando á Pelagio, escitando al mismo San Agustin á que redoblase sus ataques. En esta empresa le sorprendió la muerte el año 420: despues de haber vivido haciendo bien como su modelo divino, dejó la tierra para recibir su corona en el cielo.

ARTÍCULO II.

Division de las obras de San Gerónimo.—Sus versiones de la Sagrada Escritura.

San Gerónimo escribió muchos libros é hizo muchas traducciones, pues no solo inmortalizó su nombre con la version de la Sagrada Escritura hecha de los originales hebreo y griego, sino que ademas ha conservado en sus traducciones multitud de escritos antiguos de Orígenes, de Eusebio de Cesárea, Didimo y Teófilo, que sin él se hubieran perdido. El mayor número de sus obras se dirige, ora á ilustrar el sagrado testo, ora á refutar á los herejes, ora tienen por objeto fomentar la piedad y dirigir las almas á la perfeccion. Para mayor claridad las dividiremos: 1.° En versiones de la Sagrada Escritura. 2.° En exegéticas. 3.° Dogmáticas

(1) Vallarsi: *Vida de San Gerónimo*, cap. XXXVI, núm. 6.

ó polémicas. 4.° Históricas. 5.° Cartas. Y 6.° Traducciones de escritores griegos. De todas trataremos en otros tantos artículos.

VERSIONES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

San Gerónimo emprendió tres clases de obras de inmenso trabajo, y las realizó admirablemente; la primera traduciendo todos los libros del Antiguo Testamento, para que los cristianos, en las disputas con los judíos, tuviesen una copia fiel del original hebreo (1); la segunda restituyendo á su primitiva integridad la version latina, segun la version de los Setenta hecha antiguamente, y defectuosa entonces en algunos puntos, por la incuria ó malicia de los copiantes (2); la tercera la constituye la traduccion de los libros del Nuevo Testamento del testo griego al latino, por órden del Papa San Dámaso (3). En la traslacion de la Sagrada Escritura se propuso San Gerónimo la fidelidad y la claridad juntamente, sin seguir por eso servilmente la letra, ni tampoco faltar al sentido por la demasiada libertad. Alguna vez, cuando la integridad del sentido lo permitia, no despreciaba las formas elegantes; y frecuentemente tambien, donde hallaba clara la inteligencia del testo, seguia la antigua version, á fin de que no se rechazase su trabajo por la novedad de las palabras (4).

Todas estas versiones se contienen en la *Biblioteca divina de San Gerónimo*, con cuyo nombre se designaban por los antiguos los libros sagrados, á los cuales damos hoy el nombre de Sagrada Biblia. Esta *Biblioteca divina* abraza tres partes:

La primera contiene el cánon de la verdad hebráica, ó sea los libros del Antiguo Testamento, segun el cánon de los hebreos, vertidos del original, y divididos en tres clases.

La segunda contiene algunos libros del Antiguo Testamento, unos traducidos del caldeo y otros del griego, entre los cuales ocupan el primer lugar los libros de *Tobías* y de *Judith*, vertidos al latin del caldeo por San Gerónimo; á estos siguen los libros sagrados, cuya version latina, segun los Setenta, fue corregida por el mismo San Gerónimo. La mayor parte de estos se ha perdido, y hoy solo queda el libro de *Job* con asteriscos y señales marginales, y ademas

(1) San Geron., prol. al lib. de Samuel y de los Reyes, que tambien se llama *Prólogo galeato*.

(2) San Gerón.: Apol. contra Rufino, lib. II, núm. 24.

(3) San Gerón.: Pref. á los Evangelios, dirigido al Papa San Dámaso.

(4) Se cree que San Gerónimo introdujo la costumbre de numerar los versículos en la Sagrada Escritura.

dos versiones de los salmos, segun los Setenta: la primera, menos correcta, se llama *Salterio romano*, por usarse desde muy antiguo en la Iglesia romana, y todavía se sigue en la del Vaticano: la segunda, distinta por sus asteriscos y notas marginales, fue posteriormente corregida por San Gerónimo, y lleva el nombre de *Salterio galicano*, por haber sido los franceses los primeros que la emplearon para los usos eclesiásticos (1).

La tercera contiene los libros del Nuevo Testamento, traducidos del griego. Despues de algunas dificultades, la version de San Gerónimo, ya por su propia importancia, ya tambien por la autoridad de San Agustin y de San Gregorio Magno, fue introduciéndose en las iglesias, hasta que el Concilio de Trento la declaró auténtica. En esta version latina se encuentran todos los libros del cánon de los hebreos, como los vertió San Gerónimo, á escepcion del *Salterio*, ó sea el *galicano*, omitidos los asteriscos y las notas marginales. A estos hay que añadir los libros de *Tobías* y de *Judith*, traducidos del caldeo por el mismo Santo. Finalmente, se contiene en ella el Nuevo Testamento, traducido de nuevo por San Gerónimo, ó al menos muy corregido (2).

La version de San Gerónimo tomó el nombre de *Vulgata*, y vino á reemplazar á la *Itala*, que desde los siglos III y IV se usaba ya en la Iglesia. Los recursos con que el Santo Doctor contaba para llevar á cabo su grande empresa, eran abundantes y estraordinarios. Dotado de una vasta inteligencia, de una instruccion elevada, de una penetracion profunda y de un exacto criterio, juntaba al conocimiento del hebreo, del caldeo, del griego y del latin una estensa erudicion en la literatura y antigüedades profanas. Pudo consultar por sí mismo muchos manuscritos antiguos; estaban en su poder las *Hexaplas* de Orígenes, y otras muchas versiones. Utilizó los conocimientos de cinco hábiles rabinos, que le enseñaron á profundizar en las misteriosas oscuridades hebráicas, y su trato continuo con los judíos le ponia en estado de saber el sentido en que entendia aquel pueblo ciertos pasajes difíciles de la Biblia (3).

ARTÍCULO III.

Obras exegéticas de San Gerónimo.

Comprendemos con este nombre los comentarios y los auxiliares exegéticos: los primeros se dividen en comentarios del Antiguo y del Nuevo Testamento.

(1) *Testimonios selectos de los antiguos*, tomo X, pág. 45.
(2) Tomo IX de las obras de San Gerónimo, proleg., núm. 2.
(3) P. P. Salgado: *Razon católica*.

COMENTARIOS SOBRE EL ANTIGUO TESTAMENTO.

1.° *Cuestiones hebráicas sobre el Genesis.*—En él se propuso San Gerónimo refutar los errores de aquellos que sospechaban de los libros hebreos, y devolver su integridad á los códices griegos y latinos en lo que estaban corrompidos. Este libro es un precioso tesoro de la doctrina más recóndita de las tradiciones de los hebreos. San Gerónimo presenta en él por su órden varios testos del libro del *Genesis*, siguiendo la version antigua: unas veces los corrige con el original hebreo, otras los aclara; ora los esplica, ora los esplana, ora los defiende, y alguna vez manifiesta la traduccion de las versiones griegas de tal modo, que es el ensayo un comentario completo de la Sagrada Escritura.

2.° El comentario sobre el libro del *Eclesiastes*.

3.° El comentario sobre el libro de Isaías, en diez y ocho libros.

4.° El comentario sobre el libro de Jeremías, en seis libros (1).

5.° El comentario sobre el libro de Ezequiel, en diez y seis libros.

6.° Un libro sobre la esposicion de Daniel.

7.° Comentarios sobre todos los Profetas menores.

COMENTARIOS SOBRE EL NUEVO TESTAMENTO.

8.° El comentario sobre el Evangelio de San Mateo, en cuatro libros.

9.° El comentario sobre la carta á los gálatas, en tres libros.

10. El comentario sobre la carta á los de Efeso, en tres libros.

11. El comentario sobre la carta á Tito.

12. El comentario sobre la carta á Filemon (2).

Acerca del carácter de estos comentarios deben distinguirse en tres clases, segun el tiempo en que los escribió. Esto no se ha de entender tan absolutamente que al pasar de un grado á otro variase de método, sino solamente que cada uno de ellos tiene su índole propia.

La primera clase comprende desde el año 387 al 390, y la constituyen los comentarios sobre el libro del *Eclesiastes*

(1) Este comentario está incompleto, pues concluye despues de esplanar el capítulo xxxii.

(2) Algunos han atribuido falsamente á San Gerónimo los comentarios sobre todas las cartas de San Pablo. (Véase la advertencia al tomo xi de sus obras.)

y las cuatro cartas de San Pablo, á los cuales se puede añadir el comentario sobre el Evangelio de San Mateo, aunque fue escrito posteriormente. En el primer comentario pone delante la version Itala, pero consulta frecuentemente el original hebreo; en los otros se vale de la version del Nuevo Testamento hecha por él, ó al menos corregida. San Gerónimo, en todos estos comentarios, presenta los pareceres de los antiguos espositores, principalmente de Orígenes, aunque sin nombrarlos, dejando la eleccion á juicio del lector; por cuya razon es necesario tener sumo cuidado para no atribuir á este Padre todas las esposiciones (1).

La segunda clase abraza desde el año 391 al 406, y pertenecen á ella los comentarios sobre los Profetas menores, en los cuales presenta constantemente la version de nuestra Vulgata, y á continuacion la Itala, corregida por el mismo San Gerónimo. Despues espone una y otra separadamente: en primer lugar esplana el sentido literal é histórico, segun el cánon de los hebreos, de manera que donde se encontraba alguna dificultad, consultadas las versiones griegas de Teodocion, Aquila y Simaco, ponia en claro el sentido literal, y luego manifiesta en qué casos los judíos admiten como cumplidas las profecías en el Antiguo Testamento, y cuándo confiesan que se han de cumplir en la segunda venida del Salvador; frecuentemente tambien prueba que estas se cumplieron verdadera y espiritualmente en el Nuevo Testamento. Establecidos así los fundamentos de la historia, esplana la version latina segun los Setenta, en el sentido espiritual y tropológico, con cuyo motivo enseña que la esposicion moral sigue el contesto de las palabras, y que las cosas que distan mucho entre sí, no se las concilia con violencia.

La tercera clase comprende desde el año 407 al 420, y la constituyen los *Comentarios sobre los Profetas mayores.* En estos propiamente solo se vale de nuestra Vulgata, atendiendo, sin embargo, á la discrepante version latina segun los Setenta, la cual unia á la Vulgata, que entonces era solamente íntegra en aquellos lugares que por su diferencia podia dar lugar á las calumnias de los hebreos (2). Ademas, con el auxilio de algunas reglas hermenéuticas, seguia con cuidado el sentido literal, llevando siempre por delante la *inteligencia de la Iglesia;* alguna vez tambien se encuentran en sus comentarios interpretaciones alegóricas, y con ellas procura hacer más ameno el estudio de la Escritura, y más útil su trabajo. El libro de Daniel y el Evangelio de San Ma

(1) Véase el prefacio á estos comentarios.
(2) San Gerónimo: *Comentario sobre Ezequiel*, cap. XVI.

teo los espone muy brevemente. Se ha creido que San Gerónimo estuvo inspirado al interpretar la Sagrada Escritura; pero esto lo desmiente él mismo, cuando formalmente confiesa que se equivocó en la traduccion de algunas palabras, y San Ambrosio no dudó corregir algunos pasajes de este Padre, lo que no hubiera hecho en el caso de estar inspirada su version. Lo que hay de cierto es que San Gerónimo pedia incesantemente á Dios el don de interpretar la Sagrada Escritura, y que en sus comentarios reunió todo lo más erudito de la antigüedad hebráica y eclesiástica. Su principal objeto lo ponia en ser breve en las cosas claras; claro en las oscuras, y en las dudosas, cuidadoso; y allí donde la profecía se referia claramente á Jesucristo, ó se hablaba de los preceptos, juzgó que no debia buscarse la alegoría (1). Finalmente: tenia por regla que siempre que el sentido de algun lugar del Nuevo Testamento estuviese indicado, se recibiera la interpretacion con fe humilde, y que se espusiese todo el contesto en ese sentido; por último, guardaba tanta consideracion á la Iglesia, que lo que ella no admitia, él lo rechazaba (2).

Ademas, entre los auxiliares exegéticos merecen referirse el libro *De los lugares hebráicos*, y el *De los nombres hebreos*, que San Gerónimo tradujo del griego, pero de ellos hablaremos en el art. VI.

ARTÍCULO IV.

Obras polémicas de San Gerónimo.

San Gerónimo escribió algunas obras polémicas contra los errores de su tiempo, en cuyo número se encuentran los luciferianos, que traen su orígen de Lucífero de Caller, el cual negaba la comunion de la Iglesia á los que habian caido en los errores arrianos, aun cuando se arrepintieran; Helvidio, discípulo del arriano Auxencio, el monge Joviniano, y Vigilancio, que resucitó los errores del anterior. Ademas escribió contra Juan, Obispo de Jerusalen, y contra Rufino de Aquilea, que defendian los errores de Orígenes, y tambien contra los pelagianos.

1.° *El diálogo contra los luciferianos*, ó sea *Disputa de los luciferianos y de los ortodoxos*. San Gerónimo escribió

(1) Comentario de San Gerónimo sobre Malaquías.
(2) San Gerónimo: *Comentario sobre Ezequiel*, cap. XXXVI, vers. 16.

este libro en forma de diálogo el año 380 (1). En él refuta dos errores; el primero sostenido por Lucífero, que decia que debian ser privados del oficio los Obispos que habian suscrito en Rímini las fórmulas arrianas: y el segundo por Hilario, diácono de Roma, que añadia que el bautismo dado por los arrianos era nulo, y que por lo tanto debian ser nuevamente bautizados los que de esa herejía entrasen en la Iglesia católica. San Gerónimo dividió su diálogo en dos partes: en la primera, y desde el núm. 1 al 20, refuta la doctrina de Lucífero con argumentos tomados de la razon y de la historia, y tambien de la Sagrada Escritura. Despues demuestra contra sus partidarios que su manera de obrar está en contradiccion con ellos mismos, puesto que un lego que pasa del arrianismo á su cisma lo recibian como bien bautizado, y está fuera de duda que en el bautismo se da el Espíritu Santo, mientras que por el contrario decian que un Obispo, por haber comunicado con esos herejes, debia ser privado de su oficio, puesto que, careciendo de la gracia del Espíritu Santo, no podia desempeñar el sacerdocio ni administrar el sacramento de la Confirmacion, por cuya razon si uno y otro hereje son recibidos por los católicos y los luciferianos, está claro que entre ambos no se trata de una cuestion de fe, ni de recibir á los herejes, sino solamente de la manera de hacer esto último, lo cual es suficiente para escitar el cisma. Con este motivo refiere las intrigas ocurridas en Rímini y la buena fe de los Obispos católicos allí reunidos, cuya caida escusa; despues prueba con la historia por qué la Iglesia recibe á los Obispos arrianos y les conserva su dignidad. En la segunda parte, desde el núm. 21 al 27, prueba contra Hilario, ya difunto, que los herejes no deben volver á bautizarse, sino solamente sujetarlos á penitencia, y que esto mismo habian hecho los antiguos; por lo demas, que un simple diácono no debe gobernar la Iglesia, sino permanecer en aquella que, fundada por los Apóstoles, llega hasta nosotros.

2.° *El libro contra Helvidio sobre la perpetua virginidad de María.* San Gerónimo lo escribió en Roma el año 383 (2). Helvidio, apoyado en algunos testos de San Mateo (3) y de San Lúcas (4) mal entendidos, y en un testimonio de Tertuliano y otro de Victorino de Petan poco meditados, compuso un libro donde pretendia probar que la Santísima Vírgen, despues del nacimiento de Jesus, habia tenido otros hijos de

(1) Vallarsi: advert. sobre este libro.
(2) Id. idem.
(3) Cap. I, vers. 18-25.
(4) Cap. II, vers. 4-7.

José, segun las leyes ordinarias de la naturaleza: de aquí que, negada la perpetua virginidad, tratase de igualar el matrimonio á la virginidad. San Gerónimo, desde el núm. 1 al 16, refuta el libro de este hereje, y esplica los testos aducidos contra la virginidad de María; desde el 17 al 18 espone contra él los testimonios de los Santos Padres; desde el 19 al 22 manifiesta, con las palabras de San Pablo en su primera carta á los de Corinto (1), y por la misma naturaleza de las cosas, que la virginidad se debe anteponer al matrimonio.

3.° *Dos libros contra Joviniano.* San Gerónimo los escribió en el monasterio de Belen en el año 392 (2). Joviniano, monge degenerado que vivia en Roma, escribió un libro donde enseñaba una nueva herejía, cuyos principales puntos San Gerónimo los refiere desde el núm. 1 al 3 del libro I, y son los siguientes: 1.° Que las vírgenes, viudas y casadas tenian igual mérito si estaban bautizadas. 2.° Que los que hubiesen recibido el bautismo con plena fe no podian ser tentados por el demonio, ni pecar. 3.° Que no habia diferencia entre la abstinencia de las viandas y comerlas con accion de gracias. 4.° Que en el cielo no hay diferencia de premios entre los que se salvan. Desde el 4 al 5 espone los argumentos en que se apoyaba Joviniano, tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento, y demuestra, contra la primera asercion de este hereje, que la virginidad se ha de anteponer á la viudez, y esta á todas, sin que por esto se condene el matrimonio. Desde el 6 al 27 esplica estensamente el cap. VII de la primera carta á los de Corinto; luego examina los ejemplos y palabras aducidos por Joviniano del Antiguo Testamento, y enseña que la perfecta castidad fue siempre preferida al matrimonio; desde el 28 al 36 prueba abundantemente su tésis, no menos por el Nuevo que por el Antiguo Testamento, y refuta con solidez algunas objeciones sacadas de la razon y de la práctica de la Iglesia. En el libro II destruye los demas errores de Joviniano: desde el núm. 1 al 4 esplica las palabras de San Juan en su primera carta (3), en que apoyaba este hereje su segunda asercion, y prueba con innumerables testimonios del Nuevo Testamento que los bautizados pueden ser tentados y caer en la culpa, confirmando esta doctrina con el ejemplo de los ángeles que pecaron, y de Jesucristo, que fue tentado; desde el 5 al 17 demuestra, contra la tercera asercion de Joviniano, que el ayuno y la abstinencia de las carnes son preceptos razonables y agradables á Dios, que no están mandados á todos, y

(1) Cap. VII.
(2) Vallarsi, lugar citado.
(3) Cap. III, vers. 9.

solo sí á los que buscan la perfeccion, y refuta las dificultades tomadas de la Sagrada Escritura; desde el 18 al 21 rechaza con solidez la cuarta asercion de Joviniano, á saber: que no existe más diferencia entre los cristianos que la que existe entre los justos y los pecadores; que aquellos tienen iguales méritos y premios, y que todos los pecados son iguales; desde el 22 al 30 responde á sus argumentos, y despues indica la fuente de sus errores; desde el 31 al 32 demuestra que hay pecados graves y leves, y que los premios estarán en proporcion á los méritos.

4.° *El libro contra Vigilancio* (1). San Gerónimo lo escribió el año 406. Vigilancio se habia atrevido á proferir la blasfemia de que no se debia invocar á los santos mártires, ni venerar sus reliquias; reprobaba las limosnas que se remitian á Jerusalen para sufragio de las almas; condenaba la vida monástica, porque, decia, fomentaba la holganza, y la continencia de los clérigos, por suponerla un semillero de voluptuosidades. San Gerónimo en este libro refuta cada una de sus falsas aserciones. Desde el núm. 1 al 3, respecto al celibato de los clérigos, opone á Vigilancio el consentimiento de toda la Iglesia. Desde el 4 al 13 defiende el culto de los Santos y de sus reliquias, advirtiendo que la Iglesia distingue entre este culto y el que se tributa á Dios. Luego manifiesta que esta veneracion la autorizó la Iglesia, y que se hace de varios modos; ya celebrando las vigilias de los Santos, ya encendiéndoles luces, ya, en fin, ofreciendo el sacrificio en sus altares: todo lo cual es agradable á Dios, como lo prueban los milagros que obra en las iglesias de los mártires. Desde el 14 al 15 prueba que las limosnas que se remiten á Jerusalen son dignas de alabanza. Desde el 16 al 17 concluye esponiendo los méritos de la vida monástica, y sus bienes para la salud del alma.

5.° *El libro contra Juan, Obispo de Jerusalen* (2). San Gerónimo, desde el núm. 1 al 6, prueba que San Epifanio no faltó á los cánones en la ordenacion de Pauliniano, no menos porque el monasterio donde este vivia estaba fuera de la jurisdiccion de Jerusalen, que por tener la edad exigida para ser elevado al sacerdocio. Desde el 7 al 36, despues de echar en cara á Juan el proteger los errores origenistas, los enumera diciendo: primero, que todas las almas habian sido criadas al principio, y que por sus culpas habian sido encerradas en los cuerpos; segundo, que despues de la muerte irian todas á gozar de la bienaventuranza; y tercero, que no resucitaremos con nuestra propia carne. Desde el 37 al 44

(1) Vallarsi, lugar citado.
(2) Vallarsi, advertencia á este libro.

demuestra contra todos estos errores, que Dios cria las almas juntamente con los cuerpos, y que todos resucitaremos con nuestros propios cuerpos, unos para ir á la gloria, y otros al infierno, y concluye quejándose de Juan por haberle amenazado con el destierro (1).

6.° *Dos apologías contra Rufino* (2). En ellas se refieren las cuestiones que se suscitaron entre San Gerónimo por una parte, y Rufino por otra, y contiene ademas la defensa de aquel. Rufino, como ya hemos dicho en otro lugar (3), acusaba á San Gerónimo por haber traducido algunas obras de Orígenes, y por las alabanzas que él mismo le tributaba. El Santo Doctor contesta al primer cargo diciendo que si habia traducido algunos libros de Orígenes, lo habia hecho para prevenir á sus lectores contra los errores en ellos contenidos, como podia verse en su prólogo; y respecto de las alabanzas, estas solo se referian á las grandes cosas que habia en sus escritos; y que si bien habia leido los libros de Orígenes, esto lo hacia en su deseo de suplir con la mucha lectura la rudeza de su talento.

7.° *El diálogo contra los pelagianos.* Lo escribió el año 415, figurando en él los nombres de Atico, católico, y de Cristóbulo, hereje, y lo dividió en tres libros. En ellos presenta las siguientes aserciones de Pelagio: primera, que el hombre, si quiere, puede estar sin pecado y guardar fácilmente los mandamientos de Dios; segunda, que seria injurioso á Dios haber criado al hombre, y que este no pudiese evitar los pecados; tercera, que se destruiria el libre albedrío no admitiendo que el hombre, una vez justificado por el bautismo de Cristo, puede guardar eternamente esa justicia. San Gerónimo refuta estas tres aserciones con argumentos tomados principalmente de la Sagrada Escritura. Despues fija la nocion de la gracia divina; espone en qué consiste la justificacion y perfeccion, y manifiesta cómo los preceptos de Dios pueden ser posibles; luego prueba que no se puede cumplir con la ley sin el auxilio de la gracia, atendiendo á la fragilidad de nuestra naturaleza, y por último demuestra que la gracia no destruye el libre albedrío, y los principales argumentos en que se apoyaba Pelagio, y concluye remitiendo á los adversarios á los libros de San Agustin.

---

(1) Este libro debe leerse con la carta á Teófilo.
(2) Vallarsi, advertencia á este libro.
(3) Véase la vida de San Gerónimo.

ARTÍCULO V.

Obras históricas y cartas de San Gerónimo.

Entre estas obras ocupan el primer lugar:

1.° *El Cronicon de Eusebio de Cesárea*, traducido por San Gerónimo en Constantinopla el año 381. Este Padre le corrigió y aumentó hasta la muerte del Emperador Valente, tanto que puede pasar por obra de los dos, y en él se refieren los hechos más notables de cada siglo.

2.° El libro *De los Varones ilustres*, ó sea *De los escritores eclesiásticos*. San Gerónimo lo escribió á ruegos de un amigo el año 392, y merece contarse entre los monumentos más útiles de la antigüedad eclesiástica. Este libro, que reune una inmensa erudicion, presenta en 135 capítulos todos los nombres de los escritores eclesiásticos, sus vidas y sus escritos, desde San Pedro hasta él mismo. Su objeto fue contestar á los gentiles, que acusaban á la Iglesia de no tener en su seno ni filósofos, ni oradores, ni doctores.

3.° A estos libros se puede añadir la vida de algunos Padres del yermo, como *la de San Pablo, primer ermitaño, la de San Hilarion, y de San Mateo*. San Gerónimo ofrece en estas *vidas* á los cristianos, y particularmente á los monges, los ejemplos de esos varones esclarecidos, para escitarlos á la perfeccion.

CARTAS.

En la edicion del abate Migne figuran 150 cartas, de las cuales pertenecen 116 á San Gerónimo, sin duda alguna: 31 hablan de hechos de este Padre, pero no puede afirmarse que sean suyas y tres que de ningun modo escribió (1).

Las 116 cartas genuinas se pueden dividir en seis clases, á saber: 1.° Exegéticas. 2.° Dogmáticas. 3.° Morales y ascéticas. 4.° Históricas. 5.° Consolatorias. 6.° Familiares.

1.° *Cartas exegéticas*. Estas ocupan el primer lugar, y en ellas, ya manifiesta la importancia y dificultad de la Sagrada Escritura y elogia los libros sagrados para escitar á su estudio, ya defiende su version, ya disputa sobre algunas palabras hebreas que ha dejado de traducir, ya esplica los nombres que el original hebreo da á Dios, ya resuelve muchas cuestiones del *Genesis* propuestas por el Papa San Dá-

(1) Vallarsi, nota 1.ª á la carta 148 *á la matrona Celania*.

maso, ya, en fin, aclara algunos puntos difíciles de muchos libros del Antiguo Testamento.

2.° *Cartas dogmáticas y polémicas.* En estas, ora trata del misterio de la Trinidad y de la significacion de la palabra *hipóstasis*; ora de la gerarquía eclesiástica y del orígen del alma; ora, en fin, de los errores de su tiempo.

3.° *Cartas morales y ascéticas.* En estas, unas veces trata del desprecio del mundo, de los medios para alcanzar la perfeccion y de las ventajas de la vida monástica, otras de las virtudes que deben tener los Obispos y demas clérigos; ora exhorta á las vírgenes y á las viudas á que permanezcan en su estado, ora alaba á una piadosa madre por la buena educacion que da á sus hijos; ora, en fin, increpa á todos aquellos que despues de haberse consagrado á Dios han caido en alguna grave culpa. Todas estas cartas contienen admirables preceptos de moral.

4.° *Cartas históricas.* En todas estas presenta á sus lectores ejemplos de perfeccion, como lo hace al referir la vida de Nepociano, de Santa Paula, Santa Marcela y otras vírgenes consagradas al Señor.

5.° *Cartas consolatorias.* En ellas consuela con no menos elocuencia que piedad á los que han sufrido alguna desgracia, y, tomando de aquí ocasion, los exhorta á la conformidad y confianza en Dios.

6.° *Cartas familiares.* San Gerónimo las dirige no menos á personas consagradas á la piedad y unidas con él por los vínculos de la amistad, que á otros amigos á quienes participa sus negocios, y refuta á sus calumniadores, y todas respiran una sana piedad y una caridad ardiente.

ARTÍCULO VI.

Libros traducidos del griego por San Gerónimo.

Ademas del *Cronicon de Eusebio* y de algunas cartas que se refieren á las cuestiones origenistas, deben enumerarse entre las traducciones de San Gerónimo las siguientes:

1.° *El libro de Filon sobre la interpretacion de los nombres hebreos,* ó sea *De los nombres hebreos.* Este libro, que habia sido reformado por Orígenes, fue, no solo traducido por San Gerónimo al latin, sino que ademas lo corrigió y le añadió la interpretacion del Nuevo Testamento el año 389 (1). En esta obra recorre San Gerónimo cada uno de los libros del Antiguo Testamento, y por órden alfabético va

(1) Martinay : notas sobre este libro.

esplicando los nombres y palabras que se encuentran en el libro, fijando la etimología y la traduccion al latin. De esta obra se han valido casi todos los espositores para el sentido alegórico, sacándolo de la significacion de las letras hebreas.

2.° *El libro de Eusebio de Cesárea, De los lugares hebreos.* San Gerónimo lo corrigió y aumentó el año 389, para facilitar con él la lectura de la Sagrada Escritura. En esta obra, que es de suma utilidad para el estudio de la geografía bíblica, siguió el Santo Doctor el mismo órden que en el anterior; de manera que poniendo por órden alfabético los libros sagrados, coloca en cada una de las letras respectivas las ciudades, los rios, los montes, etc., que principian por ellas.

3.° *Algunas homilías de Orígenes sobre la Sagrada Escritura*, de las cuales dos son sobre el *Cantar de los Cantares*, que San Gerónimo estimaba en mucho; catorce sobre Jeremías, y otras tantas sobre Ezequiel; treinta y nueve sobre San Lúcas, y nueve sobre Isaías; pero estas deben tenerse por dudosas.

4.° *El libro del Espíritu Santo*, de Didimo de Alejandría: esta traduccion la principió en Roma y la terminó en la gruta de Belen.

5.° *La regla de San Pacomio,* fundador de la vida cenobítica: escrita primeramente en lengua egipcia por su autor, fue despues traducida al griego, y más tarde al latin, por San Gerónimo el año 404, procurando guardar en ella la sencillez del original, á fin de no desvirtuar la palabra, como él decia, de los varones apostólicos. A esta hay que añadir *Los avisos de San Pacomio,* puestos en forma de sentencias, y las cartas de este y de Teodoro, y tambien las palabras místicas, ó sea locuciones enigmáticas, en donde se designan varias clases y condiciones de monges por medio de las letras del alfabeto griego (1).

ARTÍCULO VII.

Obras apócrifas de San Gerónimo.

Muchas son las obras espurias de San Gerónimo, pero aquí solo mencionaremos las que figuran en la edicion de Vallarsi.

1.° Una esposicion breve sobre los salmos.—El libro sobre la esposicion de los salmos y el prefacio del libro de los

(2) Vallarsi: advertencias sobre estos libros.

salmos.—La esplanacion de los salmos XLI y CXVII.—La esposicion interlineal de Job.—Esposicion sobre los cuatro Evangelios.—El comentario sobre el Evangelio de San Márcos, y el prefacio sobre el Evangelio de San Lúcas.—Los comentarios sobre todas las cartas de San Pablo, escepto la carta á los hebreos, que se atribuye al hereje Pelagio.—Dos opúsculos de las bendiciones de Jacob, y sobre las doce tentaciones del pueblo de Israel en el desierto; y el comentario en el cántico de Débora.

2.° El diálogo entre San Gerónimo y San Agustin sobre el orígen de las almas, compuesto de dos libros de ambos.—Los preceptos á los monges.—La regla de los monges, sacada de sus escritos.—Los cánones penitenciales.—El libro de las herejías de los griegos, judíos y cristianos.—El tratado sobre las siete órdenes de la Iglesia.—La alabanza de la virginidad.—El tratado de las cosas que se atribuyen á Dios en la Escritura.—La esposicion del símbolo á San Dámaso, cuyo autor es Pelagio.—La esposicion de la fe á Cirilo.—El tratado de honrar á los padres.

3.° Las cartas espurias son: La carta á Demetríades, á las hijas de Jeruncio, á Marcela, á una vírgen desterrada, á un amigo enfermo, á Pseridio sobre el cirio pascual, á Eustoquio de la prision de San Pedro, á Paula y Eustoquio de la virtud de los salmos, á Pamaquio y Occeano, y otra á este mismo sobre la vida de los clérigos, á Dámaso de las obligaciones del altar, y otras muchas á este mismo, y á Cromadio y Heliodoro sobre la vida de la Vírgen.

4.° Todos los sermones y homilías que corren con su nombre, á saber: de la Asuncion de la Santísima Vírgen, de la Resurreccion del Señor, y del cuerpo y la sangre de Cristo.

5.° El martirologio de San Gerónimo, y el libro del Conde.

ARTÍCULO VIII.

Carácter, estilo y doctrina de San Gerónimo.

San Gerónimo es sin duda uno de los Padres de la Iglesia más eminentes; sabia el hebreo, el caldeo, el griego y el latin; poseia una vasta erudicion sagrada y profana, y conocia todos los escritos de la antigüedad (1). San Gerónimo es más digno de admiracion por la uniformidad de sus propó-

(1) Véase J. Martinay, defensa de la erudicion de San Gerónimo, que se conserva en la edicion de Vallarsi, tomo VI, pág. 997.

sitos, por la armonía de sus trabajos, por la tendencia de sus escritos, que por la forma misma con que sabe revestirlos. Dios ha dado á cada siglo, á cada época, á cada momento, un auxiliar invencible de su santa doctrina, y este Santo Doctor aparece cuando la Iglesia habia menester una voz dulce y grave, triste y entusiasmada; voz de ciencia y de piedad, que anima y consuela las conciencias en tiempos calamitosos y de dolor; luz en la soledad, guia en el claustro, y sosten y áncora en medio de la agitacion y tumulto del mundo.

Escritas sus obras en la soledad, tienen la animacion que presta la lucha y la presencia de un numeroso auditorio; es elocuente con la pluma en la mano; improvisa, y no compone; escribe, y sus ideas corren y se precipitan rápidas é inflamadas; y en esta vigorosa y sostenida elaboracion del pensamiento, el giro es siempre natural, y la espresion pintoresca. Ningun otro de los Santos Padres revela más imaginacion en el estilo, porque ninguno ha tenido tampoco mayor sensibilidad en el alma. Los recuerdos de su edad primera comprimidos, sus pasiones apaciguadas, se convirtieron en manantial fecundo de sentimientos tiernos, patéticos y delicados. En su corazon halló el secreto para conocer á los demas, y de él hizo brotar el rico tesoro del espiritualismo cristiano que le distingue.

Leyendo las obras de San Gerónimo, lazo misterioso de union entre Oriente y Occidente, es imposible dejar de admirar las imágenes, los giros encontrados, los arranques, las vivas é impetuosas agudezas que se desprenden naturalmente de su alma, y de que están llenas las páginas de sus escritos.

La gruta de Belen atrajo las miradas del mundo, y desde su destierro el humilde solitario, el rígido anacoreta, era el oráculo de la Iglesia. Dentro de las murallas de Roma, San Gerónimo hubiera sido menos poderoso; su aislamiento convenia á los altos fines de Aquel que aseguró para siempre el imperio de la verdad entre los hombres; convenia á su genio, convenia á la situacion en que se encontraba la sociedad cristiana, dispersa, esparcida en mil parajes, viviendo en el desierto y en los monasterios: ocultándose, huyendo, por decirlo así, á cada momento delante de los bárbaros, necesitaba tener por guia, no tanto una regla fija y absoluta, como una voz siempre presente y querida. San Gerónimo fue esta voz; voz que se hizo oir en todos los momentos y en todos los parajes, tanto en Oriente como en Italia, en las Galias como en las márgenes del Rhin.

Los escritos de este Padre carecen en muchos puntos de la pureza y castigada elegancia del siglo de oro de la litera-

tura latina, pues desdeña el someterse á una correccion metódica y regular; y sus espresiones son por esto mismo más fuertes y varoniles. Las cuestiones más abstractas pierden bajo su pluma su aridez natural, y sus obras más serias no son las menos agradables. Suele tratar los asuntos con toda la pompa de la elocuencia, y siempre con el vigor de una dialéctica consumada. La vehemencia, la precipitacion con que escribia (1), no perjudica casi nunca á la solidez de sus raciocinios ni la claridad de sus discusiones, porque la penetracion de su talento sabe herir siempre el punto de la dificultad. Este mérito singular se revela muy particularmente en todo lo que escribió acerca de las Sagradas Escrituras. Aquí es donde este torrente, caido de la montaña, lleva tranquilo por el valle sus cristalinas y abundantes aguas. Generalmente espone la Sagrada Escritura en el sentido histórico, tropológico y místico, y en sus comentarios presenta las interpretaciones de los espositores antiguos. Su doctrina es tan pura, que ha servido de guia á la Iglesia, y los que la atacaban eran considerados como herejes; y de ella citaremos los puntos siguientes:

1.° Espone la verdadera doctrina acerca de la Iglesia, de la Escritura y de la tradicion. (Diálogo contra los luciferianos, y en el comentario sobre Amós, cap. VI, vers. 2.)

2.° Que el hombre coopera á la justificacion y á las buenas obras. (Com. Ez., cap. III, vers. 2.)

3.° Admite con la Iglesia la nocion de la justificacion. (Com. en Sof., cap. I, vers. 2.)

4.° El aumento de la justificacion recibida. (Com. en la carta á los gálatas, cap. III, vers. 5.)

5.° Que ademas de la fe son necesarias las buenas obras. (Com. en Oseas, cap. IV, vers. 7.)

6.° El sacramento de la Eucaristía, y el sacrificio del Nuevo Testamento. (Com. en la carta á Tito, cap. I, vers. 8.)

7.° Que la virginidad se debe anteponer al matrimonio. (Lib. I contra Joviniano, núm. 13.)

8.° La intercesion de los Santos y la veneracion de sus reliquias. (Libro contra Vigilancio, núm. 6.)

---

(1) César Cantú, *Historia universal*, tomo II, pág. 911, dice que el libro contra Vigilancio lo escribió en una noche.

CAPÍTULO IV.

SAN PACIANO.

FUENTES. Sus propias obras.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. CVI.

AUXILIARES. Tillemont, tomo VIII, pág. 537.—Ceillier, tomo VI, cap. XIX.—Dupin, tomo II, pág. 175.—Gallandi: *Biblioteca*, tomo VIII, proleg., cap. III.—J. A. Fabricio: *Biblioteca media é ínfima latinidad*, tomo V, pág. 189.

EDICIONES. La de J. Tilio, Paris, 1538.—La mejor es la que está en la Biblioteca de Gallandi, tomo III.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Paciano.

San Paciano, Obispo de Barcelona, es posible que naciese en esta ciudad. Desde muy niño se aplicó al estudio de las humanidades, y es de creer que seria educado en la bella literatura, por cuanto sus escritos revelan familiaridad con los escritores de la más culta antigüedad, así latina como griega. Fueron tantos sus méritos y virtudes, que aun siendo casado y teniendo un hijo le eligieron para que gobernase la Iglesia en aquellos tiempos calamitosos. Paciano se parecia á la columna misteriosa que conducia á los hijos de Israel por el desierto: al paso que era todo luz, amor y consuelo para los fieles, era terror y confusion para los herejes, y en todas sus obras se deja ver el celo y espíritu cristiano que le animaba. Finalmente, admirado de los fieles y respetado hasta de los mismos herejes, murió de edad avanzada, probablemente por el año 392 (1).

San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. CVI.

ARTÍCULO II.

Escritos de San Paciano.

San Paciano escribió varios opúsculos, de los que hoy quedan algunos, á saber:

1.° *La obra contra los novacianos*, ó sean *tres cartas al novaciano Simproniano*, de las cuales la primera se titula: *Del nombre católico*; la segunda, *De las cartas de Simproniano*; y la tercera, *Contra los tratados de los novacianos*. En la primera esplica la palabra *católico*, y dice que desde los más remotos tiempos se ha aplicado á la verdadera Iglesia de Cristo, y presenta la falsedad de la doctrina de los novacianos sobre la penitencia, demostrando que por la clemencia de Dios, por la fragilidad humana y por el precepto divino de que los pecadores hagan penitencia, que Dios perdona á los reincidentes en el pecado; pero que este perdon ha de verificarse por medio de los ministros del Señor. Simproniano opuso á esta carta un tratado, al que precedian unas cartas. San Paciano examinó estas en primer lugar, y en su segunda carta, despues de refutar las argucias y desmentir las calumnias que contenian, confirma lo que habia dicho del nombre católico, defiende el uso de las ciencias profanas, manifiesta que las persecuciones contra los novacianos, verificadas por la autoridad civil, no deben imputarse á los católicos, y, finalmente, da toda la autoridad á San Cipriano y la quita á los novacianos, por ver si así atrae á su enemigo á la Iglesia católica. En su tercera carta refuta el tratado de su adversario, donde este quiere probar con muchos ejemplos que no se debe hacer penitencia despues del bautismo, desechando al mismo tiempo las principales proposiciones de los novacianos, á saber: «Que despues del bautismo no es lícito hacer penitencia, porque la Iglesia no puede perdonar el pecado mortal, y que esta perece si recibe en su seno á los pecadores.» En primer lugar, quita enteramente la autoridad á Novaciano, autor de estos errores, y advierte que se daña á sí mismo pensando de esa manera; añade que la objecion de Simproniano, sacada de la nocion de la Iglesia, no tiene ninguna fuerza, é ilustra su doctrina segun los principios católicos. Despues afirma que la penitencia de los pecados cometidos despues del bautismo es eficaz, y que los sacerdotes tienen la facultad de perdonar esos pecados. Igualmente manifiesta que, segun las Sagradas Escrituras, se debe separar de la Iglesia, no á los pecadores penitentes, sino á los que no quieren hacer penitencia; y

que admitiendo á los pecadores, no perece la Iglesia. Por último, increpa acerbamente la soberbia de los novacianos y su presuncion, deduciendo de todo lo espuesto cuál es la verdadera Iglesia; la cual mantiene á los justos y á los injustos, y amonesta, por último, á su adversario, que, abandonando los errores de Novaciano, entre en la Iglesia católica.

2.° *La Parenetis*, ó sea *Opúsculo exhortatorio á la penitencia*. En este breve tratado previene que toda la disciplina de la Iglesia depende de la institucion de la penitencia pública, y enseña que en el Nuevo Testamento se dan varios remedios para los pecados veniales; pero que para los mortales, como la apostasía, el homicidio y el adulterio, es el único remedio la penitencia pública; despues hace ver la magnitud del crímen de no confesar todos los pecados y comulgar sacrílegamente, y dice á los que se confiesan que deben hacer una verdadera penitencia.

3.° *El sermon del bautismo*. En él espone cuál sea la condicion del hombre antes del bautismo, y cuál es despues de recibido; y concluye recomendando encarecidamente á todos que conserven hasta la muerte la gracia é inocencia bautismal.

San Paciano habla admirablemente de la Iglesia católica y de la potestad que tiene de perdonar los pecados por medio de sus ministros; de los tres sacramentos, del Bautismo, Confirmacion y Penitencia, y de los requisitos necesarios para el sacramento, y del pecado original. Sus razonamientos son sólidos, su modo de escribir deleitable, su estilo elegante y castizo, y en sus escritos se revela su piedad. Sus dos sermones citados pueden presentarse como modelos de discursos familiares dirigidos al pueblo.

Los puntos principales de doctrina que contienen sus escritos, son:

1.° El sacramento de la Confirmacion. (Sermon del Bautismo, núm. 6.)

2.° La potestad del sacerdote para perdonar los pecados. (Carta primera, núm. 6.)

3.° Esplica así la palabra *católico:* «Mi nombre es cristiano; mi sobrenombre, católico.» (Espíritu Santo, núm. 4.)

CAPÍTULO V.

DE OTROS ESCRITORES ECLESIÁSTICOS DE ESTE TIEMPO.

A los Santos Padres de este siglo pueden añadirse los siguientes, que fomentaron la vida monástica con su ejemplo y con sus escritos, ó se dedicaron á la interpretacion de la Escritura, á saber: Rufino, presbítero de Aquilea, los dos Paladios, Sulpicio Severo, San Cromacio de Aquilea y San Gaudencio de Brescia.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de Rufino de Aquilea.

Tiranio Rufino, nacido en el territorio de Aquilea hácia el año 346, é instruido en la piedad y doctrina de los Santos Padres, contrajo amistad con San Gerónimo, y fue bautizado el año 371 por San Cromacio, abrazando despues la vida monástica (1). Más tarde marchó á Alejandría, donde visitó á los monges más célebres del Egipto; y habiendo sufrido las persecuciones de los arrianos, despues de la muerte de San Atanasio, tuvo á Teófilo por amigo y á Didimo por maestro (2). Habiendo pasado seis años en aumentar su erudicion y piedad, siguió á Melanía, viuda romana, noble y piadosa, á quien acompañaba en su viaje á los Santos Lugares, y se entregó á la vida monástica en el monte Olivete. No permaneció quieto en Jerusalen, sino que visitó á los mas célebres varones de la Mesopotamia y otras regiones, y estuvo segunda vez en Egipto, donde permaneció dos años (3). Vuelto á Palestina, fue ordenado de presbítero por Juan, Obispo de Jerusalen; pero algunos años despues, á causa de su entusiasmo por Orígenes, se indispuso con San Gerónimo, originándose de esto grandes disputas (4). Reconciliado despues con este, volvió á Italia, acompañando siempre á Santa

(1) San Gerón., Apolog. contra Rufino, lib. I, núm. 2.
(2) San Gerón., carta 3.ª números 1 y 2.
(3) Apolog. de Rufino contra San Gerón., lib. II, números 8 y 12.
(4) J. Fontanini, lib. IV, cap. II, núm. 8.

Melanía (1). Despues de haber traducido aquí algunos opúsculos, entre ellos varios de Orígenes, volvió á su ciudad natal, donde renovó las discusiones con San Gerónimo, que el mismo San Cromacio, Obispo de Aquilea, trató en vano de apaciguar, y donde compuso algunos escritos é hizo algunas versiones griegas (2). Por el año 381 dejó otra vez á su patria para volver á Palestina con Santa Melanía; pero al pasar por Sicilia, á donde primero se habia retirado esta huyendo de los bárbaros, murió por el año 410 (3).

ARTÍCULO II.

Escritos de Rufino de Aquilea, genuinos y dudosos.

Todas las obras de Rufino, que escribió del año 397 al 410, se pueden dividir en dos clases: unas son originales, y otras son traducciones del griego al latin.

OBRAS ORIGINALES.

1.° *Dos libros de Historia eclesiástica.* En ellos continuó la *Historia eclesiástica* de Eusebio, que tradujo bastante libremente, hasta el tiempo de Teodosio el Grande, y solo refiere lo que él habia visto, ó al menos oido de testigos oculares (4). Estos libros no tienen el mérito de los que escribió Eusebio.

2.° *La Historia de los monges*, ó sea *El libro de las vidas de los Santos Padres*, esto es, de los monges de Egipto. En este libro, que á ruegos de sus hermanos escribió á nombre de San Petronio, despues Obispo de Bolonia, describe la historia de los viajes que este habia hecho por las soledades del Egipto, y refiere los sucesos y vidas de los monges de estas regiones, que él mismo habia visto (5).

3.° *Dos libros de las bendiciones de los Patriarcas.* En ellos, á ruegos de San Paulino de Nola, habla de los vaticinios de Jacob al tiempo de morir, en el sentido histórico, moral y místico. En el lib. I trata de la bendicion sobre Judá, y en el II de las de los demas hijos (6).

4.° *Comentarios al Símbolo de los Apóstoles*, que es el es-

(1) Schœnemann: *Bibliot. Hist. lit. de los Padres latinos*, tomo I, pág. 577.
(2) San Gerón., ep. 81.
(3) Paladio: *Hist. Laus*, cap. CXVIII.
(4) Gennadio: lib. *De los varones ilustres*, cap. XVII.
(5) Rufino: *Historia eclesiástica*, lib. II, cap. IV.
(6) Rubeis: *Monum. de la Iglesia de Aquilea.*

crito mas erudito de la antigüedad cristiana. Rufino espone elegantemente este Símbolo por capítulos (1).

5.° Rufino unió á la traduccion del lib. I de la Apología de San Pamfilio sobre la fe de Orígenes, una disertacion suya, que se titula *De la adulteracion de los libros de Orígenes* (2), en la cual, ya con los ejemplos de los antiguos, á quienes sucedia lo mismo, ya por algunas cartas de Orígenes, se propone demostrar que lo que se encuentra en las obras de este contrario á la apología de San Pamfilio, ha sido corrompido por los herejes.

6.° *Apología contra San Gerónimo, en dos libros.*

Y 7.° Apología en defensa de la rectitud de su fe al Papa San Anastasio (3).

VERSIONES DE RUFINO.

1.ª La regla de San Basilio Magno.

2.ª Ocho homilías de San Basilio Magno.

3.ª Diez opúsculos de San Gregorio Nacianceno (4).

4.ª El lib. I de la Apología de San Pamfilio, mártir, en defensa de Orígenes (5).

5.ª Cuatro libros de Orígenes (6).

6.ª Diez y siete homilías de Orígenes sobre el *Genesis*, trece sobre el *Exodo*, diez y seis sobre el *Levítico*, veintiocho sobre los *Números*, veintiseis sobre *Josué*, nueve sobre los *Jueces*, y otras nueve sobre algunos salmos; una homilía sobre el libro de los *Reyes*, y cuatro sobre el *Cantar de los Cantares* (7).

7.ª Quince tomos de Orígenes sobre la Carta de San Pablo á los romanos, los cuales redujo Rufino á diez libros en su traduccion al latin (8).

8.ª La *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesárea, reducida á nueve libros (9).

9.ª Cien sentencias de Evagrio á los monges, y las sentencias sobre la indolencia, ó sea el libro de la vida comun de los cenobitas, y el libro á las vírgenes consagradas á Dios (10).

10. Las *Recogniciones*, falsamente atribuidas á San Cle-

(1) Tillemont, art. 125, pág. 306.
(2) Este opúsculo se encuentra en las obras de San Gerón. edic. de Martinay.
(3) J. Fontanini, lib. v, cap. iv.
(4) Fontanini, lib. v, cap. i, núm. 3.
(5) Galland., tomo iv, proleg., cap. i.
(6) Tillemont, art. 86, números 210-12.
(7) Fontanini, lib. v, cap. vii, números 1-5.
(8) Casiodoro, *Inst. de las div. letr.*, cap. viii.
(9) Dup., tomo iii, pág. 256.
(10) Carta 133, núm. 3, de San Gerónimo.

mente Romano, y las dos cartas del mismo á Santiago de Jerusalen (1).

11. Las sentencias de Sexto *pitagórico*, las cuales imprudentemente publicó, traducidas al latin, como propias de Sixto ó Xysto, Papa y mártir (2).

Rufino tuvo un gran ingenio para traducir del griego al latin, pero usó siempre de demasiada libertad: sus versiones se distinguen de las de otros intérpretes antiguos por los prólogos que las preceden.

Algunas de las obras que corren con el nombre de Rufino deben tenerse por dudosas y apócrifas, á saber:

1.ª El cánon pascual de Anatolio.

2.ª Comentario sobre los ochenta y seis primeros salmos. Tres libros del comentario al Profeta Oseas, y dos del comentario sobre Amós, y uno sobre Joel, deben atribuirse mejor á cierto escritor español, acaso á Pablo Orosio.

3.ª La Vida de Santa Eugenia, vírgen y mártir. El Opúsculo breve sobre la fe, y el Opúsculo estenso, tambien sobre la fe.

4.ª Diez homilías, de las que siete son sobre San Mateo.

Finalmente, la version de las homilías de Orígenes sobre San Lúcas, que tambien se ha atribuido á Rufino, es de San Gerónimo. Es incierto el autor de la version latina de las obras de Flavio Josefo; pero no es Rufino.

ARTÍCULO III.

Los dos Paladios y Sulpicio Severo.

Paladio, Obispo de una ciudad desconocida de Oriente, y amigo de San Juan Crisóstomo, no queriendo abandonar la comunion eclesiástica, se vió obligado á espatriarse y venir á Roma, por amor á la paz, en 408. Estando en esta ciudad tuvo un diálogo sobre la vida de San Juan Crisóstomo con Teodoro, diácono de la Iglesia romana. Despues lo escribió correctamente, y de él se pueden sacar escelentes noticias de la vida de San Juan Crisóstomo, y de todos aquellos sucesos, pues fue Paladio testigo ocular (3).

Paladio, Obispo de Helenópolis. A los veinte años de su edad abrazó la vida monástica, por el año 376. Viajó por todo el Oriente y el Egipto, visitando á los más célebres monges

(1) Gennadio, libro *De los varones ilustres*, cap. XVII.
(2) San Gerónimo, cap. CXXXIII.
(3) Paladio: Diálog., cap. I, páginas 7-9.

y solitarios. Despues de haber estado en Belen y trabado amistad con Melanía y Rufino, pasó á Alejandría, y vivió en los montes de Nitria, en compañía de los monges. Vuelto á su patria, fue ordenado Obispo de Helenópolis por el año 400, probablemente por San Juan Crisóstomo, á quien, no solo ayudó en su destierro con sus oraciones, sino que marchó á Roma para interceder por él. Finalmente, desconfiado de la causa del Crisóstomo, y arrojado de su Silla, ocupó la de Aspen, en la Galacia, despues de sufrir muchas privaciones.

Escribió la *Historia Lausiaca*, llamada así de Lauso, camarero del Emperador, y murió antes del año 431 (1). Su historia contiene las vidas de los más célebres monges de Oriente y Egipto, ermitaños y personas piadosas. Casi no habla en ella de otros hechos que de los que él vió, ó habia oido de testigos oculares (2).

Sulpicio Severo (3), que habia sido confundido con un Obispo del mismo nombre, de Bourges, nació de noble linaje en Aquitania, provincia de Francia, donde entonces florecian las bellas artes, por el año 363 (4). Educado en las ciencias profanas, y despues de algunos triunfos en la carrera del foro, habiendo muerto su rica y noble esposa, se hizo monge, y acaso presbítero, por consejo de su suegra Basula, mujer piadosa, que lo habia consultado con San Paulino de Nola (5). Desde aquel tiempo pasó su vida en Tolosa, pidiendo frecuentemente consejo, para seguir con fruto la vida monástica, al célebre San Martin, Obispo de Tours y honra de los monges. Empleaba el tiempo en obras de piedad, construyendo y restaurando basílicas, y escribiendo libros piadosos. Se ignora el tiempo que vivió despues del año 405; de aquí que unos fijen su muerte por el año 410, mientras que otros la ponen en 420 (6).

Las obras que de Sulpicio Severo se conservan son de dos clases; á saber: la *Historia* que llaman *sagrada*, y varios escritos de la vida y milagros de San Martin y otros monges.

1.ª La *Historia sagrada*, comprendida en dos tomos, y escrita por el año 402 ó 403: es un breve y elegante compendio histórico de toda la Sagrada Escritura, desde la creacion del mundo hasta la muerte de Jesucristo y los Apósto-

(1) Sócrates: *Historia eclesiástica*, libro IV, cap. XXIII.
(2) Tillemont, art. 9, pág. 523.
(3) De Sulpicio Severo, véase Gennadio, libro *De los varones ilustres*, cap. XIX.
(4) Gennadio, diálogo 1.º de Sulp. Sev., núm. 26.
(5) San Paulino de Nola, ep. 5, núm. 5.
(6) San Paul. de Nola, ep. 11, núm. 13.

les, añadiendo ademas una sucinta relacion de todos los hechos eclesiásticos hasta el año 400, donde hace particular mencion de la destruccion de Jerusalen y de las persecuciones contra los cristianos, y trata á la ligera de la herejía arriana, y algo más estensamente de los priscilianistas (1). Este libro, aunque claro y elegante, no carece de algunos errores históricos y cronológicos.

2.ª Ademas escribió la vida de San Martin; tres cartas sobre la muerte y virtudes de este Santo; á Eusebio, presbítero; á Aurelio, diácono, y á su suegra Basula, y tres diálogos en galo y postumiano; de los cuales el primero trata de las virtudes y milagros de los monges orientales, y los dos restantes de las virtudes de San Martin, los cuales pueden servir de suplemento á la vida de este Santo.

3.ª De sus muchas cartas solamente quedan, ademas de las arriba mencionadas, siete que llevan su nombre, de las cuales las tres primeras se ve que le pertenecen; pero las cuatro restantes son supuestas (2). La primera, dirigida á su hermana Claudia, trata del juicio final; en la segunda, á la misma, *sobre la virginidad*, recomienda con todas sus fuerzas esta virtud, manifestando que la verdadera vírgen debe ser casta en el cuerpo y en el alma (3); la tercera está dirigida á San Paulino de Nola.

Sulpicio Severo, autor erudito y elegante, «el más castizo entre los escritores eclesiásticos,» es titulado el *Salustio cristiano*. Su *Historia* y su *Vida de San Martin* están escritas con no menos elegancia que claridad. Sus diálogos son tan agradables, que atraen insensiblemente al lector (4).

ARTÍCULO IV.

San Cromacio de Aquilea y San Gaudencio de Brescia.

San Cromacio (5), nacido, ó á lo menos educado desde su infancia en Aquilea, fue célebre por su santidad, y estirpó con su doctrina y celo en esta ciudad los errores ponzoñosos de Arrio (6). A la muerte del Obispo San Valeriano, Cromacio fue elevado á la Silla de Aquilea, hácia el año 337. Su principal estudio era el de las Santas Escrituras, sobre las cuales hizo algunos comentarios, consultando á sus amigos Am-

(1) Gerón. de Prato: Pref. á las obras de Sulpicio Severo, tomo II, números 3 al 11.
(2) Gerón. de Prato: Pref. núm. 26 á las obras de Sulp. Sev., tomo II, nota.
(3) Esta carta parece dudosa á Gerón. de Prato.
(4) Ceillier, núm. 20, pág. 654.
(5) Tillemont, tomo XI, pág. 534.
(6) San Gerón., carta 7.ª, núm. 6.

brosio y Gerónimo, estimulando á este á que hiciese una nueva version de la Escritura, y á los dos á que escribiesen comentarios (1). En la cuestion origenista entre Rufino y San Gerónimo, San Cromacio intervino como mediador. Cuando San Crisóstomo fue echado de su Silla, influyó con los Emperadores de Oriente y Occidente; pero sus gestiones no produjeron el efecto apetecido. Se cree que murió poco despues, cerca del año 407 (2).

De sus escritos aun quedan diez y ocho homilías ó tratados sobre el Evangelio de San Mateo, notables por su erudicion y piedad. En ellas solo esplana desde el vers. 15 al 17 del cap. III, y los capítulos V y VI casi íntegros, por lo cual parece más bien que son fragmentos de un tratado más estenso sobre San Mateo. Entre ellos es muy notable el *Sermon de las ocho bienaventuranzas*, en el que alaban los eruditos la dignidad con que trata el argumento, la riqueza de la invencion, y su elegancia. Ademas, las consideraciones que hace son muy útiles, y todas dirigidas á la moral (3).

San Gaudencio (4), educado en las ciencias eclesiásticas en Brescia por San Filastrio, marchó poco despues al Oriente. Aunque estaba ausente, fue elevado contra su voluntad á la Silla episcopal de Brescia, á la muerte de San Filastrio. Con sus sermones edificaba á los fieles, y construyó ademas una basílica de su propio peculio, honrándola con las reliquias de muchos mártires (5). Cuando todo se conjuró contra San Crisóstomo, Gaudencio, con otros Obispos de Occidente marchó á Constantinopla con las cartas del Papa Inocencio, y legado por el Emperador Honorio, á fin de levantar el destierro al Santo Doctor y facilitarle la reunion de un sínodo; pero esta legacion no produjo el efecto deseado, á causa del odio implacable de los enemigos del Crisóstomo. Es incierto el año en que murió Gaudencio, pero es bastante probable que seria por el 410 (6).

De sus escritos aun quedan hoy veintiun tratados genuinos. De estos los diez primeros son sermones pronunciados á los neófitos desde la vigilia de la Pascua, en toda esta semana y con una esposicion en sentido típico y moral del cap. XII del *Exodo* y del vers. 1-11, cap. II, del Evangelio de San Juan, para instruir á los recien bautizados en los dogmas necesarios de la fe y de la moral, como la divinidad de

(1) San Ambrosio, carta 50, núm. 16.
(2) San Juan Crisóstomo, ep. 155.
(3) La mejor edicion es la de Gallandi: *Biblioteca*, tomo VIII, pág. 331.
(4) Para San Gaudencio, véase Tillemont, tomo X, pág. 581-591.
(5) P. Gallardo: Pref., núm. 3-5.
(6) San Crisóstomo, cap. 184.

Jesucristo, la Eucaristía, el libre albedrío, etc. Siguen despues cuatro sermones de diversos capítulos del Evangelio, en los cuales prueba principalmente el misterio de la Trinidad, espone los efectos de nuestra Redencion, y recomienda la liberalidad para con los pobres. *El sermon de los mártires Macabeos*; el pronunciado en el aniversario de su consagracion, y *el de la consagracion de la Basílica* son la historia de su vida, y contienen escelentes noticias de la antigua disciplina de la Iglesia sobre el culto de los Santos y sus reliquias. El tratado á Serminio esplana la parábola del mal administrador; el tratado al *Diácono Pablo* se ocupa de aquellas palabras *Pater major me est*, que objetaban los arrianos, y las espone en sentido católico, probando la divinidad de Jesucristo. Los dos anteriores tratados debian llamarse más bien *Respuesta* á los que van dirigidos. Finalmente, el *Sermon de San Pedro y San Pablo*, pronunciado en Milan en presencia de San Ambrosio, y el de la *Vida y muerte del beato Filastrio*, son alabanzas á estos santos Apóstoles y á su predecesor.

El estilo de San Gaudencio, aunque parezca simple, es elegante, fácil y ameno, y su doctrina y preceptos son ortodoxos (1).

Con el nombre de San Gaudencio se encuentran algunos opúsculos, como el *Poema de San Filastrio*, los *Comentarios del símbolo llamado Atanasiano*, y el famoso libro de la singularidad de los clérigos; pero estos son espurios (2).

---

(1) P. Gallardo: Pref. á las obras de San Gaudencio, núm. 16.
(2) P. Gallardo, lugar citado, núm. 19-20.

CONTINUACION DE LA ÉPOCA SEGUNDA.

CAPÍTULO ÚNICO.

IDEA GENERAL Y CARÁCTER DE LOS PADRES DEL SIGLO V.

Terminadas las agitaciones producidas por los arrianos, se creyó llegado el momento de paz para la Iglesia; pero bien pronto se suscitaron otras nuevas. Donato de Casas Negras se opuso á Ceciliano por haber sido ordenado Obispo de Cartago por Félix de Aptungia, acusado de *traditor*, y fue causa de un cisma, que agitó por mucho tiempo á la iglesia africana. Esta controversia, que no era otra cosa que el error de los novacianos, negaba de un lado la tradicion cristiana, sobre la validez del bautismo dado por los herejes, y de otro introducia en el Evangelio la dureza del genio africano.

Despues de haber sido condenados los donatistas en muchos Concilios, San Optato de Milevi trató de atraerlos á la unidad de la Iglesia, y lo mismo hizo San Paciano combatiendo á los novacianos; pero sus escritos consiguieron pocas conversiones. El destinado á concluir con este cisma fue San Agustin. Desde luego separó este Padre la cuestion de hecho concerniente á Félix *traditor*, de la cuestion de doctrina, relativa á los poderes de la Iglesia, é hizo conocer la idea de la *verdadera Iglesia*, y su division necesaria en *visible* é *invisible*, la cual constituye, no ya dos iglesias, sino dos estados diferentes en una sola y única Iglesia; logrando de este modo atraer á los donatistas.

Los maniqueos, cuyos funestos errores se habian esparcido merced á las promesas y á las prácticas ascéticas, fueron refutados tambien por San Agustin, con tanta mayor eficacia, cuanto que los conocia por esperiencia.

Apenas habian sido reducidos á silencio estos errores, despues de laboriosas luchas, apareció un nuevo error, todavía más funesto, pues negaba la necesidad de la gracia, é inutilizaba los frutos de la Redencion. Pelagio, monge inglés, hombre de genio sutil, vino á dar nombre á este error,

en cuya obra de iniquidad tuvo por compañero á Celestio.

San Agustin fue una vez más el encargado de defender la doctrina católica, y refutar á estos herejes, haciéndolo admirablemente en una multitud de obras que han pasado á la posteridad, recomendadas por la Iglesia. Pero esa cuestion de suprema importancia teológica y filosófica, política y religiosa, se propagó bajo diversas apariencias por toda la Edad Media; fue luego resucitada por los protestantes, despues por Jansenio, y hasta los racionalistas de nuestros dias elevan la libertad del hombre hasta escluir la influencia de Dios en sus acciones.

Poco despues de Pelagio, algunos monges de Marsella, entre los que se cuenta Casiano, atribuian á la voluntad humana el principio de la fe y el don de la perseverancia; dando así lugar al error de los semi-pelagianos.

Luego que llegó esto á noticia de San Agustin, se propuso refutar la nueva forma que vestia el error; pero el gran Obispo de Hipona terminó sin concluir estos trabajos su laboriosa y fecunda vida. La lucha la continuaron Próspero é Hilario, á quienes se unió despues Fulgencio, Obispo de Ruspe, en Africa, y algunos otros.

Mientras que la controversia sobre la gracia se desarrollaba cada vez más en Occidente, el Oriente, siempre fiel á sus hábitos especulativos, se abismaba gradualmente en las cuestiones de la cristología.

Los apolinaristas habian confundido las dos naturalezas en Cristo, mutilando la humana, y Nestorio, combatiéndolos, dió orígen á la herejía contraria, que separaba la naturaleza humana de la divina, diciendo que el Verbo y Jesus son personas distintas. Este error, no solo negaba la prerogativa de Madre de Dios á la Santísima Vírgen, sino que destruia el misterio de la Encarnacion; pues si la Víctima ofrecida para salvar el género humano era puro hombre, se perdia el principio de la Redencion, y con él el cristianismo.

No tardó en propagarse por el Oriente el rumor de esta doctrina de Nestorio, encontrando numerosos partidarios. Ella se recomendaba por una claridad ficticia, pues parecia más fácil comprender á Dios unido al hombre, que á Dios hecho hombre.

En oposicion á Nestorio se levantó Eutiques á sostener que antes de la union del Verbo con la naturaleza humana las dos naturalezas eran enteramente distintas; pero que despues de la union, la humana habia sido absorbida por la divina, destruyendo de este modo tambien el misterio de la Encarnacion; porque si Cristo no era verdadero hombre, no podia ser nuestro Mediador, ni modelo de nuestras virtudes.

Así, una herejía dió orígen á otra diametralmente opuesta, y la Iglesia tuvo que combatirlas, manteniéndose entre los estremos, y en el punto verdadero de la doctrina católica.

Eusebio de Dorilea delató á San Flaviano la doctrina de Eutiques, quien la condenó. San Leon confirmó esta condenacion en una carta dirigida á Flaviano, en la cual espuso con rara solidez y mucha claridad la doctrina de la Iglesia sobre las dos naturalezas, y su union hipostática contra Nestorio y Eutiques. El error de este, designado más adelante con el nombre de *Monofisismo*, se propagó bajo diferentes formas. Las disputas que se originaron con motivo de estas dos herejías dieron lugar á la de los *Monothelitas*, que con aquellas tanta perturbacion causaron en el Oriente.

Para que se vea la unidad que guardan los errores entre sí, no será fuera de propósito indicar que, así como las herejías de la primera época todas fueron á parar al *dualismo*, y más principalmente al *panteismo*, lo mismo sucede en esta. Nestorio estendió la dualidad á la Encarnacion del Verbo; y así como los dualistas anteriores habian dividido la unidad sustancial del Criador, él descompuso en dos personas la unidad personal del Redentor. Eutiques llevó la idea panteística á la Encarnacion, pues negaba la realidad de la naturaleza humana en Cristo, absorbida por la divina. Todavía es más preciso el panteismo de Sabelio, el cual hace manar de la silenciosa y tranquila unidad absoluta de Dios el alma de Cristo, despues el Espíritu Santo, y, en fin, la del hombre y todo el universo moral. Puede considerarse derivado tambien del panteismo el *gnosticismo*, y de sus emanaciones divinas el *arrianismo*, que considera al Verbo divino como una emanacion inferior al Padre, y al mismo tiempo criatura.

Cuando los Padres de este siglo, y aun del anterior, esponian los dogmas cristianos, hacian ver que estos habian sido revelados por Dios, y esto lo confirmaban por medio de la argumentacion lógico-metafísica. Esta dialéctica tenia necesariamente dos fases: la una negativa, y la otra positiva. La fase negativa consistia en esponer las opiniones contrarias al dogma cristiano, y en demostrar el error: en probar que esas opiniones contrarían la verdad revelada, al paso que ellas son insostenibles en sí mismas. La fase positiva consistia en demostrar que las ideas admitidas por el cristianismo, son aceptables en sí mismas; de tal suerte, que el admitir el Dios que la revelacion nos enseña no es un absurdo, sino antes bien está muy conforme con la razon. Su método, pues, de disputar era el siguiente: primeramente, los testimonios más claros de la Sagrada Escritura, que demostraban la verdad de la doctrina cristiana; si juzgaban

habia necesidad de más, unian los testimonios de la tradicion; en seguida, con auxilio de la dialéctica, sacaban consecuencias, no escolásticas, sino familiares, y con el lenguaje usual, como acostumbraba San Atanasio (1).

Finalmente, caerá en error el que no considere las diferentes formas de argumentacion usadas por los Santos Padres, en las cuales, siendo el fin opuesto, si no diverso, y siendo distinto el enemigo que habia que combatir, la esposicion y el intento eran, no contrarios, sino diferentes. El que sitia una ciudad tira líneas, construye trincheras, levanta parapetos, que despues de tomada la fortaleza se apresura él mismo á destruir.

Todos los Padres tomaban la fe por punto de partida, raiz y orígen de la ciencia cristiana, y en la revelacion y en las Escrituras el fundamento de la filosofía. De tal manera comprendian nuestros ilustres Doctores la flaqueza de la razon, que San Agustin, en su obra contra los académicos (2), pone por epígrafe en uno de sus capítulos esta tésis: *Veritatem, nisi divina ope, non percipi;* esto es, que no puede percibirse la verdad sino mediante un auxilio divino. De este modo los Padres, armonizando la razon y la fe, pudieron elevar á tan grande altura la ciencia y la Religion en esta época.

Para evitar toda confusion al tratar de los Padres de este siglo, será preciso dividirlos en cinco secciones: en la 1.ª trataremos de los Padres que impugnaron á los donatistas y pelagianos; en la 2.ª de los que refutaron los errores de Nestorio; en la 3.ª de los que lo hicieron contra Eutiques; en la 4.ª de los oradores sagrados más célebres de este siglo, y en la 5.ª de los Padres y escritores que combatieron los errores del semi-pelagianismo.

(1) Focio: Cod. 140.
(2) Cap. VI, lib. III.

SECCION PRIMERA.

De los Padres que impugnaron á los donatistas y pelagianos.

CAPÍTULO PRIMERO.

SAN OPTATO DE MILEVI.

Fuentes. Sus propias obras.—San Gerónimo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. cx.—San Agustin: *De la doctrina cristiana*, lib. II, núm. 61, y lib. *De la unidad de la Iglesia*, núm. 50.

Auxiliares. L. E. Dupin, Pref. sobre los libros de este Padre.—Tillemont: *Memoria*, tomo VI.—Ceillier, tomo VI, cap. XVII.—Gallandi: *Biblioteca de los Padres*, tomo V, proleg., cap. XVIII.

Ediciones. La de G. Albaspineo, Paris, 1631.—Gallandi: *Biblioteca de los Padres*, tomo V.—La del abate Migne, Paris, 1845.—La mejor de todas es la de L. E. Dupin, Paris 1700, en folio.

ARTÍCULO ÚNICO.

Vida, escritos y doctrina de San Optato de Milevi.

San Optato (1), Obispo de Milevi, en la Numidia, célebre por su doctrina y santidad, tomó la defensa de la fe católica contra los donatistas, por el año 370 (2). Estos cismáticos levantaban sus calumniosas voces contra los católicos, y aunque estos deseaban que, para aclarar los motivos de aquel cisma, se tuviese alguna conferencia entre algunos miembros de las dos partes, los donatistas, sin embargo,

(1) Véase Est. Morello: *Africa cristiana*, vol. 2.º, al año 370, pág. 275.
(2) San Optato, lib. I, núm. 13, y lib. IV, núm. 5.

desconfiando de su mala causa, diferian esta reunion. Pero Parmeriano, tercer Obispo donatista de Cartago, se ensañó abiertamente contra los católicos. Con esta ocasion San Optato, persuadido de la verdad, determinó refutar sus escritos, dando á luz al efecto *seis ó siete libros del cisma de los donatistas* (1). El argumento de esta obra es como sigue: En el libro I, recomendando antes de todo la paz, propone el argumento de su obra, y nota la diferencia de los cismáticos y de los herejes, y prueba que los traductores de los libros sagrados fueron los autores del cisma de los donatistas, como se puede ver por su historia y orígen, advirtiendo al mismo tiempo á su adversario, que hablaba injustamente de los católicos. En el libro II habla de la verdadera Iglesia, que dice debe ser una, católica y apostólica, y añade que ni estas ni otras notas tiene la secta de los donatistas, sino la Iglesia universal con su Romano Pontífice. En seguida sale al encuentro á la objecion de que no puede ser verdadera Iglesia la que derrame cruelmente la sangre de sus hijos; y responde que no son los católicos, sino los donatistas, los que turban la paz y cometen crímenes inauditos; y que estos, que se glorían de santidad, no solo son soberbios y mentirosos, sino hasta impíos. Pero la objecion más fuerte que se hacia era que los legados para restablecer la paz y unidad en la Iglesia, Macário, Pablo y otros procónsules, habian maltratado cruelmente á los donatistas. San Optato contestó á esto en su libro III, declarando estensamente que los mismos donatistas, con su reprensible conducta, habian provocado la justa indignacion del Emperador, y en cierto modo hicieron necesarios aquellos castigos, sin que por eso tengan culpa los católicos. Parmeriano habia rebuscado en la Sagrada Escritura algun testo con que justificar su cisma, principalmente las palabras de Isaías (2) y las del salmo CXL (3), y las interpretaba de manera como si no fuese lícito conversar con los católicos como pecadores. Por lo cual San Optato, en el libro IV, prueba por partes las señales con que describe la Escritura á los pecadores, y deduce que de ningun modo convienen á los católicos, sino más bien á los donatistas.

Como era doctrina comun que los bautizados válidamente no podian volver á recibir el bautismo, y disputaban los donatistas que la validez de este sacramento dependia de la dignidad del ministro, manifiesta San Optato en el lib. V la

(1) San Optato y San Gerónimo hablan de los seis libros de los donatistas; pero el titulado VII parece ser un apéndice para aclaracion y confirmacion de algunos puntos de su obra.—Véase Dupin, Pref., párrafos 1 y 2.

(2) Cap. LXVI, vers. 3.

(3) Versículo 5.

falsedad de esta doctrina, á cuyo fin enseña, que de parte del bautizante es necesaria la invocacion de la Santísima Trinidad, y de parte del bautizado la fe, para que el bautismo se juzgue válido; pero que no es necesario que el ministro del bautismo sea fiel y justo, porque los sacramentos obran por su propia virtud, ó, como se dice en las escuelas, *ex opere operato*, y no *ex opere operantis*. Despues de demostrar la manera de administrar el bautismo los donatistas, prueba en el lib. VI que obraron sacrílega, cruel y neciamente destrozando los altares, vendiendo los vasos sagrados, despojando de sus propios vestidos, y hasta violando las vírgenes consagradas á Dios, y otras cosas á este tenor. El lib. VII es un apéndice de toda la obra, y no contiene más que tres suplementos, para confirmar el argumento de los libros I, III y IV; pero principalmente espone por qué motivo, siendo los donatistas hijos de los *traditores*, desean con tanta ansia los católicos la comunion eclesiástica con ellos, y por qué los católicos admitieron en su comunion á Macario (1).

Apenas hay una obra en la antigüedad que contenga tantos datos pertenecientes á la doctrina y disciplina de la Iglesia (2). El estilo de San Optato es fuerte y vehemente, y está adornado con algunas figuras: espresa muy bien la sutileza de su entendimiento, y usa de palabras y frases esquisitas. Sin embargo, en él se ve algo de africana dureza.

(1) Dupin: Pref., pár. 3.º
(2) Tillemont, nota 3.ª, pág. 717.

CAPÍTULO II.

SAN AGUSTIN.

FUENTES. Las obras del mismo San Agustin.—La vida de este Padre, por San Posidio, Obispo de Cálamo.—San Gerónimo, en su *Diálogo contra los pelagianos*.—San Próspero, en su *Cronicon*.—Y Gennadio, en su libro *De los escritores eclesiásticos*, cap. XXXVIII.

AUXILIARES. Tillemont: *Memorias*, tomo XIII.—Ceillier, tomos XI y XII.—G. Cuper y J. Stilting, en el Comentario de San Agustin, en las *Actas de los Santos*, al dia 28 de Agosto. —J. A. Fabricio: *Biblioteca latina*, tomo II, pág. 351.—J. L. Berti: *Comentario sobre los hechos y escritos de San Agustin*. —Poujoulat: *Historia de San Agustin*, Madrid, 1853.—*Diccionario enciclopédico de Teología católica*.

EDICIONES. La que los benedictinos hicieron en Paris el año 1679 al 700 en once volúmenes en folio, acompañada de las obras que deben consultarse para la biografía de San Agustin.—La de Venecia, en 1797 á 807, en diez y ocho tomos en 4.°—La de los hermanos Gaume, en once tomos en 8.° mayor, en Paris.—Y la de J. P. Migne, Paris, 1845, en once tomos en 8.° mayor.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Agustin.

San Agustin nació en Tagáste (Numidia) el año 354. Su padre, Patricio, era pagano, y su madre, Mónica, cristiana. La primera infancia de San Agustin, salvo las prácticas religiosas, á las que le inclinaba su piadosa madre, fue disipada, y se necesitaron serias medidas para obligarle al estudio; pero los años hicieron brotar en él el gusto por la instruccion, y sus facultades naturales se desarrollaron rápidamente. La madre, que vió con alegría el talento oratorio que poseia su hijo, le envió á frecuentar los institutos científicos de Madaura, donde el espectáculo de las solemnidades paganas perjudicó á este adolescente de diez y

seis años, que, al volver á su casa, encontró en un padre que le idolatraba la más vergonzosa condescendencia para sus nacientes pasiones, que únicamente Mónica trataba de corregir. Sostenido por un rico pariente de su padre, que murió poco despues de su bautismo, fue enviado Agustin, para continuar sus estudios literarios y oratorios, á Cartago, morada llena de peligros para un jóven de espíritu vivo, de imaginacion ardiente, y corazon apasionado y entusiasta. Agustin no pudo resistir á la influencia de aquella atmósfera corrompida, y dejándose arrastrar por los ejemplos de muchos jóvenes lascivos, vivió en concubinato, llegando á tener un hijo (1). Aunque intentaba justificar á sus propios ojos los desórdenes de su vida con el celo con que se entregaba á la ciencia, más ciertamente por vanidad que por amor á la verdad, no obstante, su conciencia estaba llena de turbacion y angustia; y, á pesar de las seducciones de la ciencia y de su naciente fama, se despertaban frecuentemente en él los sentimientos religiosos de su infancia. Seriamente conmovido por el *Hortensius* de Ciceron, que habia leido, se puso á recorrer la Escritura, segun su madre se lo habia recomendado; pero no sintió gusto por aquella belleza severa, ni tuvo valor para seguir por este camino.

Disgustado, como lo refiere él mismo, de todo lo que no le recordaba el nombre del Salvador, ávido de creer, pero incapaz de los sacrificios que impone la verdadera fe, y esperando calmar las agitaciones de su alma, á la vez jóven y gastada, abrazó el partido de los maniqueos, cuya doctrina parecia satisfacer su inteligencia sin violentar las pasiones de su corazon. El maniqueismo encantaba y retenia á sus partidarios, sobre todo por su fase científica, haciéndolos esperar la solucion de las cuestiones más difíciles. Ademas, los maniqueos tenian cuidado sobre todo de poner el nombre de Cristo, por cuya razon Agustin, abrazando su doctrina, se imaginaba volver al cristianismo, pero á un cristianismo sabio y razonable, y digno de su espíritu reflexivo y serio.

El desencanto comenzó cuando fue iniciado en los misterios de la secta; pero él la habia abrazado con tan firme esperanza de encontrar allí el reposo de su espíritu y la solucion de sus dudas, que su preocupacion venció las primeras esperiencias, y le hizo permanecer en una ilusion casi evidente desde entonces á sus ojos.

Agustin, de vuelta á su patria, enseñó la elocuencia; y los esfuerzos que hizo para aparecer con esplendor y autoridad en su cátedra le distrajeron de las cuestiones puramente teológicas. Su talento, su instruccion y la facilidad de su

(1) San Agustin: *Confesiones*, lib. IV, núm. 2.

palabra, le hicieron que fuese acogido con favor, y sus doctrinas maniqueas le ganaron gran parte de su auditorio. Santa Mónica era la única que no podia unir su sufragio á los aplausos de la multitud, y su corazon se desgarraba al ver á su hijo empeñado en un camino de perdicion.

La ambicion de presentarse en un teatro más vasto, y acaso tambien el deseo de sustraerse á las súplicas y reprensiones de su madre, le hicieron abandonar á Tagáste para ir á enseñar retórica á Cartago. Este paso tuvo, sin saberlo él, la mayor importancia para la renovacion de su vida. El estudio profundo que hizo en Cartago sobre las ciencias naturales le descubrió la locura de las doctrinas maniqueas sobre la vida de la naturaleza; y una conferencia con el presuntuoso Fausto, Obispo maniqueo, le dió la certidumbre dolorosa de que habia estado engañado por una porcion de años. Consternado ante este nuevo desengaño, perdió la esperanza de llegar á ninguna certidumbre científica acerca de la religion, y en su desesperacion abrazó el escepticismo de la Academia. Sin embargo, siempre afanoso por la verdad, y á pesar de la destruccion de sus especulaciones filosóficas y religiosas, volvió sus miradas hácia la reina del mundo, esperando sustraerse á sí mismo entre el rumor y la agitacion de la gran ciudad; pero apenas hacia seis meses que estaba en Roma, cuando fue llamado á desempeñar una cátedra de elocuencia en Milan. Agustin no suponia hasta qué punto era misericordiosa la Providencia con él, conduciéndole á una ciudad cuyo Obispo era á la sazon San Ambrosio, es decir, el Obispo más influyente de la época en la Iglesia de Occidente. No tuvo Agustin en un principio con el Santo Obispo más que las relaciones de una mera cortesía. Fue á verle á su llegada; y si el respeto universal le habia conducido hácia el ilustre Príncipe de la Iglesia, la acogida benévola que recibió de él le llenó de confianza y simpatía. Se puso desde entonces á escuchar, cuando tenia ocasion, los sermones del Santo Obispo bajo el punto de vista del arte; pero, como dice en sus *Confesiones*, mientras admiraba la elocuencia del Santo, quedó sorprendido de la verdad de sus pensamientos. Ya germinaba en su espíritu la resolucion de renunciar al mundo; pero el hombre antiguo resistia siempre cuando se trataba de renunciar á los placeres de ambicion y á las seducciones de la carne. Un dia, oyendo contar á un amigo de San Ambrosio y de otros ascetas cómo, cuando ellos habian creido oir la voz de Dios, dejaron el mundo y vistieron alegremente el tosco sayal del monge, Agustin quedó profundamente conmovido (1); y

(1) San Agustin: *Confesiones*, lib. v, núm. 23-25.

sintiendo que todo en él y fuera de él le lanzaba á una grande y decisiva resolucion, y despues de haber luchado interiormente algunos instantes, se dirigió á su amigo Alipio. «¿Qué sucede? ¿Qué hay? ¿Qué has oido? ¡Conque los ignorantes se levantan y conquistan el cielo, y nosotros con nuestra fria ciencia nos revolcamos en la carne y en la sangre!» Diciendo esto se separó de Alipio, yendo á buscar á un jardin vecino la soledad y el silencio que debian apaciguar el tumulto de su alma. Se sentó debajo de una higuera, y derramando amargas lágrimas, esclamó de todo corazon: «Señor: ¿estareis siempre irritado conmigo? Olvidad mis antiguas prevaricaciones. ¿Cuánto tiempo diré mañana, mañana? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no pondré fin á mis angustias?» Entonces oyó en lo alto una voz dulce y benévola que le dijo: «Toma y lee, toma y lee.» Corre Agustin en busca de Alipio, á quien habia dejado su Biblia, la abre, y sus ojos se detienen sobre este pasaje: *Ambulemus non in commensationibus et ebrietatibus, non in cubilibus et impuditiciis, non in contentione et æmulatione; sed induimini Dominum Jesum Cristum, et carnis curam ne feceritis in desiderium* (1). Agustin reconoció en estas palabras la voz de Dios, que le daba fuerza y valor para ejecutar una grande resolucion, y que iba para siempre á consagrarse al servicio del Señor. Por fin las preces de su Santa madre fueron oidas, su confianza recompensada: habia obtenido por el fervor de su fe el renacimiento de aquel á quien habia dado el ser.

Agustin se retiró con su madre y algunos amigos á su casa de campo de Casiciaco, cerca de Milan, y á consecuencia de las conversaciones sobre filosofía que allí tuvo con sus amigos, escribió las siguientes obras: *Contra los académicos*, *De la bienaventuranza*, *Del Órden*, *Los soliloquios*, y *De la Inmortalidad del alma* (2). Mientras redactaba estas obras, se aproximaba la noche de Pascuas. San Agustin habia esperimentado siempre en esta época un filial pesar, por el recuerdo de la Iglesia y de su culto conmovedor. Recibió, pues, el bautismo en 387 (3). Desde entonces dirigió su polémica contra los maniqueos, publicando al efecto sus escritos *De las costumbres de la Iglesia católica*, y *De las costumbres de los maniqueos*, y el *Tratado del libre albedrío*. Hácia fines del año 388 se retiró á una pequeña casa de campo en Tagáste (2), en donde resolvió consagrarse con sus amigos á una actividad puramente literaria. A esta época se

(1) San Pablo á los romanos, cap. XIII, vers. 13.
(2) Véase Maur.: *Vida de San Agustin*, lib. II, capítulos VIII y IX.
(3) San Agustin: *De la utilidad de creer*, lib. II.
(4) San Agustin: *Ciudad de Dios*, lib. XXII, cap. VIII, núm. 3.º

deben muchas de sus obras, entre las cuales se deben citar como las mejores las tituladas *De la verdadera Religion*, y *De la utilidad de creer*. La fama de su piedad y de su ciencia teológica se derramó bien pronto por todas partes, y habiendo llegado casualmente á Hipona en 391, el pueblo le incitó á recibir las sagradas órdenes (1), y á ser el auxiliar del Obispo, cuyo sucesor fue elegido en 395. Desde entonces se consagró San Agustin esclusivamente á cuestiones teológicas; y á ruegos de Simpliciano, Obispo de Milan, escribió *Sobre diversas cuestiones*. Escribió el conjunto de la *Doctrina cristiana* en su obra de este título, y el dogma fundamental del cristianismo en sus escritos *De la Trinidad*.

Desde el año 400, las obras de San Agustin contra los donatistas se sucedieron con una rapidez asombrosa; así como tambien una serie de *Cartas* pertenecen á esta época. Concluidas las conferencias de Cartago, salió otra vez San Agustin á la arena contra Pelagio y Celestio, publicando con este motivo algunos libros. Hácia 426 emprendió San Agustin la tarea de revisar sus escritos, especialmente los filosóficos, siendo producto de este trabajo sus *Retractaciones*.

Finalmente, San Agustin se mostró como hombre y como cristiano en sus *Confesiones*.

En medio de esta actividad literaria no abandonó su ministerio episcopal, siendo el primero que introdujo la vida ascética (2) entre el clero de Hipona, desenvolviendo un celo admirable. Terminó su vida el 28 de Agosto de 430; mas el espíritu del santo pontífice sobrevivió en la Iglesia, y continúa ejerciendo su influjo en ella por el poder de sus ideas.

ARTÍCULO II.

Introduccion á las obras de San Agustin.—Sus *Confesiones* y sus *Retractaciones*.

Cuando se considera que San Agustin fue durante treinta años el oráculo de la Iglesia occidental; que refutó todos los errores, y que de todas partes se le consultaba, ya no sorprende ver el prodigioso número de obras que escribió. Para enumerarlas con método es conveniente que precedan los libros de sus *Retractaciones* y el de las *Confesiones*, pues facilitan la inteligencia de los demas. San Agustin al fin de sus dias hizo por sus obras lo que habia hecho por su vida; en las *Confesiones* se habia acusado á la faz del universo de las faltas de su juventud; en la retractacion de

(1) San Agustin, sermon 355, número 2.
(2) Possidio: *Vida de San Agustin*, cap. XXXI y cap. XI.

sus obras cree deber enterar al mundo de las imperfecciones que habia cometido, en medio de una precipitacion impuesta por las numerosas necesidades de la fe. De este modo, segun su misma espresion, «se juzgó á sí mismo en presencia de Jesucristo, para evitar ser juzgado por él en presencia de toda la tierra.» En el I da noticia de todos sus escritos; en el II de toda su vida, y son:

1.° *Dos libros de las Retractaciones* (1), escritos por los años 427 (2), y son el catálogo de todas sus obras. Conociendo San Agustin el poco tiempo que le quedaba de vida, se inquietaba á la sola idea de que la muerte vendria quizás á impedir su revision; trabajaba sin descanso, y robaba á su cuerpo el reposo de la noche, de que tanto necesitaba. Esta piadosa ansiedad de un gran hombre por terminar una obra antes que la tumba se abriese, es uno de los espectáculos más fecundos en respetuosas emociones.

Esta obra está dividida en dos libros: el primero contiene todos sus escritos desde su conversion hasta el Episcopado inclusive; el segundo contiene todos sus escritos desde ese tiempo en adelante, en el cual nos ofrece noventa y tres obras, que forman doscientos treinta y dos libros. Se hallaba ocupado en la revision de sus cartas, cuando le fue preciso responder á los ocho libros de Juliano. La revista es á la vez índice, historia y censura de todos sus libros, y fue, no solamente un magnífico homenage á la verdad, sino tambien un gran servicio á la Iglesia, que así ha podido saber de un modo cierto las obras que pertenecen á San Agustin.

A cada obra que se presenta, el Obispo de Hipona designa el título, el asunto, la ocasion y motivo por que fue escrita; designa tambien las palabras con que comienza la obra.

Este hombre, á quien ninguno se hubiera atrevido á censurar, como dice Casiodoro, demostró contra sí mismo una inexorable severidad. La revision fue un gran exámen de conciencia filosófico, teológico é histórico. A pesar de toda su severidad, San Agustin no tuvo que revelar nada que fuera algun tanto importante; se limita á rectificar de vez en cuando algunas ligeras inexactitudes, á esclarecer los puntos oscuros, y á desenvolver ideas que cree haber quedado incompletas.

2.° *Trece libros de las Confesiones*. San Agustin los escribió el año 400, y merecen colocarse entre las obras más notables que han producido los hombres. Su objeto fue llevar los corazones y los entendimientos de todos á Dios, para

(1) El verdadero título de esta obra es *De rescisione librorum*, lo que no significa retractacion, sino revision ó revista, cuyo título nos parece más propio.

(2) Possidio: *Vida de San Agustin*, cap. XXVIII.

que á El solo le honrasen y diesen gloria. Esta obra, monumento admirable de candor y humildad, se divide en dos partes: la primera abraza diez libros, y la segunda los tres restantes. En los primeros se contiene la historia, la biografía verdadera de San Agustin, escrita por él mismo. En ella se describen sus faltas, sus vicios, todos los defectos de su infancia y todos los estravíos de su juventud, con un arrepentimiento y una cristiana ternura que produce vivísima admiracion. En la relacion clara y detallada que estos libros encierran de la conversion de San Agustin, reconocemos un hombre que tranquilamente se estaba dando cuenta de la revolucion moral por la que Dios le habia hecho pasar. Despues de referir la muerte de su madre, San Agustin no cuenta nada más; en aquel sepulcro, cavado en las embocaduras del Tíber, es donde termina su historia, comenzando entonces las consideraciones sobre las facultades del hombre, sobre las maravillas de la memoria, un exámen de conciencia lleno de profundas meditaciones con motivo de los tres vicios ó pasiones, deleite, curiosidad y orgullo. En esta primera parte pone á la vista de sus lectores, de un modo admirable, cómo el hombre que se separa de Dios se sumerge en el pecado, y la lucha que debe sostener contra las malas pasiones.

La fe, la caridad, la paciencia, la gran confianza que tenia en Dios, resplandecen en todas las páginas de estos diez primeros libros. En la segunda parte encontramos ardientes oraciones dirigidas á Dios para entender las Escrituras y ese firmamento que se estiende sobre el hombre; encontramos investigaciones ingeniosas, á la vez que atrevidas y sublimes, sobre la naturaleza del tiempo y carácter de la eternidad. Esta segunda parte presenta el modelo de la meditacion en la ley de Dios, unida á la frecuente oracion.

La primera mitad de esta obra es la historia del alma humana buscando la verdad y la felicidad lejos de Dios, y no encontrándola por fin más que en Dios. El último tercio del libro de las *Confesiones* iguala, si no escede, á todo cuanto la filosofía ha producido de más elevado, de más sublime y de más profundo. Este libro, escrito en Africa en los últimos dias de la civilizacion romana, causa el más vivo interes y el mayor asombro: es un monumento colosal, colocado en el límite de dos sociedades; una agonizante, otra naciente. Es á la vez un escelente poema, una magnífica historia, un bello tratado de filosofía, y creemos que un hombre verdaderamente inteligente, cualquiera que este fuese, con tal que fuera sincero, no podria leer este libro sin hacerse cristiano.

Una vez analizados los precedentes libros, dividiremos

las demas obras de San Agustin en *libros, cartas y sermones*. Los libros son de cuatro clases, segun el argumento de que tratan, á saber: *filosóficos*, *dogmáticos*, *exegéticos*, y *morales* ó *ascéticos*.

ARTÍCULO III.

Libros filosóficos.

1.° *Tres libros contra los académicos*, escritos al principio de su conversion, el año 386, y antes de recibir el bautismo. Son el resultado de algunas conferencias tenidas con sus amigos en el retiro de Casiciaco, y los dirige á Romoniano, ciudadano de Tagáste. En el lib. I procura investigar si la felicidad de la vida se ha de colocar en el conocimiento de la verdad, ó solamente, como querian los académicos, en su investigacion. Estos decian que nada cierto se podia saber, y que no se debia asentir á cosa alguna, y que para obrar era suficiente lo verosímil y lo probable. En los libros II y III, despues de oir las opiniones de sus amigos, San Agustin, resumiendo las razones de todos, refuta las aserciones de los académicos, y dice, entre otras cosas: «Proclamar nuestra impotencia es descubrir la verdad, es proclamar la inutilidad de nuestras facultades que nos distinguen del bruto; es aniquilar la mejor y más elevada parte de nosotros mismos.» Ademas, en estos libros trata de la sabiduría; fija quién es el verdadero sabio, y cuáles sus deberes. «Todo el mundo sabe, añade, que hay dos motivos que conducen á creer, á saber: la autoridad y la razon.»

2.° *El libro de la bienaventuranza*. Es un diálogo como el anterior, y fue escrito en el mismo tiempo y en iguales circunstancias. San Agustin nos presenta en este libro á todos los hombres como en un mar, siéndoles preciso llegar al puerto de la filosofía para salvarse: los unos se adelantan hácia ese puerto sin mucho trabajo; los otros lo dejan á la espalda con un viento que creen favorable, y luego son arrastrados, á su pesar, por tempestades que echan por tierra sus propósitos. Hay otros que desde su juventud, ó aun despues de rudos golpes, no han perdido de vista ciertas señales que pueden guiarlos; se acuerdan de su patria en medio de las olas, se dirigen á ella, bien directamente y sin detenerse, bien perdiéndose algunas veces en su derrotero, porque las nubes, á la altura de las olas, les ocultan las estrellas que los guian. Muchas veces se dejan tambien sorprender y llevar de funestos atractivos, que les impiden aprovechar vientos favorables. Estas diferentes clases de viajeros

en el mar del mundo son muchas veces lanzados por la desgracia, como por el viento borrascoso, hácia el puerto de la vida feliz y tranquila. Luego describe una montaña que estrecha el paso del puerto, y que atrae con sus seducciones á los que llegan. Esta montaña, que domina las cercanías de la verdad, es la montaña del orgullo y de la vanagloria. Despues prueba estensamente que la bienaventuranza consiste en el conocimiento de Dios.

3.° *Dos libros del órden.* Estos libros se compusieron, como los anteriores, de resultas de las conferencias con los amigos (1), y en ellos se trata la difícil cuestion de saber si el *órden de la Providencia* comprende tanto las cosas buenas como las malas. En el lib. I prueba San Agustin que, á pesar de haber tanta perversidad en el mundo, sin embargo, todas las cosas las gobierna la divina Providencia, sin que por esto se siga que Dios quiera estos males. Despues examina la nocion del órden, y dice que no se ha de juzgar de su armonía por partes y detalles, pues un hombre que desde muy bajo mirase un pavimento de mosáico, no podria abarcar con su vista más que un solo trozo de él, y censuraria el órden y composicion de la obra; la variedad le pareceria confusion, porque se le escaparia el conjunto, que constituye la belleza de la obra, y que lo mismo sucede cuando alguno no abraza todo el conjunto de las cosas. En el II principia tratando de la existencia del mal; pero considerando que esta cuestion, mezclada con la del órden, escedia la inteligencia de sus interlocutores, esplica algunas verdades morales; da reglas de conducta para los que quieren estudiar la sabiduría, espone con brevedad los deberes del hombre, y concluye diciendo: «Lo que el hombre tiene de racional, le separa del bruto; lo que tiene de mortal, le separa de Dios: si el alma, pues, no va unida á la razon, caerá en la condicion del bruto; si no se separa de la mortalidad, jamás será divina.»

4.° *Dos libros de los Soliloquios.* Los escribió en el mismo tiempo que los anteriores. San Agustin, despues de haber conversado con sus amigos, quiso conversar consigo mismo, y compuso estos libros en forma de diálogo (2). En el primer libro manifiesta que para curar el alma y hacer que perciba á Dios se necesitan la Fe, la Esperanza y la Caridad. San Agustin encuentra en el sol que alumbra al mundo una perfecta imágen del Sol eterno de las almas. «El sol,

(1) El motivo que dió lugar á estos libros lo espone San Agustin al principio del I. y no fue otro que la pregunta dirigida á sus amigos sobre la causa que interrumpia por intervalos el curso del arroyo que se deslizaba por debajo de sus ventanas.

(2) No se deben confundir estos libros con otros que tambien se le atribuyen, y que, segun Tillemont, se escribieron en el siglo XIII.

dice, existe, es visible, y todo se halla iluminado con su luz; del mismo modo Dios existe, es inteligible, y por su luz es como podemos distinguir cuanto existe en el mundo intelectual y moral.» Luego pinta su amor á la sabiduría, y añade que no teme perder los bienes humanos, más que en relacion con los bienes invisibles. El libro segundo es la obra más bella que llevó á cabo en Casiciaco, en donde San Agustin y la Razon entablan el diálogo siguiente: «¿Sabes si piensas? pregunta la Razon.—San Agustin: Lo sé.—¿Luego es cierto que piensas? replica la Razon.—Lo es, contesta San Agustin (1).» Despues disputan sobre lo verdadero y lo falso, sacan una prueba en favor de la inmortalidad del alma, de la inmortalidad de la verdad (2), y cuando de grado en grado llegan al dogma, que ensancha hasta lo infinito la vida humana, la Razon concluye diciendo: «Cesad de gemir: el alma es inmortal.»

5.° *El libro de la inmortalidad del alma.* Fue escrito poco despues que los anteriores, en Milan, el año 387. San Agustin completa con este libro sus *Soliloquios.* Está dividido en diez y seis capítulos. El fondo de la argumentacion de esta obra es, que siendo eterna la ciencia, el alma, que es donde aquella reside, no debe perecer; que no formando el alma y la razon más que una sola cosa, la eterna duracion de esta debe necesariamente producir la eterna duracion de aquella; en fin, que el espíritu, superior á la materia, no puede ser maltratado por ella. Una observacion de San Agustin tenemos que notar aquí; á saber: el alma es tanto más apta para elevarse á cosas grandes y á la investigacion de la verdad, cuanto más prescinde de los sentidos y se separa del cuerpo.

6.° *El libro de la grandeza del alma.* Es un diálogo entre San Agustin y Evodio, tenido en Roma el año 388. En él resume las conversaciones de ambos amigos sobre la naturaleza del alma, sobre su razon de ser, sus aspiraciones, su fuerza y su fin. Este libro es una gran fecha en la historia de la filosofía; completa los soliloquios con las más estraordinarias luces del genio metafísico. Los principios que en él se encuentran son las guias inmortales de la filosofía espiritualista. Es el hombre espíritu en toda su gloria, y es tambien la gloria de Dios brillando sobre todo en la creacion del espíritu mismo. No se ha encontrado un genio más fino, más sutil, más penetrante que San Agustin, y este

(1) San Agustin ha sido reputado como el padre de la escuela filosófica del siglo XVII: en este libro está el principio del cartesianismo, la evidencia íntima, considerada como base de la certidumbre.

(2) No parece concluyente esta prueba, pues sin existir el alma existia Dios, verdad sustancial.

libro es una de las tres ó cuatro producciones en donde con más lucimiento se ostenta ese genio filosófico.

7.° *El libro del maestro.* Es tambien un diálogo entre San Agustin y su hijo Adeodato, tenido el año 388. El genio precoz de este jóven, que entonces no tenia más que diez y seis años, se revela en estos diálogos. Despues de disputar en este libro sobre la fuerza y naturaleza de las palabras, y de la relacion que tienen con las cosas significadas, San Agustin manifiesta que nosotros no nos instruimos por las palabras de los hombres, sino por Jesucristo, verdad eterna y verdadero Maestro de los hombres.

8.° *Seis libros de la música.* Escritos en forma de diálogo el año 389. Estos libros, compuestos en ratos de ocio, tienen por objeto conducir á Dios, á la armonía eterna, á aquellos que aman las letras y la poesía. La música era como un medio más, que San Agustin reconocia para llegar á las magníficas maravillas de lo infinito. La imaginacion de San Agustin se cernia en la inmensidad; y en su ardiente deseo de abrir á los hombres toda clase de caminos para conducirlos á Dios, se fijó en la música, que ha tenido siempre el privilegio de arrebatar al cielo las almas puras y escogidas. San Agustin tenia concebido el proyecto de añadir á estos seis libros, que tratan del tiempo y del movimiento, otros seis que trataran de la modulacion; *mas todas estas seductoras frivolidades*, como él mismo dice á Memorio, *se le cayeron de las manos* desde el momento en que pesaron sobre él los cuidados que lleva consigo el Episcopado. El libro I trata de la definicion de la música, y esplica las diversas clases de movimiento; en el II de las sílabas y de los metros. En el III, IV y V de la medida y del verso: en el VI se eleva de esta armonía mutable á la armonía inmutable (1).

ARTÍCULO IV.

Obras dogmáticas.

Dos son los cargos del Doctor católico: confirmar y desenvolver la verdad cristiana, y defenderla contra los ataques de los enemigos. Ninguno los ha llenado más ampliamente que San Agustin, mereciendo ser tenido por el más grande de los Doctores: así es que estas obras las dividiremos en *simplemente dogmáticas* y *polémicas*.

(1) Poujoulat dice que no habrá cuatro hombres en Europa que hayan leido estos libros; pero este juicio parece algo exagerado.

OBRAS DOGMÁTICAS.

1.ª *El libro de la verdadera Religion.* San Agustin lo escribió el año 390, y es una vasta ojeada sobre la revelacion cristiana. En él manifiesta, desde el número 1.° al 12, que la Religion verdadera consiste en el conocimiento y adoracion de la Santísima Trinidad, y que en ella se encuentran la felicidad y la bienaventuranza, añadiendo que la verdadera Religion no está en la confusion del paganismo, ni en la impureza de la herejía, ni en la rigidez del cisma, sino solo en la Iglesia católica. Desde el 13 al 44 presenta como fundamento de esta Religion *la historia y la profecía*, por donde conocemos la economía de la Providencia en el curso de los tiempos para la salvacion de los hombres, y darles un nuevo nacimiento y devolverles á la vida que habian perdido: con cuyo motivo recorre las causas de credibilidad, y al fijarse en la Encarnacion del Verbo, hace ver que es el testimonio más grande de bondad que Dios ha podido dar á los hombres. Desde el 45 al 69 considera la enfermedad de nuestra alma, y la necesidad de la medicina: trata de los dos caminos por donde Dios le lleva á la salvacion, pues robustece su entendimiento con la autoridad y con el buen uso de la razon. Desde el 70 al 106 cura con remedios á propósito la triple herida de la voluntad. Desde el 107 al 113 hace ver que la Religion enlaza los corazones con Dios, de donde viene el nombre de Religion. En este libro hay profundidad, claridad, lógica, ciencia, moral y verdadera elocuencia, y, á pesar de su corta estension, es una obra maestra, en que pueden aprender mucho los filósofos y los teólogos.

2.ª *El libro de la fe en las cosas que no se ven.* San Agustin lo escribió despues del año 399 (1). En él prueba la necesidad de creer en las cosas humanas. «No es por la razon, dice, sino por la autoridad ó el testimonio, como los niños conocen á su padre y á su madre: esto es una cosa de fe. El afecto que nos manifiesta un amigo, no le vemos, y sin embargo creemos en él. Quitad esta fe en la familia, y vereis romperse el lazo más sagrado del género humano. ¿Qué es lo que quedaria en pie en la sociedad humana si no quisiéramos creer más que lo que comprendemos?» Despues manifiesta que por la fe, y no por la razon, es como Jesucristo enseñaba á los pueblos; la autoridad nació de sus milagros, y la fe nació de su autoridad. Para las creencias

(1) Es muy semejante al libro de *La utilidad de creer*. El libro de *La fe; al diácono Pedro* y el libro de *La fe contra los maniqueos* se han atribuido tambien á San Agustin. Véase lo que dicen los Maurinos en la advertencia previa á estas dos obras.

cristianas, como para la amistad y demas cosas humanas, hay indicios de verdad. El cumplimiento de las profecías es el gran testimonio de la fe católica. Las cosas realizadas nos llevan á creer las cosas que no se ven. Los libros de los judíos, nuestros enemigos, testifican la verdad de nuestra Religion. De todo lo cual deduce San Agustin que seríamos muy culpables si no creyésemos en la fe cristiana.

3.ª *El libro de la Fe y del Símbolo.* Tanto era el mérito de San Agustin, que, no siendo más que presbítero, fue encargado por un Concilio de Hipona, el año 393, para que en su presencia disertara sobre la Fe y el Símbolo. Sus amigos recogieron sus palabras, y se formó este libro, que es una esplanacion de todos los artículos del Símbolo de los Apóstoles.

4.ª *Enchiridion, ó Lorenzon*, ó sea *el libro de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad.* San Agustin lo escribió el año 421, y es un libro verdaderamente precioso, que no debiera dejarse nunca de las manos. En tres capítulos presenta San Agustin el compendio de la Religion cristiana. En el primero, que se lleva la mayor parte del libro, enseña todo lo que la Iglesia propone á la fe del cristiano, siguiendo el órden del Símbolo, y siempre que se presenta ocasion, refuta las herejías. En el segundo trata brevemente lo que pertenece á la virtud de la esperanza, para lo cual espone la oracion dominical. En el tercero trata aun más brevemente de la caridad, á cuya virtud, dice, se refieren todos los preceptos.

5.ª *El libro de la lucha del cristiano.* Se escribió el año 396, y es muy semejante á los dos anteriores. Compuesto en obsequio de la gente sencilla, San Agustin, desde el núm. 1.° al 6.°, enseña en él que la lucha de los cristianos consiste en que, despues de vencido el demonio y las pasiones, se sujeten á Dios, á quien sirven todas las cosas de grado ó por fuerza. Desde el 7.° al 13 trata del poder del demonio, de la Providencia divina, que gobierna todas las cosas, y de la eficacia de la redencion del Señor. Desde el 14 al 35 diserta sobre la fe, espone cada uno de los artículos del Símbolo de los Apóstoles, y refuta las herejías que los atacan.

6.ª *El libro de la fe y de las obras.* San Agustin lo escribió el año 413. Desde el núm. 1.° al 3.° refiere algunos errores contra el Bautismo. Desde el 4.° al 8.° enseña que no debe administrarse el Bautismo á todos indistintamente. Desde el 9.° al 20, que á los bautizados se les ha de exigir Fe, no menos que buenas obras. Desde el 21 al 48 dice, que si los bautizados no hacian buenas obras, no se salvarian. Ademas, San Agustin establece por la Sagrada Escritura la ley del deber, y la necesidad de los méritos personales. Si la fe sin las obras bastase, no se habria dicho con verdad que el

reino de los cielos padece violencia. «Si se nos replica, añade San Agustin, que los animales inmundos se salvaron tambien en el arca, diremos que esta figura anunciaba solamente que los malos serian tolerados en la Iglesia.»

ARTÍCULO V.

Continuacion de las obras dogmáticas.

7.° *Quince libros sobre la Trinidad.* El incomprensible dogma de un Dios en tres Personas será la eterna desesperacion de las inteligencias que no quieran inclinarse ante la autoridad de la Escritura y de la Iglesia. En el Oriente se habia espuesto suficientemente este dogma; pero en la Iglesia occidental no brillaba con bastante esplendor. Quedaba, pues, una gran tarea que llenar, y San Agustin era el único hombre que se encontraba á la altura de semejante obra: tanto es así, que ninguno escribió nada tan profundo y admirable sobre la Trinidad, y todos los que despues han hablado de este punto no han hecho más que repetir los pensamientos del Obispo de Hipona (1). San Agustin, como él mismo dice al Obispo Aurelio, comenzó esta obra siendo jóven, y la acabó siendo viejo, en el año 416. No se espere un análisis completo y detallado de una obra que comprende 15 libros: segun nuestro método, daremos de ella las ideas más principales. Esta obra se puede dividir en dos partes: en la primera, desde el núm. 1.° al 7.°, despues de contestar á todas las objeciones que se hacen á este misterio, lo prueba con el testimonio de las Sagradas Escrituras. San Agustin deja entrever, aunque con mucha reserva, que las Tablas de la Ley fueron dadas por el Espíritu Santo, llamado en el Evangelio el Dedo de Dios, pues la promulgacion de la Ley en el monte Sinaí sucedió cincuenta dias despues de haber comido el Cordero, así como la venida del Espíritu Santo acaeció cincuenta dias despues de la Pasion del Salvador, y que las lenguas de fuego recuerdan tambien los relámpagos del monte Sinaí. A propósito de las maravillosas apariciones ocurridas en el Antiguo Testamento, San Agustin aprecia de tal modo los milagros, que no podemos resistir al deseo de consignarlo aquí.

«El hombre planta y riega, dice, pero Dios es quien da el acrecentamiento, y la uva y el vino son obras de Dios; el vino, cambiado en agua á una señal del Señor, es un milagro á los ojos de los hombres más groseros. Dios es quien

(1) Poujoulat.

reviste á los árboles de follaje y de flores; mas cuando la vara de Aaron llegó á florecer repentinamente, la divinidad conversó, por decirlo así, con la humanidad que dudaba. El que resucitó los muertos da la vida en el seno de las madres, y los cuerpos nacen para perecer en seguida. Todos estos hechos son llamados naturales cuando se producen ordinariamente, y se los proclama maravillosos cuando se realizan de una manera inusitada; pero en el fondo es siempre una misma ley, que se produce con variedades.»

En la segunda parte, que comprende desde el lib. VIII al XV, procura hacer creible el misterio de la Trinidad con ayuda de la razon, con cuyo motivo descubre en la caridad un vestigio de este divino misterio. Hay tres cosas en la caridad: el que ama, el que es amado, y el amor: observa ademas que el espíritu, el conocimiento y el amor tienen cada cual una especie de existencia relativa, pero constituyen una unidad de esencia. A cada verdad que descubrimos, engendramos en nosotros la palabra, ó el Verbo; el amor une al Verbo y á la inteligencia, de quien es engendrada. La palabra es igual al espíritu que la produce, y el amor que los liga es igual á los dos. Tambien descubre la imágen de la Trinidad en la memoria, en la inteligencia y en la voluntad, que en el fondo no son más que una sola vida, un solo espíritu. Estas y otras semejantes comparaciones, segun el mismo Santo, son muy imperfectas para esplicar la sublimidad del misterio de la Trinidad.

8.ª *Dos libros de los matrimonios adulterinos*, escritos en el año 419, y dirigidos á Pollencio. En ellos prueba San Agustin que los matrimonios entre los fieles son indisolubles, aun en el caso de adulterio de la mujer; y despues de esponer todos los testos de la Escritura que se refieren á esto, y de resolver las dificultades que se hacen, afirma que el matrimonio que se contrae permaneciendo ese vínculo, es adulterino. Ademas resuelve la cuestion de si se puede administrar el bautismo á los catecúmenos y la absolucion á los penitentes cuando están en el artículo de la muerte.

9.ª *El libro del cuidado que debe tenerse por los muertos.* San Agustin lo escribió en 421 para contestar á San Paulino de Nola, que deseaba saber si aprovechaba á los muertos ser enterrados en la iglesia. La mayor parte de este libro es dogmática, pues en él se prueba que las oraciones y las limosnas son provechosas á los difuntos, á cuyo propósito cita las palabras del libro de los Macabeos (1), añadiendo que, aunque nada semejante se encontrase en la Escritura, seria bastante la costumbre del sacerdote católico orando en el altar

(1) Lib. II, cap. XII, vers. 43.

por los difuntos. Despues afirma que la sepultura del cuerpo en nada influye para el destino del alma. «¿Cuántos cuerpos cristianos hay, dice, que la tierra no ha cubierto?» Y el poeta ha dicho: «El cielo cubre al que no tiene tumba (1).» Estos fieles no habrán perdido por esto la gloria, pues Dios, que llena la tierra con su presencia, sabrá encontrar y resucitar á los cuerpos perdidos en el espacio. Los obsequios solemnes son más bien consuelos para los vivos que socorros para los muertos. Mas si el destino del alma no está sometido al cuidado que se toma por el cuerpo, es preciso guardarse de despreciar los cuerpos de los muertos. El vestido, el anillo paterno, son estimados en mucho por los hijos: ¡cuánto más no deben serlo los cuerpos, esos restos que durante la vida han pertenecido más estrechamente á los parientes! La Sagrada Escritura alaba en muchas ocasiones á los que sepultan á los muertos, y el dogma de la futura resurreccion coloca bajo la providencia de Dios los cuerpos de los que no existen. Si hay, pues, una especie de religion para enterrar á los muertos, el lugar de su sepultura no puede ser indiferente. La basílica de un mártir, que abriga queridos despojos, invita á la afectuosa oracion; y la Iglesia, semejante á una tierna madre, á la vez que los acoge en su recinto, ruega por todos los muertos, sin nombrarlos, á fin de reparar el olvido de los que descuidan sus deberes. San Agustin habla en seguida de las oraciones por los muertos. Tal es la materia de este libro, que establece en el mundo católico un misterioso comercio, desconocido á la antigüedad: el comercio de los vivos con los muertos por medio de la oracion. De este modo se tocan el tiempo y la eternidad; el mundo visible y el mundo invisible conversan juntos.

10. *Dos tratados sobre la resurreccion de los muertos.* A estos se pueden referir tambien algunos de sus sermones. En estos tratados resuelve dos cuestiones contra los gentiles: primera, si sucederá la resurreccion de los muertos; y segunda, cómo será la resurreccion, y cuál el cuerpo con que se resucite, y cuál la vida que espera á los Santos despues de la resurreccion.

ARTÍCULO VI.

Obras dogmático-polémicas contra los gentiles y judíos.

1.° *Veintidos libros de la Ciudad de Dios.* Esta obra, interrumpida por las muchas ocupaciones de San Agustin,

(1) Lucano, lib. VII de la Farsalia.

duró trece años, desde el 413 al 426. El Santo Doctor despliega en ella una grave elocuencia; la imaginacion y la fina crítica se manifiestan con una constante variedad. La erudicion histórica y filosófica es inmensa, y el genio del Obispo de Hipona se mantiene en su altura durante una carrera tan larga. Cuando se lee la *Ciudad de Dios*, se aplica á San Agustin lo que Terencio decia de Varron, autor de las *Antigüedades romanas*. «Leyó tanto, que admira el que tuviera tiempo para escribir (1).»

Los paganos, que habian imputado á los cristianos todos los desastres del imperio, les acusaban mucho más ahora, de ser la causa de la caida de Roma y de la irrupcion de los bárbaros. San Agustin tomó la palabra en medio de las ultrajantes murmuraciones de los politeistas, y esta obra fue á la vez el golpe más rudo que haya podido darse á las instituciones paganas, y la defensa más completa del cristianismo. Para mayor claridad dividiremos los veintidos libros en dos partes: la primera abraza diez libros. En los cinco primeros de ellos refuta á los paganos y á los que creian que el culto de los dioses era necesario para la prosperidad material de los pueblos, y en los otros cinco á los que defendian su necesidad para alcanzar la felicidad eterna. La segunda parte consta de los doce libros restantes, y en ellos se establece la verdad de la Religion cristiana, comparando la *Ciudad de Dios* con la ciudad del mundo, en esta forma: cuatro libros señalan el diverso orígen de estas dos ciudades; cuatro sus progresos, y los cuatro últimos sus distintos fines.

En el libro I manifiesta San Agustin que en esta vida los bienes y los males son comunes á buenos y á malos. Si todo pecado fuese castigado en este mundo, no temeríamos al último juicio: si todos quedasen ahora sin castigo, dudaríamos de la Providencia divina. Si Dios jamás concediese los bienes terrenos á quien se los pide, pareceria que no es su dueño: si los concediese siempre, solo le serviríamos por estos bienes. La diferencia entre buenos y malos no está en la posesion, sino en el uso de los bienes y males de este mundo. Los buenos, por buenos que sean, siempre cometen algunas faltas dignas de ser castigadas temporalmente. Mas este castigo se convierte en bien suyo; y por esto los verdaderos cristianos no tienen por males ni la pérdida de honores y riquezas, ni los tormentos, ni la muerte, ni la privacion de sepultura, ni la esclavitud más infame, ni aun aquellas violencias que tal vez han sufrido algunas vírgenes, pues no conocen otro mal que el pecado, ni hay pecado donde no

(1) Poujoulat: *Historia de San Agustin*, pág. 499.

influye la voluntad. Con este motivo impugna el Santo Doctor el error de los paganos, que juzgaban permitido y digno de alabanza el matarse á sí mismo para librarse del dolor ó de la infamia, y manifiesta cuánto más recomendable es la paciencia de los mártires y vírgenes cristianas, que el valor de Platon y de Lucrecia, tan ponderados de los romanos. Despues añade: «Si Lucrecia fue cómplice del adulterio, ¿por qué su muerte? ¿Si quedó pura, ¿por qué su muerte? No fué, dice San Agustin, el amor á la pureza, sino la debilidad del pudor, lo que la arrastró á la muerte: temió pasar por cómplice si continuaba en vivir, y presentó un irrecusable testigo de su inocencia, y este testigo fue su muerte.» Se encontraron, continúa el Santo, vírgenes cristianas que se suicidaron al presentarse el peligro que amenazaba su virtud, y pregunta: ¿cuál es el sentimiento humano que rehusára perdonarlas? En cuanto á las que permaneciendo puras despues de la violencia continuaron viviendo, seria preciso ser un insensato, dice el Obispo de Hipona, para imputarles un crímen: el testimonio de su conciencia bastó á la gloria de su castidad; y puras ante Dios, no han buscado nada más.

En el libro II demuestra la injusticia de imputar los males del imperio á la Religion cristiana, y hace ver que estos males reinaban mucho antes. Comienza por la corrupcion de costumbres. «En esta parte, dice, *vuestros dioses no os han dado preceptos*; al contrario, os han dado el ejemplo de toda clase de crímenes y de infamias.» Observa San Agustin que la corrupcion de Roma habia llegado á tal punto, que los romanos que se escaparon de su saqueo y pasaron al Africa, todos los dias iban á los teatros de Cartago, al mismo tiempo que las ciudades de Oriente se cubrian de luto por la pérdida de su metrópoli. Despues habla con estension de los juegos y de los espectáculos; manifiesta que los historiadores, particularmente Salustio, aseguran que las costumbres de los romanos estaban ya muy corrompidas despues de la ruina de Cartago, más de un siglo antes de la venida de Cristo; y que Ciceron, en su tratado de la República, escrito sesenta años antes de Jesucristo, daba por perdido el estado de Roma, por haber perdido ya las costumbres antiguas. Aquí San Agustin contrapone al culto impuro y profano de los dioses falsos, la honestidad y utilidad de las funciones eclesiásticas, en las cuales se daban instrucciones sacadas de la Escritura para arreglar las costumbres.

En el libro III pasa á tratar de los males temporales, y recorriendo la historia desde la guerra de Troya, demuestra fácilmente que no han estado libres de ellos los adoradores de los ídolos. Insiste principalmente en las desgracias de la

segunda guerra púnica, las sediciones de los Gracos, y las guerras civiles de Mario y Sila, haciendo ver que este último fue mucho más cruel que los godos. De donde concluye cuán sin razon se imputan á Jesucristo las últimas calamidades.

En el libro IV demuestra que tampoco deben atribuirse á los falsos dioses la grandeza y duracion del imperio romano. Primeramente, porque esta grandeza no es un verdadero bien, pues la mayor parte de las conquistas son injustas, ó unos grandes latrocinios. Ademas, hubo imperios, como el de los asirios, que se acabaron sin dejar el culto de los dioses: luego su proteccion de nada sirve, ó á lo menos no es segura ni constante. En fin, los judíos, adorando siempre á un solo Dios, tuvieron sus épocas de prosperidad.

En el libro V demuestra que la grandeza de los imperios tampoco puede ser efecto del hado ni de la influencia de los astros, y que las predicciones de los astrólogos son vanas é impertinentes. De donde concluye que aquella grandeza es un efecto de la providencia de Dios, que igualmente gobierna las cosas grandes y las pequeñas. «Quiso Dios, añade, recompensar con la prosperidad temporal las virtudes humanas de los antiguos romanos, su frugalidad, su desprecio de las riquezas, su moderacion y su valor; aunque estas no fueron verdaderas virtudes, sino efecto del amor de la gloria, el cual, siendo en sí mismo un vicio, refrenaba los demas vicios. De modo que los romanos, ya en esta vida, recibieron su recompensa, habiendo conseguido la gloria y dominacion que deseaban. Sin embargo, para que no se creyese que para reinar prósperamente era necesario servir á los dioses falsos, dió el Señor á Constantino un imperio dilatado y feliz; y á fin de que los Emperadores no se hiciesen cristianos para lograr esta prosperidad, hizo pasar á Joviano más aprisa que á Juliano; y permitió que Graciano muriese á manos de un traidor, al paso que concedió un reinado feliz á la virtud de Teodosio.»

En los libros VI y VII emprende San Agustin la impugnacion de los que pretendian servir á los dioses para ser felices en una vida posterior á la muerte; observa que esta opinion no puede convenir á la Religion popular y á aquella turba de pequeñas deidades, que no sirven sino para fines muy limitados. Aun los dioses que llaman grandes tienen un poder limitado sobre una sola parte de la naturaleza. Y cuanto más por dentro se miran estas supersticiones, tanto más se descubre su falta de solidez. En los libros VIII, IX y X manifiesta que, respecto á los filósofos que reconocian un solo Dios soberano, es menester advertir que admitian divinidades subalternas, á las cuales creian preciso adorar,

para conseguir la felicidad de la otra vida. Estos filósofos, dice, se llamaban platónicos, y eran los discípulos de Plotino, Jámblico, Porfirio y Epuleyo, cuyos errores impugna. Confiesa desde luego que la doctrina de Platon es muy superior, no solo á las fábulas poéticas, sino tambien á las opiniones de los demas filósofos. Despues demuestra que se debe adorar á un solo Dios, mas no á ninguna inteligencia dependiente, llámese Dios, demonio ó ángel; que ninguno de estos puede mediar entre Dios y el hombre, y que no hay otro mediador que Jesucristo. Demuestra tambien que el culto de latría y el sacrificio se deben solo á Dios. En cuanto á los mártires, dice que no les consagramos templos, ni sacerdotes, porque no son dioses; pero honramos su memoria considerándolos amigos de Dios.

Despues de haber refutado el paganismo, pasa San Agustin, en la segunda parte de su obra, á defender la Religion cristiana; y así, en los libros XI, XII, XIII y XIV resuelve las mayores dificultades que contra ella oponian los sabios del gentilismo. Trata primero de la creacion del mundo y de los ángeles, y del orígen del mal. Esplica despues la creacion del hombre, su primer estado, su caida, y las fatales consecuencias de su pecado, que se propagaron por todos sus descendientes. En los libros XV, XVI, XVII y XVIII esplica el orígen de las dos ciudades, la de Dios y la del mundo, y dice que Cain, primer fundador de la ciudad terrenal, mató á su hermano, como más tarde Rómulo, fundador de Roma, mató al suyo. Seth, hermano de Abel, primer ciudadano del imperio divino, comenzó la generacion de los Santos. «Dos amores, añade San Agustin, edificaron ambas ciudades: la del cielo fue edificada por el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo; la de la tierra, por el amor de sí hasta el desprecio de Dios.» Despues refiere los progresos de estas dos ciudades hasta la venida de Jesucristo, y hace ver que al paso que en este mundo andan mezcladas y confusas estas dos ciudades, dispone Dios que las persecuciones de los malos cedan en utilidad de los buenos. Por último, esplica algunos testos de la Escritura, y manifiesta la antigüedad de nuestras profecías y su cumplimiento, en especial de las que hablan de la conversion de las naciones gentiles, y de la propagacion del Evangelio por todo el mundo, y concluye haciendo mencion de las Sibilas. En la última parte de su obra, San Agustin espone los fines diversos que se proponen estas dos ciudades; y así, en el libro XIX refiere y refuta las varias opiniones de los filósofos acerca del fin que el hombre debe proponerse en sus acciones. Demuestra que no debemos buscarle en nosotros mismos, ni en esta vida, donde son tantas las miserias inevitables aun á los virtuosos; y con-

cluye que en esta vida no podemos ser felices sino por medio de la esperanza de una vida eternamente feliz, que es nuestro último fin. En el libro XX habla del juicio final, y demuestra su necesidad, para que se manifieste la justicia de Dios, que por ahora queda oculta. Luego impugna el error de los milenarios, que admitian un reino temporal de mil años, despues de la resurreccion y antes de ir al cielo. En el libro XXI demuestra que la pena de los malos será el fuego eterno, y resuelve todas las objeciones de los infieles sobre el efecto que puede causar el fuego en los cuerpos y en los espíritus, y sobre la eternidad de las penas. En el libro XXII y último contesta San Agustin á los argumentos de los gentiles contra la resurreccion, y las cualidades de los cuerpos gloriosos. Demuestra la posibilidad de nuestra resurreccion por la de Jesucristo, y prueba ademas que Jesucristo resucitó, porque todo el mundo lo cree de resultas de la predicacion de los Apóstoles. «Hay, dice, tres cosas increibles, que sin embargo se han verificado. Que Jesucristo haya resucitado y subido al cielo con su carne. Que el mundo haya creido una cosa tan increible. Que un pequeño número de hombres despreciables é ignorantes lo hayan hecho creer á todo el mundo, hasta á los doctos. Nuestros contrarios no quieren creer lo primero; lo segundo, á pesar suyo, lo están viendo; y no pueden entender cómo ha sucedido si no creen lo tercero.» En efecto: en un siglo ilustrado se creyó á pocos hombres despreciables, cuando decian que habian visto á Jesucristo resucitado, porque lo que decian lo confirmaban con estupendos milagros. Por último, San Agustin describe la felicidad de los bienaventurados, que es el último fin de la ciudad de Dios, y trata del modo con que Dios puede ser visto, tanto con el espíritu como con el cuerpo.

No concluiremos el análisis de este libro sin hacer notar la doctrina de San Agustin acerca de la servidumbre, que considera como pena del pecado, y poco conforme á las leyes primitivas de la naturaleza. Dios dijo que el hombre domine á los peces del mar, á las aves del cielo y á todos los animales de la tierra; pero no dijo que el hombre domine sobre el hombre. Todo progreso hácia el bien, segun las doctrinas de San Agustin, seria, por lo tanto, un progreso hácia la libertad.

No pretendemos haber hecho comprender todo lo que encierra la *Ciudad de Dios*, porque no entra en el plan de nuestro trabajo, y esto nos llevaria demasiado lejos. La *Ciudad de Dios* es como una enciclopedia del siglo V: abraza todas las épocas, todas las cuestiones, y responde á todo: es el poema cristiano de nuestros destinos en sus relaciones con nuestro orígen y nuestro último fin. Esta obra cierra el

mundo pagano con sus fábulas y su filosofía, ó, mejor dicho, la epopeya de San Agustin es un solemne juicio del mundo antiguo, condenado despues de un completo proceso. Como el antiguo Egipto juzgaba á los Reyes antes de proceder á darles sepultura, así el cristianismo, por boca de San Agustin, pregunta á los dioses del mundo viejo y á los Reyes del pensamiento humano; patentiza á los unos su impotencia en sostener á los pueblos que los adoraban; á los otros su impotencia en llegar á la verdad solo con las alas del genio, y declara su definitiva derrota; luego canta los funerales de los dioses y de los filósofos, y se sienta victorioso sobre su inmenso sepulcro, sellado con su poderosa mano.

Ninguno hasta San Agustin habia llegado á ver, dice Cantú; ninguno de los filósofos más ilustres habia llegado á adivinar, bajo la contingente variedad de los acontecimientos de que se compone la historia de la familia humana, un designio inmutable y necesario de la Providencia, que se cumple gradualmente, á pesar de los obstáculos, de la ignorancia y de las pasiones; razon por la cual bien podríamos llamar á San Agustin *el padre de la filosofía de la historia*.

2.° *El libro sobre la divinizacion de los demonios.* San Agustin lo compuso por los años 406 á 411, con motivo de una conversacion tenida con algunos cristianos la mañana de Pascua, en donde se habló del don profético de los demonios, pues por aquellos dias se habia destruido en Alejandría la estatua de Serapis, cuyo eco habian anunciado los demonios. San Agustin en este libro, y desde el núm. 1.° al 6.°, manifiesta que Dios puede permitir á los demonios algunas predicciones; pero advierte que estas son malas: desde el 7.° al 9.° indaga las causas por las cuales los demonios pueden conocer algunas cosas ocultas á los hombres, y pone, entre otras, la sabiduría, esperiencia y rapidez en los movimientos de los demonios. El Santo Doctor deja entrever que los demonios conocian tambien los sentimientos de los hombres por medio de signos corporales, que permanecian ocultos á nosotros; pero al revisar sus doctrinas (1) se reprende á sí mismo sobre este punto una afirmacion demasiado atrevida, y confiesa que es muy difícil, si no imposible, pronunciarse y llevar las cosas más allá: desde el 10 al 14 demuestra la inmensa distancia que hay entre las predicciones de los demonios y las profecías de los enviados de Dios.

---

(1) Lib. II, cap. XXX.

3.° *El tratado contra los judíos* (1). En el núm. 1.° de este tratado hace ver San Agustin la justicia de Dios en la reprobacion de los judíos, y la misericordia en la vocacion de los gentiles: desde el núm. 2.° al 4.° manifiesta á este propósito que los libros del Antiguo Testamento pertenecen á los cristianos: desde el 5.° al 8.° presenta los vaticinios de los salmos y de los Profetas que se refieren á Jesucristo; desde el 9.° al 13 manifiesta que la profecía de Malaquías sobre el sacrificio que se habia de ofrecer en todo el mundo, se ha cumplido con el sacrificio de los cristianos: desde el 14 al 15, despues de reprender á los judíos por su ceguedad, les invita á que entren en la Iglesia católica.

ARTÍCULO VII.

Obras dogmático-polémicas contra los herejes y contra los maniqueos.

Entre esta clase de escritos se coloca en primer lugar el *Libro de las herejías*, escrito el año 428 (2) á instancias de Quodvultdeus, diácono de Cartago. En esta obra refiere San Agustin la historia de ochenta y ocho herejías; y tanto en las que él impugnó como en las demas, ofrece abundante doctrina; pero la muerte vino á sorprenderle cuando estaba añadiendo á cada una de ellas una breve refutacion. Ponemos en el número de las obras dogmático-polémicas las que escribió San Agustin contra los maniqueos, donatistas, pelagianos y arrianos. De todas hablaremos á continuacion.

Los maniqueos, con sus falsas promesas de dar solucion á los problemas más difíciles, y con su aparente ascetismo, habian logrado atraer á muchos incautos; pero San Agustin refutó todo el sistema de estos herejes en las obras que siguen:

1.° *El libro de la utilidad de creer*. San Agustin lo escribió el año 391, y lo dedicó á su amigo Honorato, engañado por los maniqueos. En este libro, y desde el núm. 1.° al 3.°, procura probar con un estilo sencillo que los maniqueos obran temerariamente al acusar á los que admiten la autoridad de la Iglesia en materia de Religion, y que la razon no puede alcanzar. Desde el 4.° al 13, despues de demostrar por la razon que la Iglesia católica no puede errar al admitir los libros del Antiguo Testamento, pasa á manifestar la fe que se requiere en la Iglesia. Desde el 14 al 20 prueba que los que buscan la verdadera Religion la encuentran en la Iglesia

(1) Este libro falta en las retractaciones, porque propiamente es un sermon.

(2) En la enumeracion de estas obras no guardaremos el órden cronológico: las presentaremos segun la materia de que tratan, para facilitar la memoria.

católica. Desde el 21 al 32 prueba asimismo que la Iglesia católica exige fe á sus hijos, pues es el fundamento de la Religion verdadera; del mismo modo que en las cosas humanas la fe en muchos casos precede á la razon. Desde el 33 al 36 concluye diciendo que es tanta la autoridad que Dios ha concedido á la Iglesia católica, que con razon atrae á sí la fe de todos.

2.ª *Dos libros sobre las costumbres de la Iglesia católica y de los maniqueos.* San Agustin lo escribió en Roma poco despues de su conversion, el año 388; pero más tarde lo aumentó. En estos dos libros presenta las costumbres de la Iglesia católica y las de los maniqueos, y hace ver las ventajas que á estas llevan aquellas. En el libro I, y desde el número 1.° al 62, haciéndose cargo del deseo que todos tienen por la felicidad, infiere de aquí que para alcanzarla debemos dirigir nuestras acciones al Sumo Bien, que es Dios, pues su posesion será la posesion de la suma felicidad; pero como la razon, que ha podido conducirnos hasta aquí, es impotente para penetrar en las cosas divinas, la autoridad, esto es, el mismo Dios, suple esa falta, enseñándonos, tanto con el Antiguo como con el Nuevo Testamento, que el hombre puede unirse á Dios por el amor. San Agustin deduce de este amor á Dios las cuatro virtudes cardinales, y despues de señalar al hombre sus deberes para con Dios, le manifiesta lo que se debe á sí mismo, y lo que debe á su prójimo. «El amor al prójimo, añade San Agustin, es como la cuna en donde crece y se fortifica el amor de Dios;» y á estos dos amores se reduce toda la doctrina de las costumbres. Desde el 63 al 80 presenta las virtudes de los monges, clérigos y legos, y hace ver cómo el catolicismo ha reformado la familia en todos conceptos. Despues añade que si se encuentra algun cristiano entregado al mal, que no se impute á la Iglesia, pues son la zizaña que crece junto al trigo; y concluye diciendo que no se ha de considerar imperfecta la doctrina de la Iglesia porque permite el matrimonio y la posesion de bienes. En el libro II, y desde el número 1.° al 18, despues de refutar á los maniqueos sobre el orígen del mal, desde el 19 al 67 rebate las tres señales que se hacian, á saber: la de la boca, manos y pecho, en que los maniqueos ponian la ley moral, y les echa en cara su supersticiosa abstinencia y sus nefandos misterios. Desde el 68 al 79 describe las perversas costumbres de estos herejes.

3.° *Dos libros sobre el Genesis contra los maniqueos.* San Agustin los escribió el año 389, poco despues de su llegada al Africa. En el libro primero espone la obra de los seis dias hasta el descanso del Señor; y en el segundo continúa esta esposicion hasta la salida de nuestros Padres del

Paraiso. En estos libros busca San Agustin el sentido literal para resolver las cuestiones que se encuentran en el Sagrado testo; pero como esto lo hacia al principio de su conversion, y no estaba suficientemente enterado de la Sagrada Escritura, espuso el sentido alegórico con alguna exageracion, por lo que él mismo se reprende en sus *Retractaciones* (1).

4.° *El libro contra Adimanto, discípulo de los maniqueos.* San Agustin escribió este libro el año 394, para refutar á este hereje, que habiendo entresacado algunos testos del Antiguo Testamento, les oponia otros del Nuevo. San Agustin espone el verdadero sentido de todos estos pasajes de la Escritura, y concilia algunas aparentes contradicciones, añadiendo que lo que á los ojos de los maniqueos implica contradiccion con el Evangelio, no es sino imperfeccion de inteligencia.

5.° *Treinta y tres libros contra Fausto, maniqueo.* Fausto habia compuesto una obra contra la verdad católica. Algunos Obispos pidieron á San Agustin que respondiese á ella; nuestro Santo accedió á sus deseos el año 400. Estos treinta y tres libros son otras tantas discusiones. San Agustin pone en boca del célebre maniqueo las palabras sacadas de su propia obra, y luego responde á ellas con más ó menos estension. Esta obra es una magnífica apología de la religion judía y cristiana. En ella defiende la idea que de Dios da el Antiguo Testamento, así como su sabiduría y su omnipotencia, y esplica el milagro y sus caractéres. Fausto habia pretendido probar que nada se hallaba en los libros de los judíos que se refiriese al reino espiritual del Mesías, y San Agustin examina todos los puntos del Antiguo Testamento en que se anuncia este reino de Cristo, y encuentra en los dias de la creacion y en el descanso del sétimo una figura de toda la historia del género humano. Los cinco primeros dias corresponden á otras tantas edades, que comprenden desde Adan hasta Jesucristo. El sesto es la edad cristiana, que durará hasta el juicio final. El sétimo, que fue para el Señor el dia del descanso, es una imágen del descanso de los Santos en la vida eterna: este sétimo dia no tiene noche, nada declina en él, nada perece. En el sesto dia del *Genesis*, el hombre fue creado á imágen y semejanza de Dios; en la edad actual, que es la edad cristiana, nos es dado un espíritu nuevo para una creacion nueva, á imágen de nuestro Dios. Así como la mujer fue formada de una costilla del primer hombre dormido, del mismo modo la Iglesia ha nacido de la sangre de Cristo moribundo. Tambien de-

(1) Lib. I, núm. 18.

fiende á los Patriarcas de los crímenes de que los acusaban, con cuyo motivo espone el sentido del Antiguo Testamento.

Objetando Fausto que la ley antigua estaba abrogada, y que por lo tanto no debia observarse, San Agustin le contesta que Jesucristo no vino á cumplir la ley antigua: que unas cosas se habian abolido, mientras que otras debian observarse.

Despues manifiesta la diferencia que hay entre el Antiguo y Nuevo Testamento, y da la razon por qué los cristianos defienden los libros de los judíos, y por qué unas cosas las entienden en sentido literal y otras en sentido místico. Luego pasa á vindicar el Nuevo Testamento, y con el auxilio de algunas reglas de crítica prueba su autenticidad y su integridad. A este propósito pregunta: ¿De qué libros podrá uno estar seguro si los escritos de los Apóstoles, publicados por ellos, aceptados por la Iglesia y conocidos de todas las naciones, pareciesen de un orígen incierto? Por lo que hace á las pretendidas contradicciones de los Evangelistas, San Agustin hace observar que las narraciones desiguales no son narraciones contrarias: que los unos se completan por los otros, pero no se contradicen jamás. Tambien defiende la Encarnacion del Verbo, su nacimiento de una Vírgen, su naturaleza humana, y la aparicion de la estrella á los Magos. Por último, despues de manifestar la escelencia de la doctrina de la Iglesia, tanto en sus dógmas como en su moral, refuta todos los errores de los maniqueos.

San Agustin en esta obra, como en otros muchos escritos, manifiesta la imposibilidad de la razon para resolver los problemas de la filosofía, y que solo con el auxilio de la fe podrá comprender.

ARTÍCULO VIII.

Continuacion de las obras contra los maniqueos.

Seria preciso componer una obra sobre los perpetuos obstáculos que la verdad encuentra en su camino, y esta obra seria la mejor historia del entendimiento humano. La ignorancia, la mala fe, la rutina, el orgullo, se ligan entre sí para impedir que pase la verdad; los intereses se coligan, dando mil pretestos á una resistencia calculada. La marcha del mundo es una inmensa conjuracion contra la verdad; así que, sus menores progresos, sus menores conquistas, cuestan infinitos esfuerzos. Ella tiene necesidad de comenzar de nuevo las luchas para cada paso que da, y puede decirse de la verdad que su pasaje en este mundo es un combate con-

tinuo. Los hombres, entregados á su defensa, están, pues, condenados á trabajos que no tienen fin en la tierra: es preciso que la voz de ellos grite sin cesar, que se oiga cada aurora y cada noche como el tañido de las campanas de nuestras iglesias; es preciso que ellos sean un baluarte con sus almenas siempre armadas. Tal fue el grande Agustin en Hipona: lo que habia probado veinte veces, vuelve á probarlo de nuevo. Despues de haber derribado, pulveriza todavía las ruinas, porque el error combatido es semejante á la serpiente cortada en trozos, que pugna por reunir sus sangrientos pedazos.

Más de una vez el Santo Doctor ha establecido que Dios es el soberano Bien, ha sentado lo que es el bien, lo que es el mal, y lo que es el pecado; y sin embargo, se ve precisado á repetirlo en las obras siguientes.

6.° *El libro contra la carta de Maniqueo, titulada* FUNDAMENTO. San Agustin tenia en su poder esta carta, á que los maniqueos daban mucha importancia, por contenerse en ella todo lo que estos herejes creian. El Santo Doctor, en el año 396, despues de una introduccion llena de caridad, en que promete á los maniqueos la misma paciencia que con él habian tenido sus parientes cuando estaba en el error, toma una á una todas las ideas que en la carta se espresaban, y las refuta, comenzando por negar á Manes el título de *Apóstol de Jesucristo*, con el que se habia cubierto como de un escudo para proteger sus errores, y probándole que habia usurpado tambien el título de *Paráclito*. Combate la doctrina de los dos principios, y la hipótesis de la lucha de estos antes de la creacion del mundo; manifiesta la falsedad de las promesas de Manes, que habia pretendido esplicarlo todo, y hace comprender á las inteligencias menos penetrantes que la naturaleza humana no podia confundirse con la naturaleza divina, y que no basta la razon para encontrar la verdad.

7.° *Dos libros de las conferencias tenidas con Félix.* Se compusieron el año 404 para referir la disputa que sostuvo San Agustin con este hereje, donde refuta completamente la carta de que se ha hecho mencion arriba. En el libro I, despues de negar á Manes el título de *Apóstol de Jesucristo*, probando que el Espíritu Santo habia descendido mucho tiempo antes de que ese hereje viniese al mundo, se hace cargo de unas palabras de la Carta á los de Corinto (1), y que Félix aplicaba á Manes, y espone su verdadero sentido. En el libro II demuestra la simplicidad é inmutabilidad de la naturaleza de Dios; y prueba ademas que los pecados

(1) Cap. XIII, vers. 9.

no pueden dañar á Dios, así como no puede perder cosa alguna de su esencia. Despues manifiesta que la diferencia que hay entre los justos y los pecadores no se ha de poner en la diferencia de naturaleza, sino en la diversidad de méritos adquiridos por el diferente uso que han hecho de la libertad. Por último, hace ver que el alma no es una porcion de Dios, y que la Encarnacion fue un acto de misericordia, no de necesidad para Dios. San Agustin estrecha á su adversario, lo acosa, lo ataca, y lo subyuga de tal modo, que Félix se nos presenta vacilante bajo el peso de la verdad, y por fin sucumbe y anatematiza á los maniqueos.

8.° *El libro de la naturaleza del Bien*, compuesto el año 404 contra los maniqueos. San Agustin repite que Dios es inmutable, pero que la mutabilidad es el patrimonio de todas las cosas creadas de la nada; que todo lo que existe es bueno en diversos grados; que el modo, la especie y el órden representan la generalidad de los bienes de la creacion. «El mal, dice, no tiene naturaleza propia; no es otra cosa que la disminucion del bien.» Despues esplica qué cosa sea el mal, y de dónde viene, diciendo, entre otras cosas, que el fuego eterno que atormenta á los malos, *non esse malum*.

9.° *El libro de las dos almas*. San Agustin lo escribió el año 391. En él refuta el error de los maniqueos, que establecian dos almas en el hombre, la una invenciblemente determinada al bien, y la otra al mal; despues prueba con argumentos dialécticos que no hay más que un alma en cada hombre, criada por Dios, y que el pecado no tiene su orígen en la naturaleza del alma, sino en la libre voluntad del hombre.

10. *Disputa contra Fortunato, maniqueo*. Forma un solo libro, escrito el año 392, aunque se tuvieron dos conferencias. La cuestion versó en ellas sobre el orígen del mal. Fortunato trataba de probar, con la razon y la Escritura, que el mal es coeterno á Dios; pero San Agustin, con más talento y mayor conocimiento de los libros sagrados, refutó las objeciones de aquel, y probó que el mal nace del libre albedrío.

11. *Tres libros sobre el libre albedrío*. San Agustin los principió en Roma el año 388, y los terminó en Africa en 395, y es un diálogo entre él y su amigo Evodio. Esta obra es tal vez en la que más profundizó en la metafísica cristiana, y donde se derrama mayor claridad para resolver el problema del orígen del mal y de la presciencia divina, y está dividida en tres libros. En el primero, despues de haber establecido que sobre la razon humana existe una

Sabiduría infinita, fuente de toda perfeccion, San Agustin se aflige y se admira de ver dudar á los hombres de la felicidad que va unida á la posesion de la verdad. Luego pasa á resolver la cuestion del *orígen del mal*, á cuyo propósito distingue los grandes bienes, que son las virtudes; los bienes medianos, que son las potencias del alma, y los pequeños, que son el vigor y la hermosura de los cuerpos. «La voluntad, dice San Agustin, es un bien mediano que sirve para obtener los mayores bienes; el mal es un movimiento desordenado de esta voluntad que se separa del bien inmutable y se une al bien pasajero. Se preguntará de dónde procede ese movimiento que separa del bien inmutable; Dios no puede seguramente ser autor de él. Ese movimiento es voluntario, está en nuestro poder, y no existirá si nosotros no queremos.» En el libro segundo principia San Agustin refutando á los que dicen que el hombre hubiera sido hecho mejor si no hubiera podido mancharse de pecados; es como si al mirar al cielo no quisiéramos que se hubiese creado la tierra. «Hay, dice San Agustin, en la miseria que sigue al pecado, algo que contribuye á la perfeccion del mundo, porque esta miseria tiende al órden eterno. Cuando los hombres puros son dichosos, el mundo está en toda su hermosura; cuando los que pecan son miserables, el universo no deja tampoco de ser bello. Ademas, la voluntad libre es un bien, porque sin ella ninguna accion laudable puede cumplirse.» En el libro tercero concilia la libre voluntad del hombre con la presciencia divina. «El hombre, dice, no peca porque Dios lo haya previsto; pero Dios ve el pecado anticipadamente á que el hombre lo haya cometido.» «Si yo fuera profeta, añade, las cosas futuras no sucederian de tal ó cuál manera porque yo las hubiera predicho, sino que yo las prediria de tal manera, porque así es como ellas habian de cumplirse. Del mismo modo que por mi recuerdo yo no soy causa de que lo pasado haya sucedido, así Dios, por su presciencia, no condena el porvenir á un cumplimiento necesario. En el órden de las cosas humanas, Dios no es autor de lo que prevé.» Despues esplica los pecados de ignorancia y de debilidad, la trasmision del pecado de Adan en sus descendientes, y cómo siendo Adan criado bueno por Dios, cayó en el pecado, dejándose llevar de las sugestiones del demonio.

12. *El libro contra Secundino.* San Agustin lo escribió el año 405, en contestacion á una carta que Secundino le habia escrito. El Obispo de Hipona combate á este hereje con su propia carta. Desde el núm. 1.° al 11 le prueba que todas las cosas han sido hechas por el Padre y el Hijo; y por lo tanto, que ninguna sustancia es coeterna á Dios, y que el

alma humana, como sacada de la nada, es mutable. Desde el 12 al 19 caracteriza el pecado, y dice que no es una sustancia, sino la disminucion ó decadencia del bien. Desde el 20 al 26 rechaza la lucha que los maniqueos suponian entre Dios y las tinieblas, refuta algunas objeciones contra el Antiguo Testamento, y por último concluye exhortando á su adversario á que reconozca á Dios, que no cambia jamás.

13. *Dos libros contra los adversarios de la Ley y los Profetas.* San Agustin los escribió el año 420, y son muy semejantes á los libros contra Fausto y Adimanto. En el primer libro espone el principio del *Genesis*, y defiende la creacion del mundo, la del hombre, y el precepto que Dios le impuso: luego trata del pecado de Adan y del árbol de la vida. Ademas, prueba que Dios es el autor del Antiguo Testamento; da la razon por qué el Señor impuso penas tan severas en la antigua Ley, y por último espone en qué sentido Dios queria los sacrificios antiguos, y cómo deben entenderse las palabras *arrepentirse* y *olvidarse*, que la Escritura aplica alguna vez á Dios; y concluye manifestando que Dios no es fautor de los males que se refieren en el Antiguo Testamento. En el libro segundo San Agustin se va por los puntos del Antiguo Testamento, alegados por el Nuevo, esplica algunas palabras de San Pablo, y demuestra ser falso que este Apóstol se acomodase á las ideas de las personas á quienes hablaba: despues rechaza la asercion de que ninguno de los Profetas anunciase á Jesucristo, y que Moisés negó la inmortalidad del alma; por último defiende la Ley antigua, y con una admirable oracion pone fin á su libro.

14. *El libro á Orosio contra los priscilianistas y origenistas.* San Agustin le escribió, á ruego del español Orosio, el año 415. Desde el núm. 1.° al 3.° prueba que el alma fue criada de la nada; desde el 4.° al 8.° que las penas del infierno no tendrán fin; desde el 9.° al 14, que la creacion fue obra de la bondad y sabiduría de Dios; que las estrellas no están animadas, y que los ángeles, comparados con Dios, son imperfectos.

ARTÍCULO IX.

Obras dogmático-polémicas contra los donatistas.

Cuando San Agustin fue elevado á la dignidad episcopal, los donatistas cubrian el Africa. La cuestion religiosa habia introducido la division en el hogar doméstico. Los esfuerzos de San Agustin se dirigieron á curar tantos males y á resta-

blecer la unidad. La mayor parte de sus obras contra los donatistas las escribió desde el año 400 al 402, en las cuales refutó los errores de estos, y espuso y defendió la doctrina católica acerca de la visibilidad de la Iglesia, de la gracia causada por los Sacramentos de la nueva Ley, *ex opere operato*, y del valor del Bautismo dado por los herejes.

Estas obras son las siguientes:

1.ª *El salmo contra el partido de Donato.* San Agustin le escribió, siendo todavía presbítero, el año 393, en obsequio de la gente sencilla, por cuyo motivo lo puso en forma de verso, para que se pudiera cantar, y se conoce con el nombre del *Abecedario* (1): en él se refiere toda la historia del cisma de Donato, con una refutacion clara y sencilla, y en el epílogo introduce á la Iglesia, que exhorta cariñosa á los donatistas á que vuelvan á ella.

2.ª *Tres libros contra la carta de Parmeniano.* San Agustin escribió estos libros en el año 400, con el objeto de refutar una carta de Parmeniano, que habia sido Obispo de los donatistas en Cartago. Su carta iba dirigida á un donatista llamado Teconio, el cual proclamaba la universalidad de la Iglesia, permaneciendo en el cisma africano. Parmeniano procuró probar á Teconio que la verdadera Iglesia solo la constituian los donatistas, porque la Iglesia universal se habia manchado con muchos crímenes.

San Agustin, en su primer libro, establece que, segun el Antiguo y Nuevo Testamento, toda la tierra está prometida al Mesías y á su Iglesia. Hace hablar á la Iglesia de Filadelfia, cuyo nombre significa *amor fraternal.* Dice de esta Iglesia á los donatistas que está separada de ellos por largas distancias; que ignoran lo que hacen y lo que anuncian: por consiguiente, ¿qué mal pueden echarle en cara? «Los fieles de todo el mundo, añade San Agustin, pueden dirigir á los donatistas el mismo lenguaje que Filadelfia.» El Obispo de Hipona recuerda las diversas condenaciones de los donatistas, y su repugnancia á esplicarse seriamente con los católicos. Manifiesta que los mártires de los donatistas no merecian este nombre glorioso: lo que constituye el honor del martirio no es el suplicio, sino la causa por que se sufre. Esta es la razon por qué el Salvador dijo: «Bienaventurados los que padecen persecucion *por la justicia.*» San Agustin aborda una cuestion grave: la de saber si los Príncipes cristianos tienen derecho á reprimir á los herejes y cismáticos. San Agustin encierra á los donatistas en este dilema: «O

(1) Se llamó así, porque cada estrofa, que consta de doce versos, principia por una letra del alfabeto, y aunque no es propiamente un verso, tiene, sin embargo, cierta cadencia.

pensais, les decia, que no es permitido hacer nada contra los herejes y cismáticos, ó pensais que se puede obrar. En el primer caso, ¿por qué perseguís á los católicos? En el segundo, ¿por qué os quejais de que se os ataque?» En el segundo libro, San Agustin restablece el verdadero sentido de los pasajes de la Escritura, cuya interpretacion errónea engañaba la sencillez de los fieles. En el libro III y último, San Agustin refuta, con motivo de la separacion de los buenos y de los malos en este mundo, la objecion de los donatistas, sacada de la epístola de San Pablo á los corintios (1).

El grande Apóstol prohibe á los fieles *mezclarse con los fornicadores*. San Agustin esplica que la escomunion católica no rompe la unidad, pues solo tiene por objeto conducir al culpable al arrepentimiento: ella no arranca, sino que corrige. Jesucristo dijo: «Dejad que la zizaña y el trigo crezcan juntos hasta la siega.» Parmeniano, con motivo de unas palabras de Isaías (2), mal entendidas, pretendia que la separacion de la paja y el trigo se hiciese en la tierra. «El género humano, dice San Agustin, ¿se engaña hasta el punto de no reconocer á Parmeniano por aventador? Mas si el trigo está en Africa, ¿por qué los espantosos escesos de los circunceliones? ¿Por qué tantos vicios y tantas impurezas en los donatistas?» Un pasaje de este tercer libro nos habla de los pobres que mantenia la Iglesia: en castigo de algun desórden escandaloso, el autor de él era separado del número de estos pobres, alimentados en el banquete de la limosna.

3.° *Tres libros contra las cartas de Petiliano*. San Agustin los escribió desde el año 400 al 402. En el primero contesta, en forma de carta pastoral, á una de Petiliano, y la dirige á los Obispos católicos, como aquel la habia dirigido á los Obispos donatistas. Más tarde, habiendo recibido otros escritos de Petiliano, volvió á refutar sus aserciones en forma de diálogo. Cuando Petiliano leyó la primera carta de San Agustin, escribió otra en contestacion, y entonces el Santo Doctor escribió el tercer libro. Petiliano trataba de defender la nulidad del bautismo dado por los pecadores, á cuyo propósito decia: «Debe atenderse á la conciencia del que da, pues que ella debe purificar la conciencia del que recibe.» San Agustin demuestra que es la virtud de Cristo quien purifica, y no la buena conciencia del que bautiza. Al final de su carta dirige San Agustin á los Obispos estas notables palabras: «Amad, les dice, á los hombres; matad los errores; ostentad la verdad sin orgullo; combatid por la verdad sin violencia; orad por los que combatís y por los que

(1) Carta 2.ª, cap. III, vers. 11.
(2) Cap. LII, vers. 11.

persuadís.» Esta primera carta de San Agustin compone el primer libro de su obra contra Petiliano. En el segundo refuta la carta del Obispo donatista, y separa la cuestion de hecho, concerniente á Félix *traditor*, de la cuestion de doctrina, relativa á los pecadores en la Iglesia, y prueba la inocencia de aquel, así como la coexistencia de los buenos y los malos en la Iglesia. En el lib. III, San Agustin responde á Petiliano, que se habia armado contra el santo Obispo del recuerdo y los errores de su juventud, diciéndole que «cuando oigo criticar esa parte de mi vida, no soy bastante ingrato para quejarme, pues cuanto más se atacan mis faltas pasadas, tanto más agradezco al médico que me ha curado. Yo he sido el primero en detestar lo que vosotros vituperais. ¡Ojalá que vosotros me imitáseis, y que el error en que estais sumidos llegase un dia á ser para vosotros un error pasado!»

4.° *Los cuatro libros contra Cresconio.* Un gramático donatista, llamado Cresconio, acusaba á San Agustin de estraviar con su elocuencia las inteligencias débiles. El Obispo de Hipona le respondió en cuatro libros el año 406.

En el lib. I comenzó por vindicar la elocuencia, atacada por el gramático donatista, que habia llamado en su auxilio pasajes de la Escritura, cuyo sentido adulteraba. El libro de los Proverbios dice: *In multiloquio non deerit peccatum* (1). Cresconio habia sustituido á la palabra *multiloquio* estas palabras: *multa eloquentia*. Luego la palabrería y la elocuencia no son una misma cosa: la una es un defecto; la otra es una hermosa facultad. Si la elocuencia ha sido empleada alguna vez en defensa de los errores, esto no es una razon para acusarla: ¿deben proscribirse las armas porque se hayan encontrado hombres que las han vuelto en contra de su patria? «Examino vuestro discurso, dice el Obispo de Hipona, y encuentro en él una palabra abundante y ordenada, y allí está la elocuencia: veo en él habilidad y sutileza en la discusion; esto es dialéctica, y sin embargo vituperais la elocuencia y la dialéctica. Si estas cosas son peligrosas, ¿por qué usais de ellas? Si no lo son, ¿á qué vienen vuestros vituperios?» El resto de este libro es una demostracion de la unidad del bautismo y de la independencia de su eficacia.

El lib. II es una continuacion del exámen de la carta de Cresconio. Este no queria que los donatistas fuesen llamados herejes, sino únicamente cismáticos. «No hay herejía, decia, cuando la Religion y los Sacramentos son los mismos.» «Pero si tenemos los mismos Sacramentos, esclama San Agustin, ¿por qué rebautizais? Os separais de nos-

(1) Cap. x, vers. 19.

otros en la cuestion del bautismo, y por lo tanto, sois herejes.» Cresconio invocaba en apoyo del donatismo el gran nombre de San Cipriano. San Agustin responde que aun cuando esté Santo hombre pensó sobre el bautismo de una manera contraria á lo que convenia, permaneció en la unidad católica, se rehabilitó y fue purificado por el martirio.

En el lib. III recuerda San Agustin hechos importantes en la cuestion del donatismo, bien para la controversia, bien por las brutalidades, muchas veces sangrientas, que los católicos de Africa tuvieron que sufrir.

El siguiente libro es una refutacion del gramático donatista, por el solo exámen de la condenacion de Maximiano, hecha por los donatistas. Cresconio proscribia las disputas; pero él habia disputado para separar á Maximiano de la comunion donatista. Los donatistas no reconocen más que el bautismo dado en sus filas, y niegan la eficacia del Sacramento administrado por manos que no son santas; pero los maximianistas, bautizados en un cisma *sacrílego*, como decian los donatistas, que han vuelto á la comunion donatista, no han sido sometidos á un nuevo bautismo. ¿Por qué esta contradiccion? San Agustin se sirve así de la causa de Maximiano para concluir de poner en derrota á su adversario. Al leer los cuatro libros contra Cresconio, se admira una inagotable abundancia de pruebas, de interpretaciones y de pensamientos en un asunto que el Obispo de Hipona habia tratado á menudo, y que parece agotar todas las veces que lo trata.

5.° *Los siete libros del bautismo*. San Agustin los escribió el año 400.

En el lib. I prueba, con la razon y la Escritura, que el bautismo puede administrarse fuera de la Iglesia católica. Los donatistas decian á esto: «Si vosotros, católicos, recibis nuestro bautismo, ¿qué tenemos de menos que vosotros?» «No es vuestro bautismo lo que recibimos, les responde San Agustin, sino el bautismo de Dios y de la Iglesia: lo que os pertenece son vuestros actos sacrílegos y vuestra impía separacion; os falta la caridad, sin la cual todo es inútil, segun el Apóstol.»

En el lib. II, el Obispo de Hipona prueba que los donatistas no tienen razon al invocar en su favor la autoridad de San Cipriano: el Pontífice de Cartago ha sostenido siempre la necesidad de mantener la unidad de la Iglesia. San Agustin hace ver la contradiccion de los cismáticos africanos, que se armaban con la autoridad de San Cipriano en la reiteracion del bautismo, y la rechazaban en las cuestiones de paz y de concordia; glorificaban la mitad del hombre, y desechaban la otra mitad. El mismo hombre de quien se

servian para proteger sus errores, les condenaba. Despues, refiriéndose á la retractacion de San Cipriano, dice: «Si en sus escritos no se halla, sus méritos la atestiguan; y si no se encuentra la carta, el martirio la proclama.»

Los libros III y IV son una refutacion de los pasajes de la epístola de San Cipriano á Juvayano contra la validez del bautismo de los herejes. «En el bautismo, dice, no debe considerarse ni al que lo da ni al que lo recibe, sino solamente debe considerarse lo que se da; el poder del Sacramento es independiente de toda otra cosa, y la perversa interpretacion de las palabras evangélicas y los errores del ministro, no invalidan el bautismo de Cristo.»

El libro V trata del final de la epístola de San Cipriano á Juvayano; de su carta á Quinto; de su *sinódica* designada á Obispos de Numidia, y de su carta á Pompeyo.

Los libros VI y VII están consagrados al exámen del Concilio de Cartago, celebrado bajo la inspiracion de San Cipriano, y á las sentencias de este Concilio con motivo del bautismo de los herejes.

6.° *El libro del Bautismo único, contra Petiliano.* San Agustin lo escribió el año 406. Petiliano habia publicado un opúsculo con ese mismo título, en donde, á traves de un cúmulo de calumnias, sostenia la unidad del bautismo, pero esclusivamente en favor del partido de Donato. San Agustin enseña tambien esta unidad, pero reconoce la validez del bautismo de los herejes y cismáticos, añadiendo que, siempre que esté bien conferido, no puede reiterarse. Petiliano, para sostener su error, se apoyaba en la autoridad de Agripino y del Concilio reunido por él; pero más particularmente alegaba la de San Cipriano. San Agustin contesta lo que en el libro anterior hemos dicho, y concluye vengando la memoria de los Papas Marcelino y Milciades, y de los Obispos Félix y Ceciliano, acusados de haber entregado los libros sagrados.

7.° *Carta á los católicos contra los donatistas*, que tambien se titula *El libro de la unidad de la Iglesia*. San Agustin lo escribió el año 402. Despues de insistir en la doctrina de la Iglesia acerca del bautismo, hace esta pregunta: «¿En dónde está la Iglesia? ¿Está en los católicos, ó en los donatistas? El carácter de la verdadera Iglesia es la universalidad, los libros divinos constituyen su fe; los donatistas no están más que en Africa; los católicos, por el contrario, cubren toda la tierra.» El partido de Donato no se sostenia más que aprovechándose de ciertas oscuridades de las Escrituras. Ademas prueba San Agustin que la Iglesia no se habia hecho culpable del crímen de haber entregado los libros sagrados.

8.° *Compendio de las conferencias contra los donatistas.* San Agustin redactó brevemente las tres sesiones que con los donatistas tuvieron en Cartago los católicos el año 411. Con auxilio de este compendio, claro y sustancial á la vez, todo el mundo en Africa pudo conocer la verdad sobre la conferencia con los donatistas. La verdad en esta cuestion traspasaba los ojos de los ciegos, como dice San Agustin, y penetraba á la fuerza los oidos de los sordos.

9.° *El libro á los donatistas despues de la disputa.* San Agustin lo escribió el año 412. En este libro hace el Santo Doctor un último y poderoso esfuerzo para abrir los ojos á las poblaciones cismáticas, engañadas por sus Obispos. Declaraba la verdad católica clara como el sol, no nacida en Africa, sino provenida de Jerusalen, y estendida por todo el mundo; hacia hablar á todas las iglesias de Oriente, las cuales decian al partido de Donato: «Nosotros no sabemos lo que vosotros habeis dicho. ¿Por qué no comunicais con nosotros? ¿Por qué nos inculpais como un crímen lo que no hemos podido cometer?» El Obispo de Hipona saca un gran partido de estas palabras escapadas á la conciencia de los Obispos donatistas: *Una causa*, dice, *no perjudica á otra causa.* Despues habla de la mezcla de los buenos y de los malos en este mundo, y sobre las condiciones que constituyen el martirio. San Agustin refuta rápidamente los principales puntos de las disputas de la conferencia de Cartago, y nos manifiesta que los debates quedaron cerrados de noche; «pero, añade, esta sentencia resplandecia con la luz de la verdad.»

10. *El sermon al pueblo de la Iglesia de Cesárea.* San Agustin lo pronunció el año 418, estando presente el Obispo donatista Emerito. El Santo Doctor habla con efusion de la caridad, de la paz y de la unidad católica, y se dirige sucesivamente al pueblo y á Emerito. Los fieles interrumpian al orador para pedir á Emerito que volviese á la unidad. San Agustin prometia recibir como Obispos católicos á los Obispos donatistas, y como estos creyesen que era preciso un nuevo bautismo y una nueva ordenacion para entrar en la Iglesia católica, San Agustin les hacia comprender que se imponian las manos, ó se administraba el Bautismo en nombre de Jesucristo, y no en el de Donato. Al terminar su discurso, espresa su deseo de que se convierta el Obispo Emerito.

11. *El libro de los hechos con Emerito.* En el mismo tiempo que el sermon de que acabamos de hablar, tuvo San Agustin una conferencia con Emerito, pero nada pudo conseguir. Emerito, á pesar de las promesas que se le hicieron, y de no tener nada que oponer á las razones de San Agustin, permaneció en el cisma. Se ignora cuál fue su fin; solo se

sabe que, gracias al Obispo de Hipona, nada tuvo que sufrir.

12. *Los dos libros contra Gaudencio, Obispo donatista.* San Agustin los escribió el año 420, y cierran el número de sus obras ó escritos contra los donatistas. Gaudencio, Obispo de Tamugade, estrechado á obedecer las leyes imperiales, declaró que él y los suyos se abrasarian antes con su Iglesia. San Agustin escribió sucesivamente estos dos libros para oponer una última palabra á este partido moribundo, al que habia hecho tan larga y encarnizada guerra. En ellos defiende á la Iglesia católica, y prueba que esta se compone de justos y pecadores, y que no se debe reiterar el Bautismo; pero principalmente manifiesta que ningun hombre tiene derecho para matarse, que los donatistas pueden alcanzar la libertad con la huida, y que las penas de que se quejan tienen por objeto llevarlos á la unidad de la Iglesia.

Antes de concluir, haremos algunas observaciones acerca de la represion de los donatistas por los poderes seculares, segun la doctrina de San Agustin. Este Santo Obispo, profundamente persuadido del verdadero genio cristiano, no creia que hubiese derecho para obligar á nadie á volver á la unidad de Cristo; su primera opinion, su opinion natural, le habia llevado á no querer otras armas que la piedad y la razon: temia no obtener por la violencia más que herejes disfrazados de católicos, por cuyo motivo resistió por espacio de mucho tiempo á los Obispos que sostenian ideas contrarias.

La esperiencia le probó por fin lo que ningun raciocinio humano hubiera podido probarle, y el Obispo de Hipona se entregó á sentimientos diferentes, aunque sin olvidar jamás los deberes de la caridad cristiana. Cuando Vicente, el *Rogatista*, le hacia observar que ni Jesucristo ni los Apóstoles habian recurrido á las leyes, San Agustin, despues de responderle que en aquella época los reyes de la tierra no estaban instruidos en la verdad, le dice: «¿Debiera yo sostener que no era preciso desterraros de los lugares de vuestro nacimiento temporal, vosotros que pretendeis desterrar á Jesucristo de su reino, que se estiende de uno á otro mar? ¿Por qué los reyes de la tierra que sirven á Jesucristo no han de poder hacer leyes para Jesucristo, despues que vuestros jefes, injustos acusadores, han espuesto á Ceciliano y sus hermanos al furor de los poderes temporales?»

Entremos ahora en el fondo de las cosas, y prescindamos por un momento de nuestras ideas de tolerancia filosófica en el siglo XIX; juzguemos bajo el punto de vista de una sociedad cristiana, y no bajo el punto de vista de una

sociedad para quien la religion no es más que una idea especulativa.

Entre los donatistas, unos permanecian separados de la comunion católica por temor á las amenazas de los de su mismo partido; otros, que se cuidaban poco de la sinceridad de los grandes debates, no se tomaron el trabajo de abrir los ojos para reconocer de qué lado estaba la verdad; otros, en fin, vivian en la profunda noche de la ignorancia. Severas leyes, suspendidas sobre las cabezas de todos, vinieron á volver la libertad á aquellos donatistas cuya conciencia se veia oprimida por las terribles amenazas de los de su partido; aquellas leyes imprimieron la energía á los corazones lánguidos, sobrecogidos repentinamente del temor de perder los bienes temporales; y como la luz religiosa iba acompañada de la amenaza, la ignorancia vió desaparecer de su presencia las tinieblas que la ocultaban la magnífica unidad del cristianismo y la universalidad de la fe. De este modo se les conducia á bendecir á Dios, que habiendo hecho que los reyes de la tierra se doblegasen bajo el yugo de Jesucristo, se servia de ellos para curar á los enfermos y aguijonear á los tibios y á los perezosos; se conducia á los donatistas á comprender que la unidad de Dios exige que se le adore en la unidad. Por eso la Iglesia no cesa nunca de amar; imita al mismo Dios en su infinito amor por los hombres, el cual mezcla, sin embargo, á las dulzuras de sus beneficios, el terror de sus amenazas.

Hay tambien una importante circunstancia, que es preciso tener en cuenta, so pena de no comprender nada de la historia religiosa de los siglos antiguos; y es que el cristianismo estaba arraigado en las entrañas mismas de la sociedad, y se consideraba en cierto modo como separado del Estado al que se apartaba de la fe, no mirando como buen ciudadano al que no era buen católico. La unidad religiosa formaba parte de la union política del imperio; las herejías eran entonces lo que son hoy las facciones. Los donatistas y circunceliones, aquellos foragidos auxiliares del partido, desgarraban el seno del Africa; una mitad del pais estaba en contra de la otra mitad, que no se defendia, y los enemigos de la fe católica favorecian las rebeliones contra los Emperadores. Las leyes de Constantino, de Teodosio y de Honorio tenian, pues, ademas de un interes de religion, un interes de sociedad; proveian á la tranquilidad del imperio.

Deseamos que quede definitivamente establecido, como verdad histórica, que la represion de los herejes por las penas temporales fue obra de la política imperial, y no de la Iglesia: la necesidad de defenderse armó á los príncipes; la

Iglesia se dirigia á la conciencia, pero no tocaba al cuerpo del hombre. Cuando se vió conducida á solicitar el sostenimiento de las leyes represivas, y aun á solicitar leyes nuevas, era porque le importaba no dejarse destruir por las violencias de un enemigo inconsecuente.

ARTÍCULO X.

Escritos de San Agustin contra los pelagianos.

El nombre de San Agustin va unido á la defensa de la verdad, en todo lo que esta ofrece de más importante y de más elevado. Lo hemos visto en las contiendas del maniqueismo, luego contra el donatismo, y en este momento va á dirigir sus ataques contra el pelagianismo, que venia á destruir la doctrina acerca de la gracia divina. Antes de hablar de estas nuevas obras de San Agustin, será útil hacer algunas consideraciones, sacadas á la vez de la filosofía y de la doctrina católica. Para muchos hombres la materia de la gracia constituye parte de no sé qué abstracciones teológicas; no comprenden su interes y su enlace, y rehusan aplicar á ella su entendimiento, por no inquirir el lado filosófico de este asunto. Sin embargo, no conocemos nada más digno de atencion y de estudio, nada que presente un horizonte más vasto, que dé lugar á más ideas, y cuyas sucesivas trasformaciones hayan producido más graves resultados; la materia de la gracia se refiere á todas las cuestiones de la libertad, y las soluciones que recibió en la reforma del siglo XVI han producido las revoluciones modernas.

Todo hombre que se haya estudiado seriamente á sí mismo con la miseria de sus inclinaciones y las enfermedades de su naturaleza, le cuesta algun trabajo creer que ha salido tal de las manos de Dios. El mejor y más perfecto de los seres, fuente eterna de bondad y de grandeza, ¿habrá podido poner en las criaturas tanto amor al mal y tan poco ardor por el bien? Nuestra naturaleza actual, ¿no tiene por ventura alguna cosa que se asemeje á una pena ó á una expiacion? Nosotros somos reyes destronados, que arrastramos por el mundo los harapos de una grandeza desvanecida, hijos desgraciados que llevamos el peso de un lejano castigo. «Admira en verdad, esclama Pascal, que el misterio más distante de nuestro conocimiento, que es el de la trasmision del pecado original, sea una cosa sin la que no podemos tener ningun conocimiento de nosotros mismos; de manera que el hombre es más incomprensible sin este misterio, que este misterio es incomprensible al hombre.»

Adan, culpable, fue condenado al trabajo y á la muerte, conservó más inclinacion hácia el mal que hácia el bien, y así es que el libre albedrío recibió más profunda impresion.

Véase, pues, la posteridad de Adan bajo el golpe de una prevaricacion primera; la culpa y la pena pesan sobre nosotros: el bautismo borra la culpa, pero queda la pena. Acabamos de decir que la caida primitiva habia alterado el equilibrio de la voluntad humana; pues bien: la gracia cristiana, esa gracia interior negada por los pelagianos, es un perpetuo milagro de misericordia y armonía moral, porque tiende á establecer el antiguo equilibrio, escitando la inclinacion al bien. Cualquiera que sea la alteracion que haya sufrido el equilibrio de la voluntad humana, no por eso somos menos libres, y tenemos el sentimiento profundo de nuestra libertad. La gracia no destruye la libertad: es un socorro, y un socorro no es una violencia. Tender la mano á un niño, ayudarle á dar un paso, no es obligarle á andar; el niño conserva la libertad de rechazar vuestra mano, volverse paso atras y permanecer inmóvil. Lo mismo, pues, sucede con el movimiento divino impreso á nuestra voluntad, la cual puede sustraerse á él; y siempre que renunciamos á la realizacion de un buen pensamiento, es á causa de que nos sustraemos á las influencias y á las inspiraciones del cielo.

San Agustin, destruyendo los errores de los pelagianos, desenvolverá en las obras siguientes la doctrina de la Iglesia en todo lo que se relaciona con la gracia y el pecado original.

1.° *Cuatro libros sobre el alma y su origen.* San Agustin los escribió en 419 contra el jóven Vicente Víctor, convertido á la Iglesia católica del cisma de Donato; y aunque no iban dirigidos á los pelagianos, pueden considerarse contra estos errores. Víctor sostenia que el alma tiene algo de corporal, que no fue sacada de la nada, ni formada de ninguna otra cosa creada, de donde necesariamente debia concluirse que el alma estaba formada de la sustancia misma de Dios. San Agustin destruia esto con un sencillo raciocinio; lo que sale de Dios es de la misma naturaleza que El, y participa de la inmutabilidad. Ahora bien: el alma está sujeta á mutacion; luego no ha salido de la misma sustancia divina. Al tratar la cuestion de si Dios da el alma á cada uno de los hombres en el momento de nacer, ó si se propaga por la generacion, Víctor sostenia la primera sentencia, y San Agustin la segunda, por creer que con ella se daba más fácilmente solucion á la cuestion del pecado original. Admitiendo Víctor la preexistencia de las almas, y queriendo esplicar la propagacion del pecado original, decia que el alma merecia

ser manchada por su union con el cuerpo, y que el bautismo la volvia su pureza primitiva. San Agustin le pregunta cómo esta alma antes del pecado habia merecido ser manchada por la carne; el jóven hablaba de la presciencia de Dios; más la presciencia de Dios es la prevision y no la causa del mal. Víctor asentaba tambien que un niño predestinado de Dios al bautismo, podia ser privado de él. «Mas entonces, decia San Agustin, ¿cuál será el poder que se opondrá al cumplimiento de los decretos divinos?» San Agustin le invita á tomar su partido sobre el misterio del orígen del alma. «Mientras vivimos, dice San Agustin, estamos muy ciertos de acordarnos, de comprender y de querer, y sin embargo ignoramos lo que puede nuestra memoria, nuestra inteligencia y nuestra voluntad.» «Cuando hacemos esfuerzos de memoria, añade, ¿qué buscamos sino á nosotros mismos, sino lo que tenemos depositado en nosotros mismos?» Abordando en seguida la cuestion de la naturaleza del alma, prueba á Víctor que el alma es espíritu, y no cuerpo, haciéndole ver que el cielo, la tierra, los rios, los mares, las selvas y los animales se nos aparecen en sueños; las variedades del universo subsisten en nuestro pensamiento, y están contenidas en las profundidades de la memoria. Si el alma fuese materia, ¿podria comprender por el pensamiento esas grandes y vastas imágenes, y la memoria seria capaz de contenerlas? La dulzura con que San Agustin trató á Víctor no fue estéril, y el jóven se conformó con las opiniones de San Agustin.

2.° *Los tres libros de los méritos y de la remision de los pecados.* San Agustin los dedicó al tribuno Marcelino, el año 412. Primeramente escribió dos, y luego el tercero, con motivo de unos escritos de Pelagio. En el libro 1, San Agustin examina si la muerte fue la pena de una falta, ó si era una condicion de la naturaleza del hombre. Prueba por la Escritura que la sentencia fue pronunciada despues de la desobediencia. «Si el primer hombre, añade, hubiese permanecido fiel, hubiera guardado su cuerpo revestido de la inmortalidad, sin tener necesidad de pasar por la muerte para llegar á la venturosa incorruptibilidad prometida á los Santos.» San Agustin establece con la Escritura que la justificacion de uno solo sirvió para la justificacion de todos, así como la falta de uno solo acarreó la condenacion de todos; y que la obediencia del Hombre-Dios, repara el mal causado por la rebelion del primer hombre. Celestio sostenia á la vez que el bautismo remitia el pecado, y que la falta de Adan no habia recaido sobre su posteridad; el uso universal, decia San Agustin, de conferir el bautismo á los párvulos, era una acusacion lanzada contra este hereje. El gran Obispo de Hi-

pona se detiene, mudo de espanto, ante el abismo de los juicios de Dios, que permite que un niño reciba el bautismo y otro no lo reciba.

Contestando á una asercion presentada tal vez por el mismo Celestio, de que los niños muertos sin el bautismo conseguian la salvacion, porque no eran culpables de ningun pecado, San Agustin hace ver que el renacimiento es una renovacion, y que esta implica alguna cosa vieja, que es preciso que desaparezca, y que sin Jesucristo no se da reconciliacion entre Dios y el hombre. El segundo libro es una contestacion á las opiniones de los que pretendian haber habido en la tierra, y que todavía se encontraban, hombres exentos de pecado. San Agustin manifiesta que, sin un socorro sobrenatural, todas las fuerzas de nuestro querer serian algunas veces impotentes para triunfar de un mal deseo. Despues establece la diferencia entre poder no pecar, y no pecar. San Agustin confiesa que el hombre, por su libre albedrío y la gracia de Dios, podía no pecar, pero no cree que esto pueda suceder así. Los adversarios invocaban en su apoyo las palabras en que el Salvador quiere que seamos perfectos. San Agustin manifiesta con evidencia que no puede inferirse de este ni de otros pasajes que haya un hombre sin pecado, escepto Jesucristo y la Santísima Vírgen. «No hay falta, añade, cuya causa pueda remontar á Dios; el orgullo es la causa de todos los vicios humanos; pero un Dios humilde descendió misericordiosamente para curar el orgullo del hombre.» San Agustin esplica de qué manera morimos en Adan, y cómo somos llamados á resucitar en Jesucristo. Luego habla de la delectacion victoriosa, en vista de la cual nos determinamos al cumplimiento del bien. Los enemigos de la Iglesia decian: «Si la muerte del cuerpo es efecto del pecado, nosotros no deberíamos morir, despues que el Redentor nos concedió la remision de los pecados.» San Agustin responde que antes de la redencion las penas que sufria el hombre fueron el suplicio de los pecadores; y que despues de la redencion son las pruebas de los justos. En cuanto á la muerte, la remision de los pecados nos ayuda á triunfar del gran terror que naturalmente inspira, y se nos ha dejado para que nos sirva como de ocasion de una gloriosa lucha. Poco tiempo despues que hubo acabado San Agustin estos dos libros, llegaron á su poder los comentarios de Pelagio sobre las epístolas de San Pablo.

Al llegar al punto en que el Apóstol dice que el pecado y la muerte entraron en el mundo por un solo hombre, y que son la herencia de todos los hombres, el comentador breton no reconocia en los niños el pecado original. San Agustin escribió á Marcelino para refutar esta enormidad:

su carta forma el libro III. En él, despues de probar el dogma del pecado original con algunos testos del Nuevo Testamento, remite á Marcelino á una carta de San Cipriano, en donde este, con otros Obispos, se oponia á que se dilatase el bautismo á los niños, «porque, en cuanto dependa de nosotros, decia, no debemos dejar perder ningun alma.» Despues invoca el testimonio de San Gerónimo, que afirmaba que ningun hombre está exento de pecado, aun cuando su vida no sea más que de un dia. Y concluye diciendo que esta era la doctrina recibida de los Padres.

3.° *El libro del espíritu y la letra.* San Agustin lo escribió poco despues que los anteriores, con motivo de la admiracion que habia causado á Marcelino que el Santo Obispo dijese que el hombre por la omnipotencia de Dios podia estar exento de pecado; pero que, á escepcion de Jesucristo y la Santísima Vírgen, nadie habia estado exento de él. San Agustin prueba en este libro su tésis con algunos testos del Evangelio, entre los cuales cita aquel en donde se dice que ningun camello pasó jamás por el ojo de una aguja, y sin embargo Jesus dice que esto es posible á Dios. San Agustin no consideraba como una gravísima aberracion el pensar que los hombres hayan vivido sin mancha; le parecia más culpable sostener que la voluntad humana sin la asistencia divina, pudiera elevarse á la perfeccion de la justicia. Comentando luego las palabras del Apóstol: *La letra mata y el espíritu vivifica*, entiende por la *letra*, no las ceremonias judáicas, derogadas por la venida del Salvador, sino tambien los preceptos del Decálogo cuando el Espíritu divino no derrama en el alma la fortaleza y el amor. Distingue la ley de las obras y la ley de la fe; la una prescribe, la otra comunica la fuerza; la primera es absolutamente judáica, la segunda es enteramente cristiana; y añade que el conocimiento de la ley sin el espíritu que vivifica, no es sino una letra muerta.

El Santo Doctor continúa su comparacion entre el Antiguo Testamento y el Evangelio de Jesucristo. «La ley que se dió á los hebreos, dice, estaba grabada sobre tablas de piedra: la ley que se dió á los cristianos por el Espíritu Santo está grabada en los corazones; la primera era testo, la segunda es todo caridad.» San Agustin hace observar que la antigua ley no era un remedio suficiente para el hombre corrompido, pues que se limitaba á instruirlo amenazándole: la nueva ley hace revivir al hombre, y lo cura de su antigua corrupcion. La antigua ley no prometia más que bienes terrenales: la ley nueva promete la vision de Dios. Volviendo á la justificacion gratuita por la gracia sin las obras de la ley, el gran Obispo dice que el efecto del espí-

ritu de la gracia es restaurar en nosotros la imágen de Dios, á semejanza de la cual habíamos sido formados primitivamente, y la que el mal habia alterado.

San Agustin responde á los pelagianos, que veian en la gracia cristiana la destruccion del libre albedrío, manifestando que la gracia, por el contrario, establece el libre albedrío, como la fé establece la ley; la gracia, curando al alma humana, le inspira el amor á la justicia, y coloca de nuevo á la voluntad en el equilibrio primitivo. Sostiene el Santo ademas que la fe es un don de Dios, que todo poder viene de Dios; pero que Dios, al dar este poder, no impone ninguna necesidad. Si la voluntad de creer viene de Dios, todos los hombres, se dirá, deben obedecerle, puesto que Dios llama á todos los hombres á la salvacion. San Agustin responde que Dios llama á todos los hombres á la salvacion, al conocimiento y á la verdad, pero sin quitarles por eso el libre albedrío, que constituye la moralidad de las obras segun el buen ó mal uso que de él se haga, y añade que el libre albedrío y la voluntad de creer vienen de Dios. San Agustin termina el libro por alabanzas al Apóstol, que en su carta á los romanos sentó el fundamento de la gracia cristiana, y fue el primero que penetró este misterio de bondad divina y de armonía moral.

4.° *El libro de la naturaleza y de la gracia.* San Agustin le escribió el año 415, y lo dedicó á Tomás y Santiago, convertidos por él del pelagianismo, para prevenirlos contra un libro de Pelagio, en donde este hereje inmolaba la gracia en aras de la naturaleza. San Agustin principia este libro sentando la verdadera nocion de la gracia, á cuyo propósito dice que la naturaleza del hombre fue criada sana y pura, que despues de la rebelion primitiva tiene necesidad de un médico, del socorro de Jesucristo, sin el cual no hay salvacion. «No es, añade, el precio del mérito, pero se recibe gratuitamente, y véase por qué se llama gracia. Habiendo pecado todos, la masa del género humano hubiera podido ser condenada sin injusticia por parte de Dios. El Apóstol llama con razon á los elegidos vasos de misericordia, y no vasos de mérito.» Despues contesta á las dificultades de Pelagio. Este se esforzaba en probar que el hombre, por sus propias fuerzas, podia estar sin pecado; pero San Agustin le responde que esa posibilidad se debe atribuir á la gracia previniente y subsiguiente, y añade que la naturaleza humana por el pecado se debilitó, y que esta enfermedad, así como la muerte del cuerpo, eran una pena justa del pecado, pero que por la gracia de Dios el hombre se libra de él. Luego dice que ninguno de los justos, á escepcion de Jesucristo y su Santísima Madre, estuvo exento de pecado, y que la muerte

del Salvador seria vana si no tuviese por objeto la justificacion y redencion del hombre.

Prueba ademas que todos están sujetos al pecado original, y lo demuestra, no menos por los males que el hombre sufre, que por la lucha que sostiene su espíritu y su carne. «La muerte, objetaba Pelagio, no es una pena del pecado, puesto que Jesucristo murió.» San Agustin responde que la muerte, así como el nacimiento del Salvador, no fue una condicion de su naturaleza, sino un poder de su misericordia: su muerte fue el precio de la redencion de los hombres. Pelagio se armaba de algunos pasajes de Lactancio, de San Hilario, de San Ambrosio, de San Juan Crisóstomo, de San Gerónimo y del mismo San Agustin: el Obispo de Hipona esplica estos diversos pasajes, y les restituye su significacion católica. Y concluye exhortando á que se guarden de los errores de Pelagio.

5.° *El libro de la perfeccion de la justicia del hombre.* San Agustin le escribió el año 415: es una contestacion á un escrito de Celestio que tenia por título *Definicion que se dice ser de Celestio.* Tal vez sea con motivo de este escrito por lo que San Gerónimo presentaba á Celestio paseándose, no solo sobre las espinas de los silogismos, sino sobre las espinas de los solecismos. La obra de San Agustin es una contestacion á las cuestiones presentadas por este hereje, y la dedica á los Obispos Utropio y Pablo. En este libro sienta San Agustin en qué consiste la verdadera justificacion, y refuta á Celestio, que ponia la perfecta justificacion del hombre en que puede sin la gracia librarse del pecado. «¿Debe el hombre, dice Celestio, estar sin pecado? No hay duda que debe. Si debe, lo puede. Si no lo puede, no debe.» «Cuando vemos un cojo, responde San Agustin que puede ser curado, decimos con razon: «Ese hombre no debe cojear, y si debe, señal »que puede.» Sin embargo, no puede curarse á pesar de su pronta voluntad; es preciso que vengan en su auxilio los remedios de la medicina. Jesucristo descendió para venir en auxilio de los enfermos de la tierra.» Despues San Agustin contesta á una serie de cuestiones que presenta Celestio; esplica los testos en que pretendia apoyar su doctrina ese hereje, y por último, responde á la eterna objecion de la inutilidad de la voluntad humana en el órden moral, en donde todo está subordinado á la voluntad de Dios, diciendo que la voluntad humana está débil y enferma, pero que no es vana, y que todavía puede remontarse á la justicia, con el socorro divino.

ARTÍCULO XI.

Continuacion de las obras contra los pelagianos.

6.° *El libro de los hechos de Pelagio.* San Agustin lo escribió el año 417, dirigiéndolo á Aurelio, Obispo de Cartago, y en donde se contienen las actas íntegras del Concilio de Diópolis, tenido con motivo de los errores de Pelagio. Habiendo este Concilio absuelto á Pelagio, San Agustin, temiendo que con esto tomase más brios el error, escribió el libro de los hechos de Pelagio, para que todos se apercibiesen de que, á pesar de haber sido absuelto, su doctrina era herética, á cuyo propósito descubre los fraudes de que se valió este hereje en el Concilio, y pone á la vista el veneno que contenian sus profesiones de fe, tanto las presentadas en Diópolis como las escritas despues; pero defiende, sin embargo, á los Obispos que asistieron á aquel Concilio. Despues manifiesta que las principales aserciones de Pelagio quedaron condenadas en el Concilio, pues el hereje, para obtener la absolucion, declaró que no eran suyas. Respecto á otras presentadas por Pelagio y que los Obispos tomaron por ortodoxas, San Agustin hace ver el error que ocultaban bajo sus apariencias católicas. Luego declara contra Pelagio que la gracia de Dios es necesaria absolutamente para toda obra buena; que no es suficiente el conocimiento de la ley y la naturaleza con el libre albedrío, y que los hombres antes de la venida del Salvador vivieron santamente, pero no exentos de todo pecado. Por último, descubiertos los errores de Pelagio, concluye exhortando á que se guarden de los errores que enseña ese hereje, escudado con la absolucion del Concilio.

7.° *Los dos libros de la gracia de Cristo y del pecado original.* San Agustin los escribió el año 418, despues que los Concilios de Africa y los Romanos Pontífices condenaron á Pelagio y á Celestio, y los dedicó á algunos amigos. En el primer libro San Agustin manifiesta que era preciso juzgar á Pelagio, no sobre confesiones arrancadas por la argumentacion católica, sino sobre las obras que habia enviado á Roma, y que eran el producto reflexivo de su pensamiento. Pelagio no vió jamás en la gracia otra cosa que la facultad de elegir, y el conocimiento de la ley. San Agustin cita fragmentos de la obra de Pelagio *Sobre el libre albedrío*, que establece esta doctrina en términos formales. Demuestra en seguida que una cosa es la ley, y otra cosa la gracia, y desenvuelve los caractéres de la verdadera gracia. Vindica á

San Ambrosio de las alabanzas que le dirigia Pelagio, invocándole en apoyo de su error. Pelagio distinguia tres cosas, por las cuales se cumplian los mandamientos de Dios: la posibilidad, la voluntad y la accion. Con la primera, el hombre puede ser justo; con la segunda, el hombre quiere ser justo; con la tercera, el hombre llega á ser justo. San Agustin sostiene, con San Pablo, que Dios es quien *obra en nosotros el querer y el perfeccionar* (1). En el segundo libro, San Agustin hace ver que los pelagianos no osaban rehusar á los niños el bautismo de la regeneracion y de la remision de los pecados, porque los oidos cristianos no lo hubieran soportado; pero tampoco creian en el pecado original, trasmitido por la generacion carnal. El Doctor cita un fragmento de las actas de la asamblea de Cartago, en donde aparece que Celestio no creia que la rebelion de Adan alcanzase á todos los hombres. Despues refiere cómo el Papa Zósimo condenó á Celestio, y cómo comprendió á Pelagio en el mismo anatema, á pesar de sus esfuerzos para engañar á la Sede Apostólica. Los pelagianos, para borrar de su frente la marca de herejía, idearon sostener que la cuestion del pecado original no era una cuestion de fe.

San Agustin les presenta algunos ejemplos de cuestiones que son del puro dominio de las opiniones humanas, tal como el sitio donde estaba el Paraiso terrenal, y por qué los hombres de los primeros tiempos vivian tantos años. Sobre estos puntos y otros semejantes puede creerse lo que se quiera, mas no así del pecado original. El Obispo de Hipona funda la fe cristiana en dos hombres, que son Adan y Jesucristo. «Por el uno, dice, fuimos entregados al pecado; por el otro somos rescatados de los pecados: por el uno fuimos precipitados en la muerte; por el otro somos libertados para ir á la vida.» El pecado original es, pues, un dogma fundamental de nuestra fe. San Agustin habla tambien de los antiguos justos, quienes, al contrario de las opiniones de Pelagio y de Celestio, no pudieron salvarse sino por la fe en el Mediador; y al terminar este libro multiplica los testimonios de San Ambrosio en favor del pecado original y de la gracia de Jesucristo. Es preciso, ó que Pelagio condene su error, ó que se arrepienta de haber elogiado á San Ambrosio.

8.° *Los dos libros de las nupcias y de la concupiscencia.* San Agustin escribió el primero el año 419, y el segundo el año 420. Un escrito pelagiano acusaba al Obispo de Hipona de condenar el matrimonio. El conde Valerio lo remitió á San Agustin, quien lo refutó en el lib. I. En él establece con fuerza y precision el dogma del pecado original y la santi-

(1) Carta á los filipenses, cap. I, vers. 29.

dad del matrimonio, que cambia en bien el mal de la concupiscencia. La gloria del matrimonio se cifra en hacer servir á las miras providenciales *los deseos de la carne*, tan contrarios á los del espíritu. San Agustin hace resaltar la belleza moral de esta union, que la esterilidad misma no debe disolver, y que el gran Apóstol no teme llamar á la castidad conyugal *un don de Dios* (1). «La poligamia, añade el Obispo de Hipona, fue permitida á los Patriarcas, porque importaba multiplicar el pueblo de Dios; el mundo no se halla hoy en las mismas condiciones; la union del hombre con una sola mujer es más conforme al pensamiento divino: una sola mujer fue dada al primer hombre.»

Juliano, Obispo pelagiano de Campania, escribió contra este libro, y San Agustin tuvo que defenderse, publicando el segundo. Las objeciones y argumentos á que responde en este libro el Obispo de Hipona no nos manifiestan nada nuevo, pues todas son dificultades contra el pecado original, de que tantas veces ha triunfado ya San Agustin, por el testimonio constante de los Padres y por lo que enseña la Escritura. Juliano, en defecto de argumentos y sólidas pruebas, reproduce inexactamente las palabras de San Agustin, y desnaturaliza abiertamente sus pensamientos. San Agustin restituye á cada cosa su verdadero sentido, y vuelve á responder á la calumnia que le hacian de condenar el matrimonio, diciendo que las nupcias no se contraen para pecar, sino para la generacion; de manera que no por sí, sino indirectamente, pueden dar lugar al pecado original. Despues espone las palabras del Apóstol á los romanos (2), y afirma que Jesucristo murió por todos, y que los niños, aun los engendrados por los Santos, contraen el pecado original, y por lo tanto nacen sujetos al demonio, hasta que son regenerados por la gracia en el bautismo. Por último, dice que él no destruye el libre albedrío, y que nada tiene de comun su doctrina con la de los maniqueos.

9.° *Los cuatro libros contra las dos epístolas de los pelagianos.* Algunos pelagianos escribieron desde el destierro dos cartas, en las cuales se calumniaban las doctrinas católicas en pro del error condenado. La una tenia por autor á Juliano; la segunda llevaba la firma de diez y ocho Obispos que se habian negado á condenar á Pelagio y Celestio. Las dos cartas mencionadas fueron escritas en 420, y en el mismo año contestó á ellas San Agustin en estos cuatro libros dedicados al Papa Bonifacio, cuyo argumento puede resumirse así. Al principio, San Agustin agradece al Papa la

(1) Carta 1.ª á los de Corinto, cap. VII, vers. 7.
(2) Cap. V, vers. 12-19.

amistad que le dispensa, y coloca la Silla de Roma sobre todas las demas sillas de la tierra. Despues defiende la doctrina de la Iglesia de los ataques de sus adversarios. Los pelagianos decian: «Los católicos son maniqueos, porque niegan el libre albedrío, y nos manifiestan al hombre arrastrado invenciblemente al mal.» San Agustin responde que la doctrina católica no enseña la destruccion del libre albedrío por el pecado de Adan, sino su profunda modificacion. La libertad que pereció en el Paraiso terrenal, era la posesion de una completa justicia; por eso la naturaleza humana tiene necesidad de la gracia divina.

El Obispo vindica á los católicos de la recriminacion que se les hacia, de desconocer la santidad del matrimonio, de condenar á los Santos personajes del Antiguo Testamento, y de no creer en la remision de todos los pecados por el bautismo. Los pelagianos acusaban al clero de Roma por haber prevaricado en la cuestion de la gracia; San Agustin les responde que el Papa Zósimo usó de mucha indulgencia con Celestio y Pelagio, pero que Roma no esperimentó jamás las consecuencias de su doctrina. Segun los Obispos pelagianos, los católicos introducian, bajo la denominacion de gracia, una especie de destino; San Agustin responde que no puede darse el nombre de destino á la divina inspiracion del bien y al socorro del cielo prestado á la debilidad de la voluntad humana. Hace ver á los Obispos pelagianos que han comprendido mal lo que él mismo habia escrito sobre el carácter de la ley del Antiguo Testamento. Las escesivas alabanzas tributadas á la criatura, al matrimonio, á la ley, al libre albedrío, á los Santos, ocultaban todos los lazos del error pelagiano. Los pelagianos pretendian que para condenar su doctrina habia sido preciso sorprender y arrancar la firma á los Obispos católicos dispersos á lo lejos. San Agustin les pregunta si se obtuvieron tambien por fuerza las firmas de San Cipriano (1) y de San Ambrosio (2), los cuales, mucho antes del nacimiento de la herejía, la combatieron y aniquilaron por sus enseñanzas.

10. *Los seis libros contra el pelagiano Juliano.* La dilatada controversia pelagiana no ofrece nada tan vigoroso y elocuente como estos seis libros, escritos por San Agustin el año 421. Juliano habia escrito cuatro grandes libros, y creia destrozar el reducido trabajo de San Agustin sobre *El matrimonio y la concupiscencia;* y este pequeño libro no fue tocado siquiera por aquel inmenso aparato. Juliano, en sus libros, se esforzaba en probar que era preciso condenar ab-

(1) La epístola de la obra y de la limosna.
(2) Lib. I, *De la paciencia.*

solutamente el matrimonio si los hombres que vinieran al mundo por esta via no estaban exentos de pecado, é imprimia en la frente de los católicos la mancha del maniqueismo.

San Agustin, en el libro I y II, le manifiesta que esta acusacion de maniqueismo lanzada á la faz de los católicos por su creencia en el pecado original, debe al fin caer por tierra y quedar reducida á la nada, porque no es San Agustin quien inventó la doctrina del pecado original: ella ha sido enseñada por los más ilustres defensores de la fe católica, y Juliano deberia llamar maniqueos á los Padres, tanto de la Iglesia griega como de la latina, pues todos conocian el dogma del pecado original. San Agustin reproduce á continuacion diversos pasajes de los eminentes personajes cuya memoria invoca.

En el lib. III San Agustin reproduce algunas de sus sublimes ideas sobre el orígen del mal, que no es otra cosa que el deliquio del bien, la falta de una buena naturaleza inferior, y no de una naturaleza soberana é inmutable. «El mal no es una sustancia, añade, sino una voluntad que se aleja del bien.» San Agustin, á quien Juliano no temia llamar *epicúreo* y *adorador del demonio*, restablece su doctrina sobre el matrimonio, la concupiscencia, el pecado original, el libre albedrío y la gracia; doctrina que Juliano tuvo un placer en desnaturalizar. Hablando San Agustin de los niños muertos sin bautismo, espresa su opinion de este modo: «No digo que los niños muertos sin bautismo serán castigados de manera que fuera mejor para ellos no haber nacido.» Y en otra parte habia dicho que la pena de los niños seria la más dulce de las penas.

En el lib. IV, como Juliano buscaba apoyo en los filósofos de la antigüedad para autorizar sus opiniones, San Agustin le recuerda que todos los pensadores eminentes que en los antiguos tiempos se han ocupado de filosofía moral, han probado la sujecion y esclavitud á los deleites carnales.

En el lib. V, como Juliano le echaba en cara el concitar contra el pelagianismo la opinion popular, y tener por auxiliar la muchedumbre, San Agustin hace observar que eso mismo condenó á los pelagianos, y que la doctrina del pecado original se halla tan universalmente establecida, que el pueblo mismo la conoce. San Agustin, pronunciándose de nuevo contra el pensamiento de un combate singular, dice que es simplemente uno de los que trabajan en refutar novedades profanas. «Antes que yo naciera, añade, y antes que la fe me hubiese hecho conocer á Dios, muchas y muy grandes luces católicas habian prevenido y disipado vuestras futuras tinieblas.»

En el lib. VI San Agustin contesta á Juliano, que pretendia probar que el Obispo de Hipona habia cambiado de parecer sobre la doctrina del pecado original, diciéndole que despues de su conversion su creencia sobre este punto fue siempre la misma, y le remite á sus obras de fecha anterior á su elevacion al sacerdocio. Al fin de este libro, San Agustin piensa haber contestado á todo, y cree que si el Obispo pelagiano no es obstinado, conocerá por fin la verdad.

11. *La obra imperfecta contra el pelagiano Juliano.* San Agustin la escribió al fin de su vida, y se compone de seis libros. El Santo Doctor trabajaba todavía en Hipona cuando esta ciudad se hallaba asediada por los bárbaros. En medio de los terribles dramas que se representan en la escena de un sitio, continuaba en refutar los ocho libros de Juliano, escritos en contestacion al segundo libro *Del matrimonio y de la concupiscencia*, como los cuatro anteriores habian sido contra el primero. En la obra de Juliano se derramaban las injurias con notable profusion, tanto como las divagaciones y los errores abundaban en ella. San Agustin dudaba si rechazaria ó no las aberraciones de Juliano; pero estimulado por los amigos de la fe católica, se decidió á refutarlas. En estos libros el Obispo de Hipona sigue á Juliano página por página; le deja hablar, y luego le responde. Es como una conversacion entre San Agustin y Juliano. El Santo Doctor no suprime los ultrajes de que es objeto: los ultrajes no podian subir tan altos, ni alcanzar á su gloria. Juliano, en sus ocho libros, no hacia otra cosa que repetir lo que ya habia dicho: no producia ninguna idea, ninguna objecion nueva; eran los lugares comunes del pelagianismo, refundidos en grandes discursos. San Agustin no podia oponer á los mismos ataques sino los mismos medios de defensa: nada nuevo puede responderse á un hombre que no hace sino repetir lo mismo que ha dicho, aunque con más hiel y cólera. Parece, sin embargo, que el Santo Doctor hace palpar la verdad católica con una evidencia particular. A fuerza de haber agitado estas cuestiones, el grande Obispo consigue inundarlas de luz con una palabra, con una observacion, con un pensamiento; es breve y preciso, como un hombre que contempla la verdad cara á cara; no parecia sino que, á medida que iba acercándose la muerte, se descubrian plenamente los misterios de su inteligencia.

Juliano designaba á los católicos con el nombre de *traduceos* y con el nombre de *maniqueos;* no tenemos necesidad de esplicar que con la palabra *traduceo* se designaba al que creia en la trasmision del pecado original. El Obispo de Hipona decia á Juliano que él, Agustin y todos los católicos eran traduceos y maniqueos, como San Hilario, San Grego-

rio Nacianceno, San Basilio, San Ambrosio, San Cipriano y San Juan Crisóstomo. Hacia ademas observar que si habia algo que favoreciera al maniqueismo, era seguramente la negacion del pecado original; porque en este caso, es imposible esplicarse bajo un Dios bueno la vida humana, acompañada de tantos males, que no serian méritos. El Santo Doctor observa que es comun en los herejes establecer opiniones nuevas, valiéndose al efecto de pasajes oscuros de la Escritura, y que el carácter de los pelagianos es trabajar por oscurecer los testimonios más claros. Los pelagianos rechazaban la idea de una pena, cualquiera que fuera, impuesta en la otra vida á los niños muertos sin bautismo; mas si se niega el pecado original, ¿cómo armonizar la justicia de Dios con los padecimientos que rodean la cuna y sufre un niño antes de la edad que le hace capaz de distinguir el bien del mal? ¿Acaso las miserias de la infancia, pura de toda mancha, no acusarian la justicia del Criador? ¿Por ventura seria esto menos irritante que una pena en la vida futura pronunciada contra los niños no regenerados en la tierra? Los pelagianos habian imaginado para los niños muertos sin bautismo una venturosa eternidad, pero fuera del reino de Dios. Si no hay pecado original, ¿qué razones podrán alegarse para escluir á esos niños del reino divino? Juliano, desnaturalizando los sentimientos del Obispo de Hipona, decia que el Dios de Agustin era un alfarero, que formaba á todos los hombres para la condenacion; San Agustin esplica su doctrina, que no es otra que la doctrina de San Pablo sobre la predestinacion y la reprobacion, sobre los vasos de honor y los vasos de ignominia. Demostrando el Santo Doctor que la muerte es una pena de la decadencia primitiva, considera el horror que á ella tenemos como una prueba de que esta terrible estremidad no es una consecuencia de nuestra naturaleza.

San Agustin habia acabado el sesto libro cuando la enfermedad le obligó á interrumpir su obra, para no continuarla más; debiendo esta presentarse incompleta á la posteridad, para atestiguar que las últimas fuerzas de este grande hombre habian sido consagradas á la defensa de la verdad. Mas esta interrupcion de la lucha no influyó nada en el triunfo, pues que ya era completo. San Agustin habia dicho cuanto podia decirse sobre el pelagianismo; y la condescendencia, más que la necesidad, le determinó á este combate. Esta vuelta por el campo de batalla habia hecho ver al mundo que no quedaban ya más enemigos que vencer.

ARTÍCULO XII.

Obras contra los semi-pelagianos.

12. *El libro de la gracia y del libre albedrío.* Una carta de San Agustin, escrita al sacerdote Sixto, fue llevada por dos monges al convento de Adumeto, y su lectura, no solo escitó disputas entre los cenobitas, sino que tambien se acusaba á San Agustin de querer destruir el libre albedrío. Algunos religiosos obtuvieron permiso del abad Valentino para ir á Hipona á fin de instruirse en las cuestiones de la gracia. Durante el tiempo de su permanencia en esta ciudad, San Agustin compuso para Valentino y para la comunidad el libro de que nos ocupamos, el año 427. Esta obra impresionará vivamente á todo lector inteligente, como impresionó á los cenobitas á quienes San Agustin queria instruir. Es un encadenamiento de citas del Antiguo y Nuevo Testamento, que establece la libertad humana á la vez que la necesidad de la gracia. Los preceptos divinos, las exhortaciones directas al hombre, prueban hasta la evidencia que el hombre puede hacer ó no hacer, y que la decision pertenece siempre á su propia voluntad. Los testimonios de los Profetas, del Evangelio y de San Pablo nos hacen palpar la fuerza de nuestra voluntad para el bien, la divina asistencia, que trasforma los corazones de piedra en corazones de carne, que inspira saludables pensamientos, de donde nacen libremente las buenas obras, y que prepara nuestra voluntad al cumplimiento de la ley. Segun el Obispo de Hipona, la doble cualidad de Jesucristo de Salvador y Juez prueba la gracia y el libre albedrío; si no hubiese gracia, ¿cómo hubiera podido Jesucristo salvar á los hombres? Si no hubiese libre albedrío, ¿cómo podria juzgarnos? Este libro de San Agustin es una demostracion de la gracia contra los pelagianos, y una demostracion del libre albedrío contra los que veian en la gracia un irresistible poder, ante el cual desaparecia la libertad humana.

Insistiendo San Agustin fuertemente sobre el libre albedrío, cuya conformidad con la gracia demuestra de una manera tan precisa, parece haber presentido los futuros esfuerzos de los enemigos de la fe católica, que se armarian con su nombre y con su autoridad para atacar una doctrina fundamental del cristianismo. Así que, despues de haber leido y releido atentamente el libro *De la gracia y del libre albedrío*, no comprendemos cómo Lutero, Calvino y Jansenio han podido cubrir con el nombre de San Agustin la diversidad

de sus errores sobre esta cuestion. El ilustre y Santo Obispo de Hipona tiene en su favor al género humano cuando enseña la libertad del hombre, y á la universalidad de las Escrituras cuando enseña la gracia: todas las voces de la tierra y del cielo concurren á establecer la doctrina que antes y despues de San Agustin ha sido y será la doctrina de la Iglesia católica.

13. *El libro de la correccion y de la gracia.* San Agustin lo escribió poco despues del anterior. Un monge de Adumeto, llamado Floro, encargado de llevar al Obispo de Hipona noticias de su monasterio, creyó deber presentar una objecion de uno de sus hermanos contra el libro *De la gracia y del libre albedrío.* «Si es cierto, decia este cenobita, que Dios obra en nosotros el querer y el perfecto querer, es preciso que nuestros superiores se limiten á instruirnos de nuestros deberes, y á pedir á Dios que nos ayude á llenarlos, en lugar de corregirnos cuando faltamos á ellos; no debe imputársenos falta ninguna cuando nos vemos privados de su auxilio, que solo Dios puede darnos.» Semejante consecuencia, contraria á la doctrina católica, hubiera sido fecunda en graves desórdenes: la rebelion, la inercia moral, y tambien la desesperacion religiosa, habria sido su resultado. El libro *De la correccion y de la gracia*, dirigido igualmente á Valentino y á sus monges, fue la contestacion de San Agustin. El Santo Doctor menciona la objecion del monge de Adumeto, para prevenir las nuevas objeciones que pudieran nacer, y nada queda por rebatir.

Queriendo el monge de Adumeto sustraerse á la correccion y la responsabilidad personal de las obras, bajo pretesto de que Dios es quien obra siempre en nosotros, olvidaba que la operacion divina no realiza el acto humano; no somete nuestra voluntad, sino solamente invita, inspira y fortalece al hombre. «Si os falta, decia San Agustin, la inspiracion de una buena voluntad, de una buena obra, pedidla á Dios, como hacia San Pablo para los fieles corintios (1). Si sois malos, vuestra es la culpa; pedid á Dios que os haga mejores. La correccion es un consejo, que puede escitar la vergüenza, el temor, el respeto, y estos diversos sentimientos son propios para determinar felices resoluciones. Convenís en que habeis recibido la fe, mas no la perseverancia: pedid á Dios esta perseverancia; con razon se os reprenderá si no la teneis, porque la habreis perdido por efecto de vuestra propia voluntad.» «Jesucristo, añade San Agustin, oró por que no pereciese la fe de Pedro. No pidió otra cosa sino que Pedro tuviese en la fe una voluntad muy libre, muy fuerte,

(1) Segunda carta á los de Corinto, cap. XIII, vers. 7.

muy invencible, muy perseverante.» Véase cómo la libertad de la voluntad humana es defendida segun la gracia de Dios, y no contra ella, «porque la voluntad humana, continúa el gran Doctor, no obtiene la gracia por la fe, sino más bien la libertad por la gracia; obtiene para perseverar una delectacion perfecta y una fuerza insuperable. ¿Por qué, se dirá, ocuparse en corregir ó instruir á los que pecan, puesto que no podrán perecer si están predestinados á la salvacion eterna?» San Agustin responde que el hombre en este mundo ignora la parte que le está reservada en la vida futura, y quiénes son aquellos cuyos nombres están inscritos en el libro de los predestinados; en esta profunda ignorancia en que nos hallamos sumidos, la correccion y la predicacion deben estenderse á todos.

Este breve análisis puede bastar para armarnos contra artificiosos raciocinios.

14. *Los dos libros de la predestinacion de los Santos y del don de la perseverancia.* San Próspero y el monge Hilario participaron al Obispo de Hipona que algunos sacerdotes de las Galias, y en particular los monges de Marsella, juzgaban su doctrina sobre la *vocacion de los Santos segun el decreto de Dios*, contraria al sentir de los Padres y de toda la Iglesia. Los libros que nos ocupan fueron la contestacion de San Agustin á Próspero y á Hilario.

En el lib. 1 el Doctor reune las pruebas más convincentes, sacadas de la Escritura, para establecer que la fe es un don de Dios, y no la obra de la voluntad humana. Refiere su error acerca de este punto, y cita su rectificacion sobre esta materia. Habla de una vocacion que se hace segun el decreto de la voluntad de Dios; vocacion que no es comun á todos los *llamados*, pero que es particular á los *predestinados*. El Apóstol dice *que ha recibido misericordia para ser fiel* (1). La fe es un don gratuito, que no se concede á todos los hombres. «Si se me pregunta, dice San Agustin, por qué salva Dios á unos con preferencia á otros, no puedo responder otra cosa sino *que sus juicios son impenetrables, y sus miras incomprensibles* (2).» Despues caracteriza la diferencia entre la predestinacion y la gracia: la una es la preparacion de la gracia en los consejos de Dios; la otra el don actual que de ella nos hace. El ejemplo más palpable de predestinacion es esa prodigiosa sublimidad á que fue elevada la naturaleza humana por la Encarnacion del Verbo Eterno. ¿Qué habia hecho la humanidad para merecer tal honor?

(1) Carta 1.ª á los de Corinto, cap. VII, vers. 25.
(2) Carta á los romanos, cap. XI, vers. 33.

El lib. II tiene por objeto principal demostrar que la perseverancia es un don de Dios. Ningun hombre, mientras vive, está cierto de haber recibido este don: para esto es preciso que haya perseverado hasta el fin. El don de perseverancia es como el complemento de la predestinacion. *Se debe trabajar en la salvacion con temor y con temblor*, segun la palabra del Apóstol (1), pues nadie puede saber lo que le espera más allá de la vida, sin especial revelacion. La Escritura nos enseña, en rasgos evidentes, de un lado los dones de la predestinacion y de la perseverancia; de otro, nos presenta en cada página exhortaciones, correcciones y amonestaciones. Esta vocacion eterna no hace, pues, inútiles el ministerio de la predicacion y de la práctica de las virtudes. Al tratar San Agustin de la perseverancia, no podia olvidar *que las lágrimas fieles y perseverantes de su madre le habian impedido perecer*. El Obispo de Hipona no pretende que se sigan sus opiniones en todo, sino solamente en los puntos donde se vea que no se ha equivocado. Al terminar este libro, se ocupa San Agustin en hacer comprender que despues de toda esta predestinacion, que tanto pavor infunde, y de la que se quisiera dudar, no hay nada que preocupe tanto como la presciencia de Dios, aceptada por todo el mundo. La doctrina de la predestinacion no enseña la desesperacion, sino la confianza en Dios. El hombre, tan miserable en su orgullo, ¿es acaso un apoyo más seguro de sí mismo que el Padre celestial?

Estos dos libros son como el trigo puro de la doctrina católica, y se leen con particular respeto y una especie de religiosa emocion, por ser los últimos que compuso San Agustin. En ellos se contiene la fe de la Iglesia, con toda la perfeccion que la palabra humana puede darle. Los Concilios los han considerado como los oráculos más completos de la verdad cristiana sobre estas materias.

ARTÍCULO XIII.

Escritos contra los arrianos.

1.° *El libro contra el discurso de los arrianos.* San Agustin lo escribió el año 418, con motivo de un escrito arriano que circuló por Hipona. El autor de ese discurso pretende que Jesucristo habia sido criado antes de los siglos por la voluntad de Dios, para que despues cumpliese el pre-

(1) Carta á los filipenses, cap. II, vers. 12.

cepto de su Padre, y que por el mérito de su obediencia había sido elevado á la dignidad divina; deduciendo de aquí que estaba sujeto al Padre, y que era menor que El. Decia ademas que el Espíritu Santo habia sido hecho por el Hijo, de manera que el Hijo era de distinta naturaleza que el Padre, y el Espíritu Santo del Hijo. San Agustin prueba contra estos errores que Jesucristo es juntamente con el Padre verdadero Dios, co-eterno al Padre y de la misma naturaleza que El. Demuestra, como consecuencia de esto, que la operacion del Padre y del Hijo en la creacion fue comun, y que del misterio de la Encarnacion no se puede deducir la diversidad de naturaleza con el Padre. Despues hace ver que el Espíritu Santo no es inferior ni al Padre ni al Hijo, y que, segun las Escrituras, la operacion de las divinas Personas era la misma, y concluye demostrando la igualdad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

2.° *La conferencia de San Agustin con el Obispo arriano Maximino.* La cuestion del arrianismo se presentó en el año 428 en Africa, de una manera más seria que hasta entonces, en la persona de Maximino, Obispo de esta secta, recien llegado á Hipona con los godos. Una conferencia con este hereje, comenzada por el sacerdote Heraclio, y continuada con San Agustin, dió lugar á importantes debates. Preguntado Maximino sobre su creencia respecto al misterio de la Trinidad, confesó un solo Dios Padre, que no ha recibido la vida de nadie; un solo Hijo, que ha recibido del Padre su ser y su vida; un solo Espíritu Santo Consolador, que ilumina y santifica las almas. Precisado á esplicarse sobre el Hijo y el Espíritu Santo, despues de muchas divagaciones, dijo que el Espíritu Santo está sometido al Verbo. San Agustin le demostró la inexactitud de estas proposiciones, y añadió algunas palabras sobre la distincion de las tres divinas Personas en una sola esencia. Pareció á Maximino que el Santo Doctor no habia establecido suficientemente la igualdad de las tres Personas. San Agustin respondió que el número tres no precisaba á los católicos á admitir tres dioses; que cada una de las tres Personas era Dios; pero que la Trinidad era un Dios único. Maximino quiere probar la inferioridad del Hijo por todos los pasajes de la Escritura que hablan del Verbo divino como hombre. San Agustin le demuestra que Jesucristo, en su naturaleza divina, es igual al Padre, igualmente Dios, y que la inferioridad del Verbo comenzó el dia que tomó la forma de un esclavo; y concluye invitando á su adversario á creer para ver: *crede et videbis*. San Agustin prometió empezar de nuevo la discusion por escrito, y lo cumplió en el libro siguiente.

3.° *Los dos libros contra el arriano Maximino.* En el li-

bro I hace ver San Agustin que nada de lo que sentaba habia sido refutado por Maximino.

En el lib. II destruye una á una todas las aserciones del Obispo hereje, y sus últimas páginas son una paternal invitacion á la fe católica.

ARTÍCULO XIV.

Obras exegéticas de San Agustin.—Sus cuatro libros sobre la doctrina cristiana.

San Agustin escribió muchas obras exegéticas, ora fijando reglas hermenéuticas, ora interpretando uno ó más libros de la Escritura, ora esponiendo en sus sermones el sentido místico de los libros sagrados para uso del pueblo. Todas las dividiremos en dos clases: 1.ª, esposiciones del Antiguo Testamento; y 2.ª, esposiciones del Nuevo; pero antes de tratar de cada una de estas, pondremos á continuacion, por considerarla como una introduccion á la Sagrada Escritura, la siguiente:

Los cuatro libros de la doctrina cristiana. San Agustin habia principiado esta obra hacia algun tiempo; pero no recibió su complemento hasta el año 427, y se compone de cuatro libros. El mismo San Agustin dice en sus *Retractaciones* (1) que los tres primeros libros sirven para la inteligencia de las Escrituras, y el cuarto enseña á manifestar claramente las verdades divinas que hayan llegado á comprenderse. En el prólogo manifiesta San Agustin deseos de que todos se aprovechen de sus instrucciones, y añade que todo consejo de verdad que provenga de la inteligencia, debe atribuirse á Dios solo, que es la Verdad inmutable.

En el lib. I establece el gran Doctor reglas que ayudan á la inteligencia de los libros santos: no pretende que pueda llegarse á la comprension de todo cuanto la Escritura encierra, y ni él mismo aspira á conseguirlo. La distincion que San Agustin establece entre las cosas de que podemos disfrutar y aquellas de que solo debemos usar, da lugar al desenvolvimiento de ideas morales, reproducidas más de una vez en sus obras, «pues se trata, dice, de aspirar al bien imperecedero en esta vida mortal, en donde viajamos lejos de Dios, y de usar de este mundo como de un medio para elevarnos á las grandezas invisibles del Criador.» Con estas disposiciones se abren útilmente los libros divinos. Despues de haber tratado de las cosas en su primer libro, el Obispo de Hipona trata de los signos en el segundo. La palabra es el

(1) Lib. II, cap. IV.

primero de los signos; la invencion de las letras le ha dado fijeza y duracion. Los libros santos, escritos en un principio en un solo idioma, el hebreo, han dado la vuelta al universo con el auxilio de las versiones en diferentes lenguas. El catálogo que San Agustin nos da aquí de los libros canónicos es enteramente conforme al que la Iglesia nos presenta en la actualidad. El Santo Doctor recomienda eficazmente el estudio del hebreo y del griego, para podernos remontar á las fuentes y comparar las diversas interpretaciones. Quiere que se prefiera la Itala, ó la antigua Vulgata, á las demas versiones latinas; entre las versiones griegas, la de los Setenta le parece merecer una superior é incontestable autoridad: considera como de una alta utilidad el estudio de los cielos, de las plantas, de las piedras preciosas, de los animales, porque las comparaciones son una de las formas más frecuentes del estilo de los escritores sagrados. San Agustin no olvida el estudio de la geografía bíblica, de la música y de los antiguos instrumentos de Oriente, de las diferentes artes, y sobre todo de los conocimientos históricos. Si los libros de los filósofos nos presentan verdades conformes á nuestras verdades religiosas, no debemos rechazarlas, sino arrebatárselas como á usurpadores, y hacerlas pasar á nuestro dominio. Estas verdades se hallan estendidas por todas partes, como los metales en el seno de la tierra, de los que podemos apoderarnos donde quiera que los encontremos.

En el lib. III se contienen reglas muy útiles para apreciar la moral de los libros santos.

En el lib. IV manifiesta cómo deben enseñarse las verdades divinas. «Cuando alguno habla con elocuencia, añade, se cree más fácilmente que habla con verdad. El que no es rico de su propio caudal, debe tomar las palabras de los que son grandes; y cuando el hombre no puede agradar por sus discursos, debe agradar por sus razones.» El Obispo de Hipona insiste sobre la vida del orador cristiano como sobre la indispensable condicion, sin la cual su palabra es vana; es preciso que el orador evangélico sea él mismo su más grande autoridad. Nada de lo que anuncia le pertenece, si habla bien y vive mal. Esta obra es una de las mejores de San Agustin, y seria digna de servir de manual al sacerdote.

ARTÍCULO XV.

Escritos exegéticos sobre el Antiguo Testamento.

Ademas de los dos libros sobre el *Genesis* contra los maniqueos, el libro incompleto sobre el *Genesis*, y la parte que

trata de este mismo libro en sus *Confesiones*, tiene los siguientes:

1.° *Los doce libros sobre el sentido literal del Genesis*. San Agustin los principió en 401, pero no los publicó hasta el año 415. Como la materia estaba sembrada de dificultades, San Agustin aprovechaba todos los momentos que tenia vacantes para corregir su obra. Su objeto fue hacer ver en ella que la letra misma del *Genesis* no ofrece nada que no pueda ser cierto. Los doce libros contienen únicamente la esplicacion de los tres primeros capítulos del *Genesis*: cada palabra de aquella maravillosa historia de la creacion da lugar á estensos discursos. El penetrante comentador se fija principalmente en el vers. 23, cap. III, que nos manifiesta al primer hombre lanzado del Paraiso. El genio de San Agustin brilla en todo su esplendor en la esposicion de la creacion, y los pasajes en donde manifiesta á la Trinidad eterna creando el universo y al hombre, inspiraron á Bossuet las primeras páginas del discurso sobre la historia universal. San Agustin, en la justificacion de la narracion de Moisés, descubre puntos cuya exactitud ha reconocido la ciencia moderna. El gran Doctor establece que la operacion de Dios es quien da á cada criatura su movimiento, y le conserva su existencia. «No sucede, dice, con el mundo lo mismo que con un edificio, que subsiste aun cuando la mano del arquitecto no llegue á él; si Dios cesara de gobernar el mundo, este cesaria de existir.» San Agustin opina que los dias de la creacion no fueron dias como los nuestros; cree que Dios crió todo á la vez, y señala la creacion de los ángeles en el primer dia, que fue el dia de la creacion de la luz. Su opinion sobre el Paraiso terrenal es que realmente existió; pero no sigue ningun parecer acerca del lugar en que pudo estar situado. Despues trata del orígen del alma, y parece inclinarse hácia la opinion que supone que un alma nace de otra alma. Por último, se pregunta por qué Dios permitió la tentacion de Adan, y responde que el hombre hubiera sido menos digno de alabanza si su fidelidad no hubiera sido puesta á prueba.

2.° *Los siete libros de las locuciones*. San Agustin los escribió el año 419. Estos siete libros son una especie de estudio literario del *Pentateuco*, de Josué, y de los Jueces. San Agustin hace ver lo que caracteriza el estilo de los escritores sagrados, lo que pertenece al genio de la lengua hebrea y de la lengua griega; advierte que no se busque un sentido misterioso en lo que es un simple giro original. San Agustin puede ser considerado como uno de los primeros que señalaron las admirables bellezas del estilo bíblico.

3.° *Los siete libros de las cuestiones*. San Agustin los es-

cribió el año 419, y son una comparacion de las diferentes versiones de los *Setenta*, de las versiones de Aquilas y de Teodocion, y de la version latina de San Gerónimo; presenta como notas rápidas, pero sustanciales y luminosas sobre las dificultades que el Doctor resuelve á medida que las propone. Este exámen del *Pentateuco*, que comienza donde acaban los doce libros sobre el *Genesis*, está hecho sin ninguna preocupacion por la fama, y con la única mira de encontrar la verdad.

4.° *Un libro de anotaciones sobre Job.* San Agustin habia puesto el año 400 algunas observaciones al márgen del libro de Job, y despues las reunieron en un libro, aunque con poco cuidado.

5.° *La esplicacion sobre los salmos.* San Agustin, segun los tiempos, las circunstancias y la inspiracion, comentaba en presencia de los fieles tal ó cuál salmo, y más deseoso de instruir que de brillar, sacaba de cada palabra de David útiles y abundantes lecciones. San Agustin se remonta algunas veces á una fuerte elocuencia. Parecia hablar para nuestra época cuando hacia oir estas palabras: «Ahora ven á la Iglesia, y dicen: «Va á morir, y muy pronto desapa»recerá su nombre; no habrá cristianos, pasó ya su época.» Pues bien: en tanto que esos hombres se espresan de esa manera, yo los veo morir todos los dias, y la Iglesia subsiste siempre, anunciando el poder de Dios á todas las generaciones que se suceden.» En otra parte comenta esta palabra del Profeta sobre los impíos: *Sus jefes, sus jueces, son absorbidos por la piedra.* «La piedra, añade San Agustin, es el mismo Jesucristo. Aristóteles era un gran maestro; pero aproximadlo á esta piedra, y quedará absorbido. En otro tiempo se decia de él: *El maestro ha hablado*; y hoy se dice: «El Cristo ha hablado:» y Aristóteles tiembla en el fondo de su tumba. Pitágoras y Platon eran tambien grandes filósofos: hacedlos avanzar, aproximadlos á esa *piedra*, comparad su autoridad á la del Evangelio, comparad esos hombres sabios á un pobre Crucificado, y decidles: «Vosotros habeis »escrito vuestras máximas en los corazones orgullosos, y el »Cristo plantó su cruz en la frente de los Reyes; despues »murió y resucitó, mas vosotros habeis muerto tambien, y »no quiero averiguar de qué manera resucitareis.» Fueron, pues, absorbidos por esa piedra, y su ciencia solo es de algun valor si no se la compara con el Evangelio.» El Obispo de Hipona nos dice, en su comentario del salmo CXLVIII, que las criaturas sin inteligencia alaban á Dios, porque son buenas, y porque permaneciendo en el órden establecido, contribuyen á la belleza y armonía del universo; añade admirablemente que Dios es glorificado, sobre todo por esa clase de

criaturas, cuando los seres inteligentes las contemplan. Algunas inexactitudes en el sentido literal son por cierto de muy poca importancia al lado de esos tesoros de pensamientos y preceptos de moral, derramados á manos llenas. La oscuridad de las Escrituras, en lugar de oponerse á la marcha de San Agustin, le sirve en cierto modo para multiplicar las riquezas de sus saludables lecciones.

ARTÍCULO XVI.

Escritos exegéticos sobre el Nuevo Testamento.

1.° *Los cuatro libros de la conformidad de los Evangelistas.* San Agustin los escribió en el año 400. En el primero establece sólidamente la autoridad de los Evangelistas, que son en número de cuatro, como para corresponder á las cuatro partes del universo. «Hay, dice, en el alma dos fuerzas: la una activa, la otra contemplativa; la una que va, la otra que ha llegado; la una que se esfuerza en purificar el corazon para hacerlo digno de ver á Dios, la otra que ve á Dios; la una que trabaja, la otra que descansa. Estas dos fuerzas ó virtudes están figuradas por las dos esposas de Jacob. Lia es laboriosa, Raquel contempla el principio de las cosas.» «Tres Evangelistas, añade, se ocupan de las palabras y acciones del Salvador durante su permanencia en la tierra; el cuarto prescinde de los hechos y discursos de Jesucristo, para tratar cuidadosamente de la unidad de la Trinidad, de la felicidad de la vida eterna, y de la contemplacion de las cosas sublimes.» Los paganos preguntaban por qué razon no escribió nada el mismo Jesucristo, y por qué dejó á otros el cuidado de manifestar lo que es preciso creer. San Agustin responde que supuesto hubieran creido, como dicen, lo que el mismo Salvador escribiera, consideren cuántos filósofos hay que encargaron á sus discípulos poner sus doctrinas por escrito. Pitágoras y Sócrates no han dejado una línea siquiera; luego ¿por qué razon los paganos, que admiten á Pitágoras y á Sócrates, rechazan á Jesucristo porque no escribió nada? San Agustin concluye este libro probando la divinidad del Salvador. En los tres restantes manifiesta, por la comparacion de los testos, la constante armonía que reina en los Evangelistas.

2.° *Los dos libros de las cuestiones de los Evangelios.* San Agustin los compuso el año 400, reuniendo en ellos las esplicaciones que en diferentes ocasiones habia dado. El primero contiene las esposiciones místicas y morales del

Evangelio de San Mateo, y el segundo las de San Lúcas; y los dos están llenos de luz y de soluciones fáciles.

3.° *Los dos libros del sermon del Señor en el monte, segun San Mateo.* San Agustin los escribió el año 393. En ellos esplica con mucho ingenio y cuidado todo ese sermon, y respondiendo San Agustin á los que se estrañaban por qué de todo el Evangelio solo habia espuesto esa pequeña parte, les decia que en él se contenia un compendio de la vida cristiana.

4.° *Los ciento veinticuatro tratados sobre el Evangelio de San Juan, y los diez tratados sobre la primera carta del mismo Apóstol.* Estas son otras tantas homilías, pronunciadas por San Agustin durante el año 416. El Obispo de Hipona revisaba las esplicaciones que improvisaba ante los fieles, y luego les daba la forma que ahora tienen. Los preceptos de moral acompañan siempre á estas homilías, á la esposicion de la fe, y al esclarecimiento de los misterios; los deberes de los hombres no están separados en ellas de la esplicacion del dogma; y como San Agustin no perdia nunca de vista las cuestiones contemporáneas que agitaban á la Iglesia, los comentarios sobre San Juan contienen vigorosas contestaciones á los arrianos, á los maniqueos, á los donatistas y á los pelagianos. Estas brillantes esplicaciones de San Agustin han surcado de luz el campo de la fe, y servido de regla y de autoridad á más de un grande hombre católico.

5.° *La esposicion sobre algunos pasajes de la carta á los romanos.* San Agustin, estando en Cartago en el año 393, y con ocasion de leerse esa carta á los fieles, resolvió algunas cuestiones difíciles, de donde tuvo orígen este libro, en el cual no se encuentran tratadas con bastante claridad las materias de la gracia, dando lugar á que los pelagianos lo citen en apoyo de sus errores.

6.° *La esposicion incoada sobre la carta á los romanos.* San Agustin la escribió por el mismo tiempo, pero no pasa del primer capítulo; solo por incidencia se ocupa del pecado contra el Espíritu Santo.

7.° *La esposicion sobre la carta á los gálatas.* San Agustin la escribió en el mismo tiempo que la anterior, y espuso toda la carta en el sentido literal.

De todo lo que dejamos dicho se deduce que solo los doce libros sobre el *Genesis*, y la esposicion incoada de la carta á los romanos y á los gálatas, merecen el nombre de esposiciones.

Para uso de los predicadores son muy útiles las esplicaciones sobre los salmos, los libros sobre el sermon del Señor, y los tratados sobre el Evangelista San Juan. Los

demas escritos exegéticos no son otra cosa que auxiliares de la interpretacion. San Agustin hacia uso de la version Itala, en union con la Griega, y alguna vez de la de San Gerónimo; y á pesar de no saber el hebreo, sus esposiciones son muy notables.

ARTÍCULO XVII.

Libros de varias cuestiones.

Como apéndice á los libros dogmáticos y exegéticos de San Agustin merecen colocarse los libros que podemos llamar de miscelánea, porque tratan de un inmenso número de cuestiones, á cuya clase pertenecen los siguientes:

1.° *El libro de las ochenta y tres cuestiones.* Despues de la conversion de San Agustin, cada vez que sus amigos le veian desocupado, le proponian cuestiones de filosofía ó de moral, á las que el maestro respondió. Estas cuestiones y estas respuestas, que habian sido conservadas, las hizo reunir San Agustin luego que fue Obispo. El Santo Doctor se esplicó más de una vez sobre la gran cuestion de la naturaleza de las ideas; sus lecciones abrieron á la filosofía moderna un camino por el que han entrado los mejores genios.

2.° *Los dos libros de diversas cuestiones á Simpliciano.* San Agustin los compuso en obsequio de Simpliciano, sucesor de San Ambrosio en la Silla de Milan. Simpliciano escribió á San Agustin proponiéndole algunas cuestiones sacadas de la Escritura, rogándole que tratase de ellas, y este fue el motivo de estos dos libros, en los que se hallan resueltos con gran luz y profundos conocimientos los más elevados problemas teológicos. Esta obra fue la primera que compuso San Agustin despues de su elevacion á la dignidad episcopal. En el libro I resuelve la cuestion de la vocacion segun el decreto de la voluntad divina; y en el II da solucion á varias cuestiones del libro I de los Reyes, ocupándose en particular de la Pitonisa de Endor.

3.° *El libro de las ocho cuestiones á Dulcicio.* San Agustin lo escribió probablemente del año 422 al 425, con motivo de las siguientes cuestiones propuestas por Dulcicio: 1.ª Los pecadores que han sido bautizados, ¿saldrán alguna vez del infierno? 2.ª Las ofrendas, ¿aprovechan á los muertos? 3.ª Los hombres que vivan al fin del mundo, ¿morirán antes del juicio final? Y 4.ª ¿En qué sentido se dice que David fue cortado á medida del corazon de Dios? San Agustin contesta á todas ellas.

ARTÍCULO XVIII.

Obras morales de San Agustin.

San Agustin, en esta clase de escritos, unas veces reune los puntos de moral contenidos en la Sagrada Escritura, otras recomienda alguna de las virtudes, y no pocas da reglas para todos los estados. A este número pertenecen las siguientes:

1.ª *El Espejo, ó sea una coleccion de reglas morales tomadas de la Sagrada Escritura para uso de los cristianos*, escrita el año 428. En esta obra sigue el Santo Doctor el órden de los libros sagrados, y saca de ellos los puntos morales que contienen. Para este trabajo se valió de la version de San Gerónimo.

2.ª *El libro de la mentira.* San Agustin lo escribió el año 394, y es un libro oscuro, cuya inteligencia es difícil. En él trata de la mentira, y de si es lícito mentir en algun caso; y despues de presentar razones y ejemplos por una y otra parte, concluye diciendo que nunca es lícito mentir.

3.ª *El libro contra la mentira.* San Agustin lo escribió el año 420. La ocasion que dió lugar á esta obra fue el error del español Consencio, el cual creia que para descubrir mejor la doctrina de los priscilianistas era permitido á un católico disfrazar sus propios sentimientos.

San Agustin se pronuncia enérgicamente contra esta escuela, que cree poder autorizar en ciertos casos la mentira, que permite el menoscabo de la verdad, bajo pretesto de un fin útil y saludable, que introduce la simulacion en el fondo de la conciencia, con la mira de hacer un bien ó establecer una verdad. Jamás debe permitirse el más pequeño mal, aun cuando deba resultar de él un inmenso bien. San Agustin observa ademas que todas las acciones de los Santos personajes del Antiguo Testamento no deben ser para nosotros reglas de moral, y que los ejemplos de simulacion que se hallan en la Escritura son más bien misterios que mentiras.

4.ª *El libro de la paciencia.* San Agustin lo escribió hácia el año 418. En él distingue la verdadera paciencia de los justos, de la falsa de los impíos; exhorta á practicar aquella, y prueba ademas que es un bien de Dios.

5.ª *El libro de la continencia.* San Agustin lo escribió el año 395 para probar en qué consiste esta virtud, y exhorta á practicarla, y concluye manifestando la necesidad

que hay de luchar con la concupiscencia, y que no se puede vencer sin la gracia de Dios.

6.ª *El libro del bien conyugal.* San Agustin lo escribió contra el hereje Joviniano el año 400. En esta obra San Agustin ve todo lo que hay de social, de religioso y de providencial en la union legítima del hombre con la mujer, y al mismo tiempo traza á los esposos sus deberes. Manifiesta ademas que la continencia es más escelente que el matrimonio, y que los Santos del Antiguo Testamento se casaban para propagar el pueblo de Dios, pero que despues de la ley de gracia solo debian contraer matrimonio los que no pueden ser continentes.

7.ª *El libro de la santa virginidad.* San Agustin lo escribió á continuacion del anterior y contra el mismo hereje, que hacia la guerra á la moral para justificar los desórdenes de su vida. En esta obra demuestra la alta dignidad de las vírgenes, cuyo modelo es María, y les prescribe particularmente la virtud de la humildad. Para hacerse dignas de seguir á todas partes al Cordero en las celestiales moradas, es preciso que caminen aquí bajo sobre las huellas del que decia: «Las raposas tienen sus guaridas, los pájaros del cielo tienen su nido; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza.»

8.ª *El libro del bien de la viudedad, ó sea la carta á la viuda Juliana*, escrito el año 414. En esta obra, concediendo San Agustin, con el Apóstol, más honor á la viudedad que á las segundas nupcias, llama á los esposos miembros de Cristo, y reconoce la casta pureza del lazo conyugal. El vigilante Obispo previene ademas á Juliana en contra de aquellos que comenzaban á exaltar el poder de la libertad humana en detrimento de la gracia.

9.ª *Del trabajo de los monges.* Cuando las comunidades religiosas comenzaron á establecerse en Cartago, los unos vivian del trabajo, los otros no quisieron más que vivir de las ofrendas de los fieles, pensando cumplir así los preceptos evangélicos. Con este motivo estallaron grandes disputas entre los clérigos, y el Obispo Aurelio instó vivamente á San Agustin á que pusiera fin á estas querellas por la intervencion de su poderosa palabra. El Santo Doctor contestó con este libro, en donde manifiesta el trabajo como ley de todos, y tambien como ley de los monasterios; cita el ejemplo de San Pablo, que sacaba de su industria su pan de cada dia. En cuanto á las palabras del Evangelio sobre los pájaros y los lirios, ellas nos hacen pensar en la Providencia, nos invitan á no preocuparnos en las necesidades de aquí abajo, pero no nos dispensan de la ley del trabajo; los perezosos de la tierra no tienen derecho de interpretar en su

provecho el Evangelio, que nos ordena no buscar el descanso en tanto dure el viaje. Los cenobitas enemigos del trabajo manual llevaban largas cabelleras, imitando tambien en esto á los pájaros, que no se despojan de su plumaje. San Agustin les dice, con su acostumbrada claridad, «si temian que una santidad esquilada obtuviese menos respeto que una santidad cabelluda.» San Agustin quiere, pues, que los monges lleven la cabeza tonsurada y cubierta de un cilicio, y que empleen ademas una parte del tiempo en las labores manuales.

10. *El libro sobre la manera de catequizar á los ignorantes.* San Agustin lo escribió el año 400, á ruegos de un diácono de Cartago. San Agustin manifiesta el método y el fin que se ha de proponer el que instruye á los catecúmenos, y da la regla para que se desempeñe sin tedio esta obligacion. Este libro es uno de los escritos en que se revela con más energía y estension el amor de San Agustin á la pobre humanidad. La inspiracion evangélica es la que hay en él de más interesante. Nuestro siglo, que se precia de su amor á la humanidad, no puede permanecer frio é impasible ante esta admirable manera de rebajarse hasta las últimas miserias de la ignorancia.

ARTÍCULO XIX.

Sermones y cartas de San Agustin, y libros dudosos, perdidos y apócrifos.

Los sermones de San Agustin no son de mucha estension: lo que se esplica por la costumbre de los fieles á escucharlos de pie. Todavía se conservan cerca de 400, y se pueden dividir en cuatro clases: la primera trata sobre la Sagrada Escritura; la segunda sobre las principales fiestas del año; la tercera sobre las fiestas de los Santos, y la cuarta sobre diversos asuntos.

1.ª *Sermones sobre la Escritura.* San Agustin espone en ellos muchos pasajes de la Sagrada Escritura, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento; unas veces esplica el dogma y recomienda la moral, y otras refuta á los herejes de su tiempo.

2.ª *Sermones sobre las principales fiestas del año.* En estos esplica San Agustin los misterios que significan y las enseñanzas que encierran; así que, predicando del nacimiento del Señor y de la Epifanía, manifiesta los bienes que han venido al mundo por Jesucristo, y la vocacion de los gentiles. En la Cuaresma espone, en obsequio de los que han de ser bautizados, el Símbolo y la oracion dominical. En la

Pascua y en la Dominica *in albis* habla de la resurreccion del Señor, y exhorta á los neófitos á la perseverancia. En fin, en Pentecostés les hace ver que la Iglesia, tan pequeña cuando vino el Espíritu Santo, está ahora estendida por todas partes.

3.ª *Sermones sobre las fiestas de los Santos.* San Agustin predicó de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, de San Juan Bautista, de San Estéban protomártir, de San Cipriano, y otros muchos. En todos ellos celebra el valor y los méritos de los Santos, implora su intercesion, y propone sus virtudes á la imitacion de los fieles.

4.ª *Sermones de diversos asuntos.* Estos sermones, unos se dirigen á la reforma de las costumbres, otros se ocupan del dogma; ora tienen por objeto la disciplina del clero, ora la reconciliacion de los donatistas, ora, en fin, la futilidad de las cosas de este mundo, á cuyo propósito dice: «Cada uno repite que los dias en este mundo son muy tristes, y ninguno quiere ver su fin. Y, sin embargo, vivir largo tiempo no es otra cosa que sufrir largo tiempo. Cuando los niños crecen en edad, se dice que sus dias se hacen más numerosos. ¡Falso cálculo! Sus dias disminuyen; los dias del hombre pasan y no vuelven. Tenemos un pesar en que el vino disminuye en la vasija; pasan los dias, y sin embargo gozamos: diríase que cuanto peores son los dias, más los amamos.»

CARTAS.

Se conservan doscientas diez y ocho cartas de San Agustin, en las cuales nos da á conocer su ingenio y su caridad, y se pueden dividir en dogmáticas, morales, consolatorias y familiares.

1.ª *Cartas dogmáticas.* Estas, unas tratan de la naturaleza de Dios y del misterio de la Trinidad, otras de la Encarnacion del Verbo y de la venida del Espíritu Santo; ora prueban la divinidad de la Religion cristiana y los bienes que causa á la sociedad, ora se ocupan del orígen del alma y de las apariciones de los muertos, ora refutan á los herejes, ora, en fin, manifiestan el pensamiento de San Agustin acerca del fin del mundo, que decia que era en vano que el hombre se esforzase por conocer la época precisiva de este grande y terrible acontecimiento; porque ¿cómo podrá esperar saber lo que Jesucristo ocultó á sus mismos Apóstoles? Y ¿cómo creer que los Profetas hayan anunciado el fin del mundo, siendo así que ni aun los Apóstoles llegaron á comprenderlo? La señal evangélica más notable es la propagacion de la divina palabra en todo el universo; por lo cual

dice San Agustin que ellos están muy distantes de llegar á este punto, pues en la misma Africa hay poblaciones que todavía no han oido hablar de Jesucristo. Las palabras del Evangelista San Juan, cuando decia: «Hijos mios, hénos aquí en la última hora;» y las de San Agustin con Bossuet, que llaman algunas veces al cristianismo la última edad del mundo, manifestaban que se habia entrado en los últimos tiempos; pero no quisieron limitar los destinos del género humano á un pequeño número de siglos, porque escrito está que mil años no son para Dios más que como un dia; y en comparacion de la eternidad, la ruina del mundo se presentará á nosotros como muy próxima. En la época de San Agustin, hacia cerca de cuatro siglos que el discípulo predilecto habia hablado de la *última hora*. Catorce siglos han pasado desde que San Agustin habló de los *últimos tiempos*, y la humanidad marcha todavía, y nuevas comarcas se ofrecen á nuestros valerosos misioneros; la Cruz sigue su marcha progresiva por el globo, y encuentra siempre naciones que todavía no ha bendecido. Sí: la edad cristiana á que nosotros hemos llegado es la última edad del mundo, y la que debe conducir al género humano al grado más alto de perfeccion que le sea posible alcanzar; pero ¡cuántas revoluciones tendrán lugar antes que llegue á realizarse la unidad moral en el universo!

2.ª *Cartas morales*. En estas ya presenta San Agustin á Dios como fuente de toda virtud, y enseña cómo se debe orar y leer la Sagrada Escritura, para conocer la voluntad de Dios y preferirla á la nuestra, ya exhorta á la perfeccion, para lo cual se requiere *verdad* y *caridad*. La verdad consiste en no violar el juramento y en cumplir el voto hecho á Dios: la verdadera caridad ha de estar libre del temor servil; y añade que esta virtud se da á conocer en la correccion fraterna y en la limosna; ya enseña que la causa del pecado es la libre voluntad del hombre, ya se ocupa de los ritos y ceremonias de la Iglesia, ya da reglas para todos los estados de la vida, y recomienda muy particularmente la virginidad. Para comprender bien el valor que San Agustin y San Gerónimo daban á la virginidad, es preciso no olvidar que, independiente del sacrificio á Jesucristo, y de la imitacion de su corta vida, importa establecer fuertemente, como uno de los principales caractéres del cristianismo, el desprecio de los placeres, enfrente de la antigua sociedad, que habia vivido en el deleite y divinizando las groseras inclinaciones del hombre: el punto de partida del reino evangélico debia ser una brillante y prodigiosa abnegacion en el órden de las cosas de la tierra, un espiritualismo sobrehumano, que fue una gran protesta contra el sensualismo de las costum-

bres paganas. Otro motivo de aquel santo ardor por la virginidad era la idea de que estaba próxima la ruina del universo, y que la historia humana tocaba á su última página. Parecia que el fin del imperio romano seria el fin de los tiempos, y que á la caida de Roma debia suceder la caida del universo. Siempre que se produce en el mundo una de esas profundas revoluciones por las cuales se renuevan las sociedades, la imaginacion de los pueblos se turba en presencia de lo desconocido; y como no descubre ningun camino, cree que el grande ejército del género humano está muy cerca de llegar á su última etapa. En este estado de los ánimos, ¿á qué fin el matrimonio, y cómo pensar en dar la vida cuando cada cuál está persuadido de que va á morir? Un tercer motivo de aquella disposicion de las almas en la última mitad del siglo IV y primera mitad del V, eran las calamidades que pesaban entonces sobre las naciones. Una gran tristeza tenia sobrecogidas las inteligencias á vista de tantas ruinas; todos los corazones llevaban el duelo de las invasiones. La desolacion se habia apoderado con demasiada crueldad en el hogar doméstico para que se deseara vivamente la perpetuidad del hogar; las familias habian sufrido bastante tiempo para que el gusto de las familias permaneciese enérgicamente arraigado en el corazon del hombre. Véase la razon por qué en la época de que hablamos el celibato halagaba á tantos cristianos; véase por qué el Africa, la Italia y el Oriente veian elevarse monasterios por todas partes, y los más tristes y silenciosos desiertos se admiraban de la multitud de sus huéspedes.

3.ª *Cartas consolatorias.* Estas las escribió San Agustin, ya con ocasion del alboroto del pueblo por querer que se ordenase á un presbítero para la iglesia de Hipona, ya con motivo de los males que causaban los bárbaros, ya, en fin, para consolar á algunos que habian sufrido alguna desgracia.

4.ª *Cartas familiares*, en las cuales se deja ver su ternura y su piedad. Las que escribió á San Gerónimo revelan la superioridad del genio de San Agustin sobre la erudicion del solitario de Belen.

LIBROS PERDIDOS, DUDOSOS Y APÓCRIFOS.

Ademas del inmenso número de obras que todavía se conservan de San Agustin, tenemos que sentir la pérdida de algunas, entre las cuales están las siguientes (1):

---

(1) Ceillier, tomo XII, art. 1.º

1.ª *El libro contra Hilario*, en el cual defendia la costumbre de cantar en la iglesia los Salmos.

2.ª *El libro de las pruebas y de los testimonios contra los donatistas.*

Entre los libros dudosos están:

1.° El opúsculo sobre la naturaleza de la caridad y del amor.

2.° *El libro de la unidad de la Trinidad*, contra los maniqueos.

3.° El discurso á los catecúmenos contra los judíos, paganos y arrianos.

Las obras espurias son:

1.° Algunos sermones y cartas.

2.° Soliloquios y meditaciones.

3.° Los opúsculos sobre la disputa de la Iglesia y la Sinagoga, y contra cinco herejías.

4.° El libro contra Fulgencio, donatista.

5.° El libro de *La predestinacion y la gracia*, y el opúsculo de *La predestinacion de Dios.*

6.° Los libros *De los milagros de la Escritura; De las bendiciones del Patriarca Jacob; Las cuestiones del Antiguo Testamento; Diez y siete cuestiones del Evangelio de San Mateo*, y *La esposicion sobre el Apocalipsis.*

7.° *El diálogo de las cuestiones;* el libro *De las sentencias*, y otros muchos. De todos ellos y de otros muchos hace mencion la edicion de San Mauro, en el tomo XI.

ARTÍCULO XX.

Carácter, estilo y doctrina de San Agustin.

La universalidad es el carácter distintivo de todas las obras de San Agustin; la claridad, la penetracion, la fuerza, la energía, la persuasion, el de su elocuencia. Metafísico profundo, orador patético y popular, teólogo invencible, controversista infatigable, historiador original, San Agustin sondea todos los problemas, da reglas para todas las acciones, determina las fuentes de autoridad, combate todos los errores posibles é imaginables, ataca las preocupaciones, anatematiza los vicios, sublima las virtudes, y pudiendo decirse el último de los Padres del siglo de la elocuencia, resume en sí todas las grandes cualidades que distinguen á los demas.

«Gracias á San Agustin, dice el Papa Martino V (1), no envidiamos á los filósofos su sabiduría, á los oradores su

(1) Sermon sobre la traslacion de Santa Mónica.

elocuencia; no tenemos necesidad de la penetracion de Aristóteles, del encanto persuasivo de Platon, de la prudencia de Varron, de la gravedad de Sócrates, de la autoridad de Pitágoras, de la perspicacia de Empedocles... El solo nos presta el genio y los estudios de todos los Padres.» San Gregorio el Grande decia (1): «Si quereis tomar un delicioso aliento, leed las obras del bienaventurado Agustin: no busqueis nuestro salvado, cuando teneis la flor de su trigo.» Hay tres grandes períodos en la vida de San Agustin: el primero, cuando en medio de los estravíos de su juventud busca la verdad que su corazon apetecia; el segundo, cuando, habiéndola hallado, se dedica á estudiarla en todas sus manifestaciones; y el tercero, cuando, elegido Obispo de Hipona, se consagra por completo á su defensa: tres períodos que se adivinan distintamente en sus escritos, y caracterizan el estilo de cada uno de ellos.

Refutando á los académicos, y disputando con los origenistas, San Agustin se ocupa de la creacion; con los maniqueos tuvo que tratar del orígen del mal, y con los pelagianos las cuestiones de la gracia. Despues se esforzó en conciliar la libertad humana con la predestinacion divina, el mal con la providencia. Por último, en la *Ciudad de Dios* aborda la cuestion política, sosteniendo que todo acontecimiento en la tierra cumple los designios de Dios, el cual, sin coartar el libre albedrío, hace converger las voluntades finitas al objeto de la Sabiduría infinita.

San Agustin fue el primero que redujo á forma sistemática la doctrina del Evangelio, y bajo este punto de vista un célebre historiador de nuestros dias le considera como padre del dogmatismo latino; no porque imaginase un nuevo sistema filosófico, sino porque con su gran talento establece las relaciones y las diferencias que separan la verdadera doctrina de la escuela de Alejandría, combatiendo los errores de esta, al mismo tiempo que demuestra que el apoyo de la sabiduría divina es indispensable á la ciencia y á la razon humana.

Despues de cuanto hemos dicho, fácilmente se comprende la gran importancia y la influencia que las obras de San Agustin han ejercido en la filosofía y la literatura posteriores á su época. Habiendo tratado las principales cuestiones y problemas que se refieren á las relaciones entre la ciencia humana y la fe, sus escritos han servido de base á cuantos escritos se han hecho despues en el mismo sentido, y con frecuencia ha sido preciso acudir á sus obras para combatir los errores y herejes que han afligido á la Iglesia. En sus

(1) Libro VIII, Reg., cap. XXXVII.

escritos se encuentran opiniones y doctrinas cuya gloria se atribuye generalmente á filósofos posteriores, y otras cuyo olvido ha sido causa de que se incurriera en gravísimos errores. Su estilo es grave y majestuoso, y comunmente nuevo y sencillo, vivo y conciso, y las ideas evidentes de aquella imaginacion, ardiente como el clima patrio, y la estraordinaria emocion con que las espresaba, obraban muy eficazmente sobre la fantasía africana. Si tiene poco arte, y es alguna vez desigual y áspero su estilo, y no se eleva tanto como los Padres orientales, en cambio tiene más de evangélico, dirigiéndose con frecuencia al corazon.

DOCTRINA DE SAN AGUSTIN.

La doctrina de San Agustin fue tenida siempre en grande aprecio por la Iglesia católica, y abraza la mayor parte de los dogmas. De ellos citaremos aquí los siguientes:

1.° La visibilidad de la Iglesia. (Lib. I contra Cresconio, núm. 39.)

2.° El dogma del pecado original, y los efectos del Bautismo. (Lib. III, núm. 5.°, contra las dos cartas de Pelagio.)

3.° Enseña, con la Iglesia católica, la doctrina de la justificacion. (Lib. *Del Espíritu y la letra*, núm. 48.)

4.° La posibilidad de cumplir la ley, y la necesidad de las buenas obras, contra las dos cartas de Pelagio. (Lib. III, núm. 10.)

5.° Que ninguno sin la revelacion puede estar seguro de la justificacion. (Lib. *Del don de la perseverancia*, núm. 62.)

6.° Los sacramentos de la Confirmacion y del Orden contra las cartas de Petiliano. (Lib. II, núm. 239.)

7.° La transubstanciacion y la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. (Lib. *De la Trinidad.*)

8.° La escelencia de la virginidad sobre el matrimonio. (Lib. *De la santa virginidad*, núm. 1.°)

9.° La intercesion por los difuntos. (Lib. *De los cuidados de los difuntos*, núm. 1.°)

10. La intercesion é invocacion de los Santos. (Lib. VII del Bautismo contra los donatistas, núm. 1.°)

CAPÍTULO IV.

SAN PAULINO DE NOLA.

FUENTES. Las obras de San Paulino y algunas cartas de San Ambrosio, San Gerónimo y San Agustin.—Gennadio: *De los escritores eclesiásticos*, cap. XLVIII.—San Gregorio de Tours: *De la gloria de los confesores*, lib. II, cap. CVII.

AUXILIARES. Fr. Sacchini: *Vida de San Paulino*.—Tillemont: *Memorias*, tomo XIV, pág. 1.ª á la 146.—Dupin, tomo III, pág. 267.—C. Oudin, tomo I, pág. 917.—J. A. Fabricio: *Biblioteca latina*, tomo II, pág. 348.—Schoenemann: *Biblioteca histórica y literaria de los PP. latinos*, tomo I, pág. 646.—Florez: *España sagrada*, tomo XXIX.

EDICIONES. La mejor es la de J. B. Le-Brunn, Paris, 1685, y esta misma, por Muratori, con eruditas disertaciones, se publicó en Verona, 1736, en folio.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Paulino.

San Paulino, llamado por los antiguos *Poncio* ó *Merope*, descendiente de una noble familia, que contaba entre sus ascendientes muchos senadores romanos, nació en Burdeos por los años 353 ó 354. Recomendado por su padre, prefecto del pretorio de las Galias, al Emperador Graciano, este le nombró cónsul; y despues de haber obtenido las primeras dignidades civiles en España y en las Galias, casó con la española Teresa, de rica y noble familia, de quien tuvo un hijo, al que llamaba *santa descendencia*, por haber muerto apenas recibió el bautismo. Cansado del mundo y acudiendo al llamamiento de Dios, hizo de su mujer una hermana; recibió el bautismo, y el pueblo de Barcelona, á quien habia cedido parte de sus bienes, lo reclamó por sacerdote. Sus parientes y amigos huian de él como de un desertor, y hasta sus mismos libertos y esclavos consideraban rotos los vínculos que les unian á su persona. Despues marchó á Italia, donde se arraigaron más sus creencias con las instrucciones de San Ambrosio, retirándose luego á una soledad, junto á

Nola, fundando una especie de *Tebaida* en las Pelicias de la Campania, y construyendo un monasterio junto á la iglesia de San Félix, adornándolo con pinturas sacadas del Antiguo Testamento, contemplando las cuales se olvidaban de comer sus habitantes. Todos los años, en el dia del natalicio de San Félix, componia un poema; y aunque los idólatras de la forma creen que escribia mejor siendo pagano, Ausonio, sin embargo, tenia sus versos por armoniosos y suaves, á pesar de estar disgustado con él á consecuencia de su conversion, y San Agustin alaba su gemebunda piedad. Nombrado Obispo, mantuvo correspondencia con San Ambrosio, San Gerónimo, San Agustin y otros muchos Obispos, y á su deseo de aprender se debe el notable libro de San Agustin sobre el cuidado de los muertos (1). Murió el año 431, y fue sepultado en la Basílica de San Félix de Nola (2).

ARTÍCULO II.

Escritos de San Paulino.

Dos clases de obras escribió San Paulino: primera, cartas dirigidas á sus amigos; y segunda, algunos poemas.

CARTAS.

Todavía se conservan cincuenta cartas de este Padre, que dividiremos en dogmáticas, exegéticas y morales.

1.° *Cartas dogmáticas.* San Paulino enseña en unas la fe en el misterio de la Santísima Trinidad y de la Encarnacion; en otras prueba el dogma de la Providencia divina y del pecado original: ora defiende el culto de los Santos y sus reliquias, y muy particularmente el de la Santa Cruz; ora recomienda las piadosas peregrinaciones á los Santos Lugares, y las limosnas y oraciones por los difuntos; ora, en fin, confirma en la esperanza de la resurreccion futura y en la felicidad de los justos en la gloria.

2.° *Cartas exegéticas.* En estas San Paulino, ya ensalza el principio del Evangelio de San Juan, ya propone á San Agustin varias cuestiones acerca de la Escritura, y ya exhorta á algun amigo á que deje los escritos profanos y estudie los libros sagrados.

3.° *Cartas morales*, que tambien son *familiares.* En estas, que forman el mayor número de sus cartas, ensalza

(1) San Agustin: *Libro de los difuntos*, números 1.°, 19 y 23.

(2) Véase San Isidoro de Sevilla: *De los Varones ilustres*, cap. XLII, núm. 21.

con admirable elocuencia las virtudes de algunos amigos; y unas veces encomiéndase á sus oraciones, considerando sus deberes sacerdotales y sus muchos pecados; otras manifiesta su tierna amistad hácia estos mismos, é indaga la causa de los bienes que sobrevienen á los buenos: ora, lleno de solicitud, exhorta á los jóvenes á que no dilaten su conversion; ora anima á los ya convertidos para que no abandonen el camino de la perfeccion cristiana, y enseña en qué consiste esta; ora estimula al ejercicio de las buenas obras y á la lucha con el enemigo de nuestras almas. Ademas, pondera el estraordinario amor de Dios para con nosotros, manifiesta la escelencia de la caridad para con el prójimo. Tambien se ocupa de la pobreza evangélica y de la verdadera y falsa humildad. A estas cartas hay que añadir la que escribió con motivo de la muerte de su esposa, donde, entre otras cosas, alaba el mérito de la limosna.

De sus cartas debe esceptuarse el *Sermon sobre el gazofilacio*, en el cual recomienda la beneficencia para con los pobres, con no menos elocuencia que piedad (1).

POEMAS.

Tambien se conservan treinta y tres poemas de San Paulino, de los cuales los tres primeros son muy cortos, y escritos antes de su conversion. De estos, el primero y segundo los acompaña con algunos regalos á sus amigos. El tercero no es más que un fragmento de una obra mayor, titulada *De los Reyes*, que no se conserva. Los ocho siguientes los escribió despues de convertido, y los restantes, esceptuando el doce, que puede considerarse como un preámbulo, desde su retiro en las inmediaciones de Nola. El argumento de todos es como sigue:

1.° Ademas de los tres poemas que dedica á sus amigos, tiene dos en que dirige sus súplicas á Dios, rogándole se olvide de sus pecados y le conceda la gracia de andar dignamente en su presencia, para alcanzar la gloria.

2.° Tres presentan una paráfrasis poética de algunos salmos.

3.° En uno se describe la vida y hechos de San Juan Bautista.

4.° Los de mayor mérito son trece, compuestos para el natalicio de San Félix, pudiéndose añadir fragmentos del catorce. En ellos, ya considera su retiro como un puerto seguro, da gracias á Dios por este beneficio, y pide á San Félix que no lo separe de allí; ya pinta lleno de placer el culto

(1) Sobre el mérito de esta obra, véase Dupin, tomo III, pág. 275.

que los cristianos tributan á ese Santo, y refiere su vida y su confesion gloriosa; ya manifiesta sus milagros y su poder contra los demonios, y pide su intervencion contra la invasion de los godos; ya se ocupa de las demas fiestas de los cristianos, de la basílica levantada por él, y de las santas reliquias en ella depositadas; ya, en fin, anuncia los beneficios que todo el mundo consigue por la intercesion de los Santos, y en particular por la de San Félix.

5.° En los demas poemas, unas veces se defiende de la conversion al cristianismo, y describe los efectos de la gracia obrados en él, otras refuta los errores de los judíos y gentiles, y demuestra el dogma de la Providencia divina; ora manifiesta cómo se puede y debe amar á Dios; ora consuela á los que han tenido alguna desgracia; ora, en fin, celebra el regreso á su patria del Obispo Niceta, y da gracias á Dios por todos los beneficios concedidos á sus amigos.

San Paulino, llamado por los modernos «el Ciceron cristiano,» á causa de su grande elocuencia, y «delicia de su siglo,» por su ardiente caridad, es muy notable por su gran veneracion á los Santos, y todos sus escritos solo respiran amor y confianza en ellos, y muy particularmente en su patrono, San Félix.

Entre sus obras dudosas se cuentan:

1.° Los padecimientos de San Ginés de Arlés.

2.° San Paulino á los monges sobre la penitencia.

Muchos son los opúsculos perdidos de San Paulino, de los que Gennadio hace mencion en su libro *De los escritores eclesiásticos*, cap. XLVIII, y entre estos se cuentan:

1.° El libro de la penitencia y alabanza general de todos los mártires.

2.° Panegírico en alabanza del Emperador Teodosio.

3.° Sacramentario é himanario (1).

Las obras espurias son: las cartas á Marcela y á Celancia; el poema á su esposa, y otro del nombre de Jesus. Poema segundo á Dios, de sus desgracias domésticas.

(1) Le-Brunn, disert. 6.ª, núm. 1.°

CAPÍTULO V.

PRUDENCIO Y SEDULIO, POETAS CRISTIANOS.

Prudencio.

FUENTES. Las obras del mismo Prudencio.—Gennadio: *De los escritores eclesiásticos*, cap. XIII.

AUXILIARES. Tillemont, tomo X, pág. 560.—P. Bayle, *Diccionario crítico-histórico*, tomo III, pág. 822.—J. A. Fabricio: *Biblioteca latina*, tomo IV, cap. II.—Galland.: *Bibliot.*, tomo VIII, proleg., cap. XVII.

EDICIONES. La de N. Heinsio, en Amsterdam, 1667.—La de F. Arévalo, Roma, 1788, en dos volúmenes en 4.°—La de Lóndres, 1824, y la de T. Oblario, 1845, en 8.°

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida y escritos de Prudencio.

Ademas de los españoles Latroniano (1) y Licinio Bético, de quienes habla San Gerónimo, está el célebre zaragozano Prudencio, el más elevado y sublime (2) que en aquellos siglos y los posteriores consagró la musa á la Religion cristiana. Nació en el año 348, y despues de haber seguido la carrera de la toga y de haberse distinguido en la milicia en tiempo de Honorio, consagró los fuegos de la edad madura á cantar los triunfos de los soldados de Cristo y las victoriosas muertes de los mártires, principalmente en España y Roma. Sus preciosos versos describen ademas la vida cristiana con los más vivos y halagüeños colores, y son una especie de devocionario poético. Se ignora el año en que acaeció su muerte.

Sus obras son las siguientes:

---

(1) Latroniano ó Matroniano fue un escelente poeta y literato; pero se hizo priscilianista, y fue decapitado en Tréveris con Prisciliano y su manceba.

(2) Erasmo le llama con razon el Píndaro cristiano: tomo III, parte 1.ª, carta 635.

1.ª *Dos libros contra Simaco*, el mismo que en otro tiempo fue prefecto de Roma, y que en el año 384 dirigió una notable esposicion á los Emperadores para que restableciesen el altar de la diosa Victoria y los privilegios de los paganos. Constancio habia quitado este altar del Senado Romano; Juliano le repuso, y Graciano mandó que se destruyese. Esta peticion la repitió Simaco en tiempo de los Emperadores Honorio y Arcadio, y Prudencio escribió con este motivo dos libros en verso exámetro, en donde reunió las bellezas del poeta y la energía del filósofo. En el primero manifiesta el orígen de los falsos dioses, la conversion casi completa de Roma al cristianismo, y concluye con una sarcástica descripcion de la virginidad de las vestales, que asistian con sus *sagrados ojos* á las feroces luchas de los gladiadores, palpitando su *tierno y misericordioso corazon* al ver sus heridas, y mandando con el dedo pólice concluir de matarlos, cuando caian en tierra. En el segundo refuta cada uno de los argumentos de Simaco, y pide que se prohiban los juegos de los gladiadores. Simaco enmudeció ante esta vigorosa defensa; el decreto prohibiendo esas luchas fieras no llegó á espedirse, por contemporizar con la plebe romana.

2.ª *La apoteosis, ó sea el libro de la Divinidad.* En él defiende la doctrina católica acerca de la Trinidad y Encarnacion del Hijo de Dios, primeramente contra los patripasianos, ó sabelianos; despues contra los judíos y partidarios de Fótimo, y finalmente contra los maniqueos y docetas, semejantes á los priscilianistas. Tambien trata del orígen del alma, del pecado original y de la resurreccion de los muertos.

3.ª *La Hermatigenia, ó sea el poema sobre el orígen del mal.* En él trata del mal y del orígen del pecado, y prueba que no debe ponerse su existencia en un principio malo, como querian los marcionitas, sino en el abuso de la libertad que hicieron los ángeles y los hombres, y manifiesta ademas que no se ha de acusar á Dios por haber concedido ese libre albedrío.

4.° *Psychomachia, ó sea el combate del alma.* En él describe, en versos exámetros, la lucha entre los vicios y las virtudes, la fe y la idolatría, el pudor contra la liviandad, la paciencia contra la ira, y la soberbia contra la humildad. Luego presenta á la Soberbia montada en un brioso caballo, y profusamente adornada recorre las filas de un numeroso ejército, y se desdeña casi de atacar á la Humildad, que viene al frente de un corto escuadron, trayendo por auxiliar la Esperanza. Insúltalas aquella, con furor y baldones, y desdeñándose de sacar su espada, se decide á derribar á la Humildad, haciéndola pisotear por su caballo.

Mas el Fraude habia cavado anticipadamente varios hoyos en el campo de batalla, y en uno de ellos vino á caer la Soberbia con su brioso corcel, que la pisotea y destroza en su caida.

5.° *El Cathemirinon, ó sea el libro de los himnos cuotidianos.* El canto del gallo, el amanecer, la oracion antes y despues de la comida, antes y despues del ayuno, por los difuntos y para todas horas, todo ello lo abraza este libro.

6.° *Peristefanon, ó sea de las coronas.* Es una serie de himnos, en los que celebra la gloria de los Santos que consiguieron la palma del martirio, entre los cuales se hallan San Pedro y San Pablo, San Lorenzo, San Vicente, Santa Eulalia y los Santos mártires de Zaragoza y Calahorra.

7.° *Dipticon, ó sea Manual.* En el presente trata, en cuartetos, las historias del Antiguo y Nuevo Testamento, con el objeto de facilitar su recordacion.

Prudencio es tenido por el mejor de los poetas cristianos, y fue comparado á Horacio (1). La belleza y sonoridad, entusiasmo religioso de los versos de Prudencio, y la variedad de sus metros, los hacen muy recomendables (2). Sus libros abrazan muchos dogmas cristianos, principalmente sobre el culto de los Santos, y contiene muchas máximas morales.

ARTÍCULO II.

Sedulio.

FUENTES. Sus propias obras.—San Isidoro de Sevilla, libro *De varones ilustres*, cap. XX, núm. 26.—Labbé: *Disert. histórica de Sedulio.*

AUXILIARES. Tillemont, tomo XII.—Ceillier, tomo X, capítulo XVIII, pág. 631.—P. Bayle: *Diccionario histórico y crítico.*—J. A. Fabricio: *Biblioteca latina*, lib. IV, cap. II.

EDICIONES. La de Celario, de Hala, 1704.—La de Fr. Gruner, Lipsia, 1747.—La de Arntzenio, Lervard, 1761.—La de Fr. Arévalo, Roma, 1794, en 4.°

VIDA Y ESCRITOS DE SEDULIO.

Sedulio, presbítero, cuya vida es completamente desconocida, escribió algunos poemas á fines del siglo IV, ó, lo que es más probable, á mitad del V; los cuales fueron publi-

(1) Sidonio Apolinar, lib. II, cap. IX.

(2) Algunos escritores modernos manifiestan deseo de que se adoptasen para testo en las cátedras de latinidad de los Seminarios.

cados á últimos de este por el cónsul Asterio, y son los siguientes:

1.° *El poema pascual*, ó sea cinco libros acerca de las cosas divinas, escrito en verso heróico, con una introduccion en prosa, dirigida al abad Macedonio, en donde espone el objeto de su obra. Despues de referir en el primero algunos hechos del Antiguo Testamento, pasa á persuadir á los los paganos de su error. En los cuatro restantes describe con mucha elegancia la vida, Pasion, muerte, resurreccion y ascension de Nuestro Señor Jesucristo, segun la relacion de los cuatro Evangelistas.

2.° *El paralelo del Antiguo y Nuevo Testamento.* Sedulio lo presenta en dísticos, haciendo que el verso último del anterior sea el primero del siguiente, comparando de este modo y con mucho ingenio los hechos de los dos Testamentos.

3.° *La vida de Jesus*, escrita en versos yámbicos de cuatro sílabas, empezando en cada una de las estrofas por el órden de las letras del alfabeto.

4.° *El poema sobre las dudas de la Encarnacion del Verbo;* pero más propiamente debe considerarse como un centon virgiliano, pues antes de este tiempo Proba Falconia, piadosa matrona romana, compuso este centon virgiliano, que contiene la historia de ambos Testamentos, con versos exámetros tomados de Virgilio (1).

Ninguno entre los poetas cristianos imitó más naturalmente el estilo de Virgilio que Sedulio, el cual, á pesar de su gran ingenio, no dejó de tener algunos defectos propios de su siglo, y la Iglesia le apreció tanto, que muchos de sus escritos los adoptó para su uso.

---

(1) Pagi, crítica al año 438.

CAPÍTULO VI.

OROSIO.

FUENTES. Sus escritos.—Gennadio: *De los escritores eclesiásticos*.—San Agustin, en la carta que le dirigió sobre los errores de los priscilianistas y origenistas.—San Braulio, carta á Fructuoso.—Bellarmino: *De los escritores eclesiásticos*.

AUXILIARES. Florez: *España Sagrada*, tomo XV, capítulo último, párrafo 26.—Ceillier, tomo XIV, cap. I.—D. Pablo Dalmases y Ros, cronista de Cataluña.—El Concilio romano en tiempo del Papa Gelasio.

EDICIONES. La *Historia universal* de Orosio ha sido impresa en Colonia y Paris. Su *Apología* en estas dos ciudades y en Lóvaina en varias fechas; y en cuanto á su *Memoria sobre los errores origenistas y priscilianistas*, se halla en las diversas ediciones de las obras de San Agustin.

VIDA Y ESCRITOS DE PAULO OROSIO.

Paulo Orioso, natural de Galicia (1), es una de las más nobles figuras del siglo V. Era muy jóven todavía cuando su pais fue presa de los vándalos, hácia el año 409. A pesar de la dulzura de su carácter, se vió perseguido por los bárbaros, de cuyas manos se salvó milagrosamente, consiguiendo embarcarse para Africa. Allí trató con intimidad á San Agustin, que hace de él un brillante elogio. A su lado escribió el *Commonitorio* contra los errores de Prisciliano y Orígenes; poco despues marchó al Oriente, deseoso de consultar á San Gerónimo sobre el orígen del alma racional, para quien llevó algunas cartas de San Agustin. Durante su permanencia en la Palestina fue acusado por Juan, Obispo de Jerusalen, de sostener que el hombre, ni aun con el so-

(1) Mondéjar probó que era gallego. D. Pablo Dalmases imprimió un tomo en folio en Barcelona, el año 1702, para probar que era de Tarragona.—Florez, en el lugar citado, falló imparcialmente por Galicia.

corro divino, puede estar sin pecado, y se vió obligado á refutar esa calumnia en una *Apología*. Al tiempo que preparaba su regreso, se descubrieron las reliquias del protomártir San Estéban, y fue encargado por el presbítero Avito, español, de conducir parte de ellas á Braga; pero al llegar á Mahon, no pudiendo pasar á España, dejó allí las reliquias, y continuó su marcha hasta Hipona. Dió cuenta á San Agustin de su viaje, y le entregó los *Diálogos* que San Gerónimo le habia dado para él. En esta ciudad escribió la *Historia general del mundo*, por encargo de San Agustin, para que sirviera de prueba á su *Ciudad de Dios*, y murió en los últimos años del Emperador Honorio, que aconteció el año 423.

El argumento de los libros de Paulo Orosio es el siguiente:

1.° *La Apología* (1). Orosio habia tenido una reunion con el Obispo y presbíteros de Jerusalen, donde se trató acerca de la doctrina de la gracia. El Obispo Juan, no entendiendo sin duda bien las palabras de Orosio, le acusó de blasfemo algunos dias despues, y este escribió con tal motivo una apología, en la cual, á la vez que defendió su inocencia, hacia ver la impiedad de la herejía de Pelagio. Orosio se dirige á los que habian tomado parte en la conferencia, refiere lo que en ella pasó, y viniendo despues á la acusacion formulada contra él, toma á Dios por testigo y á los sacerdotes que asistieron á la asamblea, de no haber proferido cosa semejante, dejando á Dios el juzgar si Juan habia creido con demasiada ligereza el error que se le atribuia, pues el Obispo no entendia el latin, única lengua en que Orosio hablaba. De aquí toma ocasion para esplanar su doctrina sobre la necesidad de la gracia, en conformidad con San Gerónimo, apoyándola en numerosos pasajes de la Escritura. Aunque conviene en que el hombre con el tesoro de la gracia puede vivir sin pecado, sostiene, empero, que esto nunca ha sucedido, ni sucederá jamás. Con todo, se ha dicho de Job que estaba sin crímen, y él mismo se objeta que San Pablo, hablando de las cualidades del Obispo, señala que es preciso esté exento de crímen. Pero Orosio distingue entre crímen y pecado. El pecado consiste ya en el pensamiento: al crímen se le conoce por la accion. Presenta pruebas de la fuerza de la gracia en la conversion de los gentiles, demostrando que el libre albedrío no puede hacer

(1) Algunos han dudado de la autenticidad de esta obra; pero, en atencion á que el estilo es el mismo que el de los demas escritos de Orosio, y á que muchos manuscritos se la atribuyen, no parece razonable negársela.

el bien sin aquel socorro. Termina su apología manifestando que él aborrece la herejía, mas no al hereje.

2.° *El Commonitorio contra los errores de Prisciliano y Orígenes.* Esta obra la escribió Orosio luego de su llegada al África, y la compuso con las doctrinas que San Agustin le habia espuesto en la carta que le escribió acerca de este punto. Su objeto fue refutar en esta obra los errores que se estendian por España.

3.° *La Historia del mundo.* Esta obra la dedicó á San Agustin, y está dividida en siete libros. En el prólogo da las razones que hacen como necesaria esta historia, y que no son otras que los cargos que se dirigian á los cristianos, de ser la causa de las calamidades que desde su aparicion venian afligiendo al imperio. El libro I empieza en Adan, y termina con la fundacion de Roma. Pone cuatrocientos catorce años desde la ruina de Troya hasta la sesta Olimpíada, y relata despues, en el libro II, lo que pasó en la república romana hasta la toma de Roma por los galos, que fueron dueños de ella durante seis meses, la abrasaron, y redujeron á cautiverio á sus moradores. Abraza el libro III hasta el fin de la guerra de Macedonia, y empieza el IV por la relacion de la de Pirro, de donde pasa á la guerra púnica, y termina este libro por la ruina de Cartago, acaecida quinientos dieciseis años despues de la fundacion de Roma, cincuenta de la segunda guerra púnica, y setecientos despues de su propia fundacion. Esta ciudad fue consumida por un fuego que duró diecisiete dias, reduciendo á pavesas todas sus piedras. Todos sus habitantes, á escepcion de algunos de los principales, fueron reducidos á servidumbre. Demuestra Orosio en el V que Roma se ha engrandecido á costa del rêsto del universo, y habla del restablecimiento de Cartago, que él fija veintidos años despues de su destruccion, y seiscientos veintisiete de la fundacion de Roma. Refiere en el VI las diversas guerras que los romanos tuvieron con diferentes pueblos, sin omitir la civil entre César y Pompeyo. El VII empieza por el nacimiento de Jesucristo, acaecido setecientos cincuenta y dos años despues de la fundacion de Roma, y concluye en el año cuatrocientos diecisiete. De manera que la historia de Orosio abraza lo acaecido en el mundo durante el espacio de cinco mil quinientos veintiocho años.

Orosio, subiendo, como él dice, á la cima del mundo, dirige su vista por en medio de los siglos y de las naciones, y refiere la larga y horrorosa historia de las calamidades de toda especie que han desolado al universo; tarea en la cual se muestra fiel narrador de todos los azotes que afligieron á la humanidad. En medio de esos tristes recuerdos, de esas fúnebres imágenes y de esas ruinas de imperios, las ideas

y estilo de Orosio toman un singular matiz de energía y vigorosa precision, cual si en él se hubiesen concentrado anticipadamente el genio y colorido de nuestros grandes pintores.

Paulo Orosio, no obstante su sumision y respeto á San Agustin, tiene un carácter original, no porque esprese con frecuencia ideas distintas de las de su maestro, sino porque las formula de una manera más clara y más exacta; las pone más en relieve, y las presenta con mayor fuerza. Así, pues, la accion de Dios sobre el destino de las naciones, y particularmente del imperio romano, al que hace contribuir á la preparacion y al establecimiento de la Religion cristiana, nos parece casi mejor desenvuelta y demostrada en Orosio que en San Agustin.

Vemos tambien en este historiador una idea que no fue tomada de su maestro, y que bajo su pluma, por medio de un giro exacto y vigoroso, adquiere un sorprendente carácter: tal es la idea de la unidad moral, establecida por el cristianismo, unidad que de todos los hombres hace una misma familia, y de todos los imperios una misma patria.

Se ha puesto en duda si era su nombre Paulo, pero ya hay costumbre de llamarle así.

Créese que el título de su historia era *Moesta mundi*, aludiendo á las calamidades de las naciones que referia en su historia.

SECCION SEGUNDA.

De los Padres que impugnaron á Nestorio.

CAPÍTULO PRIMERO.

SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA.

FUENTES. Las obras de este Padre, y particularmente las actas del Concilio de Efeso, del año 431.—Mansi, tomos IV y V.—Las cartas de los Pontífices San Celestino y Sixto III.—Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. VII, cap. VII. —Leoncio Bizantino, de las sectas y sus libros contra Nestorio y Eutiques.—Galland., tomo XII.

AUXILIARES. Tillemont, tomo XIV.—San Cirilo, páginas 267-676.—Ceillier, tomo XIII, cap. VIII, pág. 241.—Dupin, tomo IV, pág. 41-52.—J. Bolando, en las *Actas de los Santos*, al dia 28 de Enero.—J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 9.°, pág. 446-497.

EDICIONES. Despues de las latinas, de las cuales la principal se publicó en Basilea el año 1524, se publicó una completa en Paris en 1605, en dos volúmenes; y de las greco-latinas, la mejor es la de Paris, en 1638, por J. Auberto, en seis volúmenes en folio.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Cirilo de Alejandría.

Cirilo recibió su primera instruccion teológica bajo la direccion inmediata de su tio Teófilo, Patriarca de Alejandría, cuyo carácter vivo, ardiente y celoso, no dejó de

influir en el desarrollo de su sobrino. Cirilo permaneció algun tiempo entre los ermitaños del desierto de Jefté. En 403 asistió al famoso conciliábulo de la Encina *(ad Quercum)*, en el cual su tio consiguió arrojar al venerable Crisóstomo de su Silla patriarcal. Los partidarios de Teófilo, que era más temido que respetado, supieron, tres dias despues de su muerte, dirigir las elecciones en favor de su sobrino, á quien se eligió Patriarca de Alejandría, á pesar de un partido contrario, que proponia al arcediano Timoteo (1). Cirilo desplegó al momento un rigor estremo contra los que no eran católicos; hizo cerrar las iglesias de los novacianos en Alejandría, quitándoles todos los vasos sagrados; penetró á mano armada en las sinagogas de los judíos, que se habian permitido algunas violencias contra los cristianos, y desterró de la ciudad á muchos (2). Estas usurpaciones del poder temporal le pusieron en pugna con el gobernador Orestes, originándose graves conflictos (3). Es preciso, sin embargo, decir en alabanza de Cirilo que, aunque prevenido por su tio contra San Crisóstomo, desde que supó la verdad respecto de este piadoso Obispo le restableció en los dípticos de su Iglesia (4).

Su lucha capital fue contra Nestorio, del cual los monges del Egipto fueron los primeros á revelarle las falsas doctrinas concernientes á la Encarnacion del Hijo de Dios. Cirilo al principio condujo este asunto con mucho miramiento; escribió á los monges (5) que más hubiera valido para ellos que se hubiesen abstenido de sutiles investigaciones sobre cuestiones difíciles, y refutó la doctrina de Nestorio, sin nombrarle. Lo mismo hizo en su mandamiento de Pascua (6), en 429. Escribió confidencialmente á Nestorio (7), rogándole que cambiara de opinion sobre aserciones erróneas, que sin duda se le habian escapado en el calor de la discusion. Nestorio respondió como un hombre susceptible y terco (8). Cirilo entonces dió cuenta del asunto al Papa Celestino I (9), que rechazó la doctrina de Nestorio en un Concilio celebra-

(1) Teodor.: *Historia eclesiástica*. lib. v, cap. xxxv.
(2) Tillemont, artículos 1.° y 2.°, pág. 269.
(3) Bolando, párrafo 5.°, pág. 846.
(4) Epístola 57 de San Cirilo.
(5) Carta primera de San Cirilo á los monges de Egipto.
(6) Tillemont, lugar citado, nota 14.
(7) Carta segunda de San Cirilo.
(8) Esta carta es la tercera de las de San Cirilo, tomo v de sus obras, parte 2.ª, página 21.
(9) Epístola 9.ª

do en Roma, y encargó á Cirilo que le indujese á retractarse. El Patriarca celebró con este fin un sínodo en Alejandría, y envió los decretos promulgados, la carta del Papa, y doce anatemas promulgados por él mismo al autor de la doctrina condenada (1). Lo restante de la vida de Cirilo se confunde con los acontecimientos del Concilio de Efeso. Cirilo murió en 26 de Junio de 444.

ARTÍCULO II.

División de las obras de San Cirilo de Alejandría.—Las dogmático-apologéticas y dogmático-polémicas.

Las obras de San Cirilo son de dos clases, á saber: dogmáticas y exegéticas. Las obras dogmáticas tenemos necesidad de dividirlas en apologéticas y dogmático-polémicas, y á esta clase pertenecen tambien sus cartas, y los sermones casi en su totalidad. Para darlas á conocer las trataremos en los siguientes artículos.

OBRAS DOGMÁTICO-APOLOGÉTICAS.

1.ª *Los diez libros contra Juliano* (2). Habiendo el Emperador Juliano apostatado de la Religion católica, y teniendo ademas el propósito de causar un grave daño, escribió tres libros que, á pesar de carecer de elegancia y fluidez de pruebas, servian á los gentiles de arma para impugnar los dogmas cristianos. Jactábanse los paganos de no hallar entre los cristianos doctores que rebatiesen las impías doctrinas de Juliano, y San Cirilo, cediendo gustoso á las insinuaciones de sus amigos, escribió esta obra, con el objeto de echar por tierra la altanería de los gentiles, y de sacar de su error á los engañados, demostrando que Juliano era reo convicto de error y de ignorancia en la inteligencia de las Sagradas Escrituras, ya que de ellas se valia para propagar el paganismo (3).

En el libro I prueba San Cirilo que Moisés es escritor más antiguo que los filósofos más sabios de la Grecia; y que

(1) Epístola 15, ó sea 3.ª á Nestorio.

(2) Esta obra la dió á luz en griego y latin Ezequiel Spanhemio, con notas y observaciones, en Leipzig, 1696.

(3) San Cirilo: Pref., lib. I contra Juliano.

su doctrina acerca de Dios y del orígen del mundo aventaja sobremanera á las varias y aun contrarias teorías de los filósofos griegos.

En el libro II, refiriéndose al *Genesis*, y en él á la historia de la creacion del mundo y del hombre, rebate la doctrina de Juliano, que no ve otra cosa en esta narracion que absurdos, puerilidades y mitos, demostrando elocuentemente que el relato de Moisés sobrepuja á las opiniones y utopias de Platon y demas filósofos.

En el libro III defiende ingeniosamente la relacion de la Escritura, en lo que toca á la existencia del Paraiso, á la creacion de la mujer, á la conversacion de la serpiente, al conocimiento del bien y del mal revelado por Dios al hombre, y á la espulsion de este del Paraiso. Mas como Moisés habia demostrado en sus libros el cuidado especial que Dios tenia del pueblo judío, de aquí infirió Juliano que Dios no creó todo el mundo, y San Cirilo le prueba en este libro, despues de refutar sus fútiles argumentos, que Dios es el Creador y próvido Gobernador de todo el universo, por más que se mostrase de un modo más espléndido al pueblo judío.

En el libro IV San Cirilo impugna vigorosamente la sentencia de Juliano, quien por la diversidad de costumbres, de leyes y de lenguas se propuso demostrar que el Creador supremo no era padre y gobernador comun, sino que habia dioses superiores é inferiores para cada nacion, de los cuales era uno el Dios de Moisés, por más que este demostrase que era el único; y de aquí saca la razon San Cirilo para corroborar la idea de un sabio Rector y Gobernador de todas las cosas, por la diferencia de leyes, de costumbres y de lenguas, notando aquí al mismo tiempo el orígen de todas ellas. Habla de los sacrificios de los gentiles, y principalmente de los que tenian los judíos y los dioses que Juliano enumera; prueba que hay ángeles buenos y malos, y con este motivo habla de su naturaleza, de su orígen, de sus operaciones y oficios, tratando difusamente de estas cosas en lo restante del libro.

En el libro V declara San Cirilo la existencia de la ley mosáica, contra los asertos de Juliano, que decia que no se encontraba en ella nada claro ni laudable, esceptuando el culto del Dios único y la celebracion del sábado, pero que esto mismo observaban todas las gentes; acusábale ademas de dar de Dios una idea indigna, presentándolo como celoso y lanzando rayos contra los demas dioses. A estos argumentos contesta admirablemente San Cirilo que los preceptos del Decálogo son muy conformes á la naturaleza; que Moisés es el primer legislador, y que los dictados de celoso y colérico, moderados por la benignidad, no deben atribuir-

se á Dios como á los hombres. Luego refuta en pocas palabras la objecion de Juliano, que dice que Dios gratificó en sabiduría y poder á los griegos más que á los judíos, demostrando San Cirilo lo contrario.

En el libro VI rebate las cavilaciones de Juliano, que aseguraba que los sabios de la Grecia, como Platon, Sócrates, Thales, Licurgo, etc., eran superiores á los más santos del Antiguo Testamento; que los Reyes griegos y romanos habian escedido á los hebreos; que la religion gentílica era la verdadera, comprobando su veracidad por las milagrosas curaciones de Esculapio, vanagloriándose de que los cristianos ignoraban estas cosas, y añadiendo ademas que estos eran todavía peores que los hebreos, pues rendian homenaje á hombres inferiores, y cometian atrocidades con los gentiles. Finalmente, que los hebreos, incluso el mismo Jesucristo, se hallaron siempre bajo la mano airada de los dioses, y por consecuencia no pudieron alcanzar jamás predominio sobre las demas naciones, sino, antes al contrario, se vieron siempre dominados por todas ellas. Todos estos argumentos los refuta elocuentemente San Cirilo, no dejando con sus elevadas y evidentes razones lugar á la duda. Como en el libro anterior habia pasado San Cirilo de las instituciones á las personas, en el principio del libro VII hace notar la diferencia entre el poder temporal y la verdadera piedad, entre las ciencias humanas y las verdades divinas. Y hé ahí por qué refuta en este libro la calumnia inventada por Juliano «de que la Religion cristiana está amasada de fragmentos de gentilismo y judaismo;» y como se apoya, para probar su calumniosa idea, en el precepto de Moisés, de no blasfemar de los dioses, y en el de San Pablo, de abstenerse de comidas sacrificadas á los ídolos, San Cirilo pulveriza la objecion, demostrando la libertad evangélica, y la notable diferencia del ayuno cristiano y la prohibicion de las comidas impuras.

En el libro VIII espone San Cirilo que Moisés y los demas profetas vaticinaron y revelaron en sus libros el misterio de la Santísima Trinidad, como el de la Encarnacion, con el objeto de refutar á Juliano y demas gentiles que decian «que los cristianos se separaban de Moisés, porque en sus libros nada se dice de Cristo, y estos, sin embargo, lo adoran juntamente con Dios.»

En el libro IX prosigue San Cirilo el mismo argumento, demostrando evidentemente que Moisés identificó la existencia de Dios Padre con la existencia de Dios Hijo, y que reveló por figuras el misterio de la Encarnacion. Y volviendo el argumento contra Juliano, de que los cristianos no cumplian la ley de Moisés, asegura que despues de la venida

de Cristo, que es el fin de la ley, ya los sacrificios cruentos, las diferencias de comidas puras é impuras, y las leyes ceremoniales, habian sido abrogadas, y que estos preceptos se observaban, no segun la letra, sino segun el espíritu.

San Cirilo, en el libro x, convence á Juliano de ser falsa su opinion al decir «que los cristianos se oponian á sus autores afirmando que el Cristo es Dios,» y que ninguno de los Evangelistas, escepto San Juan, le habia dado este nombre. Añade Juliano que los cristianos se oponian á la doctrina del Salvador, prestando homenaje y veneracion á muchos que habian pasado á mejor vida, y de aquí toma motivo el Santo para probar el culto de los Santos, demostrando ademas su conformidad con la ley divina y que nada tiene de supersticioso. Insiste Juliano en su propósito de calumniar á los cristianos, diciendo que estos contradecian á su Maestro respecto á los sacrificios, á la circuncision y demas ritos judáicos, puesto que Jesucristo habia venido, no á quebrantar la ley, sino á cumplirla en toda su estension. Para deshacer esta objecion esplica San Cirilo de un modo claro la sentencia de Jesucristo. Finalmente, y para concluir su libro, trata de falaz y engañador á Juliano, y de supersticiosa su fe cuando confiesa que él gustoso seguiria la religion de Abraham si los cristianos, de consuno con San Pablo, le reconociesen como al Padre de los creyentes.

A lo anteriormente espuesto se reducen los diez libros de San Cirilo contra Juliano, los cuales por sí solos forman un cuerpo de doctrina dogmático-teológica, que prueba de una manera ingeniosa, contra los protestantes, la tradicion constante de la Iglesia en los primitivos siglos.

OBRAS DOGMÁTICO-POLÉMICAS.

2.ª *Tesoro de la santa y consubstancial Trinidad* (1). San Cirilo escribió este libro para acceder á las súplicas de un amigo que así se lo reclamaba. El epígrafe solo de este libro es el espejo donde brilla todo lo que en él se contiene. En treinta y cinco proposiciones ó afirmaciones recopiló toda la doctrina de la Iglesia acerca de la divinidad y consubstancialidad del Hijo y del Espíritu Santo con el Padre, contra los arrianos y eumonianos, con testimonios irrefragables de la Sagrada Escritura, y con varios argumentos de razon, no sin haber refutado antes cuantas objeciones pudieran oponérsele (2).

---

(1) Concilio de Letran, bajo Martino I, año 649.—Mansi, tomo x.
(2) Dupin, tomo iv, pág 44.

En esta obra, despues de demostrar la relacion mutua del Ingénito Dios-Padre, con el Génito Dios-Hijo, prueba la eternidad del Hijo de Dios, y que este ha sido engendrado por el Padre de tal manera, que su generacion no es participacion de parte de su sustancia, ni emanacion, sino generacion necesaria. Prueba la identidad de sustancia del Engendrado con el Generador, y por consecuencia su semejanza, infinitamente superior á la que media entre Dios y el hombre. Las objeciones que los arrianos sacaban de la Escritura para probar que el Hijo era criatura, las pulveriza, y prueba que no es tal, sino Dios por naturaleza, de la sustancia del Padre, que tiene la misma sustancia y operacion con el Hijo, y por este se comunica y habita con nosotros.

3.ª *Libro de la Santa y consubstancial Trinidad.* Este libro no es menos notable que el anterior; lo escribió tambien por las exigencias del mismo amigo, y dedicó ambos á un tal Nemesino. Lo compuso en forma de *Diálogo con Hermias*, en siete coloquios, para esplanar más y más el augusto dogma de la Trinidad (1). Prueba en esta obra San Cirilo la existencia eterna y consubstancialidad del Padre con el Hijo, con argumentos de la Sagrada Escritura contra los arrianos, y con esto echa por tierra los delirios de esos herejes, que aseguraban que el Hijo ocupaba un lugar medio entre Dios y los hombres. Prueba asimismo que no es hecho ni creado, y sí engendrado por el Padre, y Dios como El; resuelve las objeciones sacadas de la Escritura contra la doctrina de la Iglesia, en cuyos lugares se habla del Hijo de Dios, en cuanto que, habiéndose humanado, debió tomar las propiedades de la naturaleza humana; y con este motivo esplana sapientísimamente el misterio de la Encarnacion. Finalmente, prueba que el Espíritu Santo no es creado, sino Dios verdadero y consubstancial al Padre y al Hijo (2).

4.ª *Opúsculo de la Santa y vivífica Trinidad.* Este libro, dividido en veintiocho capítulos (3), lo escribió San Cirilo para inducir á los fieles á la creencia del misterio de la Santísima Trinidad, cuya fe robustece con testimonios de la Sagrada Escritura; y aunque es verdad que no se detiene en refutar los argumentos de los herejes, sin embargo, los hace notar todos.

---

(1) Véase el prefacio á este libro en cualquiera de las ediciones de las obras de este Padre.

(2) Para estos diálogos, véase á J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 9.º, página 491.

(3) Este opúsculo fue publicado por Angel Mayo, en su nueva coleccion *De los escritores antiguos.*

5.ª *Escolios acerca de la Encarnacion del Verbo* (1). Con el objeto de demostrar palmariamente el misterio de la Encarnacion del Verbo, escribió San Cirilo varios libros, anteponiendo primero, como una introduccion ó clave, el libro de las palabras técnicas que ocurren en esta materia; libro utilísimo y muy celebrado en la antigüedad. En él comienza San Cirilo interpretando las voces simples, declarando qué cosa sea el Cristo, Emmanuel, Jesus, y el enlace que los une. Descendiendo despues á las proposiciones, esplica la razon por qué el Cristo y Emmanuel pueden decirse uno; en qué sentido debe entenderse que el Verbo de Dios se anonadó, se unió á la carne, ó encarnó; se hizo hombre sin haber perdido, sin embargo, la Divinidad, ni haber cambiado de naturaleza. De aquí deduce que el Cristo no es hombre solo, ú hombre inspirado, sino Hombre-Dios verdadero, y por qué razon se nos comunica, habita en nosotros, y sin embargo tiene cuerpo propio. Finalmente, demuestra que el Unigénito del Padre, mostrándosenos en carne visible, debe llamarse Dios-Hombre; y claro está, por consecuencia, que la Santísima Vírgen es *Teotocon*, ó verdadera Madre de Dios, y qué juicio debemos formar de la Pasion de Cristo. De aquí toma motivo para refutar las objeciones de aquellos que intentaban probar que las propiedades humanas eran adherentes á Dios, por relacion, no por la union con la persona.

6.ª *Libro de la fe sincera en Jesucristo, Señor Nuestro, al Emperador Teodosio* (2). En este libro, dividido en cuarenta y cinco números, despues de ofrecerlo en su prólogo al Emperador y á las princesas Eudoxia, su mujer, y Pulqueria, su hermana, espone claramente, desde el número 1.º al 4.º, el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios. Del 5.º al 6.º reseña en un índice todos los errores contra este misterio, y, aunque brevemente, los va refutando uno por uno con fuertes razones. Del 7.º al 9.º rearguye á los maniqueos y gnósticos, los cuales admitian en Jesucristo, no un verdadero cuerpo humano, sino aparente y fantástico. Del 10 al 11 impugna á los demas herejes, que no creian digno del Verbo traer orígen de la Vírgen, y le atribuian carne terrena. En el 12 impugna á los marcelianos, que decian del Verbo haber comenzado á existir en la Encarnacion, y no antes; y desde el 13 al 15 dirige tambien sus tiros contra los discípulos de Plotino, que, negando al Verbo la

(1) Tillemont, lugar citado, art. 156.

(2) Este libro se halla tambien en las actas del Concilio de Efeso, parte 1.ª, capítulo III.—Mansi, tomo IV, col. 617.

subsistencia y la personalidad, afirmaban que la palabra de Dios simplemente habitó en Cristo, de modo que Jesus era el más Santo de todos los Santos, pero de ninguna manera Dios. Del 16 al 23 impugna á los apolinaristas, que no reconocian en Jesucristo alma racional. En el 24, sin nombrar á Nestorio, impugna sus errores, sentando la doctrina católica de la verdadera union de la Humanidad y Divinidad de Jesucristo, verificada de un modo admirable, aunque incomprensible. Del 25 al 30 habla San Cirilo de la union de las dos naturalezas en Jesucristo, y que solo mentalmente pueden separarse, porque en realidad son inseparables; y cuando en las Sagradas Escrituras se habla de Cristo como Dios ó como Hombre solo, es en virtud de esta abstraccion mental; por consecuencia, jamás debemos hacer division de naturaleza, porque el Verbo no podemos escluirlo de las condiciones humanas, ni es indigno de Dios tener ambas naturalezas. Desde el 30 al 32 deduce lo racional que es que Jesucristo sea adorado por las criaturas, por más que Dios asegure ser adorado de sí mismo. Del 32 al 45 pone de manifiesto San Cirilo la indivisible é inseparable union de las dos naturalezas en Cristo, probando su objeto con testimonios de la Escritura, y atribuyendo á Cristo Mediador que, aunque verdadero, no es hombre tan solamente, sino Hombre-Dios, gloria, dignidad, operacion y demas atribuciones divinas.

Este libro es uno de los más escogidos de las producciones de San Cirilo, por la variedad, abundancia y multitud de pruebas.

7.ª *Dos libros de la verdadera fe á las Reinas ó Emperatrices* (1). San Cirilo, en su propósito de defender la fe católica, escribió estos libros á las Emperatrices, captándose su afecto en el magnífico prólogo que precede á la obra. Su objeto es instruir en pocas palabras en la verdadera fe del misterio de la Encarnacion, y rebate los perniciosos errores de Nestorio. En el libro I presenta la fe de la Iglesia sobre el misterio de la Encarnacion, y rebate los argumentos en contra, sacando testimonios de los Santos Padres, que prueban evidentemente que la Bienaventurada Vírgen María siempre fue llamada en la Iglesia católica *Madre de Dios*. Despues demuestra que, unido el Verbo á la naturaleza humana, es el Cristo verdadero Dios, y le corresponde igual gloria con el Verbo; que el Cristo es vida y vivificador, y por con-

(1) Este libro se halla tambien en las actas del Concilio de Efeso, parte 1.ª, capítulos IV y V.—Mansi, tomo IV, col. 679.

secuencia, que debemos creer en Cristo como verdadero Dios. De aquí deduce nuestra reconciliacion con el Padre por la muerte de Cristo; y, finalmente, que Jesucristo *uno* es Hijo y Señor. Cada una de estas verdades las prueba con testimonios de la Sagrada Escritura, sacados de las cartas de San Pablo, de las epístolas católicas y de los Santos Evangelios. El libro II, dirigido tambien á las Reinas, lo principia con otra esposicion de la fe desde el núm. 1.° al 3.° inclusive, y en el 4.°, prueba su objeto primero, por los testimonios más fáciles de la Sagrada Escritura, para venir despues á los más difíciles. Del 5.° al 21 prueba el anonadamiento de Cristo en su Pasion y muerte; del 22 al 28, su obediencia; del 29 al 35, su santificacion; del 36 al 46, su sacerdocio; del 47 al 50, su gloria recibida del Padre; desde el 51 al 57, su vida restituida por el Padre, y del 58 al 59 habla del nombre dado de Hijo del Hombre; que no era indigno de la Majestad divina, y que no podia inferirse que fueran dos hijos, sino uno, Hijo de Dios y encarnado en el tiempo, si ha de entenderse rectamente este divino misterio.

8.ª El diálogo titulado *Que solo hay un Cristo* (1). Esta obra está escrita en forma de diálogo tenido con Hermias. Para rebatir los errores de Nestorio, declara San Cirilo por qué razon el Verbo se hizo hombre semejante á nosotros; y probada su generacion divina, dice que nació de una Vírgen que es verdadera Madre de Dios por nuestra salud, sin omitir la razon por qué el Verbo encarnado se llama Cristo. De la division de naturaleza en Cristo, admitida por Nestorio, deduce los males que se seguirian; de modo que Cristo seria Hijo de Dios segun la naturaleza divina, é hijo de David segun la naturaleza humana. Supuesta la union por la gracia ó por la participacion del hombre, resultarán dos hijos, uno natural y otro adoptivo, y hé aquí destruida la obra de la redencion. No obsta á esta doctrina el que Jesucristo se llame Profeta, Apóstol, Pontífice, porque por la union de las dos naturalezas en Cristo pueden predicarse de Dios las cosas propias del hombre, y las cosas propias del hombre, de Dios; de manera que puede decirse de Cristo pasible é impasible, sujeto á la muerte y autor de la vida, siervo y Señor; porque en la Encarnacion «lo que una vez tomó, nunca dejó.»

9.ª *Cinco libros de contradicciones contra las blasfemias de Nestorio* (2). Habiendo caido en manos de San Cirilo el

(1) De este diálogo se hace mencion por los antiguos en Focio, tomo CCXXX.

(2) Gennadio: libro *De los escritores eclesiásticos*, cap. LVII.

libro de las predicaciones de Nestorio, donde se contenian todos sus errores, se vió precisado á salir en defensa de la fe, al considerar el peligro que corria, y con este motivo escribió esta obra de que tratamos. En ella, llamada por escelencia *singular*, se propone San Cirilo refutar los errores de Nestorio. En el libro I, despues de hacer una sencilla esposicion de la fe y de recopilar en un catálogo los errores de sus enemigos, refiere las palabras de Nestorio, y con sencilla argumentacion, sacada de la autoridad de la Escritura y de los Santos Padres, los va rebatiendo. Defiende despues en sentido católico el nombre de *Madre de Dios*, y destruye todos los sutiles sofismas de Nestorio acerca de esta materia. En el libro II impugna á Nestorio, que aseguraba que Cristo no era verdadero Dios, sino un hombre que lleva á Dios, igualando á Dios con el hombre en dignidad, para hacer separacion de las naturalezas, y negar despues la comunicacion de *idiomas*. San Cirilo prueba á Nestorio la union verdadera de las dos naturalezas con argumentos irrecusables, la cual union, no es tan solamente esterna y relativa, como la nuestra con Dios, sino real y positiva. De sofisma en sofisma camina Nestorio hasta separar las hipóstasis ó personas, y San Cirilo lo refuta en los tres libros siguientes. En el libro III San Cirilo defiende la doctrina católica é impugna á Nestorio por violentar las Escrituras para confirmar su error, oponiéndole otros testos, principalmente aquellos en que se dice de Cristo que es Apóstol misericordioso y fiel, Pontífice descendiente de Abraham, hermano nuestro, semejante á nosotros, consubstancial á nosotros, enviado por el Padre y ungido por el Espíritu Santo, adelantando en sabiduría y gracia hasta su consumacion. En el libro IV destruye dos argumentos de Nestorio: el primero, «que Cristo fue apropiado por el Padre y glorificado por el Espíritu Santo por una virtud carnal y esterna, no por eficacia propia;» y el segundo, «que en la Eucaristía no se come el Verbo, sino la carne del hijo del hombre.» Al primero de estos argumentos responde San Cirilo que todas tres Personas de la Santísima Trinidad cooperaron al misterio de la Encarnacion; y al segundo responde probando la presencia real de Dios-Hombre en la Eucaristía, y por consecuencia la sumpcion total del Verbo hecho carne.

Finalmente, en el libro V prueba San Cirilo que, sin mezclarse las naturalezas, ni cambiarse la divinidad, pudo Cristo, Dios-Hombre, padecer, morir, resucitar, ser palpado del Apóstol Santo Tomás; por cuanto habiendo tomado un cuerpo dotado de alma racional y sujeto á la pasion y á la muerte, recayeron todos estos sufrimientos en el *Supuesto*, que era la Persona divina.

10. *Esplanacion de los doce capítulos ó anatematismos* (1). Habiendo escrito San Cirilo el libro de los doce capítulos, y acusándole algunos de sus enemigos, ya de oscuridad, ya de impiedad, hallándose preso, y cediendo á los votos del Concilio de Efeso, esplanó los doce anatematismos, poniendo de relieve en su esplicacion la doctrina de la Iglesia, y anatematizando al final de ellos al que sintiese de otra manera. Esta obra, escrita con admirable maestría, y en la que da el golpe de muerte al nestorianismo, prueba en su anatema primero que Emmanuel, Verbo de Dios encarnado, es verdadero Dios, y que la madre de Emmanuel es verdadera madre de Dios, concluyendo con las elocuentes y verdaderas palabras «y el Verbo se hizo carne.» En el segundo anatema confirma la union hipostática de las dos naturalezas, probando que Jesucristo es Dios y hombre verdadero. En el tercero pone de manifiesto que la union de ambas naturalezas, no es solamente moral, sino real. En el cuarto dice que todas las operaciones que se atribuyen al Cristo, ya como Dios, ya como Hombre, recaen todas en un *Supuesto*, que es Dios. En el quinto afirma que Cristo no es tan solamente hombre que lleva á Dios, sino Dios verdadero. En el sesto defiende que el Cristo, como Hombre, no es esclavo de Dios, sino Señor y Dios verdadero. En el sétimo dice que el Cristo no ha sido adornado con la dignidad de Hijo de Dios, sino que es Hijo de Dios y Dios como el Padre. En el octavo prueba que la adoracion que se da á Cristo no es por otra razon, sino por ser Dios. En el noveno prueba que Jesucristo obró milagros con virtud propia, como Dios que es, y no por eficacia de otro. En el décimo dice que Jesucristo, Verbo de Dios encarnado, Pontífice de nuestra fe, se ofreció en sacrificio, no por El, sino por nosotros. En el undécimo corrobora la verdad católica de que la carne de Cristo que se nos da es vivífica, porque es propia del Verbo, y constituye su vida esencial despues de la Encarnacion. En el duodécimo prueba que el Verbo padeció en su carne, y que resucitó por su propia virtud. Esta obra de los anatematismos fue escrita por San Cirilo á peticion del Concilio de Efeso, ya para dar mayor claridad á sus doce capítulos, en que compendiaba el misterio de la Encarnacion, ya tambien porque algunos de sus enemigos los tachaban de heréticos, como se ha dicho al principio.

11. *Apologético en favor de los doce capítulos contra los Obispos orientales* (2). El motivo de escribir este libro fue combatir á Andrés de Samósata, que impugnó la doctrina

(1) Ceillier, lugar citado, art. 2.º, párrafo 6.º
(2) Tillemont: *Memorias*, art. 45, pág. 373.

de San Cirilo en sus doce capítulos, diciendo que este Santo Padre incurria en una contradiccion.

12. *El libro contra Teodoreto en favor de los doce capítulos* (1). En este libro, como en el anterior, defiende sus anatematismos; espone el verdadero sentido de cada uno de ellos; refuta los errores de sus adversarios, y prueba la doctrina católica, tanto con testimonios de la Sagrada Escritura como de los Santos Padres.

13. *Apologético al Emperador Teodosio.* San Cirilo en esta obra se sincera de los delitos que se le imputaban, demuestra al Emperador el móvil que le impulsó á tomar la pluma contra Nestorio, le manifiesta el por qué se dirige al Emperador, á su esposa y hermana, defensoras de la verdara fe; cuenta fielmente la historia de la causa nestoriana, del Concilio de Efeso y de su funesto cisma, originado por culpa de Juan Antioqueno; y finalmente, despues de descubrir los engaños de sus adversarios, les prueba su mala fe.

ARTÍCULO III.

Obras exegéticas.

1.° *Diecisiete libros de la adoracion en espíritu y en verdad* (2). Al principio de esta obra se colocan con mucha oportunidad los libros de la adoracion en espíritu y en verdad, juntamente con los comentarios de los libros sagrados, porque en ellos esplica la verdad evangélica con los tipos y figuras de la ley antigua, y son muy importantes para el conocimiento de los libros santos, preparando ademas el ánimo para su lectura.

Dió á estos escritos este nombre, porque, en forma de diálogo, resuelve la dificultad del dicho de Jesucristo «no haber venido á abrogar la ley, sino á cumplirla,» demostrando que el Nuevo Testamento habia sustituido al Viejo; y cómo debe entenderse el dicho de San Juan (3), «que debemos adorar á Dios en espíritu y en verdad.» En el libro I enseña que la ley de Moisés habia sido dada á los hebreos para que la guardasen materialmente, y que nosotros, por medio de la oracion, podemos ennoblecerla, guardándola, como adoradores de Dios, espiritualmente. San Cirilo en

(1) Actas del Concilio de Efeso.—Mansi, tomo v, col. 81 á 110.
(2) Carta 2.ª de San Cirilo á Rufo.
(3) Cap. IV, vers. 24.

este libro no siguió paso á paso á Moisés, sino que inventó un método nuevo de esponer las Escrituras, presentando primero argumentos en contra, y resolviéndolos por otros lugares de la Sagrada Escritura. Despues de hablar del pecado del primer hombre y de la esclavitud á que nos sometimos por él, manifiesta la utilidad y gloria de semejante caida, por el bien que nos ha reportado de rechazar el yugo de Satanás y conseguir la verdadera libertad. En los libros II y III dice que esto hemos logrado, no por la ley de Moisés, sino por la gracia de Jesucristo. En los libros IV y V dice que para conseguir esto se requiere una fortaleza grande de ánimo y una firmeza á toda prueba de la voluntad del hombre. En el libro VI dice que el principio de nuestra salvacion está en la fe en Dios, y en su amor; y en los libros VII y VIII recomienda muchísimo el amor del prójimo. En los libros IX y X habla de las leyes del tabernáculo, de los sacerdotes y de los levitas, y todo esto lo refiere como simbólico á la Iglesia católica. En los libros XI y XII demuestra que todo lo perteneciente á los sacerdotes y sacrificios de la antigua ley se ha cumplido en el sacerdocio del Nuevo Testamento; y en el libro XIII dice que todo lo referente á los levitas en el Viejo Testamento es para los obligados al culto divino en el Nuevo. En el libro XIV dice que la pureza del corazon de la Iglesia ha sustituido á la limpieza que ordenaba la ley antigua; y en el libro XV añade que lo que ahora se purifica el hombre por Jesucristo, hacia antes por los ritos de los sacrificios de la antigua ley. En el libro XVI habla de las oblaciones de la ley mosáica, y dice que no hay oblacion más grata á Dios que el ofrecerle el hombre hostia viva y santa. Finalmente, en el libro XVII dice que el hombre cristiano que ofrece á Dios su vida pura y perfecta, alcanzará como recompensa la eterna bienaventuranza, más apreciable infinitamente que todas las festividades de los judíos. Esta amplísima obra, artísticamente compuesta, es llamada con razon «tesoro de esposiciones alegóricas y verdades morales,» porque en ella toda la ley de Moisés está interpretada místicamente, y aplicada á la vida espiritual de los cristianos.

2.° *Los trece libros de comentarios sobre el Pentateuco, de San Cirilo* (1), tienen por objeto referir todos los escritos de Moisés á la Iglesia de Cristo, segun aquello de San Pablo: «El fin de la ley es Cristo.» No se ciñe en la esposicion del *Pentateuco* al testo, sino que por órden cronológico narra los

(1) Cirilo, epístola 2.ª á Rufo.

sucesos desde Adan hasta Josué, eligiendo los más importantes, y dándoles una interpretacion alegórica.

3.ª En el *Comentario al Profeta Isaías* (1), comprendido en cinco libros, y

4.ª En el *Comentario á los doce Profetas menores* (2), se ciñe más al sentido literal, añadiendo ademas la interpretacion histórica y alegórica.

5.ª *El comentario al Evangelio de San Juan* (3), dividido en doce libros (de los cuales el VII y VIII, que contienen la esplicacion de los capítulos X hasta el versículo 18, y el XII hasta el 48, se han perdido), es una esposicion, ademas del sentido literal y espiritual, de las falsas opiniones de los herejes y otras acerca de la doctrina cristiana, como son: acerca del misterio de la Santísima Trinidad, de la distincion de las Personas divinas, de la igualdad y mutua relacion que existe entre ellas. Defiende la Providencia, y prueba, ademas de estas cosas, que la ley antigua solamente fue figura de la ley nueva.

ARTÍCULO IV.

Cartas de San Cirilo.

Hemos creido oportuno hacer mencion de las cartas de San Cirilo, porque su objeto es el mismo que el de sus libros. Todavía nos han quedado sesenta y cinco, escritas en griego y latin. Para mayor claridad las dividiremos en cuatro clases, á saber: en *dogmáticas*, *históricas*, *cronológicas* y *canónicas* (4).

1.ª Todas las cartas *dogmáticas* se refieren al misterio de la Encarnacion. Las más célebres de estas son: la dirigida á *los monges* de Egipto; las *tres á Nestorio*, de las cuales una fue aprobada por los Concilios de Efeso y Calcedonia como *Regla de fé* (5); otra retrayendo á Nestorio de sus errores, por el escándalo que causaba, y la tercera, en que reune sus anatematismos, fue aprobada por la Iglesia Romana, y mereció los aplausos de todo el orbe católico (6).

---

(1) Efren Antioqueno, en Focio: Cod. 229, pág. 420.

(2) Efren Antioqueno, lugar citado, pág. 430.

(3) Efren, lugar citado, pág. 411.

(4) En la edicion greco-latina solo se cuentan sesenta y una cartas, y segun otros, que á la cuarenta y siete llaman *Esplanacion del símbolo*, solamente sesenta.

(5) Concilio de Efeso, acta 1.ª, y Calcedonense, 1.ª, 2.ª y 5.ª

(6) Mario Mercator, refutacion de los capítulos de Nestorio.

La carta á *Acacio Berocense*, en la que espone y defiende su fe contra varias objeciones, y la tan famosa á *Juan Antioqueno*, que se titula tambien *Carta á los orientales*, fue considerada por la Iglesia universal como norma de fe y como fórmula de concordia (1). Algunas cartas más escribió San Cirilo, de suma importancia por la materia que tratan, á saber: del misterio de la Encarnacion, en las que se impugna á Nestorio y se deshacen sus argumentos, entre las que merecen especial mencion las dos dirigidas á *Suceso*, Obispo de Diocesárea (2); otra á *Eulogio, presbítero* (3); dos á *Accacio*, Obispo de Melite (4), otra que se titula: *Del macho cabrío emisario*, porque del precepto de la ley mosáica de los dos chivos, de los cuales uno se mataba y otro se enviaba al monte, deducia que estaba prefigurado en el Antiguo Testamento el misterio de la Encarnacion. Este mismo dogma lo esplica más profusamente en la carta á Valeriano, Obispo de Nicópolis (5), y finalmente, la carta *acerca del santo símbolo de Nicea*, en la que esplica con toda claridad que este símbolo está en conformidad con la doctrina católica acerca del misterio de la Encarnacion, y de ninguna manera favorece á la causa nestoriana, como muchos pretendian (6).

2.ª *Las cartas históricas* se refieren, unas á la causa nestoriana, otras compendian la historia del Concilio de Efeso, otras se reducen á la eleccion de Maximiano, Obispo de Constantinopla, colocado en lugar de Nestorio, otras esplican la causa de la reconciliacion de Juan Antioqueno y demas Obispos orientales, y finalmente, otras dan noticia de la agitacion de las turbas por la condenacion de Teodoro de *Monsuesta* y Diodoro de *Tarsis*.

3.ª *Las cartas canónicas* tratan de que no se admitan los indignos al órden clerical, que permanezcan sujetos á los Obispos los presbíteros, y que estos no se levanten osadamente contra aquellos; que en las causas eclesiásticas se guarde la justicia y la prudencia, y da noticia de la sentencia sobre la cuestion que entónces ocupaba los ánimos, si San Juan Crisóstomo, ya muerto, debiera ser recibido en la comunion de la Iglesia. A estas cartas podemos añadir la *dirigida á los Obispos de Africa*, para fijar el dia en que

---

(1) Concilio calcedonense, lugar citado.—Mansi, tomo VI, col. 657.
(2) San Eulogio Alejandrino, en Focio: Cod. 230.
(3) Epístola 37.
(4) Epístolas 35 y 36.
(5) San Eulogio Alejandrino, lugar citado.
(6) Concilio 2.º de Constant., colac. 5.ª y 8.ª

debia celebrarse la Pascua al año siguiente, y un fragmento de la carta dirigida al *Papa Leon*, acerca del modo de computar la Pascua, y de los misterios pascuales.

ARTÍCULO V.

Sermones de San Cirilo.

Las homilías de San Cirilo, muy numerosas en otro tiempo, fueron tenidas en tanta estima, que los Obispos griegos las aprendian de memoria para predicarlas (1). Las que hoy nos quedan pueden dividirse en varias clases, á saber: homilías pascuales, las que escribió con motivo del Concilio ecuménico de Efeso, y algunas homilías sobre algunos misterios de Cristo.

1.° *Veintinueve homilías pascuales*, á las que algunos dan el nombre de cartas festivales. Era antigua costumbre, practicada ya en el siglo III y confirmada por el Concilio de Nicea, que el Obispo de Alejandría anunciase á fin de todos los años á todos los Obispos del orbe, especialmente al de Roma, el dia en que al año siguiente se habia de celebrar la Pascua (2). El Obispo de Alejandría solia añadir á estas cartas una exhortacion para confirmar á sus Hermanos en la fe, para refutar las herejías que entonces pululaban, y para escitarlos á la virtud. Siguió San Cirilo la costumbre de sus antepasados, escribiendo todos los años su homilía pascual. Estos escritos, ademas de la exhortacion á celebrar con devocion el dia de la Pascua y á guardar con fortaleza el ayuno espiritual y corporal, tienen un argumento, parte dogmático y polémico, parte moral. Así es que en ellas impugna á los *paganos* y su idolatría, manifestando ademas que la vocacion de los gentiles estaba prefigurada en el Antiguo Testamento. Otras veces se vuelve contra los *judíos* pérfidos y tenaces, procurando atraerlos al verdadero conocimiento del *Mesías*; impugnando á los *arrianos*, trata de la *Trinidad*, afirmando la divinidad de Jesucristo, la diversidad de la generacion divina y humana en Cristo, la unidad de substancia y trinidad de personas, y la procesion del Espíritu Santo del Padre y del Hijo. Pero donde más se interesa es en la esposicion del misterio de la *Encarnacion*, defendiéndolo

(1) Gennadio: lib. *De los escritores eclesiásticos*, cap. LVII.

(2) Véase Baronio: *Anales* al año 325, núm. 110.

contra los errores de su tiempo. Trata tambien de la necesidad de la venida de Cristo, presentando á la vista los inmensos bienes que de ella nos han resultado. Esplica la significacion de la ley mosáica, recomienda sobremanera la fe, manifestando que debe ser sana y firme, y señala despues las causas de la defeccion de la verdadera fe. En otras homilías imbuye á sus lectores en las virtudes cuando trata de la milicia de Cristo y del combate espiritual; reprende la ira, la avaricia y la inconstancia, y enseña á huir del mundo y sus atractivos, exhortando á velar y orar sin descanso para alcanzar la virtud de la fortaleza. Sobre todo inculca las obras de caridad, para que, estando unidos á Dios, podamos alcanzar la bienaventuranza.

2.° *Seis homilías con motivo de los sucesos del Concilio de Efeso.* Estas homilías, así como la que pronunció en Alejandría en presencia de Pablo Emiseno, prueban principalmente el misterio de la Encarnacion, segun las circunstancias lo exigian. A estas puede juntarse el *Encomio de la Madre de Dios*, el cual, lleno de alabanzas á la Vírgen y Madre, pronunció en presencia de los Padres del Concilio de Efeso.

3.° Las homilías escritas con motivo de la celebracion de algunos misterios de Cristo, en número de seis, son consideradas por algunos como dudosas. Tratan sobre la Encarnacion del Hijo de Dios; del encuentro del Niño perdido, y purificacion de la Vírgen; de la Transfiguracion del Señor, del Domingo de Ramos, de la Cena mística, de la muerte de Jesus y de su segunda venida. A estas pertenece el sermon de la parábola de la viña, en la cual Jesucristo llama á los operarios en diversos tiempos, y esplica con este motivo su verdadero y genuino sentido.

ARTÍCULO VI.

Obras dudosas, perdidas y espurias.

1.° *El libro contra los antropomorfitas* es al menos dudoso en parte. Le precede la carta genuina de San Cirilo á *Calosyrio*, en la cual algunos monges de Egipto, que atribuian á Dios cuerpo humano por ser el hombre criado á semejanza de Dios, son reprendidos por su negligencia y opinion equivocada; se defiende la presencia de Cristo en la Eucaristía, y se les prohibe severamente toda comunicacion con los herejes. Este libro contra los antropomorfitas no tiene relacion alguna con la carta que precede, y esta no

es otra cosa que un fárrago de preguntas y respuestas sobre la imágen y semejanza de Dios con el hombre, sobre algunas cosas del misterio de la Encarnacion, sobre el estado del hombre en la vida futura, sobre la resurreccion de los cuerpos, sobre la virtud de Dios para hacer todas las cosas, aunque sean contradictorias, cuyas cuestiones se hallan en el sermon de San Gregorio Niseno el dia de Navidad, por cuya razon es sospechosa la autenticidad de este libro, y porque los antiguos no le mencionan.

PERDIDAS.

2.ª *Tres libros contra Diodoro de Tarsis y Teodoro de Monsuesta* (1) y otro *de la Encarnacion*. De esta obra y de las siguientes solo existen fragmentos.

3.ª El libro contra los sinusiastas ó apolinaristas (2).

4.ª El sermon de la fe, ó el apologético á los de Alejandría (3).

5.ª El sermon contra los que se atreven á decir no haber necesidad de ofrecer por los que mueren en la fe (4).

6.ª La carta á los monges Fuitas contra los errores de Orígenes en favor de la resurreccion de los cuerpos y contra la metempsícosis, ó preexistencia de las almas (5).

7.ª El libro contra los pelagianos al Emperador Teodorico.

8.ª Tratado contra Arrio.

9.ª Libro de la insuficiencia ó caida de la Sinagoga.

10. Comentario á San Mateo (6).

11. Libro de la impasibilidad, y otro de la Pasion (7).

12. Comentario á San Lúcas (8).

13. El comentario á la carta de los hebreos (9).

Hizo ademas otros trabajos exegéticos, como la *Esposicion á algunos salmos*; y si merece crédito, el libro de *Catenis*, el *Comentario al Profeta Ezequiel* (10).

Existe con el nombre de San Cirilo una liturgia, la llamada

---

(1) San Cirilo, ep. LII, pág. 197.
(2) Efren Antioqueno: Focio: Cod. 229.
(3) Gennadio: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LVII.
(4) Focio: Cod. 171, pág. 198.
(5) Tillemont, art. 154, pág. 663.
(6) Efren Antioqueno, lugar citado.
(7) Focio: Cod. 54.
(8) Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 9.º, pág. 195.
(9) Facundo Herniano: *Defensa de los Tres Capítulos*, lib. XI, cap. VII.
(10) Efren Antioqueno, lugar citado.

Cóptica; pero es probable sea copia de la liturgia que San Márcos estableció en la Iglesia que fundó en Alejandría, aunque tambien es verdad que los sirios jacobitas tienen una liturgia atribuida á San Cirilo, muy distinta de la anterior.

ESPURIAS.

1.ª *El libro de la Santísima Trinidad*, y tambien *Sentencias del Antiguo Testamento*, interpretadas en sentido anagógico, y dadas á luz con el título de *Colectáneas*. El mismo título da á conocer ser posterior á San Cirilo (1).

2.ª *Diez y seis homilías sobre el Levítico* y *diez y nueve sobre Jeremías*, que son de Orígenes (2).

3.ª *El libro de los judíos* con cuestiones, y una breve *anagogía* de todos aquellos que florecieron antes de la ley (3).

4.ª *Los apólogos morales* dados á luz en Viena en 1630, por Corderio, bajo el nombre de Cirilo Alejandrino, llamándole simplemente Doctor griego y Obispo de los griegos, cuya obra habia sido dada á luz en París en 1502, con el título de *Espejo de la sabiduría* (4).

5.ª Se atribuye tambien á San Cirilo la obra *Catena in Marcum*, cuyo autor es Víctor, presbítero de Antioquía, y ciertas *glosas* ó *poema gambico*, acerca de la propiedad de los animales y de las plantas, cuyo autor es Gregorio Piside (5).

ARTÍCULO VII.

Carácter, estilo y doctrina de San Cirilo.

San Cirilo, gloriosísimo defensor de la fe católica, como le llama San Próspero de Aquitania (6) y varon apostólico, en espresion del Papa San Celestino (7), fue muy instruido en las ciencias sagradas, y sumamente dócil á las enseñanzas de los Santos Padres, mereciendo ocupar un lugar distin-

(1) Véase Bellarmino: *De los escritores eclesiásticos*.
(2) J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 9.º, pág. 490.
(3) Tillemont, art. 139, pág. 675.
(4) Ceillier, art. 2.º, párrafo 11, pág. 368.
(5) Tillemont, lugar citado.
(6) Contra Collat., cap. XXI, núm. 2.º
(7) Carta 25, núm. 7.º, ed. de Constant.

guido entre los Doctores de la Iglesia, á pesar de los esfuerzos de sus enemigos en hacer sospechosa su fe y su santidad.

San Cirilo es el último de los Padres griegos que demostró y defendió elocuentemente el dogma de la Santísima Trinidad, reuniendo en él todo lo mejor que los escritores anteriores habian dicho. Pero donde se distinguió de una manera admirable fue en la esposicion del misterio de la Encarnacion, sobrepujando en precision y claridad á todos los Padres, á escepcion de San Leon Magno, por cuya razon algunos de sus escritos fueron aprobados solemnemente por la Iglesia, y recomendados á los fieles como regla de fe. En estos libros se establece la union hipostática de las dos naturalezas en Jesucristo, y cuando la llama *union natural*, y cuando dice, *una naturaleza encarnada del Verbo de Dios*, no usa estas palabras en el sentido de los apolinaristas, pues, segun el modo de hablar *apostólico*, y siguiendo su lenguaje patrio, toma la *naturaleza* por la *verdad*, y el adjetivo *natural* por lo *verdadero*; y la frase *una natura Dei Verbi incarnata*, quiere significar que el verdadero Hijo de Dios unió á Sí la carne, ó el hombre perfecto. Todo el que quiera, pues, conocer la doctrina de San Cirilo acerca de la Encarnacion, deberá leer principalmente las cartas aprobadas por la Iglesia, los escolios sobre ese misterio, y el diálogo titulado *Que el Cristo es uno*.

No es menos notable San Cirilo como intérprete de la Sagrada Escritura, y en sus esposiciones, unas veces presenta el sentido literal, y otras el místico; el literal en los escritos dogmáticos, tales como en sus *libros á las Reinas y á Juliano*; y el místico en los comentarios y en los libros sobre la adoracion en *espíritu y en verdad*. Apenas se encontrará otro Santo Padre que con un ingenio tan sutil y profundo haya presentado mejor el sentido espiritual, latente en el Antiguo Testamento.

Las obras polémicas son notables, no menos por el órden y claridad que guarda en las materias, que por la fuerza de la lógica y la oportunidad de las pruebas, como se ve en sus libros contra Juliano, en donde para refutar el neoplatonismo, que se apoyaba en Platon y Pitágoras, compara el relato mosáico del *Genesis* y la caida del primer hombre con los mitos correspondientes del gentilismo, y opone la santa vida de los Apóstoles á la de los paganos, y los mártires cristianos á los héroes de la mitología. Sus *Homilías*, en fin, de las cuales muchas se han perdido, se sabe que fueron muy apreciadas, pues los Obispos griegos las aprendian de memoria para predicar (1).

(1) Gennadio: lib. *De los escritores eclesiásticos*, cap. LVI.

Aunque ocupado y distraido con las grandes discusiones teológicas que sostuvo en defensa de la verdad, como ya hemos visto, San Cirilo nos ha dejado suficientes monumentos para merecer un lugar distinguido entre los oradores cristianos, y poder afirmar que sus trabajos apostólicos en este sentido, no solo fueron oportunos, propios y acomodados á los fieles, á quienes los predicaba como quiere Fenelon, sino que ilustraron su siglo y pueden servir de guia para ilustrar los venideros.

Confesamos con otros críticos modernos que en las obras de este Santo Padre no debe buscarse un buen método en la composicion, ni la elegancia, ni la cultura de estilo, porque la energía de su carácter y la abundancia de sus conocimientos le indujeron á recargar su dialéctica de argumentos y de citas, que, amontonadas con gran profusion, abruman con frecuencia y fatigan al lector; la alegoría, tan comun en los escritores de su nacion, domina principalmente en sus conferencias sobre la Sagrada Escritura, y, por último, se observa en él esa oscuridad que con justicia se censura en los Padres africanos. Pero estos defectos, que eran peculiares á la escuela de Alejandría, se hallan abundantemente compensados con instrucciones sólidas é interpretaciones sabias; con digresiones que, si hacen perder de vista el objeto principal del discurso, colocan al auditorio en disposicion de sentir, dando á las palabras mayor fuerza y valor, y revelando más bien la inspiracion que el trabajo; circunstancia altamente recomendable en los que están llamados á corregir los defectos de los hombres, y á combatir los errores de la multitud.

Ademas de la esposicion del misterio de la Encarnacion, cuyo mérito reconocieron todos los antiguos, pueden sacarse de las obras de San Cirilo los puntos de doctrina católica siguientes:

1.° Que la Escritura y tradicion son la norma de la verdadera fe. (Epístola 34.)

2.° Que el hombre goza del libre albedrío. (Libro III contra Juliano.)

3.° Reconoce, con la Iglesia católica, la naturaleza de la justificacion. (Lib. III contra Nestorio, cap. II.)

4.° La necesidad y recompensa de las buenas obras. (Libro XVII, de la adoracion en espíritu y verdad.)

5.° La presencia real de Jesucristo en el Sacramento del Altar. (Lib. IV contra Nestorio, capítulos V y VI.)

6.° Reconoce igualmente la veneracion de los Santos. Lib. VI contra Juliano.)

CAPÍTULO II.

SAN PROCLO.

FUENTES. Los sermones y cartas de este Padre.—San Cirilo de Alejandría, epístolas 51 y 54.—Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. VII, cap. XXVIII y siguientes.—Facundo Hernisanense, en la defensa de los Tres Capítulos.—Nicéforo Calixto: *Historia eclesiástica*, lib. XIV, cap. XXXVII.

AUXILIARES. La vida de *San Proclo*, por Vicente Ricardo, que se halla en la edicion de sus obras de Roma, en 1630. —Tillemont, tomo XIV, art. *San Proclo*.—Ceillier, tomo XIII, cap. XV.—J. Cavé, vol. 1.°, pág. 423.—J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 9.°, pág. 504.

EDICIONES. La de Vicente Ricardo, en griego y latin, con comentarios.—La del Padre Combefício en el *Nuevo Anuario de la Biblioteca de los Padres*, Paris, 1648.—La mejor de todas se halla en Galland., *Biblioteca de los Padres*, tomo IX.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Proclo.

San Proclo, natural de Constantinopla, se dedicó al estudio de las sagradas letras, y logró, aun siendo muy jóven, que se le ordenase lector de la iglesia de su patria, y que San Juan Crisóstomo le eligiese por secretario suyo. Promovido al sacerdocio, se santificó ante sus conciudadanos por su pureza y doctrina, y por el gran celo con que combatió la herejía en todas sus distintas manifestaciones (1). Esto le valió ser consagrado Obispo de Cícico, en el Helesponto, el año 426; pero antes de tomar posesion los naturales de aquella ciudad eligieron otro Obispo. Cuando Nestorio principió á predicar sus errores, San Proclo los refutó públicamente en un notable discurso, pronunciado en alabanza de la Santísima Vírgen y del misterio de la Encarnacion. Suave y dulce de carácter, San Proclo se distinguió por su amor á la

(1) Sócrates: *Historia eclesiástica*, lib. VII, cap. XXVIII.

Religion, la que defendió siempre con valor. Amante piadoso de la Santísima Vírgen, combatió á sus enemigos; y apasionado por el misterio de la Santísima Trinidad, compuso en su obsequio el Sagrado Trisagio, que ha sancionado la Iglesia.

El año 434, accediendo á los deseos del pueblo de Constantinopla, ocupó aquella Silla (1). Dos años despues se suscitaron graves cuestiones, con motivo de los escritos de Teodoro de Monsuesta, en los cuales se encontraban los errores de Nestorio. Algunos partidarios de este hereje, apoyados en el nombre de Teodoro, propalaban su doctrina por la Armenia y la Persia; pero Accacio, Obispo de Melitina, y Robulas, de Edesa, advirtieron á los fieles del peligro que corria su fe. Los Obispos de Cilicia escribieron á los armenios criticando la conducta de Accacio y de Robulas, quienes, en vista de esto, reunieron un Concilio, y mandaron á San Proclo dos presbíteros con cartas en que le hacian saber lo ocurrido, incluyéndole al mismo tiempo el volúmen de los errores de Teodoro que hacian circular por la Armenia. San Proclo, despues de bien meditado el negocio, remitió á los Obispos armenios su notable *Tomo*, en que daba claro testimonio de su fe. Este mismo libro lo mandó á Juan de Antioquía para que lo suscribiese, como lo hizo en un sínodo reunido al efecto (2). Ademas, San Proclo, obrando con gran prudencia, añadió á su *Tomo* los errores de Nestorio, que se propalaban por la Armenia; pero sin nombrar á Teodoro, á fin de conseguir la condenacion de sus errores sin ofender á su autor. Esta sabia prudencia no fue correspondida por algunos monges, que, llevados de un celo exagerado, pedian se condenase á Teodoro como se condenaban sus errores. Juan se quejó de esto á San Proclo, quien le hizo comprender la causa que le habia impulsado á obrar de aquel modo. A la muerte de Robulas le sucedió Ibas, que á pesar de comunicar con los católicos, era infamado por estos por su inclinacion á los errores de Nestorio, por cuyo motivo San Proclo, igualmente solícito por la pureza de la fe que por la paz, mandó á Juan que le estimulase á suscribir los capítulos contenidos con su *Tomo*. Algunos años despues influyó tambien con Domno, Obispo de Antioquía, en favor de Atanasio, Obispo desterrado. San Proclo, cuya santidad se habia estendido por todas partes, murió el año 446 (3).

---

(1) Sócrates, lugar citado.
(2) Galland., tomo XI, pág. 666.
(3) Tillemont, tomo XIV.—San Proclo.

ARTÍCULO II.

Obras de San Proclo.

Los escritos de San Proclo son de dos clases: primero, sermones; y segundo, cartas.

1.° Corren con el nombre de San Proclo veintisiete discursos ó sermones, de los cuales hay algunos apócrifos y dudosos (1). Los genuinos se dividen:

1.° *En sermones de las fiestas del Señor.* En ellos se trata de la Natividad del Salvador, de su Circuncision, de la Epifanía, de la Encarnacion, en el sábado antes de la Cuaresma, de la Transfiguracion, del dia de Ramos, uno en la feria 5.ª, ó sea el Juéves Santo, de la Pasion, tres en la noche de la Pascua, uno de la Ascension y otro de la Pascua de Pentecostés.

2.° *Sermones de los Santos.* Entre estos merece particular mencion el que pronunció en alabanza de la Santísima Vírgen en presencia de Nestorio, y otro de igual argumento. Ademas de estos tiene sermones de San Pablo, de San Andrés, Apóstol, de San Juan Crisóstomo, y de San Clemente mártir y Obispo de Galacia.

3.° *El tratado de la tradicion de la divina Misa*, ó sea el sermon veintidos. En él se espone el orígen de las liturgias griegas, y principalmente de las de San Basilio y de San Juan Crisóstomo (2).

4.° *Las Cartas.* Todavía se conservan siete cartas de San Proclo, de las cuales la más notable es la *Carta de la fe á los armenios*, conocida con el nombre de *Tomo*, en la cual se esplica admirablemente el misterio de la Encarnacion, mereciendo que todos los Obispos del Oriente la suscribieran y la considerasen como la *norma de fe*, y los mismos Romanos Pontífices la colmaran de alabanzas (3). Las otras cartas, ó mejor dicho fragmentos, dan á conocer no menos la caridad y celo de San Proclo, que su amor á la paz.

Lo más notable de la doctrina de este Padre se encuentra en su *Tomo* y en su *Discurso en favor de la virginidad de María.*

---

(1) Los dudosos son, el 2.°, el 4.° y el 18; y los espurios, el 6.° y el 17.—Tillemont, tomo XIV.—San Proclo.

(2) Card. Bona: *Rerum liturg.*, lib. I, cap. IX, núm. 9.°

(3) Tillemont, tomo XIV, art. 141.

CAPÍTULO III.

SAN VICENTE DE LERINS.

FUENTES. El *Commonitorio* de San Vicente de Lerins. —Gennadio: libro *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXIV.

AUXILIARES. *La cronología de Lerins*, por D. Vicente Barrali Salerna.—C. Norisio: *Historia de los pelagianos*, lib. II, cap. XI.—D. Papebroch: *Actas de los Santos*, tomo V, pág. 284.—Tillemont, tomo XIV, *Vicente Lerins*.—Dupin, tomo IV, pág. 170.—Ceillier, tomo XIII, cap. XX.—Galland., tomo X, proleg.

EDICIONES. Son innumerables las que se hicieron del *Commonitorio*.—La primera está en el Antídoto de Sicardo contra todas las herejías: Basilea, 1528.—Despues otra, por J. Costerio, en Lovaina, 1552.—Estéban Balucio, Paris, 1663, y enmendada en 1684.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Vicente de Lerins.

San Vicente de Lerins nació á fines del siglo IV. En sus primeros años se dedicó á la carrera de las armas, y se dejó arrastrar por las pasiones. Cansado de este género de vida, que le llenaba de remordimientos, abandonó por completo el mundo, y se encerró en el monasterio de la isla de Lerins, que le dió su nombre; «refugio favorable siempre á los hombres,» segun sus propias palabras, donde, aplacando á Dios por medio del sacrificio y de la humildad, procuró evitar, no solo los naufragios de la vida presente, sino tambien las llamas del siglo futuro. Su vida desde este momento fue propia de un verdadero monge, mereciendo más tarde ser ordenado de presbítero. Escribió un libro con el nombre de *El Peregrino*, titulado el *Commonitorio*, en donde deja ver la profundidad de sus conocimientos teológicos, y la claridad de su brillante talento, y murió antes del año 450 (1).

(1) Gennadio: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXIV.

Acerca de su santidad se han suscitado acaloradas polémicas; pero el Cardenal Baronio, en las *Notas al Martirologio romano*, al dia 24 de Mayo, afirma que Vicente de Lerins debe contarse entre los Santos y ser venerado como tal. Los Cardenales Orsi y Gotti han opinado de la misma manera. El eruditísimo Padre Papebroch, en su célebre obra titulada *Actas de los Santos*, publica la vida y la apología de San Vicente de Lerins (1).

ARTÍCULO II.

Escritos de San Vicente de Lerins.

San Vicente de Lerins no tiene muchos escritos; pero el libro que tanta celebridad le ha dado equivale á muchos volúmenes, y lleva el título siguiente:

Commonitorio del peregrino contra los herejes. Esta obra, escrita en el año 434, constaba de dos partes: la primera se conserva íntegra; la segunda, en la cual se trataba del Concilio de Efeso, fue robada á su autor, y quedó para siempre perdida, y de ella solo se conserva un ligero estracto ó compendio, hecho por el mismo San Vicente. La primera está dividida en treinta y tres capítulos (2). En el capítulo I declara que cuantas veces preguntó á los varones más santos y doctos por una regla cierta y segura para distinguir la verdad católica de la doctrina de los herejes, siempre se le respondió que la autoridad de la Escritura y la tradicion de la Iglesia. Despues manifiesta que, ademas de la Escritura, se debe consultar á la tradicion como fuente de la verdad revelada, y que para distinguir esta tradicion de la Iglesia católica es necesario atender á este principio: *Quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est;* y que para llegar á esto debemos seguir la universalidad, la antigüedad y la unanimidad. En el cap. II esplica que tendremos la universalidad si confesamos la misma fe que toda la Iglesia predica en toda la tierra; la antigüedad, si no nos separamos de las enseñanzas de los Padres; y, finalmente, la unanimidad, si seguimos en esa antigüedad los pareceres de todos ó casi todos los doctores. En el cap. III enseña cómo se ha de aplicar esta regla, y dice: «Si hay duda

(1) Puede verse ademas á Tillemont, tomo XIV, pág. 143, y particularmente al Papa Benedicto XIV, en su Constitucion sobre la nueva edicion del Martirologio.

(2) Segun la edicion de Balucio, Paris, 1684.

en la fe, el católico seguirá siempre á la Iglesia universal; si la misma Iglesia está dividida de tal modo que sea difícil saber su opinion, entonces se recurrirá á la antigüedad, pero no á uno ó dos escritores antiguos, sino á todos ó casi todos los Padres y Doctores que convienen entre sí en la unidad de fe.» En los capítulos IV y V confirma é ilustra de diversos modos el principal argumento de su libro, con cuyo motivo aduce el ejemplo de los herejes donatistas, y enseña que en este caso se seguirá la *universalidad*. Despues manifiesta que contra los arrianos se debe necesariamente atender á la antigüedad y unanimidad. Desde el capítulo VI al IX demuestra, con la doctrina de San Pablo, la tradicion de la Iglesia y la naturaleza misma de la Religion revelada, que se ha de huir y condenar toda novedad en materias de fe. Desde el capítulo X al XX se admira de que, á pesar de su talento, haya hombres tan abandonados que no puedan mantenerse en las reglas de creencias revestidas con el venerando sello de la antigüedad, sino que, agitados con criminal inquietud, procuran añadir, trocar y cercenar algo á la Religion, como si el dogma de la fe no fuera una revelacion celestial, suficiente para conseguir la salvacion del género humano, y como si este dogma se asemejase á las instituciones de los hombres, que no llegan á su perfeccion sino por medio de continuos cambios y frecuentes reformas. Despues manifiesta que esto mismo es conveniente para confirmar nuestra fe; y por último, presenta los errores de Nestorio, Fotino y Apolinar, y tambien los de Tertuliano y Orígenes, á todos los cuales opone la fe de la Iglesia católica. Desde el XXI al XXIV recomienda la antigüedad y combate las novedades. Luego confirma con estas palabras el progreso de la Iglesia: «Pues qué, me dirán: ¿no es permitido adelantar en el estudio de la Religion?—Positivamente, y todo lo más que se pueda: preciso seria declararse enemigo de Dios y de los hombres para decir que eso no nos es lícito; pero debe ser un progreso verdadero de la fe, y no un cambio. El progreso consiste en engrandecerse una cosa en sí misma; el cambio es pasar de un estado á otro. Así, pues, conviene que la inteligencia, la ciencia y la sabiduría de cada uno y de todos se aumenten con los años y con los siglos, pero con un mismo género, esto es, en el mismo dogma, en el mismo sentido, en el mismo pensamiento. Tambien se desarrollan los cuerpos, pero siempre quedan los mismos, y el viejo es aquel mismo que fue niño. Los años descubren los seres que se perfeccionan, las partes y las formas que el Criador les designó distintamente. Pero si la figura humana se cambia en otra de diverso género, si se añade ó quita algun miembro, fuerza es que el cuerpo perezca, ó se haga monstruoso, ó á lo menos

se debilite. Menester es, pues, tambien que la Religion cristiana sea arreglada en su doctrina, y siga las gradaciones de su mayor desarrollo. Menester es que el dogma católico se consolide y dilate con el tiempo, y que se manifieste completo y entero, en la proporcion de sus partes como en todos sus miembros. Menester es que se estienda con la sucesion de los tiempos, que se arregle con el concurso de los años, y que con la serie de los siglos se eleve á la perfeccion que espera de su orígen celestial. Porque al fin la Religion cristiana es un cuerpo tan perfecto en todas sus partes, que no puede recibir, ni alteracion en sí mismo, ni menoscabo en sus propiedades, ni mudanza en sus decretos.» Desde el XXV al XXVII hace ver que los herejes estienden sus nuevas y erróneas doctrinas, y las recomienda á sus partidarios, pretendiendo fundarlas en la Sagrada Escritura; y enseña que es preciso estar prevenido contra este peligro, no admitiendo otro sentido de la Escritura Sagrada que aquel que le da la Iglesia universal y la constante tradicion. En el cap. XXVIII espone qué consentimiento se requiere en los Padres y Doctores para demostrar la verdad de la fe revelada, y desde el XXIX al XXXIII añade á todo lo dicho una breve recopilacion, en la cual confirma toda la doctrina que ha espuesto con el ejemplo del Concilio de Efeso, tenido tres años antes, y tambien con la autoridad de la Sede Apostólica.

El *Commonitorio* está escrito con una erudicion inmensa, escelente método, y estilo correcto, y muchas veces brillante. San Vicente de Lerins, dando reglas para refutar todas las herejías, sentó un principio que jamás ha dejado de repetirse, como nunca dejará de llenar de terror á los herejes.

El principio fundamental de este esclarecido apologista consiste en suponer que, en materias de fe, lo que el hombre inventa es falso, y lo único verdadero es lo enseñado por Jesucristo y creido por todos los fieles, en todos los tiempos y en todos los paises. *Quod semper, quod ab omnibus, quod ubique.* Segun este gran principio, es muy fácil demostrar que todas las herejías son contrarias á la doctrina de Jesucristo, porque no han sido creidas sino por sus secuaces é inventores; no se han creido antes del siglo en que nacieron, y solo se creen en los paises en que sus autores las predican. Lo que prueba que no provienen de Jesucristo, por que les falta la universalidad, en los que las profesan, en los lugares en que se conocen, y en los tiempos en que viven.

El empleo de este principio será siempre muy provechoso para todos los defensores de la verdad católica, y con razon se ha comparado este libro con las *Prescripciones de Tertuliano.* Si bien no tan vigoroso y violento como el autor

de las *Prescripciones*, San Vicente de Lerins tiene mayor uncion, más método y más abundancia, sin ser por esto menos enérgico y menos exacto.

Mucho se ha disputado entre los eruditos sobre si San Vicente de Lerins cayó en el error de los semi-pelagianos (1). El docto Pontífice Benedicto XIV no se atrevió á fallar en esta grave cuestion; pero aun en el supuesto de que ese error ocupase por algun tiempo el ánimo del autor del *Commonitorio*, la autoridad é importancia de esta obra le borra toda mancha, como el martirio borró á San Cipriano su opinion respecto del bautismo dado por los herejes.

(1) Tillemont, lugar citado.

CAPÍTULO IV.

SAN NILO.

FUENTES. Las obras del mismo San Nilo.—Focio: Códice 201.—Nicéforo Calixto: *Historia eclesiástica*, lib. XIV, capítulo LIV.—Bellarmino: *De escritores eclesiásticos*.

AUXILIARES. J. M. Suarez: *Libro cronológico de la vida de San Nilo*.—Leon Alacio: *Diatriba á los escritos de San Nilo*.—Tillemont, tomo XIV, *San Nilo*.—Ceillier, tomo XIII, capítulo III.—G. Cavé, vol. 1.°, pág. 428.—Labbé: *De escritores eclesiásticos*.—C. Oudin, tomo I, col. 1,254.—J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 10, pág. 3.ª

EDICIONES. La del P. Posino; Paris, 1639, en griego y latin, y la de Leon Alacio en Roma, 1668. Para estas y otras ediciones que hay en latin, puede consultarse á Ceillier, en el lugar citado.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Nilo.

Nació San Nilo, segun la opinion más probable, en Muira (Galacia), en el siglo IV, de padres ilustres. Fue prefecto de Constantinopla, y habiéndose casado, tuvo dos hijos. Mas, desengañado del fausto del mundo y ardiendo en el amor de Dios, persuadió á su esposa é hija á que entraran en un convento, y él se retiró con su hijo Teodulo á las soledades del Sinaí, á fines del siglo IV (1), para hacer allí una vida ascética (2). San Juan Crisóstomo le instruyó en la piedad y en la ciencia de las Sagradas Escrituras (3). Varon admirable por sus virtudes y por su ciencia, escribió muchas cartas para satisfacer á las consultas que se le hacian, hablando en ellas con mucha abundancia, ya de la Sagrada Escritura, ó de la doctrina de la Iglesia, ó de la institucion de las costumbres. Ademas, cuando vió amenazada la fe, ó turbada

(1) Tillemont, artículos 1.° y 2.°, pág. 190.
(2) San Nilo; narraciones 2.ª y 4.ª
(3) Nicéforo Calixto: *Historia eclesiástica*, lib. XIV, cap. LIV.

la paz de la Iglesia, defendió la verdad católica contra los herejes y paganos, reprendiendo en todas partes los abusos: no disimuló la conducta del Emperador Arcadio contra San Crisóstomo (1), y aconsejó convenientemente á los Obispos, abades y militares (2). Mucho tuvo que sufrir cuando los sarracenos penetraron en los desiertos del Sinaí y asesinaron á muchos monges, llevándose vivos á los más jóvenes, con objeto de venderlos (3). San Nilo, no encontrando entre los cadáveres á su virtuosísimo hijo Teodulo, lo buscó por todas partes, y lo encontró en casa del Obispo de Eleusa, quien exigió á padre é hijo, por precio de su reconocimiento, el que se dejasen ordenar de presbíteros. Volvieron otra vez al Sinaí, donde se entregaron á servir á Dios con más perfeccion (4), y San Nilo siguió escribiendo para edificacion é instruccion de los monges, hasta cerca del año 430, sin saberse con exactitud el tiempo en que murió (5).

ARTÍCULO II.

Division de las obras de San Nilo.—Las que tratan de las virtudes y de los vicios.

Las muchas obras ascéticas de San Nilo se pueden dividir cómodamente en cuatro clases:

1.ª Obras que tratan de las virtudes y de los vicios.
2.ª Pertenecientes á la vida monástica.
3.ª Sentencias breves.
4.ª Cartas.

De todas trataremos en los artículos siguientes:

OBRAS QUE TRATAN DE LAS VIRTUDES Y VICIOS.

1.ª *Peristeria*, dirigida á Agatio, ó sea tratado de las virtudes que deben practicarse, y de los vicios que se han de huir (6). Esta obra, en que su autor sigue el ejemplo de una mujer famosa de su mismo tiempo, llamada Peristeria, consta de tres partes y de doce secciones, y en toda ella se trata detalladamente de las virtudes y de los vicios.

La primera parte, y desde la seccion primera á la cuarta, abraza las cosas que pertenecen al hombre en sí mismo, á saber: la templanza ó abstinencia, que modera las necesida-

(1) Lib. III, ep. 279; y lib. II, ep. 265.
(2) Lib. I, ep. 70 y otras.
(3) San Nilo, en sus narraciones.—Los eruditos convienen en que fue por el año 410.
(4) San Nilo, narracion 7.ª pág. 120.
(5) Tillemont, artículos 9.º y 10, páginas 206, 209 y 210.
(6) Tillemont, lugar citado, art. 10.

des del cuerpo; la pureza de intencion, que dirige las acciones á mayor gloria de Dios, y la lectura piadosa y la oracion, que dan fuerza y ayudan á la virtud, y hacen que se escuche la voz de Dios.

La segunda parte, y desde la seccion quinta á la novena, trata del hombre en relacion con su prójimo, y esplica la misericordia y la benignidad para con los pobres, presentando el ejemplo del rico epulon y del mendigo Lázaro. Enseña ademas por qué es conveniente la consideracion de los bienes terrenos, y condena la avaricia y la lascivia.

La tercera parte, y desde la seccion décima á la duodécima, exhorta á estar preparado para el combate, á cuyo propósito refiere el orígen de la caida de nuestros primeros padres; las luchas que todo hombre tiene que sostener; el auxilio y socorro que se recibe de Dios, como se ve en el ejemplo de José y de Susana; y por último, ofrece una gran recompensa al que pelee con valor, aduciendo la parábola de los operarios que fueron llevados á la viña, y concluye con una exhortacion á la perfeccion.

2.ª *El tratado de la oracion* (1). Esta obra consta de un prólogo y ciento treinta y cinco capítulos. Despues de esponer en el prólogo el método de la obra, diserta con mucha estension sobre la oracion. Manifiesta dos clases de oracion: una especulativa, y otra práctica. Enseña sobre qué cosas se ha de orar, y hace ver la escelencia y las dotes de la verdadera oracion, la preparacion mediata é inmediata, el tiempo que ha de durar, su eficacia contra las tentaciones, particularmente contra los demonios; y por último, pone los remedios contra las tentaciones.

3.ª *El tratado de los ocho espíritus de malicia* (2). Esta obra está llena de preceptos y amonestaciones muy útiles, en la cual, imitando el estilo del libro de los *Proverbios*, presenta comparaciones muy propias y elegantes. Trata en ella de los ocho vicios capitales, y descubre su malicia y sus fatales consecuencias; pero añade que pueden ser vencidos, á cuyo propósito inculca las virtudes opuestas. Principia recomendando la templanza, y la presenta como el principio de la vida cristiana. Despues impugna los vicios siguientes, á saber: la gula, la lujuria, la avaricia, la ira, la envidia, la tristeza, la pereza, vanagloria y soberbia.

4.ª *El tratado á Eulogio de los vicios que son opuestos á las virtudes* (3). Este tratado es muy parecido al anterior, en el cual se oponen á los ocho vicios otras tantas virtudes,

---

(1) Focio se ocupa de él en el cod. 201.
(2) Ceillier, lugar citado.
(3) Suarez, en la advertencia á la edicion citada.

en esta forma: á la gula, la templanza; á la lujuria, la castidad; á la avaricia, la pobreza voluntaria; á la tristeza, la alegría en el Señor; á la ira, la longanimidad; á la pereza, el trabajo moderado; á la vanagloria, su huida; y, finalmente, en pocas palabras se pinta la envidia.

5.° *El tratado de diversos malos pensamientos* (1). Consta de veintisiete capítulos, y trata en ellos de las tentaciones diabólicas: describe varias de ellas, y manifiesta que tienen su orígen en la gula, en la avaricia y en la vanagloria, y enseña cómo nos hemos de librar de estas tentaciones.

6.° *El sermon sobre las palabras del Evangelio de San Lúcas*, en el cap. XXII, vers. 36 (2). San Nilo espone el sentido alegórico de esas palabras, diciendo «que el saco que Jesucristo mandó tomar á sus discípulos es el ejercicio y hábito de las virtudes, y que por la espada se entiende el estudio de la divina palabra, para refutar los enemigos de la fe;» cuya interpretacion ilustra con muchos testos de la Escritura.

ARTÍCULO III.

Obras pertenecientes á la vida monástica.

1.ª *La relacion de la muerte de los monges del monasterio del Sinaí* (3). En esta historia, como la llama San Nilo, divide en siete narraciones la descripcion del retiro que los monges tenian en el monte Sinaí, en el cual vivian muchos, y entre ellos su hijo Teodulo; refiere ademas que fueron hechos prisioneros por los bárbaros; cómo encontró á su hijo, y por qué se retiró con él al mismo lugar para continuar la vida solitaria.

2.ª *El discurso en obsequio de Albiano* (4). Habia sido este monge de Nitria, y San Nilo presenta en su discurso su vida y sus virtudes, como el modelo y ejemplar de la vida solitaria.

3.ª *El tratado de los ejercicios monásticos* (5). Este tratado se halla naturalmente dividido en tres partes. En la primera, y desde el cap. I al II, describe el orígen y escelencia de la vida monástica, y se lamenta de que haya decaido tanto de su espíritu y fervor primitivo. En la segunda,

---

(1) Ceillier, lugar citado, art. 2.°
(2) Ceillier, lugar citado.
(3) J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, tol. 10.
(4) Tillemont, lugar citado, art. 13.
(5) Tillemont, lugar citado, art. 10.

desde el cap. XXI al XLI, instruye á los superiores esponiendo las cualidades que deben reunir, los deberes de su cargo, las dificultades que lleva consigo, y, por último, los exhorta á que no lo apetezcan. En la tercera, y desde el cap. XLII al LXXV, se dirige á los monges en general, y les hace ver sus obligaciones, exhortándoles á la obediencia, al desprecio de los bienes de esta vida, á la lucha contra las pasiones, al amor al retiro y á huir de la gula, de los placeres y de la ira.

4.° *El tratado de la pobreza voluntaria, dirigido á Magna* (1). Esta obra es como continuacion de la anterior. Desde el cap. I al XII exhorta en primer lugar al desprecio del mundo; desde el XIII al XX distingue tres clases de pobreza voluntaria, á saber: suma, media é ínfima; y añade que la pobreza suma la practicaron los Santos, porque vivieron solo para Dios y su alma, y despreciaron las riquezas, confiando en la divina Providencia. Desde el cap. XXI al XXIX recomienda á los monges la pobreza media, esto es, aquella que se procura lo necesario para la vida, con trabajo de manos, y lo restante del tiempo lo emplea en la oracion y la lectura; desde el cap. XXXI al XLI increpa fuertemente á los que están en la última clase, y que solo conservan la pobreza en la apariencia, imitando á los seglares, que pasan el dia y la noche en cuidados y negocios del siglo, procurando el aumento de los bienes de la tierra, y los exhorta á que vuelvan á sus deberes. Desde el cap. XLII al LXIV manifiesta á los buenos monges que siguen la verdadera pobreza, que viviendo segun el espíritu, y no segun la carne, como enseña el Apóstol, llegarán á asemejarse á Dios, sin que les turbe el afecto de las cosas de este mundo, para lo cual deben ademas dedicarse á la oracion y aspirar á la perfeccion. Desde el cap. LXV al LXVII amonesta por último á todos, y principalmente á los que hace poco tiempo están en el monasterio, á que practiquen la templanza, la humildad y la paciencia.

5.° *El tratado de la escelencia de los monges* (2). San Nilo prueba estensamente en este libro que el estado de los que viven en la soledad es más escelente que el de los que habitan las ciudades, cuya tésis confirma haciendo ver los peligros que lleva la vida entre los del siglo, y ademas presenta los bienes espirituales que se disfrutan en la soledad. Despues refuta dos dificultades que se hacian contra la vida solitaria: la primera, que considera más perfecto vivir en la sociedad y dirigir las almas á la felicidad eterna; y la segun-

(1) Tillemont, lugar citado.
(2) Tillemont, lugar citado, art. 11.

da, que persuade que no deben temerse mucho los peligros, porque la costumbre disminuye los males.

6.° *El tratado al monge Eulogio* (1). Este tratado está lleno de saludables advertencias, no menos convenientes para los monges que para todos los que quieran llevar una vida cristiana. Desde el cap. I al V trata del abandono de las cosas del mundo, de la fortaleza, de la humildad y de la tolerancia. Desde el cap. VI al VIII enseña la manera de adquirir la paz, tanto interna como esterna; la discrecion de espíritus, y cómo se han de vencer la tristeza y las tribulaciones. Desde el cap. IX al XXXIV hace ver los ataques que el demonio dirige á los que se dédican á la vida espiritual, y enseña á vencer las pasiones, exhortando, no solo á la oracion y al trabajo de manos, sino tambien á la práctica de todas las virtudes.

ARTÍCULO IV.

Las sentencias breves y las cartas.

1.° Las sentencias breves, ó sean las amonestaciones de San Nilo, son como unas doscientas (2), y en ellas se exhorta clara y elocuentemente á la práctica de las virtudes, tanto morales como ascéticas. Hé aquí algunas sentencias, modelos de concision y sabia oportunidad: *Para llegar á conocer á Dios, es preciso comenzar por conocerse á sí mismo.—Es bello hacer bien á todo el mundo; pero más bello aun hacer bien á quien no puede recompensárnoslo.—El corazon del hombre sin pecado es el verdadero santuario de la Divinidad.*

2.° Las cartas que llevan el nombre de San Nilo son muchas, pues hay edicion que pone más de mil; pero algunas no están íntegras, y más bien deben considerarse como sentencias y fragmentos de esposiciones de la Sagrada Escritura ó de alguna de sus cartas. Estas se dividen en dogmáticas, exegéticas, morales y ascéticas, y todas están comprendidas en el libro IV.

1.° *Cartas dogmáticas.* En algunas de estas impugna á los judíos y á los herejes, ya en general, ya en particular. En otras prueba la escelencia de Dios, su providencia, el misterio de la Santísima Trinidad, de la Encarnacion, y la perpetua virginidad de la Santísima Vírgen. Tambien trata del orígen y naturaleza del mal, del libre albedrío, del pecado de nuestros primeros padres, de la justificacion, de la

(1) Tillemont, lugar citado, art. 10.
(2) J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 10.

naturaleza y propagacion de la Iglesia por los Apóstoles, y, finalmente, de la inmortalidad del alma, de la resurreccion de los muertos y de la bienaventuranza.

2.° *Cartas exegéticas*. En ellas interpreta algunos lugares de la Sagrada Escritura, tanto en el sentido literal é histórico, como en el alegórico, aunque da la preferencia á este último.

3.° *Cartas morales y ascéticas*. En ellas se contiene un tesoro para dirigir al hombre á la perfeccion cristiana. Recomienda en primer lugar la verdadera fe en Dios y en su Hijo Jesucristo, la esperanza en la misericordia y bondad de Dios, ya cuando nos vemos oprimidos bajo el peso del pecado, ya cuando somos agitados por fuertes tentaciones; y á esta une el temor y la paciencia. Frecuentemente tambien exhorta á los pecadores á la conversion, y describe la escelencia de la penitencia. Muchas veces se ocupa de las tentaciones, por qué Dios las permite, y cuán convenientes son; y recomienda la oracion y el trabajo de manos. Se ocupa ademas de la caridad, no menos hácia Dios que hácia el prójimo; escita á la limosna y á la continencia. En algunas cartas, que se dirigen á los monges, alaba á los buenos, reprende á los malos, y á todos instruye con saludables consejos.

Se conservan algunos fragmentos de San Nilo en la edicion de Suarez. El *Libro contra los gentiles* y el *Libro de la compuncion*, se han perdido. La esposicion del *Cantar de los cantares*, por San Gregorio Niseno y por San Nilo, se encuentran mezclados, de modo que no se saben distinguir (1).

Las obras espurias de San Nilo son las siguientes:

1.ª Tratado moral.
2.ª El manual de Epitecto.
3.ª La narracion del monge Pacon.
4.ª El sermon dogmático sobre la Santísima Trinidad.
5.ª El martirio de San Teodoro de Ancira y la oracion á Dios contra la irrupcion de los bárbaros del monte Sinaí (2).

Nilo, «Santo y esclarecido Padre,» como le llama el Concilio II de Nicea (3), espuso en sus escritos, no solo los dogmas de la fe, sino tambien los preceptos de la moral. Sus trabajos contienen un inapreciable tesoro de doctrina ascética, en el cual describe con sincera caridad y tierna solicitud las diversas pasiones del alma, las tentaciones del demonio, la bondad y misericordia de Dios, las luchas del hombre, sus caidas y sus victorias. Sus escritos están llenos de fuerza y de vigor, de sentencias elocuentes y de seme-

(1) Véase J. A. Fabricio, *Biblioteca griega*, vol. 10.
(2) Gallandi: *Biblioteca de los Padres*, tomo IV; y Oudin, tomo I, col. 1,256.
(3) Act. 4.ª—Mansi, tomo XIII, col. 370.

janzas elegantes, y ha sido considerado como uno de los discípulos más aprovechados de San Juan Crisóstomo, mereciendo los elogios de Focio y de Nicéforo Calixto por la nobleza de su estilo y la pureza de su moral.

Su doctrina dogmática, que siempre es el fundamento de la moral, está conforme con la doctrina católica, y de ella pueden sacarse los puntos siguientes:

1.° Reconoce la fe como principio de la salud. (Lib. II, carta 288.)

2.° La necesidad de las buenas obras. (Lib. II, carta 165.)

3.° La transubstanciacion en la Eucaristía. (Lib. I, carta 44.)

4.° La confesion de los pecados y la satisfaccion. (Libro III, carta 243.)

5.° La invocacion de los Santos y el culto de las imágenes. (Lib. IV, carta 62.)

CAPÍTULO V.

SAN ISIDORO PELUSIOTA.

FUENTES. Las cartas de este Santo Padre.—Efren Antioqueno, en Focio, Cod. 228.—Facundo Herniano: *Defensa de los Tres Capítulos*, lib. II, cap. IV.—Leoncio Bizantino, contra Nestorio y Eutiques, lib. III.—Evagrio: *Historia eclesiástica*, lib. I, cap. XV.—Nicéforo Calixto, id., lib. XIV, capítulo XXX.

AUXILIARES. C. Riterusio: *Notas á las cartas de San Isidoro*, en su edicion.—Tillemont, tomo XV, art. *Isidoro Pelusiota*.—Ceillier, tomo XIII, cap. XXIII.—G. Cavé, vol. 1.°, pág. 390.—J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 10, página 480.—H. A. Niemeyer: *Comentario histórico y teológico de San Isidoro Pelusiota*.

EDICIONES. De todas sus obras la de Paris, 1638, publicada nuevamente en Venecia en 1745.—Las demas ediciones no son íntegras; para estas véase á Ceillier, lugar citado, y J. A. Fabricio, id.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Isidoro Pelusiota.

San Isidoro, natural de Alejandría, nació hácia la mitad del siglo IV. Despues de haber estudiado filosofía y retórica, fue instruido por San Juan Crisóstomo en las ciencias cristianas, y se retiró á la vida monástica á unos montes cerca de Pelusio, por lo que fue llamado el *Pelusiota* (1). Hizo allí mucha penitencia, y se dedicó á la contemplacion, siendo tantas sus virtudes, que no solo fue ordenado de sacerdote, sino que tambien fue nombrado abad de un monasterio (2). Amante de la verdad, de la virtud y de la paz, defendió la fe contra los herejes, atrajo á la virtud á los pecadores, y cortó las discordias

(1) Efren Antioqueno, lugar citado.
(2) Evagrio, lugar citado.

entre los disidentes, añadiendo á tantas virtudes la preciosa joya de la humildad (1). Por su admirable santidad y su profundo conocimiento de las Sagradas Escrituras, fue celebrado en todas partes y consultado por los hombres más eminentes de su tiempo. Así es que San Cirilo de Alejandría, á quien San Isidoro indujo principalmente á venerar la memoria de San Crisóstomo, le honraba como á padre, recibiendo de él saludables consejos para desempeñar dignamente el Episcopado y defender la integridad de la fe. Esto sucedió principalmente cuando las turbas nestorianas calumniaban á los más santos varones, y durante el Concilio de Efeso amonestó á San Cirilo para que no anticipase su justo juicio, llevado de un escesivo fervor. Despues del Concilio, como se murmurase que San Cirilo por amor á la paz habia condescendido demasiado con los orientales, le exhortó San Isidoro á defender con constancia la integridad de la fe. El mismo defendió asiduamente la verdad católica contra los paganos, judíos y herejes; exhortó á la virtud á los hombres de todas clases y condiciones, y se dirigió al mismo Emperador para que procurase la libertad de la Iglesia. Redujo á buen camino á los desgraciados que hollaban la ley divina, usando, ya de palabras suaves, ya tratándolos con dureza, pero inflamado siempre en el ardor de la caridad. Entre estos deben contarse en primer lugar Eusebio, Obispo de Pelusio, y el presbítero Zósimo, á quienes reprendió acerbamente por sus graves crímenes. Pero esta correccion no produjo buen efecto, antes bien el Santo esperimentó grandes persecuciones. Por fin, despues de muchos trabajos por la fe y la piedad, murió poco despues del año 434 (2).

ARTÍCULO II.

Obras de San Isidoro.

De las obras de San Isidoro todavía nos quedan hoy cerca de dos mil cartas (3), distribuidas en cinco libros. Son en verdad un preciosísimo tesoro de erudicion, tanto sagrada como profana, y un perenne monumento de la piedad más angelical. Para su mejor inteligencia se pueden dividir en tres clases, á saber: en exegéticas, dogmáticas y morales.

1.ª *Cartas exegéticas.* Ocupan estas la mayor parte de los cuatro primeros libros, y especialmente el IV, pues el V no contiene casi ninguna de este género. Esplana en ellas en muchas partes el sentido literal de aquellos lugares de la

(1) San Isidoro Pelusiota, lib. I, carta 93.
(2) Niemeyer, pág. 19 á 28.
(3) Facundo Herniano, lugar citado.

Escritura sobre que es consultado por sus amigos, para lo cual, ademas de esplicar los principios de la escuela antioquena, en que estaba imbuido, los hermosea con su grande ingenio y su abundante doctrina. Recomienda frecuentar la lectura y meditacion de la Sagrada Escritura; y aun cuando reconoce en ella tres sentidos, á saber: el literal, moral y alegórico, prefiere el primero, sin escluir por eso el último. Advierte, sin embargo, en el Antiguo Testamento, que la significacion de la ley mosáica, segun la mente del legislador Dios, es tanto literal como espiritual; en los vaticinios de los Profetas dice que algunas cosas se deben aplicar á los sucesos de aquel tiempo, y otras á Cristo y sus misterios; pero que es propio del intérprete el distinguir estas aplicaciones, no sea que, refiriendo alguna cosa poco propia á Cristo, tomen motivo los judíos y gentiles para rechazar lo que se dice del Hijo de Dios. Añade que los intérpretes de la Escritura «deben tener su lengua grave y clara, y su mente piadosa y santa;» que no abriguen en su corazon el deseo de vanagloria, sino que se han de dirigir á la verdad y á la santidad, y que no han de inferir el sentido de la Escritura por opiniones anteriores, sino que han de inquirir su significacion con pura y recta intencion, y han de tener los sagrados libros como espejo de su vida.

2.ª *Cartas dogmáticas.* De estas unas impugnan á los gentiles, judíos y herejes, y otras esponen y confirman algunos dogmas. Entre los herejes abraza principalmente á los arrianos y eunomianos, á los macedonianos, sabelianos, marcionitas, maniqueos, montanistas, novacianos y origenistas. En otras cartas prueba la existencia de Dios; demuestra la verdad de la Religion cristiana, declara la naturaleza de la Iglesia de Cristo, fuera de la cual no hay salvacion; espone varios atributos de Dios, Criador y gobernador; confiesa su providencia; habla contra la falsa sentencia de la casualidad; propone la doctrina de la Santísima Trinidad, y trata frecuentemente de la Encarnacion del Verbo y de la redencion del género humano, por su Pasion, muerte y resurreccion. Confirma la eficacia objetiva de los Sacramentos; indica los efectos del Bautismo; describe la justificacion del pecador, é ilustra el misterio de la predestinacion. Finalmente, enseña la inmortalidad del alma, la futura resurreccion de los cuerpos, el juicio futuro y la justa retribucion de los buenos y de los malos.

ARTÍCULO III.

Cartas morales.—Carácter, estilo y doctrina de San Isidoro.

Las cartas morales contienen muchas elegantes y útiles sentencias, que dan mucha luz para la Teología moral, y son

un tesoro de verdades morales y espirituales, en el cual se deja ver una justa severidad y equitativa moderacion, y un elevado conocimiento de la divina revelacion y de la humana naturaleza. En ellas resaltan los puntos siguientes:

1.° Propone *la idea de la perfeccion cristiana* y los medios para conseguirla. Describe la hermosura de la virtud, é inculca su práctica sobremanera. Recomienda las virtudes cardinales, y tambien las teologales, y las que de ellas se derivan, como la mansedumbre, la correccion fraterna y la beneficencia para con los pobres.

2.° Presenta *la mala índole del pecado* y sus fatales consecuencias; enseña que su remedio es la penitencia, y reprende los principales pecados capitales.

3.° Como que es preciso apartar de nosotros tantos y tan graves males, dice que es necesario *el combate espiritual*, y que debemos superar las tentaciones del diablo, permitidas por Dios. Se propone principalmente persuadir á que se tenga paciencia en las injurias y tolerancia en las adversidades, inculcando ademas la diligencia en no pecar con la lengua.

4.° Una parte no pequeña de las cartas de San Isidoro tiene por objeto *instruir á los sacerdotes*. En estas trata de la disposicion para recibir tan sublime ordenacion; de la solicitud de los Obispos en ordenar solamente á los dignos; del deseo del sacerdocio y de la huida de la dignidad episcopal. Propone la idea del sacerdote y del Obispo, y manifiesta que en ellos es necesario el buen ejemplo, juntamente con la ciencia, enumerando en seguida las cualidades del buen Pastor y buen Doctor. Por la misma grandeza y dignidad del cargo sacerdotal, deplora tanto más los vicios y pecados de los sacerdotes, porque ademas de ser en sí muy graves, escandalizan á los más ignorantes, y redundan en desprecio de la Religion. Alguna vez exhorta á bien vivir á los Obispos y presbíteros; y para que no sean infructuosos sus ruegos, eleva sus oraciones al cielo. Finalmente, reprende con mucha severidad el vicio de la simonía, y en otras cartas se dirige á los monges para reducirlos á la norma de la vida monástica.

De San Isidoro se han perdido las obras siguientes:

1.ª El libro contra los griegos ó gentiles (1).

2.ª Un tratado breve, titulado: *Que no hay casualidad* (2).

3.ª Los *Escritos á Cirilo de Alejandría* (3), á no ser que bajo este nombre se entiendan las cartas dirigidas á este Santo Padre.

---

(1) Isidoro Pelusiota, lib. II, epíst. 137.

(2) San Isidoro, lib. III, epíst. 253.

(3) Evagrio: *Historia eclesiástica*, lib. I, cap. XV.

4.° Las *Cuestiones y respuestas de Isidoro*. Pero parece que solo son un estracto de algunas cartas (1).

5.° *De la Natividad del Señor*. Esta obra es indudablemente la misma que propiamente se llama: *Dos libros de San Isidoro, antiguo teólogo, sobre la Natividad del Señor*.

Estos libros tienen por verdadero autor á San Isidoro de Sevilla, y con el título *Contra los judíos* se encuentran en la hermosa edicion que de las obras de este Padre hizo el P. Arévalo en Roma (2).

Las cartas de San Isidoro Pelusiota, generalmente muy suaves, presentan, sin embargo, la elegancia ática y una elocuencia brillante, unida á una inmensa erudicion y á una rara piedad; de tal modo, que le colocan entre los primeros escritores ascéticos por su energía en recomendar la virtud y en condenar los vicios. En todas sus cartas, cualquiera que sea su argumento, se encuentra alguna sentencia ó exhortacion elocuente para escitar á la piedad, cautivando el espíritu de sus lectores; por cuya razon, deseando un Obispo la norma del estilo epistolar, el erudito Focio le remitió á las cartas de San Basilio, de San Gregorio Nacianceno y de San Isidoro Pelusiota, porque en ellas encontraria, no solo lo que buscaba, sino tambien muchas cosas de suma utilidad. Y hablando despues solo de las de San Isidoro, dice que no son menos apreciables por la elegancia del estilo que por reunir la regla de vida del sacerdote y del asceta.

Su doctrina, sacada de la abundante fuente de la Iglesia católica, contiene, entre otros muchos puntos dogmáticos, los siguientes:

1.° Reconoce la necesidad de la gracia y del libre albedrío para la justificacion del hombre. (Lib. v, carta 28.)

2.° Que la fe sin las buenas obras no salva. (Lib. iv, carta 65.)

3.° La presencia real de Cristo en la Eucaristía. (Lib. i, carta 109.)

4.° El sacerdocio del Nuevo Testamento. (Libro ii, carta 52.)

5.° Que la virginidad se ha de anteponer al matrimonio. (Lib. iv, carta 132.)

6.° El purgatorio, el culto de los Santos y su veneracion. (Lib. i, carta 350.)

---

(1) Tillemont, art. 10, pág. 117.

(2) Fessler: *Patrología*.—San Isidoro Pelusiota. Nota, tomo ii, pág. 625.

CAPÍTULO VI.

BACHIARIO.

FUENTES. San Gerónimo: *Carta á Florencio.*—Gennadio: *De los escritores eclesiásticos.*—Florez: *España Sagrada*, tomo XV, tratado 55.

AUXILIARES. Dupin: *Biblioteca de los escritores del siglo* V. —Honorio Augustodunense, lib. II, cap XXIV.

EDICIONES. El *Tratado de la fe* lo publicó Muratori en Paris, en 1698; y la *Carta de penitencia* lo fue en Roma, por Flori, en 1748; y uno y otro tratado se hallan en Florez, tomo XV, apéndice último.

ARTÍCULO ÚNICO.

Vida y escritos de Bachiario.

Bachiario, filósofo cristiano, nació en la provincia de Braga, y floreció á fines del siglo IV. Muratori, en los documentos inéditos de la *Biblioteca ambrosiana* (1), dice que han procedido muy incautamente los que le han supuesto de Inglaterra, y los errores que impugna en uno de sus escritos no dejan duda acerca de su orígen español. Las circunstancias de su vida nos son desconocidas, y solo se sabe por San Gerónimo (2) que fue monge, lo que confirma Gennadio, llamándole varon de cristiana filosofía, frase que se aplica frecuentemente por los antiguos Padres á los monges. Gennades, citado en la *Biografía universal*, cuenta que cambiaba muchas veces de domicilio, para estar más unido con Dios y tener menos afecto á las cosas mundanas, á cuyo fin repetia sin cesar la sentencia de San Pablo que dice (3): *Non enim habemus, hic manentem civitatem.* Tampoco sabemos el año en que murió.

Los escritos de Bachiario son los siguientes:

1.° *El tratado de la fe, ó sea la apología de su fe.* Mu-

(1) Tomo II.
(2) Carta 4.ª
(3) Carta á los hebreos, cap. XIII, vers. 14.

cho se ha disputado acerca de la persona á quien va dirigido este libro, y solo parece probable que lo fue á uno de los Pontífices de fines del siglo IV, como se desprende de su contenido. El motivo que tuvo para escribirlo fue sin duda la necesidad de manifestar su fe en medio de los errores que infestaban su provincia, y lo hizo por los años 400. Bachiario principia su *Tratado* con dos testos de la Escritura, segun la version de los Setenta; uno, tomado del *Eclesiastes* (1), que dice: *No hay nada nuevo debajo del sol*, y otro de San Pablo (2) en que se manifiesta «que muchas cosas se realizaron en figura;» y añade que los hechos confirman esas palabras.

Despues hace ver que los errores de su patria de ninguna manera manchan á todos sus hijos, cuya tésis defiende con muchos ejemplos de la Escritura, citando al efecto lo que decian de Nazareth, que le suponian incapaz de producir cosa alguna buena; y sin embargo, Jesucristo descendia de aquel pueblo; y añade otros muchos ejemplos tomados de la Sagrada Escritura, para probar que no seria justo acusar á uno de hereje por haber nacido en un pais de errores; pues si á mí me preguntan de quién he recibido el ser, siempre diré—«Del Bautismo.» Luego, para que no se sospeche acerca de sus creencias, hace una completa profesion de fe, confesando los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion, de la virginidad de la Santísima Vírgen, y de la resurreccion de la carne; reconoce ademas la santidad del matrimonio, pero lo pospone á la virginidad; el orígen del alma racional, la naturaleza del ángel malo, los ayunos, la calidad de alimentos, y otros muchos artículos en que erraban los priscilianistas y otros herejes de aquel tiempo, y concluye pidiendo á Dios conserve en su corazon esa fe hasta la muerte.

2.° *La carta á Juanario* de penitencia, ó sea *para recibir á los lapsos*, y tambien *Del Monge caido* (3). Un monge diácono habia pecado con una religiosa, por cuyo delito fue escluido de la Iglesia. Su Prelado Juanario no le queria recibir á la comunion, aun despues de haber hecho penitencia, y no faltaba quien aconsejaba al monge que se casase con su cómplice. Con este motivo escribió Bachiario su carta á Juanario, á fin de inducirle á admitir al monge penitente, á cuyo fin le hace ver que todo pecado era remisible, recordándole aquellas palabras de la Escritura: «¿Acaso no hay médico en Galaoth?» Despues pone á la vista del Prelado la

(1) Cap. I, vers. 9.

(2) Cap. X, vers. 6.

(3) De estos tres modos se halla citada la carta; y lo es con propiedad si se atiende á su argumento.

misericordia de nuestra santa Religion, la bella figura de Resfa guardando los cadáveres de los que habian sido muertos por David, en venganza de los gabaonitas, hasta alcanzar para ellos la clemencia del cielo, y el ejemplo de Judas Macabeo haciendo sacrificios por los difuntos. Luego añade: «¿De qué servirian tantos remedios como ha puesto nuestro Maestro á nuestro alcance, si no han de aprovechar para perdonar las faltas que cometemos?»

A fin de prevenir las observaciones que pudiera hacer el Prelado, le dice que tambien los levitas del Antiguo Testamento cometieron faltas, y hasta el mismo Aaron murmuró de su hermano Moisés, y alcanzaron el perdon; y que si bien el pecado nos mancha el alma, la absolucion y la penitencia la purifican. Por otra parte, el soldado que es herido al comenzar la batalla, suele ser más esforzado despues en la lucha, como se ve en Sanson; y tambien en David, que habiendo caido en su juventud, sin embargo hizo penitencia y llegó á tener un corazon cortado á la medida de el del Señor. Ademas, el que cae en la lucha merece compasion; y con más razon el pobre monge, que peleaba sin cesar con el ayuno contra la gula, y con el silencio contra la murmuracion, y allí mismo donde él se creia seguro, fue herido. «No es tampoco conveniente, añade, abandonar al pecador cuando tiene verdadero arrepentimiento, ni se han de publicar las faltas de los eclesiásticos, sino antes bien se han de cubrir como yerros de hermano, para no dar ocasion á la maledicencia de los legos, que abultan los defectos de los sacerdotes, en descrédito de la Religion.»

Volviéndose despues al monge, le recomienda que se retire á su monasterio á lavar con sus lágrimas el cilicio manchado, sin pensar en deshacer por el matrimonio el adulterio, porque la que una vez se desposó con Jesucristo, tiene siempre vivo el Esposo, sin poder admitir otro; que procure no retardar la penitencia, para no caer en mayor pecado, cual seria la desesperacion, y concluye manifestándole que si desoye sus palabras, tendrá doble castigo en el dia del juicio; pero que, si es fiel al Señor, su recompensa será completa.

Esta carta, como se acaba de ver, está escrita con tanta prudencia como celo, y con tanto rigorismo como caridad, y se encuentran en ella ademas felices aplicaciones de las ceremonias y de las historias del Antiguo Testamento.

CAPÍTULO VII.

ESCRITORES ASCÉTICOS É HISTORIADORES ECLESIÁSTICOS DE ESTE TIEMPO.

ARTÍCULO PRIMERO.

Márcos, ermitaño.—Diadoco, Hesychio y Juan Carpacio.

I. *Márcos, ermitaño.* Este célebre monge, discípulo, como San Nilo, de San Juan Crisóstomo, floreció en el siglo IV (1), no sabiéndose cosa alguna respecto á su persona. De él nos quedan hoy diez opúsculos ascéticos, á saber:

1.° *Tratado de la ley espiritual.* En él espone en 201 sentencias el sentido en que se toma aquello de San Pablo, *Ley espiritual* (2); y enseña lo que deben saber y obrar los que observan esta ley.

2.° *Tratado sobre los que piensan que se justifican por sus propias obras.* En doscientas once sentencias confirma la necesidad de la gracia, y la escelencia de la fe, reprendiendo la demasiada confianza en las propias fuerzas, y la presuncion por las buenas obras.

3.° *Tratado de la penitencia;* en el que hace ver lo necesaria que es esa virtud á todos los cristianos, y dice que tiene por objeto principalmente tres cosas: estirpar los malos pensamientos, orar sin intermision y vencer las aflicciones de la vida.

4.° *Respuesta á los que dudaban de la divinidad del Bautismo*; donde espone la necesidad y eficacia del Bautismo, la relacion entre el estado del pecado y el de la gracia perfecta de este Sacramento, y la que hay entre el pecado original, que él llama muerte, y el Bautismo; entre el combate espiritual y el pecado personal.

5.° *Preceptos saludables al alma.* Con ellos instruye al

---

(1) Nicéforo Calixto: *Historia eclesiástica*, lib. XIV, capítulos LIII y LIV.

(2) *Carta á los romanos*, cap. VII, vers. 14.

monge Nicolás por qué medios podrá vencer en el combate espiritual, advirtiéndole que debe precaverse principalmente contra la ignorancia, el olvido y la pereza.

6.° *Capítulos sobre la templanza*, en los que describe, las más veces con alegorías sacadas de la Escritura, los estados de aquellos que siguen el camino de la perfeccion, y pone á la vista la escelencia de este estado, escitando al mismo tiempo á abrazarlo.

7.° *Disputa con un tal Causidico*, en donde refuta las dos objeciones siguientes: primera, que los monges, aunque injurien, están exentos de la ley, y que parece que siguen la *justicia fuera de las leyes*; y la segunda, que los que no hacen trabajos corporales son ociosos. En sus largas digresiones recomienda la verdadera oracion y la humildad; esplica con gran sagacidad la diferencia del estado secular al monacal; y, finalmente, manifiesta el gran bien que se puede sacar de las adversidades.

8.° *Consulta del entendimiento con su propia alma.* Es una alocucion de la razon al alma, en la que aquella espone las verdaderas fuentes de los pecados, esto es, el deseo de vanagloria y los apetitos del cuerpo; manifiesta que esto es lo primero que debemos echar de nosotros, juntamente con otros pretestos, causas tambien del pecado.

9.° *Tratado del ayuno*, en el que, no solo espone la utilidad espiritual de esta penitencia, sino que ademas ensalza sobremanera la humildad.

10. *Tratado de Melquisedech.* En este opúsculo, al paso que esplica aquella amplísima y oscura profecía del reino de la justicia, y de la paz, y del sacerdocio de Cristo, representado en Melquisedech, refuta los argumentos de los melquiseditas (1).

Observan los eruditos que muchos lugares de las homilías de San Macario, egipcio, y de los opúsculos de Márcos, están escritos con las mismas palabras, de suerte que parecen trasladados de un autor á otro (2). Tambien debe atenderse que los opúsculos de este Márcos, por la misma naturaleza del argumento que contienen, son algunas veces oscuros, ya por la insuficiente sagacidad del autor, ya porque debe acompañar al escritor ascético la continua práctica en el camino de la perfeccion. Ademas, deben leerse sus escritos con juicio prevenido y severo, por los errores en que algunos sospechan cayó, á juzgar por algunas palabras

(1) A estos escritos puede añadirse el fragmento de la segunda carta de San Márcos, que se encuentra en Galland., tomo VIII proleg., cap. I, núm. 4.

(2) Galland., lugar citado, núm. 5.

demasiado duras en la interpretacion latina, cuando todavía no se habia dado á luz el testo griego (1).

II. A Márcos suele ir unido *Diadoco*, Obispo de Fotices, en la Iliria, el cual floreció, ó á fines del siglo IV, ó á principios del V (2). De este Obispo nos quedan: *Cien capítulos ascéticos de la perfeccion espiritual*, á los cuales preceden *Diez definiciones* (3). En ellos espone las principales virtudes del cristiano, describe varios grados en el camino de la perfeccion, indica los peligros y los auxiliares de la virtud, y por último, presenta el supremo fin al cual debemos aspirar con todas nuestras fuerzas. Con su nombre corren ademas una *Homilía contra los arrianos*, que algunos atribuyen á un Márcos Diadoco, más antiguo, y el *Sermon de la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo*, donde se espone bastante bien la doctrina de la Encarnacion del Verbo (4).

III. Debemos citar aquí dos escritores ascéticos contemporáneos á los anteriores, á saber: *Hesychio*, presbítero de Jerusalen, y *Juan Carpacio*; los cuales escribieron unos *Capítulos* ó *Sentencias* acerca de la templanza y la virtud del combate espiritual, de la oracion y de otras cosas pertenecientes á la vida perfecta.

ARTÍCULO II.

Synesio, Obispo de Tolemaida.

Synesio (5), nació á mediados del siglo IV, de la noble y antigua familia de los Cirenas. Cultivó su grande ingenio, primero en su patria, y despues en Alejandría y Atenas; de suerte que llegó á ser un gran filósofo, retórico y poeta. Entre sus maestros se cuenta la célebre Hypatia, que entonces profesaba la filosofía platónica en Alejandría, y cuya fama era superior á la de todos los filósofos. Convertido Synesio, en la edad adulta, del gentilismo al cristianismo, fue enviado como Legado al Emperador Arcadio, permaneciendo tres

---

(1) Focio: Cod. 200.

(2) J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 9.°, pág. 265.

(3) Focio: Cod. 201, pág. 269.

(4) J. A. Fabricio, lugar citado, y Angel Mayo en la advertencia á la edicion de este sermon.

(5) Para Synesio, véase Evagrio: *Historia eclesiástica*, lib. I, cap. XV.—Focio: Cod. 26, pág. 7.—Nicéforo Calixto: *Historia eclesiástica*, lib. XIV, cap. LV.

años en Constantinopla, y despues pasó á Alejandría, donde se casó y tuvo muchos hijos. Vuelto á su patria, pasados algunos años, fue consagrado, contra su voluntad, Obispo de Tolemaida, por Teófilo de Alejandría. En su episcopado se portó con mucha prudencia y fortaleza de ánimo en la administracion de las cosas de la Iglesia. Murió antes del año 430.

Las obras de Synesio son las siguientes:

1.ª *Discurso sobre el reino*, dirigido al Emperador Arcadio y tenido en Constantinopla, cuando ejercia el cargo de Legado el año 397. En él nota con bastante libertad, aunque con mucha prudencia, los vicios de los Reyes y el lujo de Palacio, y da al jóven Emperador saludables consejos para regir el imperio, sacados principalmente de Platon y de Aristóteles.

2.ª *El libro sobre el regalo del Astrolabio, hecho por él á Peonio*, favorito del Emperador. En este libro, escrito por el mismo tiempo que el anterior, tributa muchas alabanzas á Peonio, presenta la escelencia de la astronomía, y describe el instrumento que le ha regalado.

3.ª *El Egipcio, ó sea de la Providencia*. Este libro, dividido en dos partes, es una alegórica descripcion de las calamidades públicas de aquellos tiempos, valiéndose para esto de la fábula egipcia de Orisides y Trifon, hermanos de cualidades opuestas (1), haciendo ver que, en casos semejantes, no se debe acusar á la divina Providencia.

4.ª *Dio, ó sea el instituto de su vida*. Es una insigne recomendacion al estudio de las artes liberales y al de la filosofía; atestigua que él se propuso imitar el ejemplo de Dio Crisóstomo, y confunde con sus argumentos á los enemigos de esta clase de estudios.

5.ª *El libro de los sueños*, donde da una prueba de su grande ingenio, tratando de los sueños, su orígen y su significacion; contiene sabias sentencias sobre los dioses, el alma humana y su imaginacion, de la universalidad de las cosas, y del mútuo influjo y enlace de todo esto.

6.ª *Elogio de la calva*. Es una elegante y erudita disertacion, en donde, por ser él calvo, quiere convertir este defecto en materia de alabanza.

7.ª *Ciento cincuenta y cinco cartas*, de las cuales las unas escribió, ó poco antes, ó despues de haber recibido el Epicopado. En ellas se dejan ver las escelentes dotes con que desempeñó este cargo; dan mucha luz para la historia

(1) El primero figura al cónsul Aureliano, y el segundo á Gaina, general de los godos.

de aquella edad, y contienen muchas y magníficas sentencias morales y filosóficas (1).

8.ª *Diez himnos*, compuestos en verso lírico; se pueden dividir en dos clases: los cuatro primeros, escritos cuando ya estaba instruido en los dogmas cristianos y aun no habia recibido el bautismo, están llenos de afectos ardientes y sublimes: los seis últimos, compuestos cuando ya era cristiano, son alabanzas á Cristo, donde implora su auxilio (2).

9.ª *Cuatro sermones*, que tratan los siguientes argumentos. En el primero hace ver que los dias festivos se han de celebrar con obras de piedad, añadiendo que es el mismo el espíritu del Antiguo y el Nuevo Testamento: el segundo, publicado en la *Noche de Navidad*, instruye á sus oyentes en la razon por qué se deben preparar dignamente para la fiesta verdadera. La composicion con motivo de la escursion de los bárbaros describe gráficamente aquella calamidad, deplorándola sobremanera; y la última es una alabanza á *Anisio*, en que celebra las virtudes del prefecto de la Libia.

Synesio fue más notable en la filosofía y humanidades que en la Teología, por cuyo motivo se encuentran en sus escritos pocas cosas pertenecientes á la fe ó á la disciplina eclesiástica, pero muchas para reformar las costumbres y mover los sublimes afectos del ánimo; en todas partes, sin embargo, se deja ver una grande erudicion y elocuencia, llenas de dulzura y elegancia, al lado de sabias y profundas sentencias. Por lo cual ha sido llamado «filósofo suavísimo y delicia de las piadosas musas;» porque en verdad juntó á la dulzura de Platon la elocuencia de Demóstenes. Su estilo es grande, elevado, y casi poético; pero sus cartas son los escritos más celebrados, tanto por su elegancia y dulzura, como por la variedad de sus sentencias, y por las noticias eclesiásticas que contienen (3).

ARTÍCULO III.

Sócrates y Sozomeno.

Nació Sócrates, el historiador, en Constantinopla, por el año 380. Hizo sus primeros estudios bajo la direccion de

(1) Sus cartas son muy recomendadas por los antiguos: Evagrio, Focio, Nicéforo en los lugares citados, y Suidas, en su *Lexicon*.

(2) Tillemont, art. 4.º, pág. 506 á 7.

(3) La mejor de las ediciones de las obras de Synesio es la de D. Petavio, con notas, en Paris, 1612, en folio.

dos profesores paganos, muy notables en aquella época. Hizo adelantos muy considerables en la filosofía. Siempre, no obstante, manifestó decidida inclinacion á la historia. Su primera profesion fue la de abogado, en la cual tuvo mal éxito, y no podia permanecer sin estar siempre en contradiccion con sus naturales inclinaciones. La carrera del foro le desagradaba tanto como al poeta gentil de quien se cuenta que juraba á su padre en verso el no hacer versos para dedicarse al estudio de la jurisprudencia.

Sócrates, por último, renunció á la abogacía, abandonó los pleitos y se consagró al estudio de la historia. Esta era su vocacion, y por lo tanto, aquí fue donde desplegó todas las galas de su ingenio.

En aquel tiempo era considerado Eusebio de Cesárea como padre de la historia eclesiástica. Así es que los historiadores del siglo v se contentaban con continuar la obra de Eusebio. Este grande historiador de los primeros siglos terminó su obra en el reinado de Constantino, antes de llegar al Concilio de Nicea. Sócrates, siguiendo la costumbre general, adoptó como base la historia de Eusebio, y escribió su continuacion, desde el año 306 hasta el año 439, ó, lo que es igual, llenando un período de 134 años.

Sócrates no tenia buen estilo, ni escribia con elegancia. Sin embargo, su lenguaje es claro, y su narracion bastante natural. Su obra será siempre leida con fruto, si no como un modelo de literatura, como un monumento indispensable para conocer lo acaecido en el período de ciento treinta y cuatro años que abarca.

Sócrates trabajó indudablemente mucho para adquirir conocimiento exacto de los hechos que narraba. Sin embargo, á pesar de sus esfuerzos ó de su buen juicio, en no pocas ocasiones cuenta como verdaderas noticias que son falsas, y en algunas hasta se deja arrastrar por la pasion de partido. No era buen teólogo, y esta circunstancia le hace espresarse con inexactitud en determinados casos. Nicéforo, en la *Historia eclesiástica*, libro II, capítulo XIV, dice que Sócrates habia caido en el error de los novacianos. Esto no puede dudarse si se tiene en cuenta que Sócrates ensalza á Novaciano hasta contarlo entre los mártires, y cuenta con mucha estension y en términos muy benévolos todo lo que cree que puede favorecer á la secta novaciana. Focio, en la *Biblioteca de los Padres*, cod. 28, juzga á Sócrates con mucha exactitud en estas breves palabras: *Stylus illi non admodum splendidus, sed nec in dogmatibus valde accuratus est.*

Sócrates no fue sacerdote, ni habia hecho profundos estudios en las ciencias sagradas. Este vacío se observa en toda su historia. Pudiera decirse que, sin haber sido jamás

verdadero cismático, sin haber perdido nunca la fe católica, se dejó arrastrar por ciertas apariencias de virtud que veia en los novacianos, y que le obligaban á reputarlas como verdaderas, por no haberlas examinado con la madurez y el detenimiento que era necesario. Lo cierto es que si Sócrates no conoció bien las diferencias que existian entre la doctrina de la Iglesia y los errores de los novacianos, al menos se inclinó por afecto á estos últimos, y dió motivos muy poderosos á la posteridad para que lo considerase como su cómplice.

La *Historia eclesiástica* de Sócrates está dividida en siete libros. Se encuentra en la compilacion de *Historiadores eclesiásticos* de Valois, hecha en Cambridge el año de 1720, en tres tomos en folio.

Sozomeno, llamado el *Escolástico*, era originario de Palestina. Atraido por las virtudes y milagros de San Hilario, abrazó el cristianismo. Desde Palestina pasó á Constantinopla, en donde cultivó las bellas letras y ejerció con crédito la abogacía.

Se dedicó al estudio de la historia eclesiástica é hizo en ella grandes y muy notables adelantos. Se cree que murió Sozomeno por el año 450 de la Era cristiana. Como se ignora cuál fue el año de su nacimiento, no puede saberse qué edad tenia en el tiempo de su muerte. Sozomeno era menos sabio y más humano que Sócrates. Su estilo es más bello, más natural, y cuando las ideas lo requieren, tambien más brillante.

La primera obra de Sozomeno, obra que se ha perdido, era un compendio de todo lo ocurrido en la Iglesia desde la gloriosa Ascension de Jesucristo hasta la derrota de Licinio en los tiempos del Emperador Constantino. Probablemente seria solo un estracto de la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesárea.

Hácia el año 443 acometió Sozomeno la ardua empresa de escribir una estensa y exacta historia de la Iglesia. La dividió en nueve libros, y narra los hechos acaecidos desde que Eusebio terminó su historia en el año 324 hasta el año 439.

Comienza el primer libro declarando que escribe lo acontecido en su tiempo, lo que él mismo ha visto, ó lo que le han contado testigos oculares y de autoridad.

Sozomeno se limita casi á narrar, con más perfecto estilo, todo lo dicho por Sócrates en su *Historia*. Sin embargo, suprime algunas cosas, varía otras, y añade no pocas.

Como no tenemos motivos para decir que Sozomeno careciese de ingenio ni de laboriosidad, necesitamos creer que

la semejanza que existe entre su historia y la de Sócrates no debe atribuirse á un vergonzoso plagio, sino á la coincidencia de ser contemporáneos, de vivir ambos en Constantinopla, y de tener á la vista unos mismos documentos. Sozomeno escribió la historia con más estension, aunque con menos madurez de juicio que Sócrates. Dedicó su historia al Emperador Teodosio. San Gregorio Magno, en el libro VI, epístola 31, juzga á Sozomeno en los términos siguientes: «En su *Historia*, dice, habla de cierto Eudoxio, de quien se cuenta que usurpó sacrílegamente la Silla episcopal de Constantinopla. La Iglesia romana recusa la *Historia* de Sozomeno, porque dice muchas cosas falsas, *quoniam multa mentitur*, y ensalza demasiado á Teodoro de Monsuesta, afirmando que fue gran doctor de la Iglesia hasta el último instante de su vida.»

Este elogio de Teodoro de Monsuesta no se encuentra hoy en la *Historia* de Sozomeno, sino en la de Teodoreto, lib. V, cap. XXIX. Por esto han creido algunos que San Gregorio Magno se equivocó por falta de memoria, atribuyendo á Sozomeno lo que solo debia imputarse á Teodoreto. Baronio, por el contrario, opinó que el citado elogio podia ser de Sozomeno, y que se hallaria en la gran parte del lib. IX de su *Historia* que hoy no existe.

Como quiera que sea, es lo cierto que la *Historia* de Sozomeno debe leerse con prevencion y cautela.

CAPÍTULO VIII.

IDACIO.

FUENTES. El *Cronicon* del mismo Idacio.—San Isidoro de Sevilla: *De Varones ilustres*, cap. IX.—Sigiberto, en el *Catálogo*, cap. XVIII.—Florez: *España sagrada*, tomo IV, apéndice 3.°—D. N. Antonio: *Biblioteca antigua*, lib. III, núm. 78.

AUXILIARES. D. F. Javier de la Huerta, en sus *Anales de Galicia*, el año 443.—D. Rodrigo, en la dedicatoria de su *Historia de San Fernando*.—Ceillier, tomo XIII, cap. X.—Pagi: *Crítica* al año 380, núm. 14.—Sulpicio Severo: *Historia Sagrada*, lib. II.

EDICIONES. Canisio publicó el *Cronicon* en el tomo II de sus *Lecciones varias*, y el P. Sirmondio publicó una edicion enmendada en Paris, en 1619.

ARTÍCULO ÚNICO.

Vida y escritos de Idacio.

Idacio, natural de Limica, en el reino de Galicia, nació por los años 390. Siendo todavía jóven, viajó en compañía de su padre por el Oriente, donde conoció á San Gerónimo, á Juan de Jerusalen y á Teófilo de Alejandría. Bajo la direccion de estos maestros, Idacio avanzó con paso rápido por la senda de las ciencias y de la virtud, y hácia el año 427 mereció ser elegido Obispo. Los historiadores no están acordes respecto á la iglesia que gobernó este virtuoso Prelado: quiénes creen fue la de Lamego, cuáles la de Chaves *(Aquæ Haviæ)*, pequeña ciudad situada en un confin de Portugal. Idacio fue en el año 431 diputado á Accio, comandante de los romanos en las Galias, de quien obtuvo poderosos socorros contra los suevos. El Papa San Leon, que conocia á fondo la piedad y el mérito de este Prelado, escitó su celo para que con Toribio, Obispo de Astorga, mancomunasen sus esfuerzos á fin de estinguir la herejía de Prisciliano, que continuaba todavía infestando á Asturias. Arrancado de su Silla en 461 por los suevos, que asolaban los pueblos de Galicia, sufrió en su poder tres meses de dura cautividad. Si bien se ignora el año en que murió, fundados en su *Crónica* pode-

mos asegurar que vivia aun el año 468, puesto que aquella alcanza hasta esta fecha.

De Idacio se conserva todavía un *Cronicon* muy apreciable, que, no solo es la obra histórica más antigua entre los historiadores españoles, sino tambien uno de los monumentos más preciosos que tenemos, tanto por la calidad de la persona, como por el fin con que lo hizo. Despues de manifestar Idacio en un breve prólogo que Eusebio de Cesárea habia escrito en griego la historia desde los más remotos tiempos hasta Constantino, y que si bien San Gerónimo la habia traducido al latin, añadiéndole algunos años más, sin embargo, dice que esta continuacion no habia sido completa, pues San Gerónimo vivió más de cuarenta años despues de haber cerrado su historia en 378; razon por la que él se propone llenar ese vacío, refiriendo los sucesos que han quedado confusos con las invasiones de los bárbaros. Este *Cronicon* abraza desde el año 379 hasta el 469, uno y otro inclusive. Corto espacio en el número de años, pero importantísimo por la calidad de los sucesos, y por ser escrito por el mismo que presenció los acontecimientos que refiere. Considerada la materia del escrito, es todavía más apreciable el *Cronicon*, pues abunda en curiosos é importantes pormenores sobre la guerra de los godos y suevos en España y las Galias, y acerca de la herejía de los priscilianistas. Finalmente, como viajó por el Oriente, pudo dar detalles sobre la historia de aquel pais, desconocida para otros muchos. En órden á la distincion de los tiempos de que escribe, no hay mejor modo que oirle hablar á él. Todo lo que hay desde el año primero de Teodosio hasta el tercero de Valentiniano, hijo de Placidia, está escrito, dice, parte por esperiencia, parte por leccion, y parte por leccion de otros. Lo que se sigue á esto, añade que lo escribió siendo ya Obispo, testigo y participante de muchas de las desgracias que refiere. El primer tiempo es el que da principio al *Cronicon*, desde el año 379 de Cristo hasta el 427, que son los cuarenta y siete años primeros. El segundo es desde el 427 hasta acabar, que es todo el tiempo que tenia de Obispo; y así toda su obra no escede de su vida.

Ademas tiene Idacio otro *Cronicon* más breve que el anterior, pero con algunas diferencias de no poca importancia (1).

El estilo de ambos *Cronicones* es duro, lo que no estrañará si se tiene en cuenta la época en que se escribieron.

---

(1) Véase Florez: *España Sagrada*, tomo IV, cap. IV.

SECCION TERCERA.

De los Padres que combatieron la herejía de Eutiques.

CAPÍTULO PRIMERO.

SAN LEON MAGNO.

FUENTES. Las cartas y sermones del mismo San Leon. —El *Cronicon* de San Próspero de Aquitania.—El Concilio de Calcedonia, año 451, en Mansi, tomos VI y VII.—Evagrio, *Historia eclesiástica*, lib. I, capítulos IX y X.—El *Breviario* del diácono Liberato sobre la causa de los nestorianos y eutiquianos, capítulos XI á XVI.

AUXILIARES. *Las disertaciones* de Pascasio Quesnel sobre San Leon Magno, con anotaciones y observaciones de los Ballerini, en su edicion de las obras de este Padre, tomo II, pág. 393.—J. Antelmo: *Disertaciones críticas* sobre las obras de San Leon Magno y San Próspero de Aquitania; Paris, 1689. —Tillemont, tomo XV, pág. 414.—Ceillier, tomo XIV, cap. XI. —Dupin, tomo IV, pág. 120.

EDICIONES. La primera edicion de las obras de San Leon es la de J. Andrés, Obispo de Córcega; Roma, 1470, en folio.—La de P. Quesnel, que, aunque muy buena, contiene en sus *Disertaciones y notas* algunos errores.—La mejor es la de los hermanos presbíteros Pedro y Gerónimo Ballerini; Venecia, 1753, en tres tomos en folio.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Leon Magno.

San Leon nació en Roma poco antes del año 400 (1). Con su despejado talento y su juicio poco comun adquirió vastos conocimientos en literatura, descollando sobre todo en

(1) P. Quesnel, disertacion 1.ª, col. 399.

elocuencia; pero buscando despues un campo más vasto, aplicose con ardor á la inteligencia de las Escrituras y al estudio profundo de la Teología. Adscrito á la milicia clerical, fue empleado luego en los negocios públicos de la Iglesia. Siendo aun acólito, fue enviado en 418 al Africa para entregar á los Obispos de esta region las cartas de la condenacion de la herejía de Pelagio (1). Por el año 430 fue ordenado de diácono, y sobre este mismo tiempo impulsó á su amigo Casiano á defender contra Nestorio el misterio de la Encarnacion (2). Algunos años despues alentó y advirtió al Papa Sixto III para que no permitiese volver al seno de la Iglesia al fingido Juliano, escomulgado y depuesto por su pelagianismo. Comisionado por sus escelentes disposiciones para apaciguar las revueltas del imperio, marchó á las Galias, y haciendo resonar su voz elocuente y persuasiva en medio de la efervescencia de los partidos, consiguió evitar una inminente sedicion. Durante su permanencia en este pais, y habiendo muerto Sixto III, fue elegido para sucederle, y con esta ocasion predicó un sermon dando á Dios gracias por tan inmerecido beneficio, y pidiendo á los fieles sus oraciones para desempeñar debidamente un cargo tan elevado.

Constituido ya San Leon en el Pontificado, vigiló diligente contra las asechanzas de los herejes; restauró la antigua disciplina de la Iglesia, y procuró para su pueblo bienes temporales. Impugnó primero á los pelagianos que sin las debidas precauciones habian sido recibidos por los Obispos de la provincia de Aquileya, reprendiendo sobremanera este abuso; tanto, que algunos años despues tenia él conocimiento de todos los clérigos convertidos de la herejía (3). Valiéndose de San Próspero de Aquitania reprimió este mismo error, defendido aun por algunos en Roma y en la Campania. En el tercer año de su pontificado sorprendió San Leon á los maniqueos, quienes bajo una aparente piedad se habian refugiado en la Italia y en la misma Roma. Enseñó con sus sermones al pueblo de qué manera podria conocer á estos hipócritas, y trabajó con tanto fervor y provecho, que movió á los Emperadores á estirpar con severas leyes á los sectarios de Manes. Igualmente, cuando los priscilianistas, retoño de los maniqueos, principiaron á esparcir por España sus nefandos errores, escribió San Leon á Toribio, Obispo de Astorga, una carta en que refutaba aquella herejía en todas sus partes; insistiendo ademas en que los Obispos de

(1) San Agustin, epistola 191, núm. 1.°
(2) Casiano, prefacio á sus libros sobre la Encarnacion.
(3) Los Ballerini, advertencias á las cartas de San Leon, 1.ª y 2.ª

aquellas provincias celebrasen un sínodo para cortar tan grandes males (1).

Eutiques escribió al Papa San Leon sobre la conveniencia de su error, no considerado hasta entonces como tal, para destruir la herejía nestoriana, y nuestro Santo le contestó, alabando primero su celo, que consultaria su doctrina con la fe, y que se instruiria en aquel asunto. Condenado Eutiques por el celo y la sabiduría de algunos Obispos en un sínodo de Constantinopla, el año 448, acudió al Papa implorando su auxilio contra aquella, á su parecer, injusta sentencia (2). Como el monge de Constantinopla habia engañado en su apelacion al Santo Pontífice, y ademas el Emperador Teodoro II intercedia por aquel hereje, San Leon escribió á San Flaviano, presidente del sínodo condenatorio, reprendiéndole por no haberle instruido en tan grave asunto, pidiéndole al mismo tiempo datos para terminar aquel negocio segun la norma de la verdad y de la caridad. Conociendo San Flaviano, por la lectura de esta carta, que el Papa no habria recibido la que él escribió dándole cuenta de los sucesos del Concilio, le remitió otra segunda; pero enterado ya el Papa de los sucesos del Concilio por la llegada de la primera, aprobó lo que habia hecho Flaviano, prometiéndole al mismo tiempo su ayuda contra el eutiquianismo. El autor de esta herejía consiguió del Emperador que se celebrase un Concilio en Efeso. San Leon escribió á San Flaviano una magnífica carta, en que esponia el misterio de la Encarnacion é impugnaba los errores de Nestorio y Eutiques; mandó ademas sus Legados con cartas para el Emperador y su hermana Pulqueria, para los archimandritas de Constantinopla y otros personajes, instruyéndoles del asunto y prometiéndoles buen éxito del Concilio. Pero este, presidido por el inicuo Dióscoro, Patriarca de Alejandría, el año 449, condenó á San Flaviano y otros Obispos, acusándoles de nestorianismo: los Legados se resistieron á tan injusta sentencia, de modo que cuando llegó á noticia de San Leon lo acaecido en este conciliábulo, declaró nulos todos sus procedimientos. Trató el Papa de reunir un Concilio general en Italia, pero no permitiéndolo Teodosio, se contentó con afianzar á todos en la verdad, y hacer reconocer su carta dogmática á Flaviano como regla de fe sobre el misterio de la Encarnacion.

A la muerte de Teodosio, y bajo el imperio de Marciano, se abrió para la Iglesia un nuevo y lisonjero horizonte.

---

(1) Quesnel, disertacion 1.ª, año 447, núm. 2.º, lugar citado, col. 449.

(2) Quesnel, disertacion 7.ª

Celebrose el Concilio de Calcedonia, donde se aprobó como dogmática la famosa carta de San Leon á San Flaviano contra Eutiques; se restituyeron algunos Obispos á las Sillas, y otros fueron depuestos, y se trató tambien de los privilegios de la Silla de Constantinopla. Mucho trabajó tambien por la tranquilidad de la Iglesia, reprimiendo á las turbas eutiquianas que se oponian á las decisiones del Concilio calcedonense, y escribiendo innumerables cartas para confirmar en la fe á los Obispos que todavía vacilaban.

No era menos celoso San Leon por el mantenimiento de la disciplina eclesiástica. Era muy exacto en hacer guardar los intersticios á los clérigos inferiores, con el fin de que tuviesen tiempo de aprender lo que debian enseñar. Entre sus reglamentos se nota uno que prohibe á los Obispos admitir en su clerecía sugetos que no sean de su diócesis, á menos que no lo consienta el Obispo diocesano, y tal vez es este el orígen de las dimisorias.

La solicitud por el bien temporal de su pueblo fue uno de sus mayores cuidados. Atila, llamado *el Azote de Dios*, atravesó la Europa en tiempo de San Leon como un torrente que todo lo aniquila. Hallábase ya amenazando á Roma, cuando el gran Papa sale á su encuentro, le habla, y su noble modestia y gravedad majestuosa detienen al bárbaro rey de los hunnos, empeñándole á firmar la paz con los romanos. De esto hizo otra prueba cuando Genserico, rey de los vándalos, vino tambien á apoderarse de Roma. Se hallaba indefensa la ciudad; pero San Leon, siempre intrépido cuando se trataba de libertar su pueblo, se presentó delante del vencedor de Africa, al tiempo que este iba á entrar en la ciudad, y le habló con tanta nobleza y tanta elocuencia, que obtuvo de él que quedase satisfecho con saqueo tan solamente. San Leon Magno, despues de haber servido de baluarte á la Italia contra el terror de los bárbaros, y haber trabajado sin descanso por el bien de la Religion por espacio de más de veinte años, murió el 10 de Diciembre del año 461 (1).

ARTÍCULO II.

Division de las obras de San Leon Magno.—Sus sermones.

Los escritos que San Leon Magno ha legado á la posteridad son de dos clases, á saber: *sermones* y *cartas*.

(1) P. Quesnel, disertacion 1.ª al año 460.

SERMONES.

Los sermones que han llegado hasta nosotros son noventa y seis, en los cuales resplandece una elocuencia, una claridad y una afluencia de pruebas singularísima; y espone, defiende y prueba el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios contra los nestorianos y eutiquianos (1).

Estos sermones se dividen en diferentes clases, y son los siguientes:

1.° *Sermones de las festividades del Señor y de los Santos.* Estos son acerca del Nacimiento del Señor; de la Epifanía, de la Pasion, Resurreccion y Ascension del Señor; en la fiesta de los Santos Pedro y Pablo y en su octava; en la festividad de San Pedro Apóstol, y otro en la fiesta de San Lorenzo. En los sermones de las festividades de Nuestro Señor Jesucristo espone, no menos piadosa que ingeniosamente, todos los misterios de su vida; manifiesta con claridad los dogmas, y deduce de estos preceptos utilísimos para las buenas costumbres.

2.° *Los sermones sobre el ayuno*, tenidos en la Cuaresma y en las cuatro témporas, demuestran elegantemente las verdaderas causas del ayuno, su mucha utilidad, y las virtudes que le son anejas, principalmente la limosna y la oracion.

3.° *Sermones ocasionales.* A estos pertenecen:

a. Cinco sermones acerca de su nacimiento. El primero el dia de su ordenacion, y los cuatro restantes en el aniversario de este mismo dia, en los cuales tiene grandes rasgos de las escelencias del Pontificado, del Primado de San Pedro y de la dignidad del sacerdocio.

b. Seis sermones de colectas, muy célebres porque indican ciertas colectas particulares, ó recolecciones de limosna. En estos sermones manifiesta el orígen de las colectas, y despues de recomendar la limosna y demas obras de misericordia, declara el modo mejor para practicarla.

4.° *El sermon dogmático*, que es un tratado contra la herejía de Eutiques, en el cual exhorta á los fieles á apartarse del veneno de la herejía eutiquiana, enseñando ademas que hay dos naturalezas en Cristo, y qué cosas sean propias de cada naturaleza.

5.° *Sermones exegéticos.* Estos son propiamente dos; en el primero hace la relacion de la Transfiguracion del Señor,

(1) Dupin, tomo IV, pág. 156 á 63.

y en el segundo considera á las siete primeras bienaventuranzas como otros tantos grados para conseguir la verdadera y suma beatitud.

Entre los sermones que no son de San Leon y corren con su nombre, se cuenta el *Sermon en el nacimiento de San Vicente, mártir;* otro en la *Anunciacion de la bienaventurada Virgen María,* y otro en el *Nacimiento de los siete santos hermanos Macabeos.* Segun los principios de crítica que han observado los hermanos Ballerini, tambien son espurios los seis sermones siguientes: el tercero de la Resurreccion del Señor; el tercero de su Ascension; el segundo y tercero en el nacimiento de los siete hermanos Macabeos; el sermon en la Cátedra de San Pedro Apóstol, y el sermon en el nacimiento de San Pablo.

ARTÍCULO III.

Cartas de San Leon Magno.

Ciento cuarenta y tres son las cartas que hoy conservamos de este Santo Padre, de las cuales muchas fueron vertidas al griego en otro tiempo, y se pueden dividir en varias clases, á saber: dogmáticas, históricas, disciplinares y cronológicas.

1.ª *Las cartas dogmáticas* esponen y prueban con varios argumentos el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios. Entre todas, la dirigida á San Flaviano es una norma perfectísima de fe, y como tal fue recibida por toda la Iglesia. Las demas se refieren á esta, y la confirman é ilustran más y más, defendiendo la Encarnacion contra las perversas interpretaciones y objeciones de los herejes.

2.ª *Las cartas históricas* se refieren á reprimir las turbas, escitadas por la herejía de Eutiques; al falso Concilio de Efeso y al Concilio de Calcedonia, y al mismo tiempo defienden la fe de la Iglesia sobre la Encarnacion del Señor.

3.ª *Las cartas pertenecientes á la disciplina eclesiástica.* En estas responde á las preguntas de los Obispos, y reprende ciertos abusos. Tratan de la obediencia á las leyes de la Iglesia, de la gerarquía, del modo de vivir los clérigos, y de los Sacramentos. En cuanto al órden gerárquico, remite sus cuestiones al Vicario apostólico, determina sus funciones, y circunscribe en justos límites los derechos de los metropolitanos. En las Galias estableció los derechos de las mayores Iglesias, la de Arlés y Viena, á pesar de Hilario, Obispo de Arlés; y habiendo sido promovido despues Ravenio á este Episcopado, puso fin á la cuestion, haciendo caso omiso de los Obispos que se oponian á su determinacion. Da su sen-

tencia para la ereccion de Sillas episcopales, traslaciones de Obispos, resignacion del cargo episcopal, y se reserva la facultad de juzgar á los Obispos. Mandó celebrar sínodos todos los años en tiempo prescrito, y que cada Obispo los celebrase en su diócesis. Pone interdicto á los clérigos usureros, y á los que se ausentasen sin licencia del Obispo respectivo, y renueva la ley del celibato eclesiástico. Establece ademas leyes acerca del Bautismo, del tiempo de conferirlo, y de su reiteracion; prescribe algunas cosas sobre la Penitencia; enseña cuándo debe repetirse el sacrificio de la Misa en un mismo dia; que debe elegirse el Obispo por el clero y el pueblo, y con la ordenacion de los Obispos del territorio; trata de las cualidades del que ha de ser ordenado presbítero, y resuelve algunas cuestiones acerca del matrimonio. Dice que las penas eclesiásticas no deben imponerse por temeridad, y que, urgiendo un grave peligro, el Papa las puede aumentar. Prohibe la espropiacion de los bienes eclesiásticos como gravemente ilícita, y que las cuentas ó resultado de su administracion deben darse ante el Obispo, y no ante el juez lego ó secular.

4.ª *Cartas cronológicas.* Estas se refieren á establecer el dia de la Pascua del año 455. No ignorando el Sumo Pontífice San Leon la obligacion de intimar á los Obispos de Occidente el dia de la celebracion de la Pascua, y discordando el ciclo romano con el alejandrino en aquel año, consideró el peligro que podia surgir si en tan célebre festividad habia disension ó error; y por eso, desde el año 451, trabajó con toda solicitud para establecer el dia con unánime consentimiento. Con este motivo escribió nueve cartas, demostrando que la computacion romana era muy superior á la alejandrina, y mostrando el deseo de San Leon, la unidad y la paz.

De dudosa autenticidad nos han quedado de San Leon dos fragmentos escritos en griego. El primero, *parte de la carta de San Leon al Emperador Teodosio*, contiene una profesion de fe acerca del misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios; y el segundo es una paráfrasis de la carta décimacuarta á Anastasio (1).

Son supuestas: la *Carta á los Obispos galos* de la provincia de Viena, contra Hilario de Arlés; la dirigida á todos los *Obispos de Alemania y Francia*, sobre el privilegio de los vicarios episcopales, y la *Carta de Leon de Bourges* á los Obispos y presbíteros establecidos en la diócesis de Fercia (2).

---

(1) Ambos fragmentos fueron dados á luz por los Ballerini.

(2) Ceillier, lugar citado, art. 2.º, párafo 2.º, núm. 84.

Tambien se atribuye á San Leon falsamente la carta á la *vírgen Demetríades*, ó sea el tratado de la humildad, que principia: «El propósito sublime de su resplandeciente santidad (1).»

Los dos libros de la vocacion de las gentes se atribuyen tambien equivocadamente á San Leon, así como á San Ambrosio y San Próspero de Aquitania, pues son de un antiguo autor desconocido (2).

Tampoco son de San Leon los *Capítulos* ó *Autoridades* de los antiguos Obispos de la Silla Apostólica sobre la gracia de Dios y el libre albedrío (3).

Finalmente, el *Antiquísimo libro de los Sacramentos* de la Iglesia romana, llamado tambien el *Sacramentario leónico*, falsamente atribuido al Papa San Leon, es verdaderamente el ritual de la Iglesia romana, y contiene todos los documentos litúrgicos, recopilados en un volúmen, que habia estado en práctica antes de San Gelasio I, en cuyo libro se imita tan perfectamente el estilo de San Leon, que parece probable ser suyo. Todos los eruditos convienen ademas en asegurar que en el pontifical y misal romano se ha tomado el gusto de San Leon (4).

ARTÍCULO IV.

Carácter, estilo y doctrina de San Leon Magno.

San Leon mereció, por sus virtudes, su vasta ciencia y su celo en el ministerio pastoral, que la posteridad lo aclamase *Grande*, y la Iglesia le honrase con el título de *Doctor*. Este Santo Pontífice poseia un gran ingenio, y estaba dotado de suma fortaleza. Ninguno entre los Padres y Doctores ha desenvuelto mejor la moral de los misterios y el objeto de las solemnidades de la Iglesia, y ninguno ha esplicado con más exactitud y precision los efectos de la Encarnacion y los caractéres del Hombre-Dios, considerado en todas sus relaciones. Seguro de poseer la doctrina de la Iglesia, se mantuvo siempre fijo en la verdad, cerrando el paso, ora á los nestorianos, ora á los eutiquianos. Ardiente defensor de la fe, combatió, no solo á esos herejes, sino tambien á los maniqueos, principalmente novacianos y donatistas, procurando ademas conservar entre los fieles la pureza de la doc-

(1) Dupin, tomo IV, pág. 202.
(2) Los Ballerini, observaciones á esta obra, lugar citado, col. 463.
(3) Edicion de los Ballerini, tomo II, col. 251.
(4) Los Ballerini, prefacio, tomo II, páginas 3 á 13.

trina enseñada por los Apóstoles y conservada por los Padres, por lo cual se le llama tambien *Columna de la Iglesia católica* (1).

Sus obras son muy notables por la integridad de su fe. Sus sermones están generalmente divididos en dos partes: en la primera esplica los dogmas que se representan en las varias festividades de la Iglesia; y la segunda la emplea en reflexiones morales, adornadas con el brillo de su elocuente palabra; siendo tanta la importancia de sus discursos, que la Iglesia los ha incluido en el oficio divino. En sus cartas, ó demuestra los misterios de nuestra Religion, ó da reglas de disciplina. En las primeras se manifiesta no menos su solicitud por la fe que el aprecio en que era tenida su doctrina, como se ve en la dirigida á Flaviano, que fue suscrita por todos los Obispos, así orientales como occidentales; y en la segunda se encuentran las leyes universales por las cuales se gobierna la Iglesia.

Su estilo es noble y elegante, y bastante correcto para su siglo: está lleno de pensamientos elevados, delicados y profundos, que descubren un entendimiento reflexivo y un corazon sensible. La elocuencia de los escritos de San Leon tiene un carácter especial, que le distingue entre los demas Padres de la Iglesia. Sin tener el vigor varonil é impetuoso de San Gregorio Nacianceno, ni la pompa y magnificencia de San Juan Crisóstomo, ni la copiosa sublimidad de San Ambrosio y San Agustin, los escritos de San Leon se distinguen por una gravedad desapasionada y llena de dignidad, tal y como convenia al Vicario de Jesucristo. Reconoce en ella la Religion del Rey de los reyes, que, sentado en el trono de Pedro, dicta sus oráculos por boca de su Pontífice.

Entre los muchos puntos de doctrina católica que abrazan sus escritos, podemos sacar los siguientes:

1.° Reconoce el primado de honor y de jurisdiccion del Romano Pontífice. (Epístola 5.ª, cap. II.)

2.° La cooperacion del hombre á su salvacion. (Sermon 48, cap. I.)

3.° La necesidad de las buenas obras. (Sermon 10, capítulo IV.)

4.° El Sacramento de la Penitencia. (Epístola 108, capítulo II.)

5.° La presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. (Sermon 31, cap. III.)

6.° La veneracion é invocacion de los Santos. (Sermon 85, cap. IV.)

---

(1) Los Obispos orientales, en su carta al Papa Agapito.—Mansi, tomo VIII, columna 915.

CAPÍTULO II.

TEODORETO, OBISPO DE CYRO.

FUENTES. Las obras del mismo Teodoreto.—Las cartas de San Leon Magno.—Las Actas del Concilio de Efeso: Mansi, tomos IV y V; y las del Concilio de Calcedonia: Mansi, tomos VI y VII.

AUXILIARES. J. Garnerio: *Historia de Teodoreto*, y su disertacion segunda sobre los libros de Teodoreto.—J. L. Schulze, disertacion de la vida y escritos de Teodoreto, adjunta á la edicion de sus obras.—Dupin, tomo IV, pág. 81.—Tillemont, tomo XV, *Teodoreto*.—Ceillier, tomo XIV, capítulo IV.—Cas. Oudin, tomo I, col. 1,051.—G. Cavé, vol. 1.°, pág. 405.—J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 8.°, página 277.

EDICIONES. La de Jac. Sirmondo; Paris, 1642, cuatro tomos en folio, á la que el P. Garnier agregó diferentes tratados que forman el tomo V; y esta misma, corregida por J. L. Schulze, en El Haya, 1769.—Eugenio, diácono de Bulgarda, publicó una en griego solamente, en 1768.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de Teodoreto.

Teodoreto nació por el año 386, de una familia ilustre de Antioquía; y atribuyendo sus padres su nacimiento á las oraciones de un santo ermitaño, le prometieron y consagraron al servicio de Dios. Desde muy niño fue instruido en las bellas artes y en la verdadera fe, é imbuido en las sagradas letras, abrazando despues la vida monástica. Fue discípulo, segun se cree, de Teodoro de Monsuesta y de San Juan Crisóstomo. Despues de haber permanecido por bastante tiempo en un monasterio, y haber recibido el cargo de Lector y diácono, fue ordenado Obispo de Cyro, en la Siria, el año 423 (1).

---

(1) Teodoreto, cartas 80 y 81.

Hecho ya Obispo, resplandeció por sus grandes virtudes, por su voluntaria pobreza, por su solicitud por la paz, por su celo por la fe, y por sus obras de caridad; pues no solamente distribuyó entre los pobres todas las riquezas que habia heredado de sus padres, sino que se privó de sus rentas en beneficio del pueblo, contentándose con muy escasa comida y un mediano vestido. En veinte años de episcopado, ni él ni individuo alguno de su clero compareció ante ningun tribunal. Ademas, invirtió su dinero y ejerció su influencia en beneficio de los cautivos y de los oprimidos (1). Pero su mayor cuidado se dirigió á conservar la pureza de la fe, no solo en su provincia, sino tambien en las demas regiones del Oriente; así es que, habiendo encontrado su diócesis infestada de herejes, no perdonó molestia ni peligro alguno para hacerlos entrar en el camino de la verdad, de suerte que no quedó en toda ella gérmen alguno de herejía; predicando ademas en Antioquía con muchísimo fruto.

Graves inquietudes tuvo que sufrir, sin embargo, Teodoreto durante la efervescencia de las herejías nestoriana y eutiquiana. Antiguo amigo de Nestorio y de Juan Antioqueno, dió con poca prudencia crédito á los rumores siniestros que corrian contra San Cirilo. Por eso, leyendo con ánimo preocupado los escritos de este Padre, creyó encontrar en ellos los errores de Apolinar, y pensando que eran una injuria á su amigo Nestorio, impugnó los anatematismos de San Cirilo, por instigacion de Juan de Antioquía, antes y aun despues del Concilio de Efeso (2). Pero enterado despues mejor del asunto, hizo las paces con San Cirllo, aunque no consintió al punto en la condenacion de Nestorio, á quien juzgaba ortodoxo (3); así es que la sombra de nestoriano que una vez le cubrió, no pudo apartarla del todo, como se ve cuando se propuso defender contra San Cirilo á Teodoro de Monsuesta, fuente del nestorianismo (4).

Cuando principió á desarrollarse la herejía de Eutiques, reverso de la de Nestorio, Dióscoro, Patriarca de Alejandría, que la patrocinaba, sabiendo que Teodoreto era su mayor contrario, se valió de todos los medios contra él, especialmente de la calumnia, publicando por el Oriente que Teodoreto era hereje y defensor de Nestorio, pues los eutiquianos solian llamar á los católicos nestorianos (5). Cuando

(1) Garnerio: *Historia de Teodoreto*, cap. III.
(2) Garnerio: *Historia de Teodoreto*, capítulos IV y V.
(3) Baronio: *Anales* al año 436, núm. 10.
(4) Tillemont, art. 21, pág. 256.
(5) Teodoreto, epístola 145.

se estaba preparando el conciliábulo de Efeso, el mismo Dióscoro, temiendo la ciencia de Teodoreto, consiguió del Emperador que no asistiese al Concilio (1), de modo que estando ausente fue depuesto y enviado al destierro por aquel vergonzoso conciliábulo (2). Pero San Leon, á quien habia apelado (3), le restituyó á su Silla, y más tarde, en el Concilio de Calcedonia, despues de haberse retractado, fue admitido como ortodoxo (4). Desde este tiempo pasó ya su vida en paz, hasta el año 458, en que murió (5).

ARTÍCULO II.

Division de las obras de Teodoreto.—Sus obras exegéticas.

Las obras de Teodoreto se pueden dividir en cuatro clases: en exegéticas, históricas, dogmáticas, y cartas.

OBRAS EXEGÉTICAS.

El mayor número y lo más notable de los escritos de Teodoreto lo constituyen sus comentarios sobre la Sagrada Escritura, tanto los del Antiguo Testamento como los del Nuevo, y son los siguientes:

1.° Los *Comentarios sobre los cinco libros de Moisés*, y sobre *Josué*, *Los Jueces* y *Ruth*.

2.° Los *Comentarios sobre los libros de los Reyes*, y *Los Paralipomenos*. Esta obra y la anterior las dedicó á un jóven que habia tomado bajo su direccion, en los últimos dias de su vida, y á quien deseaba presentar un compendio de la Sagrada Escritura. Estas dos obras, sin embargo, no contienen una esposicion seguida y continuada del sagrado testo, y solamente espone los puntos más difíciles, presentando al fin algunas cuestiones, que luego resuelve, pareciéndole que este era el mejor medio para que se leyese con gusto y provecho; y en la primera de estas obras se ven algunos testimonios de Orígenes, de Diodoro y de Teodoro de Monsuesta; pero no están acordes los eruditos sobre si son de Teodoreto, ó de algun otro, que los introdujo en sus obras (6).

3.° *La interpretacion de los ciento cincuenta salmos*. Teodoreto la escribió poco despues del Concilio de Efeso. Esta

(1) Tillemont, art. 25.
(2) Teodoreto, epístola 9.ª
(3) Teodoreto, epístola 113.
(4) Concilio de Calcedonia, actas 1.ª y 8.ª
(5) Gennadio: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXXXIX.
(6) J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 8.°

obra, sumamente notable, la compuso en obsequio de los eclesiásticos y de los monges, que tanto uso hacian de los salmos de David, á fin de que comprendiesen su sentido. En ella no cuidó menos de la brevedad que de la claridad, siguiendo el sentido literal y alguna vez el alegórico, y esponiendo con cuidado los lugares proféticos que se refieren á Jesucristo y á la Iglesia (1).

4.° *La interpretacion del Cantar de los Cantares* (2). Teodoreto declara que este libro es tan difícil como sublime, y no es fácil aplicar siempre á Jesucristo y á la Iglesia los nombres de esposo y esposa, tan frecuentes en él.

5.° *El comentario sobre todos los Profetas mayores y menores* (3). Este comentario es muy notable, y á cada uno de los Profetas precede una breve introduccion. Es sensible que la esposicion de Isaías no esté íntegra.

6.° *La interpretacion de las catorce cartas de San Pablo.* Es una esposicion continuada, y se encuentra en ella todo lo que se puede desear acerca del sentido literal. Está precedida ademas de una introduccion para cada una de las cartas, y aventaja á todos los demas comentarios de Teodoreto (4).

En la esposicion de la Sagrada Escritura siguió Teodoreto á los más célebres intérpretes de la antigüedad. Principia siempre invocando el auxilio divino y teniendo por modelo á los Padres; esplica con pura intencion los libros santos, que sus amigos le pedian. Estaba ademas persuadido de que todo aquel que recibe de Dios el don de interpretar la Escritura debe satisfacer, segun sus fuerzas, los deseos de los que quieren instruirse. Teodoreto cumplió admirablemente con este deber; y si bien se detuvo poco en el sentido alegórico y moral, procuró esponer el literal con suma claridad, para lo cual poseyó todos los auxiliares que contribuyen á la inteligencia del sagrado testo, esto es, el conocimiento de las lenguas, de las diferentes versiones, de la historia y de los escritos de los Padres, principalmente de San Juan Crisóstomo, llegando así á ocupar un lugar muy distinguido entre los espositores de los libros santos.

ARTÍCULO III.

Obras históricas y dogmáticas.

1.ª *Los cinco libros de la Historia eclesiástica.* En ellos refiere los hechos ocurridos desde el año 324 á 429, y muy

(1) Dupin, tomo IV, pág. 88.
(2) J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 8.°
(3) Garnerio, disert. 2.ª, cap. IV.
(4) Garnerio, disert. 2.ª, cap. V.

principalmente los que se relacionan con la herejía arriana, y las cosas que pertenecen al patriarcado de Antioquía (1), aduciendo muchas cartas sinódicas y documentos públicos. Hay, sin embargo, en esta *Historia* algunos errores de cronología, y poco método; tributa ademas muchos elogios á Teodoro de Monsuesta, de quien dice que fue grande doctor hasta el fin de su vida. Tal vez sea esta la razon por qué la Santa Sede no quiso admitir esa *Historia* (2).

2.ª *Historia religiosa* (3). Teodoreto cuenta en ella la vida y celebra las virtudes de treinta santos ascetas, que vivieron en el Oriente ó en las provincias vecinas, y cuyos hechos, ó presenció él mismo, ó los oyó á testigos oculares. Por esta razon, aunque refiere cosas admirables, no es prudente despreciar su testimonio, sino antes bien se debe admirar la gracia de Dios, que obró tales prodigios. La última parte de esta historia la constituye *La oracion de la caridad* (4), en donde manifiesta los motivos que impulsaban á estos hombres ilustres á superar en sus luchas la humana naturaleza, y concluye esponiendo estensamente la nocion de la caridad, su escelencia, sus efectos y sus causas.

3.ª *Compendio de las fábulas de los herejes* (5). Teodoreto lo escribió á propuesta de Esporcicio, comisario imperial en el Concilio de Calcedonia, y espuso todas las herejías en esos libros. En el primero pone la de aquellos que admiten más de un Dios, y dan al Hijo una naturaleza humana de sola apariencia; en el segundo la de aquellos que impugnan la divinidad de Jesucristo; en el tercero, seis herejías varias; en el cuarto, las últimas desde los arrianos hasta los nestorianos y pelagianos; en el quinto y último presenta una sucinta esposicion de la fe.

OBRAS DOGMÁTICAS.

4.ª *Eranistes ó Polimorfus*. Teodoreto lo escribió contra los eutiquianos (6) en cuatro libros, de los cuales los tres primeros forman otros tantos diálogos, y el cuarto contiene una demostracion por silogismos. En el diálogo toman parte un católico y un heterodoxo. Eranistes, ó el mendigo, Poli-

---

(1) Garnerio, lugar citado.
(2) Baronio: *Anales* al año 378.
(3) Garnerio, lugar citado.
(4) Garnerio, lugar citado.
(5) Garnerio, disert. 2.ª, cap. VI.
(6) Garnerio dice que el objeto de Teodoreto fue acusar de apolinaristas á los católicos; pero contra este juicio están todos los escritores.—Véase Tillemont, lugar citado, art. 27.

morfo, ó multiforme, simbolizan á los eutiquianos, que, á manera de mendigos, reunian en su herejía todos los errores de los herejes anteriores. Cada uno de estos diálogos tiene su título propio, segun el argumento de que trata; así el primero se llama *inmutable*, porque en él se prueba la inmutabilidad de la divinidad de Jesucristo. El segundo *inconfuso*, en el cual se demuestra que la union en Jesucristo de la divinidad y humanidad no está mezclada ó confusa. El tercero *impasible*, en donde se manifiesta que la divinidad no estuvo sujeta á la Pasion y muerte de Jesucristo, y prueba ademas que este dogma se cree en todo el universo. En el IV libro contrae á silogismos toda la argumentacion que habia espuesto en los diálogos estensamente. Con esta obra debe ir unida, por su gran erudicion, la què lleva por título: *Que despues de la asumpcion de la naturaleza humana, es uno el Hijo, Nuestro Señor Jesucristo* (1). Teodoreto espone en ella admirablemente su fe en el misterio de la Encarnacion, y la demuestra en la Escritura y los Santos Padres; concluyendo con una refutacion á las objeciones de Eutiques y de Nestorio.

5.ª *Diez discursos sobre la Providencia.* Teodoreto los pronunció probablemente en Antioquía, y trata esta materia con tanta elocuencia y abundancia de pruebas, que no será fácil encontrar otro entre los escritores griegos que le iguale. En los cinco primeros demuestra la verdad de la Providencia por las maravillas de la naturaleza, la estructura del cuerpo humano, los elucubramientos de las artes, y el dominio que el hombre ejerce sobre los animales. En los siguientes prueba la misma Providencia: en el sesto, por la accion sobre las cosas humanas y por su varia condicion, principalmente por la distribucion de las riquezas y de la pobreza: en el sétimo y octavo, por la autoridad y la obediencia; y en el noveno y décimo, por la suerte de los buenos en esta vida y en la futura, y muy principalmente por la redencion del género humano. Refuta al mismo tiempo las objeciones sacadas de la desigualdad de las condiciones y de la mezcla del bien y del mal, haciendo ver la armonía que de esto resulta en la sociedad entera.

6.ª *La curacion de las afecciones de los griegos* (2). Esta obra es una erudita y elegante apología cristiana, en doce libros, en los cuales se hallan espuestos con claridad, y combatidos con elocuencia todos los sistemas de la teología pagana. Los gentiles calumniaban al cristianismo, como si

(1) Galland.: *Biblioteca*, tomo IX, pág. 412.
(2) Dupin, tomo IV, pág. 108.

toda su doctrina se redujese á creer, y le acusaban ademas porque veneraba á los mártires que habian muerto de un modo miserable. Teodoreto tomó la defensa de la Religion en estos libros. En el lib. I escusa á los Apóstoles su falta de ciencia y de literatura. En el II presenta la antítesis entre los gentiles y los cristianos, acerca de la doctrina del principio del universo. En el III, acerca de las criaturas espirituales; en el IV, acerca de la creacion del mundo; en el V, acerca de su naturaleza; en el VI, acerca de la Providencia; en el VII, entre los sacrificios de los gentiles y los de los judíos; en el VIII, entre el culto de los héroes y la veneracion de los mártires; en el IX, entre los Apóstoles y los legisladores paganos; en el X, entre los oráculos de los gentiles y los vaticinios de los Profetas; en el XI, entre la doctrina acerca del fin del mundo y del juicio final; y por último, en el XII, entre los preceptos de la moral cristiana del Evangelio y la contenida en los libros de los filósofos, y entre la vida de estos y la de los cristianos.

7.ª *La respuesta á los doce anatematismos de San Cirilo.* Teodoreto la escribió en el año 430. No quisiéramos acordarnos de esta obra, porque en ella se ve á Teodoreto sañudo contra San Cirilo, y tomando en su peor parte su doctrina.

ARTÍCULO IV.

Cartas, obras perdidas, dudosas y espurias.

Las cartas de Teodoreto son cerca de doscientas (1), de las cuales, parte son *dogmáticas*, parte *consolatorias*, parte *familiares*, que tambien son *comendativas* y *gratulatorias*, las cuales refieren varios hechos de su vida. Tambien tiene unas que solia enviar los dias de fiesta. En este género de literatura no puede encontrarse una cosa más acabada, pues las condiciones del estilo epistolar, como la brevedad, agudeza, elegancia, urbanidad, modestia, decoro y la sencillez ingeniosa á la par que erudita, brillan admirablemente en las cartas de Teodoreto, de modo que bien pueden servir de ejemplo.

Muchas son las obras que se han perdido de Teodoreto, como se ve por algunas de sus cartas. Entre ellas merecen mencionarse: *El libro místico*, que abraza doce sermones. *Los libros ó sermones de la virginidad*, *Cinco sermones sobre San Juan Crisóstomo*, *Los libros contra los judíos*, *con-*

(1) Nicéforo Calixto: *Historia eclesiástica*, lib. XIV.

tra Marcion, contra los arrianos y los macedonianos, y contra los apolinaristas; Algunos *Fragmentos sobre la Trinidad, contra Sabelio y contra Arrio; Cinco libros de la Encarnacion*, y la *Apología de Teodoro de Monsuesta* (1).

Los dudosos son: *El sermon, ó sea el encomio de la Natividad de San Juan Bautista* (2), y muy dudosos *Diez y siete sermones contra San Cirilo* (3).

Los *Siete diálogos contra los amoneos, macedonianos y apolinaristas* son supuestos (4).

Teodoreto fue un escritor muy erudito, y un orador muy elocuente. El estudio de las lenguas y de la historia le prepararon para conquistar un nombre y un lugar muy distinguido entre los escritores de la Iglesia griega.

Trabajó Teodoreto con infatigable celo en la conversion de los paganos, de los judíos y de los herejes, y los antiguos dieron pruebas de una grande estimacion hácia su persona y escritos. Su *Historia eclesiástica* es interesante por los hechos curiosos que refiere y por las piezas originales que ha conservado. Sus *Comentarios sobre la Escritura* son muy doctos, claros y sólidos. En sus tratados teológicos aprieta con viveza á los enemigos de la fe, con argumentos sin réplica y con testimonios de la tradicion, sacados de las mejores fuentes. Las diez homilías sobre la Providencia son, en nuestra opinion, el monumento más notable que la antigüedad nos ha dejado sobre este punto. Vemos en ellas elevacion de ideas, nobleza en las espresiones, gran fuerza en los razonamientos, pureza en la doctrina y buen método. Los escritos en que defendia á Nestorio y á Teodoro de Monsuesta, é impugnaba á San Cirilo y al Concilio de Efeso, fueron condenados por la Iglesia. Pero esto no fue más que una nube pasajera, que hizo se oscureciese por algun tiempo la gloria de Teodoreto, porque luego se reconcilió con San Cirilo, suscribiendo despues una enérgica protesta contra los errores de Nestorio, que le valió ser admitido á la comunion de la Iglesia por el Papa San Leon, y por el Concilio de Calcedonia (5). El estilo de Teodoreto es sobremanera fácil, claro y copioso, y en él se respira la gracia ática; entretiene al lector sin fastidiarlo, y el laconismo no perjudica á la claridad.

---

(1) J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 8.º, pág. 306.
(2) J. A. Fabricio, lugar citado, pág. 296.
(3) Idem, pág. 304.
(4) Garnerio, disert. 2.ª, cap. VIII.
(5) J. Garnerio, disert. 3.ª, *Actuario*, pág. 457.

SECCION CUARTA.

De los oradores sagrados más célebres del siglo V.

CAPÍTULO PRIMERO.

SAN PEDRO CRISÓLOGO.

FUENTES. Sus sermones y la epístola á Eutiques.—Agnelio: *Estro pontifical*, ó sea de los Obispos de Rávena.

AUXILIARES. Prefacio de Pablo Sebastian en los sermones de San Pedro Crisólogo.—Gerónimo Rubeis: *Historia de Italia y de Rávena*, en once libros.—Tillemont: *Memorias*, tomo XV, art. *Pedro Crisólogo*.—Dupin, tomo IV, pág. 176.—Ceillier, tomo XIV, cap. II.—J. A. Fabricio: *Biblioteca de la media é ínfima latinidad*, tomo I, pág. 379.

EDICIONES. La primera que se hizo de los sermones de San Pedro Crisólogo fue la del P. Agapito Vicentino, en 1534. De esta edicion se hicieron diez en el espacio de un siglo. Pero la mejor de todas es la del P. Sebastian Pablo, Venecia, 1750.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Pedro Crisólogo.

Fuera de algunos indicios bastante marcados de la alta consideracion que á mediados del siglo V gozaba San Pedro Crisólogo, y algunos otros detalles, carecemos de noticias precisas sobre su vida y sus hechos. En los siglos siguientes nada se dice de él: solo á mediados del siglo IX, Agnelio, abad de Rávena, escribiendo la vida de los Obispos de esta ciudad, dió algunos pormenores más circunstanciados, entre los cuales refiere la manera maravillosa de la elevacion de Pedro á la Silla episcopal de Rávena, y en sus propios discursos se hallan algunas noticias de su vida.

Debió su educacion eclesiástica al Obispo Cornelio de Imola, que le ordenó (1). Fue consagrado Arzobispo de Rávena antes de 431, segun unos (2), ó hácia 433, segun otros (3). Padre tierno para su pueblo; severo consigo mismo, gobernó su iglesia segun los consejos del Apóstol, y dió más ejemplos que preceptos de virtud (4). Convirtió un gran número de paganos, y les instruyó en las verdades de la fe (5). Combatió en términos enérgicos á todos los herejes de su tiempo, maniqueos, novacianos, arrianos, pelagianos y nestorianos. Gustaba de esplicar en sus homilías al pueblo las Sagradas Escrituras, los Salmos, los Profetas, y ciertas partes de los Evangelios ó de las Epístolas.

Su reputacion era tan grande, que Eutiques, archimandrita de Constantinopla, habiendo enseñado un nuevo error en 448, y buscando apoyo en Occidente, trató de ganar con su correspondencia al célebre Obispo de Rávena. Crisólogo, en su contestacion, le manifiesta el mayor disgusto de que por sus indiscretas y sutiles investigaciones sobre lo que es incomprensible, se atreva á turbar la paz de la Iglesia. En cuanto al fondo de la cuestion, no ve ni puede ver cosa alguna, pues no tenia noticias sobre este asunto. El Santo Doctor murió hácia el año 450, segun Agnelio (6).

ARTÍCULO II.

Obras de San Pedro Crisólogo.

Las obras de San Pedro Crisólogo mencionadas por los antiguos (7) son de dos clases, á saber: sermones, y cartas; de todas nos ocuparemos en este artículo.

SERMONES.

Todavía se conocen con el nombre de San Pedro Crisólogo ciento setenta y seis sermones, reunidos con sumo cuidado por Félix, Obispo de Rávena; pero algunos de estos, segun el parecer de todos los críticos, son supuestos, y otros tienen diferente estilo, y deben contarse entre los dudosos. De manera que solo ciento sesenta son genuinos (8). De

(1) San Pedro Crisólogo, sermon 165.
(2) Tillemont: *Memorias*, tomo v, nota 1.ª sobre este Santo.
(3) Mart. del Castillo, en la vida de este Padre.
(4) Constancio: *Vida de San German*, lib. II, cap. XIII.
(5) Sermon 67.
(6) Lugar citado, cap. IV.
(7) Tritemio: *De los escritores eclesiásticos*, cap. CLIX.
(8) C. Oudin, tomo I, col. 1.252.

estos, muchos tratan de la esposicion de la Sagrada Escritura; algunos pertenecen al dogma y á la moral, y otros se refieren á las fiestas del Señor y de los Santos, por cuya razon se dividen en *exegéticos, dogmáticos, morales y panegíricos.*

1.° *Sermones exegéticos.* San Pedro Crisólogo, siguiendo la costumbre de su tiempo, esponia al pueblo cristiano alguno de los puntos que se leian ó cantaban en la Iglesia; unas veces pertenecian al Evangelio, otras á las cartas de San Pablo, y tambien á los Salmos. En la esposicion del Evangelio se ocupaba, ya de la Anunciacion y Encarnacion de Jesucristo, ya de la aparicion de la estrella á los Magos, de su adoracion, de la huida de Jesus á Egipto, y de su ayuno en el desierto; ora de la anunciacion, natividad, predicacion y muerte de San Juan Bautista; ora de la vocacion y mision de los Apóstoles; ora de la conversion de Zaqueo y de la mujer pecadora; ora de muchas curaciones, y entre otras la de la hemorroisa; ora de la resurreccion de Lázaro y la hija de Jairo; ora de las parábolas del hijo pródigo, del mal administrador, del rico epulon y del mendigo Lázaro, y de algunas otras en que se compara el reino de los cielos, ora, en fin, de la resurreccion del Salvador.

En la esposicion de las cartas de San Pablo se fijó principalmente en la carta á los romanos y en la primera á los de Corinto, y trata del pecado original y de la redencion del Salvador; manifiesta la índole del Antiguo Testamento; declara la escelencia y dignidad de la fe; hace ver que los justos ofrecen con sus buenas obras una oblacion digna al Señor, y promete la salvacion á los que pelean con valor contra las pasiones.

En los sermones sobre los Salmos, unas veces los espone íntegros, y otras veces alguna de sus partes.

San Pedro Crisólogo esplica en estos sermones el sentido de la Escritura con no menos gracia que profundidad; presenta en primer lugar el sentido literal, despues el alegórico, y por último el moral, sobre el cual hace algunas consideraciones. Tambien alguna vez, despues de poner el testo de la Escritura, pasa á tratar del dogma, ó á esponer la moral, y estos sermones pueden colocarse entre los dogmáticos y morales.

2.° *Sermones dogmáticos.* Estos son pocos, y en ellos unas veces trata del pecado original y de la dignidad del hombre; otras pondera la misericordia de Dios para con los pecadores, ensalza la Encarnacion del Hijo de Dios, demuestra la resurreccion de los cuerpos, y esplana el símbolo de los Apóstoles.

3.° *Sermones morales.* En ellos, ora invita al bautis-

mo; ora recomienda la caridad, de la cual procede el perdon de las injurias y el socorro para los pobres; ora amonesta á ser fieles para con Dios y á tener recta intencion en las buenas obras; ora exhorta á la lucha contra las pasiones, á cuyo fin recomienda la vigilancia, la guarda de los ojos, el ayuno y la oracion; ora inculca la necesidad de este, y espone la oracion dominical; ora manifiesta la eficacia y dotes del ayuno; ora reprende la envidia, la hipocresía y la avaricia, y exhorta á evitar el escándalo; ora, en fin, persuade á salir del pecado por medio de la penitencia.

4.° *Sermones panegíricos.* Ademas de los sermones que pronunció en la consagracion de algunos Obispos, ó en honor de otros, trató del misterio de la Epifanía y de la Pascua, del martirio de los niños inocentes, el de los diáconos San Estéban, San Lorenzo y San Cipriano; el de San Apolinar, Obispo de Rávena, y el de San Félix.

CARTAS.

De las cartas de San Pedro Crisólogo solo se conserva la que dirigió al hereje Eutiques, en la que da á conocer su gran amor por la paz; reprende la temeraria investigacion en el misterio de la Encarnacion, y exhorta al hereje á la fe y á la obediencia del Romano Pontífice.

ARTÍCULO III.

Carácter, estilo y doctrina de San Pedro Crisólogo.

San Pedro Crisólogo era sumamente breve en sus sermones, con el fin de no fastidiar á sus oyentes; y tanto cuidaba de esa circunstancia, que cuatro sermones suyos no llegaban á formar una homilía de los Padres griegos. Para dar la razon de su laconismo decia que «aunque se formase un libro con cada una de las palabras de la Escritura, no se esplican los misterios que ella encierra.» Pero ¿de qué sirve un sermon corto que apenas ilumina cuando ya desaparece su resplandor? A lo cual respondia que «mientras vivimos en este mundo andamos en tinieblas; que es preciso orar para que brille el dia de la luz en el cielo (1).»

En sus sermones no se contentaba con el sentido literal,

(1) Sermon 64.

y frecuentemente sacaba el alegórico, el moral y anagógico, á fin de elevar la narracion histórica á una inteligencia más sublime. Muchas veces, despues de espuesto el sentido literal, añadia el místico, segun el cual el hombre histórico representa la humana naturaleza, las enfermedades, el pecado original y sus funestas consecuencias. Cristo, obrando corporalmente, y en especial cuando curaba, designaba la salud del alma obrada por el misterio de la Encarnacion; las parábolas del Señor y varias narraciones figuradas del Evangelio espresan la redencion del género humano, á la que llama el negocio principal del hombre, y la relacion de los judíos y gentiles á la Iglesia de Cristo.

Su manera de hablar era elegida y adornada, llena de figuras, de sentencias graves y de majestuosas palabras, por lo que se le dió el nombre de *Lengua de oro* (1). Su estilo, sin embargo, no siempre es el mismo, ora grave y severo, ora flúido y conciso. La antítesis es muy comun en sus discursos, y degenera frecuentemente en juegos de palabras afectadas, que perjudican con su laconismo á la limpieza del lenguaje y á la claridad de las espresiones, dando lugar á que algun mal intencionado le acuse de sabelianismo y eutiquianismo (2).

Los preceptos de moral son muy frecuentes en sus escritos; pero tambien se ocupa brevemente de algunos puntos dogmáticos, de los cuales podemos tomar los siguientes:

1.° Afirma la libertad del hombre. (Sermon 161.)

2.° La presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. (Sermon 33.)

3.° La potestad dada á los sacerdotes de perdonar los pecados. (Sermon 84.)

---

(1) J. A. Fabricio: *Historia eclesiástica*, pág. 147.

(2) Sebastian Paulo, prefacio, página 2.ª.

CAPÍTULO II.

SAN MÁXIMO DE TURIN.

FUENTES. Las obras de este Padre.—Gennadio, libro *De los escritores eclesiásticos*, cap. XL.—El Concilio romano en tiempos del Papa Hilario, año 465.—Mansi, tomo VIII, columna 959.

AUXILIARES. P. Bruno Bruni, en el prefacio á la edicion de las obras de San Máximo.—Papebroch: *Comentarios de San Máximo*, en las *Actas de los Santos* al dia 25 de Junio.—Tillemont: *Memorias*, tomo XVI, pág. 31.—Ceillier, tomo XIV, cap. XIII.—Galland.: *Biblioteca*, tomo IX, proleg.—G. Cavé, vol. 1.°, pág. 404.—J. A. Fabricio: *Biblioteca*, tomo V, pág. 61.

EDICIONES. La primera edicion de las obras de San Máximo se hizo en Colonia, en 1535. A esta siguió la del P. Galcrini, en Roma; pero, entre otras muchas, la mejor es la del P. Bruno Bruni, hecha por encargo de Pio VI en Roma, 1784.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Máximo de Turin.

San Máximo (1), muy versado en las sagradas letras, y principalmente en la lectura de los libros de San Ambrosio, fue elegido hácia el año 430 Obispo de Turin, cuya Iglesia era entonces sufragánea de la de Milan. Desplegó un gran celo por la conversion de los herejes, y procuró confirmar á los fieles en la verdadera fe, guiándolos por el camino de la perfeccion. Predicaba todos los domingos á su pueblo, ya amonestando á los catecúmenos á estirpar los restos de paganismo que en ellos hubiese (2), ya prohibiendo á los fieles todo contacto con los herejes, ya instruyéndolos para que precaviesen los errores de los maniqueos, arrianos, pelagianos, nestorianos y eutiquianos, recomendándoles sobre todo

(1) Se ignora completamente el orígen y la patria de este Santo Obispo.—Véase el P. Bruni, prefacio citado.

(2) Véase el P. Bruni, prólogo citado, parte 3.ª, núm. 4.

que permaneciesen fieles á las instrucciones de su Pastor.

Con no menor celo los exhortaba á la virtud y á rechazar todos los vicios, estimulando á su pueblo á la caridad para con los pobres, dando él primero el ejemplo; reprendia sobremanera el descuido en asistir al oficio divino, y no solo hacia esto con los seglares, sino tambien con los clérigos negligentes. Cuando Atila talaba la Italia y habia devastado la provincia de Aquileya, decia San Máximo á los tímidos que si querian rechazar el ímpetu del enemigo, se revistiesen de la fe y de las armas celestiales, proponiéndoles el ejemplo de los ninivitas, que con sus ayunos y oraciones consiguieron aplacar la cólera divina. Cuando el peligro fue inminente, y los más quisieron huir, el Santo Obispo les inspiró una esperanza más firme, consiguiendo con esto que no abandonasen su patria. Lo mismo sucedió cuando la irrupcion de Genserico caia sobre Turin; animaba el Obispo á los fieles á implorar la misericordia divina, y reprendia con energía á los que compraban objetos que habian saqueado los bárbaros, condenándolos públicamente á la restitucion. Cuando fue reconstruida la basílica de Milan, que los bárbaros habian destruido, predicó San Máximo en esta ciudad, haciendo ver á sus oyentes la justicia y misericordia de Dios en las cosas que habian sucedido.

Las necesidades de la Iglesia en general ocuparon tambien su atencion, pues viendo en peligro la fe de la Encarnacion, impugnada por Eutiques, defendió en Milan públicamente, con otros Obispos de su provincia, la verdad católica; despues en Roma, el año 465, confesó solemnemente «que él nunca haria lo que estaba prohibido,» referente á la disciplina eclesiástica. Créese que murió por este mismo tiempo (1).

ARTÍCULO II.

Obras de San Máximo.

Todas las obras de San Máximo son discursos sagrados dirigidos al pueblo, pero llevan distintos títulos. Tiene como unos doscientos treinta entre sermones y homilías; cinco tratados (2) y veinticinco esposiciones de algunos capítulos de los Evangelios. De todos nos ocuparemos á continuacion. Las homilías y sermones se hallan divididos en los códices

(1) Tillemont, páginas 31 y 34.

(2) Este nombre significaba para los antiguos, sermon al pueblo pronunciado por el Obispo, como ya dijimos al hablar de San Zenon, Obispo de Verona.

y en las ediciones, en homilías y sermones de tiempo, de Santos, y de diversos asuntos.

1.° *Homilías y sermones de tiempo.* San Máximo dedica unos á celebrar la festividad de la Natividad del Señor; la grandeza y beneficios de la Encarnacion, y los misterios que encierra la Epifanía; otros pertenecen á la Cuaresma, ya para recomendar el ayuno en general y el de este tiempo en particular, ya para recordar la Pasion y muerte del Salvador, el crímen de Judas y la conversion del Buen Ladron; algunos tiene para la Pascua de Resurreccion, y para la de Pentecostés.

2.° *Homilías y sermones de Santos.* En estos, unas veces trata de los mártires y de los confesores, recomendando su valor y sus virtudes; en otros se ocupa en particular de algunos de estos, como de San Pedro y de San Pablo, de San Juan Bautista, de los siete hermanos Macabeos, de San Lorenzo, de San Estéban, de San Cipriano, de Santa Inés, vírgen y mártir, de los mártires de Tours, Octavio, Advencio y Solutor. De Alejandro Isitonio de Amgui, de Cancio, Canciano, Cancianila de Rávena, y, finalmente, de San Eusebio de Verceli, Obispo y confesor.

3.° *Sermones de diversos asuntos.* Estos son de tres clases, segun el argumento de que tratan, á saber: dogmáticos, exegéticos y morales.

1.° *Sermones dogmáticos.* En algunos de estos impugna á los herejes de su tiempo, y en otros, ya defiende el misterio de la Encarnacion, ó ya trata del sacramento del Bautismo. San Máximo se ocupa muy particularmente de este Sacramento, ora esponiendo el Símbolo á los que iban á ser bautizados, ora esplicando sus ritos á los que ya lo estaban, ora, en fin, manifestando la gracia que confiere.

2.° *Sermones exegéticos.* En ellos, ademas de muchos pasajes de la Escritura, espone algunos puntos de la vida del Salvador, como la conversion de Zaqueo, el milagro de la multiplicacion de los panes y de los peces, la curacion del criado del Centurion y de la hija de la Cananea. Tambien interpreta algunas parábolas en que se representa el reino de los cielos, como la del grano de mostaza y otras.

3.° *Sermones morales.* En estos, ora enseña lo que se requiere para seguir á Jesucristo, cuál debe ser la vida del cristiano, y que en todos los estados se puede alcanzar la perfeccion; ora recomienda el temor de Dios, la guarda de la lengua, la correccion fraterna, la beneficencia para con los pobres, la hospitalidad, la humildad y la caridad; ora, en fin, exhorta al amor á nuestros enemigos, á la penitencia, á la práctica del culto público y al amor hácia los sacerdotes, cuyo ministerio describe, y recomienda la predicacion.

4.° *Veintitres esposiciones de algunos capítulos de los Evangelios* (1). En ellas ilustra otras tantas lecciones de los Evangelios, ora en el sentido literal, ora en el moral y alegórico; ora trata de algunos milagros, como el de la multiplicacion de los cinco panes, y otros; ora de la degollacion de San Juan Bautista, ora del convite en casa de Lain, con los publicanos y pecadores, ora de la Transfiguracion del Señor, ora pondera la caridad de la viuda que depositó su moneda en el templo, ora, en fin, compara la doctrina evangélica al grano de mostaza.

Las homilías de San Máximo son las más elocuentes de su tiempo, y tan oportunas en aquellas circunstancias, que la Iglesia las ha tenido siempre en mucho aprecio (2). Este Padre fue sumamente instruido en todas las ciencias, y cautivaba el ánimo de sus oyentes, no menos por la suavidad de su palabra y la gravedad de sus sentencias, que por el brillo de sus pensamientos. La Sagrada Escritura era su tema constante, usando de la version Itala ó del original griego, y la esplicaba con suma facilidad. Nunca presentaba un lugar de los libros sagrados sin que al punto lo esplicase, sirviéndose frecuentemente de los escritos de San Ambrosio y de San Agustin. Generalmente escribió con elegancia y afluencia, no separándose jamás de las enseñanzas de los Padres y de la Sede Apostólica, combatiendo ademas á los herejes de su tiempo y aun á los del nuestro.

De los muchos puntos de doctrina que abrazan sus escritos, pueden sacarse los siguientes:

1.° Reconoce con la Iglesia católica la doctrina de la justificacion. (Homilía 93.)

2.° La veneracion de los Santos y sus reliquias. (Homilía 81.)

3.° La necesidad de las buenas obras. (Homilía 48.)

4.° El sacrificio de la nueva ley. (Sermon 93.)

---

(1) Gennadio: *De los escritores eclesiásticos*, cap. IV.

(2) Tritemio y Gennadio: *De los escritores eclesiásticos.*

CAPÍTULO III.

SAN NICETAS, OBISPO DE AQUILEYA.

ARTÍCULO ÚNICO.

Vida y escritos de San Nicetas.

San Nicetas (1), elegido Obispo de Aquileya el año 450, ó poco despues (2), tuvo muy en peligro su vida cuando Atila, general de los hunnos, acometió á aquella ciudad en 452 (3). Despues de este suceso, el Santo Obispo parece que fijó su Silla junto al puerto Romaciano, por lo que los antiguos le llamaron Obispo de esta ciudad (4). Aquella terrible calamidad trajo consigo males sin cuento, que el Obispo, apoyado en la autoridad de San Leon Magno, trató de remediar. Entre los ejércitos bárbaros habia gentiles y arrianos, que obligaban á los cautivos de Aquileya, á unos á adorar los ídolos, y á otros á ser rebautizados, ó, si eran catecúmenos, á ser bautizados; ademas, algunas mujeres, creyendo á sus maridos muertos, ó pensando que ya no volverian, contrajeron otras nupcias, que los primeros esposos, vueltos del cautiverio, declaraban nulas, y pedian que se les devolviesen sus mujeres. Todos estos casos, tan difíciles y dudosos, propuestos por San Nicetas, los resolvió San Leon con suma moderacion y justicia. Finalmente, despues de haber cumplido como bueno, murió San Nicetas por el año 480.

Escribió este Santo muchos opúsculos, de los cuales hoy nos quedan los siguientes:

1.° *Esplanacion del Símbolo á los competentes*, en la cual espone por partes el Símbolo de los Apóstoles, para instruccion de aquellos que estaban próximos á recibir el bautismo, añadiendo ademas algun consejo con mucha oportunidad, y acomodado todo á la capacidad de sus oyentes.

---

(1) Para San Nicetas, véase Gennadio: *De los escritores eclesiásticos*, cap. XXII.

(2) Angel May: *Prefacio en los escritos de San Nicetas y San Paulino*, sacados de los códices del Vaticano.—Roma, 1827, p. 8.° y 9.°, pág. 52.

(3) Rubens Moniun, de la Iglesia de Aquileya, cap. XVI.

(4) Gennadio, lugar citado.

2.° *Alocucion ó libro de la razon de la fe* (1). En él recomienda la práctica de las buenas obras; espone, prueba y defiende la fe católica sobre Dios Padre é Hijo, contra los arrianos, declarando perfectamente que la humillacion del Hijo de Dios en el misterio de la Encarnacion no menoscaba en lo más mínimo á la Divinidad.

3.° *Tratado del poder del Espíritu Santo.* Es un opúsculo breve, muy relacionado con el anterior, en el cual aclara las capciosas cuestiones de los pneumatómacos, oponiéndoles, con testimonios de la Sagrada Escritura, la verdad de la procesion y naturaleza de la múltiple operacion y poder del Espíritu Santo, que, como que es Persona propia de la Santísima Trinidad, se le debe la misma adoracion que al Padre y al Hijo.

4.° Tratado de los diversos nombres que convienen á Nuestro Señor Jesucristo, en el cual espone breve, propia y elegantemente varios títulos que se dan á Cristo en las Sagradas Escrituras, aplicando ingeniosamente cada uno de estos nombres para estímulo á la perfeccion y para derivar las reglas de nuestra conducta.

La doctrina de San Nicetas es pura, su estilo simple y elegante, su diccion breve y clara á la vez (2).

Se conservan ademas de San Nicetas algunos fragmentos de obras perdidas (3). *El opúsculo á la vírgen caida* se cuenta como bastante dudoso (4).

---

(1) Casiodoro: *Institucion de las divinas letras*, cap. XVI.

(2) Casiodoro: *Institucion de las divinas letras*, cap. XVI.

(3) Braida: *Disertacion á los opúsculos de San Nicetas*, en la edicion de estos mismos, en 1810.

(4) Dos son las ediciones que se han hecho de los opúsculos de San Nicetas: una del canónigo Braida, en 1802, en 4.°; otra de Angel May, Roma, 1827.

CAPITULO IV.

VALERIANO CEMELIENSE, Y BASILIO, OBISPO DE SELEUCIA.

Ademas de los Santos Padres poco há mencionados que se hicieron notables en la elocuencia sagrada, son dignos de mencion Valeriano, Obispo Cemeliense, y Basilio Seleuciense, de los cuales aun nos quedan monumentos literarios.

1.° *Valeriano* (1), Obispo de la antigua ciudad de Cemelion, junto á los Alpes marítimos, brilló á mediados del siglo v, sobre todo por su celo en predicar la palabra divina.

De él tenemos veinte homilías y una carta. Las *Homilías* tratan del bien de la disciplina, del camino angosto y difícil, de la misericordia, de la avaricia, de la humildad, de la paz, del martirio de los Macabeos, de la maledicencia, de las palabras ociosas, del cumplimiento de los votos, de la devocion en la Cuaresma, y, finalmente, de la indigna costumbre de tener bufones en los convites, para poder llenarlos de ofensas. Su carta dirigida á los monges es una exhortacion á la virtud, sacada de las cartas de San Pablo.

En estas homilías se despliega un lujo grave y lleno de dignidad, encontrándose en ellas muy buena doctrina moral. La carta es de un estilo mucho más bajo.

2.° *Basilio, Obispo de Seleucia* (2), despues del año 441, se manifestó poco constante en impugnar la causa de Eutiques; porque si bien en el Concilio de Constantinopla, en 448, profesó la verdadera fe, y condenó, juntamente con San Flaviano, á Eutiques, despues de esto, en el mismo conciliábulo de Efeso del año 449, ya por la debilidad de su ánimo, ya por temor á Dióscoro, ya por no conocer á fondo la verdadera fe, condenó á San Flaviano, restituyó á Eutiques á su antigua dignidad y á la comunion de la Iglesia, é hizo su profesion de fe con las mismas palabras de este heresiarca. Por fin, en el Concilio de Calcedonia, donde primero habia sido reparado en union con Dióscoro, despues de haber admitido y suscrito la carta dogmática de San Leon Magno,

---

(1) Véase J. Sirmondi, en las obras de Valeriano.

(2) Tillemont: *Memorias*, tomo XV, art. *Basilio de Seleucia*.

condenó con los Padres á Eutiques y Dióscoro, permaneciendo ya desde entonces unido á la fe de la Iglesia. Créese que murió cerca del año 459.

De Basilio tenemos todavía *Cuarenta discursos ú oraciones*, *Una carta* y dos libros de la vida y milagros de Santa Tecla.

1.° *Sus oraciones*. Son esplanaciones del Antiguo y Nuevo Testamento. En las del Antiguo Testamento describe elegantemente la admirable creacion y disposicion de todas las cosas, especialmente del hombre, que es imágen de Dios; presenta el estado de integridad en Adan por la gracia de Dios, y la corrupcion por el pecado. Tambien hace mencion de Cain y Abel, de Noé y Abraham, de José Egipciaco y Moisés, de Elíseo y Elías, de Jonás y de David. En las pertenecientes al Nuevo Testamento espone con bastante elegancia la matanza de los Santos Inocentes por Herodes, la degollacion de San Juan Bautista por la perversidad de Herodías, la curacion del criado del Centurion, la de la hija de la Cananea, la del endemoniado, junto al lago de Genezareth, la de los dos ciegos y la del cojo que estaba sentado á la puerta del templo; el milagro de los cinco panes, el de la mitigacion de la tempestad en el mar, la narracion de la madre de los hijos del Zebedeo, y el pasaje del publicano y el fariseo; declara tambien por qué San Juan Bautista envió sus discípulos á Jesucristo, *Doctor* de todos los hombres. por qué Cristo se llama *Buen Pastor*; por qué mandaba á sus discípulos que se volviesen como niños, y en qué sentido Jesucristo llamó á sí á los oprimidos y desgraciados; Busca la causa por la que Jesucristo hizo á sus Apóstoles pescadores de hombres, y mudó á Simon su nombre por el de Pedro despues de su confesion; finalmente, hace ver por qué motivo Jesucristo, subiendo á Jerusalen, predicó á los discípulos su Pasion, y rogó á su Padre en el huerto de Gethsemaní que pasase de El aquel cáliz.

Las demas oraciones de Basilio, ó pertenecen á la moral, ó son en celebracion de los dias festivos. En una de aquellas increpa á los que deseaban los combates olímpicos, haciendo ver que esto desdice del espíritu de la Religion. Tuvo dos con motivo de la Anunciacion de la Madre de Dios, y de la Transfiguracion de Nuestro Señor Jesucristo.

A estas homilías va unida la *Demostracion contra los judíos sobre la venida del Salvador*, en la que por el célebre vaticinio de Daniel sobre el Mesías, y contados los años, manifiesta claramente que Jesucristo es el verdadero Mesías, prometido á Daniel, por boca del arcángel Gabriel (1). Final-

(1) Véase á J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol. 3.°, pág. 93.

mente á todas estas se debe añadir la *Homilía en alabanza del protomártir San Estéban, y de la invencion de sus reliquias* (1).

2.° *Carta sinódica al Emperador Leon*, en la cual defiende al Concilio de Calcedonia, y juzga indigno de la Silla de Alejandría á Timoteo Teluro, hereje monofisita (2).

3.° *Dos libros de la vida y milagros de Santa Tecla, vírgen y mártir de Iconio.* En ellos describe elocuentemente la conversion de esta célebre vírgen por medio del Apóstol San Pablo, sus admirables virtudes y su glorioso martirio, y finalmente los estupendos milagros que por su intercesion se han obrado (3).

El estilo de Basilio es airado, y su diccion abunda en tropos y figuras, como afectando fama de elocuencia; á cada una de sus oraciones precede un exordio retórico, en el que procura hacer ver las personas que van á figurar en su discurso: en la esplicacion de la Sagrada Escritura procura imitar á San Crisóstomo; impugna frecuentemente á los arrianos, y espone muchas veces el misterio de la Encarnacion, aunque con bastante dificultad (4).

---

(1) Esta homilía la dió á luz Fr. Combefisio, bajo el nombre de San Juan Crisóstomo: Paris, 1656.

(2) Actas del Concilio de Calcedonia, parte 3.ª, cap. XXXIX.

(3) Dupin, tomo IV, pág. 209.

(4) La edicion de las obras de Basilio, esceptuando la carta, se encuentra en la coleccion de los Santos Padres Gregorio Taumaturgo, Macario Egipcio y Basilio de Seleucia, Paris, 1622, en folio.

CAPÍTULO V.

SIDONIO APOLINAR, OBISPO DE CLERMONT.

FUENTES. Las obras de Sidonio.—San Gregorio Turonense: *Historia de los francos*, lib. II, cap. XXI.—Gennadio: libro *De los escritores eclesiásticos*, cap. XCII.

AUXILIARES. La vida de Sidonio, por Salvaron, en la edicion que hizo de sus obras.—La vida de Sidonio, Obispo de Clermont, por J. Sirmondi, en la edicion que hizo de sus obras; y las notas de Sirmont á las obras de Sidonio.—Tillemont: *Memorias*, tomo XVI, *San Sidonio*.—Dupin, tomo IV, pág. 250.—Ceillier, tomo XV, cap. VII.—Galland., tomo X, proleg.—J. A. Fabricio: *Biblioteca de la media é ínfima latinidad*, tomo VI, pág. 168.—Cavé, vol. 1.°, pág. 292.

EDICIONES. La de Sabaro, Paris, 1599, y despues en 1609, en 4.°—La de J. Sirmondi, Paris, 1614, en 8.°, y mejorada esta misma en 1652, en 4.°—Ultimamente, Gregorio y Colombel publicaron las obras de Sidonio en testo latino y francés en Lyon, 1836, tres volúmenes en 8.°

ARTÍCULO UNICO.

Vida y escritos de Sidonio Apolinar.

Nació Sidonio Apolinar en Lyon, en 430, de una familia ilustre (1), y recibió su educacion de los maestros más reputados de la época, dedicándose á las bellas artes, y sobre todo á la poesía, en cuyo arte floreció tanto, que se le erigió en Roma una estatua pública entre los más célebres poetas (2). Casó con Papianila, hija del Emperador Avito, de la cual tuvo tres ó cuatro hijos. Cuando la toma de Lyon por Mayorino, Apolinar fue hecho prisionero; mas luego sus bellas dotes le granjearon la confianza de su opresor, empleándole éste despues como intermediario entre él y el rey Teodorico. El Emperador Autencio le nombró patricio y prefecto de Roma (3); pero Dios, que le queria para sí, consintió que

(1) Sidonio, lib. I, epístola 5.ª
(2) Tillemont, lugar citado, art. 1.°
(3) Tillemont, lugar citado, artículos 2.° y 3.°

fuese elegido, aun siendo lego y casado, Obispo de Clermont. Sidonio, por no resistirse al manifiesto llamamiento del cielo, se separó de su esposa con el consentimiento de esta, y se dedicó completamente al estudio de la Teología, necesaria á su nueva situacion. Como Obispo, resplandeció por sus muchas virtudes; por la solicitud en la disciplina eclesiástica, por la integridad en la fe, y su ardiente caridad. Cuando en 475 su ciudad episcopal fue sitiada por los visigodos, exhortó al pueblo á defenderse con valor: sin embargo, Clermont fue tomada, y el Obispo conducido al castillo de Liviana; pero al cabo de algun tiempo, Alarico le permitió volver á su diócesis, donde durante un año las intrigas de dos malos sacerdotes le impidieron llenar sus funciones episcopales. Por fin, murió el 21 de Agosto, entre 484 y 490 (1).

Las obras que de Sidonio nos han quedado son de tres clases, á saber: un discurso, cartas y poesías.

1.ª *La arenga ó discurso (concio)* (2). Habiendo vacado la Silla episcopal de Bourges, los Obispos y el pueblo designaron á Sidonio para que eligiese quién la habia de ocupar. Con este motivo pronunció un discurso, en donde, despues de manifestar su indignidad para aquella comision, espone elocuentemente las dotes de un buen Obispo, y declara que estas están reunidas en Simplicio, á quien él habia designado.

2.ª *Nueve libros de cartas.* Apolinar recogió estas cartas á ruegos de sus amigos, especialmente de Constantino, presbítero de Lyon, y han sido publicadas sin noticia alguna del tiempo en que fueron escritas, y sin estar divididas en clases. Sin embargo, el libro VI y VII comprende todas aquellas que al principio de su episcopado escribió á algunos Obispos: en los libros restantes se encuentran mezcladas las que escribió en las diversas circunstancias de su vida (3). De estas, las más son *familiares*, y dan claros indicios de su caridad; renueva los vínculos de su amistad; procura por los desgraciados, y avisa de ciertos asuntos á sus amigos. Otras son en alabanza de los más célebres Obispos de las Galias, como: Sisupo Trycense, Paciente de Lyon, Mamerto de Viena, Perpetuo de Tours, Remigio de Reims, Fausto de Regio, Rusicio de Simosin, y otros. En otras describe la consagracion del Obispo y del baptisterio, junta á muchos varones santos, especialmente á Claudiano, presbí-

(1) San Gregorio Turonense: *Historia de los francos*, lib. II, cap. XXIII.
(2) De varias otras que pronunció solo han quedado esta.
(3) Tillemont, lugar citado, art. 32.

tero de Viena; endulza las desgracias de sus amigos, ensalza sobremanera la dulzura de una posesion suya, y la del campo en general: hace una elegante descripcion de su viaje á Roma y de la figura y costumbres del Rey Teodorico, exhorta á la caridad; refiere la conversion de un amigo suyo de costumbres disolutas á un honesto matrimonio; recomienda la moderacion en los convites; procura establecer la paz; manifiesta que la felicidad no se encuentra en la pompa de las dignidades y honores, y alguna vez esplica el sentido alegórico de varios sacrificios de la antigua ley. Las demas cartas contienen poco de cosas cristianas, y casi nada de la Sagrada Escritura: todas, respirando la parte inferior de la edad clásica, aunque de un estilo más bajo, presentan una viva imágen de la edad posterior, en la cual el imperio romano, arrollado por los bárbaros, quedó destruido.

3.ª *Veinticuatro versos*, escritos por Apolinar antes de ser elegido Obispo, no tratan de cosas sagradas, sino más bien cantan objetos profanos á manera de los antiguos poetas gentiles. Les preceden tres panegíricos á los Emperadores Avito, Mayorino y Autencio. Los demas versos los redujo á una coleccion, accediendo á los ruegos del prefecto Félix. Se reducen estos á algunos *epitalamios*, como en las bodas de Rusicio y Polemio. En el *Eucarístico* á *Fausto de Regio* implora primeramente el auxilio del cielo, y da despues muchísimos parabienes á ese Obispo por haber guiado á un jóven hermanito suyo por el camino del deber, y por haberle sacado á él mismo de Regio y haberle conducido á reconciliarse cariñoso con su madre. Los demas poemas son de menos importancia, esto es: descripcion de los baños de su pueblo del Burgo pauliniano y de Narbona, juntamente con alabanzas de algunos amigos suyos; peticiones á Mayorino, invitaciones, y epígramas. Ademas de los versos que hemos mencionado, que se encuentran en una coleccion, hay otros esparcidos en sus cartas, los cuales son generalmente inscripciones destinadas á las nuevas iglesias, ó epitafios; y otros son meramente espresion de su vena poética.

Es muy sensible que se hayan perdido *Las oraciones breves de la misa*, llamadas por Sidonio (1) *Contestacioncillas*, las cuales redujo San Gregorio Turonense á un libro (2).

Las obras de Sidonio poco ó nada ilustran la doctrina de la fe y de la moral; pero en cambio puede buscarse en ellas

(1) Lib. VII, ep. 3.ª

(2) *Historia de los francos.* lib. II, cap. XXII.

el estado del mundo romano en las Galias, el de las letras y de la antigua disciplina, y tambien la historia y costumbres de aquella época (1). Su amigo Claudio Mamerto le llama el primer orador de su siglo, el más hábil de los sabios, y el restaurador de la elocuencia. Sus escritos están llenos de afluencia, sus descripciones son felices, sus pensamientos profundos, aunque, poseyendo completamente su idioma, á menudo forja palabras nuevas, cuando su exaltado pensamiento le estravía. Esta falta, y una cierta sutileza, hacen difícil la lectura de sus poemas; algunas veces sus comparaciones, sus descripciones y sus metáforas no son siempre felices, aunque parecian divinas á los depravados romanos y á los ignorantes invasores.

Sus trabajos oratorios son menos notables que sus composiciones poéticas, si bien supo ejercer una gran influencia con su palabra en las costumbres de los pueblos en los primeros dias de la lucha tenaz y encarnizada que ya por este tiempo habia comenzado.

---

(3) Dupin, tomo IV, pág. 251.

SECCION QUINTA.

De los Padres que combatieron á los semi-pelagianos.

CAPITULO PRIMERO.

JUAN CASIANO, PRESBÍTERO DE MARSELLA.

FUENTES. Sus obras, segun la edicion de Alardo Gazeo.—Gennadio: libro *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXI.

AUXILIARES. Alardo Gazeo, en el Prefacio á su edicion.—Tillemont: *Memorias*, tomo XIV.—Casiano.—Card. Nosisio: *Historia de los pelagianos*, lib. II, cap. I.—Cas. Oudin, tomo I, col. 1,133.—Wiggers, comentarios 1.°, 2.° y 3.° de J. Casiano.

EDICIONES. La primera se publicó en Basilea, en 1485, y despues en 1497; pero la mejor es la de Alardo Gazeo en Arlois, 1628, y esta misma se publicó mejorada en Paris, 1642, y en Francfort, 1722.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de Juan Casiano.

Entre los Santos Padres y escritores eclesiásticos que florecieron á mediados del siglo V debe contarse Juan Casiano, fautor del semi-pelagianismo, hombre notable por su erudicion y por la pureza de sus costumbres. Este célebre presbítero, no solo hizo enemigos de San Agustin á los marselleses, en cuya ciudad habia fundado un monasterio, sino ademas á sus vecinos los monges de Lerin, originándose con esto graves conflictos por las Galias.

Juan Casiano, descendiente de la pequeña Scitia, provincia de la Tracia, despues de haberse instruido con mucho aprovechamiento en las letras divinas y humanas, marchó por el año 360 al célebre monasterio de Belen, donde adelantó mucho en el camino de la perfeccion,

y contrajo íntima amistad con un monge llamado Germano (1). Por el año 390 hizo una escursion con su amigo Germano por los desiertos y soledades del Egipto, con objeto de ver y oir á aquellos célebres monges, cuya fama era universal. En su largo y penoso camino conoció y se hizo amigo de San Crisóstomo, de quien contra su voluntad recibió el diaconado, marchando despues á Roma con el presbítero y amigo German, y en nombre del clero de Constantinopla, para pedir al Papa Inocencio que remediase tanto mal (2), retirándose más tarde á Marsella, donde edificó dos monasterios, uno de hombres y otro de mujeres, estableciéndose en el primero como abad.

Aquí fue donde, á ruegos del Obispo de Apta, llamado Cástor, escribió por el año 416 sus *Instituciones* para régimen de los cenobitas establecidos por aquel Obispo. Escribió tambien sus *Conferencias espirituales* en forma de serie, las cuales habia tenido en su viaje con los orientales, y particularmente con los monges del Egipto, dedicando las diez primeras, por el año 420, á Leoncio, Obispo de Frejus, y á Eladio, que todavía no era Obispo. Las siete siguientes las compuso á ruegos de los Santos Honorato de Arlés y Euquerio de Lyon, que despues llegaron á ser Obispos. Las siete últimas las envió el año 426 á 429 á los monges que habitaban en Hyères, islas situadas en las costas de la Provenza.

Despues que el error de los pelagianos habia echado raices en las Galias por medio de un tal Seporio, preludio del nestorianismo, Casiano amonestó primero á este monge, y despues San Agustin lo redujo por la gracia de Dios al camino de la verdad (3). Finalmente, cuando la herejía de Nestorio levantó audaz su cabeza por el Oriente, á ruegos de San Leon, entonces arcediano, y despues Pontífice romano, escribió *Siete libros sobre la Encarnacion del Señor*, y en esta tarea murió, cerca del año 433 (4).

ARTÍCULO II.

Obras de Juan Casiano.

Casiano escribió sus obras á ruegos de algunos Obispos, ó de varones piadosos: dos de ellas son morales y una dogmática, de las cuales trataremos á continuacion.

---

(1) Casiano, conferencia 24, cap. I.
(2) Casiano, lib. VII, cap. XIII, de la Encarnacion.
(3) Gennadio: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LIX.
(4) Gennadio: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXI

1.ª *Doce libros de los institutos de los cenobitas* (1). En estos libros, Casiano prescribe, segun las reglas de los monasterios de Oriente y del Egipto, todo lo que pertenece á la buena disciplina interior de un convento. El libro I trata del hábito de los monges; el II y III del motivo de la salmodía y de la oracion cotidiana; el IV de la manera de recibir á los novicios, que él llama renunciantes, porque renunciaban al mundo, y de las virtudes que debian reunir. En los ocho libros siguientes prepara á los monges para el combate espiritual contra los ocho vicios capitales, espone la naturaleza y orígen de cada uno, y señala los remedios más á propósito para combatirlos; así, en el libro V se ocupa de la gula; en el VI de la fornicacion; en el VII de la avaricia ó del amor á las riquezas; en el VIII de la ira; en el IX de la tristeza; en el X de la pereza; en el XI de la vanagloria, y en el XII y último de la soberbia.

2.ª *Veinticuatro colaciones, ó conferencias* (2). En ellas se contiene la sustancia de todo lo que Casiano y German habian aprendido de los más célebres monges del Egipto, y tratan de la direccion espiritual, de la vida de los anacoretas, y de su doctrina. Estas colaciones están divididas en tres grupos; al primero pertenecen las diez primeras; al segundo las seis siguientes, y al tercero las siete últimas, y cada una de ellas tiene su introduccion propia. En las diez primeras se examina la intencion y el fin de la perfeccion; de modo que en la primera se manifiesta que Dios es el fin, y el propósito la pureza del corazon, que es la caridad; en la segunda se trata de la direccion; en la tercera, de los grados de las renuncias de nuestros enemigos; en la cuarta, de la concupiscencia de la carne y del espíritu; en la quinta, de los ocho principales vicios; en la sesta, de la matanza de algunos solitarios de la Palestina por los sarracenos, de la divina Providencia que permite la afliccion de los justos, y tambien de las tentaciones que sufren; en la sétima y octava, de la naturaleza del alma y de su poder, del orígen y diversidad de demonios que infestan el alma y el cuerpo, y en la novena y diez, de la oracion. En la segunda parte, y en la colacion once, se trata de la perfeccion; en la doce, de la castidad, y se manifiesta ademas que esta virtud se deriva de la gracia divina; en la trece, de la proteccion de Dios, de la libertad del hombre en relacion á la gracia divina, y es en la que su autor levanta el estandarte del semi-pelagianismo; en la catorce, de la ciencia espiri-

(1) Schorenema: *Biblioteca histórica y literaria de los Padres latinos*, volúmen 20, pág. 673.

(2) San Isidoro de Sevilla, lib. III de las sentencias, cap. XIV.

tual, ó sea del sentido místico de la Sagrada Escritura; en la quince, se establece el sentido literal, y ademas en el espiritual se reconocen el tropológico, alegórico y anagógico; en la diez y seis se trata de la verdadera amistad y del amor universal, y en la diez y siete, del buen uso de la lengua, de las promesas, y de cuándo es lícito faltar á ellas, y cuándo se puede usar de la mentira y de la divinacion. En la última parte, y en la colacion diez y ocho, se distinguen cuatro clases de monges; en la diez y nueve se trata de la vida cenobítica y eremítica; en la veinte, de la penitencia y de la satisfaccion; en la veintiuna, del ayuno de la Cuaresma y de su dispensa en la Pascua; en la veintidos, de las ilusiones nocturnas; en la veintitres, del sentido de las palabras de San Pablo (1): *Non, quod volo, bonum facio, sed quod nolo malum hoc ago*; y en la veinticuatro y última de la mortificacion.

3.° *Siete libros de la Encarnacion del Señor* (2). Casiano escribió estos libros contra los errores de Nestorio, pero sin nombrarle. En los cinco primeros manifiesta que esa nueva herejía estaba ya condenada en sus antiguas fuentes, y recientemente lo habia sido en el pelagianismo, en donde tenia su orígen. Despues sostiene sólidamente, con la Escritura de uno y otro Testamento, que la Vírgen María es verdadera Madre de Dios, porque Jesucristo es al mismo tiempo Dios y Hombre por la union hipostática, de la que resulta necesariamente la comunicacion de idiomas. En los dos libros siguientes refuta á Nestorio con el símbolo de Antioquía, en donde habia sido bautizado este hereje, y manifiesta ademas que su impía doctrina, no solo destruye el misterio de la Trinidad, sino tambien toda la fe católica. Finalmente, Casiano contesta á las objeciones de sus adversarios con la doctrina enseñada por los Padres, y pone fin á su obra con una exhortacion á los fieles de Constantinopla para que permanezcan constantes en la verdadera fe.

Los escritos morales de Casiano no son solo convenientes á los monges, sino á toda clase de personas que quieran adelantar en la virtud; y sus libros pueden considerarse como un compendio de la doctrina ascética practicada en el Oriente, por cuya razon han sido siempre muy estimados por los maestros de la vida espiritual (3). Es muy sensible, sin embargo, encontrar en ellos algunos errores que con la autoridad de su nombre se estendieron con rapidez por una

(1) A los Rom. cap. VII, vers. 19.
(2) Gennadio: *De los escritores eclesiásticos*, lugar citado.
(3) Tillemont, lugar citado, art. 11.

gran parte de las Galias. Sostuvo, pues, Casiano, contra la doctrina de San Agustin y de la Iglesia católica, que el principio de la fe y de la buena voluntad está en la sola voluntad del hombre, negando de este modo la necesidad de la gracia para el principio de la justificacion, aunque la reconoce para el progreso de la perfeccion y para conseguir la vida eterna. Concede ademas que algunos hombres son llevados al camino de la salvacion por la gracia preveniente que ilumina sus entendimientos. Como se ve, Casiano buscó un medio entre San Agustin y Pelagio: el primero enseñaba, con la Iglesia católica, que siempre somos prevenidos por la gracia para todo bien, mientras que el segundo pretendia que nosotros preparamos y merecemos la gracia de Dios. San Próspero de Aquitania refutó el pelagianismo disfrazado de Casiano, aunque solo era un simple lego.

El estilo de Casiano es siempre igual y claro, y no carece de elegancia. Sus libros son eruditos, y dan á conocer su humildad y el frecuente uso que hacia de la Sagrada Escritura, al mismo tiempo que su energía para impulsar los ánimos á la perfeccion.

CAPÍTULO II.

SAN PRÓSPERO DE AQUITANIA.

FUENTES. Las obras del mismo San Próspero.—El Papa San Celestino en su carta 21.—Gennadio: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXXXIV.

AUXILIARES. Tillemont: *Memorias*, tomo XVI, *San Próspero*.—Vida de San Próspero de Aquitania, añadida á la edicion de Paris de 1711, por D. Mangeant.—Labbé: *Disertacion histórica de San Próspero*.—Norisio: *Historia de los pelagianos*, lib. II.—Dupin, tomo IV, pág. 181.—Ceillier, tomo XIV, cap. XII.—Cas. Oudin, tomo I, col. 1,175.—J. A. Fabricio: *Biblioteca de la media é ínfima latinidad*, tomo VI, página 13.

EDICIONES. La primera edicion la publicó Sebastian Grifio; Lyon, 1539.— La de J. Olivario, en Douai (Flandes). La mejor es la de Mangeant, en Paris, 1711, en folio, y publicada despues en Venecia en 1744 y en 1782.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Próspero.

San Próspero, nacido en Aquitania á fines del siglo IV, de donde tomó el sobrenombre de *Aquitánico*, abandonando su patria, por el año 426, marchó á la Provenza, donde, como admirador de San Agustin, á quien solo conocia por su fama, principió á defender su nombre y su doctrina con todas las fuerzas de un ingenio fecundo, sutilísimo y versado en toda clase de ciencias, primero en conferencias verbales, y despues con sus escritos contra los semi-pelagianos. San Próspero, viendo que el error de estos herejes se estendia encubiertamente más y más cada dia, escribió á San Agustin, á quien Dios habia constituido columna de la verdad y especial patrono de la fe, dándole cuenta de las quejas de aquellos hombres contra la doctrina de la predestinacion y de la gracia sentada por él, haciendo lo mismo su amigo Hilario, su discípulo en otro tiempo. El fruto de estas cartas fueron los dos célebres libros del Obispo de Hipona sobre la predestinacion de los Santos y el don de la perseverancia; los

cuales, enviados á Próspero é Hilario, disipando todas las dificultades, redujeron á muchos á la verdadera fe (1). Poco despues nuestro Santo escribió otra carta á un amigo suyo, llamado Rufino, esponiéndole la verdad de aquellos asuntos, destruyendo muchas calumnias, refutando el error de los semi-pelagianos, y poniendo en suma claridad la fe católica sobre la gracia de Dios. Casi en el mismo tiempo compuso su celebrado poema, titulado: *Poesía (Carmen) sobre los ingratos*, en el que, despues de proponer la verdad católica, destruye, con no menos vigor que elegancia, los errores de los semi-pelagianos, mezclando lo útil con lo agradable. En esta ocasion, como oyese que cierto semi-pelagiano estaba escribiendo un libro en defensa de su errónea doctrina, San Próspero, usando de sarcasmo epigramático, trató de disuadir al nuevo escritor de su intento; pero despues que este dió sus trabajos al público, le volvió á escribir un segundo epígrama, en el cual se manifestaba que su libro contenia encubiertamente los funestos errores de Pelagio, prometiéndole ademas una refutacion de parte de San Agustin.

Muerto el Obispo de Hipona, sostuvo San Próspero toda la fuerza del combate contra los semi-pelagianos, siguiendo fielmente los vestigios de San Agustin; y para poder desempeñar mejor su encumbrado cargo, marchó á Roma con su compañero Hilario, para pedir al Papa San Celestino proteccion contra los nuevos enemigos de la gracia. En efecto: el Romano Pontífice le dió una carta para los Obispos de las Galias, en que defendia la doctrina de San Agustin, y mandaba á los Obispos de aquel pais que impusiesen silencio á los perturbadores de la paz. Vuelto á su patria, y reforzado con la autoridad de la Sede Apostólica, principió su controversia con mayor actividad. Entre tanto los tenaces adversarios de San Agustin en las Gálias juzgaban que algunas sentencias de este Santo Padre debian ser condenadas, y ademas un tal Vicente atribuia los mismos errores á San Próspero; este juzgó necesario rechazar la calumnia, y con sus escritos opuso el genuino sentido de las palabras de San Agustin al falso y truncado que les daban los herejes (2). Igualmente sacó de sus dudas y aclaró los lugares difíciles de San Agustin á los presbíteros de Génova, Camilo y Teodoro, ó Teodulo, que le habian consultado. Finalmente, tomando entre sus manos á Casiano, jefe de sus adversarios, refutó en todas sus falsas aserciones su *Conferencia trece*, que era el único y principal refugio de los semi-pelagianos.

---

(1) San Próspero, epístola á Rufino, núm. 4.

(2) Véase en la edicion la vida de San Próspero, artículos 5.º y 6.º

Con esto se mitigó el ardor de la polémica, y callaron estos herejes. Antes se habia celebrado el triunfo de la Iglesia sobre la herejía pelagiana y nestoriana en el Concilio de Efeso, en un epitafio.

En los últimos tiempos de su vida, este fiel intérprete de San Agustin se ocupó en sacar, como unas flores, sentencias de los libros de este Doctor; en componer algunos cortos poemas, y en hacer una más breve esposicion de los salmos, sacada tambien de los voluminosos comentarios del Obispo de Hipona. San Leon Magno, hallándose en las Galias cuando fue elegido Pontífice, habiendo conocido por casualidad á San Próspero, le llevó consigo á Roma, para que ocupase su pluma en los negocios de la Iglesia, principalmente contra los herejes (1). Al fin de su vida escribió el *Cronicon*, y murió probablemente en el año 463 (2).

ARTÍCULO II.

Division de las obras de San Próspero.—Sus obras dogmáticas.

Las obras de San Próspero son de cuatro clases: 1.°, dogmáticas; 2.°, morales; 3.°, exegéticas, y 4.°, históricas.

OBRAS DOGMÁTICAS.

La parte principal de los escritos de San Próspero la constituyen sus obras contra los semi-pelagianos, y son las siguientes:

1.ª *Dos cartas, dirigida una á San Agustin y otra á Rufino* (3). En ellas, despues de manifestar que la nueva herejía habia nacido de la de Pelagio, la refuta. En la carta de San Agustin, y en una gran parte de la de Rufino, se dan á conocer tan claramente los errores de los semi-pelagianos, que pueden considerarse como las principales fuentes para el estudio de esta herejía (4). La carta á San Agustin tenia por objeto participarle que algunos de sus escritos eran mal comprendidos. El argumento de la carta á Rufino se reduce á contestar á los cargos que se hacian á la doctrina del Obispo de Hipona. Desde el núm. 1.° al 4.° presenta el compendio de las acusaciones que le dirigian, á saber: que el

(1) Gennadio, lugar citado.
(2) Pagi, crítica al año 466, núm. 5.°
(3) No se sabe quién era este Rufino, aunque es verdad que no es el de Aquileya.
(4) A esta se puede añadir la carta de Hilario á San Agustin.

Santo Doctor destruia el libre albedrío; que bajo el nombre de gracia predicaba una necesidad fatal, y que parecia verse en sus dos masas de hombres, dos distintas naturalezas. Desde el 5.° al 11 San Próspero reconoce el libre albedrío, pero niega que este prevenga y merezca la gracia, sino que, por el contrario, es prevenido por ella. Desde el 12 al 17 manifiesta la causa por que algunos se desvian de la verdadera confesion de la gracia, que no es otra que por negarse á reconocer la absoluta y gratuita predestinacion de Dios á la salvacion, y añade que no es menos necesario admitir esta predestinacion que la doctrina de la Iglesia acerca de la gracia divina, á la cual no se oponen las palabras de San Pablo (1): *Deus omnes homines vult salvos fieri...* En el 18 y 19 refuta en pocas palabras las calumnias arriba indicadas, que se dirigian contra San Agustin.

2.° *Las respuestas en defensa de San Agustin á los capítulos de las objeciones de Vicente* (2). El primero de estos libros comprende quince objeciones, y el segundo diez y seis, contestando San Próspero á todas separadamente con no menos energía que elocuencia. Al primero añade ademas quince proposiciones, en las que presenta su doctrina acerca de las cosas dudosas que abrazan cada una de las objeciones.

Todas las dificultades que San Próspero refuta pertenecen al misterio de la predestinacion, que comprende en sí la vocacion á la fe, el eficaz auxilio de la gracia para creer y vivir piadosamente, y el don de la perseverancia final. Así, pues, de la doctrina de San Agustin sobre la predestinacion, que solo determina una parte de los hombres á la salvacion, pretendian deducir que Dios no llama á todos á la gracia, á algunos para que no reciban el Evangelio, y ademas que, de los llamados, unos lo son para que crean, y otros para que no crean; que los que no creen en el Evangelio, no creen por la predestinacion de Dios; que á algunos de los llamados y que viven piadosa y justamente, les quita Dios su buena voluntad, para que dejen de obedecer y caigan en el pecado; que á aquellos que no son predestinados á la salvacion, no les perdona el pecado original en el bautismo, ó que el bautismo y su buena vida nada les aprovecha, pues se les prolonga la vida hasta que caen en el pecado y se condenan; que á estos, aunque bautizados y virtuosos, Dios les niega el don de la perseverancia, porque en la presciencia y predestinacion de Dios nunca fueron separados de la masa de perdicion; que todos aquellos fieles y

(1) Epist. 1.ª á Timot., cap. II, vers. 4.°

(2) En atencion á la afinidad que hay entre estos dos libros, tratamos á la vez de su argumento.

santos que están predestinados á la condenacion eterna, cuando ya han pecado, Dios permite que ni puedan, ni quieran levantarse, y, por último, que estos, cuando en la oracion dominical dicen «Hágase tu voluntad,» no hacen más que pedir caer en el pecado y condenarse. Estos sostenian, pues, que la predestinacion no era otra cosa que la prescencia indiferente de Dios, de donde deducian que todo lo que Dios conoce y predestina no puede dejar de suceder, y concluian que con la predestinacion de Dios los hombres eran conducidos á la perdicion eterna por una necesidad fatal, y ademas, que no habia libre albedrío, sino que todo lo obraba la predestinacion, ya para el bien, ya para el mal; y por último, que Dios es el autor del pecado, pues da á cada uno de los hombres la misma libertad que al demonio. Tambien inferian que, segun la doctrina de San Agustin, Dios no quiere la salvacion de todos los hombres, sino la de cierto número de predestinados: ó más claro: que quiere que una gran parte de cristianos ni pueda ni quiera salvarse, y que los demas hombres no fueron criados por Dios para hacer su voluntad, sino la del demonio, por cuya razon los condena; y finalmente, que Jesucristo no murió por todos los hombres.

Estos errores se difundian por las Galias, como consecuencias sacadas de la doctrina de San Agustin, calumniando de este modo á este Santo Doctor, y haciendo odiosos sus escritos. San Próspero salió á la defensa de su maestro, y los refutó en lo que tenian de falso, para que resplandeciese la verdad con todo su brillo. A este propósito fija y aplica los dos puntos siguientes: 1.° Que la justicia de Dios siempre debe salvarse, y no se ha de admitir cosa alguna que tienda á destruirla. «Dios, añade, no seria injusto si despues del pecado de Adan, propagado por toda su descendencia, no salvase á ningun hombre, ni tampoco llamando á la fe á algunos misericordiosamente, ni dejando á otros en la perdicion; y que las causas por las cuales Dios salve á unos y deje á otros en la condenacion, á nadie es lícito escudriñar.» 2.° Que la santidad de Dios se ha de conservar igualmente; por lo tanto, jamás se debe conceder que Dios sea el autor del pecado, ni que impele ni obligue á él. Despues defiende que para el principio de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se nos concede por Jesucristo; que, una vez recibida, puede el hombre merecer gracias ulteriores, y que sin esta no se puede adelantar ni perseverar en el bien; pero el hombre puede con el libre albedrío resistir al llamamiento de Dios, ó despues de haber sido regenerado por el Bautismo, caer en el pecado: de donde se sigue que la causa de la infidelidad y de todo pecado está en la libre voluntad del hombre. «El hombre que ha caido en el pecado, con-

tinúa San Próspero, no puede levantarse por sí, sino por medio de la gracia; pero como Dios á nadie la debe, puede por justo juicio dejarlo en el pecado.» Por otra parte, Dios á nadie niega la gracia, á no ser á quien despreció la primera, y que porque previó que la despreciaria por su propia voluntad, no lo predestinó á la gloria. La predestinacion de Dios, que no está sin la presciencia, tan solamente se da á los buenos; en los malos solo está la presciencia de Dios, la cual, aunque infalible, no impone necesidad, ni arrastra la voluntad al pecado. De aquí, la predestinacion de Dios al pecado se rechaza y se condena absolutamente. Por otra parte, la voluntad de Dios para que todos los hombres puedan salvarse existe en cierto modo, así como la muerte de Jesucristo basta para redimir á todo el género humano, aunque no aproveche á todos para conseguir la vida eterna.

ARTÍCULO III.

Continuacion de las obras dogmáticas.

4.ª *Las respuestas en favor de San Agustin á los estractos de los genoveses.* Este libro es confirmacion, defensa é ilustracion de algunos puntos que dos presbíteros de Génova habian sacado de los libros de San Agustin sobre la predestinacion de los Santos y el don de la perseverancia, y que estos clérigos remitieron á San Próspero para que los aclarase. En este libro se trata principalmente del principio de la fe y de la predestinacion. San Próspero comienza defendiendo que el principio de la fe no está solamente en el libre albedrío del hombre, y que si alguno negase esto, caeria en el principal error de Pelagio, á saber: que la gracia se da segun nuestros méritos. Despues añade que el creer ó no creer está en el arbitrio de la voluntad humana, pero en los elegidos la voluntad se prepara por Dios; que este auxilio de la gracia eficaz es obra de la misericordia divina, por cuya razon el negarlo no es injusticia, pues Dios á nadie lo debe, y que ambas cosas, tanto los dones de misericordia como los juicios de la verdad, pertenecen á los inescrutables caminos de Dios, los cuales pretendia investigar la soberbia de los pelagianos. La fe, pues, ya iniciada, ya perfecta, es don de Dios, que á unos se da y á otros se niega, como consta de la Sagrada Escritura. La causa por que este don no se da á todos, está oculta en los abismos de la omnisciencia divina; pero de ningun modo es injusta, y debemos admirar la misericordia de Dios, porque de todo el género humano condenado en Adan, salva á muchos segun

su voluntad y la gracia que se comunica por Jesucristo. Luego presenta otra cuestion, que habia ofendido á los presbíteros mencionados; á saber: que el poder pecar está en la potestad de los malos, pero á Dios toca ordenar el mal, y de aquí que lo que hacen contra la voluntad de Dios no se cumpla sin la voluntad de Dios. En esta doctrina, enseñada en la Escritura, se ve claramente la sabiduría y justicia de Dios, que no solo no quita el libre albedrío á los malos, sino que sabe usar bien de sus obras, y en tanto deja crecer la malicia de los perversos, en cuanto conoce que es útil á los predestinados, ya para probarlos, ya para castigarlos. A esto añade San Próspero una esposicion clara de la predestinacion de los Santos, segun la doctrina de San Agustin, y defiende que de ningun modo es injusta; todo lo cual lo ilustra con la nocion que los pelagianos tenian de la predestinacion, y concluye defendiéndola de las malas interpretaciones.

5.ª *El libro contra el Colator, ó sea contra Casiano, autor de las colaciones ó conferencias.* San Próspero escribió este libro en defensa del libre albedrío y en contra de la *Conferencia trece de Casiano*, y deja tratada principalmente esta verdad: el principio de la fe y de la buena voluntad nunca está solo en el libre albedrío, sino siempre en la gracia de Dios. En el cap. I espone la necesidad que tiene de escribir este libro. Desde el cap. II al V, despues de presentar la doctrina de Casiano, manifiesta que el principal error brotaba de la raiz pelagiana, condenada en otro tiempo, á saber: que la gracia de Dios se da segun nuestros méritos. Ademas, demuestra particularmente, que de ningun modo puede admitirse la siguiente opinion de Casiano: que por solo el bien de la naturaleza y el libre albedrío se puede tener el deseo de la salvacion, aunque por sí mismo no se puede alcanzar. Con este motivo San Próspero presenta acertadamente las palabras del Apóstol (1): *Velle adjacet mihi, perficere autem bonum non invenio.* Y como Casiano condenase el dogma del principio de la fe, buscando un medio entre la doctrina católica y la pelagiana, pretendiendo que de la union de las dos resultaria la verdad, San Próspero manifiesta que era absurda esta doctrina, y que estaba condenada por la Iglesia, añadiendo que por la necesidad de la gracia para el principio de la fe no se destruia el libre albedrío. Desde el capítulo VI al VII contesta á los ejemplos que Casiano sacaba de la Sagrada Escritura, tales como el de Zaqueo y el del Buen Ladron, que manifestaron deseos de su salvacion con solo el libre albedrío; y demuestra que

(1) Carta á los romanos, cap. VII, vers. 18.

esto nada prueba, pues son muchos los medios por los cuales Dios atrae á los hombres por la gracia. Desde el cap. VIII al XI, como Casiano adujese la regla de fe de la Iglesia, declara San Próspero lo que ella contiene; y como aquel ponderé los bienes de la naturaleza, este, considerando el pecado original y sus consecuencias, reduce las fuerzas del libre albedrío, despues del pecado de Adan, á su justo valor, y espone las palabras del Apóstol (1) cuando habla de las gentes que cumplieron con la ley natural, y concluye manifestando por qué Dios prescribe la ley al hombre enfermo. Desde el cap. XII al XIII, insistiendo Casiano en que no debian atribuirse á la naturaleza humana todos los males, San Próspero manifiesta que deben reconocerse bienes naturales en la naturaleza humana, pero de ninguna manera bienes sobrenaturales, pues estos provienen de la gracia de Dios y libre albedrío. Refuta asimismo la falsa asercion de Casiano, que pretendia sostener que las semillas de las virtudes se hallaban en el alma como beneficio de la creacion, y le hace ver la diferencia que hay entre el estado del pecado y el de la gracia, que el uno escluye al otro, y por lo tanto, en el estado de pecado en que todos los descendientes de Adan nacen, si bien poseen algunos bienes naturales, sin embargo, los sobrenaturales solo les vienen por la gracia de Dios. Desde el cap. XIV al XVII, pretendiendo Casiano probar con el ejemplo de Job cuánto puede por sí el libre albedrío, San Próspero demuestra que, al contrario, todos los males que sufrió Job, solo por la gracia de Dios los pudo sostener, aunque por esto no se disminuye el mérito de su paciencia, así como ningun hombre lo pierde aunque lo alcanza por medio de la gracia. Finalmente, desde el capítulo XVIII al XXII rechaza San Próspero la diferencia que Casiano hacia de los fieles, de los cuales unos salva verdaderamente el Señor, y otros, viniendo por su propia voluntad á la Iglesia, solamente los admite; los primeros reciben la gracia, los segundos la merecieron. Despues de ocuparse San Próspero de todas estas aserciones, presenta doce definiciones, á que Casiano habia reducido toda su doctrina contenida en sus *Conferencias*, y separando los errores que se ocultaban en ella, demuestra que ya estaban condenados por San Agustin y por los Romanos Pontífices.

6.° *El poema contra los ingratos, ó sea contra los semi-pelagianos y pelagianos* (2). Consta de mil y dos versos

(1) Carta á los romanos, cap. II, vers. 14.

(2) San Agustin habia dado el nombre de ingratos á los pelagianos, y San Próspero lo aplicó á los semi-pelagianos, que despreciaban la voluntad divina, prefiriendo la humana, en el negocio de la salvacion.

exámetros, y ora se atienda á sus palabras, ora á su doctrina, pueden considerarse como un documento notable de la antigüedad. Su objeto es describir los errores de los pelagianos, para manifestar á los marselleses que ellos mismos seguian sus vestigios, y que debian ser considerados como pelagianos ocultos. San Próspero, movido por su caridad, tomó sobre sí, como manifiesta en el prólogo, esa ardua empresa, con el fin de iluminar los entendimientos piadosos que habian sido engañados por los herejes, á cuyo propósito hace ver que el principio de la fe, de la buena voluntad y de todo mérito, se ha de atribuir á la gracia de Dios, lo cual fue ejecutado por San Próspero tan perfectamente, que ninguno de los antiguos comprendió mejor que él la doctrina de San Agustin, ni espuso con más claridad los errores y los hechos de Pelagio y semi-pelagianos.

Este *Poema* puede considerarse como dividido en cuatro partes; en la primera, y desde el primer verso hasta el 225, manifiesta en qué consiste el error de Pelagio, cómo fue reprobado por los Obispos, condenado por los Concilios y por la autoridad de la Santa Sede, y refutado por los Padres, y principalmente por San Agustin. Luego añade que los pelagianos, al ver que su doctrina era enseñada por los semi-pelagianos, podian pedir con razon que se les permitiese demandar á la Iglesia como injusta, pues les habia condenado, ó que se les concediese predicar lo que los semi-pelagianos enseñaban, ó que estos fuesen condenados juntamente con ellos. En la segunda parte, y desde el verso 226 al 70, pone de manifiesto los principales errores de los pelagianos, y á continuacion presenta los puntos más notables de la doctrina semi-pelagiana, que son los dos siguientes: primero, que Dios concede su gracia indiferentemente á todos los hombres, porque quiere que todos se salven; y segundo, que el libre albedrío es la única causa de que unos abracen la gracia y otros la desprecien, de que unos perseveren y otros no, y que en todos los hombres han quedado suficientes fuerzas despues de la caida primitiva para pedir y desear el auxilio de Dios. Desde el verso 271 al 322 refuta el primer error, sobre si Dios concede la gracia indiferentemente, con el ejemplo de aquellos infieles que jamás han oido hablar de la Religion cristiana, los cuales no han recibido ni la gracia eficaz ni la saludable, y tambien porque si Dios indiferentemente quiere que todos los hombres, sin esceptuar ninguno, se salven, todos ciertamente se salvarán, pues se cumple indudablemente todo lo que absoluta y eficazmente quiere Dios. Desde el 323 al 53 pasa al segundo error, y despues de manifestar la relacion de la gracia con el libre albedrío, enseña de qué manera obra en nosotros la gracia, di-

ciendo que no solo persuade con el consejo y la buena exhortacion, sino que tambien reforma y muda nuestra mente, y hace que el hombre quiera infaliblemente. Desde el 354 al 564 demuestra ademas que, antes de recibir, ninguno se puede preparar para recibirla, porque la fe, por la cual las demas cosas se alcanzan, es un don gratuito de Dios, y el hombre nada puede hacer antes de la fe para merecerla, pues aun las obras de probidad, si no nacen de las semillas de la fe, son muchas veces pecado, ó al menos son inútiles para la vida eterna.

En la tercera parte, y desde el verso 565 al 70, rechaza los argumentos principales y las quejas de los semi-pelagianos. Estos oponian principalmente contra la doctrina católica, que el libre albedrío se perdia, y que no habia penas para los pecados, ni premio para las virtudes, si la naturaleza humana corrompida en Adan no podia querer sino lo malo, ó si todo lo bueno que hace el hombre es obra de la gracia. Desde el 570 al 92 San Próspero responde que con esa objecion cae por tierra el dogma del pecado original, por el que se perdió aquella libertad plena que se nos concedió en Adan; de suerte que el libre albedrío, despues de aquel pecado, está encerrado como en un laberinto, y nosotros sometidos al yugo de la concupiscencia que nos arrastra al pecado. Desde el 593 al 615 añade que nuestro libre albedrío no podia salir de aquella esclavitud si no fuese por la gracia de Jesucristo, por la cual, no solo no se destruye, sino que se sana y se reforma nuestra libertad, atenuada ya por el pecado. Desde el 616 al 47 afirma que la gracia es un don gratuito de Cristo, como se ve en los niños que mueren á luego de haber recibido el bautismo, y en otros muchos que mueren antes de recibir este Sacramento, no pudiéndose buscar razon alguna de estas diferencias, sino más bien acatar los inescrutables juicios del Señor. Desde el 648 al 52 presenta esta objecion de los semi-pelagianos: si no se da la gracia á todos, no son reos de pecado los que no la recibieron, porque no tuvieron los medios necesarios para obrar el bien. Desde el 653 al 702, San Próspero resuelve esa dificultad con el pecado original, con el cual, segun el Apóstol, todos los hombres merecieron con justicia la condenacion; de suerte que aunque todos se perdiesen, jamás se podria argüir de injusto á Dios. Desde el 703 al 66 añade que si la divina misericordia decretó salvar algunos, no debe escudriñarse temerariamente por qué no se hizo este decreto estensivo á todo el género humano, pues Dios colocó este misterio sobre nuestro entendimiento, así como otras cosas mucho más pequeñas; y por consiguiente, no hay más remedio que reconocer á Dios como autor de todos los bienes, y vene-

rar sumisos su grandeza. Desde el 767 al 800 exhorta á los católicos á que se guarden de los semi-pelagianos.

En la cuarta parte, y desde el verso 801 al 49, se vuelve nuevamente contra los semi-pelagianos, y manifiesta que estos herejes patrocinaron los errores condenados en Pelagio, con tanto más peligro, en cuanto lo hacen de un modo más oculto, y destruye ademas su principal fundamento sobre los restos de la primitiva integridad que ellos opinaban habian quedado en la naturaleza del hombre. Desde el 850 al 61 enseña qué clase de herida recibió el entendimiento humano por el pecado, pues ni puede elevarse al cielo, ni conocer su propia desgracia. Desde el 862 al 904 añade que si algun dote natural ha quedado al alma, pertenece solo á la vida temporal, mas no sirve para adquirir la eterna, y no es un auxilio de la virtud, sino aliciente á la soberbia; de otra suerte, si tuviésemos el vigor primitivo y la antigua libertad, la muerte de Jesucristo no hubiera tenido objeto alguno, porque la voluntad de cada hombre seria suficiente para reconciliarle con Dios; y dice ademas que de la inefable humildad de Dios en padecer cosas tan indignas se debe deducir que el hombre estaba cautivo y enfermo, pues fue preciso, para sanarle, la muerte del médico. Desde el 905 al 1,002 amonesta que se guarden diligentemente de aquellos que, atribuyendo demasiado al libre albedrío, caen en grande peligro, y piensan ademas que se disminuye la gloria de los justos si sus obras son efectos de la gracia. Finalmente, concluye su *Poema* con una magnífica oracion dirigida á Dios.

ARTÍCULO IV.

De las demas obras de San Próspero.

Entre las obras morales de San Próspero, en las que tambien se contienen muchos puntos dogmáticos, hay dos que tienen mucha relacion entre sí, con sola la diferencia de que la una está escrita en prosa, y la otra en verso, y son de las siguientes las dos primeras:

El libro de las sentencias sacadas de las obras de San Agustin. Este libro contiene trescientas noventa y dos sentencias, puestas sin órden alguno, y pueden considerarse como un compendio de doctrina teológica, sacado de todas las obras del Obispo de Hipona, por su perspicaz discípulo y fiel intérprete. Tenia San Próspero mucha inclinacion á San Agustin y á su doctrina, y

habiéndose propuesto seguir las enseñanzas de este gran Doctor, adquirió todos sus escritos, y con gran estudio se penetró de su espíritu. Pero con el fin de que no se olvidasen tantas y tan grandes cosas, y para tener las celestiales reglas de San Agustin por espejo de su vida, las recapituló todas brevemente, unas veces usando de sus mismas palabras, y otras espresando solo el sentido. En esta obra, no solo se propuso San Próspero el provecho propio, sino tambien el de los otros. En ella podrán recordar fácilmente toda la doctrina de San Agustin todos aquellos que hayan leido las obras de este Santo Doctor; y los que tuvieren pocos conocimientos de ellas, encontrarán en este breve tratado una regla segura para leerlas con fruto y entender su doctrina. El principal objeto que parece se propuso San Próspero en esta obra fue tratar de las cosas pertenecientes á las costumbres, aunque tambien trata al fin del libro de los más grandes misterios de nuestra fe (1).

2.° *El libro de los epigramas de las sentencias de San Agustin.* Este libro contiene ciento seis epigramas, que tienen por objeto inculcar las principales sentencias del libro anterior. San Próspero escribió este libro en forma poética, no solo para que las principales partes de la obra de las sentencias se pudiesen tomar con gran utilidad para argumento de la poesía, sino ademas para que por este medio se grabasen fuertemente en el alma, y pudiesen aprenderse de memoria con más facilidad, principalmente para aquellos á quienes mueve el corazon la elegancia de los versos (2).

3.° *Esposicion de los salmos, desde el* CX *al* CL (3). Esta obra es la única que hoy tenemos de San Próspero, en que trate de ilustrar la Sagrada Escritura, y está sacada igualmente de San Agustin, con el objeto de poner al alcance de todos, con una breve esposicion, el hermoso libro de los salmos, el cual, por su grandeza y sublimidad, y por la mucha estension de las *Enarraciones* de San Agustin sobre los salmos, era inasequible para muchos.

4.° *Cronicon íntegro*, desde la creacion del mundo hasta los tiempos de San Próspero, ó sea hasta el año 455. En él refiere San Próspero los sucesos con agradable laconismo, siguiendo generalmente las crónicas de Eusebio y San Gerónimo. Así es que este *Cronicon*, mientras se enlaza á Eusebio con el suplemento de San Gerónimo, puede considerarse como un compendio, aunque no simplemente tal, pues sustituyó algunos cálculos, é insertó en el lugar cor-

(1) Dupin, tomo IV, pág. 188.
(2) Véase el prefacio del mismo San Próspero al principio de este libro.
(3) Es muy probable que espusiese salmos.—Ceillier, lugar citado.

respondiente los anales de los cónsules, que aquellos no tenian, desde el Bautismo de Jesucristo, y añadió por sí todo lo demas hasta el saqueo de Roma por Genserico; por lo cual este monumento de la antigüedad, olvidado por tanto tiempo, puede considerarse como un gran auxiliar para el estudio de la historia de la Iglesia.

Ademas de las obras mencionadas, se le atribuyen con alguna duda las siguientes: 1.ª *Los capítulos*, ó sea *Autoridades de la Santa Sede y de los Obispos, acerca de la gracia y del libre albedrío*. 2.ª *Dos libros sobre la vocacion de los gentiles*. 3.ª *La carta á Demetríades*. 4.ª *Dos poemas*, uno titulado *Del Cónyuge á la Esposa*, y el otro *De la Providencia divina*. Y 5.ª *La confesion* que se dice de San Próspero de Aquitania (1).

Entre las obras apócrifas pueden contarse tres libros sobre la *vida contemplativa* y el libro de las *promesas y predicciones de Dios* (2).

ARTÍCULO V.

Carácter, estilo y doctrina de San Próspero de Aquitania.

San Próspero fue sumamente instruido en las ciencias sagradas y profanas, de un ingenio sublime y profundo, enérgico en sus afirmaciones y abundante en sus sentencias. Ninguno defendió con más calor que San Próspero la doctrina de San Agustin acerca de la gracia y de la predestinacion, dejando en sus escritos un compendio de esa doctrina; y claro, porque, instruido por San Agustin, supo aplicar los puntos difíciles sin cambiar jamás el sentido del Santo Doctor, mereciendo que la Iglesia diese un público testimonio de su doctrina, mandando que fuese reconocida por todos. Todo el que desee instruirse en las cuestiones más difíciles que hay acerca de la gracia y de la predestinacion, puede consultar los opúsculos de San Próspero, y así como tambien conocer la historia de los semi-pelagianos. San Próspero escribió con elegancia en verso y prosa. Sus poesías gustan, mueven é inflaman. No hay aquellas ficciones que sorprenden y deleitan la imaginacion en las poesías cristianas; pero en una materia tan difícil de esplicarse, supo hacer agradable la pura verdad con la hermosura de sus versos, la valentía de sus espresiones, la nobleza de sus

(1) Para estas obras puede verse á Card. Norisio: *Historia de los pelagianos*, lib. II, cap. XIV.

(2) Véanse las advertencias que preceden á la edicion de Paris.

pensamientos, y la ingeniosa disposicion de todo el poema. El estilo en su prosa es conciso, nervioso y natural, de manera que vence al lector la fuerza y la hermosura de su palabra.

La doctrina de San Próspero es la de la Iglesia católica, y muchas de sus sentencias se encuentran entre los cánones del Concilio II de Orange del año 529. Entre los muchos dogmas que trata, citaremos los siguientes:

1.° Admite el pecado original y sus consecuencias. (Libro contra el Colator, cap. III, núm. 3.)

2.° El libre albedrío en el hombre caido. (Respuesta á los galicanos, cap. VI.)

3.° La justificacion del impío por medio de la gracia divina. (Carta á Rufino, núm. 8.°)

4.° El estado que precede á la justificacion. (El libro contra el Colator, cap. IV.)

5.° El aumento de la justificacion y el mérito de las buenas obras. (Respuesta á los galicanos, cap. VI.)

6.° Que nadie está seguro de la justificacion sin especial privilegio. (Respuesta á las objeciones de Vicente, cap. XII.)

CAPÍTULO III.

SAN HILARIO, OBISPO DE ARLÉS.

FUENTES. Las obras del mismo San Hilario.—Su vida, escrita por San Honorato, Obispo de Marsella, que se halla en los Bolandos.—Las obras de San Leon Magno, de San Próspero de Aquitania y de Eugenio.—Gennadio: libro *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXIX.

AUXILIARES. Los Ballerini: *Anotaciones á los opúsculos de San Hilario*, en las obras de San Leon Magno, tomo II, col. 243.—Tillemont: *Memorias*, tomo XV, *San Hilario de Arlés*.—Dupin, tomo IV, pág. 165.—Ceillier, tomo XIII, capítulo XVIII.—Cas. Oudin, tomo I, col. 1,221.—J. A. Fabricio: *Biblioteca de la media é ínfima latinidad*, tomo III, pág. 252.

EDICIONES. La de J. Salinas, Roma, 1731, en 8.°, y la misma en los Ballerini.—Véase ademas Schoenemann: *Biblioteca histórica y literaria de los Padres latinos*, tomo II, pág. 727.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Hilario.

San Hilario nació el año 400, de una familia noble y rica, en los confines de la Lorena y de la Champaña. Sus padres le dieron una educacion digna de la posicion que ocupaban, y San Hilario correspondió con ardor á sus desvelos, haciendo rápidos progresos en las humanidades, elocuencia y filosofía. Las exhortaciones de San Honorato, entonces monge de Lerins, le sacaron del mundo, que empezaba á sonreirle, para encerrarse en aquel monasterio. Bajo la direccion de San Honorato, se formó en breve en la práctica de las virtudes religiosas, y el estudio de las Sagradas Escrituras vino á presentarle un horizonte para él desconocido. Cuando su maestro y director fue elegido en 426 para la Silla de Arlés, Hilario le siguió; pero bien pronto volvió á su retiro, llevado de su amor á la soledad. Dos años despues murió San Honorato, y designó para sucederle á San Hilario; pero

este se resistia, hasta que, accediendo á los ruegos del pueblo y clero de Arlés, fue ordenado Obispo el año 429.

Apenas ocupó el Episcopado, su primer cuidado fue rodearse de sacerdotes y monges para que le ayudasen á llevar el peso de sus nuevas obligaciones, dando así orígen á una congregacion que vino despues á ser un fecundo semillero de Obispos. En el mismo año de su ordenacion reunió un Concilio, al que asistieron muchos Prelados de las Galias, y entre ellos San German de Auxerre, con el objeto de hacer frente á los errores de los pelagianos. Por este tiempo tambien tuvieron lugar las discusiones entre San Hilario y el Papa San Leon, con motivo de la apelacion de Caledonio, Obispo probablemente de Besançon, depuesto por San Hilario. Otro hecho vino á poner á San Hilario en mayor conflicto. Proyecto, Obispo de su provincia, se hallaba enfermo, y nuestro Santo, llevado del mejor deseo, nombró un nuevo Obispo; pero aquel se restableció, y se hallaron á la vez dos Obispos para una Silla. El Pontífice declaró irregular la segunda ordenacion, y San Hilario selló primeramente sus yerros con la penitencia y su celo por el bien de los fieles, y despues mandando sus legados al Romano Pontífice sometiéndose á sus disposiciones. Poco despues murió, en el año 449 (1).

ARTÍCULO II.

Obras de San Hilario.

San Hilario escribió algunos opúsculos, de los cuales los principales son los siguientes:

1.° *La vida de San Honorato*, ó sea el discurso pronunciado en la iglesia de Arlés el dia del aniversario de su muerte, el año 432 (2). En ella refiere las virtudes de San Honorato, no solo durante el tiempo que dirigió el monasterio de Lerins, sino tambien en su episcopado, y su conversion, debida á este Santo Prelado, concluyendo con un elocuente elogio por la edificacion de los fieles.

2.° *La carta de San Euquerio*, Obispo de Lyon y muy amigo suyo, en la que le remite los libros de las *Instrucciones*, que apenas habia leido, rogándole al mismo tiempo que se los devuelva lo antes que le sea posible.

3.° *El discurso, ó sea la narracion del milagro de San Genesio, mártir de Arlés*, en donde refiere con elegancia el

(1) C. Baronio: *Anales*, al año 445.

(2) San Isidoro de Sevilla: *De los varones ilustres*, cap. XXIX.

hecho milagroso de haberse roto el puente de barcas y de haberse librado todos de las olas del Ródano, siendo Obispo entonces San Honorato, y testigo ocular San Hilario.

4.° El poema en el dia del martirio de los Macabeos, cuyas virtudes y gloriosos triunfos celebra con muchas alabanzas.

Ademas de estas obras se mencionan en su vida otras muchas que se han perdido, como las *Homilías para todos los dias del año*, y la *Esposicion del símbolo* (1).

El *metro sobre el Genesis* al Papa Leon, si bien algunos se lo atribuyen, otros con más razon se lo niegan; y el *Poema sobre la Providencia* que se halla entre las obras dudosas de San Próspero de Aquitania. Tambien se lo atribuyen á San Hilario, pero de ningun modo puede ser suyo.

La elocuencia de San Hilario era dulce y persuasiva, elegantes sus frases, y tiernos sus sentimientos, y sabia acomodar sus discursos á la inteligencia del auditorio: así el pueblo acudia en tropel á escuchar las sabias instrucciones de su maestro. Su caridad era tan grande como su celo: celo que algunas veces demostró con la energía propia de una conciencia que lo sacrifica todo al deber.

---

(1) Cas. Oudin, tomo I, col. 1,229.

CAPÍTULO IV.

SAN EUQUERIO, OBISPO DE LYON.

FUENTES. Las obras del mismo San Euquerio.—Las de San Hilario de Arlés, de Casiano y Salviano.—Claudiano Mamerto: *Sobre el estado del alma*, lib. II, cap. III.—Gennadio: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXIII.

AUXILIARES. El Cardenal Baronio: *Anales* al año 441, número 5 y siguientes.—Pagi, crítica al mismo año, núm. 4. —El Cardenal Norisio: *Historia de los Pelagianos*, lib. II, cap. XIII.—Tillemont: *Memorias*, tomo XV, *San Euquerio*. —Dupin, tomo IV, pág. 173.—Ceillier, tomo XIII, cap. XIX. —Cas. Oudin, tomo I, col. 1,205.—J. A. Fabricio: *Biblioteca de la media é ínfima latinidad*, tomo II, pág. 115.

EDICIONES. La de Erasmo de Rotterdam, en Basilea, 1530; y esta misma, publicada nuevamente en Roma, en 1564, por J. A. Brassicanni; pero la más completa es la que se halla en la *Biblioteca máxima de los Padres de Lyon*, en 1677.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Euquerio.

San Euquerio, descendiente de una familia noble de las Galias, era senador cuando se casó con Gala, mujer tan ilustre por su piedad como por su cuna, de la cual tuvo varios hijos, y entre estos Salonio y Verán, los cuales, despues de haber sido educados con los monges de Lerins, bajo la direccion de San Honorato y de San Hilario, fueron elevados al episcopado (1). Muerta su esposa, San Euquerio se retiró primeramente al monasterio de Lerins, y despues á la isla de Sero, hoy de Santa Margarita, en donde vivió entregado enteramente á la contemplacion y penitencia. En esta soledad formó el proyecto de pasar á Egipto, para fortificar su fe, en vista de los grandes ejemplos de piedad que ofrecian enton-

(1) Tillemont, lugar citado, art. 7.º

ces los que habitaban aquellas comarcas; mas ya que no le fue posible realizarlo, estimuló á Casiano á que escribiese sus *Conferencias* (1): con esto tuvo al menos el consuelo de leer la vida de los solitarios de la Tebaida. San Euquerio compendió estas conferencias y algunos otros escritos de Casiano, pero espurgándolos de los errores que contenian. En el año 434, habiéndose estendido la fama de su santidad y su erudicion, fue elegido Obispo de Lyon, cuya alta dignidad desempeñó admirablemente hasta el año 450, en que murió (2).

ARTÍCULO II.

Obras de San Euquerio.

Los escritos de San Euquerio son de dos clases: unos están dirigidos á fomentar la piedad, y otros á la esposicion de la Sagrada Escritura. De todos nos ocuparemos en este artículo.

OBRAS PERTENECIENTES Á LA PRIMERA CLASE.

1.ª *La carta parenética, dirigida á Valeriano, sobre el desprecio del mundo y de la filosofía de su siglo* (3). San Euquerio la escribió el año 427, con el objeto de apartar del mundo y de conducir al estudio de la piedad y de la verdadera filosofía á un ilustre pariente suyo, llamado Valeriano. A este propósito le pone á la vista el fin último del hombre, y el cuidado que debemos tener de nuestra alma, considerando que hay en el mundo un abismo espantoso, debajo de una brillante superficie. «He visto, dice, hombres elevados á la más alta esfera de los honores y de la riqueza; la fortuna, pródiga para con ellos, habia acumulado todos los bienes á que puede aspirar el mundano, sin darles ni aun tiempo para desearlos; habiendo llegado su prosperidad á su colmo, no era menor el ensanche y la actividad de sus pasiones. Pero en un momento desaparecieron: todas sus propiedades se disiparon como el humo, y ellos mismos dejaron de existir.» Despues le exhorta á la perfeccion, destruyendo los dos principales obstáculos que se oponen á la felicidad eterna, á saber: el afan por las riquezas y por los honores, y le señala el momento del juicio y la recompensa que

(1) Tillemont, lugar citado, art. 1.º
(2) Cas. Oudin, tomo 1, col. 1,214.
(3) Gennadio, lugar citado.

alcanzarán los que despreciaron el mundo por seguir á Jesucristo. Finalmente, rechaza la falsa filosofía, y le recomienda el estudio y la práctica de la virtud cristiana.

2.ª *El libro de la alabanza del desierto, dirigido á San Hilario de Arlés* (1). En este opúsculo, escrito con suma claridad y dulces palabras, recomienda á Hilario la soledad, y sirviéndose de los ejemplos del Antiguo y Nuevo Testamento, y de los solitarios más ilustres del Oriente, le hace ver la facilidad con que se practica en ella la virtud, y concluye describiéndole el retiro del monasterio de Lerins.

OBRAS PERTENECIENTES Á LA SEGUNDA CLASE.

3.ª *Dos libros de instruccion á su hijo Salonio* (2). En el primer libro presenta brevemente las cuestiones más difíciles del Antiguo y Nuevo Testamento, y en el segundo interpreta algunas palabras hebreas y griegas, que se encuentran en los sagrados libros. Despues hace lo mismo con los nombres de los pueblos, rios, lagos, mares, solemnidades, ídolos, vestiduras sagradas, monedas y pesos. A todo esto añade la interpretacion de las voces griegas que la Iglesia ha conservado en su liturgia.

4.ª *El libro de las fórmulas de la interpretacion espiritual*, dirigido á su hijo Verán (3). En este libro esplica brevemente, y en sentido alegórico, las diversas significaciones de los nombres de Dios, de las almas, del hombre y de todas las criaturas, y ademas describe la ciudad de Jerusalen y su forma. A este libro va unida una carta, en la cual se esponen los muchos sentidos de la Sagrada Escritura, pero principalmente el místico.

5.ª *La historia de la muerte de San Mauricio y de sus compañeros mártires de la legion Tébea*, en Acanno. San Euquerio, teniendo conocimiento de este hecho, quiso consignarlo en sus escritos para que no cayese en el olvido.

Ademas de estas obras se han atribuido á San Euquerio muchas *Homilías*, dos *Exhortaciones* á los monges, y una *Amonestacion* á las vírgenes; pero deben considerarse como dudosas.

Entre las obras apócrifas deben mencionarse dos cartas, una al presbítero Faustino, y otra á Filon, y tambien un comentario sobre el *Genesis*, y sobre los libros de los Reyes (4).

---

(1) San Isidoro de Sevilla: libro *De varones ilustres*, cap. XXVIII.
(2) Gennadio, lugar citado.
(3) Tillemont, lugar citado, art. 5.º
(4) J. A. Fabricio: *Biblioteca de la media é ínfima latinidad*, tomo II, pág. 117

La latinidad de las obras de San Euquerio es digna del siglo de Augusto; admírase en ella la dulzura y la espontaneidad del estilo, la belleza de sus frases, la nobleza de los pensamientos, la energía de la espresion, la vivacidad y la naturalidad de las imágenes, la claridad y el método; en una palabra: sus obras solo pueden ser producto de una imaginacion profunda, impregnada en las eternas verdades del Evangelio. Hay, sin embargo, en sus escritos rasgos de refinamiento y de afectacion algo exagerados quizá; pero no es posible dejar de admirar en San Euquerio su estilo elegante y una alma tierna y reflexiva. La santa tristeza del autor parece que se reconoce en las siguientes frases de su carta á Valeriano: «El género humano, dice, corre rápidamente hácia el sepulcro, y todas las generaciones morirán á una con los siglos. Nuestros padres caminaron los primeros, nosotros iremos tambien, nuestros nietos vendrán en pos de nosotros, y al modo que las olas, empujadas unas por otras, se estrellan contra las orillas del mar, así todas las edades se siguen, se empujan y terminan en la muerte.»

CAPITULO V.

SALVIANO, PRESBÍTERO DE MARSELLA.

FUENTES. Las obras de Salviano, las de San Euquerio y San Cesáreo de Arlés.—Gennadio: libro *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXVII.

AUXILIARES: Tillemont: *Memorias*, tomo XVI, *Salviano*. —Dupin, tomo IV, pág. 215.—Ceillier, tomo XV, cap. VI.— Estéban Belucio, notas á su edicion de las obras de Salviano. —Galland.: *Biblioteca*, tomo X, proleg., cap. I.

EDICIONES. La primera edicion es la de Piteo, Paris, 1580, y esta misma en 1594 y 1608, tambien en Paris.—La mejor es la de Estéban Balucio, titulada: *Obras de los Santos presbíteros Salviano de Marsella y Vicente de Lerins*, Paris, 1663, en 8.°, y esta misma en varios otros puntos.—Para estas y otras ediciones, consúltese á Schoenemann, *Biblioteca histórica y literaria de los Padres latinos*, tomo II, pág. 825.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida y escritos de Salviano.

Salviano, nacido en la Colonia Agripina, ó Tréveris, en las Galias, á fines del siglo IV, y sumamente instruido en las letras divinas y humanas, casó con Paladia, de la que tuvo una sola hija. Movidos los dos cónyuges por el ejemplo de los grandes Santos que florecieron en aquel tiempo, abandonaron el uso del matrimonio, para poder servir á Dios con más perfeccion. Abrazó Salviano la vida monástica en Lerins, y fue ordenado presbítero de Marsella; educó á dos hijos de San Euquerio, que aprovecharon tanto bajo su direccion, que llegaron ambos á alcanzar el episcopado. Su caridad era grande para todos; escribia muchas cartas á sus amigos, entre los que se encontraban los más célebres Obispos (1); auxilió á un jóven pariente suyo en las adversidades que sufrió, y aconsejó á una hermana suya, que habia

(1) Tillemont, lugar citado, pág. 185.

padecido una grave enfermedad, haciéndola conocer en esa desgracia los bondadosos avisos de Dios. Finalmente, nuevo Jeremías de su siglo, deploró con frecuencia é impugnó con valor los vicios de su tiempo, fuente y orígen de las calamidades públicas, y objeto de la ira de Dios. Murió en 485, ó poco despues (1).

Salviano nos ha legado algunas obras en un estilo muy elegante (2), que ademas son muy útiles para nuestros dias.

1.ª *Ocho libros del gobierno de Dios* (3). Están escritos entre el año 440 y 460, y dirigidos al Obispo Salonio, hijo de San Euquerio, y discípulo en otro tiempo de Salviano. Las grandes calamidades del imperio romano y las invasiones de los bárbaros, que entonces devastaban las Galias y el Africa, dieron motivo á esta obra. Ademas, habia algunos cristianos que al ver descargar tantas calamidades sobre los buenos y los malos, se atrevian á decir que descuidaba Dios enteramente de los hombres, y que era injusto. Salviano dividió su obra en dos partes, á cual más importantes, pero distintas entre sí: la primera, comun y filosófica: la segunda, cristiana y nueva: la una consagrada á refutar las antiguas objeciones contra la Providencia, con inclusion de algunas pinceladas relativas á su verdadero asunto: en la otra se apodera y desenvuelve el lado menor de la cuestion. No es ya aquí Salviano, el abogado algo confuso de la Providencia, sino el inspirado intérprete de sus designios en el mundo, designios cuyo instrumento visible son los bárbaros. De manera que en los libros I y II prueba primeramente con razonamientos, luego con ejemplos, y finalmente con la Sagrada Escritura, que Dios es á la vez gobernador solícito y piadoso juez justísimo, que todo lo ve, todo lo rige y todo lo juzga. Solia tambien decirse que por qué habian de ser de mejor condicion los bárbaros que los cristianos, y por qué entre estos mismos la suerte de los buenos era más dura que la de los malos. Salviano hace ver ante todo, en el libro III, que los juicios de Dios son inescrutables, añadiendo que, segun el Apóstol, los cristianos están obligados á tolerar todas las adversidades. Manifiesta despues que muchos cristianos lo son tan solamente en el nombre, y por consiguiente que no tienen fe viva en Cristo. Porque consistiendo la fe del cristiano en creer verdaderamente en Cristo, y el creer verdaderamente en Cristo es guardar sus

(1) Tillemont, lugar citado, nota 4.ª, pág. 747.

(2) Gennadio, lugar citado, cap. LXVII.

(3) Gennadio los titula: *Del juicio presente*, en cinco libros; y otros: *De la Providencia*.—Véase Ceillier, lugar citado, números 13 al 21.

santos mandamientos, resulta que, comparando la vida de los cristianos de su tiempo con los preceptos de la ley divina, estos no pueden llamarse verdaderamente fieles. En los libros IV y V añade que muchísimos cristianos son indignos de llevar tal nombre, porque son reos de grandes crímenes; que son peores que los bárbaros, aunque paganos y herejes, y que por esto les castiga Dios con justísima razon. Pasa en el libro VI á describir con singular destreza los vicios de su época; tales como la avaricia en los ricos, y su inhumanidad para con los pobres, la indigna costumbre de jurar en falso, los placeres lascivos, y una desenfrenada aficion por los juegos públicos en teatros. Insistian los adversarios en querer probar que Dios no se cuidaba de los hombres, diciendo que los romanos, mientras fueron paganos, vencieron y reinaron; y ahora, siendo cristianos, son vencidos y esclavizados. Salviano pone en evidencia en los libros VII y VIII la justicia de esos hechos, y observa, que, analizando las costumbres de las Galias, España y el Africa, ocupadas por los bárbaros, se encuentran muchas virtudes en estos, y muchísimos vicios en los romanos, que há mucho tiempo las tenian ocupadas.

2.ª *Cuatro libros contra la avaricia*, dirigidos á la Iglesia católica difundida por todo el orbe, bajo el seudónimo de *Timoteo*. En los libros I y II reprende principalmente la avaricia, bajo cuyo nombre entiende el deseo inmoderado de riquezas; presenta los principales pretestos que suele tener este vicio; enseña el verdadero uso que tienen las cosas de este mundo, y declara especialmente «que la misericordia y la largueza son las virtudes propias de los cristianos, y que ellas han sido las principales virtudes de los Santos y el remedio de los pecadores.» En los libros III y IV hace ver cuán peligroso, cuán poco conforme á la razon y cuán contrario al espíritu de la Religion es el deseo de acumular bienes temporales. Sin embargo, Salviano es escesivo en recomendar el abandono de los bienes terrenos; de suerte que es preciso seguir con cuidado y moderacion sus afirmaciones. En lo que toca á los religiosos, desea que, segun la antigua disciplina eclesiástica, hagan voto de pobreza.

3.ª *Las cartas*. Antes componian estas un libro entero, pero hoy tan solamente nos han quedado *nueve*, las cuales son otras tantas muestras de su caridad; pertenecen todas ellas á las familiares, y son elegantes y piadosas.

Salviano escribió ademas muchas obras que no han llegado hasta nosotros, á saber: *Tres libros de la bondad de la virginidad*, al presbítero Marcelo.—Un libro esposicion la última parte del libro del *Eclesiástico*, á Clanolio, Obispo de Viena.—Un poema en verso *hexameron*, desde el prin-

cipio del *Genesis* hasta la creacion del hombre, y muchas homilías para los Obispos, y otras sobre los sacramentos (1).

ARTÍCULO II.

Carácter y estilo de Salviano.

Salviano, llamado por el vigor y la elocuencia de sus obras el maestro de los Obispos, y por la energía con que deploró los males de su época el Jeremías del siglo v, fue el más notable de los escritores que se distinguieron en el monasterio de Lerins.

A pesar de las notables diferencias que separan á San Agustin y á Salviano, este último puede decirse el verdadero continuador de la gran obra del Obispo de Hipona. Los ocho libros sobre el *Gobierno de Dios* son el complemento y la consecuencia lógica de *La Ciudad de Dios*.

El elocuente sacerdote de Marsella, haciendo ver cuán falsamente se juzgaba muchas veces del bien y del mal, buscó en la historia la manifestacion de la justicia divina, y demostró que no habia razon para lamentarse, pues era general la corrupcion en el imperio romano. Despues, con ricas descripciones y rasgos patéticos, estableció la comparacion entre los bárbaros y los vencidos, y descubrió en los devastadores del imperio virtudes desconocidas ú olvidadas en este, deduciendo que no era estraño que prevaleciesen. Así inició una doctrina predicada en nuestros dias, á saber: que en la lucha de dos causas prepondera siempre la mejor; y demostró que habia comprendido lo que no comprendió ninguno de sus contemporáneos: que la caida del imperio daria orígen á una nueva civilizacion, basada en el cristianismo.

Ademas, hasta entonces los apologistas cristianos se habian limitado á demostrar que el cristianismo era estraño á las calamidades del imperio, y ni San Agustin, ni Orosio, habian llegado más que al punto culminante de su defensa; pero Salviano pasa de este al ataque. No guarda miramiento alguno con la sociedad pagana, y aplaude entusiasmado la venganza de la humanidad en la destruccion del imperio. Sus ardientes palabras destrozan el último vínculo que todavía ligaba al mundo antiguo con el mundo cristiano, y rompe para siempre tan adúltero enlace. ¿Por qué el cristianismo habia de estar disimulando? ¿No tenia detras de sí un defensor formidable en esos bárbaros, que triunfan

(1) Gennadio, lugar citado, cap. LXVII.

de los príncipes y se someten á los Obispos? San Agustin respetaba todavía el mundo romano, pero Salviano lo condena con ruda franqueza; hace sus exequias, y sobre su sepulcro entona un himno en honor de los pueblos que lo vencieron y asolaron. Salviano no continúa la obra de San Agustin, sino que la pone en práctica.

¿Qué hizo San Agustin en *La Ciudad de Dios*? Ya lo hemos dicho: á la vez que pronuncia la oracion fúnebre de la sociedad pagana, anuncia el advenimiento de aquella sociedad celestial que hasta entonces habia seguido silenciosa y humilde su peregrinacion por la tierra, y á la que aun en este mundo pertenece en la actualidad el imperio de la proclamacion del futuro reinado de la Iglesia; pero esta idea, que San Agustin inició y presentó encubierta con un velo y en lejano y misterioso horizonte, Salviano la ofrece visible y triunfante. Dios, segun Salviano, toma posesion del mundo; la ciudad de Dios no es un símbolo, como en San Agustin, sino una realidad: Dios gobierna por medio de su Iglesia.

Mas no es para los paganos recien convertidos para quienes el cristianismo podia preparar esa nueva era. Necesitaba almas más puras é inteligencias más dóciles; necesitaba nuevos pueblos; y la aparicion y el triunfo de los bárbaros, puestos al servicio de la Iglesia, es el tema de las elocuentes palabras de Salviano.

Sus libros contra la avaricia y sus epístolas, contienen asimismo pasajes muy instructivos y muy penetrantes. Se hallan escritas todas estas obras con un estilo claro, adornado, fácil y agradable. El talento de Salviano consiste en cautivar el espíritu del lector por el fondo de las cosas y por el modo de esplicarlas.

FIN DE LA SEGUNDA ÉPOCA.

ÉPOCA TERCERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

IDEA GENERAL Y CARÁCTER DE LOS PADRES DE LA PRIMERA SECCION DE LA EDAD MEDIA.

No entrando en nuestro propósito pasar del siglo XIII, ni ocuparnos de cada uno de estos, debemos prescindir de las divisiones que se han hecho de la Edad media, y formar únicamente dos secciones: la primera desde el siglo VI al X, y la segunda desde el XI hasta XIII inclusive. Aquí trataremos de la primera, dejando á la segunda para otro lugar.

En esta primera seccion, en que todo se organiza y se consolida, la ciencia no tiene aun ni estabilidad, ni consistencia; está literalmente en gérmen y en la época de su preparacion. Así es que, desde el siglo VI al VIII, vista la situacion de los espíritus, no se pudo hacer más para el progreso de la ciencia cristiana que conservar las obras científicas del período de los Padres de la Iglesia y tratar de hacerlas inteligibles por medio de estractos y compendios de lo más importante que contenian.

El primer autor que se ocupó en trabajos de este género, en beneficio de la civilizacion cristiana, fue Casiodoro. Boecio tal vez le sirvió de guia, poniendo de la misma manera la antigua filosofía al alcance del mundo nuevo. Las fuentes donde bebió Casiodoro fueron en general los Padres de la Iglesia latina. Despues de este está San Gregorio Magno, en quien volvieron á aparecer el espíritu y grandioso estilo de los Santos Padres.

El que vino inmediatamente despues fue San Isidoro de Sevilla, quien, sirviéndose menos de las fuentes que Casio-

doro, fue mucho más allá que él. Pone y define claramente las ideas que constituyen una ciencia universal, tales como las ideas de Dios, creacion, criatura, encarnacion, Iglesia, etc.: de la misma suerte da despues las nociones fundamentales de las ciencias profanas, como gramática, retórica, metafísica, física, etc. Bajo cada una de estas categorías da San Isidoro la enseñanza por medio de la ciencia cristiana que ha adquirido de los Santos Padres, especialmente en San Agustin y San Gregorio Magno, y para las demas ciencias en Casiodoro y Boecio. Pero los escritos de San Isidoro eran muy estensos, y se sintió la necesidad de una coleccion más compendiada. Tajon satisfizo esta necesidad, dando un estracto de los escritos de San Gregorio Magno.

San Ildefonso hizo, un poco más adelante, el mismo trabajo en dos escritos, el uno dogmático y el otro moral. El venerable Beda resumió en sus trabajos de exégesis las obras de los Padres, que de este modo hizo conocer á sus contemporáneos. Es preciso recordar tambien á San Juan Damasceno, cuyos escritos tuvieron la mision de conservar la ciencia constituida por los Santos Padres, y de trasmitirla á la Edad Media, como un gérmen precioso, del cual debian nacer fecundos desarrollos.

A fines del siglo VIII las escuelas de las catedrales y conventos, nacidas en tiempo de Carlo-Magno, fueron los verdaderos focos de la ciencia teológica. Entonces se esforzaron los escritores en dar una forma científica á la tradicion divina, en estudiarla á la luz de la razon humana, y en hacerla admitir, no solo por medio de la fe, sino tambien por la razon. No es difícil comprender que la ciencia que se constituyó así no pudo repentinamente abrazar en su conjunto la doctrina cristiana; que fue preciso reunir ciertas partes de ella, ya porque esto procede de la naturaleza misma de las cosas, ya porque fuese necesario defender y justificar tal ó cuál parte de la doctrina, atacada por sus adversarios.

Hé aquí por qué desde este tiempo, ademas de los numerosos trabajos exegéticos, históricos y de derecho canónico, poseemos tratados particulares contra los judíos y los griegos, sobre las sagradas imágenes y el bautismo. El adopcianismo de Félix y Elipando provocó desde el siglo VIII los escritos acerca de la persona de Jesucristo, y fueron dirigidos particularmente contra esta herejía por Etherio y Atenino. Igual ardor se desarrolló en las investigaciones sobre la predestinacion y la Eucaristía.

En estos trabajos se halla, sobre todo, lo que se puede llamar argumentos históricos, es decir, que los representantes de la ciencia de la Iglesia están principalmente ocupados en demostrar que la fe que profesan y defienden en todos

tiempos fue la de la Iglesia, y que esta es la verdadera fe cristiana, puesto que viene de Cristo, valiéndose de estos argumentos (sin que les faltase la dialéctica) para refutar mejor á los herejes de su tiempo.

Ademas, los escritores de este período siguieron con el mayor empeño la doctrina de los Santos Padres; no producian, pero se compilaban: reunian los fragmentos dispersos de la tradicion, y se limitaban á estractar y á copiar. ¡Felices disposiciones, visiblemente dadas por el que es único en disponer de lo que ha puesto en el espíritu del hombre, pues á ellas debemos los preciosos monumentos que se han conservado en los monasterios y en las demas escuelas cristianas! Pero todavía hay otra ventaja, que lleva aun más visiblemente en sí misma el sello de la mano santa y sabia que hasta del mal sabe sacar bien; á saber: que ese ingenio limitado de la Edad Media halla en sus mismos límites un preservativo contra la manía de innovar y dogmatizar. De aquí es que nunca se vió la Iglesia tanto tiempo, ni tan perfectamente tranquila por lo que toca á las sectas y á las herejías, como en el período de que nos ocupamos, pues la mayor parte de ellas, como el monotelismo, el adopcianismo, etc., eran consecuencia inmediata de las anteriores.

No se crea, sin embargo, que fueron tan densas las tinieblas de este tiempo que no brillasen, tanto en Oriente como en Occidente, algunos Padres y escritores notables que defendiesen la verdad católica, ya aclarando los argumentos de los antiguos, ya tambien presentando otros nuevos; pues á los muchos que hemos citado en este capítulo, podemos añadir en el siglo VI, San Fulgencio de Ruspe, San Cesáreo de Arlés, San Gregorio de Tours y San Juan Clímaco; en el VII, San Julian, Arzobispo de Toledo, San Braulio, de Zaragoza, y Juan Mosch, monge de Palestina; en el VIII, San German; en el IX, San Eulogio y en el X, Gerberto, ó sea Silvestre II. Este varon ilustre fue el que más sobresalió entre los sabios de su época, por lo que juzgamos muy digno hacer particular mencion de él. Hizo distincion clara y perfecta entre las ciencias divinas y humanas; comprendió las relaciones que median entre unas y otras; dió á las ciencias físicas la importancia que debian tener; consideró su estudio á la manera de una introduccion para el estudio de la Teología, como quiera que aquellas están sujetas á determinadas leyes, que les han sido marcadas y establecidas por el Autor de todas las cosas y de todas las ciencias.

Si se tiene en cuenta la época en que Gerberto vivió, y la enseñanza de su tiempo, será preciso convenir en que ese insigne Papa fue un verdadero genio, que adivinó con mucha anticipacion lo que, andando los siglos, seria y debe-

ria ser la ciencia en general, y la ciencia cristiana en particular. Para nosotros tiene ademas el mérito especial de haberse educado en España y entre los cristianos de Cataluña, lo cual prueba cuán adelantados estaban estos en las ciencias exactas, prescindiendo de los estudios de Córdoba.

Antes de concluir este capítulo, debemos hacer notar que desde el principio del período de que hablamos reducíase la enseñanza al *trivium* y al *quatrivium*, esto es; á la gramática, la lógica y la retórica, que formaban la primera seccion; á la aritmética, la música, la geometría y la astronomía, que formaban la segunda. Estas dos secciones comprendian, bien que imperfectamente, el arte de pensar y el arte de hablar. Conviene recordar, sin embargo, que si esos ramos constituian, como si dijéramos, la enseñanza oficial, la verdad es que predominó casi de continuo el estudio de la Escritura y de los autores eclesiásticos.

CAPÍTULO II.

SAN AVITO.

FUENTES. Las obras del mismo San Avito.—San Gregorio de Tours: *Historia de los francos*, lib. II, cap. XXXIV.—San Isidoro de Sevilla, lib. *De varones ilustres*, cap. XXXVI.—Agobardo, Obispo de Lyon, en sus Opúsculos.—Ardon, Obispo de Viena, en su *Cronicon*, al año 492.—La vida de San Avito, que se encuentra en las *Actas de los Santos*, publicada por los Bolandos, el dia 5 de Febrero.

AUXILIARES. Henschenio, *Comentario de San Avito*, *Historia literaria de Francia*, tomo III, Paris, 1735.—C. Baronio, *Anales* al año 494, núm. 67.—Pagi, crítica al año 494, núm. 11.—Dupin, tomo V, pág. 5.—Ceillier, tomo XV, capítulo XXVI.—Galland., tomo X, proleg., cap. XIV.—J. A. Fabricio, *Biblioteca de la media é ínfima latinidad*, tomo I, pág. 53.

EDICIONES. La mejor de todas es la publicada por J. Sirmondi, Paris, 1643, en 8.°, y esta misma, enmendada por el mismo, se encuentra en sus obras, tomo II, Paris, 1696, y en Viena, 1728.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Avito.

San Avito, conocido tambien con el nombre de Sexto Tecino Ecdidio, nieto del Emperador romano Avito, nació en Viena de las Galias á mediados del siglo V, de una familia patricia y senatorial. En el año 490 sucedió á su padre Isicio en la Silla episcopal de Viena, y llegó á ser uno de los Prelados más activos é influyentes de su tiempo. Por su gran mérito lo respetó Clovis, todavía idólatra, y el mismo Rey de Borgoña Gondebaldo, sin embargo de ser arriano. Este último príncipe encargole escribir contra los eutiquianos, y lo hizo con buen éxito. En la célebre conferencia de Lyon, habida entre Obispos católicos y arrianos, en presencia del Rey de Borgoña, confundió á los herejes, y los atrajo al seno de la Iglesia. Gondebaldo, sin embargo, por consideraciones políticas, persistió en sus errores; pero su hijo

Segisbundo escuchó piadosamente la doctrina evangélica de boca de San Avito. Este príncipe manchó sus manos en la sangre de su hijo inocente Sigerico; el Santo hízole sentir el peso de su indignacion, y para reparar su crímen le mandó construir el famoso monasterio de Agannes, á donde le hizo retirarse, para que se entregase á una expiatoria penitencia. En el año 517 (1), San Avito presidió el Concilio de Epaon, bastante importante en la historia de la Iglesia.

La dificultad que habia en aquellos tiempos de reunir sínodos, la suplia San Avito escribiendo á los Obispos de las Galias, no menos para que velasen por la integridad de la disciplina, que para que tratasen con benignidad á los herejes, consiguiendo así estinguir á los donatistas y remediar muchos abusos. El celo de San Avito no se limitaba solo á las iglesias de las Galias, pues, en union con otros Obispos, reprobó lo hecho en el Concilio de las Palmas con el Papa Símaco (2). Tambien influyó para terminar el cisma que se habia suscitado en Constantinopla en tiempo del Patriarca Acacio. Poco despues murió, en el año 523.

ARTÍCULO II.

Obras de San Avito.

Los escritos de San Avito pueden dividirse en tres clases, á saber: *cartas, poemas y sermones.*

I. *Ochenta y seis cartas* (3). De estas algunas son dogmáticas; otras ilustran la Sagrada Escritura; algunas pertenecen á la disciplina eclesiástica, y las más son familiares.

1.° *Cartas dogmáticas.* En ellas prueba que el Espíritu Santo es Criador y no criatura, y que nuestro espíritu, diverso del espíritu de Dios, no es sempiterno, sino creado. Enseña, contra Nestorio, que en Cristo hay una sola Persona y dos naturalezas; que es á la vez Hijo de Dios y del hombre; que es engendrado desde la eternidad por el Padre, y nacido en el tiempo de una Madre vírgen. Demuestra asimismo, contra Eutiques, que Cristo tuvo un cuerpo verdadero y consubstancial á nosotros, y hace ver cuánta dignidad y cuánta alegría espiritual resulta al hombre esplicando de esa manera el misterio de la Encarnacion. Impugnando ade-

(1) C. Baronio: *Anales* al año 509.

(2) Pagi, crítica al año 503.

(3) Si se esceptúan seis que escribió en nombre de otros, quedan reducidas á ochenta.

mas la herejía de los socinianos, que afirmaban que el Hijo de Dios tuvo principio en María, defiende elocuentemente la eternidad del Verbo, diciendo que ya existia antes que el hombre fuese con su pecado causa de la redencion. Tambien resuelve dos cuestiones, á saber: si una esperanza tardía, movida por el peligro de la muerte, es suficiente para la salvacion, y si es alguna vez provechosa la fe sin las obras. Tambien debe colocarse en esta seccion la carta en que pedia al Romano Pontífice, en nombre del Rey Segisbundo, que enviase algunas reliquias á las Galias, y la en que daba gracias al Obispo de Jerusalen por haber recibido una parteci-lla del madero de la Cruz.

2.° *Las cartas que ilustran la Sagrada Escritura.* Las escribió para esplicar algunos lugares difíciles de los libros santos á Gundebardo, que le interrogaba piadosamente.

3.° *Cartas que pertenecen á la disciplina eclesiástica.* Están escritas generalmente á los Obispos, y en ellas trata sobre utilizar para uso de los católicos las iglesias de los herejes; de admitir á los Obispos herejes convertidos á las dignidades de la Iglesia católica; de la exencion de los clérigos de la jurisdiccion civil, y de la necesidad de una causa grave para imponer la escomunion, tales como el estupro de un jóven con una tierna doncella consagrada á Dios, y el contraer matrimonio con la hermana de su difunta esposa; para reconciliarse de lo cual cree necesaria una gran penitencia pública.

Finalmente, enseña que se deben reprimir los clérigos y legos que se entrometen en las atribuciones de los Obispos, y da tambien él mismo un ejemplo de la intercesion de los Prelados por los reos ante los reyes.

4.° *Las cartas familiares*, dirigidas á los Obispos, especialmente á su hermano Apolinar, Obispo de Valencia (1). En ellas invita á celebrar alguna festividad, describe la solemnidad de alguna de estas, ó se escusa de no haber asistido á ellas. Ya da gracias á Dios por haber tomado la defensa de la fe, ó ya da noticias de algun coloquio que se ha tenido sobre la verdad católica; ora da algun parabien ó consuelo en las adversidades, ora hace alguna recomendacion, y generalmente da muestras de su ardiente caridad.

II. De sus *Poemas*, ya en otro tiempo muy celebrados, solo nos han quedado los dos siguientes (2):

1.° *Cinco libros sobre los hechos de la historia de Moisés.* Están escritos en verso heróico, y en ellos trata del orígen

(1) No la de España, sino la de Francia.

(2) San Isidoro de Sevilla: lib. *De Varones ilustres*, cap. XXXVI, núm. 47.

del mundo, del pecado de nuestros primeros padres, de la sentencia dada por Dios contra los pecadores, del diluvio, y del paso del mar Rojo (1).

2.° *El libro, alabanza consolatoria de la castidad á su hermana Fuscina*, vírgen consagrada al Señor. En él describe la vida de su hermana; presenta los ruegos de su madre para que abrazara la virginidad, y propone las escelencias de la castidad y las virtudes que deben acompañarla.

III. *Dos sermones*, que aun se conservan íntegros, á saber: La *Homilía sobre las rogativas*, donde esplica el orígen de esta costumbre; y el *sermon* llamado de *Feria tercia*, en las rogativas, en donde nos hace ver los peligros que el diablo nos prepara por doquiera, el gran beneficio de la redencion y la necesidad de la oracion para borrar los pecados.

De San Avito se han perdido: *Los libros contra los arrianos* y las *Cartas contra estos*; el libro de la *Divinidad del Espíritu Santo* y los *Diálogos* que tuvo con el Rey Gondebaldo (2).

San Avito, notable entre los grandes hombres de su tiempo, no menos por su fe que por su erudicion y elocuencia, refutó con admirable energía á los herejes, é ilustró á la Iglesia, aun despues de su muerte (3). Sus cartas son muy notables por la pureza de su doctrina, tanto dogmática como moral, por la abundancia de sus argumentos, y por los acontecimientos contemporáneos que refiere. Sus dos poemas, que abrazan seis libros, son muy celebrados por la facilidad y elegancia de los versos. Los tres primeros contienen la relacion de todo lo sucedido desde el primer instante de la creacion hasta que nuestros primeros padres fueron arrojados del Paraiso. «Caen juntos, dice, sobre la tierra, entran en el mundo desierto, y dirigen acá y allá su rápida carrera. El mundo sonríe adornado con toda clase de árboles y de verdor, con frescas praderas, fuentes y rios; y sin embargo, ¡cuán vil parece comparado al Paraiso! ¡Qué horror esperimentan hácia él, y cómo echan de menos lo que han perdido! La tierra es para ellos angosta; no descubren su término, y, no obstante, se sienten estrechos y gimen. El dia se presenta oscuro á sus ojos, y bajo los rayos del sol se quejan de que la luz ha desaparecido.» Precedió, pues, á Milton, quien tomó de él algunas ideas con que hermoseó la cuna

---

(1) Se encuentran en algunos códices otros muchos poemas de San Avito; pero tan desarreglados y llenos de mentiras, que Sirmondi, contentándose con citarlos, los juzga indignos de ver la luz pública.—Véase Sirmondi, en las obras de San Avito.

(2) *Historia literaria de Francia*, lugar citado, pár. 3.°

(3) Agobardo: libro *De la superstición de los judíos*, núm. 4.

de la humanidad. El estilo de San Avito es, sin embargo, algun tanto duro, y aparece oscuro y complicado (1).

De su doctrina dogmática podemos sacar un punto particular, á saber: que *las preces por los difuntos* tuvieron un uso muy comun, no solo entre los católicos, sino hasta entre los mismos herejes. Ademas, al impugnar á los que afirmaban que el espíritu del hombre era el mismo espíritu de Dios, ó sea el Espíritu Santo, hace ver la falsedad de esta doctrina, presentando los absurdos que de ella se seguirian necesariamente, para lo cual raciocina de este modo: «Si el espíritu del hombre peca, deberia decirse tambien que el Espíritu Santo pecaba en él; ó más claro: cuando rogamos por los espíritus de los difuntos, porque los suponemos purgando alguna culpa, pediríamos igualmente que se perdonase al Espíritu Santo.» Lo absurdo é impío de esas consecuencias no puede ser más evidente.

(1) *Historia literaria de Francia*, lugar citado, pár. 2.°

CAPÍTULO III.

SAN FULGENCIO DE RUSPE.

FUENTES. Las obras de San Fulgencio.—Su vida, escrita, como se cree, por el diácono Ferrando, y que se encuentra en Galland., *Biblioteca*, tomo XI, y en las *Actas de los Santos*, edicion de los Bolandos, al dia 1.° de Enero.—San Isidoro de Sevilla, libro *De varones ilustres*, cap. XXVII.

AUXILIARES. El prefacio de la mejor edicion de San Fulgencio.—Dupin, tomo V, pág. 20.—Ceillier, tomo XVI, cap. I. —C. Norisio: *Historia de los pelagianos*, lib. II, cap. XVIII, con las observaciones de los Ballerini, lib. II, cap. XIV.— Labbé: *Disertacion histórica de San Fulgencio*.—G. Cavé, vol. 1.°, pág. 493.—J. A. Fabricio: *Biblioteca de la media é ínfima latinidad*, tomo II, pág. 220.

EDICIONES. Las obras de San Fulgencio se publicaron por primera vez en Hagenau, 1520. Despues en Paris, 1671; pero la mejor es la de Mangeant, tambien en Paris, en 1684, y publicada nuevamente en Venecia, 1742. Para estas y otras ediciones, véase á J. A. Fabricio, *Biblioteca de la media é ínfima latinidad*, tomo II.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Fulgencio.

San Fulgencio nació en 466 (1), en la ciudad de Telepta, en el Norte de Africa, de una familia distinguida. Su madre, Mariana, viuda desde muy temprano, formó el corazon de Fulgencio en la piedad cristiana, y le buscó hábiles maestros. Sus progresos fueron rápidos; adquirió un conocimiento perfecto de la lengua griega, y era muy jóven aun cuando por sus conocimientos, su habilidad en los negocios, y su noble carácter, fue nombrado procurador de la provincia; pero bien pronto se disgustó de su cargo: un pensamiento innato le impulsaba hácia la soledad del claustro, y á pesar

(1) Véase Estéban Morcelli, *Africa cristiana*, vol. 3.°, pág. 184.

de las lágrimas de su madre, fue admitido en uno de los monasterios de la Bizancia.

Las persecuciones contra los cristianos le obligaron á huir á un monasterio inmediato, donde se le encargó la vigilancia y enseñanza de los monges, de acuerdo con Félix, abad de este monasterio.

El reposo de que gozaban los dos abades vino bien pronto á turbarse por una invasion de los numidas, viéndose obligados á emprender la fuga; pero tuvieron la desgracia de caer en las manos de los arqueros de un sacerdote arriano, enviados en su persecucion. Fueron los dos confesores sometidos á bárbaros tratamientos: les cortaron la barba y los cabellos, y los dejaron marchar cubiertos de heridas y sin vestidos. Despues de haber hecho diferentes viajes, volvió á su patria el año 500, y edificó un monasterio, de donde le sacaron contra su voluntad, para elevarle al sacerdocio y á la Silla episcopal de Ruspe (1). En su nueva dignidad continuó observando la vida monástica; pero habiendo sido su eleccion contraria á la prohibicion que habia publicado Trasimundo, Rey de los vándalos, fue desterrado á Cerdeña con otros muchos Obispos (2). Aunque el más jóven de todos sus compañeros de infortunio, gozaba entre ellos de una indisputable autoridad.

Habíase prolongado ya doce años el destierro de los Obispos, cuando Trasimundo hizo venir á Fulgencio á Cartago, para someterle, como al más sabio de los ortodoxos, diferentes puntos de doctrina que se controvertian. Fulgencio contestó con facilidad, solidez y moderacion á las cuestiones que le habian dado por escrito y las que se le leyeron sin haberle dado copia (3). El Rey le permitió entonces permanecer en Cartago, y Fulgencio se empleó en fortificar la fe de los fieles y desconcertar las sutilezas de los herejes. Los Obispos arrianos previeron bien pronto el daño que hacia á su partido la presencia de Fulgencio en Cartago, y lamentándose ante Trasimundo, pintaron á Fulgencio como un hombre peligroso; y tocaron tales resortes, que hubo de salir de nuevo desterrado para Cerdeña (4).

Bajo el Rey Hilderico pudieron volver los desterrados, y cuando el navío que los conducia á Cartago hubo llegado, se llenó la ciudad de una santa alegría. La aglomeracion del pueblo alrededor de los Obispos, y principalmente alrededor de Fulgencio, fue tan grande, que los hombres más de-

(1) Tillemont, tomo XVI.
(2) *Vida de San Fulgencio*, escrita por su discípulo, números 1.° al 30.
(3) Dupin, tomo V, pág. 21.
(4) *Vida de San Fulgencio*, números 44, 47 y 48.

terminados y vigorosos hubieron de rodearle para impedir le aplastasen. La alegría de los habitantes de Ruspe no fue menor á la vista de Fulgencio, acudiendo el pueblo de todas partes con ramos y antorchas en las manos.

Desde este dia permaneció Fulgencio tranquilo en medio de sus fieles (1). Cuando sintió acercarse su último fin, se retiró secretamente á un monasterio, para prepararse al último viaje; pero el amor que habia inspirado á sus fieles hizo á estos descubrir su retiro, y San Fulgencio, no pudiendo resistir á sus súplicas, volvió con ellos á su iglesia. Despues de una enfermedad de dos meses, murió el primer dia del año 533, habiendo antes repartido sus bienes entre los necesitados (2).

ARTÍCULO II.

Division de las obras de San Fulgencio, y las escritas sobre el misterio de la Trinidad.

Las obras de San Fulgencio son de tres clases, á saber: dogmáticas, cartas y sermones. Entre las obras dogmáticas, unas impugnan la herejía arriana, otras demuestran el misterio de la Encarnacion con más claridad y lucidez que los escritos de los Padres de los siglos anteriores, y por una coincidencia defendió tambien la doctrina católica acerca de la gracia divina y de la predestinacion. Segun esta division, trataremos separadamente de las obras dogmáticas.

OBRAS DOGMÁTICAS SOBRE EL MISTERIO DE LA TRINIDAD.

1.° *El libro de la fe, ó de la regla de la verdadera fe* (3). Este escelente libro lo escribió San Fulgencio accediendo á la súplica de un tal Pedro, varon piadoso é instruido en las letras; pues debiendo marchar á Palestina, queria conocer y evitar las herejías que allí pululaban.

En este libro San Fulgencio, despues de recomendarle la la necesidad de la fe, hace una magnífica esposicion del misterio de la Trinidad y de la Encarnacion, de la creacion de los ángeles y del hombre, de la caida de este y de su reparacion, *objetive*-consumada y digna de ser *subjetive*-aplicada. Ademas, espone los principales dogmas de la fe católica, comprendidos en cuarenta artículos, y añade que sin peligro de herejía no se le puede impugnar.

---

(1) El Cardenal Norisio: *Historia de los pelagianos*, libro II, cap. XXI.
(2) *Vida de San Fulgencio*, por Ferrando, cap. XXX.
(3) Dupin, tomo V, pág. 28.

2.ª *El libro de la Trinidad* (1). Este libro, escrito por San Fulgencio para confirmar y fortalecer en la verdadera fe del misterio de la Trinidad á un tal Félix que habia pertenecido á la secta arriana, contiene la creencia que en todo el orbe enseña acerca de este misterio la Iglesia católica, cuyo esplendor ilustra las inteligencias de los fieles. San Fulgencio presenta elegantemente en este libro el misterio de la Trinidad, y despues de probar por la Escritura que el Hijo de Dios y el Espíritu Santo son un solo Dios verdadero, adelantándose á las dificultades de los herejes, habla con sumo cuidado del misterio de la Encarnacion, distinguiendo en la persona del Verbo dos naturalezas, divina y humana, y esponiendo la relacion del misterio de la Encarnacion á toda la Trinidad, añadiendo ademas la razon por qué el Espíritu Santo se dice enviado á pesar de la naturaleza divina. Tambien deduce pruebas de analogía en favor de la Trinidad, sacadas de las cosas creadas. Finalmente, diserta admirablemente sobre la naturaleza de las dos criaturas dotadas del libre albedrío, á saber: los ángeles y los hombres; de la caida de ambos, de la reparacion del género humano por la gracia y por la fe, de la remision de los pecados, ya sean graves, ya leves; de la recompensa de las buenas obras; de la diversidad de méritos, y por último de la resurreccion de los cuerpos.

3.ª *El libro contra los arrianos*. En este libro reduce á diez las objeciones de estos herejes, y las resuelve con otras tantas respuestas. En la primera objecion espone lo que hay acerca de la doctrina del misterio de la Trinidad, y acerca del nombre del Padre y del Hijo, añadiendo en la segunda que la generacion del Verbo Eterno no se puede esplicar, pero sí de algun modo conocerse. En la respuesta tercera enseña la distincion de generaciones en Jesucristo, una eterna y otra temporal contra los arrianos, que solo entendian la generacion del Hijo de Dios del nacimiento temporal ó humano. En la cuarta prueba sólidamente que el Hijo de Dios es de la misma sustancia que el Padre, ó que le es consubstancial, y deduce en la respuesta quinta que el Padre y el Hijo son iguales, por más que aparezcan desemejantes, siendo el Padre ingénito y el Hijo engendrado, y por esto mismo asegura en la sesta que el Padre es Padre de la luz, y luz al mismo tiempo. Demuestra en la sétima que nada se sigue contra la identidad de naturaleza de las tres divinas Personas porque el Hijo en las Sagradas Escrituras se diga *otro* que el Padre y el Espíritu Santo; y en la octava

(1) Ceillier, tomo XVI, art. 2.º, pár. 13.

prueba que los católicos son los que tributan al Hijo de Dios la adoracion correspondiente, y de ninguna manera los arrianos. A la objecion novena, que se apoya en el vers. 3.° del salmo CIX, que los herejes referian al nacimiento temporal de Cristo, responde que pertenece á la generacion eterna. Finalmente, á la objecion diez, de que *dos* ó *tres* no puede decirse que son una misma cosa, responde que puede decirse con verdad que tres Personas son un mismo Dios; y, por último, esplica en pocas palabras la verdadera doctrina de la Iglesia católica acerca de la Santísima Trinidad.

4.ª *El libro contra la doctrina del arriano Fastidioso* (1). Con motivo de haber abandonado la profesion religiosa primero, y despues de haberse apartado de la Religion católica y venídose á los arrianos cierto católico monge y presbítero de un monasterio, llamado Fastidioso, escribió San Fulgencio este libro. En él se propone refutar el parecer de Fastidioso, que su amigo Víctor le habia manifestado. El principal argumento de este hereje está basado en el siguiente dilema: «O la Santísima Trinidad es separable, ó es inseparable. Si es separable, es verdadera la doctrina de los arrianos; y si es inseparable, es indudable que toda la Santísima Trinidad encarnó.» Dos cosas se propone aquí probar el Santo: primera, que la Santísima Trinidad no es separable, y como corolario la segunda, que toda la Trinidad no encarnó. La primera sentencia la prueba con argumentos de razon y testimonios de las Escrituras; y pasando despues á la segunda, reconoce que el Hijo es menor que el Padre, pero tan solamente por razon de la Encarnacion, y aquí espone admirablemente este misterio, y demuestra que la relacion de toda la Trinidad se refiere á la Encarnacion de solo el Hijo, añadiendo, como prueba, el ejemplo del hombre, que fue hecho á imágen de Dios, y prueba abundantemente la naturaleza de la Trinidad, y la propiedad de la Encarnacion.

ARTÍCULO III.

Obras sobre el misterio de la Encarnacion.

1.ª *Tres libros á Trasimundo, Rey de los vándalos.* Con motivo de las objeciones que los eutiquianos oponian al misterio de la Santísima Trinidad y de la Encarnacion, intentó el Santo defender estos dogmas, y en especialidad el

(1) Dupin, tomo v, pág. 28.

de la Encarnacion, lo cual hizo de una manera bastante clara en la obra de que tratamos, hallándose en Cartago de vuelta del destierro, antes de haber sido relegado á Cerdeña, hácia el año 515.

En su primer libro, despues de captarse la benevolencia del Rey, espone varios errores acerca del misterio de la Encarnacion, y deduce que de este misterio, negado ó mal comprendido, han surgido todos los errores de la herejía. Para precaverlos, establece que en la persona del Mediador entre Dios y los hombres deben creerse unidas la naturaleza divina y la humana; y prueba admirablemente la realidad de la carne y del alma humana en Cristo. De aquí los herejes deducian dos errores: unos, que habia venido del cielo localmente, y de igual modo habia descendido á los infiernos; otros, que Cristo, padeciendo, habia hecho partícipe de su Pasion á la Divinidad. Este doble error lo refuta en los dos libros siguientes. En el primero probando la inmensidad de la divinidad del Hijo de Dios, y en el segundo disertando acerca del misterio de la Pasion del Señor.

En el libro II prueba que ni el hombre ni el ángel pudieron reparar al género humano de su caida, y que solo Dios pudo hacerlo; y este Dios, que repara, llamado virtud y sabiduría del Padre, es inmutable, inmenso y siempre eterno. Resuelve la objecion que los herejes aducian, apoyados en el Evangelio de San Juan (1), con argumentos de San Pablo (2), acerca de Melquisedech, tomando á este como tipo y figura de Cristo; de donde deduce que, siendo eterna su generacion, es inmensa su substancia, y Cristo, por consecuencia, inmenso. Resuelve la dificultad de que Dios por su inmensidad se diga que ve unas cosas y otras no, segun las palabras de Habacuc (3). Dice que la venida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo á las almas debe entenderse de su piedad, para santificarlas, y que esto es tan solamente modo de hablar de la Sagrada Escritura, lo cual prueba con ejemplos, deduciendo la igualdad de inmensidad del Padre y del Hijo, sin moverse de lugar á lugar, cuando dicen que ascienden ó descienden. Dice que el Hijo encarnado, que tiene en sí ambas naturalezas, como hombre, es local; como Dios, es inmenso; como hombre, está ausente del cielo cuando se halla en la tierra, y ausente de esta cuando sube al cielo; pero como Dios es inmenso, y no puede dejar la tierra cuando sube al cielo, ni el cielo cuan-

(1) Cap. x, vers. 1.°
(2) Carta á los hebreos, cap. VII, versículos 1.° al 3.°
(3) Cap. I, vers. 13.

do baja á la tierra, y hé aquí cómo prueba la inmensidad de la Trinidad.

En el libro III esplica toda la doctrina del Hijo de Dios en la Encarnacion, y refuta á todos aquellos que, haciendo confusion de las dos naturalezas, dicen haber padecido la Divinidad; á quienes prueba que siendo el Hijo inmenso é inmutable como el Padre, no padeció la Divinidad, y que *Dios padeció en la carne*, porque tomó carne pasible, pero no compadeció la Divinidad con la carne, porque la naturaleza divina es impasible, aunque se hallaban unidas en Cristo naturaleza pasible é impasible. Desde el instante de su concepcion reunió en sí las naturalezas verdaderamente divina y humana, tanto, que ni el hombre podia separarse de Dios, ni Dios del hombre, ni el Dios absorber al hombre, ni el hombre trocar á Dios; y cuando por la muerte se separó su alma del cuerpo, no por esto cuerpo y alma se separaron de la Divinidad, sino que permaneció siempre esta unida á cuerpo y alma. Por esta razon, como el Verbo tomó á todo el hombre, tomó una alma racional con todas las pasiones que no implican pecado, como la tristeza, la alegría, etc.; y muriendo Él, alcanzó la victoria de la muerte, y resucitando nos retribuia, con la gracia, la vida. Toda esta doctrina la confirmaba el Santo con testimonios de la Sagrada Escritura, y esplicaba en qué sentido se dice de Cristo el Ungido, y de qué manera deben entenderse las pasiones de su alma, de tristeza, temor, gozo, hambre, sed, cansancio, y de la bajada á los infiernos. Prueba finalmente la divinidad del Espíritu Santo por las obras de la creacion, de la encarnacion y de la santificacion, que son comunes á toda la Trinidad, y en su conclusion recomienda sobremanera á la Iglesia católica, que solamente es depositaria de la verdad y de la caridad.

2.° *El libro acerca de la Encarnacion del Hijo de Dios y del autor de los animales viles* (1). Esta obra la escribió San Fulgencio con motivo de dos cuestiones suscitadas en un convite, de las que fue elegido árbitro para resolverlas, habiéndole informado de ello Escavila, á quien dirigió su libro. La primera provino de haber dicho uno de los convidados «que Dios no habia tomado carne humana, sino solamente el Hijo de Dios,» y haber contestado otro «que Dios, que es una de las tres divinas Personas, se dignó tomar carne para librarnos de la esclavitud en que por la culpa de Adan habíamos incurrido, y volvernos á la libertad.» La segunda surgió de la opinion de otro, que decia «que las moscas, mosquitos, escorpiones y demas animales viles no habian sido

(1) San Isidoro de Sevilla: *De Varones ilustres*, núm. 36.

criados por Dios, sino que despues de la espulsion del angel del cielo este los habia hecho;» á lo que algunos contestaron diciendo «que Dios habia creado todas las cosas, siendo todas muy buenas.» Gustoso accedió el Santo á resolver estas cuestiones, escribiendo al efecto este libro, que comprende cincuenta y seis números, destinando veintitres á la primera cuestion, y los restantes á la segunda. Del núm. 1.° al 2.° se propuso dar solucion á la primera cuestion; del 3.° al 4.° espone la naturaleza de la Santísima Trinidad, y demuestra que algunas cosas son comunes á las tres Personas, y otras propias: del 5.° al 8.° demuestra que es propio del Unigénito los dos nacimientos, uno por la verdad de su naturaleza, y otro por razon de la humanidad tomada. Del 9.° al 21 demuestra cómo el Hijo de Dios vino una vez al mundo, tomando íntegra la humana naturaleza, y de qué modo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo vienen sobre los que les sirven. Del 22 al 23 esplica más claramente el misterio de la Encarnacion, probando las dos naturalezas del Hijo, aduciendo como ejemplo al hombre, que consta de cuerpo y alma. Hasta aquí la solucion á la primera cuestion.

Resuelve la segunda en el núm. 24, probando quién ha sido el autor de los animales viles, y si Dios los crió antes ó despues de la trasgresion de Adan. Del 25 al 27 demuestra claramente que Dios es el autor de todas las cosas, y por consecuencia tambien de los animales viles, y que estas en su género son buenas; y del 25 al 35 esplica cómo por el pecado perdió el hombre el dominio sobre la naturaleza, y cómo, por justo juicio de Dios, ha sobrevenido tanto daño al género humano, sacando de las mismas cosas, buenas en sí, suplicios y tormentos. Del 35 al 44 espone que los hombres que viven santamente no están libres de los peligros y molestias de la vida, porque tampoco están exentos de pecado, notando al mismo tiempo la diferencia entre los pecados de los Santos, que son leves y originados de la debilidad, y entre los pecados de los perversos que son graves por su mala voluntad. Del 45 al 46 habla de la potestad que los malos ángeles tienen alguna vez por permision divina, salvando de esta manera las objeciones de algunos sobre los maravillosos artes de los magos de Egipto. Del 47 al 55 demuestra la razon por qué Dios crió estos animales viles, y, finalmente, en el 56 añade á lo dicho una provechosa amonestacion.

ARTÍCULO IV.

Obras dogmáticas pertenecientes á la gracia y á la predestinacion.

3.ª *Dos libros de la remision de los pecados á Eutimio* (1), á saber: si Dios perdona los pecados que quiere en este mundo, ó si por su omnipotencia, los que no perdona en este mundo, perdona á las almas fuera de sus cuerpos antes del dia del juicio ó en el mismo dia. A esta pregunta satisface San Fulgencio demostrando qué cosa se entiende por la remision de los pecados, y dice que es la justificacion por medio de la cual el hombre, libre de la potestad de las tinieblas, es trasladado al reino del amor del Hijo; y para conseguir la justificacion, añade que son necesarias la verdadera fe, las buenas obras y tiempo en esta vida para lograrlo. Primeramente demuestra la necesidad de la fe por la justicia y misericordia de Dios, y de aquí deduce la contricion, y por consecuencia la conversion, y ademas que solamente en la Iglesia católica se perdonan los pecados, porque fuera de ella no hay salvacion; y despues de esclarecer esto brillantemente en todo el libro I, hace una suave amonestacion á la verdadera penitencia. En el libro II exhorta con argumentos de la Sagrada Escritura á la penitencia, y dice que solo puede lograrse el perdon de los pecados mientras somos viadores; que algunos tendrán pena en el dia del juicio, pero de ninguna manera alcanzarán perdon; que en la otra vida no se podrá lograr el beneficio de la salvacion, sino una justa retribucion de las buenas obras, porque del fin de la vida presente depende el principio de la futura, donde lo que se nos premia jamás faltará, y que aquí en la tierra es necesaria, tanto la conversion como la perseverancia final. Los que aquí en la tierra se han convertido del mal al bien, allí esperimentarán una mudanza que será en lo mejor; y los que, por el contrario, se han apartado del bien por seguir el mal, allí serán atormentados en lo que más aman, tanto en el alma como en el cuerpo. Finalmente, esplica qué penitencia se requiere para la verdadera conversion y la remision de los pecados, confirmando sus asertos con la parábola de los trabajadores que el Señor llamó á la viña, y concluye el libro con una enérgica exhortacion á la conversion.

4.ª *Tres libros á Mónimo* (2). Durante el destierro de

(1) Dupin: *Biblioteca*, tomo V, pág. 22.
(2) Dupin, lugar citado.

San Fulgencio, fue rogado por medio de cartas, por un amigo que entendia mal la doctrina de San Agustin, para que diese solucion á la sentencia del Santo Doctor, acerca de «si Dios predestinaba á los hombres igualmente al bien que al mal;» y por este motivo escribió estos libros para resolver la cuestion propuesta, y otras tambien ambiguas de San Agustin. En el libro I, que titula *De la doble predestinacion de Dios, una de los buenos á la gloria, y otra de los malos á la pena*, interpreta claramente esta sentencia difícil de San Agustin; *de aquellos que son predestinados á la muerte*, de muerte de suplicio, no de la muerte de delito, refiriéndose, no al mal que injustamente cometen, sino al tormento que justamente padecen. Aquí pone por preludio la verdadera nocion de la predestinacion, y cuál sea la predestinacion de los buenos y de los malos. Define la predestinacion, y dice que es «la disposicion eterna, misericordiosa y justa de la obra futura, no la obligatoria necesidad de la voluntad humana.» Dice que la operacion de Dios es dar sin injusticia gratuitamente al hombre miserable su misericordia, sin quitar al impío lo que se le debe de justicia. De donde deduce que, en cuanto á los buenos, la predestinacion de Dios pertenece á los principios de la vocacion, á los aumentos de la justificacion y á los premios de la glorificacion, y que Dios predestina á los malos á la pena, que no es otra cosa que el efecto de la divina justicia, pero que jamás predestina á la culpa; y cuando Dios ve estas cosas, predestina lo que ha de castigar ó premiar. Para esclarecer esto más y más, opone la buena voluntad de los buenos, sus obras y su retribucion á la mala voluntad de los malos, sus malas obras y su castigo; dice que la predestinacion de los Santos es la buena voluntad de Dios, pero jamás, sin embargo, predestina á la culpa á nadie, porque no puede llamarse ni encontrarse predestinacion á los pecados, porque el que predestina es el autor de la predestinacion, pero Dios no es ni puede ser causa del pecado. Como Dios con su presciencia ve el término final, por esta razon predestina á la gloria á los que han de terminar bien, y á la pena á los que han de morir en pecado, y hé aquí por qué puede decirse que predestina Dios á la pena. Predestina Dios á los que cooperan á su buena voluntad á la gloria, premiándoles con piedad, y predestina á la pena á los que abusan de sus gracias, retribuyéndoles justamente; de donde se deduce que, supuesta la presciencia de Dios, y estendida esta á la voluntad, ya buena, ya mala de los hombres, predestina Dios las voluntades buenas de los hombres, no las malas. Y aunque no entró en su predestinacion la coadyuvacion á la malicia, entró, sin embargo, el castigo á esta malicia. Esta es la razon por qué

el Salmista dice de Dios que *es justo y misericordioso*, porque predestina los buenos á la gloria, y los malos al castigo. De donde resulta que Dios sabe con su omnisciencia los que se han de salvar, y por esto los predestina, y á los que sabe que se han de perder, no promete su predestinacion. Dios, con la desercion de los malos, relaciona su juicio, y con el castigo lo consuma. Finalmente, prueba por los libros de San Agustin que la causa de la iniquidad humana es la soberbia, y que Dios no predestina á los hombres al pecado, pero sí al castigo. En el libro II, despues de recapitular en pocas palabras el argumento del libro I, pasa á tratar la cuestion del sacrificio del *Cuerpo y sangre de Cristo*, y dice que no solamente al Padre se ofrece, como decian los arrianos, sino que se ofrece á toda la Trinidad, y lo prueba por los sacrificios de todos los Patriarcas, por los testimonios de los Profetas, por la naturaleza de la Trinidad, y por el mismo rito del sacrificio. Aquí surge una cuestion, y es: por qué en el sacrificio se pide tan solamente para santificarlo la venida del Espíritu Santo, y con este motivo declara las operaciones y el modo de obrar de esta divina Persona en la Iglesia. Por último, esplana á qué se refiere el consejo de San Pablo, ó como él llama la supererogacion, y juzga que pertenece á la virginidad. En el libro III interpreta el principio del Evangelio de San Juan contra los arrianos, aduciendo ademas muchos lugares de la Escritura que son á propósito para su ilustracion.

5.ª *Tres libros de la verdad de la predestinacion y de la gracia de Dios* (1). Esta obra la escribió San Fulgencio cuando volvió del destierro de Cerdeña, y la dirigió á Juan y Venerio. En el libro I trata principalmente tres cosas: 1.ª Propone el ejemplo de la predestinacion en Jacob y Esaú. 2.ª Discute la cuestion de los niños que mueren sin bautismo. Y 3.ª Disputa acerca de la necesidad de la gracia preveniente para el principio de la fe y de la buena voluntad. Para resolver la primera cuestion describe el estado original del hombre, la caida de nuestros primeros padres, la reparacion del género humano por nuestro Salvador, la Encarnacion del Hijo de Dios, la adquisicion de la gracia, dada gratis al hombre y prevista, y dice que la predestinacion de los Santos es absoluta y eterna. Aquí aduce el ejemplo de Jacob y Esaú; el primero figura de los que se salvan, y el segundo de los que se condenan. Resuelve la segunda cuestion demostrando que en los niños que mueren sin bautismo no puede ser causada su condenacion por la prevision de sus malos méritos, puesto que Dios solo juzga por

(1) San Isidoro de Sevilla: *De varones ilustres*, cap. XXVII.

las obras hechas, y añade que la diversa muerte de los niños, que unos mueren sin bautismo, y otros por el bautismo alcanzan la gloria, debe atribuirse á los inescrutables juicios de Dios, en cuya virtud se obra la salvacion por muchas razones. Finalmente, espone qué cosa obra la gracia de Dios eficaz, preveniente, concomitante y subsecuente en el hombre, y prueba juntamente que esta gracia, ni se da á todos, ni á los que se les da se reparte igualmente, sino segun la medida de la donacion de Cristo, ó segun la voluntaria largueza de Dios, que justifica no tanto como merece la voluntad humana, cuya voluntad, ni la misma naturaleza humana, ni la ley divina, pueden volverla buena, sino la preveniente gracia de Dios. En el libro II determina la relacion de la gracia divina con el libre albedrío del hombre. En este libro reconoce el libre albedrío del hombre, por una parte enfermo y digno de sanarse, y Dios, para darle la salud, le previene con su gracia, lo que prueba con testimonios de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres. Resuelve las objeciones sacadas de San Pablo, cuando dice que «Dios se compadece de quien quiere, y á quien es su voluntad endurece.» Con el contesto de estas mismas palabras, y cuanto dice de *vasos de misericordia y de vasos de deshonor*, responde: que debe entenderse por los primeros los que obran el bien y se salvan; y los segundos, que son los que dentro de la Iglesia profesan pertinazmente cosas contrarias á la fe. En el libro III diserta acerca de la predestinacion á la vida eterna y juntamente á la gracia de la justificacion y á los buenos méritos, y lo prueba todo por la inconmutabilidad de Dios. Ha predestinado Dios, dice, á sus Santos á la gracia de bien vivir y á la gracia de la vida eterna, y con esta premia Dios á los que han de lograr la salvacion eterna. La justicia de Dios predestina á los hombres al juicio, y por esto los prepara á la pena eterna. Aquí resuelve la cuestion de que «si somos predestinados bien, podemos dar pábulo á los incentivos de la carne con toda clase de placeres,» diciendo que cae por tierra semejante objecion por la misma naturaleza de la gracia dada á los predestinados, por los mandatos del Evangelio y los Apóstoles, y con un ejemplo á propósito que confirma esta doctrina. Despues esplica lo dicho por el Apóstol acerca de la voluntad de Dios, de salvar á todos los hombres y venir al conocimiento de la verdad; y dice que debe entenderse de la voluntad de Dios de salvar á los *elegidos* de todo género de hombres. Concede la operacion de la voluntad humana, pero prevenida y ayudada de la gracia de Dios; y con esta ocasion describe el libre albedrío antes y despues de la caida del primer hombre. Dice que á este le fue concedido el libre albedrío, juntamente con la

gracia; y que fue tanto más libre, cuanto se sintió menos contrariado. Para corregir la libertad de elegir, dice que se concede al hombre la gracia preveniente, y con este motivo descubre la enfermedad del libre albedrío, originada por la voluntaria prevaricacion de Adan, y concedida esta enfermedad como una grave carga á todos los hombres, ya impíos, ya justos, hasta que, libres de todo pecado, gocen de plena libertad en el cielo, ó siendo Santos perfectos en la tierra. Distingue entre la libertad del primer hombre y la de los fieles, en que aquella era más pacífica y esta más caritativa. Dice que Cristo, como Dios, demostró admirablemente cuánto sea el poder humano, y cuánto el divino, para que, conociendo el hombre el recobro de la salud por su propia voluntad, siendo mayor la gracia recibida, no vuelva á enfermar. Para recobrar el hombre la gracia, una vez perdida, dice que se necesita gracia mucho mayor. Pone, por último, las dos opiniones acerca del orígen del alma, apoyadas ambas con argumentos de San Agustin; y sin decidir nada acerca de esta cuestion, y haciendo notar los errores que sobre esta materia han surgido, sienta y propone la doctrina cierta y definida por la Iglesia.

ARTÍCULO V.

Cartas de San Fulgencio.

Trece son las cartas que de San Fulgencio nos han quedado, las cuales, por lo largas, pueden llamarse más propiamente libros, y deben dividirse en dogmáticas, que serán las seis primeras, y morales las restantes.

1.ª *La escrita á Donato*, cuya carta, siendo todavía muy jóven, y molestado por los arrianos, escribió para instruirle en ella acerca de la fe y de diversos errores de los herejes. Con motivo de rebatir la objecion de Donato, que se apoyaba, como los arrianos, en la Sagrada Escritura para probar la desigualdad del Padre y del Hijo, San Fulgencio propone el misterio de la Santísima Trinidad, lo prueba con argumentos de la Escritura, y con una breve y sólida argumentacion pulveriza todas las objeciones que se oponen á este misterio, demostrando la igualdad del Padre y del Hijo, y enseñando que este debe entenderse menor en cuanto á la naturaleza humana. Prueba tambien la divinidad del Espíritu Santo, espone los errores acerca del misterio de la Trinidad; y, finalmente, hace una relacion, aunque breve y detallada, del misterio de la Encarnacion.

2.ª *La dirigida á Ferrando* (1), diácono, en la que resuelve las quince cuestiones por él propuestas; las principales son: si las personas de la Trinidad son separables; si la divinidad de Cristo puede decirse nacida, paciente, crucificada, no en su naturaleza, sino en la carne tomada; si existe la misma relacion entre el alma humana de Cristo y la divinidad, como la relacion que media entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; si por las palabras que los sacerdotes dicen en la Iglesia católica, «por Jesucristo Señor nuestro, que contigo vive y reina en union del Espíritu Santo,» debe entenderse que el Padre y el Hijo poseen el reino, y el Espíritu Santo solamente les acompaña, ó está en union con ellos; y, finalmente, indaga si el cáliz que Jesucristo dió á beber dos veces á los discípulos en la última cena, es un cáliz, ó son dos, y cuál sea la significacion de la cosa.

3.ª *La de San Fulgencio y otros quince Obispos á Pedro, diácono, ó libro acerca de la Encarnacion y la gracia de Nuestro Señor Jesucristo* (2). Recomienda en él la obediencia á la fe, prueba la divinidad y humanidad verdaderas en Cristo en una misma Persona, y la necesidad de la union mutua de ambas naturalezas para redimir al género humano. Pasa de aquí á tratar de la gracia de Dios, y describe el estado original del hombre; defiende el pecado original y su trasmision, juntamente con la pena impuesta; atribuye, y con razon, el quedar libres de este pecado á la gracia de la fe, no á las fuerzas de la naturaleza, ni á la letra de la ley, siendo Dios «el que inspira por la gracia de su voluntad al infiel la fe que se obra por la caridad;» y por más que el hombre goce de libre albedrío, necesita, sin embargo, del auxilio de Dios para creer y perfeccionar su fe; y aunque este auxilio se dé á unos más, y á otros menos, no por esto puede llamarse á Dios aceptador de personas. Reconoce tambien la facultad de creer en el hombre caido, y que para estar unidas la fe y la caridad se necesita la gracia de Dios, dando este, por una razon sapientísima, la posibilidad de creer, pero no absoluta, sino dependiente de su gracia, de la misma manera que vive nuestro cuerpo, y sin embargo depende del alma. Tambien esplica las palabras de San Pablo, de que los gentiles naturalmente obran aquellas cosas de la ley, aunque esta no se les haya dado, y dice que deben entenderse de los gentiles convertidos y justificados, y con este motivo aclara muchas cosas acerca de la ley. Finalmente, esplica en qué sentido quiere Dios que se salven todos los

(1) Dupin, tomo v, pág. 30.
(2) Dupin, tomo v, pág. 23.

hombres; entendiendo por estas palabras los elegidos de todo género de hombres, demostrando largamente esta sentencia.

4.ª *La dirigida al Conde Reginon* (1), relativa toda ella al misterio de la Encarnacion, en la contestacion que da San Fulgencio en la cuestion promovida entonces en Oriente: si la carne de Cristo es corruptible ó incorruptible. Aquí distingue la corrupcion del alma y del cuerpo, diciendo que ambas tienen su orígen en el pecado, reconociendo que la mortalidad en Cristo proviene de sola la mortalidad, sin pecado actual ni original; por esta razon el alma de Cristo, aunque tuvo todos los afectos naturales, jamás tuvo corrupcion alguna; y que respecto de la corrupcion del cuerpo, debemos distinguir la muerte y la podredumbre; la muerte como parte de la corrupcion, con todas aquellas cosas que disponen ó preceden á la muerte del cuerpo, y esta se halló en Cristo, pero de ninguna manera la podredumbre ú otra parte de corrupcion.

5.ª *Es la titulada carta á los Obispos africanos*, desterrados en Cerdeña, *Juan y Venerio, acerca de la gracia de Dios y del humano arbitrio*. Escrita poco despues de vuelto de su destierro, y á nombre de los compañeros de San Fulgencio, comprende los principales dogmas, segun la doctrina de San Agustin, sobre la gracia y el libre albedrío, y es como una ampliacion de los libros que habia escrito sobre esta materia (2).

6.ª *Es la dirigida á Ferrando acerca de la salvacion de Etiopo, moribundo* (3). Esta carta abraza varias cuestiones que el diácono Ferrando le propone. Habiendo sobrevenido á Etiopo, catecúmeno, una enfermedad repentina y mortal, habiéndosele bautizado entonces, y estando falto de entendimiento, y muerto antes de recibir la Sagrada Eucaristía, ¿qué muerte le cabrá? A estas cuestiones responde San Fulgencio deslindándolas todas primeramente. Las cuestiones son: si al bautizado que carece del don de la palabra, le puede impedir esto conseguir la vida eterna; si la fe tenida anteriormente es suficiente para la salvacion, y el bautismo por consecuencia necesario; por qué los muertos no se bautizan en casos idénticos, y qué debemos juzgar de aquellos que mueren antes de recibir el cuerpo y sangre del Señor. Dice el Santo que la vida ó deber del segundo nacimiento consiste en la fe y confesion del que ha de ser bautizado, y el efecto en la regeneracion ó en el bautismo por

(1) San Fulgencio, carta 18.
(2) Véase el prólogo que precede á la edicion.
(3) Véanse las obras de Ferrando.

medio del ministro; de suerte que en los párvulos, que no tienen sino pecado original, que les ha sido trasmitido por generacion solamente, es suficiente la fe y la confesion de los padrinos en el Sacramento de la regeneracion, y por esta razon la Iglesia, que es columna y firmamento de la verdad, estableció que á los enfermos destituidos de razon, con tal que su fe haya sido notoria, se les confiera el bautismo.

Las siete cartas restantes pertenecen á la doctrina moral.

7.ª *La carta á Eugypio* (1), abad y presbítero de Luculano, en la Campania, *acerca de la caridad*. En esta escelente carta recomienda sobremanera el amor á esta virtud, como fundamento y precio de todas las demas.

8.ª *La dirigida á Venancia*, señora ilustre, *acerca de la recta penitencia y de la futura retribucion*. Despues de ensalzar la virtud, enseña que todos los pecados cometidos despues del bautismo pueden perdonarse, con tal que haya verdadera conversion del pecador, á la cual debe acompañar la esperanza y la penitencia. Dice que la benignidad de Dios nos llama de varios modos á la penitencia, y principalmente por las tribulaciones y enfermedades, las cuales, si bien se reciben y pacientemente se toleran, nos preparan la vida eterna.

9.ª *Es la dirigida á Proba*, doncella romana, esclarecida en linaje y virtudes, *acerca de la virginidad y de la humanidad*, la cual contiene una escelente institucion.

10. *Esta tambien está dirigida á la misma Proba* (2), *acerca de la oracion á Dios, y de la compuncion del corazon*. En ella enseña que continuamente debemos implorar la gracia de Dios, para evitar los peligros de esta vida y poder alcanzar la eterna.

11. *Esta trata acerca del débito conyugal, y del voto de continencia emitido por los cónyuges*. Trata en ella con toda claridad esta materia, enseñando hasta dónde llega la licitud de la cópula conyugal, qué obligacion inducen los votos en general, y principalmente el voto de continencia, el cual no puede darse si no es por consentimiento de ambos cónyuges, y concluye dando saludables consejos á los casados.

12. *La carta al senador Teodoro acerca de la renuncia del siglo* (3), en la cual saluda á este varon ilustre y le confirma en el propósito tan santo que le ha sido sugerido, recomendándole la humildad y perseverancia.

13. *La dirigida á Gala, viuda romana* (4), que, casada

(1) Véase Casiodoro: *Institucion de las divinas letras*, cap. XXIII,
(2) De estas dos cartas, véase Dupin, tomo V, pág. 22.
(3) Véase Pagi, crítica al año 505.
(4) Baronio, *Anales* al año 504.

con un cónsul, y muerto poco tiempo despues, se resolvio á abrazar el estado de continencia entrando en un monasterio; y en ella le consuela por la muerte de su marido, le da una regla, y le señala las virtudes que deben adornar á una viuda para agradar á Dios.

ARTÍCULO VI.

Sermones.

Los sermones de San Fulgencio pertenecen al número de sus trabajos morales, pues todos ellos son, ó para santificar los dias de fiesta y los Santos, ó para reformar las costumbres (1).

Diez son los que se conservan de estos; uno está dedicado *Para el dia de Natividad*, y trata del doble nacimiento de Cristo, eterno y temporal. Presenta el grande amor de Dios, y la dignidad de la naturaleza humana, y hace una comparacion entre el primero y segundo Adan, entre Eva y María.

2.° *El de la Circuncision del Señor*, esplica la significacion de esta ceremonia.

3.° *De la Epifanía*. Habla en él de los dones de los Magos y de la muerte de los inocentes.

4.° *Sobre la Pascua*, y en él trata del ladron crucificado.

5.° *De Pentecostés*, y en él habla del don de lenguas.

6.° *De San Estéban protomártir*.

7.° *De San Cipriano, mártir*.

8.° *De los dispensadores del Señor*, ó sea *De los confesores*, en donde espone la parábola de San Lúcas del dispensador que constituyó el Señor sobre su familia.

9.° *De la conversion de San Pablo*.

10. *Del amor de Dios y del prójimo*. En este esplana las palabras del Profeta Miqueas: «Te indicaré, hombre, qué cosa sea el bien.»

Los libros perdidos de San Fulgencio son: *Diez libros contra Fabiano*, hereje arriano. *Siete libros contra Fausto*, semi-pelagiano. *Un libro acerca del Espíritu Santo. Dos opúsculos acerca del ayuno y la oracion*, y algunos sermones eclesiásticos, que muchos de ellos dictó el mismo San Fulgencio.

(1) Ceillier, art. 2.°, pár. 17.

ARTÍCULO VII.

Carácter, estilo y doctrina de San Fulgencio.

San Fulgencio estaba muy instruido en la Sagrada Escritura, y fuertemente adherido á la tradicion de la Iglesia, y su nombre llegó á ser popular, no menos por la sutileza de su ingenio que por sus muchas virtudes. Bossuet lo ha calificado del más insigne teólogo y del más eminente Santo de su época, y Butler resume su elogio en estas breves palabras: «San Fulgencio se propuso por modelo á San Agustin, y como verdadero discípulo lo imitó en su conducta, interpretando fielmente su doctrina y bebiendo todo su espíritu.» Pero, á pesar de que escedia en claridad y órden á los autores contemporáneos, se quedó muy inferior á su maestro en el estilo, como tambien á sus demas antiguos compatriotas; á Tertuliano en la energía y á San Cipriano en la facilidad.

Las obras de San Fulgencio son principalmente polémicas, contra los arrianos, pelagianos y nestorianos. En todos los escritos de este Santo Doctor se descubre siempre gran profundidad de ideas, pureza de doctrina y facilidad en la concepcion; pero, temeroso de no esplicar suficientemente la materia que se proponia, es algunas veces difuso, incurriendo con frecuencia en repeticiones. Sus razonamientos, sin embargo, llevan siempre el sello de la justicia, y van corroborados con la Escritura, la tradicion de los Padres y la doctrina de los Concilios; y los misterios de nuestra Religion los espone con suma claridad, valiéndose de comparaciones ingeniosas, que hacen fácil su inteligencia. Este Santo Doctor, tan profundo como elocuente, juzgaba, no obstante, que era muy peligroso usar en nuestros dogmas inefables de nuevos modos de esplicarse, y su autoridad era muy respetada entre los Obispos africanos, siendo considerado como la representacion genuina de la Iglesia africana durante los siglos V y VI.

En San Fulgencio es singular la fuerza de talento y la suavidad en las palabras. Su estilo es elevado como sus ideas, su elocuencia es dulce y atractiva, sus razones concluyentes, sus comparaciones exactas é introducidas sin esfuerzo ni violencia, y en su generalidad son tan hermosas, que el lector siente no sean más largas para saborearse por más tiempo en sus bellezas; pero en general se muestra más teólogo que orador.

Los principales puntos de doctrina católica que pueden sacarse de sus libros, son los siguientes:

1.° *Solo en la Iglesia católica está la salvacion.* (De la remision de los pecados, lib I, cap. XXIII.)

2.° *Reconoce la doctrina de la justificacion con la Iglesia católica.* (De la verdadera predestinacion y de la gracia, lib. I, núm. 13.)

3.° *Declara la necesidad de la fe viva para la salvacion.* (Libro de la Trinidad á Félix, cap. XI.)

4.° *Consigna la necesidad de las buenas obras.* (De la remision de los pecados, lib. II, cap. VIII.)

5.° *Considera como saludable el temor al infierno.* (De la remision de los pecados, lib. II, cap. XIV.)

6.° *Reconoce el sacrificio de la Misa.* (Lib. II, á Mónimo, cap. VI.)

CAPÍTULO IV.

SAN CESÁREO DE ARLÉS.

Fuentes. Las obras del mismo San Cesáreo.—Su vida, escrita por sus discípulos Cipriano y Mesiano, que se encuentra en las *Actas de los Santos*, edicion de los Bolandos, al dia 27 de Agosto.—El Concilio de Agda, el IV de Arlés, el de Carpentras y el Arausicano, en Mansi, tomo VIII.—Las cartas de los Romanos Pontífices Simaco, Hormisdas, Bonifacio II y Agapito á San Cesáreo, en Mansi, lugar citado.—San Eunodio de Pavía, lib. IX, epíst. 33.—Venancio Fortunato, lib. V, poema 2.°—Gennadio: libro *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXXXVI.

Auxiliares. J. Stilting, *Comentario de San Cesáreo* en las *Actas de los Santos*, lugar citado.—*Historia literaria de Francia*, por dos religiosos benedictinos de la Congregacion de San Mauro, tomo III, *San Cesáreo de Arlés*.—Galland, *Biblioteca de los Padres*, tomo XI, proleg., cap. I.—Norisio: *Historia de los pelagianos*, lib. II, cap. XXII.—Ceillier, tomo XVI, cap. IX.—Cas. Oudin, tomo I, col. 1,339.—J. A. Fabricio, *Biblioteca de la media é ínfima latinidad*, tomo I, página 317.

Ediciones. No se encuentra ninguna que comprenda todas las obras de San Cesáreo. En la *Biblioteca de los Padres* se encuentran unas cuarenta homilías. Las reglas y algunos otros escritos se encuentran en Galland., *Biblioteca*, tomo XI.—La mayor parte de los sermones se hallan en el *Apéndice*, tomo V, de las obras de San Agustin, edicion Mansi.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Cesáreo de Arlés.

San Cesáreo nació por los años de 469 á 470, en el territorio de Chalons, de padres nobles y piadosos. Desde su niñez mostró su grande amor á los pobres, siendo tanta su caridad, que con frecuencia volvia á casa, despues de haber dado los vestidos á los que encontraba desnudos. A los diez y ocho años de su edad recibió la tonsura, y poco despues

fue admitido en el célebre convento de Lerins, cuyo abad Porcario le nombró ecónomo (1). A sus ejercicios piadosos juntó una severa austeridad, y habiendo enfermado á causa de esto, fue enviado á Arlés para que recobrase la salud. Al cabo de algun tiempo fue ordenado diácono y sacerdote por el Obispo Eonio, y puesto al frente de un convento inmediato. A la muerte de su Obispo diocesano fue elegido á pesar suyo para sucederle, el año 502 (2), en cuyo cargo predicaba muchas veces, visitaba su diócesis y mostraba gran cuidado por la disciplina eclesiástica, siendo prueba de esto último los Concilios á que asistió.

En el año 506 presidió el de Agda, ó Agatense, cuyas decisiones han gozado de gran crédito en la Iglesia, y han sido admitidas en gran parte en el derecho canónico (3). El de Arlés en 524, el de Carpentras en 527, y en el de Vason, le tuvieron tambien por presidente. Los Concilios que acabamos de citar tuvieron por objeto la integridad de la disciplina eclesiástica: Cesáreo convocó otro para la conservacion de la sana doctrina.

El de Orange, celebrado en 529, condenó el semi-pelagianismo, que se estendia por las Galias, y resumió el dogma católico en varios capítulos, que habia sometido á la Santa Sede. Este Concilio no consiguió vencer todas las resistencias, y hasta en otro que se celebró el mismo año, en Valencia, y en el que San Cesáreo, enfermo, se hizo representar por un mandatario, hubo una viva oposicion contra él; pero nuestro Santo, despues de haber pedido el año 530 al Papa Bonifacio II la confirmacion de los capítulos redactados en Orange, acalló las murmuraciones de algunos Obispos galos, triunfó de sus dudas, puso fin á la controversia, y desde entonces estos capítulos lograron una autoridad universal.

Cesáreo fue tambien muy solícito por los progresos de la vida monástica. Edificó en Arlés un convento de religiosas, que dirigió su hermana Cesárea: la regla llena de sabiduría que escribió para este convento, y que sometió á la aprobacion del Papa, fue introducida en otros muchos monasterios, y no dejó de influir en la redaccion de otras posteriormente propuestas para los institutos de mujeres. Hizo igualmente otra regla destinada á los monges, que fue adoptada en parte de la Galia narbonense. En su caridad y compasion para los desgraciados, el Santo Obispo fundó un hospital para los enfermos, y estableció asilos para los pobres desgraciados, interesándose sobre todo en el rescate de prisioneros (4),

(1) *Vida de San Cesáreo*, lib. I, números 3 y 4.
(2) *Vida de San Cesáreo*, lib. I, núm. 12.
(3) Concilio Agatense, año 506, en Mansi, tomo VIII, col. 319.
(4) *Vida de San Cesáreo*, lib. II, números 4 al 8.

á cuyo objeto dió cuanto poseia; hasta sus propios ornamentos.

Los adversarios de Cesáreo, no pudiendo resistir la virtud y autoridad del Santo Prelado, le acusaron ante el Rey Alarico de querer entregar Arlés á los borgoñeses; y este, dando crédito á los delatores, le desterró á Burdeos en 505; pero reconocida pronto la inocencia del Obispo, el Rey le mandó á llamar. Mientras los francos y los borgoñeses asediaban á Arlés, los judíos y los arrianos apresaron á Cesáreo, bajo pretesto que les hacia traicion; pero habiéndose justificado, recobró su libertad. Habiendo caido por fin la ciudad en poder de los ostrogodos, el Obispo fue hecho prisionero por tercera vez, y conducido á Rávena ante el Rey Teodorico, sobre el cual hizo tanta impresion la presencia del venerable Obispo, que sin escuchar ninguna reclamacion declaró que Cesáreo era incapaz de hacer mal, y le puso en libertad, colmándole de favores. Cesáreo partió entonces para Roma, en donde el Papa Simaco le honró con el *Pallium*; le nombró Vicario apostólico, y confirmó la division de las provincias de Arlés y Viena, que habia ordenado el Papa Leon I (1). Cesáreo murió el año 542, despues de haber hecho un insigne testamento, monumento perenne de la más acendrada piedad (2).

ARTÍCULO II.

Obras de San Cesáreo.

Las obras de San Cesáreo son sermones, cartas, dos reglas y su testamento. De todas trataremos en el presente artículo.

1.ª *Sermones.* San Cesáreo tiene cerca de ciento cincuenta sermones (3), de los cuales unos tratan de la esposicion de la Escritura, y otros se dirigen á la reforma de las costumbres. Los que pertenecen á la primera clase son:

1.° *Esposiciones alegóricas* de muchas narraciones del Antiguo Testamento, como la historia de Abraham, de Jacob y de Josef, de Moisés y del pueblo hebreo, de David y de Goliat, y de Elías y Eliseo.

2.° *Esplicaciones de varios lugares de los Evangelios* de San Mateo, de San Lúcas y de San Juan, en donde describe admirablemente la limosna pública y oculta, el ayuno y la

(1) El Papa Simaco, epist. 5.ª á Cesáreo de Arlés.
(2) Pagi, crítica al año 544, núm. 8.°
(3) Véase la *Biblioteca máxima de los Padres de Lyon.*

oracion, los dos caminos opuestos de la vida del hombre, la peregrinacion de los cristianos sobre la tierra, la necesidad de las buenas obras, el reino de Dios, las bodas de Caná, la mujer Samaritana, y por último la parábola de las diez vírgenes. De los escritos de San Pablo interpreta algun lugar oscuro, como el de la primera carta á los de Corinto (1), y lo aplica al fuego del purgatorio y al modo de evitar los pecados y limpiarse de ellos.

Los sermones que pertenecen á la segunda clase son:

1.° *Sermones que tratan de las principales solemnidades del año*, en que el celo de San Cesáreo siempre tenia algo que advertir á su pueblo. Así, predicando en el Adviento, le preparaba para celebrar el nacimiento del Señor; en el dia de Natividad reprendia las supersticiones que todavía se conservaban; en la Cuaresma se ocupaba del ayuno y de la limosna, etc.

2.° *Sermones sobre la necesidad de la fe y las buenas obras*, en las cuales, ya esplica la nocion del nombre cristiano, y la naturaleza y exaltacion de la fe, ya recomienda la necesidad de las buenas obras y la práctica de las demas virtudes para alcanzar la salvacion eterna, ya, en fin, recuerda las promesas hechas en el bautismo.

3.° *Sermones del juicio divino y de la penitencia.* En ellos, unas veces exhorta á los que han caido en algun pecado grave á que se confiesen y hagan penitencia, y otras recomienda la humildad y la penitencia pública.

4.° *Sermones sobre el amor de Dios y del prójimo.* San Cesáreo presenta en ellos la escelencia de la caridad y sus escelentes frutos.

5.° *Sermones sobre la limosna.* En estos recomienda la necesidad de la limosna para borrar los pecados leves y conseguir la vida eterna, y describe ademas tres clases de limosna.

6.° *Sermones sobre la impureza y la embriaguez.* San Cesáreo recomienda la castidad en todos los estados, y particularmente á los casados, y trae algunos remedios para combatir á ese vicio. Despues pinta con los más vivos colores lo feo de la embriaguez.

7.° *Sermones sobre el culto divino y la palabra de Dios.* En ellos exhorta á los fieles á que asistan á la iglesia, y les enseña la manera de asistir á los oficios divinos, previniéndoles ademas que no se salgan antes de su conclusion. Recomienda tambien á los sacerdotes que prediquen la palabra divina.

8.° *Sermones ocasionales, ó de circunstancias.* Estos, ya

(1) Capítulos III, XI y XV.

pertenecen á la dedicacion de alguna basílica, ya los tuvo con motivo de la curacion de algun energúmeno, ya por alguna calamidad pública.

9.° *Sermones á los monges.* San Cesáreo recomienda en ellos las virtudes que deben adornar á los religiosos, y principalmente la humildad, la obediencia, la caridad, la oracion, la observancia de los votos y el desprecio á las cosas de este mundo, y les recomienda ademas la lucha contra todos los vicios (1).

2.ª *Tres cartas pertenecientes á la vida monástica.* La primera está dirigida á su hermana Cesárea, y en ella describe las virtudes que deben adornar á la virginidad, y le amonesta que evite la familiaridad con los hombres. La segunda, tambien dirigida á su hermana, para exhortarla á la perfeccion y á combatir los vicios que le son opuestos, principalmente la soberbia, la impureza, la envidia y la locuacidad. La tercera la dirige á Oratoria, vírgen consagrada al Señor; y como esta dirigia una comunidad, le exhorta al cumplimiento de su elevado cargo, y á que ella y sus religiosas caminen en la perfeccion.

3.ª *Dos reglas*, la una para las vírgenes consagradas á Dios, y la otra para los monges. La primera contiene los preceptos de la vida comun y santa que debia observarse en el monasterio edificado por él. San Cesáreo, aunque habia dispuesto todo acertadamente al fundar el nuevo monasterio, sin embargo, la esperiencia le demostró que era preciso variar algunas cosas y modificar otras, por cuya razon añadió al fin de su vida á esta regla una buena recapitulacion de los principales artículos, mandando que se observasen en adelante. Son tan escelentes las prescripciones ordenadas en esta regla para la vida monástica de las vírgenes, cualquiera que sea su instituto, que no solo su hermana Cesárea las abrazó con más de doscientas vírgenes, sino que tambien Santa Radegunda, que de Reina se hizo religiosa, las introdujo en su monasterio de Poitiers.

La regla para los monges es muy semejante á esta, aunque más breve, y se dice que encargó á su sobrino Teridio que la llevase á muchos monasterios.

4.ª *El testamento de San Cesáreo.* Este Santo lo escribió en forma de carta, dirigida á su sucesor, recomendándole el cuidado de sus súbditos, y muy particularmente el de los monasterios y de los pobres.

Tambien se cuenta entre las obras de San Cesáreo el

(1) Muchos de los sermones de San Cesáreo se atribuyeron á otros Santos, y en especial á San Agustin, hasta que los Padres de San Mauro, en la edicion de las obras de este Padre, han puesto con separacion los que corresponden á San Cesáreo.

Libro de la gracia y del libre albedrío, que no es otra cosa que los cánones del Concilio de Orange, presidido por él, y formados de la doctrina de San Agustin (1).

San Cesáreo, fiel discípulo y admirador de San Agustin, sacó toda su ciencia de la profunda meditacion que hacia de la Sagrada Escritura. La predicacion era el cargo que desempeñaba con más frecuencia, persuadido de que de este dependen principalmente las buenas costumbres de los fieles, y sus progresos en la virtud. Se reducia su método á entrar en las descripciones más menudas sobre todas las obligaciones de la vida, y á combatir los vicios que más reinaban en el pueblo, con frecuentes vueltas á las mismas materias, sin reparar en las repeticiones; frecuentemente tambien presenta con oportunidad algunos símiles. Su elocuencia, que nada tiene de artificiosa, cautiva de tal modo el corazon, que ninguno ha sabido inspirar mejor que él el amor á la virtud y el horror al vicio. Su estilo es sencillo, claro, vivo y penetrante; de tal manera, que puede servir de norma á la predicacion popular. En todas sus obras se deja ver su caridad, su humildad y su solicitud paternal. Sus amonestaciones son casi siempre súplicas fervorosas para que los fieles procuren su salvacion, la cual, juntamente con el juicio final, pone con frecuencia ante los ojos de todos.

Su doctrina pertenece principalmente á la moral; sin embargo, pueden sacarse los dos puntos dogmáticos siguientes:

1.° *Reconoce el Sacramento de la Estremauncion.* (Sermon 265, atribuido á San Agustin.)

2.° *El fuego del Purgatorio.* (Sermon espurio de San Agustin.)

---

(1) Gennadio: *De los escritores eclesiásticos*, cap. LXXXVI.

CAPÍTULO V.

SAN JUAN CLÍMACO.

FUENTES. Sus propias obras.—Su vida, escrita por Daniel Raituense, ó sea *Del monasterio junto al mar Rojo*, con algunos fragmentos relativos al mismo San Juan Clímaco, escritos por otro monge del Sinaí.

AUXILIARES. Las introducciones de M. Radero á las obras de San Juan Clímaco.—Labbé: *Disertacion histórica de San Juan Clímaco*.—Dupin, tomo v, pág. 98.—Ceillier, tomo XVII, capítulo XXIV.—P. Lambecio: *Comentarios de la Biblioteca cesárea vindobonense*.—J. A. Fabricio: *Biblioteca goda*, vol. 9.°

EDICIONES. Ademas de las muchas ediciones latinas, existe una greco-latina, á saber: la de Mateo Radero, de la Compañía de Jesus, Paris, 1633, en folio.—Fr. Luis de Granada tiene entre sus obras la traduccion de *La Escala del Paraiso*.—J. A. Fabricio, *Biblioteca griega*, vol. 9.°, página 526.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Juan Clímaco.

San Juan Clímaco, llamado así por su principal obra, cuyo nombre en griego es *Climas* (1), y conocido tambien entre los antiguos por Juan Sinaita y el Escolástico, nació probablemente á principios del siglo VI en Oriente, aunque nada puede asegurarse de su edad y de su patria; solo se sabe que fue un varon de gran talento, y sumamente instruido en las ciencias, así sagradas como profanas. A los diez y seis años abandonó los placeres y honores del mundo para dedicarse á la vida monástica en el monte Sinaí, en donde, negándose á sí mismo, hizo tantos progresos en la vida espiritual, que llegó á la cima de la perfeccion cristiana. Despues de haber pasado cuatro años entre los monges, se retiró á la soledad, y en ella estuvo cuarenta años, dedicado á todo género de virtudes y á la contemplacion de

(1) Era costumbre entre los griegos tomar el nombre de alguna de sus obras.

las cosas celestiales. Los solitarios, admirados al ver la austeridad de su vida, su caridad, su continua oracion y sus muchos milagros, lo veneraban como á otro Moisés, y lo eligieron abad del monasterio del monte Sinaí. En este cargo edificó á todos con su ejemplo y exhortaciones, debiéndole muchos su salvacion; pero nuevamente se volvió á la soledad, donde murió á fines del siglo VI (1).

ARTÍCULO II.

Obras de San Juan Clímaco.

Las obras de San Juan Clímaco todas son morales, á saber:

1.ª *La Escala del Paraiso*, escrita cuando era abad del Sinaí, á ruegos de Juan, Abad Raithuthunse, y dividida en treinta grados. En esta obra, en donde generalmente describe los varios géneros de vida y hace una pintura del verdadero monge, recomienda el abandono del mundo, la perseverancia y el deseo continuo de aprovechar en la virtud. Pero como no es suficiente desprenderse materialmente, si el ánimo tiene todavía apego á las cosas terrenas, manda que echemos todos los afectos viciosos; de suerte que el buen monge ha de dar un adios completo á cuanto es del mundo, ha de abnegarse á sí mismo y procurar evitar la vanagloria hasta en la misma práctica de la obediencia. Manifiesta despues que solamente debemos estar unidos á Dios, y evitar cualquier especioso pretesto que nos quiera retraer de tan santo propósito, como suelen ser hasta los sueños, inspirados alguna vez por el demonio.

Hecha ya esta especie de introduccion, recorre una por una todas las virtudes necesarias en un verdadero monge, á saber: la *obediencia*, de la cual presenta muchos ejemplos, y los ópimos frutos que produce; pasa despues á la *penitencia verdadera;* por si acaso alguno, despues que hubiere violado el voto, recayese en otros crímenes, añade que para conseguir la penitencia es muy útil la meditacion sobre la muerte, de la cual y de la consideracion de los pecados nace el *dolor interior*, aquella tristeza agradable á Dios, y la verdadera *compuncion*. Prosigue diciendo que los que aventajan en el camino de la penitencia alcanzan la mansedumbre, estinguen el recuerdo de cualquier injuria, y aborrecen los malos juicios y murmuraciones sobre el prójimo.

Pasando de esto, reprende la locuacidad, manda refrenar la lengua, guardar silencio y detestar sobre todo la men-

(1) J. A. Fabricio: *Biblioteca griega*, vol 9.º, pág. 522.

tira; mas como de la escesiva locuacidad suele originarse el tedio á las cosas espirituales, describe este vicio en todas sus partes, y dice que nos esforcemos en superarlo. Despues impugna todos los vicios, inculcando todas las virtudes opuestas. De manera que á la gula opone el ayuno; á la lujuria, la castidad y continencia; á la avaricia, la misericordia, la caridad y la voluntaria pobreza. Esplica cómo de la gula trae orígen aquel adormecimiento del alma, que describe perfectamente, y el sueño, al que tambien asigna sus límites, recomendando en consecuencia las vigilias, corporal y espiritual. Condena el temor nacido de la vanagloria é infidelidad, é impugna sobremanera la soberbia, de la cual suele ser hija la blasfemia. Observa que á la humildad debe preceder la mansedumbre y la sencillez; y despues de ensalzar estas virtudes, describe aquella elegantemente. La humildad dice que es la fuente de la discrecion espiritual para distinguir los vicios y las virtudes, y presenta al efecto muchos ejemplos sobre este asunto. Despues recopila en pocas palabras los grados precedentes, y los ilustra con varias y oportunas comparaciones.

Luego, pasando á examinar los varios géneros de monges, ensalza sobre todo á los solitarios, y les da reglas para evitar los peligros á que están espuestos; pasa despues á los que hacen vida comun, y les da las instrucciones necesarias á su instituto. Hecho esto, presenta una magnífica institucion de la *oracion*; enseña á precaver sus defectos, y más tarde demuestra que la perfeccion es la cima de todos nuestros conatos, porque está unida con un vínculo indisoluble con la caridad, la esperanza y la fe.

En toda esta obra, ademas de proponer los medios para conseguir la virtud, presenta el fundamento y orígen de cada uno de los vicios, y aplica los remedios necesarios.

2.ª *El libro ó carta al Pastor*, que es como un apéndice de la precedente, instruye al superior de una comunidad á desempeñar debidamente su cargo. En este libro, estableciendo la comparacion entre un abad y un pastor, médico ó maestro, presenta las obligaciones de aquel, deduciéndolas de los oficios de estos. De manera que el superior de un monasterio debe dar sobre todo buen ejemplo y estar muy unido á Dios, conocerse á sí mismo y vigilar solícito sobre los que están bajo su direccion. Finalmente, dice que el abad debe castigar á sus súbditos con justa severidad, investigar las disposiciones de cada uno, y exhortarlos continuamente; advirtiéndole ademas que en cualquier vicisitud mantenga firme su buen propósito. Enseña despues cómo ha de recibir á los novicios, que procure estimularlos á la mansedumbre y piedad, y procure la salvacion de sus súbditos

del modo mejor, á cuyo propósito da prudentes reglas. Concluye su libro enumerando las virtudes y encomendándose á sus oraciones. Todas estas cosas son convenientes á todos los que tienen la cura de almas.

La doctrina de San Juan Clímaco es en todas sus partes católica, y en sus escritos se caracterizan todas las virtudes con rasgos propios de cada una, y señálanse sus principios, sus progresos y su consumacion, apoyando sus preceptos con ejemplos sacados de la Escritura, de la vida de los santos monges y de la práctica de los hombres más consumados en la ciencia de la salvacion. Entre estos pasajes de historia hay cosas al parecer más dignas de admirarse que de servir de imitacion; entre otras, lo que cuenta del monasterio de la Prision. Es espantosa la pintura que hace de él; y si se juzgase segun nuestras ideas, se tendria más bien á los habitantes de este horrible calabozo por reos entregados á la desesperacion, que por penitentes que se esfuerzan en satisfacer á la justicia de Dios, sin perder la confianza en su misericordia. Pero esto, que parece increible considerada la flaqueza humana, no lo es en los que se hallan penetrados de un espíritu divino y de una verdadera penitencia. Sus escritos están espuestos con estilo sencillo y doméstico, que hace agradable su lectura hoy mismo, como oir los discursos de un viejo anacoreta.

CAPITULO VI.

SAN GREGORIO DE TOURS.

FUENTES. Las obras del mismo San Gregorio.—Venancio Fortunato, libro v, poema 3.°—*Vida de San Gregorio de Tours*, por el abad Odon, que se halla al frente de la edicion de sus obras, despues del prefacio de Ruinart.

AUXILIARES. T. Ruinart, prefacio á la edicion de las obras de San Gregorio de Tours.—*Historia literaria de Francia*, tomo III, pág. 372.—Ceillier, tomo XVII, art. 1.°—J. A. Fabricio: *Biblioteca de la media é ínfima latinidad*, tomo III, pág. 101.—Kries: *Vida y escritos de San Gregorio.*

EDICIONES. La mejor es la de T. Ruinart, de la Congregacion de San Mauro, Paris, 1639, y esta misma, publicada por Migne, en el tomo XI de su *Curso de Patrología:* Paris, 1849.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Gregorio de Tours.

San Gregorio, descendiente de una ilustre familia cristiana de Auvernia, nació hácia el año 539, ó poco despues, y se llamó Jorge Florencio. Su tio Galo, Obispo de Clermont, le hizo instruir en la ciencia y en la virtud. Ordenado de diácono, hizo varios viajes á Lyon (Borgoña), y despues á Tours, de donde fue elegido Obispo á los treinta y cuatro años de edad, á la muerte de Eufronio (1). En la lucha entre Sigiberto, Rey de Austrasia, á quien habia tocado la ciudad de Tours, y Chilperico, Rey de Neustria, que lanzaba sus codiciosas miras sobre esta misma ciudad, Gregorio abrazó el partido de aquel, haciéndose por consiguiente el objeto del odio de Chilperico, á quien Gregorio comparaba á Herodes y á Neron, á pesar de las muestras de aprecio que en varias ocasiones habia recibido de él.

Despues del asesinato de Chilperico, Gontran se pose-

(1) Odon, lugar citado, números 11 y 24.

sionó de Tours, y el Obispo entró en relaciones de amistad con el nuevo príncipe. Childeberto, segundo hijo de Gontran, heredó de su padre el amor hácia el santo Obispo, y recurrió á sus consejos en los negocios más importantes. El noble y santo Prelado se aprovechó de esta influencia para obtener el perdon de los que habian sido condenados á muerte, y el alivio de los impuestos que gravaban al vecindario, para libertar á la Iglesia de una larga tiranía, y para restablecer por todas partes la disciplina eclesiástica. Hubiera sido una felicidad para época tan difícil que hubiese podido prolongarse la vida llena y fecunda de Gregorio; pero las continuas agitaciones en que vivió abreviaron sus dias, y murió hácia el año 594 ó 95 (1).

ARTÍCULO II.

Obras de San Gregorio de Tours.

Las obras de San Gregorio que han llegado hasta nosotros (2) son históricas unas, que refieren los hechos de su nacion, y otras la vida y milagros de los Santos. De todas hablaremos en este artículo.

1.ª *Historia eclesiástica de los francos* (3). San Gregorio la escribió al fin de su vida, y consta de diez libros. En el I, despues de una profesion de fe que sirve de prólogo, refiere en compendio los hechos desde Adan hasta la muerte de San Martin. En el II y III es donde realmente comienza á hablar de los francos, y lo hace con mucha estension, hasta el año 548. Desde el libro IV al X se ocupa de la historia de su tiempo, y abraza hasta el año 541.

En esta obra se encuentran muchas cosas dignas de saberse, pertenecientes unas á la disciplina y liturgia antigua de la iglesia de las Galias, y otras muy útiles para confirmar nuestros dogmas y para conocer la historia de Francia. Aunque en los tres primeros libros se encuentran algunas cosas falsas é inciertas, sin embargo, buscó con gran cuidado las relaciones de los hechos anteriores á su tiempo, sin añadir nada por su parte. En los siete siguientes retrató fielmente el carácter de su época; y si bien falta á las veces á la cronología y elegancia, la naturalidad con que refiere los hechos hace agradable su narracion; siendo ademas, por

(1) *Historia literaria de Francia*, lugar citado, pág. 375.

(2) San Gregorio enumera sus escritos en el libro X, cap. XXXI de su *Historia*, por donde se ve que algunas se han perdido.—Véase Ceillier, lugar citado, art. 1.º

(3) Ruinart, prefacio citado, núm. 85.

su estudio sobre las fuentes, considerado como el padre de la historia de Francia.

2.ª *Siete libros de milagros* obrados por el Señor sobre los sepulcros de los mártires y confesores. San Gregorio los escribió en diversas ocasiones y antes que su *Historia*, y son los siguientes:

1.° *Libro de la gloria de los mártires*, en donde refiere los milagros de Jesucristo y de la Santísima Vírgen, y tambien los de los Apóstoles, de los mártires, y sus reliquias.

2.° *Libro de la gloria*, ó sea *De los milagros de los mártires*. En él trató en particular del martirio de San Julian, que nació en Viena y padeció en el territorio de Clermont, y á quien San Gregorio tenia por su principal patrono.

3.° *Libro de la gloria de los confesores*. En este refiere muchos milagros, con los cuales el Señor manifestó la gloria de sus Santos, y trata en particular de San Hilario de Poitiers, de San Eusebio de Vercelli, de San Paulino de Nola y otros.

4.° *Cuatro libros de las virtudes y milagros de San Martin, Obispo de Tours*. En ellos refiere muchos milagros, que él mismo presenció, ó recibió de testigos fidedignos, siendo encargado tres veces por revelacion para que los escribiese, á fin de que no cayesen en el olvido hechos tan admirables (1).

3.ª *Un libro de la vida de los Padres*. San Gregorio lo escribió en diversos tiempos, y comprende veinte capítulos, y cada uno de estos contiene una ó muchas vidas de los hombres religiosos de su tiempo.

No puede dudarse con buena crítica de los milagros que el Santo refiere como testigo ocular en estas dos últimas obras; y aunque pudo por su buena fe ser sorprendido con relaciones inciertas, no hay fundamento para considerar de escesiva su credulidad, pues solia suspender ó negar su aserto hasta que veia el portento, ó lo sabia por testigo abonado. A veces refiere como milagrosas algunas curaciones, que pudieron ser efecto de causas naturales; pero es porque las circunstancias del lugar ó tiempo en que se verificaron manifiestan que fueron efecto de la intercesion de los Santos (2).

Ademas de las obras citadas escribió otras que se han perdido, á saber: *El libro sobre los Salmos*, *El libro de los censos eclesiásticos*, *El prefacio al libro de Sidonio Apolinar*, *de las Misas*, y *El martirio de los Siete Durmientes* (3).

---

(1) *Historia literaria de Francia*, lugar citado, pág. 384.

(2) San Gregorio de Tours, proleg., lib. IV de los milagros de San Martin.

(3) Ruinart, prefacio citado, núm. 72.

Entre los dudosos se cuenta el libro *De los milagros de San Andrés, Apóstol*; y entre los apócrifos, *El martirio de San Julian, Historia de los Siete Durmientes, La vida de San Mauricio y Alvino* y la de *San Aridio, Abad* (1).

San Gregorio de Tours, aunque muestre que conocia á Virgilio y Salustio, su estilo es al mismo tiempo inculto y afectado, sin fuerza ni órden alguno, ni siquiera el cronológico, y sin embargo, se queja de la decadencia de las letras; pero como era contemporáneo, y frecuentemente testigo y actor, su *Historia* respira la tristeza propia del que veia á los hombres y las cosas, los delitos y las virtudes confundiéndose en el caos en que perecia la antigua civilizacion. Con rasgos característicos describe á veces mejor que lo que podria hacerlo por medio del arte; hay algun movimiento en la narracion, alguna verdad en la espresion y en el sentimiento, de manera que retrata los tiempos sin quererlo, porque á ellos pertenece, y manifiesta aquel contraste de las razas, de las condiciones, de las clases, que la conquista habia puesto frente á frente en el mismo terreno.

(1) Ceillier, lugar citado. art. 2.º

CAPITULO VII.

VIGILIO, OBISPO DE TAPSIS.

Vigilio, Obispo de Tapsis, en Africa (1), habiendo sido llamado, juntamente con otros Obispos, á la conferencia de Cartagena, en 484, por Hunerico, Rey de los vándalos, fue desterrado poco despues, sin dejar por eso de defender la fe con sus escritos, contra los vándalos arrianos. Mas temiendo enfurecer contra los fieles á sus perseguidores con sus libros, suprimiendo su nombre, firmó sus composiciones con los de los Padres más ilustres, procurando al mismo tiempo por este medio darles más importancia para con los vándalos. Escribió en forma de diálogo, para así inculcar mejor la verdad. Estando en Constantinopla impugnó á los eutiquianos, defendiendo contra estos la autoridad de San Leon Magno y del Concilio de Calcedonia. Créese que sucedió su muerte por el año 520 (2). De las obras de Vigilio, escritas en estilo simple y llano, y bastante eruditas, unas impugnan á los arrianos, otras á los eutiquianos, de las que algunas son ciertas, y otras algun tanto dudosas.

Se tienen por ciertas:

1.ª *El diálogo contra los arrianos, sabelianos*, etc. Los dos primeros libros están escritos en forma breve y enteramente ficticia; pero despues, cuando el autor se vió libre de la tiranía de los vándalos, escribió el libro III en una forma más estensa y más descarada; de suerte que Arrio, y tambien Sabelio y Fotino declaran en el diálogo sus errores, Atanasio los destruye, y el juez Probo, nombrado por el Emperador Constancio, falla en favor de la fe católica como causa vencedora.

2.ª *Cinco libros contra Eutiques*, escritos en Constantinopla, cerca del año 520. En los libros I, II y III impugna los errores de Nestorio y Eutiques con variedad de argumentos; en el IV defiende la carta dogmática de San Leon á Flaviano, y en el V el decreto de fe del Concilio de Calcedonia (3).

Las demas obras atribuidas á este Vigilio son de dudosa autoridad (4), á saber:

3.ª *El libro contra el arriano Feliciano, de la unidad de la Trinidad.* Este libro, escrito tambien en forma de diálo-

(1) Véase el P. Chiflet, en el apéndice á las obras de este Padre, pág. 26.
(2) Chiflet, apéndice citado, pág. 73.
(3) Tillemont, art. 51.
(4) Estéban Morcelli: *Africa cristiana*, vol. 3.º al año 501, pág. 234.

go, y atribuido á San Agustin, destruye los errores de la herejía arriana (1).

4.ª *Conferencia, ó altercado con el arriano Pascencio.* Esta obra, atribuida tambien á San Agustin, trata el argumento contra los arrianos en la forma que es propia de Vigilio (2). Esta obra y la anterior, atribuidas con alguna probabilidad á Vigilio, apenas se encuentra ya quien hoy se las adjudique.

5.ª *Tres libros contra Mavirado ó Varimado*, diácono arriano, publicados bajo el nombre de *Idacio Claro*. Escritos en forma de objeciones y respuestas, en que se proponen casi todos los argumentos de los arrianos, se demuestra en los libros I y II, principalmente con testimonios de la Escritura, que el Hijo y el Espíritu Santo son Dios con el Padre, y por consiguiente se hace ver en el lib. III que se debe reconocer la unidad de la Trinidad (3).

6.ª *Doce libros de la Trinidad.* En estos libros, dados á luz bajo el nombre de San Atanasio, Obispo de Alejandría (4), se impugnan con energía los errores de Arrio, de manera que en los siete primeros se presentan hablando un hereje y un ortodoxo: en el lib. VIII se recomienda la fe en el verdadero Hijo de Dios; en el lib. IX se contiene la profesion de fe; en el X su esposicion en forma de diálogo; en el XI se opone la confesion de la fe católica á la doctrina de Arrio; y en el XII se establece la divinidad del Espíritu Santo (5).

El libro contra Palladio, arriano, que consta de dos partes ó libros, se ha atribuido por el P. Chiflet á Vigilio; pero parece que solo la primera parte es genuina, y la segunda es producto de Febadio, si bien algunos lo atribuyen todo, bajo este título, á San Gregorio Nacianceno (6).

El símbolo atanasiano que principia: Qui umque, tiene por autor, segun algunos, á Vigilio Tapsense (7).

El conflicto ó altercado entre el católico Arnobio y Serapion, egipcio, se atribuye á Vigilio por Cas. Oudin (8).

Su composicion *Vigilio, Obispo africano, sobre la inteligencia de los mil años del Apocalipsis*, etc. Todavía se ignora si pertenece á Vigilio Tapsense, ó á otro del mismo nombre (9).

(1) Cas. Oudin, lugar citado, col. 1,327.
(2) Tillemont, lugar citado, art. 53.
(3) P. Chiflet, apéndice citado, pág. 64.
(4) Ceillier, lugar citado, núm. 8.
(5) La mejor edicion de las obras de Vigilio Tapsense es la que hizo en Dijon el P. Fr. Chiflet, 1664, bajo el título de *Obras de Victor Vitense y Vigilio Tapsense.*
(6) Tillemont, lugar citado, art. 52.
(7) Cas. Oudin, lugar citado, col. 1,322.
(8) Col. 1,328.
(9) Casiodoro: *Institucion de las divinas letras*, cap. IX.

CAPÍTULO VIII.

SAN ENNODIO, OBISPO DE PAVÍA.

ARTICULO ÚNICO.

Vida y escritos.

San Magno Félix Ennodio (1), nacido de una ilustre familia de las Galias, por el año 473, é instruido desde su niñez en las humanidades, especialmente en la retórica, en Milan, se casó á los dieciseis años de edad con una tia suya muy rica y noble, que lo habia criado (2). Pero á los pocos años, á imitacion de los antiguos Santos, se retiró del mundo con su mujer, compañera tambien en su religioso propósito; adscrito él á la familia clerical, é instruido en las sagradas letras, fue ordenado diácono de Pavía por el año 493, y en calidad de tal prestó por muchos años un gran servicio á la Iglesia, y se hizo al mismo tiempo tan célebre por su ingenio y su doctrina, que, no solo se estimaban muchísimo sus escritos, sino que ademas, á ruegos de sus amigos, dictaba en nombre de otros oraciones, cartas, epitafios y varios epígramas. San Epifanio, Obispo de Pavía, habiendo de hacer un viaje á las Galias, llevó consigo al diácono Ennodio, como compañero en el camino y en los negocios, haciendo lo mismo Máximo, sucesor de Epifanio, cuando fue á Roma al sínodo celebrado en 503, por defender al Papa Simaco contra los cismáticos calumniadores. Este sínodo romano mandó á Ennodio que escribiese la causa del Papa Simaco, y esta defensa fue tan completamente aprobada por más de doscientos Obispos congregados en Roma, que dispusieron se insertase entre las actas de los sínodos tenidos por aquel tiempo en Roma (3). Finalmente, elevado á la Silla episcopal de Pavía en 511, puso gran cuidado en ordenar las cosas de su Iglesia é instruir al pueblo, hasta que el Romano Pontífice le llamó para una legacion sumamente difícil, esto es, para que con su celebrada santidad y doctrina redujese á la verdadera fe al díscolo y terco Emperador Anastasio, adicto á la herejía de los monofisitas. Concluida su mision, bajo el imperio de Justino, despues de haber

(1) Véase el P. J. Sirmondi, en la vida de este Santo.
(2) San Ennodio, lib. I, epist. 2.ª
(3) Véase Solerio: *Coment. hist. de San Ennodio*, núm. 7 al 14.

restituido la paz á la Iglesia, murió en el Señor el año 521 (1).

Las obras de San Ennodio son de cuatro clases, á saber: cartas, opúsculos, discursos improvisados y versos.

1.° *Nueve libros de cartas familiares* (2). Estas cartas contienen, con amena y esquisita variedad, muchos rasgos de amistad, de caridad y de observancia; con menos frecuencia tratan las cosas de la fe, de la moral ó de la Iglesia, como lo hizo en aquella tan celebrada é insigne carta del libre albedrío contra la herejía de los predestinados; en otras invoca á los Santos, consuela á los Obispos desterrados por defender la fe, anima á un padre que llora la muerte de su hijo, y trata en la epístola 24 del parentesco, que es impedimento al matrimonio.

2.° *Diez opúsculos.* Trata en ellos generalmente las cosas sagradas, siendo el principal el *Apologético* en defensa del sínodo de las Palmas, que compuso á ruegos del Concilio Romano, el año 503, y fue colocado entre los monumentos públicos de la Iglesia. Los cismáticos, adversarios de Simaco, Pontífice legítimo, unidos al antipapa Lorenzo, llevaban á mal que en el Concilio IV Romano, llamado de las Palmas, se reconociese por inocente al Papa Simaco, á quien ellos acusaban, sin haber precedido un juicio verdaderamente tal, y solamente por la declaracion de los Obispos congregados en Roma, y ademas se quejaban de que por la dignidad de la Silla Apostólica se encomendase toda la causa al juicio de Dios. San Ennodio refutó las calumnias y quejas de los cismáticos contra el Papa Simaco y el Concilio Romano, haciendo ver principalmente que fue legítimo el Concilio, y justa su declaracion; que no tienen las potestades seculares el derecho de reunir sínodos, sino solamente el Pontífice, y que este no está sujeto al juicio de los demas Obispos, como que son inferiores. A este libro casi puede compararse en mérito la *Vida de San Epifanio, Obispo de Pavía*, llena de todo género de virtudes, y escrita por él, testigo ocular, y la vida de San Antonio, monge de Lerins, compuesta y oida de una fiel relacion. A estos puede añadirse el *Eucarístico de su vida*, en el cual, por haberse librado de una grave enfermedad, da gracias á Dios, ya por haberle devuelto la salud, ya por los grandes beneficios que habia recibido en toda su vida. *La Parenesis didascálica* es una instruccion á los jóvenes Ambrosio y Beato, para que aprovechen en la virtud y en el estudio. *En el proyecto de los Obispos sobre los que viven con los sacerdotes*, dispone todo

(1) Véase el *Conmonitorio de San Hormisdas*, en Mansi, tomo VIII, col. 389.

(2) Era frecuente costumbre, desde Plinio segundo introducida, el dividir las cartas familiares en nueve libros. Así lo hicieron, ademas de Simaco, San Apolinar Sidonio, San Avito y San Gregorio Turonense.

aquello que le pareció necesario para evitar sospechas sobre los clérigos por el roce que tenian con las mujeres. *Las dos bendiciones del Cirio pascual* presentan diversas oraciones que se suelen cantar en esa ceremonia. Por su elocuencia fue muy célebre en otro tiempo el *Panegírico á Teodorico*, Rey de los ostrogodos de Italia, pronunciado públicamente en una solemne ocasion, despues del año 504, ó en Rávena, ó en Milan. *El Petitorio*, finalmente, escrito en nombre de Agapito, que habia dado libertad á su siervo Geroncio, atestigua la antigua costumbre de manumitir los esclavos en la Iglesia.

3.° *Veintinueve dicciones ó discursos.* Estas son *sagradas, escolásticas, de controversia y de ética* (1). Las dicciones sagradas se pronunciaron en el dia ó consagracion de Lorenzo, Obispo de Milan; acerca de Máximo, Obispo de Pavía, cuando se verificó la ordenacion de un nuevo Obispo; en la dedicacion de algunas iglesias, y otra cuando la herejía de los monofisitas amenazaba perder á los fieles.

4.° *Dos libros de versos ó poemas.* El libro I contiene himnos sagrados sobre el dia de Pentecostés y de la Ascension del Señor, de Santa María, de San Estéban, de San Cipriano, de San Ambrosio, de San Dionisio, Obispo de Milan, de San Nazario, mártir de Milan, de San Martin y de Santa Eufemia; tiene ademas un himno de la tarde y otro para el tiempo de tristeza; celebra tambien la consagracion de San Epifanio, Obispo de Pavía, por haber llegado á treinta años de episcopado; canta su epitalamio, y describe varios viajes, como cuando marchó de Milan á Briancan, en las Galias, y cuando desde Roma, despues del Concilio de las Palmas, volvió á su patria; y por último, cuando por visitar á su mujer sufrió los ímpetus de las olas del Pó. El libro II contiene varios epígramas, como inscripciones de las Basílicas, epitafios, las alabanzas á todos los Obispos de Milan, desde San Ambrosio hasta su tiempo, y otros muchos profanos.

El estilo de Ennodio, que afecta una diccion breve y concisa, muestra en sí la elegancia antigua, pero á la vez adolece de alguna oscuridad, por lo que, especialmente en sus composiciones poéticas, el lector encuentra gran dificultad en entenderlas (2).

---

(1) Antiguamente se llamaba *diccion* cualquier discurso verdadero ó ficticio. Las de Ennodio generalmente son en alabanza ó comemoracion de otros. De los cuatro géneros á que pertenecen, solo las sagradas hacen á nuestro propósito; las demas, como profanas, á las que tambien pertenecen las éticas, no hemos creido oportuno darlas á conocer separadamente.—Vease á Sirmondi, nota á la primera diccion de Ennodio.

(2) Véase á Sirmondi, en la carta que precede á las obras de Ennodio. La mejor edicion de las obras de Ennodio es la que publicó aquel en Paris en 1611.

CAPÍTULO IX.

BOECIO (1).

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de Boecio.

Anicio Manlio Severino Boecio nació de 470 á 475, en Roma, de una noble y distinguida familia. Siendo jóven, fue enviado á hacer sus estudios á Atenas, donde adquirió una perfecta noticia de la lengua griega, y se instruyó en la filosofía y todo género de ciencias. Vuelto á su patria, recibió la dignidad de Patricio, y Teodorico, Rey de los ostrogodos, que imperaba en Italia, prendado de su elocuencia, integridad y de sus relevantes dotes para todos los negocios, le llamó como íntimo secretario, y le confirió las dignidades más elevadas y hasta el consulado, y lo hizo maestro de palacio y de oficios, confiándole la direccion de los negocios más arduos (2). A pesar de todo esto, tenia tanto en su corazon las cosas de la Iglesia y de la fe, que tuvo unas conferencias en Roma para abolir el cisma de Oriente, y escribió libros en defensa de la verdad (3). Casado dos veces, tuvo por suegro al celebérrimo cónsul Simaco; y de los muchos hijos que tuvo con su segunda mujer, aun llegó á ver á dos honrados con el consulado. Pocos años despues, Teodorico, más inclinado á las sospechas conforme crecia en años, dando oidos á las acusaciones de envidiosos palaciegos, á cuya avaricia é injusticia se habia opuesto Boecio, mandó aprisionar á este, y por fin matarle en 524, como reo de traicion.

ARTÍCULO II.

Obras de Boecio.

Estas se dividen en sagradas y profanas. Las sagradas son las siguientes:

(1) De Boecio, véase Gervasio, *Historia de Boecio*, Sen. Rom. Paris, 1715.
(2) Véase á Ennodio, opúsculo 6.°
(3) Véase á Boecio, en su libro á Juan, diácono de la Iglesia romana.

1.ª *Breve confesion de la fe cristiana*. En ella espone la doctrina católica sobre la Santísima Trinidad, de la creacion del mundo visible é invisible, de la caida de los ángeles y de los hombres, de la propagacion del pecado original, y de la redencion del hombre por el Hijo de Dios, añadiendo que la doctrina de la Iglesia católica se comprueba con la Sagrada Escritura y la tradicion universal.

2.ª El libro titulado: *Como la Trinidad es un Dios y no tres*, ó sea *Libro de la Trinidad*. Es un tratado en el que presenta la difícil cuestion por qué razon se puede pensar que hay un solo Dios y no tres, á pesar de ser el Padre Dios, el Hijo Dios y el Espíritu Santo Dios. Boecio se propuso resolver esta cuestion segun la mente de San Agustin, con la ayuda de la filosofía, y sometió su libro al juicio privado de su suegro Simaco.

3.ª Al anterior es semejante el breve tratado titulado: *Si el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se predican substancialmente de la Divinidad*, dirigido á Juan, diácono, despues Papa, al que ruega encarecidamente le instruya si esta esposicion es conforme á la fe. Boecio espone su doctrina de una manera que ni el Padre, ni el Hijo, ni el Espíritu Santo, ni la misma Trinidad, espresan la sustancia de Dios, sino que solamente designan las relaciones en una sustancia divina.

4.ª *El libro de la Persona y la naturaleza, contra Eutiques y Nestorio*, dirigido igualmente y sujeto al juicio de Juan, diácono. Define en el primero qué es la naturaleza, qué es la Persona, y en qué se diferencian la naturaleza y la Persona. Hecho esto, prueba con muchas razones contra Nestorio que en Cristo solamente hay una persona; despues, volviéndose á Eutiques, manifiesta que su error tiene el mismo orígen que el de Nestorio, y lo refuta del mismo modo, afirmando que el cuerpo de Cristo, tomado verdaderamente de María, no se mudó despues de manera que no quedasen las dos naturalezas. Finalmente, segun la doctrina católica de este misterio, espone que Cristo consiste en dos naturalezas, y consta de dos naturalezas, y que no por haber tomado el cuerpo del hombre está Cristo sujeto al pecado.

5.ª Un tratado muy breve, en que inquiere *Si todo lo que es, es bueno*. Boecio compuso este opúsculo á instancias del mismo Juan, y en él discute con razones útiles y puramente filosóficas la difícil cuestion propuesta. En todos estos opúsculos confirma Boecio la fe católica, pero no aplica argumentos de la Sagrada Escritura, sino solamente pruebas de su razon, cultivada é ilustrada de lo alto: así es que en cierto modo se adelantó á los escolásticos, y siempre se le entendia fácilmente.

De sus obras profanas son muy célebres los *Cinco libros*

del consuelo de la filosofía, escritos con mucha elegancia, parte en prosa, parte en verso (1), cuando estaba en la cárcel, para que, trayendo á la memoria el recuerdo de sus grandes honores y la prision, el peligro de su vida y todas las vicisitudes de su fortuna, la filosofía le consolase, le devolviera la tranquilidad á su perturbado ánimo y pudiese romper los lazos de todas las desgracias. En estos libros, que tienen la forma de coloquio entre él y la sabiduría, describe primero y lamenta las adversidades que le sobrevienen; en el libro II presenta algunos momentos de consuelo; en el III diserta sobre el único sumo y verdadero bien; en el IV, despreciando eso que llaman casualidad, defiende el órden de la Providencia divina, si bien algunas veces, por su infinita sabiduría, permite que prosperen los malos; en el V, finalmente, diserta sabiamente de un caso imprevisto acerca de la libertad del hombre y de la armonía del libre albedrío con la presciencia divina (2). Es ajeno á nuestro propósito el citar aquí las demas obras filosóficas de Boecio; solo advertiremos que tambien vertió Boecio del griego al latin muchas obras de este género (3), y quiso ademas verter y comentar todos los escritos y diálogos de Aristóteles y Platon, y hacer ver la concordancia entre estos dos filósofos (4). Boecio merece por muchos títulos ser colocado entre los escritores de su siglo; pues ademas del celo que siempre mostró por la fe católica, nos ha dejado obras teológicas y filosóficas muy sabias y de mucho raciocinio. Su prosa, comunmente flúida, aunque á veces áspera y bárbara, cede la superioridad á su poesía, fácil, rica en nobles imágenes, impregnada en una triste armonía, y en la cual ensayó algunos metros y combinaciones de que los latinos no habian hecho uso.

Todos sus escritos son de lo más recomendable por la pureza de estilo, la elevacion de las ideas y la dulzura de las espresiones, y en todos se acredita de buen orador, escelente poeta y profundo teólogo.

(1) De estos versos, véase el opúsculo de *Teodoro Pulmano, sobre los metros de Boecio*, unido á estos cinco libros en la edicion Sitzman.

(2) Sobre esta obra, véase á J. A. Fabricio, *Biblioteca latina*, tomo II, pág. 148. (Las obras de Boecio se hallan todas juntas en la edicion de Venecia, 1491.)

(3) Casiodoro, lib. I, epístola 45.

(4) Boecio, libro II *de interpretaciones*.

CAPÍTULO X.

CASIODORO.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de Casiodoro.

Magno Aurelio Casiodoro, llamado comunmente el senador (1), nació de una noble familia de Italia en 470. Instruido en las letras y en las artes, dió grandes pruebas de su ingenio y erudicion; virtudes por las que Odoacer, Rey de los hérulos en Italia, le colmó públicamente de honores y dignidades. Teodorico, Rey de los godos, habiendo vencido á Odoacer, ocupó la Italia; pero reconociendo el mérito de Casiodoro, lo asoció á su comitiva, le comisionó el gobierno de la Calabria y Lucania, pero luego le llamó á su lado para que, no estando ocupado por los negocios del reino, pudiese instruirle en las ciencias. Por eso el Rey siempre le tuvo consigo, y le promovió á las dignidades de cuestor, senador, maestro de palacio, prefecto del pretorio, patricio y cónsul, el año 514 (2), en cuya dignidad restituyó la paz deseada á la Iglesia, desgarrada entonces por un cisma (3). Muerto Teodorico, Casiodoro, firme columna y primer administrador del reino de los godos, siguió ejerciendo los mismos cargos durante los reinados de la viuda Amalasuntha, de su nieto Atalarico, Theodatho, y Vitiges; y habiendo tomado posesion de la prefectura, escribió humildemente al Pontífice Juan II, donde, profesando ser hijo y fiel discípulo, le pedia sus oraciones para desempeñar debidamente sus obligaciones; lo mismo hizo en otra carta encíclica que mandó á otros Obispos. Intentó tambien, á una con el Papa Agapito, instituir escuelas en Roma para el estudio y esposicion de la Escritura; pero la guerra impidió la realizacion de estos proyectos.

---

(1) Para Casiodoro, véase á Garet, en la vida de este escritor, en la edicion que hizo de sus obras.

(2) Cas., libro XII, cap. XV.

3 Garet lugar citado, parte 1.ª, núm. 22.

Despues que Casiodoro, insigne por su justicia, benignidad y piedad, hubo tenido por tanto tiempo las primeras dignidades del reino de los godos, y habia hecho tanto por el bien de la Italia, abdicó todos sus cargos públicos cerca de los setenta años de edad, se retiró del mundo, y buscó la quietud y santidad en el monasterio Vivariense, mandado construir por él junto á su ciudad natal. Allí se cuidaba mucho de rezar los divinos oficios, y para sacar más fruto de esto, espuso los salmos, no menos piadosa que eruditamente. Teniendo ademas presente que el ocio da lugar al pecado, prescribió á sus monges, ademas de las oraciones, otros trabajos, especialmente el estudio. Este venerable anciano, ayudado de su amigo Dionisio, abad de Roma (1), enseñaba las ciencias humanas, para que pudiesen llegar, como por grados, á ver los profundos arcanos de la Teología, á cuya ciencia, especialmente á la Sagrada Escritura, quiso referir todas las demas; decia que para la inteligencia de esta era necesario principiar por las opiniones probables de los Padres y frecuentes oraciones (2), escribiendo él ademas algunos libros de las letras divinas y humanas, para informar á sus monges en el estudio de la Sagrada Escritura. Formó en su monasterio una magnífica biblioteca de los mejores libros que encontró. Purgó algunos libros útiles de ciertos errores que contenian, anotando algunos lugares peligrosos (3); procuró la version de las principales obras griegas; enseñó el arte de escribir á los monges que lo ignoraban, para que trascribiesen la Sagrada Escritura y los escritos de los Santos Padres, y hacia examinar severamente por sus mismos autores las obras que escribian, tanto sagradas como profanas (4). Finalmente, despues de haber sido utilísimo en el siglo por su justa y prudente administracion de las cosas públicas, por la conservacion de las letras y por sus esclarecidas virtudes, murió de una edad avanzada en 562, ó poco despues (5).

ARTÍCULO II.

Obras de Casiodoro.

Las obras de Casiodoro se dividen en dos clases: en sagradas y profanas. A las primeras pertenecen las siguientes:

(1) De este Dionisio, llamado el Exiguo, véase á Cas., *Inst. de las divinas letras*, cap. XXIII.
(2) Cas., lugar citado, cap. XVI.
(3) Cas., lugar citado, cap. VIII.
(4) Ricardo Simon: *Hist. crit. de las vers. del N. T.*, cap. VIII.
(5) Garet, lugar citado.

1.ª *El libro de la institucion de las divinas letras.* Este insigne libro es muy útil, no solo á los monges, para quienes fue escrito, sino á todos los que son aficionados al estudio de la Sagrada Escritura y letras eclesiásticas. En él instruye á sus monges que pueden y deben dedicarse á la inteligencia de la Escritura, que deben cultivar su inteligencia y ocupar su vida en útiles trabajos. Dice, cuando estimula al estudio de la Escritura, que el verdadero sentido de esta no se encuentra con la presuncion de ingenio y propio parecer, sino siguiendo las esposiciones de los Santos Padres, y á este propósito habla de estos y los antiguos escritores eclesiásticos que espusieron íntegra la Sagrada Escritura, ó cada una de sus partes, ó escribieron introducciones para leerla con aprovechamiento. Presenta otros varios medios para la inteligencia de la Sagrada Escritura; indica sus divisiones, y señala algunas otras reglas para su estudio (1). Ademas de esto recomienda la lectura de los Santos Padres, alaba sus obras, y aconseja que se estudien los historiadores cristianos. Manda á los monges que hagan trabajos, tanto corporales como intelectuales; pero advierte que estos son preferibles á aquellos, y sobre todo les recomienda que escriban correctamente la Sagrada Escritura, dando para esto algunas saludables amonestaciones (2), y concluye su obra con una escelente oracion.

2.ª *Esposicion del Psalterio.* Precede á la esposicion un magnífico prólogo, en donde diserta admirablemente de la profecía en general, de los salmos, sus títulos y division; de Cristo y su Iglesia, prefigurados en los salmos, y, finalmente, de la elocuencia de la Sagrada Escritura. En la esposicion, siguiendo generalmente á San Agustin y otros Padres, y añadiendo alguna cosa suya, considera el uso del oficio divino, y procura fomentar la piedad; todo esto con mucha erudicion. Antecede á cada uno de los salmos la division ó disposicion de la materia, y añade una conclusion en la que contiene alguna amonestacion dogmática ó moral.

3.ª *Conclusiones sobre las cartas de San Pablo, las actas de los Apóstoles y el Apocalipsis.* Aquí esplana todas las cartas de San Pablo y las cartas católicas, las Actas de los Apóstoles y el *Apocalipsis* de San Juan; pero no elucida cada una de las palabras ó sentencias, sino que abraza á la vez muchos versículos, y enuncia su sentido en un período breve y claro.

4.ª *La Historia tripartita*, llamada así porque compren-

(1) A estas reglas puede añadirse el opúsculo: *De los tropos y de algunos lugares retóricos de la Escritura*

(2) A esta propósito escribió un libro de ortografía.

de en un solo cuerpo las historias de Sócrates, Sozomeno y Teodoreto. Dispuso Casiodoro estas historias, que mandó traducir al latin á su amigo Epifanio, de tal manera, que sin mudar nada se desprendiese una continua narracion con los mismos nombres de sus autores, dando de esta manera noticia á sus monges, que ignoraban la lengua griega, de los hechos eclesiásticos, tomados de las mismas fuentes.

5.ª *El libro del alma, ó de la razon del alma.* En él trata de la naturaleza de nuestro espíritu, de sus cualidades y virtudes, de su relacion con el cuerpo, de las señales del ánimo bueno ó malo, y, finalmente, del estado futuro de nuestra alma, concluyendo su tratado con una hermosa oracion.

6.ª *Tratado del cómputo pascual.* Es una breve instruccion cronológica para poder conocer con un método fácil en qué año estamos del nacimiento de Cristo, de la indiccion, cuándo es el Domingo de Pascua, y otras cosas pertenecientes para saber el dia de la Pascua (1).

Las obras profanas, como que no pertenecen al objeto de la obra, será suficiente indicarlas tan solamente. Estas son:

1.ª *Doce libros de variedades*, llamados así por la diversidad de cosas que contienen. Son estos libros una recopilacion de diversas cartas que escribió, bajo el reinado de los Reyes Atalarico, Theodatho y Vitiges, y muchas veces bajo el nombre de estos; y de las que, siendo prefecto del pretorio, escribió en su nombre. Tambien se encuentran algunas fórmulas de las dignidades que solian concederse en el imperio de los godos. Estas cartas pertenecen á los negocios públicos del reino, y son muy estimadas por lo útiles para la historia de aquel tiempo y del imperio de los godos en Italia.

2.ª *Historia de los godos*, distribuida en doce libros, en los cuales presenta los principios de estas gentes, su incremento y su fortuna, casi hasta su muerte. De esta historia solo existe un compendio: *Del orígen de los getas, ó godos, y de sus hechos*, que Jornandes, ó Jordano, Obispo de Rávena, estractó de aquella vastísima obra (2).

3.ª *El Cronicon llamado vulgarmente Consular.* Casiodoro lo escribió á instancias del Rey Teodorico, á quien tambien lo dedicó, y solamente es una breve recoleccion de los hechos sucedidos desde el principio del mundo hasta el año 519 de Cristo, sacada de Eusebio, San Gerónimo y San Próspero.

(1) Baronio: *Anales*, al año 562.

(2) Este epítome se encuentra en las obras de Casiodoro, edicion de Garet.

4.ª *El libro del arte y disciplina de las bellas letras* (1). Está escrito para instruccion de sus monges, y trata de gramática, de retórica, dialéctica, aritmética, música, geometría y astronomía (2).

Entre las obras espurias de Casiodoro, las principales son: *La esposicion al Cantar de los Cantares*, y el *Libro de la amistad cristiana* (3). Aunque en los escritos de Casiodoro se hallan bastantes voces y espresiones que degeneran de la pura latinidad, alguna afectada decadencia y otros defectos de estilo que parecian adornos en su tiempo, sin embargo, todos son apreciables por la maravillosa fecundidad, nobleza y elevacion de pensamientos, y por la multitud de máximas de sana política y moral pura que contienen, y tambien por las lecciones y reglas que da para hacer con fruto el estudio de las sagradas letras y de las artes liberales, y por la fidelidad con que refiere los importantes sucesos de su tiempo (4).

La edicion más completa es la de J. Garet, de la congregacion de San Mauro, en Rouen, 1679, dos tomos en folio.

---

(1) A este puede añadirse el *Comentario de la oracion y de sus ocho partes*, atribuido verosímilmente á Casiodoro.

(2) Este libro puede considerarse como una parte del titulado *Institucion de las divinas letras*, y ha sido publicado por A. Mayo, en el *Cod. de los autores clásicos*.

(3) Véase Garet, prefacio á las obras de Casiodoro, pág. 9.

(4) Ceillier, tomo XVI, cap. XIX.

CAPÍTULO XI.

SAN MARTIN DUMIENSE.

FUENTES. San Gregorio de Tours: *Historia de los francos*, libro V, cap. XXXVIII.—San Isidoro de Sevilla: *Historia de los suevos*, y en los *Escritores eclesiásticos*, cap. XXXV.—Venancio Fortunato, en su carta á San Martin.

AUXILIARES. Mabillon, tomo I de los Padres benedictinos.—Pagi, crítica al año 560.—Ceillier, tomo XIV, pág. 628.—Loaisa, *Sobre los Concilios*, pág. 173.

EDICIONES. El *Tratado de las diferencias de las cuatro virtudes* y el de las *costumbres*, se hallan en la *Biblioteca de los Padres*, tomo II; y estos y las demas obras están en Florez, *España sagrada*, tomo XV, apéndice 3.°

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Martin Dumiense.

San Martin Dumiense, conocido con este nombre por el monasterio que gobernó como abad y como Obispo, y llamado tambien Bracarense, por la iglesia de Braga de que fue despues Prelado, es uno de aquellos Santos estranjeros que más han trabajado por el bien y la gloria de la Iglesia española. Fue natural de Panonia, que hoy llamamos Hungría, de donde Dios le sacó para que alumbrara otras gentes con la luz de la fe y de la buena doctrina. Hizo un largo viaje por la Palestina, visitando con gran devocion los Santos Lugares. Durante su peregrinacion aprendió la lengua griega, y quedó tan instruido en las ciencias, que, segun San Gregorio de Tours, llegó á ser el hombre más docto de su siglo. Desde aquellos paises vino por inspiracion divina á nuestra patria, y estableciéndose en Galicia, trabajó en la conversion de los suevos, que estaban imbuidos en el arrianismo. Un milagro de San Martin de Tours habia convertido al Rey Teodomiro á la fe católica, y nuestro Santo completó la instruccion religiosa de toda la familia real en el año 550. Junto á Braga edificó San Martin un monasterio en el campo Dumiense, proponiéndose imitar la vida de los solitarios que habia visto en Oriente. Tanto el Rey como los Prelados, atendiendo al celo de este santo varon, erigieron

la abadía de Dumié en cátedra episcopal, hácia los años 555. Siendo Obispo de esta Iglesia asistió al primer Concilio de Braga, celebrado contra los priscilianistas en el año 561, y ocupando esta Silla Lucrecio. A la muerte de este metropolitano, San Martin fue promovido á la cátedra de Braga, sin dejar por eso el cuidado del monasterio Dumiense. A instancias suyas se elevó la Iglesia de Lugo á Metrópoli, y de acuerdo con Miron, hijo de Teodomiro, reunió un segundo Concilio en Braga, por los años 572. A estos trabajos, propios del oficio pastoral, añadió otros San Martin, de los que se ha seguido un gran bien á toda la Iglesia. Murió el año 580.

ARTÍCULO II.

Escritos de San Martin Dumiense.

1.° *Las diferencias de las cuatro virtudes* (1). San Martin manifiesta en un breve prólogo que escribia á instancias del Rey Miron, que frecuentemente le pedia instrucciones morales, y que él al cabo habia accedido, escogiendo el asunto trascendental de las virtudes cardinales, donde descansa todo el edificio de la moralidad, advirtiendo ademas que no escribe tanto para el Rey como para los que le sirven, y que aun sin los auxilios de la Sagrada Escritura, y solo por los preceptos de la ley natural, se pueden comprender y cumplir.

Este tratado está dividido en ocho capítulos, y despues de indicar que las cuatro virtudes cardinales son, á juicio de muchos sabios, suficientes para que el hombre viva honestamente, en el cap. I se ocupa de la Prudencia, cuyos oficios describe, recomendando que se mire siempre el porvenir, para que no sorprendan los acontecimientos; que se cumplan las promesas; que se dé descanso al espíritu para madurar en este tiempo el juicio, y que no se obre inconsideradamente. En el cap. II se ocupa de la Fortaleza, y hace ver cuán buena es esa cualidad, pues con ella se sufren las ofensas sin quejarse del ofensor, y añade que la medida de la Fortaleza consiste en no ser ni tímido, ni audaz. En el capítulo III enseña á conservar la Templanza, á cuyo fin dice que se debe prescindir de lo superfluo, que no se atienda á lo que se desea, sino á lo que es racional, que se use bien de la comida y bebida, y se huya de las cosas torpes; que se deseen más las palabras duras de la correccion, que las sua-

(1) San Martin da en el prólogo á esta obra el título de *Fórmula de la vida honesta*.

ves de la adulacion; que se debe ser benigno, pero no blando, y, por último, que se enseñe á otros sin arrogancia lo que no saben. En el cap. IV manifiesta que la Justicia no es una cosa humana, sino una ley divina, y el vínculo de la sociedad, y recomienda muy particularmente la beneficencia, de la cual dependen muchos bienes. En los cuatro capítulos siguientes trata de los modos que se puede faltar á esas virtudes, ya por esceso, ya por defecto, y establece la verdadera medida que se ha de guardar en ellas, y concluye diciendo que el que desee arreglar su vida, no ha de mirar á su utilidad propia, sino á la de los demas, y ha de practicar esas virtudes.

2.° *El Tratado de las costumbres.* En este libro San Martin principia definiendo el pecado, y añade que, siendo la educacion la que forma las costumbres, debe procurarse que sea buena, y que se piense frecuentemente en la muerte. Recomienda ademas que se deseche la tristeza, que se reprenda al amigo en secreto, aunque se le alabe en público, y tiene por cosa necia temer lo que no puede evitarse. Luego espone en qué consiste la verdadera riqueza, y tratando de la amistad dice que si la separacion la principia uno, el otro debe buscar la reconciliacion. Por último, recomienda la verdadera felicidad, que consiste en la inocencia; que se evite la demasiada credulidad, la avaricia, la lascivia, el disimulo, la ira, y concluye diciendo que debemos tener presentes dos cosas, á saber: lo que hemos hecho y lo que hemos de hacer; y que despues de Dios lo que más debemos amar es la verdad, porque es la que más nos aproxima á El.

Todo este tratado es una continuacion de sentencias morales, las más á propósito para escitar á la virtud.

3.° *El tratado de la ira.* San Martin lo escribió para Witimiro, Obispo de Orense. Despues de un breve prólogo, en que dice que todos los filósofos consideran á la ira como una *breve locura*, pinta con vivos colores al hombre airado; despues presenta los horribles efectos de ese vicio, y concluye señalando los remedios que deben aplicarse para combatirlo.

4.° *Un tratado para repeler la vanagloria.* Despues de manifestar los vicios que afligen á la pobre humanidad, de los cuales pocos están libres, pues unos se dejan llevar de la gula, otros de la impureza, estos de la avaricia y aquellos de la envidia, hace ver que todavía son muchos más los que caen en el vicio de la vanagloria. Luego añade que, ademas de ser tan general que apenas queda libre una clase de la sociedad, es el más difícil de evitar, pues va unido hasta á las acciones buenas, muchas de las cuales no se practicarian sin ese vicio. A fin de corregir este mal, en lo que sea posible, pone á la vista de todos aquellas palabras del Sal-

vador á los judíos: «¿Cómo habeis de creer si recibís mutuamente la gloria que solo pertenece á Dios?» Y ademas, aquel pasaje en que reprende á los que hacian limosna para ser aplaudidos de los hombres; y concluye diciendo con el Apóstol: «No codicieis la gloria estéril y vana.»

5.° *El tratado para rechazar la soberbia.* San Martin principia este libro manifestando que la eleccion de David para Rey de su pueblo, y las muchas misericordias que Dios obró con él, fueron debidas á su humildad. Despues añade que tanto la humildad agrada á Dios, cuanto le desagrada la soberbia, y compara este vicio con la vanagloria; pero dice que es mucho peor aquella, lo que prueba con la caida de los ángeles y algunos testos de la Escritura; y concluye afirmando que todos los vicios se estirparian si se estinguiese la soberbia, que es su semilla.

6.° *La exhortacion á la humildad.* No se sabe á quién está dirigido, pero debe ser á alguna persona constituida en autoridad, y debe ser continuacion de los dos tratados anteriores. En este, San Martin insiste en que se ha de guardar mucho de los aduladores, y que si se tiene algun mérito, que considere que no es suyo, sino de Dios; á cuyo fin le cita aquellas palabras del Apóstol: «¿Qué tienes que no hayas recibido?» Y estas otras: «Todo don viene de Dios.» «Con este recuerdo, añade, se adornará el corazon de una santa humildad.»

7.° *El tratado de la Pascua.* San Martin principia este tratado diciendo que algunos se han ocupado de este misterio para determinar en qué mes y dia ha de celebrarse; pero que, en atencion á la dificultad que esto llevaba, dejaron la cuestion más confusa que antes; y que otros escrupulosos quisieron se celebrase segun la costumbre de los judíos. Despues pone algunas interpretaciones, ya en sentido literal, ya en sentido alegórico, fundadas en el nombre de Pascua y en las ceremonias con que se celebraba en la antigua ley, y dice, por último, que no debe celebrarse ni antes del 22 de Marzo, ni despues del 21 de Abril.

8.° *El tratado de la correccion de los rústicos.* La solicitud de San Martin no tenia límites, y su celo pastoral se estendia á todo su rebaño. En los tratados anteriores se dirige á los sabios y á los grandes; en este habla á aquellos de sus fieles que, habiendo recibido el bautismo, seguian sirviendo á los ídolos. A fin de apartarlos de la idolatría, les presenta un compendio de la Escritura, hasta caer en la redencion del género humano, cuya necesidad describe, para venir luego al bautismo y tener ocasion de recordarles las promesas que hicieron en él, é inculcarles ademas la necesidad que tenian de saber el símbolo de la fe y la oracion dominical,

y de practicar los mandamientos, y de frecuentar la confesion para limpiarse de sus pecados.

9.° *Las cartas.* En otro tiempo parece que existió un libro de cartas, que leyó y cita San Isidoro; pero hoy no le conocemos, teniendo únicamente la carta de *Trina mersione*, y otra elogiada por Fortunato. Las que se conservan escritas al Rey Miron, á Nisigisio, Obispo de Lugo, y á Witimiro, de Orense, no pertenecen al libro de las epístolas, por no ser del argumento propuesto por San Isidoro, sino dedicatorias de los respectivos tratados.

10. *La coleccion de cánones en ochenta y cuatro artículos.* Fue compuesta despues del año 572. Conociendo San Martin la necesidad que habia de una coleccion de cánones, libre de los defectos que tenian las anteriores, se tomó el trabajo de formar una nueva, donde restableció la pureza primitiva, y presentó un método más exacto, por órden de materias, colocando en una clase lo perteneciente á los Obispos y clérigos, y en otra lo que toca á los seglares. Desde entonces nuestra Iglesia tiene la coleccion de cánones más pura y más exacta de cuantas se conocian.

11. *Los poemas.* San Gregorio de Tours le atribuye los versos que habia colocados en la puerta del Mediodía de la iglesia de San Martin de Tours; pero algunos los tienen por dudosos.

12. *Sentencias de los Padres egipcios.* Ademas de los trabajos propios de San Martin, hay otros que consideró ser útiles para instruccion de los fieles, y que hizo suyos por medio de traducciones al latin. Tales son las *Sentencias de los Padres egipcios*, escritas en lengua griega por un anónimo, y traducidas por primera vez por nuestro Santo.

13. *Vidas de los Padres griegos.* San Martin mandó á un diácono, llamado Pascasio, que tradujese del griego al latin esas vidas para que sirviesen sus ejemplos de estímulo á la virtud.

San Martin Dumiense es uno de los hombres más célebres de su tiempo. La fama de su santidad y de su doctrina escedia á todo cuanto puede decirse; así es que San Gregorio de Tours asegura que murió lleno de virtudes. El Concilio décimo de Toledo lo llamó *Santo*; San Isidoro de Sevilla, *santísimo*; Venancio Fortunato, aun cuando San Martin vivia, lo llamaba el *Nuevo San Martin* y el *Apóstol de Galicia*. Dspues de esto causa espanto el ver que Baronio no le haya insertado en el martirologio romano; pero parece quiso reparar este defecto en sus *Anales*, donde dice que el dia 28 de Marzo ha llegado á ser célebre por la festividad anual que se solemniza en honor de San Martin, Obispo de Braga, á quien debe mucha obligacion la España.

CAPÍTULO XII.

VENANCIO FORTUNATO, OBISPO DE POITIERS.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de Venancio Fortunato, Obispo de Poitiers.

Venancio Fortunato (1) nació en el Campo de Trevisio, en la Italia superior, el año 530. Patrocinado por Pablo, Obispo de Aquileya, estudió en Rávena las bellas artes y jurisprudencia. Habiendo perdido casi completamente la vista, imploró el auxilio de San Martin, célebre en todas partes por sus prodigios, y se libró al punto de aquella enfermedad. Llevado de la veneracion á este Santo, emprendió una peregrinacion por el año 565 al sepulcro que tiene en la ciudad de Tours, en cuyo viaje compuso algunos versos con varios motivos, y se relacionó con los más ilustres varones de la Germania y de las Galias, por su ciencia y sus virtudes, principalmente con Sigiberto, Rey de Austrasia (2). Despues de haber cumplido su voto en Tours, marchó á Poitiers, donde, impedido para volver á su patria por el terror de los longobardos, y accediendo á los ruegos de la Reina Santa Radegunda, que hacia allí la vida monástica, fijó su residencia y fue ordenado de presbítero. Administrando los negocios de Santa Radegunda, á la que amó como madre, tuvo que hacer varios viajes, contrayendo por este motivo amistad con los más célebre Obispos de su tiempo, especialmente con San Gregorio Turonense (3). Habiendo renunciado al episcopado el Obispo de Poitiers, Fortunato fue elegido en su lugar, evangelizando á sus fieles con sus virtudes y su doctrina. Poco despues, á principios del siglo VII, murió (4).

---

(1) Para este véase á Luchi, en el prefacio y vida de Venancio Fortunato, en la edicion de sus obras.

(2) Vida de San Martin, por Venancio Fortunato.

(3) Venancio Fortunato, lib. VIII de sus versos, cap. I, vers. 11.

(4) Luchi, lugar citado, núm. 87.

ARTÍCULO II.

Obras de Venancio Fortunato.

Las obras de Venancio Fortunato son las siguientes:

1.ª *Once libros de poesías.* Estos versos, entre los que se hallan algunas prosas, celebran cosas, ya sagradas, ya profanas. Los más de ellos tratan de la cruz del Señor. Santa Radegunda pidió al Emperador Justino que le enviase parte del madero en que murió el Salvador, y Venancio Fortunato compuso con este motivo varios poemas é himnos en honor de la Santa Cruz, entre los que se cuenta el *Vexilla Regis prodeunt* que canta la Iglesia, y el *Pange lingua gloriosi, pralium certaminis*, que algunos atribuyen á Mamerto Claudiano (1), otros del sacramento del Bautismo, del Sagrado Crisma, del Nacimiento del Señor, en alabanza de la Vírgen, y de la santa virginidad. En otros celebra las glorias de algunos Santos, como Dionisio, Saturnino y Marcial, los Santos Mártires de Acamo, San Martin de Tours, San Hilario de Poitiers, y San Medardo. Algunos están compuestos con motivo de la inauguracion de varias iglesias, otros están destinados á algunos Obispos amigos suyos, como San Gregorio de Tours, San Nicecio de Tréveris y otros: tiene algunos para los Reyes y próceres, principalmente para Santa Radegunda; y, finalmente, son otros epitafios. En estos versos se ve la piedad de Venancio, aunque algunos de ellos son muy breves y están aplicados á las cosas más comunes de la vida: son tambien de alguna luz para la historia de su tiempo, para la disciplina eclesiástica, y defienden algunos dogmas, especialmente el culto de los Santos. De estos, no pocos se han adoptado para el uso público de la Iglesia. Con estos vá unida la *Esposicion de la oracion dominical*, que es un insigne tratado en prosa, y la *Esposicion del símbolo*, en la que imita á Rufino: ambas esposiciones son muy útiles para instruccion del pueblo. Con estas tambien se juntan dos cartas en prosa, en las que consuela á un padre ilustre de la muerte de su hija.

2.ª *Cuatro libros de la vida de San Martin*, escritos por mandado de San Gregorio de Tours. En ellos propone en verso heróico el curso de la vida, los grandes hechos y milagros de San Martin, poniendo en forma poética la relacion

(1) Véase J. Sirmondi, nota, pág. 43, en las obras de Sidonio Apolinar Paris, 1652.

de San Severo, y añadiendo algunas cosas, especialmente al principio y al fin.

3.ª *Tres libros singulares*, escritos tambien en forma poética; tienen por objeto la persona de Santa Radegunda. En ellos presenta el dolor de la Reina por la matanza de Turingia, su patria, y el destrozo de sus compatriotas, y declara al Emperador Justino su agradecimiento por haber mandado la cruz del Señor.

4.ª *Las vidas de los Santos*. En ellos describe en prosa las vidas de San Hilario de Poitiers (1), San German de Paris, San Albino de Anjou, San Paterno Abrincense, San Amancio Rutenense, San Remigio de Reims y San Medardo Noviomense, y finalmente Santa Radegunda, que de Reina se hizo monja de Poitiers (2).

La vida de San Marcelo de Paris se atribuye con bastante probabilidad á Fortunato. La pasion de los Santos Mártires Dionisio, Obispo, Rústico y Eleuterio, se debe tener entre las obras dudosas. La vida de San Leobino, Obispo de Chartres, es muy dudosa; y es espuria la vida de San Mauricio de Anjou, como igualmente la esposicion de la fe católica (3).

---

(1) El primer libro de esta vida se atribuye á un tal Fortunato de Verceli.—Véase Luchi, observaciones á esta vida.

(2) Para todas estas vidas, véanse los prefacios que preceden á cada una en la edicion de Luchi.

(3) Consúltese para esto á Luchi, *Observaciones*, part. 2.ª, páginas 129 y 181. La mejor edicion de las obras de Fortunato es la del benedictino Miguel Angel Luchi, de la congregacion Calmense, Roma 1786-87, en dos partes, en 4.º

CAPÍTULO XIII.

LEONCIO BIZANTINO Ó DE JERUSALEN.

ARTÍCULO ÚNICO.

Su vida y escritos.

Leoncio, bizantino de nacion (1), escolástico ó abogado de profesion, siendo todavía jóven, cayó en la herejía de Nestorio. Habiéndose librado de esta herejía por la gracia de Dios, abandonando el foro, se retiró á un monasterio de la Palestina junto á Jerusalen, de donde se llamó tambien el monge hierosolimitano. De un ingenio fecundo, perspicaz y lleno de doctrina, impugnó á fines del siglo VI ó principios del VII las opuestas herejías de Nestorio y Eutiques (2).

Los escritos de Leoncio son los siguientes:

1.° *Escolios, ó sea el libro de las sectas*, distribuido en diez lecciones; refiere en él todo lo que oyó de boca de Teodoro, abad y filósofo muy erudito. Primeramente presenta una profesion de fe y el cánon de la Sagrada Escritura, añadiendo un resúmen de las principales herejías sobre la Trinidad y la Encarnacion, y una esposicion de la doctrina de los judíos y samaritanos. Divide en dos períodos el tiempo del cristianismo, á saber: desde el nacimiento de Cristo hasta el imperio de Constantino, y desde este tiempo hasta sus dias. Refiere los Padres y Doctores de la primera edad, la herejía de los maniqueos, y la de Pablo de Samósata. En la segunda edad tambien enumera los Padres y Doctores, la herejía de Arrio, la de Macedonio, la de Apolinar, Nestorio y Eutiques, y menciona las turbas y facciones de la herejía de los eutiquianos. Volviéndose luego contra estos herejes, destruye las objeciones que solian hacer contra el Concilio de Calcedonia, disuelve sus raciocinios, y esplana las autoridades de los Padres que solian citar en su apoyo. Al fin del libro hace algunas observaciones sobre Orígenes y sus detestables errores.

---

(1) Consúltese para esto á Labbé, *De los escritores eclesiásticos*, pág. 204.

(2) Para la edad de Leoncio, véase á Ceillier, lugar citado, núm. 2.

2.° *Tres libros contra los nestorianos y eutiquianos* (1). Están dispuestos de tal manera, que en el primero, despues de refutar los argumentos de la herejía de Nestorio y Eutiques, espone la razon genuina de la union hipostática. En el libro II presenta un diálogo contra la sentencia de algunos monofisitas, que decian ser incorruptible el cuerpo de Cristo antes de la resurreccion. En el libro III hace ver los lazos de los nestorianos, y pone el orígen de esta herejía en Diodoro de Tarsis, Teodoro de Monsuesta y Pablo de Samósata (2). Leoncio presenta en cada uno de los libros muchos testimonios de los Santos Padres en confirmacion de la doctrina católica (3).

3.° *Siete libros contra los nestorianos, ó sea contra aquellos que afirman dos Personas en Cristo, sin ninguna union* (4). Leoncio trata en esta esclarecida obra, tanto con autoridades como con sutiles razones, sobre la union de la naturaleza divina y humana en Cristo; de la Beatísima Vírgen Madre de Dios; de Cristo Hombre-Dios, diciendo que no lleva en el Dios al hombre, sino que es Dios humano, y afirma, finalmente, que una sola de las tres Personas padeció en la carne.

4.° *El libro contra los monofisitas*, ó sea cuestiones contra aquellos que afirman en Cristo una sola naturaleza compuesta, en donde impugna este error con un método escolástico y filosófico (5). En él presenta y esplica las autoridades de los Santos Padres citadas por los monofisitas en defensa de sus errores, añade algunas otras en confirmacion de la doctrina católica, y refuta los argumentos de los herejes contra el Concilio de Calcedonia.

5.° *Treinta capítulos contra Severo monofisita*, que son otros tantos argumentos de razon contra la falsa doctrina de una sola naturaleza en Cristo (6).

6.° *El libro solucion de los argumentos objetados por Severo* (7), escrito en forma de diálogo entre un ortodoxo y un monofisita: rechaza con útiles razones la herejía de

---

(1) Se encuentran en latin en Galland., *Biblioteca*, tomo XII, pág. 658.

(2) El argumento de este libro lo presenta perfectamente J. Garnerio en las obras de Mario Mercator, part. 2.ª, pág. 319.

(3) Es muy sensible que en la edicion de A. Mayo se omitan muchos testos en honor de la brevedad, pues son tales, que casi no se ven en otra parte.

(4) Ceillier, tomo XVII, cap. XXII, núm. 8.

(5) Este libro se encuentra en griego, en la coleccion citada de A. Mayo, tomo VII; Roma, 1833.

(6) Se encuentra igualmente en griego en la coleccion de A. Mayo, tomo VII Puede verse sobre ella á Ceillier, lugar citado.

(7) Se encuentra este libro en latin, en Galland., *Biblioteca*, tomo XII, pág. 708.

Eutiques, refutando una por una las objeciones de su adversario.

7.° *El libro contra los fraudes de los apolinaristas, ó sea contra aquellos que nos dicen algunas sentencias de Apólinar, inscritas falsamente bajo el nombre de los Santos Padres* (1). En él impugna tambien á los eutiquianos, que, para presentar la tradicion en apoyo suyo, tenian costumbre de proferir los escritos ó sentencias de los Santos Padres, fingidos ya, ó corrompidos por los falsarios apolinaristas. Esta crítica la hace con detenimiento y buen juicio (2). Todas estas obras de Leoncio forman juntas un magnífico cuerpo de Teología, digno de ser colocado en el tesoro de la Iglesia. En todas ellas brilla su gran ingenio, su admirable conocimiento de los Padres, su profundo estudio contra las argucias de los herejes, y su sabio juicio en discernir las genuinas de las espurias, en las obras de los Santos Padres (3).

---

(1) Se encuentra en latin, en la *Biblioteca* de Galland., tomo XII, pág. 701.

(2) A estas obras pueden añadirse algunos fragmentos que se encuentran en A. Mayo, tomo VII, part. 1.ª, pág. 52. Algunas homilías y otros escritos que vienen con el nombre de Leoncio, parece que no son suyos.—Véase á Fabricio, *Biblioteca griega*, vol. 8.°, pág. 320.

(3) A. Mayo: *Spicilegio romano*, tomo X, part. 1.ª, pág. 151.

CAPITULO XIV.

SAN GREGORIO MAGNO.

FUENTES. Las obras del mismo San Gregorio.—San Gregorio de Tours: *Historia eclesiástica de los francos*, lib. x. —San Isidoro de Sevilla, libro *De varones ilustres*, cap. XL. —San Ildefonso de Toledo, libro *De varones ilustres*, cap. I. —Beda: *Historia eclesiástica de los ingleses*, lib. I, cap. XXIII. —La *Vida de San Gregorio Magno*, por el diácono Pablo, monge de Monte Casino.—*Vida de San Gregorio Magno*, por Juan, diácono, en cuatro libros.

AUXILIARES. La *Vida de San Gregorio, Papa*, por los Padres de San Mauro, en cuatro libros.—Mainbourg, *Historia del Pontífice San Gregorio el Grande*, Paris, 1686.—Cas. Oudin: *Disertacion de San Gregorio Magno.*—Ceillier, tomo XVII, cap. IX.—J. A. Fabricio: *Biblioteca de la media é ínfima latinidad*, tomo III, pág. 83.

EDICIONES. La primera de las obras de San Gregorio Magno se publicó en Paris, en 1518, en folio. De estas se han hecho otras en varios puntos, especialmente en Basilea, y despues en Paris. Es muy buena la de Roma, por Pedro, Obispo de Venusio, en 1588.—La mejor es la de los Padres de San Mauro, especialmente de D. Sammarthano, Paris, 1705, cuatro volúmenes en folio, y esta misma en Venecia, 1744.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Gregorio el Grande.

San Gregorio, por sobrenombre el *Grande*, era descendiente de una ilustre y opulenta familia patricia de Roma. Nació entre 530 y 540. Llamado por su nacimiento á los más elevados puestos del Estado, recibió una educacion muy esmerada, y adquirió una vasta instruccion. Por efecto de su direccion religiosa, debida á la influencia de su madre, se dedicó al estudio de los Padres de la Iglesia, y no por eso descuidó el derecho, cual convenia á un patricio romano.

Aparece por primera vez en la historia como pretor de

Roma (1). Gregorio desempeñó su cargo á satisfaccion de los romanos, por difíciles que fuesen las circunstancias.

Muerto ya su padre, empleó en obras de piedad y beneficencia el rico patrimonio de que se veia heredero; erigió á sus espensas seis conventos en Sicilia, y otro sétimo en Roma, dotándolos con esplendidez, y entre 573 y 577 concluyó por ingresar él mismo en el convento que habia fundado en su propia casa. Al cabo de algunos años, el Papa Benedicto le obligó á salir de su celdilla, nombrándole en 577 sétimo diácono ó regionario de Roma. El sucesor de Benedicto, Pelagio II, le confirió las funciones, tan difíciles como honrosas, de apocrisiario ó embajador en la corte de Tiberio Constantino, único jefe entonces del imperio. Gregorio justificó la confianza del Papa, y dió grandes pruebas de prudencia y destreza en Constantinopla.

Llamado probablemente por el Papa en 585, obtuvo Gregorio el permiso de volverse á su convento, de donde fue elegido abad. El Papa le llamaba á cada paso para aconsejarse de él, sobre todo en las negociaciones seguidas para restablecer la union de la Iglesia (2). A este propósito compuso Gregorio, á insinuacion del Papa, tres cartas dirigidas á los Obispos de Istria, en las que por desgracia en vano trató de reconciliarlos con la Santa Sede. En este tiempo fue probablemente cuando, movido por la belleza de unos esclavos anglo-sajones, se propuso convertir á los ingleses, idólatras aun. Salió al efecto de Roma secretamente; pero echándole el pueblo de menos, le obligó á volver.

A la muerte de Pelagio II fue elevado Gregorio, contra su voluntad, al Pontificado. Gregorio escitó al pueblo á hacer penitencia, con motivo de una horrorosa epidemia (3); ordenó que para aplacar la cólera divina se hiciese una solemne procesion, durante la cual, segun una antigua leyenda, en el momento en que pasaba la concurrencia por delante del monumento de Adriano, vió Gregorio sobre la cima del mismo á un ángel que, para probar que la divina venganza estaba satisfecha, envainó su espada; de aquí el nombre del castillo de *Santángelo*, con que es conocido este gigantesco mausoleo. Para mantener Gregorio la unidad de la Iglesia, escribió, segun la antigua costumbre, una epístola sinodal á los Patriarcas de Constantinopla, Antioquía, Alejandría y Jerusalen (4). Se esforzó desde luego en conservar todas las Iglesias particulares en la dependencia legítima de la Santa Sede, reconciliar á los cismáticos, ven-

(1) Pablo: *Vida de San Gregorio*, números 1 y 2.
(2) San Gregorio Magno, libro IV de sus *Diálogos*, cap. LV.
(3) San Gregorio de Tours: *Historia de los francos*, libro X.
(4) Libro I, epístola 25.

cer á los herejes, y difundir la luz entre los gentiles.

Gregorio preparó la conversion de los godos de España por la amistad que contrajo con el insigne San Leandro, Obispo de Sevilla; anudó las relaciones con el reino de los francos, que fueron de la mayor importancia para el porvenir, y puede apreciarse el celo con que vigilaba á los Obispos de este pais leyendo su célebre epístola á Severo, Obispo de Marsella. El pueblo anglo-sajon debió tambien al Papa Gregorio el conocimiento del Evangelio. Envió á este pais como misioneros á Agustin, prior del convento de San Andrés de Roma, juntamente con otros varios monges. La obra de estos misioneros evangélicos prosperó tan rápidamente, que Gregorio juzgó necesario conferir á Agustin el primado de toda la Iglesia de la Gran-Bretaña.

Celoso defensor de los derechos de la Santa Sede, combatió fuertemente al Patriarca de Constantinopla, Juan *el Ayunador*, que en un sínodo en 587 se habia atribuido el título de *Obispo universal*; y viendo en esta denominacion, no solo un orgullo indigno de un sacerdote, sino tambien una intrusion en los derechos de todos los Obispos y en el primado del sucesor de San Pedro, rompió toda comunicacion con él, é igualmente con su sucesor Ciriaco, que mantenia tenaz las mismas pretensiones. Otra cuestion del mismo género, si bien menos importante, tuvo un desenlace más pronto y feliz. Máximo, Arzobispo de Salona, apoyándose en la amistad del Emperador, y con menosprecio de la autoridad de la Santa Sede, se negaba á justificarse ante el Papa de una acusacion dirigida contra él. Gregorio luchó siete años contra el rebelde metropolitano, pero al fin su inquebrantable firmeza venció la obstinacion de Máximo, que reconoció los derechos de supremacía del Papa.

Como consideraba el monacato como uno de los medios más eficaces de restauracion de la vida religiosa, promulgó multitud de prescripciones encaminadas al sostenimiento y progreso de la disciplina y de las costumbres de los monges y religiosas. Gregorio consiguió al fin que los cismáticos entrasen de nuevo en la Iglesia. Supo conducir á los Obispos de Africa á una accion tan enérgica y unánime, que los donatistas perdieron allí su antiguo y deplorable influjo, concluyendo por desaparecer de la escena pública. El ejemplo de estos arrastró á otros muchos, y Gregorio, más dichoso que sus antecesores, vió desvanecerse aquel cisma por sí mismo.

Esta fatigosa vida concluyó por rendirle: suspiraba por morir, y murió el 12 de Marzo de 604 (1).

(1) Los padres maurinienses: *Vida de San Gregorio*, lib. IV, cap. VIII.

ARTÍCULO II.

Obras de San Gregorio Magno.

Las obras de San Gregorio Magno son las únicas para informar las costumbres; ya sean de esposicion de la Sagrada Escritura, ya se dirijan á los Pastores de la Iglesia para el desempeño de sus cargos, ya sean ejemplos de santidad propuestos á los fieles, y todas tienen el nombre de morales. Estas son:

1.ª *Los morales sobre Job*, comprendidos en treinta y cinco libros (1). San Gregorio escribió esta obra por los ruegos de los monges compañeros suyos, y principalmente de San Leandro de Sevilla. Hallándose San Gregorio delegado de la Santa Sede en Constantinopla, pronunció sus morales de viva voz, y despues, por via de descanso, los dió á la estampa. En todo el decurso de la obra de San Gregorio sigue en el sentido histórico de la Vulgata, y á la antigua Itala, deteniéndose principalmente en el sentido moral y alegórico, esponiendo ambos sentidos con mucha ingeniosidad y amplitud, porque este es su objeto y el más á propósito para la edificacion de los oyentes. En la esposicion del sentido alegórico pone á Job como tipo de Cristo y de la Iglesia, haciendo un cuerpo místico. Su mujer que le provoca á maldecir es comparada á los viciosos que con sus desarregladas costumbres mortifican á los fieles; sus tres enemigos son comparados á los herejes, que, so pretesto de ayudarle á consolarle, cumplen su objeto, que es seducirle; y, finalmente, Leviatan significa el diablo. Estos libros son como un completo arsenal donde se encuentran armas para defender todos los dogmas, para instruir é informar las costumbres, de suerte que toda clase de gentes de diversa edad y condicion, ya clérigos, ya seglares, ya monges, encuentran en este libro principios de salud, y reglas y consejos de bien vivir. Finalmente, para comprender el mérito de esta obra, veamos lo que el autor dice de ella: «Que no es escrita para el vulgo, porque á este más le servirá de obstáculo que de provecho.»

2.ª *Veintidos homilías sobre Ezequiel*, divididas en dos libros (2). Siendo San Gregorio Romano Pontífice, y cediendo á las súplicas de los romanos, escribió la esposicion de la profecía difícil y oscura de Ezequiel, y en públicos sermo-

(1) Véase á San Isidoro de Sevilla: *De varones ilustres*, cap. XL, núm. 54.
(2) Dupin, tomo V, pág. 137.

nes, la predicó al pueblo entre tantos y tan graves negocios del Pontificado, entre tan grandes calamidades que afligian á Roma y al orbe entero, entre las continuas enfermedades que le agobiaban, esponiendo con la mayor claridad el sentido moral y místico para la edificacion de sus oyentes. Fue asistido admirablemente de la virtud del Altísimo; tanto, que en la esposicion de la última vision de Ezequiel, el diácono Pedro, que le servia de secretario, vió al Espíritu Santo en figura de paloma que conversaba boca á boca con él, y le descubria los más altos misterios. En el libro I comprende la homilía 1.ª, esponiendo en ella los tres capítulos primeros, y los tres versículos primeros del capítulo IV con una elegancia sin igual, acerca de los Profetas y del espíritu de profecía en general. En las homilías 7.ª y 12 habla de los predicadores de la palabra divina y sus dotes; en la 11 del cargo pastoral; en la 4.ª y en la 7.ª, de la recta intencion del alma; en la 5.ª, del Espíritu Santo y de su habitacion y accion en nosotros; en la 8.ª, de la Iglesia; en la 6.ª y 10, de la leccion de la Sagrada Escritura, y en la 9.ª, de la gracia del libre albedrío. En el libro II comienza por el capítulo XL de Ezequiel, y espone la vision de la ciudad construida sobre el monte en sentido místico, acerca de Jesucristo y de la Iglesia, de la vida contemplativa; y tambien de la fe, de la esperanza y de la caridad en las homilías 1.ª y 10. En la homilía 6.ª habla de la perfeccion cristiana; en la 7.ª de los dones del Espíritu Santo; en la 8.ª de la resurreccion de la carne, y en la 9.ª del oficio del buen Pastor.

3.ª *Cuarenta homilías sobre los Evangelios* (1), divididas en dos libros. Las veinte primeras, dictadas por el mismo San Gregorio, y las otras veinte escritas por los notarios, cuando las predicaba al pueblo, hallándose indistintamente en ambos libros. En ellas se esplican las lecciones del Evangelio, que se tenian en los domingos y otras festividades solemnes, como se usa hasta el dia. Fueron predicadas en las principales festividades del Señor, á saber: la 8.ª en la Natividad del Señor; la 10 en la fiesta de la Epifanía; la 21 en el dia de Pascua; la 20 en la Ascension del Señor; la 30 en el dia de Pentecostés, y otras en determinados tiempos del año, como en las Dominicas 2.ª, 3.ª y 4.ª de Adviento la 1.ª, la 6.ª y la 7.ª; en el sábado de las cuatro témporas de Adviento, la 20; en la Dominica Septuagésima, la 19; en la Sexagésima, la 15; en la Quinquagésima, la 6.ª; en la Dominica primera de Cuaresma, la 16; en la Pasion,

(1) Dupin, lugar citado.

la 18; en los dias de la octava de Pascua, la 22 y 26; en la Dominica segunda despues de Pascua, la 14; en las Dominicas tercera y cuarta despues de Pentecostés, la 34, 36 y 40; y, finalmente, en los viérnes y sábados de las témporas de Setiembre, las homilías 31 y 33. Otras homilías tiene San Gregorio con motivo de las fiestas de los Santos, como en la fiesta de los Santos Apóstoles la homilía 4.ª; en la fiesta de San Andrés, la 5.ª; en la de San Silvestre, la 9.ª; en la de Santa Felícitas, la 3.ª; en la de Santa Inés, la 11 y 12; en la de San Félix, la 13; en la de San Pancracio, la 27; en la de San Nereo y Aquileo, la 28; en la de San Proceso y Martiniano, la 32; en la de San Menas, la 35; en la de San Sebastian, la 37; en la Basílica de San Clemente, la 38; en la Basílica de San Juan, la 39; y, finalmente, á los Obispos, en la pila de Constantino en Letran, la 17. Al fin de estas homilías ha añadido alguno la famosa *homilía de la mortalidad*, que con motivo de la asoladora peste que diezmaba á Roma escribió San Gregorio siendo tan solamente elegido, pero no consagrado Obispo.

Cuánta sea la estima y aprecio que se ha hecho de estas homilías, lo prueba el que se lean en toda la Iglesia católica, si no íntegras, al menos como han llegado hasta nosotros. En estas homilías, ademas del sentido literal, se encuentra una abundantísima copia de sentencias y preceptos morales, propios para informar las costumbres, y en algunas se prueban tambien, aunque concisamente, algunos dogmas de nuestra Religion.

4.ª *El libro de la regla pastoral* (1). Lo escribió San Gregorio en el principio de su pontificado, y lo dirigió á Juan, Obispo de Rávena, dándole cuenta de la fuga que habia verificado, por rehusar la dignidad episcopal. Con motivo de escusarse á sí mismo y aprovechar á los demas, espone las cargas de la cura pastoral, «de suerte, dice, que no la desee incautamente el que no la tenga, y el que la deseó sin cautela, tiemble por lo alcanzado.» San Gregorio da mucha claridad á su libro, dividiéndolo en cuatro partes, esto es, de qué manera se debe llegar á mandar, y despues de haber llegado, cómo se debe vivir; y viviendo bien, cómo se debe enseñar; y enseñando bien, que debe conocer sus propias faltas, no sea que la humildad esté ausente en la elevacion, ó que la vida no corresponda á la dignidad, ó la doctrina desdiga de la vida, ó la presuncion destruya á la doctrina. Pues lo primero es que el temor tempere el apetito; despues es necesario que la vida sea digna del ministerio;

(1) Véase á San Gregorio Magno, lib. v, ep. 49.

que la virtud que se manifiesta en la vida, se propague tambien con la predicacion, y que la propia consideracion encuentre pequeñas aun las obras más perfectas, no sea que la presuncion las haga inútiles. Aconseja, por consiguiente, en la primera parte que los inespertos ó poco instruidos no deben de ninguna manera ascender á gobernar, ni tampoco los que viviendo no se aprovechan de lo que han meditado. Espone cuán grave sea la carga de los que gobiernan; demuestra los muchos peligros que les rodean, y alaba al que huye del mando por motivos de humildad; hace ver cuán peligroso sea apetecer y desear los grandes empleos, y, finalmente, enumera las grandes cualidades que deben adornar al que quiere tomar sobre sí el cargo de reinar. En la segunda parte manifiesta cómo debe portarse el que dignamente llega á gobernar, á saber: que sea puro en el entendimiento, diligente y eficaz en sus operaciones, discreto en el silencio, útil en la palabra, que no hable cuando debe callar, y que no calle cuando debe hablar; compasivo para con todos, escediendo á los demas en la contemplacion; humilde compañero de los que obran bien, y enérgico por el celo de la justicia contra los que obran mal; no ha de olvidar el cuidado de las cosas internas por la ocupacion de las esternas, ni tampoco ha de abandonar los negocios esternos por la mucha solicitud en los internos; vigilará no agradar á los hombres con sus cuidados, y cuidará captarse el amor del pueblo por medios justos, no engañándole con vicios ó virtudes aparentes; ha de tener una justa discrecion de correccion y de disimulacion, de rigor y de mansedumbre, y ha de ser continuo en la meditacion de la sagrada ley. En la parte tercera espone de qué manera el director que rige bien debe enseñar y amonestar á sus súbditos. Despues de aconsejar que no es suficiente y para todos una sola exhortacion, declara separadamente que deben ser amonestados los hombres y las mujeres, los viejos y los jóvenes, los pobres y los ricos, los alegres y los tristes, los súbditos y los Prelados, los criados y los señores, los sabios y los ignorantes, los orgullosos y los apocados, los sufridos y los impacientes, los sanos y los enfermos, los habladores y los taciturnos, los mansos y los iracundos, los golosos y los templados, los pródigos y los avaros, los pacíficos y revoltosos, los poco versados en la doctrina católica y los sabios orgullosos, los que desprecian el cargo de la predicacion, y los que lo ejercen apresurados, y, finalmente, los que hacen el bien públicamente y obran el mal en secreto. Todas estas cosas aconseja acerca de las reprensiones secretas, segun la diversidad de aquellos que deben ser reprendidos. Advierte que debe tenerse singular cautela acerca del predicador que habiéndose captado el

prestigio de muchos oyentes, tiene en sí muchos vicios; de manera que debe informarse de su buena vida y costumbres, valiéndose de espada de dos filos, que corte por ambos lados las inclinaciones de la carne, y esto lo prueba con varios ejemplos; ni es menos grave el trabajo, cuando se propone reformar á un hombre dominado por vicios contrarios; de suerte que se ve obligado á tolerar vicios menores en sus fieles, por librar á otros de mayores: finalmente, aconseja á los predicadores que para el buen desempeño de sus funciones deben hablar á sus oyentes más con el ejemplo mudo de sus acciones que con sus vivas palabras. En la cuarta parte enseña de qué manera el predicador, cumplido lo antedicho, debe dirigir su vista á su debilidad y pequeñez, para que ni la vida ni la predicacion le ensoberbezcan, y por esto todas las cosas buenas que podia obrar sean dirigidas á la nada.

De todas las predicaciones de San Gregorio, ninguna más escelente que este libro, ninguna más útil; de suerte que, no solamente á los Obispos, sino tambien á toda suerte de personas que tienen cura de almas, proporciona saludables preceptos, tanto para sí como para los demas; por cuya razon, ya en tiempo de San Gregorio, este libro de oro fue vertido al griego por Anastasio, Patriarca de Antioquía, y posteriormente ha sido considerado por muchos Concilios como el más necesario para todo sacerdote (1).

ARTÍCULO III.

Continuacion de las obras de San Gregorio Magno.

5.ª *Cuatro libros de los diálogos* (2). Estos fueron escritos en su santo retiro, el año 593, para satisfacer las súplicas de sus hermanos, y tratan de la vida y milagros de los Padres de Italia y de la eternidad de las almas, en forma de diálogo, tenido entre Gregorio, Papa, y Pedro, diácono, el cual era amigo de San Gregorio desde la juventud, y compañero en las investigaciones de las cosas divinas. Está dividida la obra en dos partes: en la primera narra el Santo Doctor la vida y milagros de muchos Santos, y en la segunda prueba la inmortalidad del alma. En el lib. I, deseando la edificacion de

(1) Concilio II de Reims, cánon x, en Mansi, tomo XIV, col. 78.

(2) Algunos no los han atribuido á San Gregorio Magno, pero argumentos convincentes prueban lo contrario. Véanse los padres maurinienses de las vindicias y observaciones que preceden á esta obra.

sus hermanos, presenta los hechos de San Marcelino, Obispo de Ancona, de San Bonifacio, Obispo de Ferentino, San Fortunato, Obispo de Lodi, San Honorato, Abad de Fundi y algunos de sus monges; San Equicio, Abad, San Anastasio, Abad, San Nonnato, presidente de un monasterio, San Martirio, monge, San Severo, presbítero y San Constancio, Pontífice. El lib. II está dedicado íntegro á reseñar todas las virtudes y hechos estupendos del venerable padre San Benito, fundador de la esclarecida Orden que lleva su nombre. En el lib. III pasa á celebrar la santidad y gloria de otros ilustres varones, como San Paulino de Nola, los Santos Pontífices Juan y Agapeto, Dacio, Obispo de Milan, San Hermenegildo, Rey de los visigodos, y otros muchos Obispos y monges, introduciendo en estas narraciones útiles amonestaciones para que los clérigos abandonen la compañía de las mujeres; esplica algo sobre algunas tentaciones permitidas por Dios; sobre la elevacion de nuestras oraciones, de la grandeza del milagro en convertirse á Dios un pecador, de la potestad del diablo sobre el hombre, del doble martirio, de la compuncion y sus divisiones, y, por último, busca la causa por qué los buenos suelen ser llamados pronto al tribunal de Dios.

En el lib. IV, ó sea en toda la segunda parte de la obra, impugna los errores que existen diseminados sobre la inmortalidad del alma y la resurreccion de los cuerpos. Para desengañar á los que dudaban de la inmortalidad del alma, prueba primero este dogma con argumentos de razon; luego presenta muchos prodigios que han sucedido con los muertos y moribundos, para demostrar la existencia del alma despues que se aparta del cuerpo. Propone ademas y resuelve otras cuestiones, á saber: si antes de la resurreccion de los cuerpos van al cielo las almas de los justos, y por qué los moribundos predicen muchas cosas; resuelve igualmente si las almas de los condenados van al infierno antes de la resurreccion general; si los buenos conocen á los buenos en la gloria, y los malos á los malos en los tormentos; inquiere por qué razon algunos muertos como por un error, vuelven otra vez á la vida y cuentan lo que en el otro mundo han visto; esplica si el fuego del purgatorio es una realidad, y por qué en el fin de la vida se ven claramente algunas cosas que antes ignoramos; luego propone la cuestion si el infierno está sobre ó debajo de la tierra; si el fuego del infierno es todo igual, ó si varia segun la diversidad de los pecados, y si el infierno es eterno para los condenados; aclara despues en qué sentido se llama el alma inmortal, pues consta que morirá en el fuego eterno; disputa sobre el temor de la muerte, y de la observacion de los sueños; diserta sobre el

provecho que resulta á las almas si sus cuerpos son sepultados en las iglesias, y manifiesta que el incruento sacrificio de la Misa, si se ofrece debidamente, es de mucha utilidad, tanto á los vivos como á los muertos (1).

6.ª *Ochocientas ochenta cartas aproximadamente*, distribuidas catorce libros, y escritas todas en su pontificado. En ellas se muestra la viva imágen del Obispo que desempeña debidamente sus cargos, y son ademas un espejo de la más acendrada piedad y ardiente celo, de una profunda humildad, de la más estricta vigilancia y paternal caridad. Estas se pueden dividir en *dogmáticas*, *morales*, *disciplinares*, *comendaticias* y *familiares*. De todas trataremos sucesivamente.

1.° *Cartas dogmáticas*. En ellas procura sobre todo estinguir las antiguas herejías que todavía dejaron algunas reliquias, ó querian adquirir nuevas fuerzas, y renueva y confirma las decisiones de la fe de los Concilios generales, y escita y dirige el celo y vigilancia de los Obispos. A esas pueden añadirse las en que instruye á los que dudan de algunos capítulos de la fe, á saber: de la bajada de Cristo á los infiernos; del pecado original y del orígen del alma; de la predestinacion; del número de inmersiones en el bautismo, y de la validez de este Sacramento conferido por los herejes; del ministro en el sacramento de la Confirmacion; del dolor por el amor de Dios, y por el temor del infierno; de la certeza de la remision de los pecados, y finalmente, del culto y uso lícito de las sagradas imágenes.

2.° *Cartas morales*. En estas constituye el fundamento de todas las virtudes en la *humildad y caridad*. La verdadera caridad se estiende al alma y al cuerpo; por eso quiere que esta se manifieste tanto en la compasion y en la solicitud por el bien de las almas, como en las obras de misericordia y en la limosna, donde tambien manda que esquivemos el deseo de la gloria mundana. A estos añade otros consejos conducentes á la perfeccion, esto es: que los fieles, despreciando las riquezas y honores del mundo, cuiden solamente de las cosas del cielo; que, acariciando los santos pensamientos, adelanten y perseveren en el bien; que en las adversidades coloquen toda su esperanza en Dios, y tengan presentes los grandes bienes que suelen provenir de las alternativas de la vida; que sufran con valor la maledicencia y las calumnias; que temperen la ira y que perdonen fácilmente las ofensas. Trata tambien de la vida activa y contemplati-

(1) Véanse los padres maurinienses, pref. á los diálogos de San Gregorio.

va, y recomienda como el principal medio para la virtud la lectura de la Sagrada Escritura. Instruye á un amigo suyo de la razon oculta de las tentaciones carnales de que se veia afligido. Inculca al Emperador la suma reverencia debida á los sacerdotes del Señor, y demuestra la estrecha relacion entre el estado moral del jefe y sus súbditos; alaba la buena educacion de los hijos del Emperador, así como tambien el celo por la fe en los soberanos. Enseña además que el sábado no se ha de celebrar como fiesta, segun uso de los judíos, y que no está prohibido recibir el bautismo en el domingo. Finalmente, consuela á los desgraciados y procura prepararlos para la salud.

3.° *Cartas disciplinales*, las cuales son muchas en número, tienen grave autoridad y constituyen diversísimos argumentos. Entre estas ocupa el primer lugar la titulada *Carta á Agustin*, apóstol de los ingleses, en la cual responde á muchas cuestiones que este le proponia, principalmente sobre la distribucion de los buenos sacerdotes, sobre el celibato de los clérigos, sobre los usos de varias iglesias, de los grados de consanguinidad que impiden el matrimonio, sobre el número de Obispos para la consagracion de otro nuevo, y que la inmundicia natural escluya del ingreso en la Iglesia, á lo menos por conveniencia. Tambien pertenecen á esta seccion muchas *fórmulas* que se observan en algunos negocios, derechos y oficios propios de la Santa Sede Apostólica, cuales eran: la union de las iglesias, la traslacion de una Silla episcopal, la traslacion de un Obispo á otra iglesia, la circunscripcion de las diócesis, la dimision de los clérigos y otras semejantes, que son tan comunes, que, en llegando el caso, se espresan siempre de la misma ó casi igual manera, atendidas las circunstancias.

4.° *Cartas comendaticias*. En ellas recomienda á la benignidad ó intercesion de alguno á los ministros de la fe, sus legados, á los inocentes oprimidos y á los estranjeros.

5.° *Cartas familiares*. En estas manifiesta su caridad y su amor á Dios, y aunque pequeñas, dan una clara muestra de su grandeza de ánimo. Algunas veces envia algunos pequeños regalos, como á Juan, Abad del monte Sinaí; otras se interesa tiernamente por la salud de sus amigos; cuenta milagros, y persuade á hacer las sagradas peregrinaciones.

ARTÍCULO IV.

Continuacion de las obras de San Gregorio.—Obras litúrgicas y dudosas.

Es antigua y comun sentencia que San Gregorio se ocupó en ordenar la liturgia romana, pues dió á luz el nuevo *Sacramentario* y el *Antifonario* (1). Es, por lo mismo, muy natural que debió escribir otros libros litúrgicos, que con los anteriores tienen una afinidad indivisible (2). Para mayor claridad propondremos estos libros segun el uso de la antigua iglesia, que guardan entre sí una mutua relacion. Habia en otro tiempo varios códices necesarios para el uso de la Misa solemne, á saber: el *Sacramentario*, ó sea un libro que comprendia las oraciones de la Misa, que á la vez servia para administrar otros sacramentos; el *Antifonario*, *Responsorial* y *Gradual*, que contenia los salmos, antífonas y responsorios para cantar la Misa en ciertos dias (3); el *Leccionario*, que contenia algunas lecciones sacadas del Antiguo Testamento, ó de las epístolas canónicas; el *Evangelistario* ó capitular de las lecciones del Evangelio, que contenia diversas partes de los Evangelios para cantarlas todos los dias; y, finalmente, el *Orden romano*, que contenia aquellas disposiciones que hoy llamamos rúbricas. Todos estos códices, que hoy están comprendidos en el libro *Misal*, estaban, como hemos visto, divididos en otros tantos libros, y de ellos fue necesario el componer las Misas enteras.

Las obras litúrgicas que San Gregorio ordenó son las siguientes:

1.ª *El Sacramentario Gregoriano.*
2.ª *El Responsorial y Antifonario de la Iglesia Romana.*
3.ª *El Antifonario compuesto por San Gregorio.*
4.ª *El libro Gradual.*

Estas obras litúrgicas, aunque en su esencia antiquísimas y anteriores á San Gregorio, fueron enmendadas y ordenadas por él, y en algunos lugares, como suele suceder en los libros litúrgicos, aumentadas y cambiadas en cuanto á la forma esterior; pero no es fácil distinguir las innovaciones y adiciones de San Gregorio.

---

(1) Juan Diácono: *Vida de San Gregorio Magno*, lib. II, núm. 6.º
(2) Edicion de Venecia, observaciones á las obras litúrgicas de San Gregorio.
(3) De estos libros consúltese á Versozi, en el prefacio al tomo IX de las obras de San Gregorio, edicion de Venecia.

5.ª *Varios himnos* admitidos en el oficio eclesiástico, los que se atribuyen á San Gregorio (1).

Hay ademas algunas obras *dudosas* que se atribuyen al Santo Pontífice, y todas son exegéticas, á saber:

1.ª *Esposicion al libro* I *de los Reyes.* Esta consta de cinco libros, y alcanza hasta la uncion de David. El autor espresa la doctrina casi con las mismas palabras que San Gregorio, aunque alguna vez discrepa. La opinion más probable es que el autor de esta esposicion, que no es San Gregorio, tomó su doctrina de la de este, y acaso de la esplicacion que del Papa oyó sobre los libros de los Reyes, y la imitó en sus espresiones (2).

2.ª *Esposicion al Cantar de los Cantares.* Igualmente que el anterior, puede decirse que es producto de San Gregorio, en cuanto que algun varon piadoso, que habia leido muy bien los libros de este Pontífice, encontró en ellos algunas esposiciones del *Cantar de los Cantares* , y luego los completó y publicó (3).

3.ª *Esposicion de los siete salmos penitenciales.* Esta esposicion, aunque contiene algunas cosas dignas de San Gregorio, sin embargo, atendida la razon de tiempo, debe creerse que no es suya; y otros con menos fundamento la atribuyen á San Gregorio (4).

4.ª *Concordia de algunos testimonios de la Escritura.* En este libro, no solo se concilian algunos lugares del Antiguo Testamento que aparentemente se rechazan, sino que ademas se busca la concordia de algunos testos del Nuevo, y contiene mucha doctrina en un pequeño volúmen. Pero ni el estilo ni la doctrina le hacen producto de San Gregorio (5).

ARTÍCULO V.

Carácter, estilo y doctrina de San Gregorio.

San Gregorio, admirado Santo por sus sucesores, como por todos los hijos de la Iglesia, fue respetado siempre como uno de los primeros doctores eclesiásticos por su doctrina,

---

(1) Estos himnos se encuentran en la edicion de Venecia, tomo x, donde tambien está un índice alfabético de todos los himnos de la Iglesia y sus autores.

(2) Dupin, tomo v, pág. 141.

(3) Dupin, tomo v, pág. 141.

(4) Cas. Oudin. tomo i, col. 1,541.

(5) Ceillier, lugar citado, art. v.

por sus grandes hechos y celestial santidad, tanto, que recibió el sobrenombre de Magno (1).

La sabia providencia de Dios le colocó entre la Edad Antigua y la Edad Media, para que, comprendiendo las verdades más profundas del cristianismo, las legará á la posteridad, á la cual sus escritos le parecerian más claros que el sol, y más preciosos que el oro. No debe tampoco omitirse que San Gregorio, el último de los antiguos Padres, defendió y espuso principalmente los últimos artículos del Símbolo de los Apóstoles, pues los primeros los ilustraron los Padres precedentes. Sus obras tuvieron una grande importancia para arreglar las costumbres de las naciones bárbaras de Occidente. En ellas esplica muchos lugares difíciles de la Sagrada Escritura, usando generalmente la interpretacion moral y alegórica, sin despreciar por eso completamente la literal (2), porque, como el mismo Santo dice, en la interpretacion de la Sagrada Escritura «no debe omitirse con desprecio lo que está conforme con la fe,» y así las varias interpretaciones de la Sagrada Escritura son como unos ornamentos que circundan á la celestial Esposa (3). Tenia un gran placer en hablar de ella, y escitaba á los demas á su estudio. «¿Qué es, decia, la Sagrada Escritura, sino una carta del Dios omnipotente á sus criaturas? Y ciertamente, si alguno recibiese un escrito del Emperador, no descansaria ni dormiria hasta saber lo que en él le decia. El Rey del cielo, Señor de los hombres y de los ángeles, te envia para tu remedio sus cartas, y sin embargo, no quieres leerlas con entusiasmo. Estudia, pues, y medita continuamente las palabras de tu Criador. Aprende el corazon de Dios en sus palabras, para que con ardor suspires por lo eterno, y para que tu entendimiento desee con ansia las glorias celestiales. Y tanto mayor descanso tendrá el que menos hubiese tenido por amor á su Criador (4).» Tuvo siempre San Gregorio en mucha consideracion á los antiguos Padres San Ambrosio, San Agustin y San Gregorio Nacianceno, y los recomendó tambien á otros. Como que veneraba los Concilios universales, no menos que los Santos Evangelios, observaba solícito los antiguos cánones, y en sus cartas representa íntegra la antigua disciplina de la Iglesia. Con razon juzgó un varon doctísimo, y muy versado en los escritos de los Santos Padres, que se han encontrado algunos códices

(1) Grandonicio: *Vindicias de San Gregorio Magno*, cap. XI.
(2) Fábricio: *Biblioteca de la media é ínfima latinidad*, tomo III, pág. 81.
(3) Lib. III, cap. LXVII.
(4) San Gregorio Magno, lib. IV, ep. 31.

que tienen cosas dignas de leerse con cuidado, pero no así en las obras de San Gregorio Magno, las cuales no presentan cosa alguna que no haya parecido conveniente á los más severos críticos; y que ademas sus *Morales* contienen abundantes verdades, y la más sana doctrina; sus *Cartas* presentan muchas leyes de disciplina eclesiástica y monástica, y el libro *Pastoral* presta á sus lectores la norma de regir las almas (1). Sus *Homilías*, compuestas entre los negocios é inmensos cuidados del Pontificado, entre sus frecuentes enfermedades y el terror de los bárbaros, no son solamente ejemplos propuestos á los Obispos y á los que tienen cura de almas, sino que ademas son un magnífico modelo de la elocuencia eclesiástica. Su espíritu, impregnado en la verdad y ardiendo en la caridad, es el que mueve su lengua; por eso su diccion afecta vehementemente el ánimo y le arrebata; su estilo es natural y fácil, aunque no muy puro; porque como San Gregorio queria más moralizar que elevarse á la elegancia de la edad de Augusto, aplicó en sus escritos algunas voces en el sentido y la forma que las usaba el pueblo en el siglo VI (2).

A pesar de esto, si bien se cuida poco de la elegancia, no por eso le faltaron las demas dotes de la verdadera elocuencia, porque, como dice Ciceron (3), «es propio del orador que la oracion sea grave, adornada y acomodada á los sentimientos é inteligencia de los hombres.» Ni habrá tampoco quien pueda negar estas dotes á San Gregorio, porque el vigor y la magnificencia natural de sus discursos hieren más el ánimo del lector que todos los artificios de la retórica; y por eso los romanos oian con sumo placer sus sermones.

Ademas, no solamente exige un ardiente celo en la predicacion á los pastores de las almas, sino tambien á todos los predicadores de la palabra de Dios, y les da saludables consejos, especialmente en su libro *De la regla pastoral*, y en sus *Morales*, para que desempeñen bien tan sagrado ministerio, inculcando sobre todo que los hechos no sean una contradiccion de las palabras. De suerte que el que lea las obras de San Gregorio Magno verá como en un espejo, no solo la elegancia de sus discursos, sino tambien la verdadera elocuencia sagrada, el conocimiento y el estudio de la Sagrada Escritura, la observancia de los cánones, el celo de Dios, y el amor á la justicia.

---

(1) Mabillon: *De los estudios monásticos*, vol. 1.°, tomo II.
(2) Los maurinienses, prefacio á la esposicion del lib. I de los Reyes, núm. 57
(3) *Sobre el orador*, lib. I, núm. 12.

DOCTRINA.

San Gregorio confirma en muchos lugares la doctrina de la fe y de la moral que la Iglesia católica predica y profesa. Véanse de esto algunos testimonios.

1.° Confiesa la necesidad de la preparacion para la justificacion. (Los morales sobre Job, lib. XVI, núm. 30.)

2.° Que la fe ha de ser viva y formal. (Lib. VII de sus cartas, epístola 15.)

3.° Que no debemos presumir temerarios sobre la predestinacion. (Lib. I de los diálogos, cap. VIII.)

4.° Que los sacerdotes tienen la potestad de atar y desatar. (Homilía 26, núm. 4.°)

5.° Que Jesucristo está real y verdaderamente presente en el Sacramento de la Eucaristía. (Diálogo, lib. IV, capítulo LVIII.)

6.° Que las preces por los difuntos les son de mucho provecho. (Diálogo, lib. IV, cap. LV.)

7.° Que debemos invocar y venerar á los Santos. (Morales sobre Job, lib. XVI, núm. 64.)

8.° Que es bueno el culto de las imágenes. (Lib. IX, epístola 105.)

CAPÍTULO XV.

SAN ISIDORO DE SEVILLA.

Fuentes. Las obras del mismo San Isidoro, San Braulio y San Ildefonso, tomo v de la *Historia sagrada* de Florez, apéndice 5.°, cap. xlvii, y apéndice 6.°, cap. ix.—Robles, en la *Vida de San Isidoro*.—El Concilio VIII de Toledo, celebrado el año 653. Véase Loaisa, pág. 429.—Bellarmino: *De los escritores eclesiásticos*.

Auxiliares. Florez: *Historia sagrada*, tomo ix, cap. vi. —Ambrosio Morales: *Antigüedades de España*, tomo ii, libro xii, cap. xxi.—Nicolás Antonio, tomo i, libro v de su *Biblioteca hispana*.—Baronio, en sus notas del martirologio, dia 3 de Abril.—Natal Alejandro: *Historia eclesiástica*, tomo v, pág. 555.—Bruckes: *Historia filosófica*, tomo iii, página 369.

Ediciones. La de Paris, por Marganino de la Vigne, en 1580.—La de Grial, en Madrid, protegida por Felipe II, y concluida en tiempo de Felipe III; y otra segunda en 1778, muy correcta y lujosa. La mejor de todas es la del P. Faustino Arévalo, jesuita, publicada en Roma, 1797-1803.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Isidoro.

San Isidoro fue hijo de Severiano, gobernador de Cartagena, y hermano de San Leandro, Arzobispo de Sevilla, San Fulgencio, Obispo de Ecija, y Santa Florentina (1). Su grande nombradía, rico floron que da orgullo al pais que le arrulló en la cuna, es la causa de que Sevilla y Cartagena se atribuyan la gloria de tenerle por hijo (2). Mas prescindiendo de este dato, envuelto en las densas nieblas de los siglos, es lo cierto que si Sevilla no fue su patria, le debe al

(1) Otros tambien le señalan por hermana (dice Mariana) á Teodosia, madre de los Reyes Hermenegildo y Recaredo.

(2) Florez, fundado en los antiguos Breviarios, y en el Cerrastense, concede este honor á Cartagena; pero escritores modernos adjudican la gloria á Sevilla.

menos su educacion primera, pues desde niño moró en ella con sus padres. Como presagio de su grande elocuencia, fue lo que escriben de un enjambre de abejas que entraba y salia de su boca, y se remontaba hácia el cielo, cuando un dia se quedó olvidado en el jardin. Muy jóven era todavía: Leandro tenia para con él, por haber quedado huérfano, la solicitud de un padre y los desvelos de un maestro; pero Isidoro le correspondia con la desaplicacion y rudeza de ingenio, llegando hasta huir furtivamente de casa, para romper así el yugo que su hermano le imponia.

Solo y sin guia camina por los campos, cuando se ofrece á su paso un pozo, y advierte que en su brocal habian hecho hondas huellas el continuo caer del agua y el uso de la soga; y esta consideracion le hace volver á la ciudad, resuelto á emprender con fe y constancia sus estudios. Por este cambio tan repentino, y con una gran perseverancia, fue ascendiendo Isidoro á la cumbre de doctrina y erudicion con que alumbró y ennobleció toda España, sirviendo ya mucho á la Iglesia con su celo y valor cuando sus hermanos andaban desterrados por el Rey Leovigildo. Ambrosio Morales asegura que Isidoro fue encerrado en una celda por órden de Leandro, vuelto del destierro, para que se perfeccionase en todo género de ciencias y en la práctica de la virtud, durando este recogimiento, del que se cree resultó la obra de las etimologías (1), hasta la muerte de su hermano (año 600).

Habiendo quedado vacante la Silla episcopal de Sevilla por la muerte de Leandro, el pueblo y clero de la ciudad, en presencia del católico Rey Recaredo, para quien fue tan útil Isidoro en la estincion del arrianismo en la nacion de los visigodos, trató de nombrar sucesor para la vacante; y como nadie pudiera reemplazar mejor al finado que su mismo hermano, le eligieron todos á una voz; pero Isidoro hizo grande resistencia, llegando á tener que intervenir el Pontífice Gregorio Magno, segun algunos autores, para que aceptase la dignidad episcopal (2). Consagrado, por fin, con general aplauso y alegría, apareció Isidoro sobre la Silla arzobispal de Sevilla como modelo de Prelados: padre cariñoso, Obispo vigilante y atleta invencible de la fe, sintiendo la España en todos sus ángulos el poder del varon sublime que hacia re-

(1) Mariana: *Historia de España*, libro VI.

(2) Algunos autores desmienten este hecho, porque en los primeros siglos de la Iglesia no era el Papa el que confirmaba la eleccion de los Obispos, sino el metropolitano y Obispos comprovinciales, ó el metropolitano de Toledo. Igualmente dan por hecho falso el envío del palio á este Obispo, por no constar en parte alguna que San Gregorio se lo enviase, ni habia costumbre de practicarlo.

sonar los acentos de su voz inspirada en la metrópoli de la fértil Andalucía.

Entre las atenciones de su ministerio, daba este Santo Obispo particular preferencia á la instruccion de los jóvenes que se dedicaban al servicio del altar, fundando un magnífico colegio, del cual salieron insignes varones, como San Braulio y San Ildefonso. Favoreció mucho á los monasterios, asilos pacíficos que en aquellos tiempos de guerra y revolucion empezaron á formar, no solo la porcion más religiosa, sino tambien la más ilustrada y culta (1).

En el año 610 pasó á Toledo con su hermano Fulgencio para recibir al Rey Gundemaro, suscribiendo el decreto que este espidió para que reconociese toda la provincia de Cartagena á Toledo por metrópoli. Algunos autores dicen que despues pasó á Roma con el objeto de renovar la estrecha amistad de su difunto hermano con el Papa San Gregorio. Atento siempre á reformar las costumbres y conservar la pureza de la fe, Isidoro reunió dos Concilios provinciales en Sevilla: uno por los años 619, para estirpar las herejías de los acéfalos, y otra contra Suitario, segun indica San Braulio. Pero donde brilló San Isidoro como astro de primera magnitud, dice uno de los biógrafos, fue en el Concilio V de Toledo, que presidió el año 633, en atencion á su antigüedad. Allí conocieron los Padres la sabiduría del Santo Obispo; y así esta como lo mucho que habia trabajado en la Iglesia, le granjearon la comun estimacion. Sus relevantes pruebas se vieron sobresalir en medio de aquel Congreso respetable, y por eso se le confirió el arreglo de los cánones, aunque se cree que á causa de su debilidad, ocasionada por los años, le ayudó San Braulio.

Si á estos esfuerzos prácticos y científicos se añade la multitud de obras que escribió, como los grados y oficios de la Iglesia, los proemios para la Sagrada Escritura, en la que estaba tan versado é instruido en sus lenguas originales, los sínodos, la muerte de los Padres, las diferencias de las cosas, sentencias, crónicas y cuestiones, etc. (2), sin duda se le puede mirar como el primer maestro de las ciencias eclesiásticas de España; como el padre de nuestras aulas, á cuya escuela venia á educarse la juventud desde remotas provincias, y, en una palabra, como el hombre más eminente del siglo VII, bien se le considere como Santo Prelado, como sabio escritor, como reformador de la disciplina, como

(1) Los diferentes monasterios que mandó edificar son una prueba de lo que acabamos de decir.

(2) Tambien se le reputa como principal autor de la *Misa muzárabe*.

orador, ó como político. Por eso fue tan sentida su muerte, verificada sobre el año 635, á los cuarenta de episcopado, y más de setenta de edad.

ARTÍCULO II.

Division de las obras de San Isidoro.—Sus obras dogmáticas.

Varias son las obras que escribió San Isidoro, y para mayor claridad las dividiremos en dogmáticas, exegéticas, morales, enciclopédicas, históricas, litúrgicas, y cartas. De todas ellas daremos alguna nocion en los artículos siguientes.

OBRAS DOGMÁTICAS.

1.ª *El tratado de las sentencias.* Esta obra consta de tres libros. En el I, que comprende treinta capítulos, trata de Dios y sus atributos; del mal y su orígen; de los ángeles, del hombre, del alma humana con sus facultades y pasiones; de Cristo; del Espíritu Santo; de la Iglesia y los herejes; de los gentiles; de la diferencia entre el antiguo y nuevo Testamento; del símbolo de la fe y la oracion dominical; del Bautismo y la Comunion; del martirio; de los milagros de los Santos; del Anticristo y sus signos; de la resurreccion; del juicio, y, por último, de las penas de los impíos y de la gloria de los Santos.

El libro II tiene cuarenta y cuatro capítulos, y dedica los cuatro primeros á las virtudes teologales; el V y VI á la gracia y á la predestinacion. Los diez capítulos desde el VII al XVI los consagra á esplicar la conversion de los pecadores, su orígen, sus dificultades, sus ventajas, y despues les da algunos saludables avisos y consejos. Desde el XVII al XXV los dedica á tratar esclusivamente del pecado: del XXVI al XXXI trata de la conciencia, de la mentira y del juramento, y del XXXII al XLIV trata de los vicios y de las virtudes.

El libro III contiene sesenta y dos capítulos, y en los siete primeros esplica todos los peligros de nuestra alma y los medios que pueden librarla de caer en la tentacion. Del VIII al XIII trata del estudio, hace ver lo que daña la ciencia sin la humildad, lo que es la lectura de los soberbios, y los males que puede acarrear el amor á los libros de los paganos. Desde el XIII al XXII trata de la vida monástica, dando á los monges preceptos muy sublimes para el servicio de Dios. Del XXIII al XXVII condena la jactancia, la hipo-

cresía, la envidia, la simulacion y el odio. En los capítulos del XXVIII al XXXI trata de la amistad, de lo que son los falsos amigos, y de la union de los perversos. En el XXXII habla de la correccion fraterna. Desde el XXXIII al XLV habla de los superiores eclesiásticos, censurando á los indignos, á los ignorantes, á los que dan malos ejemplos, á los doctores soberbios é iracundos, á los que callan cuando deben hablar, y alaba á los humildes. En el XLVI da algunas reglas para castigar á los sacerdotes que delinquen. En los capítulos XLVII y XLVIII habla de los súbditos y de los Prelados. En el XLIX y L, de la paciencia y justicia de los príncipes. Por último, desde el LI al LXII trata de la obligacion que tienen los gobernantes de someterse á sus propias leyes; de los malos jueces y abogados; de los testigos falsos; de los que oprimen á los pobres, y de la brevedad y fin de esta vida (1).

2.ª *De la fe católica contra los judíos*. Esta obra, dirigida á su hermana Florentina, consta de dos libros. En el I, que comprende sesenta y dos capítulos, prueba contra los judíos que Jesucristo es el Mesías prometido por los Profetas; prueba asimismo su venida, pasion, muerte y resurreccion, de un modo irrefutable y con testimonios de la Escritura, principalmente, por no decir esclusivamente, de los Profetas. En los cuatro primeros capítulos prueba la divinidad de Jesucristo. Desde el V al IX prueba su humildad: del X al XV su nacimiento de una Vírgen y los grandes acontecimientos que se verificaron cuando nació. En el XV al XVII los milagros que hizo, por los cuales se manifestaba á los judíos. Del XVIII al XLIV prueba que estaba profetizado que los judíos no le habian de reconocer, como efectivamente no le reconocieron, y que por esta causa se conjuraron contra El, lo vendieron, fue entregado por Judas, preso, juzgado, y despues va relatando todos los sucesos y pormenores de su pasion hasta su muerte en la cruz. Del XLV al LIV refiere los portentosos acontecimientos acaecidos cuando espiró; que los judíos pusieron guardias para cuidar el sepulcro, que su cuerpo no se corrompió, y que resucitó. Del LV al LXI refiere que despues de haber enviado á los Apóstoles á predicar el Evangelio, subió á los cielos y envió despues el Espíritu Santo sobre los Apóstoles; los prodigios que estos hicieron en su nombre, y que ha de venir á juzgarnos. El capítulo LXII constituye el epílogo de este libro. En él se dice que si bien tienen los judíos los libros en que todo está

(1) Algunos escritores creen que San Isidoro trazó en esta obra á Santo Tomás el plan de la Suma Teológica.

escrito, y á pesar de que todas estas cosas son leidas por ellos, sin embargo no las entienden, como tambien está profetizado.

El libro II tiene veintisiete capítulos, y desde el I al IX prueba, de la misma manera que en el libro I, esto es, con testimonios de los Profetas, la vocacion de los gentiles, sin escluir por esto á los judíos, puesto que estos habrán de creer en Jesucristo al fin del mundo; que por la incredulidad de los judíos la fe habia de pasar á los gentiles, y que los judíos habian de ser desparramados por toda la tierra. Desde el X al XVIII anuncia la ruina completa de Jerusalen y la desolacion de los judíos, sin templos, sin ritos y sin sacrificios. Comienza á hablar en el cap. XIX de los Sacramentos de los cristianos, y sigue diciendo en los restantes que mientras los judíos no crean en Jesucristo, no entenderán las Escrituras; que tan divino es el Nuevo como el Antiguo Testamento; que la Cruz es el signo de salvacion, hasta que en el cap. XXVII y último dice que el Sacramento de la Eucaristía estaba prefigurado en las Sagradas Escrituras (1).

ARTÍCULO III.

Obras exegéticas y morales.

1.ª *Esposiciones de los místicos misterios, ó sea cuestiones del Antiguo Testamento.* Esta obra es una esposicion en sentido místico del Antiguo Testamento. Espone el sentido místico del *Genesis*, en treinta y un capítulos; el *Exodo*, en cincuenta y nueve; el *Levítico*, en diez y siete; los *Números*, en cuarenta y dos; el *Deuteronomio*, en veintidos; Josué, en diez y ocho; los Jueces, en nueve; el primero de los Reyes, en veintiuno; el segundo, en seis; el tercero, en ocho; el cuarto, en otros ocho; Esdrás, en tres, y en uno los Macabeos.

2.ª *Algunas alegorías de la Sagrada Escritura.* En este libro espone San Isidoro el sentido alegórico de los principales nombres y sucesos que se refieren en el Antiguo y Nuevo Testamento.

3.ª *Libro de los proemios.* Este libro es una breve y sucinta relacion de lo que contiene cada uno de los libros de la Sagrada Escritura.

---

(1) Esta obra solo se encuentra en la edicion romana de 1797; pero bajo otro título se le ha atribuido á Isidoro Pelusiota.

4.ª *Esposicion del Cantar de los Cantares.* En este libro espone San Isidoro el sentido místico del Cantar de los Cantares de Salomon, en ocho capítulos.

MORALES.

1.ª *El libro de los sinónimos, ó lamentos del alma pecadora.* Esta obra, que consta de dos libros, es un diálogo, en el que figuran como interlocutores el hombre y su razon. En el libro I comienza el hombre exhalando dolorosos suspiros al considerar su triste situacion. «Mi alma, dice, está angustiada, mi corazon atribulado, todo mi ser está colmado de amargura. Me encuentro rodeado de todos los males, lleno de dolores, cercado de desgracias, oprimido por las angustias, cubierto de miseria y de infelicidad. No encuentro el más ligero remedio para tanto mal, no puedo evitar la menor de mis calamidades, porque á donde quiera que me vuelvo, mis desgracias me persiguen; á donde quiera que huyo, mis males vienen detras. ¿A quién pediré alivio? ¿Quién me consolará? ¡Pero si todos me aborrecen igualmente, todos me abominan, todos me rechazan!» Continúa despues acusando á los hombres de crueles, de perversos, de malvados. Llega luego entre sus muchas lamentaciones á maldecir, como Job, el dia en que vino al mundo, y llama á la muerte en su socorro; pero esta se hace sorda á sus quejas; y entonces, en el colmo de su desesperacion, prorumpe en esta impía esclamacion: «¿Por qué no me ha de ser lícito matarme?» Y concluye diciendo que no puede soportar tanto pesar; que su dolor es infinito, y que su alma, perdida toda esperanza, cae abrumada y aplastada por las miserias. Aquí cesa de hablar el hombre, y comienza la razon, que dice: «¿Por qué tanto desconfiar? Fuera de tí la cobardía; rechaza lejos de tí tanta tristeza; hazte superior á tu desgracia.—¿Pero cómo? pregunta el hombre. ¿De qué manera? ¿Con qué ayuda?» Y en seguida la razon le va contestando, haciéndole reflexiones que al principio el hombre resiste, pero que despues admite, vencido por la fuerza de las verdades que la razon le va presentando. Llegado ya á este punto, la razon va instruyendo al hombre en la virtud, proponiendo este sus dudas, que la razon va disipando, hasta que en lo último del libro, instruido ya el hombre, implora la clemencia de Dios, le pide que no le abandone, y suplica á la razon que le acabe de instruir y ayude á convertirse de veras á Dios, la que así se lo promete; y, en efecto, concluye dándole muy buenos consejos para que viva cristianamente.

En el libro II, siguiendo el mismo método, la razon acaba de instruir al hombre, diciéndole que evite la fornicacion; que en las tentaciones acuda á la oracion y al ayuno; que huya de la ociosidad; que practique la humildad, y, en una palabra, que huya de todos los vicios y practique todas las virtudes. Por último, el hombre, agradecido á la razon, prorumpe en una entusiasta accion de gracias.

2.ª *Regla de los monges.* En este libro, que consta de veinticuatro capítulos, enseña San Isidoro las condiciones que deben tener los monasterios, cómo debe ser elegido el abad, qué conducta debe observarse con los monges, con los novicios, con los que delinquen. Habla tambien de cómo deben los monges rezar el oficio divino, de las comidas, del ayuno, del traje, y de todo aquello que puede interesar á los monges.

3.ª *Del conflicto ó de la lucha entre los vicios y las virtudes.* En este libro hace ver San Isidoro, de un modo muy ingenioso, la incesante lucha que tiene que sostener el hombre, solicitado, por un lado por las pasiones, y esperimentando por otro las acusaciones de su conciencia. El método de este libro consiste en ir esponiendo todos y cada uno de los vicios por su parte favorable, para atraer con halagos al hombre á su dominio; y luego las virtudes á ellos opuestas hablan á la conciencia del hombre para que abandone el camino del mal que le conducia á su perdicion; de manera que tras la tentacion de cada vicio, está siempre el grito de su conciencia, que le avisa que practique la virtud opuesta.

ARTÍCULO IV.

Obras enciclopédicas é históricas.

ENCICLOPÉDICAS.

1.ª *La obra de las Etimologías.* Esta obra consta de veinte libros. El primero abraza cuarenta y cuatro capítulos, de los cuales los dos primeros dedica San Isidoro á la definicion y enumeracion de las siete artes liberales. Desde el capítulo III al XXXIX se ocupa de la primera de estas artes, ó sea la gramática, y, por último, despues de hablar en el capítulo XL de la fábula, hace en los cuatro restantes y últimos algunas observaciones sobre la historia, su division, su utilidad, y da cuenta de quiénes fueron los primeros historiadores.

El libro II, que comprende treinta y un capítulos, lo dedica á las dos siguientes artes liberales, esto es, á la retórica y á la dialéctica, ó sea la lógica; ocupándose de la primera en los ventiun capítulos primeros, y en los diez últimos de la segunda.

En el libro III, que consta de setenta y un capítulos, trata de las otras cuatro artes liberales, esto es, desde el capítulo I al IX, de aritmética; desde el X al XIV, de geometría; desde el XV al XXIII, de la música, y en todos los restantes hasta el LXXI, de astronomía.

El libro IV, que tiene trece capítulos, lo dedica á la medicina.

El libro V, de treinta y nueve capítulos, á la jurisprudencia y cronología.

En el libro VI trata, en diez y nueve capítulos, de la Biblia, de las bibliotecas, de los manuscritos, de los Concilios, del calendario y de los oficios divinos.

En el VII se eleva el Santo á discurrir, en catorce capítulos, sobre Dios, los ángeles y los hombres, en sus diversos órdenes, como Patriarcas, Profetas, Apóstoles, mártires, clérigos, monges y láicos.

En el libro VIII, y en once capítulos, trata de religion, de las herejías, de las sibilas, de los magos y de los dioses paganos.

En los siete capítulos del libro IX se ocupa de los diversos idiomas y su mutua relacion, de los nombres de las razas y de los pueblos, de las dignidades, de los grados y de los parentescos.

En el libro X busca la etimología de muchas palabras desconocidas.

En los cuatro capítulos del libro XI trata de la anatomía, de los monstruos y de las trasformaciones.

En el XII trata, en sus ocho capítulos, de historia natural.

En el XIII habla, en ventidos capítulos, de cosmología.

En el XIV se ocupa, en nueve capítulos, de geografía.

En el XV, en diez y seis capítulos, de arquitectura.

En el XVI, en ventisiete capítulos, de mineralogía y de pesos y medidas.

En el XVII, en once capítulos, de agricultura.

En el XVIII, en sesenta y nueve capítulos, de la guerra, de toda clase de armas ofensivas y defensivas, y de todo género de espectáculos y de juegos.

En el libro XIX, en treinta y cuatro capítulos, trata de la navegacion, de la construccion de edificios, de la pintura, de los trajes, de los adornos y del calzado.

Por último, en el libro XX, que comprende diez y seis capítulos, se ocupa de toda clase de utensilios domésticos y rústicos.

2.ª *El tratado de las diferencias, ó sea de las propiedades de las palabras.* En el primer libro, de los dos de que se compone esta obra, trata de buscar San Isidoro la distincion que hay entre palabras que parecen ó se tienen por sinónimas, procediendo por órden alfabético, y marca exactamente el sentido que á cada palabra corresponde. En el segundo verifica la misma operacion, aunque no con el mismo órden alfabético, con algunas otras palabras que sin duda no le ocurririan al escribir el primer libro, y por lo tanto este segundo libro puede considerarse como apéndice ó complemento del primero.

3.ª *El libro de la naturaleza de las cosas.* Este libro consta de cuarenta y seis capítulos, segun la edicion de Madrid, y cuarenta y siete, segun la de Paris. En ellos trata del dia y de la noche, de las semanas, los meses, los años y sus estaciones; de la tierra y del cielo; del sol, la luna y demas astros; de las estrellas fijas y errantes; del trueno, del rayo, del arco íris, de las nubes, de las lluvias, de las nieves y de los vientos; de las señales de tempestad y de bonanza; de las pestes; de los mares, de los rios, de los terremotos, y por último del monte Etna. En el capítulo XLVII, que añade la edicion de Paris, trata del lugar que ocupa la tierra y el mar, de la enumeracion de las diversas partes del mundo, con los confines que á cada una corresponden, y, finalmente, de la estension del globo terráqueo.

HISTÓRICAS.

1.ª *El Cronicon.* Esta obra es un libro de historia que comprende desde la creacion del mundo hasta los mismos tiempos de San Isidoro, ó sea hasta Heraclio. San Isidoro divide su historia en seis épocas. La primera comprende desde la creacion del mundo hasta el diluvio, ó sea hasta el año 2242. La segunda, desde el diluvio hasta Abraham, abraza novecientos cuarenta y dos años, desde el 2242 hasta el 3184. La tercera, desde Abraham hasta David, comprende novecientos cuarenta años, de 3184 á 4125. La cuarta, desde David hasta la cautividad de los judíos en Babilonia, comprende cuatrocientos ochenta y cinco años, de 4125 á 4610. La quinta, desde la cautividad de los judíos hasta el nacimiento de Jesucristo, abraza quinientos ochenta y siete años, desde 4610 hasta 5155 de la creacion del

mundo. La sesta y última comprende seiscientos cincuenta y cuatro, desde el nacimiento de Jesucristo, ó desde el reinado de Augusto, hasta Heraclio, el año 5814 de la creacion del mundo, cuarto del reinado de Sisebuto, Rey de España, en tiempos de San Isidoro.

2.ª *El libro de los varones ilustres.* En los cuarenta y seis capítulos de este libro trata de otros tantos escritores eclesiásticos, haciendo mencion de sus respectivas obras. A este libro añadió Braulio, Arzobispo de Zaragoza, el capítulo XLVII, en el cual trata del mismo San Isidoro. Suele tambien ir unido á este tratado otro de San Ildefonso, que es como continuacion del de San Isidoro. Trata en él de los escritos de catorce autores eclesiásticos, en catorce capítulos.

3.ª *Del nacimiento y muerte de los Padres de que se hace mencion honorífica en la Sagrada Escritura.* Este libro, que consta de ochenta y seis capítulos, está dividido en dos partes. En la primera, que comprende desde el cap. I al LXIV, trata del nacimiento, genealogía, hechos, dignidad, costumbres y sepultura de los principales personajes del Antiguo Testamento; y en la segunda, que comprende los capítulos restantes, trata de las mismas cosas, referentes á personajes del Nuevo Testamento.

4.ª *Historias de los godos, vándalos y suevos.* En este libro hace una ligera reseña del orígen de estas razas; enumera los que, pertenecientes á ellas, han reinado en el mundo, y narra los principales sucesos de sus reinados. Al fin tiene un catálogo de los Reyes visigodos en España.

Están tomados en su mayor parte de la Crónica del Obispo Idacio.

ARTÍCULO V.

Obras litúrgicas, cartas, y obras dudosas.

LITÚRGICAS.

La *De los oficios eclesiásticos.* Esta obra está dividida en dos libros, de los cuales el primero, que contiene cuarenta y cinco capítulos, trata del orígen de los oficios. Así, en los diez primeros asigna el orígen que tuvieron la Iglesia y los cristianos; los templos, los coros, los cánticos, los salmos, los himnos, los cuales atribuye á San Hilario y á San Ambrosio: las antífonas, las oraciones, los responsorios y las lecciones. En el XI enumera los libros de ambos Testamen-

tos, y en el XII asigna á cada uno de ellos su respectivo autor. En el XIII y XIV marca el orígen de los laudes y ofertorio. Desde el XV al XVIII habla del orígen de la misa, divide en siete sus oraciones, las cuales va esplicando; despues habla del Símbolo niceno, que se canta tambien en la misa, de las bendiciones y demas ceremonias del sacrificio. Del XIX al XXI trata del orígen y significacion de la tercia, sesta, nona, víspera y completas. En el XXII dice que es muy antigua la celebracion de las vigilias, y en el XXIII habla de la antigüedad y significacion de los maitines. Del XXIV al XXXVI trata de las principales solemnidades de la Iglesia, principiando por el domingo, que vino á sustituir al antiguo sábado de los judíos. Del XXXVII al XLIII se ocupa de los ayunos de la Iglesia, y de las diversas prácticas de esta en el XLIV. Dice en el XLV que antes del diluvio solo era permitido al hombre alimentarse de vegetales; que despues del diluvio se le concedió el uso de la carne, de los pescados y del vino, pero que siempre es buena la abstinencia.

El libro II, que trata del orígen de los ministros de la Iglesia, comprende veintisiete capítulos. En los tres primeros define quiénes son los clérigos; los clasifica en buenos y malos, y les prescribe algunas reglas de bien vivir. En el capítulo IV dice que el orígen de la tonsura llega hasta los Apóstoles, y que estos la tomaron de los nazarenos. En el V habla del sacerdocio: el VI lo consagra á los Obispos auxiliares; el VII á los presbíteros, y así sucesivamente va dedicando cada capítulo, hasta el XXII respectivamente, á los diáconos, subdiáconos, lectores, salmistas, exorcistas, acólitos, hostiarios, monges, penitentes, vírgenes, viudas, casados, catecúmenos y competentes. En los capítulos XXIII y XXIV habla del Símbolo y de la regla de fe; y en el XXV, XXVI y XXVII trata del bautismo, crisma y confirmacion.

CARTAS DE SAN ISIDORO.

1.ª Ademas de las dedicatorias de algunas de sus obras, tiene una á Leufrado, Obispo, en la cual, á instancias de este personaje, le instruye acerca de las respectivas obligaciones que tienen todos y cada uno de los que ejercen cargos en la Iglesia, desde el hostiario hasta el Obispo.

2.ª Dos cartas á Braulio cuando era arcediano. En la primera le dice que le remite el anillo y el palio, y en la segunda el libro de los sinónimos.

3.ª Tres al mismo Braulio, cuando era ya Obispo: en la primera le dice que tiene muchos deseos de verle, y que de-

sea que Dios le conceda esta gracia antes de morir; y por último se encomienda á sus oraciones. Las otras dos tratan igualmente de asuntos familiares.

4.ª Una al Obispo Masano, fechada el último dia de Febrero del año tercero del reinado de Witerico. Creyendo este Obispo hallar oposicion entre dos sentencias de dos diferentes Concilios, consulta sobre ello á San Isidoro, el cual le contesta haciéndole ver que no existe dicha oposicion, y esplica el sentido en que debe entenderse cada uno de estos dos pasajes, apoyándose para ello en testos de la Sagrada Escritura. Por último marca la regla general para cuando entre dos Concilios haya verdadera oposicion, de que se ha de acatar á aquel que tenga más autoridad.

5.ª Una á Eladio y demas Obispos con él reunidos, en la cual les dice que ha sabido con mucho sentimiento la caida en el pecado de un sacerdote de la iglesia de Córdoba, y les instruye acerca de lo que con él deben hacer.

6.ª Una al duque Claudio, en la que contesta á algunas preguntas y consultas que este le habia hecho.

7.ª Otra á Eugenio, Obispo, en las que tambien resuelve algunas cuestiones.

OBRAS DUDOSAS.

El libro de la vida y muerte de los Santos se atribuye falsamente á San Isidoro (1). No debe confundirse con este libro el titulado *Del nacimiento y muerte de los Padres*, que efectivamente escribió San Isidoro.

Se atribuye tambien falsamente á San Isidoro la carta á Masano, en la que trata de la caida y reparacion del sacerdote; porque la doctrina que en ella se contiene, de la vuelta de los clérigos á sus antiguos honores, despues que hubiesen hecho penitencia de sus crímenes, es contraria á la doctrina de San Isidoro y á la de toda la Iglesia de España (2).

La carta á Redempto es apócrifa, porque en ella se trata de demostrar que no debe consagrarse con pan fermentado, sino con pan ázimo, siendo así que en aquel tiempo se consagraba en la Iglesia española con pan fermentado (3).

Acerca del libro titulado *Del órden de las criaturas*, es lo más comun que no es de San Isidoro, puesto que Braulio

(1) El Cardenal Baronio, al año 816, y en las notas al *Martirologio romano*, al dia 1.º de Mayo y 25 de Julio.

(2) Natal Alejandro, cap. IV, art. 4.º, sig. VII, pág. 566.

(3) Natal Alejandro, lugar citado.

no hace mencion de él, no obstante que á él le está dirigido. Ademas que en esa dedicatoria no usa con Braulio de aquel lenguaje familiar que usa en todas las demas ocasiones, sino otro mucho más respetuoso.

ARTÍCULO VI.

Carácter y estilo de San Isidoro.

El más esclarecido de los discípulos de la escuela cristiana de Sevilla fundada por San Leandro, fué San Isidoro, verdadero prodigio de saber y de virtud, una de nuestras primeras glorias científicas, de ingenio y consumada política, emblema de la tradicion literaria, ejemplo del más puro y al mismo tiempo del más ilustrado patriotismo, símbolo glorioso de union política y de unidad religiosa de la monarquía española; hermosísima figura, en fin, que la historia ha colocado sobre su majestuoso pedestal, para que sea objeto de la veneracion de los hombres hasta el fin de los siglos (1).

Nunca habia brillado en España, en opinion de algunos críticos, varon de más alta doctrina. San Braulio dice que no hubo ciencia en que no estuviese instruido, sabiendo hablar para todos. San Ildefonso le apellida espejo de Obispos y sacerdotes, pasmo de los que le oian por su suavidad y afluencia; y, por último, el Concilio VIII de Toledo le proclamó Doctor de su siglo, nuevo ornamento de la Iglesia, el último de los Padres si se atiende al tiempo, mas uno de los primeros si se mira á su doctrina; el sapientísimo de los siglos, al que todos deben nombrar con reverencia.

San Isidoro brilló, como en otro tiempo San Atanasio, en los Concilios y Asambleas públicas, y, semejante al diácono de Alejandría, confunde los argumentos de la mentira, y las falsas interpretaciones del error, atrayéndose las bendiciones de los confesores de la fe. Nadie con mayor denuedo, ni con más copioso fruto, apareció allí donde la defensa era necesaria, ó el ataque á la lucha conveniente; atento al comun provecho de la Iglesia, enseña, espone, comenta, narra, discute, dogmatiza, toma todos los tonos, se dirige á todas las inteligencias, previene todas las necesidades y recorre todos los espacios.

No fueron solo las ciencias eclesiásticas objeto de los es-

(1) Así se espresa D. José María de Eguren en una escelente y erudita Memoria premiada en el curso del año 1859 por la Biblioteca nacional.

tudios de San Isidoro; poseia en sumo grado y hacian admirar en él la elevacion de Platon, la ciencia de Aristóteles, la elocuencia de Ciceron, la erudicion de Orígenes, la severidad de San Gerónimo, la doctrina de San Agustin y la santidad de San Gregorio el *Grande*. Este ilustre Pontífice, habiendo leido una carta de San Isidoro, atendida la elevacion del estilo y el espíritu profético que en ella se respiraba, esclamó: *Ecce alter Daniel, ecce plusquam Salomon hic!*

La coleccion de las obras de San Isidoro, segun dice el Sr. Eguren, es arca de inestimable precio, que á traves de los siglos ha conservado hasta hoy los tesoros científicos de los antiguos imperios de Oriente y Occidente, los cuales pasarán asimismo en ella á las venideras generaciones.

Las *Etimologías*, la obra *De varones ilustres* y la *Historia de los Reyes godos*, son sus producciones más notables; grave y severo, claro y sencillo, se ostenta en sus numerosos escritos hallando siempre, al esponer su doctrina, la fórmula más adecuada é inteligible, sin que el menor resabio de afectacion altere la naturalidad de su frase, ni el más leve asomo de oscuridad desvirtúe el efecto producido por su lectura. Como escritor erudito, atiende á dar mayor fuerza y autoridad á sus especulaciones con el auxilio de la filología, prefiriendo entre todas las lenguas la griega, con la cual muestra á menudo la índole de sus estudios y educacion literaria.

San Isidoro no es tan solo un erudito, un literato consumado, un Pontífice celoso; es en realidad un Padre de la Iglesia. Su elocuencia, si bien no se asemeja á la de los Doctores de la *edad de oro de la palabra santa*, no es por esto menos notable. San Isidoro es un teólogo de la Edad Media, que razona y argumenta con las reglas de la escolástica; hállanse en sus escritos un sin número de oportunas consideraciones morales y de pensamientos místicos. En fin, el nombre de San Isidoro es la síntesis de un gran período en la historia de la literatura del mundo: él reune las grandes cualidades de sus antepasados, y de él penden como de un astro luminoso las de sus discípulos, émulos y admiradores.

CAPITULO XVII.

SAN EUGENIO III DE TOLEDO.

FUENTES. San Ildefonso de Toledo: *De los escritores eclesiásticos*, cap. XIV.—Florez: *España sagrada*, tomo III, página 252.—Ferreras: *Historia de España*, al año 646-658.

EDICIONES. La de Sirmondi, en Venecia, 1728, y la de D. Francisco Antonio Lorenzana, el año 1782.

ARTÍCULO ÚNICO.

Vida y escritos de San Eugenio.

Nació San Eugenio en Toledo á fines del siglo VI ó principios del VII, y fue hijo del godo Evancio. Desde su juventud estuvo agregado al clero de la corte de Toledo, hasta que huyó á Zaragoza por inclinacion á la vida monástica, y allí tomó el hábito religioso en el monasterio de Santa Engracia. Meditaba con frecuencia sobre la multitud de mártires que habian hecho gloriosa é ilustre aquella ciudad, y su ejemplo le arrebataba, llevándole á menudo á contemplar delante de sus sepulcros los triunfos y las coronas que habian merecido. El culto divino y el de los Santos mártires, á que se dedicaba Eugenio, no le estorbaban para ocuparse en el estudio, que fue siempre objeto de sus atenciones; así es que, al paso que hizo grandes progresos en la piedad, hízolos tambien nada inferiores en las ciencias eclesiásticas. Era entonces Obispo de aquella diócesis San Braulio, que á una eminente santidad reunia una admirable sabiduría, y con quien nuestro Santo vivió en estrecha amistad. A la muerte del metropolitano Eugenio II, el año 647, Eugenio fue elevado á pesar suyo por el Rey Chindasvinto á la Sede arzobispal. Pequeño de estatura y de una salud delicada, el nuevo Prelado desplegó, sin embargo, un celo ardiente en sus funciones, mejoró el canto eclesiástico y los oficios, y se distinguió como escritor y poeta. Murió el año 658, el 13 de Noviembre.

Segun San Ildefonso, sucesor suyo en la Silla de Toledo, escribió un libro sobre la *Trinidad*, probablemente para combatir los restos del arrianismo entre los visigodos. En

esta obra, que nos ha robado el tiempo, trató de aquel sublime misterio con tanta delicadeza, con tanta claridad y con tan superior estilo, que de ella dijo San Isidoro que era digna de enviarse al Africa y á la Grecia, cuyas dos regiones debió señalar el Santo, ó porque florecieron en ellas por entonces varones eminentes, ó bien porque quedasen todavía en las mismas algunas reliquias del arrianismo, contra el cual se dirigia principalmente aquel escrito. Corrigió tambien, á peticion del Rey Chindasvinto, el poema de Dacroncio, titulado el *Hexameron*, ó sea sobre los seis dias de la creacion, agregándole el último dia que le faltaba, y espresando aquel asunto con tal energía, que salió más hermoso de la mano del corrector que de la del primer autor del pensamiento. Compuso otras varias obras en prosa y verso, y trabajó ademas sobre las entonaciones eclesiásticas, que se iban alterando, y juntamente restauró los órdenes de los oficios, que se iban omitiendo (1). Ferreras observa (2) que en la iglesia de Toledo hay un manuscrito en verso, y otro que contiene cartas de San Eugenio, dirigida la una al Rey de España, y la otra á Protasio, metropolitano de Tarragona. En esta última se ve que Protasio le habia suplicado que compusiese una Misa de San Hipólito y algunos discursos para dias de fiesta, y que Eugenio responde que, si el estado de su salud se lo permite, cumplirá los deseos del metropolitano, sin poder prometer que sus nuevos trabajos valiesen lo que los anteriores.

El estilo de San Eugenio es natural y claro; su esposicion fácil y agradable; tiene fuego, ingenio y númen poético; la piedad brilla en todo cuanto dice; sus pensamientos son abundantes y nutridos, y revelan siempre un escritor instruido.

---

(1) Debe hacerse distincion entre órdenes y oficios eclesiásticos: los primeros denotan la buena administracion de lo que toca á cada ministro de la Iglesia: los segundos se entiende aquí de lo que concierne al rito, pues solo á este corresponde la buena entonacion.

(2) Lugar citado en las fuentes.

CAPÍTULO XVIII.

SAN FRUCTUOSO, METROPOLITANO DE BRAGA.

FUENTES. San Valerio, abad de San Pedro de Montes, en la vida de este Santo.—Los Bolandos, al dia 9 de febrero.—Florez: *España sagrada*, tomo XV, trat. 55.—Morales, libro XII, cap. XXXV, pág. 151.

San Fructuoso nació á principios del siglo VII, y estaba emparentado con la familia real. Muertos sus padres, quiso unirse más estrechamente con Dios; vendió todos sus estados, y distribuyó su importe entre los pobres, fundando al propio tiempo algunos monasterios, entre otros uno bajo el título de los Santos Justo y Pástor, cerca de Bierzo, con cuyo motivo se llamó esta abadía *Compludo*, aunque otros traen ese nombre del lugar en que estaba situada: dirigió él mismo aquella casa, y le dió una regla conocida por *Complutense*. Pasó á fundar despues un gran monasterio de monjas, llamado de Nona, á las cuales les dió tambien una regla que se tituló *Comun*. Poco despues fue consagrado Obispo de Dume, y el Concilio X de Toledo, en el año 650, le colocó en la silla de Braga, y murió el 16 de Abril de 665.

Los escritos de San Fructuoso son, como queda indicado, dos reglas: la primera tiene venticinco capítulos, y parece haber sido escrita para el primer monasterio que fundó, pues en el cap. XVIII, al hablar de los ayunos, señala una cuaresma para antes de la festividad de los Santos Justo y Pástor, titulares del monasterio. La segunda regla, titulada *Comun*, porque fue adoptada en muchos monasterios, tiene veinte capítulos, y es más notable que la anterior. En el tiempo que fue Arzobispo escribió muchas cartas, pero solo se ha conservado una. Tambien se le atribuyen algunos epígramas, pero son de dudosa autenticidad.

CAPÍTULO XVIII.

SAN ILDEFONSO DE TOLEDO.

FUENTES. Las obras de este Padre.—La vida de San Ildefonso, por Cixila, que se halla en el tomo v, apéndice 8.° de la *España Sagrada*.—San Isidoro: *De los Varones ilustres*.—Surio, en las *Vidas de los Santos*, de 23 de Enero.—Scaisa, y el tomo v de la *España Sagrada*, con sus continuaciones.

AUXILIARES. Mariana: *Historia de España*, libro VI, capítulo X.—Nicolás Antonio: *Biblioteca antigua*, lib. v, cap. VI.—El Tudense: *Don Rodrigo*, lib. II, capítulo último.—Belarmino: *De los escritores eclesiásticos*.—Baronio, en las notas del martirologio.—Mireo: *Biblioteca eclesiástica*; y Baillet: *Vidas de los Santos*.

EDICIONES. La que hay en la coleccion de los Padres toletanos, por el Cardenal Lorenzana: Madrid, 1782.—El tratado de la perpetua virginidad, que está en la *Biblioteca de los antiguos Padres*, tomo VIII, y sus sermones, cartas y tratado de varones ilustres, en el apéndice 5.° y 6.° del tomo v de la *España Sagrada*.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Ildefonso.

Este célebre español nació en Toledo. Sus padres, Estéban y Lucía, pertenecientes á la nobleza más distinguida, despues de muchos años de esterilidad, consiguieron, por medio de oraciones y obras piadosas, que el Señor les diese un digno vástago á quien pudieran legar la inmensa fortuna que poseian. Tiénese ordinariamente por tradicion que nació en lo más alto de la ciudad, en unas casas principales, que de lance en lance vinieron á poder de los condes de Orgaz, y de estos á los Padres de la Compañía de Jesus, quienes por devocion á San Ildefonso dieron al edificio, y en particular á la iglesia, la advocacion de este Santo. Fue su

primer maestro San Eugenio, despues Arzobispo de Toledo; y cuando se halló en edad conveniente, marchó á Sevilla, para aprender con el célebre San Isidoro, cuya fama habia llenado toda la cristiandad. Rico en ciencia, ilustre en virtud, regresó el hijo de Lucía á su patria, despues de doce años de ausencia. La consideracion que le tenian los hombres más ilustres hubiera enorgullecido á otra alma menos humilde; pero Ildefonso no pertenecia ya al mundo; suspiraba por la soledad, y queria buscarla en la religion benedictina. Su padre, que en él formaba un porvenir brillante, adivinando los intentos de su hijo, trató de impedir su realizacion; no así Lucía, que habiendo ofrecido á Dios el fruto de sus entrañas antes de nacer, favorecia los designios de Ildefonso. Fue este, pues, admitido en el célebre monasterio Agaliense, dedicado á San Cosme y San Damian, situado en los arrabales de la ciudad. San Eladio, Arzobispo á la sazon de Toledo, prendado de las virtudes del jóven monge, le ordenó de diácono, y permaneciendo aun en este grado fue elegido por unanimidad Abad de su convento á la muerte de Adeodato. Resistiose á aceptar esta dignidad cuanto la obediencia permite á un hijo de la regla, pero al fin sucumbió. Abad ya, y dueño de hacer el bien en mayor escala, hizo muy célebre su abadía por la inagotable caridad que á todas horas se hallaba en sus puertas. En medio de su ocupacion, se dedicaba al estudio de la Sagrada Escritura, y cuando su ánimo se hallaba próximo á sucumbir á las fatigas de su ministerio, hallaba un rato de inocente solaz en la música, á cuyo arte divino era muy aficionado. Muertos sus padres, distribuyó los pingües patrimonios que heredó en honrar la gloria de Dios, contándose entre sus obras de religiosidad la fundacion de un convento de monjas, para lo que invirtió sumas considerables. Asistió en calidad de Abad al octavo Concilio de Toledo en 655, y al noveno, que se celebró dos años despues. Se atribuye generalmente á San Ildefonso el cánon primero del Concilio X toledano, que instituyó en España la fiesta de la Espectacion del parto de Nuestra Señora.

A la muerte de San Eugenio, Arzobispo de Toledo, fue elegido Ildefonso por unanimidad para sucederle, y consagrado á pesar de su resistencia en el mes de Diciembre de 657. Bien pronto tuvo ocasion de dar una prueba de su ardiente celo el Santo Obispo, y emplear la eficacia de sus relevantes dotes. Los sectarios de Helvidio predicaban por España sus torpes errores contra la virginidad de María. Ildefonso, para quien esta escelsa Señora era objeto de constante culto, tomó valeroso la pluma y escribió un tratado sobre la *perpetua virginidad de María*, refutando y humillando á los

helvidianos, y sacando más incólumes, si cabe, las glorias de esa Señora. Dícese que la Vírgen, deseando manifestar su agradecimiento á su celoso abogado, al entrar este en la iglesia para rezar los maitines la víspera de la Asuncion de Nuestra Señora, seguido de mucha gente, apareció el templo iluminado por un maravilloso resplandor. Todos retrocedieron: solo Ildefonso entró impasible en el templo, y poniéndose de rodillas á orar, vió en la cátedra en que solia él enseñar al pueblo, á la Madre de Dios, con representacion de majestad más que humana, que le habló de esta manera: «Apresúrate y acércate, carísimo siervo de Dios; recibe este pequeño don de mi mano, que te traigo del tesoro de mi Hijo (1).» Esto dijo, y juntamente con sus manos le vistió una casulla, con que le mandó celebrar las fiestas de su Hijo y las suyas (2). Ademas de esto, el dia de Santa Leocadia, hallándose en la iglesia de esta Santa el Rey, el pueblo y el Arzobispo, y poniéndose este á hacer oracion ante el sepulcro de Santa Leocadia, con admiracion de todos levantose la losa que cubria el sepulcro, y, saliendo la Santa mártir, le dijo, tendiendo hácia él las manos: «Ildefonso, por tí vive la gloria de mi Señora.» Este prodigio dejó atónito al pueblo, y observando el Rey que el Santo Prelado pedia algo con que cortar el velo de la Santa Esposa de Jesucristo, que tenia cogido con la mano izquierda, le alargó su daga, con que cortó un pedacito de tela (3). Poco sobrevivió San Ildefonso á estos estupendos milagros: murió el 23 de Enero del año 667.

ARTÍCULO II.

Escritos de San Ildefonso.

San Ildefonso escribió muchas obras, pero algunas se perdieron ó quedaron incompletas; de las que todavía se conservan, las más importantes son las siguientes.

1.ª *El libro de la perpetua virginidad de la gloriosa Madre de Dios.* Una de las herejías más repugnantes y vergonzosas; uno de los miserables recursos del error para desvirtuar el prestigio de la Religion en lo que tiene de más poético, de más bello y consolador, que es el culto de María,

(1) Así refiere Cixila las palabras que la Vírgen dijo á San Ildefonso.

(2) La casulla, conservada en el Sagrario hasta la invasion de los moros, fue trasladada á Oviedo, en el arca en que se custodiaban las reliquias de varios Santos.

(3) La tela, con el cuchillo, se conservan con gran veneracion en aquella santa iglesia.

fue la doctrina de Joviniano y Helvidio, propalada en el siglo IV y reproducida en el VII en la Galia gótica. Quírico, Obispo de Barcelona, rogó á San Ildefonso que refutara este error. El Arzobispo de Toledo accedió á sus deseos, con tanto más gusto, cuanto que se sintió herido con esta herejía en lo más íntimo y santo de sus creencias, y encendido en ardoroso entusiasmo, salió al encuentro de sus enemigos y compuso este libro.

En el prólogo, San Ildefonso, despues de una elegante oracion, en que pide á Dios misericordia por sus pecados, y sabiduría para hablar dignamente de las cosas divinas, hace una tierna profesion de fe, y concluye diciendo que nada puede ni podrá jamás el error contra la verdad. En el capítulo I principia pidiendo á la Santísima Vírgen le alcance el favor de su divino Hijo para que pueda hablar con acierto de su virginidad; despues se ocupa del misterio de la Anunciacion, y manifiesta la timidez de María al escuchar las primeras palabras del ángel, y la promesa que este la hizo de que su concepcion seria obra del Espíritu Santo; ademas presenta á la Santísima Trinidad tomando parte en el misterio de la Encarnacion; pero enseña que solo la Persona del Verbo se encarnó, y añade que María engendró juntamente á Dios y al Hombre, permaneciendo vírgen antes y despues del parto. Al llegar aquí increpa á Joviniano por sus blasfemias contra la Madre de Dios, y le dice que no puede consentir que la prive de uno de sus títulos más gloriosos, y que haga á Dios la grave injuria de no haber podido conservar la integridad de su Madre. En el cap. II, dirigiéndose contra Helvidio, que creia manchada la mansion que habia ocupado la Divinidad, le prueba que el vientre elegido para que el Divino Verbo tomase carne, no volvió á ser ocupado jamás. «Cuando el espíritu de Dios, decia San Ildefonso á Helvidio, predijo estas cosas por los Profetas y afirmó por los Doctores, las defendió por los autores de la verdad, y las consolidó por la eternidad de los siglos. ¿Por qué tú, inventor de nuevos errores, torpísimo calumniador, por qué con tanta necedad las difamas? ¿Qué osas decir, caos de locura, qué intentas murmurar, qué piensas balbucir para demostrar que aquella morada de Dios en el seno virginal; aquella corte del Rey de las virtudes, clarísima con el brillo del pudor; aquella mansion de la honestísima carne del Emperador de las cosas celestiales, lugar glorioso de aquel Dios á quien no comprende toda la diversidad de lugares despues de la generacion de Dios, despues de la Encarnacion del Verbo, despues de la Natividad del Señor, despues del Nacimiento del Salvador, engendrara de carnal varon prole de carne perecedera? El lugar de vida,

¿produciria miembros que habian de morir? El huerto cerrado, que llevó solamente la flor de la peregrina virginidad, ¿produciria el abrojo de las espinas mortales? De la fuente de la vida, sellada con el virginal parto, ¿brotaria el cieno del matrimonio? Pido, pido á Dios que el sepulcro de tu boca sea atormentado con el dolor; que cierre sus dientes fuerte candado; que llene la inmovilidad de su lengua la caverna de su boca; que la crasitud del aliento pegue los estremos de sus labios para que no salga fuera el hedor de tales palabras, ni se respire el olor de esta compañía, ni se esuche el antuelito de esta habla. En el cap. III se dirige San Ildefonso contra los judíos, despues de haber refutado en los capítulos anteriores á los herejes, y les hace ver que si bien la Santísima Vírgen es de nacion y descendencia judía, por la fe y por clamor es Madre de los cristianos; luego les demuestra, con algunos testos de los Profetas, que la Vírgen anunciada por ellos debia unir á la virginidad la maternidad. En el cap. IV exhorta á los judíos á que no limiten el honor de la Vírgen y de la Madre, porque la injuria que se le hace cae tambien sobre el Hijo; despues demuestra que á la Santísima Vírgen adoran todas las celestiales virtudes, y que á su patrocinio acuden todos los pueblos de la tierra. En el cap. V esplica el misterio de la Encarnacion, y prueba ademas, contra los judíos, que la humildad con que apareció el Salvador estaba anunciada en los libros santos, cuyos testos aduce. En el cap. VI demuestra que el Hijo de la Vírgen María es Dios, y que se encarnó sin quebranto de la virginidad de la Madre; todo lo cual confirma con testimonios de la Escritura, principalmente del Antiguo Testamento. Tambien manifiesta que la Divinidad no se convirtió en carne, sino que la tomó y se unió á la persona del Verbo. En el cap. VII invita á sus adversarios á que espongan sus argumentos; presenta á su vista las palabras de la Escritura, de donde el Padre da testimonio de su Hijo, y les prueba la identidad de naturaleza entre Este y el Padre. Despues refiere admirablemente toda la vida del Salvador, desde su nacimiento hasta la venida del Espíritu Santo, confirmando todos los hechos del Evangelio con testos del Antiguo Testamento. En el cap. VIII resume todo lo dicho en el anterior; y con el objeto de hacer resaltar más y más la divinidad del Hijo y la virginidad de la Madre, enumera los prodigios obrados en la Santísima Vírgen, á cuyo propósito recuerda la salutacion de Santa Isabel, y el gozo que manifestó San Juan en el vientre de su madre; la profecía de Simeon y de Santa Ana, la confesion de la divinidad de Jesucristo hecha por el ciego de nacimiento, y por Marta, hermana de Lázaro; el recibimiento que hizo á Jesus el pue-

blo de Jerusalen el Domingo de Ramos, y concluye exhortando á los judíos á que reconozcan la virginidad de María y la divinidad de su Hijo. En el cap. IX prueba el dominio que Jesus tuvo sobre los ángeles y sobre toda la naturaleza; que es verdadero Dios. A este propósito cita en primer lugar las apariciones de los ángeles á la Santísima Vírgen y á San José, y en el sepulcro la mañana de la Pascua, verificadas todas ellas en obsequio de la Madre y del Hijo, y en segundo lugar refiere la aparicion de la estrella á los Reyes magos, la conversion del agua en vino en las bodas de Caná, la multiplicacion de los panes y de los peces en el desierto, y los enfermos y los muertos, unos curados y otros resucitados á la voz de Jesucristo; de todo lo cual deduce San Ildefonso que el que pudo hacer todas estas cosas, tambien tiene poder para conservar á su Madre la virginidad. En el cap. X demuestra la virginidad de María por la misma economía de la Encarnacion, y hace ver ademas que la Santísima Vírgen es superior á los ángeles. En el cap. XI prueba con la salutacion angélica la virginidad de María, pues solo en virtud de las palabras del ángel, que dejaban íntegra su virginidad, consintió en ser Madre de Dios. En el XII y último dirige una tierna oracion á la Vírgen Madre y á su divino Hijo, y concluye su libro afirmando la perpetua virginidad de María contra los profanadores de tan esclarecido privilegio.

2.ª *El libro de la virginidad y parto de la Vírgen María.* Dice San Ildefonso al principio de este libro que es obra del Espíritu Santo defender contra los herejes la perpetua virginidad de María, pues es un misterio incomprensible. Enumera luego los diversos errores acerca del modo con que sucedió el parto de Nuestra Señora, y advierte que la ley bajo la que todos nacemos no es propia de la naturaleza, sino de la corrupcion. Cita en su apoyo á San Atanasio, y deduce de su doctrina que Cristo fue siempre verdadero Dios. Prueba con la Escritura y los Santos Padres que Jesus no es Hijo adoptivo de Dios, para lo cual razona de esta manera: Cristo no fue Hijo adoptivo de Dios por adopcion, como lo son los justos, sino por naturaleza, y que si no lo fuese así, no podia serlo ni aun por adopcion; porque ¿quién habia de merecer para El la gracia de ser adoptado hijo de Dios, sino quien fuese de una misma naturaleza con el Padre? Por tanto, concluye el Santo que Cristo no fue adoptivo, sino adoptador; que no tomó la persona humana, y que María es llamada con razon Madre de Dios. Confiesa que María parió sin dolor, tristeza, ni afliccion, porque la carne de María no fue carne de pecado, ó sea que en María no hubo pecado original. Prueba que Cristo, al na-

cer, no quebrantó la virginidad de su Madre, y que los dolores de las que paren provienen de la maldicion de Dios. Esplica la razon del misterio de la Encarnacion, concluyendo que María concibió vírgen, y parió vírgen, citando al efecto á San Agustin y á San Leon Magno. Despues de esplanar sus asertos con razones y autoridades de los Santos Padres y de la Sagrada Escritura, dice que la natividad de Jesucristo no tiene comparacion alguna; y como hablando de María no se puede menos de hablar tambien de su Hijo, trata de sus dos naturalezas y de sus operaciones, confiesa la unidad de la Persona en las dos naturalezas, y que la Divinidad jamás se separó de la humanidad de Cristo. Finalmente, concluye exhortando á que rueguen por él á la Reina del cielo que se digne recibir el trabajo del piadoso Obispo, aunque sabe muy bien que no necesita de alabanzas Aquella ante quien se postran los ángeles del cielo, y cuya gloria no puede ser oscurecida.

3.ª *El apéndice á los varones eclesiásticos, de San Isidoro* (1). San Ildefonso refiere en el prólogo que San Gerónimo reunió en un libro los varones que desde el principio del cristianismo habian ilustrado á la Iglesia con sus escritos y la habian defendido contra sus enemigos; que á este siguió Gennadio, y más tarde hizo lo propio San Isidoro; pero añade que despues nadie ha continuado estos trabajos, por cuya razon se propone dar noticia de algunos escritores, antes que su memoria se pierda en el olvido. San Ildefonso nos da en este apéndice el catálogo de trece varones eclesiásticos, y, á escepcion de San Gregorio Magno y de Donato, monge africano, todos los demas son Obispos españoles.

4.ª *Diez y seis sermones de San Ildefonso.* San Ildefonso pronunció estos discursos en obsequio de la Santísima Vírgen en algunas de sus festividades, de los cuales doce se hallan en la *Biblioteca de los antiguos Padres* y cuatro en el capítulo VII del tomo V de la *España sagrada* de Florez.

5.ª *Dos cartas á Quírico, Obispo de Barcelona.* Las dos son contestacion á este Obispo; la primera por haberle pedido que escribiese contra los que blasfemaban de la Santísima Vírgen; pero San Ildefonso le dice que confie poco en sus escritos, y que dirija á Dios las alabanzas que le da, pues de él viene todo don. En la segunda manifiesta á Quírico que si alguna cosa buena ha encontrado en sus escritos, es sin duda alguna obra de Dios.

No fueron estas solas las obras que debió la Iglesia goda á la pluma de San Ildefonso: escribió igualmente sobre el *Bautismo* un tratado muy copioso y erudito, en que recapi-

(1) Florez: *España sagrada*, tomo V, apéndice 6.º

tuló todo lo mejor que acerca de él se habia dicho: escribió igualmente acerca de la *gracia*, de las *virtudes*, de los *símbolos* de la Religion cristiana, algunas Misas para la Santísima Vírgen y otros Santos, y varios himnos.

San Ildefonso ha sido elogiado por propios y estraños; del mismo modo todos le alaban con entusiasmo, y ensalzan la fertilidad de su talento, ofreciéndole como modelo perfecto de energía, de valor, de fuerza, de conviccion, digno de ser imitado.

«Con la imaginacion de un poeta, dice un autor contemporáneo, que habia pasado su juventud bajo el cielo espléndido de la Bética, y con la razon de un filósofo que durante la edad viril habia vivido en el retiro del claustro consagrado á la enseñanza, ostentó San Ildefonso en aquella peregrina obra de la *perpetua virginidad de Santa María* el ímpetu fogoso de Eugenio y la severidad lógica de Isidoro. El entusiasmo que mueve su pluma, dando á su acento una entonacion elevada, comunica á su frase estraordinaria riqueza, y prestando noble precision á sus ideas, infunde á su lenguaje cierta manera de imperio, que, ejercido al par sobre la razon y el sentimiento, hace irresistible su elocuencia.»

La elocuencia varonil de San Ildefonso hiere el ánimo y sorprende la imaginacion; era entonces precisa, y lo será siempre para destruir el cinismo de los que ponen sacrílega su lengua contra los dogmas de la fe y las doctrinas cristianas.

Hay, sin embargo, demasiado orientalismo en los discursos de San Ildefonso; emplea con frecuencia antítesis y amplificaciones simétricas, que, en opinion de un crítico, terminan por imprimir cierto amaneramiento y estraña verbosidad á sus composiciones, produciendo confusion en las ideas y falta de pureza en el lenguaje.

CAPÍTULO XIX.

SAN JULIAN, ARZOBISPO DE TOLEDO.

FUENTES. Las obras del mismo San Julian.—Félix, Arzobispo de Toledo, en el elogio de este Santo.—Florez: *España Sagrada*, tomo v, pág. 277.—El Cardenal Aguirre: *De los Concilios*, tomo III.—Los Bolandos, continuacion, página 783.—Baronio: *Notas al Martirologio*, al dia 8 de Marzo.—El Martirologio romano, en el dia 6.—Nicolás Antonio: *De la Biblioteca antigua*.

AUXILIARES. Belarmino: *De los escritores eclesiásticos*.—*España ilustrada*, tomo II, pág. 14.—Alberto Mireo, tomo I de su *Biblioteca*, pág. 101.—Duchesne, tomo I, *Historia francesa*.—El Cardenal Bona: *De las cosas litúrgicas*, lib. I, cap. IX.—Natal Alejandro: *Historia eclesiástica*, tomo V, siglo VII, cap. IV.—Bayllet: *Vidas de los Santos*.

EDICIONES. *La coleccion de los Padres toledanos*, tomo II, por el Cardenal Lorenzana, Madrid, 1789.—Para el *Prognosticon* y las *Seis edades del mundo*, *Bibloteca de los antiguos Padres*, por Margarino de la Vigne.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Julian.

Este ilustre Santo nació en la antigua y noble ciudad de Toledo, en el primer tercio del siglo VII (1). Desde niño tuvo por modelo de su vida al Arzobispo de Toledo San Eugenio, tercero de este nombre, quien le cobró tanto cariño, prendado de sus buenas cualidades, que consagró todo su cuidado á formar su corazon. Al par que crecia Julian en virtudes, enriquecia su claro talento con los conocimientos de aquella época, y particularmente con el estudio de las divinas letras. Tuvo, juntamente con su íntimo amigo Gudila, el designio de retirarse á un convento; pero Dios destinó á aque-

(1) Isidoro Pacena escribió en su Historia que pertenecia á la raza de los judíos, y Tritenio lo hace natural de Mauritania; pero ninguna de las dos cosas es cierta.

llas dos lumbreras para que brillasen en un puesto más elevado. Gudila fue, pues, sublimado á la dignidad de arcediano de la Iglesia de Toledo, y Julian colocado despues en esta Silla metropolitana, vacante por muerte de Quírico, y consagrado el 29 de Enero de 680. El era el consuelo de su rebaño, y atrajo con sus oraciones muchas felicidades sobre su pueblo. Durante su arzobispado se celebraron en Toledo tres Concilios, el 12, 13 y 14. Con motivo de una censura que se hacia de su doctrina, escribió dos *Apologías* para defenderse; á instancias del Rey Ervigio, escribió contra los judíos; y á consecuencia de una conversacion que tuvo con Idalio, Obispo de Barcelona, escribió su *Prognosticon*. Murió el Santo Prelado el 6 de Marzo de 690.

ARTÍCULO II.

Obras de San Julian.

De las obras de San Julian que han llegado hasta nosotros las más importantes son las siguientes:

1.ª *Demostracion de la edad sesta contra los judíos*. Antes de principiar su obra, pide á Dios que le ayude en su trabajo, y aparte de sus labios el error. Luego se dirige en el prólogo al Rey Ervigio, que le habia mandado oponerse con su elocuente pluma al error de los judíos que opinaban que el Mesías ha de venir en la sesta edad del mundo, y contando las edades de mil años cada una, concluian que aun no habia venido, pues, segun su cálculo, duraba todavía el quinto milenario. Despues de pedir su venia al Rey y desearle muchas felicidades, principia á esponer su obra, que divide en tres libros, de esta manera: En el libro I increpa á los judíos por querer seducir á los cristianos con sus falsos asertos. Propone luego el argumento de la obra: «que debieran despreciarse los sueños de los judíos, pero que los Obispos tienen el deber de predicar la verdad; y ya que aquellos no se conviertan, que se aprovechen al menos los cristianos.» Luego plantea el tema de la disputa; propónese asimismo las objeciones de los judíos; distingue despues las edades del mundo; dice que es imprudencia escrutar los secretos de los tiempos, citando en su apoyo á San Agustin, y que puesto que ni en la ley ni en los Profetas se dice cosa alguna del cómputo de los años, no tienen razon para desconocer el misterio de la Encarnacion. Dejando luego á un lado esa materia, se propone probarles, por las señales que se dan en el Antiguo Testamento, que es un

hecho, ya pasado para nosotros, la venida del Reparador del género humano. Observa á este propósito lo que se dice sobre la vocacion de los gentiles, el dominio universal del Rey de Judá, la confusion de los judíos, la pena de estos por haber crucificado á Jesus, el haber faltado el cetro de Judá y el general de sus ejércitos. Finalmente, esplana la profecía de Daniel sobre las sesenta semanas, enumera los Emperadores, desde Darío hasta Augusto, los años que reinó este Emperador, y concluye diciéndoles que es una necedad esperar al Cristo, advirtiéndoles la ceguedad en que estaban sumidos.

En el libro II se propone San Julian demostrar, por los hechos del Nuevo Testamento, que la venida del Mesías no se podrá saber por el cómputo de los años contados desde el principio del mundo, segun los Códices hebreos, sino por los testimonios de la Escritura. Para lo cual manifiesta, primero, que el ángel que anunció á Zacarías y á María es Gabriel, el mismo que inspiró á Daniel la profecía de las sesenta semanas, y que lo que entonces anunció como futuro, ahora lo confirma como presente, en el tiempo prefijado por Daniel. Luego recuerda la turbacion de Herodes al oir de los Magos que Jesus habia nacido, y hace notar cómo, cuando Herodes oyó la venida del Salvador, no se consoló con pensar que no era aun tiempo de que viniera, segun los Códices hebreos, sino que antes bien se estremeció, pues sabia, juntamente con los príncipes de los sacerdotes y escribas, que estaba anunciado por los Profetas. Aduce muchos hechos en que, preguntando los judíos á Jesus si era el Hijo de Dios, este contestaba refiriéndose al testimonio de las Escrituras. Finalmente, refiere muchas disputas de los Apóstoles con los judíos, en las cuales ninguno, al dudar de Cristo, le propuso la objecion de los años, segun los Códices hebreos. Deduce, por fin, de todos estos hechos que los años, contados, segun los Códices hebreos, desde el principio del mundo, no eran ni pueden ser objecion al tiempo en que vino Jesucristo, pues si hubiera sido, los judíos la hubieran hecho.

En el libro III, descendiendo San Julian al propio terreno en que se colocan los judíos, va á demostrarles que ya llegó la sesta edad, en la que estaba anunciado habia de venir el Salvador. Para probarlo, advierte que las edades no se cuentan por años, sino por generaciones, porque no se llega al tiempo de Cristo, segun el Evangelio, contando los años, sino contando las generaciones. Luego esclarece las razones de las seis edades, tomándolas de los seis dias en que Dios creó todos los seres, iniciando cada uno de los dias con su mañana, y terminándolo con su ocaso. Distingue á seme-

janza de esto seis edades en el hombre, á saber: infancia, niñez, mocedad, juventud, gravedad, y vejez. Cuenta despues la primera edad del mundo, desde Adan hasta el diluvio, la cual comprende diez generaciones; la segunda desde el diluvio hasta Abraham, que tambien abraza diez generaciones; la tercera desde Abraham hasta David; la cuarta hasta la trasmigracion de Babilonia; y la quinta hasta Jesucristo: comprenden cada una catorce generaciones. Esplica ingeniosamente por qué las dos primeras edades abrazan cada una diez generaciones, y las otras tres, catorce cada una. Para esto hace abstraccion de todos los hombres que han vivido en el mundo, combinándolos como un solo hombre; y así como en la infancia y niñez de este la vida es vida de los sentidos corporales, que son cinco, así tambien las dos primeras edades del mundo, que son como su infancia y su niñez, tienen vida material é inocente. Por consiguiente, como que esos cinco sentidos están en ambos sexos, de aquí que resulte el número diez, y esplica por qué las dos primeras edades comprenden diez generaciones cada una. En la tercera, cuarta y quinta edad, como el hombre, ademas de los cinco sentidos que tiene en su infancia y niñez, adquiere en su mocedad la discrecion y la actividad necesarias, así en la tercera, cuarta y quinta edad el mundo adquirió la discrecion y la actividad necesarias, cuyas dos cosas, añadidas al número cinco de los sentidos, forman el número siete, que, como adquiridos por ambos sexos, forman el número catorce; y hé aquí ingeniosamente esplicado el número de catorce generaciones en las tres últimas edades. Luego, como la razon de las edades se toma de los dias de la creacion, encuentra tambien en cada una de estas edades ó dias, como en aquellos, su mañana y su ocaso. Dice que la mañana de la primera edad es Adan, y su ocaso el diluvio; la segunda principia con su oriente, que es la cesacion del diluvio, y concluye con su tarde, que es la confusion de lenguas; y así sucesivamente se puede encontrar esta analogía en todas las demas. Presenta despues la cuestion por qué convino que Cristo viniera en la sesta edad, y dice que así como Dios crió al hombre en el sesto dia, así tambien vino la reparacion del hombre en la sesta edad. Dirígese á los judíos, diciéndoles que no importa saber el número de años, si las generaciones están completas, y que si no fuera por estas, tampoco podrian ellos contar los años desde el principio del mundo. Como segun los Códices hebreos aun estamos en la quinta edad del mundo, y segun la version de los Setenta ya vino la sesta, antepone con irrefutables razones la version de los Setenta á aquellos Códices. Cita á San Agustin para afirmar que el querer

enmendar la profética version de aquellos setenta varones es muy peligroso; que los Apóstoles la usaron, y que los Códices hebreos están corrompidos. Finalmente, espone, segun esa misma version, las seis edades del mundo, aunque la sesta está indeterminada, dividiéndolas por años, hasta el tiempo en que vivió San Julian, y concluye compadeciéndose de la ceguedad de los judíos. Estos libros los concluyó el año 686.

2.ª *El pronóstico del siglo futuro.* San Julian lo escribió por los años 688, en tres libros, y lo dedicó á Idalio, Obispo de Barcelona. En el prólogo recuerda á Idalio la conversacion que tuvieron en Toledo acerca de la muerte, del lugar que habitan las almas hasta la resurreccion general, y de la vida futura, motivo por el cual le escribe y le dedica esta obra, en que procura reunir sobre estas materias todo lo que habian dicho los escritores, especialmente San Agustin y San Cipriano. En el lib. I, y desde el cap. I al III, prueba que el pecado es la causa de la muerte; que los ángeles fueron criados inmortales, y que tambien á los hombres se les prometió la inmortalidad si permanecian fieles al Señor; pero habiendo abusado del libre albedrío, pecaron, y con esto la perdieron. Desde el IV al VI dice que la muerte trae su etimología, ó de la amargura que causa, ó del bocado por el cual Adan murió; luego añade que la muerte es cruel en los niños, prematura en los jóvenes, y en los ancianos natural, pero siempre desagradable, aunque las más veces no se sientan los dolores que la acompañan. Desde el VII al VIII manifiesta que la muerte purga frecuentemente del pecado, como sucedió con aquel Profeta, que habiendo sido muerto por un leon, este no se comió su cuerpo, y que para los justos siempre es buena, porque les abre la puerta de la inmortalidad. En el IX contesta á los que decian que si el bautismo perdona el pecado, causa de la muerte, los que son bautizados no deben morir, y les dice que si inmediatamente despues del bautismo se siguiera la inmortalidad, se enervaria la fe, pues en tanto se tiene en cuanto no se ve, y ademas se quitaria el mérito que alcanza venciendo á la muerte, como sucede á los mártires. Desde el X al XI enseña que los ángeles toman las almas de los justos y las llevan al cielo, como se dice en el Evangelio cuando habla del mendigo Lázaro, que fue llevado al seno de Abraham; despues añade que mientras hay muchos que sienten la muerte del cuerpo, apenas hay quien tema la del alma. Desde el XII al XIII manifiesta que no debe sentirse la muerte cuando se ha vivido bien; y ademas, porque el mismo Jesucristo ha muerto para nuestro consuelo. Desde el XIV al XVI presenta los motivos que debemos tener presentes

para no temer la muerte del cuerpo, ya considerando los peligros que hay en la vida, ya la felicidad que nos espera; luego presenta nuestra inconsecuencia diciendo que pedimos en el *Padrenuestro* que se haga la voluntad de Dios, y que venga á nosotros su reino, y en el momento que se acerca la muerte, temblamos; y exhorta á no turbarnos en su presencia, pues si bien el temor es natural, debemos permanecer firmes, como lo hizo Jesucristo. Desde el XVII al XVIII recomienda que se multipliquen las oraciones al tiempo de morir para vencer al demonio. Quiere ademas que se haga el oficio de los difuntos, y que se cuide de la sepultura (1). Desde el XIX al XXI hace ver cuán conveniente sea para la salud de las almas que los cuerpos se entierren en la iglesia, y que se ofrezcan sacrificios por ellos.

En el lib. II, y desde el cap. I al III, trata de la diferencia que hay entre el Paraiso terrenal y el celeste; en aquel vivieron nuestros primeros padres; á este van las almas de los justos cuando mueren, y añade que de este habló Jesus al Ladron en la Cruz y que se halla en el tercer cielo, como lo prueba el rapto de San Pablo; pues el primer cielo es el que está sobre la tierra y el mar, ó sea la atmósfera, y el segundo es el espacio donde se mueven los astros, y donde San Pedro vió el cuadro de los animales. Por último, dice que el seno de Abraham significa descanso, donde esperaban las almas de los Patriarcas. Desde el IV al VII distingue dos infiernos, uno encima de la tierra y otro debajo, fundado en San Lúcas (2); y añade que si bien los infiernos son corpóreos, no se puede comprender, sin embargo, qué cosa sean, y que es preciso creer lo que la fe nos enseña acerca de ellos. Desde el VIII al X establece que las almas de los justos son recibidas en el cielo si no tienen algo que purgar, en cuyo caso van al purgatorio, en donde se purifican, y dice tambien que pueden ser ayudadas por medio de los sufragios. Desde el XI al XIV manifiesta que las almas antes de la resurreccion no ven del mismo modo á Dios como lo verán despues; que apetecen unirse á los cuerpos, y que así como las almas purificadas entran en los cielos, del mismo modo las manchadas con la culpa van al infierno, de donde no saldrán jamás. Desde el XV al XVII prueba que el alma separada del cuerpo no pierde su sensibilidad ni sus facultades; que puede ser atormentada por el fuego material, y que este fuego, á pesar de ser uno, atormenta de distinto modo. Desde el XIX al XXIII demuestra la existencia del pur-

(1) San Julian trae en este lugar la doctrina de San Agustin en su libro *Sobre los difuntos*.

(2) Cap. XVI.

gatorio, con la Escritura y los Santos Padres, y añade que es diferente el fuego que atormenta á las almas que un dia han de gozar de Dios, de aquel que hay en el infierno; que las penas del purgatorio terminarán con el juicio universal, mientras que las del infierno serán eternas, y, por último, dice que del fuego del purgatorio unas se libran antes y otras más tarde, y que las tribulaciones de esta vida son penas expiatorias. Desde el XXIV al XXVII manifiesta que las almas de los muertos conocerán á las que vieron en este mundo, y las de los bienaventurados, aun á las que no vieron; despues prueba que estas oran por los impíos, pero no por los condenados, y que se interesan por la felicidad de los vivos. Desde el XXVIII al XXXII continúa diciendo que los bienaventurados tienen un especial cuidado por los vivos; que saben lo que hacemos, y que pueden aparecer en este mundo, con el permiso de Dios, pero no en virtud de la magia; y añade que los condenados ven á los justos, y estos á aquellos, y que para los primeros es de mayor tormento, y para los segundos de mayor gloria. Desde el XXXII al XXXVII demuestra la existencia de la vida futura, con la Escritura, la tradicion y algunos ejemplos, y hace ver que las impresiones de alegría ó de tristeza que sufren las almas no son como las de nuestros sueños, y concluye diciendo que apenas se muere, principia para el alma la bienaventuranza.

En el libro III, y desde el cap. I al III, manifiesta que no se sabe el tiempo y el dia del juicio, así como tampoco su duracion; y que respecto al lugar, es de parecer que las palabras del Profeta Joel se deben entender de la defensa de la verdad contra los enemigos de Dios. Desde el cap. IV al VI habla del terror que infundirá el Salvador al aparecer en el juicio, y despues dice que los ángeles llevarán la Cruz, y añade que los justos se purificarán con el terror de este juicio. Desde el cap. VII al IX prueba que Jesucristo será terrible para los pecadores y suave para los justos; que aparecerá en carne, pero que los justos verán su divinidad; no así los condenados, y que solo vendrá el Hijo, á quien se le ha entregado todo juicio. Desde el cap. X al XIII esplica quiénes son los vivos y quiénes los muertos que han de ser juzgados; y despues de decir qué se entiende por las sillas de los jueces, añade que no serán solos los Apóstoles los que juzgarán, sino tambien algunos de los otros justos. Desde el XIV al XVI manifiesta que la resurreccion se hará al primer sonido de la trompeta, y que será para todos los hombres. Desde el XVII al XIX dice que resucitaremos en nuestros propios cuerpos y con una carne incorruptible. Desde el XX al XXII habla de la edad en que hemos de resucitar, y conviene en que será de unos treinta años, y que no habrá imper-

feccion alguna, aunque los mártires conservarán las señales de su constancia. Desde el XXIII al XXVI indica que no hay necesidad de señalar la edad en que resucitarán los condenados, pero que tanto en estos como en los justos se distinguirán los sexos; que los justos no sentirán ni sed ni hambre, y que sus vestidos serán como los del Salvador al resucitar. Desde XXVII al XXXII manifiesta que resucitarán los niños abortivos y todos aquellos que hubiesen estado animados; y respecto de los que les faltaron algunos miembros ó los tuvieron dobles, dice resucitarán perfectos; y de aquellos que tuvieron dos cabezas ó dos cuerpos, que resucitarán tantos cuantas almas hubo en ellos; ademas añade que aquellos que hubiesen sido comidos por las bestias resucitarán tambien con sus cuerpos; y concluye diciendo que la dificultad que hay en comprender la resurreccion desaparece considerando la generacion; y que de las deformidades de los condenados cree que las conservarán. Desde el XXXIII al XXXVIII establece dos órdenes en el juicio, uno de los justos y otro de los condenados, el primero compuesto de los que en union con Jesucristo juzgarán, y de aquellos de quienes se dirá: «Venid, benditos de mi Padre,» y el segundo constará tambien de dos: uno de los que murieron sin entrar en la Iglesia, y de ellos se ha dicho: «Que no se levantarán en el juicio,» y el otro á quienes se dirá: «Id al fuego eterno.» Despues añade que se hará la separacion, y que los justos no temerán ver descender á los condenados al infierno. Desde el XXXIX al XLIII esplica lo que se entiende por aquel libro en el cual el que no se encuentre será condenado, y dice que es la predestinacion. Luego añade que el fuego quemará á los hombres y á los demonios eternamente sin consumirlos, y que las penas serán diferentes; pero que acerca de la naturaleza de este fuego, hay que atenerse á lo que enseña la fe. Desde el XLIV al XLV dice que á la condenacion de los réprobos seguirá la gloria de los Santos, y que el Salvador los presentará á su Padre. Desde el XLVI al XLVIII manifiesta que, concluido el juicio, el fuego abrasará el cielo y la tierra, y saldrá un cielo nuevo y una tierra nueva. Desde el XLIX al LIII refuta á los que creen que volverá á poblarse la tierra, y dice que con este mismo cuerpo podremos estar en el cielo. Desde el LIV al LVII presenta la cuestion de si los justos verán á Dios con los ojos corpóreos, y dice que serán como los ángeles, y que tendrán libertad, pero sin poder pecar. Desde el LVIII al LXII establece la diversidad de premios, y que sin ninguna fatiga alabarán los justos á Dios eternamente.

2.° *El apologético de la fe* (1). El año 683 el Papa San

(1) Florez: *España Sagrada*, tomo VI, part. 1.ª, cap. IV.

Leon II mandó á España la condenacion de Apolinar, hecha en el Concilio VI general, á fin de que la suscribiesen los Obispos; pero no siendo posible la reunion de un Concilio tan pronto como se deseaba, para que no se creyese que se desairaba la órden del Romano Pontífice, se dispuso que los Obispos españoles formasen Sínodos provinciales, y que en ellos se tratase de ese negocio. San Julian escribió al Pontífice este libro, dándole cuenta de todo lo ocurrido, y enviándole una profesion de fe, conforme á lo dispuesto en el Concilio general; pero algunas de las proposiciones de su Apologético fueron censuradas en Roma, y San Julian se vió precisado á escribir otro de acuerdo con los Padres del Concilio XIV de Toledo, en donde se esplicaba el sentido católico de su primer escrito (1).

4.° *El libro Autikeimenon, ó sea concordancias.* En él aclara muchas aparentes contradicciones de la Escritura; á saber: ciento treinta y ocho del Antiguo Testamento, y ochenta y tres del Nuevo.

5.° *El comentario sobre Nhaum.* Esta obra está imperfecta, á pesar de lo cual es tenida en mucho aprecio.

6.° *Un prólogo en alabanza al libro de la virginidad de María.*

7.° *La Historia de la revolucion de la Galia narbonense y del duque Paulo contra el Rey Wamba* (2). San Julian refiere en esta obra que mientras el Rey Wamba se hallaba combatiendo á los vascos ó navarros, se sublevó contra él en la Galia narbonense Hilderico, conde de Nimes; que habiendo mandado para someterlo al conde Paulo, este se unió á los sublevados, y que, vencidos los vascos, el Rey llevó sus tropas contra los rebeldes, á quienes derrotó en poco tiempo, tomando todas sus plazas fuertes y apoderándose de Paulo, que se habia fortificado en Nimes; dice, por último, que, á pesar de la pena de muerte que con arreglo á los cánones se habia aplicado á los culpables, el Rey les perdonó la vida, contentándose con llevarlos prisioneros á Toledo.

Ademas de estas obras, escribió algunas cartas á Idalio, y aumentó con Misas y oraciones el Misal mozárabe.

San Julian se señaló por su elocuencia, por sus virtudes y por sus trabajos literarios, siendo acreedor á ocupar un lugar distinguido entre los esclarecidos varones de la Iglesia española del siglo VII. Guárdanse principalmente los testimonios irrecusables del mérito de San Julian, en las actas de los Concilios XI y XV de Toledo, en las obras que

(1) Nicolás Antonio, lib. v, *Biblioteca antigua hispana*, núm. 388.

(2) Florez: *España Sagrada*, tomo VI, apéndice último.

nos legó, y en la opinion de cuantos han escrito acerca de esta época.

«Poeta, orador, historiador, filósofo y teólogo, recorre con igual brio todas las sendas abiertas por sus maestros, y reflejando como ellos la luz de las letras sagradas y profanas, recoge en todos los terrenos envidiables laureles; y si á la crítica literaria no le es dado hoy saborear desgraciadamente los sazonados frutos de su musa; si llora la Iglesia como perdidas no pocas de sus más célebres producciones, admira esta en las que han llegado á nuestros dias, la profundidad y estension de su doctrina, ya interprete y concuerde las Sagradas Escrituras, ya defienda contra los judíos la integridad del dogma y el cumplimiento de las profecías, ya, en fin, revele y esplique los misterios de la eterna vida, bosquejando con vigoroso pincel el portentoso cuadro de la resurreccion de la carne. La crítica literaria, sin apartar la vista de estos preciosos libros, donde contempla á San Julian como espositor y controversista, tiénese tambien por afortunada con poseer algun fruto de su elocuencia, reconociendo al propio tiempo las escelentes cualidades que le distinguen como historiador (1).»

Mariana, al hablar de San Julian, dice que tenia un ingenio fácil, copioso y suave; y D. Nicolás Antonio ensalza el primor y la elegancia de sus trabajos. Sin embargo, sus composiciones se resienten, en cuanto á la forma, del mal gusto que comenzaba á reinar, del latin adulterado, que más tarde se observa en los pocos escritos que la tradicion ha conservado de la Iglesia española.

(1) J. Amador de los Rios.

CAPÍTULO XX.

EL VENERABLE BEDA.

FUENTES. Las obras de este Padre.—Surio: *Vida de los Santos*, al dia 10 de Mayo.—Los Bolandos en las *Actas de los Santos*, al 27 de Mayo.—Sigiberto: *De los escritores eclesiásticos*.—Bellarmino, idem, y Honorato de Autun, libro IV, capítulo I.

AUXILIARES. Guillermo de Malmesbury, libro I, cap. III. —Baronio: *Anales*, al año 671.—Natal Alejandro: *Historia eclesiástica*, tomo V, siglo VIII.—Dupin: *Biblioteca de los autores del siglo* VII.—Gehlé: *Vida y escritos del venerable Beda;* y el *Diccionario enciclopédico de la Teología católica*.

EDICIONES. La edicion antigua menos incompleta es la de Colonia, en 1688. Una edicion menos estensa se publicó en Lóndres el año 1693, y otra más completa en 1843 por Gehlé.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida del Venerable Beda.

El venerable Beda, de raza anglo-sajona, nació en Jarow (Nortumberland), en 671 ó 673 segun algunos, y, segun el prior de Dunholm, en 676. A la edad de siete años, sus padres lo confiaron al abad del convento de San Pedro y San Pablo en Wirmuth. Pasó toda su vida en el silencio de aquel monasterio, siendo promovido á diácono á los diez y nueve años, y ordenado sacerdote, á los treinta, por Juan, Obispo de Hagulstadesham. Del mismo modo que se ha visto en Kant en nuestros dias, que á pesar de haber permanecido toda su vida en Kœnisberg, conocia todo el universo lo mismo que su ciudad natal, así tambien Beda, nacido en un pobre rincon de la tierra y fijado por toda su vida en la humilde celda de Wirmuth, dió cabida á todas las ciencias en su vasto cerebro. La fama de su inmensa erudicion no tardó en esparcirse por el Occidente civilizado. El Papa Sergio quiso emplearle para el bien de la Iglesia, y el Apóstol de Alemania San Bonifacio pidió con instancias al abad Cudberth y

al Arzobispo Egberto de York le mandaran algunos trabajos de Beda, para consolarle en su peregrinacion y ayudarle en sus predicaciones. Murió el 26 de Mayo del 735 (1).

ARTÍCULO II.

División de las obras del Venerable Beda.—Sus obras exegéticas.

Las muchas obras del Venerable Beda se dividen en exegéticas, teológicas y morales, filosóficas, históricas, homilías, sermones y cartas.

OBRAS EXEGÉTICAS.

Las obras exegéticas del Venerable Beda son de tres clases: unas, que esponen la Sagrada Escritura, otras, que proponen cuestiones sobre algunos libros sagrados, y las hay tambien que pueden considerarse como auxiliares exegéticos.

A la primera clase pertenecen:

1.° *El Hexameron*. En esta esposicion refiere minuciosamente el Venerable Beda la obra de los seis dias, y en ella revela el profundo estudio que su autor habia hecho de las Sagradas Escrituras, al mismo tiempo que su claro talento para esplicarlas. Tambien tiene otra obra titulada *De los seis dias*, casi de igual argumento que la anterior, en donde, despues de recorrer cada uno de los dias, hace una recapitulacion en sentido místico.

2.° *Esposicion sobre todos los libros de Moisés*. El venerable Beda espone aquí el sentido literal: trata las principales cuestiones que se relacionan con el testo, y hace sobre ellas algunas reflexiones morales, deteniéndose más en la esplicacion del *Genesis*.

3.° *Esposicion alegórica sobre los libros de Samuel*. Es una verdadera y estensa esposicion alegórica, hecha en cuatro libros, en la cual se tratan los puntos que merecen más consideracion.

4.° *Esposicion alegórica sobre Esdras y Nehemías*, en tres libros. En esta esposicion no hace más, segun el mismo dice, que seguir en un todo á San Gerónimo.

5.° *Esposicion alegórica sobre el libro de Tobías*, en tres

(1) Segun el prior Durholm y Tritemio, en 733, y segun Baronio, en 776; lo que prolongaria la vida de Beda hasta la edad de ciento cinco años.

libros. Despues de pedir el auxilio del cielo, manifiesta que en este libro se contienen alegóricamente los más grandes misterios de Cristo y de su Iglesia.

6.° *Esposicion sobre el libro de Job*, en tres libros. Esta esposicion está dedicada á un tal Nectario, y despues de manifestar las dificultades que se le ofrecen, pasa á esponerlo en sentido alegórico.

7.° *Esposicion de las parábolas de Salomon*, en tres libros. En ellos refiere todas las parábolas á Jesucristo, Hijo de David y Rey de Israel.

8.° *Sobre la mujer fuerte*. En esta esposicion, en que se distinguen los capítulos por las letras del alfabeto hebreo, se trata de aquellas notables palabras: *Mulierem fortem, quis inveniet?* etc., aplicándolas á la Iglesia de Jesucristo.

9.° *Del templo de Salomon*. Esta obra es una esplicacion alegórica del templo, oportunamente aplicada á la Iglesia. Su arquitectura, sus dimensiones, sus fundamentos, etc., todo se aplica en ella á la constitucion y vida de la Iglesia.

10. *Esposicion del Cantar de los Cantares*, en siete libros. El primero lo titula *De la gracia de Dios*, contra Juliano: en él espone los errores de aquel hereje, y manifiesta cómo piensa combatirlos con la esposicion alegórica que determina hacer. Los cinco siguientes contienen la verdadera esposicion, y el sétimo lo forma con las esposiciones que San Gregorio Magno hace con las palabras del *Cantar de los Cantares* en sus homilías.

11. *Esposicion exegética del libro de los Salmos* (1). En este libro esplica la historia de los salmos, el órden con que fueron escritos, cómo y por quién se distinguieron unos de otros. Divídelos principalmente en históricos, morales y dogmáticos. Cada salmo contiene: primero, el testo; segundo, esplanacion del testo, y tercero, el comentario.

12. *Esposicion de las palabras en el Salterio*. En este libro esplica la etimología de todos los nombres propios ó comunes de orígen griego, y trae una serie de *diapsalmos*, cuya esplicacion hace.

13. *Fragmentos sobre los libros Sapienciales y el Salterio*. Son breves esposiciones sobre algunos capítulos.

14. *Esposicion sobre los cuatro Evangelistas*, en varios libros (2). En esta esposicion sigue principalmente la interpretacion literal.

15. *Esposicion sobre los hechos de los Apóstoles, de la*

---

(1) Algunos la tienen por dudosa: véase Natal Alejandro, *Historia eclesiástica*, siglo VIII.

(2) La esposicion sobre San Mateo es dudosa, segun Natal Alejandro, lugar citado.

primera carta de San Juan y de las siete canónicas. En todas estas esposiciones sigue la interpretacion literal.

16. *Esposicion sobre las Cartas de San Pablo.* El Venerable Beda abraza en esta esposicion todas las cartas del Apóstol, á escepcion de las de Tesalónica, esponiéndolas generalmente en el sentido místico.

17. *Esplanacion sobre el Apocalipsis de San Juan.* El Venerable Beda dedica este libro á un tal Eusebio, y cree ver en el *Apocalipsis* revelada la vida de lucha y contradiccion de la Iglesia, los males de que se veia afligida, y las victorias que habia de conseguir. Divídelo en siete períodos, que señala antes de entrar en la esposicion de este libro misterioso.

Todas las esposiciones del Venerable Beda no son otra cosa que testos de los Santos Padres, tomados de entre sus obras, para esplicar los puntos que se propone, por cuya razon recibieron el nombre de *Cadenas.*

A la segunda clase pertenecen:

1.° Las cuestiones sobre el *Pentateuco.* En ellas propone y resuelve, en forma de diálogo, las principales objeciones que hacen los enemigos de la Religion, y se detiene en hacer esplicaciones morales de los hechos que se contienen en estos libros.

2.° Cuestiones sobre los libros de *Josué*, *Los Jueces*, *Ruth* y *Los Reyes.* En ellas sigue casi el mismo método que en las anteriores.

3.° Ademas tiene otras cuestiones sobre los *Cuatro libros de los Reyes.* Son treinta las cuestiones que aquí resuelve el Venerable Beda, segun las principales dudas que acerca de estos hechos le habia propuesto el monge Nothelmo, á quien dedica este libro. Despues de tratar estas cuestiones separadamente, resuelve otras de menos importancia.

4.° Cinco cuestiones sobre los *Hechos de los Apóstoles.* Estas versan acerca de la inteligencia de algunos puntos oscuros.

5.° *Retractaciones sobre los hechos de los Apóstoles.* Estas no son retractaciones propiamente tales, sino que el Venerable Beda, siguiendo á San Agustin, modifica, amplía é ilustra algunos puntos.

6.° *Cuestiones varias.* El objeto de este libro es esplicar algunos pasajes difíciles de ambos Testamentos; impugnar alguna esposicion, poco conforme á su sentir, y tratar algun punto dogmático, como los ángeles, pecado, redencion, etc.

A la tercera clase pertenecen:

1.° Interpretacion de los nombres hebreos y griegos que se encuentran en la Sagrada Escritura.

2.° *De la topografía de la ciudad de Jerusalen.* El verda-

dero título de esta obra es *De los Lugares santos*. En esta obra el Venerable Beda, no solo trata de la posicion de Jerusalen, sino tambien del sepulcro del Señor, del Gólgota, del lugar en que se ahorcó Judas, de Bethania y de la iglesia de Josafat, dónde fue enterrada la Vírgen, etc.

3.° *Interpretacion de los nombres, lugares y ciudades* que se hallan en los *Hechos de los Apóstoles*.

4.° Dos libros sobre *El Tabernáculo, los vasos sagrados y las vestiduras de los sacerdotes*. Despues de dar á conocer el Venerable Beda la calidad, forma y dimensiones del templo de Jerusalen, vestiduras y vasos sagrados, hace sobre todo ello algunas reflexiones morales.

5.° *Dos tratados*, uno de las figuras y otro de los tropos de la Sagrada Escritura. En ellos se trata, como indica su título, de las figuras y tropos, aduciendo para esplicarlos testos de la Escritura.

6.° Del arca de Noé.

Ademas de los tratados indicados en el prólogo, ó la esplanacion del *Apocalipsis*, se encuentran las siete reglas que el eruditísimo Tychonio daba para interpretar las divinas Escrituras.

ARTÍCULO III.

Obras teológicas y morales.

1.° *El Comentario sobre el libro de la Trinidad de Boecio* (1). En él se hace la biografía de Boecio, y se combaten en el cuerpo de la obra con mucha solidéz los sofismas de los herejes contra ese misterio.

2.° *De los remedios del pecado* (2). En él se señalan las grandes penitencias que en algunas iglesias imponian á determinados pecados.

3.° *El libro de los Proverbios*. El Venerable Beda los toma de las Escrituras, y los coloca por riguroso órden alfabético.

4.° *Oracion sobre las siete palabras de Cristo*.

5.° *La meditacion de la Pasion*. El Venerable Beda recorre aquí todas las horas del oficio divino, comenzando por Completas y concluyendo por Vísperas.

---

(1) Natal Alejandro, en el lugar citado, la pone entre las dudosas.

(2) Tambien este libro le pone entre los dudosos Natal Alejandro, lugar citado, y lo mismo dice sobre *La meditacion de la Pasion, las Colecciones* y el libro de los oficios.

6.° *Varias colecciones y estractos.* Son cuestiones ingeniosas é instructivas sobre asuntos morales.

7.° *Lugares comunes.* Este libro tiene por objeto presentar por órden alfabético todas las materias morales, seguidas de los testos más notables de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres.

8.° *El libro de los oficios.* En él se propone el Venerable Beda instruir á los cristianos en sus deberes: al efecto les esplica el espíritu de las festividades de la Iglesia y la razon de los nombres *Quincuagésima*, *Sexagésima*, etc.

9.° *El libro de las substancias.* En este libro reflexiona sobre las cosas terrenas, para levantar por ellas los ánimos á las celestiales, como se manifiesta en el prólogo.

ARTÍCULO IV.

Obras filosóficas.

1.° *Elementos de filosofía, en cuatro libros.* El Venerable Beda no guarda en ellos un método riguroso; así es que el I trata de las cuestiones de Teodicea, en su mayor parte, y de algunas de lógica; en el II de física y astronomía; en el III de los fenómenos del calórico en la atmósfera; del flujo y reflujo del mar; del orígen de los pozos, fuentes y volcanes, etc.; y el IV habla sobre el clima de las diferentes partes del mundo, sobre la generacion humana, niñez, virilidad, etc.

2.° *Un tratado de la naturaleza de las cosas, y otro de la razon de los tiempos.* En ellos se espone la creacion del mundo, y se discurre acerca de cada uno de los dias, y sobre cada uno de los seres.

3.° *Un tratado de los tiempos.* En él se dan conocimientos científicos acerca de los dias y de las noches, semanas, meses y años; del solsticio equinoccial, etc.

4.° *Sentencias de Aristóteles.* En ellas se cita, esplica y corrige á veces las principales sentencias de este filósofo.

5.° *Sentencias de Cicerón.* Con ellas ha hecho el Venerable Beda un gran servicio á la filosofía, sacando lo más selecto de las obras del filósofo romano.

6.° *Un tratado del nacimiento de los niños, y otro de la disminucion de la sangre.* En ellos se tratan cuestiones de fisiología.

7.° *Dos tratados:* uno de *las siete maravillas del mundo*,

entre las que comprende el entendimiento humano, y otro sobre *los versos de las Sibilas.*

8.° *Un tratado de la ecuacion por medio de los dedos;* ingeniosa manera de espresar, con solo el uso de las manos, toda clase de cantidades.

9.° Algunos tratados sobre el *Vixesto* y del *Cómputo*, compuestos con motivo del error de los irlandeses acerca de la Pascua.

10. Tiene ademas el Venerable Beda varios libros, en que trata en particular de cada una de las materias que se enseñaban en su tiempo, y comprendidas en el *Trivium y Cuatrivium.*

ARTÍCULO V.

Obras históricas.

1.ª *Crónica de las seis edades del mundo.* En ella cita los principales sucesos y personajes de cada una de las seis épocas del mundo, y se estiende mucho sobre la sesta. Esta obra le ocasionó algunas censuras, porque prefiriendo, con San Gerónimo, el original hebreo de la *Biblia* á la version de los Setenta, contaba menos de cinco mil años desde la creacion del mundo hasta Jesucristo.

2.ª *Historia eclesiástica de Inglaterra.* Esta obra, dividida en cinco libros, comprende todos los acontecimientos desde la conquista de César hasta el año 731. Esta historia es bastante exacta por lo que mira á los tiempos cercanos del autor; pero respecto de los más antiguos, le han hecho estraviarse muchas veces las memorias poco fieles que ha seguido.

3.ª *Compendio de la Historia eclesiástica.* Es más bien un compendio cronológico de los sucesos y personajes de la anterior.

4.ª *El Martirologio.* Es muy breve, pero bastante completo.

5.ª *Vidas de diferentes Santos.* En estas biografías repite los hechos principales de cada uno de los varones ilustres de que se ocupa.

ARTÍCULO VI.

Homilías, sermones y cartas.

1.° *Homilías.* Las homilías que el Venerable Beda compuso para todos los tiempos del año y todas las dominicas son ciento quince, y se pueden dividir: primero, en exegéticas,

donde trata muchos puntos del Nuevo Testamento; segundo, en homilías sobre las festividades del Salvador y de la Santísima Vírgen; y tercero, en homilías de los Santos, en las cuales se ocupa de muchos de los Apóstoles y discípulos del Señor y de Santos de su nacion.

El carácter dominante de todas estas homilías es la esposicion de la Sagrada Escritura en sentido moral, y muchas de ellas llevan al principio alguna consideracion dogmática.

2.° *Sermones.* El Venerable Beda tiene ademas varios sermones dirigidos al pueblo, uno muy notable sobre aquellas palabras de David: *Dominus de cælo prospexit*, etc., y los demas sobre varios Santos; pero todos ellos son muy breves, y mejor que sermones pueden llamarse reflexiones sobre asuntos que se propone.

3.° *Cartas.* Al Venerable Beda se atribuyen algunas cartas; pero las más notables son: primera, la dirigida á Plegüino para justificarse de las censuras que le dirigian con motivo de un libro sobre las seis edades del mundo, y destruir la preocupacion vulgar de que el mundo debe durar seis mil años, estableciendo ademas por máxima general que nadie debe emplearse en pretender conocer el tiempo del fin del mundo, que Dios ha querido ocultarnos. Segunda, la dirigida á Edberto, Arzobispo de York, en donde le manifiesta cuánto se debe procurar la perfeccion de los sacerdotes y la frecuente comunion entre los legos; y la tercera del *augurio de la vida y de la muerte.*

ARTÍCULO VII.

Carácter y estilo del Venerable Beda.

El Venerable Beda es uno de los varones más esclarecidos de los siglos medios, habiendo obtenido el título de Padre y Doctor de la Iglesia, segun disposicion del Concilio de Aquisgram ó Aix-la-Chapelle, celebrado el año 836. Ademas del latin poseia el griego; cultivó la poesía, la astronomía, la aritmética, el canto, y escribió casi sobre todas las materias, no siempre de una manera servil; entre sus versos hay algunos bastante bien construidos, y su contraste de la primavera con el invierno es la última tentativa de poemas bucólicos en idioma latino.

Todos sus estudios y las luces adquiridas con su continuo desvelo los dirigió á la Religion; siendo el principal objeto de sus trabajos literarios el esplicar los libros canónicos, sobre los cuales hizo comentarios muy estensos, en que

se aplicó más á buscar el sentido espiritual y alegórico que el literal; porque tal era el gusto del siglo, y el modo de tener muchos lectores. Estos comentarios no son más que estractos y compilaciones de los Padres griegos y latinos, reunidos los unos á los otros, á veces no con el mejor órden y eleccion. Sin embargo, tiene el mérito Beda de haber sabido beber en las mejores fuentes, aunque no siempre tuvo el arte de emplear bien los ricos manantiales que sacaba de ellas.

Hoy todavía se leen con fruto algunas de sus vidas de los Santos, y principalmente la *Historia eclesiástica de Inglaterra*, en cuyo trabajo no omitió diligencia alguna, aunque es poco exacta en los hechos antiguos. Presenta la misma fisonomía el *Compendio de historia universal*. Dejó asimismo un gran número de homilías para los misterios, para todos los domingos del año y para todas las fiestas de los Santos, las cuales son sencillas y bastante semejantes en el gusto á los sermones de San Agustin sobre los salmos. Profundízanse poco los asuntos en ellas, y se hallan más reflexiones piadosas que pensamientos elevados y pasajes elocuentes. En general, el modo de escribir de Beda es claro y fácil, pero sin elevacion, sin fuego y sin pureza, pues tenia más erudicion y lectura que discernimiento y gusto. Con su aplicacion y facilidad hubiera llegado á ser uno de los hombres más grandes en las ciencias si hubiese nacido en un siglo ilustrado con la crítica y el buen gusto literario; y aun es de admirar que haya hecho tantos progresos en medio de las tinieblas de que estaba rodeado.

CAPÍTULO XXI.

SAN JUAN DAMASCENO.

FUENTES. Las obras de este Padre.—Su vida, escrita por Juan, Patriarca de Jerusalen, y traducida por Billio.—Los continuadores de Bolando, al dia 6 de Mayo.—Bellarmino: *De los escritores eclesiásticos.*—Sigiberto, idem, cap. LXXV.

AUXILIARES. Suidas, en su Diccionario.—Baronio: *Anales*, al año 727.—Natal Alejandro, siglo VIII, cap. III, art. 4.° —El Breviario histórico de Nicéforo, *Historia de la herejía de los iconoclastas:* Paris, 1679.—Papebroch, en las *Actas de los Santos*, y Baillet: *Vidas de los Santos.*

EDICIONES. La de Santiago Billio, Paris, 1603, un tomo en folio, en latin, y la del P. Onien, hecha en Paris, 1712, en dos tomos en folio, con testo griego y latino.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Juan Damasceno.

San Juan, llamado el Damasceno, por haber nacido en Damasco, ciudad de la Siria, fue uno de los más ilustres Padres que vivieron en el siglo VIII. No se sabe el año de su nacimiento, pero se cree que fue hácia el año 676. Sus padres eran ricos y procuraron darle una instruccion sólida en su juventud. Un religioso italiano llamado Cosme, y á quien su padre habia rescatado, fue su principal maestro. Cuando este Cosme vió que su discípulo habia llegado al punto deseado, se lo restituyó á su padre, y él se retiró á la Laura de San Sabas.

San Juan Damasceno era católico, y á nadie ocultaba su fe. Aunque vivia entre sarracenos, sin embargo, su ciencia y su probidad le granjearon el respeto de todo el mundo. Reconociendo el califa de Damasco el mérito de este jóven, le dió la misma plaza que su padre habia ocupado; esto es, la de consejero de Estado. Leon Isáurico gobernaba por entonces el imperio romano, y faltando á la promesa que habia hecho de profesar la fe católica cuando recibió la corona, publicó un decreto contra el culto de las imágenes. San Juan Damasceno salió á la defensa de la fe, escribiendo con-

tra los iconoclastas. Dícese que el Emperador Leon concibió tal odio contra él, que, acusándole de delito de estado ante el califa, por medio de viles maniobras, este, en el primer ímpetu de su cólera, le mandó cortar la mano; y que volvió á recobrarla en la noche siguiente por efecto de un milagro, que desengañó al mahometano y cubrió al Emperador del oprobio de una atrocidad infructuosa.

San Juan Damasceno, á pesar de disfrutar de la confianza del califa, era enemigo de los honores mundanos; y no pudiendo vivir, siendo tan virtuoso, en una corte mahometana, cuyas costumbres espantan por su corrupcion, abandonó el poder, distribuyó todos sus bienes, dió libertad á sus esclavos y se retiró á Jerusalen, y desde allí á la Laura de San Sabas, donde escribió algunas de sus obras. Despues de diferentes pruebas, que sufrió con maravillosa paciencia, y cuando los ancianos más sabios de aquella morada se tuvieron por incapaces de gobernar á un hombre que manifestaba tanta erudicion y ciencia, le dejaron ser dueño de su tiempo, y él lo empleó en componer muchas obras.

El Patriarca de Jerusalen le obligó á ordenarse de presbítero. El Damasceno se sujetó por obediencia, y despues volvió á su celda para continuar sus penitencias y sus obras en utilidad de la Iglesia. El mismo Cosme, que le habia instruido en su juventud, le animaba á esta ocupacion. Constantino Coprónimo, que reinaba por entonces, hizo que los falsos Obispos de su comunion escomulgasen al Damasceno, cuyos escritos contra los iconoclastas le habian irritado sobremanera, por los grandes frutos que produjeron en todo el imperio. Como San Juan no temia las censuras ni la ira de aquel príncipe, marchó á socorrer á los perseguidos por el culto de las imágenes, y despues de haber estado en Damasco y corrido toda la Palestina, llegó hasta Constantinopla con la esperanza de lograr la corona del martirio; pero disponiendo Dios otra cosa, se volvió á su Laura, donde murió, probablemente el año 754 ó 757.

ARTÍCULO II.

Division de las obras de San Juan Damasceno.—El libro de los *Paralelos*.

Los escritos de San Juan Damasceno pueden clasificarse del modo siguiente: 1.°, obras teológicas; 2.°, filosóficas; 3.°, históricas; 4.°, oratorias, y 5.°, poéticas. Vamos á tratarlas por el órden indicado; pero antes preciso es hablar de una de sus más notables producciones, ó sea de sus libros *Paralelos*, escritos en el monasterio de San Sabas; pues no

vemos pueda tener cabida en la anterior clasificacion. Despliega San Juan Damasceno en esta obra una erudicion asombrosa, y revela haber tenido por la lectura una aficion incansable, admirando al que le estudia el que hubiera tenido tiempo para leer tanto. Propónese en ella presentar sobre toda clase de cuestiones, así teológicas como físicas y morales, aunque de estas principalmente, los pasajes más notables que se hallan, tanto en la Sagrada Escritura como en los Santos Padres, y á veces aun en los filósofos paganos. Por desgracia no debió leer San Juan los Padres latinos; pero de los griegos no hay uno siquiera, ni escritor eclesiástico alguno señalado, que no haya puesto en su obra á contribucion, y de quien no presente pasajes notables. Así que, el mérito principal de esta produccion es encontrarse en ella preciosos fragmentos de muchas obras de escritores antiguos que se han perdido. Habíala dividido San Juan en tres libros, el primero de los cuales trataba de Dios y de las cosas divinas; el segundo del estado y condicion de las cosas humanas, y el tercero de las virtudes y de los vicios; pero despues prefirió dividirla por materias y en órden alfabético, creyendo seria esto ventajoso á los lectores; pero si bien es esto cierto respecto de los griegos, respecto de los latinos, como el traductor ha vertido el original sin introducir variacion alguna, resulta la edicion latina, por la diferencia de alfabetos, en una confusion completa. Aparece dividida en tres libros, de los cuales el primero tiene cien capítulos, ciento diez el segundo, y ciento diez y nueve el tercero, pero sin órden alguno, como dejamos dicho.

ARTÍCULO III.

Obras teológicas.

1.ª *De la fe ortodoxa.* Es sin duda alguna esta la produccion más notable de San Juan Damasceno, muy apreciada de los griegos y de los latinos desde que la tradujo Burgundion en el siglo XII, y que ha servido de modelo á la mayor parte de los escolásticos. Contiénese en ella todo lo que se debe creer, y los principales artículos de la disciplina de la Iglesia.

No solamente se vale en cada materia de los testimonios de la Escritura, sino tambien de los pasajes de los Padres, pudiendo muy bien ser considerada esta obra como un tesoro de la tradicion, pues nada dice que no esté establecido en los Concilios generales ó aprobado por los Santos Doctores de la Iglesia. Por lo demas, se advierte que en este cuer-

po de Teología, no tanto pensó nuestro Santo en dar producciones de su propio entendimiento, cuanto en reunir en un solo volúmen lo que estaba esparcido en muchas obras de los antiguos.

Consta esta obra de cuatro libros. En el primero, que tiene diez y ocho capítulos, trata San Juan Damasceno de la ciencia y existencia de Dios, de las propiedades de la naturaleza divina, de su unidad y trinidad de Personas.

En el segundo libro, que consta de treinta capítulos, esplica lo que se debe entender por el nombre de siglo, y cuántos siglos hay; lo que significa el término *creacion*, y de qué modo se entiende que Dios ha criado lo que pertenece á la naturaleza y estado, así de los ángeles como de los demonios; qué cosa es el cielo visible, la luz, el fuego, el sol, la luna y las estrellas, los planetas, los signos del Zodíaco y los cometas. Estos creia San Juan Damasceno habian sido criados por Dios en determinado tiempo para anunciar la muerte de los Reyes, así como crió espresamente la estrella que guió á los Magos; y que, sucedidas las cosas que anunciaban, las destruia. Habla despues de la tierra, del aire, de los vientos, del mar, del paraiso terrenal, del hombre y de las propiedades de su naturaleza; de la Providencia, de la presciencia de Dios y de la predestinacion.

El tercer libro, que consta de veintinueve capítulos, trata del medio de que Dios se sirvió para redimir al hombre de la muerte, en que habia incurrido por la culpa. En él se ocupa San Juan Damasceno del misterio de la Encarnacion, y hace ver que cuando el Hijo de Dios se vistió de nuestra carne, tomó al mismo tiempo un alma racional é intelectual, y que las dos naturalezas, divina y humana, se unieron en Jesucristo en una sola Persona, sin confusion ni mutacion alguna. Despues hace ver que toda la naturaleza divina se unió en la segunda Persona con la naturaleza humana, no en el estado en que esta se encuentra al presente, sino en el estado en que fue criada en Adan. Prueba más adelante, contra los nestorianos, que la Santísima Vírgen es verdaderamente *Madre de Dios;* y con esta ocasion trata de las propiedades de las dos naturalezas, demostrando que en Jesucristo hay dos propiedades y dos operaciones, así como hay en él dos naturalezas distintas y perfectas, sin confusion ni mutacion alguna.

Llegando despues á las pasiones naturales de Jesucristo, demuestra que no tuvo otras que las que son inseparables de la humana naturaleza, suponiéndola en el estado de inocencia.

En el cuarto libro, que consta de veintisiete capítulos, enseña que si despues de la Resurreccion comió y bebió Je-

sucristo, no lo hizo porque tuviese necesidad de ello, sino para probar la verdad de la misma Resurreccion. Declara ademas que cuando leemos que está sentado á la diestra de Dios Padre, esto debe entenderse únicamente de la participacion de la gloria concedida á la humanidad de Jesucristo. Enseña despues en qué sentido es adorable la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, y por qué adoramos el leño de la Cruz, la lanza y los clavos. Trata en capítulo particular de los ascendientes del Salvador segun la carne, y de los de la Santísima Vírgen.

Cuenta veintidos libros del Antiguo Testamento, siguiendo en esto el cánon de los judíos, y parece que lo copió del tratado de San Epifanio, titulado: *De los pesos y medidas*. Su cánon de los libros del Nuevo Testamento solo se diferencia del nuestro en que añade los cánones de los Apóstoles, acerca de los cuales dice que los recopiló Clemente.

Habla despues con mucha lucidez sobre el matrimonio, y dedica los dos últimos capítulos al Anticristo.

2.ª *De la sana doctrina*. Este tratado fue compuesto, á lo que parece, por el Santo cuando todavía estaba en Damasco. Hablando con toda propiedad, es una profesion de fe razonada, en la que se diserta sobre los misterios de la fe, y principalmente sobre el de la Trinidad y el de la Encarnacion, con mucha claridad, estension y exactitud. Distingue en Jesucristo dos voluntades y dos operaciones que le son naturales. Refuta la adicion de Pedro Fulon al Trisagio, la preexistencia de las almas, y su trasmigracion. Declara despues que recibe los seis Concilios generales con todas sus definiciones, y anatematiza á todos los que estos Concilios anatematizaron, y todas las herejías suscitadas en la Iglesia, desde Simon Mago hasta los iconoclastas.

3.ª *Diálogo contra los maniqueos* (1). Es este una elegante y erudita disputa que tienen un maniqueo y un ortodoxo, en la que por medio de preguntas y respuestas se discuten y comprueban aquellos puntos de la fe que niegan esos herejes.

4.ª *Tratado contra los jacobitas*. Eran estos una especie de eutiquianos, y San Juan escribió su obra para que se restituyese al seno de la Iglesia un Obispo de esa secta, cuyo nombre ignoramos. Este tratado está escrito con mucha energía y solidez. Para componerle se valió San Juan Damasceno de los escritos de Leoncio de Bizancio contra los monofisitas, si bien añadió otros muchos argumentos que Leoncio no habia tocado. El punto de la dificultad era saber si Jesu-

(1) Natal Alejandro considera este diálogo como apócrifo: *Historia eclesiástica*, siglo VIII, cap. III, art. 4.º

cristo era de dos naturalezas, ó si solo tenia una, como decian aquellos herejes. Prueba primero la verdad católica por el unánime consentimiento de los Padres, y entra despues en una serie de razonamientos muy metafísicos, de los que deduce que jamás pueden llegar á ser una sola naturaleza dos naturalezas diferentes. Demuestra que si los Padres que precedieron á la herejía que refuta dijeron alguna vez que en el Verbo encarnado habia una sola naturaleza, tomaron esta voz por la de *hipóstasis*, ó persona. Al fin de este tratado hace una vivísima invectiva contra los que añadieron al Trisagio estas palabras: «El que fuiste crucificado por nosotros,» adicion que ya hemos indicado fue hecha por Pedro Fulon.

5.ª *De la naturaleza compuesta contra los acéfalos.* Decian estos herejes, llamados tambien monofisitas, que de tal suerte estaba Jesucristo compuesto de dos naturalezas, que desde su union no hacian más de una. Esta herejía está perfectamente rebatida en este escrito de San Juan Damasceno, quien lo termina diciendo: «Que así como las dos naturalezas (espiritual y corporal) de que consta el hombre siempre permanecen diferentes, así siempre permanecen distintas en Jesucristo la naturaleza divina y humana.

Es, pues, Jesucristo uno en dos naturalezas; pero estas dos naturalezas subsisten sin confusion, aun despues de haberse unido.

6.ª *De las dos voluntades en Cristo.* Aunque la herejía de los monotelitas habia sido condenada en el Concilio VI general, todavía tenia sectarios en tiempo de San Juan Damasceno. Por esta razon compuso este tratado, en el que, definiendo ante todo la palabra *voluntad*, hace ver con diversos razonamientos, y sobre todo con la autoridad de la Escritura y de los Padres, que así como hay en Jesucristo dos naturalezas distintas con todas sus propiedades, tambien hay en El dos voluntades y dos operaciones naturales, las que, no obstante ser distintas, nunca son contrarias las unas á las otras.

7.ª *Disputa de un cristiano y un sarraceno.* Es esta un brevísimo diálogo, en el que, por medio de preguntas y respuestas, se tratan diversos puntos pertenecientes á nuestra santa Religion.

8.ª *Carta sobre el Trisagio.* Dirigiola San Juan Damasceno al Abad Jordan, y en ella prueba que el Trisagio, que la Iglesia ha aprendido de los serafines, debe referirse á toda la Trinidad, y no á solo Jesucristo, como lo hacian muchos herejes monofisitas. Despues de otras razones, dice que así como el Hijo no es separable del Padre y del Espíritu Santo en la esencia, no puede ser dividido el himno del Trisagio;

y añade que cuando los serafines decian *tres veces Santo*, querian significar tan solo la trinidad de las Personas y unidad de naturaleza.

ARTÍCULO IV.

Obras filosóficas é históricas.

1.ª *Dialéctica, ó sea lógica.* Esta nota, ó sea obra de San Juan Damasceno, es tan importante para entender la lectura de los Padres griegos, que sin este auxilio seria difícil su inteligencia, por hallarse en ella la esplicacion de las espresiones que usaron los orientales, así cuando disputaban contra los herejes, como cuando esplicaban á los católicos la doctrina de la fe. Hállanse tambien en ella los términos que los herejes instruidos en las máximas de la filosofía pagana empleaban para seducir á los sencillos y atraerlos al partido del error. Sigue este Santo en la esplicacion de los universales al filósofo Porfirio, y en la de las categorías á Aristóteles. Mas cuando en sus escritos halla algunos términos ó modos de hablar que no se acomodan bien á la esplicacion de nuestros misterios, ó tal vez le son contrarios, los corrige siguiendo la autoridad de algunos escritores eclesiásticos. Esta obra consta de sesenta y cinco capítulos.

2.ª *Física.* Se compone esta obra de diez y siete capítulos, y no es más que un compendio de la física de Aristóteles. En el capítulo I da una porcion de definiciones de la filosofía, tratando en el II de los principios y causas naturales. Versa el III sobre la materia, forma y privacion, y el IV sobre las causas y efectos. Discurre en el V y VI sobre el movimiento y quietud, y en los tres siguientes, del nacimiento, muerte y naturaleza. Dedica el X al lugar y movimiento, el XI al infinito, y el XII y XIII á los elementos. En fin, en los últimos capítulos habla de los cometas, de la via láctea, de los terremotos, el trueno, rayo y tempestad.

OBRAS HISTÓRICAS.

1.ª *El libro de las herejías.* Es esta obra utilísima; pero debe advertirse que, por decirlo así, no hizo otra cosa San Juan Damasceno sino copiar el tratado de las herejías compuesto por San Epifanio. Es, sin embargo, esta obra mucho más completa que la de aquel, pues reseña veinte ó veinticuatro herejías que despues sobrevinieron. Por lo demas, casi todo lo que dice lo toma de diversos autores, y solo es completamente original en lo que habla, al final ya de la obra, acerca de los musulmanes y de los iconoclastas. Concluye este tratado San Juan Damasceno con una profe-

sion de fe, como habia hecho antes San Epifanio. Quien desee adquirir noticias muy curiosas acerca de los musulmanes é iconoclastas, puede consultar esta obra de San Juan Damasceno.

2.ª *Vida de San Estéban el más jóven.* Danse en este opúsculo noticias muy apreciables acerca de las persecuciones emprendidas por los Emperadores iconoclastas contra los adoradores de las imágenes. Refiérese en él la vida y muerte de un monge constantinopolitano, llamado Estéban, el cual sufrió glorioso martirio en tiempo de Constantino Coprónico, por su constancia en la adoracion de las imágenes.

3.ª *Historia de Barlaam y Josafat.* Cuenta en este libro San Juan Damasceno la historia de estos Santos, con arreglo á las noticias que le habian dado algunos habitantes de la Etiopía interior. Peregrina es por cierto la tal historia, y muy útil para la instruccion de los hijos de las familias nobles. Algunos han puesto en duda su autenticidad, pero sin fundamento bastante, segun creemos. Tampoco han faltado quienes han pensado que no es más que una novela, y no verdadera historia, movidos sin duda por las circunstancias altamente noveleras que en ellas se encuentran; pero pruébase lo contrario, en opinion de Belarmino, de la invocacion que al final de su obra dirige San Juan Damasceno á los Santos Barlaam y Josafat, cuya historia habia reseñado, y del hecho de ponerlos la Iglesia católica en su Martirologio al dia 27 de Noviembre.

ARTÍCULO V.

Obras oratorias.

1.ª *Tres discursos sobre las imágenes.* Luego que San Juan Damasceno supo la órden del Emperador Leon Isaúrico, en el año 730, contra las santas imágenes, escribió para defenderlas un discurso que dirigió á sus amigos y á los que tenian con él alguna pequeña relacion, suplicándoles que lo hiciesen circular entre los fieles. Poco tiempo despues compuso otro segundo, y aun otro tercero. En ellos trata nuestro Santo con admirable maestría todo lo que se relaciona con el dogma católico del culto y adoracion de las imágenes. En su primer discurso, sienta ante todo que la Iglesia no puede errar, y que no es posible sospechar en ella un engaño tan grosero como es la idolatría. Esplica luego los diferentes pasajes de la Escritura, en que se ordena que no se hagan ni adoren imágenes, y declara que solo á Dios debe tributarse el culto de latría; advirtiendo que el que rendimos á cualquiera criatura debe referirse al Criador, que no

se desdeñó de tomar una naturaleza criada para hacerse semejante á nosotros. Esplica más adelante las diferentes significaciones de las palabras *imágen* y *adoracion*, sobre las que hace atinadísimas reflexiones. Prueba que han sido abolidos los preceptos dados sobre esta materia en la ley mosáica, como ha pasado tambien con el Sábado y la Circuncision, y no ve razon para que se trate de poner en vigor el uno, y no los otros. Responde despues al argumento tomado de San Epifanio, quien rasga una cortina donde habia pintada una imágen, y dice que aquel escrito puede no ser de San Epifanio, y si lo es, que bien pudo hacer eso para corregir algun abuso, lo cual se prueba por el hecho de conservarse todavía en la Iglesia las imágenes. Al fin de este discurso refiere San Juan Damasceno muchos pasajes de los antiguos Padres en favor del culto de las imágenes.

Al terminar este discurso dirige nuestro Santo severas increpaciones contra los Emperadores que se metian en negocios eclesiásticos, y distingue cuidadosamente la esfera de accion de las dos potestades, temporal y espiritual. Lo que Juan Damasceno decia en el siglo VIII contra los iconoclastas, Leon Isáurico lo habia repetido despues contra los albigenses, los protestantes y los socinianos iconoclastas de los siglos XII, XVI y XVII.

En el segundo discurso observa los varios artificios con que el demonio procura seducir á los hombres. «Este mismo impostor, dice, que en otro tiempo hizo adorar las imágenes de las bestias, no solo á los gentiles, sino tambien á los israelitas, sigue ahora un nuevo rumbo para perturbar la paz de la Iglesia; pues ha escitado gentes que dicen que los milagros que Jesucristo obró por nuestra salud, y los combates de los Santos contra el demonio, no deben proponérsenos en imágenes para admirarlos, honrarlos é imitarlos.» Se vale el Santo de las mismas pruebas que en el primer discurso, y de nuevo insiste en la diferencia de las dos potestades, espiritual y temporal. San Pablo dice que Jesucristo estableció en la Iglesia apóstoles, pastores y doctores, pero no dice que estableciese Emperadores ó Reyes para hablarnos de parte de Dios. El gobierno político pertenece á los Emperadores: el gobierno de la Iglesia á los Pastores y doctores. Se ha de obedecer al Emperador en lo que toca á la vida civil, como en los tributos é impuestos; mas en las materias eclesiásticas se ha de oir á los Obispos. Se lamenta el Santo del destierro del anciano Patriarca San German y de otros varones respetables, y con varios ejemplos de la Escritura manifiesta que el Señor suele castigar tales violencias. El tercer discurso no añade cosa particular á los primeros, sino mayor número de testos.

2.ª *Discurso sobre el nacimiento de la Vírgen María.* Demuestra doctamente San Juan Damasceno en este discurso que desciende la Vírgen María de la familia de David, y hace ver que no se contradicen San Mateo y San Lúcas al tejer la genealogía de la Madre de Dios, una vez que el primero menciona tan solo los padres naturales, sin fijarse en los legales, mientras que el segundo recuerda los legales, sin mencionar los naturales.

3.ª *Dos discursos, uno sobre la dormicion* (muerte) *de María Santísima*, el otro sobre su *Asuncion* gloriosa. Propónese en ambos hacer el elogio de Nuestra Señora. En el primero demuestra que el tránsito de la Vírgen de este al otro mundo no puede llamarse muerte, sino sueño. En el segundo, que está lleno de alabanzas á María, refiere cómo los Apóstoles, que andaban dispersos por el mundo predicando el Evangelio, fueron arrebatados y trasportados á Jerusalen por el ministerio de los ángeles, para que asistiesen á la Señora en el momento de su muerte. Refiere tambien que el sagrado cuerpo fue sepultado en el santo lugar de Gethsemaní, y que habiendo ido á buscarle á los tres dias, no le encontraron, por haber sido arrebatado á los cielos.

OBRAS POÉTICAS.

Tiene varias San Juan, y en variedad de metros. Indicaremos sencillamente los argumentos, supuesto que ninguna de ellas es de tal importancia que reclame un análisis especial. Son, pues, los argumentos de sus poemas:

1.° De la Natividad del Señor.
2.° De la Epifanía.
3.° De Pentecostés.
4.° De la Resurreccion.
5.° De la Ascension del Señor.
6.° De la Transfiguracion.
7.° Diversos cánticos eclesiásticos.

La oracion por los difuntos, en la cual se encuentra la fábula de la salida de Trajano del infierno por las oraciones de San Gregorio Magno, es apócrifa (1).

ARTÍCULO VI.

Carácter y estilo de San Juan Damasceno.

San Juan Damasceno fue el teólogo más notable de su tiempo y el más ilustre literato del Oriente. Arnald dice

(1) Natal Alejandro: *Historia eclesiástica*, siglo VIII, cap. III, art. 4.°

oportunamente que fue para los griegos lo que Santo Tomás para los latinos. Despues de haber hecho rápidos progresos en todas las ciencias, se propuso reunir en un cuerpo, y poner bajo un órden metódico, las verdades especulativas de la Religion y las máximas de la moral. En la *esposicion exacta de la fe ortodoxa* se examinan las diferentes verdades que abraza, conforme al método de los filósofos, adoptado despues por los escolásticos, presentando el primer tratado completo de Teología, donde se desenvuelve la filosofía peripatética, y le aplica á demostrar los dogmas católicos.

Sus *Paralelos sagrados* son estractos dogmáticos y morales de la Sagrada Escritura, confrontados con autores eclesiásticos, entre los cuales se cuentan muchos cuyas obras no han llegado hasta nosotros. San Juan Damasceno confiesa en esta obra que los gentiles tuvieron conocimiento de Dios; busca en la naturaleza testimonios del Verbo divino, y los encuentra, como San Agustin, principalmente en la semejanza con nuestra constitucion intelectual. Define la Providencia, diciendo que es «la razon divina por medio de la cual todas las cosas se hallan ordenadas sabia y armoniosamente;» y la filosofía, «conocimiento de las cosas en cuanto existen, esto es, de su naturaleza.» Ademas trata los objetos de la moral con el mismo órden que se habia prescrito al escribir sobre el dogma. Su guia es la dialéctica, y las reglas de raciocinio establecidas por Aristóteles son las que le dirigen siempre en el análisis de las cuestiones de que disputa.

Sus escritos contra los herejes, y en especial contra los iconoclastas, contra quienes justificó el uso razonable de las sagradas imágenes, son dignos de ser conocidos por los que se dedican al estudio de las ciencias eclesiásticas.

Este grande ingenio nada dijo que no se encuentre en los autores que le precedieron, especialmente en los peripatéticos, modificados por los Santos Padres. Su profundo juicio y su riquísima erudicion le hacen digno de ser colocado en primera línea, no solo en la Teología, sino tambien en la filosofía, y los griegos de Oriente le tienen como regla infalible en la enseñanza teológica.

El estilo de San Juan Damasceno es claro, y más singular por su precision que por su elegancia. Sus ideas son luminosas, bien esplicadas, y puestas en un órden desconocido antes de él: sus raciocinios, nerviosos, concisos y concluyentes, como consecuencia del método que constantemente observaba. Sus obras teológicas se estiman más que las de elocuencia, porque era mejor lógico que orador.

CAPÍTULO XXII.

SAN GERMAN.

FUENTES. Los escritos del mismo San German.—Baillet: *Vidas de los Santos.*—Mansi, tomos XII y XIV.—Harduino, tomos III y IV.—Focio, Cod. 233.—Nicéforo: *Breviario histórico*, al año 820.

AUXILIARES. Teófanes y Zonaras, en sus crónicas respectivas.—Baronio: *Anales* al año 726.—Pagi: *Crítica.*—Belarmino: *De los escritores eclesiásticos.*—Dupin, en su *Biblioteca de escritores del siglo* VIII.

EDICIONES. En la *Biblioteca de los antiguos Padres*, tomo VI, edicion segunda, se encuentra la teoría de las cosas sagradas.—Las dos homilías sobre la cruz las publicó Greteer, y las otras tres lo fueron por Convenfisio en el tomo I de su *Biblioteca de los Padres.*

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San German.

San German nació en Constantinopla, de una familia ilustre, y recibió una educacion cristiana. Resplandeció German, siendo una de las principales antorchas de la Iglesia, cuando le eligieron Obispo de Cycico, y en 715, hallándose vacante la Silla de Constantinopla, fue promovido á esta dignidad: era aquella época de las más borrascosas que esperimentó la Iglesia. La herejía habia levantado su cabeza, y con su orgullo insultaba la virtud. Acompañado siempre San German de la verdad y la caridad evangélica, defendió la fe con celo, sabiduría y prudencia, primero contra los monotelitas, y despues contra los iconoclastas. No contento con preservar á su pueblo del veneno de la herejía, escribió San German muchas cartas eficaces y elegantes á los Obispos, de las cuales tenemos tres: la primera remitida á Juan, Obispo de Sinnada, metropolitano de Frigia; la segunda á Constantino, Obispo de Nacolia, y la tercera á Tomás, Obispo de Claudiópolis. Tambien escribió al

Papa Gregorio II para informarle de lo que pasaba en Oriente, y pedirle el socorro que necesitaba en circunstancias tan críticas: el Papa le contestó alabando su celo, animando su valor y confirmando la doctrina que defendia. Leon Isáurico, no pudiendo vencer con halagos la resistencia de San German, procuró por todos los medios suscitarle dificultades en el gobierno de su Iglesia, hasta que por fin el santo Obispo se vió obligado á salir de Constantinopla el año 730, despues de haber gobernado su diócesis catorce años y cinco meses. Retirado á Platanio, casa que era de sus padres, compartió el tiempo entre la oracion y la penitencia, llorando los males de la Iglesia; por fin, lleno de méritos, murió el 12 de Mayo de 733.

ARTÍCULO II.

Obras de San German.

Las obras de San German son las siguientes:

1.ª *Consideracion y contemplacion mística de las cosas eclesiásticas* (1). En esta obra San German principió llamando á la Iglesia templo de Dios, congregacion de los fieles y cuerpo de Cristo; y despues de manifestar que por el bautismo entramos en ella, recorre todos los objetos del culto católico y todas las ceremonias de la Iglesia, así de la Misa como del oficio divino, y las esplica en sentido místico.

2.ª *Cuatro cartas* (2). De las muchas cartas que San German escribió con motivo del culto de las sagradas imágenes, se conservan todavía tres: la primera dirigida á Juan, Obispo de Sinnada y metropolitano de Frigia: la segunda á Constantino, Obispo de Nicolia, en la misma provincia, y la tercera á Tomás, Obispo de Claudiópolis. En ellas se esplica con admirable claridad la doctrina de la Iglesia sobre el culto de las imágenes y el fiel destino de estos objetos consagrados por la piedad, y tan propios para conservarla: refuta en todo las objeciones que Leon Isáurico y sus partidarios tomaban de los judíos y de los musulmanes: espone de un modo claro y preciso la diferencia del culto soberano, absoluto y directo que se debe á Dios solamente, del culto inferior, subordinado y relativo de que pueden ser objeto la Santísima Vírgen, los mártires y los Santos: muestra la utilidad de las pinturas sagradas, de las estatuas y demas representaciones cuyo uso aprueba la Iglesia, porque ellas

(1) Algunos críticos niegan á San German esta obra.

(2) Estas cartas merecieron ser leidas en el Concilio VII general.

son los libros de los ignorantes, una predicacion que habla á los ojos, y unos poderosos estímulos para escitar á la práctica de las virtudes; hace ver la antigüedad de las imágenes pintadas ó de relieve, con testimonio de los Santos Padres; pone las pruebas de veneracion que se les dió siempre en los mejores siglos del cristianismo y ser de su orígen; refiere los milagros con que Dios habia aprobado el culto que se les daba; últimamente, insiste en el peligro que hay de poner las manos en los objetos consagrados por el respeto de los pueblos, y de mudar las costumbres establecidas desde mucho tiempo en la Iglesia. Así ilustraba el Santo Patriarca á sus colegas en el Episcopado, y esparcia las nubes que el error amontonaba para oscurecer la verdad á los ojos de los hombres mal instruidos, y autorizar los escesos que se permitian. La cuarta la dirigió al Papa Gregorio II para darle cuenta de lo que pasaba, y de cuáles eran sus creencias respecto al culto de las imágenes. El Pontífice le contestó aprobando su doctrina y su conducta.

3.ª *Homilías y sermones.* San German compuso dos homilías sobre la Santa Cruz, y cinco sermones sobre la presentacion, la anunciacion, la sepultura de Jesucristo, y dos sobre la muerte de la Santísima Vírgen.

4.ª *El libro de la verdadera y legítima retribucion, segun fuere el modo de vivir*, ó sea *Apología de San Gregorio de Niza contra los origenistas.*

5.ª *Un fragmento greco-latino* y un discurso *sobre las herejías.*

Tambien se le atribuye una esposicion de la fe, las constituciones sinodales y otras varias obras (1).

La elegancia y amenidad de sus escritos, especialmente de su *Apología de San Gregorio Niseno contra los origenistas*, han escitado la admiracion de Focio.

(1) Véase al Cardenal Baronio, *Anales* al año 730.

CAPITULO XXIII.

ISIDORO PACENSE.

FUENTES. Vaseo: *Tratado de historiadores latinos*, cap. IV, de su *Crónica*.—Marca: *Historia de Bearne*, lib. II, cap. I. —D. Nicolás Antonio: *Biblioteca antigua*, lib. VI, núm. 57. —Florez: *España sagrada*, tomo VIII, apéndice 2.°

EDICIONES. La de Sandoval, en 1615, y la que pone Florez en el lugar citado arriba.

ARTÍCULO ÚNICO.

Vida y escritos de San Isidoro Pacense.

Entre los escritores antiguos españoles que escribieron los acontecimientos de su tiempo, está Isidoro Pacense, llamado así por haber sido Obispo de la iglesia Pacense, una de las sufragáneas de Mérida, que algunos creen fue Beja, y otros Badajoz. Aunque no puede fijarse el año en que nació, sin embargo, se supone que fue á principios del siglo VIII, pues consta que en el año 754 escribió su *Cronicon*. Los escritores, así españoles como estranjeros (1), atribuyen á Isidoro Pacense un *Cronicon* notable, que Marca (2) calificó de muy exacto en el cómputo de los tiempos, si bien Pagi limita este elogio (3). Isidoro comienza su *Cronicon* por el año 1.° del Emperador Heraclio, que comenzó con el 610 y 611 de Cristo, y así abraza su historia el espacio de ciento cuarenta y tres años, pues, como ya hemos dicho, concluyó en 754, pudiéndose asegurar que su autor pretendió continuar el *Cronicon* de San Isidoro, que concluye en el imperio de Heraclio, desde cuyo tiempo tomó el hilo de su historia este escritor. Cinco son las épocas de que se valió el Pacense, á saber: Años de la creacion, años imperiales, Egira ó años de los árabes, años de los califas y Era de los españoles: las cuales, si estuvieran contestes y conformes con el principio puntual de cada una, formarian un argumento el más cierto de cuantos pueden usarse en cronología (4).

(1) Florez, lugar citado en las fuentes.
(2) *Historia de Bearne*, lugar citado.
(3) Critica al año 754.
(4) Florez, lugar citado.

CAPÍTULO XXIV.

SAN BEATO DE LIÉBANA.

San Beato, aunque se ignora cuál fue su patria, se sabe positivamente que floreció en España, y que fue monge y Abad en tierra de Liébana. Tampoco se sabe en qué monasterio vivió, pues los escritores no están acordes en ello. El tiempo en que vivió San Beato no pudo ser más desastroso para la Iglesia española: de un lado la invasion de los árabes, y de otro la debilidad de algunos cristianos. A estos males vino á juntarse la herejía de Félix de Urgel y de Elipando de Toledo, que defendian que Jesucristo no era Hijo natural de Dios, sino solamente adoptivo. San Beato fue quien, con su discípulo Eterio, hizo frente á estas depravadas creencias, mereciendo que la doctrina católica se identificase con su persona, hasta el punto de llamarla *Beaciana*. No se sabe con certeza el año que murió; unos le fijan en 798 y otros poco antes, reinando Mauregato. Los escritos de Beato son:

1.° *Su apología*. Por los años 785 tuvo noticia San Beato de que Elipando le acusaba, así como á Eterio, de herejía, viéndose precisado á escribir la apología, que dividió en dos libros, y que tituló *De la adopcion de Cristo, Hijo de Dios*. En ella hace ver con mucha elegancia que su doctrina es la de la Iglesia, que no admite en Jesucristo más que un solo Hijo, y este natural, pues en el momento de la Encarnacion las dos naturalezas divina y humana se unieron hipostáticamente, formando una sola Persona divina.

2.° *Los comentarios sobre el Apocalipsis*. San Beato los dedicó á su discípulo Eterio, y en ellos da á conocer sus grandes conocimientos en la Sagrada Escritura y en los escritos de los Santos Padres.

3.° *La carta á Elipando*. Va firmada por Beato y Eterio, y en ella manifiestan con sentimiento que han sabido por el Abad Fidel lo que dice contra ellos.

La autoridad de San Beato fue tanta en su siglo, que los escritores le citaban al par de los Santos más notables de la Iglesia primitiva.

CAPÍTULO XXV.

SAN EULOGIO DE CÓRDOBA.

FUENTES. *Vida de San Eulogio*, escrita por Alvaro Paulo, cordobés, que se halla en los Padres toledanos. —Florez: *España Sagrada*, tomo x, cap. XII.—Los Bolandos: *Vida de San Eulogio*, al dia 11 de Marzo.—Cavé: *Historia literaria*, tomo III, pág. 39.—Ambrosio de Morales, en la vida de este Santo y en los escolios sobre sus obras.

AUXILIARES. Baronio, 24 de Noviembre.—Pagi, al año 859.—Pellicer, en sus *Anales*, lib. v, pág. 233.—El marques de Mondéjar, en su *Exámen cronológico*.—D. Vicente de la Fuente: *Historia eclesiástica de España*, tomo II, pág. 125.

EDICIONES. Una en Alcalá de Henares, 1574, un tomo en folio, ilustrado con preciosas notas por Ambrosio de Morales, y otra en Francfort, en 1608, por Francisco Escoto. Ademas se encuentran sus obras en la *Biblioteca de los Padres*, segunda edicion.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Eulogio.

San Eulogio, Arzobispo electo de Toledo, nació en Córdoba á principios del siglo IX, de padres distinguidos, y vivió desde su juventud en un colegio de clérigos, haciéndose bien pronto superior á todos sus condiscípulos. El objeto principal de sus estudios era la Escritura y la lectura de los Santos Padres. Más tarde, ordenado de sacerdote, visitó los monasterios de Navarra y Aragon, donde adquirió las obras de San Agustin, Virgilio, Horacio y otros.

La persecucion que sufrieron los cristianos españoles en el año 850 bajo el califa Abderraman, y en 852 bajo su sucesor Mahomed, puso de manifiesto el celo del santo sacerdote, á quien se le veia al lado de los mártires, exhortándolos con la palabra y defendiéndolos con sus escritos.

Muchos de los muzárabes, y aun algunos Prelados, negaban el título de mártires á San Isaac y demas que espontá-

neamente se ofrecieron al martirio sin ser perseguidos. Con este motivo escribió su obra titulada *Memorial de los Santos*. Poco despues de esto fue encarcelado, por ser de distinta opinion á la de algunos de los Obispos reunidos en Córdoba, respecto á si debian considerarse como Santos los que sin ser violentados se esponian al martirio. En la misma cárcel se hallaban dos santas doncellas llamadas Flora y María, á quienes San Eulogio dedicó su opúsculo titulado: *Documento martirial*, con el objeto de robustecerlas en la fe. El éxito correspondió á los deseos del autor, pues en breve recibieron el martirio con ejemplar constancia.

No fue de larga duracion la prision de San Eulogio, y á la muerte de Wistremiro, en 855, fue elegido Arzobispo de Toledo, aunque su consagracion no tuvo lugar por la triste situacion de la Iglesia española; pero los Obispos de la provincia se abstuvieron de proceder á una nueva eleccion mientras él vivió. Entre tanto el celo de San Eulogio volvió á manifestarse con ocasion del martirio de San Salomon y de San Rodrigo, ocurrido en el año 857, escribiendo el *Apologético*, para defender en él el culto de los mártires. Esta fue su última obra, pero ademas habia escrito antes varias cartas, dirigidas á su amigo Álvaro y á otros sugetos.

Despues de algun tiempo, fue acusado de haber ocultado á una jóven morisca, llamada Leocricia; y citado ante el juez, declaró que él no habia podido rechazar á aquella jóven, que venia á abrazar la Religion cristiana, y que como sacerdote estaba dispuesto á enseñar el cristianismo á todo el que lo deseare. Irritado el juez, le amenazó con la muerte, y San Eulogio respondió atacando á Mahoma y á su ley. Conducido entonces ante el consejo del califa, fue condenado á ser decapitado, por haber insistido en confesar el Evangelio. Murió el 11 de Marzo de 859. El 15 del mismo mes, Leocricia le siguió á la gloria.

ARTÍCULO II.

Escritos de San Eulogio.

Los escritos de San Eulogio son los siguientes:

1.° El *Memorial de los Santos* (1). San Eulogio lo escribió en el año 851, con motivo de defender á los que se habian ofrecido al martirio, y se compone de tres libros. En el

(1) Así llamado porque celebra las victorias de los mártires y cuenta su glorioso martirio.

primero, despues de un prólogo en que manifiesta los deseos que tenian los cristianos de padecer por la fe de Jesucristo, con el ejemplo del mártir Isaac, espone las prerogativas que debiera gozar la Iglesia; hace, sin pensarlo, un elogio magnífico de su humildad; escita á los fieles á la constancia en la fe, aunque sea á costa de la vida; resuelve los argumentos suscitados contra los cristianos que se presentaban voluntariamente á los tiranos, y refuta los principales puntos de la secta mahometana; hace patentes las maldades y crueldades de los sarracenos, y concluye con una exhortacion á los fieles para la perseverancia en la Religion cristiana, animándolos á confesarla, aunque sea á costa del martirio.

En el II, despues del prefacio, en que manifiesta el plan del libro, el cual será referir con toda claridad los hechos gloriosos de los Santos mártires, sus nombres, su edad, su nacimiento, su tiempo, tanto que el lector pueda ver de una rápida ojeada todo cuanto se refiera á cada uno de ellos; despues de esponer las circunstancias que acompañaron al martirio del presbítero Perfecto, de los que le siguieron en tan glorioso triunfo, y las iniquidades que cometieron con sus sagrados restos, da cuenta de haber adquirido él la libertad con otros muchos fieles; y despues de esto refiere el satánico consejo del Rey y los próceres del reino, de esterminar completamente á los cristianos. Y, finalmente, da noticia de la muerte de Abderraman; del Concilio celebrado en Córdoba, de cuyas resultas se vió precisado á huir, juntamente con otros fieles.

En el libro III pone tambien su prefacio, en el cual indica la causa de haber añadido este libro á su obra, que no fue otra sino haber surgido nuevos acontecimientos en el nuevo reinado, y haberse presentado muchos cristianos á rubricar con su sangre la fe, lo que dió motivo al Santo para continuar su obra; y despues espone la atroz persecucion que se suscitó contra los cristianos; la destruccion de las basílicas más notables; el ensañamiento de los sátrapas: resuelve las dificultades, tanto de los cristianos como de los sarracenos; anuncia el fin desastroso de los perseguidores de los cristianos, y despues de animar y confortar á estos en la fe, les asegura que su galardon será la gloria.

2.° *Apologético de los santos mártires.* San Eulogio escribió este libro con el objeto de refutar todas las objeciones que hacian entonces los enemigos de la fe: prueba en él que ya no eran en aquella época necesarios los milagros, como en el principio de la Iglesia; que estos solo podian obrarse por la fe; recomienda esta sobremanera para alcanzar la corona de la gloria, y da tanta importancia á la virtud de la constancia, que dice ser salvo solamente aquel que perse-

vera hasta el fin. Hace mencion de un viaje á Pamplona y de su visita al monasterio de Leire, y dice haber leido en un códice anónimo el nacimiento de Mahoma heresiarca en tiempo de Heraclio, Emperador, en cuyo tiempo floreció tambien San Isidoro, Arzobispo de Sevilla. Refiere los escritos de Mahoma, que no son otra cosa que delirios de su fantasía, y tambien hace mencion circunstanciada de su muerte. Habla de los templos de los moros y de sus sacerdotes. Refiere la muerte del presbítero Rodrigo, ocasionada por la acusacion de su hermano, gentil, naturales de Egabro. Cuenta que Córdoba era la capital de los sarracenos; y cuando habla de la destruccion de los templos, hace mencion de las campanas. Refiere la amistad que contrajo el mártir Ruderico con el mártir Salomon cuando fue conducido á la cárcel; hace notar la grande humildad de ambos, y da noticia de la muerte preciosa y la crueldad con que se ensañaron contra ellos, y que él mismo, llevado de una santa intrepidez, se internó entre las turbas para ver sus cadáveres, y asegura con verdad ser tanta su hermosura, que parecian vivos y podian hablar.

Da tambien detalles del encuentro del cadáver de San Salomon por un sacerdote en la ribera del rio, y sitio denominado *Campo Niufiano*, el cual fue trasportado primero á Colubre, y despues á la iglesia de San Cosme y San Damian.

3.° *Documento martirial*, dirigido á las vírgenes Flora y María, que algunos consideran como *dos cartas*.

En la primera les recomienda, con testimonio de la Sagrada Escritura y Santos Padres, y principalmente de San Gerónimo y San Agustin, la virtud de la virginidad, que debian guardar intacta y pura hasta el sacrificio, y ofrecerla en holocausto al divino Esposo: les cuenta la cruel persecucion que se ha levantado contra la Iglesia de España; les hace mencion de la devastacion de las provincias más fértiles y ricas de nuestra patria, ocasionada por nuestros pecados, y les habla en particular á cada una de las dos, escitándolas á la constancia en los tormentos, poniéndole á Flora la consideracion de algunos de los mártires que fueron sacrificados en Córdoba, y á María el ejemplo de su hermano Walombonso, levita: de manera que es un escrito ó carta digno de llamar la atencion por la oportunidad con que fue dirigido á las dos vírgenes, tanto que por sí solo hubiera sido suficiente para hacerlas lograr la aureola del martirio.

La segunda es tambien dirigida á Flora y á María, y contiene solamente una deprecacion al Señor, para que por su gracia las haga permanecer constantes en la fe, despreciando las cosas de la tierra y anhelando tan solo las del cielo.

4.° *Carta á Wiliesindo, Obispo de Pamplona*. Con moti-

vo del viaje que San Eulogio hizo en busca de sus dos hermanos, Alvaro é Isidoro, tocole pasar por Pamplona, y obligado á detenerse por las guerras que aquejaban á Navarra y Francia, visitó al Obispo de la ciudad, llamado Wiliesindo; y habiendo vuelto á su casa, le escribió una carta, cuya parte sustancial es hacerle relacion de las cosas más notables que vió en su viaje, como el monasterio de San Zacarías, los montes Pirineos, y los rios Aragon y Cántabro. Le habla del monasterio de Leire y de su abad Odoasio, y le cuenta el buen servicio que le hizo su acompañante Teodemundo, diácono. Le dice tambien que la causa de su vuelta fue motivada por las instancias de su madre Isabel y de sus tres hermanos José, Niola y Anulona, y que no se olvida de las reliquias de San Zoilo, que tanto deseaba para ilustrar y enriquecer su iglesia y provincia. Le cuenta que al dia siguiente de su marcha llegó á Zaragoza, donde supo por unos mercaderes que sus hermanos se hallaban en Maguncia, ciudad de Francia. Le dice haber visitado y permanecido con el Obispo llamado Senior, varon muy religioso; que á su vuelta pasó por Alcalá de Henares, y saludó á su Obispo Venerio; tambien pasó por Segovia, donde era Obispo Sisenando, y finalmente por Toledo, siendo su Arzobispo Wistremiro. Le dice que ya le envia con Galindo Ecuicon el regalo que tanto anhelaba de San Zoilo, y ademas la reliquia de San Acisclo. Le refiere la cruel persecucion que sufre la Iglesia de Córdoba, y le relata el valor y constancia que anima á los mártires, y las respuestas que daban á los ministros. Le ruega salude á sus amables Fortunio, Abad de Leire, y demas padres y monges, que tanto le sirvieron de consuelo. Y, finalmente, le hace relacion de los que han muerto en Córdoba por la fe de Cristo.

5.° *Tres cartas á su amigo Alvaro.* El objeto de la primera carta fue para que su amigo, gran literato, revisase el *Documento martirial* que dirigió á las vírgenes Flora y María, con lo que demuestra bien á las claras la profunda humildad de que se hallaba adornado. La contestacion que Alvaro remite á San Eulogio da á conocer el escelente mérito del escrito, y al mismo tiempo que este insigne sugeto era un varon de los más sabios de su época.

En la segunda celebra con magníficos elogios el martirio de las vírgenes Flora y María, escediéndose sobremanera á las escelencias que de ellas habia hecho en el *Memorial de los Santos*.

En la tercera le cuenta cuándo comenzó, interrumpió y concluyó su libro, y tiene ademas el objeto de remitírselo para que lo censure y corrija; pero de esta carta se desprende que solamente le envió el libro I, y tambien por la respuesta de Alvaro á San Eulogio.

La contestacion de Alvaro es de lo más bello y poético que ofrecerse puede, demostrando de esta manera el mérito de la obra del esclarecido Doctor San Eulogio, mártir, Arzobispo electo de Toledo.

6.° *Carta dirigida á Baldegotoma, hermana de Flora.* En ella le da cuenta del mes y del dia en que sufrió el martirio en compañía de María, hermana del mártir Walombonso; la consuela diciéndole que goza en el cielo entre los coros de las vírgenes la gloria merecida. La recomienda las virtudes que deben de adornarla, y finalmente le dice que le envia para grato recuerdo el cinturon que ella usaba en la cárcel.

ARTÍCULO III.

Carácter y estilo de San Eulogio.

La figura más brillante en la iglesia mozárabe y la personificacion del siglo IX, segun el juicio de D. Vicente de la Fuente (1), es en España el gran Padre San Eulogio, como Doctor de la Iglesia, vírgen, mártir, historiador y controversista; como defensor y padrino de los mártires de Córdoba, en la persecucion sarracénica, y columna de aquella combatida Iglesia; su gloria y nombradía descuellan sobre todas las demas de su época, y en medio de aquel siglo tenebroso brilla cual fulgente estrella en el cielo de la Iglesia española.

San Eulogio es, en efecto, para la iglesia mozárabe lo que San Isidoro para la goda; es aun más relativamente, pues aquella presenta otros nombres que pudieran ponerse al lado de aquel, mas la iglesia mozárabe no tiene ningun otro que le iguale. Como historiador le debemos, no solamente la curiosa narracion de las persecuciones causadas por los árabes, sino tambien noticia de otras muchas iglesias de España, A de su estado bajo el yugo sarraceno durante el siglo IX. y no ser por sus escritos, apenas sabríamos nada acerca de aquella época.

Respecto al mérito de las obras de San Eulogio, segun el autor antes citado, el célebre Baronio le consideró tan elevado, que dijo le parecia que aquel Santo *habia mojado la pluma en el tintero del Espíritu Santo.* Su estilo, por lo comun sencillo, se eleva en algunas ocasiones; el lenguaje es mucho más puro y correcto que el de todos sus contemporáneos, y nada tiene que envidiar al de los cortesanos de Carlo-Magno, si es que no supera á muchos de ellos. Su continuo estudio y el manejo de los clásicos, que trajo de su viaje á Pamplona, contribuyeron á que tanto su estilo como su lenguaje fueran superiores al de sus contemporáneos.

---

(1) *Historia eclesiástica de España*, tomo II, párrafo 67, pág. 124.

CAPÍTULO XXVI.

DE ALGUNOS ESCRITORES ECLESIÁSTICOS DE ESTA SECCION.

ARTÍCULO PRIMERO.

San Fulgencio, San Braulio y Juan Tajon.

San Fulgencio, denominado Obispo de Cartagena, no obstante que por la misma razon pudiera llamarse Obispo de Ecija, nació probablemente en Sevilla (1), y fue hermano de los Santos Leandro, Isidoro y Florentina. Recibió una educacion cristiana bajo la direccion del Obispo Eterio; tomó el hábito y profesó la regla de San Benito. Aparece aun muy jóven como un hombre de gran valer, por sus vastos conocimientos en las lenguas griega, siríaca, hebrea y latina, y muy principalmente en las Sagradas Escrituras, siendo fruto de estos conocimientos sus comentarios sobre el *Pentateuco*, los libros de los Reyes, Isaías, los doce Profetas menores, los salmos y los Evangelios. No se contentaba el Santo con escribir, y añadia á estas tareas el ministerio de la predicacion y de la controversia verbal.

Los arrianos, conociendo el daño que les causaba San Fulgencio, consiguieron fuese desterrado á Cartagena, donde se cree que escribió el libro titulado *De la fe*. Cuando San Hermenegildo se hallaba en poder de su inexorable padre Leovigildo, San Fulgencio le consolaba con sus cartas, en las que le exhortaba á sufrir toda clase de tormentos antes que apostatar de la fe. En el reinado de Recaredo volvió de su destierro á Sevilla, de cuya catedral era canónigo. Dominico, Obispo de Cartagena, le llamó para ser su coadjutor; y muerto aquel Prelado, le sucedió en el obispado. Fue comisionado por el Papa para apaciguar unas disensiones que ocurrieron en Ecija, y aun se cree que se le trasladó el obispado á esta ciudad. En 610 asistió al Concilio de Toledo, y en 619 al de Sevilla, presidido por su hermano San Isidoro. Ademas de las obras mencionadas, escribió las *mitologías* ó *ficciones*, en las que desplegó nuestro Santo su

(1) Max. Marco afirma que nació en Toledo; pero esto no es probable.

vasta y variada erudicion, así como en muchos *sermones* tenidos en grande estima en aquel tiempo; por todo lo cual mereció que San Julian le diese en el Concilio toledano celebrado el año 688 el honroso título de Doctor. Este célebre español murió en Cartagena el año 658.

San Braulio, ó *Braulion*, honor y lustre de la Silla arzobispal de Zaragoza, fue, segun unos, hermano de San Hermenegildo y Recaredo, y otros le dan la misma ascendencia que á los Santos Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina, pero á punto fijo no se sabe quiénes fueron sus padres; únicamente sabemos por San Ildefonso que fue hermano del Arzobispo de Zaragoza, Juan. Tuvo por maestros á su mismo hermano y al glorioso San Isidoro. El estudio de las letras sagradas, los cánones eclesiásticos, los Santos Padres y la disciplina de la Iglesia, eran las fuentes donde bebia aquella doctrina pura y sublime que se nota en sus cartas, y con que ilustró los monarcas y los Concilios. El estudio de los autores profanos, el conocimiento de las lenguas, el entusiasmo de los poetas, todo lo poseia. Los himnos que compuso en alabanza de los mártires, y la carta dirigida al Papa, que tanto admiró la misma Roma, son testimonios de lo que acabamos de decir. Su hermano le nombró arcediano de su Iglesia, y á su muerte fue elegido, segun se dice, por inspiracion del cielo, para sucederle. Asistió al Concilio IV nacional de Toledo, y se cree tuvo mucha parte en la disposicion de las actas y formacion de los cánones. Corrigió y perfeccionó la obra de las *Etimologías* de San Isidoro, quien sabia que el talento de Braulio era á propósito para esto. Influyó sobremanera en los Concilios V y VI nacionales de Toledo, y defendió en una carta dirigida al Papa, y recibida durante este Concilio, á los Obispos españoles, tachados de negligentes. No solo, en fin, brilló Braulio en los Concilios, sino tambien fuera de ellos. Los Obispos, Reyes, eclesiásticos, seglares, todos recurrian á él, como á un depósito de sabiduría y prudencia, para pedirle consejo sobre los negocios más arduos. El decidió á Chindasvinto á asociar al trono á su hijo Recesvinto, y en el reinado de este último corrigió, por mandato del Rey, el Código, que estaba muy imperfecto. Finalmente, aquel ministro fiel, aquel Obispo celoso, aquel Doctor sapientísimo, aquel padre amoroso, aquel escelente patricio, aquel sacerdote santo, consumido por sus continuos y pesados trabajos, oprimido por las inquietudes y detracciones que le hicieron padecer los enemigos de la virtud, y rendido al peso de sus molestas enfermedades, entregó su alma al Señor en el año 651. Nos quedan de este Santo la *Vida de San Milton*, un índice de las obras de su

maestro San Isidoro; la *Vida de los Santos mártires Vicente, Sabina* y *Cristeta*; la correccion ó casi renovacion del Código, que hizo en tiempo de Recesvinto, y una preciosa coleccion de cartas (1).

Juan Tajon, sucesor de San Braulio, fue monge y abad de un monasterio, y muy aplicado á la meditacion de la Escritura y obras de los Santos Padres, especialmente de San Agustin. El Rey Chindasvinto le envió á Roma á buscar algunos escritos de los Santos, especialmente las dos últimas partes de los *Morales de San Gregorio.* Entre otras obras, escribió cinco libros de *Sentencias Teológicas.* «Tajon, dice Mabillon, redactó en cinco libros, bajo ciertos títulos, todo lo que encontró en San Gregorio respecto á la Teología, sin mezclar ningun razonamiento, ni aun los testimonios de los demas Padres, escepto algunos de San Agustin. El primer libro de esta compilacion trata de Dios y sus atributos: el segundo, de la Encarnacion, de la predicacion del Evangelio, y de los Pastores y ovejas: el tercero, de los diversos órdenes de la Iglesia, de las virtudes y de los vicios: el cuarto, de las tentaciones y pecados; y el quinto, en fin, de los réprobos, del juicio final y de la resurreccion. El primero, pues, que redujo á cierto método la Teología escolástica fue Tajon, y no Pedro Lombardo, quien merece el título de Maestro de las Sentencias.

ARTÍCULO II.

Alcuino y Rabano Mauro.

Alcuino nació el año 732, en el territorio de York, y habiendo recibido en la escuela de la catedral de esta ciudad una instruccion sólida, llegó á ser Superior de la misma. Cuando fue á Roma, con el objeto de recibir el sagrado palio destinado al Cardenal Cambald, al pasar por Lombardía tuvo ocasion de conocer á Carlo-Magno, el cual le invitó á ir á su corte. Autorizado por su Arzobispo, correspondió á esta invitacion, y fue nombrado Superior de la escuela palatina y miembro de la academia que alrededor de sí habia formado Carlo-Magno, llegando á ser su amigo y maestro, y uno de los más celosos cooperadores en propagar la ciencia en aquel reino. En 796 fue nombrado abad de Tours, é hizo de este convento la escuela más célebre de toda la Europa, y de donde salieron sabios como Rhaban, Maur y Haymon

(1) Florez: *España sagrada*, tomo xxx.

de Halbestad. Tomó una parte decisiva en la controversia del *adopcianismo*, siendo tan ortodoxo en sus doctrinas como virtuoso en su conducta; mereciendo ademas el elogio de la Iglesia por el cuidado que empleó en la restauracion de la *Biblia*. Murió en su abadía de Tours el año 804. Escribió algunos libros sobre la Sagrada Escritura, en los cuales comentó el *Genesis*, en los puntos que conciernen á la historia, aduciendo varias cuestiones curiosas, á las que se han añadido, como obra de este autor, un pequeño tratado sobre aquellas palabras: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza*. Esplicó asimismo los siete salmos penitenciales y los graduales, y un tratado *Sobre el uso de los salmos*, distribuyéndolos en otro tratado ó Breviario para todos los dias de la semana. Su carta al *Delfin* es una amplificacion mística de aquellas palabras del *Cantar de los Cantares*: *Hay sesenta Reinas y ochenta concubinas ó mujeres de segunda fila*. Comentó asimismo el Evangelio de San Juan, y escribió algunos epígramas sobre la *Biblia*. No descuidó tampoco la parte dogmática. Escribió sobre la Trinidad, sobre la procesion del Espíritu Santo, varias cartas dirigidas al Papa, á personas reales y otros personajes ilustres; un *libro sobre los Sacramentos*, un *Tratado sobre las virtudes y sobre los vicios*, un *Tratado sobre las siete artes liberales*, *siete libros de controversia contra Félix de Urgel*, *las vidas de varios Santos*, su célebre y tan discutida *Profesion de fe*, prescindiendo de otras muchas obras que se han perdido, entre las cuales se citan varios comentarios sobre libros de Escritura de uno y otro Testamento. Sus obras más interesantes son las que escribió en defensa de la fe, en donde establece con solidez los principios, y combate y apura viva y felizmente á su adversario, manejando contra él las armas de la Escritura y la autoridad de los Padres, de un modo admirable. No es empero tan feliz cuando recurre á raciocinios humanos, pues hay pasajes en que no es fácil seguirle ni entenderle. Con más claridad y limpieza se esplica en sus tratados de moral, particularmente en el de las *virtudes* y de los *vicios*, cuya lectura puede ser de suma utilidad. Sus comentarios no son originales, pues se reducen, por decirlo así, á estractos de los antiguos intérpretes. Tiene poco fuego en sus poesías ó poemas que compuso sobre el número de los libros de la Escritura, pues casi siempre en nada difiere de la prosa, sino en la medida de los pies, no librándose con harta frecuencia de las faltas de prosodia. Mucho más grata es la lectura de sus cartas, ya con respecto á muchos puntos de la historia y de la disciplina de la Iglesia, ya á causa de la dulzura y modestia que en todas partes se traduce. Su doc-

trina sobre todos los puntos de Religion es muy pura, y nunca dejó escapar ocasion de mostrar su celo, defendiéndola contra sus enemigos.

La mejor edicion de sus obras es la de Froben de San Enumeran, en Ratisbona, dos volúmenes en folio, el año 1777.

Rabano Mauro ó Rabanus, llamado tambien *Harabanus Magnentius*. Nació este célebre religioso, el más fecundo y laborioso escritor de su siglo, en la ciudad de Mayenza, el año 776 de nuestra Era, de padres nobles y acomodados. Consagrose á Dios á la edad de diez años, en la abadía de Fulda, en la que hizo sus primeros estudios, y desde esta pasó á Tours, á fin de perfeccionarse, bajo la direccion de Alcuin, en el conocimiento de las artes liberales y de las letras sagradas. Su dulzura y aplicacion le granjearon la amistad de Alcuin, que le dió el apodo de *Maur*. A los dos años volvió á la abadía de Fulda, y fue encargado en ella de la enseñanza de la gramática y retórica. A pesar de lo mucho que le ocupaba la enseñanza, pudo dedicarse á componer algunas obras, que le proporcionaron conocer y cultivar la amistad de los sabios de Francia y Alemania. Luego hizo un viaje á la Palestina, para visitar los Santos Lugares. En 822 fue elegido Abad, por muerte de San Egilo, y dimitió su cargo en 842, para retirarse á la soledad del Monte de San Pedro, en donde se proponia consagrar el resto de sus dias á la oracion y el estudio; pero á los cinco años fue sacado del desierto para ocupar la Silla episcopal de Mayenza. Desplegó el nuevo Prelado mucho celo en el gobierno de su diócesis, celebró muchos sínodos para poner remedio á los abusos que se habian introducido hasta en los claustros, é hizo formar sabios reglamentos para evitar su reproduccion. Raban presidió el Concilio que se reunió en Mayenza, en el año 852, de órden de Luis el *Germánico*, y en el año siguiente asistió al que se celebró en Francfort. Murió este digno Prelado en Winfeld, el dia 4 de Febrero de 856.

Dejó escritos un gran número de opúsculos, que se recogieron en Colonia en 1627, en seis tomos y tres volúmenes en folio. Las principales obras de esta coleccion, y en las que más se distingue Raban, son las siguientes: 1.° *Un estracto de la gramática de Prisciano*. 2.° *Un estracto del Universo* en veintidos libros, en el que se encuentra la esplicacion y definicion de los nombres propios, y de un gran número de palabras empleadas en la *Biblia*. 3.° Un tratado de las *Alabanzas de la Cruz*, en dos libros. Es una coleccion de acrósticos tetrágonos, compuestos de treinta y cinco versos, y cada verso de treinta y cinco letras, formando figuras

místicas de la Cruz, con esplicacion en prosa. 4.° *Comentarios sobre casi todos los libros de la Biblia*, sacados de los Santos Padres. 5.° *Una coleccion de homilías*. 6.° *Una coleccion de alegorías sobre la Biblia*. 7.° *Un tratado sobre la institucion de los clérigos y de las ceremonias de la Iglesia*. Esta es la obra más útil é interesante de todas las de Raban, y se han hecho de ella muchas ediciones en el siglo XVI. 8.° *Un martirologio*. 9.° *Poesías*. Son himnos, entre los que se distingue el que emplea la Iglesia en las ceremonias más importantes, y que empieza por el verso *Veni, Creator Spiritus*, epitafios, inscripciones, elegías, etc.; las que se han publicado por el P. Brozver, con notas. 10. *De la invencion de las lenguas desde la hebrea hasta la theotista, y de los signos antiguos*. 11. *Un tratado de vicios y virtudes*. 12. *Las cartas*. 13. *Un tratado sobre diversas cuestiones*, sacadas del Antiguo y Nuevo Testamento. 14. *El comentario sobre el libro de Josué*. 15. *Un tratado sobre la Pasion*. 16 y último. La obra *Glossas theonicas* (1). No puede negarse al Prelado Raban, talento, erudicion profunda, algun tanto de imaginacion, y gran fondo de piedad.

ARTÍCULO III.

Focio y Anastasio el Bibliotecario.

Focio, Patriarca de Constantinopla y autor del cisma que lleva su nombre (2), pertenecia á una familia ilustre y rica. Era sobrino del Patriarca Tarasio, y hermano del patricio Sergio, de tan elevada alcurnia, que pudo desposarse con la hermana del mismo Emperador. Focio mostró desde sus primeros años grande ingenio, y sus padres procuraron educarlo bien. Su espíritu inquieto no reposaba en ninguna parte; y fatigado de los honores del mundo, más bien que movido por la gracia, abrazó el estado eclesiástico, llegando á ocupar la Silla de Constantinopla en 857. No hubo quizás ingenio de más estension, ni hombre más estudioso, ni filósofo de una erudicion más vasta y variada. Poseia las buenas letras, la filosofía, la astronomía, las matemáticas, la Teología, todas las ciencias y todas las artes; y su pluma, que sucesivamente sabia tomar todas las formas y todos los estilos, pasaba de una materia á otra, y las trataba con tanta facilidad como si se hubiese ocupado de ellas toda su

(1) Esta obra se conserva en manuscritos en las Bibliotecas de Viena y Munich.

(2) Aquí se le da cabida solamente por lo que respecta á su espíritu y su talento; pues por lo demas, claro está que ni es Santo, ni Padre, ni puede figurar entre ellos.

vida. Su gusto era acre, su crítica clara, y su manera de escribir siempre pura y correcta; se acomodaba á todos los estilos, desde el más sublime hasta el más sencillo, y las obras que tenemos suyas son prueba de este elogio. El profundo estudio que habia hecho de los antiguos monumentos de la ciencia eclesiástica produjo la coleccion llamada *Nomocanon*, que es una sabia recopilacion de todos los cánones que estaban en observancia en la iglesia griega, desde los tiempos apostólicos, y de las leyes imperiales que allí se refieren. Este cuerpo de decisiones canónicas es el más completo que se ha visto hasta ahora; está distribuido en catorce libros, y cada título dividido en muchos capítulos, segun la abundancia y diversidad de objetos comprendidos bajo la division general. Su inmensa lectura y su crítica fina y juiciosa concurrieron á formar la obra inapreciable, tan conocida de los sabios, con el título de *Biblioteca de los Padres*, en la cual da un estracto metódico de ciento ochenta volúmenes que habia leido, que es el fondo más rico de literatura y filosofía que nos ha quedado de toda la antigüedad; y lo que sobre todo aumenta más su estimacion, son las noticias del número de obras perdidas que allí se encuentran, y fragmentos considerables de libros consumidos por el tiempo, y que ha conservado el compilador.

Compuso ademas un tratado de las voluntades en Cristo, y otro de la Divinidad y Encarnacion del Hijo de Dios. Tiene un comentario sobre las Epístolas de San Pablo, y un sermon de la Natividad de la Vírgen. Su opúsculo *De officio principis*, dirigido á Miguel, Rey de los búlgaros, encierra treinta y siete máximas de grande utilidad para los que rigen los destinos de las naciones. Finalmente, se admira en las cartas del famoso Patriarca la variedad prodigiosa de sus conocimientos, y la gracia del estilo, que siempre toma el tono conveniente á la materia. Son en número de doscientas cuarenta y ocho, y en tanta cantidad no hay una que no sea interesante, ya por el fondo de la materia, ya por la manera con que está tratada.

Anastasio el Bibliotecario, hombre sabio y escritor célebre del siglo IX, fue Abad de un monasterio de la Vírgen María, á la otra parte del Tíber, en Roma, y bibliotecario del Vaticano. Asistió en 869 al Concilio VIII general de Constantinopla, donde fue condenado Focio. Sus conocimientos y la elocuencia que desplegó, hablando ya en griego como en latin, fueron muy útiles á los legados del Papa. Tradujo las actas de este Concilio del griego al latin, así como las del VII, celebrado en el siglo precedente.

La mayor parte de las numerosas obras que ha dejado

son otras tantas traducciones, en las que se observa más fidelidad que elegancia. 1.ª Su *Historia eclesiástica*, impresa en Paris, con las notas de Cárlos Aníbal Fabroti, forma parte de la *Historia Bizantina*. 2.ª *El libro Pontifical, ó coleccion de las vidas de los Papas*, desde San Pedro hasta San Nicolao I, impreso por primera vez bajo la direccion del Jesuita Buseé, Maguncia, 1602. A esta obra es á lo que debe Anastasio más celebridad. Y este no fue propiamente el autor, sino el redactor de estas *vidas*, que sacó de los antiguos catálogos de los Pontífices Romanos, de las actas de los mártires, y de otras memorias conservadas con grande esmero en los archivos de la Iglesia romana; y, en fin, no compuso más que las vidas de algunos de los Papas de su tiempo, sin que sea posible determinar con precision el número, ni reconocer con certeza las que pertenecen á su pluma.

Si es suya la vida del Papa Anastasio I, no anduvo muy acertado en la eleccion de los autores que consultó.

ARTÍCULO IV.

Luitprando y Silvestre II.

Luitprando, Obispo de Cremona, nació á principios del siglo x. Despues de haber sido subdiácono de la iglesia de Toledo, y cuando era solo diácono de la de Pavía, fue en 946 de embajador á Constantinopla. Hallábase ocupando la Silla de Cremona cuando asistió al Concilio celebrado en Roma, en el que se depuso al Papa, y habló á nombre del Emperador Oton, que se hallaba presente, pero no entendia el idioma de los romanos. En 968 pasó á Constantinopla, en calidad tambien de embajador de Oton; pero el mal recibimiento del Emperador de Oriente le hizo poco grata esta embajada.

Luitprando era uno de los hombres más eruditos de su siglo, pues estaba muy versado en la antigüedad, y escribia fácilmente versos en griego y latin.

Las principales obras de este escritor son las siguientes: 1.ª *Una historia*, que contiene el relato de los sucesos más notables ocurridos en Alemania é Italia desde el año 862 hasta 964: consta de seis libros, y su estilo es muy superior al que caracteriza su época. 2.ª *Un diario de su embajada cerca de Nicéforo Focas:* esta relacion es muy estensa, y tiende demasiado á la sátira y á la adulacion. 3.ª *La Crónica de Luitprando:* esta obra se cree que es supuesta.

Silvestre II, Papa, fue el hombre más célebre y el más instruido del siglo x. Su nombre era *Gerberto*, el cual nació en

Auvernia, cerca de Aurillac, ciudad de Francia, de una familia pobre y oscura. Fue educado en la abadía de Aurillac, y más principalmente en las escuelas cristianas de Cataluña, donde aprendió matemáticas y ciencias naturales, siendo dudoso que pasara á estudiar en Córdoba, como pretenden los que quieren enaltecer estas escuelas musulmanas, rebajando las cristianas, y tomó el hábito monástico. Llegó á ser, por su maravilloso ingenio y profundo estudio, muy instruido en las lenguas latina y griega, insigne filósofo, egregio matemático, y sumamente versado en la gramática, la retórica, mecánica, astronomía, medicina, Teología, y aun en la música, por cuya razon fue llamado el músico y el filósofo. Por influencia de Oton II fue nombrado Abad del monasterio de Brovio, en el Milanesado, hácia el año 970. Con el favor del príncipe Oton III, pariente del Papa Gregorio V, fue nombrado Arzobispo de Rávena. Por muerte de este Papa, y por recomendacion de Oton III, el clero romano eligió por Papa á Gerberto, con el nombre de Silvestre II, el 28 de Febrero de 999. Poseia tantos conocimientos, que se le creyó en Francia y en Italia poseido de magia (1), y fue el primer Pontífice que celebró el Jubileo Santo. Murió en Roma el dia 12 de Mayo de 1003, á los cuatro años y nueve dias de su pontificado.

Las principales obras de este Pontífice son las siguientes: 1.ª *Un libro de geometría.*—2.ª *Un libro acerca de los Números.*—3.ª *Varias cartas dirigidas al monge Constantino.*—4.ª *Un tratado acerca de la construccion de la esfera.*—5.ª *Un sermon escelente para la informacion de los Obispos.*—6.ª *Varios tratados de Teología.* Y, últimamente, *Varios tratados sobre la aritmética, geometría y astronomía*, cuyos tratados acreditan lo notable de su entendimiento, su penetracion, su noble elocuencia, y la fuerza y eficacia de sus razonamientos (2).

(1) Las fábulas que con este motivo se inventaron suponiendo que se lo llevó el diablo, son hijas de una ignorancia grosera y de una malignidad impía.

(2) Véase á Natal Alejandro, tomo VI, cap. II, carta 26.

FIN DE LA PRIMERA SECCION DE LA EDAD MEDIA.

SECCION SEGUNDA.

CAPÍTULO PRIMERO.

IDEA GENERAL Y CARÁCTER DE LOS PADRES DE LA SEGUNDA SECCION DE LA EDAD MEDIA.

A principios de este período comienzan á sentirse los primeros albores de una nueva era en la historia de las letras, producto de los diversos elementos de cultura reunidos en los siglos anteriores, y consecuencia forzosa de la influencia benéfica que la Iglesia venia ejerciendo. Los primeros representantes de la ciencia teológica en este período fueron, en el siglo XI, Lanfranco, que combatió la herejía de Berenguer de Tours, y San Anselmo, que refutó á Roscelin. El insigne Obispo de Cantorbery, partiendo de la fe, llega á la ciencia, y partiendo luego de la idea del ser, se eleva á Dios, por donde se produce su célebre demostracion sobre la existencia del Ser Supremo.

En el siglo XII alzó su poderosa voz el ilustre San Bernardo, para refutar á Abelardo. A pesar de su estraordinaria fama y de la mucha popularidad que habia adquirido, redújole á silencio en el Concilio de Sens; puso de manifiesto los errores de Gilberto de la Poirre y de Arnaldo de Brescia, y limpió la filosofía de las sutilezas y mala doctrina con que la habian manchado las herejías y los discípulos de Roscelin.

El Abad de Claraval figura ademas en primera línea entre los místicos que constituyen esta primera época. El Doctor Melifluo, Guillermo de Tierry, Hugo, Ricardo de San Víctor y Santa Hildegarda forman el círculo magnífico y glorioso del misticismo cristiano en su primera manifestacion científica. La base, el fundamento, la aspiracion constante de estos venerables ingenios, consistia en amar á Dios, amarle primeramente por el sentimiento, por el corazon, y despues por la ciencia.

Desde principios del siglo XII los dogmas y las definiciones aludidas, cuyas esplicaciones se habian tratado hasta entonces, fueron reunidas en grupos y tratados más ó menos sistemáticamente, es decir, de tal modo, que una verdad llegó á ser la base de la otra, y que todas constituyeron un conjunto, demostrando y justificando ademas el dogma de Dios por el conocimiento de la criatura, el dogma de la creacion por el conocimiento de Dios Criador, Conservador y Redentor, y el dogma del hombre por el conocimiento de la naturaleza, y viceversa.

El primer teólogo en quien la ciencia cristiana se mostró bajo esta forma de una manera completa, fue Pedro Lombardo, cuyo sistema siguió siendo por este motivo durante siglos la base de la enseñanza teológica. Este sirvió de tipo y modelo á inmenso número de producciones escolásticas, y su obra es la demostracion más palmaria de los progresos que iban haciendo las ciencias cristianas en la Edad Media. Este fue el primero que sistematizó las ciencias, fijó las bases del método escolástico, y prestó, por consiguiente, un gran servicio á la Teología. Conviene advertir, por último, que Pedro Lombardo se apoya generalmente en las doctrinas de los Santos Padres, y en especial en las de San Agustin, lo cual contribuyó no poco á darle boga y estimacion entre los escolásticos.

En el siglo XIII los representantes de la ciencia fueron muchos; pero fácilmente se comprenderá que sin salir de nuestro propósito no podremos detenernos á tratar de todos y cada uno de ellos, debiendo ceñirnos naturalmente á los grandes maestros.

Entre estos merecen especial mencion Alberto el Grande y sus contemporáneos los renombrados Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura.

De Alberto Magno bastará decir aquí que fue el asombro de su siglo, así en las ciencias físicas como en la filosofía y Teología.

¿Qué cabe decir, por otra parte, del Doctor Angélico, de quien tanto se ha dicho por los hombres más sabios de los seis últimos siglos, por los varones más autorizados, por los órganos más competentes de la ciencia cristiana, por los representantes y maestros de la Iglesia? No parece sino que Dios quiso iluminar la inteligencia de Santo Tomás, como habia iluminado las de San Agustin y San Pablo, para demostrar al mundo que todo lo que sea apartarse de las doctrinas de estos tres esclarecidos varones, ha de ser tanto como caer en el error y el estravío.

El Doctor Seráfico es otro prodigio de santidad y sabiduría; era hombre de inteligencia profunda, y de corazon angeli-

cal: como teólogo, dió una direccion práctica á sus escritos; como filósofo, sintetizó profundamente el carácter científico de su época; como místico, manifestó constantemente su tendencia á la contemplacion divina; como orador, en fin, escribió sermones muy elocuentes.

El escolasticismo llegó á su mayor apogeo con estos brillantes genios, y el misticismo siguió, como era natural, el mismo desarrollo. No faltaron algunos místicos que consideraron inútiles toda filosofía y toda especulacion científica; pero es evidente que San Bernardo y San Buenaventura, no solo comprendieron y amaron la mística, sino que fueron verdaderos y perfectos místicos, y sin embargo no fueron estraños, ni menos hostiles, á la ciencia. La oposicion entre la Teología y la práctica tuvo lugar cuando en el siglo XIV se separó la filosofía de la Teología, que constituye el primer momento de la disolucion del escolasticismo.

San Alberto Magno, Santo Tomás y San Buenaventura fueron los hombres más eminentes de la Edad Media. Unidos á San Bernardo, San Anselmo y San Agustin, constituyen el cielo luminoso y brillante de la ciencia cristiana, su tradicion viviente en la Iglesia.

El espíritu y tendencia de los célebres maestros de esta época consistió principalmente en la armonía de la razon y de la fe, en conciliar ambos elementos, en señalar los límites de la razon dentro del círculo anchísimo de la fe; en todo lo cual no hicieron los escritores católicos de esa edad sino continuar las tradiciones cristianas de todos los siglos. La fe precede á la ciencia, y fija sus límites y condiciones. Tal viene á ser el principio fundamental de los grandes teólogos cristianos. San Anselmo buscaba la ciencia y la inteligencia por medio de la fe; y dirigiéndose á Dios en su *Proslogio*, dice: «Deseo entender tu verdad, que ya cree y ama mi corazon. No busco entender para creer, sino que creo para entender.» Con el noble intento de armonizar la razon y la fe, escribió San Buenaventura su célebre libro *De la reduccion de las ciencias á la Teología*. Y, en fin, y para ahorrar citas inútiles, el Angélico Doctor Santo Tomás escribió la *Summa contra gentiles* para demostrar la imperiosa necesidad que tenemos de creer, y conformar despues nuestra fe con la razon; es decir, creer primeramente y ante todo, mas luego esforzarnos para entender aquello mismo que creemos. ¡Síntesis profunda de la Teología! ¡Espresion elocuente y clara de la armonía de la razon y de la fe!

El manantial de donde estos representantes de la ciencia de la Edad Media sacaron su doctrina, no pudo ser otro más que la fe de la Iglesia. En ella es en donde hallarán la ciencia cristiana los que quieran adquirirla, y esto es lo que se

ha hecho y hará siempre. Sin embargo, tenemos necesidad de consignar aquí una notable diferencia, y es que los Padres de la Iglesia sacaron su ciencia, ya de los documentos escritos, ya de las tradiciones orales de los Apóstoles, pero siempre de la Iglesia. Lo mismo sucede en nuestros dias; nosotros sacamos nuestra ciencia de las actas de los Concilios, de la Sagrada Escritura, y de otros documentos que formulan la ciencia teológica en su conjunto y en sus detalles, siendo la fuente donde bebemos tambien la fe de la Iglesia; no su ciencia inmediata, directa y actual, sino la formulada y fijada en los documentos citados. Pero los escolásticos sacaron su ciencia de la verdad cristiana, haciendo caso omiso de los documentos preexistentes, y ateniéndose tan solamente á la ciencia actual, inmediata y viva de la Iglesia. Sin demostrar nada ni por los actos, ni por los documentos, hablan con la certeza del que tiene una posesion incontestable, y dicen: *Hé aquí la verdad cristiana.* Despues se remiten á los documentos de donde nosotros sacamos nuestra ciencia, para comprobar con testimonios lo que han anunciado como cierto.

Con esto se esplica un hecho que tanto ha escandalizado, por haber sido frecuentemente, y ser, mal comprendido, á saber: por qué en el escolasticismo se citan unos manantiales al lado de otros distintos; Aristóteles al lado de la Escritura, Averroes al lado de San Agustin, etc. Los documentos así citados no son verdaderas fuentes: son medios auxiliares para apoyar y dilucidar lo que se ha recogido en un manantial *único*, manantial que, ya lo hemos dicho, no es otra cosa que la doctrina actual, directa y presente de la Iglesia, lo mismo que la atmósfera directa y actual que nos envuelve es el punto á donde van á tomar todos los pechos el aire que les es necesario.

CAPÍTULO II.

SAN PEDRO DAMIANO.

FUENTES. Las obras del mismo San Pedro Damiano.—Su vida, escrita por su discípulo Juan de Lodi, publicada por Mabillon y adoptada por los Bolandos, al dia 23 de Febrero.—Suria, al dia 13 de Marzo.—Posevino: *Aparato Sagrado*; y el presbítero Bertoldo en su *Cronicon*.

AUXILIARES. Bellarmino: *De los escritores eclesiásticos*.—Baronio: *Anales*, al año 1053.—Natal Alejandro: *Historia eclesiástica*, siglo XI.—*Biblioteca cluniacense*.—Butler: *Vidas de los Padres maurinienses*, etc.—Dupin: *Biblioteca de los autores eclesiásticos del siglo* XI.

EDICIONES. La de Constantino Cayetano, benedictino: Roma, 1606.—Las de Paris, una en 1642 y otra en 1663, en tres tomos, como la primera; y, finalmente, la de Verona, en 1745, en cuatro tomos en fólio.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Pedro Damiano.

San Pedro Damiano tiene un lugar eminente entre los grandes hombres que aparecieron en la Iglesia en el siglo XI. Nacido en Rávena, probablemente por el año 1007, pasó su primera infancia en la miseria. Espósito por su madre, á quien la pobreza condujo á esta estremidad, y á quien la ternura hizo volver á recoger á su hijo, guardó puercos en un principio. Sin embargo, su hermano, notando unas bellas disposiciones en el pastorcillo, le procuró medios de instruirse en Faenza y en Parma. El jóven estudiante tomó por reconocimiento el nombre del protector, y se llamó Damiani, esto es, Damian. Despues de terminados sus estudios, enseñó las bellas letras con grande éxito; mas luego, fatigado del mundo, se retiró entre los eremitas de Fontavellano. Allí se sometió á las más duras penitencias; y como practicaba formalmente la moral austera que enseñaba á los demas, llegó á reformar á los eremitas de Fontavellano, y á estender esta reforma á los conventos vecinos.

Toda su vida manifestó predileccion marcada por el monacato, que consideraba como el medio más eficaz de realzar al siglo de su abatimiento moral; pero ocupándose del progreso individual de los cristianos, dirigió al mismo tiempo su solicitud sobre toda la Iglesia, cuya situacion entonces era deplorable. La simonía que dominaba en Italia, y el concubinato de los sacerdotes, eran los tristes resultados de esta decadencia. En 1051 publicó su famoso *Gomorrhianus*, en el cual atacó la violacion de la ley del celibato en términos de una exageracion casi necesaria en esta época, endurecida para dar oidos á todo lo que fuese reforma. Al año siguiente publicó su libro *Gratissimus*, sobre los sacerdotes simoníacos. La consideracion que adquirió por sus obras y sus ejemplos, decidió al Papa Estéban IX á crearle en 1057 Cardenal Obispo de Ostia, título que le ponia á la cabeza del Colegio de los Cardenales. Desde esta época, Damiano é Hildebrando, despues Gregorio VII, marcharon de concierto. Cuando á la muerte de Estéban IX el partido de los condes de Tusculum quiso colocar en el Trono Pontificio al intruso Mincio Velletri, bajo el nombre de Benedicto X, Damiano animó á los Cardenales en su oposicion, y se desterró con ellos, ínterin Hildebrando conferenciaba con el Emperador de Alemania sobre la eleccion de Nicolás II. En el año 1059 fue enviado Damiano con Anselmo, Obispo de Luca, luego Papa, y Alejandro II, á Milan, á fin de apaciguar las turbulencias allí escitadas con los patarinos, y hacer entrar al Arzobispo Giu en el camino de su deber.

Cuando á la muerte de Nicolás II el partido de la corte opuso, bajo el nombre de Honorio II, al Papa Alejandro II, legítimamente elegido, un antipapa en la persona de Cadolao, Obispo de Parma, Damiano se mostró su adversario más ardiente, escribiendo al antipapa y á la corte del Emperador unas famosas cartas. No contento con esto Damiano, emprendió varios viajes para influir personalmente con el Papa Alejandro II. A su vuelta tuvo la satisfaccion de ver depuesto á Cadolao por un Concilio de Mantua, y obtuvo del Papa la autorizacion para retirarse al convento de Fontavellano. No debia permanecer allí tranquilo. En 1069 fue enviado, en calidad de delegado, á la Dieta imperial de Francfort, en la que obligó al Emperador Enrique IV, amenazándole con hacer que se frustrase su coronacion, á que volviera á reunirse con su mujer Berta, de la cual se habia separado con el consentimiento de algunos Obispos. Su mision última fue llevar al Arzobispo Enrique de Rávena la absolucion de la escomunion en que habia incurrido, gracia que Damiano solicitó inútilmente del Papa Alejandro II. Murió en Faenza en 1071.

ARTÍCULO II.

Division de las obras de San Pedro Damiano, y sus opúsculos.

Las obras de San Pedro Damiano se dividen en *opúsculos*, *cartas* y *sermones*.

OPÚSCULOS.

Los opúsculos son diez y seis (1), y son de tres clases: teológicos, disciplinales y morales.

A la primera clase pertenecen tres, y son:

1.° *De la fe católica.* En él se habla de la Trinidad, de las dos naturalezas de Jesucristo, de la procesion del Espíritu Santo, de la virginidad de María, y de todos los misterios de la fe católica, y se demuestra ademas lo que se debe creer.

2.° *El antílogo contra los judíos.* Este opúsculo está dirigido á un varon ilustre, llamado *Honesto,* y tiene por objeto combatir á los judíos, probando con testos de la Sagrada Escritura la venida del Mesías, la divinidad y humanidad de Jesucristo, y el misterio de la Trinidad.

3.° *Diálogo entre un judío y un cristiano.* Tambien está dirigido á Honesto, y en él se refutan las objeciones que los judíos hacian á los cristianos, y entre otras la siguiente: ¿por qué, habiendo venido Jesucristo, no á quitar la ley, sino á cumplirla, los cristianos no observan las ceremonias mosáicas?

A la segunda clase pertenecen:

1.° *Disputa sinodal entre un abogado del Rey y un defensor de la Iglesia romana.* En este opúsculo vemos el orígen de la disputa entre el abogado del Rey Enrique, y el defensor de Roma, la cual fue promovida por lo siguiente. Habia la mala costumbre de no elegirse Pontífice sin consentimiento del Rey: cuando estaba Enrique III bajo tutela, por ser niño, se eligió sin darle parte; el Rey lo tomó como cosa criminosa, y se finge por el Santo este diálogo, contestando á todos los argumentos del Rey.

2.° *Del privilegio de la Iglesia romana.* Este opúsculo es una breve narracion de cuanto aconteció á San Pedro Damiano en la legacion que desempeñó en Milan contra los clérigos nicolaitas y simoníacos; defendió los derechos

(1) Segun la edicion de Constantino Cayetano, porque en otras figuran algunas cartas como opúsculos.

de la castidad, defendiendo tambien los derechos de la Iglesia.

3.° Un libro titulado *Gratísimo*. Prueba en él, con muchas razones y autoridades, que los que han sido consagrados sin simonía por Obispos simoníacos, no se han de volver á consagrar.

4.° Un libro titulado *Gomorrhiano*. En él deplora el nefando crímen en que caian entonces los que se consagraban á Dios, y dice que deben ser apartados de los sagrados órdenes como indignos, y exhorta al Papa Leon á reprimir este mal con su autoridad: precede á este opúsculo una carta de este Papa, confirmándolo.

5.° *Disputa sobre los grados de parentesco*. En él escribe contra los peritos en el derecho civil, que contaban mal los grados de consanguinidad, esto es, contaban los dos troncos y la suma de personas, y la suma de los dos constituia el grado: «con esta opinion, decian, podia darse matrimonio *inter Pronepotes*.»

6.° *Disputa sobre las horas canónicas*. En él manifiesta el orígen que tienen las horas canónicas, el misterio que representan, y su grande utilidad. Tambien escita en él á su recitacion á aquel á quien le dirige el opúsculo, que era un varon esclarecido.

7.° El libro titulado: *Dominus vobiscum*. Este libro, dirigido al ermitaño Leon, demuestra la obligacion que tiene de decir *Dominus vobiscum* y *Juve*, *Domine*, *benedicere*, aunque esté solo en su celda.

8.° *Invectiva de declamacion retórica contra un Obispo que llamaba á los monges al siglo*. En este opúsculo, que dirige á Gisterio, Obispo de Anuñiano, reprende á cierto Obispo que se habia atrevido á decir que un monge, despues de haber recibido el hábito, podia dejarlo por enfermedad ú otras causas, y le prueba que esto es contra los cánones y Concilios.

A la tercera clase pertenecen:

1.° *El opúsculo sobre la limosna*. En él alaba esta virtud con todas las fuerzas de su ingenio y de su elocuencia.

2.° *Apologético sobre el desprecio del siglo*. En él se ataca duramente á los monges de su tiempo porque, despues de haberse consagrado á Dios, se entregaban á los placeres del mundo.

3.° *De la perfeccion de los monges*. En este opúsculo se demuestra lo que deben hacer los monges para ser perfectos, y se exhorta á la virtud y amor de Dios, no por temor á las penas del infierno, sino más bien por voluntad propia.

4.° *Del órden de los ermitaños de Fontavellano*. En él se contienen las reglas de estos monges para ejemplo é ins-

truccion de los sucesores, y se advierte ademas que se observen y que no se cambien por otras más laxas.

5.° *De los institutos de su congregacion.* En este opúsculo se dirige al monge Estéban, que del monasterio habia ido al yermo; le da preceptos para esta vida, y las reglas ó constituciones de los ermitaños que habia presidido.

ARTÍCULO III.

Cartas y sermones.

San Pedro Damiano tiene ciento cincuenta y siete cartas, y están divididas de la manera siguiente:

1.° *Cartas á los Romanos Pontífices.* Estas son veintiuna, y las dirige á los Papas de su tiempo. En unas les hace ver los deberes del Pontificado y la razon de la corta duracion de la vida de los Pontífices; en otras recomienda á algun Obispo, y todas tienen por objeto materias eclesiásticas. Tambien escribe al antipapa Cadolao para que desista de sus pretensiones. Ademas escribió tambien con motivo de la abdicacion de su episcopado.

2.° *Cartas á los Cardenales.* Son veintiuna, y en ellas habla de la vida que debian usar los Cardenales en medio de un siglo tan corrompido: se defiende de la acusacion que le dirigen por haber edificado un monasterio en local ajeno; esplica algunos puntos teológicos, y, finalmente, exhorta á los Cardenales á que reprendan la vida disipada de algunos clérigos.

3.° *Cartas á los Patriarcas y Arzobispos.* Estas son diez, y tienen por objeto, ya probar la procedencia del Espíritu Santo del Padre y del Hijo, ya que Alejandro II es verdadero Papa, ya pide que no se quiten las rentas á su monasterio, ya, en fin, se alegra de que tengan presente el dia que han de morir.

4.° *Cartas á los Obispos.* Estas son diez y siete: unas tratan del cuidado que han de tener de las almas, de la caridad y limosna que han de ejercer en los pobres, y del interes que han de manifestar en defender los derechos de la Iglesia; en otras les reprende porque descuidan los bienes de la Iglesia; exhorta á deponer todo odio y enemistad, y les da las gracias por el interes que manifiestan por él.

5.° *Cartas á los arciprestes, arcedianos, presbíteros y clérigos.* Son diez y nueve: en estas, ya reprende porque habian abusado de algunas palabras suyas, ya hace ver la angustiosa muerte del pecador, ya reprueba el juicio de algunos que decian que la flagelacion era contra los cánones,

ya manifiesta cuáles son los deberes del sacerdote, ya, en fin, se queja de los canónigos que despreciaban á los monges.

6.° *Cartas á los Abades y monges.* Estas son treinta y seis. En ellas, ora les prueba la obligacion en que estaban los monges de cumplir con sus antiguas reglas, ora les reprende por conservar en particular algunos bienes, ora les afea el lujo que gastan en sus vestidos, ora, finalmente, exhorta á los Abades á que velen por la observancia.

7.° *Cartas á los príncipes seculares.* Estas son diez y nueve. En ellas, ya alaba sus virtudes, ya reprende sus vicios, ya, en fin, los inclina á que miren por los intereses de la Iglesia, pues la influencia de San Pedro llegaba hasta los tronos.

8.° *Cartas á varones ilustres y personas piadosas.* Estas son catorce, y todas ellas tienen por objeto, ó hacer alguna recomendacion, ó dar algun parabien, ó algun consuelo, ó estimular á la práctica de las virtudes.

SERMONES.

En algunas ediciones se le atribuyen á San Pedro Damiano más de ochenta sermones y homilías sobre los principales misterios de nuestra fe, y sobre muchos Santos, si bien algunos de ellos se atribuyen falsamente á este Santo Padre (1).

ARTÍCULO IV.

Carácter y estilo de San Pedro Damiano.

San Pedro Damiano prestó grandes servicios á los Sumos Pontífices de su tiempo, y sus obras son sumamente curiosas y de grandísima utilidad para el estudio de la historia eclesiástica del siglo XI. Revelan un gran celo por la reforma de las costumbres, y una erudicion poco comun en el siglo en que se escribieron. San Pedro Damiano, dice Dupin (2), escribia con mucha facilidad y pureza; su estilo es limado y elegante, lleno de figuras y de amenidad; piensa bien y da un giro fino y delicado á lo que escribe. Hay cartas suyas con todo el arte y destreza posible. Tenia talento á propósito para las negociaciones, y sabia manejar tan bien

1) Natal Alejandro: *Historia eclesiástica*, siglo XI.
2) *Biblioteca eclesiástica*, siglo XI.

las cosas, que aquellos mismos á quienes condenaba ó reprendia, reconocian que lo hacia con razon. Hablaba con libertad á los Papas y á las demas personas constituidas en dignidad, sin faltar, no obstante, al respeto que les debia. Hizo todo lo posible para que reviviese á lo menos una sombra de disciplina antigua en este siglo corrompido, y para poner freno á los desórdenes de su tiempo. Era muy docto en materias eclesiásticas, y estaba tambien muy lleno de la Sagrada Escritura; pero se detenia más en las alegorías que en el sentido literal. Habia leido los Padres latinos, principalmente San Agustin y San Gregorio, cuya doctrina y máximas poseia muy bien. Raciocinaba con sutileza sobre las cuestiones de Teología y de controversia. Era muy devoto de la Vírgen Santísima, y observaba puntualmente los ritos de la Iglesia y las prácticas monásticas. A este juicio se podia añadir que le faltó crítica muchas veces á este escritor, por otra parte tan digno de estimacion, que no estaba bastante alerta contra lo maravilloso, y que admitia con estremada credulidad las historias de milagros y de apariciones; pero contra estos pequeños defectos que se advierten en sus escritos, las ideas de su siglo, y su gran celo por la honra de la Iglesia, deben servirle de escusa. En fin, este escritor es uno de los más fecundos y más célebres de su siglo, y no se le puede negar una erudicion prodigiosa, atendidos los tiempos en que vivió.

CAPÍTULO III.

SAN ANSELMO.

FUENTES. Las obras de este Padre.—Edmer, en la vida de San Anselmo.—Los Bolandos, en las *Actas de los Santos*, al mes de Abril.—Honorato de Autum, lib. IV *De la luz de la Iglesia*, cap. XV.—Enrique de Gante, cap. V.

AUXILIARES. Guillermo de Malmesburi, libro I *De los hechos de los Reyes de Inglaterra*, cap. III.—Bellarmino: *De los escritores eclesiásticos*.—Baronio: *Anales*, al año 1039.—Natal Alejandro, al siglo XI.—Dupin: *Biblioteca de los escritores del siglo* XI.—Obras completas de Mohler, tomo I, páginas 32 y 176.—Bruker: *Historia de la filosofía*, tomo III, pág. 664.—Frank: Anselmo de Cantorbery: Tubinga, 1842.—Hasse: Anselmo de Cantorbery: Leipzig, 1844.

EDICIONES. La mejor de sus obras es la de D. Gabriel Gerberon: Paris, 1675 y 1725. Tambien se hizo una en Venecia, en 1744, de dos volúmenes en folio.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Anselmo.

Nació San Anselmo en Aosta (Augenta), en el Piamonte, en 1033. Recibió una piadosa educacion de su madre Ermenzberg. Pero muerta esta, y desamparado de su padre, se vió obligado á huir á la edad de diez y seis años de su patria. Marchó á Francia, y se dirigió al convento de Bec, en Normandía, célebre entonces por su prior Lanfranco, donde fue admitido. Sus escelentes disposiciones atrajéronle, como sucede ordinariamente, la estimacion de unos y el odio de otros. La envidia estalló, sobre todo cuando, á la muerte de Lanfranco, Helium, fundador y primer Abad del convento, nombró á Anselmo prior, encargándole de la vigilancia de las costumbres. Pero sus grandes virtudes produjeron bien pronto un cambio en las disposiciones de sus compañeros hácia él.

Estaba con suma frecuencia, y durante muchos dias, sin perder la atencion de sus trabajos ordinarios, buscando la solucion de los problemas de filosofía y teología, en medio

de sus ocupaciones más comunes. En esta época, y de esta manera, fue cuando y como compuso su *Monologium* y su *Proslogium*; sus *Tratados sobre la verdad, el libre albedrío y el orígen del mal*, y tambien sus *meditaciones y oraciones*.

Multitud de jóvenes, atraidos por la reputacion de Anselmo, vinieron de todas partes á hacer sus estudios en el convento de Bec, del que, á la muerte de Helium, fue Anselmo elegido Abad por unanimidad.

Guillermo el Rojo, Rey de Inglaterra, pretendió ser el dueño absoluto de la Iglesia y del Estado; dejó vacantes todas las Sillas episcopales, cobrando sus rentas, ó bien vendiéndolas al que más ofrecia. La Silla arzobispal de Cantorbery quedó vacante por espacio de cuatro años. Sin embargo, el Rey cayó enfermo de peligro, hizo llamar á Anselmo, que se hallaba entonces en Inglaterra, y cuya fama era universal, y le puso en sus manos la cruz pectoral, nombrándole Arzobispo de Cantorbery. Apenas restablecido Guillermo, olvidó sus promesas en favor de la libertad religiosa, volviéndose contra el Arzobispo, que reclamaba la restitucion de los bienes de su iglesia, y se resistia á las medidas inicuas por las cuales el Rey pretendia que esta contribuyese para los gastos de la guerra.

No encontrando ningun apoyo entre sus compañeros en el Episcopado, y viendo que eran inútiles todas las negociaciones, se retiró para tratar personalmente los asuntos de su iglesia con el Papa, quien le recibió con suma benevolencia, hospedándole en su mismo palacio. No obstante esto, se retiró al poco tiempo á Campania, á la casa de uno de sus discípulos, donde concluyó su obra: *¿Por qué Dios se hizo hombre?* que habia empezado en medio de sus disensiones en Inglaterra. Mas tarde (1098) asistió al Concilio de Bari; impidió con sus súplicas que el Papa escomulgase á Guillermo; asistió á un nuevo Concilio celebrado en Roma, despues del que se trasladó á Lyon.

El Concilio de Roma, al que habia asistido, promulgó algunos decretos contra la investidura por los laicos. Anselmo rehusó prestar fe y homenaje á Enrique, sucesor de Guillermo, y recibir de sus manos la investidura; por lo cual el Rey le puso en la alternativa de recibir y consagrar todos los Obispos y Abades nombrados por el Rey, ó abandonar el pais. Tomó Anselmo este último partido, y ya estaba para fulminar la escomunion contra Enrique cuando, á consecuencia de una entrevista en Normandía, vinieron por fin á reconciliarse.

Despues de una ausencia de más de tres años, Anselmo volvió á su diócesis con satisfaccion de toda Inglaterra (1106). Desde este momento el Rey y el Prelado vivieron en una

perfecta armonía, y hasta Anselmo llegó á administrar el reino en ausencia del Rey. En medio de todas estas ocupaciones políticas y administrativas, Anselmo prosiguió sus investigaciones teológicas hasta sus últimos momentos. Murió en 1109, á la edad de setenta y seis años.

ARTÍCULO II.

División de las obras de San Anselmo.—Sus obras filosóficas.

Las obras de San Anselmo pueden dividirse en cuatro clases: la primera comprende las dogmáticas, es decir, sus tratados teológicos y filosóficos; la segunda abraza la parte parenética, ó sea sus homilías y exhortaciones; la tercera contiene sus trabajos ascéticos, esto es, las meditaciones y oraciones, y la cuarta comprende las cartas. Ademas hay que añadir algunas obras que corren ordinariamente con el nombre de San Anselmo, si bien dudan ó niegan los críticos que sean realmente suyas. Segun el plan adoptado, las trataremos por el órden en que están divididas.

OBRAS FILOSÓFICAS.

1.ª *El Monologio* ó *soliloquio*. Acaso es esta la obra más importante de San Anselmo, como parece ser la primera en el órden del tiempo. Prueba en ella, prescindiendo por completo de la Escritura, y valiéndose tan solo de razones filosóficas, todo cuanto creemos por la fe acerca de la existencia de Dios y de su esencia. Consta de setenta y nueve capítulos y un prólogo. En este espone la causa que le mueve á escribir, que no es otra que satisfacer las vivas instancias que le hacian sus hermanos del monasterio de Bec para que les diese por escrito lo que en otras ocasiones les habia esplicado de palabra, sobre la existencia y esencia de Dios, demostradas por la razon, sin recurrir á la autoridad. En los seis primeros capítulos demuestra que existe necesariamente una naturaleza escelentísima, á la que deben su ser todas las criaturas, sin que ella necesite de ninguna otra para su existencia. En los capítulos siguientes hasta el XIII, como era naturaleza privilegiada, sacó á todos los seres de la nada, y les mantiene despues ella sola, la existencia que primero les diera. Desde el XIII al XXVIII habla con mucha lucidez de la simplicidad y espiritualidad de Dios, de su eternidad é inmensidad. Desde el XXVIII al LXVIII se ocupa separadamente de las tres divinas Personas, tratando con gran profundidad filosófica todo cuanto la Teología enseña

sobre cada una de ellas. En los once últimos capítulos demuestra brillantemente lo razonable que es tener fe, esperanza y caridad en órden á la divina Esencia.

2.ª *El Proslogio.* Compuso San Anselmo este libro, aunque no consta el año, á continuacion del *Monologio*, del que viene á ser ampliacion ó complemento, y deseoso, como dice en el prefacio, de presentar un argumento de la existencia de Dios, que no necesitase de otros razonamientos preliminares, ateniéndose al efecto á la idea de un Ser infinitamente perfecto. Este raciocinio contribuyó en alto grado á la gloria de Descartes, quien disimuló ó ignoró que hacia cuatro siglos se hallaba en las obras de San Anselmo. Como los veintiseis capítulos de que consta el libro giran casi esclusivamente sobre el indicado argumento, parécenos oportuno presentarlo aquí, y es como sigue: «Dios es lo más perfecto que se puede pensar; lo mejor que se puede pensar no está en el *solo* entendimiento, pues en tal caso se podria pensar una cosa más perfecta, esto es, la que existiese en la realidad. Así resultaria pensada una cosa que no tiene mejor, y que al mismo tiempo lo tiene: esto es imposible. Luego lo más perfecto que se puede pensar existe en el entendimiento y en la realidad.» No se limita á desarrollar este argumento San Anselmo, sino que ademas entra en profundas consideraciones para esplicar algunos atributos de la Divinidad, que envuelven especial dificultad, como, por ejemplo: ¿cómo, siendo Dios omnipotente, no puede, sin embargo, hacer ciertas cosas; siendo impasible, es al mismo tiempo misericordioso; y cómo perdona al pecador, siendo así que es la misma Justicia? Por último, en los capítulos finales nos presenta á Dios como el *Sumo Bien*, y demuestra que en su pasion estriba la suprema felicidad.

3.ª Dos opúsculos titulados el primero *Por el insipiente* (1), y el segundo *Contra el insipiente*. Escribió el primero á un monge, llamado Gaunilo, intentando refutar el tema ó argumento de que dejamos hecho mérito al hablar de las obras anteriores. San Anselmo, en el libro *Contra el insipiente*, compuesto hácia el año 1070, que divide en diez capítulos, refuta una por una las razones alegadas por su adversario, y vuelve á demostrar, de una manera brillante, que lo más perfecto que se puede pensar existe necesariamente en la realidad. Hasta aquí las obras filosóficas de San Anselmo: veamos ahora las teológicas.

---

(1) Se alude al conocido testo de la Escritura: *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus.*

ARTÍCULO III.

Obras teológicas.

4.ª *De la fe acerca de la Trinidad y de la Encarnacion del Verbo*, compuesta por el año 1092. Dedica este libro San Anselmo al Pontífice Urbano XI, y lo dirige contra el famoso Roscelin. Despues de un breve prefacio, en el que, á vueltas de mucha humildad, dice que, firme en la fe, quiere, sin embargo, elevarse á la inteligencia de las cosas que aquella nos enseña, entra en materia, dividiendo su obra en nueve capítulos. En el I habla de la ocasion del libro, que es refutar los errores de Roscelin acerca de la Trinidad. En el II dice que estas materias deben tratarlas, no los dialécticos, sino los conocedores de la Escritura. Demuestra en el III que no son tres los dioses, si bien lo son las Personas, pues á pesar de esto es una la esencia. En el IV y V prueba que no han podido encarnar las tres Personas, sino solo el Hijo, y esplica por qué el encarnarse conviene mejor al Hijo que á las otras Personas. Esplica en el VI que en Cristo hay una Persona, á pesar de haber dos naturalezas. En el VII y VIII hace ver con una comparacion, tomada de las cosas naturales, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son tres cosas separadas; y concluye probando en el IX que las divinas Personas son una y simple eternidad, á la misma que compara con un punto.

5.ª *Un libro sobre la procesion del Espíritu Santo*. Compuso esta obra San Anselmo con ánimo de ampliar las razones que acerca de este dogma habia espuesto en el Concilio de Bari. Consta de un breve prólogo, en el que da la razon de su obra, y de veintinueve capítulos. Desde luego se hallan en este libro los artículos de fe que son comunes á griegos y latinos en cuanto al misterio de la Trinidad. Pero como niegan los cismáticos que el Espíritu Santo proceda tambien del Hijo, San Anselmo hace ver: 1.°, que el Hijo y el Espíritu Santo traen su orígen del Padre; el Hijo por la generacion, y el Espíritu Santo por la procesion; 2.°, que el Hijo nada recibe del Espíritu Santo; y 3.°, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Procede del Padre, porque es el Espíritu del Padre; procede tambien del Hijo, porque es el Espíritu del Hijo, y es enviado por el Hijo como por el Padre. Confirma esta doctrina con varios terminantes pasajes de la Escritura, insistiendo especialmente sobre el conocido testo de San Juan: «El es el que me glorificará, porque tomará de lo mio y os lo anunciará (1).» Por último,

(1) Joan., XVI, vers. 14.

despues de contestar á la queja que tenian los griegos, de que sin su consentimiento se hubiese añadido al símbolo la espresion *Filioque*, esplica que en esta procesion no hay otra prioridad que la de orígen, pues todo es comun al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, escepto lo relativo, que es propio de cada Persona, como la Paternidad, la Filiacion y la Espiracion.

6.ª *De la voluntad de Dios.* Este tratadito, que indudablemente es del Santo, aunque no lo cita su biógrafo Eadmero, consta solo de cinco capítulos. Empieza definiendo la voluntad del hombre, y dice que es el instrumento natural del alma. Distingue en ella dos principales inclinaciones: la una á querer siempre lo que le parece ser bueno; á querer lo justo la otra. De la primera no puede separarse; pero sí de la segunda. Despues distingue en Dios tres voluntades: eficiente, aprobante y permitente. Tambien trata San Anselmo del poder, y lo define en general: aptitud para alguna cosa.

7.ª *El diálogo sobre la caida del diablo.* Compuso este libro cuando aun era Abad de Bec, y consta de veintiocho capítulos. Aquí hace ver San Anselmo que aunque no hubiera Dios dado á los ángeles el don de la perseverancia, no por eso dejaron de pecar en no haber perseverado, pues la única causa de esto fue que no quisieron, pues tuvieron perfecta libertad para haber imitado á los ángeles buenos. Con esta ocasion trata nuestro Santo de la naturaleza del mal y de su orígen. Dice que el mal consiste en la privacion del bien, ó de la justicia; que Dios no es causa positiva del mal, si bien algunas veces no lo impide, concurriendo entonces á la accion voluntaria de la criatura, no en cuanto es mala, sino en cuanto es accion.

8.ª La obra intitulada: *¿Por qué Dios se hizo hombre?* escrita hácia el año 1094, está en forma de diálogo, y dividida en dos libros con cuarenta y ocho capítulos. En el libro I contesta San Anselmo á los principales argumentos que hacian los paganos contra la Encarnacion. Insistian estos principalmente en que era cosa indigna de Dios padecer, morir y sujetarse á las humanas flaquezas. A esto contesta San Anselmo que todo se salva considerando que Jesucristo no padeció en la divinidad, sino en la humanidad, y solamente padeció lo que quiso, y cuando quiso padecer, haciendo voluntariamente la voluntad de su eterno Padre.

Hace despues ver San Anselmo que siendo el pecado una deuda, no era conveniente dejarlo sin castigo; y que siendo este pecado tan grande por sí mismo que no podia el hombre reparar la injusticia que habia hecho á Dios, era imposible que se verificase la Redencion en todo rigor de

justicia, como no fuese por un Dios hecho hombre. En el libro II demuestra que Dios crió al hombre justo para que fuese bienaventurado gozando de Dios, que si no hubiera pecado, no hubiera muerto; que algun dia resucitará en su propio cuerpo, para gozar eternamente de la felicidad en cuerpo y alma; pero que no pudiendo llegar á gozarle sino por medio de un Hombre-Dios, fue la Encarnacion necesaria para la salud del género humano; que era preciso que nuestro Mediador fuese perfecto Dios y perfecto Hombre; que segun su humanidad fuese de la estirpe de Adan, y que tomase nuestra carne en el seno de una Vírgen; que se uniesen en una sola Persona las dos naturalezas; que pues no estaba sujeto al pecado, no lo estuvo á la muerte, sino por su eleccion; en fin, que habiendo querido sacrificar su vida por la salud de los hombres, habia sido su sangre más que suficiente para borrar todos los pecados del mundo, aun los de aquellos que le quitaron la vida.

9.ª *Libro de la Concepcion virginal y del pecado original.* Escribió este tratado San Anselmo á instancia del monge Boson. Consta de veintinueve capítulos y un pequeño prólogo. Propónese en todo él contestar á esta pregunta que le habia dirigido el monge indicado: «¿Cómo podia Dios haber tomado humana naturaleza sin haber contraido el pecado...?» Contesta en primer término San Anselmo que siendo el pecado original el mismo pecado personal de Adan, que pasa á sus descendientes nacidos por el medio ordinario de la generacion, no pudo Jesucristo contraer este pecado, pues fue engendrado de un modo milagroso y superior á las reglas de la naturaleza. Da luego otra razon, y es que lo que sirvió para la formacion de su cuerpo en el seno puro de su Madre nada tenia de inmundo. Aduce como tercera razon la pureza anterior de la Santísima Vírgen, de quien fue concebido. En los últimos capítulos propone diversas cuestiones que se relacionan con el pecado original, y señaladamente estas dos: 1.ª ¿Por qué no es tan grave en los hijos de Adan este pecado como en su Padre? Y 2.ª ¿Cómo no es Dios injusto, castigando á los niños que mueren sin bautismo, siendo así que no tienen pecado alguno voluntario? Resuelve nuestro Santo todas estas cuestiones con la profundidad y lucidez que brillan en todos sus escritos.

10. *Diálogo de la verdad*, compuesto cuando era prior de Bec. Consta esta obra de trece capítulos. Propónese en ella San Anselmo determinar en qué consiste la verdad, y despues de ingeniosos razonamientos, resuelve que la verdad de las cosas es su rectitud, en cuanto esta puede ser concebida por el entendimiento; pues esta rectitud no puede ser

perceptible á los ojos del cuerpo. De la justicia raciocina el Santo como de la verdad; pero más la hace consistir en la voluntad del que obra que en la misma accion.

11. *Diálogo del libre albedrío* (1). Esta obra consta de catorce capítulos. Propónese en ella San Anselmo esplicar la naturaleza de esta facultad, y señalar la diferencia que hay entre el libre albedrío de Dios y el de los ángeles y los hombres. Demuestra, ante todo, que el poder pecar no es esencial al libre albedrío, pues no es este, á su modo de ver, sino la facultad de conservar la rectitud de la voluntad, á causa de esta misma rectitud. Hace luego ver que los ángeles y el hombre tuvieron esta facultad antes de su caida, pues los que quisieron conservaron la rectitud de la voluntad.

Esplica más adelante cómo nosotros, y no los ángeles caidos, tenemos todavía tan preciosa facultad, de modo que podemos, ayudados de la gracia, vencer cualquier tentacion, por fuerte que sea. Por último, despues de otras curiosas investigaciones sobre tan interesante materia, pone fin á su libro dividiendo el libre albedrío en creado é increado, y diciendo ser este propio de Dios y el otro de las criaturas, ó sea de los ángeles y de los hombres.

12. *Tratado de la conformidad entre la presciencia y la predestinacion, y entre la gracia y el libre albedrío.* Esta obra es la última que compuso San Anselmo el año 1109, estando ya con la salud muy quebrantada. Propone en ella tres cuestiones, y las resuelve separadamente, por lo que algunos copiantes hicieron tres tratados, y otros solamente dos. La primera cuestion, en la que emplea siete capítulos, es esta: ¿por qué no repugna á la libertad la presciencia de Dios, una vez que todas las acciones están ya de antemano previstas? Responde á esto el Santo, diciendo: «Que Dios prevé las cosas que se han de hacer, pero sin imponer al agente libre necesidad alguna de obrar. Prevé Dios la mala accion del pecador, pero prevé al mismo tiempo que ha de pecar libremente; de modo que la necesidad que se sigue de la presciencia de Dios no es antecedente, sino subsiguiente; esto es, no cometerá el pecador la culpa porque Dios la haya previsto, sino es que, por el contrario, Dios la ha previsto, porque el pecador la ha de cometer libremente.» Demuestra despues San Anselmo que si la presciencia de Dios impusiera necesidad, el mismo Dios no seria libre en lo que está haciendo cada dia, y aun todo lo hubiera hecho por necesidad, pues todo lo ha previsto antes de hacerlo; y pasa, por

(1) Véase la censura que precede á la edicion hecha por Gerberon.

último, á ilustrar este punto con diversos ejemplos de la Escritura. La segunda cuestion, á la que solo dedica tres capítulos, versa sobre la armonía entre la predestinacion y el libre albedrío. Propónese en ellos responder á la siguiente pregunta: ¿cómo es que el decreto acerca de la predestinacion, de que habla San Pablo en el cap. VIII de la *Carta á los romanos*, no es contrario á la libertad del hombre, siendo así que infaliblemente ha de ser lo que Dios ha decretado? Contesta á esto San Anselmo que la predestinacion no es contraria á la libertad, así como no lo es la presciencia; porque cuando Dios predestina, no necesita la voluntad del hombre al bien, del mismo modo que no necesita al mal la voluntad del réprobo; pues así al uno como al otro les deja el ejercicio de su libre albedrío. La tercera cuestion, que comprende catorce capítulos, es sobre la concordia de la gracia con la libertad. Ante todo, hace ver San Anselmo, con autoridades de la Sagrada Escritura, la necesidad de la gracia para toda accion buena, y la libertad que hay en el hombre para hacer el bien cuando quiere. Pasa despues á esplicar algunos testos difíciles de la Escritura sobre esta materia, en los que parece darse todo, bien á la eficacia de la gracia sin la libertad, ó bien á esta solo sin aquella. Habla á continuacion de la eficacia del bautismo para perdonar toda culpa, esplicando cómo, á pesar de no tener pecado alguno el bautizado, subsisten todavía sus efectos, y concluye haciendo una recapitulacion de todo lo anteriormente espuesto.

13. *El libro del pan ázimo y fermentado*, que consta de siete capítulos, y va dirigido al Obispo Valeriano. Lo escribió el año 1094. Hallábase este enredado á la sazon en el cisma, y habiendo tenido cierta disputa con los griegos, consultó sobre el punto á San Anselmo, quien le dirigió el libro de que ahora tratamos. Sienta desde luego que queda á salvo la esencia del Sacrificio, bien se ofrezca este con uno ó con otro pan; pero que debe ser preferido el pan ázimo, una vez que este es el que empleó Jesucristo. Demuestra despues que, haciéndolo así, no judaizan los latinos, pues no es su propósito observar la ley que prohibe el pan fermentado durante la Pascua, sino atender á otras consideraciones que nada tienen que ver con la ley judáica. Esplica tambien los pasajes de la Escritura que suelen oponer los griegos, y termina demostrando que hacen mal estos en reprender á los latinos por permitir los matrimonios entre parientes fuera del sesto grado.

14. *Carta de San Anselmo al Obispo Valeriano acerca de la diversidad de los Sacramentos.* El libro anterior no quedó sin efecto, pues Valeriano se apartó del cisma, como lo ma-

nifiesta él mismo en la carta de que es contestacion la de que ahora tratamos. Temió en la suya Valeriano que la diversidad que en la Iglesia existia en órden á las ceremonias de los Sacramentos, y principalmente de la Eucaristía, perjudicase á la unidad de Iglesia. Pregúntale, ademas, por qué se cubria el cáliz desde el principio de la Misa, siendo así que Jesucristo se ofreció desnudo en la Cruz. Despues de congratularse en su respuesta San Anselmo por la vuelta de Valeriano á la unidad, le dice: «Que seria muy digno de nuestros deseos que las ceremonias usadas en la administracion de los Sacramentos fuesen las mismas en toda la Iglesia; pero supuesto que la diversidad que hay en este punto no recae sobre la esencia de los Sacramentos, ni sobre la fe, vale más sufrirla con paciencia que condenarla con escándalo.» Contesta despues á los estremos de la carta de Valeriano, y respecto de su última pregunta, le dice: «Que se cubre principalmente el cáliz para que no caiga en él alguna mosca ú otra cosa indecente, como muchas veces ha sucedido.»

15. *El libro de las bodas entre consanguíneos*, que parece escrito hácia el año 1096. Este libro, dividido en siete capítulos, se reduce á demostrar lo razonable que es prohibir el matrimonio entre consanguíneos, por la falta de decoro que semejantes enlaces traen, y á esplicar la diferencia que hay en esta materia entre la ley de gracia y la judáica, que era bastante más laxa en este punto.

16. *Diálogo del gramático.* En este diálogo, escrito el año 1088, y compuesto de veintiun capítulos, aparecen disputando San Anselmo y un discípulo suyo, acerca del gramático, sobre si es sustancia ó cualidad, para, una vez averiguado esto, saber á qué atenerse en otros casos análogos. Gran lujo de dialéctica y de cavilosidad se despliega en este diálogo; pero la materia es tan insignificante, que nos creemos dispensados de entrar en más pormenores.

ARTÍCULO IV.

Obras parenéticas.

Las obras parenéticas se dividen en homilías y exhortaciones.

Homilías.—Es indudable que San Anselmo, como celoso Prelado, dirigia frecuentemente la palabra á su pueblo desde la cátedra del Espíritu Santo, como ademas lo atestigua su biógrafo Edmero en diversos pasajes. Pero desgraciadamente no conservamos ninguna homilía del Santo de indu-

dable autenticidad, pues ninguna menciona el citado biógrafo. Sin embargo, como en las ediciones de sus obras suelen incluirse algunas, vamos á dar una ligera idea de ellas.

Hasta diez y seis contienen las ediciones más autorizadas: versan todas sobre los diversos pasajes del Evangelio, á escepcion de una, en que trata del cap. XXIV del *Eclesiástico*. En todas ellas presenta primero uno ó dos versos de la Escritura; luego los espone, buscando con preferencia el sentido moral. Cita en seguida otros versos, que espone en la misma forma, y así continúa hasta terminar el pasaje que habia propuesto.

Las *Exhortaciones* no son más que sentencias breves, que tienen por objeto mover los corazones á despreciarlo todo y seguir á Jesucristo: las publicó por primera vez el P. Teófilo, sin indicar de dónde las habia tomado; de modo que no merecen más fe que la que pueda inspirar este escritor. El libro, de todos modos, es muy breve, y solo consta de unas cien sentencias, en las que, sin embargo, se contiene la moral más pura, y reflexiones muy vehementes para abrazar de todas veras el camino de la perfeccion cristiana.

1.ª *Exhortacion á un moribundo demasiado temeroso de sus pecados*. Aunque Edmero no hace mencion de ella, es indudable su autenticidad. Se reduce á un breve discurso, en el que se contienen consideraciones que convendria tener presentes para casos análogos.

2.ª *Poemas sobre el desprecio del mundo*. En esta composicion, escrita en dísticos, se halla versificada la materia de sus exhortaciones, de suerte que en cada dístico se encuentra una sentencia moral. No hay completa seguridad de que sean parto genuino de nuestro Santo.

ARTÍCULO V.

Edmero hace mencion de varias *Meditaciones*, indicando que las compuso segun se presentaba la oportunidad, no con la mira de publicar un libro. Diremos en general sobre ellas que desenvuelve en todas perfectamente la materia propuesta, sabiendo entremezclar la parte especulativa con la práctica; de tal modo, que resulta un libro muy á propósito para todas aquellas personas que se dedican á este piadoso ejercicio. Como quiera, la tendencia dominante en todas estas meditaciones es una vivísima escitacion de los ánimos al amor de Dios. Dicho esto, vamos á enumerar los títulos de las veinte que pasan por auténticas.

1.ª Sobre la dignidad y miseria de la humana condicion.

2.ª Del terror del juicio, en la que procura escitar el temor.

3.ª Se lamenta de la malograda virginidad.
4.ª Cómo debe el pecador escitarse á la correccion de sus pecados.
5.ª Gloria del alma buena.
6.ª Sobre la esperanza que debemos tener en la misericordia de Dios.
7.ª De la instabilidad de las cosas de la vida.
8.ª Sobre la humanidad de Cristo.
9.ª De su Pasion.
10. De la redencion humana.
11. Otra vez de la humanidad de Cristo.
12. De Cristo.
13. Manual para escitar al amor de Dios.
14. De los beneficios recibidos de Dios.
15. De los beneficios actuales de Dios.
16. De los futuros beneficios de Dios.
17. Accion de gracias por los beneficios de la divina misericordia, y peticion del auxilio divino.
18. Se admira de la inefable bondad de Dios Criador, y de la gran miseria del hombre, su criatura.
19. Se lamenta de verse lejos de Dios.
20. Escita á su alma á que busque y encuentre á Dios.

La otra obra ascética de San Anselmo la constituyen sus *Oraciones*. Tambien estas las compuso sin ánimo de formar un libro. Se citan como auténticas hasta setenta y una. Cada una de ellas es, como su mismo nombre lo indica, una verdadera oracion ó ardiente súplica que se dirige á Dios, á la Vírgen ó á algun Santo, en demanda de alguna gracia. Apenas hay virtud que no pida, ni vicio que en ellas no deteste, teniendo buen cuidado de dirigir su oracion á aquel Santo que más ha brillado en la virtud que alcanzar pretende.

Creemos suficiente lo dicho para dar una idea bastante completa de los escritos ascéticos de nuestro Santo.

ARTÍCULO VI.

Cartas y obras dudosas y apócrifas de San Anselmo.

Se cuentan hasta cuatrocientas veintisiete cartas, distribuidas en esta forma: 1.° Setenta y siete que escribió antes de ser Abad de Bec: 2.°, cincuenta y tres que escribió siendo Abad: 3.°, ciento ochenta y ocho siendo Arzobispo de Cantorbery; y 4.°, ciento nueve que se ignora en qué época fueron escritas. Diremos en general que aparece en ellas San Anselmo como el grande hombre de su época.

Los Papas y los Reyes, los Arzobispos y Obispos, los duques y los condes, los Abades y los simples religiosos,

los clérigos y los legos, todos, en fin, acudian á San Anselmo en demanda de un consejo ó de una esplicacion, de una oracion ó de un consuelo. Escusamos, por tanto, entrar en más detalles en asunto tan variadísimo, y solo diremos que serán muy útiles estas cartas al que quiera conocer la historia de la Iglesia y de Inglaterra en el período que abraza el último tercio de la vida de San Anselmo.

Entre las obras dudosas y apócrifas de San Anselmo, deben contarse: 1.° El salterio de la Santísima Vírgen (1): 2.° *El Elmisdario:* 3.° Las homilías y exhortaciones que no menciona su biógrafo Edmero deben tenerse por dudosas. Tambien son dudosas: 4.° Muchas de las oraciones que vemos con el título de San Anselmo: 5.° El *Diálogo de la Pasion del Señor* tampoco se debe atribuir á San Anselmo: 6.° Como apócrifo igualmente se considera el libro de la medida de la cruz: 7.° El libro *De la Concepcion de la Beatísima Vírgen* no es de San Anselmo: 8.° La carta de este mismo título se ha atribuido falsamente á San Anselmo.

ARTÍCULO VII.

Carácter y estilo de San Anselmo.

San Anselmo de Cantorbery fue llamado, á causa de la sagacidad de su ingenio y en vista de su piedad, un segundo San Agustin; y siguiendo sus huellas, dió sobre la Esencia divina, sobre la Trinidad, la Encarnacion, la creacion y el acuerdo del libre albedrío con la gracia, demostraciones que todavía se respetan. Los títulos de sus obras bastan para significar esa claridad de intencion que guiaba su pluma. No es San Anselmo un escritor que improvisa: traza su pluma bajo un solo pensamiento, y lo desenvuelve con admirable sabiduría.

En el *Monologio* aspira á referir todas las verdades religiosas á una misma serie de razonamientos, y á esplicar la ciencia de las cosas sobrenaturales por medio de principios racionales: de este modo instituyó la metafísica escolástica y la Teología natural. Admitiendo la infalibilidad de la fe, atribuyó al entendimiento humano el oficio de desenvolverse en la ciencia, y destinó la metafísica al estudio de la palabra revelada, y la física al de la naturaleza, manifestada por los sentidos. Para constituir la unidad, buscó la idea universal, que no pudiese subsistir como percepcion del espí-

(1) Para ver en qué se funda la duda de estas obras, véase á Natal Alej., *Historia eclesiástica*, al siglo XII, cap. VI, páginas 511 y 12.

ritu, sino implicando la realidad del objeto, y creyó que fuese la de la perfeccion infinita del Bien Supremo.

El Proslogio, ó la fe en pos de la inteligencia, es una súplica á la causa primera, en que se propone hallar á la fe una prueba sencilla y decisiva, sin recurrir á los argumentos complicados del *Monologio*. El insensato que dice: *No hay Dios*, concibe, sin embargo, un ser superior á todos, salvo que afirma que no existe; se contradice á sí mismo con tal afirmacion, atendido que el ser á quien otorga todas las perfecciones, si se le niega la existencia, habrá de considerarse inferior á otro que añada la existencia á todas esas perfecciones; de consiguiente, la idea misma que se ha formado le obliga á admitir que ese ser existe, pues la existencia constituye una parte necesaria de la perfeccion. San Anselmo buscó las pruebas de la existencia de Dios, no para combatir el ateismo, de que distaban mucho aquellos entendimientos, sino para darse cuenta á sí propio y á los suyos en sus creencias.

En el libro *¿Por qué Dios se hizo hombre?* manifiesta que el Ser Supremo es inteligencia y amor. En tanto que el hombre es un ser inteligente, que ama, es semejante á Dios, pudiendo conocer á Dios. Todos sus esfuerzos deben dirigirse á desarrollar en sí mismo la facultad que tiene de comprender y amar, y de reflejar en sí la imágen de Dios. Para que pueda hacerlo, es necesario que Dios descienda hasta el hombre; es necesario que El le comunique su fe; es necesario que el hombre la acepte. Pero el hombre, por el pecado original, consecuencia del pecado de Adan, se halla separado de Dios, siendo incapaz por sí mismo de unirse á El y de restablecer en sí la imágen de su principio. Supuesto que el Salvador del mundo debia satisfacer por los pecados del mundo, era necesario que fuese Dios, porque la injusticia infinita cometida hácia Dios por el pecado, no podia ser reparada ni destruida sino por un mérito infinito. Era preciso que ofreciese á la Majestad y á la Justicia divinas, ofendidas y despreciadas por el pecado de la humanidad, un sacrificio infinito.

No ha habido en la historia de la especulacion humana una teoría dogmática que haya ejercido una influencia más profunda y general que la que ejerció la teoría de la *Satisfaccion*, de San Anselmo, sobre la Teología de los siglos que le siguieron. San Anselmo reunia las dos tendencias, que se separaron de la Teología posteriormente: la tendencia racional y la tendencia mística, siendo difícil decidir en cuál de las dos es más grande y más admirable. Demostró en sus homilías, pero sobre todo en sus meditaciones y en sus oraciones, una profundidad de sentimiento que iguala á la finu-

ra de su ingenio y á la sutileza de su razon. Se muestra con tanta ternura espresando su amor por Jesucristo, como con tanto vigor en sus demostraciones lógicas.

En su método espositivo pudo ensayarse Pedro Lombardo para dictar sus *Sentencias*. Su estilo está lleno de movimiento, de fuerza y de vida; sublime en los pensamientos y en las imágenes, sin dejar por eso de ser dulce y tierno. Su numerosa correspondencia prueba su maravillosa actividad, y toda la influencia que ejercia sobre su siglo, al mismo tiempo que ofrece una sensible pintura de la situacion moral y religiosa de su época. Anselmo presenta en la historia de la Iglesia el triple modelo de una alma ardiente y piadosa, únicamente dedicada á restaurar en sí misma la imágen del Salvador; de un Príncipe de la Iglesia únicamente preocupado en propagar la doctrina cristiana y en hacer triunfar las libertades de la Iglesia; de un escritor sólido y brillante, que da á la Teología un nuevo vuelo, determina claramente sus límites y los de la filosofía, y esparce una semilla cuyos frutos se difunden á traves de los siglos.

De manera que San Anselmo, no solamente ejerció una influencia decisiva sobre los negocios en su tiempo, sino que sus trabajos teológicos forman época. Se le designa ordinariamente como el Padre de la Teología escolástica, porque su principal tendencia consiste en demostrar la conformidad de la fe cristiana y de la razon humana, partiendo del principio de que la ciencia nace de la fe. En cuanto á la forma, el método de San Anselmo es poco escolástico, pues se sirve habitualmente del diálogo, ó de una simple esposicion.

CAPÍTULO IV.

SAN BERNARDO.

FUENTES. Las obras de este Padre.—Ganfrido, en la vida de este Padre.—Arnaldo, Abad de Vonevall, y Guillermo, Abad de Thierry, en la *Vida é historia de San Bernardo.*—Bellarmino, libro *De escritores eclesiásticos.*

AUXILIARES. *Historia galicana*, tomo IX, libros XXV y XXVI.—Natal Alejandro, tomo V, siglo XII de su *Historia eclesiástica.*—Baronio: *Anales*, al año 1109.—Dupin: *Biblioteca de los escritores eclesiásticos* del siglo XII.—Neander: *San Bernardo y su siglo;* Berlin, 1813.—El P. Ratisbona: *Historia de San Bernardo;* Paris, 1843, y el *Diccionario enciclopédico de la Teología.*

EDICIONES. La mejor es la de Merlo Horst, corregida y aumentada por Mabillon, Paris, 1667, en dos tomos en folio, y la misma despues en Venecia, 1719.—La de los hermanos Gaume: Paris, 1840.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Bernardo.

San Bernardo nació en Pontaine (Borgoña) el año 1091. Su piadosa madre Aletha le educó con esmero, destinándole al estado eclesiástico. Recibió sus primeras lecciones de los monges de Chatillon, dando pruebas de inteligencia y señalándose por su amor á la soledad. Muerta su madre, y habiendo ido un dia á visitar á sus hermanos, reunidos al ejército de Borgoña, rogó á Dios que le fortaleciese en el designio de hacerse religioso; comunicó su proyecto á sus parientes y amigos, y arrastró consigo á un tio suyo, hombre de guerra y de reputacion, y á sus hermanos, escepto uno, que más tarde los siguió. Bernardo, con sus compañeros, escogió para su retiro un pobre convento, construido en 1098 por el célebre Roberto, fundador de la Orden del Císter. A los tres años fue elegido Bernardo, por sus grandes virtudes, Abad de Claraval, uno de los tres nuevos conventos que se fundaron á luego de haber entrado Bernardo. Pálido y enflaquecido, se presentó al Obispo de Langres, quien, contristado de verle en aquel estado, efecto de sus austeridades, le re-

tuvo durante un año bajo su vigilancia especial, con prohibicion de ocuparse en los asuntos del convento. Al cabo de un año volvió á empezar con sus funciones sus antiguas austeridades; pero su salud se alteró profundamente, y fue necesario que de nuevo se retirase. Aunque estaba rodeado de multitud de personajes de todas clases y estados, su vida interior, sin embargo, no se perturbaba, y sus grandes trabajos en esta época se hallan atestiguados por sus numerosas cartas, como, por ejemplo, las dirigidas al Obispo de Sens, sobre las costumbres y la mision de los Obispos.

En 1128 fue llamado al Concilio de Troyes, y puso mano activamente en la redaccion de la regla de la Órden de los Templarios, de quienes hizo un elogio. Muerto el Papa Honorio II, Bernardo intervino poderosamente en la eleccion de su sucesor Inocencio II, á quien se opuso un antipapa en la persona del Cardenal Pedro de Leon. Asistió á las deliberaciones de los Cardenales en las Asambleas que el Papa celebró en Reims; tomó una parte muy activa en el Concilio reunido en Pisa en 1134, y utilizó su permanencia en Italia para reconciliar á los milaneses con el Papa. Los milagros que allí obró atrajeron de todas partes multitud de enfermos, y volvió á Francia en 1135. Fatigado ya San Bernardo, se retiró á una celdilla próxima á su convento, entregándose del todo á la contemplacion. Amenazado el Papa por las armas del Rey de Sicilia, Bernardo decidió en favor de aquel al Emperador Lotario, quien hizo entrar triunfante á Inocencio en Roma, acompañándole Bernardo, cuya palabra parecia tan necesaria como las armas del Emperador. Pedro de Pisa, abogado de la causa del antipapa, se declaró vencido por Bernardo. Consiguió disuadir de sus propósitos al que, á la muerte del antipapa, habia sido elegido por su sucesor, y por fin concluyó con el cisma. Entonces se honró, se alabó, se preconizó por todas partes al autor de la paz, al Santo cuya palabra valia más que todos los ejércitos.

En su último viaje, de vuelta de Roma, le llamó la atencion la atrevida actitud que habian tomado los partidarios de Abelardo respecto de la autoridad de la Iglesia. Amonestó á este teólogo en varias conferencias privadas, quien declaró que estaba dispuesto á sostener públicamente su doctrina contra su antagonista, y esto en el momento en que se abria un Concilio en Sens, en 1140. Bernardo, aunque enemigo de estas discusiones públicas, porque en todo tiempo han sido infructuosas, creyó deber responder á la provocacion de su adversario; habló en el Concilio, al que asistia una numerosa concurrencia, y Abelardo quedó convencido y condenado como hereje.

En la misma época llegó á Francia el fanático Arnaldo

de Brescia; Bernardo le acusó ante el Papa, y fue escomulgado y encerrado en un convento, de donde se escapó, y con sus predicaciones hizo estallar en Roma graves desórdenes. Con las revueltas de Occidente coincidió en Oriente la toma de Edesa por los sarracenos. El Papa Eugenio encargó á San Bernardo predicar en su nombre la segunda cruzada; y así lo hizo efectivamente en Veceley, el dia de la Pascua, en 1146, ante una multitud inmensa, que despues de haberle oido, esclamaba entusiasmada: «¡Dios lo quiere!» El tambien redujo al Emperador Conrado, que se hallaba poco dispuesto á tomar parte en la cruzada, á aceptarla con un gran entusiasmo religioso. A principios del año 1148 asistió Bernardo al Concilio de Reims, donde atacó la doctrina de Gilberto, Obispo de Poitiers, á quien llegó á convencer. Escribió contra unos herejes que se llamaban los solos predestinados puros, y los *cataros* por escelencia. Fueron citados á un Concilio, donde se defendieron obstinadamente, apoyando su doctrina con toda clase de testos bíblicos. En vano se trató de convertirlos durante tres dias, pues quedaron inalterables. Entonces el pueblo, furioso, arrastró á estos desgraciados á la hoguera, á pesar del dolor y de la oposicion de San Bernardo. En 1148 regresó Bernardo á Claraval, á donde volvió uno de sus más íntimos amigos, que murió allí, y á quien San Bernardo hizo el honor de ser su biógrafo. Al siguiente año tuvo el sentimiento de ver frustrarse la gran cruzada que habia predicado, y para defenderse de las calumnias que le dirigian, escribió algunas palabras de justificacion en su libro *De consideratione*. Aquel cuerpo, fatigado y despedazado, conservaba un espíritu vigoroso, y estando en su lecho de agonía, aun se levantó y apaciguó una sedicion ocurrida en Metz. Cumplida su obra, volvió á Claraval, y murió en 1153, á la edad de sesenta y tres años.

ARTÍCULO II.

Division de las obras de San Bernardo.—Sus obras dogmáticas.

Las obras de San Bernardo se pueden dividir: en dogmáticas, morales, apologéticas é históricas, sermones y cartas. Todas ellas las daremos á conocer en los siguientes artículos.

OBRAS DOGMÁTICAS.

1.ª *De la gracia y del libre albedrío.* Hallándose un dia San Bernardo en público, y reconociéndose deudor á Dios de todo cuanto bueno hacia, uno de los asistentes le dijo:

«¿Qué es, pues, lo que haceis de vuestra parte, ó qué recompensa esperais, si Dios es el que lo hace todo?» Para responder á este argumento con más estension que entonces lo habia hecho, compuso San Bernardo su tratado *De la gracia y del libre albedrío*, el año 1127. Consta de catorce capítulos. En el primero dice que para merecer se necesita, á la par que la gracia de Dios, la cooperacion de cada uno. En el II esplica en qué consiste el libre albedrío. Desde el III al VI espone tres clases de libertad: la libertad natural, que recibimos por la creacion; la libertad de la gracia, que nos vino por la regeneracion, y la libertad de la gloria, que se nos dará en el cielo. La primera nos libra de la necesidad, la segunda del pecado, y la tercera de la corrupcion y de la muerte. La libertad natural pertenece igualmente á Dios y á todas las criaturas racionales, así buenas como malas, y, por último, dice que el libre albedrío nos hace querer, pero la gracia nos hace querer lo bueno. En el cap. VII distingue San Bernardo, ademas de la libertad natural, otras dos que se llaman libertad de consejo y de complacencia, y pregunta si estaban todas tres en Adan; y despues de distinguir en cada una de estas dos últimas, dos grados, superior é inferior, decide que el primer hombre habia recibido en la creacion el grado inferior de cada una de estas dos libertades; pero que quedó despojado de esta perfeccion por su pecado, quedándole solo la libertad natural, porque esta segunda, dice en el cap. VIII, no se pierde por el pecado. En el IX dice que en estas tres especies de libertad consiste nuestra semejanza con Dios, la cual, dice en el cap. X, podemos reformarla por medio de Jesucristo. En el XI hace ver que la gracia en nada deroga el libre albedrío, puesto que Dios no nos salvará á pesar nuestro, sino con nuestra cooperacion. En el XII examina la cuestion si el que niega la fe por miedo á la muerte tiene libre albedrío y se escusa de pecado; y resuelve que aun en ese caso es el hombre enteramente libre, y aduce el ejemplo de San Pedro, cuando sucumbió á la tentacion y quiso más conservar la vida del cuerpo que la del alma, lo cual, dice en el cap. XIII, lo hizo libremente. En el cap. XIV dice, por último, que nuestras buenas obras son al mismo tiempo méritos nuestros y dones de Dios; que á la gracia se deben atribuir todas las obras de salud, pero lo que empezó sola la gracia se perfecciona con ella y con el libre albedrío. No hace la gracia una parte de la obra y el libre albedrío la otra, sino que obran juntos con una *operacion indivisible*.

2.° *Tratado acerca del bautismo y otras cuestiones* (1).

(1) Dirigido á Hugo de San Víctor.

En tiempo de San Bernardo vió la luz un anónimo, que habia aventurado las proposiciones siguientes: primera, que el bautismo de Jesucristo habia obligado desde que Nuestro Señor dijo á Nicodemus: «El que no naciere de nuevo por el agua y el Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos.» Segunda, que ninguno se puede salvar sin recibir actualmente el sacramento del Bautismo, ó en su lugar el martirio. Tercera, que los Patriarcas del Antiguo Testamento tuvieron tan claro conocimiento de la Encarnacion como los cristianos. Cuarta, que no hay pecado alguno de ignorancia. Quinta, que se habia engañado San Bernardo cuando escribió en sus homilías que los ángeles no habian conocido los designios de Dios en punto á la Encarnacion. San Bernardo escribió este tratado contestando al famoso Dr. Hugo de San Víctor, que le habia consultado acerca de varias opiniones muy singulares de ese escrito anónimo, y lo dividió en cinco capítulos, uno para cada proposicion.

3.ª *Tratado contra los errores de Abelardo.* Este tratado, que tiene nueve capítulos, lo dedicó San Bernardo al Papa Inocencio II. En el cap. I no hace más que esponer los errores de Abelardo relativos al dogma de la Trinidad, los cuales refuta en el II y III, asegurando que en la Trinidad no debe admitirse disparidad alguna, sino una omnímoda igualdad, y que es absurda la doctrina de Abelardo al querer dar á cada persona en particular nombres absolutos y esenciales. En el IV rechaza la definicion de la fe dada por Abelardo, segun el cual la fe no es más que una estimacion. En el V increpa á Abelardo por querer anteponer su propio testimonio al autorizado y unánime de los Padres, en especial cuando dice que el objeto de la Encarnacion no fue el librar al hombre del poder del domonio. En el VI hace ver que en el acto de librar á la humanidad de la muerte resalta, no solo la misericordia, sino tambien la justicia de Dios. En el VII reprueba la soberbia temeridad de Abelardo al querer examinar con impía escrupulosidad los secretos de la Divinidad. En fin, en el VIII esplica por qué Cristo eligió un medio tan costoso para librar al hombre, siendo así que pudo hacerlo con sola su voluntad, y dice en el IX que Cristo vino al mundo, no solo para instruirnos, sino tambien para salvarnos.

ARTÍCULO III.

Obras morales.

1.ª La obra sobre la *Consideracion* (1). Consta de cinco libros, y la compuso San Bernardo para edificacion y con-

(1) Tricalet: *Biblioteca portátil*, tomo X.

suelo del Papa Eugenio III. Concluyó el primer libro en 1149, como se ve por la carta de Nicolás, su secretario, á Pedro, Abad de Cluny. El II no estaba aun compuesto por entonces, ni lo concluyó San Bernardo hasta haber recibido noticias de la espedicion de la Tierra Santa, esto es, en 1150. El III lo concluyó despues de la muerte de Hugo de Auxerre, acaecida en 1152. Poco despues, y antes del 8 de Julio de 1153, en que murió el Papa, acabó el IV y el V, supuesto que los cinco libros están dirigidos al Papa Eugenio.

El libro I está dividido en once capítulos, y comienza San Bernardo en el primero compadeciéndose de la pena que sintió Eugenio al verse arrancado de las delicias del dulce reposo de la soledad, para aplicarse á la opresion de un continuado trabajo. Para sobrellevar este le da muy útiles consejos, y á fin de que gobernase la Iglesia con el acierto que deseaba. Los herejes, principalmente jansenistas, han abusado mucho de este libro, sacando espresiones que proferia San Bernardo animado de santo celo, y no falso, como el de ellos.

El libro II comprende catorce capítulos. En el primero comienza San Bernardo haciendo la apología de la Cruzada, cuyo éxito infeliz le atribuian, porque la habia predicado á instancias del Rey Luis, y por disposicion del Papa. Al principio se escusa de haber dilatado tanto la continuacion de esta obra, por el dolor que su desgraciado fin le habia causado. Cita despues el ejemplo de Moisés, que sacó á los israelitas de Egipto, pero que no fue él quien los introdujo en la tierra prometida, á pesar de que obraba segun la órden de Dios, confirmada con milagros, y añade que los cruzados no fueron menos rebeldes y menos incrédulos que los judíos. Cita el ejemplar de la guerra de las tribus de Israel para castigar el delito de la tribu de Benjamin; pues con ser la empresa justa y aprobada de Dios, fueron dos veces derrotados, y no perdiendo por esto el valor, vencieron en la tercera. Voviendo á su asunto, define en el cap. II la consideracion, diciendo que es una investigacion atenta de la verdad. De este modo la distingue de la contemplacion, suponiendo que esta es sobre una verdad ya conocida. En el III divide en cuatro clases el objeto de la consideracion. «Lo primero, dice á Eugenio, os debeis considerar á vos mismo; despues todo cuanto os rodea; lo que es superior y lo que es inferior.» En cuanto al primer punto, se estiende desde el cap. IV al X, haciendo algunas consideraciones sobre la escelencia y dignidad del Pontífice, y enumerando sus obligaciones, que consisten en arrancar y destruir, edificar y plantar, como lo dice Dios en la mision del Profeta Jeremías. En los capítulos XI, XII y XIII exhorta al Papa

Eugenio á examinar los progresos que ha hecho en la virtud desde que subió al Trono pontificio; si era más sufrido, más benigno, más humilde, más afable, más celoso, más grave y desconfiado de sí mismo, ó si ha caido en los defectos contrarios. Cuál era su celo y su discrecion; si es igual en la adversidad y en la prosperidad, y si en el tiempo del descanso se dejaba llevar de chistes ligeros é indecorosos. En el capítulo último le advierte que se guarde de la acepcion de personas y de la facilidad de creer las falsas relaciones, que es el vicio más comun de los que se hallan colocados en los puestos elevados.

El libro III tiene solo cinco capítulos. En el primero representa San Bernardo al Papa las cosas que son inferiores á él; esto es, el mundo entero, cuya administracion estaba á su cargo, no la posesion, que pertenece solamente á Dios. «El Padre de familias os ha puesto, dice, á gobernar, y no á reinar. No afecteis dominacion sobre los hombres, pues sois hombre como ellos.» Pasa despues en el cap. II al punto de las apelaciones. De todas las partes del mundo apelaban al tribunal del Papa. «Esto, dice el Santo, es un testimonio de vuestra primacía; pero si bien lo pensais, no os alegreis tanto con esta prerogativa como con la utilidad que puede sacar el público.» Refiere dos ejemplos de apelaciones abusivas, y alaba en el Papa que remitiese los apelantes á sus jueces naturales, ó á otros comisionados que pudiesen conocer bien el punto, pues este modo de administrar justicia es el más seguro y más pronto. En el cap. III hace ver que los Pastores de la Iglesia, no tanto deben pretender su propia utilidad, cuanto el provecho de sus súbditos; y en el IV, despues de haber citado muchos ejemplos del desinteres del Papa Eugenio, le dirige la queja general de las Iglesias con motivo de los privilegios concedidos por la Santa Sede. En el cap. V y último dice San Bernardo que es obligacion del Papa atender á todo el estado eclesiástico, y examinar si los pueblos están sujetos al clero, los clérigos á los sacerdotes, y los sacerdotes á Dios; si en las casas religiosas se guarda el buen órden y la disciplina; si están en su vigor las censuras de la Iglesia contra las herejías y los malos, y si se observan exactamente los decretos apostólicos.

El libro IV abraza siete capítulos. Aunque la primera intencion de San Bernardo en los libros de la *Consideracion* solo era instruir al Papa, se advierte que la moral la estendia á otros muchos, y esto es lo que los hace tan preciosos. Prosigue, pues, y examina en los tres primeros capítulos de este libro todo cuanto habia alrededor del Padre Santo. El pueblo de Roma, los Cardenales, los ministros y sus domés-

ticos. Hacia tiempo que el pueblo de Roma se portaba con una arrogancia que se hacia insoportable á los demas. Exhorta San Bernardo á Eugenio á la reforma de aquel pueblo rebelde y como obstinado en el mal, empleando las palabras, y no el hierro, la espada espiritual, y no la material; la primera es la que debe sacar el sacerdote; la segunda el soldado, y aun este no la debe usar sino segun el consejo del sacerdote y la órden del Emperador; y en este sentido dice San Bernardo que pertenecen á la Iglesia las dos espadas, espiritual y material. En el cap. IV recomienda San Bernardo al Papa que ponga mucha atencion en la eleccion de los Cardenales: que los reciba de todas las partes, y de una edad madura; que elija por legados personas de vida ejemplar, que no busquen en su legacía los bienes temporales, sino la utilidad de las almas. En el V refiere los ejemplos de grande edificacion en dos legados; el uno el Cardenal Martin, legado en Transilvania, que volvió del pais del oro sin oro alguno y con tan poco dinero, que apenas pudo llegar á Francia; el otro Godofredo, Obispo de Chartres, legado en Aquitania, que hizo á su costa todos los gastos de su legacía, sin haber querido recibir presente alguno, ni aun dos platos de madera muy bien trabajados, que por devocion le ofrecia una señora. En las solemnidades era costumbre que los oficiales del Papa estuviesen cerca de él, para servirle más cómodamente; pero pretendian ocupar el mismo lugar en todas las juntas regulares que se celebraban. Contra esta costumbre, pues, hace ver San Bernardo, en el cap. VI, que era cosa indecente que tuviesen asiento estos oficiales delante de los presbíteros, y dice que las costumbres en este punto debian tenerse por usurpacion. Aconseja al Papa que confie el cuidado de su casa á un hombre fiel y prudente, á fin de que á él le quede tiempo para ocuparse en los negocios de su conciencia y los de la Iglesia, pues no era decente en un Obispo mezclarse en las menudencias del gobierno de una casa. Finalmente, en el cap. VII hace una especie de recapitulacion de los cuatro primeros libros.

Aunque los libros precedentes tienen por título *De consideratione*, no dejan de tener muchas cosas que pertenecen á la vida activa. El V, que comprende catorce capítulos, solamente trata de la consideracion ó contemplacion de los objetos que son superiores á nosotros. En el cap. I dice que por medio de las criaturas nos elevamos á la consideracion de Dios y de las cosas divinas. En el II enumera los diversos grados que puede tener la consideracion. Propone en el III tres medios para llegar al conocimiento de Dios y de sus ángeles: la opinion, la fe y el entendimiento. Dedica el capí-

tulo IV á la consideracion de los espíritus celestiales, y propone la gerarquía. En el V dice que los dotes de los ángeles se derivan de Dios. Pasa despues, desde el cap. VI al X, á la contemplacion de Dios, de su ciencia y de los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion. Vuelve segunda vez á hablar de Dios en el cap. XI, y dice: «En cuanto á la universalidad de las cosas, Dios es el fin: respecto de la eleccion de los escogidos, Dios es la salud: en cuanto á su mismo ser, El es el único que lo sabe.» En el XII dice que Dios es el suplicio de los soberbios y la gloria de los humildes; y que así como recompensa por su bondad las buenas obras, así tambien castiga por su justicia los delitos. En el cap. XIII trata de algunos atributos de Dios. Y en el XIV y último demuestra la manera con que, segun el Apóstol, podemos comprender á Dios.

2.ª *De las costumbres y obligaciones de los Obispos.* Enrique, Arzobispo de Sens, se entregó, luego de su nombramiento, á las delicias de la corte, dejando su diócesis sin Pastor; pero despues, arrepentido de sus estravíos, suplicó á San Bernardo que le enviase alguna obra suya que pudiese confirmarle en el nuevo género de vida que habia abrazado. El Santo Abad le mandó inmediatamente el opúsculo intitulado *De la obligacion de los Obispos.* Esta obra se cuenta en muchas ediciones por la carta 42. La escribió el Santo en 1126, ó por lo menos antes de la muerte de Honorio II, acaecida en 1130, pues la carta 49 está dirigida á Honorio, y en ella señala con toda claridad la conversion del Arzobispo de Sens. Abraza nueve capítulos, y en el primero San Bernardo aconseja al Arzobispo Enrique que confíe su persona y su diócesis á los Obispos de Mox y de Chartres, diciéndole que bajo su direccion estarian muy seguras su reputacion y su conciencia. En el II le advierte que la gloria y la dignidad episcopal no consisten en la pompa de los vestidos, en la magnificencia de los equipajes ni en la suntuosidad de los palacios, sino en la inocencia de las costumbres, en la aplicacion á las obligaciones del Episcopado, y en el ejercicio de las buenas obras. En el III le recomienda muy particularmente la castidad, la caridad y la humildad. En el IV, V y VI le dice que la caridad debe nacer de un corazon puro, de una buena conciencia y de una fe sincera: la pureza de corazon debe tener dos objetos: la gloria de Dios y la utilidad del prójimo: la buena conciencia consiste en arrepentirse del mal y en no volver á cometerle; y la fe sincera es aquella que se conserva y obra por la caridad. En el VII reprende el afan que mostraban los clérigos de su tiempo por las altas dignidades, pues la mayor parte eran ineptos, y solo las pretendian por avaricia y ambicion. Recomienda

en el VIII la humildad y la modestia, y concluye en el IX tronando contra los Abades que no querian someterse ni reconocer la autoridad episcopal.

3.ª *De la conversion de los clérigos.* Hallándose San Bernardo el año 1122 en las cercanías de Paris, le suplicó el Obispo Estéban que fuese allá á predicar. El sermon que predicó entonces fue intitulado *De la conversion ó reforma de los clérigos* (1). Tiene este sermon mucha viveza y energía, y está dividido en veintidos capítulos. En los cuatro primeros reprende á los que manifestaban demasiado empeño por conseguir las dignidades eclesiásticas, y arribaban á las órdenes sagradas sin exámen ni reflexion: trata tambien de las costumbres y de la penitencia; hace ver que ninguno se puede convertir á Dios sin el auxilio de su gracia preveniente, y que cuando la voz resuena en el corazon del pecador, debe obedecer y abrir los ojos á la luz para percibir todas sus iniquidades, las cuales solamente pueden borrarse en esta vida con la penitencia, pues el sentimiento que se ha de tener en la otra es inútil, porque en los condenados será el pecado tan incorregible como el suplicio duradero. Desde el cap. V al IX dice San Bernardo que los remordimientos de la conciencia sirven mucho al pecador para apartarse del pecado, y que así, no debe sofocar el gusano roedor que le mortifica en esta vida. Aconseja al que piensa seriamente en su conversion, que empiece esta obra saludable por abstenerse de cometer nuevas culpas, antes de desarraigar los malos y antiguos hábitos. Para facilitarle el medio seguro, le representa la vanidad y la inconstancia de los bienes y placeres del mundo; la falsa seguridad del pecador, que neciamente se persuade de que nadie le ve cuando peca ocultamente, al mismo tiempo que, no solamente le mira Dios, sino el ángel de su guarda y el demonio. Desde el X al XIV dice que para una verdadera conversion no es suficiente apartarse del mal; es preciso hacer el bien y atribuir á Dios toda gloria; que el tiempo de la penitencia es el tiempo de llorar los pecados, pero no debe el pecador dejarse sumergir en la tristeza; es preciso suavizar la acrimonia de sus lágrimas con la esperanza del consuelo y con las dulzuras que los verdaderamente convertidos gustan en la vida espiritual. Del XV al XVIII dice que para vernos libres del pecado debemos recurrir á la divina misericordia, la cual podremos alcanzar si nos compadecemos primero de nosotros mismos, y despues de nuestro prójimo; que nuestro corazon debe permanecer siempre limpio, porque Dios lo ve,

(1) En algunos manuscritos se halla dirigido á los estudiantes. Otros le dan por título: *Discurso á los clérigos.*

y porque los pacíficos son llamados con razon hijos de Dios. En los capítulos XIX, XX y XXI reprende fuertemente á los ambiciosos que usurpan temerariamente las funciones de la Iglesia, y exhorta á la penitencia. Y en el XXII concluye que es obligacion de los Pastores el dar ejemplo, y no huir cuando son perseguidos por defender la justicia.

4.ª *Del precepto y de la dispensa.* Los monges del monasterio de San Pedro del Valle consultaron á San Bernardo acerca de la obligacion de la regla de San Benito que profesaban, y con este motivo escribió esta carta ó libro, dividido en veinte capítulos.

La primera cuestion que le proponen los monges es si todo lo que se contiene en la regla de San Benito es de precepto, ó hay en ella artículos que solo son de consejo. Para resolverla se emplean seis capítulos. En el primero dice San Bernardo que la regla de San Benito es de precepto para todos los que libremente han hecho voto de observarla. Despues, en los capítulos siguientes hasta el VI, dice que los preceptos que pertenecen á las virtudes no admiten dispensa, por venir del mismo Dios, pero que en las observancias monásticas se puede dispensar en caso de necesidad. Sobre este punto cita San Bernardo los testimonios del Papa Gelasio y de San Leon, los cuales dicen que los decretos de los Padres deben ser observados inviolablemente, á no ser que la utilidad de la Iglesia obligue á dispensarlos. Advierte tambien que siendo la fórmula de la profesion: «Yo prometo la obediencia segun la regla de San Benito,» y no segun la voluntad del Abad, no puede este mandar á sus religiosos lo que no está en la regla, ni lo que escede á la regla; pero dice que es imperfecta esta especie de obediencia, reducida á sola la obligacion, porque la obediencia perfecta no reconoce límites, sino que es muy propio del verdadero religioso hacer más de lo que ha prometido.

La segunda cuestion de los monges era sobre los grados de la obediencia, y á ella responde San Bernardo enumerando en el cap. VII los diversos grados de esta virtud, y despues, en los capítulos siguientes hasta el XVI, dice que el que peca por desprecio á la regla es más culpable que el que contraviene por negligencia, porque la desobediencia del primero proviene de soberbia, y la del segundo de su pereza y flojedad. Dice tambien que se debe obedecer al superior como al mismo Dios, cuyas veces hace, si no manda alguna cosa contraria á la ley de Dios, y que es propio de los imperfectos examinar lo que se les ha mandado antes de obedecer, y no sujetarse hasta que les han dado razon y cuenta del precepto. Asegura ademas que, no siendo mortal todo pecado contra la ley de Dios, tampoco deben consi-

derarse como mortales todos los que se cometen contra la regla. Otra cuestion propuesta por los monges á San Bernardo, era si podia acercarse al altar el que, habiendo sido ofendido por otro, no quisiera hacerle mal alguno, pero tampoco sintiera que le sobreviniera. A esto responde San Bernardo, en el cap. XVII, que el que en semejante disposicion está, no debe pasar á comulgar hasta que ya no tenga resentimiento alguno. Finalmente, despues de resolver en los capítulos XVIII y XIX algunas otras dificultades de menos importancia, concluye en el XX conciliando dos testos de San Pablo, el uno de la carta á los filipenses, y el otro de la segunda á los de Corinto, entre los cuales creian los monges hallar oposicion.

5.ª *De los grados de la humildad y de la soberbia.* San Bernardo dedicó este tratado á su pariente Godofredo, prior entonces de Claraval, y despues Obispo de Langres, quien le habia escitado á escribir sobre esta materia, para esplicar más por estenso lo que habia dicho en presencia de la comunidad. Está dividido en dos partes: en los nueve capítulos primeros, de que consta la primera parte, trata de los grados de la humildad; y en los trece restantes, de que se compone la segunda parte, trata de los grados de la soberbia. En los capítulos I, II y III San Bernardo define la humildad diciendo que es una virtud con la que, conociéndose el hombre como verdaderamente es en sí, llega á ser despreciable á sí mismo; y dice que debemos cuidarla como el camino para llegar á la verdad, porque el fruto de la humildad es el conocimiento de la verdad. En los capítulos IV, V y VI distingue tres grados en el conocimiento de la verdad; el de ser más humilde, el de conocer las flaquezas del prójimo, para compadecerse de él, y, por último, el arte de purificar la vista del corazon para contemplar las cosas celestiales y divinas. En el VII dice que todos estos conocimientos son en nosotros la obra de Dios, ó, para decirlo en sus propias palabras, que la Santísima Trinidad es la que obra en nosotros. En el VIII declara cuáles fueron estos grados en el rapto de San Pablo, y el IX no es otra cosa que los suspiros de San Bernardo buscando, anhelante, la verdad. En la segunda parte, que comienza en el cap. X, trata en cada uno de los doce capítulos primeros de los doce grados de la soberbia, que son, segun San Bernardo: la curiosidad, la ligereza, la alegría desmedida, la jactancia, el deseo de singularizarse, la arrogancia, la presuncion, la disculpa de los pecados, la confesion fingida, la rebelion, la libertad de pecar y la costumbre de pecar, á cuyos grados dedica un capítulo por separado. Por último, en el XXII enseña el modo de orar por los que están en pecado.

6.ª *Tratado del amor de Dios.* Entre varias preguntas que el Cardenal Haymerico hizo á su amigo San Bernardo, habia una sobre el amor de Dios, y para resolver esta cuestion escribió el Santo Doctor este libro, hácia el año de 1127, dividiéndolo en quince capítulos, y dirigiéndolo al misma Haymerico, Cardenal y Canciller de la Iglesia Romana. En el cap. I esplica por qué y de qué manera debemos amar á Dios. En el II y III asegura que el hombre debe amar á Dios por los bienes espirituales y corporales que de él ha recibido, pero que los cristianos están obligados por otros motivos más poderosos: por la consideracion de la sangre que Jesucristo derramó para rescatarnos; porque con su muerte fue causa del perdon de los pecados; por la gloria que nos preparó con su resurreccion y ascension á los cielos, y por otros muchos beneficios, que son más abundantes en la nueva ley que en la antigua. En el IV, V y VI espresa quiénes están mejor dispuestos para amar á Dios, y vuelve á hablar otra vez de la obligacion de los cristianos de amar á Dios. En el VII prueba esta obligacion por la utilidad que reportamos si la cumplimos. En el VIII, IX y X distingue cuatro grados de amor; en el primero el hombre se ama para sí mismo; en el segundo el hombre, conociendo la necesidad que tiene de Dios, empieza á amarle, pero siempre con respecto á sí mismo; en el tercero el hombre, movido por las infinitas perfecciones de Dios, le ama para sí mismo, con aquel amor que se llama casto; y en el cuarto, el hombre se ama á sí mismo para Dios. En el XI dice que no cree que en esta vida se llegue á la perfeccion de la caridad, sino que este estado solo es propio de los bienaventurados en el cielo, y solamente despues de la resurreccion. En el XII, XIII y XIV sigue tratando de la caridad en sus diferentes especies; y en el XV concluye tratando del amor de los bienaventurados en el cielo.

ARTÍCULO IV.

Obras apologéticas é históricas de San Bernardo.

APOLOGÉTICAS.

1.ª *De la vida y costumbres de los monges.* Los cistercienses, con pretesto de la vida regular que hacian, censuraban vivamente los usos de los de Cluny. Estos atribuyeron á San Bernardo la causa de su diferencia con los cistercienses, ó por lo menos le acusaron de que la sostenia y fomentaba. Sus amigos le precisaron á justificarse de esta censura; en particular, Guillermo, Abad de San Teodorico, le suplicó, por cartas, que restableciese la union entre estas dos Ordenes, pero sin omitir lo que juzgase digno de cor-

reccion en las prácticas de Cluny. Dividió San Bernardo su apología en dos partes. En la primera, que comprende siete capítulos, reprende con fortaleza á los del Císter, porque, con motivo de la austeridad de su vida, despreciaban á los clunystas, cuyas costumbres no eran tan austeras. En la segunda, que contiene seis capítulos, refiere los abusos que desacreditaban la antigua observancia de Cluny. En el cap. I protesta á Guillermo de San Teodorico, á quien dirige la obra, que él y los suyos estaban muy distantes de poder reprender á una Orden religiosa como la de Cluny, en la cual habia personas muy santas; y tan sabias, que se las consideraba como antorchas del universo. En el II, III y IV demuestra que la variedad de las Ordenes religiosas no debe en ninguna manera romper el lazo de la unidad y caridad; y compara las Ordenes diferentes de que se compone la Iglesia con la túnica de José, que, aunque de distintos colores, era una señal de la caridad que debe reinar en todas estas Ordenes. Hablando despues con los monges de su Orden, les pregunta en el cap. V, quién los habia constituido jueces de los demas, y por qué, cuando se gloriaban de la observancia de la regla, la quebrantaban murmurando de los otros. En el VI y VII continúa reprendiendo á los que juzgaban temerariamente y calumniaban á los clunystas, y afirma ser más noble y provechosa la ocupacion espiritual que la temporal. En el cap. VIII, en que comienza la segunda parte, habla San Bernardo de las prácticas de Cluny, que los cistercienses censuraban indiscretamente, pues no tenian derecho para juzgar á los siervos de otros, porque San Pablo lo prohibe espresamente en la carta á los romanos. En el IX reprende la intemperancia de los monges, comparándola con la abstinencia que se observaba en tiempo de San Antonio. En el X reprende igualmente el lujo de los hábitos. En el XI dice que á los Abades pertenecia reprimir estos desórdenes, aunque no podian hacerlo con la debida autoridad, por hallarse ellos mismos culpados. A continuacion les hace cargo San Bernardo de la magnificencia en sus equipajes, tal vez tan numerosos en hombres y caballos, que la comitiva de un Abad pudiera ser suficiente para dos Obispos. Cita á uno, que se presume ser Sugero, Abad de San Dionisio, que tenia más de sesenta caballos. En el XII vitupera la suntuosidad en las iglesias de los monasterios, así en su estension, como en los adornos y pinturas. Declama principalmente contra las pinturas grotescas que ponian en los claustros de los monges, en los lugares mismos en donde ordinariamente tenian sus lecturas, como combates, cacerías, monos, leones, centauros y otros monstruos, cuya vista solo podia causarles continuas distracciones.

2.ª *Elogio de la nueva milicia de los caballeros Templarios.* Este tratado, dirigido á Hugo de Paganis, primer Gran Maestre de los Templarios, no es una regla, sino un elogio de esta Orden, y fue compuesto el año 1135. Consta de trece capítulos, y en el primero hace un completo elogio de esta milicia, nueva entonces, pues fue creada en 1118. En el II, III y IV les exhorta á que cumplan valerosamente con las obligaciones de su milicia, en consideracion á aquellos Santos Lugares, sobre los cuales hace en los capítulos restantes místicas consideraciones, esto es, sobre el Templo, Belen, Nazareth, Monte Olivete, Valle de Josafat, Jordan, Calvario, Sepulcro y otros.

HISTÓRICAS.

La vida y hechos de San Malaquías. En este tratado, que contiene treinta y un capítulos, narra toda la vida de San Malaquías, desde su niñez hasta su muerte, refiriendo todos sus hechos, hasta los más insignificantes.

El último tratado tiene por título *Del canto ó de la correccion del antifonario.* Le precede una carta, que en los manuscritos se atribuye á San Bernardo, y que en efecto tiene su mismo estilo.

ARTÍCULO V.

Sermones y cartas.

Los numerosos sermones de San Bernardo se pueden dividir en sermones de tiempo, de Santos ó panegíricos, y de diversos asuntos.

1.° *Sermones de tiempo.* Entre los sermones de tiempo, tiene once de Adviento, que tratan de las diversas venidas de Jesucristo; once del Nacimiento del Salvador y su vigilia, que versan acerca de las profecías que anunciaban al Salvador, y del lugar, tiempo y otras circunstancias de su Nacimiento; tres de la Circuncision, donde se esplican los nombres de Jesus; seis de la Epifanía y su octava, que tratan de la adoracion de los Magos, del bautismo de Jesucristo, y del milagro de las bodas de Caná; uno de la Septuagésima, que trata del alma humana; siete de Cuaresma, que versan principalmente sobre el ayuno y la oracion, y ademas diez y siete sobre el salmo: *Qui habitat in adjutorio altissimi;* diez de Semana Santa, Pascua y su octava, en los que habla de la Pasion del Señor, del sacramento de la Eucaristía y de la Resurreccion del Salvador; y, por último, tiene cinco sermones de la Ascension, tres de Pentecostés, y seis de las Dominicas IV y VI despues de Pentecostés.

2.° *Sermones panegíricos.* Entre estos se cuentan tres de la Purificacion, tres de la Anunciacion, cuatro de la Asuncion, con uno de su octava; cinco de la Natividad de Nuestra Señora, y otro de las escelencias de la Madre de Dios. Tiene ademas sermones de San Pedro y San Pablo, de San Víctor, confesor; de San Benito, de San Juan, de San Miguel, de Todos los Santos, de San Malaquías, de San Martin, de San Clemente, de San Andrés, y, finalmente, seis de la Dedicacion de la Iglesia.

3.° *Sermones de asuntos diversos.* De estos tiene ciento once segun unas ediciones, y ciento veintiocho segun otras, en los cuales trata por lo regular de asuntos morales, y principalmente de la brevedad de esta vida, de la obediencia y paciencia, de la gloria, de la humildad, de los Novísimos, de la utilidad de la palabra divina, de la sumision á la divina voluntad, de la pobreza voluntaria, contra la ingratitud y contra la soberbia. No puede menos de hacerse particular mencion del sermon predicado en Veceley con motivo de la segunda Cruzada.

Aunque no puede presentarse una síntesis de los sermones de San Bernardo, por ser muy numerosos y versar acerca de muy diferentes materias, sin embargo, se observa en ellos que insiste sobre cuatro puntos principalmente, á saber: 1.°, que no estamos en nuestra patria mientras vivimos en este mundo, y que debemos, por tanto, considerarnos peregrinos en la tierra, donde debemos hacer méritos para poder llegar al cielo, que es nuestra verdadera patria; 2.°, que debemos ir siempre progresando en la virtud; 3.°, que debemos estar siempre sobre nosotros mismos, y con mucho temor de perder la gracia de Dios; y 4.°, que la ingratitud es un vicio muy repugnante, y que, por tanto, el hombre debe ser agradecido á Dios, que le ha colmado de beneficios. Estas cuatro cosas son las que inculca San Bernardo en casi todos sus sermones, de manera que en todos ellos encontraba siempre ocasion para recomendarlas, insistiendo en ellas sobremanera, sin que por eso pueda decirse que violentara los testos para ello, ni mucho menos que fuera inoportuno, sino que siempre lo hacia del modo más natural, y parecia como que la misma materia lo reclamaba. Los asuntos predilectos de San Bernardo son generalmente tiernos y afectuosos; ora habla del Nacimiento de Jesucristo y de su infancia; ora de las virtudes de la Vírgen María, ó con mayor frecuencia de la esplicacion mística del *Cantar de los Cantares*, divino epitalamio, modelo de poesía melancólica, suspiro del alma, mezclado con los terribles acentos de los Profetas y con las sublimes armonías del alma de David. Al tratar de la Vírgen, San Bernardo se eleva, se en-

grandece á nuestros ojos; amante de la poesía, parécenle frívolas las sutilezas de la escuela, y la Escritura llega á ser su única luz, la palabra divina su alimento, y su vida la meditacion; su gran poder es la palabra, y con ella hace prodigios cuando no se conocian las maravillas de la elocuencia clásica.

CARTAS DE SAN BERNARDO.

Las cartas de San Bernardo, en número de más de cuatrocientas, son muy notables, y corresponden á diversos asuntos, pudiendo dividirse en dogmáticas, morales, místicas, eucarísticas, recomendaticias y familiares.

1.° *Dogmáticas.* En ellas trata del Bautismo, de la Penitencia, del Matrimonio, de la eleccion y confirmacion de los Obispos, de la Inmaculada Concepcion de la Vírgen, y en varias de ellas refuta los errores de Pedro Abelardo y de Arnaldo de Brescia.

2.° *Morales.* En ellas se habla de la veneracion y respeto que se debe al Romano Pontífice, de la caridad, de la limosna, de la restitucion, de la amistad, de la avaricia, de los duelos, de la paz, y otros asuntos.

3.° *Místicas.* Estas versan acerca de la vocacion al estado religioso, del ingreso en la religion, del aprovechamiento de los religiosos, de la manera de elegir á los Abades y á los Prelados, de las obligaciones de estos, y, por último, de la vida que deben observar las viudas, del amor al retiro y al silencio, y de la prerogativa de la virginidad.

4.° *Eucarísticas.* En accion de gracias por algunos beneficios recibidos.

5.° *De recomendacion.* Por ellas recomienda San Bernardo, ya á algunos amigos y parientes, ya á algun pobre y desvalido, ya á algun Prelado ó religioso.

6.° *Familiares.* Están dirigidas á parientes y amigos, y versan sobre asuntos propios de esta clase de cartas.

OBRAS DUDOSAS.

Continuacion del *Cantar de los Cantares*, y algunas cartas y sermones.

ARTÍCULO VI.

Carácter y estilo de San Bernardo.

San Bernardo es uno de los personajes más esclarecidos de la Edad Media, gran columna de la Iglesia y alma de la sociedad cristiana en el siglo XII.

El trascurso de los siglos no ha sido bastante á enmudecer la voz del orador insigne de que nos ocupamos; colocado en dias calamitosos para la Iglesia, es antorcha de vivísima luz, destinada á alumbrar el sendero de la humanidad durante su vida: la cátedra sagrada resuena todos los dias con los preciosos comentarios y las sublimes meditaciones del *Doctor Melifluo*: el testimonio de los siglos añade nuevo valor á su elocuencia: sus palabras, que, como dice San Buenaventura, emanaban de su corazon, vivirán eternamente: su boca fue *vaso precioso*, segun Santo Tomás de Aquino; *boca de oro* que ha embriagado al mundo con el vino de su dulzura. Si alguno se atreviese á escribir contra San Bernardo, decia Gerson, tanto valdria como herir la pupila de los ojos de la Madre de Dios. Iniciado en los secretos del cielo, alumbra la Iglesia con una luz celestial, en opinion de Guillermo, Arzobispo de Paris. Confundió á los herejes, dice Theobaldo, atrajo á los cismáticos, destruyó los errores y reprimió las potestades.

En las importantes luchas donde San Bernardo tuvo que combatir á los personajes más elevados en dignidad, lo que guiaba, animaba y sostenia al atleta de la fe era la idea de la Iglesia una é indivisible, su autoridad sobre toda ciencia, sobre toda vida material y espiritual; esto es, la idea de la potestad del Papa, manifestacion visible y positiva de esta unidad, piedra angular del templo fundado por Jesucristo sobre la tierra. Por esta razon trabajaba con un celo infatigable en calmar los espíritus, en apaciguar las controversias, en levantar la autoridad del Soberano Pontífice, en volver á su lugar la ciencia humana desde que esta amenazaba la autoridad de la fe, y en fundar la vida cristiana entre el pueblo.

Ofrece San Bernardo la singularidad de que, viviendo en la época de los escolásticos, no tuvo los defectos de esta escuela, sabiendo romper las trabas que hubieran detenido el vuelo de su genio; imitó la marcha libre y el animado estilo de la antigüedad, distinguiéndose por la energía, la uncion y el agrado. Conocia tan perfectamente la Sagrada Escritura, que recordaba casi todos sus pasajes; y habia leido tantas veces los antiguos Padres, en especial á San Ambrosio y San Agustin, que frecuentemente adoptaba sus ideas, si bien revistiéndolas de nueva forma, hasta el punto que sus *sermones* tienen una elocuencia que agrada al entendimiento y penetra en el corazon. Sus *cartas* son notables, y responden á diversos asuntos. Entre sus *tratados* distínguese el de la *Consideracion*, dirigido al Papa Eugenio III, en el cual muestra á los Soberanos Pontífices la importancia y estension de sus deberes.

Erasmo, juez competente en materia de estilo, admira la elocuencia y adornos de San Bernardo, no menos que su modestia y erudicion. Su discurso, dice Sixto de Sena, se halla por todas partes lleno de fuego y de dulzura; encanta y abrasa; su lengua es un manantial de donde mana la leche y la miel en sus palabras, y su corazon es un horno de donde salen esos ardientes afectos que se comunican á sus lectores. San Bernardo, en sentir de Chateaubriand, reune á un gran talento una gran doctrina; brilla en la pintura de las costumbres, y tiene algo del genio de Teofrasto y La Bruyère. Leed las obras del Santo Abad de Claraval, dice Balmes, y notareis desde luego que todas las dificultades marchan, por decirlo así, hermanadas y de frente. ¿Buscais imaginacion? Allí encontrareis hermosísimos cuadros, retratos fieles, magníficas pinturas. ¿Buscais afectos? Vereisle, insinuándose sagazmente en el corazon, hechizarle, sojuzgarle, dirigirle. ¿Quereis ternura? Escuchadle hablando de la Santísima Vírgen con dulzura tan embelesante, que parece agotar todo cuanto surgir pueden de más hermoso y delicado la esperanza y el amor. ¿Quereis fuego, quereis vehemencia, quereis aquel ímpetu irresistible que allana cuanto se le opone, que exalta el ánimo, que le saca fuera de sí, que le inflama del entusiasmo más ardiente, que le arrebata por los más difíciles senderos y le lleva á las empresas más heróicas? Vedle, enardeciendo con su palabra de fuego á los pueblos, armarlos, reunirlos en numerosos ejércitos, y arrojarlos sobre el Asia, para vengar el Santo Sepulcro. A pesar de tanto calor, de tanto movimiento, nada pierde su espíritu en claridad y precision; si esplica un punto de doctrina, se distingue por su desembarazo y lucidez; si demuestra, lo hace con vigoroso rigor; si arguye, es con una lógica que estrecha, que acosa á su adversario, sin dejarle salida; y si se defiende, lo ejecuta con suma agilidad y destreza. Por último, Comin dice que San Bernardo fue el hombre eminente de su siglo. La Teología y la filosofía le cuentan en el número de sus más insignes doctores; la elocuencia le proclama uno de sus más ardientes discípulos; la Santa Sede uno de los más celosos y valentísimos campeones; la Edad Media uno de sus hombres más influyentes en la más ardua de las empresas políticas de su tiempo; las Ordenes religiosas uno de sus más esclarecidos hijos; la Iglesia uno de sus más gloriosos Santos; la civilizacion, en suma, una de sus más resplandecientes lumbreras.

CAPÍTULO V.

SAN BUENAVENTURA.

FUENTES. Las obras de este Padre.—Surio: *Vida de los Santos*, al 13 de Julio.—Enrique de Gante: *De los escritores eclesiásticos*, cap. XLVII.—Tritennio: id., cap. CDXLVI.—Juan Gerson: *Exámen de las doctrinas*, tomo I, pág. 21.—Fabricio: *Biblioteca eclesiástica*, pág. 113.

AUXILIARES. Bellarmino: *De los escritores eclesiásticos.*—Sponde, Brovio y Reinaldo, en los *Anales eclesiásticos.*—Walding: *Anales de los Menores*, tomos III y IV.—Sixto de Sena: lib. IV de la *Biblioteca santa.*—Baronio: *Anales*, al año 1221.—Natal Alej.: *Historia eclesiástica*, tomo VII, siglo XIII.—Dupin: *Biblioteca de los escritores eclesiásticos* del siglo XIII.—Héfélé, en el prefacio de una nueva edicion del *Breviloquio.*

EDICIONES. La de Roma, en ocho tomos, en el año 1588. Otra en Lyon, en siete tomos, en 1668; y otra en Venecia, en trece tomos, en 4.°, en 1751.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de San Buenaventura.

Juan Fidaenza, este es su nombre, nació en 1221 en Bagnarea, pequeño pueblo en los Estados de la Iglesia. A los cuatro años sufrió una grave enfermedad, en la que su piadosa madre le recomendó á la intercesion de San Francisco de Asís, haciendo voto, si el Señor le concedia la vida de su hijo, de consagrarle á la Religion en la Orden de los franciscanos. El niño sanó, y desde entonces quedó en relaciones con el fundador de la Orden, que le dió el honroso sobrenombre de Buenaventura, presagio de todo el bien que por él habia de suceder. Solo á la edad de veintidos años, y despues de la muerte de San Francisco, fue admitido en aquella Orden.

Buenaventura estudió durante siete años filosofía y Teología, bajo la direccion de Juan de la Rochelle, profesor de Teología en Paris, probablemente despues de haber sido discípulo del famoso Alejandro de Halés. Durante este tiempo de estudios, dió lecciones Buenaventura sobre el libro de las

Sentencias, de Pedro Lombardo, con tanto acierto, que habiendo dejado la Rochelle su cátedra en 1253, el jóven religioso fue nombrado en su lugar. La Universidad de Paris tuvo la pretension de no conceder más que una cátedra á cada una de las Ordenes de franciscanos y dominicos, y de no conferir la dignidad de doctor á ningun fraile mendicante; pero el Papa Alejandro IV protegió á estos, y la Universidad tuvo que ceder, de modo que Tomás de Aquino y Buenaventura recibieron juntos y públicamente la borla de doctores.

Guillermo de Saint-Amour, profesor de la Sorbona, escribió una especie de acta de acusacion contra los frailes, tan llena de falsedades, que el Papa Alejandro IV mandó quemar aquel libro grosero y mentiroso (1), mientras que Tomás de Aquino y Buenaventura escribian refutaciones, tan vigorosas como moderadas, de las aserciones de Guillermo, haciéndose en aquel caso notable San Buenaventura por su piedad y saber.

Las bellas cualidades de Buenaventura hicieron que fuese elegido por unanimidad del Capítulo de los franciscanos General de la Orden, á la edad de treinta y cuatro años. Restableció entre sus religiosos el órden, la union y la observancia exacta de la regla; apaciguó las querellas entre franciscanos y dominicos, y reunió varios Capítulos, ganando el afecto de todos con su virtud angelical. Su inmensa nombradía determinó á Clemente IV á proponerle, en 1265, para el arzobispado de Fork; pero fueron tantas sus súplicas para librarse de aquel cargo, que Clemente accedió á sus deseos.

A la muerte de Clemente IV, Buenaventura influyó poderosamente en la eleccion de Gregorio X, prestando con esto un gran servicio á la Iglesia, á causa de las divisiones de los Cardenales. El Papa, solo por su formal voluntad, pudo conseguir que el piadoso franciscano aceptase la dignidad de Cardenal de la Santa Iglesia, y Obispo de Ostia. Por órden del Papa se trasladó á Lyon para asistir al XIV Concilio universal; consiguió que los griegos cismáticos reconociesen solemnemente la fe católica; ayudó al Papa en la redaccion de muchos decretos, y murió el 15 de Julio de 1274, la víspera de la sesion quinta. El respeto universal que le rodeaba se manifestó altamente en sus funerales, que fueron muy solemnes. El Papa y su corte, los Prelados y Príncipes reunidos en Lyon, asistieron á estos funerales, y en la sesion siguiente el mismo Sumo Pontífice dirigió un discurso al Concilio para deplorar la gran pérdida que la Iglesia acababa de sufrir.

---

(1) Ricardo Simon: *Crítica de la biblioteca de los autores eclesiásticos.*

En 1482 Sixto IV le puso en el número de los Santos, y desde entonces se le honra como al sesto Doctor entre los de la Iglesia latina. Su cuerpo fue depositado primero en la comunidad de los religiosos de su Orden en Lyon, y trasladado despues en 1494 á la magnífica capilla de la iglesia de los franciscanos, al pie del castillo de Pierre-Encina, á orillas del Saona. En 1562 los calvinistas quemaron sus santas reliquias en la plaza pública, arrojando al agua sus cenizas. Pero aquellos pretendidos *purificadores* del cristianismo no pudieron aniquilar de la misma manera los restos espirituales del seráfico Doctor, y sus obras han continuado siendo veneradas y consultadas en la Iglesia.

ARTÍCULO II.

División de las obras de San Buenaventura.—Sus obras exegéticas.

Las obras de San Buenaventura se pueden dividir en exegéticas, teológicas ó dogmáticas, morales, místicas y sermones.

OBRAS EXEGÉTICAS.

1.ª *El principio de la Sagrada Escritura.* Aunque este libro no es propiamente una esposicion de la Sagrada Escritura, es, sin embargo, un acabado elogio de la misma, de la cual dice cosas admirables, y hace una victoriosa refutacion de cuatro objeciones que suelen hacerse á los libros sagrados, principalmente por su estilo, cuales son: primera, injusticia, por cuanto se dice que Dios castigará á los padres en los hijos hasta en la tercera y cuarta generacion; segunda, lenguaje vulgar y falta de elocuencia; tercera, poca decencia, por mezclar con la palabra de Dios la lepra, y hasta preceptos abominables y torpes; y cuarta, superfluidad, porque contiene cosas inútiles. Estas cuatro objeciones son refutadas victoriosamente por San Buenaventura, y entre otras cosas que dice de la Sagrada Escritura, afirma que el Nuevo Testamento no es otra cosa que el Antiguo, espuesto espiritualmente, estando aquel en este contenido, como un círculo en otro círculo.

2.ª *Iluminaciones de la Iglesia en el Exameron.* San Buenaventura espone en esta obra, en veinte y tres sermones, el cap. I del *Genesis*, en el que se refiere la obra de la creacion en seis dias, de cuyo número viene la palabra griega *hexameron*. Primeramente, en los tres primeros sermo-

nes, que sirven como de prenotandos, y que todos tres comienzan con estas palabras: *In medio Ecclesiæ aperuit os ejus*, esplica á quién debe el escritor referir los misterios de la creacion; por dónde debe comenzar y dónde debe concluir, y, finalmente, trata tambien del don de sabiduría y de entendimiento. Despues espone el referido capítulo en los veinte sermones restantes, y comienza haciendo notar que en todos los dias, escepto el segundo, se ven repetidas estas palabras: *Vidit Deus quod bonum esset*, y por esta circunstancia, ó tal vez por ser cinco las referidas palabras, llama á este tratado: *Cinco iluminaciones ó visiones*. En estos sermones se trata del conocimiento de la verdad, de las virtudes, de la inteligencia de la Sagrada Escritura, de sus misterios y frutos saludables, y de otras muchas cosas útiles y santas.

3.ª *Esposicion de los salmos* (1). Esta esposicion está nutrida de abundante y santa doctrina, con la que pueden refutarse fácilmente todas las herejías, y son muy abundantes los parajes en que se escita á los fieles á la meditacion de la ley divina y al deseo de la devocion.

4.ª *Esposicion del Ecclesiastes*. A esta precede un prólogo, en el que diserta acerca del amor, de la bienaventuranza y de la paz que no puede dar el mundo. Despues trata de la vanidad, y por último resuelve algunas objeciones que se hacen á este libro, espone su materia y dice quién fue su autor. A continuacion entra en la esposicion, la cual está llena de erudicion y de importantes sentencias, como todas las esposiciones de tan gran Doctor.

5.ª *Esposicion del libro de la Sabiduría*. Esta es una esplicacion del referido libro, sirviéndose para ello de la autoridad de las divinas letras y de la doctrina de los Santos Padres. En esta esplicacion prueba que los preceptos de la ley divina son en estremo saludables. A esta esposicion precede tambien un prólogo para esplicar quién fué el autor del libro de la *Sabiduría*, y el fin que se propuso al escribirlo.

6.ª *Esposicion de las lamentaciones de Jeremías*. En el prólogo prepara al lector para que siga con fruto y entienda el sentido místico que va á dar á las palabras de Jeremías. Despues procede á la esposicion, la cual no se limita tan solo al sentido místico, sino que se estiende tambien al literal y alegórico.

7.ª *Esposicion del cap.* VI *del Evangelio de San Mateo*. El cap. VI del Evangelio de San Mateo contiene la oracion

(1) Acerca de esta obra dice Tritennio que muchos enseñaron ó predicaron doctrina, otros muchos la devocion; pero que pocos, escribiendo libros, enseñaron ambas cosas, como lo hizo San Buenaventura.

dominical, la cual espone San Buenaventura, y dice que esta oracion es privilegiada en tres cosas: primera, en la dignidad, porque fue compuesta por Cristo; segunda, en la brevedad para aprenderla, retenerla y decirla; y tercera, en la fecundidad, porque contiene todas las peticiones necesarias para esta y la otra vida. Esplica ademas la palabra *Amen*, la cual, dice, se usa en la Sagrada Escritura como nombre, como verbo y como adverbio, y para probarlo aduce ejemplos de los tres casos.

8.ª *Esposicion del Evangelio de San Lúcas.* En el prólogo dice que este Evangelio tiene cuatro partes: en la primera trata del misterio de la Encarnacion, hasta el cap. IV; en la segunda, del magisterio de la predicacion, hasta el XXII; en la tercera, de la Pasion, hasta el XXIV; y en la cuarta, de la Resurreccion, hasta el fin del libro. Despues hace la esposicion en el sentido literal, místico y alegórico.

9.ª *Esposicion del Evangelio de San Juan.* Dos son los libros de esta esposicion. El uno titulado *Esposicion postilla*, esto es, despues de aquella, tiene por objeto esplicar el sentido literal y espiritual de todo el Evangelio de San Juan. El otro, llamado *Colaciones predicables*, compuestas en obsequio de los jóvenes, es una coleccion de sentencias escogidas por San Buenaventura de todo el Evangelio de San Juan, con su correspondiente esposicion, para que puedan servirse de ellas los predicadores jóvenes.

ARTÍCULO III.

Obras dogmático-teológicas.

1.ª *Reduccion de las artes á la Teología.* Este opúsculo puede considerarse dividido en dos partes. En la primera comienza San Buenaventura afirmando que toda ciencia viene de Dios, que es Padre de las luces, apoyándose para esto en el testo de Santiago (1), que dice: *Omne datum optimum et omne donum perfectum de sursum est descendens à Patre luminum.* En seguida reduce á cuatro las clases de conocimientos, á saber: conocimiento de las artes mecánicas, conocimiento sensitivo, filosófico, y teológico. Estos conocimientos los subdivide á la vez en otros, haciendo de todas las artes y ciencias una enumeracion tan completa, que no puede decirse que falte alguna, ni que sobre. En la que puede considerarse segunda parte, demuestra que todas las artes y ciencias son súbditas y sirvientes de la Teología,

(1) Cap. I, vers. 17.

pues esta es señora de todas, sirviéndole de inconmovible base la infalible razon de Dios. Siendo, pues, la Teología la fuente de todo conocimiento, y teniendo esta por fundamento y tendencia la caridad, se sigue que todo conocimiento debe tener este mismo fundamento y esta misma tendencia, para que dé frutos saludables, cuales son: una fe sólida, la honra de Dios, la reforma de las costumbres, y el consuelo del género humano por la union de este con Dios por medio de la caridad.

2.ª *El Breviloquio.* Este tratado fue llamado así por San Buenaventura, porque en él espone sumaria y brevemente la institucion de la Teología y sus preceptos. Á este tratado precede un preámbulo, en el que el Santo trata del orígen, progreso, estado, estension y sublimidad de la Santa Escritura, y la manera de interpretarla. El tratado está dividido en siete partes.

La primera, que está dedicada á tratar de la Trinidad y unidad de Dios, abraza nueve capítulos.

La segunda parte, consagrada á tratar de Dios como Criador, comprende doce capítulos, en los que, principiando por la creacion del mundo, concluye hablando del alma y el cuerpo humano, y el paraiso. El doce es como un epílogo ó resúmen de cuanto ha tratado en esta segunda parte, y en él demuestra que este mundo es un libro, en el cual puede ver el hombre la sabiduría y poder de Dios, y las relaciones estremas de las criaturas con su Criador.

La tercera parte abraza once capítulos, y en ellos habla del pecado, tanto original como de los personales y capitales.

La cuarta parte es de la Encarnacion, y consta de diez capítulos, en los que espone, no solo esta, sino los méritos y Pasion de Cristo.

La quinta parte, que es de la gracia, tiene diez capítulos. En ellos trata de la gracia, como necesaria para merecer, en cuanto es el remedio del pecado, y ademas de la justificacion y de las cosas que para ella son necesarias; de las virtudes, de los dones del Espíritu Santo, y de las bienaventuranzas, considerándolas con relacion á la gracia; de la fe, de la caridad, considerándolas tambien con relacion á la gracia; de los preceptos, de la oracion mental y bocal, de la invocacion de los Santos, y de las siete peticiones de la oracion dominical.

La sesta parte, que contiene el tratado de los Sacramentos, tiene trece capítulos. En los seis primeros trata del orígen de los Sacramentos en general. Los siete restantes los dedica á tratar de cada uno de los Sacramentos en particular.

La sétima y última parte del *Breviloquio* tiene siete capítulos, y se titula *Del juicio final*. En ellos trata de la necesidad de un juicio universal; del purgatorio; de los sufragios de la Iglesia por los difuntos; las señales que han de preceder al juicio; la resurreccion de la càrne; del infierno, y de la gloria.

3.ª *El Centiloquio*. Esta obra es un compendio de Teología, en el que se espone, en cien cortas secciones, distribuidas en cuatro partes, la misma doctrina que se halla contenida en el *Breviloquio;* de manera que la primera y segunda parte del *Centiloquio* corresponden á la tercera y parte de la sétima del *Breviloquio;* la tercera, á la primera, segunda, cuarta, quinta y sesta; y la cuarta, á lo restante de la sétima. A la obra precede un prólogo, en el cual, despues de esponer los diversos sentidos en que puede entenderse la Sagrada Escritura, descubre el autor su intencion al escribir este libro, que era el que pudiese servir de manual á los que comenzaban el estudio de la Teología; manifiesta tambien la razon por qué dió á esta obra el nombre de *Centiloquio*, que no fue otra sino el constar de cien secciones; y, por último, indica y anuncia las materias de que va á ocuparse en cada una de las cuatro partes, á saber: en la primera, del mal considerado como culpa; en la segunda, del mal considerado como pena; en la tercera, del bien de gracia, y en la cuarta, del bien de gloria.

La primera parte abraza treinta y tres secciones.

La segunda parte solo tiene siete secciones.

La tercera parte comprende cincuenta y siete secciones.

La cuarta y última parte no tiene más que tres secciones, y en ellas trata del premio que se ha de dar á los buenos, que es la gloria eterna.

4.ª *Pharetra ó aljaba*. En el prólogo de esta obra manifiesta San Buenaventura que la razon que le impulsó á escribirla fue, que habiendo observado que muchos de los ejemplares de las obras de los Padres estaban adulterados, resolvió recurrir á los originales, y estractar de ellos, libres de todo error, los más grandes pensamientos relativos á diferentes materias. Hace despues la division de la obra en cuatro libros, y añade que cada uno consta de cincuenta capítulos, porque el número cincuenta es figurativo del jubileo; y por último, espone la razon del título de la obra, y dice que la llama *Pharetra* porque así como en la *pharetra*, que significa *aljaba*, se contienen los dardos con que se hiere y derriba al enemigo, así tambien en esta obra se contienen las armas, ó sea las autoridades y testos más dignos de fe, con los cuales podemos derribar á los enemigos de nuestra Religion. A continuacion del prólogo enumera las obras que ha

consultado, que son: las de San Gregorio, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo, San Isidoro, San Cipriano, San Agustin, San Anselmo, San Bernardo, Casiodoro y Séneca. El libro I se titula *De la variedad de las personas*; y efectivamente, espone cuanto se ha dicho por los autores que ha consultado acerca de toda clase de personas, á saber: de Dios, de Cristo, de la Vírgen, de los ángeles, del hombre, de la mujer, de los cristianos, de los Prelados, de los súbditos, de los predicadores y no predicadores, de los oyentes, de los Obispos, sacerdotes, clérigos, beneficiados, de los ambiciosos, de los abogados, de los religiosos, monges, novicios, vírgenes, viudas, casados, pobres, ricos, jueces, nobles, soldados, comerciantes y demonios. En el libro II trata de todos los principales vicios y virtudes. En el III, de las cosas peligrosas, esto es, de aquellas que, ó debemos evitar, ó de las que no debemos abusar. En el IV trata de aquellas cosas que nos han sido concedidas gratuitamente por Dios, esto es: de la inocencia, humildad, fervor, consuelo, sabiduría, etc.

5.ª *Declaracion de los términos de la Teología.* En este pequeño opúsculo esplica el autor con lucidez y claridad los términos que suelen usarse en las cátedras de Teología, con el objeto de que nadie caiga en error, ó por ignorarlos, ó por darles una mala interpretacion. Todo cuanto en este opúsculo se contiene lo habia tratado ya San Buenaventura en su *Breviloquio* en el mismo órden, pero mucho más difusamente; de suerte que este tratado, más bien que una esposicion de términos teológicos, es un reducidísimo compendio de toda la Teología, mucho más breve que el mismo *Breviloquio*, pero en el que se halla condensado todo cuanto este contiene.

6.ª *Principio compendioso de los libros de las sentencias.* En este pequeño opúsculo reune San Buenaventura, de una manera breve y muy artificiosa, todas las materias contenidas en los libros de las sentencias, valiéndose para ello de estas palabras del *Ecclesiastes* (1): *Gyrum cœli circuivi sola*, etc.; así es que por medio de una bonita paráfrasis de estas palabras va esponiendo brevísimamente las materias de que trata cada uno de los cuatro libros de las sentencias.

7.ª *Sentencias de las sentencias.* Esta obra se llama así porque contiene en sentencias breves todo lo contenido en los cuatro libros del Maestro de las Sentencias. Las sentencias están puestas en verso, siguiendo el mismo órden que el Maestro en sus distinciones, pero omitiendo aquellas que no hayan sido aprobadas por el unánime consentimiento de

(1) Cap. XXIV, vers. 8.º

las escuelas. Tiene un prólogo, tambien en verso, en el cual, comparando cada uno de los cuatro libros del Maestro de las Sentencias con otros tantos animales, espone, por medio de un ingenioso artificio, las materias que cada uno contiene.

El libro I lo compara San Buenaventura con el águila, porque en él se remonta el autor á darnos noticias de Dios, Uno y Trino.

El libro II es comparado con el hombre, porque trata de las criaturas, y todas ellas tienen algo de comun con el hombre, pues no en vano se le ha llamado pequeño mundo.

El libro III está significado por un novillo, con cuya sangre es rociado el hombre, y por este medio es vivificado, por cuanto trata de la Encarnacion, que fue el principio de la redencion del hombre, por medio de la sangre de Cristo.

Por fin, el libro IV está simbolizado por el leon de Judá, porque trata de los Sacramentos, y el poderoso rugido de los Sacramentos de la ley de gracia hizo temblar y estremecerse al mundo, produciendo su reconciliacion con Dios.

8.ª *Comentarios á los cuatro libros del Maestro de las Sentencias.* Son una esposicion estensa de mucho mérito, y encomiada por los sabios. Primeramente San Buenaventura copia el testo literal del Maestro de las Sentencias, distincion por distincion; á continuacion lo espone; despues presenta algunas dudas contra la manera que ha tenido de espresarse el Maestro de las Sentencias, las cuales resuelve; luego, bajo el título de *Cuestiones*, defiende la doctrina espuesta por el Maestro, opone algunas objeciones, y finalmente, con el título de *Conclusiones*, resuelve las objeciones que ha presentado en las cuestiones.

Esta obra colmó de gloria científica al autor; y en verdad es de tal importancia, que durante algun tiempo fue más consultada que ninguna otra, pues en cualquiera duda, ó caso arduo y de difícil esplicacion, luego se recurria á los *Comentarios* de San Buenaventura en los libros de las sentencias.

ARTÍCULO IV.

Obras morales y místicas.

1.ª *De las cuatro virtudes cardinales.* En este pequeño opúsculo esplica San Buenaventura la razon por qué á estas cuatro virtudes se las llama *cardinales*. Espone su objeto, sus grados y sus diversos estados, segun los cuales toman diferentes nombres.

2.ª *De los siete dones del Espíritu Santo.* En esta obra San Buenaventura trata primero de los dones del Espíritu Santo en general, en seis capítulos, y en ellos esplica qué cosa sean estos dones, por qué son siete, en qué se diferencian de los demas dones, qué utilidad reportan, quiénes son capaces de recibirlos, y cómo se alcanzan. Despues trata de los siete dones en particular, dedicando á cada uno de ellos varios capítulos, en los que da su definicion, esplica cómo se introducen en el alma, y los efectos que causan.

3.ª *De la resurreccion del hombre del pecado á la gracia.* En este opúsculo trata San Buenaventura con brevedad, pero muy sabiamente, la materia de la gracia. Lo divide en tres partes.

En la primera espone la division de la gracia, que, aunque es una, puede considerarse de diferentes maneras, y en seguida esplica cada uno de los miembros de la division.

En la segunda, que trata de la resurreccion del hombre de la culpa, demuestra que sin la gracia no puede el hombre salir del pecado, ni vencer á su enemigo, ni resistir las tentaciones.

En la tercera, que trata de la resurreccion del hombre á la gracia, examina las tres cuestiones siguientes: 1.ª Si el hombre puede disponerse para recibir la gracia santificante sin una gracia especial, *gratis data*. 2.ª Si el hombre puede obrar el bien sin la gracia. Y 3.ª Si puede el hombre sin la gracia observar los mandamientos.

4.ª *De las tres ternas del pecado.* Esta obra contiene ocho capítulos: en el 1 dice San Buenaventura que son tres las ternas de los pecados, á saber: 1.ª Pecado original, mortal y venial, á los cuales se reducen todos los pecados. 2.ª Pecado de pensamiento, palabra y obra, que es como se cometen todos los pecados. 3.ª Concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida, que son el orígen de todos los pecados. No obstante, San Buenaventura trata tan solo de la primera en los ocho capítulos de que consta la obra, lo cual prueba que está incompleta.

5.ª *Dieta ó camino de salud.* En el prólogo de esta obra dice el autor que el camino de la salvacion tiene nueve jornadas, á saber: 1.ª Del pecado á la penitencia. 2.ª De la penitencia á los preceptos. 3.ª De los preceptos á los consejos. 4.ª De los consejos á las virtudes. 5.ª De las virtudes á los dones del Espíritu Santo. 6.ª De los dones á las bienaventuranzas. 7.ª De las bienaventuranzas á los frutos. 8.ª De los frutos al juicio. Y 9.ª Del juicio al cielo.

No obstante ser nueve estas jornadas, son, sin embargo, diez los títulos en que se divide la obra, y la razon es porque, tratando la última jornada del juicio, hay que añadir un

título más, que trate del resultado del juicio, esto es, del infierno y de la gloria.

Esta obra concluye con un apéndice, en el cual se hace aplicacion de las materias contenidas en toda la obra á determinados temas, para que los predicadores puedan servirse de ellas en sus sermones.

6.ª *Meditaciones de la vida de Cristo.* Esta obra se dice que fue dirigida por San Buenaventura á una hija espiritual cuyo nombre se ignora. Contiene cien capítulos y un prólogo. En este recomienda la meditacion de la vida, pasion y muerte de Jesucristo, como que es muy provechosa para las almas. Aduce, como modelos de los que meditaron frecuentemente sobre la vida del Salvador, á San Francisco y á Santa Cecilia, de la cual se dice que llevaba siempre escondido en el pecho el Evangelio de Cristo; lo que significa, segun San Buenaventura, que continuamente estaba meditando sobre la vida del Redentor de los hombres.

En los primeros capítulos representa á los ángeles interpediendo, cerca del Trono de Dios, por el hombre caido. Con este motivo se entabla una lucha ante el divino tribunal entre la misericordia de Dios por una parte, y por otra su justicia; pero encontrado el medio de redimir al hombre sin que se menoscabe la divina justicia, esta queda abrazada con la misericordia. Despues pasa el Santo á referir la vida de María Santísima, la Encarnacion, la Visitacion y todos los sucesos acaecidos hasta el nacimiento de Jesucristo. Luego relata la vida entera del Salvador con sus más minuciosos detalles, juntamente con su pasion y muerte, resurreccion y ascension á los cielos, y la mision del Espíritu Santo. Pero no se crea por esto que esta obra sea una historia solamente de los sucesos que refiere, sino que ademas entrelaza, ó, mejor, saca de estos sucesos tan magníficas y escelentes meditaciones, que serán sobremanera útiles al que quiera aprovecharse de ellas. El lenguaje en esta obra es regularmente sencillo, y no pocas veces elegante. El estilo tiene rasgos sublimes, pero siempre habla con tanta uncion, al par que con tan insinuante dulzura, que sus palabras penetran hasta el fondo del corazon, y bien pudiera decirse que esta es una de las mejores obras de San Buenaventura.

7.ª *El árbol de la vida.* Con el objeto de que la vida, pasion y glorificacion de Jesucristo permaneciesen siempre presentes en la mente del cristiano, dibujó San Buenaventura un árbol con doce ramas, con abundantes flores y frutos, adornado á semejanza del misterioso árbol de la vida de que habla San Juan en el *Apocalipsis*, XXII: *Fructum duodenum affert*, etc. De cada rama penden varios frutos, y en

cada uno de ellos hay escrita una breve sentencia, referente á algun pasaje de la vida del Salvador. Pues bien: para esplicar lo que ese árbol significa, escribió San Buenaventura este opúsculo, titulado tambien *Arbol de la vida*. En su prólogo hace el elogio de este árbol y de sus frutos; dice el por qué está dividido en doce ramas, y qué representa cada una. Lo restante del opúsculo está destinado á ampliar cada una de las sentencias que están escritas en los frutos, y sacar despues algunas consideraciones muy útiles para todos los cristianos. Ya se ve, pues, que este opúsculo es muy parecido á la obra anterior; y con decir que está escrito con la misma habilidad, no es necesario más para encarecer su bondad.

8.ª *De las cinco festividades del Niño Jesus*. En el prólogo de este opúsculo enseña San Buenaventura que la contemplacion del Verbo encarnado deleita suavemente al alma devota, la consuela y la conforta. Despues trata de cinco festividades del Niño Jesus, que son las siguientes: De la concepcion del Niño Jesus; de su nacimiento; de su nombre; de la adoracion de los Magos, y de la presentacion en el templo. En ellas enseña con gran maestría que de las cosas temporales podemos remontarnos á la consideracion de las cosas espirituales; y que todas y cada una de las acciones de Jesucristo pueden servirnos de instruccion corporal y espiritual, temporal y eterna.

9.ª *La obra de contemplacion*. Es un *pequeño libro de meditaciones*; tal es el título que generalmente se da á este pequeño opúsculo. Contiene varias meditaciones en verso para los siete dias de la semana, y una oracion, tambien en verso, para cada dia.

10. *Elogio de la Santa Cruz*. Es una composicion en verso, ajustada á todas las reglas de la poesía, en la cual espone con maravillosa lucidez los grandes misterios de la Santa Cruz, y escita con grande energía á los cristianos á que recuerden y mediten los beneficios que debemos á Jesucristo.

11. *Filomena ó ruiseñor*. Lleva este nombre porque muchas de las cosas propias del ave llamada filomena, las aplica San Buenaventura al alma devota, la cual, arrobada en santas meditaciones, tan dulces como los deliciosos cantos del ruiseñor, contempla la vida de Jesucristo, nuestro Salvador, y los beneficios que de él hemos recibido. Este opúsculo tiene tambien la forma poética.

12. *De las siete palabras de Jesucristo en la Cruz*. Este opúsculo contiene meditaciones en verso acerca de las palabras que pronunció Jesucristo desde la Cruz, y al fin de cada meditacion hay una oracion, tambien en verso.

13. *Espejo de María Vírgen.* Espejo llama San Buenaventura á esta obra, porque en ella, como en lucidísimo espejo, se representan las gracias, virtudes y dones de María Santísima. Toda esta obra está salpicada de autoridades de los Santos Padres, escogidas con tal acierto, que aquí puede decirse se encuentra reunido todo lo mejor que sobre esta materia se ha escrito. Contiene diez y ocho lecciones. Primeramente, en el prólogo, comienza diciendo que él es muy pequeño para hablar de tan alta Señora, y ya con este motivo hace un completo elogio de María Santísima. Demuestra que en la salutacion angélica se contienen cinco alabanzas á María Santísima. Que la Vírgen estuvo exenta de todo género de pecado. Trata de las diferentes significaciones del nombre de María. Hace ver que la gracia de María Santísima es verdadera, inmensa, múltiple, y sobremanera útil. Que hay en María Santísima nueve plenitudes, que representan á los nueve coros de los ángeles. Y que es bendita en muchos conceptos, esponiendo el Ave-María.

14. *Elogio de la Bienaventurada Vírgen María.* Es una composicion en verso, dispuesto de la siguiente manera: Con cada una de las letras de que se compone la salutacion angélica comienza una estrofa de ocho versos octosílabos; de suerte que hay tantas estrofas cuantas son las letras del Ave-María, por órden riguroso. En el curso de la composicion se ven diez y nueve figuras de la Vírgen, sacadas de otros tantos testos de la Sagrada Escritura. Está, pues, la Vírgen figurada por la fuente del *Genesis* que salia de la tierra; por el árbol de la vida, presentado en medio del paraiso; por el paraiso, regado por el rio del placer; por el Arca de Noé; por el arco íris; por la escala de Jacob; por la zarza ardiendo; por el vaso en que se guardó el maná; por la vara de Aaron; por la estrella y la vara profetizadas por Balaam; por la concha de Gedeon; por el templo de Salomon; por Abigail, que puso paz entre Nabal y David; por Judit; por Ester; por la paloma con el ramo de oliva; por la vara que sostuvo la serpiente de metal en el desierto; por la puerta cerrada de Ezequiel, y por la mujer que vió San Juan en su *Apocalipsis.*

15. *Salterio menor de la Vírgen María.* Es una composicion en verso que consta de ciento cincuenta estrofas, de cuatro versos octosílabos cada una, divididos en tres grupos de cincuenta. Estos versos están de tal suerte dispuestos, que la primera estrofa tiene algo de comun con el primer salmo de David; la segunda con el segundo, y así respectivamente, hasta la última, y por eso corresponde el número de estrofas al de los salmos.

16. *Salterio de la Vírgen María.* Contiene los ciento

cincuenta salmos de David, los cánticos de Isaías, Ezequías, etc., y el *Te-Deum*, ó mejor, *Te Matrem Dei laudamus*, y el símbolo de San Atanasio, apropiando todo esto á la Vírgen María.

17. *Sermones acerca de los diez preceptos del Decálogo.* Son siete sermones sobre todo lo que se necesita saber acerca de los diez preceptos del Decálogo. En ellos enseña claramente qué es lo que se manda en los diez preceptos; qué es lo que se prohibe, cómo deben observarse, y cómo y de cuántas maneras se quebrantan.

18. *La carta que contiene veinticinco memoriales.* Esta carta, dirigida segun parece á un Obispo, es toda una regla de bien vivir para todos los cristianos. En el prólogo hace notar San Buenaventura que el negocio más importante es el de nuestra salvacion, y en el que debemos poner más ahinco. En el trascurso de la carta espone veinticinco memoriales que el cristiano debe tener siempre á su vista para conseguir más fácilmente su salvacion. En ellos nos avisa todas las cosas de que debemos apartarnos.

19. *Del régimen del alma.* Es un opúsculo dirigido á doña Blanca, Reina de España, en el que le da instrucciones saludables para conseguir la vida eterna.

20. *Fórmula de oro de los grados de las virtudes.* En este opúsculo, como lo indica su nombre, trata San Buenaventura de la subida al monte de todas las virtudes, por medio de varias escalas, que llama grados. Contiene treinta capítulos, y en cada uno de ellos trata de una virtud, lo cual puede considerarse como una escala para subir á la inmediata. Al fin del opúsculo exhorta al cristiano á que se resuelva á subir por esas escalas, y le señala el modo cómo lo conseguirá más fácilmente.

21. *De la lucha espiritual contra los siete vicios capitales.* Es un opúsculo, dividido en nueve capítulos, en los cuales trata de otros tantos vicios capitales, y de sus remedios.

22. *Espejo del alma.* Se le llama así porque, á la manera que en un espejo se representa la imágen de cada uno, del mismo modo en este tratado se ven claramente los vicios capitales y sus raices; de modo que puede servir de mucho á los que quieran examinar su conciencia, indagar los delitos cometidos y traerlos á la memoria, para referirlos en la confesion. Primeramente, en el prólogo figura un árbol, cuya raiz es la concupiscencia, el tronco el consentimiento de la voluntad, y las ramas las diversas afecciones. Despues, en tres capítulos, trata de las tres principales ramas de este árbol, á saber: la soberbia, la concupiscencia de las riquezas y la concupiscencia de la carne. Por último, el

cap. IV es un epílogo, en el que compendia brevemente toda esta materia.

23. *Confesional.* Este tratado tiene cinco capítulos. En el I, que contiene seis artículos, se enseña cómo debe portarse el confesor en el acto de la confesion. En el II, que está dividido en veinte artículos, se trata de las preguntas que deben hacerse en la confesion. El III trata, en cincuenta y nueve artículos, de las penitencias que segun los cánones deben imponerse. En el IV se esplica en tres artículos el uso que debe hacer el confesor de sus facultades. Y en el V trata en cincuenta y ocho artículos de las irregularidades y dispensas.

24. *De la preparacion para la Misa.* Consta de catorce capítulos, y en ellos trata San Buenaventura de todas aquellas cosas que son conducentes á la buena disposicion del sacerdote para celebrar, esto es: de la fe, caridad, devocion y demas cualidades que deben adornar al consagrante.

25. *De la instruccion del sacerdote para prepararse á celebrar.* Este pequeño opúsculo versa, como se ve, sobre el mismo argumento que el anterior, y trata de las cosas que se requieren en el sacerdote para que pueda celebrar.

26. *Esposicion de la Misa.* Este breve tratado, que contiene cuatro capítulos, es una esplicacion de las vestiduras sagradas, y de las diferentes partes y misterios de la Misa.

27. *De las seis alas del serafin.* En esta obra, que contiene ocho capítulos, instruye San Buenaventura á los Prelados de la Iglesia en el régimen de sus súbditos, y dice que así como los serafines están adornados de seis alas, segun Isaías, así tambien los Prelados de la Iglesia deben resplandecer en seis virtudes, que les sirvan como de alas para elevarse hasta Dios y llegar á la perfeccion que exige su cargo. Estas seis virtudes son: celo, piedad, paciencia, ejemplo de vida, discrecion, y devocion.

28. *Del desprecio del siglo.* Es un pequeño opúsculo, en el que espone consideraciones sumamente útiles para mover á los cristianos á despreciar las cosas del mundo.

29. *De los siete grados de la contemplacion.* Es tambien un pequeño opúsculo, en el que espone los diversos grados de la perfeccion, á saber: amor, uncion, éstasis, investigacion de las riquezas celestiales, gusto, descanso, y gloria.

30. *Ejercicios espirituales.* En este opúsculo propone San Buenaventura trece breves ejercicios espirituales.

31. *Hacecillo, ó pequeña coleccion de ejercicios espirituales.* Con el objeto de que los cristianos se dediquen á cosas espirituales, movidos, ya por temor, ya por amor, el autor propone en este tratado, que se compone de ocho capítulos, algunas cosas para que sean meditadas, cuales son: la me-

moria de los pecados, la memoria de la muerte, del juicio final, de las penas del infierno, de la gloria y de los beneficios de Dios.

32. *La Pasion de Cristo.* Este pequeño opúsculo contiene siete cortas meditaciones de la Pasion y Resurreccion de Jesucristo.

33. *Soliloquio acerca de cuatro ejercicios mentales.* Consta de cuatro capítulos, y á pesar de llevar el nombre de soliloquio, puede más bien llamarse diálogo, porque en él figura el hombre conversando con su propia alma. Se reduce á exhortar á los cristianos á que por medio de la contemplacion desprecien los bienes terrenos y aspiren á los celestiales.

34. *Itinerario del alma hácia Dios.* En este opúsculo, que tiene siete capítulos, señala San Buenaventura el camino que debe seguir el alma para elevarse hasta su Criador.

35. *De los siete caminos de la eternidad.* En esta obra esplica San Buenaventura con mucha estension los siete caminos que hay para llegar á la gloria, que son: recta intencion, meditacion, contemplacion, amor, revelacion, conocimiento esperimental de las cosas eternas, y buenas obras.

36. *Incendio de amor.* En esta obra trata, en tres capítulos, de la oracion, meditacion y contemplacion.

37. *Estímulo de amor.* Esta obra está dividida en tres partes: en la primera, que contiene quince capítulos, se trata de la gloriosa Pasion de Jesucristo, esto es, se esplica el modo de meditar en la pasion, se demuestra su utilidad, y se exhorta al cristiano á abrazarse gustoso con la Cruz de Jesucristo. En la segunda parte, que abraza diez y siete capítulos, se esplica cómo el hombre puede adelantar en el servicio de Dios, los deberes del mismo para con el Criador, para consigo mismo y para con el prójimo, y otras muchas cosas, acerca de las que el hombre debe meditar. Por último, en la tercera, que comprende veinte capítulos, se trata de aquellas cosas que pueden conducir al hombre al reposo de la contemplacion; de cuán glorioso sea para el hombre el convertirse á Dios; de cómo debe hacerse esta conversion, y, finalmente, de otras cosas útiles y necesarias á la salvacion del hombre.

38. *Amatorio.* En este opúsculo se inculca la necesidad de que el hombre ame á su Dios.

39. *De la gerarquía eclesiástica.* Esta obra está dividida en cuatro partes. En la primera trata, en cuatro capítulos, de los Angeles, Serafines, Querubines y Tronos. En la segunda, en tres capítulos, de las Dominaciones, Virtudes y Potestades. En la tercera de los Principados, Arcángeles y Angeles, en otros tres capítulos. En la cuarta, que contiene siete ca-

pítulos, trata de aquellas cosas á las que se aplica el nombre de cielo. Segun San Buenaventura, con el nombre de cielo se significan los ángeles, los Apóstoles, la autoridad de los Prelados, los religiosos, los doctores, etc.; y en estos siete capítulos esplica ademas la relacion ó semejanza que hay entre estos nombres y el cielo.

40. *Historia de San Francisco.* Contiene quince capítulos, en los que espone toda la vida de San Francisco, y al final refiere un gran número de milagros del mismo Santo.

41. *Esposicion de la regla de los hermanos menores.* Consta de doce capítulos, en los que, por medio de una continuada paráfrasis, comenta y esplica toda la regla de los hermanos menores, enseñando de paso á Prelados y súbditos lo que deben hacer para observarla.

42. *Solucion de varias cuestiones acerca de la regla de San Francisco.* En esta obra se resuelven veintisiete cuestiones, que son como respuestas á otras tantas objeciones que se hacian contra los religiosos, especialmente contra los hermanos menores.

43. *¿Por qué los hermanos menores predican y confiesan?* En este opúsculo San Buenaventura, al contestar á esta objecion que se hacia á los hermanos menores, espone una utilísima doctrina acerca del sacramento de la Penitencia, especialmente con respecto al ministro.

44. *Apologético contra los adversarios de los hermanos menores.* Este folleto contiene veintidos respuestas á otras tantas objeciones que se hacian á los hermanos menores.

45. *Tres cuestiones.* Aquí contesta San Buenaventura á tres preguntas que se le habian hecho acerca de la pobreza, trabajo de manos y estudio de maestros y discípulos en la Orden de San Francisco.

46. *De la pobreza de Cristo.* Este tratado versa sobre dos cuestiones: la una sobre la pobreza, dividida en dos artículos; y la otra sobre si los pobres, especialmente los religiosos, están obligados al trabajo de manos.

47. *De las sandalias de los Apóstoles.* Este opúsculo trata del calzado que usaron, así Jesucristo como sus Apóstoles y discípulos.

48. *Apología de los pobres.* Consta de cuatro respuestas de San Buenaventura á Gerardo de Abreville, calumniador de la regla de San Francisco, á quien refuta sin nombrarle. Cada respuesta consta á su vez de tres capítulos; de manera que toda la apología está dividida en doce capítulos. En ellos demuestra San Buenaventura la escelencia, mérito y utilidad de la pobreza, y que la regla de San Francisco es meritoria y agradable á Dios.

49. *Carta á cierto provincial.* En ella aconseja San Bue-

naventura á los hermanos de su Orden que se guarden de la locuacidad, de las disputas, de la suntuosidad de los edificios, libros, vestidos, comida, etc.

50. *Carta sobre la reforma de los hermanos de su Orden.* En esta carta espone San Buenaventura las causas que, á su juicio, han promovido la relajacion en los hermanos de su Orden, y aconseja á los provinciales que pongan remedio, imponiendo castigos á los que quebranten la regla.

51. *Biblia de los pobres.* Esta magnífica obra consta de ciento treinta y cuatro capítulos, y cada uno de ellos lleva por encabezamiento una materia determinada. En cada capítulo se alegan los principales testos de la Sagrada Escritura que versan acerca de aquellas materias que encabezan al capítulo; de suerte que siendo ciento treinta y cuatro los capítulos de la obra, son otras tantas las materias sobre que se alegan innumerables testos de la Escritura. Como se ve, esta obra es muy útil á los predicadores, para cuyo uso la escribió San Buenaventura, teniendo ademas al principio un índice alfabético de todas las materias que contiene.

52. *Alfabeto de los religiosos.* Este opúsculo contiene tantas breves lecciones ó consejos dirigidos á los religiosos, cuantas son las letras del alfabeto, comenzando cada uno de ellos por una letra del alfabeto, guardando el órden del mismo. A continuacion hay otro para los novicios en la misma forma, pero más breve y en verso.

53. *Ocho colaciones.* Son como meditaciones para los religiosos.

54. *Espejo de disciplina á los novicios.* Esta obra está dividida en dos partes. La primera contiene treinta y dos capítulos, y en ellos enseña San Buenaventura á los novicios cómo deben conducirse en todas las circunstancias de su noviciado. La segunda es una especie de epílogo de la primera, y abraza seis capítulos, en los que esplica á los novicios sus deberes para con Dios, para consigo mismos, y para con el prójimo.

55. *Del aprovechamiento de los religiosos.* Esta obra está dividida en dos libros, de los que el primero abraza treinta y nueve y el segundo setenta y ocho capítulos. Su objeto es inculcar á los religiosos la necesidad de progresar cada dia más en la virtud, y esplica el modo de conseguirlo.

56. *De la instruccion de los novicios.* Este libro consta de catorce capítulos, y es como un breve compendio de todo cuanto habia escrito en los opúsculos anteriores acerca de esta materia.

57. *Remedio de los defectos del religioso.* Es tambien un brevísimo compendio de algunas de las cosas que habia escrito en la obra titulada *Estímulo de amor.*

58. *De la perfeccion de la vida.* En este opúsculo, que consta de ocho capítulos, instruye á sus hermanos en aquellas cosas, por medio de las que pueden llegar á una vida perfecta, á saber: en el conocimiento de sí mismo, en la humildad, pobreza, silencio, modo de orar, etc.

ARTÍCULO V.

Sermones, obras dudosas, y carácter de San Buenaventura.

SERMONES.

Los sermones de San Buenaventura pueden dividirse en dos clases, á saber: *De tempore* y *De Sanctis.* De los primeros tiene veintiuno de Adviento; diez y siete de Natividad y su octava; cuatro de la Circuncision; cuatro de la Epifanía; diez y seis de las Dominicas despues de Epifanía; doce de Septuagésima, Sexagéxima y Quincuagésima; cincuenta y dos de Cuaresma; veintiocho de las Dominicas y Ferias despues de Pascua; diez de rogativas; siete de la Ascension y su octava; veinte de Pentecostés y su octava; cuatro de la Trinidad y noventa y tres de las Dominicas despues de Pentecostés. A la segunda clase pertenecen: los de la Cruz, de San Juan Bautista, de San Pedro y San Pablo, San Andrés, Santo Tomás, San Matías, San Márcos, Santos Felipe y Santiago, San Bartolomé, San Mateo, Santos Simon y Judas, San Miguel, San Nicolás, San Ambrosio, Santa Lucía, Santa Inés, Santa Agueda, San Gregorio, Papa, Santa María Magdalena, San Lorenzo, San Martin, Santa Isabel, Santa Cecilia, Santa Catalina; de la fiesta de Todos los Santos, de las almas, y de la Dedicacion de la Iglesia. Tiene ademas sermones comunes para Apóstoles, Evangelistas, Mártires, Confesores, Doctores, Vírgenes, para Angeles, y para la Dedicacion.

DUDOSAS.

Las obras de dudosa autenticidad son las siguientes: un pequeño opúsculo, titulado *Suma de la esencia, invisibilidad é inmensidad de Dios;* otro, titulado *Alano, ó de las seis alas del querubin*, que trata de la confesion; un tratado con veintiun capítulos, y cuyo título *Del modo de confesarse y de la pureza de conciencia*, indica ya la materia de que trata; otro titulado *Mística Teología*; otro de Teología, que consta de siete libros, y que se titula: *Compendio de la verdad teológica.* El primer libro de esta obra trata en treinta y cuatro capítulos de Dios, Uno y Trino; el II, en sesenta y seis capítulos, de Dios Creador; el III, en treinta y tres, de los peca-

dos; el IV, en veintiseis, de la Encarnacion; el V, en setenta, de la gracia; el VI, en treinta y ocho, de los Sacramentos; y el VII, en treinta y uno, del juicio.

CARÁCTER.

Este Santo Doctor, dotado de gran ingenio, prefirió al método dialéctico el de la intuicion. Tomó por punto de partida el pecado original, que quitó al hombre la perfecta contemplacion de Dios, para lo cual habia sido creado, y le indujo á la ignorancia: esta no se vence con la cultura intelectual, sino con restablecer la pureza del corazon. Reflexionando sobre el serafin de seis alas que se apareció á San Francisco, dedujo que el hombre se eleva por seis caminos á Dios y á la paz mediante el éstasis de la sabiduría cristiana. Instruido ademas San Buenaventura en todos los conocimientos de su época, y con sumision é independencia, prudente valuacion de las fuerzas relativas de la creencia y del entendimiento, trató de conciliar á Aristóteles con los alejandrinos, y de dirigir á estos, á aquel y á los árabes, no á curiosos argumentos, sino á cuestiones importantes, y á fin de armonizar las opiniones divergentes. Mientras que los metafísicos y especulativos empiezan por lo comun negando toda certidumbre á la esperiencia y toda actividad al entendimiento, San Buenaventura se empeñó en restablecer la fuerza de la razon, enseñando que Dios depositó las premisas en el entendimiento, formándolo de modo que no pueda negar las consecuencias.

Este Santo Doctor, uniendo una piedad profunda á una ciencia vasta y sólida, ofrece á la vez el tipo de una devocion sincera y de una erudicion inmensa. Esta produjo la escolástica; aquella engendró la mística, ciencia profunda é imperiosa de las almas contemplativas, que ven á Dios en el espejo de la naturaleza, y que, elevándose de grado en grado por las vias luminosas de la oracion y de la vida interior, tiene solo el amor divino por único móvil de su actividad, por único objeto de su pensamiento y término de su voluntad. La Edad Media es una época de escolástica erudita y de ardiente mística, y San Buenaventura es á la vez místico sabio y verdadero, y escolástico piadoso é inteligente, por lo cual ofrece la representacion genuina de ella.

El Seráfico Doctor tiene ademas espresiones vivas y suavidad en la diccion: Trithemio dice que era profundo, no locuaz; sutil, no curioso; elocuente, no vano, y lleno de ardor sin hinchazon.

CAPÍTULO VI.

SANTO TOMÁS DE AQUINO.

FUENTES. Las obras de este Padre.—Los Bolandos, en las *Actas de los Santos*, al dia 7 de Marzo, en donde se encuentra la *Vida de Santo Tomás*, escrita por Guillermo de Thoco; y Surio, en la *Vida de los Santos*, al mismo dia.—Echard: *Escritores de la Orden de Predicadores*.—Sixto de Sena, libro IV de su *Biblioteca santa*.—Ptolomeo de Luca: *Historia eclesiástica*.

AUXILIARES. Bellarmino: *De escritores eclesiásticos*.—Feigerlet: *Historia de la vida de Santo Tomás*.—Natal Alejandro: *Historia eclesiástica*, tomo VII, siglo XIII.—Baronio: *Anales*, al año 1225.—Buenaventura Argonense, en su *Método de leer los Santos Padres*.—Oudin: *Comentario de los escritores eclesiásticos*, tomo III.—Dupin: *Biblioteca de los escritores eclesiásticos* del siglo XIII.—Los estractos de Moeller, y todos los escritores católicos contemporáneos, desde Balmes hasta el P. Ceferino Gonzalez.

EDICIONES. Las de Justiniano y Enriquez en Roma, 1570, diez y siete tomos en folio.—La de Antuerpia, 1617, diez y ocho tomos en folio.—La de Paris, 1660, veintitres tomos en folio.—La de Viena, 1745, en veintiocho tomos en 4.°

ARTÍCULO PRIMERO.

Vida de Santo Tomás.

Nació Santo Tomás el año 1225 en el castillo de Rocca-Seca, cerca de Aquino, en el reino de Nápoles. Su padre fue Landulfo, conde de Aquino, y su madre Teodora, hija de un conde oriundo de Normandía. A la edad de cinco años entró Santo Tomás en el monasterio de Monte-Casino, para recibir en él su primera educacion. Cinco años despues fue enviado á Nápoles, y, no obstante su tierna edad, comenzó á dar pruebas inequívocas de su vocacion al estado religioso. Para impedir la realizacion de sus deseos, su madre lo tuvo un año entero encerrado en una verdadera prision. Sus

hermanos lo trataban mal, y todas las personas que le rodeaban hacian increibles esfuerzos por disuadirlo de su intento y mantenerlo en el siglo. Su familia, con el fin de ladear la vocacion del santo niño, despertando en él malas pasiones, permitió que penetrara en su habitacion una jóven impúdica, deshonesta en su traje y sin recato ninguno en sus palabras. Santo Tomás la miró con horror, y la alejó de sí, lanzándole un tizon encendido, que fue lo primero que encontró á la mano. A vista de esta resolucion, desaparecieron todos los obstáculos de su familia, y se le abrieron las puertas del convento. Entró en la Orden de Santo Domingo, é hizo sus estudios en Colonia, bajo la direccion de San Alberto el Grande.

A causa de su profunda humildad, parecia taciturno, y aun tímido. Como hablaba muy poco, sus condiscípulos empezaron á llamarle el *buey mudo*. San Alberto, que habia comprendido ya la verdadera razon del silencio de Santo Tomás, al tener noticia del nombre que le imponian, esclamó: «Llamais á Tomás el buey mudo; pero os anuncio que algun dia los mugidos de su doctrina se oirán en todo el mundo.» Varió desde entonces la opinion de los condiscípulos, pero no la conducta de Tomás, continuando sus estudios, oracion y retraimiento con el mismo fervor. Y así fue cómo en el primer curso literario (con Alberto el Grande) pudo componer un tratado sobre *La moral de Aristóteles*, obra que se apreció despues mucho, por el órden que habia dado á las materias, sin más intencion que coordinar las esplicaciones de su maestro.

Cuando Alberto fue llamado á Paris en 1245, le acompañó Santo Tomás. Allí se dedicó con ahinco al estudio de la Sagrada Escritura y á las obras de los Santos Padres, especialmente á las de San Agustin. El frecuente uso que despues hizo de este Santo Padre, testifica lo mucho que debió esforzarse para beber su espíritu profundo. Al terminar Santo Tomás los estudios en 1248, bajo la direccion de San Alberto, el Capítulo general de la Orden nombró al maestro para ocupar la primera cátedra de Colonia, y al discípulo para que enseñase, en calidad de segundo profesor. Santo Tomás, segun la costúmbre de aquel tiempo, comenzó á esplicar algunos libros de la Sagrada Escritura, y los del Maestro de las Sentencias.

Apenas habia comenzado á enseñar, dió á luz varios escritos, que recibió el público con aplauso. Tales fueron: el *Tratado de los principios de la naturaleza*, *el del ser* y *el de la esencia*, con algunos otros opúsculos. Comenzó al mismo tiempo sus escelentes *Comentarios sobre los cuatro libros de las sentencias*, y algunas esposiciones de la Escritura. A

pesar de sus trabajos literarios, predicaba con frecuencia, buscando solo la gloria de Dios y el bien de las almas.

En 1256 se encargó Santo Tomás de la cátedra que desempeñaba San Alberto el Grande en la Sorbona. Por entonces se suscitó en Paris la gran cuestion de las Ordenes religiosas. Guillermo de Saint-Amour las combatia en una obra titulada *Peligros de los últimos tiempos*. Muchos individuos de la Universidad se pusieron de su parte, y llegó el encono hasta el punto de no querer admitir á Santo Tomás para el grado de Doctor, solo por pertenecer á las Ordenes monásticas. En tiempos tan borrascosos continuaba Santo Tomás su vida laboriosa, y daba al público varias de sus obras, de que se hablará luego.

Las cuestiones entre la Universidad y los dominicos degeneraron en una discordia particular entre los religiosos y Guillermo de Saint-Amour; con objeto de terminarlas, el Pontífice comisionó á cuatro Cardenales el exámen del *Libro de los peligros*, y mandó al General de los Predicadores que le hiciese examinar por sus teólogos, manifestando tambien su deseo de ver á Santo Tomás en Italia. El Santo Doctor se trasladó inmediatamente á Agnani, donde á la sazon se hallaba el Papa. Allí encontró á Alberto el Grande y á San Buenaventura, que concurrieron sin duda para el mismo objeto. Tuvieron algunas conferencias los tres sobre el asunto que los reunia; pero nuestro Santo tuvo la honra de abogar en favor de las Ordenes mendicantes, y lo hizo con razonamientos tan sólidos y luminosos, que toda la curia romana vió desde entonces cuál seria el resultado de aquel gran negocio. En efecto: el Papa Alejandro IV, despues del discurso de Santo Tomás y el informe de los cuatro Cardenales, condenó el libro de Guillermo de Saint-Amour.

Terminada la cuestion suscitada contra las Ordenes monásticas, Santo Tomás recibió la investidura doctoral el 23 de Octubre de 1257, y los primeros escritos que dió á luz, despues de esta época, fueron: una parte de sus *Cuestiones quodlibéticas*, así llamadas porque eran respuestas dadas á toda clase de personas, y sobre varias materias. Pero entre las obras que el Santo Doctor publicó mientras enseñaba en Paris, ocupa un lugar preferente la *Suma contra los gentiles*, escrita á instancias de nuestro compatriota San Raimundo de Peñafort. Los *Comentarios sobre todas las epístolas de San Pablo* aparecieron poco despues de la *Suma*. Mientras continuaba sus escritos y enseñaba en las escuelas de Paris, comenzó á agitarse la célebre y profunda cuestion de los *Accidentes eucarísticos*. Discordaban los pareceres de los teólogos, y despues de muchas disputas se resolvió con-

sultar á Santo Tomás y atenerse á su decision para establecer la uniformidad de las escuelas. Despues de un profundo exámen y detenidas meditaciones, llevó Santo Tomás su escrito al altar, y pidió al Padre de las luces que le diese á conocer si lo que habia escrito era conforme á la verdad divina. Refiérese que el mismo Jesucristo, haciéndose visible, le dijo estas palabras: «Bien has escrito, Tomás.» La Universidad recibió con alegría lo que su distinguido Doctor habia decidido sobre una cuestion tan delicada. Mas no solo le consultaban las personas de ciencia, sino tambien otras muchas acudian á recibir sus prudentes consejos. El mismo Rey San Luis no tomaba ninguna resolucion importante sin oir su dictámen, dándole ademas frecuentemente pruebas de su más entera confianza, y todos saben lo que aconteció un dia en que nuestro Santo comia con el Rey.

El año 1259 asistió Santo Tomás á un Capítulo general, celebrado en Valenciennes, en los Paises-Bajos, con el objeto de redactar un reglamento de estudios, mereciendo nuestro jóven Doctor que se aprobase el suyo en un Capítulo posterior. A su vuelta de Flandes siguió enseñando en Paris, hasta que, elegido Papa Urbano IV, se trasladó á Roma al lado de este Pontífice. En esta ciudad concluyó sus trabajos sobre las *Cuestiones quodlibéticas*, *las del alma*, y otros varios tratados. Hizo ademas una escelente esplicacion literal de todo el libro de Job, y, segun Ptolomeo de Luca, un nuevo *Comentario del Maestro de las Sentencias*, que ha debido desaparecer.

Uno de los más ardientes deseos de Urbano IV era estinguir el cisma de Oriente, para poder trabajar despues con probable éxito en recobrar la Tierra Santa. Santo Tomás, respondiendo á las miras del Pontífice, emprendió su notable *Tratado contra los errores de los griegos*. Tambien escribió, á ruegos del chantre de Antioquía, un *Tratado contra los griegos, armenios y sarracenos*. No fueron estos los únicos escritos con que enriqueció á la Iglesia en este tiempo. Ptolomeo de Luca dice que no cesaba de producir obras nuevas, entre las cuales hallamos el *Comentario sobre los cuatro Evangelios*, conocido hoy con el nombre de *Catena aurea*, no satisfecho con el que antes habia escrito en Paris en los *Comentarios sobre San Mateo y San Juan*.

El Romano Pontífice hizo ofrecer á Santo Tomás algunas pensiones, y personalmente le instó á que aceptase alguna dignidad en la Iglesia; pero el modesto vástago de los condes de Aquino se negó respetuosamente. Siguió, pues, Santo Tomás enseñando la Teología en todas las ciudades de Italia donde se hallaba el Papa; por esta razon refieren los autores que enseñó en Viterbo, en Orbieto, en Fondi y en Pe-

rusa, como lo habia hecho antes en Paris y Roma, y como despues lo verificó en Bolonia y Nápoles.

En este tiempo el Papa Urbano IV mandó que se celebrase en toda la cristiandad una fiesta solemne, en memoria de la institucion del augusto sacramento de la Eucaristía. Santo Tomás tuvo mucha parte en esta resolucion, y por encargo del Pontífice compuso el rezo y la misa que hoy canta la Iglesia en tan fausto dia y su octava.

Clemente IV, sucesor de Urbano, apreciando el mérito de Santo Tomás, le nombró para el arzobispado de Nápoles; pero el Santo oró y suplicó tanto, que vió con placer revocada la Bula de su eleccion. Entonces fue cuando trazó el plan de la *Suma Teológica*, y dió la última mano á la esplicacion de San Mateo, San Márcos, San Lúcas y San Juan, terminando así la *Catena aurea*.

Mientras que Santo Tomás continuaba edificando á la Iglesia, Guillermo de Saint-Amour daba nueva forma á su libro, y con el título de *Colecciones de Escritura Sagrada*, lo enviaba al Romano Pontífice. Este, á su vez, lo remitió al General de los dominicos, con órden espresa de que lo revisase Santo Tomás, y lo refutase, si lo juzgaba necesario. El religioso Doctor publicó de nuevo en Italia el *Tratado contra los que combatian la profesion religiosa*, y añadió otros dos, que aparecieron casi al mismo tiempo.

A la muerte de Clemente IV pasó Santo Tomás á Francia, al Capítulo general que se celebró en 1269. Allí escribió, ademas de la *Suma*, sus *Cuestiones del alma*, *de la omnipotencia de Dios*, *de la union del Verbo*, *de las criaturas espirituales*, *de las virtudes* y *del mal*. Debe agregarse á estos escritos una respuesta, dada en veinticuatro artículos, á varias dificultades propuestas por el General P. Verceil. Apenas volvió á Bolonia el Santo Doctor, dió á luz la segunda parte de la *Suma*.

Ya desde entonces el humilde Santo Tomás fue apellidado el *Príncipe de los teólogos* por los seglares, y *Angel de las escuelas* por la Iglesia. Volvió nuevamente á Roma, donde la obediencia le detuvo por algun tiempo, utilizándolo en comenzar la tercera parte de su *Suma*, y componer sus *Comentarios sobre algunos libros de Boecio*.

Continuaba el Santo Doctor la tercera parte de su *Suma*, llegando ya al término de un trabajo que solo alentado de una gracia especial podia no hacérsele fatigoso. Entonces fue cuando la obediencia le sacó nuevamente de su retiro y solitarias meditaciones, para asistir al segundo Concilio de Lyon. Partió, pues, Santo Tomás de Nápoles en el rigor del invierno; pero cayó enfermo al atravesar la Campania, y no pudo continuar su viaje. Como en las cercanías no habia

ningun convento de dominicos, entró en la abadía de Fosanova, que pertenecia á los monges del Císter. Recibieron estos religiosos á nuestro Santo con suma alegría, y deseosos de tener una obra suya, le rogaron que hiciese una breve esposicion del *Cantar de los Cantares*, á la manera que lo hizo San Bernardo, al morir, para sus religiosos de Claraval. Se escusaba el enfermo; pero tanto le rogaron, que, á pesar de la estremada debilidad de su cuerpo, emprendió la esplicacion de ese libro, pintura simbólica y misteriosa, ya de la union inefable de Dios con el varon justificado, ya de la alianza misteriosa del Verbo eterno con la Iglesia, su casta y sagrada esposa. Con este postrer trabajo su enfermedad se agravó, y murió el dia 7 de Marzo de 1274, á la edad de cuarenta y ocho años. El Papa Juan XXII lo colocó en el número de los Santos en 1313. San Pio V lo declaró Doctor de la Iglesia en 1567.

ARTÍCULO II.

Division de las obras de Santo Tomás.—Sus obras exegéticas.

Las obras de Santo Tomás, á pesar de ser tantas, se pueden dividir en exegéticas, dogmáticas ó teológicas, apologéticas, filosóficas, opúsculos, y sermones.

OBRAS EXEGÉTICAS.

1.ª *La esposicion sobre el libro de Job* (1). Santo Tomás lo escribió al principio del pontificado de Urbano IV, y comprende un prólogo y cuarenta y dos capítulos, divididos en lecciones. En el prólogo el Santo Doctor refuta la opinion de aquellos que tienen á Job y á su libro por una parábola, y prueba que esto es contrario á la Sagrada Escritura. Despues hace una breve esposicion del sentido literal, pues respecto del sentido místico manifiesta que nada puede añadir á lo dicho por San Gregorio Magno.

2.ª *La esposicion sobre cincuenta y un salmos de David.* Santo Tomás lo escribió hácia el año 1272, y lo publicó en Nápoles en los últimos dias de su vida. En el prólogo hace ver que se proponia tratar de todos los salmos; pero sin duda no pudo realizar este deseo. Santo Tomás consideraba á los salmos como históricos, sin negarles por esto su carácter de proféticos, y los tenia como el resúmen de los hechos

(1) Sobre la autenticidad de este libro y los siguientes, véase la advertencia que le precede de Bernardo María Rubeis, en la edicion de Santiago Echard: Venecia, 1745.

ocurridos en el Antiguo Testamento, y de los realizados despues en el Nuevo. Ademas, al querer esplicar su sentido místico, los divide en tres grupos, compuesto cada uno de cincuenta salmos; el primero responde al estado de penitencia, el segundo al de justicia, y el tercero al de la gloria.

3.ª *La esposicion del Cantar de los Cantares.* Santo Tomás lo escribió á ruego de los monges de Fosanova, poco antes de su muerte, y comprende ocho capítulos. El Santo Doctor considera este libro de Salomon como un epitalamio de Jesucristo y de la Iglesia, y dice que nada hay más sublime que este cántico, y que á pesar de la dificultad que hay en entenderlo, se dejan ver en él con mucha claridad los deseos que sentia su autor por la venida del Mesías.

4.ª *La esposicion sobre el libro de Isaías.* Santo Tomás lo escribió en el pontificado de Alejandro IV, y mientras se agitaba la cuestion contra las Ordenes mendicantes. Este libro comprende un proemio, un prólogo de San Gerónimo, la esposicion de este prólogo, y setenta y seis capítulos. El Santo Doctor presenta en esta esposicion el sentido literal, donde brillan á la vez la erudicion y la brevedad; y siguiendo á San Gerónimo, considera á Isaías más como historiador que como Profeta: tal es la claridad de sus vaticinios. Despues hace ver cómo el Profeta esplana las visiones, y lo útiles que son estas para comprender el sentido de la Escritura.

5.ª *La esposicion sobre el libro de Jeremías.* No se sabe cuándo se escribió, y comprende un proemio, un prólogo, y cuarenta y dos capítulos. Santo Tomás distingue en el prólogo las profecías que vienen de los demonios de las que vienen de Dios, y presenta los caractéres de ambas. Despues, ocupándose de la materia de este libro, dice que el sentido literal se refiere á la cautividad de Babilonia.

6.ª *La esposicion sobre los Trenos de Jeremías.* Tampoco se sabe cuándo se escribió, y comprende un proemio y cinco capítulos. Los Trenos, dice Santo Tomás, cuya palabra griega significa *lamentaciones*, los aplica el Profeta á las desgracias de su pueblo; aunque tambien algunos los llaman así porque forman grupo de tres versos, con una letra del alefato hebreo. Despues de ocuparse en cuatro capítulos de las lamentaciones, en el quinto lo hace de la oracion de Jeremías, y manifiesta, con el Profeta, los males que sobrevienen y los bienes que se pierden por abandonar al Señor.

7.ª *La esposicion sobre el Evangelio de San Mateo.* Santo Tomás lo escribió en Paris, en el pontificado de Alejandro IV. En él pone primeramente el argumento, y luego la esposicion, en veintiocho capítulos. Segun Santo Tomás, entre los Evangelistas San Mateo es el que se ocupa con especialidad de la humanidad de Jesucristo, por cuya razon refiere

primero su Encarnacion, despues su vida, y por último su Pasion y su muerte.

8.ª *La esposicion sobre el Evangelio de San Juan.* No se sabe cuándo se escribió, así como tampoco si todo fue compuesto por Santo Tomás. Comprende un prólogo, otro de San Gerónimo, y la esposicion de Santo Tomás acerca del mismo, y veintiun capítulos, divididos en lecciones. El Santo Doctor manifiesta que San Juan se proponia probar principalmente la divinidad de Jesucristo, y que parecia dividido su Evangelio en dos partes: en la primera insinúa la Divinidad, y en la segunda la demuestra por los hechos del Salvador.

9.ª *El comentario sobre los cuatro Evangelios*, conocido con el nombre de *Catena aurea*. Santo Tomás lo escribió á instancias del Papa Urbano IV, y se diferencia de la esposicion de San Mateo y de San Juan, de que hemos hablado, en que para la *Catena* se valió el Santo intérprete de la tradicion y doctrina de los Santos Padres, y en la esplicacion, de las palabras de la Escritura; mientras que en las otras no habia empleado más que el testo de la Sagrada Escritura.

10. *El comentario sobre las cartas de San Pablo.* Santo Tomás le escribió hácia el año 1258, y en el pontificado de Alejandro IV. Todas ellas van precedidas de un prólogo, y están divididas en capítulos y lecciones. Por preciosos que fuesen los diferentes escritos que antes habia compuesto el Santo Doctor, el concepto que los sabios formaron de estos comentarios hizo casi olvidar todas sus obras anteriores. Los teólogos, sobre todo, que se ocupaban en el estudio de las sagradas letras, recibieron esta produccion como una llave de oro que se les presentaba para abrirles las puertas á la profundidad de los más elevados misterios.

El método seguido en todas las esposiciones consiste en trascribir ante todo el testo por partes, y despues irlo comentando en un estilo sumamente sencillo y claro, apoyado siempre en la doctrina de los Padres de la Iglesia.

Pero la que hizo sobre toda comparacion admirable, es la *de los cuatro Evangelios*, que se apellida *Catena aurea*. Este notable tratado esplica de una manera brillante el testo y el sentido del Evangelio por un enlace de lugares de los Santos Padres y Doctores, formando verdaderamente una cadena en que, esplanándose unos á otros mutua y sucesivamente, aparecen todos juntos aclarando los más profundos conceptos de los Santos Evangelistas. Refiriendo los testos de los Padres y espositores, conciliando á veces sus dictámenes, emplea Santo Tomás sus mismas palabras con tal acierto y bello órden, que aparecen como si hablase un solo autor, pudiendo decirse que esta obra contiene el espí-

ritu y doctrina de todos los intérpretes de la Sagrada Escritura.

No es posible hojear esta obra sin llenarse de admiracion y asombro. Espanta el considerar cómo habia podido Santo Tomás leer y saber tanto en un tiempo en que no habia imprenta, y en que solo existian manuscritos, que no se encontraban sin gran trabajo, y no podian leerse sin suma dificultad. Esta sola obra bastaria para acreditar el talento inmenso y el inmenso saber de Santo Tomás. Es un trabajo prodigioso de actividad intelectual, de erudicion y de sabiduría.

Uno de los servicios que Santo Tomás prestó á la Iglesia y á las escuelas con este trabajo, fue el dar á conocer un crecido número de obras de los Santos Padres y de muchos intérpretes griegos y latinos, que eran antes, ó poco conocidos, ó de poco uso entre los sabios.

ARTÍCULO III.

Obras dogmáticas ó teológicas.

1.ª *Esposicion de los dos preceptos de la caridad y de los diez preceptos de la ley* (1). Este opúsculo va precedido de un prólogo, y despues de manifestar que la ley de Cristo depende de la caridad, y esta del amor de Dios y del amor del prójimo, esplica los diez preceptos del Decálogo. Dice que para amar á Dios se necesitan tres cosas: primera, que no se ame á otro Dios que al verdadero; segunda, que se le ha de honrar; y tercera, que se guarde gustoso el dia festivo. Para amar al prójimo añade que es necesario honrarle y abstenerse de hacerle daño alguno, ya sea de hecho, ya de palabra, ó ya de deseo.

2.ª *Esposicion del Padrenuestro.* Despues de afirmar en este opúsculo que el *Padrenuestro* es la principal de todas las oraciones, y que tiene las cinco escelencias que se requieren en la oracion, á saber: que es segura, profunda, ordenada, devota y humilde, esplica por separado las siete peticiones que encierra. Demuestra que en esta oracion se contiene todo lo que debemos desear y todo lo que debemos evitar. Lo que deseamos sobre todo es lo que más amamos, esto es, Dios, y por eso primero pedimos su gloria cuando decimos: *Santificado sea el tu nombre.* Dice que de Dios debemos desear tres cosas, que son en nuestro propio prove-

(1) Para la autenticidad de todas estas esposiciones, que en la edicion romana llevan el nombre de opúsculos, véase la advertencia previa del P. Rubeis, en la edicion de Venecia.

cho: primera, que nos dé su reino; segunda, que se haga su santa voluntad; y tercera, que nos dé el sustento cotidiano. Lo que debemos evitar son las cosas contrarias al bien que deseamos. A Dios, que es el bien, cuya gloria tanto deseamos, nada se opone, porque del mal, en cuanto lo castiga, y del bien, en cuanto lo premia, siempre le resulta gloria. Al segundo bien, que es la vida eterna, es contrario el pecado, y para quitarlo pedimos á Dios que nos perdone nuestras deudas. Al tercer bien, que son las buenas obras, son contrarias las tentaciones, y por eso le pedimos que no nos deje caer en la tentacion. Cuando pedimos que nos libre de todo mal, deseamos que aparte de nosotros todas las adversidades, las cuales son contrarias al cuarto bien, que son los bienes necesarios.

3.ª *Esposicion del Ave-María.* En esta breve esposicion hace ver Santo Tomás que el Ave-María contiene tres partes: la una la hizo el ángel, la otra Santa Isabel, y la otra la Iglesia; porque el ángel la dijo: *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres*; Santa Isabel la dijo: *Bendito es el fruto de tu vientre*, y la Iglesia añadió: *María*; porque el ángel no dijo *Ave-María*, sino *Ave, gratia plena*. Dice que el nombre de María, segun su interpretacion, conviene perfectamente con las palabras del ángel, pues este la reverenció como Madre del Señor y Señora, y la lengua siríaca da al nombre de María la interpretacion de Señora. Va comentando y esplanando ingeniosamente por partes la salutacion angélica, apoyando sus asertos con testos de la Sagrada Escritura.

4.ª *Esposicion de los artículos de la fe y de los Sacramentos de la Iglesia.* Este opúsculo lo escribió por acceder á las súplicas del Obispo de Palermo, que le pedia una esplicacion compendiosa de los *artículos de la fe y de los Sacramentos de la Iglesia*, juntamente con todas las dudas y objeciones que suelen hacerse acerca de esta materia. Santo Tomás le dice que como el estudio de todos los teólogos versa sobre las dudas que pueden ocurrir en los artículos de la fe y los Sacramentos de la Iglesia, seria necesario, para responder debidamente á sus deseos, resumir todas las dificultades de la Teología, lo cual es un trabajo inmenso; pero que, no obstante, le hará una esplicacion de cada uno de esos artículos y de los Sacramentos, advirtiendo los errores que en cada uno se deben evitar. En primer lugar, dice que toda la fe cristiana versa sobre la divinidad y humanidad de Jesucristo. Reduce los artículos de la fe á doce ó catorce, perteneciendo los seis ó siete primeros á la divinidad, y los otros seis ó siete á la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. En cuanto á reducir á catorce los artículos de la fe, dice que

consiste en que en los pertenecientes á la divinidad dividen algunos el segundo en tres artículos, juntando en uno el quinto y el sesto, y en los pertenecientes á la humanidad de Cristo distinguen dos en el primero, asignando uno á la concepcion y otro á la natividad de Jesucristo. En cuanto á los Sacramentos de la Iglesia, dice que puede comprenderse bajo un solo artículo, pues pertenecen al efecto de la gracia. Define despues la palabra *sacramento*; enseña que hubo algunos en la antigua ley, pero que solo significaban la gracia de Cristo, mas no la causaban; que los de la ley nueva contienen y causan la gracia. Da la definicion del Sacramento de la nueva ley; los enumera hasta siete, y distingue los cinco primeros en utilidad propia del hombre, y los dos restantes en utilidad comun de la Iglesia. Despues de algunas otras observaciones, esplica de uno en uno todos los Sacramentos; los errores que contra ellos han surgido, y espone al punto los testimonios de la Escritura en apoyo de la doctrina católica. Finalmente, concluye diciendo que los Sacramentos conducen á la gloria, esplicando en qué consiste esta.

5.ª *Exposicion del Símbolo de los Apóstoles.* En doce artículos esplica Santo Tomás el símbolo de los Apóstoles, con mucha erudicion y doctrina, y rechaza todo los errores de los herejes que se oponen á cada uno de los artículos del Símbolo, por medio de la Sagrada Escritura.

6.ª *Esposicion de la primera Decretal.* En esta esposicion, dirigida al arcediano de Trento, esplica el Santo Doctor la primera Decretal, en la que el Pontífice Inocencio III, en el Concilio IV de Letran, propone la doctrina de la Iglesia acerca de la Trinidad y de otras cosas pertenecientes á la fe. Trascribe lo primero íntegra la Decretal; pasa despues á esplicar su título, y luego principia á esponerla por partes, aduciendo en sus esplicaciones testos de la Sagrada Escritura.

7.ª *Esposicion de la segunda Decretal.* Esta esposicion, dirigida al mismo, trata del error del Abad Joaquin, y principia condenando el libro ó tratado que este Abad habia dado á luz contra Pedro Lombardo, respecto á la unidad ó esencia de la Trinidad, llamándole herético.

8.ª *Esposicion del libro de San Dionisio, titulado De los nombres de Dios.* Precede á la esposicion del libro un prólogo del Doctor Angélico, en el que hace algunas observaciones para la mejor inteligencia del libro de San Dionisio Areopagita. Divide su esposicion en trece capítulos, y estos en lecciones del libro que va esponiendo.

9.ª *Esposicion del libro de Boecio, titulado De las Semanas.* Santo Tomás esplica en el prólogo el versículo 15 del cap. XXXII del *Ecclesiastes*. Espone despues el proe-

mio del libro de Boecio, y comenta lo restante, que divide en cuatro lecciones.

10. *Esposicion y cuestiones del libro de Boecio sobre la Trinidad.* El prólogo de Santo Tomás á esta esposicion es un comentario del vers. 24 y cap. VI del libro *De la Sabiduría*. Despues espone el prefacio del libro de Boecio. Resuelve sucesivamente seis cuestiones, que cada una de ellas consta de cuatro artículos, y estos de varios números y objeciones, á las que responde. En la primera cuestion, que trata del conocimiento de las cosas divinas, dice en el art. 1.° que el entendimiento humano necesita de una nueva luz para conocer todas las verdades. En el art. 2.° dice que, aunque nuestro entendimiento no puede conocer lo que es Dios, sabe, sin embargo, que existe. En el art. 3.° resuelve que Dios no es el principio próximo de nuestros conocimientos, sino que por medio de nuestro entendimiento, que es imágen de Dios, conocemos y juzgamos. Sienta en el art. 4.° que la razon natural no es suficiente para hacer la distincion de Personas en Dios. Resuelve en el art. 1.° de la segunda cuestion que es lícito al hombre emplear su razon en la investigacion de las cosas divinas, pero sin estralimitarse; en el art. 2.°, que puede haber ciencia en las cosas divinas; en el art. 3.°, que en las cosas de la fe puede usarse de la filosofía; y en el art. 4.°, que, enseñando la ciencia divina, ni debe haber mucha oscuridad en la palabra, ni tampoco demasiada claridad. Dice en el art. 1.° de la cuestion tercera que la fe es necesaria al género humano. En el art. 2.° distingue la relacion entre la fe y la Religion. En el art. 3.° esplica si conviene á la fe cristiana el nombre de católica. Y en el art. 4.° resuelve si es católico el decir que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son Dios, y los Tres un Dios, sin ninguna desigualdad. En el art. 1.° de la cuarta cuestion esplica metafísicamente las causas de la pluralidad. En el art. 2.° trata de si la variedad de accidentes constituye la diversidad numérica. En el art. 3.° trata con mucha sutileza si pueden dos cuerpos ocupar á la vez el mismo lugar. Y en el art. 4.° resuelve si la variedad del lugar de las cosas es causa de su diversidad numérica. Propone y suelta la cuestion en el art. 1.° de la cuestion quinta, si está bien dividida la ciencia especulativa en natural, matemática y divina. En el art. 2.° esplica si se da filosofía natural con respecto al movimiento y á la materia. En el artículo 3.° habla de si se puede hacer una consideracion matemática sin movimiento ni materia. Y en el art. 4.° resuelve si la ciencia divina es ciencia de cosas de movimiento y materia. En la sesta cuestion, y al art. 1.°, propone y resuelve el modo de proceder en las ciencias naturales,

matemáticas y divinas. En el art. 2.° esplica si debe usarse de la imaginacion en la investigacion de las cosas divinas. Y en el 3.° y 4.° propone las cuestiones, si nuestro entendimiento puede tener alguna forma de Dios, y si esto puede conseguirlo por medio de alguna ciencia especulativa.

ARTÍCULO IV.

Continuacion de las obras dogmáticas ó teológicas.

1.ª *La esposicion sobre los cuatro libros del Maestro de las Sentencias* (1). Santo Tomás escribió esta magnífica esposicion durante su magisterio en la Universidad de Paris, por los años 1248. Sabido es que Pedro Lombardo se llama el Maestro de las Sentencias por haber compuesto los cuatro libros de Teología, con un admirable conjunto de citas de los Santos Padres. El primero trata acerca de la Trinidad y de la unidad de Dios. El II acerca de la creacion del mundo, y principalmente de los ángeles y de los hombres, y tambien acerca de la gracia divina. El III versa sobre la Encarnacion del Verbo, y las virtudes y vicios. El IV habla de los Sacramentos y de los Novísimos.

En el siglo XIII era muy general la costumbre de escribir comentarios sobre estos libros. Santo Tomás, siguiendo esta costumbre, publicó tambien sobre ellos dos comentarios.

El método de esta esposicion consiste en tomar el testo del libro de las sentencias, y hacer la division de sus materias, á manera de un comentario: estas materias se dividen luego por cuestiones, y las cuestiones por artículos. Pone primeramente las objeciones ó argumentos contrarios á su dictámen, fundándolos, ya en razones puramente naturales, ya en testos de los Santos Padres. Propone luego la solucion, es decir, las razones de su opinion, y contesta y esplica las objeciones. Todo lo cual constituye el verdadero método escolástico.

Se vale de las razones naturales, que se conocen por medio de la filosofía; y de las razones que proceden de la fe, de la revelacion, por medio de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia. Conviene advertir que ante todo asienta el Angélico Doctor la superioridad de la Teología sobre la filosofía. Para evidenciar la necesidad de una ciencia superior, que proceda de la revelacion y supla los vacíos de esa misma filosofía, interesa considerar que el fin de la vida humana es la contemplacion de Dios, segun que así lo pen-

(1) Véase la advertencia del P. Rubeis, que precede á esta esposicion, en la edicion de Venecia de 1753.

saron cuantos sintieron rectamente. Esta contemplacion puede ser de dos maneras: una por medio de las criaturas, la cual es contemplacion imperfecta, una especie de felicidad de medio, *felicitas viæ*, á la cual se ordena todo conocimiento filosófico que proceda de la razon de las criaturas: la otra contemplacion consiste en ver á Dios inmediatamente en su esencia, y esta es perfectísima, y tendrá lugar en el cielo, porque, segun la fe, esta contemplacion es posible para el hombre. Y como quiera que todas las cosas deben de ser proporcionadas al fin que se proponen; siendo el objeto de la doctrina teológica dirigir al hombre en su estado de viandante hácia aquella contemplacion por un conocimiento no tomado de las criaturas, sino inspirado inmediatamente por la luz divina, dedúcese de aquí que la ciencia teológica, que proporciona ese medio y tiene ese fin, ese objeto, está sobre las demas ciencias, como principal entre todas ellas. Y se deduce tambien que en obsequio de su fin ha de usar de todas las ciencias, como súbditas suyas, segun se echa de ver en todas las artes, cuyo órden consiste en que el fin de las unas se halle subordinado al de las otras. Y por consiguiente, como el fin de toda filosofía está comprendido dentro del fin de la Teología, y ordenado al mismo objeto, de aquí que la Teología debe imperar sobre todas las demas ciencias, y usar en su beneficio de los elementos en ellas contenidos.

Fácilmente se comprende que la obra de Pedro Lombardo recibe en esta admirable esposicion grande amplitud y un carácter filosófico y teológico á la vez, que aumenta muy poderosamente su importancia y trascendencia.

Refiriéndose á esta esposicion, Guillermo de Thoco, en la *Vida de Santo Tomás* que se halla entre los continuadores de Bolando, la clasifica de este modo: «Es una obra, dice, de estilo elocuente, profunda en sus razones, clara á la inteligencia, aumentada con nuevos artículos, y en donde se hace servir á todas las ciencias á la Teología.»

Juan de la Columna añade que Santo Tomás escribió sobre los cuatro libros de las sentencias, y que todavía no se encuentra una obra igual, á pesar de las muchas que se han escrito posteriormente.

El *Segundo comentario sobre las sentencias* está dedicado al Cardenal Hannibaldo. Hacemos esta advertencia, porque muchas veces suele encontrarse citado en esta forma: 4.° *ad Hannibaldum*, distincion 8.ª, cuestion 2.ª, etc.

2.ª *Las cuestiones discutidas y las quodlibéticas* (1). Santo Tomás las escribió por los años 1257, y en diferentes oca-

(1) Véase la advertencia del P. Rubeis que precede á estas cuestiones.

siones. Las primeras tratan *del poder de Dios*; es decir, de la creacion y conservacion *del alma*; esto es, del pecado en general, del original, y de todos los vicios capitales; *de las virtudes*, cuyo título indica ya su objeto; *de las criaturas espirituales*, esto es, *de los ángeles y del alma*; *de la union del Verbo encarnado*; *de la verdad*, á saber, de la ciencia de Dios, de las ideas, de la palabra, de los milagros, de la providencia, de la predestinacion, de la conciencia, del libre albedrío y del conocimiento del alma despues de la muerte. En la esplanacion de todos estos asuntos sigue el Doctor Angélico el método rigurosamente escolástico, tratándolos por cuestiones y artículos.

Las cuestiones *quodlibéticas*, aunque tienen un nombre tan poco literario, contienen mucha y muy sana doctrina teológica. Son doce, y en ellas, sin órden y método científico, se examinan asuntos de la más alta importancia, y están divididas en cuestiones y artículos. Entre otras muchas cosas se trata de Dios, de los ángeles, de Jesucristo, de la gracia, de la justicia, del hombre, de la voluntad, del bien, y de la Iglesia. Como se ve, versan sobre asuntos semejantes á las cuestiones anteriores, y se hallan desenvueltas en la misma forma que aquellas.

3.ª *La Suma Teológica* (1). Entre todas las obras de Santo Tomás, esta es la más grande en su objeto, la más sabia en su desarrollo, la más profunda y estensa en sus fines. El Santo Doctor la escribió en tiempo del Papa Clemente IV, que lo fue desde 1265 á 1268. El objeto de Santo Tomás fue, segun indica él mismo en el prólogo, demostrar la verdad de la Religion de una manera breve y compendiosa, al propio tiempo que ordenada y clara, para que pudiese ser útil á los que se dedican al estudio de la Sagrada Teología.

La *Suma* consta de tres partes. La segunda se divide, por su mucha estension, en otras dos partes ó secciones, que se llaman *prima pars, secundæ partis*, y *secunda pars, secundæ partis* (2). La tercera parte quedó sin concluir por la muerte del Santo Doctor. Sus discípulos, para completarla, formaron un suplemento, estractando el libro IV del primer comentario del Maestro de las Sentencias. Este suplemento se halla inmediatamente despues de la cuestion noventa, que trata de las partes de la penitencia en general.

---

(1) Se ha negado que esta obra sea de Santo Tomás; pero el P. Rubeis en su advertencia, y Natal Alejandro en el tomo VII de su *Historia eclesiástica*, al siglo XIII, prueban que es de este Padre.

(2) Cuando se citan se suelen llamar 1.ª 2.ª (*prima secundæ*) 2.ª 2.ª (*secunda secundæ*).

La primera parte, que se llama natural, trata de la naturaleza de las cosas, hablando en primer lugar de la esencia divina, esto es, de la necesidad de la revelacion, de Dios, de su esencia, de sus atributos y de la Santísima Trinidad; y en segundo lugar, de las cosas creadas, de los ángeles, del hombre y del mundo, considerando á Dios como Criador y Conservador de todo lo que existe. En toda esta primera parte, Santo Tomás abre de un modo admirable el inmenso campo de la Teología católica, porque es un tratado completo de los seres, y especialmente de los seres intelectuales, desde la inteligencia infinita en su naturaleza como en sus operaciones, hasta la inteligencia limitada por la materia.

La segunda parte, que se llama moral, se divide en dos, como ya hemos dicho: la una versa sobre las materias generales, y se cita bajo el nombre de *Prima secundæ*. En ella presenta el Doctor Angélico una profunda teoría del hombre, observado en el ejercicio de sus facultades, considerando primero el móvil esterno é interno, luego su direccion y sus funestos estravíos, despues las reglas á que sus acciones tienen que someterse, y por último los medios por donde la Divinidad dirige al hombre á su inmortal destino. Al intento espone con mucha estension, gran solidez y suma claridad todo lo que se necesita saber acerca de las virtudes, para amarlas y practicarlas, y acerca de los vicios, para apartarse de ellos y detestarlos. La segunda seccion de la segunda parte va unida estrechamente á la primera, y versa sobre el mismo objeto, es decir, sobre las condiciones de la felicidad, y las leyes morales de la humanidad. Esta es, propiamente hablando, la parte moral de la *Suma Teológica*, en donde Santo Tomás trata en particular de las virtudes teologales y morales y de todos los vicios que les son contrarios, fundándose en el testimonio de los filósofos, en autoridades y razones de los Doctores de la Iglesia, y se le cita bajo el epígrafe de *secunda secundæ*.

La tercera parte, en fin, se llama sacramental, porque trata de los Sacramentos y de la Encarnacion del Verbo. En ella espone el Angélico Doctor todo el plan de la redencion: Jesucristo es allí el objeto de los estudios del teólogo, como Dios lo habia sido en la primera. Hablando de la Encarnacion del Verbo, Santo Tomás se detiene luego con indecible amor ante la Vírgen-Madre, esponiendo sus grandezas, su mision y sus privilegios. Este tratado es el himno que consagra á María la ciencia católica, ó la imágen de María grabada en toda su verdad en los muros del indestructible monumento. En seguida el Doctor Angélico estudia la obra de la redencion en su aplicacion á cada hombre en particular:

comienza á esplicar los Sacramentos, y al llegar al de la Penitencia, la muerte le arrancó á la Iglesia y á las esperanzas de la ciencia. El suplemento que sus discípulos le añadieron tiene noventa y tres cuestiones, y trata de la Penitencia, Estremauncion, Orden, Matrimonio, sufragios por los difuntos, vision beatífica, y otros asuntos de suma importancia.

La *Suma Teológica* se divide en cuestiones y artículos: cada artículo puede considerarse como dividido en cuatro puntos. El primero es la esposicion de los argumentos que existen contra la doctrina que se sustenta. El segundo es una autoridad de la Sagrada Escritura, un argumento concluyente, ó una sentencia evidente, que se titula *sed contra*, porque es una compendiosa pero irresistible impugnacion de todos los raciocinios ú objeciones que antes se han espuesto. El tercero es una demostracion doctrinal, que se llama cuerpo del artículo, porque lo es en realidad, ó *respondeo*, porque comienza siempre por esta palabra. El cuarto y último es la respuesta á cada una de las objeciones presentadas en el principio del artículo. Este punto se subdivide en varios párrafos, que se denominan: *ad primum*, *ad secundum*, *ad tercium*, etc., segun que es 1.ª, 2.ª ó 3.ª la objecion á que se contesta.

Considerada así la *Suma Teológica*, abraza en seiscientas doce cuestiones más de tres mil artículos, y más de quince mil argumentos ó dificultades resueltas. En ella se hallan esplicados todos los misterios y dogmas de nuestra fe, con todas las cuestiones relativas que pueden agitarse por los teólogos. Hállanse allí fundamentados los preceptos de la más sana moral; espuestas las máximas que deben tener presentes los ministros del altar para la administracion de los Santos Sacramentos; consignados, en fin, los principios que los sacerdotes de la justicia deben consultar para ejercer con acierto su tambien elevado ministerio. En la *Suma*, inmenso mar de una sabiduría más que humana, hallará el estudioso católico á Dios con todas sus perfecciones y atributos inefables; á los ángeles con todas sus escelencias gerárquicas; al hombre con toda su grandeza y sus miserias; á su Redentor con toda su caridad inmensa; á los Sacramentos con todas sus medicinales gracias; al último juicio con toda su tremenda solemnidad; al Juez Eterno de vivos y muertos con toda su inexorable justicia; á la mansion celestial con todo el torrente de sus delicias; al infierno, en fin, con su horrendo desórden y tormentos sempiternos.

En este libro inmortal é incomparable, que no ha cesado de ser nunca un objeto de admiracion y veneracion universal, resumió el Príncipe de los teólogos toda la Escritura

Santa, todos los Concilios, todos los Padres, todos los escritores eclesiásticos... Hasta aquí están de acuerdo, unánimes, todos los doctos y todos los críticos; pero es preciso añadir, sin temor de ser desmentidos, que tambien resumió á todos los filósofos antiguos, depurándolos de sus errores, para hacerse de ellos unos auxiliares contra los filósofos intencionados de su tiempo, ya con el fin de corregirlos, ya para combatir sus peligrosos errores.

Sorprende ademas que en el curso prolongado de tantas doctrinas y discusiones como encierran los miles de artículos de la *Suma*, el método, igualmente que el estilo, aparecen siempre invariables. Siempre la misma sencillez y claridad, la misma limpieza, la misma precision, el mismo encadenamiento, y la misma fuerza vigorosa del raciocinio.

ARTÍCULO V.

Obras apologéticas.

1.ª *De la verdad de la fe católica*, ó sea *Suma contra los gentiles* (1). Las opiniones sobre el verdadero título de esta obra son diferentes; mas ya en general se la conoce con el de *Suma contra los gentiles*. Santo Tomás la escribió á instancias de San Raimundo de Peñafort, en el pontificado de Urbano IV, que fue Papa desde 1261 á 1264, y para uso de los sacerdotes españoles. A la sazon hacia grandes esfuerzos contra la fe cristiana el mahometismo, nacido de la indocilidad griega y del sensualismo oriental, y que, desesperado de triunfar por las armas, trataba de destilar todo su veneno por medio de los escritos de los filósofos árabes. El judaismo rabínico combinaba tambien nuevas fábulas para borrar de la frente de su nacion la mancha deicida. El maniqueismo, disfrazado con diferentes nombres, no perdia de vista su objeto satánico de hacer recayese sobre Dios la causa de todo mal, rompiendo por este medio el freno de las pasiones humanas. La obra de Santo Tomás tuvo por objeto refutar todos estos errores. El Angélico Doctor divide su obra en cuatro libros, y los libros se subdividen en capítulos.

En el libro primero, despues de una magnífica introduccion, en la cual demuestra que el fin de la sabiduría es la verdad, y que así como la medicina que procura la salud escluye la enfermedad, de igual manera es propio de la sabiduría que, así como establece principalmente la verdad, impugne y refute la falsedad que le es contraria, comienza sentando el

(1) Véase la advertencia del P. Rubeis, en la edicion de Venecia de 1753, que precede á este libro.

principio de que los enemigos de la Iglesia deben ser siempre impugnados con las armas que ellos mismos aceptan; y así, contra los judíos puede disputarse por medio del Antiguo Testamento; contra los herejes, por medio del Nuevo; pero contra aquellos que, como los paganos, no aceptan ni el uno ni el otro, hay necesidad de acudir á la razon natural, á la que tienen todos que someterse; á la razon natural, que no alcanza á las cosas divinas. Es decir, que el Santo Doctor se propone en esta obra demostrar la verdad, poner de manifiesto los errores que aquella escluye, y la concordancia de esa verdad con la fe cristiana, no solo por la luz de la fe, sino tambien por la fuerza de la razon. Luego establece la necesidad de la fe, la armonía entre la fe y la razon, y de qué modo no se rebaja esta asintiendo á las cosas que aquella le propone; y como quiera que las cosas que se afirman de Dios son de dos maneras, conviene á saber, unas que esceden todas las facultades de la razon humana, como que Dios es Trino y Uno, y otras que puede alcanzar esa razon natural, como la existencia y unidad de Dios, pasa á tratar largamente de la primera verdad, que es Dios, de su ser, de su conocimiento, de sus atributos.

En el lib. II trata de las relaciones de las criaturas con Dios y de las criaturas mismas, y sobre todo del alma humana. Ademas se tratan con toda lucidez las más importantes cuestiones de la filosofía, precisamente las que en nuestros dias han sido y son principal objeto de los errores del racionalismo. Y así, despues de hablar del poder de Dios, de la creacion *ex nihilo*, de la existencia de las sustancias intelectuales, tiene mucho cuidado en distinguir entre el Criador y las criaturas, esto es, entre la sustancia increada y las creadas, y luego entre el alma y el cuerpo, esplicando, por último, la naturaleza de uno y otro, y sus relaciones.

El lib. III es un tratado de moral, en el que continúa hablando del gobierno de Dios sobre el mundo, de las relaciones de las criaturas con su Criador, y de ellas entre sí. «Habiendo tratado, dice, en el primer libro de la perfeccion de la naturaleza divina, y en el segundo de la perfeccion del poder de Dios, como Autor y Señor de todas las cosas, cumple ahora tratar en este tercer libro de su perfecta autoridad y dignidad, como su fin y Gobernador.»

El libro IV versa sobre materias rigurosamente teológicas. «Como la inteligencia humana, dice, no puede elevarse por sí al conocimiento de la sabiduría divina, el Señor, en su infinita bondad, reveló al hombre ciertas cosas de sí mismo que esceden á la humana inteligencia.» De este modo, á los libros anteriores que forman bajo un aspecto la nocion completa

de la verdad, Santo Tomás añade otra sobre la revelacion propiamente dicha, y en su consecuencia trata en este libro de la Santísima Trinidad, de los Sacramentos y otros asuntos semejantes, por el mismo método del Maestro de las Sentencias.

Por lo espuesto se ve que la *Suma contra los gentiles* es un magnífico repertorio de la ciencia filosófica. Las más importantes cuestiones se tratan en ella con gran claridad, con admirable sencillez y riguroso método. La *Suma* toma al Ser Supremo por punto de partida de sus profundas investigaciones, y concluye por la vida eterna. Considera á Dios en su esencia y atributos, en su vida íntima, constituida por el sagrado misterio de su Trinidad inefable, y en sus augustas y grandiosas manifestaciones, patentes en las obras de la creacion y en las verdades reveladas; considera de igual manera al hombre en su orígen, en sus condiciones individuales y morales, y en su fin, es decir, en su peregrinacion por el mundo temporal y en su destino en el mundo de la eternidad. Tan vasto y universal es el plan de este libro admirable, y de tanta importancia y trascendencia.

2.ª *El opúsculo contra los que impugnan el culto de Dios y la Religion* (1). En tiempo de San Luis, Rey de Francia, Guillermo de Saint-Amour y otros doctores de la Universidad de Paris atacaron las Ordenes mendicantes, como perjudiciales y peligrosas, y presentaron al Papa Clemente IV un libro escrito contra las mismas, titulado: *Peligros de los últimos tiempos*, en el cual habia compilado su autor, Guillermo de Saint-Amour, gran número de autoridades, tan mal interpretadas como sacrílegamente espuestas. El Papa mandó ese libro al Maestro Juan de Vercelli, para que lo contestara el hermano Tomás de Aquino. Y este es el orígen de ese magnífico opúsculo, compuesto con el discurso que Santo Tomás pronunció en Agnani, delante del Papa Alejandro IV, y publicado despues en 1257. El Santo Doctor lo dividió en tres partes. En la primera esplica brevemente el orígen, esencia y perfeccion de la vida religiosa, y los varios fines con que puede la Iglesia establecer ó aprobar nuevas Ordenes. En la segunda responde con mucha exactitud á todas las razones de Guillermo de Saint-Amour, y esplica todos los lugares de la Escritura ó de los Santos Padres que este alegaba, reduciendo la disputa á seis puntos. 1.° Demuestra que la profesion religiosa, lejos de impedir la enseñanza de la doctrina evangélica, habilita para su mejor desempeño; pues los religiosos, desprendidos por sus votos

(1) Colocamos aquí este opúsculo, que es el diez y seis en la edicion de Venecia, por parecernos más conveniente para facilitar la memoria.

de lo que ocupa y distrae á los demas, pueden mejor dedicarse al estudio y meditacion de las cosas divinas. Y si es útil que haya religiosos dedicados al servicio de los enfermos y á otras cosas buenas, ¿por qué no ha de ser que los haya consagrados al estudio de la Religion y la instruccion de los ignorantes? 2.° Prueba tambien el Santo, con bellas razones y ejemplos, que los religiosos pueden ser miembros de un mismo cuerpo de universidad y estudio con los doctores seculares; pues esta sociedad solo se funda en lo que es comun á ambos estados: esto es, estudiar y enseñar. 3.° Pueden sin duda confesar y predicar los religiosos, aunque no sean párrocos, con tal que tengan licencia de estos, ó de los Obispos, ó del Papa. Y es útil que en las parroquias confiese alguno á más del párroco, para alivio de aquellos feligreses que tengan empacho de confesarse con él. 4.° Guillermo pretendia que los religiosos, por ocupados que estén, no pueden dejar el trabajo de manos, so pena de condenacion. El Santo demuestra que es esto un error, contrario á la Escritura y á la razon. Concede y prueba que todo hombre está obligado á trabajar por ley natural y divina.

En el 5.° y 6.°, en fin, hace ver que es lícito renunciar todos los bienes, sin reservarse cosa alguna, ni en comun ni en particular; y que los religiosos que lo han hecho, pueden lícitamente vivir de limosnas cuando para trabajar por la salud de las almas se aplican noche y dia á leer, estudiar, meditar la Escritura y las verdades de la Religion, defenderla y propagarla con sus escritos y palabras. Mas el Santo está muy distante de escusar á los religiosos que, viviendo de la caridad pública, pasasen la vida en la ociosidad, que siempre es criminal, pero mucho más en los religiosos, por ser contraria á su estado, y de mucho escándalo.

En la tercera parte de su opúsculo responde el Santo á las sátiras malignas con que se murmuraba de los religiosos mendicantes, de la pobreza de sus hábitos, de los negocios de que á veces se encargaban por caridad, de los viajes que hacian por el bien de las almas, y de sus estudios para mejor predicar. Las acciones más indiferentes se tomaban en mala parte: se aplicaba á ellos cuanto dice la Escritura de los falsos profetas y de las desgracias de los últimos tiempos. A todos responde como Doctor y como Santo; esto es, con solidez y energía, con prudencia y moderacion. En vista de las razones alegadas por Santo Tomás, el Pontífice Alejandro IV condenó el libro de Guillermo de Saint-Amour.

ARTÍCULO VI.

Obras filosóficas.

1.ª *Esposicion de los libros de Aristóteles, que llevan el nombre de Pherihermenias*, esto es, *interpretacion*. Estos dos libros son unos tratados de lógica. El método que siguió Santo Tomás al esponerlos se reduce á poner en primer lugar la tésis de Aristóteles, despues algunas de las interpretaciones que de ellas se han hecho, y por último su esposicion. En el libro II solo tiene Santo Tomás dos lecciones: todo lo demas es del Cardenal Cayetano.

2.ª *Esposicion de los libros de Aristóteles, de analítica*, que tratan de los juicios y raciocinios.

3.ª *Esposicion de los ocho libros de Aristóteles, de física*. Santo Tomás busca en el libro I los principios de las cosas naturales, y dice que son tres: la materia y la forma *per se*, y la privacion *per accidens*. En el II habla de la naturaleza, de las cosas naturales, de los cuatro géneros de causas *per se*, del hado y de la casualidad, causas *per accidens*, y de sus varios efectos y modos. En el III determina los accidentes comunes á las cosas naturales, y trata de la naturaleza del Infinito, y del movimiento. En el IV diserta acerca del lugar, del tiempo y del vacío. En el V divide el movimiento en especies, y habla de su unidad y variedad, y trata tambien de la quietud, como contraria al movimiento. En el VI demuestra que el movimiento solo puede medirse con relacion al tiempo y á la quietud. En el VII dice que todo lo que es movido tiene motor; que debe admitirse una causa inmóvil y motora, y que entre la causa movida y el motor no se dé medio. En el VIII trata de la duracion del movimiento, diserta acerca de si se da movimiento continuo, y concluye diciendo que el primer motor es indivisible é impasible, y ajeno á toda magnitud.

4.ª *Esposicion de los cuatro libros de Aristóteles, del cielo y del mundo*. A estos libros precede un prólogo de Santo Tomás. En el libro I se trata de la suma perfeccion del universo; del número de sus partes y movimientos, y tambien de su infinidad, tanto segun su multitud, como segun su magnitud. En el libro II se trata de la perpetuidad del cielo, y de su figura; de la naturaleza de las estrellas, y del lugar que ocupan. En el III se enumeran las sentencias de los antiguos acerca de la generacion y corrupcion; se refieren todas las cosas dignas de saberse sobre la generacion de los cuerpos simples y compuestos, y se refuta á los que admiten la mutua generacion de los elementos. En el IV diserta

sobre la naturaleza, diferencias y accidentes de los graves y de los leves. Santo Tomás dejó incompleto este último libro, que terminó Pedro de Alvernia.

5.ª *Esposicion de los dos libros de Aristóteles sobre la generacion y corrupcion.* Esta esposicion, así como las tres anteriores, está hecha en la misma forma que la primera. En el libro I se trata de la generacion y alteracion, del aumento y de la mezcla; y en el II se trata de los principios y número de los elementos, de la generacion de los mistos, y de las causas de la generacion y corrupcion.

6.ª *Esposicion de los tres libros de Aristóteles* llamados comunmente *Parva naturalia.* En ellos se trata del sentido y de lo sentido, de la memoria y de la reminiscencia, del sueño y del insomnio de los sueños, y de la verdad de lo que se sueña. Lo restante de estos libros lo comentó Pedro de Alvernia, su discípulo.

7.ª *Esposicion de los libros de los meteoros.* En los tres primeros se trata de la lluvia, de la nieve, del granizo, de las estrellas cadentes, de los cometas y de otros muchos fenómenos, y en el IV de las cualidades de estos.

8.ª *Los tres libros del alma.* En ellos se trata del ente que es el móvil de la vida, ó sea del alma.

9.ª *Esposicion de los doce libros de Aristóteles sobre la metafísica.* Aristóteles, despues de haber tratado en otros libros de causas naturales y sensibles, se ocupa en estos doce libros de las cosas que están más allá de la naturaleza. Santo Tomás, no solo los comentó, sino que ademas añadió un tratado del ente y la esencia.

10. *Esposicion de los diez libros de Aristóteles acerca de la ética.* En el libro I se trata de la adversidad y de la felicidad. En el II se habla de la virtud en general, y de su esencia. En el III se esplica la libertad y la necesidad, la fortaleza y la templanza. En el IV la liberalidad, la magnificencia, el deseo moderado de honores, la mansedumbre, la amistad, la urbanidad, el pudor y sus efectos. En el V se ocupa de la justicia y de la injusticia. En el VI se esplican los principios de nuestras acciones, y se trata de los hábitos del entendimiento. En el VII se ocupa de la continencia y de los vicios opuestos. En el VIII de la amistad y de sus especies. En el IX trata de la beneficencia, del amor propio, de la felicidad de los amigos, del número de estos y de sus mutuas obligaciones. En el libro X trata de la felicidad contemplativa y activa, y concluye con una preparacion para sus escritos sobre política.

11. *Esposicion de los ocho libros de la política de Aristóteles.* En estos libros se trata de la manera de administrar la sociedad. La policía, segun Aristóteles, y en el sentido

que entonces se le daba, es una costumbre ó principado, segun la cual conviene á todos vivir en ella. La divide en tres clases, á saber: en monárquica, cuando es uno el que gobierna; aristocrática, cuando son muchos y buenos; y democrática, cuando mandan todos. El método de todas estas esposiciones es como el de las cinco primeras, con poca diferencia.

Ademas de estos tratados, tiene los opúsculos siguientes:

De los principios de la naturaleza, en el que habla de los principios, causas y elementos; de las propiedades de las cosas naturales, y hace algunas divisiones de las causas.

Un libro de la naturaleza de la materia. En este pequeño libro trata en nueve capítulos de la naturaleza, propiedades y formas de la materia.

Tratado de la naturaleza del lugar. En dos capítulos trata de lo que es el lugar, é inquiere, con razonamientos suyos y sentencias de otros, cómo y á qué cosas conviene el lugar.

Dos breves tratados del tiempo y los instantes.

Un libro muy breve para probar que el mundo no es eterno.

Todavía tiene algunos tratados de lógica, que podrán verse en la edicion romana.

Aristóteles escribió sobre la lógica, la física, la metafísica, las ciencias naturales, la política y la literatura. En todas las obras que sobre estos asuntos compuso el filósofo de Estagira, al menos en las que se conservan, puso su mano el Angélico Doctor, como acabamos de ver, para conservar lo bueno y verdadero, rechazar lo malo y falso, y consignar y esplicar lo que solo era oscuro ó dudoso; en una palabra: Santo Tomás tomó á su cargo cristianizar á Aristóteles. El filósofo de Estagira no se habia espresado de una manera conveniente acerca de Dios, de la creacion, del alma y de otros grandes principios fundamentales de toda buena filosofía. Santo Tomás le corrigió en todos estos puntos, y esto es lo que llamamos cristianizacion de la filosofía aristotélica.

Los que acusan á Santo Tomás de no haber inventado una nueva filosofía, y de haberse contentado con comentar á Aristóteles, prueban con sus acusaciones que, ó no saben lo que dicen, ó no han leido jamás las obras del gran filósofo á quien censuran. Las filosofías no se inventan, se heredan; se forman por capas, si nos es lícito espresarnos así. ¿Podia acaso hacer en el siglo XIII lo que Descartes no pudo hacer en el siglo XVII, y lo que otros no han podido hacer en el siglo XIX? Lo único que podia hacer era escoger un antiguo filósofo, adoptar su método, purgarlo de sus errores, y perfeccionar su doctrina.

Tal era la situacion de los espíritus cuando el Doctor Angélico se dispuso á llevar á cabo una revolucion científica, haciendo de Aristóteles el heraldo de la revelacion, y de su filosofía el auxiliar, ó, hablando el lenguaje de los libros santos, la humilde sierva de la fe. Si hubo ó no razon al preferir al maestro de Alejandro, el tiempo ha venido á decirlo. Las reglas de Aristóteles sobre la dialéctica se conservan todavía sin alteracion ninguna. El sistema de la observacion y de la esperiencia de Aristóteles es el mismo que se practica en nuestros dias.

Téngase en cuenta que al espresarnos así hablamos únicamente del método científico, ó sea del sistema filosófico de Santo Tomás. Creen algunos que la filosofía del Angélico Doctor no es otra cosa que la filosofía de Aristóteles, y no faltan escritores, acostumbrados á reducir y clasificar los sistemas filosóficos de la misma manera que pudieran hacerlo con los objetos de un gabinete de historia natural, los cuales, juzgando solo de ella por ciertas apariencias ó formas esteriores, la suponen identificada con la filosofía aristotélica. Este es un error, y error muy grave: solo en la parte relativa á la física puede decirse que existe verdadera afinidad entre la filosofía de Santo Tomás y la de Aristóteles. Por lo que respecta á la filosofía, propiamente dicha, ó sea la ontología, cosmología, teodicea, psicología, ideología, ciencias morales y políticas, la filosofía de Santo Tomás es en el fondo tan platónica como aristotélica, y al propio tiempo no es ni la una ni la otra: la filosofía de Santo Tomás es la filosofía cristiana, fundada por Clemente Alejandrino y San Atanasio, desarrollada por San Agustin, cultivada por San Anselmo y San Buenaventura, y llevada á su perfeccion y desenvuelta de una manera sistemática y completa por el mismo Santo Tomás.

ARTÍCULO VII.

Opúsculos de Santo Tomás.

Los opúsculos de Santo Tomás son muchos y de grande importancia. Tratan de asuntos morales, y alguno que otro tambien de asuntos de disciplina. Todos son dignos del grande ingenio, de la asombrosa erudicion y maduro juicio de Santo Tomás. Aquí, sin embargo, solo haremos una breve reseña de las materias que abrazan (1).

1.° *El opúsculo contra los errores de los griegos* (2). Santo

(1) Solo damos el nombre de opúsculos á los que la edicion de Venecia de 1753 coloca en el tomo XIX.

(2) Sobre este y los demas opúsculos puede verse la advertencia del P. Rubei-.

Tomás lo dedicó al Papa Urbano IV, y trata de la divinidad del Verbo y de su Encarnacion, de la procesion del Espíritu Santo del Padre y del Hijo, del primado de honor y jurisdiccion que tiene el Romano Pontífice en toda la Iglesia, y, por último, de la existencia del purgatorio.

2.° *El opúsculo de la declaracion de algunos artículos contra los griegos, armenios y sarracenos.* Santo Tomás lo escribió en el mismo tiempo, y lo dedicó al chantre de Antioquía, que deseaba instruirse sobre varios puntos de la doctrina católica. El Angélico Doctor, despues de manifestar en los dos capítulos primeros que no se debe probar la verdad de la Religion católica al tratar con los infieles, sino solamente defenderla, en los ocho capítulos restantes le esplica en qué consiste la generacion divina, y que no debe confundirse con la humana; cómo se ha de tomar la procesion *in divinis* del Espíritu Santo del Padre y del Hijo; cuál fue la causa de la Encarnacion, y en qué sentido se ha de decir que Dios se hizo hombre y padeció; y, últimamente, le espone el sacramento de la Eucaristía, y le instruye acerca del lugar en donde son purgadas las almas.

De estos dos opúsculos, y principalmente del primero, se han servido los doctores católicos en las controversias con los griegos, y de ellos tomaron los discípulos de Santo Tomás las armas victoriosas con que pulverizaron tantas veces el cisma de Oriente. La historia eclesiástica nos refiere cómo combatieron tres Padres predicadores á los griegos más sabios en el Concilio de Florencia, y por ella misma sabemos cómo el dominico Bartolomé de Florencia cubrió en Constantinopla de confusion al celoso defensor del cisma, Marco de Efeso, que murió de vergüenza al verse vencido en dos públicas discusiones.

3.° *El opúsculo del compendio de la Teología.* Santo Tomás lo dedicó al hermano y amigo suyo Reginaldo. En él se propuso tratar de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad en otras tantas partes, mas no pasó del cap. x de la segunda, porque le sobrevino la muerte; pero con lo que escribió nada deja que desear, tanto en las cuestiones teológicas como en las puramente filosóficas.

4.° *Respuesta al Maestro Juan de Vercelli sobre cuarenta y dos artículos.* Este Maestro, del Orden de Predicadores, envió al Santo una cédula de artículos sobre diversas cuestiones, ya teológicas, ya filosóficas. El opúsculo es la contestacion dada por el Doctor Angélico, que, entre otros puntos, trata del poder de los ángeles.

5.° *De la forma de la absolucion*, dirigido al mismo. En el tiempo que Santo Tomás esplicaba en Bolonia, el General Juan de Vercelli le remitió un escrito, que un autor anóni-

mo acababa de dar á luz, para probar que el ministro del sacramento de la Penitencia no debia servirse de las palabras *Ego te absolvo*. El Angélico Doctor censuró esta opinion de presuntuosa y temeraria, impugnándola victoriosamente en este opúsculo, que escribió el dia de la festividad de la Cátedra de San Pedro, segun se lee en el último párrafo. Santo Tomás demuestra que no deben omitirse esas palabras, y lo hace, no solo con testos del Evangelio, sino tambien con los testimonios de la tradicion, refutando ademas todas las dificultades. El Concilio de Trento formó en su dia el cánon nueve de la sesion catorce conforme á la doctrina defendida por el Doctor Angélico.

6.° *Respuesta al lector de Venecia sobre treinta y seis artículos*. Este lector pidió á Santo Tomás que le respondiese, en el espacio de cuatro dias, á las cuestiones que le proponia. El Santo Doctor lo hizo brevemente, esponiéndole la doctrina de la Iglesia sobre los ángeles, el alma de Jesucristo, su presencia real en la Eucaristía, y otros varios puntos.

7.° *Respuesta á Gerardo, lector visontino*. Santo Tomás resuelve brevemente seis cuestiones, propuestas por este, á saber: las tres primeras, sobre la estrella que guió á los Magos; la cuarta, sobre si las manos del Niño Jesus criaron las estrellas; la quinta, sobre si el dolor de la Santísima Vírgen duró desde la Presentacion de su Hijo en el templo hasta la Resurreccion, y la sesta sobre si hay ó no obligacion de confesar las circunstancias que no son notablemente agravantes.

8.° *El tratado de las substancias separadas*, ó sea *de la naturaleza de los ángeles, á su amigo Reginaldo*. En este admirable opúsculo, que Santo Tomás dejó incompleto por su muerte, esplica la naturaleza de los ángeles, y en diez y nueve capítulos recorre todo lo que los antiguos filósofos habian dicho sobre esta materia, admitiendo lo que estaba conforme con la doctrina católica, y rechazando lo que la era contrario.

9.° *De la unidad del entendimiento humano, contra los averroistas*. Averroes, filósofo mahometano-español, sostenia que el entendimiento era uno mismo para todos los hombres. Santo Tomás lo refuta en este opúsculo, no con testimonios de la Sagrada Escritura, sino con razones filosóficas, y concluye diciendo que si hay quien tiene algo que alegar, que no lo haga ocultamente, ni delante de los niños, que nada pueden responder, sino que se dirija á cualquiera de los defensores de la verdad católica, y será contestado.

10. *De la diferencia del Verbo divino y humano*. En este opúsculo presenta Santo Tomás tres diferencias entre uno y otro. La primera es que nuestra palabra es antes formable que formada, y la palabra de Dios siempre está en acto; la

segunda, que la nuestra es imperfecta, y la de Dios perfectísima; y la tercera, que nuestra palabra no es una misma cosa con nosotros, y la de Dios es de la misma naturaleza que Dios.

11. *De la naturaleza del entendimiento del Verbo.* Santo Tomás, siguiendo la materia del opúsculo anterior, esplica en este la naturaleza y orígen del Verbo producido por el entendimiento, ó de qué manera procede el entendimiento en la produccion del Verbo.

12. *De las suertes, á Santiago de Burgo.* En este opúsculo espone Santo Tomás, en cinco capítulos, en qué casos pueden tener lugar las suertes, cuál sea el fin de ellas, de qué manera se han de usar, cuál sea su eficacia, y si es lícito usarlas.

13. *De los juicios de los astros, al hermano y amigo Reginaldo.* Santo Tomás manifiesta en este opúsculo que nada tiene de punible esplicar por la influencia de los astros los fenómenos naturales; pero si con ellos se quiere predecir lo futuro, haciéndoles ejercer una necesidad sobre los acontecimientos humanos, esto está reprobado. Ademas, dice que en estas cosas puede existir algun pacto con el demonio, lo que debe evitarse, como recomienda el Apóstol, y por lo tanto, que es grave pecado valerse de los indicios de los astros en aquellas cosas que dependen de la libertad del hombre.

14. *De la eternidad del mundo, contra los murmuradores.* Santo Tomás resuelve en este opúsculo la cuestion de si el mundo ha podido ser criado *ab æterno*, diciendo que una vez que se admita, y no puede menos de admitirse, que ha sido criado, ya no cabe que pueda ser eterno, pues ha tenido principio.

15. *De la fatalidad*, ó sea *del Hado* (1). Santo Tomás trata en este opúsculo de qué cosa sea el hado, si impone necesidad, y en qué cosas se da el hado.

16. *De la perfeccion de la vida espiritual.* Santo Tomás trata en este opúsculo, y en veintiseis capítulos, de la perfeccion cristiana, la manera de adquirirla, cuál sea el estado perfecto, y qué deben practicar los que le abrazan.

17. *Contra la pestífera doctrina que retrae á los hombres del estado religioso.* En tiempo de Santo Tomás habia algunos que, como antes Joviniano y Vigilancio, anteponian el matrimonio á la virginidad, y las riquezas á la pobreza voluntaria. El Santo Doctor los refuta en este opúsculo, que abraza quince capítulos.

---

(1) Este opúsculo es de dudosa autenticidad, segun el P. Rubeis.

ARTÍCULO VIII.

Continuacion de los opúsculos de Santo Tomás.

18. *El oficio sobre la festividad del dia del Corpus.* Santo Tomás lo compuso de órden del Papa Urbano IV, que instituyó esta festividad, y es una muestra elocuentísima de que la imaginacion de Santo Tomás era tan hermosa como profundo su talento. En treinta y dos capítulos espone todo lo que se necesita saber acerca del orígen y escelencias de la Sagrada Eucaristía, de sus frutos, y de las cosas que deben hacerse para recibirla con provecho de las almas. Este escelentísimo rezo es uno de los más acabados cuadros de la liturgia romana. El espíritu inspirador del Altísimo se hace sentir en él por todas sus partes, brotando fe purísima, luz esplendente y uncion sagrada. Sus pensamientos profundos, realzados por un lenguaje de sencilla sublimidad, escitan en los corazones los más vivos afectos de piedad sincera, de tierno reconocimiento y de religiosa admiracion. Parece imposible, ó á lo menos superior al ingenio humano, esponer tantas verdades en tan sucintas palabras; mejor dicho, hablar con tanto laconismo y grandeza de cuanto la fe nos enseña sobre el augusto é inefable misterio de la Sagrada Eucaristía. Léanse, medítense, saboréense los delicados é inimitables himnos *Pange lingua*, *Sacris Solemniis*, *Lauda Sion*, *Verbum Suprernum prodiens*. ¡Qué rasgos tan puramente bellos, matizados de pinceladas sublimes! ¡Qué efusiones tan dulcemente poéticas de celestial ternura! ¡Qué cuadros del convite del amor divino, pintados por el hálito del mismo divino amor! Acaso no habrá ni un cristiano que, aun sin entenderlos, pueda reprimir la espansion de su alma al oir resonar en el templo esos cánticos, cuya grave y majestuosa música se atribuye tambien al mismo Santo. Tampoco habrá un solo poeta que al profundizar estas odas sagradas no se sienta pequeño ante la inspiracion que produjo tan delicado conjunto de misteriosas armonías, para darnos el posible, aunque lejano, reflejo de la Belleza increada.

19. *El tratado sobre el gobierno de los príncipes.* Este esquisito trabajo, que bien merece el nombre de obra, se compuso por Santo Tomás, para que sirviera de instruccion al Rey de Chipre, Hugo II, á quien va dirigido, segun la corta introduccion, que es á la vez dedicatoria y argumento. Este opúsculo está dividido en cuatro libros, que abrazan ochenta y un capítulos. Se cree, sin embargo, con algun fundamento, que no corresponde á Santo Tomás sino hasta el cap. IV del lib. II. Lo demas se atribuye á Ptolomeo de

Luca, que acaso lo escribiera con indicaciones ó notas del mismo Santo.

En la dedicatoria, dice Santo Tomás que nada puede ofrecer á la majestad real más digno de ella, y más conforme á los deberes de su profesion, que un libro que trate del gobierno monárquico, y en el cual se esponga el orígen de la monarquía y cuanto se refiere al ejercicio de la autoridad real, con arreglo al testimonio de la Sagrada Escritura, á los principios de la filosofía y á los ejemplos de los reyes más esclarecidos.

Para lograr esto con acierto, implora los auxilios de aquel que es Rey de reyes y Dominador de dominadores.

El lib. I contiene quince capítulos, en los que trata en general de las ventajas de la monarquía, haciendo ver, que, si bien el gobierno monárquico es mejor que el republicano, no obstante, cuando la dignidad real, por despótica, se hace odiosa, entonces es preferible la forma republicana, si se halla exenta de este defecto, y cómo debe portarse la sociedad para no ser tiranizada; y procede á examinar las obligaciones del rey, señalando, por último, los obstáculos que se oponen al buen gobierno, y enseñando la manera de superarlos.

El libro II tiene diez y seis capítulos, y en ellos trata del bien material de las naciones. Dice que los gobernantes deben construir ciudades; que los reyes deben poseer, no solamente riquezas naturales, como campos y ganados, sino tambien metálico, que es lo que constituye la riqueza artificial; que deben rodearse de empleados instruidos y celosos que les ayuden á llevar la inmensa carga de la administracion pública; procurar que haya en sus Estados fortalezas y caminos buenos y seguros. Demuestra las ventajas que reporta al Estado la acuñacion de moneda propia, y cuán indispensables son los pesos y medidas; que el rey cuide con solicitud de la conservacion de su Estado, y de que los pobres sean socorridos del Erario público; y, por último, la obligacion de proteger y fomentar el culto divino.

El libro III abraza veintidos capítulos. En los primeros prueba con tres géneros de argumentos el derecho divino, y que los romanos merecieron el imperio del mundo por su amor patrio, por las justas leyes, y por otras virtudes cívicas. Demuestra que Dios permite los malos gobiernos para castigar á las naciones, y á veces tambien para castigar á los mismos gobernantes, si se han hecho pecadores. Trata de los gobiernos humanos, comenzando por el dominio que tiene el hombre en general sobre los demas seres á él inferiores; pasa despues á tratar del dominio del Papa, el cual afirma que es superior á los demas poderes humanos; y por

último, de la monarquía y del imperio, y concluye en los dos últimos capítulos tratando de los príncipes que son tributarios á reyes ó emperadores, y de los nombres que los gobernantes toman en algunas regiones, y su manera de gobernar.

El libro IV y último comprende veintiocho capítulos. Comienza esponiendo las diferentes clases de gobierno representativo; pasa á probar con diversos argumentos la necesidad de que los hombres vivan en sociedad, formando ciudades; examina los gobiernos de los antiguos Estados, sus legislaciones, su grandeza y su decadencia, y la doctrina de los filósofos del paganismo acerca de la política, y espone importantes máximas y principios políticos, segun los cuales debe gobernarse para hacer felices á los pueblos.

En esta obra, y en el cap. III del libro I, habla Santo Tomás de una manera terrible contra la tiranía; pero téngase entendido que la doctrina del Santo Doctor es enteramente opuesta á la de los modernos demagogos, que confunden la potestad real con la tiranía. Santo Tomás separa con gran cuidado estas dos cosas, y hace ver que son tan opuestas como la lealtad y la perfidia, la piedad y la hipocresía.

Se ha dicho que Santo Tomás aconseja en algunos casos el regicidio. Nada más falso. El Angélico Doctor rechaza y nunca admite la perniciosa teoría de que los pueblos ó las turbas amotinadas tienen derecho para destruir los tronos por el deseo de fundar repúblicas. Por el contrario, Santo Tomás cree que el gobierno monárquico es preferible al republicano; admite el derecho divino, reprueba el asesinato, y condena la rebelion.

20. *Del régimen de los judíos.* Santo Tomás lo dirigió á la condesa de Brabante, contestando á varios puntos sobre que le habia consultado esta piadosa princesa con relacion á los judíos.

El opúsculo sobre la erudicion de los príncipes se halla en la edicion romana, pero se supone que no es de Santo Tomás.

ARTÍCULO IX.

Sermones y obras dudosas.

Los sermones de Santo Tomás (1) se dividen en dos clases, á saber: dominicales y festivos. Tiene de la primera clase, que comprenden todas las Dominicas del año,

(1) Para la autenticidad de estos sermones, véase la advertencia que en el tomo XXVI, y antes de los sermones, hace el P. Bernardo María de Rubeis.

hasta ciento treinta y ocho, cuyo argumento toma de las Epístolas ó Evangelios del dia. En la segunda se le cuentan setenta y ocho, pronunciados con motivo de las fiestas del Señor, de varios Santos, y de María Santísima. En algunos de estos últimos sírvenle de materia las Epístolas y Evangelios de las mismas festividades, y en otros hace el panegírico de los Santos, poniendo por tema algun testo de la Escritura. Créese tambien que predicó una Cuaresma en Roma, logrando con su elocuente palabra reformar las costumbres de aquella populosa ciudad. Nadie, pues, debe admirarse que una persona tan docta y religiosa, y tan llena del espíritu del Evangelio como el Doctor Angélico, tuviese un talento particular para anunciar dignamente la palabra de Dios desde el púlpito, y hacerla provechosa para la conversion de los pecadores.

OBRAS DUDOSAS.

Los dos últimos libros de la obra titulada: *De regimine Principum* no son de Santo Tomás (1). Nicolás Triveto, hombre sapientísimo y del mayor crédito, cuenta entre las obras atribuidas falsamente á Santo Tomás, las siguientes: *La lectura sobre la carta á los corintios*, desde el cap. XI hasta el fin, y la esposicion del libro I *De Anima*. Tambien deben considerarse como dudosas y apócrifas: la lectura sobre San Juan y sobre una parte del Salterio; las esposiciones de la oracion dominical y el Símbolo; algunos sermones dominicales y festivos; los *Comentarios de los diez preceptos*, y la lectura sobre San Mateo.

ARTÍCULO X.

Carácter y estilo de Santo Tomás.

Santo Tomás, apellidado el Angel de las escuelas, ha sido colocado por los sufragios del orbe católico en una línea que no tiene superior, si es que tiene algun igual, ya se le considere como teólogo, ya como filósofo. Ningun Padre de la Iglesia, ningun Doctor ha penetrado más lejos que él en las profundidades misteriosas del dogma y de la moral evangélica; nadie se ha aproximado más á la infalibilidad, si se puede hablar así, glorioso é inmutable privilegio reservado sobre la tierra á la Iglesia de Dios y su Cabeza. Sobre las mil cuestiones por él discutidas, algunas de las cuales

(1) Natal Alejandro, tomo VII, *Historia eclesiástica*, al siglo XIII, disert. 6.ª, artículo 5.º, pág. 387.

parecen á primera vista más curiosas que útiles, pero que en realidad son casi siempre muy graves en el fondo, sus decisiones han sido reconocidas generalmente tan exactas, que han llegado á ser la regla de la fe y de la disciplina. ¿Quién es el teólogo, aun en nuestros dias, que se atreve á ponerse abiertamente en contradiccion con Santo Tomás, y respecto al cual semejante opinion no fuera una vehemente presuncion heterodoxa? Pero el nombre de Santo Tomás no pertenece solo á la Iglesia, sino tambien á la filosofía. La *Suma teológica* es una obra de razon, al mismo tiempo que una obra de fe. La ciencia se halla allí al lado de la Religion, á la cual presta sus demostraciones y sus fórmulas, y que á su vez agranda los horizontes de la ciencia. Las verdades naturalmente accesibles al entendimiento, y que son en cierto modo la base sobre la que el cristianismo asienta su enseñanza sobrenatural, no han sido espuestas en parte alguna con mayor amplitud, variedad y solidez.

Nadie como Santo Tomás ha esplicado la naturaleza y perfecciones de Dios y el misterio de la Trinidad, ni ha hablado mejor de la creacion, de los ángeles, del hombre en el estado de la inocencia, del pecado original, del Sumo Bien, del fin último, de los actos humanos, de los pecados, de las leyes, del Decálogo, de las virtudes, de la Encarnacion, de los Sacramentos. El Angélico Doctor confunde á los gentiles, rebate los errores de los orientales, echa á tierra el maniqueismo, pulveriza todas las herejías que hubo hasta su tiempo, y, lo que es más notable, deja armas en sus escritos para confundir los errores que salieren en adelante.

En sus estudios *Sobre los principios de la vida*, Santo Tomás se adelanta ya á los descubrimientos de la fisiología moderna. No enseñó, es verdad, no espuso ni esplicó un sistema de física, química, geología y demas ciencias naturales, pero echó los cimientos á todas ellas.

Santo Tomás fue tambien poeta; pero su genio religioso solo podia inspirarse en la más pura de las concepciones amorosas; por eso no cantó más que al pan de la celestial mesa, don precioso, legado por el Redentor al hombre en la última cena, como prenda de su permanencia en la tierra con él hasta la consumacion de los siglos.

En cuanto al método, el Angélico Doctor establece un problema en forma de pregunta; luego presenta las decisiones filosóficas contrarias á su pensamiento, reduciéndolas á silogismos compendiosos, sin omitir ninguna dificultad. Despues cita algunos pasajes de Aristóteles, de la Escritura y de los Padres, y al fin pone su respuesta en términos concisos, que desenvuelve en seguida dialécticamente, logrando á menudo zanjar en pocas palabras, de indecible

precision, complicadísimos problemas. Así llegó á asociar la prueba del silogismo con el axioma de los Padres; pero lo que más sorprende es su claridad, su exactitud y su sano juicio; siempre tranquilo, imparcial, distinto de los sistemas esclusivos, y dispuesto á aceptar todas las verdades y á aprobar todo lo que es en sí bueno.

En la Teología, ciencia de Dios, del hombre y de la naturaleza, Santo Tomás se eleva hasta Dios para contemplarle, y con el rayo que de El toma, baja por la escala de la creacion iluminando las esferas inferiores. Primero encuentra el mundo de las inteligencias puras, el cual, en cuanto lo permiten los límites de la criatura, refleja la vida y las perfecciones de Dios. En el fondo ve los cuerpos regulados por leyes materiales. Entre estos y aquellos está el hombre, que participa de los unos y de los otros. Los tres mundos se hallan unidos por infinitos vínculos, de los cuales resultan el órden natural y el sobrenatural, y en el seno de la obra de Dios nace la obra del hombre, mediante la libertad creada. De aquí la mezcla de bien y de mal, de verdad y de error, que constituye la historia humana.

En cuanto al estilo de Santo Tomás, diremos que empleó en las escuelas el lenguaje que podia comprender el siglo que le escuchaba. Mientras hablaba como Doctor de la verdad católica, hubiera sido impropio revestirla con las gracias del lenguaje y el brillo del estilo. Esto no obstante, el gusto, la elocuencia y el genio de Santo Tomás no fueron, ni bárbaros, ni groseros. Ninguno de los Padres, ninguno de los teólogos, ninguno de los filósofos, es tan importante como Santo Tomás. Mientras que la gloria de los Padres y Doctores que le habian precedido es haber probado que el cristianismo es creible, la gloria del Doctor Angélico es haberle hecho ademas evidentemente razonable. Y así como la especialidad de San Agustin es el ser filósofo-teólogo, la especialidad de Santo Tomás es el ser teólogo-filósofo de la Religion católica. Comparando con este motivo un moderno escritor á los tres más grandes genios del cristianismo, San Pablo, San Agustin y Santo Tomás, consigna que San Pablo *precisó el dogma*, San Agustin *le desarrolló*, y Santo Tomás le demostró en cuanto es susceptible de demostracion. Divinamente inspirado, el Apóstol de las gentes espuso la revelacion: el Obispo de Hipona, la Teología: el dominico Tomás, la filosofía de la Religion cristiana; y San Pablo es el Apóstol por esencia, y San Agustin el teólogo por escelencia, y Santo Tomás es el teólogo-filósofo por escelencia de la Religion del Crucificado.

CAPÍTULO VII.

ESCRITORES ECLESIÁSTICOS DE ESTA SECCION.

ARTÍCULO PRIMERO.

Lanfranco y Pedro Lombardo.

Lanfranco, Arzobispo de Cantorbery, nació en Pavía por los años de 1005, de una familia noble. Su padre, Hambaldo, le dió una educacion correspondiente á su clase. Despues de haber estudiado la retórica y el Derecho en Colonia, regresó Lanfranco á su patria, donde enseñó esta última ciencia, entregándose al mismo tiempo á los trabajos del foro. Poco satisfecho, se retiró á la abadía de Bec, donde pronunció sus votos solemnes en 1042. Deseoso Herluino, fundador de esta abadía, de aprovechar el talento de Lanfranco, nombrole prior de la misma, obligándole á abrir una escuela pública, que desde luego fue una de las más célebres en todo el Occidente. Lanfranco siguió á Roma al Papa Leon IX, que habia ido á celebrar un Concilio en Reims; y de regreso á su abadía, fue nombrado canciller de Guillermo el *Bastardo*. En el mismo año de 1059 asistió al Concilio de Roma, y en 1062, ó 63, Guillermo, protector de Lanfranco, le nombró Abad de San Estéban de Caen. Algunos años despues, ó sea 1070, Guillermo subió al Trono de Inglaterra, y con este motivo, tanto instó á Lanfranco, que al fin consiguió que aceptara el arzobispado de Cantorbery, y el Papa Alejandro II le nombró su Legado apostólico. Inmediatamente se consagró sin descanso á la reforma de su diócesis, restableciendo el estudio de la gramática, de la elocuencia y de la Sagrada Escritura, y fue generalmente considerado como la antorcha y oráculo de la Iglesia en el siglo XI.

Lanfranco murió el 28 de Mayo de 1089.

Las principales obras de este escritor son las siguientes: 1.ª *Un comentario de las epístolas de San Pablo*. 2.ª *Un libro del cuerpo y sangre del Señor, contra Berengario*. 3.ª *Varias notas á las obras de Casiano*. 4.ª *Varios decretos relativos al Orden de San Benito*. 5.ª *El libro de las Epístolas*, muy notable, y á propósito para conocer el estado de la Iglesia de Inglaterra. 6.ª *El libro de las Sentencias*, que tiene por objeto esponer los ejercicios de la vida monástica.

El estilo de Lanfranco es sencillo, natural, claro y fácil. Sus raciocinios son exactos, llenos de fuerza y solidez, y prueban que estaba muy versado en la dialéctica.

Pedro Lombardo, llamado el *Maestro de las Sentencias*, nació en el siglo XII, de padres pobres y oscuros, que habitaban un lugar de Lombardía, de donde tomó el nombre. Habiendo encontrado un poderoso protector, que se prendó de su talento, fue Lombardo enviado á Bolonia á empezar sus primeros estudios, y de allí pasó á Francia, recomendado por el Obispo de Luca. Colocado en la escuela de Reims por San Bernardo, hizo admirables progresos en todas las ciencias. Despues fue á Paris, fijando definitivamente su residencia en aquella capital. Cada dia eran más rápidos los adelantos que hacia, y se cree que fue el primero que recibió la borla de doctor en aquella Universidad. Ocupó muchos años una cátedra de Teología, y sus lecciones eran escuchadas con grande aprecio por los hombres más eminentes en esta ciencia. En 1159 fue elegido Arzobispo de Paris, y murió en 1169.

De él nos quedan las obras siguientes:

1.ª *Cuatro libros de las Sentencias*. En el primero de estos principia diciendo que toda doctrina versa sobre las cosas ó sobre los signos. Propone luego el método que debe seguirse para tratar el dogma de la Santísima Trinidad: entra en seguida en materia: demuestra con San Agustin cómo cabe elevarse al conocimiento de Dios por medio de las criaturas, en quienes resplandece el vestigio de la Trinidad, así como en el alma humana su imágen y semejanza, y continúa esponiendo ampliamente aquel dogma inefable, y los atributos y propiedades de la Divinidad. Viniendo á tratar de la creacion en el libro II, comienza por asentar que uno es el principio de todas las cosas; distingue entre crear y hacer, y fija su consideracion primeramente en la creacion de los ángeles: espone aquí el dogma católico sobre la creacion del alma; distingue entre las cosas que son á la vez en Dios y en las criaturas, y las que pertenecen esclusivamente á Aquel: trata luego del estado del hombre antes y despues del pecado de este, de la gracia, de la libertad, de la voluntad y del entendimiento, de la virtud y demas puntos congruentes con estas materias. No parándose aquí el Maestro de las Sentencias, y queriendo considerar al hombre en todos sus estados, pasa á tratar en el libro III de la *Encarnacion del Verbo*, y por consiguiente de la redencion del género humano. Habiendo considerado á Nuestro Señor Jesucristo en la plenitud de la gracia, toma de aquí ocasion para tratar de las virtudes teologales, de los dones del Espíritu Santo,

de los mandamientos divinos, y de algunos de los vicios que les son opuestos. En el libro IV trata de los Sacramentos; pero constante en seguir al hombre en todas sus evoluciones, así en la vida temporal como en la eterna, concluye tratando de la resurreccion, del juicio, del cielo y del infierno.

El libro de Pedro Lombardo sirvió de tipo y modelo á inmenso número de producciones escolásticas; es una demostracion palmaria de los progresos que iban haciendo las inteligencias cristianas, y sirvió de libro de testo para la enseñanza teológica. Se citan unos doscientos cincuenta comentarios de este importante libro.

Por todas estas razones hemos querido presentar de esa obra importante el pálido bosquejo que queda reseñado (1).

2.ª *Comentarios sobre la concordancia del Evangelio.*

3.ª *Glosa sobre el Salterio de David.*

4.ª *Comentarios sobre las cartas de San Pablo.*

Y tambien han quedado varios manuscritos, que son:

1.° *Glosa sobre el libro de Job.*

2.° *Sermones para los domingos y fiestas del año.*

3.° *Dos Cartas.*

4.° *Método de Teología.*

5.° *Apología*, en la que se justifica de la imputacion de nihilismo que le atribuyó Juan de Cornowailles, su discípulo, que logró hacerle condenar por el Concilio de Tours (2).

ARTÍCULO II.

Alberto el Grande y San Raimundo de Peñafort.

Alberto Magno, á quien sus grandes conocimientos literarios le granjearon este sobrenombre, descendia de la familia de los Señores de Bolstad. Nació el año 1200 en Laningen, á orillas del Danubio. Despues de terminar sus primeros estudios en Padua, entró en 1223 en la Orden de los dominicos, y habiendo estudiado la filosofía y Teología en muchas Universidades, especialmente en las de Colonia y Paris, fue hecho maestro á su vuelta en estas dos ciudades, siendo su discípulo predilecto Santo Tomás de Aquino, y más adelante su colaborador y sucesor. Desempeñó las funciones de Provincial de su Orden en Alemania, y en 1260 fue elevado por Alejandro IV á la Silla episcopal de Ratisbona, la cual resignó dos años despues para retirarse al convento

(1) En la *Historia literaria de Francia*, tomo XII, y en Ceillier, tomo XXIII, se halla un análisis completo de esta obra.

(2) Para adquirir más pormenores, pueden consultarse las obras citadas en la obra anterior, y el tomo I *De Piamonteses ilustres*.

de dominicos de Colonia, en cuya poblacion murió de una edad avanzada en 1280.

Débese á Alberto Magno el que la filosofía de Aristóteles dominara en la Edad Media, como tambien el que las obras de ciencias naturales de este filósofo se usaran comunmente, aunque no comprendiera el griego, y no conociera á Aristóteles sino por las traducciones latinas. Estas traducciones le familiarizaron con las obras de los árabes y rabinos. En cuanto á Teología, siguió las huellas de Pedro Lombardo, cuyas sentencias comentó estensamente. Sin embargo, trató de formular un nuevo sistema teológico, titulado *Suma de Teología*, que le fue propio. Ademas de sus numerosas obras de filosofía y Teología, compuso muchos tratados de historia natural; y fue tan superior á sus contemporáneos en conocimientos físicos y esperimentales, que le tenian por un hombre maravilloso y verdadero mágico. Alberto, sin duda alguna, es superior á todos los escolásticos por la estension de sus conocimientos, mas es inferior en genio y fecundidad de espíritu á San Anselmo, Santo Tomás de Aquino y Escoto.

A Alberto Magno se le han atribuido muchas obras, entre otras, las tituladas *De la Alquimia* y *De los secretos de las mujeres*.

San Raimundo de Peñafort nació en Barcelona el año 1175, de una familia ilustre, que reconocian por su aliada los Reyes de Aragon. Estudió el Derecho canónico y civil en la Universidad de Bolonia, donde se graduó de doctor, y desempeñó con crédito el encargo de profesor público. Llamado á su patria por el Obispo de Barcelona, fue canónigo y juez de la catedral, dignidad que dejó el año 1222 para entrar en la religion de Santo Domingo, teniendo cuarenta y siete años de edad. Humilde y obediente como el más jóven de los novicios, era el ejemplar de todos por su fervor y docilidad. Su celo por la conversion de los infieles y de los pecadores no reconocia dificultad alguna. El año 1238 fue electo tercer General de su Orden; pero á los dos años renunció este empleo, para reducirse al estado de mero religioso; y tambien rehusó el arzobispado de Tarragona, en España. Gregorio III le nombró auditor de la Rota romana; y las causas más graves de la Iglesia no se resolvian sin el consejo de Raimundo de Peñafort.

Asistió al Concilio provincial de Tarragona, en el que se adoptaron disposiciones muy severas, pero muy justas y necesarias, contra los herejes llamados albigenses, que vagaban como fieras por los campos, destruyendo los árboles, incendiando las mieses y asesinando á los cristianos. Las medidas del Concilio fueron dictadas por la ley de la defensa,

y esto debe tenerse muy en cuenta para rechazar las acusaciones que lanzan los incrédulos contra la Iglesia.

San Raimundo murió en Barcelona á la edad de cien años, el dia 6 de Enero de 1275, con la reputacion de sabio modesto, de predicador celoso y de religioso perfecto. El año 1601 le canonizó el Papa Clemente VIII.

Las principales obras de San Raimundo son:

1.ª *La coleccion de Decretales*, que hizo de órden de Gregorio IX, de quien era capellan y penitenciario mayor, es la más útil de sus obras. Esta coleccion se divide en cinco libros, y consta de decretos de los Concilios y Constituciones de los Sumos Pontífices.

2.ª *La Suma de los casos de conciencia*. Esta *Suma* está dividida en tres partes: en la primera se trata de las culpas que se cometen contra Dios; en la segunda se esponen los delitos contra el prójimo; y en la tercera se habla de las irregularidades, de los impedimentos de los ordenandos, de las dispensas, de las purificaciones, de las sentencias, de la penitencia y de la absolucion, y tambien hay un tratado del Matrimonio.

3.ª *Un tratado del motivo por qué se debe visitar la diócesis*.

4.ª Un opúsculo titulado *Modo justo de negociar*.

CONCLUSION.

Hemos llegado al término de nuestro trabajo; fáltanos, sin embargo, resumir en unas cuantas observaciones lo que de nuestros estudios se deduce.

Los Padres apostólicos y los apologistas han sido el principal tema de la primera época: sus palabras sublimes, sus pensamientos profundos, sus doctrinas y sus consejos se hallan esparcidos entre las noticias más curiosas de su vida, y en los detalles más interesantes de sus escritos, para formar idea de su carácter, de sus grandes virtudes, de su autoridad y de su prestigio. Para su mayor gloria y engrandecimiento, hemos procurado tejer una corona, en la cual de nuestra parte no ha habido más que la buena voluntad y el deseo de acertar á colocar de un modo oportuno las muchas y bellísimas flores que la componen.

Los Padres apostólicos son los primeros intérpretes de la doctrina de Jesucristo, y en sus escritos se contienen como en gérmen las principales formas bajo las cuales debia venir más tarde el desarrollo de la doctrina católica.

Despues aparecen los apologistas, que con su poderosa palabra defienden la verdad contra los ataques de su enemigo: los mártires predicaron con elocuencia irresistible; pero de su predicacion el mundo no posee más que la evidencia de sus dolores y la seguridad de su heroismo: su palabra espira en la garganta que corta la segur, ó se pierde en el griterío atronador de los espectadores, que aplauden sin cesar cuando se arroja á la arena una víctima inocente.

Si la apología no se hubiese escrito, hoy se negaria á la Religion católica uno de sus triunfos más asombrosos. Vivimos en el tiempo de las negaciones, y contra la monomanía de negar, el remedio más seguro son las afirmaciones, apoyadas en el testimonio de la historia: los escritos apologéticos son de tanta importancia, que sin ellos la gran obra confiada por Dios á sus escogidos acá en la tierra acaso hubiera quedado incompleta.

Tambien se habrá podido notar la diferencia que hay entre los Padres latinos y griegos de esta época, nacida de la diversa índole de estos pueblos, y de las diversas formas que presentaba el enemigo que combatian.

La Roma pagana, para la cual es lo mismo la Religion que el Estado, no sabe condenar más gravemente al cristianismo que declarándolo enemigo del género humano, esto es, del imperio; su genio legal decreta, mata, no discute. Así, los apologistas latinos conservan algo de la altanería romana; oponen al rigor, el rigor; no se avienen á descender á pactos con el enemigo, ni aun quieren valerse de más armas que las propias, y se contentan con esponer el dogma y atenerse á la letra escrita. En Grecia era muy antiguo y casi natural el amor á la disputa y á las sutilezas; pero sus filósofos, disgustados de tratar las antiguas cuestiones, acudian ansiosos al pasto nuevo para examinarlo y discutirlo; de manera que los apologistas griegos estaban obligados á entrar en minuciosos pormenores sobre el cristianismo, y á rebatir la sutil paradoja y el silogismo capcioso de sus contrarios, no faltando tambien algunos que, educados en las escuelas paganas, se presentaban en el campo, como David, con la espada arrebatada al gigante. En fin, el carácter griego, especulativo y aficionado á la cultura intelectual, esponia los servicios prestados por la filosofía; el carácter romano, práctico, notaba sus abusos y la declaraba inútil para fundar un órden de cosas espiritual.

Conviene, sin embargo, consignar aquí que el desprecio de los apologistas latinos á la filosofía no se dirigia á la ciencia como tal, sino á sus estravíos; y no de otro modo debe entenderse á Tertuliano cuando decia que nada habia de comun entre Atenas y Jerusalen, la Academia y la Iglesia.

Bajo este punto de vista, tambien los Padres de la Iglesia griega eran adversarios de la filosofía pagana; pues aunque se ha hecho notar, y con grande exageracion por cierto, su tal ó cuál aficion á las doctrinas platónicas, interesa recordar que, como dice Alzog, eso que se quiere llamar el platonismo de los Padres de la Iglesia tendia principalmente á demostrar la concordancia de ciertos dogmas con los principios más puros y más inteligibles de la filosofía pla

tónica, y á servirse de los unos para esponer los otros, proporcionando de este modo á los talentos reflexivos un medio fácil para pasar del paganismo al Evangelio. Pero, lejos de establecer el sistema platónico como norma de verdad, y de amoldar á él la doctrina evangélica, los sabios teólogos de esta época consideraron el cristianismo como una doctrina *divinamente revelada*, fuera del alcance de la filosofía humana, y á la doctrina de la Iglesia como *Regla de fe*, norma y medida del juicio acerca de lo verdadero y de lo falso en todas las controversias científicas.

La segunda época, á la vez que fue la de los mayores errores contra la fe, fue tambien la de los hombres más grandes del cristianismo. La Providencia parecia haber guardado estos escelentes genios religiosos para consuelo de la Iglesia en sus dias más terribles.

En las tímidas criptas, los cristianos no se habian cuidado de cuestiones teológicas, bastándoles creer y estar dispuestos á sostener la fe con su sangre; por otra parte, las primeras herejías, las visiones de los gnósticos, ó las supersticiones de los simoníacos, no fueron otra cosa que una negacion brutal del cristianismo; pero en esta época nacieron multitud de herejías, sostenidas por hombres importantes, decididamente apoyados las más veces por los Emperadores, y cuyo triunfo hubiera sido la ruina total de la Iglesia católica. En medio de tales peligros, se levantaron los Padres de la Iglesia, prontos á combatir al enemigo y detener el torrente que por todas partes se precipitaba. A cada ataque, la verdad respondia por uno de esos enviados de Dios. Al lado de cada terrible adversario se levantaba un gran hombre de fe para aniquilarlo. El punto del cristianismo que estaba amenazado, se rodeaba entonces de más vigor; torrentes de claridad brillaban allí donde una ligera sombra habia servido de pretesto á nuevas opiniones; todo lo que en las Escrituras no estaba más que en gérmen, tomaba imponentes y luminosas proporciones; se habia esperado destruir, y el efecto de los multiplicados golpes de aquel largo encarnizamiento hizo subir más alto y agrandar y acabar el edificio de la fe católica. La herejía, pues, sirvió prodigiosamente al desarrollo de las ideas y creencias cristianas, y ha sido causa de que se desenvolviera un cuerpo de doctrina el más vasto y el más completo que ha existido jamás.

En la tercera época hubo un período de general decadencia en el estudio de la Teología, debido en gran parte á la invasion de los bárbaros, en cuya tremenda tempestad naufragaron á un tiempo letras, ciencias y costumbres; y los restos que de este naufragio se salvaron, debiéronse al cristianismo, que logró contener el ímpetu de aquel devastador

elemento, y no se detuvo en su noble carrera hasta aplacar sus iras y convertirlo en sumiso elemento de la civilizacion católica.

No hay espectáculo más interesante que el de los escritores de este tiempo trabajando en el edificio de la Iglesia en medio de un mundo que se desplomaba, levantando, á las órdenes de Cristo, los muros de la Jerusalen católica, cuyo recinto debe ser grande como el universo, al mismo tiempo que por todos lados se destruyen ciudades y se hunden imperios. Nos figuramos ver un torrente que arrastra costumbres é instituciones, naciones y reinos, y mientras que esparce tantas ruinas, á los Doctores de la Iglesia, de pie sobre sus orillas, que hablan del porvenir, que fundan y fertilizan.

Esta edad habia principiado, es verdad, en una época aciaga para las ciencias; pero, merced á las escuelas de los monasterios, se vieron hombres eminentes que no solo fueron depositarios de la ciencia antigua, sino que ademas le añadieron nuevos elementos de progreso. De manera que la Iglesia, que ya habia triunfado de las naciones cultas, del valor y del poder romano, de los artificios y sutilezas de los griegos, triunfa ahora de la grosería é ignorancia de los siglos medios.

Para honor eterno de la Iglesia católica, para rechazar más y más el cargo que se le ha hecho de *apocadora* del entendimiento humano, es menester observar que los Padres, no solo se elevaron sobre los sabios de su tiempo, sino que ademas indicaron el camino que debia seguirse para el verdadero adelanto.

Sus obras, unidas á la Escritura, consagradas por la sancion que la Iglesia las ha dado, añaden á la autoridad de la palabra divina, inmediatamente emanada del Espíritu Santo, el peso de la inspiracion que las ha producido, y la eficacia de una gracia que muy particularmente las distingue de todas las composiciones humanas. Sus escritos forman esa augusta cadena cuya majestuosa unidad se ha manifestado inmutable en medio de los choques de las revoluciones, de los ataques del cisma y de la herejía, de las ruinas del tiempo, de las tinieblas de la ignorancia y de los estragos de las malas costumbres; ellos son los títulos de nuestra creencia, y en cada siglo se nos ofrecen ilustres testimonios de la fe contemporánea; é imprimiendo á nuestra doctrina el sello de la verdad, suben así hasta la fuente misma de la infalibilidad de Dios. Las obras de los Santos Padres, con relacion á la ciencia, suministran preciosísimos documentos; son verdaderos archivos de los siglos en que florecieron, y bajo el punto de vista histórico revelan los usos, las costumbres y el genio de los pueblos. Habiendo vivido

en épocas de miseria y de confusion, parecen llamados por la Providencia para socorrer tan grandes males, y para impedir la ruina eterna de la sociedad. Exhortando á los pueblos á la sumision y á los príncipes á la dulzura, se muestran enemigos á la vez de la anarquía y del despotismo. El mundo puede, por este medio, comprender que la Religion que anuncian es la única que dará á los Estados principios de justicia y de órden, de estabilidad y de verdadero progreso. Así, pues, el visible enlace entre Jesus y sus discípulos, estos y los Padres apostólicos, los Padres apostólicos y los apologistas, los apologistas y los Padres de la edad de oro de la Teología, y estos y los escolásticos, significa la mano de la Providencia llevando al género humano á su salvacion de un modo seguro y duradero.

FIN.

INDICE.

Págs.

Dedicatoria..... III
Censura..... V
Aprobacion..... VII
Prólogo..... IX

CAPÍTULO ÚNICO.

Preliminares.

Artículo primero.—Definicion, objeto é importancia de la Patrología..... XIII
Art. II.—Historia de la Patrología..... XV

OBJETO GENERAL DE LA PATROLOGÍA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Nociones generales de los Santos Padres y demas escritores eclesiásticos.

Artículo primero.—Providencia divina en la propagacion y conservacion de la doctrina católica..... 17
Art. II.—Diferentes clases de escritores de la Iglesia..... 18
Art. III.—Santos Padres..... 19
Art. IV.—Condiciones necesarias para la declaracion de los Santos Padres..... 20
Art. V.—Criterio para conocer los Santos Padres..... 22
Art. VI.—Doctores de la Iglesia..... 23

CAPÍTULO II.

De la autoridad de los Santos Padres.

Artículo primero.—Qué cosa sea la autoridad de los Santos Padres, qué errores hay acerca de ella, y cuál es la verdadera doctrina..... 24
Art. II.—Motivos poderosos en que se apoya la autoridad de los Padres..... 26
Art. III.—De la autoridad de cada Padre en particular, y de sus diversos grados..... 29

Págs.

CAPÍTULO III.

Del objeto sobre que versa la autoridad de los Padres.

Artículo primero.—Autoridad de los Santos Padres en las cuestiones de fe y moral.... 32
Art. II.—Autoridad de los Santos Padres en la esposicion de Sagrada Escritura..... 34
Art. III.—Autoridad de los Santos Padres en ascética y pastoral..... 35

CAPÍTULO IV.

Importancia de la autoridad de los Padres.

Artículo primero.—Los Santos Padres con relacion á la Escritura y á la Iglesia..... 37
Art. II.—Respuesta á las objeciones que se hacen á la autoridad de los Santos Padres..... 38

Págs.

CAPÍTULO V.

Necesidad de la crítica en el estudio de los Padres.

Artículo primero.—Idea y necesidad de la crítica en el estudio de la Patrología..... 41
Art. II.—Fundamentos de la crítica..... 42
Art. III.—Causas de la suposicion y corrupcion de las obras de los Santos Padres.. 44

CAPÍTULO VI.

Criterios para conocer las obras de los Santos Padres.

Artículo primero.—Principios positivos de la crítica..... 47
Art. II.—Principios negativos de la crítica..... 49
Art. III.—Reglas principales que se han de observar en el uso de la crítica..... 52

CAPÍTULO VII.

Auxiliares para entender rectamente á los Padres.

Artículo primero.—Causas de la oscuridad y dificultad en la lectura de los Santos Padres. 54
Art. II.—Auxiliares profanos para resolver las dificultades en la lectura de los Santos Padres..... 55
Art. III.—Continuacion de los auxiliares profanos..... 57

CAPÍTULO VIII.

Auxiliares sagrados para entender los escritos de los Santos Padres.

Artículo primero.—Conocimiento de la Sagrada Teología..... 60
Art. II.—Conocimiento de la Sagrada Escritura..... 61
Art. III.—Conocimiento de la historia eclesiástica..... 61
Art. IV.—Conocimiento de la vida de los Padres y de los escritores que de ellos han tratado.. 62

CAPÍTULO IX.

Continuacion de los auxiliares sagrados.

Artículo primero.—De las mejores ediciones..... 66
Art. II.—Colecciones de los obras de los Santos Padres.. 68

Págs.

CAPÍTULO X.

Del uso de los Padres.

Artículo primero.—Del uso público de los Santos Padres.. 70
Art. II.—Del uso particular y dogmático de los Santos Padres..... 71
Art. III.—Del uso de los Santos Padres en moral, ascética y pastoral..... 71

CAPÍTULO XI.

Continuacion del uso de los Santos Padres.

Artículo primero.—Del uso de los Padres en exegética.... 74
Art. II.—De los varios modos de esponer los Padres la Sagrada Escritura..... 76
Art. III.—De los auxiliares para el uso exegético de los Padres, y de las *Cadenas*..... 78

CAPÍTULO XII.

Eleccion de las obras de los Padres.

Artículo primero.—Qué obras de los Padres se han de elegir para Teología dogmática. 80
Art. II.—Qué obras morales y ascéticas se han de elegir de los Padres..... 81
Art. III.—Qué obras de los Padres se han de elegir en exegética..... 83
Art. IV.—De las colecciones de los Padres donde se contienen sus obras más notables.. 84

CAPÍTULO XIII.

De las reglas que se requieren para la lectura de los Padres. 86

CAPÍTULO XIV.

Del lector de los Padres.

Artículo primero.—Qué circunstancias se requieren en el lector de los Santos Padres 89
Art. II.—Cómo se han de leer los Padres para sacar mucha y duradera utilidad..... 90

ÉPOCA PRIMERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Padres apostólicos.—Estilo y carácter de sus escritos... 93

Págs.

CAPÍTULO II.

San Clemente Romano.

Artículo primero. — Vida de San Clemente..... 96
Art. II.—Escritos auténticos de San Clemente..... 97
Art. III.—Ocasion, propósito, argumento, carácter, estilo y doctrina de la carta de San Clemente..... 97
Art. IV.—Obras dudosas y espurias de San Clemente.... 99

CAPÍTULO III.

San Ignacio Mártir.

Artículo primero. — Vida de San Ignacio Mártir..... 102
Art. II.—Autenticidad, ocasion, objeto, argumento, carácter, estilo y doctrina de los escritos de San Ignacio..... 103

CAPÍTULO IV.

San Policarpo.

Artículo primero. — Vida de San Policarpo..... 107
Art. II. — Autenticidad, motivo, objeto, argumento, carácter, estilo y doctrina de los escritos de San Policarpo... 108

CAPÍTULO V.

Carta de San Bernabé.

Artículo primero. — Autor y autenticidad de la carta que lleva el nombre de San Bernabé..... 110
Art. II.—Argumento de la carta titulada de San Bernabé.. 112

CAPÍTULO VI.

San Hermás.

Artículo primero. — Vida de San Hermás..... 114
Art. II.—Escritos de San Hermás..... 115
Art. III.—Argumento del libro de Hermás..... 116
Art. IV. — Carácter, estilo y doctrina de San Hermás.... 118

CAPÍTULO VII.

Carta á Diognetes.

Artículo primero.—Dudas acerca de la autenticidad de la carta á Diognetes..... 120

Págs.

Art. II.—Motivo, objeto y argumento de esta carta..... 121
Art. III.—Carácter y estilo de la carta..... 122

CAPÍTULO VIII.

San Dionisio Areopagita.

Artículo primero. — Vida de San Dionisio..... 124
Art. II.—Obras que se atribuyen á San Dionisio Areopagita, y argumento de cada una. 125
Art. III.—Fundamento en que se apoya la duda acerca de la autenticidad de estos libros. 126

CAPÍTULO IX.

San Papías.

Artículo primero. — Vida de San Papías..... 128
Art. II.—Escritos de San Papías..... 128

PADRES DEL SIGLO II.

CAPÍTULO PRIMERO.

Idea general y carácter de los Padres del siglo II..... 129

CAPÍTULO II.

San Justino.

Artículo primero. — Vida de San Justino..... 132
Art. II. — Clasificacion de las obras de San Justino. — Su primera apología..... 134
Art. III.—Segunda apología... 136
Art. IV.—El *Diálogo con Trifon*..... 137
Art. V.—Obras dudosas y supuestas de San Justino..... 139
Art. VI.—Doctrina, carácter y estilo de San Justino..... 140

CAPÍTULO III.

San Ireneo.

Artículo primero. — Vida de San Ireneo..... 142
Art. II.—Escritos de San Ireneo.—Cinco libros contra los herejes..... 144
Art. III. — Argumento de la obra de San Ireneo contra las herejías..... 145
Art. IV.—Importancia de esta obra..... 148
Art. V.—Doctrina, carácter y estilo de San Ireneo..... 149

Págs.

CAPÍTULO IV.

Escritores eclesiásticos del siglo II.

Artículo primero.—Escritores apologistas 151
Art. II.—De otros Padres y escritores eclesiásticos del siglo II..... 155

PADRES DEL SIGLO III.

CAPÍTULO PRIMERO.

Idea general y carácter de los Padres del siglo III..... 158

CAPÍTULO II.

Tertuliano.

Artículo primero. — Vida de Tertuliano..... 162
Art. II.—Division de las obras de Tertuliano. — Sus obras apologéticas..... 163
Art. III.—Escritos morales... 167
Art. IV.—Escritos contra la Iglesia..... 169
Art. V.—Carácter y estilo de Tertuliano..... 169

CAPÍTULO III.

Clemente de Alejandría.

Artículo primero. — Vida de Clemente de Alejandría.... 172
Art. II.—Escritos de Clemente de Alejandría..... 173
Art. III.—Argumento de los libros genuinos..... 174
Art. IV.—Estilo y carácter de Clemente de Alejandría..... 175

CAPÍTULO IV.

Orígenes.

Artículo primero. — Vida de Orígenes..... 177
Art. II.—Obras de Orígenes sobre la Sagrada Escritura... 178
Art. III.—Obras teológicas y morales..... 180

CAPÍTULO V.

San Hipólito.

Artículo primero. — Vida de San Hipólito..... 183
Art. II.—Escritos de San Hipólito..... 184

Págs.

CAPÍTULO VI.

San Cipriano.

Artículo primero. — Vida de San Cipriano..... 186
Art. II.—Division de los escritos de San Cipriano. — Sus cartas..... 190
Art. III.—Tratados apologéticos contra gentiles y judíos. 191
Art. IV.—Tratados de moral y disciplina..... 192
Art. V.—Obras dudosas y apócrifas..... 194
Art. VI.—Carácter, estilo y doctrina de San Cipriano... 195

CAPÍTULO VII.

San Dionisio de Alejandría.

Artículo primero.—Vida de San Dionisio de Alejandría.. 197
Art. II.—Escritos de San Dionisio..... 199

CAPÍTULO VIII.

San Gregorio Taumaturgo.

Artículo primero. — Vida de San Gregorio Taumaturgo.. 202
Art. II.—Escritos de San Gregorio Taumaturgo..... 203

CAPÍTULO IX.

San Metodio.

Artículo primero. — Vida de San Metodio..... 205
Art. II.—Obras de San Metodio..... 205

CAPÍTULO X.

De otros Padres y escritores notables del siglo III y principios del IV.

Artículo primero.—San Anatolio de Alejandría, San Arquelaó y San Pedro de Alejandría..... 208
Art. II.—Cayo, presbítero romano; Julio Africano, Victorino, M. Minucio Félix, Arnobio, Lactancio y Julio Materno..... 209

ÉPOCA SEGUNDA.

CAPÍTULO ÚNICO.

Idea general y carácter del siglo IV..... 212

Págs.

SECCION PRIMERA.

De los Padres que defendieron la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo en el siglo IV.

CAPÍTULO PRIMERO.

Eusebio de Cesárea.

Artículo primero. — Vida de Eusebio 215
Art. II.—Division de los escritos de Eusebio de Cesárea, y sus obras históricas..... 216
Art. III.—Obras exegéticas... 218
Art. IV.—Obras dogmáticas.. 218

CAPÍTULO II.

San Atanasio.

Artículo primero. — Vida de San Atanasio..... 223
Art. II.—Division de las obras de San Atanasio..... 226
Art. III. — Obras dogmáticas contra los gentiles..... 227
Art. IV.—Obras dogmáticas de San Atanasio sobre el misterio de la Santísima Trinidad. 228
Art. V.—Obras dogmáticas sobre el misterio de la Encarnacion..... 231
Art. VI.—Obras históricas.... 233
Art. VII.—Obras exegéticas de San Atanasio..... 236
Art. VIII.—Obras morales de San Atanasio..... 237
Art. IX.—Fragmentos, obras dudosas y apócrifas de San Atanasio..... 238
Art. X. — Carácter, estilo y doctrina de San Atanasio... 239

CAPÍTULO III.

San Eustacio.

Artículo primero. — Vida de San Eustacio..... 241
Art. II.—Escritos de San Eustacio..... 242

CAPÍTULO IV.

San Cirilo de Jerusalen.

Artículo primero. — Vida de San Cirilo de Jerusalen.... 244
Art. II.— Obras genuinas de San Cirilo de Jerusalen.... 246
Art. III.— Argumento de las catequesis..... 247
Art. IV.—De otras obras de San Cirilo..... 249

Págs.

Art. V.—Carácter, estilo y doctrina de San Cirilo..... 250

CAPÍTULO V.

San Hilario de Poitiers.

Artículo primero. — Vida de San Hilario de Poitiers..... 252
Art. II.—Division de las obras de San Hilario.—Sus escritos polémico-dogmáticos... 255
Art. III.—Continuacion de las obras dogmático-polémicas de San Hilario..... 257
Art. IV.—Obras exegéticas... 259
Art. V.—Carácter, estilo y doctrina de San Hilario..... 261

CAPÍTULO VI.

Principales escritores eclesiásticos de este tiempo.

Juvenco, Eusebio de Verceli, Lucífero de Caller, Fevadio, y Mario Victorino..... 263

CAPÍTULO VII.

San Basilio el Magno.

Artículo primero. — Vida de San Basilio Magno..... 268
Art. II.—Division de los escritos de San Basilio Magno.— Sus obras contra Eunomio.. 271
Art. III.—Continuacion de las obras dogmáticas de San Basilio..... 275
Art. IV.—Obras exegéticas de San Basilio..... 277
Art. V.—Obras ascéticas y morales de San Basilio..... 279
Art. VI.—Homilías de San Basilio..... 280
Art. VII.—Cartas de San Basilio..... 282
Art. VIII.—Obras dudosas, perdidas y apócrifas de San Basilio Magno..... 283
Art. IX. — Carácter, estilo y doctrina de San Basilio Magno..... 285

CAPÍTULO VIII.

San Gregorio Nacianceno.

Artículo primero. — Vida de San Gregorio Nacianceno... 287
Art. II.—Division de las obras de San Gregorio Nacianceno. —Sus discursos..... 290
Art. III.—Cartas de San Gre-

Págs.

gorio Nacianceno..... 294
Art. VI.—Poemas de San Gregorio 295
Art. V.—Carácter, estilo y doctrina de San Gregorio Nacianceno..... 298

CAPÍTULO IX.

San Gregorio Niseno.

Artículo primero.—Vida de San Gregorio Niseno..... 300
Art. II.—Division de las obras de San Gregorio Niseno.—Sus obras dogmáticas..... 301
Art. III.—Obras exegéticas de San Gregorio..... 304
Art. IV.—Obras morales y ascéticas de San Gregorio.... 306
Art. V.—Sermones de San Gregorio..... 308
Art. VI.—Cartas de San Gregorio..... 310
Art. VII.—Carácter, estilo y doctrina de San Gregorio Niseno..... 311

CAPÍTULO X.

San Anfiloquio.

Artículo primero.—Vida de San Anfiloquio..... 313
Art. II.—Obras de San Anfiloquio 314

CAPÍTULO XI.

San Epifanio.

Artículo primero.—Vida de San Epifanio..... 315
Art. II.—Division de las obras de San Epifanio.—Sus escritos contra los herejes..... 317
Art. III.—Obras exegéticas, y dos cartas de San Epifanio.. 319
Art. IV.—Carácter, estilo y doctrina de San Epifanio... 321

CAPÍTULO XII.

Principales escritores de la Iglesia griega en este tiempo.

Artículo primero.—Asterio, Timoteo y los dos Macarios. 323
Art. II.—Continuacion.—Evagrio..... 325

CAPÍTULO XIII.

San Ambrosio.

Artículo primero.—Vida de San Ambrosio..... 326

Págs.

Art. II.—Division de las obras de San Ambrosio.—Escritos contra los arrianos..... 329
Art. III.—Continuacion de las obras dogmáticas..... 331
Art. IV.—Obras pertenecientes á la Teología moral..... 334
Art. V.—Dos libros sobre la muerte de su hermano Satyro..... 336
Art. VI.—Obras exegéticas de San Ambrosio..... 337
Art. VII.—Esposiciones sobre algunos Patriarcas..... 338
Art. VIII.—Esposiciones sobre otros personajes y libros sagrados 341
Art. IX.—Obras morales..... 344
Art. X.—Libros sobre la virginidad..... 347
Art. XI.—Sermones de San Ambrosio..... 349
Art. XII.—Cartas é himnos de San Ambrosio..... 351
Art. XIII.—Obras dudosas, perdidas y espurias..... 352
Art. XIV.—Carácter, estilo y doctrina de San Ambrosio.. 354

CAPÍTULO XIV.

De otros Padres de este tiempo.

Artículo único.—San Dámaso, San Siricio, San Filastrio y San Zenon..... 356

SECCION SEGUNDA.

De los Santos Padres que espusieron la Sagrada Escritura á fines del siglo IV y principios del V.

CAPÍTULO PRIMERO.

San Efren.

Artículo primero.—Vida de San Efren..... 359
Art. II.—Division de las obras de San Efren.—Sus obras exegéticas..... 361
Art. III.—Idea general de las demas obras de San Efren.. 362
Art. IV.—Sermones dogmáticos..... 363
Art. V.—Sermones en las fiestas del Señor y de los Santos. 364
Art. VI.—Obras morales y ascéticas 365
Art. VII.—Carácter, estilo y doctrina de San Efren..... 368

Págs.

CAPÍTULO II.

San Juan Crisóstomo.

Artículo primero.—Vida de San Juan Crisóstomo..... 370
Art. II.—Division de las obras de San Juan Crisóstomo.—Sus esposiciones sobre el Antiguo Testamento..... 373
Art. III.—Esposiciones sobre el Nuevo Testamento..... 375
Art. IV.—Homilías de San Juan Crisóstomo..... 377
Art. V.—Continuacion.—Homilías morales y ocasionales.. 380
Art. VI.—Opúsculos dogmáticos de San Juan Crisóstomo. 383
Art. VII.—Opúsculos morales. 385
Art. VIII.—Opúsculos morales escritos por San Juan Crisóstomo siendo presbítero y Obispo, y en su segundo destierro..... 387
Art. IX.—Cartas de San Juan Crisóstomo, y obras dudosas, apócrifas y perdidas..... 392
Art. X.—Carácter, estilo y doctrina de San Juan Crisóstomo. 393

CAPÍTULO III.

San Gerónimo.

Artículo primero.—Vida de San Gerónimo,..... 396
Art. II.—Division de las obras de San Gerónimo.—Sus versiones de la Sagrada Escritura..... 399
Art. III.—Obras exegéticas de San Gerónimo..... 401
Art. IV.—Obras polémicas de San Gerónimo..... 404
Art. V.—Obras históricas y cartas de San Gerónimo.... 409
Art. VI.—Libros traducidos del griego por San Gerónimo... 410
Art. VII.—Obras apócrifas de San Gerónimo..... 411
Art. VIII.—Carácter, estilo y doctrina de San Gerónimo.. 412

CAPÍTULO IV.

San Paciano.

Artículo primero.—Vida de San Paciano..... 415
Art. II.—Escritos de San Paciano..... 416

Págs

CAPÍTULO V.

De otros escritores eclesiásticos de este tiempo.

Artículo primero.—Vida de Rufino de Aquilea..... 418
Art. II.—Escritos de Rufino de Aquilea, genuinos y dudosos. 419
Art. III.—Los dos Paladios y Sulpicio Severo..... 421
Art. IV.—San Cromacio de Aquilea y San Gaudencio de Brescia..... 423

CONTINUACION DE LA EPOCA SEGUNDA.

CAPÍTULO ÚNICO.

Idea general y carácter de los Padres del siglo v..... 426

SECCION PRIMERA.

De los Padres que impugnaron á los donatistas y pelagianos.

CAPÍTULO PRIMERO.

San Optato de Milevi.

Artículo único.—Vida, escritos y doctrina de San Optato de Milevi..... 430

CAPÍTULO II.

San Agustin.

Artículo primero.—Vida de San Agustin..... 433
Art. II.—Introduccion á las obras de San Agustin.—Sus *Confesiones* y sus *Retractaciones*..... 437
Art. III.—Libros filosóficos... 440
Art. IV.—Obras dogmáticas.. 443
Art. V.—Continuacion de las obras dogmáticas..... 446
Art. VI.—Obras dogmático-polémicas contra los gentiles y judíos..... 448
Art. VII.—Obras dogmático-polémicas contra los herejes y contra los maniqueos..... 455
Art. VIII.—Continuacion de las obras contra los maniqueos. 458

CAPÍTULO III.

Continuacion de las obras de San Agustin.

Art. IX.—Obras dogmático-polémicas contra los donatistas. 462
Art. X.—Escritos de San Agustin contra los pelagianos... 471
Art. XI.—Continuacion de las obras contra los pelagianos. 478

Págs.

Art. XII.—Obras contra los semi-pelagianos..... 485
Art. XIII.—Escritos contra los arrianos..... 488
Art. XIV.—Obras exegéticas de San Agustin.—Sus cuatro libros sobre la doctrina cristiana..... 490
Art. XV.—Escritos exegéticos sobre el Antiguo Testamento. 491
Art. XVI.—Escritos exegéticos sobre el Nuevo Testamento. 494
Art. XVII.—Libros de varias cuestiones..... 496
Art. XVIII.—Obras morales de San Agustin..... 497
Art. XIX.—Sermones y cartas de San Agustin, y libros dudosos, perdidos y apócrifos. 499
Art. XX.—Carácter, estilo y doctrina de San Agustin.... 503

CAPÍTULO IV.

San Paulino de Nola.

Artículo primero.—Vida de San Paulino..... 506
Art. II.—Escritos de San Paulino..... 507

CAPÍTULO V.

Prudencio y Sedulio, poetas cristianos.

Artículo primero.—Vida y escritos de Prudencio..... 510
Art. II.—Sedulio..... 512

CAPÍTULO VI.

Orosio..... 514

SECCION SEGUNDA.

De los Padres que impugnaron á Nestorio.

CAPÍTULO PRIMERO.

San Cirilo de Alejandría.

Artículo primero.—Vida de San Cirilo de Alejandría.... 518
Art. II.—Division de las obras de San Cirilo de Alejandría.—Las dogmático-apologéticas y dogmático-polémicas. 520
Art. III.—Obras exegéticas... 530
Art. IV.—Cartas de San Cirilo. 532
Art. V.—Sermones de San Cirilo..... 534
Art. VI.—Obras dudosas, perdidas y espurias..... 535
Art. VII.—Carácter, estilo y doctrina de San Cirilo..... 537

Págs.

CAPÍTULO II.

San Proclo.

Artículo primero.—Vida de San Proclo..... 540
Art. II.—Obras de San Proclo. 542

CAPÍTULO III.

San Vicente de Lerins.

Artículo primero.—Vida de San Vicente de Lerins..... 543
Art. II.—Escritos de San Vicente de Lerins..... 544

CAPÍTULO IV.

San Nilo.

Artículo primero.—Vida de San Nilo..... 548
Art. II.—Division de las obras de San Nilo.—Las que tratan de las virtudes y de los vicios..... 549
Art. III.—Obras pertenecientes á la vida monástica..... 551
Art. IV.—Las sentencias breves y las cartas..... 553

CAPÍTULO V.

San Isidoro Pelusiota.

Artículo primero.—Vida de San Isidoro Pelusiota..... 556
Art. II.—Obras de San Isidoro. 557
Art. III.—Cartas morales.—Carácter, estilo y doctrina de San Isidoro..... 558

CAPÍTULO VI.

Bachiario.

Artículo único.—Vida y escritos de Bachiario..... 561

CAPÍTULO VII.

Escritores ascéticos é historiadores eclesiásticos de este tiempo.

Artículo primero.—Márcos, ermitaño.—Diadoco, Hesychio y Juan Carpacio..... 564
Art. II.—Synesio, Obispo de Tolemaida..... 566
Art. III.—Sócrates y Sozomeno..... 568

CAPÍTULO VIII.

Idacio.

Artículo único.—Vida y escritos de Idacio..... 572

Págs.

SECCION TERCERA.

De los Padres que combatieron la herejía de Eutiques.

CAPÍTULO PRIMERO.

San Leon Magno.

Artículo primero.—Vida de San Leon Magno..... 574
Art. II.—Division de las obras de San Leon Magno.—Sus sermones..... 577
Art. III.—Cartas de San Leon Magno..... 579
Art. IV.—Carácter, estilo y doctrina de San Leon Magno. 581

CAPÍTULO II.

Teodoreto, Obispo de Ciro.

Artículo primero.—Vida de Teodoreto..... 583
Art. II.—Division de las obras de Teodoreto.—Sus obras exegéticas..... 585
Art. III.—Obras históricas y dogmáticas..... 586
Art. IV.—Cartas, obras perdidas, dudosas y espurias.... 589

SECCION CUARTA.

De los oradores sagrados más célebres del siglo V.

CAPÍTULO PRIMERO.

San Pedro Crisólogo.

Artículo primero.—Vida de San Pedro Crisólogo..... 591
Art. II.—Obras de San Pedro Crisólogo..... 592
Art. III.—Carácter, estilo y doctrina de San Pedro Crisólogo..... 594

CAPÍTULO II.

San Máximo de Turin.

Artículo primero.—Vida de San Máximo de Turin..... 596
Art. II.—Obras de San Máximo. 597

CAPÍTULO III.

San Nicetas, Obispo de Aquileya.

Artículo único.—Vida y escritos de San Nicetas..... 600

CAPÍTULO IV.

Valeriano Cemeliense, y Basilio, Obispo de Seleucia.... 602

Págs.

CAPÍTULO V.

Sidonio Apolinar, Obispo de Clermont.

Artículo único.—Vida y escritos de Sidonio Apolinar.... 605

SECCION QUINTA.

De los Padres que combatieron á los semi-pelagianos.

CAPÍTULO PRIMERO.

Juan Casiano, presbítero de Marsella.

Artículo primero.—Vida de Juan Casiano..... 609
Art. II.—Obras de Juan Casiano 610

CAPÍTULO II.

San Próspero de Aquitania.

Artículo primero.—Vida de San Próspero..... 614
Art. II.—Division de las obras de San Próspero.—Sus obras dogmáticas..... 616
Art. III.—Continuacion de las obras dogmáticas..... 619
Art. IV.—De las demas obras de San Próspero..... 624
Art. V.—Carácter, estilo y doctrina de San Próspero de Aquitania..... 626

CAPÍTULO III.

San Hilario, Obispo de Arlés.

Artículo primero.—Vida de San Hilario..... 628
Art. II.—Obras de San Hilario. 629

CAPÍTULO IV.

San Euquerio, Obispo de Lyon.

Artículo primero.—Vida de San Euquerio..... 631
Art. II.—Obras de San Euquerio..... 632

CAPÍTULO V.

Salviano, presbítero de Marsella.

Artículo primero.—Vida y escritos de Salviano..... 635
Art. II.—Carácter y estilo de Salviano..... 638

ÉPOCA TERCERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Idea general y carácter de los Padres de la primera seccion de la Edad Media..... 640

Págs.

CAPÍTULO II.

San Avito.

Artículo primero.—Vida de San Avito..... 644
Art. II.—Obras de San Avito. 645

CAPÍTULO III.

San Fulgencio de Ruspe.

Artículo primero.—Vida de San Fulgencio..... 649
Art. II.—Division de las obras de San Fulgencio, y las escritas sobre el misterio de la Trinidad..... 651
Art. III.—Obras sobre el misterio de la Encarnacion.... 653
Art. IV.—Obras dogmáticas pertenecientes á la gracia y á la predestinacion..... 657
Art. V.—Cartas de San Fulgencio..... 661
Art. VI.—Sermones..... 665
Art. VII.—Carácter, estilo y doctrina de San Fulgencio.. 666

CAPÍTULO IV.

San Cesáreo de Arlés.

Artículo primero.—Vida de San Cesáreo de Arlés..... 668
Art. II.—Obras de San Cesáreo. 670

CAPÍTULO V.

San Juan Clímaco.

Artículo primero.—Vida de San Juan Clímaco..... 674
Art. II.—Obras de San Juan Clímaco..... 675

CAPÍTULO VI.

San Gregorio de Tours.

Artículo primero.—Vida de San Gregorio de Tours..... 678
Art. II.—Obras de San Gregorio de Tours..... 679

CAPÍTULO VII.

Vigilio, Obispo de Tapsis..... 682

CAPÍTULO VIII.

San Ennodio, Obispo de Pavía.

Artículo único.—Vida y escritos..... 684

CAPÍTULO IX.

Boecio.

Artículo primero.—Vida de Boecio..... 687
Art. II.—Obras de Boecio.... 687

Págs.

CAPÍTULO X.

Casiodoro.

Artículo primero.—Vida de Casiodoro..... 690
Art. II.—Obras de Casiodoro.. 691

CAPÍTULO XI.

San Martin Dumiense.

Artículo primero.—Vida de San Martin Dumiense..... 695
Art. II.—Escritos de San Martin Dumiense..... 696

CAPÍTULO XII.

Venancio Fortunato, Obispo de Poitiers.

Artículo primero.—Vida de Venancio Fortunato, Obispo de Poitiers..... 700
Art. II.—Obras de Venancio Fortunato..... 701

CAPÍTULO XIII.

Leoncio Bizantino ó de Jerusalen.

Artículo único.—Su vida y escritos..... 703

CAPÍTULO XIV.

San Gregorio Magno.

Artículo primero.—Vida de San Gregorio el Grande.... 706
Art. II.—Obras de San Gregorio Magno..... 709
Art. III.—Continuacion de las obras de San Gregorio Magno..... 713
Art. IV.—Continuacion de las obras de San Gregorio.—Obras litúrgicas y dudosas.. 717
Art. V.—Carácter, estilo y doctrina de San Gregorio..... 718

CAPÍTULO XV.

San Isidoro de Sevilla.

Artículo primero.—Vida de San Isidoro..... 722
Art. II.—Division de las obras de San Isidoro.—Sus obras dogmáticas..... 725
Art. III.—Obras exegéticas y morales..... 727
Art. IV.—Obras enciclopédicas é históricas..... 729
Art. V.—Obras litúrgicas, cartas, y obras dudosas..... 732

Págs.

Art. VI.—Carácter y estilo de San Isidoro..... 735

CAPÍTULO XVI.

San Eugenio III de Toledo.

Artículo único.—Vida y escritos de San Eugenio..... 737

CAPÍTULO XVII.

San Fructuoso, metropolitano de Braga..... 739

CAPÍTULO XVIII.

San Ildefonso de Toledo.

Artículo primero. — Vida de San Ildefonso.....
Art. II.—Escritos de San Ildefonso..... 743

CAPÍTULO XIX.

San Julian, Arzobispo de Toledo.

Artículo primero. — Vida de San Julian..... 748
Art. II.—Obras de San Julian. 749

CAPÍTULO XX.

El Venerable Beda.

Artículo primero.—Vida del Venerable Beda..... 758
Art II.—Division de las obras del Venerable Beda.— Sus obras exegéticas..... 759
Art. III.—Obras teológicas y morales..... 762
Art. IV.—Obras filosóficas.... 763
Art. V.—Obras históricas.... 764
Art. VI.—Homilías, sermones y cartas..... 764
Art. VII.—Carácter y estilo del Venerable Beda..... 765

CAPÍTULO XXI.

San Juan Damasceno.

Artículo primero.—Vida de San Juan Damasceno..... 767
Art. II.—Division de las obras de San Juan Damasceno.—El libro de los *Paralelos*..... 768
Art. III.—Obras teológicas... 769
Art. IV.—Obras filosóficas é históricas..... 773
Art. V.—Obras oratorias..... 774
Art. VI.—Carácter y estilo de San Juan Damasceno..... 776

CAPÍTULO XXII.

San German.

Artículo primero.— Vida de

Págs.

San German..... 778
Art. II.—Obras de San German..... 779

CAPÍTULO XXIII.

Isidoro Pacense.

Artículo único.—Vida y escritos de San Isidoro Pacense.. 781

CAPÍTULO XXIV.

San Beato de Liébana..... 782

CAPÍTULO XXV.

San Eulogio de Córdoba.

Artículo primero.—Vida de San Eulogio..... 783
Art. II.—Escritos de San Eulogio..... 784
Art. III.—Carácter y estilo de San Eulogio..... 788

CAPÍTULO XXVI.

De algunos escritores eclesiásticos de esta seccion.

Artículo primero.—San Fulgencio, San Braulio y Juan Tajon..... 789
Art. II. — Alcuino y Rabano Mauro..... 791
Art. III.—Focio y Anastasio el Bibliotecario..... 794
Art. IV.—Luitprando y Silvestre II..... 796

SECCION SEGUNDA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Idea general y carácter de los Padres de la segunda seccion de la Edad Media..... 798

CAPÍTULO II.

San Pedro Damiano.

Artículo primero. — Vida de San Pedro Damiano..... 802
Art. II.—Division de las obras de San Pedro Damiano, y sus opúsculos..... 804
Art. III.—Cartas y sermones.. 806
Art. IV.—Carácter y estilo de San Pedro Damiano..... 807

CAPÍTULO III.

San Anselmo.

Artículo primero. — Vida de San Anselmo..... 809
Art. II.—Division de las obras de San Anselmo.—Sus obras filosóficas..... 811

Págs.

Art. III.—Obras teológicas.... 813
Art. IV.—Obras parenéticas.. 818
Art. V.—Meditaciones y oraciones..... 819
Art. VI.—Cartas y obras dudosas y apócrifas de San Anselmo..... 820
Art. VII.—Carácter y estilo de San Anselmo..... 821

CAPÍTULO IV.

San Bernardo.

Artículo primero.—Vida de San Bernardo..... 824
Art. II.—Division de las obras de San Bernardo.—Sus obras dogmáticas..... 826
Art. III.—Obras morales..... 828
Art. IV.—Obras apologéticas é históricas de San Bernardo. 836
Art. V.—Sermones y cartas.. 838
Art. VI.—Carácter y estilo de San Bernardo..... 840

CAPÍTULO V.

San Buenaventura.

Artículo primero.—Vida de San Buenaventura..... 843
Art. II.—Division de las obras de San Buenaventura.—Sus obras exegéticas..... 845
Art. III.—Obras dogmático-teológicas..... 847
Art. IV.—Obras morales y místicas..... 851
Art. V.—Sermones, obras dudosas, y carácter de San Buenaventura..... 861

CAPÍTULO VI.

Santo Tomás de Aquino.

Artículo primero.—Vida de Santo Tomás..... 863
Art. II.—Division de las obras de Santo Tomás.—Sus obras exegéticas..... 868
Art. III.—Obras dogmáticas ó teológicas..... 871
Art. IV.—Continuacion de las obras dogmáticas ó teológicas..... 875
Art. V.—Obras apologéticas.. 880
Art. VI.—Obras filosóficas.... 884
Art. VII.—Opúsculos de Santo Tomás..... 887
Art. VIII.—Continuacion de los opúsculos de Santo Tomás.. 891
Art. IX.—Sermones y obras dudosas..... 893
Art. X.—Carácter y estilo de Santo Tomás..... 894

CAPÍTULO VII.

Escritores eclesiásticos de esta seccion.

Artículo primero.—Lanfranco y Pedro Lombardo..... 897
Art. II.—Alberto el Grande y San Raimundo de Peñafort.. 899
CONCLUSION..... 902

ESTANTE 11
Tabla 4.ª
N.º 13

Yus.

PATROLOGÍA

17.093